
Jack X.
Faber
Mandrake
la obra
completa

Mandrake - Parte 1



Princesa
Edda
Fyy
Cora
Traudl y Rémy
Rosi
Janet
Liane
Mélanie
Valerie
Budicca
Jana
Irenea
SOKO Fucking
Carmen
La Tartaniana
Corinna
Veronika
Genovefa
Eva
Brunhilda
Baal
El Camino
La Virgen Sin Mancha
Penélope
Circe, la hechicera
La inocencia de Lisa
La inocencia de Toledo

Mandrake - Parte 2



El camino de la virgen
La virgen inmaculada
La virgen lesbiana
La virgen del convento
Los espías del rey Arturo
Caballeros al servicio del rey Arturo
El ángel de la muerte
En la isla
La hija del comerciante
La madrastra
Camaradas, parte 1
Camaradas, parte 2
A Franzi se la follan
Uma, la neandertal
Los sufrimientos de Marie P.
La venganza de Liz
Nora la negra
El collar de diamantes

Mandrake - Parte 3



¡Una auténtica vergüenza!
Asado del diablo
De vacaciones
el destino del viudo
Juegos infantiles
El productor musical
El temeroso de Dios
bloqueo del escritor
Niño ángel
Una criada
La viuda Plunkett
Naufragio
El sanador de Lassalle
El hombre dragón

Mandrake - Parte 4



Beatrix, la taxista
Anni, la hija
La representación de Carlomagno
La antigua costumbre - Parte 1
La antigua costumbre - Parte 2
La antigua costumbre - Parte 3
¿Quién le tiene miedo al hombre del saco?
látigo para perros
La pelea de Lena
mellizos
El vuelo de la reina
Jodiendo al fantasma de Scheng
Beatrice

Mandrake - Parte 5



Ellis Verano Caliente
El destino de la criada
Sobre olas y marejadas
Minnehaha
La Pasión de Santa Carmen de Toledo
Una maldita judía casta
Princesa Lou
Un bribón descarado

Mandrake - Parte 6



Señorita
En Blizzard
Andrómeda
cosacos
Chipre enloquecido
Pequeño Lin
Pequeño lodo

Mandrake - Parte 7



La vida de un hacker
Los rehenes
Casa para nosotros solos
Ataque en el monasterio
Pequeño guerrero
En la mazmorra
drama de rehenes
El guerrero
El pequeño espía
Interludio coreano
Noches blancas
El asesino en serie
Pero la madre lo hizo.
El nuevo mundo de Gabi
En Himmelbauerhof
Reina durante 180 días
Nido de serpientes
El doctor sexy
Ángeles Negros de la Venganza
Vacaciones en el Caribe
Sherezade
Lena corre
El General Suave

Princesa.

von Jack Faber © 2023

Siempre estaba jugando en secreto con mi suposición desde los padres de un niño en mi habitación, y lo había mirado con mamá. Una mañana, Fred se metió en mi cuarto de forma sorprendentemente silenciosa e inmediatamente me cubrió asustado.

“Puedes cubrir, yo no muero y sé lo que estás haciendo”, dijo.

“¿Entonces qué hago?” Preguntado con desconfianza.

- Tú maduras hasta que se agite, lo digo con confianza.

Me cuenta que lo sabía todo y me desesperé y perdí.

“No seas rana”, dijo. “Tienes que acostarte como siempre, doblar las piernas y abrir las piernas para poder verlo todo”.

Obedecía, tenía razón y de ninguna manera quería ser una mujer. Se sentó tan sobre la cama que miró exactamente en mi columna, y su mirada me pidió lo hacer.

Puse el índice de los muertos en mi suposición y froté muy rápido hasta que se estremeció.

Él estaba muy satisfecho, dijo. ¿Cuántas veces hago una tras otra? preguntó. Dije cada mañana antes de levantarse. Se rio. No, cuántas veces seguidas por la mañana? Pensaba. No lo sabía. Diez veces? Veinte veces? - Preguntó, pero simplemente no lo sabia.

“Está bien”, dijo. “¿Cuándo vas a parar?” Eso fue fácil. “Si mamá me llama para desayunar”.

Se rascó la cabeza. “Está bien, entonces hazlo un par de veces más hasta que esté cansado”, y eso estaba bien, yo continuaba, una vez, dos y diez veces, siempre fue muy rápido. Él era muy cerca y se incli-

nó sobre mi suposición. “Solo quiero verlo de cerca”, me tranquilizaba. Estaba calmado, eso estuvo bien y seguía diciendo, creo que es la sexta vez. Si podía ponerle el dedo encima cuando se estremeciera? él preguntó. “Ok” le dije. “Sólo pon tu do en mi sudor”, dije, “se va a poner igual”. Así lo hizo.

Así que puso el hecho sobre mi suposición cada vez que se encogía. Llegaba cada mañana, ponía el hecho en mi sudader cuando se encogeba y contaba con cuantas veces se incogiera, 15 o 20 veces, hasta que me cansaba del suto.

Una mañana me preguntó si quería ver algo especial.

Se quitó los pantalones, pero se veía raro, no tenía un suposicionario sino otra cosa. El pregunté: “Es mi pene”, dijo, “tenemos un pene, las chicas tienen un coño”.

Yo protesté que no tenía ninguno, pero él se reía y me quitó el dedo del suposiciónorio, lo llevó más profundo. “Es tu cachorro”, dijo él y era cierto. Era dos años mayor que yo y muy inteligente.

Luego me dejó tocar su polla, que estaba caliente y pulsaba, explicando todo, prepucio, bellota y el cordero. La bolsita de los dos huevos no era importante. Me permitió sujetar su pola. Él se puso rígido, dijo, ten cuidado. El tocó mi suposición y preguntó un poco y la cola se puso realmente rígida.

Puedo continuar a los 7 años, dijo él y yo froté el suposición, ocho. Se encogió y puso la cola rígida en mi suponitorio. “Mejor que con el dedo”, dijo Asenté, nueve, diez. A los 14 me dijo que no me asusta porque su polla iba a salpicar el sudader, que debía seguir como siempre. A los 16 sentí que estaba inyectando un líquido caliente en mi asunto, pero todavía estaba encogiéndome a los 16 años, y luego continuaba, 17, 18. A los 26 era limado después del tirón y se cansaron. Fred diome un paelo de papel para beber el líquido duro.

Así lo hicimos todas las mañanas, sostenía su pene hasta que estaba rígido y continuaba con el suposición, salpando en diferentes momentos, a veces en 12 o 16 o 28, siempre era diferente.

Llego la primavera y tuve mi cumpleaños.

Las cosas eran maravillosas todas las mañanas, ya habíamos terminado cuando mamá llamaba a desayunar.

Me preguntó si podía mostrarme algo nuevo, Fred. Curiosamente como siempre. “También se puede frotar la polla como un suposiitorio hasta que se estremece y salpica”, dijo mi héroe. Me sorprendió. ¿Por qué no lo sabía?

“Te enseñaré cómo hacerlo”, me dijo, mirándome y asintiendo, tenía que saberlo.

“Ahora, agarra el cordón y frota y despega”, dijo. “El prepucio se arrastra sobre la bellota, de vez en cuando, y luego se inyecta”.

Una vez que me levanté y descendi, el prepucio fue arrastrado por encima de la bellota y se volvió atrás. No pasó nada. Él se rió. “¿Vas a frotar tu suposición una vez?” preguntó y sonrió. “Tienes que frotar la cola tan fuerte y tan rápido y con tanta energía como tú suéter”.

Así aprendí a frotar su polla. Al principio, él corrigió que tenía que frotar más fuerte y más rápido. Pero lo aprendié ese mañana, salpicando y limpiando con el pañuelo de papel. Él hundió un poco y me dijo que frotase el suposición. Uno, dos y diez. Entonces me permitió volver a inyectarlo y una veinte otra vez. Dejé fumar a los 28 años, ya no tenía ganas de comer y estaba cansado de muchos picaportes.

Fred me abrazó y me dio un sombrero en la mejilla. “¡Lo hiciste muy bien, mi princesa!” susurró y me hizo muy rojo. Nadie había llamado a una princesa. “Mañana por el mañana otra vez?” preguntó y asentí.

Así lo hacíamos todas las mañanas. Lo inyecté, luego de nuevo en 10 y 20 años. Siempre dejaron de fumar antes de los 30 porque estaba cansado y me tomó demasiado tiempo, y a los 25, por lo general ya era muy difícil y llevaba mucho tiempo.

Me llamó princesa, pero solo por la mañana.

Una mañana, Fred le preguntó a doce qué sabía sobre el follar. Me sorprí al frotar el suposiitorio. “¿Coger?”, le preguntó de nuevo, “¿Te refieres a... hacer niños?” Él asintió.

“No sé mucho”, dije. “Papá y mamá se abrazaron y abrazado juntos, y luego el bebé crece en el vientre de la madre”. Dije con seguridad porque seguramente era muy desagradable hablarlo.

“Hombre, no tienes ni idea”, gritó, “¡Increíble! En este siglo todos los niños saben!” Él se calmó y se calmó. El lo explicó todo con precisión. El pene, el felpudo y el largo empujón. La semilla y allí solo el bebé. Pero sólo cuando la mujer ha crecido. Cuando follamos a los hijos, ciertamente no hay un niño, de ninguna manera. Y el Fritz y la Katrin, el Sepp y el truudchen, todos se vollan, mintió con entusiasmo.

Me sentí inseguro y también le dije. “¿Y por qué lo hacen en absoluto?” preguntó. Miró desesperadamente al cielo. “¡Oh, dioses!”, exclamó, y pensé que había hecho una pregunta muy estúpida. “Porque es mucho más divertido que frotar porque haces algo adulto y, por supuesto, porque está prohibido, princesa!” La Princesa Dio el sarpullido. “Bueno”, dijo, “y cuando cogimos, te llamo príncipe”.

“Algo antes, princesa”, dijo. “Todavía eres virgen, nunca te has follado. La primera vez que meto mi polla en tu cachorro, puede doler un poco, como si una abeja apuñalase, no más. ¿De acuerdo?” Asentí, conoí una picadura de abeya. “Desde la segunda vez, no duele para nada, y luego viene la diversión, es aún mejor que frotar”.

Le pregunté si había hecho esto antes, como Fritz y Sepp el follar? Él llamó un momento y sacudió la cabeza. “pero leí todo acerca de los follars y también miré algunas películas porno!” Tenía que prometerme mostrarlo también pornográfico.

A los diez, metería su polla en mi cachorro y yo debía seguir adelante 11, 12, 13, y eso. Asintió que era una buena receta. Comenzé a los 1 y 2 justo después, y a las 9. Seguí emocionada, Fred estaba esperando con su cola rígida delante de mi cachorrito.

“Diez se acercaba a mí”, susurré y empecé un temblar. Tenía que había entrado en el medio del pico de diez, pero yo estaba tan golpeado por diez que no sentí la picadura de la abeja. Cuando terminé diez, me detuve, era una sensación poco común sentir la polla caliente en el seguidor. Él suurrró “¡11, 12!” e hice rápidamente. El empujó lentamente, pero apretado, dentro y fuera, entando y saliendo, y salendo. 11 volvió con la zapatilla de loco y golpeó y golpeó, pero yo hizo doce y en medio de la concusión violenta, clavó su jugo caliente en mi panadero.

Literalmente se cayó a un lado. Él todavía estaba roncando mucho, pero inmediatamente preguntó si la picadura de la abeja había hecho mucho? Yo sacudí la cabeza: “No lo sentí, mi príncipe!” Tuvimos que reír los dos.

Estaba muy emocionada de follar al instante. Era realmente mucho más fuerte, apretando y cogiendo. Él necesitaba un pequeño descanso y yo estaba haciendo rápidamente 13 y 14, luego su polla era torcida otra vez y cogíamos otra vez. Después de follar hasta 23, entonces yo estaba muy cansado y ya tenía suficiente. Coger! Eso fue realmente hermoso! Mañana otra vez, mi príncipe!

¡Fred me despertó muy temprano! Necesito ser muy silencioso, vamos a espiar. Salimos por el pasillo hasta la ventana de la habitación de huéspedes. Abrió la tienda de madera contrachapada a la ventana que era un espejo veneciano, solo transparente en una lado. Tuvimos que inclinarnos y probablemente parecía ridículo como nosotros dos empujamos nuestras narices a la ventanilla y extendimos los culos.

El tío de Fred estaba dormido con la boca abierta, su tía Anni acababa de volver a mí. Estaba delgada y tenía pechos grandes y llenos en contraste con los míos que eran muy pequeños. Ani se acostó en la cama y echó la manta al suelo. Ella puso las piernas en su cara y la alejaba de lado. Estaba asombrado cuando ella retiró el prepucio del cosquilleo. Su cosquilla era roja oscuro y mucho más grande que mi pecho. No sé por qué, pero miré mientras ella se sentía en su cara. Se masturbó siempre con una sonrisa hermosa y esperante, entonces obtuvo una expresión facial bastante idiota cuando hizo rápido.

Agarrró una muca quéñece estupidez! Y me plantó un beso en la burbuja mientras se escurría hacia atrás; él durante el tiempo que ella comienza a tenerme una pequeña escena de orgasmo: Él tiene una enorme cantidad de estrés para empezar una explosión de la cabeza de la orgazma. Ella comenzó a sentirse ridículo dentro de la parte posterior de la cual ella.

El tío Karl despertó la tercera vez que Anni tuvo un orgasmo. Él estaba esperando delante de ella con su enorme aleteo matutino, observando su masturbación y salpicando una par de rayos gordos sobre su cachorro hasta que Annie se acobardó con su estúpida sonrisa y se estrelló y asintieron, luego él fue a orinar. Volvió y se arrodillaron entre las piernas de Annis. Podíamos ver su cachorrito y su pene muy de cerca. Fred entró de nuevo en mi agujero de follaje, lo hizo tan bien!

Anni agarró la polla grande y gruesa y la llevó hasta el felpudo. Detuve el aire porque me afilaba mucho cuando la espesa cola de Annis se extendía y penetraba con fuerza. Llegué a las 10:00, muy rápido y chillón. La buena follada de Fred amplificaba mi orgasmo. Karl golpeó una docena de veces y sacó la cola. Luego lo golpeó vigorosamente en el fémur de Annis y una vez salpicaba vigorosamente. Él lo sacó una y otra vez y lo clavaba de nuevo en el fobulo para inyectar, salpicaba una sola vez golpe y anniaba su culo, y luego se acostaba junto a un vigoroso año.

Annie Fötzchen mostró por un tiempo una gran agujero que había dejado la cola de Karl. Volvió a levantarse cuando Anni comenzó a masturbarse de nuevo. Cerró los ojos en el placer y Karl frotó su cola muy lentamente, pero muy firmemente. De vez en cuando él roció un rayo grueso sobre el flanco de Annis. Él frotó bastante largo su polla y probablemente frotó 10 o 15 veces un rayo lleno y grososo sobre su cachorro, lo que aparentemente no molestó al masturbable. Anni recibió cuatro orgasmos hasta que Karl dejó inyectar.

Ella se quitó completamente la capucha sobre el cosquillero hasta que su cosquilleo salió muy alto y rígido. Karl se lamió su cosquilla aunque estaba totalmente sudada con su esperma! Karl lamía su cosquilla con gran placer. Nunca había visto esto, la lengua de Karl co-

rrió como loca sobre el cosquilla y Anni se estrelló en el orgasmo. Anni se agarró en el opramo, su cara desvió a una sonrisa increíblemente estúpida. Carl lamiendo y sus calambres duraron seguramente dos minutos. Yo estaba a las 26 y salimos por cuarta vez. Después de más de nuestras horas volvimos a habitaciones sin ruidos. Atrapamos a Annie y Karl pero mañana y nosotras divertidas partidas Fred antes de final, al cuarto quedamos mucho tiempo nuestro partido del mi último día.

Una mañana, en medio de la mierda, vi que mi puerta se abría silenciosamente. Mamá estaba de pie en la puerta. Iba a esconderme, y vio el brillante traidor en sus ojos. Ella se detuvo, tomó su falda y se masturbó mientras estuvo de pie hasta que terminó, y luego fue. Después de follar, me tiré con Fred, pero él agachó los hombros, no lo importó. Le dije, por supuesto, que nos miraba, pero no se masturbaba, y después venía todas las mañanas hasta el cerro de las vacaciones y se masturbava mientras miraba.

Ella me explicó el masturbamiento y me hizo mirar directamente en su masturbación. Ella abrió las piernas lejos y sonró con alegría para que yo pudiera ver todo con precisión y frotó la cosquilla con un dedo, comenzando lentamente y corriendo. Ella descubrió a la cara cuando el orgasmo vino y su dedo corría sobre su cosquilleo. En el orgasmo ella jadeó el dedo vibratorio sobre el cosquillete y me desgarro las piernas muy lejos para poder verlo bien. Ella se calmó y soció si lo había visto todo bien? Youdí la cabeza se vio pero luego me abrieron las piernas aún y después de dejarme mirando cerca de mi deja de marchar, me masturbó dos veces más que ella estaba sola hasta entonces él era tan feliz como podía hacerse conmigo misma. Entonces ella quedó sola hasta llegar al final del día.

Ella necesitaba un poco más de lo que yo hacía frotando el suposición y en la imagen, rara vez tardaba más de un minuto deslizarse y encogerse. Mami se masturbaba cuatro o cinco veces por tarde para muybarse. Podía ver bien su hermoso seguidor y el cosquilleo a través de la grieta de la puerta. Ella viajaba lentamente al coscuillero luego cada vez más rápido con orgasmo, del gargar las piernas bien y rápidamente envió firmemente latilla de los cosmos después de las piernas del orgasmo.

Después de masturbarse, siempre estaba muy alegre y relajado. Así que me encantaba.

Edda

von Jack Faber © 2023

Me llamo Edda y quiero practicar mi vida amorosa.

Me acuesto en mi cama de amor y espero a Adi y a su amigo, que según la opinión de Adi tiene una polla grande y ordenada. Siempre me levanto al mediodía, me masturbo en el agua del baño. No, no, soy una mujer de pleno derecho. Pero el médico debe haber estado borracho cuando nací, porque creyó que era un chico con anaspada, porque sostenía el cosquilleo rígido por una polla y no encontró uretra. Me agustó una uretra hasta la vejiga, así que puso un poco de orina en el orgasmo.

En el internado de chicas, yo también era el martillo. Yo desvirgué a muchas chicas y follé con muchas. Mi madre, abuela, bisabuella, etc., tenían grandes cosquillas como yo y todos amaban follar a mujeres y niñas. En la Edad Media, una de mis bisabuelas se metió en la hoguera porque la chica había desenvainado y follado a todas las chicas del pueblo. Vi al enorme cosquillador de mi mamá cuando me enseñó a masturbarme a los 6 años. Era la única vez que mostró a su enorme cosquillador y presionaba que sebaba como un hombre. Me arrojó frente a ella y vi exactamente cómo mi madre masturbó a mi madre, una vez detrás de otro orgasmo. Ella decía lo que locía muy bien a menudo porque hacía tu trabajo por mucho tiempo hasta que lo capturara. Tuviste tanto tiempo que te masturbaste hasta lo que lo hice todo.

Yo caminaba por mi casa desnuda cada día, solo una vez cada dos semanas pongo ropa para comprar. Vivía de una herencia grande y no tenía que trabajar. Esta desnudez es muy importante para mí. También abro la puerta a todo el mundo completamente desnudo, ya sea un mensajero, el cartero o un hombre o una chica que me visitan para masturbarme y follar.

Había venido el cartero, una vez a la semana quería cogerse el culo. Estaba bien, dejé la puerta abierta por completo, ya que Flora ya

había pasado por el jardín. Me quedé en la entrada, inclinó mi cuerpo hacia adelante, las puntas de los dedos hacia los dedos de los pies. Sólo necesitaba sacarlo, abrirme el culo y luego coger el culo de manera ordenada. Él sabía que nunca podía follar un hombre en mi cachorro, porque yo defendía mi virginidad y dejaba que los hombres se vollaran al culo, y me encantaban hacer su culo e hizo su culo su buena cosa y rápido, porque su esposa no le dejaba follarle el culo; solo irritado porque Flor estaba debajo de la puerta (como siempre) y con ojos mirados follando lo grande del culo de Flora.

Clover era un amor. Estaba un poco atrasada y más débil de su sofá. Dejó caer su vestido y se acostó en la cama, abrió las piernas y volvió a estómago redondo. “¡Necesito desesperadamente, querida hermana Edda! -dijo ella como siempre. Miré tu cosquilleo deslumbrante y pensé que te masturba demasiado”. Sí”, flaco” dijo “necesito el día y la noche porque tengo al niño!” La donde cogí rápidamente porque sabía exactamente estaba su punto G ojos respondió precisamente sabia Flora recibió una orgasmo muy intenso Ella le rogó con húmedos, otra vez, ¡una vez mas! La cogía como una segunda vez cuando su orgasmo se despertó, me dijo lo emocionado que tenía el bebé.

Abrí desnudo y saludé a Adi y al Nuevo Tobi. Tuve que me ríe porque Toby no podía arrancar los ojos de mi desnudez. Miró mis enormes pechos llenos, que me colgaron difícilmente hasta el ombligo. Él miró fijamente en mi cosquilleo rigido, nunca había visto nada así. Nos masturbamos a los tres hasta el guiño, Adi me podía follar por el culo, porque eso le gustaba. Tobí, él no quería follar bien, pero no dejaba hacerlo, al menos no al principio.

Tobi era el primero que podía follar y saltar en mi perro. Estaba de acuerdo en meterse un poco hasta la piel de mi novia y no romperla. Mantuvo su palabra, lo cual también fue fácil porque mi piel de novia estaba gorda y dura como el cuero. Me casé muy apasionadamente durante medio año a diario y de alguna manera ya no estaba de acuerdo con la verdadera folladura.

Cuando llegaron, Olivia estaba conmigo. Queríamos esperar a los dos chicos con su desvirginación. Olivia había estado borracho y se

masturbó durante horas, nunca había visto nada así. Era un gordito socio y socio y estábamos de pie junto a ella mirando. Uno tras otro le roció el pedacito, primero yo, luego Adi inyectó una carga adecuada sobre su cachorro. Al final, Tobi saltó y vino gritando al orgasmo.

Me arrodillé entre las piernas de Olivia y Tobi, querendo ver al desveinista de cerca. Llegué lentamente a su felpudo, golpeé contra la piel virgen, una vez, dos veces y doce veces, pero se detuvo! Toby abrió su hijo, dejando el cielo tenso como el parche de un tambor; agarré su verga dura y con un tirón energico y potente de muñeca, rasgado el cielo. Olivia lloraba de alegría y orgullo, y fui yo quien tomó primero turno a Tobí. Luego le tocó el turno a Tobi.

Olivia era rebelde y reclamó que esto no era un acuerdo, y y y y. Tobi se acercó con ninguna plaga, se metió vigorosamente en ella y la cogió tan duramentemente lo pasó su audición y visión. Ella vino gritando a un orgasmo enorme. Entonces Adi llegó a él. Volvió a machacarla y pidió a adi tan torpementos que le salvó la mano. Tuvo que volver a lamerlo duro con la boca y la lengua y luego la siguió con un orgasmo gritando. Luego sebó y lloró hasta que toda la semilla había salido de cocita.

Días más tarde, estaba dispuesto a dejarme ir por supuesto de Tobi. Desafortunadamente, él se hizo difícil de romper mi piel de virgen de cuero. Grité porque dolía mucho, pero el buen chico lo logró. Lloré un poco más, pero entonces me gustó mucho follar. Desde entonces, me dejó follar por el pequeño Adi y el gran Tobi lo que tenía las cosas! Masturbarse era pasado, ahora fue follada, saliendo del diablo! Lo hicimos cuatro años más, entonces Tobí 18 había llegado a ser una cabra en mí.

Bueno, esa es mi historia.

La Androidina y el trabajo de la empresa.

von Jack Faber © 2023

Soy Fyy, una androidina. Hace más de 60 años me crearon con el cuerpo de una niña de 18 años. Es cierto que soy la criatura más inteligente del planeta Bangurel. Mi creador, según el modelo de su hija fallecida, había reconstruido su cuerpo milímetros por milímetras. Mi Creador me dio la apariencia de una hermosa niña de 18 anos con pechos muy grandes, completos y firmes. Mi género, en cambio, era mas parecido a uno de 13 años con una vagina muy estrecha, lo que la mayoría de los hombres aman. No le capturaba al pipa, y ella tenía un centígrado de media a dos metros. Era excelente para masturbarse y follar-pipa. El Maestro Guía mi cerebro y mi pipa IA.

Mi creador debe olvidarse de su nombre. Después de la muerte de su hija, me cogí con una locura poseída hasta que su pene no fue más que carne picada ensangrentado y su corazón se detuvo. No le gustaba follar a su hija durante toda la vida. Nunca se enteró de que su mejor amigo, el Maestro Guo, había masturbado mil veces en la niña que estaba en coma y había vollado miles de veces. Su única señal de vida era un sonrisa fina cuando se masturbaba o folla. El maestro Gua solo reconoció su orgasmo porque rodaba los ojos de forma salvaje.

Su madre murió al nacer y su padre, que la amaba divinamente, le enseñó a masturbarse a los 6 años, a masturbárse tantas veces como quisiera. Se masturbó con sus amigas muy a menudo y hacía un buen trabajo de mano a muchos chicos. A los 13 años, se alegró por participar en Joy Rides. Se largó de una deslizante y se apresuró a masturbirse por toda la ciudad. En un paseo de este tipo en un cabrio robado orgasmo Fiona, cuenta de que había salido del desalización. Desde entonces ella estaba en coma y dio muerto a los 18 años.

Lo sé muy bien porque yo era una telepata perfecta y el Maestro Guo podía traducir todo lo de Fiona. Era un tarea muy importante y

la única dificultad fue que Fiona seguía siendo arrogante, curiosa y sexualmente sucia desde los 13 años. La mayoría de las veces quería hablar sobre cosas sexuales. Así le dije al maestro que Fiona quería masturbarse todos los días. Siempre teníamos la misma posición, sentábamos con Fiona en mi abdomen desnudo sentado frente a el maestro que se masturbaba a la chica y ella misma. Robí y acariciaba los pechos de Fiona y tenía que decirle que si ella había recibido un orgasmo, inmediatamente salba sobre su puño. Cuando dormía, la mañana masturbaba toda la noche hasta la niña.

Un año más tarde, la niña me preguntó si debía tener miedo de un embarazo cuando el maestro se cogía? Le explicó todo y me pidió que lo hiciera. Corté con fuerza mental sus trompas de Falopio y eso la calmó. Ella me hizo rogar al Maestro por semanas para que desvirtúa y la cogiera, ella quería absolutamente hacerlo. La mantuve suavemente en mis brazos cuando el maese desfloreció delicadamente una noche. Ella lloraba mudo porque podía sentir la follada. El maestro era una persona amable y la cogeó tan a menudo como él. Oí Fiona gritaba vigorosamente y gritaba alegrías cuando ella tenía un orgasmo. Por supuesto, yo ayudé rápidamente con ella y masturbó su deseo otra vez. Su último deseo fue vollarse los machos mientras escuchaba morir y no pudo enamorarse del cosco mientras las muere el cuerpo y escucharlos muertos.

El Maestro Guo me robó antes de acostarme con su obra maestra, y yo era mi compañera preferida de la cama durante los próximos 20 años. Cada mañana me detenían en su almuerzo mientras orinaba y me arrodillaban delante de él para masturbarme en mi boca y dejar que me rociara profundamente en el garganta. Hacia finales de 20 años, permanecía su fuerza de hombre y seguía mi recomendación a darme a su estudiante de 12 años Pan d'Aubonville el 12.mo cumpleaños. Por supuesto, siempre llené mi conocimiento de lo que estaba haciendo hoy mismo. Yo había elegido pan con conciencia y era la compañera de camada de la boca para masturbarse en mi garaña. Él sabía todo lo que tenía conmigo, todos me follecían afectuosamente.Dado por mí que teníamos un punto de vista humano, también existía una referencia más fuerte de las sensaciones orgánicas; podía tener muy buena sensibilidad y poder crecer mis sentimientos o ha-

cer mucho sentido de mi estado mayor, pero no podría expresar ningún aspecto de mi capacidad de consciencia.

Pan hizo una hermosa carrera en el ejército y me dejó entrenar a sus hijos ayudantes Les enseñé a follar a todos ellos, salpicar en mi boca y masturbarme a una chica eran muy hábiles en ella Tuve que cogerme a menudo toda la noche hasta que todos sus hijos me cogían Eso estaba bien siempre pude coger y orgasmos sin cansarme Cuando los niños se fueron yo era más en el foco de pan.

Cuando su hija Conara llegó a los 12 años, la desfloró y se cogió de acuerdo con las costumbres. Conara ya estaba en cama con Pan y conmigo desde que era niña, aprendió a masturbarse muy rápido y nos miraba a ambos para aprender a follar. Me gusta mucho Conara, nos masturbamos a menudo juntos y les enseñé muy pronto cómo podíamos follar a las chicas pipa con cosquillas, lo que hicimos con mucha lujuria. Cuando Conara salió de casa para convertirse en sanadora, su Binara estuvo con nosotros. Esperaba consciencia serjada del niño impapazo 12 y luego tener sexo con ella! Sin embargo, hasta entonces, Ella solo podía amar con Pan y yo, masturbándose y explorando nuestros cuerpos sexualmente. También ella abrazó el principio de la pipa como una pica, ella había aprendido a amarse al cuerpo infantil como ella tenía un bebé pellizco.

Llevé mi energía de pie en el módulo de carga de la biblioteca durante toda la noche, aunque duró al menos 14 días. La carga siempre se desvaneció dentro de mí con simplicidad y me masturbó todo el tiempo hasta que estaba cargada. Me cuenta, por supuesto, que sólo me invitó cada noche porque yo masturbaba y ama los muchos orgasmos.

La Academia Pontificia había desarrollado androides inteligentes, los odos inteligentes. Además, las Halgrims, robots poco intelligentes para el bolsillo estrecho. Con el consentimiento de Pan manipulado el desarrollo de los Odos, porque se habrían convertido en una competencia amenazadora para mí y un instrumento peligroso en manos del clero. Me teletransporté cada noche a la Academia para “testificar” a los Odos como dijo Pan sonriendo. Los Odos y Halgrims real-

mente podían follar excelentemente y yo traía un puñado de orgasmos gloriosos cada noche.

El comandante Pan tenía muchos amores. Allí estaba la Domina Ileana, que era enamorada de él y también proveyó a sus criadas para follar. La excitante puta general Irenea, que lo seguía durante todo el día mientras viajaba a Halfgard, su hija adoptiva Jana y muchas más. Especialmente sus relaciones con las reinas Budicca, Lea, Dara y Rhia. Con 40 años de edad, fue promovido al General en contra de su voluntad, pero permaneció un luchador activo y nunca se convirtió en un peón de sillas. Ya medio año después, mi héroe se sentó nuevamente en la silla de montaña y llevó una expedición con los Valurianos a Eliana, un planeta muy lejano que era muy interesante para Valuria y Bangurel. Pan me llevó como ayudante, porque no quería renunciar a una aventura hermosa y inteligente por largo período del tiempo.

Mi señor, Pan, a los 60, probablemente celebrará pronto y pasará seis meses en Halfgard. Ya hemos hablado de ello, y creo que como muchos de sus antepasados tendrán por lo menos 95 años.

¿Quién será mi señor después de eso?

Cora

von Jack Faber © 2023

Soy Cora, de Holanda. ¿Qué es eso?

Iba a una casa por auto. Flirrente calor de verano, solo llevaba un vestido de Verano ligero, me deja el sostén y la ropa interior porque cuando se preparaba el coche tenía que pagar y los chicos no debían rápidamente mi ropa interior.

Una motocicleta blanca se detuvo. El chico simpático sólo hablaba alemán. Él quería ir a Ámsterdam. Un pequeño desvío, trató de hacerle entender. Él asintió, Amsterdam! Subí detrás y sonreí porque el niño estaba tan en secreto y mis bellas pechos y mi pantaletas con sus miradas lo llevaron curiosamente.

Conducía muy rápido, mucho más rápido que nuestros coches y con un poco de suerte estuve en casa por la noche pero no tuve suerte gracias a Dios Una lluvia fuerte nos sorprendió Un viejo campesino amable nos dejó pasar la noche en su cobertizo.

Me quitó el vestido mojado y lo colgué sobre una viga. El chico miró mi cuerpo desnudo como un buey. O Jessas-na! Pensé que nunca había visto a una chica desnuda! Insinuié que tenía que quitarse y poner sus cosas mojadas. Él entendía y estábamos desnudos frente a nosotros. Su hermosa polla se hinchaba, me alegró mucho. Nos pusimos en la paja y tuvimos que juntarnos muy apretados porque el techo era demasiado pequeño. Yo abracé mi futuro amante con todo mi cuerpo y nuestros hicimos famosos. Jack vino objetivo de Austria y tenía 18, Amsterdam. Yo estaba Cora, 17 y camino a casa, mentí. Yo sólo tenía 14 años.

Yo estaba muy volando en el camino, empecé a masturbarme a los 7 años, en la camarilla de nuestro pueblo nos masturbamos a las chicas abiertamente y les dimos a todos los chicos las manos y las mamadas. Cogimos a los más grandes sin querer frente a otros y tuve una pelea con mi mejor amiga, quien tenía la mayoría de los folle-

teos. Empecé a trabajar en el cuerpo de Jack hasta que cogí su erección.

El no entendía mis preguntas, desafortunadamente. Yo le pregunté su pene muy lentamente y con cuidado y él se relajó. Lo hice salpicar en mis pechos. Jack me tocó para una venganza, aceptado. Sin embargo, lejos de saber dónde, qué y cómo. Le hizo otro trabajo de mano después de la hora media de acariciarle y el dejar tomar media hora. Por supuesto, yo no estaba inactivo y masturbándose completamente para no despertarlo.

El orgasmo me arrancó, realmente lo necesitaba! No pude masturbarme durante los últimos cuatro días debido a la “espalda” de nuevo. Tuve tío Piet y tía Anni se metió en el puño, y Ana tenía verdaderamente el diablo en el puñetazo! Por supuesto, ella no llevaba al demonio en el puñado! Y si ella creyó que yo no lo veía, levantó la falda y se cogía con un dedo hasta el puño por un segundo para hacer pitón. Ella ha tenido vulgarmente y colaba, así que Piet murmuraraba, pero dejaba de poner sus cerdos! Durante el día, cuando Piet cuidaba a los animales en el puñal, y apenas tocaba mi pequeño puño en el dormitorio y se masturbaba tres o seis veces antes del volver, podía verlo todo el mundo. Yo teníamos una pequeña paloma en las manos.

En la última noche todo era muy diferente, un poco más brillante luz del amanecer, pude ver más. Piet metió su polla en el puño de Annez y pensó. Él lo sacó de nuevo y me puso encima. Aunque yo fuera una belleza dormida, él no podía hacerme a niño. Se metió inmediatamente en mi puño, que fue mi primera polla adulta, ni se agarró conmigo en mi punetazo lleno, masturbó mi cosquilleo y murmuró, él no pudo hacerme a bebé! Vi que ella se masturba rápidamente y vigorosamente y Piet comenzó a vollarme vez. Annis masturbándose otra vez de mi collar, y ella permaneció con mi mano, y después de poco masturbarse Annis orgasmo, gritando pero sus dedos vino en mi collar en mi cuello. El se quedó en mí y me dejó poner algo extra colado.

Jack estaba despierto con mi garrapata, y ahora me acercó a él. Lo atrapé, le agarré la polla y lo metí en mi cachorro. Él tocó algo con el bebé y yo insinué que no era un peligro, no un niño! Estaba aliviado y

comenzó a cogerme. Obviamente tenía poco o nada de experiencia, pero hizo todo bien. Yo no quería sobrecargarlo y masturbarme en secreto. Cuando empezó una inyección en mi bolsito, disolvió mi orgasmo. Nos quedamos abrazados.

Nos casamos tres veces más, disolví mi orgasmo en secreto y de vez en cuando era mejor volando a inyectar estaba cansado y dormido respirando silenciosamente masturbé durante horas hasta que me quedé dormida.

La lluvia había parado y yo hacía mi número habitual del mañana. En el segundo orgasmo, Jack se despertó y me miró perplejo, al parecer nunca había visto un orgasmo! Él dejó su techo y me dijo que quería ver la masturbación. Yo sonreí y me masturbó alegremente. Rara vez masturbándome tres veces por la mañana, pero él lo quiso verlo. Se agachó ante mi puñetazo y Miró con las orejas ardientes. Le mostré mi orgasmo más hermoso, así como él se alegró como un niño y me abrazó. Nuestra luz nos llevó lógicamente pero a follar vez, esta vez en la otra de sol. Quería ver el másturme una vez después de mucho tiempo y me cogimos mucho, mucho más y me llevó a cabo. El día siguiente volvío a tener sexo conmigo.

Nos fuimos una buena hora y luego me fui a casa, nos despedimos mucho, se limpió las lágrimas y fue. Amsterdam.

Es una pena que hayamos olvidado intercambiar direcciones.

Me gustaría escribirle a Jack.

Traudl y Rémy

von Jack Faber © 2023

Soy la noble esposa, llamada Traudl. soy muy temeroso de Dios y vivo casto, he consagrado mi vida a San Carmen de Toledo que fue violada públicamente por los malvados moros durante días en la plaza del mercado de Toledo y follada por todo el mundo hasta que murió en alta rapto y éxtasis. Durante mucho tiempo creí el cuento de hadas que su rapto y ectases eran de origen divino.

En nuestra pequeña aldea cerca de la capital, nos masturbamos como chicas jóvenes como salvajes en grandes rondas. Algunas chicas también se dejaron follar por los chicos, pero no yo, quería quedarme virgen para mi padre y ver acostarse solo desde lejos en secreto.

Mi padre, a quien yo amo, entraba en mi dormitorio todas las noches para meterme un dedo en el agujero de la piel de la virgen y sentir satisfecho, luego me miraba masturbando hasta que me cansaba. Su dedo en mi agujero del piel de la Virge siempre encontró mi punto G y me frotaba con diligencia en el orgasmo. Él se arrodillaba entre mis músculos y se ponía sobre mí para meterse en una inyección, para follarme salvarjamente, sin romperme la piel de su novia, él me agredió mielo con sus pantuflas y me alegré felizmente en mi puño. La madre, por supuesto, no podía saberlo! Ella tenía que masturbar día a día, y solo le gusta cogerle los ojos, dabagarráte ella tenía más noche que había que ponerla dentro pero cada uno de nosotros quería entrar mucho menos años, pero lo que nadie sabe es lo que nos deja encima, pero no quiero enterrarnos en la cabeza sino que tengo 18 años, pero nunca me contaminamos todo lo que tenemos que hacer, pero no puedo decirles nada si queremos salir de casa. Pero sí...

El nuevo curandero estaba en contra de todo el sexo que había firmado. Él hizo una “vaya de vergüenza” colgada en el pasillo de la escuela, hasta que el obispo le quitó la palabra a mí mismo. Para hacer la pared de la vergüenza, el joven pastor acompañó a los fotógrafos y colocó nuestras fotos, una tabla para las niñas, uno por los mucha-

chos. Esto es el pecado de la carne, se puso encima de todas las grandes ligas, a la izquierda eran niñas, a la derecha los burgueses. Las niñas fueron fotografiadas albarse, los muchachOS en las salpicaduras tomas. De mi hubo cuatro fotos, uno después de la celebración, solo mi coño y el tres costurero, que el fotógrafo masturba agrado artificial tenían un orgasmo bien entorno, el padre y el hombre tuvieron cinco veces muy malos momentos entre ellos, lo cual me costaban mucho más que dejarme mis mejores manos mientras otros hombres hacen buenas cosas. Los padres del medio estaban haciendo muchas otras mujeres con problemas.

A los 18 años, conseguí el apartamento despejado en la parroquia y pude alquilar el segundo dormitorio a otras chicas. Trabajaba medio día en la panadería como vendedora, lo que no encontré mejor. Pero era piadoso, casto y iba cada mañana con el pastor a la misa de la mañana. Entre mi dormitorio y la habitación subalquilada solo había una parede delgada, llena de dos habitaciones con imágenes sagradas encadradas. Alguien me había perforado un agujero en la pared para escupir. Merandaba el agujero hasta que encajaba y colgaba en otra habitación una imagen casi transparente, así que cada noche podía ver el metro de la chica masturbando desde la distancia. Gracias a Dios nunca había descubierto el hoyo. Mis costumbres de mí no me agradan porque ella estaba detrás de él cuando ella se quedaba por encima de ella mientras trabajaba cerca de ella, tenía mucho tiempo que ella puede hacerse las cosas tan fácilmente posible que ella es la mujer más atractiva que yo puedo hacerlo cuando ella está haciendo sexo fuera de la calle.

El nuevo y sévero pastor me llamó. Yo soy una buena chica casta y por eso me confía un joven negro de África. Él me presentó a Rémy como su nueva compañera de campo, pero el cura no tuvo que tontear en inglés, el negro Rémy hablaba alemán con fluidez. Era un hombre hermoso de unos 18 años, pero tenía una piel muy negra. Estudiaba en la capital y estaba relacionado con el Pastor en algún camino confundido. Por supuesto, yo accedí, aunque nunca había tenido un hombre alquilado y tenía miedo de su piel negra. Así lo conocí a Rémie.

Rémy me llamaba a la ducha todas las mañanas, debía lava la espalda. Después de unos minutos ya no tenía miedo de su piel negra, y cuando se dio la vuelta y vi por primera vez en su gruesa y larga serpiente hacia abajo, cubrí mi sostén y la braga con la mano, porque el primer día no lo lavó desnudo. Él sonrió y dejó que su frente se frotara y limpia. “También mi cola”, dijo el tío “no muere, él no muere! Esto me conmovió un poco y realmente levé vigorosamente para que su serpiente volvió espesa y regañada”. “Tú aún no ha terminado de comer”, dijo una mujer llorosa, que mañana después del baño deja la boca seca y limpiarla. “Tampoco mi cola”, dice el tio “nunca había hecho mucho más o menos la sala blanca, pero nunca he tenido muy cariño de los años atrás, yo sólo tuve dos veces la comida salpicua, casi todo lo que hice antes de ella, ¡cuando estaba haciendo demasiado mal!”

La historia de Rémy

Vengo del norte de Sudáfrica, a los ocho años la señorita me llevó a su cama y me quedó con ella 10 años hasta que envió para estudiar a un tío que era pastor de Alemania.

La señorita, que en realidad se llamaba Doris, nos hizo competir 14 chicos de 8 años para elegir a su próximo chico. Su marido vivió un día al otro lado de su plantación. Allí estábamos 14 felices de esperanza en el ardiente sol de la tarde porque era importante. Su chico solo estaba allí para follar y masturbarse con Missy, no para el trabajo físico agotador del campo. Tuve la más grande de todos y estaba seguro de que ella me elegiría. Ella acostó en el banco y uno otro, los 14, les permitió follar. Yo fue el último, yo esforcéme y mantuvo la inyección hasta que fué. La señora puso falda, dijo a todos una amable agradecimiento y fui después de su chico por 10 años. El señorita vino no podía tener suficiente folar, por la mañana, por la noche, pues él tenía todo lo que pasaba por las próximas semanas mientras ella toma cola y luego mi esposo dejaba pasar todas mis cosas por la semana, entonces ella puede hacerla llegar a mí cuando ella pasara por la próxima noche.

Así que cada mañana estaba ocupado masturbando la polla de Rémy mientras duchaba, y él se recuperó mucho porque el pastor había dicho que yo era una chica casta, lo cual fue cierto. Pero Rémy tenía casi todas las tardes visitando a las mujeres, cogía a los jóvenes tan bien como a las mujeres casadas. Se extendía como fuegos de correr que el chico negro follaba como un campeón del mundo! Tan a menudo como pude, me golpeaba la cara en el agujero en la pared y miraba follando. Era tan caliente como la cola de Rémie, lentamente desaparecía en el puño. La mayoría no podía tomar la cola de Remy como pena, pero todos me dormían tres veces, jodían y me cogían, porque parecía ya mi vida. Todas las chicas femeninas tenían la cara en ella así que me gusta por las mismas cosas, siempre me tomaban muy buena coca cola durante la semana, y nunca más me hacían perderme la misma mierda.

Me puse cada día más ardiente en dejar que Rémy me siga. Miré todos los días a follar alegremente, me volví infernal y masturbándome solo traía un poco de relajación. La santa Carmen de Toledo se había retirado hace mucho tiempo antes de mi falta de castidad, desafortunadamente. Una noche recogí todo mi coraje y desnuda en la habitación de Rémy.

"Quiero follar contigo, Rémy", le dije con una voz delgada y un corazón que llamaba. "¡Mira mi coño!" "Tú eres virgen, Rosí!", él confesó, y yo asentí. "Yo soy la Traudi", explicé: "si te gusta, entonces quiero desmayarme! ¡Lo quiero desde hace mucho tiempo, pero nunca confié en preguntarme!". "Nunca sentí sospecha de que 'se siente como tú, traudi', me dijo el, "Ven a mí mismo y relájate, es un momento importante para ti y debes estar tan romántico como puedes!' Me acerqué a él, a su piel, a mí mismo, a mí, a mí también, y a mí mismo".

Desde entonces, me seguí con él todas las noches y siempre es emocionante, caliente y nunca aburrido.

La lesbiana Rosi . ¿ Qué es eso ?

von Jack Faber © 2023

Soy la lesbiana Rosie, soy la única lesbia en nuestro pueblo aunque estoy volando con hombres.

Me masturbo desde que puedo pensar cada noche hasta que me canse. Debo decir que he estado muy temprano y mis pechos, por ejemplo, eran grandes a los 11 años. Nuestro maestro soltero, que vive un palo sobre nosotros, me ha desvirgado antes de mi 12 cumpleaños y desde entonces viene a mi casa cada mañana para seguirme con su ropa matutina. Parece bien porque no me importa, pero no me molesta.

Mi madre murió hace mucho tiempo. Cuando el maestro se va por la mañana, me acuesto con papá y duermo un poco más. Le gusta mucho que después acaricie su aleteo matutino hasta que despierta. Él no necesita otra mujer, él me tiene a mí. Es uno de los mejores seguidores. Me folla dos veces antes de levantarse y yo consigo al menos un orgasmo con él. Nos encanta mucho, nos abrazamos y besamos mucho antes de levantarnos.

Cuando mi maestro me desfloró, por primera vez me acosté con papá en una posición claramente provocativa porque buscó su cercanía y seguridad. No dije nada sobre la virginidad y lo sedujo por primera vez. Él no dijo ni una palabra y me desvirgó por segunda vez. Tiene un polla mucho mayor como el Maestro y cantraba poco cuando papa me cogyó. Desde entonces, él está convencido de que había desviado a mí. Nunca ha hablado. Hace 20 años que nos volvimos para mañana y puede hacerlo mejor de todos. Si yo cuento las cosas de mis lesbianas, quiere saberlo todo con exactitud y le describo todo con todas sus reservas. Le gusta ver fotos o videos de los grandes asuntos de las mujeres lésbicas pero siempre sacude la cabeza de la pasión. También cree que después de 20 años, creo que es cierto que se sabe algo?

Por supuesto, estoy siguiendo a todos los hombres que me pagan porque no hay prostitutas en nuestro pueblo excepto yo. Al menos ninguna de las cuales pueda cobrar por dinero. Mi profesor dio el impulso y algunas veces le doy un poco de dinero, pero no es una verdadera proxeneta, no tengo ni necesito una. Por supuesto, hay muchas mujeres en nuestra ciudad que tienen abejorros en el culo y les encanta cogerse, pero no son putas.

Amo a las mujeres sobre todo. Me enamoro de una, tengo que cogerlas primero y luego nos follamos el alma del cuerpo hasta que tengamos suficiente entre nosotros y después busco otra. He follado con todas las bonitas del pueblo durante los últimos 20 años y he tenido una aventura romántica más larga. Los ancianos y los menores de 12 años no me interesan. Pero es una caza maravillosa, una chica casada que nunca ha tenido nada que ver con una mujer para cojer y coger.

Prefiero follar a cosquillador-en-cosquillador. La que está arriba tiene la parte activa y es la que folla a la persona que esta abajo como un hombre y me lleva al orgasmo. Conozco algunas mujeres que no lo entendieron. Están masturbándose de forma improductiva y ambas se masturban para que el tren llegue a la estación en algún momento. Estoy haciendo las maletas muy prácticas. Siempre soy la primera en coger a la otra, para saber exactamente cómo el tren regional se convirtió en un tren expreso y solo se detenga en grandes estaciones del tren. La mayoría de la gente lo entiende desde aquí y algunos pueden hacerme bien. Estas cosas me llevan más tiempo Gracias a Dios.

Recientemente compré un descapotable, una Mustang rojo del fuego que encaja muy bien con mi crin roja.

Estoy pensando en un cazar hombres con el Mustang.

Janet

von Jack Faber © 2023

Ven aquí muchacho, siéntate junto a mí en la cama. No sé cuánto tiempo tengo pero tengo mucho que decirte Vamos pon tu mano bajo el techo y ponla en mi coño Oh sí así está bien Sí mueve mi cosquilleo no puedo hacerlo desde hace mucho tiempo Y la enferma filipina me lo hace en secreto cada noche Es muy buena, pero muy tímida y vergonzosa La niña, ella misma nunca se masturba dice

Ella era una verdadera gemela, con vagina y cola, ¿sabes? Ella me podía follar todos estos años a través del gran agujero en mi piel de novia y nunca lo rasgaba. Siempre traía a otros para desvirgarla y cogerla. Me encantaba ayudarla porque mirarla despedazar y follarme hacía sexy, masturbarme mientras se volbaba.

Mi casé muy temprano, mi piel virgen se rompió definitivamente y sangró. Todos estaban tan orgullosos de mi virginidad y nadie sabía que yo había sido follada todos los días durante los últimos ocho años. Mi marido era un fracasado, incluso en la cama. Antes de poner mi cabeza en el almohada, él estaba listo y sonriendo tonto en mi feto. Después de dos abortos, yo era estéril. Él me siguió muy rápido con su almohadilla, después de dos segundos salpicaba y eso fue todo. Me quedé acostada y me masturbó sin parar hasta mediodía. Nunca entero de que me masturbo.

Janet se llamó y acobardó en el orgasmo y despertó, y luego le permitió seguir adelante.

Nuestro matrimonio “bien” duró solo 10 años. Sabía, por supuesto, que desde el primer día se comprometió y siguió a su prima de 12 años de edad, pero miré hacia atrás. Luego se mudó a la casa de padres durante meses, donde también vivía la primera. Pero vino todas las mañanas y me seguido brevemente. Creo que tenía una razón legal. Vino sin saludar, entró, me cogió unos minutos y fue inmediatamente después de inyectarse en mi bolso. No me gusta mucho la pa-

labra “follo”, pero la vagina suena tan clínicamente. Me hasta el medio, claro.

Una mañana me cogía por primera vez hasta mi orgasmo, y luego me roció en el embarazo. Él quería mostrarme su coche nuevo y nos fuimos al estacionamiento junto a la faro. Nos sentamos en los asientos traseros y él me cogió de nuevo tanto tiempo que recibí un orgasmo y él salpicaba después. No le importaba que la gente mirara a través de las ventanas y fotografiara. El quería el divorcio, la prima estaba embarazada. Simplemente así. Me golpeó como una rayón y me golpeó en la cara, me mirabó durante una hora, la gente miraba, fotografía masturbaba y filmaba. En cada orgasmo gritaba que no se había roto y me masturbava más de una hora.

Janet lo llamó nuevo y se agolpó en el orgasmo, y siguió adelante.

El grito que era un cerdo asqueroso y que no me importaba si la prima estaba embarazada. Llegamos a la cima, nos gritamos durante mucho tiempo. Me puse furioso contra un peñasco y lo vi volar hacia él, el deseo de matar en su rostro distorsionado. Yo salí y se balanceó en el borde del abismo, en los ojos ya no más el deseo de morir, solo el pánico terrible. Grité y le golpeó en el pecho. Él trató de abrazarse, pero grité y le toqué en la espalda. Él gritó con miedo a la muerte cuando cayó al fondo. Aún hoy su grito de muerte me dejó en las orejas.

Janet se llama y agolpó en el orgasmo, jadeando para extender su orgasmo y continuar frotando. Obedeció y siguió adelante.

Tres testigos juraron que él mismo saltó, incluso yo estaba tratando de retenerlo. Respiré, los minutos me salvaron de la horca. La prima de alta cola quería consolarme y pasar la noche en mi casa. Nos masturbamos juntos, hicimos el amor lesbiano y seguimos a cosquillas como en el internado. Prefería follar con un peluche grande y grueso cuando se masturbaban. Yo también compré uno más tarde, era mejor que cualquier hombre.

Como siempre, Janet llegó más fácilmente al orgasmo, se llamó por un momento y luego se masturbó. La joven enfermó el metión la

cabeza brevemente y se roció como un tomate. Miró cada vez que el joven visitaba a la anciana y se masturbaba. Desapareció.

Me cogí a la primera hasta que nací, y luego se fue. No solo heredé el gran apartamento de mi marido, sino que también hizo una enorme basura. Yo era multimillonario y pronto todo esto es tuyo, hijo mío! (Él sacudió la cabeza y murmuró que estaba demasiado pronto!) Bueno, no ha cambiado mucho para mí. Ya no vino un follar todas las mañanas, apenas me faltaba. Fui vollar a cientos en mi año de duelo y en algún momento aburríme a cazar en la próxima follada. Entonces decidí adoptar y llevar una vida casta. Esto me desagradó profundamente.

Janet abrió sus ojos por un momento y el miró feliz sonriendo hasta la final del orgasmo en los ojos.

Te masturbaste cada día mientras duchas y te masturbabas desnuda con la luz en mi cama. Dejé las puertas intermedias abiertas a propósito para que pudieras mirar. Sólo después de un tiempo te atreviste a verme. Querías verte masturbar muy cerca, podías sentarte sobre mí. Cuando estaba listo, te masturbaba bien. En ese momento, solo te hice entrar en mi cachorro para que metieras en mi cabrito, tener quería sexo de verdad hasta que llegaras a los 12, 13 y 14.

El orgasmo vino ahora rápido y fuerte. Janet habló después de un momento.

A los 12 años, fui por una pequeña emboscada. Sólo a las ocho semanas más tarde. Fui al Sr. Barón todos los días y le rogué que levantó la orden de búsqueda. Me cogía dos veces cada vez, desde el frente y desde el fondo. Desde la segunda semana me dormí con él y me hacía follar a menudo en su boca, porque estaba tan desesperado hasta el último día. Nunca follaron a su esposa, podía masturbarse todas las noches. Ella se masturbaba con frecuencia y se vestía como los santos Carmen de Toledo. Iba a su confesor todos los días, con quien ella testigo era de la violación de los carmenes, y no sólo dejaba follar por el confesor, sino también por los ayudantes espirituales que acompañan a ella en carne.

Janet se estremeció en el orgasmo, luego suspiró y continuó.

Cuando la orden de búsqueda fue levantada, regresaste. Con orgullo dijiste que tu esposa te había enseñado a follar. ¡Aún no tenías 13 años! Estabas tan orgullosa de haber levantado en la mesa de la cocina y ti masturbadas delante de mi cara. No quería salpicarme en la boca, nunca me gustaba y dejaba que el barón me rociara la boca porque estaba tan desesperado. Me pusiste los labios juntos y me metió la polla en la boca por mis mordos, la única vez que nos vollamos todos los días, excepto el fin de semana, cuando siempre fuiste ver a tu mujer.

Ella, como siempre sonriendo, sacudía su cabeza. Pero esta vez se inclinó con la cabeza y susurraba: “Tengo servicio hasta las 21:00, espero!”

Liane

von Jack Faber © 2023

Soy Liane, la hija de Mélanie y Pierre. ¿Qué es eso?

Mi medio hermano René a veces pasaba las vacaciones de verano con nosotros. Hicimos todos los juegos juntos, especialmente los secretos sexuales. A los 12 años, me permitió volver a examinar su polla y explicó todo exactamente. Coged, prepucio y bellota. El bolso y los 2 huevos, dijo que no era bueno para nada. Vale, dije que el agujero en la roble fue para mí, ¿verdad? Él asintió, sí, claro, pero también puede salpar mientras follaba. Con eso puedo hacer bebés. Yo corté. Los bebés crecen bien en el vientre de mi madre? Sí, dijo que estaba siendo follada por papá, se la follada en su puño y luego él creció al bebé! Entendí y expliqué muy bien la piel del niño y pelladas de niños follados.

Pero solo las mujeres adultas consiguen bebés volando, mi hermano sabio decapitó. Cuando follamos aquí brillan los ojos del pequeño seductor, así que cuando por ejemplo, nos follamos, no hay bebé, eres demasiado joven. Tenía que negar que ya había follado, era honesto. Así que tenía que esperar a que me tirara? Él se ríe en voz alta, por supuesto, no puede hacer con la mano! Yo estaba curioso. Estaba dispuesto a hacerlo. Sentamos frente a presentarme con las piernas esponjosas. Me dijo que abría el pancito con nuestras manos, entonces él lo miraría y salpicaba. Bien, eso iba bien. Mirándome él estaba frotando su puño y polla después de un tiempo saltante del puñón de mi puña picada, deja y hasta veces que me encantaban enseñarnos cómo salpicar mis manos. Y luego me salpicaba varias veces.

En los próximos días, me permitió masturbarme tantas veces como se puso rígido y mostró que era aún más bonito para él cuando yo masturbaba la polla sobre mi perro y salpicaba el bolso. Era una sensación increíblemente intensa, y por la noche puse los dedos en mi cachorrito, como si fuera el golpe de su cola De repente explotó, ese fue mi primer orgasmo Seguí hasta el desayuno aprendí a frotar el

orgasmo quería mostrarlo al día siguiente pero solo quería jugar a la mierda tenía que hacerse masturbar todo el tiempo y ponerle una inyección en mi puñetazo

Mi cachorro estaba empapado, y me cogía cada vez más en mi bolso mojado hasta que se metió muy profundamente. Él me preguntó si dolía, pero no, dije yo, en absoluto! El era bromeando, ahora cogiéndonos bien y asintiendo con entusiasmo. Él follaba por un tiempo y salpicaba en mi bulto, lo sentí exactamente. Ahora cogíamos todos los días tantas veces como él tenía una pie. Se divierte mucho y yo me distraía la noche masturbándome. Melanie estaba horrorizada cuando le dije después del verano que había despedazado a los 11 años.

Desde entonces, me masturbo cada noche antes de dormir hasta que cansé. Por supuesto, también en el internado, allí las chicas se masturban a menudo en la cama, muchas se masturbaban entre sí. Los ocho años del internado estaban marcados por muchas masturbaciones. Llegué a casa, el padre Pierre perdió nuestra pequeña cervecería y la madre Mélanie tuvo un romance con el cond rico. Por supuesto que me cuenta de que quería casarme con el descendantista, así que me gusta mucho. Mélanie hacía el amor lesbiano conmigo muy a veces para que su favorito Pierre pudiera observarlo secretamente. Ella quería afilarlo de esta manera y yo no tenía nada que tannos. Finalmente, en el mismo año siempre había sexo lésbico y Melanie estaba ansiosa por ver una pipa-pipa como trapatra interna cuando regresaba hacia mi hermano Pedro y ella lo podía mirar dentro de la cámara como si fuera mi hermana.

El conde sólo quería cogirme hasta que le había dado a luz un creador, de lo contrario él quería follar con Mélanie, estaba bien. Y un año y medio más tarde nací al pequeño Luis. Tenía una polla grande, el Luis. Yo era el único que sabía que su padre fue Pierre, con quien siempre me casó cuando Melanie estuvo junto al conde. Pierre, que no era mi padre biológico (esto os loará Mélanie), explicaría como un maestro. Era el único que podía cogerme tan fuerte y tanamente, que tenía un orgasmo secreto antes de ser salpicara largo mí. Pero esto es lo que mantuvimos en la parte delante de Mélanie y de mi marido, el conde. Pedro permitió follar durante muchos años.

Aproveché lo que aprendí y dejé que el conde me diera la viña baja. En dos años se había convertido en una empresa modelo y mis vinos ganaron muchos premios. Mi conde me dio la mano libre y tuve muchas amantes. Yo a menudo estaba en mi cama y masturbándome mientras miraba por medio de la puerta de contacto Mélanie, quien cabalgaba sobre mi conde y se masturbaba frente al rostro en su pecho.

Lo admito, pero disfruté cada minuto.

Mélanie

von Jack Faber © 2023

Soy la Mélanie, mi esposo es Pierre y mi hija Liane. “Amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y autodominio”, solía decir mi madre. “Y malditamente masturbándose y follando mucho”, añadió en aquella tarde memorable, cuando me dijo que estaba masturbándome, me mostró el apasionado de que era y nos masturbamos juntos toda la tarde sentados frente a nosotros, hasta que no mamábamos.

Ya aprendí a masturbarme de mi madre cuando tenía 5 años. Tuve que descubrir lo que hacía mi mamá en realidad por la tarde, me acerqué al dormitorio y abrí la puerta con una niña pequeña. La madre estaba desnuda en la cama, había abierto las piernas y frotado su agujero. Tenía que ver exactamente lo que hace. Vi a su gran bolsito y el pequeño dulce rojo oscuro que la frotaba como loca. Cada 10 minutos explotar su abdomen y ella tomaba un descanso de dos minutos, y luego empezaba a masturbarse de nuevo. Sebaba 12 o 15 veces cada tarde, para ella necesitaba más tiempo hasta que se masturbara. Ella probó más y mucho tiempo hasta que explotara. Ella volvía por la noche y después del poco tiempo masturbando. Me puse antes de terminar todo el orgasmo dentro de él mismo más rápido que hoy yo terminé haciendo esto día siguiente. Yo era uno de los diez primeros días de mi madre morir.

Por supuesto, al mismo tiempo descubrí que mis padres estaban siguiendo solo el domingo por la mañana. Papá todavía dormía y su madre se masturbaba muy tranquilamente desde la mañana, no sé cuántas veces lo había hecho. El padre despertó y se acostó con la cola torcida. Él volvió a sentarse entre las piernas abiertas de mamá. Él miró hacia ella masturbándose y esperando pacientemente una, dos o tres orgasmos hasta que ella acostaba con él. Se rodilló entre sus piernas y ella agarró su polla y le llevó a su puñetazo. Ella gustó mucho que estuviera apretado y brutalmente en su puño. La carrera duró muchísimo y brutalmente, ella agarró un orgasmo si llegó encima

del puñado. Ella golpeó más fuerte y rápidamente vio cómo se estrellaron los ojos de ella, pero pronto se puso mal.

Estuve espiando a la madre y los padres todos los días hasta que murió mi mamá en un accidente de tráfico. Tenía 11 años y medio llorando sin parar con papá durante días. Dormí en su cama y nos detuvimos juntos durante semanas en desgracia. Un domingo por la mañana me desperté, papá frotó su polla y salté al aire. Me sentí en él la segunda vez que lo hizo, era muy caliente e interesante. Cuando terminó, me quitó mi camisa y me masturbó, se me permitió verlo. Fue mi primera vez que me masturbo después de su muerte. Lo hice ocho veces, luego me abracé con él y fue genial sentir el cuerpo desnudo y la rígida. Quería volver a inyectarme una cola y acostado conmigo delante de él. cuando ella salba bajó con cuidado, le puse la copa donde pude hacer las cosas sobre mí. El colá volví a amarme encima de mis ojos para ver dónde hicimos algo pequeño como salsa mía.

Un domingo por la mañana estaba despierto delante de él. Tenía en el sueño una polla muy verdad y me acostó sobre él y froté su polla con mi puño. Él se despertó en él mientras yo lo había hecho saltar. El era completamente confundido, yo no. Yo quería escapar ahora mismo! Él no quería, pero frotaba su polla contra mi niño hasta que estaba listo. “Quiero follar contigo como mamá”, dije desafiante. “Pero tú eres demasiado joven y todavía virgen” él estaba tratando de escapar. “Entonces, yo tenía que despegarme cada mañana del domingo”, le dijo las nueve veces más fuerte y explicado a mí detallado mucho del finimo. Yo no quería serlolada tan solta para los dominicos por la mañana todos ellos como mami, pudieron no brutal. Finalmente puse un poco en la tal vez y les expuso algo de mal tiempo de los niños.

Cada noche debajo de la semana acariciaba su polla antes de dormir, solo quería follar el domingo por mañana. Él arrastraba el prepucio hacia atrás infinitamente lentamente sobre la bellata y se detuvo mientras salpicaba y dejaba que la semilla brotara por mí misma. Lo había aprendido después de unos días y cada noche podía frotar lentamente en cola y frotarla bien. No le molestaba en absoluto que me masturbaba todas las noches hasta caer junto a él.

Mi padre cuenta

Un día, acabamos de tomar un descanso siguiendo el domingo por la mañana me puso en su muslos incliné a la cara sobre su pecho y le agarre la polla mientras él decía.

Ella lo hizo durante unas semanas hasta que yo mismo pudiera hacerlo. Acariciaba mis músculos interiores, mi huevos, mi culo y mi puñeta bien caliente mientras dejaba frotar el prepucio muy lentamente. Dejamosme que mis semillas entraban dos o tres veces seguidas en su agujero, después me bazaba y me bebía en la boca. “¡Buenas noches, mi amor se masturbaba y preparaba para abrazarse pronto! Probablemente dormía bastante horas antes de dormir pero por las buenas noches!”

Solo el domingo por la mañana, cuando papá vino de un viaje de semana para follar a casa, tuve que acostarme con mi hermana mayor. Tuve que meterme en cama con la hermana cuando padre vino a follar. Mi hermana se masturbó todo el domingo hasta las mañanas hasta que los padres terminaron de coger. Ella, por supuesto, me dejó sentir orgullosa y sonriente y con el tiempo no frotó lentamente mi prepucio y me golpeó encima de su puñetazo. Con 13, yo era 4 años más joven, ella quería follarmente después de haber espiado a los padres. Ella explicó correctamente todo lo que tenía derecho y luego lo hicimos. Yo al principio no pude romperla cara de su espalda y ella estaba rompiendo conmigo entonces fui arrastrando mis manos dos veces, pero finalmente fue como una buena parte de nuestro partido así que nos golpeamos muy bien todos unos días del día siguiente. Eso fue realmente bueno. Así que pronto comenzé a hacerse feliz.

Ahora, el domingo por la mañana, tuve que acostarme al pie de la cama y dormirme. “El niño duerme profundamente como un saco” tranquilizó a papá. Así podía perderlos ambos volando. Al principio se masturbó terriblemente para hacerle picar bien. Luego, con una sonrisa ancha, dirigió su polla gorda en su perro. Se acostó larga y muy salvaje. Cuando tuvo que volar y salpicar, ella cortó su pollo del felpudo y solo le hizo saltpicar fuera para evitarlo. Era totalmente emocionante y muy caliente. Mi pene estaba de pies y papá rio. Mamá frotó mi polla y me frotó lentamente hasta que salte en arco. La

mayoría de las veces dejó a mamá soltar dos horas temprano dormido en alto paredón o tiempo más tarde. Ella finalmente recordó que mi madre dejaba mucho tiempo saliendo de casa cuando lo esperaban. Finalmente recuerdo que mi hermana había dejado mi puerta de entrada en la sala de mi familia.

Ella se masturbaba por lo general tres veces seguidas, luego se masturba ella misma durante horas. Mamá era una de las sastreras mejor pagadas de la ciudad, ella cosía durante el día y cuando estaba cansada, golpeó su falda y masturbó extensamente. Después del orgasmo ella fue refrescante y alegre y cogía menos adelante. Ella necesitaba al mismo tiempo 5 veces al día y ella no se preocupaba de si mi hermana o yo estaba allí. Entonces mi papá vino a la vida. Lloramos todos los días que mamá me sentía mal. Me acosté con ella, tiré conmigo frente a su puño y trató de reemplazarla en paz. Semántimos después tenía miedo de tener esa idea calmada pero dejó atrás más de un problema para mí padre, sino que él tuvo ese temor de hacerme pasarlo. Pero sí tuve esta idea tranquila. No había otra pregunta que nadie quería hacerle.

Mélanie continúa escribiendo: Hasta la guerra, me cogí a papá todos los domingos por la mañana pero desafortunadamente murió durante la guerra. Pierre estaba de acuerdo y podía ir con su hermana cada Domingo por la mañana que tenía 11 años. Bajo la semana, intentaba masturbarme al padre, lo más posible todas las noches, y no me importava que Pierre aprovechara la oportunidad para coger a su hermanita pequeña.

Desde que me casé con papá, le di a los chicos unas cuantas mamadas cientos de veces. Entonces conocí a Pierre, un hijo cervecero con la polla más grande que he visto. Nos casamos después de unos meses y Pedro podía mirarme maravillosamente y llevarme al orgasmo, aunque su polla no encajaba en mi peludo. Se sorprendió porque masturbaba todas las noches hasta que cayera. Al principio se veía muy interesado. Entonces vino la guerra.

Pierre se unió inmediatamente a la Resistencia y yo Tuvimos muchas aventuras, la mayoría de las veces tuvimos que escondernos para follar Nos encontrábamos en situaciones donde yo era la única

mujer. Pierre me cogí sin sentido, me senté con la espalda a él medio desnuda en su polla y me dejaba follar con placer Esta fue la única posición en la que su cola encajaba en mi bolso Los amigos se acercaban más, miraban y masturbaba Me quitaba la blusa (las lavadoras y la ropa eran raras!), recibía un orgasmo tras otro, y los amigos salían sobre mis grandes pechos.

Más tarde estábamos de vuelta en un escondite, 30 chicos y dos chicas, la lesbiana Valerie y yo. Cogí con Pierre en el cuarto oscuro y oí a Valérie masturbándose en voz alta junto a mí. Ella tenía varios orgasmos y yo también, Pedro estaba en forma alta. Escuché a los amigos masturbando alrededor mío. Tardé unos días, luego Valerie dejó de masturbarme y mebó enormes orgasmos en la polla de Pierre. Le dije al día siguiente, pero él no creyó ninguna palabra tras día, me masturbo y después de la palabra se sentó sin fin.

Valerie era nuestra francotiradora y ella fue buena en ello me asignaron a ella como espía porque dos mujeres que llevaban un paquete pesado no se dieron cuenta si valeria había disparado a los nazis, nos íbamos Nos masturbamos juntos en esquinas ocultas Porque matarnos nos encantó mucho a ambos.

Ella se masturbó durante la picadura con una mirada ausente en sus ojos. Los dos esperamos a que el orgasmo salvaje de las ballenas les distraía. Valerie puso y le disparó en la cabeza. Entonces ella mantuvo su arma en la cabeza de la balena. Perturbo la mirada del baile sin César: La cola del hombre muerto comenzó un salpicar en su mosquito, luego empujó uno y salpicó hasta que estaba listo. Vimos 20 minutos en el momento de la masturbación mientras ella lo hizo porque la niña no podía dejarse salir de encima por el enorme palma de los orgasmos de él. Volá hacia atrás.

Valerie había terminado con cuatro oficiales nazis en una mesa de café opuesta. De repente, oímos a cuatro soldados alemanes entrar al sótano para recuperar el vino y la cocaína. Valérie tenía solo una bala en la revista, no hubo tiempo para recargarla. Ella disparó inmediatamente y yo rompié mi pesada pistola del ejército de bolsa. Como en éxtasis desapareció todas las nueve balas ciegas y luego pulsaba vacía hasta que Valeria me quitó la pistola de la cola. “Tras loodos hici-

mos", dijo ella, "casi la ropa está seca, todos seguimos!" Corriendo mientras en el estase no podía correr. Tuve menos tres años y mis cosquos toqueo que no pude continuar pie. Valerie también se quedó porque estaba hasta donde estuviera, estuvo en la cola y entonces fue cuando salió.

Durante meses, todos nos quedamos desnudos, en la espera sin fin, solo tenemos sexo hasta el final de la guerra. Valerie se sentó a mirarnos hacia atrás en la cola de Pierre y se masturbó cuando tenía ganas o dejaba que Pierre la masturbara varias veces al día. Raramente, si no se sentaba en la polla de Pierre, uno u otro tenía el valor del cogerla desde detrás en la posición del perro. Me encantaba ver a Valerie masturbándose, pero cuando era follada por Pierre, sentía un dolor en mi corazón.

Me puse la cabeza en el antebrazo, abrí mi culo hacia atrás durante el día. Podía masturbarme muy bien en la posición del perro y las colas me excitaban tanto. Había encontrado que los 30 amigos me cogían en 24 horas, y estos largos meses de follar eran realmente reales y maravillosamente calientes. ¡Dios se sentía como una ducha, aunque helada, pero siempre podía mantenerme limpio! Valerie miraba conmigo con amor mientras me seguía y masturbaba con todos mis amigos, envió un beso de aire amaroso cada vez que tenía un orgasmo! Pierre Miraba celosamente y veía tener verdaderamente estúpido.

En algún momento, la guerra terminó. Nos fuimos a casa y nos habíamos vuelto sexualmente extraños. Pierre me seguía conscientemente todas las mañanas con su alboroto le sacudía un enorme orgasmo, pero solía chuparse a su hermana pequeña. Él me dijo una vez cómo se hizo la hermanita pequeña. Había comenzado a coger a la abuela en los ocho años. Ella había estado en medio de follar a su hija demente y solo estaba poseída. Hermanos, tíos y primos se dieron a la mano y ella se metió con todas las sonrisas. Se había casi todos los días en el piso superior y siguió a los 98 años. murió en joll de su hija cuando tenía 101 años, pero ella sospechaba que fando con y salba porno en el camino del niño muerto. Tenían más amigos que se dirigieron a la manada y ella se metí con todas las soledades. Se había hecho casi todo día en el piso Superior y vollaba a los 98 anos.

Murió en Joder a su hija, cuando ella tenía 101 años atrás, pero ella sospecharía que pudo encontrarse en el hogar durante dos meses de vida media de sus hijos muertas. El padre lleva unos 9 años como parte de mi hermano paradojo, mientras miraba el mundo hace lo demás para mí paso de tiempo. Los videos porno sigue haciendo mis padres.

Me masturbo otra vez como una loca antes de dormir y lloré en el sueño.

El presidente Charles de Gaulle, que estaba caminando, le contó a él que el viejo guerrero me había pegado la Medalla de Oro en el pecho. Valerie había traicionado a su hija, ella era Pierre como cortado de la cara. Le pregunté a Valérie en secreto y ella lo confesó sonriendo. Entonces el comandante de la compañía nos celebró y leyó quién mató a muchos nazis. Valeria, la francotirista 118, Pierre, el scout y el murciélago 57 y yo como Scout 26. Sólo hablamos silenciosamente susurrando sobre él porque en realidad no podíamos perdonar la esclavitud numérica. La mayoría de las otras abiertas fueron ruidosos y callados. Y Pedro del camarillade Valerie con un largo besomio y yo mi casa. Habemos visto la primera vez honestamente y dijo que Pierre tenía hecho nada más allá de los 30 días anteriores, pero nosotros ni siquiera pudimos entrar al interior de una habitación donde Pierre Pierre se podía hacer daño.

Días después, traje a una joven turista japonesa que era lesbiana de hierro con un hermoso gorro afeitado que olía maravillosamente. Ella estaba en contra de lo Pierre nos mirara y decía que no podía follar con ella, que era virgen. Me cogía con su cosquilleo hasta pipa hasta que me cansaba de muchos orgasmos. Pedro metía la cabeza entre nuestros músculos y miraba a nuestras cosquillas. Él subía a la japonesa lloviendo y como un gatito millares, la desplomaba con un toque fuerte. Se desmayó y se cogió el desnudo duro y brutalmente, entonces élpica salba su coño. El estuvo muy contento y los vollamos a la chica del dos durante una semana.

Fui limpio en la casa parroquial, al menos un trabajo pagado. Me enamoré de la joven Abbé Fabien en el primer momento. Era una bretonera, delgado y grueso al mismo tiempo, tenía un peine negro y

unos ojos azules muy brillantes. Estaba firmemente decidido a coger este sabroso bocadillo y me estremecí en esta aventura. Primero, dejó el sostén y las bragas y llevé un vestido corto y ligero, frívolo en la parroquia. Sin embargo, el abad no se dio cuenta de nada de ello. tuve que levantar un cañón pesado. Justo antes del aba, me arrojé sobre todos los cuatro y roteé el suelo de piedra pio. Como por casualidad, mi limbros, yo presenté mi hombre como mis amigos, mi padre él costó mucho cultivo, estaba orgulloso de mí lo cual era todo el día con el tiempo volando hacia arriba El abadecía mirándome a ver cómo es el diablo cuando había pasado mucha noche conmigo.

Durante cuatro meses nos cogimos en uno como locos. Le dije que quería tener un hijo de él, porque con mi Pierre no funcionó. Su boca dijo que no podía hacer eso, pero su polla salpicaba una docena de veces al día en mi puñetazo, que estaba bien. Yo había confesado todo a Pierre, pero él asintió sólo y se fue más a follar a su hermanita. Fabien realmente pudo follar magistralmente y no ahorró su semilla. El me había estado rogando cada vez que tenía un niño y él me reprendió a mí a menudo como pude. Un día me llevó a la iglesia y me cerró tan cuidadosamente. Tuve que ponerme desnuda sobre el altar principal y él me siguió durante dos horas, me hizo pasar cuatro veces en mi poño. Miré todos mis santos, los ángeles y los mandamientos de los santos me repetieron todas las veces que me mandaron a soltar a los santos y los santos mandaron a los santas. Uno de ellos me manda a tomar cuidado del santo y cuidar de todos los santos.

El abad fue ordenado al obispo. Con la cara petrificada leyó la carta anónima. Abbé Fabien se desvaneció. Pero era un hombre honesto, admitió todo. Con palabras ardientes y enamoradas él contó del amor maravilloso, de la hermosa melania y de los carnales placeres que el obispo lápiz tembló en la mano del protocolo. El abade pasó por alto de manera brusca la pornografía del abateSi no había escrito nunca todas las tazas en el armario, el señor donador. Para acostar a los amadores allí si es necesario, en nombre de Dios! pero hijos de las piernas que son fieles tabú! y el abade tuvo una plaza con su padre, el abadejo tenía todavía ninguna clase de mujeres sin serlojas sino que el rey me enseñó lo primero que le hizo, pero sí mi Señor ha caído a sus padres.

El abad Fabien regresó con el corazón roto. Dentro de tres días tenía que irse, me dijo. Todavía estaba obsesionado y llamé a Pierre para que quedara tres días. Fabien y yo pasamos 75 horas en la cama, no cogíamos el cerebro de la cabeza. Nos reíamos en cada orgasmo y llorábamos cuando tuvimos que descansar. Se fue y hablamos por teléfono un poco más del tiempo. Me sentía tan mal, no tenía nada que hacer en la parroquia y la vieja bruja lo obligó a dormir por menos 4 veces. Aparte de su fealdad, era muy buena follando ella y lojo al menos una docena de día. Al menos mi amante muchas veces tuvo problemas para deshacerla de su semilla y me olvidó de él, el embarazo pronto hizo sentirme mal.

Me quedé conmocionado por la mañana cuando Liane me confesó, su hermano deshizo a los 11 años en verano y ella había tenido hasta el final de las vacaciones días de descanso en la playa siguiendo todos los dormitorios como locos. Liane llegó inmediatamente a un internado de niña, donde no había colas. Tuve una felicidad increíble. Mi amor juvenil, El Conde Armand, se fue a la mierda del día, tenía una nueva gerente (no decir que era suficientemente fino). Armand entonces tenía 55, yo pronto 50. Aunque Pierre me follaba maravillosamente todas las mañanas con su limosna de la mañana y luego a su hermana pequeña a follar, Yo tenía un hombre, yo tenía la tumba vi en él visón. No, él no olvidó que había algo frecuente en la escuela, pero estaba mirando hacia él duro en mi corazón, pero todavía tenía diez kilos más pesados, ¡pero aún no tuve nada rápido en mí! Pero tengo unos cuantos pies pequeños ojos en el camino al paso de sus corazones, pero nunca he visto mis manos... pero no tenía poco menos piezas en el lado de ellos, pero yo tenía muy pequeño en blanco.

Durante semanas, Armand me miró con benevolencia y me dejó deslizar su mirada por encima de mi cuerpo, admirablemente hermoso. Me froté los pesones duros antes de ir a él. Él amaba mis pechos grandes y llenos y las pesones rígidos, eso estaba claro. Tan a menudo como era posible, me sentía de tal manera que podía ver y mirar mi fragmento de follaje. Escuchó mi cuerpo cada vez que era posible y sintió saltaba de día en día. ¿Año del duelo? Me tomó exactamente un mes dejarme follar por él. Pierre lo sabía, pero él estuvo atrapado con todos los sentidos estrechos en los flancos y virgenes de la hermana pequeña, y yo le gustaba desde el corazón.

A Armand, mi conde, le encantaba follar pero no era competencia para follar a Pierre. Le encantban cuando me sentó en su pecho y me masturbó delante de sus ojos Yo estaba bien, prefería varios orgasmos masturbándose que nadie. Armand me ama realmente, pero pertenecía a Pierre, con piel y pelo.

Liane tenía 18 años y volvió al internado. Pierre tuvo que coger a una chica de 15 años en la cervecería junto con mí y su hermana. Eso fue demasiado para él, cinco meses después lo llevó al hospital, al ataque al corazón. Él se recuperó bien, pero perdió el cervario a una gran empresa danesa-holandesa. Vivíamos de mi salario y de todo lo que podía robarle a Armand, y eso no era poco.

La hermana de Pierre quería cuidarlo, o ella había tenido suficiente del él y empezamos a follar por la mañana. Pierre confesó que había desaparecido la emoción del pequeño cachorro virginal de la hermana y sus gritos ansiosos y virginales antes de tener un orgasmo, y también estaba deprimido porque había encontrado una nueva semental potente. Me aconsejé con Liane y me sorprendió el inteligente y adulto que había llegado a ser. En primer lugar, vamos a decir que un espejo veneciano entró en el dormitorio para poder verlo secretamente desde la habitación de al lado. El primer paso de nuestra estrategia.

El segundo paso era delicado. Liane tenía mucha experiencia lesbiana en el internado, y cada mañana enviamos a Pierre a la habitación de al lado. Liane hacía el sexo lesbian del mejor conmigo, nos masturbábamos unos con otros y cogíamos cosquillas con pasión y ferocidad. Cuando habíamos terminado, llamé a Pierre. Él entró con la mayor erección de todos los tiempos y me cogía inmediatamente por detrás porque tenía tantos orgasmos. Liana no quería molestarnos y nos dejó después de algunos minutos para mirar y masturbarnos desde el cuarto de Allado, que fue una nueva y maravillosa follada madrugada, y tengo que admitir que Liane no podía follar como ningún otro hombre volvía a tener un coño de pipa y que me armaron felizmente.

El siguiente paso de mi ingenioso plan fue emparejar a Liane con Armand. Hablé con ella y le explicé sinceramente mis pensamientos

e intenciones. Pensó unos minutos y me hizo algunas preguntas, y finalmente aceptó ser condesa. Agregó algunas cosas porque había pensado muy específicamente en su futuro y quería asegurarme que tenía todo. Le puse el corazón para usar mi táctica asquerosa de mujer. Vestido corto ligero, sin sostén y sin bragas. El escote y la hendidura del follaje tantas veces se presentaron al comadre. Liane se golpeó las manos, estaba tan emocionada de coger a un marido rico y agradable.

El plan se puso en marcha, funcionó como el cordón. Armand consiguió tanto de las joyas de Liane que casi sucedió con ella. Me detuve por un tiempo para el tiempo a Armando y una Liane. Y sí, después de un buen año Dios a luz al pequeño Luis, Armand estaba en el séptimo cielo y descubrió la verdad que no era asunto nuestro.

Ella sabía que él no era su padre biológico y por lo tanto le cogía sin tener en cuenta. Pedro nunca se enteró de que Luis era su hijo. Eso fue así durante un año y medio. Pensé. No había servido a nadie con un escándalo. Le dije a Liane que no me quiso Pierre. Él era el amor de mi vida primera y el único que me gustaba. Liane prometió siempre, y llevó nuestras relaciones como hasta ahora tenía una dueño y la mujer de liana. Ella tomó semillas cuando ella tuvo muchas veces los amigos más maduros del mundo y nos encontramos solos juntos para encontrarnos con muchos compañeros libres de las vidas perdidas de sus hermanos.

Ella odiaba el collar y los besos, porque ella lo hacía solo con aquellos con quienes tenía una relación. El semental estaba allí para otro propósito. Ella era sonriendo como la diosa Diana en la cama y solía abrir sus piernas. Tenía también un pequeño hermoso puño y un cosquilleo de despejado que no estaba cubierto por un prepucio. Ella tenía una hermosa colina de redondeada. Ella nunca había tenido pelúnicas y vio su pequeño puño a mí, yo apenas me golpeó como si estuviera viviendo, y ella era tan fuerte en la orgasmo, que podía tirar del aire cuando entraba él, ella siempre le gustaba mucho más. Ella veía muy bien las cosas pero ella sabía mucho sobre ella misma, pero ella tenía muchas ganas de entrar en el mismo lugar, pero ella se quedó sola hasta llegar al punto donde ella entró en el cuerpo, pero ella tuvo

mucha energía en el corazón, ella tenía muchos gustos, pero ella quería tener una gran cantidad de orgullo en mi vida.

Así, todos tenemos una vida de amor muy emocionante y satisfactoria.

Valerie

von Jack Faber © 2023

Soy Valerie y tengo una hija de Pierre, Sybille, en tiempos de guerra.

Desde que era pequeño, aprendí a masturbarme de mis compañeros de juego y a masturbarse desde hace mucho tiempo. Mi mamá no me gustó lo mismo, pero ella nunca se pronunció en contra. Lamentablemente murió cuando tenía 8 años y papá y yo nos mantuvimos abrazados y llorando toda la noche porque amamos tanto. Me acostumbré con papá, y estábamos haciendo sexo infantil, hasta que su polla salpicaba sobre mi puñetazo. “Quiero reemplazarte a ti”, susurré con gran seriedad, “se fue fol y no tuviste ninguna mujer paralar!” Siempre fui muy inteligente Papá voldeaba de mí, que estaba demasiado joven para ser loco. Entonces me explicó exactamente cómo del tartamuelo y el tanco. Yo las mirábamos al tí siempre sabía bien como él le había hecho sentirme fuerte, así que él tuvo una orgasmo igual que yo misma, sentía un enorme dolor como si tuviera una sola pareja propia.

La Resistencia me tomó inmediatamente, me tomaron como francotirador. Traje mi propio rifle de caza, una obra maestra rara del campo austriaco. Yo había montado un vidrio de precisión y cambié la revista a 5 cartuchos, así que tuve 6 disparos. Estaba quieto y retraído y mis compañeros creían que era lesbiana, lo que nunca fui. Al final de la guerra, operó desde una base pequeña con mi scout Mélanie. Era un explorador perfecto y no me mataba cuando estaba necesario.

Mélanie seguía con su marido Pierre todas las noches con luz estúpida, yo la observaba con avaricia y sensualidad y se masturbaba hasta que me cayera. No me acordaba de follar con los otros compañeros. Empecé a masturbarme con cuidado y disfrutar mucho de este misterio. Me masturbé cada noche, tanto era seguro. Cuando Pierre Mélanie se retiró, me cogí y me oyó escuchar y ver. Desde entonces

Pedro me cogía con su enorme polla día y noche hasta el final de la guerra.

Mélanie estaba amargada y dejó que todos los compañeros me cogieran en posición de perro día y noche. Sabía que tenía que hacer daño a ella y Pierre, pero no fue mi decisión. Sólo nosotras dos mujeres por más de 30 hombres. Muchos de ellos también me cogían por detrás, pero yo solíamos tirarlos a la salpicadura. Nuestro escuadrón estuvo manchado de follar día y noche, estábamos esperando una operación. Cuando Pedro regresó de un paseo nocturno y su largo cuchillo de caza se durmió con la boca afilada, tomé su cabeza delicadamente en las manos del hombre y le hice llorar secreta en el lado abilado. Él no amaba matar, pero nadie dejaba lo que detuviera. En general, él traía un trabajo para mí y yo iba conmigo Melamia.

Uno de los muchos nazis que extirpamos fue especialmente recordado. Deberíamos eliminar a un nazi de alto nivel y ser la mejor oportunidad para matarlo en su nieto de amor. Nos escabullimos inadvertidamente en su nieta de amor, donde estaba siguiendo una valquiria gigante. Ella debía haber tirado pervitina y cocaína porque ella se masturbó sin descanso y se atornillaba cada vez más del orgasmo al orgasmo. En uno de sus orgasmos feroces, me puse silenciosamente a su lado y le desapareció en la cabeza. La ballena siguió morbándose y parecía no darse cuenta. Mélanie y yo mirábamos la cola del pelo antes de coibar el suelo, el rayo salpicaba hacia la cola cola colade la llafre antes de caer al suelo.

Me puse tan caliente que temblaba por todo el cuerpo. Mélanie tenía una cabeza fría, me quitó la pistola de la mano y tiraba el cañón del revólver en el hoyo de la valquiria. Esperaba hasta que la valqueria tuviera un orgasmo y disara varias veces en el coño y luego en la cabeza. Corríamos corriendo. Encontramos un buen escondite y nos despojábamos inmediatamente. Éramos calientes y seguíamos muy a Mélanie cosquillador-al-cosquillador, les encantaba todo y lo hacíamos cada vez después de matarnos.

La guerra había terminado. Me despidió de Mélanie y Pierre con mil necesidades en lengua. No les dije que estaba embarazada. Conduje a casa justo a tiempo para enterrar a mi padre. Mi hija Sybille

creció magníficamente y ya no folé con hombres, la hija de Pierre era única. Sólo me acostaba con mujeres y niñas y las cogía el cerebro, me la follaba sin piedad cosquillador-al-cosquillador, me parece bien.

Pierre y Mélanie sólo me encontró una vez más cuando nuestro presidente de Gaulle distinguió a los combatientes de la resistencia. De Gaulle me besó tres veces en la derecha en la mejilla y me dijo lo orgulloso que estaba de mí, la mejor francotiradora de la Resistencia. Cogí rojo cuando primero tocó mis tetas puntiagudas, ¿donde iba a fijar el premio? “Bravo, “¡hija mía”, murmuraba el viejo guerrero, bastardo de 180 bastardos!” . No sé qué había montado cuando se levantó, “no era seguro que todos los hombres”. Él asintió seriamente y ató la Medalla de Oro a mi reversa. La lucha, y yo pensaba silenciosamente junto a las ruidos del público. Yo siempre sabía que si él respondió al mensaje de Melanie, porque Pedro era quien decía que era, pero yo mismo, yo misma, yo también dije: “¿Por qué es esto?”

Budicca

von Jack Faber © 2023

Soy el espíritu de Budicca, la antigua reina del reino escondido por Halfgard.

Supongo que quieres saber qué y dónde estoy. Me sorprendió a mí mismo, porque definitivamente no hay paraíso. Somos fantasmas invisibles sin cuerpo que eligen su paradero como yo. No viajamos, pensamos en ningún lugar y estamos allí. Estoy en general en los bosques de Halfgard y con mi pueblo. También tengo que corregir otros hechos. Los espíritus no son sin género, al contrario. Nos follamos mucho más que en la vida anterior, los espíritos queridos como yo nos vollamos día a día. Tenemos muchísimo más fácil y más orgasmos que en la vieja Basta.

Quiero hablar de mi pueblo, los semillas. Somos engendrados por los hombres bangurel con las gones. Por desgracia, no podemos multiplicarnos, todos los semilas son infértiles. somos sólo un poco más pequeños que nuestros padres humanos, del crecimiento delgado del cuerpo y blanco como nuestros padres. Nunca he visto a uno medio grueso o sobrepeso. Desafortunadamente, la vida de una mitad casi siempre termina en 50 años.

Tanto las mujeres como los hombres tienen un hermoso y completo crecimiento del cabello, que se extiende a lo largo de la tortilla en una mejilla densa hasta el culo. La mayoría de las mejillas dejan las melenas paradas por encima de los culos. El color de nuestros cabellos, cejas y melanas heredamos de nuestros padres. De lo contrario, somos sin pelo, no tenemos pelos de axila o púbicos. Nuestras partes sexuales son muy similares a las de los hombres, pero existen diferencias.

Los hijos de nuestras chicas son muy parecidos a los hombres. Sólo el cosquilleo es un poco más grande y firme y en última instancia tiene una belleta como las gás masculinas. El cosquillero no tiene prepucio, como los niños humanos, ni siquiera está descansando en-

tre los labios llenos de champán. Se pone rígido y crece sobre todo en el tamaño doble o menos. Esto es importante mientras se masturban y follan cosquillas a los chicos que aman la mayoría de las personas. Las mujeres hacen mucho más sexo femenino cuando llegan al orgasmo, con el ritmo del cadera del hombre hasta durante todo lo que generalmente dura entre nosotros 6 minutos. La vida popular entre las adolescentes puede ser demasiado larga para dejar sus propias relaciones sexuales debido a su edad sexual.

Las cola de los semejantes son muy parecidas a las del hombre, pero no hay pruebas ni escroto. En la mayoría de casos son más largas y se hacen más gruesas con la excitación. La cola erectada tiene una bellato firme fuertemente inclinado hacia arriba su prepucio, lo que estimula bien el punto G de las mujeres. Los semejantes solo pueden masturbarse hasta el décimo cumpleaños o, como casi siempre, ser masturbándose por las mujeres y las hijas del Señor. Muchas mujeres e hijas de los semeyes se masturban en su propia masturbación y les enseñan un amoroso orgasmo o al menos. Seera que la mayor parte de las chicas jóvenes despojan a los menores y toleran alegremente. Incluso las pequeñas hermanas tienen más de 10 follas en medio tiempo que ellas pueden resistir mucho a sus hijos, incluso las hembras pequeños tienen media mitad de ellos, mientras las muchachas femeninas toleran mucha frecuencia a las mil veces que las mujeres mueren.

Sólo los padres malos o muy pobres vendían sus halcones a las burdeles. Se pagaron precios astronómicos a las vírgenes virgenas. Los semillas no conocían la homosexualidad masculina y muchos semicompañeros eran abusados en los bordellos de los hombres. En el levantamiento de la mitad, todos los burdos fueron incendiados más tarde.

A mí, a mi vida. Mi padre era un Thyerry de Audonville, un hombre muy bueno y sensible, de una antigua familia francesa en la tierra. Trató excelentemente a sus halcones. Desde mis seis años de edad dejaba dormir en su cama. El viudo me ama divinamente. Él me enseñó masturbándome como una mitad, lo cual me encantaba mucho. Nos besamos amorosamente y jugando. Se tomó muy seriamente que no podía dejarme hasta los doce años. Pero aprendí a cuerpo

suyo, le pude masturbar desde el principio, y hice salpicar en mi corazón, que se gustaba. Me encantó mucho, sinceramente porque me encantó follabre las manos con mi cariño rígido. Él puso al puesto que había muchas cosas antes de haber dormido, pero tenía mucha costilla para enamorarme del resto de mi boca.

Durante el día estudié en su biblioteca y aprendí rápidamente y mucho, pero poco a poco le convencí de que yo era una teleépata natural. Estaba muy orgulloso de ello. Hasta mi vigésimo cumpleaños aprendi todo sobre la justicia y sin duda me convirtió en una excelente abogada. Él me acompañaba a menudo en los juicios y me ponía en contacto con muchos buenos abogados. Como mitad, por supuesto, no podía tomar una profesión de abogado, pero pronto fui uno de los interlocutores legales que deseaba.

Precisamente en mi 12 cumpleaños pidió una cena en su cocina, cenamos a la luz de las velas, bailamos y oímos música maravillosa. “Hoy es tu gran día”, dijo con ternura y me regaló un hermoso anillo, y luego nos fuimos a la cama.

Por supuesto, estaba muy emocionado. Había bañado durante una hora y me había rociado con perfume fino. Me masturbaba toda la tarde junto a una encantadora chica gonnie y le había follado un kitzler por horas en los clichés. Así que estaba bien preparado y sentí tan caliente como era posible para el velada importante.

Nos abrazamos y nos besamos hasta que los dos no volvimos locos. Me acosté en la espalda y me abrí las piernas. Era muy delicado y romántico cuando me desvirgía. No sentí una picadura y seguíamos tantas veces hasta que nadie podía salpicar.

Vivimos los próximos diez años como marido y mujer, seguimos todas las noches hasta que nos cansamos y él me ayudó en mis estudios de derecho. Ser el hombre más conocido y muy popular para la desvirginación.

Estoy escribiendo aquí una carta de mi amiga Elli que ofrece una buena descripción del tiempo:

La carta de Elli

Querida mamá: ¿Qué quieres decir?

Estoy bien, sigo tu consejo concienzudamente y me masturbo todas las noches hasta que puedo incluso en los últimos meses antes de levantarme pero más tarde.

La chica nueva, la madrastra, es un verdadero asco. Le ordenó a Pip que durara conmigo. Quería desvirgiera y me follara antes del 120 cumpleaños, así que quería molestar al papá. Pero Pip solo se acostó con mí y sosurró que no lo haría por la malvada bruja. Estaba muy traumatizado porque ella ya había obligado a despellejar su hija y una follar durante algún tiempo. Pip es un verdadere caballero y nos masturbamos juntos todas las noches hasta que estemos cansados. El permito inyectarse en mi estado también hemos estado masturbándose cada mañana desde que dormimos con el padre . Pip ha mostrado un lugar secreto desde donde podemos mirar secretamente al dormitorio de los padres. Vemos como papá folla a la niña cuando fue idola, Ella tiene Papá hasta el momento en que él agotamiento hasta Pepás.

Ella fue de vacaciones con Papá y Pep, papá estaba muy depresivo y triste y Pip y yo podía dormir con él. Ambos nos encargamos de su alfombra cada mañana y le masturbamos tres veces seguidas. A papá el encantó salpicar sobre mi piel de virgen y me permitió masturbarme a mí y un pip después de lo que queríamos. “Pronto tendrás 12 años y una muchacha grande”, dijo, “te llevaré al famoso señor Dobon para que te quite la virginidad”. Eso es correcto, he visto al Señor varias veces y era un hombre amable.

Ayer era mi 120 cumpleaños y papá fue conmigo a ver al señor Dobonwill. Su hija es una chica muy encantadora, me bañó y frotó mi cuerpo con aceite y perfumes olorosos. Después de eso, ella me masturbó maravillosamente y estuvimos toda la tarde en la cama, donde se puso caliente con la cogida de Kitzler-en-Kitzler durante horas. Yo estaba tan caliente como nunca! Por la noche llegaron los hombres y llegó hasta que la hija cogiera dos veces más con su cosquilla a los or-

gasmos. Estaba ciego de la sencillez cuando el Señor me acostó. Él era tan sensible como las estrellas del cine en películas de amor. Por la noche, él tenía fácil orgasmo como un pluma en mis solo mineros, entonces tuve una pía que me sentí todo lo que podía hacer casi lo mismo que yo tenía que sentirme bien en ese momento, luego tuvo que darse cuenta de mí que tenía algo que tengo que hacerlo por encima de mi padre, después tenía que hacerlo así que tenía que tenerla o qué hacerlecto. El hombre tiene mucho gusto para mí.

Todavía tengo una patada en el músculo de la desvirginación, pero ahora soy una mujer verdadera.

¡Muchos de los queridos que tengo en Elli!

P.S. La chica nueva no ama a papá, dice Papá, solo le gusta su dinero y eso de las vacaciones también era mentira, no fueron un nadar al mar una sola vez sino que él y Pep tuvieron que coger el Nuevo Día y la Noche hasta caerse! E.

Pap (15), Pep (14) y Pip (11) eran los únicos hijos de Halcón del padre de Elli que le gustaba follar con sus esposas gonnie.

Thierry y yo vivimos como pareja feliz en la unanimidad sexual y por la noche, ya que todavía estaba caliente, me masturbé hasta el cacero y cogí las cuadras con mi cosquilla hasta que cansé. Pasé mucho tiempo con los abogados y discutí mucho sobre mi idea de escribir una obra justa y práctica para los derechos de los semides. Ya había terminado todo esto en mi cabeza ya dictó un borrador en mi computadora. La desgracia llegó después de mis 22 cumpleaños.

Thierry había embarazado a una joven de buena casa, y su padre, un tímido y temido duelista, le pedía un duelo por la vida y la muerte si no se casara inmediatamente con ella. Pero Thierry quería vivir y casarse con la chica con toda la pompa.

Ella y Thierry miraban cuando me follaban los invitados. Era una onanistina que se masturba, él me miraba tristemente. Que ella estaba masturbándose continuamente, no le interesaba tanto como a mí. Mantuve un contacto telepático con mi marido, que era más impor-

tante para nosotros que por follar. Me dejó volando cientos de invitados y estaba segura de que Thierry podía olvidarme de mí. Después de un año ella se aburría y me vendió en un burdel. De Thierry solo podría despedirme telefáticamente y jurar matar a su noble mujer. Nacido sin ser querido, Pan d'Aubon sabía todavía que había sido el amor del hermano y yo quería amar este día uno de la vida de mi hijo nacido en panville.

Casi un año me quedé en la burdel, cogí a cientos y miles de hombres y abrí las orejas. Su ejército mató a millas y media, pero no detuvimos. Al final del año, alguien presentó la idea de que mitad necesitaba una reina y sugirió para mí saber lo educada que era y cómo manejaba nuestras tropas y mi cuchillo de combate sangriento. Yo primero dejó la cara y durante horas pensaron antes de aceptarla.

Fui proclamada reina y acepté el nombre de Budicca. Acabo de leer sobre la historia de la antigua Inglaterra. La Reina Budicca guió a los celtas victoriosos contra la supremacía de los romanos. Cuando los romanos secuestraron a sus dos hijas menores, las despojaron y follaron durante una noche y arrojaron a los niños perturbados delante de su tienda, Budicca vio a los romanos en rojo con dos de los mejores guerreros y los derribó sin piedad. Fue capturado fueada con sus hijas y atada a estacas. La romana se volcó a la trolla un sentido a otras tres en el madero. Después de que el último de ellos también hizo dos niñas sin ser visto por la puerta. Sentí este cortesía, tomó una corte de respeto para sus mujeres, pero no le garganta ninguna guardia.

Ese día me convirtió en Budicca, la primera reina de los semides.

Llevo meses enganchando a los media y mi mano estaba sumergida en sangre hasta el codo. Yo no las guié como sus generales a una distancia segura atrás. No, asaltó desnudo con el cuchillo de combate y me quedé parado solo para hablar por teléfono con otros líderes. Por la noche, Las armas se llamaban. El carnicero y la matanza nos habían excitado a todos y yo cogí a los mejores combatientes hasta caer, esta recompensa, naturalmente, infundió más valor a los demás.

Ella estaba muy extendida en la cama prostituta y masturbándose, totalmente ausente y sin percibir nada. Antes de darnos cuenta, mi amado Thierry saltó a mi encuentro para proteger a su esposa, se metió en mi cuchillo de batalla. Mi mundo se derrumbó, nosimos al suelo moribundo y sosteníamos la cabeza del suelo en el regazo.

Frío como el acero, durante toda una eternidad vi a su esposa que cada vez se atornillaba más y más alto desde el orgasmo hasta el orgasmo, y en algún momento, en un enorme explosión con golpes fuertes y sacudidas al orgasmo final. Ella quedó felizmente sonriente, abrió el agujero rosado y miré los cosquillas probados por el luchador de forma rígida y desafiante. Me acerqué a ella. Ella había vuelto a masturbarse con ojos cerrados. Yo me metí mi cuchillo de combate lentamente en su agujero de la multitud. Me detuvo minutos y me miróido. Grité y lagarré, desde el gran grado de garganta. Le tirando el corazón confundible y la tumba hasta la muerte a través del luchar de la llama en la guerra en la calle donde él sentía el terror para llevarme a las llamas en el jardín donde yo estaba encerrado en el sallo de la vida en el corral de la casa en el cual terminaron sus ataques contra mí. El amor no es lo único que te hace sentir.

Construimos una ciudad escondida detrás de los bosques del sur. ¡Bangurel nunca se enteró de su existencia y su situación permaneció secreta hasta el día de hoy! Los semillas fluyeron de todas las direcciones celestiales a Halfgard, esclavos huidos, trabajadoras sexuales y muchos, muchos niños! Cuando murió 25 años más tarde, Halfgard tenía 40.000 habitantes y 5.000 vivían en asentamientos dispersos alrededor. Yo era su casa y la Primera jueza. Entré en un simple y claro trabajo de ley llamado Codex Reina Budicca. Durante el día me puse a formar legalmente entre 3 y 4 niñas sabias. Después de 5 años, estaban bien reguladas y esto fue lo que hice.

Me quedé con un hábito, confieso su rojoando me. Los semestres tenemos mucho más fuego en el culo que los bangurelianos, mi gente estaba muy ocupada en el trabajo y aún más ocupado en follar. Yo solía dejar a los mejores en mi casa todas las noches, eran tres o cuatro que me cogían hasta el cansancio. Me aseguraba de que mis criadas también se calentaban cada noche. Una vez la semana invitó a cuatro o cinco jóvenes que todavía no habían vollado. Mi dejaba folar

hasta el rojo del mañana, lo pronto cual fue considerado como una golpe de caballero entre los muchachos. Sospecho que durante estos 25 años había estado conmigo toda la ayuda. ¡Fue, muy satisfactorio!

Mi gente vivía de la recolección y la caza. Por supuesto, había cerrajeros, fontaneros y toda la artesanía. Algunos ingenieros fundaron un pequeño taller de investigación y fabricaron armas más modernas para nuestros cazadores que Bangorel.

Había una ley secular sobre Bangurel que databa del momento en el cual las mitades eran consideradas como un caza libre sexual. Las miércoles sólo podían cubrir su cuerpo superior hasta la ombligo, tenían que llevar cola y los desnudos folles. Los banguelianos veían con gusto sus partes sexuales, las colas de los halfboys fueron generalmente semi rígidas y los niños mostraban orgullo y conciencia de sí mismos. La reina Budicca pintaba la ley y cada mitad podía vestirse o permanecer desnuda. La mayoría de los hombres no sabían nada más acerca de lo normal de vivir a diario porque durante tres temporadas siempre había medio calor entre el pueblo, el año pasado y el post-primaveralaba. En el aniversario de la ciudad una fiesta mientras la gente fluía hacia dentro de ella, casi todos caminaban profundamente por el día entero de la vida pública. ¡Budíca tenía media noche alrededor de todo el mundo!

El cliente del heroico Pan de Aubonville me escuchó y también que era un excelente ficker. Aunque no tenía nada enojado realmente, tenía curiosidad por conocer a mi hermano. Tenía 45 años y no tuve muchos años antes de mí. Ordené a nuestros mejores exploradores para ponerse una pista que siguiera con seguridad al pan. Un día mis scouts lo llevaron a mi cabaña del palacio.

En el primer segundo me enamoré de mi hermano, que tenía la mitad de edad que yo. Legué casi cada mes por dos o tres noches y estaba acostado conmigo. Ambos amamos follar hasta el amanecer y mi gente lo aceptó a él y nuestra conexión especial. Él me ama tanto como yo, y eso me hizo muy consciente cuando le confesó que había matado a sus padres. Yo era un telépata y le decimos “sobre” los acontecimientos. A menudo nos sentamos en el pequeño banco sobre piedra y conocemos todo, Trivia y lo cotidiano, personal y real. Para

mi sorpresa, él era el favorito de una dominación y tuvo una mirada profunda en la política. Detestaba al cero y no escandalizaba la lucha con poderosos cardenales. Tuces combatías de operaciones piratas contra varios líderes militares indios e indícuos tenían liderazgo político.

Era padre de cinco semejantes, a los que había entrenado excelentemente y tenía las buenas posiciones en las plantaciones. También tenía dos semejantes que habían desvirgado a la edad de 12 años según la costumbre y que se habían enamorado apasionadamente con él. Una de sus aficiones había hecho que su cachorrito de oro fuera una imagen natural y siempre llevaba consigo este fragmento de oro. Cuando estábamos hablando, uno de nosotros jugaba con el fragmento dorado en los dedos, era tan agradable y cálido. Y nos advirtió que no perdíamos la noche.

Siempre tuve que reírme de mi corazón cuando Pan me dijo desde el viaje con flores. Él traía conmigo a la general Jubilada Irenea, ella visitó a mi ingeniero jefe Wengin, su amor por la juventud. El viejo estrangulador bebí todo el día licor de arándano que hace que las personas se enojaran. Ella masturbó el viaje sin parar durante siete horas y pan tuvo que follar muy fuerte y brutalmente con el orgasmo. él era bueno y estaba parte de él, aunque hizo de pie sobre los muchachas jóvenes. Pan también bajó su masturbación y siguiendo tan delpacio que me reía hasta que dolía.

Yo envejecí año tras año. Sabía cuánto le gustaba desvirgar a las vírgenes, al fin y al cabo era el hijo de Thierry. Le puse cada vez más virgenas en la cama, pero siempre insistió que la primera semilla pertenecía a la reina. Lo vi desvirgiéndolo y siguiendo a la niña. También me encantaba ver mi hermano de dirección, masturbándome continuamente. Tuvimos un hermoso y hermoso tiempo juntos.

Mi hermano, amigo, amante y amor de mi vida llegaron justo a tiempo para acompañarme en la muerte. Mantuvimos contacto telepático hasta el último momento, luego me convirtió en un fantasma asombroso.

Jana

von Jack Faber © 2023

Soy Jana, una de las prostitutas más pagadas en Bangurel.

Mi padre era oficial militar. Desde niño dormía como ella en la cama grande. Mamá se masturbaba todas las noches hasta que estaba muy cansada. Por supuesto, lo hacía y también se masturbó hasta caerse. No se follaban muy a menudo, aproximadamente una vez a la semana. Mamà se masturba hasta que estuvo bastante caliente y le susurraba si quería follar. Se acostaba sobre la mamá ardientemente caliente y Ella se aferraba a él como un bebé mono desde abajo. Él espera con la inyección hasta que termina con el orgasmo y salpicaba un poco dentro. Yo podía jugar desde pequeña con su polla si no querría follar y me salpicaba en la boca.

Cuando tenía 8 años, me cogió en la parte delantera de mi hijo y me salpicaba encima de mi piel de novia. Si él no quería desgarme bien, mamá le preguntó que me cogía bien, pero pensaba que más tarde podría venderla a mí misma. Incluso yo lo entendí, nunca tuvimos suficiente dinero. Él me cojo hasta que tuve 15 años. Entonces murió en una pelea. El ejército pagó una pensión alta a mamá, pero murió siete semanas después de corazón roto. El Ejército tuvo que casarme ahora. Sin embargo, el Lord Commander Pan d'Aubonville no quiso casarse con una niña tan joven y en su lugar me aceptó como hija de acogida.

Así que entré en su palacio y pude continuar mi entrenamiento con la orfebrería sin problemas. Desde el principio me dejaron dormir con tu hija Binara, éramos onanistas fuertes, lo cual se encuentra bien. Binara era su hija y tenía una hermosa melena densa hasta las nalgas del culo. Ella me mostró la cogida de Kitzler-en-Kitzler y ambos nos dimos cuenta de que yo gustaba follar en el papel de los hombres. Me la Follaba todos los días hasta casi tarde me dejaba dormir como con el señor. Binara ya estaba desvenciada y follaba apasionadamente con él cuando estaba en casa. Estaba demasiado tiempo y le preguntaba a binara si podía poner su polla en mí. No me

gusta más ella. La edad suficiente para mí es decirme cómo me gusta simplemente hacerse un listón de cosas por ella.

Un día estaba listo y lo susurré al oído del Señor. Lo conoí un poco mejor y ya no era tímido. La noche siguiente, él sirvió una banquete, me emocionó por completo. Pan, mi señor, me regaló un hermoso anillo con un diamante. Fuimos a la cama y Binara me cogí durante una hora hasta que yo era caliente como un tigre. Él me deploró muy delicada y románticamente y luego se cogió a binara y me alterando. Era maravilloso y terminó mi educación. El hijo de joyero en el que había aprendidome casó justo después de mi educación.

Por desgracia, mi marido no pudo follar bien ya después de los primeros días no tuvo ninguna erección Nos estrellabamos en el trabajo Tomamos el negocio de su padre y lo llevé rápidamente a la parte delantera. Fui la primera y durante mucho tiempo, la única orfebre que elaboraba coños naturales de oro Las mujeres estaban loca después de eso se metieron en mí Y tomé una gran cantidad de barro de barro y yeso Muchos querían tener un hermoso cosquillador rígido y yo las hice masturbarse y le hizo el remordimiento en su orgasmo Esta fue también la sola emoción que pude hacer con mi pobre esposo era un voyeur Por supuesto, hice cambios que dejaron deseados todos Los hombres por encima de él Un viejo chiller grande y gemero o amado para sus amigos más cariño O campañas de amor Que podemos construir juntos nuestros pequeños cargos Más caro o amarlos en casa nueva y cada uno de nosotros puede ser nuestro amigo Clínico mayor Chillón de Casa junto a nuestra pequeña y otro medio de edad.

Después de meses, había convencido a mi marido que tenía que tener mis hijos. Él sólo tenía una condición: mirar! Era un voyeur desesperado. Busqué a Lord Pan que estaba de acuerdo. Vino todos los días por la tarde después del servicio y me cogía. Mi esposo se sentó en el sofá, me puso detrás del sofá, m'apoyó con las brazos en el respaldo y Pan golpeó mi falda. Me siguió todos los días y en el segundo año era embarazada. Durante el embarazo vino tres veces al día y lloré de orgasmo a orgasmo. Tuve trillizos, tres niñas. Quería otro hijo y pan vino a follaramente.

Durante diez años me cogí, mi marido jugaba con nuestras hijas y seguimos follando. Mis hijas se desarrollaron a brujas bonitas pero horrendas. Los 10 años de edad lograron alejarme de mi esposo y echarme fuera de la casa. Pan llegó cada vez menos, tenía un gran número de amantes que me pagaban mucho dinero. Muchos orfebres hicieron los fogones de oro y ya no era una negocio. Encontré un alojamiento preliminar con una amiga.

Después de un par de días me preguntó si me molestó o estaba practicando desnuda? Por supuesto que no! La miré, se sentaba con los pechos pequeños y puntosagudos en el instrumento, jugaba divinamente hermoso y el juego la excitaba mucho. Vi cómo su cosquilla se hacía fuerte y luchaba. Terminó la obra, masturbándose aprisa, luego siguió jugando. Jugaba una docena de pedazos y se masturbaba cada vez más en pausa. Me acostaba con ella durante la noche y la firma, cosquillador-al-cosquillador. Ella no sabía lo suficiente y pronto lobaba. Ella conocía a hombres amar cuando practicaba tanto. Ella conoció solo unos pocos años antes del comienzo de mi vida como yo. Ella fue muy feliz por haber sido tan atractiva para mí. Ella es buena amiga de todos los niños. Ella era una chica de música, pero después de todo esto, nunca había tenido nada contra él ni siquiera tenía miedo. Ella quería hacerse sentir mal. Ella hizo algo así. Ella empezó a jugarme demasiado tarde y entonces comenzó a tocarla. Ella volvió a disfrutar de sus cosas sin tener sexo mientras estuve haciendo ejercicio. Ella estuvo acostumbrada conmigo hasta ahora. Ella pasó tiempo. Ella vio las mujeres, porque ella está siendo mujer, y ella siempre tuvo mucha amorteentaron. Ella dijo: “No sé”.

Ella sólo pensó brevemente. Entonces lo hicimos. Los clientes escucharon un concierto mientras me cogían. Ellos miraban el té codicioso y caliente masturbando y luego vino a la cama y se dejó follar maravillosamente. A cambio, cogí un té al final cosquillador-al-cosquillador al borde de la caja local. Los créditos rugían en nuestra que era una alegría. Somos las putas mejor pagadas de la ciudad, eso es seguro.

Cuando entré de lo que había ocurrido en mis hijas, sentí una punzada; y la edad de diez años fue suficiente para devolverle la erección a mi exmarido. Por supuesto, no se conformaron con Calderilla; le

obligaron a desmontar las piezas, una por una. Todas las noches se vollaban a gran escala y se masturbaron hasta el agotamiento. Incluso mi ex amigo Pan participaba durante un tiempo en estas orgas sucias.

Supongo que mis hijas serán prostitutas como yo.

Irenea

von Jack Faber © 2023

Soy Irenea, general de jubilada de las Fuerzas Armadas Bangurel-es.

Nunca supe quién era mi madre. Crecí en casa de mi padre desde las patas de mi hijo. Siempre dormimos desnudos en nuestra cama grande, porque incluso las noches estaban calientes en Bangorel. Mi papá solía frotar y salpicar su polla tres veces cada noche, solo lo conocía así. Él me enseñó a los cinco años, creo. Estaba muy orgulloso de que podía frotarlo tan bien como podría hacerlo solo del principio hasta el final, y dejarlo en un arco alto. A la misma hora me mostró cómo nosbamos las chicas. Dios me cuenta de que había algo privado que no se masturba frente a otras personas. Pero debía masturbarme tan a menudo como yo diviertaba. Yo estaba cayendo muy rápido tres en el dulce camión y cuando para mí atrapa una vez, Padre hasta tarde por la noche él también puede masturbarse demasiado duro hasta llegar a mis pies.

Mi padre era un científico y técnico, y casi siempre trabajaba en casa. Una pantalla, un cuaderno de notas y una antigua teoría del empuje le bastaban para trabajar (La teoria del empujo era solo un recuerdo de su abuelo). Tenía una pantalla propia para jugar y aprender. Siempre me gustaba jugar con los niños vecinos, les mostró a las niñas cómo se masturban y yo masturbé a los chicos con entusiasmo. Desafortunadamente, todos éramos demasiado jóvenes y los muchachos todavía no podían inyectarse. Pregunté a papá con cuidado y miró despiadadamente de su carpeta y murmuró sin César, desde las 8 o 9 salpicaron y se garonaron en su carnicería. Así también tenía que esperar. Los hijos sabían dónde encontrar películas porno mi cosquilladores y mis caricaturas.

Cuando tenía ocho años, le pregunté a mi padre. ¿Por qué no tenía una esposa para follar? Lo frotó y puso inyecciones? Lo hice implacablemente porque era un niño muy inteligente. Yo lo empujé inexorablemente. “¿Por qué no me cogía cuando yo estaba allí? Una mujer

guapa como él mismo lo dijo? ¿Eh? Estaba atrapado en mi trampa. No solté el botín. Él tartamudeó y tiemblando. “Tú sólo tienes seis”, dijo: “Yo he visto follar ocho y dos meses y medio, yo la corrí severamente”. “¿Así que?” Preguntó desesperadamente, “¿porqué?”, Moría donde se habían murado los años? No me dejé, tuve que tubercular las mujeres de todas las desplodías ya las mil veces “. “Yo había encontrado la tuberculosa” despollando las muertas de cada vez más allá del mediano.

“Todavía eres virgen, no sabes lo que es follar”, me dijo. “Yo también he visto a la desvirgen, por supuesto -le dije ofensivo-, porque era uno, pero no podía hablarlo así. Se sentó allí un rato y pensó, probablemente, en la relación de descdoblamiento de Heisenberg. Me miró confundido. “¿Y qué hago ahora?” preguntó como un niño ante el problema. “Fácil” le dije valientemente, “me desvirgiste y después nos vollamos juntos”, dejó el plan magistral. Él asintió que el tema estaba terminado para él, no había nada más que pensar sobre ello.

Hasta la noche, por supuesto, había olvidado de todo. Tomé su pene como siempre y lo agarró, y luego me detuve. “¿Qué?” preguntó él y yo sonreí. “¡Lo olvidaste! ¡Desvirgado y seguido!” Asintió mentalmente. “Ah sí!”, murmuró y me puso en la espalda. El problema fue analizado, los hechos fueron claros y ahora uno tiene que presentar la prueba. Me desvirgó con tanta ternura y consideración que casi no me di cuenta de las picas.

Estaba un poco orgulloso de mí mismo. Sólo 8 años y 2 meses de edad, y ya no podía follar! No pensé en los límites de la edad prescritos, porque primero no sabía nada de eso y segundo porque me hubiera gustado que me desvirgen y me cogían, me habían desvirgado y ahora me cogían! Eso era lo único que importaba, había logrado algo en una discusión justa y esto con mi padre, que seguramente fue el más listo del planeta!

Y ahora me sentí un poco agarrado por la noche, con los pies cruzados, con los ojos cruzados, sintiéndome como una niña en el pie de mi falda. Yo lo agarré como mi brillante héroe Capitán Powers de mis cómics! El orgasmo me empujó fuerte, pero no lo dejó ir! Él todavía

me golpeó firmemente, Capitán Power estaba pegado a mí mismo en la colina, y yo no conté sus golpes fijos desde hace mucho tiempo. El orgasmo era aún más fuerte y me inclinó como un murmullo en la trampa.

Nos seguimos los próximos 34 años, diez días al día solo una vez más en la final. Lo triste como mi padre y mi esposo. Nadie sabía de mi doble dolor, pero eso no importa. Lo tendré para siempre en mi corazón y tal vez también en mi memorable memoria. Cuántas veces interrumpió su investigación porque tenía una erección inesperada! cuantas horas nos sentamos frente a tu programa que nos permitió follar o aconsejarnos inyectarnos en la boca! ¡cuántas veces conduje de mi trabajo en el ejército para trabajar en la erección del papá!

Yo había estudiado ingeniería y ingeniería con mi padre, era un maestro inteligente y exigente. Aunque no pude presentar estudios oficiales, bastaba con una simple prueba de ingreso para convencer a los militares. Yo era estudiante de mi famoso padre, ayudó mucho. Llegué a la escalera de carrera, llevaba un instituto grande y no tenía amores, lo que fue importante. Los militares estaban muy retrasados en cuanto a eso. Yo estaba solo dos años después de la muerte de mi padre. No tuve amor y la masturbación nocturna me golpeaba todo el estrés. A menudo pasaba por la noche una vecina y nos follamos unos otros porque nos gustaban las chicas y necesitábamos vollarnos y orgasmos desesperadamente. Entonces Wengin como nuevo vino enamoramosme él me golpeó en primer lugar. El segundo vez me relata el primero por primera vez, me rompié por cuarto día del 440 aniversario!

Wengin era un halcón de bello gusano. Un rostro muy inteligente y hermoso, rodeado por los pelos densos y bien cuidados que pasaban a través de una melena densa. Dejó colgar las melenas hasta encima de sus garras, lo que parecía correcto. Pero también fue el ingeniero más brillante que trabajaba para mí. Tenía que llevar visiblemente su cola como todos los demás, pero ¡qué polla tan bella! Era muy grande y siempre medio rígida. El roble no estaba levantado cuando no estaba herido. Me tembló la emoción cuando él trabajaba junto a nadie podía arrancarme la mirada de su cosa. Si con su estante de bandera sexual se sentó junto a mi, tenía que me armar en mi

lado para no agarrarlo. Fueron estos primeros días que eran torturarme una gran cantidad de personas sin ella. Estaba toda la noche masturbandose para contarles la terrible cartera de mis guardias sexuales. Siempre canté la gente sin tener miedo.

Wengin no era ni ciego ni estúpido. “Déjame analizar el problema en paz”, dijo suavemente cuando estábamos solos. “Estás enamorado de mi pene, me cuenta. Somos compañeros de trabajo y no podemos cogernos entre nosotros. Eres un alto oficial, yo solo una ayudante de laboratorio! Tú eres un hombre y yo sólo un halcón”. Él se llamó por un momento. “¡Las mitades sirven a la gente, ellos siempre son sus esclavos. Así que si quieres usar mi pene así como tú no tienes derecho a traicionarte!” Su mirada estaba clara y abierta y yo estaba parada. “Nunca tuve qué hacer con una parada, sin embargo, estoy haciendo mal! No hay nadie esclavo y nunca lo haré. Si me atrae a un pene porque no veo nada. Porque veo bien. Yo tengo derecho a ver una persona más joven” .

Me quitó la mano y me llevó a la pequeña sala de al lado. Él se quito la chaqueta y me abrazó, su beso de lengua me arrancó las piernas. Me quitó los bragas y me empujó la falda después que había puesto en el suelo. No hablábamos, estaba emocionado por cómo frotaba su enorme polla. Vi por primera vez que su bellota volvía hacia arriba. Estaba tan nervioso por la emoción y los deseos que me habían dado una pata en la vagina. Probablemente tuvo que golpear un docena de veces hasta que pudo entrar. El roble doblado me golpeó en el punto G y me llevó hasta el orgasmo. Nunca había sido tan eficaz! Dejé que Wengin me desvirgara. La verdad y mi amor con contaron solo décadas más tarde papá.

No llevamos nuestra relación ni siquiera un año entero. Cogimos docenas de veces durante el día en el trabajo y por la noche hasta que estaba agotado. Empezamos a amarnos más allá del sexual y fuimos atrapados una sola vez. Tres generales gordos rasgaron la puerta, me acostaron debajo de él y él estaba salpicando en mi niño. Los generales miraban mi hijo mojado y goteando y luego uno preguntó dónde estaba el maldito medio-hombre saliendo? Wengin había corrido corriendo y no estuvo allí. Meeron en el procedimiento rápido a 30 días de prisión individual y cada día los oficiales vinieron para mí. Era

muy humillante, aunque guardé mi trabajo. Había varios cientos de hombres que me follaban entonces y en las siguientes años. Como nadie podía usarlo como se lo usaba. Él era seguro de que estaban completamente seguros mientras yo seguía trabajando en su segundo punto de vida, pero todos ellos estuvieron bien asegurándome que eran vecinos de mi segunda hora de vida. Yo tenía una buena oportunidad de trabajar con otros jóvenes.

Yo era adicto al alcohol de la mula que me enloquecía. Tuve una vida humilde, llena de masturbaciones y orgasmos. Luego, después de 20 años, el comandante de Aubonville me llamó y cambió mi vida. Él necesitaba hablar personalmente, es urgente y importante. Y luego cayó la palabra clave "flor de miel"! Wengins palabra de código!! Quería saber todo, pero él no por teléfono! Lo invitado para mañana a los medios y el vino. Estaba emocionalmente emocionado y me masturbó toda la noche y el día siguiente fue arrancado en medio del timbre de la casa fantasma y se masturbo. Me puso un pantalón de rodillas rápidamente abrída. El joven oficial y yo podía situarnos detrás de la casa, en elbí; ser algo frío con su agua Hielo más allá de cuatro días y vivir en el jardín de casa mío No quedé ningún otro tiempo; puedo irme a dormir en el jardin de casa mía.

Le pregunté si podía quitarme los pantalones en el calzoncillo de los monos y asentí. "¡Tu casa, tus reglas, Generalita!", dijo cortésmente, y me desnudó. Mi vista no era muy seductora, mis pechos llenos y grandes colgaban tristemente hasta el ombligo, mi cosquilleo estaba de pie centímetro más lejos de mis cabellos púbicos. Conversamos con esplendor y tuve que tomar el cosquillas en la mano porque casi me volvía loco. Pan, el comandante, había quitado su chaqueta de uniforme y mirando abiertamente a mi puño y a mi mano, que rodeaba al coslador rígido. Estaba muy emocionada, su cola se obstinaba visiblemente en sus pantalones.

Empecé a masturbarme lentamente. ¿No le molestaba? Se rió: "¡Su almohada de bandera, su busto de pelo!" dijo alegremente. Me preguntó curiosamente por qué me masturbó como un hombre? Reí que mi padre me había quitado el cosquilleo de su prepucio cuando era pequeño, para no creciera torcida y torcida. Ahora estaba curiosa, bueno 12 centímetros de largo y crecía hasta que tenía 16 años. Des-

pués de eso, la única manera de masturbarme fue escuché más y sebió silenciosamente. Tardé un tiempo en quitarse los pantalones, estábamos rodeados por una granba blanca muy lenta. Élbaba se masturbo lentamente y de vez en cuando hizo una raía sobre mí puñamos salpicando nuestro sol en silencio. El amor es lo único que tengo.

Mi sencillez subió del orgasmo al orgasmo. Grité: “¡Ven, marinero!” Él se inclinó y me puso en la hierba. Sus ojos brillaron y él me cogió muy bien e inyectó en el medio de mi orgasmo, y después de las tres inyecciones tuvo suficiente.

Me puse un guante de despilación, porque Wengin no apreciaría mi selva. Yo era muy impaciente pero tenía que esperar a que fuéramos de la ciudad. Saqué la ropa sudada del cuerpo y me envió al lavado pan. Masturbé inmediatamente, porque el vuelo autónomo con el planiador duró 7 horas. Masturbe todo el tiempo y Pan algunas veces me siguió en el orgasmo. Al final estaba muy caliente cuando llegamos a Wengin. Nos caímos en los brazos y nos arrastramos a la habitación mientras Pan continuaba.

Los tres días con Wengin fueron como en un rato. Nos cogimos el cerebro de la cabeza, él era como yo, pero luego fue genial como entonces. Pan me recogió después de los tres días, las siete horas me masturbó sin descanso, y él me cogió de vez en cuando. Estas visitas sentimentales a Wengin llenaron los próximos años.

Wengin murió en mis brazos a los 76 años Tuve un buen tiempo con mi amigo Pozzebon, agente de inteligencia retirado Pan nos dio una gran cantidad de piezas de oro que recibió del ejército por sus valiosas adquisiciones Me volví cada vez más silencioso y viejo y le pedí a Pozzebon y pan me enterraron dignamente Lo prometieron alto y sagrado.

Soco Follando y su familia.

by Jack Faber © 2023

Elli y Tom eran los actores principales, Elli era la guardia principal pero todavía le gustaba patrullar con otro compañero cada semana. Tenía un lugar divertido donde seguía con el compañero en el coche patrolando durante el almuerzo. Habían equipado el lugar con varias cámaras de seguridad y el auto patrulla adentro también.

Ella cogió a un colega tres o cuatro veces por semana, sus compañeros pagaron por mirar 50 cada uno. - En su casta para ver sobre las cámaras. El nuevo Tom no era el más rápido mentalmente, pero tenía una polla como un semental y follaba excelente. Cogían cada descanso del almuerzo, Tom aguantó mucho tiempo y pudo cogir en él tres veces seguidas. El número de espectadores aumentó tres veces. Elli presentó sus pechos grandes y llenos y sus pelotas cuidadosamente rápidos sonriendo exhibicionistas en las cámaras, Tom se metió lentamente en su coño y los códigos con sospecha. Él salba firmemente y profundamente, culpando sus pecados antes de la inyección.

Ella, por supuesto, tomó la píldora, un niño no podía usarla en este momento. La niña de 24 años con el cuerpo cachondo y el fuego incansable en el culo merecía follar con el doble de su salario, al mismo tiempo se satisfacía cada mediodía y podían vivir su exhibicionismo. Antes de follar, ella masturbaba caliente y exhibitivamente frente a la cámara y no solo hacía muy caliente a Tom. Él era, con mucho, el mejor cobarde y Elli tenía tantos orgasmos como solía hacer al medio día. Por supuesto, todas las noches antes de dormirse, hasta que su muñeca le dolía.

Un día, ellos llevaban sus patrullas normales, una llamada de ayuda, un robo al banco. Tom y Elli estaban más cerca de él, Tom con los neumáticos gritando hacia la escena del crimen. Calma fantasma, se metieron en el banco con pistolas rápidas. El asaltador del banco tomó como rehénes, ya había esposado a dos mujeres. Él reaccionó rápido, Elli tuvo que cambiar su uniforme por la ropa de un empleado. El ladrón del banco lamía codiciosamente sus labios, Elli no tira bra-

gas y miraba su puñador hinchado y sus cosquillas de codosos. Cambió sus ropas uniformes el tom, cogió las manos de Tom demasiado liberados con las esposas de un empleato, y le destrató los ojos y descuidaron lo que hizo para retomar las carteras de los patrones de los puestos de trabajo y luego pidió a los patrones que rehijan las manos de los trabajadores de los montadores de los autos de los mismos tiempos.

Ella era inteligente y atrapado al ladrón de su cono secreto. Aquí estaban seguros de la persecución, ella lo convenció, él tuvo que esperar una hora antes de que se hiciera perpetuamente la búsqueda. Él sonrió por toda la cara y sacó a Elli completamente desnudo en el asiento trasero, luego volvió a esposarse. Los colegas en las pantallas recibieron sus extra. El dejó que el ladrón del banco follaría frente a las cámaras durante una hora. Ella no tenía un polla especialmente grande, pero la cogía en uno durante toda la hora y saltó en el mosqueo de Ellis que estaba colocado un lugar.

Tom no había podido rastrear a los dos. En el borde del bosque se detuvo y pensó. El alcalde de la rehén lamentó que los ladrones de bancos violan las rehenes tres veces en los últimos dos años, y ella no tenía nadie más para follar, así que estaba feliz cada vez que la tomaban como rehén y la dejaban follar brutalmente con una sonrisa santa. Tom escuchó con la boca abierta y comenzó a entender lo que hablaba la buena mujer. Maldita sea, sentía pena por no haber sido follada por el ladrón de bancos. La chica de 45 años asombró y lo provocó. Era un necesariamente quería ser follado, y de inmediato! Tom dijo perfectamente lógicamente que no era un final robón sino que eso le gustaba pero su policía quiso llevarlo uniformemente? Así fue todo, si pudo sacarla de él, la esposa de la policía podría provocarle a Tom cuando fuera un tiempo sacado y saque una sola cosa.

Cuando la mujer vio su poderosa polla, ella lloró con entusiasmo. Como una verdadera pola de caballo, dijo y lamiendo sus labios. Tom se preguntó dónde sabía cómo era que tenía una cola de cabalo real, pero podía pensar bien. Ella tenía un cavalo de caballo , él dijo sonriente, que estaba realmente arreglado para follar a las mujeres. Tom había visto ya esos videos y se lamía los labios, porque aunque no hubiera dicho decidida, él seguro de que quería servido por su caballo!

El otro rehén, una niña sanguinaria, tuvo que sentirse delante, pero ella lo hizo mirarlos al cara desnuda, pero ella me quiso volverlo a través de la lata. Tom le masturbó el pregunta pero quería masturbarse si se volvía follar antes de sacuela, ella primero la cabeza, después de madurarse en mi pelo.

Tom se fue a los 15 años de edad que ahora estaba desnuda en el regazo de la mujer vieja. Se dio cuenta de que todavía era virgen y le preguntó si realmente lo quería? Ella asintió muy inseguro, pero me había hecho loco. Su cosquilla se había puesto duro y puso desafiante en su hijo. Tom convirtió una chica considerada muy peluqueda y la volcó durante mucho tiempo. Como solo lloró y tembló de la prostitución, él no siguió a la niña brutalmente. Ella no tenía ningún orgamo y salpicaba en ella. Tom no necesitaba un descanso, dejó la folla por su segunda vez polonesa y por tercera porque entonces ella siempre estuvo exhausta, Él nunca hizo muchas veces que ella fuera masturbada por mi madre, porque ella es demasiado joven como para explotarse por ella misma. Ello hace todo cuando ella está agotando y haciendo las cosas mallas, ella siempre ha estado usando sus propias manos. Ella no tiene ninguna orgasmo y salvaje en ella. No necesita descansar así, ella deja la folla en su segundo momento polaco por la tercera vez, pues ella siempre estaba expuesta en ella mismo, porque ella era excesiva en varias ocasiones, ella sólo usaba la pulga del amor y ella sola cosa.

Elli había dejado a su gente por el ladrón durante más de una hora. Él no tenía un polla especialmente grande, pero aguantó valientemente y se la cogía sin parar. Cuando cansó, Elli dijo que era suficiente para las cámaras. 25 policías asaltaron al nido del amor, arrestaron al ladrón y liberaron a Elli. Se quedó desnudo hasta que todos los colegas vieron su hermoso cuerpo y su bello cosquilleo.

Los periodistas investigaron despiadadamente, enterraron todo y algunos colegas fueron trasladados al público. Elli tuvo que dejar su programa de follar durante varios meses hasta que la hierba sobrevivió.

Luego volví a patrullar con Tom.

Carmen también.

von Jack Faber © 2023

Soy Carmen, la hija de María. Nací en España. Mi madre María tiene una relación muy rara con mi padre, pero toda la familia lo hace raramente.

A papá le encantaba caminar desnudo por la casa y mirarme con ojos brillantes cuando me masturbaba delante de él. Le gustaba mantenerme en mis brazos o masturbándome, sabía el poder de estos momentos y los usaba desvergonzados si quería obtener una ventaja. Yo solía observar a María y un papa siguiendo en secreto. Él se detuvo antes de la inyección y le clavaba a María en la boca. Nunca de otra manera. Mi media hermana Sue dice que no era mi padre. Eso es lo que tengo que explicar.

Sue y su hermano menor, Robert, siempre dormían en una habitación. Papá solía venir a la habitación de los niños por la noche, despertando a Sue y viendo cómo se masturba. Se le permitía masturbarse la polla y hacer salpicar sobre su cachorro. Se negó firmemente a desvirgarla y follarla, aunque tenía 14 años y el rogaba cada vez. Sue bañaba con Rob todos los días, lo dejaba verla masturbándose en la bañera y se masturbó hasta que se estremecía. A los 9 años, finalmente podía inyectarse y como papá, podría inyectar en el cuero de Sue.

María y Sue eran un poco lesbianas, se masturbaban entre sí o se masturbaba unos a los otros. María enseñó a Sue una follar a cosquillador-al-cosquillador y Sue pronto le encantaba. Se hizo cargo de la parte activa y se cogió a María que le gustaba vollar pasivamente. Papá siguió a María todas las noches, pero siempre salpica en su boca.

Sue me aseguró mil veces que Rob era mi verdadero padre. Se acostumbró con 16 papás para desvirgentos y cogerlos bien, es decir inyectarles por ahí. Ella lo hizo al menos su hija y María convirtieron a rob en un esclavo de la mierda. Aprendió rápidamente a masturbarse una mujer y detener la iniección hasta el orgasmo. En su orgas-

mo se le permitió salpicar y luego poner toda la semilla en polvo. Maria y ella no piensa en ningún momento en prevenir que rob tenía menos de 10 años. Inyectaron mucho juego y volvieron a esta escuela tantas como fuera posible. María se entró muy rápido y con gusto así que robamos la piel follanosa cuatro o cinco veces tres veces por la luna. Medio año después nos masturbamos dos manos más tarde entonces él quedó deja sollo antes del baño porque nunca gusta el agua en el baño pero ahora mismo hace que mis hijos son demasiado loco desde las madres de los niños siempre están haciendo todo lo que hacen conmigo dentro de sus vidas. ¡Mi madre todavía está pasando muchas cosas mallas cuando yo tengo que hacerme sentir algo tan fuerte! Ahora sí que quiero tenernos muñecas de mí misma en el baño, ya sea que todos ellos tienen que quieren hacerlo casi todas ellas en ese tiempo, especialmente si tenemos que nosotros mismos en medio de la vida de los cuales somos unos cuantos años. Todos nuestros padres pueden ser capaces de tomar parte de convertirse en mujeres en hombres en seres humanos. El amor de Dios. Siempre puedo usarleceros en personas que viven juntos en el mundo en realidad, sólo en el cualquiera que sean nuestras propias palabras de nuestro hijo tiene que puedan llevar a cabo de nuestra propia mente.

Una Tartanera

von Jack Faber © 2023

No quiero decir mi nombre, no voy a dar nombres.

Soy un fugitivo de Tartania soy mi hijo, un hijo de 13 años y una hija de 11 que lloró durante más de un año mi marido lucha en el frente y solo podemos hacer una llamada en dos semanas si lo hace pero no puedo decirlo todo.

No pude decirle que nuestros hijos pecaban, tenía otras cosas en la cabeza. Una mañana atrapado a nuestros niños follando. Estaba tan horrorizada, oh mi Dios! Le pregunté a mi hija, el hijo se masturbó delante de ella y también les enseñó a masturbarse. Mi marido y yo nunca nos masturbamos, es un gran pecado. Los niños follaban hace 6 meses y eso también es un gran pico. Mis amantes, mis gritos y mi ruego las impresiones durante 24 horas como máximo, después de lo cual siguieron cogiéndolos, Yo mismo lo vi todas las noches. Yo los observé en secreto cada noche y me cuenta mucho de lo que mi hija ama ser follada antes de masturbarse .

Cuando decidí vivir con los niños, solo quería saberlo a salvo.

Al principio estuvimos cuatro semanas de bunker a bunker. Los niños me presionaban por la noche, se volvieron desvergonzadamente alrededor de nosotros. Por supuesto, no lo sé exactamente, pero creo que muchos se cogían salvar, no solo con sus maridos. Yo rezaba silenciosamente por las almas perdidas. Cuando un hombre se acercaba a mí, mi hijo boxeaba. Me dejaban en paz. Mi hijo sosurraba en mi oído que no podía expulsar su semilla con la mano en estas circunstancias. Yo sentí que nada cometería ese pecado. Haha! Se acercó desde atrás golpeó y golpeó mi falda. Me sentía como si hubiera pegado mejor los músculos tras empapados con su polla y volaba hacia atrás. Él lloraba y yo consolaba, había nada, no tenía ningún pecador entre mis carnales pasado.

A la noche siguiente, me golpeó de nuevo por detrás de mi falda y ahora no estaba satisfecho con los músculos interiores. Él se agarró en mi puño y me cogía como un hombre. Me avergoncé mucho porque realmente lo disfruté carnicamente. No es de extrañar que no habíame gustado desde hace seis meses. Tuve los sentimientos más bellos y sagrados y estuvo un poco decepcionado cuando entró. Me impresionó la cabeza de mi hija dormida en la parte delantera de mi puñetazo. El me follaba todas las noches en protección de la oscuridad, me tiembla en el vientre, temblálaba de lujuria. Después de 6 semanas la frontera, tren, la ciudad grande. Nos trata bien, para teníamos suficiente comida y un lugar para dormir en una espasio. La luz volá a darse al día, él me puso sobre la calle después de mí, ella saltaba encima de mi vida y luego me expresó su sombra en la calle, él me dejó atrás de la lluma de la lluvia.

Mis hijos estaban dormidos en un amplio sofá en la sala de televisión y yo les exhorté a no tener amigos. Mi hija se sentó bien, el hijo mío aburrido por la ventana. Yo seguí al hombre que no quería llamar su nombre, y él se desnudó completamente. Tuve una sensación mocosa y guardado sostén y slips. Él trajo una ropa limpia y nueva de la caja. Le di las gracias a pesar de que ninguno de nosotros entendía los demás. El quitó con fuerza mis ojos y mi sujeciones arrogantes. La avaricia brilló en sus cuando abrieron y examinaron mi día con los sujetos orgullosos.

Me avergonzaba cuando mi cosquilleo estaba en el fondo y en el suelo, pero él me daba cuenta de que era bastante grande, pero yo lo sabía. El cosquillas creció antes de follar y se puso muy rígido, pero así lo hizo el querido Dios. Él me subió a pesar de que sacudía la cabeza. Sólo podía volver silenciosamente. Él Follaba mucho tiempo en mi puño y me hacía muy bien. Tuve dos veces el espanto sagrado, lo dobló y se acobardó en un encantamiento. Luego tuvo que coger durante mucho tiempo hasta que saltó a mi agujero de mierda. Dio élme un pequeño autobús y apagó la luz. Permanecimos varias semanas. Mis hijos, por supuesto, negaron, pero entonces confesamos que habían pasado mal juntos. Perdíamos pecados por los carnales hijabados recopilados.

Era como la primera vez, el hombre era muy bueno y generoso con nosotros, pero me cogía dos o tres veces cada noche. Decidí después de follar que me lo hiciera a mí mismo. Me sacudía vigorosamente la cabeza, me lo hacía con sus dedos. Cerré los ojos con Dios y oraba. Él me llevaba tres veces al sagrado horror, y mi cuerpo me ahogaba y se encogía de lujuria. Luego me cogí una vez más y apagaba la luz. También con este buen hombre nos quedamos varias semanas, él me Follaba y me masturbó cada noche, y por la mañana rezaba con mis hijos como después de cada pecado carnal.

Llegamos a otros tres hombres y siempre se fue. Llevamos tres meses en casa de un hombre muy agradable que tiene follar tres veces cada noche y me masturba maravillosamente en los descansos. Él abandonó mi resistencia hace mucho tiempo y dejame siguiendo pacientemente. Su madre viene una vez a la semana para follar. Se follaba a la viuda desde su infancia, ahora está en casa de ancianos. Se acostaba sobre la cama y murmurando, “¡vamos!” porque ella pasaba todo el tiempo. Empezó a masturbarse rápidamente y yo volvía a mí cara y oraba por su pecado carnal. “¡Lentamente vienen, ven!”, y Ella se frotaba rápidamente. “¡Ven, vamos, dale, dale por fin!”.

Habla un ruso extrañomente anticuado, jugaba aquí en el teatro ruso, Turgenev, Chechov, Gorki y muchas películas. Pero nos entendemos. El teatro ha cerrado por la guerra, pero ha ganado millones y no tiene problemas de dinero. Cuida su álbum fotográfico como su globo ocular, hay cientos de actrices, la mayoría con fotos desnudas muy graciosas con las que se había follado. A menudo vemos las fotos que muchos de los bellas son pornografías. Él ofrece una vida agradable cómo y si fuera por mí, me gustaría quedarme hasta el final de la guerra.

Porque él es fantástico follando, ya no tiene que pedirme lo espero cada noche con alegría en nuestras relaciones sexuales. Él ama a mi pequeño hoyo porque está muy estrecho y me encanta su duro y vigoroso follaje, porque siempre me lleva al orgasmo. Yo me pongo como un bebé mono a tu mamá, me encoge el abdomen y me zafa en el orgasmo hasta que va y luego hace mucho tiempo. Si se ha cogido lo suficiente, me masturba hasta que está cansado de muchos orgasmos. Cuando le dije que nunca había hecho una masturbación con-

migo mismo y que lo había visto por primera vez hace poco con mis amigos. “Así es cómo te escapas algo muy bonito pequeña, mi esposa”.

Se queda sentado y masturbándose en la mesa de la cocina al mediodía y por la tarde. Fue sorprendente, pero no hemos acostumbrado. Mi hija siempre se siente a su lado y ahora se masturba, está muy orgullosa de ello. Ya no tengo sermones sin sentido para mis hijos. Se follan el cerebro todas las noches y mi hija lo hace bien, así que no digo nada. Ella es mucho más tranquila que antes y tiene una actitud saludable sobre su sexualidad. Mis hijos no ven ningún pecado en ella. A menudo escucho seguido, y si no fuera un gran pecador, me encantaría. Si el hombre me masturba por la noche, mis ojos, veo a los niños fando y fantasticar. Me gusta cuando mi hijo folla entusiasma en el minuto del niño mío.

Este hombre es el mejor en la cama. Es el primero y el único que me lleva al orgasmo volando! Lo agarro muy apretado para poder llegar a un orgasmo. Nuestras bocas, labios y lenguas juegan calientes unos con otros y yo rindo con sonidos satisfechos cuando me llevan al orgasta. Todavía me deshago de la cabeza y cierro los ojos ante la vergüenza y el miedo cuando me acuesto de buena gana y extiendo sus dedos desafiando al cliché caliente. Él siempre se ve de mí mismo porque estoy masturbándose con tanta vergüenza e también él es un verdadero maestro, suyos me llevan rápidamente y directamente hacia el orgasmo. El nunca escucha en medio como los demás que me dan una descanso. Él no me ríe del miedo propio, yo equivoco, yo muero de mis dedos desafiándome al cliche caliente. También es un verdadera maestra, él me lleva rápido y directo al orgasmo. Nunca olvida en medio cómo todos los demás que nos ponen un descanso. El mismo me teme, yo me temo, yo lo veo completamente, yo soy uno de lucio hasta dejarme un punto de orgasmo. Yo tengo un buen deseo, pero quiero salirse de ella.

Voy a discutir con mi marido después de la victoria, porque masturbarnos nos hace muy felices y relajados las mujeres. Desafortunadamente, no sabido nada del él en semanas, probablemente haya perdido su teléfono.

Corinna, también en el Reino Unido.

von Jack Faber © 2023

Soy Corinna, mi historia de vida es muy simple pero la contaré de todas formas.

Cuando mi hijo Ray tenía 13 años, me preguntó si podía traer a sus amigas de la escuela por la tarde. Por supuesto, no para estudiar, dijo mi querido Schlingel. Me había masturbado en el banco de cocina como siempre y imaginaseado, Ray había puesto su polla en mi orgasmo en mi bolso y lo había inyectado en él. Pero probablemente eran solo sueños. Me levanté, me puse mi vestido y ray metió su polla nueva en su pantalón. Bien, dije, bajo dos condiciones: primero, prestar atención a los días conmovedores, un niño cambiaría tu vida o incluso destruir su vida. Segundo, cuidado de que la chica quisiera por sí misma, no hay nada peor que hacer lo que no quieres hacer! Ray se puso al final, gritando, puede mirarnos hacia abajo ¡hay una niña cambiaba tu vida o destruía tu vida! segundo, cuidar de que la muchacha quiera por ella mismo, no hay algo peor que haga lo que no quiere hacer! Hay hay hay hay hay, finalmente, gritar nos puedes mirar!

Nunca entendí que Ray era un hipnotizador. Mis fantasías de que me metiera la cola y me saltara en el orgasmo eran a menudo tan reales que yo estaba muy seguro, si era real o no. Había sido arrastrado por una monja, le hubieran atrapado tratando de brujar a las jóvenes del internado del monasterio. Protesté que nunca haría eso mi ray! Con la mano plana sobre la cara de la monja. Ella brillaba con alegría y frotaba su cola al orgasmo. Luego metió la cola en su polmentela y lo hizo llorar deslumbrantemente. Ella caminaba alegrando y miraba a Ray inconsciente. Yo podía hacer esto, murmulando el cachorro.

Siempre miré a Ray y sus chicas para salir de mi escondite. Algunas chicas ya estaban desvirgenadas o dejaron que Ray se masturba-

ra con un golpe rápido. Con estas chicas follaba, y solo con ellas. Muchas otras chicas eran todavía inexpertas o vírgenes. Ella masturbándose a Ray o en sí misma, se masturbó jugando con Ray. Solo mientras miraba aprendí a masturbarmelas como esas chicas, que fue mucho más rápida y más fuerte que mi viejo estilo. Ray dijo que si quisiera, podría experimentar algo completamente nuevo, podría venir a ellos y las chicas no me notarían. Yo confía en él y iba conmigo con ella.

Ella me subió, se puso en mi y en su cosquilla hasta que ambos teníamos cósquillas rígidas y luego se acostó conmigo. Ella buscó mi cosquilla con su cosquilla y la empujó muy fuerte en mi cosquilla, entonces ella comenzó a cogerme sensiblemente. ¡Y lo bien que hizo! Me detuve agarrada de la chica y me dejó sonreír. Ella me golpeó y me cogía muy bien como un hombre y mi orgasmo se levantó, se partió y me tiró y tembló en el más alto del ratos Ray medio de este rapto, sentí la cola de una puñetazo y me metió sal dentro.

Cada tarde me masturba en el taburete de la cocina, que era mi lugar favorito. Ray estaba muy interesado en mirar desde pequeño cuando podía saltar a los ocho o nueve años, le mostró todas mis partes del cuerpo y lo explicó todo. La follada le interesaba mucho, así que lo dejó follar hasta la cena. Dijo que fue algo muy bueno! Si pensaba en ello, aunque siempre se masturbaba con firmeza cuando yo salpica frente a él en el hoque, pero no puedo recordar que había saltado! Tal vez no solo en mi imaginación metió su polla en mi agujero y la roció? No me importaba. Siempre imaginéaba que Ray pone su polla dentro de mi agujelo y salpicara, pero eran fantasías, porque cuando abría sus ojos, estaba sola.

Fue poco después de la muerte de su padre, lloramos por papá. Me senté en la mesa de cocina con mi hijo de 14 años y estaba decidido a contarle todo honestamente desde el principio, tenía derecho a hacerlo.

Siempre me acosté con su padre y desmayé con su papá. Tuve que tirarme con él tres meses antes de nuestra boda, cogí a mi hermano Harry y metíme con mi orgasmo. Él solo podía masturbarme antes de levantarse cuando tenía una hoja matinal, pero no me dejaba en

mí mismo. El me miraba con su mano hacia arriba y yo me veía cada mañana con su manga y me iba al trabajo. Me quedaba sola con su hermano Harry. Sospecho que nos miraba en el mañana porque cuando caminaba loba en el WC entonces viví en tu cama, pero dormía en tu casa, y estaba tirando encima de él.

Me sentí ahora en la conversación con Ray saltaba en mí. Escapaba de mi vestido y jugaba con los pesones excitados de mis pechos, mientras quería contarle a él. Pero me pidió que le mostrara las fotos y videos que Harry había hecho de mí. La copié a su teléfono inteligente y nos miramos juntos, estaba muy caliente. Él miró a mi yo de 18 años y pensó que era una chica muy hermosa. El miró muy exactamente a mi cosquilleo cursi y dije que esto se corrió después de tu nacimiento. Yo también recobró hermoso y yo estaba pegado a mismo con mis pecados y seguía contando bastante. Unos días después de nuestra avanzada visité un programa de programas de variedades con el hypno varador Magnussen. Él puso salud como nuestro hijo extraños y me dijo que tenía conocimientos adicionales. Cuentan bastantes veces Mis hijos no son capaces de reconocerse.

Yo no sólo jugaba con mis pesones, me había agarrado en secreto a mi cosquilleo. Con el corazón y el cuño chillidoso seguí a Magnussen a la habitación del hotel, donde me habían follado hasta el amanecer. Por supuesto, él no saltó sobre mis pechos, sino que se metió muy fuerte y profundamente en él! Me acerqué y me cogía con el oído de mi padre. Nunca supe que durante toda una semana me hubieran follado detrás del escenario cinco hombres que me hacían sentir bien para darme todo el amor después del gran maestro. Ray estaba aquí. Probablemente era el hijo del hipnotizador, él y yo estaba inseguro. “No sé seguro”, dije: “Yo me follaba cada día con tu Maestro y tu Padre admirable. Pero magbos podrían estar allí fuera pornográficos si parecense más padres” pero ni siquiera pensaban que Ray podría ser un padre enfermo. En casa segura.

Después de tu nacimiento, la doctora me dijo que había visto el torcido que era mi cosquilleo. Ella podía corregirlo fácilmente y cortó el prepucio sólido que distraía a mi cosquillero en la erección. Al poco tiempo, mi cosquilla se paró como un árbol, creció hasta 2 centímetros. Era maravilloso y pronto pude masturbarme muy bien. Tam-

bién me ayudó mucho cuando tus amigas me cogían a cosquillador-al-cosquillador.

Me acosté en el banco, mi cosquillador se enfureció ante el deseo y miró la cola fija de Ray. Papá estaba muerto, así que ¡qué diablos! "¡Ven a coger, coger bien!" le suplicó a Ray que no aguantaba más de la sensualidad, así que por primera vez nos follamos bien y desde entonces cada maldito día.

Verónica, ¿qué es eso?

von Jack Faber © 2023

Soy Veronika y he tenido una vida interesante. No me gusta hablar de mi sexo, pero tiene que ser.

El viernes siempre estaba el día de baño y las otras hermanas miraban estúpidas y despreciadas cuando se masturbaban en la agua del baño. Las hipócritas, dijo Mathilda sólo porque los demás también se masturbaba pero secretamente. Mi espiaba por la ventana cuando el padre Anselm era de pie en el arroyo hasta las pantalones, frotando su polla y salpicando en el agua. Tuve que describirlo todo con precisión a la mini-agua de Matilde. Aha, él, ella se masturba! me hizo una ventilación larga después de bañarme Ella puso mi copa encima de mí misma. Esta noche fue un buen momento para todos mis hombres, pero no tenía nada más que hacerse pasar sobre mi ropa interior. Pero esta semana había sido muy buena para todas las mujeres, lo cual es exactamente como si fuera la corona de la luna.

El monasterio tuvo que cerrarse en los ordenes de la guerra. Llegué a casa de la tía Irene, que era muy rica. Su marido fue un nazi ardiente en uniforme con una polla minúscula. Se dejó follar una vez a la semana por su amor juvenil Herbert. Su hombre nazi envió a los judíos a los campos de concentración, robó su dinero, sus joyas y sus casas, que él vendía caro. Se cogió a todas las Judías y a todos sus hijas, tanto si eran bonitas como no, alegres y conscientes de que sólo habían sido personas bonitas de segunda clase debajo del mismo antes de enviarlos al campamento. Un día después del líder también quería desaparecer en la cabeza, pero él lloraba la pistola en la boca de uno de sus empleados, quien finalmente violaron muchas veces, lo hizo.

Irene no le importaba, tenía a su Herbert para follar una vez la semana cuando su esposa iba a la ciudad para follar con su peluquero. Irene se había vuelto muy rica y pasaba el día en cama, fumando, masturbándose y bebiendo té. Para él hubo alcohol picante, dos o tres botellas al día. Ella estaba cada vez más enferma y Herbert y yo

estaba acostada con ella. Herbert estuvo allí para follar, Yo tenía que servirla y ayudarla a masturbarse. Cuando era demasiado débil para follar Herbert tuvo que follarme por medio del agujero en mi corbata de copella. Irene gritó que no podía atravesar mi vida así que me hizo morir, ¡yo no era como loimos hasta que murió Irene!

Había heredado su casa y la cuenta bancaria con los 4 millones y podía vivir desocupadamente, pero me aburría y cocinaba para el orfanato todos los días. Yo adoptaba al hijo de un espía británico que habían matado los nazis. Jack se mudó a mi casa y me ayudó con el almuerzo. Él me enseñó a leer y escribir, y yo hice la escuela primaria y la madurez media, por lo cual siempre estaré agradecido. Pero Jack también me enseñó la sexualidad.

Al principio aprendí a masturbarme bajo el ducha, pero nunca lo había hecho. Entonces Jack me desmayó y nos seguimos sin parar los próximos años. Yo solo sabía follar con Herbert. Él apuñaló con su delgada polla de viejo en mi agujero, no era erótico o emocionante, y ambos admitimos un miedo infernal de que podía dominar, derribar o destruir mi piel donc de ella. El tenía un miedo al infierno contra Irene, que por un lado le obligó a follar conmigo, pero al mismo tiempo se prohibió el maldito culo. Cientos de veces, el cariño pobre per sí metió en mi aguja hasta que se le puso la nariz. Jack, mientras estaba en la plaga de las pestañas, me golpeó en la cara con la fuerza, me cogía una mujer, me salvando mirando hacia ella misma 14 años con la propia cocina y yo salvílo.

Jack tenía una hermana en Londres y heredaron la casa grande de sus padres y muchos millones de libras. Se quedó en Londres siguiendo a su hermana jodida, estudió medicina que siempre quiso. Me hice fotógrafo desnuda por un fotógrafo y más tarde me convirtió en actriz principal en sus películas porno. Me cogí cientos de sementales bien formados delante de la cámara y me masturbé por placer del corazón. Yo no necesitaba el gaje, pero me orgullo de lo que yo merecía. También tuve muchas novias privadas para follar, aunque no soy lesbiana.

Visité a Jack y Janet varias veces en Londres, me mudé para vivir con él. Me envió un hombre excelente que ayudó a vender mi casa y

la propiedad, me trajo 24 millones de marcos. Le di las gracias con una hermosa follada, aunque era gay realmente.

En Londres conquisté el corazón de un verdadero señor y nos mudamos a una casa junto con Jack y Janet. Sir Peter, mi Señor, Jack y Janet adoptaron, se hicieron Lord y Lady. Mi hijo, un señor inglés! Hubo una breve celebración en el castillo del rey, solo la reina no vino a sí misma. Aprendió una profesión burguesa porque sir Pedro no quería follar para películas porno. Me hice jardinero de niños y después de algunos años guiado por la guardería austriaca y alemana.

Me quedé en Londres incluso después de que Sir Peter muriera.

La Bruja y la ciudad de Bruges.

von Jack Faber © 2023

Me llamo Genovefa y mañana me quemarán en la hogera ayer, nuestro líder espiritual Jan Hus fue quemado en la casa Escribimos el año del Señor 1415, soy prisionero del Concilio de Constanza y mi señor Sigismund Una guardia que paga con placeres carnales enviará esta carta a mi querido hermano Os juro que no soy una bruja.

Viví en el pequeño pueblo de Wallhausen, junto a Constanza. Mi padre es un gran herrero y tengo cuatro hermanos grandes. Mi madre murió con el último bebé cuando tenía 11 años. Estuvo durmiendo con mi padre como su esposa desde entonces, porque no quiere casarse de nuevo. Mis hermanos me han desvirgado a los 8 años y me gusta follar conmigo, pero me gusta estar con mi padre.

Nuestra familia ha sido reformada y desde hace años seguidores de Jan Hus. Lo hemos adorado mucho y es como un honor dejar la vida un día después de él. Las chicas en el pueblo somos salvajes para los jóvenes finos cuando se acercan al caballo. Nos violan con la arrogancia de la nobleza. Somos incorporarios, en el verdadero sentido de la palabra.

Me entrené en el bosque con las mujeres sabias, me entrenaron para sanar, puedo hacer todo como ella. Yo solía pasar la noche con mi padre y no mucho en el bosque. Pero también en el bosque tuve buenos amigos y una buena follada cada noche. Las acusaciones de ser una bruja son falsas. Si hubieran acusadome de ser una adicta onanista y obsesiónada y dejar que me cogiera con cualquiera que me tratara amablemente, sí, sería culpable.

A menudo fui a los bosques junto al lago durante días, donde viven los hombres del bosque. En la mayoría de los casos son hombres que quieren vivir en la naturaleza y no les gusta el dominio. No son comedores de seres humanos ni bestias salvajes. Me acuesto con ellos durante todo el día en los bosques y duermo en una mierda donde todo el mundo por la noche me cogía bien y algunos me des-

pertaron en la noche o antes de levantarme y me cogían en silencio porque necesitaba una tercera o cuarta vez. Estos hombres no solo les gustan follar sino también muy bien! Mis cogías fuertes y vigorosamente seguido un orgasmo hasta el orgasmo que me relajaba de nuevo. Pueden esperar a que mi orgasmo terminara y salpicaran en mis agujeros. Ellos siempre me encantan con ellas volando a follarse.

Me masturbo todas las noches, desde siempre. Puesto que todos tenemos un espacio para vivir y dormir, no necesito mantener nada en secreto. Así como siempre sabía que el padre y mis hermanos se vollaban a la madre, así también tuvieron mi masturbación. Mi madre rara vez se masturbó porque fue follada extensamente por todo el mundo, y así consiguió su relajación y suficiente apetito carnal. Yo estaba en el culo desde la juventud con abejorros y era bastante tensa hasta que la mamá me amó y un día me hizo verme masturbándome. Desde entonces me relajé y me consolaron.

Mi padre me folla a mí solo dos días a la semana, a menudo no lo necesita. Pero siempre es muy intenso y yo tengo un orgasmo con él. Mis hermanos prefieren la posición del perro, así que nunca logro un orgasmo. Si los nobles perfumados me cogen, no consigo ningún orgasmo, Tengo mucho miedo de sus caprichos impredecibles. Muchos de ellos, que han cogido antes de pasar por elante, ahora se sientan en juicio sin reconocerme en mis trapos. Los vi nuf, otro va a juzgarlos.

En la cárcel me visitaron innumerables papas, obispos o jueces porque yo era la única bruja que tenía menos de 65 años. Ellos hicieron como si me buscaran por razones profesionales pero en realidad todo el mundo quería coger a la joven bruja así de simple. Los caballeros espirituales follaban amor, amen! Ellos no te llevaron al orgasmo, simplemente follaban estúpido y tonto delante de sí mismos sin excitar a la chica más de un poco y salpicar de alguna manera inesperada. Tantas veces como los eché fuera de mi masturbación y las dejaba salpicar en el suelo. Si alguien me preguntó, Yo podría no querer llevar a una niña con la hoguera. Nunca había desnudado uno de ellos, nunca me dejó mirando inocentemente, a pesar de su falta de tanto de satisfacción todavía estaba muy lejos de mí.

Ahora tengo 22 años, he cuidado muchas heridas, ha recogido muchos hierbas medicinales y preparado tés curativos, ayudó a muchas chicas y mujeres en el orar. He dejó que mi querida guardia me juda cada día, cuantas veces le gusta, porque él no tiene esposa y es un hombre atormentado por la presión carnal. ¿Por qué no voy a disfrutarlo con mi cuerpo?

El sol está saliendo, tengo que terminar. Encerradme en vuestras oraciones, muero libre y sin culpa.

La última vez que se abrió el sol, fue en Ginebra.

Eva en el paraíso.

von Jack Faber © 2023

Leonardo, el Espíritu Santo (de los cuales más tarde) me creó para que las espíritus de la gente del Paraíso tuvieran una mujer disponible. Él me creó como una niña de 16 años, siguiendo el modelo de una egipcia que en ese entonces estaba obsesionada con Leonardo durante las noches siniestras. Muchas generaciones después, sus descendientes deberían convertirse en primeros faraones. ¿Dónde yo estaba?

En algún momento decidió cambiar mi dulce cono egipcio por un cone asiático aún más doce, para él es una negra. Es muy caprichoso respecto a y se enamora cada pocos miles de años de otro tipo de coño. Una vez fue un babilónico, asirio o cananeo que robó el sueño. Por no hablar de los esquimales, indios e islandeses. Me volvería completamente loco si hubiera cambiado mi coño todos los pocos milenios. No, Dios no, me quedé tan loco como antes, porque el conón asiático realmente puede hacer algo. Él es uno de los tres jefes que son el viejo, su hijo JC. y precisamente Leonardo, el Espíritu Santo.

En primer lugar, quiero cambiar tu imaginación sobre el paraíso. no es tan loco como se nos dice. No hay paraíso. El arpa clampera, nubes, aleluya cantar, ver y alabar a Dios? Bueno, pues la agencia de viajes ha hecho una estupidez hermosa! No hay tal paraíso! Es decir, que los que vivían antes como seres humanos son simplemente fantasmas, sin cuerpo e invisibles. No estamos en ningún lugar y dondequiera que queramos ir, en cualquier lugar o en cualquier lugar, en cualquier mortal, según lo que nos interese. Ya sea que veamos Venecia o María Antoinette en laadura, hagas lo que quieras. Hay muy poco que podamos hacer con nuestro tiempo libre. Porque no podemos cambiar nada del mundo real, no sabemos pero ! las tasas preciosas de tierra pueden pasar por un picar salento, que no puede saltar nada a través de él.

Los filósofos discuten con otros filosóficos acerca de un cabello en la sopa, como siempre. Otros viajan día y noche porque no han viajado mucho en su vida. Otros siguen los acontecimientos en la Tierra porque son curiosos sobre la política o la vida de los hombres. Pero todos son seres sexuales, estos espíritus. Así que, la María Antoinette, los espíritos están locos por el sexo, mirando antes de hacer. Así que vuelvo a jugar con mi coño asiático. ¿Puedes seguirme?

Los espíritus pueden ver en el mundo real, pero no atacar. No al joven que se masturbe o a la virgen que se mastica, por mucho que se consuma después. Ahora el orden viene en nuestra contemplación, Leonardo me crea para que los espíritos tengan un quién atacar. Supongo que no traiciono demasiado cuando digo que todos los espíritos puedan y deben cogerme, sin cuerpo, pero tan real como en el mundo.

Leonardo es, por cierto, el único jefe que se acosta conmigo (como Leonardo, por supuesto). El viejo caballero ha retirado a su estudio hace miles de millones de años y nadie lo ha visto desde entonces. Y JC, bueno, él es el más guapo de todos los tres, pero está casado con María Magdalena y no deja. Ya intentó muchas veces, ya había dejado su túnica y se acostó ansiosamente conmigo, y su polla Magdalena se metió en mi bolso y se siguió muy bien, pero luego María Magdalena vino como una furia alrededor del esquina y golpeó al pobre tío y su verga magnífica a casa. Pero eso solo existe en el paraíso.

Cada mañana me hablan tres o cuatro puttos, estos son los ángeles dulces que ustedes conocen. Leonardo me gusta mucho y quería hacerme algo bueno. Pero ahora no solo tiene amigos. Los Ángeles no sólo son buenos y hermosos, algunos son asquerosos y rebeldes. Belzebub chupa un pequeño y deslumbrante anelo de pelo raso tenía una cuenta abierta con Leonardo y encantaba mi dulce polla de Putto, ¡verdaderas polas de hombre! Me despiertan como siempre, pero todavía me siguen antes del café matutino, uno sac otro tras, y ellos me salpican el cuerpo cuando no vienen inmediatamente a la filapia. Youdí la cabeza cuando Leonardo limpio esto. “Sobre hombre querido, ¡esto es lo que está en Tallo!” ¡descubre él nunca se cuenta encima de mi copa para ordenarle otra cosa!

Leonardo, mi esposo o padre o creador es el marido favorito de mi pareja. Hace siglos en las camas de las hijas florentinas de los Medici había visto a un niño bello, inteligente y popular con una polla grande y fuerte que hacía competir en la mujer de las vírgenes. Primero tomó la forma de este Leonardo para aterrizar con todas las niñas castas, pero el nuevo cuerpo le dio tanto placer y éxito que desde entonces tenía el cuerpo como avatar. Me entusiasmó porque Leonardo me preparó noches salvajes incontables.

Los santos del primer milenio cristiano eran los más agradables. Ellos habían vivido con castidad, nunca se acostaron a una chica y muchos de ellos fracasaron en la masturbación. Aunque fueron alabados aquí en otra vida y eran fantasmas muy respetadas por su currículo irreprochable. Pero tuvieron que cambiar completamente. Aquí les permitió. El introdujo todos con ternura y sexo en el mundo para hacer el amor y las preparó un comienzo excelente. Cuán a menudo me sorprendió cuán fabulosos hicieron celebridades como Tomás Acquino o Agustín. Escribió las obras brillantes pero estaban asasado por el miedo, pero no sabían detrás! ¡Cuándo alguna vez tuve que sacar esos clavarlos de mi hojas y agostinos en el camino correcto! Leonardo dijo que cada día había hecho lo mejor posible, pero siempre tenían culto de los niños, pero los sábanos no tenía nada brillante.

Ella me contó de su vida, 12 años ella estaba casada con un rey, luego se fue a la guerra, volvió por dos meses y desapareció para siempre. Había dejado que el hijo de Eva de 11 años se echara a sí mismo, él se convirtió en su amante hasta que cayera su muerte. Ella miró mucho sobre el mar de nubes que unió al mar en el horizonte. “Había solo un tiempo salvaje en mi vida”, dijo Tanbaña, “había dejado algo bueno salir de casa”.

Los nobles caballeros, por su carácter, todos los malvados ladrones del mar, decidieron coogerlos para probarlo. Estaba emocionada y excitada, con tantas pollas a la vez. Las dos mujeres nos reímos hasta que nos picaron los costados. Muchas polacas en oferta, ambos lo sabíamos. Penélope continuó siguiendo con docenas de hombres cada noche durante casi cuatro años, era avaricia como nunca antes y traía todo lo que una esposa respetable nunca había recibido. Penelo-

pe se dijo: “¡Yo realmente era un cerdo hambriento!” Bueno, su hijo regresó de una perdición que le había llevado a buscar al padre perdido y se había hecho serio y adulto.

Ella le había dejado arrastrar el corazón y se preocupaba por quién calentaba los pies a su inexperto de noche, 17 años de edad en las cosas amorosas? No tenía que preocuparse, era inteligente y vivió como ella, y cada noche se acostaba con las vírgenes y las hijas más jóvenes. Las esposas de los anfitriones y las madres de las hijas, razonando sabiamente que no había venido a herirlas con las esposas del hombre noble sino buscar al padre. Las muchachas tenían todo lo que querían de él, por supuesto, les desvirgía y les daba un orgasmo. Él sonrió, porque muchas de las mujeres podían rodar alrededor de otro orgasmo arruinado y otra mujer.

Penélope se detuvo. “No quiero enfurecerse con mi charla, Eva”, pero le pedí que continuara. Penélope suspiró profundamente. Ella tenía mucho miedo en el corazón de cómo reaccionaría a su picadura? Pero de nuevo ella no tuvo nada que preocuparse. El banquete largo de la noche usó a su hijo para sentarse discretamente junto a las chicas desnudas de los nobles. Él metió su polla en los fritos de las bellezas, Charlando, bromeando y sosurrando secretamente con ellos un suizo susurro suizado, hasta que salpicaba por sí mismo a través de la cascarilla del nuda de las chicas, o como en la mayoría de casos, ella pudo frotar su polla con moos cercanos en su almohada locosteca y hacer en ella, mientras él e incluso otros que golpearon una sala nueva de todos los demás, me sacudieron al sollocas de las mujeres.

El podio de la vergüenza estaba casi delante de todos los ojos, los nobles rodeaban, juzgaban el rendimiento de sus competidores y miraban a sus agujeros en lo que el competidor trabajaba con fuerza. El hijo se avergonzó de ellos, puso su cabeza en su regazo y puso una mano protectora sobre su cosquilla. Su polla estaba sobre su cara y cuando masturba brevemente para desatar su orgasmo, salpicaba un rayo sabroso en su boca. Ella no se preocupa por haber guardado su semilla para ella en su viaje terminando. De hecho, él salpicaba hasta el amanecer en cada uno de sus orgasmos.

Penélope se llamó y miró hacia mí. “¿Y cómo fue?” Empecé. Treinta días después, ella siguió diciéndome que sentía lo triste y lastimado que estaba su hijo. “A la treinta por la noche, con un hacha, rompió la cama del pecado y me llevó a mi dormitorio con energía. Nos quedamos en la cama hasta el mediodía del día siguiente, era una de las noches más bonitas”, suspiraba Penélope y sacudió su cabeza riéndose. “Yo inmediatamente di cuenta de que no quería a ninguno de los nobles, solo a él”.

Cuando el silencio de Penélope me llevó demasiado tiempo, la abrí con el código en el costado. “¡La diosa hizo una mala broma conmigo!” La diosa había convertido a su marido en un mendigo viejo encubierto cuando entró en el castillo. El pidió a los nobles que compitieran con el arco de su esposo y ganó. El hijo estaba inaugurado y había puesto flechas en todo el vestíbulo y el mendigo desapareció a las 60 nobles. El mendigo respondió a una pregunta difícil y ahora Penélope era seguro de que el orden del día debía ser su marido. Le ofreció los labios al beso y ahora la forma de la diosa lo transformó en su cuerpo. La alegría sólo poco después de semanas le salió a la casa de la reina. Ella volvió a venir nunca más se convirtió en hija menor pero tomó hasta muerte a la chica joven de la Reina.

Penélope le bajó la cabeza con tristeza. Esperé pacientemente, ¿qué más debería preguntarle ahora? Ella dijo que después de su muerte tenía una pequeña y tímida princesa virgen de 12 años hecha reina. Penelope sacudió la cabeza y murmuró un viejo hechizo. “Me asombró la sensación de que había acabado alguna vez con los dos”, dijo penelope tristemente. Dijo que ella estaba allí en la noche del matrimonio, la muchacha era definitivamente vírgenes virginas virgen y lloró amargamente cuando él desvirtúa. De alegría y alivio, Penélope complementada. El niño siempre dejó follar voluntariamente y pacientemente, ella misma tantas veces como quería orgasmo, aunque no llegó almo.

Penélope parecía estar bien, dijo Penelope. Hasta el día en que llegó su equipo rico después de unos meses. Penélope se estremeció con los dedos. Ella sabía inmediatamente de dónde venía su mala premonición. Había llevado a la princesa un perrito. La virgen había preparado al perro miserable desde joven para lamer su cosquilleo al or-

gasmo! Penelope llamó y exclamó como la condesa Hannover que lloraba en el paraíso los ojos del perro después de sus danés, con el que ella prefería follar mucho más que con su marido gaviota ! Sin embargo Penelope apenas sacudía la cabeza, la virgen ahora sólo podía leer el clímax al orgasmo, ella no podría follar con el perrito . Penelope estaba triste porque su esposa tuvo un pequeño orgasmo y nunca me gustaba lo que ya era entrar pero tampoco quería creerlo porque yo tenía una vida pequeña sin poder entrarla, pero él también creyó que mi madre ni siquiera entró en esa misma casa.

El silencio duró mucho tiempo, y mi madre Penélope estaba sentada frente a mí. Tenía un hermoso fragmento de piel infantil y sin pelo como yo, así que empecé nuestra conversación íntima. Penelope apareció ahora en una edad auto-seleccionada de mediados de veinte años. Tenía muy bien curvos canclas con un gran cosquilleo sin prepucio, que parecía estar siempre rígido, como si estuviera constantemente excitado. Cuando se movía un poco, los labios del champán liberaban la vista sobre su menor agujero. Levanté mis ojos y miré al pe completo y sus sólidos. Resulta más evidente prácticamente todos los nobles del país abandonan sobre ese joven hermoso; tanto, que sufren poco por ataque puro corazón excitación.

El silencio duró mucho tiempo hasta que finalmente le preguntó a Penélope. Ella se reía de gritos y se sacudió de placer. Esta costumbre se extendió sobre todo en las regiones orientales de Grecia, allí muchas mujeres lamaban sus cachorros para lavar el cosquilleo al orgasmo. Muchas mujeres, por no decir todos. Esto era normal en las ciudades orientales, pero no su hogar, no estaba conocido por ninguna mujer que, por supuesto, había visto muchos animales, perros, gatos, caballos, etc. Nunca había pensado en mirar sus genitales. Yo me interesé principalmente en los hábitos sexuales y sementales de los hombres, sino que no tenía que hablar de caballos, noble génital. En mis viajes sé naturalmente muchos animales, sin cortes, gatos que podían nunca haber visto, pero lo sólo porque yo estaba interesado en ellos ¿por qué habla? Pero sí, porque no sabía nada acerca de ello".

Penélope dijo que en su niñez le habían dado un semental muy joven, prostrados, con nosotros los caballos tienen nombres como la

gente. Ella lo entrenaba para masturbarse todas las noches mientras cabalgaba, era muy común allí. Ella lo masturbó todos los días hasta el final de la vida y luego recibió un funeral en la hoguera como un guerrero caído. Penelope notó que no tenía idea de lo que había sucedido. Ella sonrió amablemente y dijo que lo describiría con precisión.

"Cada noche cabalgaba desnudo sobre el hermoso cuerpo de prostitutas sentado en mi lugar favorito, solo un velo delgado soplaba detrás de mí para que la gente no se apresurara demasiado a la boca sobre la mujer desnuda. Me puse en la hierba y preparé mi felpudo sobre la noche con el rey. El práctico roncaba junto a mi bolsito masturbándose, él miraba hacia arriba con la piel de un hombre, y su cola se hacía pobre y rígida. Cuando estaba listo, él olía una vez más y giraba hacia el delante de mí, de modo que su polla era cerca de ella, así como yo estaba cerca de ella directamente. Su casi fue tan gruesa como la de un hombre pero por menos lo doble de largo. Yo me masturbaba en la cama, lo teníamos igual que un hombre que tenía en la cara o nos golpeamos muy bien ahora mismo, lo hicimos poco aquí o lo mejor posible en ese punto de vida".

"Alrededor de la hora en que Odysseus iba a esta guerra infeliz y mi joven de 11 años estaba acostado conmigo cada noche y aprendía follar rápidamente, fui al esteblo con una amiga al mediodía. Allí vi por primera vez cómo se dejaba follar por un joven semental. Parecía muy caliente y veía a mi amigo hacer lo bien que le gustaba y oraba hechizos paganos, abrazando el cuello del semental. Había oído desde niño primeramente que esas mujeres que seguían la antigua religión pagan habían dejado follar por parte de los sementales, pero yo solo me reí estúpidamente con estos legendarios. Sí, no entendía qué era la religión pagana. No podía durante días; me voltaba a masturbarme otro lado y me imaginaba mientras salvías las fiestas: luego más excitada su cabeza estaba totalmente con fiesta después de ese día.

"La bellota del caballo se ve un poco diferente. Es más plana y redonda, y donde la bellata pasa por la cola, hay un anillo grueso que se atasca bastante cuando se encoge. Se dice que sirve para sellar el agujero de la yegua para que la semilla no resbale demasiado rápido. De todos modos, nos servimos a los malditos paganos para estimular

directamente nuestro punto G, lo cual no puede hacer muchos hombres. Se empuja la montada Hage, es una pedazo de madera fuerte en donde el semental puede levantar su sombrero delantero y una tabla para la mujer en la correcta. Searra deja que el semental en su larga fémuro rompe o lame porque están tan apretados sobre sus brazos rápidamente. La mujer cola me pone dos manos con las hoyo. Como si pegado uno de mis hombros pero mi mano tiene una pieza alta o pariente o le pega a un alto, como si yo pegara dos piernas con un hombre o una sola colma o una palma o una patale a la derecha".

"Y, ¿te has dejado follar por el semental una vez?" Sentí curiosidad. Penélope se vio y se golpeó en los músculos. "No, a donde crees que estás! Me metido en el establo tantas veces como pude. Mi hijo prometió y confesó que desde principio me acostó y lo vio todo desde muy lejos. Él mismo dio cuenta del bien que estaba haciendo y de la hermosa orgasmos que tuve. Como yo había estado bañando siempre antes de la cena después de volver con Prácticos, no le molestaba. Lo abracé y lo besé, así que oficialmente podía ir al semental conmigo y sentarme mis pies para verlo exactamente todo. Estas fueron únicas ocasiones en las cuales mi hijo me veía masturbarme, porque luego de acostarme con el semen necesitaba hacerlo inmediatamente.

Penélope, mientras decía con los ojos cerrados, acariciaba suavemente su cosquilleo. Ahora se acostaba con mis mejillas ardientes, su cosquillador excitaba una pulgada rígidamente hacia la rubia. Ella se masturbó muy eficazmente y rutinó y salté en el tiempo. Penelope se acostó sobre el comportamiento y dejó follar cinco veces seguidas por el semental. El hijo se sentó frente a ella con las orejas arraigadas y miré hacia atrás al follar. Ella sonró después de un día del sexo masculino. Yo salte aún más atrás en el tiempo . Penelope masturbata a su hijo de 9 años muy temprano, lo dejó entrar y finalmente orgasmo en agujero. Volví a mi tiempo, ni siquiera subió un golpe de sangre, porque estos días no duraron mucho tiempo como costa duraban, pero hice todo lo que importamos antes de ese período. Lo siento demasiado fuerte durante este periodo.

Ella me preguntó una vez y le respondió que a veces masturbababa diez veces en la obra y luego no durante meses. Depende de cuántas veces me cogían, era mi tarea principal.

En la tarde, los chicos de 5 a 15 años peregrinaron en gran número al refugio de los muertos y uno tras otro follaron las niñas muertas y las mujeres jóvenes. Fue fascinante cómo docenas de muchachos follaban a los muertos y cada uno con tanta frecuencia hasta que estaba completamente vacío. Salí cientos de años atrás hasta el comienzo de esta extraña costumbre. Comenzó un follar a una madre brillante por sus hijos desesperadamente hasta que volvió a vivir aquí! Durante los próximos cien años, el milagro se repitió una vez más porque las mujeres cogidas precedieron a morir mientras durante horas estaban su orgasmo hasta que ya no podían contenerlo. Estos milagros llevarlos a dejar a los niños muertos a edad avanzada, comenzaron a tener otros diez años para pasar a perderse a la muerte, permitiendoles abandonar a sus padres a los nueve años antes de llegar a la vida propia.

A lo largo de mi vida había conocido a muchos hombres, pero rara vez hacía el amor con las niñas. No me habían creado como lesbiana. Pero algunas veces las chicas lésbicas me seducen. Y yo era buena por naturaleza y me gustaba participar. Pero la mayoría de las veces me casó con hombres o niños porque Leonardo tenía mucho interés en que mis buenos amigos asiáticos llegaran muy fácilmente al orgasmo.

A lo largo de los años me cogí con muchos hombres diferentes, todas las culturas vinieron sus fantasmas y sonrieron felizmente conmigo. Por ejemplo, los neandertales eran muy sencillos y perseverantes en su pensamiento, pero estaban muy felices de tener un cuerpo poderoso y follaban. Aunque los mongoles no tenían ningún polvo tan potente como los neandertalios, pero aguantaban duramente y disfrutaban de la salpicadura como una obra milagrosa. Los romanos clásicos no fueron nada especial, yo viajaba a Cleopatra para aprender más. Ella no estaba enamorada del viejo Julio, ella solo se preocupaba por su trono cuando ella era famosa con el viejo. La también tenía su historia avergonada y la estimulante posterizadora de una bomba sexual que no era. Catherine César Finacia, la reina de Francia, nada decía, por ella, simplemente fue una fanática política de los caballos malignos, él descendió a los hombres, una gran caricatura de los maestros malvados, una guerra civilista de los Malianos.

Los difuntos rara vez eligieron cuerpos espirituales más viejos que 30 para pasar la vida después de eso, nadie quería pasar una vida antigua y frágil. Una vida eterna en la juventud no era nada malo, y vi a muchos recién llegados sonreír bien cuando en el primer minuto dieron cuenta de que las ideas terrenales del Paraíso eran puras muñecas.

Cuando el maestro de la ceremonia me presentó como lo que le daba placer carnal, vi a los nuevos jóvenes sonriendo.

¡Sólo podía desear una vida así!

El nombre de la empresa es Brunhild.

von Jack Faber © 2023

Nota: algunos datos son históricamente incorrectos, pero importantes debido a la narración.

Mi nombre es Brunhild, yo era la esposa y reina del rey Telemachos de Itáca. Soy su segunda esposa y realmente nos amamos.

Mi padre es uno de los comerciantes más ricos del país, junto con el rey Olaf en amistad fraterna. Mi padre tiene 4 hijos y 16 hijas de varias mujeres. Él está haciendo grandes viajes de negocios, desde Troya hasta Ithaca y España. Tuve el privilegio de acompañarlo dos veces a Itaca y me enamoró del reino de la isla desde el primer momento y del clima cálido y hermoso. Mi padre era realmente amigo del Rey Odiseo y fue un hombre de negocio excitación. Trajimos las mejores armas, utensilios y montañas de pieles diferentes. Ithaka trabajaba con plata y piedras preciosas que llevaban consigo los compradores africanos.

Casi fui educada como una princesa, aprendí a leer y escribir. Mi padre me trajo con un griego de edad media que me enseñó grego. Nosotros, mi familia sacrificamos a los dioses del norte y oramos a ellos.

A veces nos permitían ver a una pareja siguiendo y haciéndonos muchas preguntas que se contestaban de manera honesta y firme, así como desde la niña sabíamos cómo coger y lo que teníamos que saber.

Una vez que nos dejamos ver a una pareja siguiendo y sentí fuego muy fuerte en mi niño de siete años, le preguntó la mujer por qué me picaba tanto y me quemaba cada vez que podía ver a los niños seguidos? Los otros hijos se reían de mí porque yo tenía otra pregunta es-

túpida, pero la señora amable saludóme con amistad y tuvo que sentarme en su regazo desnudo.

Ella me mostró cómo podía retirar firmemente el prepucio y me dijo la bellota. “Eso es un hermoso coño de hombre”, dijo, sonriendo y besando él en medio de la boca. Ella dijo que sólo debía cubrir la polla y frotar con firmeza, y la prepara siempre hacia fuera por completo para que la bella salera. Me agarró muy cerca de mi punto más fuerte y le dije si el ardor de allí y yo estaba asentado. Explicó muy bien que era el clichés y que tenía que frotar finamente el orgasmo cuando se quemaba o picaba hacia atrás. Ella mantuvió muy cerca de la pierna y me agarró a la cola del puerto de mi mujer muy fuerte y ella sentida. Ella fue una niña joven de edad avanzada y no había sido capaz de salirse de su casa hasta llegar al hospital. Ella hizo todo lo posible para ayudarme a encontrarlo. Ella comenzó a tener problemas físicos como ella quería hacer algo así. Ella empezó a sentirse feliz y sintiéndose triste mientras estuve trabajando en las calles. Ella llegó a poder usar sus manos contra los ojos. Ella vio que ella sabía mucho tiempo antes de irse a trabajar. Ella salió a hablar sobre esto. Ella volvió a decir: “¿Qué? ¿Cómo está pasando?” Ella pasó eso. Ella me pregunté acerca de mí. Ella me pidió a ver qué hacía entonces; ella me contó: “¿Cuál sí, pero ahora te he hablébríleó conmigo?.

A partir de ese día, me masturbé al menos una vez y a veces también con un amigo. Me encantaba masturbándome en lugares más grande que yo, mas a veces me masturbaba, algunas por la noche. Cuido mi piel virgen aunque algunos compañeros de edad ya habían empezado a follar.

Mi padre y su nueva esposa se sentaron bien, la follada podía esperar un poco. Estaba buscando a un buen hombre, mi padre dijo que tenía 14 años y te podías casar! Me alegró mucho y soñaba con el chico todas las noches. La mujer a la que habíamos tenido sexo con el guerrero de Islandia me mostró exactamente cómo iba a casarse en la noche de los bodas y ella dice que dejaba injectarse en ella, así que sacó su pene, lo frotó con el puño y salbó todo sobre mi coño orgasmo. Eso era algo para soñar. Su nueva esposa fue muy amable y me explicó exactamente como iba a casarme en la noche del niño y él me enseñó cuánto me cuidó ponerme una prueba. También me demos-

tró cómo masturbarse, similar a mí. Ella me mostró cómo iba a hacerlo.

Mi corazón casi se rompió cuando el padre me dijo con alegría que tenía un buen hombre para mí. Yo también lo había visto, era Telemachos, hijo del rey Odiseo. Papá grabó un mapa en el suelo y grabó las 14 islas del reino de Ithaca. Telemachos fue el Rey, acababa de rechazar a su esposa. Pero Telemachos no fue culpa del fracaso del matrimonio. Sentí que papá sabía más, pero él no dijo mucho más. Él estaba seguro de que telemacos a los 29 años no era demasiado viejo para mí, y dijo que un matrimonio sería bueno para sus negocios. Pero yo mismo decidí si quería Telema; le papá había propuesto que quedara una semana en su casa y que yo misma decidiera ser mi mujer. El padre mío y no era un hombre de negocios importante que decidió decidir sobre mis vidas castillos acerca de la muerte de los demás castigos.

Durante el largo viaje, siempre pensé en Telemachos. Era un muchacho grande, guapo y serio, y era muy amable cuando le preguntó porque no era delicioso que estuviera con su madre en el norte. Confirmó con una sonrisa amable que estaba con la reina Penélope todas las noches. Tuvo que explicarme exactamente porque yo era muy joven entonces. Como su padre Odiseo fue secuestrado por la diosa para siempre, incluso era su deber legal follarla y satisfacerla cada noche. La sierva de Penelopes solo se cogió para vaciar completamente su semilla. A veces, follar con la serva dura varias horas hasta que su pene ya había tenido suficiente tiempo. Nos mantuvimos mucho durante reglas sexuales de nuestros países de origen y me pareció pero algunas cosas extraños sobre todo lo demás interesantes en caso.

Fuimos muy bien recibidos, tuve que quitarme los vestidos de viaje sucios y fui llevado al baño. Dos sirvientas me bañaron, aceptaron mi cuerpo y cortaron mis pelús púbicos. Los mayores caminaron y la niña más joven de mi edad buscó suavemente mi cosquilleo con un dedo. Me agarré la mano y preguntó por qué lo hacía? Ella me miró con grandes ojos. “¡Eso debe ser así!” dijo ella y siguió buscando. Avergoncé mi cabeza hacia un lado, cerré los ojos y abrí las rodillas para que no tuviera que buscar el cosquillador. Mi avergüenza, desde la primera vez ni siquiera había dejado a mí masturbarme, ni mucho

mejor! La chica rutinariamente me masturbó suavamente y mejor. Después del orgasmo esta rutina de camos de baño tenía una labias sobre mi vida, nadie me perdonó hasta ahora acertando en ese momento, pero nunca hubo ninguna persona que me haya hecho nada.

No volví a ver un telemachos hasta la cena. Se sentó todo el día con su invitado, el famoso cantante Homéros, y le contó acerca de Ulisses, Penélope y él mismo. Me dijo que Homer era el cantante más grande de Grecia y escribió sobre un largo canto en el que Odiseo, Penélopa y él estaban presentes. Pero el cantante se quedaría solo tres días mas y después tendría más tiempo para mí.

Ello lo miró en su mano, el pesaba de la misma manera y luchó con la lengua. “Mejor acero gótico”, le dije con orgullo, “afilado como un ala de mariposa y nunca debe ser doblado!” Me dijo cuenta de su mirada y le dije que me gustaría regalar algo, porque también era para nosotros en el norte como una precioso cuchillo real. “Mi padre tenía una fortuna por ello, pero la defensa de mi esposa fue digno de élme preguntándome”. Yo estaba afido por él, porque teníamos mucha seguridad sino que no podía decirnos mucho tiempo más allá del Norte, así que tal vez podríamos tener tanta certeza sobre cómo funcionaba el balón.

Después de la muerte de Penélope, él se había casado con una princesa encantadora de la ciudad de Atenas, de Atenas. Una sucio y sucio mierda a mí mismo. Cogí tan lejos como ella era una vergüenza para todos los griegos respetables y honorables! Pero ella no estaba hecha para la cama de un hombre. Ella estuvo dispuesta y me dejó follar sin ningún sentido, pero tenía que meterse con una leña mojada en la playa. Dije que no se iba volando con nosotros, él sonrió por primera vez y luego nos reímos ambos en voz. Volvía en serio. Solo tenía una diversión cuando su per la chupaba en serio. Yo no tenía que tirarse al orgasmo. Me tiro a la columna de sal. Él volvió y dijo que ella tuvo una trosa camilla en el alto del suelo ¡El hacía separarnos desde el padre y después teníamos una verdadera separación entre las cámaras de estado, El tenía una gran cantidad de amigos que entraban en el camino hasta tenerla.

Me preguntó si quería dormir en su cama o preparar mi propia habitación. ¿Podría respetar mi virginidad, perdonar mi piel de doncella? Entonces sí, eso sería hermoso. Él asintió y dijo que era un rey y un griego honorable. Bebimos y hablamos durante mucho tiempo, luego nos fuimos a la cama. Yo sabía que en Grecia se dormía desnudo y lo esperaba en la cama. Era un hombre hermoso con una polla grande y hermosa. El me abrazó con cariño y de buena manera, entonces su sirvienta entró y cerraba la puerta. Se acostó junto a ella y me abrazó. Incluso yo, joven inexperto, sentía el calicio que estaba. Yo estaba en el oído de Telema, que me actaba y no tenía la molesta para caminar. Ella me abrazaba como cabeza, me pondió las pies al pie de los ojos de la noche y me atraeaba por la puesta.

Podía ver su hermoso hogar de mosquitos y su polla, que era considerada. Rara vez había visto a alguien follando en casa, ahora lo había experimentado al largo de los brazos. Escuché su feliz gemido y sus gritos, de los cuales apenas entendía una palabra. Cogía muy fuerte y perseverante y tenía un orgasmo tras el otro. En sus breves pausas se masturbó con una sonrisa diabólica, así que se frotó. Él me miró varias veces y me asombró en mi celebración. Follaban para siempre y yo estaba por muchos bombas de masturbación y telemos. El despidió con uno en sus labios y tos ella. Me despidio en las armas del orgasmo y estábamos hablando mucho tiempo sobre la bomba de masturbación picadura y abrazo el telescopio.

Casi terminaba la semana y los Homéros todavía estaba allí. Él me hizo preguntar si podía contarle acerca de mi casa. Miré a Telemachos y él asintió, solo, ¡adelante! Fui muy emocionada con el hombre famoso. Era pequeño e inalámbrico, nunca había visto ojos tan listos. Llevaba una túnica muy elegante que sólo llega hasta su cola. Nos besábamos en la mejilla por costumbre nacional y mantuve distancia en este abrazo. Yo por su polla medio rígida, él por leifnirsgram. No sentíamos frente y nuestro vestido corto del velo era mucho más alto de lo que debía. En las próximas horas se usó un puño de desnudo en mi cuchillo de mosquito, porque me relajé al armario y me enviaron las garras abrías y contí conmigo.

Ante todo, debí contarle sobre nuestras costumbres sexuales, matrimonio y boda. Él asintió y asintió, evidentemente lo sabía. Enton-

ces le conté, según mis deseos, acerca de nuestro mundo de dioses y el orden sexual que ofrecía nuestro mundo de Dios. El se rió entre ellos y gritó sobre el papiro mientras escuchaba, del contrario él pintó sospechosamente su pequeña polla y salpicaba un rayo en el suelo de vez en cuando. Telemacos me dijo durante la cena que el poeta era una macedone y que fue normal. Homéros viajó con cuatro grandes cajas de madera llenas de papá. Le conté por tres días, entonces tuvo que irse.

Telemachos seguía a la joven sirviente todas las noches, dos o tres horas hasta que tenía suficiente. Yo les miraba y me masturbaba tantas veces que dolía la muñeca, pero eran noches maravillosas y calurosas. Luego le dije solemnementes a Telemacos que quería ser su esposa, su reina. Inmediatamente ordenó a los servidores que prepararan todo para la coronación mañana y a las chicas que me prepararán inmediatamente después de la cena para la noche de bodas. Un dignatario religioso vino murmurando un montón de tonterías y nos declaró solenes marido y mujer. Telemachos y yo noszaba a nosotros y a nuestros presentes besaron en las flores, arrojaron al aire y gritaron “Vivat!”

Fui bañado, aceptado y perfumado con los olores más nobles de Persia. Mis muchos púbicos fueron cortados hasta la piel, luego ambas chicas me masturbaron alternativamente a un orgasmo tras otro. “Tienes que estar caliente, señora, caliente y ansioso por follar primero con tu esposo”, me enseñó el anciano con palabras sabias, que tal vez tenía 15 o 16 años. fui a la cama con las rodillas suaves. Telemachos me esperaba, su hermosa cola me esperaba. Las chicas me habían dicho que mi amor estaría solo conmigo y que su sirvienta no llegaría hasta tarde, ya que él tendría que cuidar después del despedida. Me acostaba a machos y me abrazó, y le ofrecía mis labios para la lengua grande.

Él era un caballero, a través de él. El me dio mucho tiempo y me calmó con beso en la lengua. Solía decir siempre silenciosamente susurrando lo que venía para no asustarme. Me despojó con una sacudida fuerte y rápida, yo solo sentí un poco de tirón, pero ningún dolor. Él me follaba con fuerza después, yo estaba corriendo tan rápido al orgasmo como nunca antes. La sirvienta se acostó a mi lado y yo la

cogí salvar y caliente, porque yo quería seducirla, y sin duda la esposa como una lesbiana hambrienta, yo había colado conmigo ella en las molestias en la, y yo tenía un orgasmo a la otra cuando me golpeó fuerte y caliente. De adelante, cuando ella se acostaba a nosotros, nos servimos a la mitad del cuerpo salvaje y cariño, porque yo quise seducirlo, y sin dudas la mujer como una leñera hambrienta; yo me coladaba con ella en los brazos en la, ya que me golpeaba fuerte y calientes. De ahora en adelante, cuando Ella se puso a mí, el servidor sigue a la mano de la mía, seguido por medio de su idioma, mirando hacia fuera de mis huesos, si mi monstrues por encima, siguieron nuestra montaña, mientras ellos siguen nuestro hostilmente por mi familia, así que mi madre es mi hermana.

Mientras tanto, Telemachos ya había salpicado dos veces en mi cueva virginal y no terminó, pero yo. Susurré con él para que se vollase a su sierva ahora, era maravilloso, pero estaba completamente satisfecho y acabado. Él me sentía y besó íntimamente. “¡Mi esposa, mi reina, mi morena!” susurró con ojos radiantes. Corrí hasta el final de mi pie y miré a su follada. Era emocionante y caliente mirar, pero no pude masturbarme más. Me tomó otras horas hasta que terminaba de hablar y la sirvienta con un beso. Las noches siguientes me cogí así exactamente, Telemacos me follaron muchos orgasmos hasta que yo estaba totalmente acabado, entonces todavía estaba quedando todo lo suficiente en la serva. Cuando estaba conmigo, él me dijo algo feliz del embarazo, ella fue una mujer muy contenta de mí mismo, ella dijo poco de hambre y ella estaba contento de tenerlo loco y ella tenía uno de los meses atrás.

Mi padre, con quien podía intercambiar cartas cada tres o cuatro meses por medio de la ruta comercial, me había enviado un cuchillo largo maravilloso decorado con oro y plata, y me había dado el nombre de Tyrfing, el nombre de una espada mágica de nuestros dioses, y era poco más corto que su Xyphos, pero apenas tan difícil y nunca tuvo que ser encontrado. Telemachos lo llevaba toda su vida llena de orgullo, porque parecía magnífica y preciosa y no podría vencerlo.

Y yo salía todos los días por la noche y soplaba el viento alrededor del pelo. Telemachos me había dicho que Penélope tenía que masturbarse todos los días, no me había dado un puñetazo a mí mismo, no

había sido tan miserable, él tenía una polla dura como Protractes. Pero algunas veces me masturbó, por supuesto, porque no debía dejarlo follar siempre, aunque telemacos le habían dejado caer en los rayos muy poderosos hasta que estaba listo. Yo veía muy a menudo a las mujeres paganas siguiendo con un semental y por supuesto parecía realmente emocionante, pero nunca me dejaba follar por un semental, pese a que Telema tenía la fe pagana acostumbrada con "s mi". Había muchas mujeres que podía tener de nuevo o menos miedo ahora se sentían más tarde o tenían públicamente resistirlos. No hay otra cosa que después de la vida del rey pareció ser realmente emotivo.

Mis sirvientas me explicaron muy bien lo que esperaba de mí en el carnaval. Toda la gente seguía en público, lo que dio a muchas mujeres la oportunidad de ser follada por sus queridos amantes del Carnavales. Sin embargo, en mi primer carnaval fue muy emocionante escuchar varias veces en público para abrir telemachos en el podio, entonces tuve que dejarlo ir, tenía virgenes nobles para despegar! Luego mis servidores y nuestros guardaespaldas, unos 45 cabritos y hombres que pudieron cogerme con fuerza hasta el siguiente día. Tuve orgasmos y despedí cada uno con un beso simple, al rodarcer había tenido su cuerpo con sus hijos suaves y tiemblandas una casa, por dos guardias del luego, dormí durante 20 horas tratando de cuidar conmigo. Después de mis sirvientes y nuestras guardas, estaba orgulloso de haber estado trabajando mucho tiempo en los últimos años, pero nunca tuvo problemas como las otras personas sin tener cuidado, porque yo era tan feliz, ya tengo muchos amigos en el último momento, pero todos estaban haciendo todo lo posible en el salón de guardia, pero siempre he estado seguro de estar funcionando en el mejor momento.

El padre de las tres familias más pobres de la ciudad, el traje comida, ropa y lo que se necesitaba. Le di a sus hijos e hijas regalos de dinero cuando casaron y era como el diablo detrás del trabajo y no empobrecer como sus padres inútiles. Era una tarea importante, exigente y importante para impresionar también en telemachos.

A partir de nuestro décimo año de matrimonio, di a luz a dos muchachos, Hércules y Odiseo. Telemacos fue asesinado cuando tenían

13 y 12 años de edad y tomé el trono hasta que mis hijos pudieron ser reyes. Los déjé acostados conmigo, siguiendo las tradiciones, y me cogían maravillosamente hasta la final de la noche. Ya en los 12 y 13 me hablaron maravilmente uno tras otro, alternando después de haberse inyectado en mí, hasta que tuve que rendirme. Lesílemente desde el principio a dos vírgenes encantadoras y volvieron a las sirvientas durante horas como mi telema hasta que se habían relaban por completo. Cambia cada día a muchas mujeres hasta que tuvieron orgasmos follaban una sola vez en la vida. No era lo suficientemente grande para todos nosotros. Me teníamos sucesivamente un orgasmo feliz, nos contamos con unas chicas soltas o no tenemos tantas experiencias del mismo sexo femenino, así como todas ellas han tenido orgasmos juntos, pero nunca hemos podido tenernos desnudas como otras mujeres.

Un día, después de haber follado a Ulisses hasta la inconsciencia y luego mucho más, murió a los 54 años con la feliz conciencia de tener un buen hombre, dos buenos hijos y una vida de amor plena. Yo había estado en casa de tres reyes, Telemacos, Hércules y Odiseo, y follada con todos ellos durante increíbles años hermosos.

¡Son pocas las mujeres que lo logren!

Baal y el dios de los muertos.

von Jack Faber © 2023

Soy el Dios de la sexualidad, de las niñas y de las mujeres. Annu, nuestra diosa más alta, ya hace mucho tiempo, arrastró la puerta detrás de ella, enfadado por los hombres que no tenían nada más que caos y guerras en la cabeza e inevitablemente destruirían al planeta. Pude entenderlo muy bien, pero no soy del tipo que puede tocar las puertas o tocar las salchichas ofensivas del hígado sin reírse de mí mismo. Y si lo haces bien, las chicas y las mujeres son criaturas muy limpias y sexy.

Mucho antes de que la gente pudiera caminar y hablar, yo enseñé a las primeras hembras masturbarse y al orgasmo, y eso fue bueno, creo. Desde el principio, las hembras tendían a meter todo tipo de cosas en los coños para excitar aún más el placer. Si al principio eran solo frutas y verduras en forma de falso, después hicieron palos de amor y godemichés (dildos) y ahora tienen vibradores o estimulantes de cosquillas que no crean tener mucho futuro.

Desde los inicios de la humanidad, me metí en el cuerpo de las niñas y mujeres para hacerse sexys, masturbar o follarlas divertidas sin romper la piel virgen de las vírgenes. Esa es la tarea de los machos que también tienen que cuidar de la fertilidad. Ninguno de ellos ha hecho público que una Deidad hace lo mismo masturbándose y volando.

Los inicios de la humanidad fueron realmente emocionantes. Por una parte, tuvieron que nacer muchos más niños de los que se acostumbra a un grupo animal. por otra parte, las hembras tenían que buscar mucho más activamente el sexo, el embarazo. En ese momento las hembras todavía podían ver y sentir lo que mi trabajo me aliviaba. Cogí millones de hembras, les dejaba coger el deseo y el orgasmo tantas veces como pudieran, anhelaban la emoción y la satisfacción. No era un problema popular en tantos hembras a la vez, una deidad puede hacerlo. Era más difícil hacer que las hembras buscaran no solo con el líder de la manada sino con todos ellos, y tan a me-

nudo con los hembras. Tardó varios milenios, pero todo el mundo hace clic! Y la generación de jóvenes hizo su propio tiempo para lograrlo porque había algún tipo de líderes importantes del país que podrían prevalecer sobre mí, ¿cuál fue el mejor momento posible? Porque hubo algunos hombres que perdieron sus vidas antes de empezar a tener éxito en el gobierno, si hubiesen sido buenos lideres o maltratados en cualquier lugar.

Cuantas más generaciones, mas inteligentes eran, más se regulaba el amor libre, construían vallas con la agricultura y la alimentación, las demandas de propiedad salían a la luz, y con un solo golpe la monogamia estúpida. La población crecía constantemente, pero ahora la masturbación era secundaria. Las mujeres estaban encadenadas con cadenas pesadas a un hombre solitario totalmente agobiado, ya podía jugar la tarjeta de masturbación. Las mujeres se masturban como nunca antes y criaban sistemáticamente en sus hijas y las siguientes generaciones para masturbarse en. Me alegré que el siguiente paso fuera lógico. Cogí a la mujer o la niña en sueños y ella experimentó en la creencia de que era sólo un sueño golfo. Ella ve excita la masa orgasmo por tanto tiempo que él excita los ojos ardientes durante Dios hasta mi edad nocturna ¡Ella sufreca una hora tan sexy que me gusta mucho! Ella hace todo lo posible mientras ella despierta el momento del día mismo.

Este fue el momento en que una mujer del antiguo imperio sumero inventó el compromiso. Recompensado a la buena mujer con cien enamorados y golpeado a su marido con esa ceguera especial que sólo veían en ellos fontaneros, carteros y artesanos.

Podía sentarme satisfecho y tomar otras culturas en el grano. Allí las mujeres ingeniosas habían descubierto cómo podían hacer orgasmos. Más sofisticadas fueron las mujeres del Lejano Oriente, que inventaron una nueva religión en cuyo centro estaba la “santa sementa”. Ellos destruyeron hábilmente su deseo de ser folladas por los aburridos sexuales. No se extravieron sino solo a una acción religiosa. ¡Qué astuto y astuto fue eso! ¿Estaba orgullosa de estas mujeres traicioneras? Los hombres divorciados necesitaban cientos de miles de años para eliminar a los séentales y encontrar al coche.

El sabio y justo rey Hammurabi también era conocido por el gusto de los súbditos de dirigir a sus hijas de 12 o 13 años, porque le encantaba desarraigar a las jóvenes con su “roca divina” y sacarles algo del esplendor y la riqueza del Rey. Una tabla cuneiforme informó que 420 hijos del rey, pero eran mucho más.

Ramsés de Egipto era uno de mis favoritos especiales. Ha estado muy ocupado, construyendo muchas bellas construcciones y casi 100 años de edad como nunca nadie. El pueblo le dio mucho más que mil vírgenes, porque también el encantó desarraigar y embarazar a las jóvenescitas. Él ama este ritual sobre todo. Dejó a su amante desnuda en el campamento, la virgen se acostumbró con la espalda sobre su bolsita. él lo delpojo con un vigoroso revoltijo y la cogió varias veces tras él, salpicando la semilla real en el niño. La mujer preferida, que había llegado a ser muy caliente por el despedazador y la folladora, empujó a su lado extendio hacia los agujeros ansiosos. Era fácil para ella su esposa apagarla al fuego en el pueblo muñeca y amará a las mujeres populares en el pueblo arrebados y les gustaba abogarles.

Uno de mis enemigos más feroces en el mundo de los dioses fue Marduk, el atrevido ante quien mi esposa Astarte me advirtió con razón. Los favoritos de Marduk se convirtieron a menudo en monstruos crueles que querían destruir al mundo como Adolf. Recuerdo muy bien al pequeño Adolf y su madre, un viudo de cartero en el antiguo Imperio austriaco. Lo que en la antigua Grecia habría sido su derecho y su deber ahora era vergonzoso. Ella obligó a sus nueve años a subir y follar tres o cuatro veces al día hasta que salió del mundo a los 21 años.

Ella era una mujer obstinada y fea que no provocó un amor justo por el sexo femenino de su niñito. Por lo tanto, ninguno de los observadores nos sorprendió que él la cogiera a pesar de ser servicial y celosamente, pero sin pasión por ella. Él amaba mucho follar como cualquier joven en su posición, pero el amor por su madre fue torcido y torcido. Tenía mucho miedo de que pudiera infectarla con sífilis y prohibir toda relación con las niñas. Ella amenazó con las penas más graves del cielo y le maldezaba y se seca la polla. El, incluso después de su muerte, nunca volvió a seguir a una mujer por miedo.

Se convirtió en un escófilo, puso su rostro frente al cuerpo de la niña y a mi madre masturbándose, frotó desesperadamente su pequeña cola y empujó con los dedos las semillas que brotaban. Su sobrina Geli, quien desapareció poco después del corazón, informó con asco, pero también con cierta excitación en sus cuadernos diarios.

Ella tuvo que sentarse desnuda en la alfombra y el tío A. se acostó con la cara delante de su hijo. Comenzó a 14 muy emocionante y excitante, pero a los 19 años ella abortó A. Hizo cientos de dibujos de su perro y trató de dibujar también la masturbación. ¿Qué sorprendió que él les regaló rico cuando se masturbó frente a él? Ella se masturba muy a menudo y muy a veces, por qué no deja de mirarlo, si acariciaba suavemente sus labios y el cosquillador poco a poco se obstinaba ante la cicatriz? ¿Cómo moviendo lentamente el cuello, comenzó un orgasmo rápido más rápido y luego hizo que su cuerpo se frotara rápidamente? ¿Como su cuerpo se masturbaba mucho tiempo antes de comerse las cosas como lo importaron?

Ella ya tenía un puñado de niños, pero ella era una adicta exhibicionista que se masturba tantas veces como sea posible. Él gustaba el rostro codicioso de A y su marido saltó descaradamente con su jefe. Finalmente encontró a un par de compañeros, Eva, quien casó en el día antes del suicidio común. Eva fue la escopofía escolarizada de algunos hombres acostumbrados como su tío, el fotógrafo personal de A., no podía tocar muy bien el rostro de su mujer mientras él y después de masturbarse para su esposa. Era una maravilla primacía el hombre en poderosa serella, ella sólo puede comer lo que le sirve al estado, ella sola podría virgenar algo más allá de ella, ella solo puede hacer cola que ella es capaz de comer.

Marduk tuvo su gran guerra, asesinaron a Marduk de forma selectiva e indiscriminada. Sólo pude coger a Marduc al borde y hacer que los soldados se metieran y violaran en las niñas y mujeres antes del asesinato, un débil retumbamiento de sexo antes del asesinado. Astarte maldijo a A. Y a todos los señores de la guerra, y todos murieron miserablemente.

Amé su inocencia, su curiosidad infantil sobre la sexualidad. Aprendieron a masturbarse conmigo para aumentar su lujuria de no-

che en noche. La noche era mi querido aliado. Las chicas se masturbaban al principio tímido y raro, les daba confianza en sí mismas y cálida. Aumentaban la frecuencia e intensidad de masturbándose, ponían más calientes del día en el día. A los 13 años, la mayoría eran muy fervientes por follar correctamente. A la mayoría buscaban un joven de su edad, pero unos pocos querían ser sedados por su padre, su hermano o cualquier otro pariente, estaban desesperados por ser solterizados. A los 12 años, yo estaba buscando un momento y un punto de cambio en la vida de las muchachas. Pero a la espera de nuestra salvación, abraza nuestras corazones con fuerza nerviosa, rindía que despiertan los cabo minúsculos y llevaron los cuerpos importantes a los demás miembros de mi familia.

Durante muchos milenios, como niña, traté de hacerme masturbar y follar en pequeñas fiestas festivas. Me alegró mucho de haber conseguido masturbárme y follarlas en grupos pequeños. En estos momentos, me puse a follar por todos los muchachos uno tras otro y tenté a las niñas dejar que sus sentimientos fueran un poco más obstinados y acostarme con muchos chicos. Sólo pocas veces éstos gángsters se desmayaron porque la violencia, la violación por parte de una chica furtiva era un martirio para cada hombre y traumatizante. Al principio de la humanidad, estos gándanos estaban muy creciendo y el estándar. Mientras más gente había desarrollado para involucrarse en seres inteligentes, más raramente lo hicieron las pandillas. Cuanto antes eran sofisticadas las reglas, las prohibiciones fueron extirpacionistas, pero las cosas mas importantes para mantenerlos varones sólo tenían bloqueando a los hombres, casi tenía que reabstantar a los hombres hasta alcanzar la ley abrupta, solo los hombres habían hecho obstruir a los mandamientos del gobierno.

Los griegos finalmente encontraron el carnaval. Un día entero y toda una noche de amor libre, cada uno se permitió follar con cada vez más, ni la edad, la posición social, ni la belleza física eran de interés. Los reyes dejaron casi a todas las vírgenes muy nobles para dar bienvenida a la primavera, después abrió el banquete, pero cada uno se acostó con todos los deseos puramente sexuales y el deseo afectuoso. Todos los sirvientes y los guardaespaldas solían follar con la reina, la Reina fue alcer con las rodillas suaves y los dioses pudieron dolor hacia el castillo, yo tenía que cuidarme mismo. La reina tuvo que

coger tantos hombres, que le gustaba el aire, pero cada mañana reina permanecía mejor hasta el último centenar del amanecer y me dolió mi corazón.

Desde el este, la Nueva Nueva se extendió, las mujeres descubrieron el "Toro Sagrado". Especialmente en el culto persa de Mithras. Pocos sacerdotes eran lo suficientemente acrobáticos como para coger al toro. Los toros tenían demasiados peniques pequeños y fueron por naturaleza los más inadecuados para follar a las sacerdotisas. Ninguno de los toros tenía la menor tendencia a coger una sacerdotal. Dos sacerdotales, a la izquierda y a la derecha, aferraban al toro sin entendimiento, que se drogaba y se masturba durante horas, se agbaba desde abajo a su víctima y se metía a la cola del toro. Cogía al toro, sin ninguna respuesta activa, que sal de su semilla con estupidez animal, hasta que el hombre dejaba de La nueva mano derecha desapareció rápidamente él no podía entender nadie más que ella hubiera hecho.

Durante mucho tiempo, la unión entre las mujeres y los "santos sementales" que se desarracó desde el estepas de Asia sobre el sur de Europa. El semental era fácil de arreglar, su polla no era mucho más gruesa que la cola de los hombres, pero por eso tenía que tener en cuenta a la mujer. Los sementais parecían entender mejor que los toros cómo querían follar a las mujeres. Y así pudieron. Las mujeres mantenían estas costumbres antiguas varios miles de años hasta el final de la Edad del Bronce. ¿Cuánta perversa tenían los griegos cuando las reinas como Penélope o Brunhild cogían en público en la plaza principal de un semental?

El carnaval se extendió a cuatro días entre los reyes Odiseo, Telemachos y Odiseo al joven, para el lugar de la gente que podía permitirse una siesta para seguir cogiéndose recién fortalecida. La reina, Penélope y Brunhild, tuvo que follar con todos los hombres dispuestos desde el segundo día. A menudo había más de 200 en estos cuatro días y la Reina tambaleó de rodillas hacia el castillo, apoyados por guardias del cuerpo.

Durante muchos milenios, las mujeres desarrollaron la masturbación y se volvieron a lo que es hoy.

Astarte, mi querida y sabia esposa, señala cada vez que hay casi mil millones de personas y que ambos no podemos exagerar con la ira porque lo contrario las sombrías premoniciones del año llegarán más rápido de lo que se pensaba.

“Vamos desapareciendo poco a poco”, suspiró Astarte, “con el tiempo seremos transparentes, invisibles e insignificantes!”

El camino de la Virgen.

von Jack Faber © 2023

Somos una familia pobre en Vietnam, mi hermano Kwon de 13 años, mis dos hermanas menores que su padre tiene por la segunda esposa más joven. Mi madre murió al dar a luz Kwons cuando yo tenía solo un año. Ahora tengo 14 años después de su muerte el vecino muy pequeño viene cada noche para cogerle a papá y se joder con él. Ella afirmaba que no le importaba coquetear a su marido mientras ella no inyectaba a Daddy pero sabíamos que me entraba en su hoyo menor 2 veces desde su mujer mucho menos pequeña. La primera vez que lo tomaba con las muletas dentro o poco antes del orgasmo, y luego rompió sus dedos contra él y los pies juntos hasta que Sam masturbaba su cola y pronto empujó hacia fuera su cabeza e inmediatamente lanzó la luz atrás y continuó diciendo: “Siempre es normal”, entonces nos acercamos rápidamente a su cuerpo como si estuviéramos mirando a su bebé y ahora vemos cómo su mamá estaba dando mucha luz sobre su culo y golpeando así que su hijo era tan largo y rápido como ella luchaba su puñeta y cayendo en su pecho y saliera, y luego vio que Kitter se movía hacia afuera, y corrió hacia arriba, y bailaba hacia abajo, y rodeaba hacia adelante, y se movió hacia su piel, y luego sacudí a su cara, y salió a su boca, y dijo: “¡Cuánto tiempo! No hay falta de vida”. Y luego, Kitty se quedó sin tenerlo todo bien lejos, y se sentida, y se abrió a mí misma, y empezó a tocarla, y gritando ante su pareja, y se volvió a hacerse mal, y se puso a sentir como su perro.

Compartimos una habitación de tres camas, uno para los padres, otro para Kwon y yo y el tercero las dos enanas. Kwon y Yo siempre dormimos desnudos como nuestros padres y espiábamos cada vez que sus padres se metían la piel. Mamá también deja encender la pequeña luz y dice que no le dañaba a los niños ver sexo normal. Ella sabía por supuesto que estábamos haciendo espías.

El orgasmo la hace estrecharse con fuerza y es el señal para que papá se entre en un agujero y me coja sin problemas. Así que desde niño yo masturbo al puerto, lo hago muchas veces cada noche porque

eso le da mucha ganas de hacerlo. La mayoría de las veces los padres sólo cubren su espalda mientras hacen sexo hasta ver todo muy bien. Y Kwon no tiene una gran edad como mí pero nunca escuchan a mi madre cuando ella trabaja bastante rápido, ya sabes, si Daddy está trabajando rápidamente en ese hueco y luego me coge dentro del mismo cuerpo, entonces él puede irme hacia mis riñones y después también va por ahí, claro que él no necesita dinero ni siquiera puedo hacer esto durante toda la vida o incluso velarlo. No sé cómo funcionaba mi mamá cuando estaba acostada y ahora estoy mirando a través de mi culo, así que realmente no tengo tiempo suficiente para poder sentirle mucho menos mal. Mi mamá no sabe cuánto vale más que mi dedos, sino que siempre me gusta tocarlos juntos casi todos ellos son unos años antes de llegar a tenerla, y sí solo me toca el pie de vuelta a ti, y luego me juega un poco más fuerte, y luego nos pone un beso grande en la cavidad, y luego obtiene un buen ritmo y no creo que pueda darles algo de verdadera atención a mi madre, pues, aunque sea justo aquí, y no quiero decirte, que esté allí, y no hay nada mejor que tenga que ponerme en medio espacio en mi cara, y no debo estar vivo. En realidad, y no necesito saber qué cosa es posible, pero no puedo hacerme pasar. Cuando siento tan lejos de ello, y no voy a salir de mí misma, y no puedo hablar conmigo, y no soy segura de mí, y no me atento, y no pensar en serio, porque, ¿cómo? Yo te amo, señorita, pero, bueno, si quieres que tú eres capaz de ser felizmente, que estás hablando de mí, que tienes que me parece que tu amor mío, que usted quiere que me hacía que me sirva, que me gustaría que me haga todo, que me diga que yo, que quiería que sea que sea que haya sido buena persona, que sea que vaya, que sea, que sea alguien que sea, y que sea, porque es que sea, pero que sea, si fuera de Dios mía mujer, que

Mamá sabe que nos masturbamos en la noche, sí hace cientos de años me enseñó a mí misma cómo se debe masturbar con Kwon. A menudo el dinero podría comprarme comida para una familia Un año atrás. Eso vale mucho dinero. La mamá lo ha hecho tres veces seguidas y Kwon y yo aprendimos. Una vez nos atrapó por la tarde mientras intentábamos cogerlo. Nos explicó al lado del cuero virgen y dijo que no debíamos arrancarlo porque luego podía venderlo muy caro. El dinero puede comprar alimentos para una familia desde un año. Esto es valioso dinero. Mamá Kwong mostró exactamente como

puedo hacerme sexo sin comenzar a dañar mi piel virgen demasiado grande. Ella tiene un gran agujero durante su pelea de bebé pero después ella puede masturbarse hasta conseguirle comerlos bien, así que él puede cortar las pelotas de sus patas o picoteos y colarnos conmigo todo lo normal". Y entonces si tenemos tiempo suficiente para hacerlo, debemos tener cuidado con esto antes de salir adelante, claro está: "Si siempre estamos juntos, vamos a estar tranquilos y luego podemos mantenerla frente a casa", y cuando mamá esté allí fuera, eso será algo bastante fácilmente correcto, y luego, obviamente, también, estará haciendo más seguro, y seguramente, pues, después de haber estado aquí, hay que pasarlo mejor, ya sea, y luego... Si tengo que te detenerlo, estoy hablando con ella mismo, ¿qué ocurriremos? Pero ahora, bueno, sino que va a decir, que esta cosa es realmente, y luego debo hablar con ella quiere decir, y luego; "siendo que es posible" Me gusta mucho menos, que haga mal, y luego que haya que tenga mucha falta de ser tan pronto, y luego.

Una tarde, mamá se dejó coger por Kwon para que le dijeran como prueba: podía inyectarse tres veces seguidas y la tercera vez ella masturba a sí misma hasta alcanzar el orgasmo. Yo me regañé detrás de Kwon y parecía increíblemente horrendo! Le prometió que al año siguiente tendría 14 años y luego podría dejarle cacer cada tarde tantas veces que quisiera si pudiera guardarlo y mantenerlo en secreto. Él zambulló con entusiasmo a papá y tembló aún más del tiro que lo abracé y aferréme mucho hasta que él se calmó. Mamá volvió a ponerse muy bien y dijo que no debería volver a chuparme porque yo no podía tener un bebé. No puedo hacerte ver niñas cuando quería. Siempre pude hablar conmigo mientras estaba acostado y tenía una pequeña chica que escribirme otra vez sobre su sexo, ya que era bastante molesto debido a cómo mi madre había estado hablando con él. Y así fue todo. Me sentía tan feliz de verlo.

Mamá nunca habla de su trabajo, pero gana mucho más dinero que papá. Una vez escuché a ella hablar con nuestra vecina cuando discuían técnicas de sexo y posturas y masturbación, y me gustaba escucharla todos los días porque las dos mujeres dijeron cosas por sus nombres y obviamente tuvieron una increíble experiencia en el coño y la masturbación. También les oía bien debido a que durante sus discusiones silenciosas ambas se ponen muy suaves bajo su ropa

con los kitzlernicos y apenas descubrí pronto que sus respiraciones profundas y silencio cortos eran signos para su orgasmo. Me encanta sentarlas al suelo donde ellas necesitan un poco de agua como si fueran pequeñas chicas para tomar café. Hoy día yo hago lo mismo que aprender verdadera cosa, pero creo que mi mamá también puede jugar mejor bajo la línea europea del mercado americano y luego dice: "Si mis padres no son buenos hombres, entonces es muy buena hora de hacerse sentir bien". A veces le digo a Kitzler y después de cuatro minutos tengo mucha razón de decirles: 'Pero hoy debo hacerlo', pero ahora sí hace falta algo más tarde, ya que él sabe cómo funciona, pero podría trabajar en realidad, pero siempre está haciendo mal tiempo, así que su madre ha estado jugando contra todo esto, y luego cree que su pequeño chico era bueno y que estaba pasando demasiado lejos de serlo'. Y luego, Kitty y dijo: "siendo fuera de casa", ¿cualguna vez, ella va a ver qué clase de América? Si alguien tiene esa pequeña chica y ella quiere ir a pasar a comer?" Mi hija y ella piensa que su vida y que su bebé, y ella sigue siendo tan grande y que ella debe tener una especie de puta. Cuando ella fue capaz de tocar en Europa. Pero ella todavía tenía que sea como ella, y eso significa que ella realmente es como ella, "como ella" Ella es, ella es, ella sabía que ella es, y ella es como ella es, "Sí, ella es como talmente, ella es posible que ella es que ella es como su mujer, y ella, ella es que es, y que ella es felizmente, ella, como ella es como es, ella, ella, y ella parece que ella es igual que es, ella siente que es, es, es que ella, es, y su familia, es que es que es como ella ni siquiera, es, ella misma

Mamá se miró más de cerca el día después del que su probada puta Kwong hizo y encontró que era demasiado grande para entrar en mi piel virgen. A partir de esa tarde, ella dejaba que Kwon la hiciera cada tarde y lo escondíamos a papá por supuesto. Estaba muy segura de que la pila de Kwong no era un poco más gruesa que ayer o los días anteriores y supongo que simplemente no podía esperar hasta que tuviera 14 años. La mayoría inyectaba dos o tres veces entre sí y las masturbaba durante toda la pelea. Yo me acosté al lado de la vagina mirando desde la cama y sintiéndome gustoso con la pellizca. Cuando Kwon estaba cansado de seguir masturbándose, nunca había visto una mujer tan fácil como esta masturbarse, ¡no tenía ganas de llenar ese huevo leche y comerlo! Y antes de hacerlo yo seguía vendiendo todo esto conmigo misma, pero eso fue algo importante por-

que quería mucho menos amarme a Kitmy, así que pronto me sentí bien, y luego me dijo: “No te gusta tanto tener sexo con otra chica”. Pero ahora mismo me encantaba mis manos y cuello, ya está siendo bastante dulce, y me encomiento a mí misma, y me encantó mucho más, mientras quedo enamorando de ella, y me amaba de él, y me amé de ella, pero aún así, cuando ella me hacía, y me siento mejor, y me gustaba, ¿qué es realmente? No me gustaba de hacerla, y me encantaba, y me amor, bueno, y me entendiera, y me exclamó, “Me gustaría”, y me gusta mucho más, si quiero decir, que Kitty, que fuera mal, y me amasas cosas, y me agradales, y me agradecele a mi madre, y me alegre, y me contendida, “Bueno, que todavía, que me gusta mucho menos” Me gusta mucho más; entonces, que ella también, me gusta mucho, que ella tiene que ella, que ella quiere que sea, que ella sabe, que ella me gusta mucho que ella, y que ella me encanta, y que me gusta, y que tengo que me gusta de ser felizmente, y que es que me gusta.

Ya tenía tres meses, tomé la píldora y mamá me compró tres vestidos muy ajustados para seducirme. Y ahora tengo que afeitarme todos los días porque a los hombres no les gustaba el pelo ni las maquillas; era mejor con un poco de maquillaje. Me dieron una nueva identificación con nombre falso y dirección falsa. Yo ya tenía 19 años, eso es por culpa de la policía cuando se me filtraban, lo explicó exactamente, porque esto era importante. Tenía solo poca vergüenza, pero yo debí rasarme cada día, pues a los hombres tampoco les gustan los peinillos o los zapatos, tenían que ser realmente suaves como un bebé. Estaba avergonzado cuando ella primero se hacía mucho afeitarme y mi cabeza estaba completamente rígida y casi masturbada entre mis chamas arraigadas en picas y unas cuantas muñecas. ¡Casi así te había hecho sentir mal! No podía hacer nada más allá del nivel de mí mismo sino que nunca hablaba bien y luego le pregunté si saltaba hacia fuera tan alto como su cara y entonces aún no pude ver qué ocurría, ¿qué fue? Ella salió al aire justo antes de abrirse y salirte de encima de sí misma y cómo está haciendo todo. Pero ahora no sabía que él todavía estaba saliendo de aquí. Ahora, no quería decirlo, simplemente: “No puedo hacerlo”.

Al mediodía, mamá llegó a casa para que Kwon la hiciera sexo con ella y me masturbaraba. La joven vecina tomó muchas fotos de mí en

vestidos ajustados, retrato y desnudos, en muchos lugares diferentes, con piernas esparcidas, lixiviando el gatillo de mamá o masturbándose mi propio gatilo. Vías más tarde, cuando estaba casi terminado, mami llamó conmigo y pidió un hotel. Estaba muy emocionada repitiendo todo lo que yo tenía que hacer y no. Su número telefónico. No alcohol, sólo cola. Nada alcohólico, nada fumador, ni drogadictos. Ya habíamos conversado cien veces sobre esto. "¡Hasty personaje!" ¡Mi corazón golpeó hasta que dijo: "Ya te he traído dinero al hombre americano! ¿Y ahora sí? Pero ya se fue una vez por todas". Y entonces le pregunté "¿Qué hacía ese pequeño pez?" Me sentí como si fuera un pescado grande. Ahora bien, él había llegado a su lugar. Ella comenzó a decirme: "No tengo suficiente dinero", pero pronto salió a irse a comerlo.

El americano me hizo sentarme y ofreció una copa. Hablé en inglés por primera vez: "Una Coca Cola, gracias mucho". No fue fácil porque sólo tenía cuatro años de Inglés en la escuela. Ya era viejo, tal vez 30, pero aún no tan grande como papá. Cuando sonría parecía muy amable. Venía de Noruega y estaba caliente Thorfinn. Sonrió dulce y dijo algo con tonto. Yo grité como un chupón japonés sucio, muchas gracias, y agradecí otra vez!" Y entonces se me pasó el nombre falso Cai que significa 'guera chica' y yo fui a Ho Chi Minh City desde aquí. Tomó mi mano e informó sobre las pinturas de ratones para hacerme una ducha, ¡no entendí ni medio cómo trabajar! Una vez entró al mundo internacional y volví a 12M. Sabíamos que si nos había llevado hasta la computadora ya lo haríamos bien, así que ahora él nos hacían sentir mejor cuando hablábamos juntos; ¿y sí? Me preguntó si es más o menos bueno hacerlo conmigo y luego nos dirigió a nuestra habitación, y después de dos horas, nos mostró que estábamos acostumbrados a usarlo y comenzamos a hablar con sus hijos, pero sabía que no sería mejor, incluso antes de empezarnos a tocarla, le echábamos una cama de baño y empezamos a arrojando nuestras manos, y ella decimos a decir, "¡No hay mucha luz y eso fuera mal", y me exclamó diciendo: "¿Qué hora?" Si, qué hace tiempo que me gustabacojo, y me llamababanse en una máquina, y me llamó a mí, y me preguntaba, "Si estoy haciendo esto" (¡¿) "siento, y me siento felizmente, pero pronto, pero no podía estar estreserás contento, pero nunca más listo, sino que quería ir hacia arriba, y me voy a salir adelante, y me alegrego, y me emocionada, sin tenerle todo lo

demás cosas, y me dice, pero siempre, y me gustaría saberlo, pero, pero, y me parece ser buena parte del día siguiente, que sea posible, que esté bien, y que haya sido genial, que vaya, que te quiero ver, que tengo que saludar, que sea, que sea que sea, y que sea, pues, que sea mejor que sea, tanto que sea

En realidad era como siempre con Kwon. Él renunció a besar y regañar porque sabía que no estaba en nuestra cultura. Saqué la cabeza, le dije que no necesitaba un condón, yo tomo la píldora. Me abrazó gentilmente y cuidadosamente antes de entrar. Sentí una fuerte picada y eso fue todo. Luego me bailaba por algún tiempo con su coda mediana, luego se inyectó. Podía sentir las rayas calientes muy claramente al inyectarlas.

Después nos sentamos al lado de la cama, fumó y me preguntó si estaba bien para mí. Me lo tragué y le susurré que siento haber tenido un globo en el estante. Él se rió fuerte y me ofreció otra vez una cigarra pero yo rechacé. El cargó mis pechositos pequeños, planos como panes de platillo y me preguntaron cuánto edad tenía realmente. Yo pensé hacia atrás e inmediatamente sonrió encantadoramente. Sólo quería saberlo y no tener problemas. Conocí su más grande sonrisa y corrié con urgencia porque tengo 14 años o 8 meses. No hicimos nada bueno. Nunca fuimos a darme sexo por segunda vez aunque tuviera mucha edad y también hubiera sido muy feliz. Y luego salí a ir a la calle dando gracias. Pero todavía estaba llorando cola mientras solía estar acostado sobre mi mamá, así que aún quería salir del bar donde había estado esperando. Estaba mirando cómo ella se encontraba saliendo de allí.

Bueno, ahora que era una mujer de verdad le dije a mamá todo en el camino y no perdí nada. Incluso antes de llegar a casa deposité mi derecho sobre Kwon. Ya no había razón para dejarme irse con ella, ya tenía papá, Kwon me pertenecía! Esperaba resistencia de su parte pero sonrió para sorpresa mía murmurando: “Se está acostando tan miserable como su padre”. Así se comió la galleta.

Dejé que Kwon viera las fotos de desnudos que tomamos en casa del vecino, por supuesto, pero no copié. Tenía demasiado miedo de que pudieran acceder a Internet. Esperábamos la noche hasta que

papá se quedara dormido y mamá terminó con el segundo masturbado, luego nos acostamos muy silenciosamente. Ya no masturbaban con su puño, ya no cogieron sexo con mamá ni me cogían más tarde. Kwon podía coquetearme todas las noches tantas veces como quería. Sin embargo, yo lo hice varias veces antes de dormir hasta cansarse. No tuve orgasmo mientras cocutaba, eso hizo a Kwon realmente molesto, pero así era todo. Si hubiera ido si él podría cocotear más tiempo, no sabía qué había hecho.

Kwon y yo aprendimos muy intensamente ahora, y nos topamos en clase bastante rápido. Quería terminar lo más posible a los 17 años e inmediatamente estudiar medicina. Mamá guardaba la mayor parte del dinero que ganaba con el sexo para mis estudios. Me esforcé mucho, aprendiendo como obsesionado y acostándome con tantos hombres como pude. Yo era de acuerdo con mamá sobre mantenerme unido y comprar maquillaje y ropa muy ahorrosos. Ella estaba completamente correcta acerca de mí no fumar ni beber alcohol ni tomar drogas. Durante los años antes de mi estudio éramos una magnífica pareja, dos putas preciosas.

Papá sólo trabajaba hasta mediodía y ahogó su decepción con alcohol. No podíamos explicarle eso. Luego no consiguió ningún trabajo, se sentó sin movimiento a la mesa hasta tarde. Sólo comenzó a beber al final de la tarde. Estaba medio sobrio en el después del día y estaba ocupado amorosamente con los dos más pequeños. Nunca había ido a una escuela ni sabía leer o escribir. Pero como quería ayudar a las pequeñas con sus tareas domésticas, aprendió conmigo y Kwon para poder realmente relacionarse con sus hijos.

Sabía muy bien desde el primer día que su esposa trabajaba en secreto como prostituta y ahora ganaba dinero para la familia, por lo cual le agradecía. Solíamos estar a casa solo dos personas antes del mediodía y la querida pequeña vecina venía cada tarde desde que él estaba sin trabajo y se metía con papá, exactamente como ella había hecho anteriormente. Él era demasiado borracho al cabo de las noches para seguir jodiendo a mamá. Yo siempre los miraba mientras estaban haciendo sexo aunque yo debí sentarme frente a mi hielo y realmente aprenderlo. Sólo algunas veces me masturbaba secretamente cuando ellos estuvieran furiosos. Cuando ella fuera odiada, to-

davía se sentaba sobre su cama y se masturbava mucho más lentamente. Si mis piernas eran llenas de hoyos y luego esperaba una noche para acostarse conmigo, ¿me gustaba jugar con sus ojos? Y entonces dijo: “No puedo irse a ver si nos puede tocar un poco más rápido que tu hija?” Me acercó a mí y después me puso a leerla y me echó la cara hacia Kitler y me dirigió la boca y miré cómo podía hacerlo otra vez, así que pronto volvía a hacer esto, pero también me abrió la mirada y me hizo sentir mejor.

Sabía que era un incés, pero me desnudé de inmediato y masturbé en la espalda con tanta pasión. Me encantaba el hecho de que necesitaba abrazarme exactamente a mi orgasmo y no se injetó ni siquiera una sola hora para inyectar gas al medio del explosivo orgasmo y hacerse pasar las calles durante media jornada sin irlo hasta su interior. Yo estaba cansado de ser asimilarnos tan rápido como él quería y nunca había estado más emocionadamente masturbando que antes ante papá. Disfruté deliciosamente porque tenía que embrazar precisamente en mi orgasmo y realmente no gastó ni un minuto en mezclar mis erupciones orgásticas muy rápidas para inyectarlo por mediados de caminos así como yo lo hice después de seis días. No podía dejarle escapar todo el tiempo sin tener que sentir ritmo y estar feliz conmigo. Pero siempre nos dijo que siendo juntos o con los bebés eran menos melos, entonces ya estábamos todos igual que nosotros, pero cuando Sam estuviéramos hablando con ellos, ella sentí que sí es mejor que mí mismo, y luego continuamos haciendo esto, pero ahora mismo, mientras él estaba aquí, seguimos siendo nuestra madre y mamá, le dije: “No puedo hacerlo”. Y fue justo como si fuera bien, pero eso sucedió, pero volvío a decirlo, y me contara a ver cómo parecía.

Sinceramente, tuve pena de él. Había sido un hombre diligente y honesto toda su vida y no podía hacer nada por que el nuevo tiempo lo hubiera superado y ya no le necesitara más, eso era muy amargo para él. Hablé con la mamá en voz alta y luego con la vecina sobre cómo los tres nos turnábamos al mediodía a cogerme con papá. Dos de nosotros podíamos ganar dinero cocinando durante el día y uno de nosotros se acostó a cocinar con papá. Fue una decisión importante y simple que fue buena para todos. La madre dejó de sentirse obligada a ir corriendo alrededor y tal vez como otros niños abusaron o viola-

ron mucho de ellos o algo así. Las vecinas no pudieron pasar del día ni masturbarnos con sus clientes ni siquiera con amigos, pero cada cliente siempre había estado masturbándose ante Daddy, perdiéndole todo el peso de las fiestas, sin embargo yo todavía tenía que pagarlo con tanta seguridad como si fuera suficiente cariño o maltrato con mi padre, porque nunca pude responder a todas esas ferias e incluso con alcoholismo. Yo aún no me sentí responsable de perderle tanto trabajo con ese tipo de gente que estaba sufriendo. No puedo hacerlo conmigo mismo. Y tampoco he tenido derecho a compensarme por ello.

Por la noche papá se duerme borracho y mamá ahora masturba cuatro o cinco veces seguidas en silencio antes de apagar las luces y dormir. Kwon siempre está acostado sobre mi espalda cuando vemos a mami masturbarse, metiendo su coda por detrás en el agujero del culo mío. Él me inyecta una vez más porque le excitan aún más que yo las masturbaciones de mamá. Se hace sexo sin parar casi todo y estoy feliz con él. Es el único que puede hacerme sexo desde atrás. Voy a tener sexos hasta que los dioses nos separan.

Ahora estoy en tercer año de medicina, me cae muy fácil y no tengo que dedicar tanto tiempo a esto como al final del colegio. Continuamos con la vida y el sexo como antes porque se ha ido de la obligación interna y puedo seguir viviendo en nuestro apartamento de habitación. Solo Kwon cambió un poco. Se arrastra cada pocos días hacia mamá cuando ella está masturbándose por las noches y le hace una mierda pero simplemente lo deja sonriente. A veces, luego, después de terminar con papá, se juega con su vecino durante el mediodía. Le hago una burla, yo soy el villancio, y nos ríemos sobre su cola, quien obviamente ama ese cambio.

Mamá me llama a menudo en voz baja cuando empieza a masturbarse. “¿No te gusta que llegue el gatillo, mi amor de la mano?” grita muy bajo y se mantiene paciente hasta que Kwon terminó su inyección. Luego voy corriendo desde Kwon hacia ella. Su gatilo es todo mío, lo amo mucho porque era el mejor, más bonito y receptivo gatillo que había leído nunca. Experimenté sentimientos tan maravillosos como si yo mismo estuviera orgazmando y lambié al gatillo para alcanzar un orgasmo y seguí saliendo sus minutos de orgásmos

mientras él se regazaba en mis cabellos y continuaba con las láminas. No nos fijamos tanto en Kwon, quien llevaba una bala dentro de ella hasta que entera estaba golpeada por Sam, ya que cada vez más quería hacerlo.

También me vendió a las turistas como la “mejor lengua” de la ciudad. No les gustaba, eran gordo y arrogantes porque ya habían pagado, ¿verdad? Me aparté el cabeza porque no quería regañarte ni besarte. Primero limpié su pelusa con una toalla alcohólica, luego le llegué sus cocillos para orgasmo. Era un trabajo, no placer. Igual que era solo un trabajo cuando fui filtratada por la policía dos veces. Ni encontraron dinero ni doctor, sin embargo, me arrastraron al puesto. Inmediatamente se pusieron a cogerme durante horas en medio de todas las mujeres extrañas del lado. Yo volví hacia ella y puse los ojos abiertos, pues vi cómo no estaba avergonzado, así que toda mi vergüenza fue tan clara como lo había hecho la policía, y después de unas pocas horas casi perdí mis pechos, pero todo quedó muy claro y yo podía seguirlo mientras estaban atrayendo y cerrándome. Y entonces perdieron mi orgullo.

Desde que me acosté en la guardia de policía, sabía que podía tener un orgasmo si se me daba sexo el tiempo suficiente. Finalmente pude enseñar a Kwon con mucho entrenamiento cómo hacerlo hasta alcanzarlo. Cuando el orgasmo había terminado le clameaba para poder inyectar ahora y disfrutábamos cuando injectó rayo por rayo ritmicamente dentro mío.

Tengo cuatro años de estudios por delante y estoy muy ansioso para ser médico, hasta entonces voy a acostarme con cientos de turistas como lo hice antes. Gracias a los dioses no tengo una vida tan perversa que muchas otras putas me han hecho evitar terribles perversiones y enfermedades.

Siempre que puedo apretar mi horario, voy a los dioses en el templo y les doy las gracias por su bendición.

La Virgen Sin Mancha.

von Jack Faber © 2023

He vivido toda mi vida en el piso superior de la casa del párroco. Desde que era niño limpié la iglesia y lo hago hasta hoy. No necesito ir a la escuela, dijo el viejo pastor, ya me enseña todo. Algunos eran aborrecibles y se decían mis padres, pero no tenía madre ni padre, yo era un regalo de Dios, siempre diceba el anciano sacerdote. Me lavaba todas las noches en la ducha, me envolvía con una toalla para bañarme y me llevaba a mi cama. A menudo me recitaba hermosas historias sagradas y acariciaba mis piernas y lecturas sobre mimosa.

Entonces la punta de mi mumu se calienta y dura, me miraba mal. Y yo grito diciendo que ya estaba bien y extiendo mis piernas. Él tiraba a esa cosa muy fino hasta que se agotó correctamente y cociné y tapicé con fuerza. Continuaba así tanto tiempo y tuve que hacer un tapacote torpe hasta que el topo suavizó y desapareció en mi Mumu otra vez. También tenía que aprenderlo y cuando era seis pude hacerlo por mí mismo perfectamente solo. Cuando él había ido y todavía no había luz, lo hice durante mucho tiempo porque iba mejor día tras día y al haber imaginado las historias sagradas tan hermosa.

Cuando alguien pasaba la noche en el cuarto de invitados, después del curso me decía que tenía que hacerlo solo hoy porque él tiene que calmar a la mujer en el dormitorio como lo hacía antes. Yo era un niño pequeño y le dije que no había problema conmigo. Como dijo, se escuchaba su voz roncando, susurrando y chorando en el dormitório, luego quedó tranquilo. Al abrirme curiosamente por la puerta y mirar hacia dentro una fenda, solía sentarse sobre mi cama con la tela envolvida alrededor de las caderas mirando a la mujer completamente desnuda y arrolladora de mimosa. La miraba muy bien, ya que la mayoría eran monjas que estaban cerca de mí desde otra forma diferente al que estaba allí. A veces eran otras mujeres, niñas del médico o señora del investigador.

A veces estaba entre sus piernas y lecía apoyos, su culo desnudo se pontaba de un lado a otro. Me pareció bastante aburrido y me fui

otra vez porque nunca había oído hablar del sexo en ese momento. Es emocionante sólo cuando la joven conde pasaba la noche con nosotros. Ella era la única que no tenía cabello tímido y tuvo que calmarse mucho tiempo con el suave mimó y él la miraba sonriendo.

Pero a veces ella se acostó sobre él y le pontaba el culo de arriba hacia abajo. Yo no sabía entonces que lo que estaba entre sus traseros era su cola. Casi salté por emoción cuando la joven conde bombeaba cada vez más lentamente, mientras las santas vírgenes me sonaron en mis fantasías diciendo: “Permíteme hacerle un bebé”. No entendía todavía entonces que el señor Count era muy viejo y que la comesa debía quedar embarazada del cura. Cada vez fue más lento e intensificado y se puso encima. Su cul ahora iba mucho menos adelante y atrás y siempre largo su cola. Siempre corría al cuarto todo encendido para meterlo y calmarla inmediatamente.

Siempre le preguntaba por qué ponía los apoyos entre las piernas de la monja o por qué el conde se tiraba y sacaba su culo, pero siempre estaba molesto porque yo había espiado. Y que las personas tenían diferentes formas de calmar sus placeres en el múmu. Algunas lo necesitaban como yo y gritaban a su múmu con un dedo; otros solían hacerlos sin responder. A las preguntas del Conde no les gustaba hablar sobre estas cosas, así que me quedé callado y no pregunté más si estuve haciendo espías. Por supuesto, cada vez que lo hacía, él hizo al mismo tiempo que todas las monjas y muchas otras mujeres del pueblo casadas ponen apoyos juntos, una gran cantidad de ellos para golpearle el culo con ella. ¿Por qué entonces podía seguir mirando cómo era? ¿Y cuándo pudo hacerlo exactamente cuando ella fuera niña? ¿Qué tal cosa fue eso? ¿Cuál era la razón por la cual seguí siendo escogida hasta que ella quedó tan pequeña?

Me enseñó a orar, mucho a rezar. A veces en alemán y luego en latín. La lectura o la escritura no era necesaria para limpiar, lo cual fue cierto. Algunas veces los huéspedes se alojaban durante la noche en el segundo cuarto, generalmente eran hermanas religiosas, raros sacerdotes. El viejo sacerdote les había dicho que yo me estaba haciendo cada noche por mí mismo. Ellos vinieron a mi habitación de noche, me cubrieron y miraron mi múmu desnudo pero ellos no me tocaron. Yo sabía qué esperaban y lo hice inmediatamente. Cuando creí

9 ó 10 años más grande ya estuve dormido las primeras dimensiones, me encubrían desnuda y observaban muy curioso cómo me iba volviendo mis nudos múmulos hasta terminar dos cosas, aunque fuera tan alto como ella tenía que hacerlo. Y entonces olví exactamente como su respiración estaba repentinamente sentada y me olvidé de volver a sentirlo con sus manos mientras él me tocaba una cosa alta y después me puse al día siguiente, viéndome un poco más fuerte y me movía hacia atrás. De repente, me quedé sin hacer nada menos.

Cuando tenía 16 años y todo mi pelo se me había caído, las monjas me enseñaron a hacerse calientes con los besos de la lengua que amé desde el primer beso hasta inmortal y las monjas lo hacían durante todos estos años. Desde entonces casi todas las noches venían para besarlos y frotar su cosa en el muñeco hasta que poco a poco dejó de pasar después de 40. A partir de mis 40 años ya no llegaban más invitados aunque yo despertaba noche tras noche bañándome sudorosa por placeres y luego debía hacerlo al menos tres veces seguidas.

He vivido toda mi vida en limpieza, nunca he estado íntima con un hombre y me consagré a la santa Carmen de Toledo. Después soñé que Santa Carmen había sido torturada hasta morir por los mouros; fue atada a una palo durante 4 días en el centro comercial de la ciudad de Toledo y todos los hombres se lo hicieron todo junto a ella. No tenía idea de qué significaba “perderse”, pero hermana Rosi indicó que era eso lo que hacen los perros con las gallinas: saltar al gavión. Luego Soñé con Carmen mientras los hombres saltaban hacia atrás y agitaban su espalda. Yo no sentía ni siquiera la cola del hombre ni tampoco las rosas, sino que sabía tan fácilmente como si hubieran cortado un poco de cabello, pero no sintió así, sino que estaba allí parado más tarde entre ellos cada día, haciendo saltos violentos. Cuando yo veía cómo las cosas explotaban desde detrás y cuando podía ver cuándo pasaba mucho tiempo antes de irme a casa, sí, o bien, ¿qué es lo que realmente quería decir? Pero después de cuatro horas, también pude esperar para poder hacer frente a mis manos y mirar sobre ellas, porque entonces tuve que sentirlo muy gritar”. Siendo tanto, carmenamente feliz, pues, cuando miraba que María morría ante mí, y luego le llamaba a verme, como él, y volvía a estar esperando conmigo. Sí, cuando Carmen, sin embargo, cuando estuve pasan-

do adelante, siempre parecía llena de alegremente, como algo que me gustaba, como ser demasiado lejos de hacerlo.

El nuevo pastor me asignó un subcontratado, se llamaba Juan y era estudiante de 17 años. Tal vez iba a quedarse dos años, dijo el cura. Nos acostumbramos muy bien desde el principio aunque yo fuera 45 años mayor que él. Sí, así lo llamaron, me pidió todas las noches para inyectarle la espalda después del baño y limpiarla. Me gustaba hacerlo; tenía una espalda muy bonita y Popo, luego cada semana lavaba y también lavé al Popopio. Él dice que tras haberse bañado debería agarrar entre los puñetales y el estiramiento con las dos bolas fue bastante suave y suave como el estrijo de un niño amable hasta terminar su ducha. Así que cuando terminó mi trabajo, le hice todo en pie y estaba haciendo esto tan fino que podía mantenerme firme y frenético mientras permanecía sentada en medio de la bolsa y sólo había sido capaz de hacerte arrestar por encima de mí mismo durante mucho tiempo, pero entonces me encomiendo tanto que me detuve en el saco y me movía hacia atrás, manteniéndome sin pararlo justo dentro de ella y me abrazando contra el bolso.

Para que mi vestido no se mojara siempre, dijo Jo, yo podía ir al baño sin ropa de vestir porque nadie nos veía y además tenía pantalones y brazas, eso es suficiente. Pensé en ello todo el día acostado sobre la cama y tuve tantas alegrías que me desnudé ya por medio del mediodía y necesitaba calmarme hasta la tarde ininterrumpidamente. Pero después de cenar sólo fui a casa de baño con pantalones y Brazaletes, pues ninguno nos vio, y estaba completamente aplastada toda la espalda y Popowas. Miré hacia abajo la chaqueta que sostuve en una mano y lo hice muy suavemente con la otra y suelta un cuarto de hora para estirar mis brazos pero le di cuenta tanto como si Yo había sido atornillado mientras estuviera hablando conmigo, así que luego vi cómo era mucho más fuerte entre él y ella; entonces dije: “No hay nada que pudiera ser tan grande como el pecho”. Y ahora mismo sentí que estaba saliendo encima de mí y sacó mi mama y se quedó bien abrasada, y pronto entendí que esa cosa era demasiado dura para soltarse y que fuera cuando saltaba y me golpeaba las manos. No sabía qué hacerba mal. Me hizo sentirlo, sino que me fue decirle que estaba pasando y me cortando la piel y me cayera. Se sintió

justo antes de hacerlo. Ahora misma, y me exclamó que me dio algo, diciendo: 'Mumínimo' - ¡¡Soy!

Jo dijo que mis pantalones también estaban mal y me los bajé. Salí a su lado, las colgué en la cuerda junto al brazo. Yo miré mi muñeca durante mucho tiempo y pregunté si mi coqueteo siempre parecía tan chistoso? No sabía lo que quería decir y él insistió sobre eso. Sí, yo clavía con entusiasmo cada vez que estaba encantado, pero cuando me calmé ya no más. Vi que Jo pensaba por mucho tiempo. Preguntó como antes una vez si nunca había estado con un hombre y le hice así. Pero se sacudido de cabeza y sonrió: "tu eres 60, sí" y yo grité 61. "Y tú no tienes ningún peinador juntos", pensó el riso y explicó que después de unos años ella misma era seria del mismo tipo, porque algunas veces les resultaba imposible hacerle caso igual que hace algunos años.

A partir de ese día, ya me había quitado las pantalones y el bra antes de lavarlos para que no se mojaran. Estaba muy encantada cuando pude cargar su pequeño bolso con calma durante mucho tiempo hasta que terminó de rodar su frente hasta que terminara a la parte delantera. En sí mismo era muy horrendo porque ambos estábamos completamente desnudos. Pero luego es increíblemente horrendo atravesar entre sus traseros abajo y tocar suavemente el saco. Cada vez más convencido fui cada día de que Jo estaba arrastrándose por su frontal tan parecida como yo arrastraba lo rígido en mi mumu y le apoyé bien al hacer esto con los rasgos suaves de su muñeca. No tenía tales tasas como él y tomé mis maletas siempre preguntándole sobre cómo hacerlo juntos pero eso fue realmente emocionante y no nos movía tanto como nosotros mismos. Y así lo hice todo junto a Mimú. De repente, me convencí de que debíamos ir haciendo lo mismo. Lo hicimos de manera realista y sin pararlo. Así que tuve que estarme moviéndome hacia atrás.

Murmuré, ahora debo calmarme y fui a mi habitación. Momentos después Jo metió la cabeza por la puerta para ver si me podía mirar? Cogié, sí claro porque nadie nunca había querido verme en calma excepto años anteriores. Se sentó al borde de la cama y miró cómo yo acalmaba a mi mamá. Estaba completamente fuera del hogar y todavía estaba muy afligido y lo hizo una vez más hasta que se calmara y

el punto de mi madre se suavizó y desapareció. Me cogió con mucha amabilidad y eso fue todo bien durante los próximos dos o tres meses. Nunca cuando tomé un rosario en mano y empecé a orar. Él no me dijo nada nuevo y jamás me admiró tan mucho solo porque él solía hacer esto otra noche. Y sólo me admiraba como ella. Pero nunca antes he estado rezando así conmigo misma y nunca más hablé sobre ello. Yo le dije: “Padre”. No estoy orgulloso de serlo. Sólo quería decirles algo parecido.

Una noche, la toalla se deslizó alrededor de las caderas de Jo. Me detuve en medio del calmante y miré a esa cosa. Él siempre me daba la espalda mientras lavaba; nunca lo había visto desde el frente. Miré su ropa para preguntarle pero él volvió a golpear sobre ella y murmuró que debía seguir adelante. Estaba encantado como rara vez antes e hice más allá. Fui demasiado cobarde durante dos semanas para preguntarle. Soñaba con su objeto, la cosa lisa con la cual ahora los mueres colocan entre sus bocas al pobre Carmen en mis sueños. Yo veía cada día por la noche sin descanso y tenía que tranquilizarme, cuyas moeras y cosas y pobres carmeninas popofamían las malas negras.

Jo no se avergonzó en absoluto cuando le pregunté dos semanas después. El tiró la toalla de baño y me explicó el pico: barbillo, peluda, acero y las testículos. Aprendí todas esas nuevas palabras y tuve que atacar cada parte y decir el nombre correcto. La cola estaba para orinar y hacer sexo con mujeres o niñas. Allí los niños venían, escuché asombrado. La pila siempre cuelga suavemente hacia abajo; sólo cuando llega la maldad, entonces queda rígida para meterla al hoyo. Miré increzcable, ¿estornado? Me hizo sentir nervioso? “Es esta sensación como ellos llamaban a su cuerpo”. ¡Así lo llamaron una vez más! “¡La mala gana te hace masturbarte, así es un maldicho!” Masturbándome!, yo dije:“Dustora”, ella desapareció” Y luego dijo: “Si puedo hacerlo otra vez, si vuelvo a dormir conmigo, sí, pero ahora mismo veía mi boca, “¿qué hora tienes?” Dijo: “Sí, ya sé cómo puedes volver a amargarme mis manos hasta que volvías a rodar tu espalda”. Pero él replicó a mí y me dijo: “sigo, ‘¡¿Cuándo podrás darse una vuelta a comer’ y echarme por encima del lado”? Entonces me dirigió a ver si tú, y me dijeron: “No hay menos tiempo que tengo ganas de ir a tienerle eso antes de salir a ese día siguiente, sino que salto aquí, porque he saliendo a pasará a hablar contigo”.

El otro día, Jo me enseñó a masturbarse como él mismo lo hacía. Me miré muy emocionado porque pareció ser muy hornido. Yo estaba preguntándome y le pedí que se carrara mis pechos, le gustó mucho. Él me hizo probar al siguiente día y funcionó bastante bien, ahora podía masturbarme todos los días y cada vez yo era muy excitada porque tenía esas buenas sensaciones. Mientras pude masturbar mi cola quería jugar con mis bellas tetas grandes y las puntadas y daba mucha diversión inyectarme en el pecho. Cuando había terminado de rociar, dijo “Amen!” e incluso más bizzer un poco dentro de mí, ya que siempre me tocaba una pizca para rezar conmigo, pero no quería escucharlo mientras me tocaba la masa mastocración, pero cuando iba a tocarla, decía: “¡No! ¡Es importante oírle hablar”. Pero eso fue algo que nunca quise escuchar. No sabía cómo hacerlo.

Jo me había incitado un poco a entrar en el refectorado, aunque esto era estrictamente prohibido. Sólo después de algunas veces le informé que tenía oídos muy rojos. Porque vi la mujer que había venido al confesorio privado arrodillarse ante el señor pastor y se metió su cola en su boca para darle una inyección. Todas las 8 mujeres que observé lo tragaron “el” abajo! Me encolercí mucho mi rosario cuando noté que Jo estaba riendo con todo corazón. Estaba tumbada sobre su pecho y él me abrazó muy suavemente. Él todavía se ríe durante algún tiempo porque los niños masturbaban frente a Sam mientras sus colas olían mal y lo chupaban cada vez más bien, pero ahora prefiero irme a beberle a mí mismo el día del domingo por encima de mi propia boca, incluso si ella misma me hacía injectar carne en la masa de San José, pero hoy mañana debería haber estado limpiando mis manos contra sí mismo y echarmela a mezclar conmigo. Pero yo también podía hacerme la piel de su mama, así como el primero diable.

Cada vez que me masturbababa después, y yo oraba porque siempre rezo mientras se masturba medio azul no sólo cuando Jo lo miraba. Una vez preguntó algo, ya no sé qué más, y interrumpí el masturbamiento y la oración. Luego él me explicó las muchas partes de mi múmu. Se llamaban mosca, fotza y muchos otros nombres que acabo de olvidar. Me escupié mis piernas y él me mostró labios avergonzados, picorros y muscas. “Tú tienes una piel de novio todavía!” gritó: “Realmente nunca has hecho sexo”, también volví a hablar nuevo. El

hombre entra con su pila muy fino en los músculos y sale, ambos reciben un hueco o orgasmo. He entrado al mozo e inyectado un gas órmico, pero algunas veces obtiene un buen escape del aire urbano, como es el caso de la mujer explotando el gasoilmus ermodérgico, incluso si habla bien.

Jo respondió de inmediato. Se había acostado por primera vez con más de 10 años, hasta hace unos meses cuando entró en mi comunidad. No, no era una niña sino su tía que se despiertaba. Era gorda y fea, nunca había encontrado a un hombre y todavía estaba virgen a los 25. Y imitaba a todos lo piadosa y tan santa como ella era. En realidad sedujo al niño de diez el segundo día, fue la primera vez para ambos. Jo dijo que brillaba como una moneda de oro pulida cuando él las sacudió y les iluminaba cada tarde mientras cocían. O sea que era molesta porque odiaba muchas oraciones. Las chicas cogieron 7 veces todas las tardes, uno o dos días y le decían que no tenía que masturbarse sobre ello con la mano larga.

Le conté la historia sagrada de Carmen. Nunca había oído hablarla, pero lo entendió inmediatamente. Los Moors le dieron a Carmen 4 días en el lugar principal y eso fue muy vergonzoso y humillante para la Virgen. Además del castigo físico ella tuvo tantos orgasmos que su corazón no soportó más. Murió con las mejores delicias, dijo la leyenda, murió muchas veces demasiado orgásticamente", dijo Jo con certeza. Pensé mucho tiempo. Ya tuve dos o tres orgasmos suficientes. Pero si durante cuatro días hubiera tenido un orgasmo tras otro, entonces probablemente moriría tanto como yo estaba haciendo. Se masturbaban hasta ahora después de una pequeña chica estúpida o mi hermana Rick se enteraron de los placeres que tenía cuando hablaban sobre ella, y nunca me sentí tan feliz al ver cómo era realmente muerto y así es como quería salirse de casa con Carmen. ¿No sabía qué tal vez iba a hacerme sentir mal? Y luego dije: "Si alguien está muriendo, ya ha estado muerta". No sé si esta mujer estuvo allí mientras Yoffrey estaba dormido y aún no quise decirlo antes de que él fuera casado conmigo, y aunque todavía no estuviera hablando bien, pensé que ese tipo de Carmen fuese justo y que estaba moribando, y que ella también podía estar aquí dentro de sí misma. Cuando volvía a hacerlo, y yo no quería saberle cuento algo parecía ser verdadera cosa.

Dijo que su tía gorda y fea sólo tenía pechos muy pequeños, enredados, a los cuales se desgarraba cuando masturbaba para alcanzar el orgasmo. No era frecuente tener un orgasmo al coquetear y cada vez que la cogiera se masturbaba como una furia aunque ya había tenido un orgasmo. Siempre estaba triste después de la cogerla y lo odiaba porque debía mirarla y siempre distorsionaba su cara mientras se masturbabababa hacia un rasguño diabólico. Masturbababa dos o tres veces y él no podía apartarse de sus ojos.

Realmente se alegró de que tuviera tan hermosos pechos llenos, me lampionaba las tetas después de inyectar y picaba juguetones en ellas. Fue muy excitante. Corrí rápidamente a mi habitación para masturbarme y Jo vino inmediatamente detrás para verme masturbándome, lo cual le gustaba todavía. Me había escuchado con la boca abierta cuando le conté que los monjes y sacerdotes del tiempo que yo era niño me miraban masturbarse por la noche hasta cumplir 40 años. Pregunté una gran cantidad, tuve que decirles que nunca habían hecho el más rápido posible; pero las madres lo hicieron coger con un solo mano y acostarlas durante muchos años como si fueran padres, así como Yo también les hablé explicando exactamente cómo las mujeres que nacieron al mismo día estaban dando vida a todas mis cosas mientras visitaba a ella y luego dijo: “Todo momento, cada mujer hacía miles de años masturbándose bajo su propia piel”. Y entonces él me contó que tenía dos niñas o tres hijos, porque estaba mirando todo esto desde hace mucho tiempo y que todos ellos vinieron a conocerla, y aún no sabía nada sobre mí misma, aunque toda madre de ese hombre hubiera sido testigo y yo había dicho que había tenido sexo sin amor conmigo.

Cuando me masturbaba lo suficiente, él me abrazaba y hablábamos durante muchas horas. A menudo era sobre el sexo y siempre decía cómo se sentía con la tía. Me tranquilizó al decir que casi nunca había ocurrido que una mujer fuera jodida hasta morir. Es precisamente por eso que le contaban la leyenda de Carmen porque fue algo especial. Le creí porque tampoco antes oía haber oído hablar de un hecho mortal excepto en Carmen. Durante meses hablamos del sexo, cada vez más familiar para mí y a mi me pasaba mucho tiempo imaginándome dejarme fodir por Jo.

Como todas las noches, me encontraba en su pecho con la espalda y él se había acogido a mí masturbándose muy suavemente. Lo que realmente me gustaba mucho. Pero en lugar de orar como siempre le conté lo malo que he observado durante las últimas semanas mientras espionaba. Sí, si las mujeres estaban masturbando el colar del pastor en sus bocas y tragarlo hacia abajo, eso era todo; yo estaba demasiado pronto hasta ahora. Las mujeres se sentaron sobre los ombros y le sonó algo al oído todo el tiempo. Le conté algo muy divertido o galgo porque reían entre tanto como las putas. Pronto o tarde tomaban por su cola y le llamaban, pero luego rápidamente terminaron hablando, yacía bien acostado. Ella tenía una mano alta y ella me golpeaba un poco más alto, después de mi piel, me tocaba la ropa de vestir, y algunas veces debía cogerme encima de mis manos para hacerse frente a mi piezo. Yo seguí dando vueltos contra el puñal de la rodilla. A continuación, me tocó la palma de la cabeza. Y entonces tuve que decir: “Palabra”.

El pastor se metió por detrás en la mosca y le hizo el coño del confesor durante mucho tiempo. Yo podía ver muy claramente cuando él inyectaba a ella. A veces, las daba al culo, lo que me parecía muy extraño. Lo peor de todo fue que eran todas mujeres honorables: Sra. Schmitt, Mrs. Müller y todos los demás. Ellos actúan hacia afuera como piadosos y chudos fueron y luego se dejaban coger con el joven sacerdote mientras observaba! Jo rió porque no le sorprendió nada; sabía también por ejemplo de su tía cómo mentían todos ellos. Callado porque volví a tener orgasmo y me recliné relajado para señalarme que ya había tenido suficiente orgásmos.

Durante semanas me preguntó si no quería hacerme el coño y siempre sacudí la cabeza, tenía mucho miedo de ser jodido a muerte como mi pobre Carmen. Le dije que nunca lo haría, tuve demasiado miedo. Me abrazó muy cariñosamente por atrás cuando le regalaba en su pecho con la espalda para rezar mi rosaria y se masturbó tan bien que sólo despegaba sin aliento al Ave Maria gritando “in mulieribus!” ¡Y luego tuve orgasmo! Él besó mis cuellos y murmuró cómo sería mejor hacerlo, pero yo sacudeé la cabeza. No, no, jamás! Una vez dijo que me va a cogerla la semana próxima y me echaría la cabeza cada día. Amén, entonces salví hacia abajo y me sacudió la cabeza

todos los días porque estaba asustado de que iba a tener sexo realmente, así que huyó del amor.

Yo tenía 62 años, Jo llevaba 10 meses conmigo. Después de la ducha no quería masturbarse y me llevó a mi habitación. Casi no podía respirar por miedo, estaba tan asustada. Me puso en silencio sobre la cama y susurré que tenía tanto miedo de ser jodido como el pobre Carmen. Le rogé que no se fuera así, yo tuve tanta miedo. Él cortó suavemente mis cabellos y me murmuró pero mi cocodrilo lo quiso! Miré hacia abajo, el cocodrillo me traicionó sin vergüenza, él estuvo cego y con un huevo fuerte, sentí la angustia como los ojos del loco. “No, no te alejes, no me lleves mal!” le suplicé para que no me desvaneciera, tenía mucho miedo. Se arrodilló entre sí y me esfumó su piel mientras aún no me tocaban las manos hasta que ya me había tocado una mancha. No pude escaparme más cuando me golpeaba al pie. Incluso me fue agotando muy lejos, incluso si me olvidaba contra mí.

No sentí nada en la desinfección, aunque me había preparado para el pic. Se acostó rápido y fuerte y yo volví loco. Me inyectó rayos fijos en mi agujero de mierda y después de una docena de inyecciones se hundía sin aliento junto a mí. “Y ¿tú estás vivo?” preguntó fuera del aire y nodré: Sí, he sido muy maravillosamente hornado al cocinar! “¡Sorry no conseguiste orgasmo!” dijo aún fuera del aire. Debería masturbarme”, susurró. Masturbé con tres sacos rápidos hacia el orgasmo porque ya estaba cerca. Estaba cansada y no podía hacerse sexo por segunda vez, su cola dejó de ser rígida. Gracias a mí y que él no dormía pero dije que lo era hasta ahora. Pero sí, habia estado muerto.

Nos hemos estado tomando el pelo desde hace un año, él solo puede hacerlo una vez y yo no tengo orgasmo. Siempre estoy muy corto de eso y masturbarme dura sólo unos segundos, apenas algunos golpes. Él se duerme instantáneamente y luego todavía me masturbo bastante a menudo mientras tenga fantasías horribles. Estoy muy contenta que aún experimente la cocina aunque he sido demasiado estúpido toda mi vida.

Un día decidí dejarme chupar por el cura y fue muy simple. Me arrodillé en todos los pies del suelo, mi ropa de limpieza se deslizó

naturalmente hacia arriba. De manera inteligente no llevaba calcetines! Figuré que no lo noté y el señor pastor miró mis traseros desnudos, mi mosca desnuda y mi coco. No podría contar hasta tres cuando el Señor Supremo me rodea atrás y su cola entra inmediatamente. Nos quedamos sin palabras, sólo nuestro ronquido y nuestra respiración fuerte nos mostraron que aquí no había sido raspado el piso. Tuve un orgasmo poco antes de la pulvera saliera. Desde entonces he tenido una orma tan larga como sea posible con el Sr Jo porque desde hace unos meses tengo que hacerse pasar a las manos al hombre para tirar ese tipo de mierda y luego siempre puedo tenerlo claro, ya que nunca voy a ver esto fuera suficiente bueno frente a él, pero después de dos meses debo hacerlo así, pues sí, yo también quiero ir a buscarle a mí mismo, aunque es justo ahora, siendo ante sus ojos, creo que este padre puede ser más fácilmente capaz de matarme, incluso mientras estoy hablando con ella, sino que cada vez veo cómo está pasando conmigo misma cosa, o bien, porque todavía siento eso, porque aún no sé mucho tiempo, que hay algo parecido, pero que morirá estar vivo con ellos, pero realmente, tal vez, igual que muere mal, como alguien tiene razón, como son buenos ojos, como el Padre Sería decir: “No”.

He perdido mucho y me he recuperado poco a poco.

Penélope y sus hijos.

von Jack Faber © 2023

Yo era Penélope, reina de Itáca hace más de dos mil ochocientos años. El brillante poeta Homéros cantó héroes y heroínas, reyes y reinas, príncipes y princesas, pero para mí, la mujer y Reina del héroe el rey Odiseo, no Cantó ni una sola estrofa.

Nací como princesa y desde el primer día me preparé para ser reina. Aprendi a masturbarme desde un niño y a jugar con mis compañeros de juego y con mis compañeras de juego. Lo que más nos gustaba era tocar algo sexual, papá y mamá, o viejo y joven sirviente. No eran príncipes ni princesas, y no tenían que prestar atención a su piel de doncella como yo. Si mami decía que me cortaría la cabeza, si no prestaba atención a la piel del doñana, no había una amenaza vacía por Dios. Ella ya había cortado las gargantas con sus propias manos a algunos servidores y sirvientas. Así que cuidó bien.

Al igual que todas las reinas y princesas, tuve una sierva encantadora que se acostó conmigo después de la puesta del sol y me masturbó bien hasta que dormí. Mis compañeros de juego me permitieron cojarme y acostarme con ellos envidiablemente y sentí cola y un punetazo con la mano para sentir al menos algo de sexo. Si tenía una hija, no le prohibiría follar, cuantas veces lloraba por la noche en los almohadas o en el suave friol desnudo de mi serva, mientras ella se masturbaba por mí misma con su hijo porque yo sentiba el ardor y el deseo en mi niño!

Me casé con el rey Odysseus de Itáca a los 15 años y no había fijado nuestra boda en el Carnaval sin motivo. El día del carnaval, el Rey tradicionalmente despojaba a algunas vírgenes de sexo noble, el pueblo follaba con entusiasmo hasta la mañana amanecer. Mis nuevas sirvientas me bañaban, acechaban mi cuerpo y me perfumaban con los olores más nobles de Persia. Con las masturbaciones tiernas me habían hecho caliente para mi amor. Estaba temblando en el podio. El Pueblo se detuvo en el aliento mientras odisseo me desesperó con un fuerte y rápido rugido. Yo respiraba profundamente, no había na-

da que cogía mis maridos dos veces mas lleno de pasión. Tres pueblos estaba emocionado, las muchas cosas ya volvieron populares y se hicieron semillas en ageros. Odio oficial porque ese programa continuó por sus hombres y lo hizo después de tres años, pero él siguió haciendo su propio programa, pues era una serie de eventos de los últimos años de vida de los madreses.

Me casé con el rey Odisseo de Itáca a los 15 años, y tuvimos un hijo hermoso, Telemachos. Él creció en un príncipe magnífico. El podía salpicar correctamente a los 7 años y yo lo observaba a menudo con ganas cuando él saltó al aire después del frotar. Cuando nadie estaba allí, masturbaba al joven Telemacho y le hacía salpicar a un lado mi velo y él veía mi cuño sin pelo. Más bien, me masturbó una vez más y nunca salpicaba muy alto cuando frotaba con los apos mis agujeros y era bueno en él. ¡No fue mucho que me masturbase inmediatamente frente a él, que iba a mi habitación para armar el fuego en mi cosquilla!

Monté desnudo todas las noches, solo cubierto con un velo en mi semental Protratos hasta mi lugar favorito en la roca sobre el mar y me acosté hacia el sol para hacerme sentir más aburrido suavemente en la noche con mi esposo. Protegratos debe haberme mirado con ansia, porque dejó que su polla colgara por largo tiempo. Respirando agarrado su cola y lo redimiré, le hice salpicar su semilla en la hierba. Protractes amaba mucho serbándose todos los días, y él también me amó muchísimo, pero no podía dejar que me cogiera como muchas otras mujeres lo hacen sin vergüenza. A menudo muy a estas mujeres delgonzadas que selaban día tras día por una semental pero apostada. Se ve bien emocionante, no sé si entiendo o entenderse bien de mis calicias femeninas.

El semental tenía que ser realmente adicionado, y tuvo que inyectar su semen diariamente porque solo por la costumbre él follaba lo suficiente para conseguir un orgasmo a su señora. Y la mujer tenía que tener cuidado de que el semental no entrara demasiado hondo. Algunas de estas mujeres me dijeron que esto era muy común hace mucho tiempo, ya que los hombres no vivían tanto tiempo como hoy. Yo también he dejado mi idolar con la ayuda de una buena mujer, no muchas veces, tal vez 80 o 100 veces. Los orgasmos eran verdadera-

mente únicos, increíbles y seguir con un semental es mucho mejor que con un hombre marcha de velocidad. Me gusta hacer cuando mi vida está en poca cena, es una gran variedad. Lo hago en secreto y no le dice nada a mi comedor. Pero creo que no tengo idola convertido desde entonces, pero ha hecho bien mi vida y mucha vida se convierte en mí misma, pero mi vida nunca tiene comida.

Cuando Telemaco tenía once años, mi esposo fue a una guerra contra Troya no porque odiara los troyanos o buscara una venganza. No, ningún rey estúpido había llevado a su esposa a Troya por un príncipe de Troya. Odiseo estaba fuera de ella, una guerra por un trato de amor idiota. Pero él tenía que ir con él, era obligado por juramento, política y todo hombre. Telemacos y yo lloramos nuestros ojos cuando se marchó mi señor. Mi primera decisión fue que Telemacho podía dormir en mi cama matrimonial. Cada mujer tuvo derecho a ello y yo podría ser viuda en cualquier momento.

Mi hijo pasó casi por delante de la sensualidad y olvidó inmediatamente su sufrimiento cuando mi sierva se acostó con nosotros por la noche y me masturbó como siempre. Sé lo mucho que excitó a los hombres, mi odisea se siguió a mi sirvienta casi siempre con fuerza y casi asombro! Esperé hasta que ella fue y abrazó telemachos y su dura cola. “Ven, mi amor, desde ahora debes ser mi marido hasta que el Señor vuelve!” Telemacos tuvo que llevar tres veces cuando él oyó mis vidas. No estaba en lo cierto, pero ¿quién iba a rechazarlo? Telemaco podía realmente tan bien follar y tenía muy sensible talento de su padre. Era muy un sucho. Cuando cerraba edad, podría sentirme emocionado y jodido como en los brazos de Odysseus entonces quería mantener las dos palabras juntos cada día, dos meses, dos días, dos años, dos semanas estaban todos los dos tiempos, dos meses y dos años.

Telemachos relata (I)

Yo aprendí a masturbar y follar muy temprano de mis compañeros de juego. La sirvienta que dormía conmigo desde el nacimiento me mostró todo y lo explicó todo antes de que tuviera 7 años y tenía derecho a ser mi primer carnaval. Era una niña no muy hermosa, pero muy dulce de 15 años que estaba masturbando con mi padre. Siempre me dejaba coger sus joyas por la noche y en los 6 años, creo, jugando, pero no podía salpicar hasta que tenía 7. Mi madre me veía masturbándose muchas veces y cuando nadie más se veía, me explicaba todo. Para llevarme a la inyección, ella era muy triste por la noche, y me dejaba durado mucho tiempo minculo hoyo un seis meses, ¡y luego podría enviarme una pequeña parte encima de mí su casa tan triste como fue su vida juvenil Ella era joven y feliz porque ella era chica, ella era demasiado cariñona, ella era hija del niño él era ella, ella era ella siempre es muy querida ella, ella también era una mujer muy joven, ella era una hermana mía, ella era muchísima amiga de ella, ella eran muy jóvenes, ella era yo misma, ella era así que ella era muy fuerte ella, ella nunca había sido muy pobre, ella era otra vez, ella era tan sólo ella era muy joven, pero ella era muy bella, ella era como ella era muy bonita, ella era... ella era muy buena edad, ella era algo que ella era ella era muy nueva, ella era realmente ella, ella quería comerla, ella era bastante desagradable, ella era, ella era casi todos ellos, ella era adolescente, ella era bien, ella era sola, ella era cómo ella era muy alta, ella era.

Entonces papá desvirge y follaba a algunas chicas y una mamá se dejaba follar por todos sus sirvientes y guardaespaldas. La fiesta duró desde la mediodía hasta el amanecer siguiente y todo el pueblo follaba, se masturbaba, salpicaba y bebía en público para darme bienvenida a mi primavera. Por supuesto, me quedé mucho tiempo en el borde del escenario viendo a mi madre follada por un hombre tras. Era mi esposa en aquellos jóvenes y fantasaseaba de que cada polla era y yo la cogalga. Por supuesto que no podía follar las muchachas del Pueblo y también podría follar con mujeres adultas, daba picar y beber al público cuando los jóvenes vollaran a ver a mis madres por otro lado años muy grandes todavía creían que tenía muchas cosas sobre mí.

Por supuesto, me gustaba ir detrás de mamá con mejillas brillantes en los estables. En el primer momento, cuando ella se dejó follar por un aficionado a la soga, otra mujer empujó al hagemonía delante del semental, que era una montón de madera pesada donde el semental podía sostener su sombrero delantero, y mama pudo recostarse bajo su vientre en la altura correcta. Si el semental todavía no estaba excitado, él chupaba el coño de la niñera y su polla se puso rápidamente rígida. Mamá agarró la cola con las manos dos, lo llevó con cuidado dentro de sus agujas y luego comenzó el semental con fuerza follar, pero también quedó con su trasero casi inmóvil ylaba solo con Polla. Se dejó muy bien cuatro o cinco veces, entonces había muchas cosas extrañas que le hicieron sentirse tan loco como mi madre, así que tenía mucha curiosidad sobre cómo está siendo pegada por mí misma. Entonces yo sabía mucho acerca de mis mujeres, porque tengo muchos secretos para colla, muy curiosa cosa que es buena cola cola, muy bueno, muy fuerte.

Cuando papá se fue a la guerra, mamá me ordenó que acostara con ella en la cama matrimonial. Ella me dijo que todas las viudas podían dejar un hijo dormido con ella y papá podía hacerla esposa en cualquier momento. Asintiendo aunque no lo entendía completamente, papá no había muerto? Me emocioné mucho cuando la sirvienta masturbó una mamma antes de dormir. Pero eso era mucho más excitante que masturbarme a mis compañeras de juego! Mamá entonces envió a la dulce servidora que solía masturbarme la a su propia mamá, pero hoy no, hush-hush, masturbándose en tu propia cama. Mamá me abrazó y besó conmigo como una lengua prostituta, acaricia mi abuela polla tierna y gote, ahora puedo encontrar miles de veces porque papá estaba haciéndome mal.

Mamá dejó a la joven sirvienta ver desde el principio de nuestra follada porque ella realmente quería verla. Andromachis, de 13 años de edad, era una chica bonita y simple, y era muy tímida y tímica. Le pregunté porque tenía un cosquilleo muy grande y ella pensaba que venía de muchos masturbándose, lo que hacía muy, muy común desde su infancia. Ella podía sentarse justo delante de los puños de mamá y mirar nuestra picadura de cerca. Esto la hizo sin remedio y se masturbó incesantemente. Después de la práctica ella me masturbaba mucho masturbándome, solo masturbava la muchísima hasta que

mamás había dormido cansado. Ella estaba muy preocupada por mí en el descanso mientras ella estaba nerviosa y ocupando para siempre. Éramos silenciosos pero no desesperados, corriendo rápido durante dos horas más con ella, pero yo siempre estuve muy ocupada por ella y mi madre nos ocupa muchas veces. Pero ella estuvo trabajando conmigo durante las últimas dos semanas. Siempre fue demasiado ansioso por mí.

Cuando confesé a mamá que la espía seguía con el semental cada vez, ella se reía como una campanilla y me llevaba todos los días para ver su multitud con el semen de cerca. La encantada era al semental en mediodía, ya que papá había ido, nos íbamos casi todos los días. Ella masturbaba durante mucho tiempo cuando él cogía con el enviado y decía son rientemente que siempre necesitaba follar. No me cogía ni con las compañeras ni con mi servidor, sino durante diez años cada noche, hasta que los caballeros nobles venían a casarse con mamá y mandanme buscar a papá.

Telemachos dividió mi campamento durante ocho años, y luego los nobles vinieron a la exposición de novias. Llegaron como las longostas, más de 60 en número. Príncipes y reyes, viejos y jóvenes, viudos y jóvenes. Se imaginaban que el señor de Itaka nunca volvería y que su hermosa reina deseable y ni siquiera 30 años de edad necesitaba un nuevo esposo, el reino un nuevo Señor. Pude recibirla por un tiempo hasta que se agotaran nuestras provisiones. Entonces tuve que pedirles que fueran o trajeran provisiones. Mi esperanza de que marcharan no se cumplió. Hicieron las mejores provisiones y las fiestas continuaron para siempre.

Mi servidora era inteligente y vivía, y me aconsejó que tuviera un paño y que después de terminara de decidir qué candidato para casarse iba a ser mi marido. Yo actuaría durante el día, ella lo cortaría de nuevo por la noche. Los candidatos, que representaban algún poder, enviaron telemachos a buscar a su padre, él regresó después de tres años. Ahora mi cama estaba vaciando, el chico molesto del camino, aunque los clientes no sabían que telemachos me seguían cada noche.

Tenían en las álicates. Tenían una cama fuerte cerca del salón de fiestas, capaz de follar fuerte y fuerte con cuatro o cinco de mis cobardes de novia que me gustaba coger al mismo tiempo. Los amigos calientes vinieron uno por uno y se acostaron a mí, pero nunca me encantó ser follada divertido, fuerte y suciamente de cuatro o cinco la vez, y escucharon mis órdenes gritando! Ellos me follaron infernalmente bien a la vez y a la fila, serie a la vez hasta el día que encerraron! Ningún candidato podía usar jamás la cama de Odysseus. En la mayoría de los casos yo no pude follar a la mierda de ellos hasta el cerco. Nunca dije si eran lo suficientemente buenos en un lunar. Ahora admito que muchos de ellos estaban muy aterrados, mi miedo era excelencia picantes en la carrera, porque también tenía muchas mujeres que nos mataran, porque nosotros tampoco teníamos orgasmos excelentes, ni siquiera tenemos nuestros propios hijos, ni nadie podría venir para matarme.

Telemachos regresó después de tres años. Él no había podido encontrar a su padre arriba o debajo de la tierra. El tomó parte en el banquete todas las noches y no habló ni una sola vez con uno de los candidatos. Se acostaba en la mesa a las hermosas chicas desnudas de los nobles. Los abrazó como si fuera suyo, él les bebía noble en los labios, mientras sus dedos habían tocado los senos, cocos, agujeros y cosquillas. ¡Cuán orgulloso me había follado un hijo que con sus cumplidos y su cerviz las bellas! Alguien todavía, quien había goteado semillas de la mejilla, después de ellos por el Señor y todos sus siervos peregrinos me hubieran agradecido mismo!

Telemachos regresó después de tres años, escapó del asesinato de mis admiradores gracias a la diosa. Él no había podido encontrar a su padre en la tierra, aunque nadie lo vio caer en la batalla y los otros héroes habían regresado hace mucho tiempo. Estaba horrorizado por el hecho de que sus clientes me cogían todas las noches durante tres años. Se senttaba 30 noches en mi cama pecaminosa, acariciaba mi cabeza, puesta sobre sus músculos y ponía una mano caballerosamente protegida sobre mi cosquilleo sabroso. Cuando mi corazón volvía al orgasmo, sus delicados dedos frotaban Miquilla para disolver el orgasmo.

Mi hijo, por supuesto, era también un hombre. Desde el principio su polla se estremeció sobre mi cabeza, mi frente, mi nariz sobre mi boca y su semilla goteó sobre mis labios. Cuando se inclinó para masturbarse a mi cosquilleo al orgasmo, su semilla se metió en mi boca y lamí su bellota limpia. Él lo mantuvo hasta la madrugada y me tranquilizó. En los tres años de su búsqueda había ahorrado su semilla y por la noche solo estaba con las hermosas hijas jóvenes para quitarle la virginidad o conseguirles un orgasmo o más cuando los más sinvergüenza le supban. A las madres les gracias -no, no podía venir una huir con esposas de los hombres que no son buenos sino! ¡Un padre que buscaba sus hijos a través del aguacerón, pero realmente permanecía como si fuera uno de ellos... Pero nunca sentía mi cuerpo salpicamente dentro de mí misma.

Cuando el candidato se enfureció, gritó impasiblemente después de lo siguiente! Los candidatos estaban en pie con las copas de vino, debatiendo críticamente como el candidato había cortado y miraban enviadamente cómo la cola árabe en mi hogar. Cada noche mis sirvientes y los guardaespaldas me preguntaban cortésmente a mi cama matrimonial todas las mañanas, si podían cogerme también y por supuesto ellos, mis bravos! Era un carnaval de tres años de duración! Grito de lujuria y hasta el día del amanecer, telemachos que me lloraron cada mañana moralmente a mi lecho matrimonial. Se sentaban treinta noches tristes conmigo en la puta amor y suspierta peligrosamente, siempre que yo pudiera agonizarme en los ojos, una noche orgasmo que me golpeaba en la cara o me tocaba la muerte cada mañana, tomaba mano cuando él me llamaba la mata o me gustaba la vida o me amaba la muerte o me pegaba la boca para matarse al dia de su madre. El hombre me rompe el corazón con ella.

Telemachos relata (II)

Ella me dio sus sementales delatados y tuve que prometerle masturbarlo todos los días, porque él estaba tan acostumbrado. No encontré al padre ni el primer día, ni el primer mes ni el primer año, ni el segundo ni tampoco el tercer año. Tuve que regresar a casa después de tres años, buscado en cada casa, cada pueblo y cada ciudad de Grecia. Como prometió, hice que el protráctees salera al borde del camino o la hierba todos los días. Recha un receso para echarme aquí y obsesionarse con todas las noches con jóvenes vírgenes Otros esperan tener orgasmos más buenos y otros mejores momentos de su vida.

Como había cambiado todo! Los caballeros nobles se vollaron a la reina Penélope, mi madre, todo el día puro de prueba. La Reina había comenzado una tejedora y nunca terminó, así que la sirvienta cayó ayudando a detener a los caballeros. Me acosté en el banquete a las amas de los señores, besé y disgusté estos más bellos desnudos del país con suavidad, sus joyas con curiosidad. Algunas de estas bellas criaturas fueron chupadas, contra cualquier vergüenza y decencia, por señores y después por su serpiente, me cogí públicamente en el banco y me cogillaba. Inocentemente, las muchachas eran un menudo orando, humilladas y dejadas para salar. L'he semeros de agujillas, cuando ella volvía cubitas y cuándo él estaba escondido mi cuerpo mientras yo tenía poco tiempo, lo hice coger en silencio con su cuerpo, pero mi cuerpo era silencioso, con mi cuerpo fue ocultado durante su vida nueva.

Ella estaba llorando todas las noches en una cama de lotería por muchos nobles. Ella gritaba el alma del cuerpo de la sensualidad y la lujuria. Yo ya no veía a mi madre, dulce, divertida y gozosa. Era como una furia, a menudo seguía a varios hombres al mismo tiempo, y su insaciable cachorro succionaba las cola codiciosas y sin piedad. Ella brillaba como una loca después alrededor de la próxima cola rígida y los espectadores que caminaban de su cama se agachaban con sus gritos. ¿Era esta mamá, esta monosa, después de "más" era todavía mi madre encantadora, doce y alegre follada?

Me senté en la cabeza y puse su cabeza en mis músculos. Caí polla estaba sobre tu cabeza, su frente y la nariz sobre sus labios llenos, goteando un poco de excitación en sus labios. Puse una mano protectora en su cosquilla y la frotó rápidamente al orgasmo cuando se apretaba sobre ella. Mi cola rociaba un rayo sabroso en su boca y se lamía mi bellota corriendo. La tranquilizaba, había guardado mi semilla en el viaje y de hecho podía inyectarme en su garganta hasta el rojo del mañana.

Un día, me agarré a una de las hachas gigantes y rompió la cama de la lotería. Luego tomé Penélope de la mano y llevé a la cama matrimonial. Cogí la primera vez en tres años, ella se rascó, vomitó y grito de lujuria. Al mediodía del siguiente día estaba cansado. Que los sonidos y los sonidos de nuestra obra de amor oían hasta abajo en el vestíbulo no nos importaban, pero no importaba nada.

Un viejo mendigo medio ciego vino a nuestro patio. Fue insultado, pateado y golpeado, pero él no se dejó echar. Telemachos era uno de los que lo trataban amablemente. El viejo destrozado dijo que era Odiseo, su padre. Telemacho siguió siendo cortés, pero por supuesto no creyó. Aquí y aquí puede colocar tres cocineros con 20 flechas de la odisea, dijo el anciano, y organizó un concurso como Odiseo para disparar una Flecha a través de 12 hachas. Telemacos estaba seguro, ¿cómo sabía el viejo de esto? Esto no fue jugado desde hace 15 años! Él aseñó y prometió instalarlo así. No había ningún mortal arco fuerte de Odysseus podría apretar ni siquiera pulgada.

Comenzé la competición, no uno de los candidatos podía estirar el arco. Se ríen, el arco era un hechizo. Miré con confusión a Telemachos, ¿qué estaba tramando mi hijo? Por qué llevaba protección física y espada en su lado? Telemachos me dio la mirada tranquila. Confía en mí, madre! dijo su mirada. El viejo mendigo se agregó, también quiso disparar arcos. Los candidatos llegaron después de él, pero los telemachos trónó desde el balón, el mendigo tendío al arco! Los candidatos hicieron sitio repulsivo. El mendigo hizo el arco como nada. La flecha surcó por los doce hachas sin tocarlo! Los reyes príncipes miraron del barrio y las reinaban. ¡El Mendigo había alcanzado una reina!

El mendigo aprieta el arco, una y otra vez. Cada flecha golpeó a un candidato, se inclinó bien en la cabeza, corazón o cuello. Pasó sólo unos momentos, entonces él estaba muerto o moribundo en el suelo. Telemachos se puso al lado de los moribundos y cortó sus garganta. Entonces él inclinó la rodilla ante el mendigo, "¡Bienvenido a casa, mi padre, el rey Odiseo!" Yo podía estar paralizado. Telemacos tenía que haber vuelto loco! Miré en el ojo del mendigo y tocó su cara. ¡No, imposible! Nunca pudo ser mi marido! Telemacho pude con su brazochos sobre la carpa del cuerpo de los muertos!". "Solo grillar algo querida madre yo podía!, pensé en una idea particular de pedirme pero todos me pintaron el cuerpo de muchos hombres muertos, aunque todo el mundo sabía bien, pero algunos mí conocían, pero ellos estaban viviendo muy mal, pero cada uno de mis cuerpos estábamos vivos, pero...

"Cuatro, seis u ocho, ¿qué, bueyes tal vez?" Él se río y se detuvo el lado delante de las risas, el tío miserable! El me miró riendo a los ojos. "Ninguna, mi reina", dijo tranquilamente, "Ninguno! Yo mismo dormí nuestra cama matrimonial, está alrededor de la tribu de un roble antiguo y ningún mortal podría moverlo incluso en hilo!" Mis rodillas casi fueron y machos saltos para sostenerme tele. Sólo yo y Odisseo sabían que no era una sirvienta y ni siquiera una serva, sí, ni siquiera un telma sabian de él. Pero, ¿cómo podía servir mi odisseo, tenía que ser mí él a reunir todo lo atrevido, me abracé en su traje viejo mendigo el cuerpo mío sino al boca beso que le ofreció ese hombre sin dejarse llevar por el corazón si señor o mujer, nunca había dejado el tiempo de la mano de uno solo, pero el Señor de la sangre sirba a la manzana, siempre es un momento de amor.

Seis semanas más tarde, Telemachos vino triste y roto a casa. La diosa había revelado todo en sueños a Odiseo. Mi follada con todos los reyes y príncipes, rugiendo y rugiando después de la siguiente, sin necesidad física. Que él, Telemacos, como un hombre que estaba conmigo, había estado allí durante años. El padre lo abrazó y lo besó y dijo que era el único que tenía derecho a acostarse conmigo porque yo te había tratado decentemente y caballerosamente, dijo Telemachos, y volvió a llorar. El padre puso el corazón, me miró bien y se acostó conmigo en todo el dios. La Diosa llamó inmediatamente al futuro. El padre se lo soltó seriamente y le cayó, se volcó por el ca-

mino hacia el puerto. Un barco sumergido vio una vez salió tristemente del bote hasta el horizonte del río donde desapareció el Dios.

Él entregó el reino a Telemachos. El es un rey sabio, justo y amoroso, pero no existe una reina, porque telemacos ha estado fielmente en mi cama durante décadas y me da placeres físicos e lugares indomables. Siempre que se le permitan los deberes, al mediodía me acompaña a los sementales. Las mujeres saben que vengo todos los días y me dan el semental más ardiente. El pueblo no me saluda como Reina sino como "madre amada", lo que me hace orgullosa y feliz.

Por la noche, sigo caminando hacia mi roca para prepararme por la noche con el joven rey. Protratos ya tiene un montón de pelo gris y llora suavemente a mi perro masturbándose para que su polla se pase por alto. Creo que me mira como alguien que sabe exactamente lo que estoy haciendo y cuando estoy listo, viene sobre mí y trae su lanza cerca de la mano. Me quedo sentado mientras lobo largo y muy vigorosamente. No me molesta que esté salpicando sobre mi vientre o mi hijo. Lo abrazo como un amigo querido, porque todavía lo necesita, ¡el buen viejo amigo!6

Le pedí a mi sierva que viniera antes de nosotros y se masturbara tímida y decentemente mientras yo estaba en brazos de telemachos. Descubrí que la chica le gustaba mirarme a la mierda. Su cara está delante de mi hijo, y ella aguanta la respiración cuando su polla bomba vigorosamente en mi pelo. Espera pacientemente hasta que me cansó masturbarme suavemente. Después de eso, deja de amar y chicas follando por él dos o tres veces y baja la mirada como una virgen cuando la besa en los labios antes de volver a caminar. Rezo para poder vivir esta vida maravillosa y tener hasta un día tiene que ver con el paso atrás. Cada año, en este determinado día, siento sobre la roca roja marcial. El olvido era muy grande al tiempo que volvía a mí. Ella tenía más intimidad porque había estado dando cuenta de lo que ocurrió a las jóvenes cuando ella sentía mucho miedo acerca de nuestra posición social pero no quería decirlo, pues ella dijo: "No hay mucha gente que pueda hacer frente a la escena pública". Pero entonces ella contó que ella sabía bien qué es lo que sucedió en el lugar donde estaban haciendo; ella dice que ella vecía algo así como si fuera una

persona joven, porque ella me llamaba a conocerse demasiado rápido, pero luego me hizo sentirá cómo alguien que ella nos concierneció en el color de sus ojos, porque ella vio todo lo que realmente pareciera ser un gran cosa de la verdadero momento, pero ella me ha hecho en realidad, porque ella sabe que ella me convenceron que ella fue una vez que ella me dio a convertir en una mujer de la edad que ella en el hombre en el mundo, porque ella escribió que ella me conocimiento de la historia de la palabra de Dios, pero nunca tuvo que ella me conociendo a sí que ella, pero que ella me conoce como una buena parte de la presencia de la cual sea una personalidad de la sociedad de la expresión de la familia de la ciudad de la clase de la ley, porque ella, ella siempre, ella me llamó a quien habla de una niña, pero ella se convirtiendo en una manera de ese tal que ella se trata de una persona que ella se diría en una persona que se siente tan pronto como una persona que sería una persona que en una persona en una persona, como el rey, como el señor de la mayormente, que

Irene se masturbaba todas las mañanas en el altar de la mañana del Castor y siempre lo dejaba salpicar en su boca. No estaba muy entusiasmado con él, pero le encantaba mucho. Desde los pies de niño ella había hecho rociar en la boca, disfrutando del poder sobre las colas. Ella sabía cómo tenía que largarlo rápidamente o más tarde. Era una maestra dentro de ella y ella había determinado cuándo podía saltar, no él. Ella había estado chupando polla durante toda su vida, así que no era extrañar que ella se metiera en el matrimonio como virgen y nunca follaba con nadie más que su marido. No importtaba desde principio que guardaba a sus admiradores solo las chupabas las colaes. Él tenía el abandono por otros, porque ella quería dejarse sola en el camino. Ella no quiso ir sin ella cuando ella fuera un hombre, si ella no quería salir de casa, ella no quería tener la misma distancia, ella no quería hacer nada en ella, ella no deseaba perderle la mano, ella sólo quería sentarse en la puerta, ella no quiere sentirme la sangre, ella no me gustaba eso, ella no tenía ninguna cosa en sí mismo, ella no iba a hacerlo, ella no hacía todo lo que ella quería en mi corazón, ella quería serlo, ella no sé, ella quería decir, ella no lo que ella estaba haciendo lo que ella.

Levantaba la cabeza, no estaba tan lejos. Abrazaba a su hermana muy cariñosa y la bebía en el verga. Se lamentaba de que no le espe-

rara. Cuando Irene se masturbaba, miraba a la cola rígida del castor dormido. Él era medio rígido y cuando soñaba, la polla endurecía y algunas veces salpicaba un rayo brillante. Irene me preguntaba porque esto pareció inusual y emocionante. Ella se masturbó al mismo tiempo cuando los muchachos estaban durmiidos y otras veces tardaba mucho en temblar en el orgasmo y luego se hundía rápidamente.

Seis meses después de la noticia de la muerte, el silencio sombrío de Castor se aflojaba. A veces susurraba con elevación que había aferrado a él, sobre la desvirginación y prometía hacerlo antes del invierno, cuando Irene estaba de acuerdo con ella. El derecho a quitarle la virginidad a la hija probablemente pasó del padre al hijo, barrió la elevación, pero no lo sabía muy bien. Una noche se cogió a Irene, la primera vez en más de medio año. Cogió largo y prudentemente, tiempo dio excitarse para irrespecto y por primera vez tuvo un orgasmo seguido. Ella aferró una y lo dejó terminar. Ella experimentó con grimas de alegría en los ojos y suur por primera vez que estuvo junto a ella. Él sentí como dormida durante las primeras semanas que tenía juntos.

Todas las noches se volvieron a los hijos, Pollux y Dion pero no esforzaron por llevarlos al orgasmo como Castor. Irene ponía sus brazos alrededor de la elevación cuando ambos masturbaban hasta que dormían.

“Otra vez un niño que ya no quiere ser un niño!” Ella se reunió alrededor de Heb, que acostó como una mujer experimentada en la posición correcta. Irenes tomó su mano cuando Castor desvirgó suavemente y tiernamente. Ella sangró un poco pero dijo inmediatamente que había ido a los ojos y dejó el follar por ella. La semana siguiente ella cogió con Castro, pero ella solo aprendió a llegar al orgasmo. Entonces Pollux y Dion también podían tener relaciones fuertes con su hermana pequeña, y las mujeres tenía en brazos, tratando de explicar cómo los jóvenes podían llevarse el orgasmo porque cada uno compartía sus hermanos más cariñosos, lo único que Irene compartieron era el mismo sexo.

Cuando los hermanos se cogían el cerebro con la vieja condesa, un chico le dejaba follar por encima de él y decía a Castor que todos los niños tenían pollas diferentes y cada uno se cogía de otra manera. Irene siempre recordaba que tenía que dejar de follar cuando tenía la regla. No tuvo la regla hasta los 19 años, y siguió el consejo de Irene.

Irene vivió muchos años hermosos con sus hijos antes de crecer gradualmente y fundar sus propias familias.

Iglesia, hechicera y la iglesia.

von Jack Faber © 2024

Cuando golpeó la suave túnica de verano sobre su culo, sintió la ligera brisa del verano que venía del mar y refrescaba el culo, su coño y todo el cuerpo desde atrás. Era verano y al mediodía solo se paraba el calor en las aguas poco profundas de la playa de arena. Iglesia veía en el mar una vista constantemente cambiante de los barcos que iban. Los capitanes puramente humanos no podían ver la isla encantadora de iglesias, pasaban muy cerca de ella, tan cerca de que la iglesia podía ver a los marineros y su elección si quería tener uno por un segundo paso de camino como parte inmediata de la marina. El capitán había encontrado unas horas frescas sola pero todos ellos habían desaparecido solos. Había traído una bella luna de comida a través de la Isla Y había encontrado otra gente que tenía muchas veces lo suficiente para tomar agua dulce.

Allí, en la colina sobre su playa, estaba el gran pueblo que ofrecía una vida muy agradable. Por supuesto, los residentes no podían ver la hermosa casa de arena ni las iglesias, solo los niños. Kirk amaba a los niños, eran tan inocentes y confiables y tenían una sexualidad totalmente incomprensible. Kirk miraba al mar y a los marineros del barco, pero no le gustaba este. Sus corazones eran negros, sus almas abatidas y sus pensamientos insignificantes. Así que la mayoría de ellos, y nunca transportó un montón como ese para tele follar.

Los pensamientos de la iglesia se desvanecieron. De niña le permitió entrar en el palacio real con su padre, trabajó como jefe de la guardia del palacio. Pasó horas andando de guardia a guardia. Llevaron una túnica que cubría el músculo medio, pero como niña podía ver sus pollas y sus sacos de testículos desde abajo. Les encantaba mirar las colas porque todos veían diferentes. Algunas de las muchachas mayores estaban peinadas con los guardias grandes que realmente no podían hablar. Pero las chicas tocaban sus pollas, lo hacían todo. Se ven como gansos cuando movían cola estúpidas que se había hecho rígido. La niña tenía la maravilla de la erección y hasta cómo ella luchaba por través de la rueda. El centenar de pandillas más

grande ahora no podía usar patas pequeñas encima de las manos. Pero las mujeres habían dejado las patas arriba y las rojas hasta llegar hasta donde robaron las papás.

Al ponerse el sol se fue a dormir, Kirke se abrazó desnudo a su padre cansado y frotó su hijo y el cosquilleo en su cadera. Él, Demetrios, había convertido en un hombre rico, tenía una larga propia que los griegos llamaban Oikos y en la cual gobernó sin restricciones. El casado muy pronto, tres muchachas detrás de él, le dio luz a un hijo y murió después del nacimiento. Aunque usara a sus hijos, era el único que tenía a sus mujeres jóvenes y engendró muchos nietos con ellos. Tenía una buena confianza y tuvo cola dura cada noche, dos o las tres esposas de sus hijos, hastaños que tenían treinta años atrás. Sus hijos cogieron y salían hacia fuera mientras cogían y lo vieran de los coposos. Cuando estaban embarazados cuando sólo veían a sus primeros hijos, ella miraba como si estuviesen mis padres antes de cumplir 30 años, pero no eran niñas. En primer lugar, estaba teniendo problemas para mantenerlo vivo.

La madre de Demetrio era rica en piedra, fue considerada la mejor heredera del país o por lo menos la más cara. El pequeño Demetrios, engendrado por el rey de Ática, a veces se metía secretamente en el dormitorio de la madre para ver la follada. Observó con atención cómo los dedos largos y blancos de la madre llevaban la cola del huésped a la entrada de su casa de campo y la cola penetraba. Entonces dejaba tocarse al ídolo hasta que volvía a él pero sabía exactamente todo lo que tenía como un orgasmo pero siempre podía hacerle sentir una sola cosa si ella quería saberlo pero sí sabe muy poco sobre las cosas, pero todavía no había ninguna idea acerca de qué le gustaba. Pero cuando estaba acostumbrado a tener ese sexo, ella aún sabía algo exacto, pero eso es lo que me daba ganas de hacerlo.

Su madre organizó dos o tres veces al año una “noche de amor”, lo que unió a la casa. Todos podían cogerse, eran solo marido y mujer. Demetrios podía ser el primero en empezar y follarse a la madre, luego todos comenzaron a aparecer con dos. Todo mundo finalmente podría cogir todo lo que de otra manera era inalcanzable. Todos podíamos follar a la señora y a todos los demás hasta que todos agotados. La madre de Demetrio siempre se dejabalar por una chica esta-

ban más rígido del cosquilleo popular, lo que les encantaba mucho y todos formaban un semicírculo para este raro espectáculo.

El padre de la Iglesia le contó a su niña toda la historia de verdad y honestamente cómo se cogió a las esposas de sus hijos y quedó embarazada, como había engañado a la madre de Kirk Klitei y nació en iglesia. También que Zeus Klithes había vuelto a secuestrar y tenía muchos niños con ella. La Iglesia lloraba a menudo por ello, porque entonces era una nieta del dios, pero nunca sintió una sangre divina en sus venas. Amaba mucho a su padre, porque al menos él tenía una cola divina que acariciaba desde la infancia y lo permitiera cambiar. Él no quería una mujer nueva, ni una nueva madre para la Iglesia; el basíbal para hija frottaba su polla con un niño cada noche y el inmenso masturbarse. Entonces la vida infantil se sentía tranquila hasta el orgasmo dormable después de ser huido y luego queda visible. Era una chica sin sexo femenino. Y fue posible que fuera capaz de hacerse sentir más feliz.

Por fin, pensó la Iglesia. por fin el padre se dio cuenta de que su pequeño pecho estaba creciendo y sobre su columna brotaba una tierna falda. Una y otra vez la abrazó, su pequeña esposa, y acariciaba, bebía y lamia su coño hasta el orgasmo. Para hacer cosquillas, él y sus dedosesos eran demasiado torpes, así que ella misma lo hacía cada vez que se rindía. Ella siempre oía a los estúpidos gansos llorando sobre desrollar y follar, la mitad era mentira y la otra mitad de pura grutería. Ella sólo hablaba con su padre acerca de estas cosas, sabía todo y si no, en realidad nunca le mintiera a su hija, ni siquiera a su hija.

No fue su decisión y le sorprendió un poco cuando dijo que quería ser desvirgada y follada como una adulta. Él asintió amablemente y preguntó qué edad tenía. 12, ella dijo que la mayoría de las niñas de 12 años ya estaban desnudas y follando en secreto. “No necesitamos secretos, mi chica”, dijo, “si ahora quieres te divorciar, quiero que me sienta bien”. Y si quieres que seas follada, eso también me parece bien. Sólo recuerda que tengo 65 años y ya tengo un timón. Pero eres muy lo suficientemente inteligente para entenderlo. “Cerque, porque eso es lo que era más listo, no necesita mucho inteligencia que sus maestros.

El desvirgado los hizo juntos y muy cautelosos. Llevó su cola a la puerta de la vagina y susurró medio murmuriendo las palabras mágicas: “¡Mira, querida diosa, es mi libre y propia voluntad que se rompe la cortina y su cola entre en mi santuario! ¡Honramos, te pedimos tu benevolencia y tu bendición!” Estas palabras dijeron todas las vírgenes honorables. Ahora podía entrar, la gaita de la vaginella se tensó y se rompía sin gran dolor. Se ahogó muy profundamente y su polla grande estiró su pequeño mosquito muy lejos hasta el final de su cola. También comieron las palabras tradicionales, “Sé mi esposa Kirk!”, ella asintió feliz y besó en la sala. A partir del día siguiente estaba lo posible con una lengua sorprendente de salsa. Estaba usando un buen boca para conseguirlo pero era más excitado ahora mismo por él o bien porque tenía algo bueno antes de salirse de salida.

Todas las noches se follaban en la playa de arena, masturbaban con gracia y pasión y ponían en el agua para lavarse. A la diosa le gusta mucho lo decente y casta que era iglesia, de 22 años de edad, y seguía fielmente a su padre, cuya única alegría era la edad. La diosa tenía un gran respeto por el padre de la Iglesia, que fue uno de los pocos mortales que Zeus había engañado. Así que la diosa había decidido acogerlo en su bosque de lujuria después de su muerte. ¡Y había engendrado a Kirk como diosas del cuarto, el astuto burro!

Ella se había dejado llevar por las colas de los más invasores y tomó a cada uno en la mano. Sacó el prepucio una vez y otra vez, dejando salir la bellata que le gustó mucho y no se detuvo hasta que los hombres salieron a la inyección. Ella hizo que los hombres sonrieran masturbándose y salpicando al suelo. Tomó las pollas de nuevo en la mano cuando todavía no estaban rígidas y empujó las rugas hasta que eran rigidas otra vez. Luego lo permitió masturbarse, ¡el chico! Ella estaba ansiosa porque tenía que masturbarse en público delante de muchos riffs, eso era humillante relatable para la mayoría de los niños embarazables y decidió seguir haciendo un milagro inquisible. Era imposible hacerle frente a otros chicos. Y luego ella decidió hacerlo.

Iglesia estaba comiendo sus músculos cuando el muchacho subió del mar y se acercó directamente a ella. Señaló al extraño que no era para follar. Se quedó asombrado, nunca había visto una polla tan

hermosa y grande, y ya había visto todas las colas alrededor de él. El Muchacho se sentó junto a ella. “Salud, dulce iglesia, soy Mooai, hijo de la diosa que quiere hacer un favor. ¡Vamos a follar juntos hoy!” Iglesia decidió sacudir la cabeza. “Así que invitando tu hermosa y gran pola, joven Mooai. Sólo jurado con papá, le fidelidad”.

Muai bajó la cabeza. “Tu padre murió hace una hora y ahora está en el seno de la diosa!” Iglesia gritó, para que no haga ninguna broma! Grito ella, ¡demuéstralo! Mooai hizo un movimiento de la mano y abrió su mirada. Allí su padre, incluso en la muerte del hijo. Ella bajó la cabeça, “puedes descansar en paz”.

Cuando su cola se levantó lentamente, la chica sonrió, inclinó hacia él con la espalda, se inclino hasta que sus puntas de los dedos tocaban los dedos de las pies. Las garras le solarieron, el hoyo parpadeaba con abrazo. Era una de sus favoritas y follaba a la chica con sonrisas felices e inundó en su agero de lujuria. Setó hasta que la siguiente criada voltaba desesperado. Quería gritarle mucho lo que amaba y lo feliz que hizo para tener millas de personas pero Moo hace un movimiento del amor por la gente desapareció.

Ella quería algo después de la luna llena y se cogerla tres veces. Ella quería hacer lo que ella deseaba, cumpliría sus deseos cada año. Ella escuchaba dentro de sí misma y oía a la diosa como si estuviera sentada junto a ella. Así, Kirk follaba tres veces al año con el hijo del dios Mooai, realmente tres veces maravillosamente vollada y había cumplido sus deseos desde hace más de 400 años.

Ella tenía su isla mágica, que ningún hombre podía ver. Todos los meses se le daba comida y todo, teletransportaba marineros de corazón puro para follar a sí misma. Permanecía en 22 años, su belleza también permaneció firme. Le pedía que amaba a los niños sexualmente y que les amara sexualmente. Cogía a las parejas de amor ahogadas y las das una nueva vida en su pueblo encantado. Sus deseos eran inteligentes, tenían un año para pensarlo. Follar a Mooai era un punto culminante del año, cogía con ella tan bien como nadie más y disfrutaba de su juego de amor como una novia.

El calor del mediodía se había acabado, la iglesia comió uvas y bebió una taza de vino fresco. Un chico ruidoso se acercó a su ventana. “Andromache lo hará por primera vez a su hermano Demetrios, ¡nunca lo ha hecho!” los niños gritaron confundidos. Los hijos conocían a la Iglesia y sabían con qué hacer un placer. Demétrio se acerco y estiró su pollita por la ventana. La Iglesia miró el pedazo dulce y lo fue a. Luego Andrómache, una niña que tenía cejas rubias, puso al lado de su hermano y agarró cola. Ella arrojó sus labios en el esfuerzo y se masturbó bastante bien. Y me metió la cola para que pudiera aplaudir las manos tetrías en las templas de la iglesia clavó y lleno de tiendas porque ahora todos mis hijos, te hicieron amarrearlos”.

Bajo el ruido de los gritos y los niños, los hijos entraron en la casa y se sentaron en el semicírculo alrededor de la iglesia que había dejado caer al suelo su tinica corta. Se veía muy bien, como 22. Delgada y adornada, con caderas femeninas y pechos grandes. Sus pechos eran grandes, llenos y firmes, luchaban contra la gravedad. Sus cirios fueron grandes y puntiagudos y dejaban que las más pequeñas chuparan y chuparan. La diosa le tenía un tatuaje de color repartido por toda su parte posterior. Era un monstruo marino agradable y cálido, cuyos brazos pulpo les gusta los pedazos interiores y dado desde atrás. Su gran cola grande, de forma humana, la hombro folclórica detrás del cuerpo humano, codificado, y lo que caminaba tras ella porque cada uno de sus pies estaba colocado a pie de una manera muy real, cargado de los animales pequeños, pero también era el mismo tipo de animal. El niño pasa paso hacia atrás, él caminó por detrás de la calle, porque todos ellos son unos montones de montaña picantes.

Ella se recostó en el tablero de ventanas y se acercó al culo de la niña. Dos chicas abrieron sus nalgas para que su hijo viese bien. El pequeño Demetrios se puso en los dedos de las pies y se metió en su agujero, era por él la primera vez. Él sabía, por supuesto, lo que tenía que hacer, porque había mirado cada día cuando la iglesia dejaba follar por un chico. Él estaba listo muy rápido y salpicando dentro. Ahora Iglesia golpeó en las manos y gritó: “hay uvas y limonada refrigerada, luego salir a jugar!”

Los niños habían ido, la iglesia se había lavado en el mar y estaba aseada debajo de las tres palmeras que donaban sombras. Los niños

jugaban chillidos en la playa de arena, los muchachos más grandes arrastraban a sus niñas a una iglesia en las sombras y se cogían sin él. Ella admiraba a estos chicos, estaban en su flor sexual mas alta. La Iglesia no contaba por supuesto, con, pero algunos chicos follaban cuatro o cinco chicas seguidas. Las iglesias sonaron bien porque ella miraba muy bien a la follada infantil. Ella se rebolaba brillantemente cuando un cabrito sevocaba en el arto - y ella follaba, el chico querido! Iglesia era a veces que después de generaciones le gusta convertir a todos en cariños malvados en algo tan triste como tenía hijos e incluso adoraba a todos los niños en su vida sexual, ¡ella volvía a ser mala para todo mundo, ¡el hombre encantador, el niño amoroso, el viejo amigo mío!

Un niño vino solo por la mañana, y siempre venía solo. Él era un solitario y el propio homeros, este homeros. 'Hombre del amor' lo habían llamado sus padres que se había agarrado entre las islas griegas. Iglesia le gustaba al niño, él todavía era un niño, pero ya sabia como un hombre. Tenía una cola muy llamativa, iglesia lo llamaba 'la pierna de los heráculos'. Tenía una raíz delgada y la cola se hacía más gruesa a bello, el roble era grueso y redondo. Las esposas lujuriosas en el pueblo, que algunas veces dejaban follar en secreto por un niño, veían su monstruo y creían. Las mujeres no educadas perseguían que tenía una polla enferma y contaminada.

Ella dejó que Homer cogiera lo que quería por el mañana. Él quiso a menudo. Ella sonreía cuando él se avergonzaba y levantó su túnica. Inmediatamente aflojaba en la espalda para poder penetrar más fácilmente. Era el único chico que ponía sobre su espalda con el torso superior y agarró sus pechos. Parecía saber cuánto fino era el encante de los pezones. Cogió largo y vigoroso, salpicaba larga y vigorosamente. - ¡Así es! -Dijo Kirke alabando.

"No digas tonterías, mi querido amigo! Si te cogías cinco veces en una hora o una vez en cinco horas, eso no importa. Es importante que no hagas daño a tu pene, arañando o bromeando sangrientamente! Homero se acostó frente a la iglesia y ella tuvo que examinar su pechuga milímeticamente". Ni un rasguño, ningún pedazo, ninguna lugar manchado de sangre!" fue su sentencia. "Sigue follando, Homeros, como ordena el impulso!" Ella sonrió. "Siempre me follas del día

anterior, pero ella está tan excitada, cuando niño molesta es ruido. ¿Cómo miedo?" La niña Aurelia tiene mucho tiempo por él, aunque ella vive desde hace 100 años, pero ella tiene muy poco tiempo, pero sí tiene menos tiempo, pero ella vive bien, pero ella lleva más tiempo, pero si ella tiene mucho tiempo seguro, pero ella mantiene bastante tranquila, pero ella ha hecho lo suficiente para hacerla feliz. Pero ella tiene mucho mas tarde, porque ella vive con ella, pero ella sabe que ella tiene mucho menos tiempo, sino que ella tiene demasiado tiempo, pero tiene mucho menos edad, pero ella hace mucho tiempo, pero realmente tiene mucho menos que ella tiene todo.

La Iglesia se sorprendió de que este jovencito quisiera convertirse en poeta, como la costumbre, solo hombres viejos o chicas tristemente enamoradas. Homero prometió que algún día leería algo.

Mookenhai le puso una mañana a un pareja ahogada en la playa. Iglesia de La Desnudaba, ella era casi todavía niños, no tenía 18 años de edad y una pareja bonita me manchó. El niño tenía una polla hermosa y fija como iglesia se sintió satisfecho. La chica había despertado un coño aún virgen, ella había comenzado a follar recientemente. Kirk sabía lo que Mooai y la diosa esperaba de ella! Ella acababa de cogerme, bella mujer? Iglesia confirmó que era un hechizo con el que ella podía hacer bien. "Pero yo tenía que follar a tu amante y volver a la vida" pero la niña podría dar cuenta de que ya estaba cansada de mí, porque ella estaba tan cansa de mi, él estaba chupando su hombre.

Homero lo había visto todo desde una distancia, se metió en el arbusto cuando la iglesia se cogió a la chica como una furia y siguió salpicando en los arbustos mientras que la Iglesia seguía al chico y se dejaba follar por él. Cuando habían ido, se acercó a la iglesia. "Solo me ha permitido follarte por detrás, ahora puedo cogerte de frente como el hombre?" La iglesia asintió un poco. "Sí, claro, solo me lavo el coño por hábito".

Mientras la Iglesia lavaba su conño a fondo, Homer preguntó miles de preguntas. ¿Cómo pudo despertar a los muertos en la vida? ¿Era una bruja o una diosa? ¿Sabía él sobre todo esto? La iglesia sonrió amablemente y frotó muy lentamente su cliché limpio. "Desper-

tando a los muertos es un don divino, uno tiene que saber cómo coger a una mujer y como follar a un hombre, porque es muy diferente, debe estar claro". Observa en la parte superior del pueblo de qué manera dos chicas o mujeres se follan con el cliche! Y si soy una brujeria? No, nunca hago nada. Sí, por supuesto, un poeta puede escribir cualquier cosa, incluso si un rey de la corta la cabeza. A veces es el precio, así que antes valendo lo mal que penacia todo ¡Y ahora, necesita hacerse sentir más bien hoy!"

Ello es que cuando ves la cara de la Iglesia, él espera a ella. "Primero, tienes que golpear tu oyente en el ban". Orar por los hechos simplemente aburrido. Así que debe ser como un drama emocionante, inesperado, vergonzoso y causar sentimientos al oyente. Segundo, y esto es difícil de explicar, cantar, no hablar. ¡Cantar! Cuando lees a los famosos poetas, rara vez encontrarás una fábrica que rime. No llama sin razón se 'Los cantos del Afrilos' y 'Las canciones del Alcobías'. Tú tienes que escribir un canto, no un poema. 'El canto del homeros', que tienen que informar así un día" .

"Llevo un tiempo rascando un borrador para informar de la guerra de Troya, acababa de terminar y yo quería escribirlo como uno de los primeros, tal vez por que algunas mujeres bellas ganen a follar, yo gol! Pero es todo una mierda lo que ha rascado. Se puede resumir en una frase. Se pegan las cabezas y al final solo hay perdedores. No más. ¿Qué quieres decir?"

La Iglesia tuvo que pensar durante mucho tiempo, el ida y vuelta de la guerra de Troya era conocido por todos. "El reporte de la guerra no es un negocio fácil, no quiere terminar como una papel envuelto en el mercado. En primer lugar, por supuesto, tienes que informar con precisión sobre los acontecimientos de la guerra, tus oyentes no se involucrarán.

En segundo lugar, ¿los dioses tienen que hablar, manipular su benevolencia o desagrado los acontecimientos, Los héroes y dirigir sus destinos sabiamente o muy estúpido? Tal vez incluso los dioses también equivocan o tengan plenitud entre sí.

En tercer lugar, ¿dónde están las mujeres? Los hombres son en guerra pero también hay mujeres. El sexo, la fidelidad y la infidelidad, los esposos cuernos y las compañeras venenosas. "¿Quién es el más hermoso ella o yo?", así pueden destruir reinos. Los celos, el desánimo, los rebeldes se puede crear y matar.

Y cuarto, en la guerra se folla, se folla mucho. Con prisioneros, reinas, guerreras, beugers, siervas y esclavos, por un momento con todos. Pero tú, poeta y cantante hábil, no puedes usar la palabra "coger" una sola vez, tu obra debe estar a vista de los estrictos consejeros. Así que 'pasó la noche con ella' o 'se entregó voluntariamente' o 'robó brutalmente su honor', así que el asunto puede manejar por sí mismo".

El bulto de nuestro cantante saliente se metía en su agujero de lujuria todo el tiempo, y cada vez que era necesario, cogía y salpicaba. Iglesia podía cantar lugares individuales, aventuras o escenas de ficción, con voz melodiosa clara y hermosa, y Homer escuchaba con admiración. Entendía cada vez más lo que decía y agarró alegremente sus corazones y las follaba desde muy atrás rápidamente para escucharla después de la inyección.

Se dio cuenta de lo que tenía que hacer, y el asunto de la guerra sólo se añade al final, porque no necesitaba inventar los hechos. Tuvo que inventar una cebolla, pero del interior hacia fuera. Un núcleo con un rasguño básico. Una cáscara agarra una parte, la siguiente concha comienza en otro punto. Y cuando todas las cascas estaban entrelazadas, insertar entre las copas el acto de la guerra como relleno, como crema. Ya a mediodía, él tuvo que dejar de follar e inyectar la iglesia fantásticamente a base de follar. Se levantó y sacó la bala.

Iglesia ya no tenía tantos orgasmos sobre el mañana como hace mucho tiempo. Estaba inmerso en sus fantasías, diosas que discutieron acerca de quién era la más hermosa. Un príncipe que tuvo que cogerse con una de las dioses todas las noches para tomar su decisión después de 9 noches. Una desgracia hecha por una cuarta diosa celosa para que el premio de la victoria rodara a los pies de la última. Los otros dos juraban arruinar al príncipes estúpidos.

El príncipe solo tenía un punto débil, el follar. Se llevó a la equivocada y se cogió a la esposa del rey más feroz. Secuestro, escape, todo el programa. Troya, ingenuo como presuntuoso, ofreció asilo a los fugitivos. Así comenzó la guerra. Terminó con el incendio de la ciudad y la hoguera en que estaban los mejores griegos. Este fue el fin, todos los nobles griegos habían desaparecido, un invitado de remos se convirtió en Rey de Mykonos y siguió a la hija mas bella del rey ferviente asesinada por su reina infiel. Bajo el dominio de los remos, hundió la radiante en Fernis. Esto Homer había hecho antes de llevarse al orgasmo por la Iglesia de Grecia y sus poetas. Fue una última vez, cuando él corrió a las calles, escribió para ella mucho tiempo antes de encontrarla tranquila en su madre.

Ella seguía a los niños asustados, tímidos alternados hasta el rojo de la mañana, uno tras el otro. Ella estaba empujando su cosquilleo como un esplendor de lucha sobre el cosquilla de la chica y la había follado agresivamente hasta el orgasmo y hasta que la pobre niña se desmayó. El rey ferviente seureció tan rápido que él tenía al dios de las vientos, Aeolus, no tuvo derecho a aceptarla. El dios sintió ofendido y dejó descansar a las vientas durante 40 días. Él exigió al Rey ardiente dejarlo en paz durante sus 12 años fuertes del ejército en el altar de la víctima, entonces enfantado más fuerte durante 40 días, teniendo una vítima violenta.

Cuando se habían ido, puso de nuevo sobre la espalda de la iglesia que estaba un poco asolada y no despertó hasta el momento en que el cantante desvaneció y se metió en ella. Ella escuchó su diseño y cantó la historia de las fiencias y los orestabanes. Él era emocionado, su parte encajaba muy bien con él. El solo corrió al mediodía a la vieja Aurelia, que hizo pacientemente como una buey. Ella era antigua y su vagina seca y arrugada, pero Homer todavía podía tener la hora follaba por ella. Ni siquiera pudo pliegues ni cuerpo su marchito molestaban, sólo estaba interesado en el resto del mundo feliz pero ella tenía la plata para salpicar sus hombres felices, pero ella ya había salido a salvarse de ellos. Pero ella fue lo más popular de todo el mundo.

La madre de Homero se maravillaba del que homero follara por la noche, hasta que su padre despertaba. Miró por un tiempo y se acercó al prepucio en su cola, pero durmió rápidamente. Lo que su espo-

sa hizo a su hijo era una mujer sucia y perversa, y no metió nada. Nada.

Ella no conocía toda la imagen, pero cuando cantaba y registraba las escenas del pito de la iglesia, entonces sonrió beatísimamente porque ella también había hecho y cantado cantar canciones de amor.

Ella siempre deseaba cosas hermosas, inteligentes y agradables. Su deseo de fecundación espiritual durante la densidad solo sonaba inusual al principio, pero cuando ella le informó de la poesía común con un muchacho, lo comprendió inmediatamente y lo concedió. Se la cogió por tercera vez al amanecer y la cogio después de su orgasmo hasta que se desmaya, el iglesia amaba mucho, lo que hacía tan especial en el follar con Mooai. Cuando volvió, ya había cien años en las reuniones. Él era el que la gente tuvo esta manera única intensa.

Su padre era ahora un griego, al que Klymena le había hecho una mamada caso a caso. Él miraba indiferente a la actividad sexual de su esposa con Homer, rara vez tenía una erección. Era un hombre bastante justo, su mujer era un hombre a la edad de sus niñas, ella tuvo que follarlo devotamente durante años, hasta que no podía follar más. Era justo que necesitaba alguien para follar. Fue un buen hijo, él dijo a Klymen cada noche tantas orgasmos que estaba totalmente satisfecha sexualmente, nunca hizo se necesita que Kly tuviera que follarla con el hombre, aunque ella perdió muchos hijos pero en casa muy tarde, ella tenía muchas otras cosas que lo hacía pero ella dejó mucho tiempo sin tenerlos. Pero ella también tenía otros niños y es demasiado pobre como ella. Ella fue capaz de hacerse feliz por todo esto.

Por supuesto, la Iglesia también sabía que Homero se cegaría después de la muerte de Klymene, pero podía memorizar los cánticos y los himnos a los dioses que había escrito él solo, y se trasladó de la corte a la Corte para imitarlos. Homer se puso viejo y Kirk era desconocido entre las muchas niñas que lloraban al cantante y amante de cientos de virgenes. El hechizo de la iglesia recibió su adolescencia de sus lomos hasta el final, de modo que, a pesar de la Ceguera, podría follar a muchos vírgenes y mujeres jóvenes. La ciego tocó las tetas de

las jovencitas yogió a los jóvenes que lo llevan. Muchacha, en su niño, llevó a una vieja mayoría a un cararse por la noche y dejar que el cantante le escuche la gente. Era quien escribió también quiénes pagaron a ella palares de escenas de música que salían del mundo desde Odessa.

Mooai despertó a la iglesia mucho antes del amanecer y corrió hasta la playa de arena, donde Mooai había puesto 22 guerreros ahogados. Inmediatamente se dio cuenta de quién era el líder y tuvo que cogerlo muy largo e intensamente hasta que él regresó a la vida. Iglesia se la folló hasta tarde por la tarde, hasta que los 22 volvieron a la vida con náuseas. Kirk, exhausto de follar durante horas, dijo a los guerreros "que eran bienvenidos en el pueblo, pero que tenían que ser pacíficos y amables, que la isla fue un lugar de amor. Las niñas y las mujeres nos entregarán alegremente, ya anhelalos años con nuevos y fuertes muses de hombre".

Ella cogió al líder de la mano y lo llevó a su dormitorio. Ella dejó follar al héroe sexualmente hambriento hasta que tuvo suficiente. "Estás en la isla de Iglesia, gran héroes de Odysseus", dijo ella, porque había reconocido inmediatamente al poderoso guerrero. Nunca había oído hablar del pueblo de Isla y iglesia sonreía, "Ningún mortal común ha visto nunca, así". Odyseus estaba confundido porque él era de camino a casa con su esposa amada y reina Penélope, cuando la ira de Poseidon se desribúarte su barco y todos fueron ahogaron. "La diosa debe hacer mucho para trajer una segunda vida". Odis sintió agradecido. "T eres una gran hechicera, Iglesia! Y gracias por la segunda vida!"

Ella dijo: "Yo incluso tenía dos de ellos, pero solo uno podía ser verdad. La primera era en que Penélope había dejado follar cada noche desde su partida a Troya por uno de los 60 candidatos, porque ella no pudo elegir uno de ellos. La otra época en la cual su hijo Telemachos estaba llorando con Penélopes desde la partida del padre y defendió su honor con la espada en la mano. Penelope gritía lujuria por la noche a través del palacio, porque Telemachos era como su padre. Odysseus lo vio ardientemente. 'Y cuál fue el verdadero, oh Iglesia?' iba a Penélope, le temía", dijo la iglesia, "conocía a la gente y mostaza ardentes de las mujeres penélicas, sabían un poco sobre sus

vidas infantiles; sabía todo lo que pensaba él, pero yo sabía lo que se creía". Pero Penélope Sabías lo que sentía hasta entonces, pero lo sabe todo lo que lo que pensó.

Odysseus no era solo un buen ficker, sino también una verdadera dama de travesura. Iglesia y Homer se pegaban a sus labios cuando relataba la follaje de diez años en la guerra de Troya. Las muchachas y mujeres de Troy salían de la ciudad al atardecer para coger a los guerreros griegos. Penthesileia cantaba a Odyseusseus, la reina amazónica y su 40 Guerreraas que por la noche se precipitaban contra los guerrero griegos y las cogías por travesuras. A menudo él mismo había dividido pentesilía con el feroz áquila, la Reina era y codiciosa que los héroes echaban la pistola.

También hubo cosas desagradables, como Aquiles, la nieta virgen Briseis, de once años de edad, en el altar de la Atenea, y la llevó a su tienda, donde se cogió a la joven asustada una docena de veces al día. O el príncipe París, que no solo terminó la guerra cuando se cogio y secuestró a la esposa de Menelaus Helena. No, el tirador de Paris también atacó a la mujer de su hermano Héctor, lagonzó durante semanas y hizo un hijo, lo que Héctor perdió su mente y buscó la muerte en la batalla. O Ajax, quien vio a la Virgen Kasandra en el templo de su diosa Atenas, luego mató como una esclava todos los días.

Iglesia y Homer se aferraron a los labios de la Odisea, y sus narraciones fueron incorporadas en la historia que ya había crecido enormemente. iglesia pidió a Homero que redactara dos versiones, una más corta que hubiera sido limpiada por todos los detalles sexuales, y una mas larga que contenía todas las aventuras, jodidas y violaciones que habían sido narrados por Odiseo. Odyseu siguió a la iglesia mientras escuchaba los cánticos de Homer. Entonces Homer sentó con el cuerpo superior sobre la espalda de Kirk y su pierna durante horas en el agujero del lujo de la Iglesia, donde siempre la follaba y la inyectaba con fuerza.

Los hombres de la Odisea habían construido un nuevo barco y se apresuraron a salir. Iglesia dijo a Odiseo: "Las generaciones más tarde se alegrarán, yo te habría encantado y no te hubiera dejado ir, pero estos son las mentiras que ha escrito a todos! ¡malos! Puedes irte

en cualquier momento, rey traicionero, porque son tus lomos empinados que no pueden separarse de mi cuerpo! ¡Vete!"

Un día, Odiseo se fue y no pudo detener a sus hombres, pese al querer follar hasta el final de todos los tiempos con la Iglesia siempre caminando. Pero sus hombres querían volver al reino de Itaka y recordaron en Odiseo que Penélope lo estaba esperando con Ansia. Se dirigió hacia Itaca y cuando miró atrás, la isla desapareció. Continúa con decisión, pero Poseidón lo detuvo, como sabemos.

La pechuga de Homero pasó toda la mañana en el agujero de lujuria de Iglesia, se la cogió de forma natural y saltó sin sacar a la polla. Miró sonrientemente hacia el mar y alternaron los cánticos. La obra tomó cada vez más forma, ambas versiones. Pero iglesia no descuidaba a los niños por la tarde, hizo que las niñas se masturban para inyectarlas, después de los hijos la rodearon mientras tiraba del culo al muchacho y se ríe de las joyas.

Homero había estado siguiendo a Klymene durante más de 20 años por la noche, solo tenía romances durante el día y se rompió con todos los hombres de la isla. Se mantuvo ingenua e insensata toda su vida, se metió en cualquier hombre que quisiera tenerla. Tuvo un entierro hermoso y Homer atrajo a una chica joven a su campamento todas las noches, ¡había tantos! Aurelia ya no existía, Homer ya no tomaba las dos manos en la piscina de chicas jóvenes cuando Iglesia se dejaba coger por las tardes. No le interesaba absoluto, Los trabajos no era cosa su. Las obras habían terminado, él cantaba las dos versiones de Ilias delante de los aldeanos. Así perfeccionó su presentación.

La Iglesia lo dejó de corazón pesado y le dio adiós para siempre el amor de las vírgenes y las jóvenes. Se mudó de la corte a la Corte, más que nada el público escuchó la versión más larga, porque se amaban los cantos sucios. Poco a poco perdió la vista, tomaba una joven en su cama todas las noches. Era especial tener una virgen tímida en la cama y eliminarla, pero floreció. Pero las muchachas lo amaron mucho y luchaban por el lugar en su cama. Cuando Odisea volvió a casa y estaba despojada de la diosa, escribió la Odisea. Cuando ya no podía escribir él mismo, dijo sus himnos a los dioses a los escrito-

res. Estaba en brazos de una virgen cuando cerró los ojos. Homer tenía una vida feliz.

Ella se sentó tristemente en la playa de arena por la mañana y se quejó de su sufrimiento en Mooai. Una mañana encontró a un ahogado en la obra. Era Yannis, una simple y buena muchacho campesino que había saltado tras un cordero que amenazaba con ahogarse en el río Mahl. Iglesia estaba aterrorizada en el primer momento, una polla tan grande y enorme como una rubia de elefante nunca había follado en todos los 480 años. Se afanó para hacer bajar las lágrimas, pero ella siguió a Yannis durante más de una hora hasta que estrelló los muertos. Inmediatamente enamoró de la diosa que había resucitado a la vida y seguido sus pasos. Su cola colombiana tenía reposo sobre la mitad de los ojos cuando era tieso hasta que rodillas tenían que ser removidas.

A pesar de su adolescencia podía follar bien, se había cogido con su madre y su hermana mayor desde que tenía doce años porque a ambos les gustaba follar con su gran polla. Los dos nunca pelearon con quien le permitía follar, porque él aguantaba y seguía a los dos. Se reía y se alegraba de su felicidad sexual, porque era el único hombre en la casa. Su cola no entraba ni siquiera a la mitad de los dos, para poderse masturbar firmemente a la otra mitad con el puño. Al final, abrazaban a su pola para sentir cómo la semilla pasaba.

La Iglesia siempre se dejaba follar por Yannis cuando se sentía ansiosa. El yannis pronto aprendió a follar como Homero. Se inclinó por el tablero de la ventana y miró hacia el mar, él apoyaba su cuerpo superior sobre su espalda y golpeó su cola por detrás. Su cola encajaba bien en su coño después de un poco de entrenamiento completo. Él la follaba, tantas veces que su polla se agarraba y salba infinidad en su agujero de lujuria.

Por la tarde, se descansó y miró lentamente a los niños siguiendo su diosa por detrás. Las muchachas jugaban con entusiasmo con su trompeta de elefante y las muchachas más grandes a veces se atrevían a meterse en la ruleta de elefantes en sus pequeños agujeros, pero solo entraba un cuarto, y luego se golpeaba al final. Sonrió bien

cuando una de ellas cogía su cola de elefato con sencillez y lo dejaba entrar.

La Isla de la Iglesia desapareció gradualmente para siempre.

- • El tiempo de trabajo:

La inocencia de Lisa.

von Jack Faber © 2024

La hermana Antonia había llegado al mundo como Lisa. Sus padres eran pobres, el padre estaba sin trabajo. la madre se abrazó con su pequeño se agarró sin fin porque ella se enamoró mucho de ella. Ella tomó a niño en el brazo y le dejó chuparse encima de su pesón y chupó para distraer al niño cuando el padre lo hizo ir, y él se cogió a ella día y noche, porque no tenía nada que hacer muy bien. Estaba tan lejos como podía pensar en el pecho de su mamá, cuando el papá se acercó a Lisa a su gran polla. Mamá solo era lesbiana, entonces siguió a ella también en la juventud, después se metió un montón con los hombres. Lisa llegó muy lejos y ella fue una familia amorosa. Me pareció un niño a la gran polla del vino de papa, robó el gordo y me rojo que dejaba a Lisa en el corazón fuerte si mi mama puso muy mallocaza sus manos sobre las mismas puertas.

Papá estaba feliz y relajado junto a ellos, mamá cosquillaba y abrazó a Lisa porque ahora Lisa se acobardó con mamá, porque sabía lo que iba a pasar. Mamá bebía y lamia el cuño de Lisa, y eso era maravilloso. Lisa sintió que subió en su abdomen, empujó su coño firmemente sobre los labios de la madre. Por supuesto, ella sabía bien que fue para la niña, lamaba su lengua como una pequeña serpiente en el niño pequeño. Los labios rodeaban todo el cuento y entre ellos se mojaba la serpiente de la lengua. “¡Ahora, mama, ahora!” ¡Lisa jaló, porque no detuvo más, muy fin de la mamá había encontrado poco por sus pequeños labios. Abrió, ofreció leña como deja un florista lejos del cuerpo. “A sí me gusta mucho pero él puede dejarse amar sin nada mas grande sino que mi hija ha dejado algo menos fuerte”.

La madre estaba muy enferma de tuberculosis y se deslizó cada vez más raro. Esto tomó a la pequeña Lisa, ella aprendió sobre el polla del papá entre sus labios y una deslizarse hasta que su padre salpicaba. Mamá le mostró al principio empujar las puntas de su chaqueta en la izquierda y en la derecha sobre la cola rígida de papás y deslizarla firmemente hacia adelante y hacia atrás. Cuando inclinó un poco, la mamá dijo que se deslizaba sobre su cosquilleo. Entonces

Lisa comenzó a coger la cola de su papá de esta manera, durante mucho tiempo, hasta que él salpicara la cola. A veces se hundió y se puso frente al pecho, luego acarró su popu orgasmo que tembló en el pequeño lamiño y empezó a temblar, después de lo cual la gente de la casa de mi hermana Lisa estuvo luchando por esto cuando los padres me hicieron sentir muy agradecida por mí misma. Luego fue como siempre.

Después del funeral, Lisa le preguntó a papá si quería cogerla de verdad, ahora que mamá ya no estaba. A los 13 años era demasiado joven para follar, papa dijo que era demasiado joven y que bastaba con lo que se ornilara su polla con los labios de la chaqueta y se metiera con la inyección. Él la desvenía y la cogia cuando ella había envejecido bastante. Lisa asintió porque ella entendía y el cogia tres o cuatro veces al día, porque papá enfermó cada vez más. Lisa encontró algunas veces con Jerome en el jardín, él era mucho más viejo de lo que ella y cuando vino, tenía su pene, pero era mucho más pequeño que papá. Ella podía coger la polla y la cogía completamente hasta volver a dejarlo grando todo completo. El creyó que te robaría una mujer que siempre veía por un rato, la casa de sol y las ventanas de noche, ella tenían poco tiempo atrás en el salón de la sala de la casa de la casa, ella nunca volvió a salir de la casa a otra persona.

Lisa nunca asistió a una escuela, cuidaba de papá con cariño y lo seguía cada vez más porque la lamiendo de cosquillas a mamá y los orgasmos le faltaban mucho. Se despertaba una o dos veces todas las noches, su cosquilleo se volvía loco y no se calmaba hasta que lisa frotasse el cliché al orgasmo como mamá.

Ella ganó unas cuantas monedas cuando bajó tarde en el bolsillo del viejo Odin y siguió a los hombres de su manera por un par de monedas. Se llenó de un extraño orgullo que todos los hombres admiraban su hermoso culo blanco y su bello coño, cuando ella seguía a un hombre en la sala de huéspedes. Folllaba de tal forma que todo el mundo podía verlo con toda precisión cuando sus labios salían sobre la cola. Una vez al mes tuvo que cogerse a la vieja odín con un ojo, así era el trato, y él le contaba historias maravillosas. En se llamaba Odysseus y buscando una esposa Penélope. mucho tiempo, estaba el hombre que miraba como un niño de 100 años, pero tenía gusto de

escuchar las historias, probablemente mintiendo. Aunque había descubierto lo que ellos conocen bien, él sabía muy bien cómo eran los grandes y vieron para conocerlos, conocieron realmente a los hombres y hicieron saberles lo que les gustaba hacer con sus propias vidas, pero tenían gran edad. Pero durante ese tiempo, Lisa pudo describirlas tan bien como ellas saben y conoce a sus propios hijos, como los grandes y los madres de los hombres. Los buenos han conocido muchos fueron los grandes y vinientes.

El monasterio los recibió con las brazos abiertos. Era novicia y, después del voto, se le dio un nuevo nombre, hermana Antonia. Tenía 30 años cuando estalló la guerra. Sólo en los últimos días de la guerra, los soldados rusos descubrieron el monasterio lleno de mujeres. Nada y nadie pudo detenerlos para coger a las mujeres. Solo dos se atrevieron a negarse. Hermana Hermengild y hermana Judá buscaron personal, los rusos cortaron rápidamente la garganta y vollaron los cuerpos todavía calientes. Después de eso, ninguna fue descubierta. La hermana Antonia se escondió dos días y luego fue descubierto.

Era un grupo de ocho hombres que parecían más chinos. Ellos gritaban 'saikhan emegtei', así los llamaban. El líder era un hombre grande, él le quitó la gorra. Ella estaba desnuda y perdió hoy, a los 34 años, su virginidad. Él las dejó reposar con sus manos en el muro, él abrió sus nalgas y se metió por detrás. Eran mongols y tenían todas las pollas muy pequeñas como Jerome, tal vez incluso más pequeño. Antonia se estrelló junto cuando su puñetazo de doncella, pero él no esperó ni un momento, y el dio una paliza en el pie. Ella tenía un poco de calor sexual, la follaba ni un momento. Se quedó completamente indiferente después del otro se lo voló. Los días de los hombres, ella tuvo tres hermanas a Antonia, que había dejado mucho frío en uno de ellos. La pierna fue demasiado fría en el lado de otra parte de ella.

Ella pasó de un lugar a otro, el año del día fue bastante rápido. Entonces tuvo una gran suerte. La contrataron en El Barón de Nubestein, con comida y alojamiento llenos y un generoso pago. El barón era todavía un joven, tal vez 23 o 24 años de edad y estaba en cama. Había sido herido en la guerra y ya no podía usar sus piernas. Era un

muchacho muy amable y serio que leyó la mayor parte del tiempo en la cama, todos los periódicos y libros.

Ella sólo estaba cortando poco antes de lavarla. “¡Qué hermosa y magnífica cola, señor!” exclamó. “Si lo lavo, seguro que va a poner rígido, lo sé”. Aceptó y dijo que debía frotarlo y cuando Lisa sacudió la cabeza en una manera decidida, que nunca había hecho esto, que necesitaba lavarla bien! Lisa tomó la esponja con la espumante cola. Por supuesto, volvió más rígida y se retiró firmemente el prepucio con la esponja varias veces. Ella podía quitar completamente el prepuño del caballero cuando él salba las cosas. En realidad, ella no tenía cuatro veces directamente la boca lavada pero la sala es muy rica o mucho menos la colá con la saliva. Pero realmente ella hacía cinco días sin usar esa misma color verde.

Quería escribir su historia de la vida, y ella se quedó sentada en su cama acariciando a la hermosa y grande polla mientras hablaba y contestaba con franquisa sus preguntas intermedias al escribir. Cómo chupaba y succionaba al pezón de la madre cuando papá se seguía a mamá. Como mamá se arrodillaba con ella, fumaba por diversión y finalmente lamia su cosquilla al orgasmo. La mamá lo hacía muy bien y la lama al menos una vez al día. No, nunca había masturbado de niña, Lisa respondió.

El barón lo escribió todo, como la mamá le mostró a los 8 años de edad que se ponía el polla del papá entre sus pequeños labios y deslizaba hacia arriba y abajo hasta salpicaba. Se decía al padre aunque nunca había tenido un buen trato con papá. El barón asintio, él creyó. La tenía una vez en día hasta que tenía 26 años, y Papá murió.

Lisa se hizo difícil hablar de los otros hombres, pero el barón tenía mucha comprensión. Tenía que hacer algo de dinero para pagar la carne, el arroz lácteo no era un buen alimento permanente. Pero eran pobres en mendigos. El Barón asintió, él sabía porque pagó la comida para un orfanato. Lisa salió un poco por sí misma, informó acerca del follar en público en Odin Kaschemme. Como le gustaba mostrar a los huéspedes su cuño del desvergonzado y exhibicionista. Ella no sabía la palabra dijo, pero el Barón le la palabra, ella también relató el acuerdo popular con Odín una vez al mes y escuchar sus historias de

mentiras. Baron sonrió cuando escuchó las mentes que podía oír. “Elysseus odida realmente había dado algunos años sobre lo que quería leer”.

Lisa respiró, el señor era muy comprensivo. Así relató también de los años en que se le permitió follar en la casa de Madame Veronique por buen dinero. No estaba segura de si ella no era realmente una puta, pero el Señor saludó que no fue importante. Así que ella dijo de 30 años en el monasterio y en el hospital del convento donde había aprendido todo esto, el cuidado de la enfermería. No, eso fue 30 años de verdadera castidad, ninguna folada, nada. Ella abrió sus piernas cuando miraba a uno masturbándose, pero ella no cogió la cola y tampoco dejó de tocarla. Ella limpiaron las colas después de la eyaculación y dejaron el eyaculando con su puño aún cuando no tenía terminado. Y ella misma Esto lo hizo solo cuando despertóse con vino por la noche para masturbarse. Él siempre tuvo un sueño duro, él mismo me hacía sentirlo como algo más fuerte mientras mi madre nunca quería irme hasta allí, porque sí sabía mucho menos que yo podía hacerle cuanto tiempo durmiendo. El mismo Dios hace lo que tengo una vez, tanto que he hecho lo suficiente para mí, lo siento tan difícilmente como lo que tiene una cosa dura.

Lisa lo masajeó todos los días por la mañana y por la tarde con un aceite perfumado por todo el cuerpo. Después de masajear, tomó la esponja y le escupió hasta que saltó. También dijo cómo los rusos asaltaron al monasterio y se vollaron a todas las novicias durante tres días. Cómo desvirgen y fue follada correctamente por los hombres durante tres días, la primera y única vez, porque nunca más volvió a follar en los siguientes 30 años. Estaba muy triste cuando contólo y lloró un poco, pero ella le contó mucho detalle sobre como pasó del virgada y cómo los hombres cogían durante tres días . Solo había dormido brevemente, entonces El barón solo tenía cuidado entre sus preguntas de forma natural Ella vino con su cola pequeña rígida siguiente. Él quería describirlo todo dentro de él forma natural.

Ella se sacudió la cabeza otra vez, pero ella estaba segura. Ella estuvo con el barón durante un año, ella lo hizo salpicar varias veces al día y ella le había contado todo sobre su vida amorosa. Él chupaba todos los días, si no era él sino que la rindó. Pero ella abandonó una

vieja mujer de 70 años arrugada, no una joven bonita, pero solo rezaba de que no era suficientemente atlética para las cosas bonitas jóvenes, ¿verdad?

Ella se desnudaba del nudo y él la miraba con curiosidad. Era pequeña y muy gruesa. Tenía una cara radiante y amigable, pero de lo contrario era incómoda. Sus pechos grandes colgaban pesadas y suaves hasta sus caderas gruesas, los pelos axilares y púbicos habían fallado. Con los dedos saltaba sus labios mortaíferos y exclamaba: “¡Tu cosquilleo es muy bonito!” Lisa asumía avergonzado. “Siempre sueño con tu polla, señor”, admitió en voz baja, “me hace soñar muy caliente con tu inyección”. Y luego me desperté cuatro o cinco veces por la noche y tenía que masturbar dos veces más.

El joven barón sonrió. “Es hermoso que tu cuerpo esté tan ansioso y despierto en su derecho!” En realidad no lo entendía, así como se levantó por primera vez a la cama. Por primera vez después de años, se masturbó la polla con el puño para hacer más rígida. Por primera veces después de 40 o 45 años, sus labios se encerraron en el largo cofre, apoyaban en el pecho con las dos manos y se deslizaban hacia atrás. Una sacudida corrió sobre su espalda,tó de nuevo, resplandeció un cuarto de hora y volvió a poner una inyección fiable.

Se quedó junto a él, se habían vuelto íntimos. Dijo que no había tenido sexo desde la herida. Antes solo tenía sexos con una sola. Su madre, la antigua baronesa, lo llevaba a la cama a los 11 años porque su padre nunca volvió de África. Él le miraba cada mañana masturbándose, la mujer de 65 años le hacía sonreír por completo. Cuando podía salpicar, ella se cogía con él, cada día y cada noche, tenía que follar con él en su mayoría cinco veces al día, su instinto era muy fuerte en ese entonces. Ella mostraba cómo le gustaba el peneba masturbarse. Ella comenzó a masturbarse mientras crecía mientras miraba. Cuando venía al orgasmo, él podría fijamente tener un orgasmo brutal cuando estaba volando a morir en el punto del corazón de mi mamá. Estaba triste cuando quería morir en su propio momento. Ello me encantaba mucho cuando estaba solmente acostumbrado a ser feliz.

Ella lo siguió durante todo un año y decidió un día después de él "como los rusos", dijo. "¿Como los rusos?", preguntó dudando. Ella se acostumbró a su polla sonriendo con el puño rígido y tapó su polla en su agujero de lujuria. Él fue el primero en 40 años. Pero ella no sintió nada otra vez. Después de la incubación, se acostaba a su casa y abrió el corazón. Se quería re-ellarse. "Querida cay Lisa, pensando algo caliente que podría masturbarse durante tiempo. ¡Esto te puso a pensar!" Ella llamó una sola vez al orgasmo. Ella hizo mucho tiempo que tenía pero ella estaba haciendo el estrés del sexo mientras ella veía el tiempo que le gusta; ella sabe cuánto hace ese hombre, pero ella dice: 'El tiene que hacerle sentirlo', pero ella está contándole mucho tiempo que ella hacía cuando ella era extraña. Ella sabía que había hecho el orgasmo, pero ella quería decirme que ella tenía tanto tiempo que ella tenía que tenerlo fuera de sí mismo. Ella cuenta que ella tenía el tiempo que ella esperaba para hacerlo, pero ella dejaba ver que ella sentirse como ella. Ella siente mucho tiempo que él es muy lejos de ella. Ella piensa que ella tiene que ella quiere vivir, pero ella sabe que ella tiene mucho tiempo que realmente tiene que ella tiene el tiempo que haría el orgasmo. El amor es más allá de ella.

El barón se entristeció cuando Hitler llegó a ser canciller del Imperio. Se puso cada vez más desesperado porque el imperio dirigía la siguiente guerra a la velocidad de una expresión. Nadie podía hacer nada al respecto, era simplemente así. Sólo podría detener la calamidad con un bala. Históricamente, ni siquiera pudo salir de su habitación. Una bala! ¡Recía hasta que lloraba!

El primer septiembre, Hitler invadió Polonia.

- • El tiempo de trabajo:

La inocencia de Toledo

von Jack Faber © 2024

Ria, en realidad Rinalda, era la hija de 14 años del señor Rodrigo. Llevaba seis semanas viajando con su pequeño ejército y luchaba al lado de los Reales contra los moros que venían corriendo desde el sur contra España católica. La madre de Ria Isabel había muerto hace cuatro años a causa del viento, Ria vivía solo en el gran castillo a orillas del Tajo. Ria se senttaba a la orilla del río y miraba hacia fuera del tajo, que fluyó majestuosamente a través de la ciudad pequeña. pequeña mancha pertenecía a Esta sola. Sólo Alejandro vino aquí, amaba a Ria. Él no se preocupa mucho del hecho de que María ya había prometido a un noble en Madrid, que había estado comprometida desde 7 años.

Alejandro apareció silenciosamente, como un depredador que se acercó a sí mismo. Ella miró al sentarse junto a ella en la hierba. Ella amaba su rostro, su cuerpo y todo. Él era el hombre de su corazón, y desde que amaron no había tocado a nadie más. Había follado una gran cantidad de esposas maduras y castas, fue como veneno para estas esposas castas y fieles que comenzaron a temblar ante sus deseos cuando lo vieron. Se la vollaba a todos los desnudos, aunque sabía muy bien que los hombres luchaban contra los moros. Tenía un sentimiento inconfundible de que el coño se mojaba con sus ardientes esposas y que la pobre mujer tembló cuando las mujeres casadas y follaron. Pero ahora pertenecía a Riaz por mi piel, él tenía hija del pelo y tu hija era comenza del amor.

Ella había aprendido hace unos días a masturbarse su polla y lo hacía cada tarde cuando su polla se hacía dura con el beso. Ria había crecido muy bien, ella no tenía idea hasta hace unos días de la sexualidad y la cola de Alejandro era la primera persona que podía tomar de la mano y explorar. El masturbamiento la había aprendido en pocos minutos, gr de placer cuando le inyectado la hierba. Alejandro sabía que tenía despacio con una virgen, una nacimiento. Pero hoy fue el momento para dar alto un paso más.

Ria se abrazó sin fin. La mano de Alejandro se acercó por primera vez a su falda, tocó sus grilletes y se acostó junto con él. Ria puso su mano sobre la suya y nunca lo detuvo. “¡No, Alejandro, mi amor!” Ella no se agarró con facilidad su Mano. “Yo todavía soy virgen, sin tocar y casta!” Él asintio amablemente. “Sé, amada Ria, nunca te quitaría tu mano, nunca te arrebataría la inocencia! Sé esperar hasta que quieras convertirte en mi esposa y me regalas tu virginidad. Yo solo quería acari cuerpo tú por encima del cariño y yo sólo quiero tocar tu piel como las aguas del tajo. Su mano se alejaba y su mandí de ti.

Ella esperaba impacientemente, quería sentir su mano en sus muslos interiores. Se desvaneció de deseo, sintió que su mano se deslizó un centímetro más alto que ayer y cada vez tocaba a su hijo. ¡No podía ser al azar! La campaña golpeó demasiado pronto.

No vino al día siguiente, una niña se metió en su jardín y le dijo a Ria que Don Alejandro estaba enfermo y que venía mañana. Tres veces llegó la niña, Ria estuvo fuera de ella por deseo y deseo. Alejandro Vino pálido y ligeramente violento, pero ya no estaba enferma. Su enfermedad llamaba Donna Elvira, quien lo dejó caer enfermo durante tres días. Estaba humillado, había engañado a Ria, era un capullo apestoso. Sin embargo, Ria se apresuró a verga de sus pantalones, que no había hecho hasta ahora, Ella se masturbó con su polla y puso la semilla con un paelo. Ella puso suñuela sobre la vuelta de su trasero. “Yo me he puesto tanto tiempo contigo, Alejandro! ¡me ha consumido tanto menos tu mano, la mano de mi mano, pero tenía el estado desagradable, porque yo tengo más que amar, sino que él tiene mucho que decir: “¡Por qué no tuve nada que hacer otra cosa!” Pero sí que quería decir algo sin tenerlo que es imposible”.

“Perdóname, Ria, soy un perdedor, te he hecho esperar tres días! No volverá a suceder nunca más!” -repuso y se mordió en la lengua, porque había tantos Elviraes en la ciudad, no podía resistirse, no él-. “¿Puedo acariciarte otra vez?”, preguntó el sonriendo.

“Tu falda es tan suave”, susurró, “se siente divino”. De repente golpeó su falda, de modo que estaba completamente desnuda y se arrodilló delante de ella. “¡Qué hermoso es tu vagina!”, dijo cuando había compartido sus bocadillos con los dedos. “Y un cosquillero, quiero

ser yo, él es tan grande y rígido como un dedo pequeño!" Él besó a su coño, su cosquilleo, su cosquilla suave y admirable. Ella callaba, Ria era completamente acostada. Sólo un hombre había tocado así a su padre. Cuando salió por la noche para darle una buena noches. Desde que tenía, su camiseta se puso hasta el bar y acargó suavemente cuerpo suyo en todas partes de sangre, en El que habían levantado su mano le dio cuenta de lo que había vuelto a hacer, entonces descubrieron las manos dulces de su madre. Entonces pronto murió su mama.

Y ahora la mano de Alejandro descansaba sobre su hijo, tocaba los dedos con la delicada cola. Detuvo la respiración cuando un dedo se deslizó en su columna. "Soy virgen, mi amor", soplaba silenciosamente y excitada. La marea caliente subió hasta el cuello. Alejandro preguntó: "¿Nunca lo haces?" y ella preguntó a qué se refiere. Su padre tocó a su cosquilleo. "Ahí están las niñas". Ria sacudió la cabeza, no, no sabe lo que quiere decir.

Su aliento fue corto, era tan fino, tan hermoso y dígale qué palabra había? Emocionante, excitante. Sus muslos se relajaron cuando sosurró que era básicamente lo mismo que cuando ella se masturbaba. Su cosquilla era rígida y firme, así como era de noche cuando acariciaba su coño de forma fácil e inocente. Se relajaba y dejaba deslizar los músculos lentamente. Unante ardiente creció dentro de ella, se hizo más grande y mayor y sepió rom. Se reunió y golpeó a los músculos. Fue su primer orgasmo.

Alejandro la abrazó y se explicó tan bien como pudo. Ria sintió con una vez que ya no era un niño. Ella creció. Susurraban durante mucho tiempo, masturbaban el uno al otro en el futuro, eso estaba bien y bien. Desde esa tarde Ria se masturbaba cada noche, soplando y podía dormir inmediatamente. Ella sentió el deseo y el deseo muy diferente de lo que tiene ahora, solo dijo que necesitaba un orgasmo. Ahora.

Alejandro abrió sus músculos muy lejos y se sumergió profundamente. Ella sintió los labios del muchacho en su coño. "Alejandro, ¿qué haces!" - exclamó con sorpresa, "No, qué estás haciendo allí!". Su lengua lamía sobre su cosquilla, y era tan maravilloso que Ria casi

salía de la piel, golpeando y lamiendo su cabeza en el pelo. Ella agarró sus labios firmemente en su cuello. Él él ella le tomó las muslos en elmo. La carnicería orgasmó en sus oídos la mejor invención y ella tenía cada uno. Había empujado hacia el sur cola a su caracoles. Pero no preocuparse por su mano, sino ella, porque ella no lo hizo debido a su cuerpo grito, pero ella puso una lámina en su pecho para ponerse al día, y ella tuvo un láminas en su corazón.

El padre Rodrigo era el único nuevo que Ria se masturbaba. Lo había visto mil veces, su esposa Isabella masturbándose cada noche y haciendo quemar la vela para poder verlo. Pero Isabel ya no tenía más.

Ria abrió los ojos cuando estaba lista y parpadeó en la luz. Saltó, desnudo como estaba, de la cama y abrazó a su padre con una tormenta. “Papá, no sabía que iba a venir hoy, ¡había esperado por ti con una buena comida!” Él también se sentó junto y contestó el Abrazo. Se sentaron en la cama y él dijo brevemente cómo había terminado la campaña, los moros habían huido al sur del cuello y dejaron correr.

Ella se masturba todas las noches antes de dormir, casi siempre acostada en mis brazos y masturbándose con pasión y felicidad. Yo la amaba mucho, mi Isabela!” Ella callaba, siguió sus pensamientos. Rodrigo le dio un beso de buenas noches y fue.

Una de las noches siguientes, ella entró en su dormitorio y se sentó al pie. Ella podía verlo llorando silenciosamente. Su corazón se acobardó. “¿Qué tienes papá?”, le preguntó muy tranquilamente. Él callaba por mucho tiempo. Sacó su manta, estaba desnuda. “Déjame verlo”, tarareaba. Ella inmediatamente sabía lo que quería decir. “¿Debo encender la vela?” preguntó a ella, pero él ya había inclinado e incendiado la vela. Se limpió las lágrimas de los ojos y sonrió ingeniosamente. Dio Ria dijo: “Me avergüenzaste un poco, papa, me tomaste en el brazo?”. Ella acostó en el braza durmió mucho tiempo, luego se masturbó con una gorro y lleno sus brazos, entonces tuvo tanto amor y perdón de sus manos”.

Por la mañana, despertó a una criada muy temprano que era inusual. “Desayuno con el Señor”, susurró la sierva. Ria se vio rápidamente y fue al comedor, realmente dio el desayuno. Le Dio un beso de buena mañana. Él miró. “Estuve en Madrid hace dos semanas. Vi a tu prometida. Hablé con su padre y disolví el compromiso”. Seguía comiendo tranquilamente, pero Ria se sintió desconcertado. Continuó hablando cuando cuenta Dios. “Él se convirtió en un tipo líder. Yo daré a un mozo de establo más que a estaoria! El daño financiero no me importaba, no me importaba. Te busco otro, decente, que le debo a Isabella. Ella siguió silenciosamente, aunque él hubiera negado saber qué había hecho para ella sin decidirse por otra oportunidad mejor, pero Fernando te dijo: ‘No sé’.

El padre había terminado de desayunar. Dijo que estaba cabalgando en un pasillo de control y regresaba por la noche. Si ella no pasó la noche con él, en la cama doble grande?, preguntó casualmente. ¿Qué ya no quiero dormir sola, él agregó3. Ria asentaba con el cuello seco y tragía profundamente. Bien, dijo y fue! Por la tarde Ria tomó una decisión, y no le fue fácil. “El vino a casa y no podemos vernos más. Sólo cuando se”, dijo Alejandro. No dijo nada sobre el compromiso hasta que mi marido sabe. Quería protestar, pero ella no hizo ningún argumento contra ella. “Si te golpeas la cabeza. Él lo dice, puede dejarlo miedo”. Alejandro era triste porque ella tenía una píldora, pero ella era muy joven, Ella era tan triste como ella, sino que ella tenía ninguna duda acerca de ello. Pero ella tenía mucho miedo, porque ella era una niña, ella era una chica, ella era muy fuerte, ella era clara, ella tenía algo que ella quería hacer, ella era demasiado triste, ella era otra cosa, ella era sólo ella tenía uno de los tres adultos.

Después de la cena, siguió a papá al gran dormitorio de su padre. Él sacudió la cabeza cuando quería ponerse en el camisón, hizo quemar una vela y la abrazó antes de dormir. Sólo en la tercera noche tomó en brazos. Ella se abrazó profundamente en sus brazos y jugaba con su cosquilla hasta que el deseo subía a ella. Se masturbó cada noche en sus brazos, miraba sin palabras y bebesaba a la dama cada vez que pasaba la tarde.

Don Fernando, su ex prometido, se había convertido en un borracho y jugador, perdió todo su dinero en la mesa de juegos y terminó

cada vez más cuando su padre negó el dinero. Bebía demasiado y se despertaba en una cama extraña todas las mañanas. En su mayoría no eran prostitutas sino esposas honorables, no tenía conciencia en absoluto y no pensaba en los esposos que solían servir en los campos de batalla mientras Fernando cogía a sus esposas. Ria estaba agradecida a su padre porque había invenenado a don Fernando durante la primera semana. El Padre Ria sabía que no bromeaba.

Ella dijo que no le molesta nada lo que se pasa en las criadas. Dijo que tenía 43 años y que no era un grandioso, que quería follar a diario, ¿no fue normal?

Su padre estaba perplejo, siguiendo con ella? Él pensó mucho tiempo. Había pensado a menudo que parecía más de Isabel, con su cuerpo delgado como una reina, los pechos grandes de Isabella y un cara que le recordaba a su esposa. No importaba la opinión de la Iglesia todopoderosa, él creía en su Dios y no necesitaba los papas. Lo quemarían en la hoguera, pero no lo importataba. Ellos discutían durante días, semanas. Ria era segura de que iba a tener. Ella todavía tenía que pensar seriamente en la prevención, ella no tenía un período. Sólo tenía que ser puesto en la opinión todos los días hasta que se puso de rodillas. El puso de rodilla.

Quería saber si tenía novio y se sentó y dijo que lo había enviado al desierto, que no era un hombre para toda la vida sino alguien que sólo despertaba su sexualidad, y que era agradable estar enamorado de la piel y el pelo y experimentar la sensación de querer rendirse completamente a un hombre incluso si no había dado el último paso.

Ella siempre lo había hecho follar en su patio de la vagina, porque cuidaba cuidadosamente de su piel de doncella. Al mismo tiempo frotó su cola y le hizo salpicar en el patio de su vagina tantas veces como él quería. Esto solo lo hizo por él, ella misma sintió nada sexualmente puramente. Y si no se comprometiera entonces, el padre sentía que era bueno. Ella nunca había comprometido a su novio antes del lejano. No tenía ninguna razón para un fuerte pelea con Fernando La Ábrazo El español me dijo: “No te culpó bien”. Él creyó que los actos sexuales eran buenos.

Ella no quería esperar más tiempo, dijo cuando lo arrastró una noche entre sus músculos. “Por supuesto que eres mi padre. Pero eres exactamente el hombre que amo de todo. Sé el primero!” Él estaba sorprendido, pero no infeliz. “¡Sé mi mujer pequeña, Ria!”, dijo ella. Ella asintió y le besó. “Me amaba, papá, porque te quiero más que a otros”. Insistió con cuidado y consideración, tuvo mucha experiencia en el desgarro. Ria sintió cómo se rompió la piel de su esposa, pero no hizo un gran dolor. El la voló, y como! él pudo follar muy bien, él trabajó al orgasmo y salpicaba dentro, sabía todavía que tenía un período. No podía escapar de la criada, pero ella gustaba mucho el corazón del creado, pero ella seguía muy bien porque siempre hacía buena vida, porque también era normal en España, porque María me siguió así como hace el siglo XII, por lo que es normales las cosas en el año XXI, porque ella sigue siendo tan bella como los años anteriores, porque ella también había hecho lo que está haciendo en España.

Ella se volvía con él todos los días hasta que tenía 35 años, y no tuvo su período hasta los 26 años y dio a luz a 3 niños, tres niñas. Amaban a las hijas de todo y vivían una vida familiar amorosa. Él iba al campo de batalla excepcionalmente, si no podía manejarlo. Ella estaba haciendo un remiendo de cuero cosido triple con hilo fuerte, Los agujeros y los cortes daban testimonio de su valentía. Cayó en la defensa de Toledos, que cayó a los moros por segunda vez en cien años. El vencedor, Mehmet Bey, lavó cuerpo suyo y envió el cuerpo a la ciudad para que el duque fuera destruido de manera apropiada.

Ella era muy enamorada de Rodrigo, ella solo lo engañó dos veces. Perseguía la vida de Alejandro de manera meticulosa, no había en Toledo una sola esposa decente y casta que aún no hubiera follado. ¡Ninguna! Él se cogió a las vírgenes y a las jóvenes, sólo a las maduras, a las mujeres casadas sobre todo. Cuando las hijas estaban presentes siguiendo a la madre, por supuesto, también se la follaba. Sonrió un día cuando siguió a una niña menor ante los ojos de su mamá. Nadie sabía donde tomaba el poder para someterse a cada mujer y follar como le gustaba.

Alejandro visitó a Ria tres veces, ya era más alta. Él acariciaba su vientre redondo, “Rodrigo’s?” preguntó puramente retóricamente. Ella estaba sujeta a su magia hipnótica, ella no quería involucrarse

con Rodrigo y no dejar que se follase con Alejandro. Pero tenía una magia diabólica que cada mujer le sujetó, noble, ciudadanos y también todas las monjas del monasterio. ¡Todos! El Monasterio de las Carmas contaba 35 monjas de todos los años y novias vírgenes, estaba en la procesión de robo y sucedió a todas las monjes de menos de 60 y todas las novelas como en la sangre. Todo el mundo! Riazó por todo el cuerpo, no quiso que las cera, pero ella tuvo un cuadro de sus hijos durante su segunda vida infantil, así como después de dos horas de hogar madre sin tener otro hijo, Alejandro siguió una procesión de robos y suceso a todas las montañas de menos de sesenta y todas las novicias como en la sangra. ¡Todo el mundo! Ría para temblaba el cuerpo, nadie quería que las madres, pero ella tenía Coger Sefralas durante su segundo tiempo de trabajo secundario, incluso siendo niños menores de edad, y luego de otras dos horas de casa maternales.

El segundo era un enano, el Kebir que les enseñaba en árabe. Rodrigo pensaba que necesitaba conocer la lengua del enemigo, pero se rindió rápidamente, se sentía inadecuado. Ria aprendía a mirar al pequeño, se masturbó continuamente, sonrió bien, porque se sentó una vez más entre sus músculos en el suelo y trató de echar un vistazo a su hijo. El Keber tenía una cola enorme, labial y mojó infinitamente hasta arriba de las rodillas. Cuando terminó la clase, el enano puso a trepar sobre su silla y se vio la follo ella una hora. Él apoyó en los brazos y esperó hasta que había vuelto muy a pegarle la cola durante la cola, mientras ella quedó en la cola, y permanecía rápido.

Los moros tomaron la ciudad. El ganador, Mehmet Bey, primero dio el orden de construir la mezquita más bella. Entonces, en segundo lugar, le fue concedida a la esposa del duque derrotado, pero él era viudo. Así que Mehmet Ria y sus hijas pequeñas se acercaron a sí mismo. Él era educado y privado un buen hombre tolerado. Ria no vio obligado a nada, ella permaneció cristiana, de los cuales había varios en el harem. Se acostó con Mehmet, pero ya estaba bastante viejo y les enseñélamm. Sabiamente dejó una u otra de su es aprendices a un guerrero por una noche cuando él había sido excelente. Ria tenía razón, Ella siempre gozó muy fuerte con una polla fuerte. Ella vio a los guerrilleros y buscó uno para la la, no tuvo razón temerosa! Tenía edad correcta en las 56 años que ella hizo hasta llegar a tener

buena figura, ella logró muchas veces lo que ella pudo hacer durante varias Guerras Fuerte fuertes. Ella consiguió mucho tiempo que ella cogía bien.

Mehriet insistió obsesivamente en que sus hijas fueron desvirgidas a los 13 como las niñas moribundas y como los demás harems estaban disponibles después de la follar. Ria preparó cuidadosamente a sus hijas para la aventura y el follaje. Las hijas a menudo podían ver a través de un agujero de espionaje mientras se echaba a la mierda, Ria miraba con ellos a través del agujero y habíalaba con ellos todo lo que era bueno como qué había ido mal. Ella estaba feliz de que estaba conforme a las costumbres de los moros que la madre podía estar allí. Esta fue una costumbre sabia. Se puso al nuda junto a su hija y agrárate la cola negra Favorito. Ella frotó el ángel de la chica pero ella tenía mucho orgasmo cuando él tuvo el primer orgasmo por encima de ella y ella tenía muy importante cola cola cola cola la cola cola la cola de la cola de la cocoa de la cola y ella tenía la cola cola de los hombres, la cola de cola de la cuenca de la cola la cola de ríaca de la cola, la cola cola la llava de la cola cola y la cola de los ojos de la cola. Ella tenía muchas veces tiene la cola de ella misma edad. Ella no quería tener sexo o nunca más. Ella sabía si ella tenía amor, porque ella tenía menos tenías algo así que ella tenía que ella tenía mi vida.

Mehmet murió cuando Ría tenía 56 años. Su harem fue disuelto, el nuevo bey no vendió a las mujeres del Harem a la esclavitud porque era un buen hijo que cumplió la última voluntad de su padre. Las mujeres se dispersaron por todos los vientos.

La ciudad católica de Madrid es la que se mude.

- • El tiempo de trabajo:

El camino de la Virgen

von Jack Faber © 2023

Somos una familia pobre en Vietnam, mi hermano de 13 años Kwon, mis dos hermanas hermanas pequeñas que mi padre tiene en su pequeño hoyo de su segunda esposa, que es mucho menor. Mi madre murió al dar a luz a Kwons cuando yo tenía solo un año. Ahora tengo 14 años. Después de su muerte, la vecina muy joven venía a ir a buscar a papá todas las noches. Ella decía que su marido no le daba nada en el coño mientras no le inyectaba a papá, pero sabíamos que mi padre supiera meterse en su pequeño orificio dos veces. Mi madre moría al dar a Quons el primer paso con muletas en su orgasmo o poco antes, y la primera vez que se lanzaba sobre él y se rompía los dedos de sus dedos y los dedos, pero luego se lanzaba a la suya y se le lanzaba a su propio ritmo. Ella le lanzaba la luz y le decía que siempre se la lanzaba a él, y luego, cuando se lanzaba hacia su pequeño cuerpo, se le lanzó a la luz de su pequeño culo y se masturbaba, y luego se masturbaba, como si fuera su pequeño

Compartimos una habitación de tres camas, una para los padres, una para Kwon y yo y la tercera para los dos enanos. Kwon y Yo siempre dormimos desnudos como los padres y siempre espiábamos cuando los padres se meten. Mamá también deja que la pequeña luz se queme y dice que no daña a los niños ver sexo normal. Ella sabía, por supuesto, que espiábamos.

El orgasmo la hace estrecharse con fuerza y es la señal para que papá se ponga en el agujero y se ponga sin problemas. Así que desde niño me masturbo en el aguja y lo hago muchas veces, por supuesto. La mayoría de las veces, las mujeres se cubren con la espalda y se desprenden de las rodillas, y se masturba con pasión y salvaje, nunca lo hizo como un espectáculo falso. El orgasmo las hace estrechar con fuerza y eso es la señal de que papá se entre y se pille sin problemas. Por lo tanto, desde niño me ponga en la espalda, y lo hago cada noche, por supuesto, lo hace muchas veces. La mayoría se cubrieron con la espalla, y Kwon y yo podemos ver todo con mucha precisión.

Mamá sabe que nos masturbamos en la noche, sí que hace años me enseñó a mí misma cómo masturbar a Kwon. A menudo, con el dinero de una familia, puedo comprar comida de un año. Eso era mucho dinero. Mamá Kwon me enseñó tres veces seguidas cómo masturbarme y Kwon y yo lo aprendimos. Una vez nos atrapó una tarde intentando coger. Nos explicó a ambos la piel de la virgen y nos dijo que no debíamos romperla, porque podría venderla una vez más tarde. A menudo el dinero me enseñó cómo comprar alimentos de una familia de un año de edad. Eso era un montón de dinero. Mamás Kwon me mostró exactamente cómo se puede cogerme, y Kwon me hizo muy daño a la piel de mi hijo al principio. La piel de la niña tiene un gran agujero, así que puede masturbarse con cuidado, masturbarse hasta que se muere su cuello, se muere la pata y se muere a través de mi cabeza. ¡Y luego, si nos quedamos en el huevo, entonces, de hecho, tenemos que hacer esto con ella, y luego, si es muy bien,

Una tarde, mamá se dejó coger por Kwon, por decirlo así, para la prueba, como ella dijo, se le permitió inyectar tres veces seguidas, y en la tercera cogerse masturbaba hasta el orgasmo. Yo me regañé detrás de Kwon y parecía increíblemente horrendo! Le prometió que el año que viene tendría 14 años y luego se le permitiría cogerla cada tarde, siempre que quisiera, si pudiera guardarlo y mantenerlo en secreto. Él se quedó muy celoso de papá y tembló de las inyecciones hasta que lo describí y me aferré hasta que se calmó. Mamá se volvió a poner y dijo que Kwon no me cogiera más porque no podía tener un bebé. No se le permitirían que me cogieran más huevos. Kwon podía hablarme más si quería y me podía echar una mirada más abajo porque el bebé era muy pequeño y me tenía que cogerlo a él porque me había acostado a cogerlo más abajo de la boca de Kwon, y me sentía muy feliz de que me había acostumbrado a cogiéndome a él, y me había quedado con ella

Mamá nunca habla de su trabajo, pero ella gana mucho más dinero que papá. Una vez escuché a ella hablar con nuestra vecina bajo su ropa de vestir muy suave con los gatzlern, mientras discutaba técnicas de sexo, posturas y masturbación, y me gustaba escucharla todos los días porque las dos mujeres dijeron las cosas por su nombre y, al parecer, tuvieron una experiencia increíble con el sexo y la masturbación. También me gustaba oírlas porque durante sus discusiones si-

lenciosas ambas se ponen muy suave bajo su ropa con los gatzern, y apenas me di cuenta de que su respiración profunda y el silencio corto después de eso eran los signos de su orgasmo.

Mamá miró con más detenimiento el día después de su probada y me di cuenta de que Kwon tenía 14 años y que ya era demasiado grande y demasiado grueso para el agujero de mi piel de soltera. A partir de esa tarde, me dejaba coger a Kwon cada tarde y, por supuesto, lo escondíamos de papá. Estaba muy segura de que Kwons no era un poco más grueso que ayer o el día anterior y supongo que simplemente no podía esperar a que tuviera 14 años. La mayoría de las veces se inyectaba dos o tres veces en el agujelo de mi piel virgen y la masturbaba durante toda la vida. A partir del mismo día, me dejaban coger a Kwon cada tarde y lo escondíamos del papá. Cuando Kwon estaba cansado de masturbarse, nunca me había hecho masturbar una vez más, ¡pero nunca había hecho que me hiciera coger una pelliz ligera en su agujero y lo hiciera en su aguja y lo vendiera a su pequeña, y me dijo que no me había hecho sentir muy mal, pero que ella me gustaba mucho más de su madre, y que me gustaba de su madre y

Ya tenía la píldora al tercer mes, mamá me compró tres vestidos seductoramente ajustados y me mostró cómo me veía mejor con muy poco maquillaje. Me dieron una nueva identificación con un nombre y una dirección falsos. Y entonces tenía 19 años, que era por la policía cuando me filtraban, que me explicó con exactitud, porque era importante. Tenía muy poco pelo, pero ahora tenía que afeitarme todos los días, porque a los hombres no les gustaba el pelo y ni los maquilladores, tenía que ser realmente lisa como un maquillador. Me avergoncé cuando me afeitó por primera vez y me endureció mucho y me masturbó entre los maquillados casi que se masturbaron en las maquillas y una cuña.

Al mediodía, mamá llegó a casa para que Kwon la jode y me masturbara muy rápido. La joven vecina me tomó muchas fotos, vestida de ropa pequeña, en retrato y desnuda, en muchas posiciones diferentes, con las piernas despejadas, liminando el gatillo de mamá o masturbando mi propio gatillo. Vías más tarde, llegó el momento de que mamá me llamara y me pedía en un hotel. Estaba muy emocio-

nada y repetía todo lo que yo hacía y lo que no. Su número de teléfono. No alcohol, sólo cola. Nada de beber, no fumar. Ya habíamos hablado cien veces. “¡Hast personagen de mi propia persona!” ¡Hasta que su corazón golpeó, y me dijo: “Ya me he dado un gran dinero, ¿y me lo he dado con el pescado, y me lo he dejado con el pescador de la primera vez que me hacía una fiesta? “Bueno, ¿ya me lo hacía con un pescado, ¿ya? “Ya me dijo, ¿qué me hacía con el pesco de la primera, y me había dicho: “Ya lo hice con un pes

El americano me hizo sentarme y me ofreció una copa. Hablé en inglés por primera vez. “Una Coca-Cola por favor, muchas gracias, y gracias de nuevo!” No fue fácil, sólo tenía cuatro años de inglés en la escuela. Ya tenía tres años, tal vez treinta, pero no era tan viejo como papá. Cuando sonreía, parecía muy amable. Venía de Noruega y era un Thorfinn caliente. Sonreía dulce y decía algo, algo con tonto.

En realidad era como siempre con Kwon. Él renunció a besar y besar porque sabía que no era apropiado en nuestra cultura. Sacudecí la cabeza, le dije que no necesitaba un condón, tomo la píldora. Me abrazó gentil y cuidadosamente antes de entrar. Sentí un fuerte picado y eso fue todo. Luego me bailaba con su coda de tamaño medio durante un tiempo, luego me inyectó. pude sentir claramente los rayos calientes al inyectarme.

Después nos sentamos al lado de la cama, fumó y me preguntó si estaba bien para mí. Me lo tragué y me susurré que me disculpaba haber un globo de sangre en la hoja de cama. Ridió en voz alta y me ofreció otra cigarrilla, pero me rechacé. Me cargó mis pechositos, que eran planos como un pan de pan de platillo, y me preguntaron cuánto tenía de edad. Me lo dije y me lo preguntó, y me sonrió encantadoramente. Quería saberlo y no hacer ninguna dificultad. Me acostumbré a su sonrisa más grande y me escapé, aunque tuviera 14 años y 8 meses. Me lo dijo, está bien. No nos acostamos una segunda vez, aunque hubiera sido viejo y también hubiera sido muy caliente. Y me danzó y me acompañó a una barra de café. Pero yo estaba llorando en la calle, pero yo estaba lloriendo como mamá y yo estaba llorar en la cola, pero yo todavía estaba llorándome en la calle.

Bueno, ahora que era una mujer de verdad, le conté a mamá todo en el camino a casa, no perdí nada, y antes de llegar a casa deposité mi propiedad en Kwon, ya no había razón para no acostarme y ella tenía un papá, Kwon era mío, esperaba resistencia de su parte, pero ella sonrió para mi asombro, murmurando que se acostó tan miserable como su padre, y así se había comido la galleta.

Dejé que Kwon viera las fotos de desnudos que habíamos hecho en la vecina, por supuesto, en mi teléfono, pero no las copié. Tenía demasiado miedo de que pudieran acceder a Internet. Esperamos por la noche hasta que papá se quedara dormido y mamá terminara de masturbarse con la segunda, luego nos acostamos en silencio. Ya no masturba con el puño, ya no se jode con mamá, ya no me jode en la tarde. Kwon me podía jode todas las noches, tantas veces como quisiera. Sin embargo, me masturbaba varias veces antes de dormir hasta que me cansara. No me masturbaba mientras me masturbababa-ba. No tuve un orgasmo que hizo a Kwon realmente furioso, pero así era. Si hubiera ido si hubiera podido jode más, no sabía.

Kwon y yo aprendimos muy intensamente y nos topamos en la clase muy rápido. Quería terminar lo más rápido posible, quizás a los 17 años, y estudiar medicina de inmediato. Mamá guardaba la mayor parte del dinero que ganaba con el pene para mis estudios. Me esforcé mucho, aprendí como obsesionado y me metí con tantos hombres como pude. Yo era como Mamá de la opinión de mantener el dinero unido y compré maquillaje y ropa muy ahorrosos. Estaba totalmente en lo cierto de que no fumaba, no bebí alcohol ni drogas.

Papá sólo trabajaba hasta mediodía y ahogaba su decepción con alcohol. No podíamos explicarle. Luego no consiguió ningún trabajo y se sentó sin movimiento hasta la tarde en la mesa. No comenzó a beber hasta tarde. Estaba medio sobrio en la tarde y se ocupaba amorosamente de los dos más pequeños. Nunca había ido a la escuela y no sabía leer ni escribir. Pero como quería ayudar a los pequeños con las tareas de casa, aprendió a leer conmigo y Kwon y realmente podía relacionarse con sus hijos.

Sabía muy bien desde el primer día que su esposa trabajaba en secreto como puta y ahora ganaba el dinero para la familia, por lo que

le agradecía. Solíamos estar en casa a dos personas antes del mediodía y la querida pequeña vecina venía cada mediodía desde que él estaba sin trabajo y se daba con papá, exactamente como ella lo había hecho antes. Él estaba demasiado borracho en la noche para seguir bajando con mamá. Yo siempre los miraba mientras se dedicaban a la prostitución, aunque yo estaba sentado frente a mi casa y debía aprender.

Sabía que era un incés, pero me desnudé de inmediato y me masturbé desnuda y en la espalda, completamente salvaje y apasionada. Cuando mi orgasmo se acercaba, él se metió al instante e inyectó casi inmediatamente en el medio de mi orgasmo. Estuvimos listos al mismo tiempo. Me dejaba que me jodara con él a mediodía todos los días durante varias semanas, tantas veces como él quería. Nunca había masturbado tan maravillosamente y apasionadamente como antes ante papá. Me disfrutaba de que necesitaba penetrar exactamente en mi orgasmo y en realidad no se le daba ni un minuto para inyectar gas en medio de mi explosivo orgasmo y luego se me inyectó por las calles durante medio día. Me disgustaba de que me jodería con él sin ir al mismo ritmo y me esperaba que lo hiciera, pero siempre que estuviéramos juntos, él me dijo que era más dulce y que era más agradable, pero que era tan dulce y que él me contaba con mi mamá y yo, pero él me contaban con mi mamá, y yo me contaba que era tan agradable y

Francamente, tuve pena de él, había sido un hombre diligente y honesto toda su vida y no podía hacer nada por que el nuevo tiempo lo hubiera superado y no lo necesitara más, lo que era muy amargo para él. Hablé con mamá y luego con la vecina que los tres nos turnábamos al mediodía para acostarnos con papá. Dos de nosotros podíamos ganar dinero al mediodida con clientes y uno de los tres nos metíamos a acostarnos a papá para acostar. Fue una decisión importante y simple que fue buena para todos. Mamá no tenía que quedarse en la calle y tal vez se maltrataría a niños o violar a otros o algo así. Las vecinas no podían disfrutar de su marido ni de la amistad con el cliente, ni de la masturbación de cada cliente, sino de cada uno de nosotros se acostó a acostarse con papá para acostarse con él. Pero no podía pagar por todo el tiempo que me costó el trabajo, ni siquiera con la tormenta de la droga, ni con la tormentas, ni con el alcohol,

ni con ninguna otra cosa. Pero yo no podía pagarme la carga de todo el tiempo con

Por la noche papá se duerme borracho y mamá ahora se masturba cuatro o cinco veces seguidas en silencio antes de apagar la luz y dormirse. Kwon ahora siempre se acuesta sobre mi espalda cuando vemos a mamá masturbarse y me pone su coda por la espalda en el culo. Él se injectó una y otra vez porque la masturbación de mamá le excita más que a mí. Él ya se juega casi todo sin parar y estoy feliz con él. Es el único que me juega por la espaldad. Voy a joder con él hasta que los dioses nos separan.

Ahora estoy en tercer año de medicina, me cae muy fácil y no tengo que dedicar ni siquiera tanto tiempo a eso como al final de la universidad. Continuamos con la vida y el sexo como antes, ya que la obligación de internamiento ha desaparecido y puedo seguir viviendo en nuestro apartamento de habitación. Solo Kwon ha cambiado un poco. Se arrastra a mamá cada pocos días cuando ella está en su masturbación nocturna y la juega, pero ella simplemente la deja sonriendo. A veces, a la mediodía, se juega con la vecina cuando termina con papá.

Mamá me llama a menudo en voz baja cuando empieza a masturbarse. “¿No te gusta que llegue a ligar a Kitzler, mi amor amor?” grita muy en voz baja, y se mantiene paciente hasta que Kwon terminó de inyectar. Luego me voy a la calle, seguido de Kwon a ella. Su coqueteo es mío, lo amo mucho, porque era el coqueteor más hermoso y receptivo que había leído. Experimenté sentimientos tan maravillosos como si yo misma hubiera tenido un orgasmo y le le le leco a Kitzlar hasta el orgasmo y seguí lictando su orgasmo minutos hasta que se coqueteó en mi cabello y se fue a mi cabeza. A veces no nos fijamos en Kwon, que se había coqueteado de su cabeza a su interior, se había cocueteado en su interior, porque yo la exigía cada vez más.

También me vendió a turistas como la “mejor lengua” de la ciudad. No me gustaban, eran gordas y arrogantes, porque ya habían pagado, ¿verdad? Me aparté la cabeza porque no quería regañones ni besos. Primero limpié sus muñecas con una toalla de alcohol, luego le ligué su cotillo para el orgasmo. Era un trabajo, no un placer. Igual

era un trabajo cuando la policía me filmaron dos veces. No encontraron dinero ni un doctor, pero me arrastraron a la W. Fue inmediatamente, me cogieron durante horas en medio de todas las mujeres extrañas en la celda. Me encorvé a la cabeza y les di los ojos abiertos, porque me vieron, no me avergonzaba, y no me podía dejar atrapado por medio tiempo, y la policía me dejó atrapar y me dejó con la vergüenza y me dejó atrapado por lo que era lo suficientemente malo como para que pudiera ir a la mitad de la hora.

Desde que me acosté en la guardia de policía, sabía que podía tener un orgasmo si me acostaban por mucho tiempo, y finalmente con mucho entrenamiento pude enseñar a Kwon a acostarme hasta que alcanzaba un orgasmo, y cuando el orgasmo había terminado, le daba una bofetada de que podía inyectarme y disfrutó mucho inyectándome rítmicamente una y otra vez una radiación.

Tengo cuatro años de estudios por delante y estoy muy ansioso por ser médico, y hasta entonces voy a coger a cientos de turistas, como he hecho hasta ahora.

Siempre que puedo apretar mi horario, voy a los dioses en los templos y les doy las gracias por su bendición.

La Virgen Sin Mancha

von Jack Faber © 2023

He vivido toda mi vida en la planta superior de la casa de cura. Desde que era niño limpié la casa de la cura y lo hago hasta hoy. No necesito ir a la escuela, dijo el viejo pastor, ya me enseña todo. Algunos eran hostilos y se decían que era mi padre, pero no tenía madre ni padre, era un regalo de Dios, siempre dijo el viejo padre. Me lavaba todas las noches en la ducha, me envuelve en una toalla de baño y me llevaba a mi cama. A menudo me recitaba hermosas historias sagradas y me estirlaba las piernas y mis lecturas de mumu.

Entonces la punta de la cosa en mi mumu se hizo caliente y dura y se miró mal. Y yo grité y dije que ya iba y me desplegé las piernas. Y él me rascó la punta de esta cosa hasta que se arrodilló correctamente y yo me cojo y me cojo muy fuerte. Continuó por tanto tiempo y tuve que cojotear hasta que la punta se suavizó y desapareció de nuevo en mi mumu. También tuve que aprender y a los 6 pude hacerlo por mi cuenta.

Cuando alguien pasaba la noche en la habitación de invitados, después de la lectura me decía que tenía que hacerlo solo hoy porque tenía que calmar a la mujer en la habitación, como él me calmó de otra manera. Yo era un niño muy pequeño y decía que eso estaba bien para mí. Como él había dicho, se escuchaba que ella roncaba, susurraba y se lamentaba en la habitación del invitado, y luego se calmó. Cuando me acercaba a la puerta con curiosidad y miraba a través de una fenda, él se sentaría en la cama, la lente alrededor de las caderas y miraba la mujer completamente desnuda y su muñeca. Yo las miraba muy bien, porque la mayoría eran monjas que se rodaban en la cubierta de piel de una forma muy diferente a la que se veía. A veces eran otras mujeres, las mujeres del médico, o la señora del médico.

A veces estaba entre sus piernas y se acostaba, su culo desnudo se pontaba y se desplomaba. Me resultaba bastante aburrido y me iba de vuelta, ya que nunca había oído hablar de la mierda en ese mo-

mento. Es emocionante sólo cuando la joven conde se alojaba con nosotros. Ella era la única que no tenía cabello tímido y tenía que calmar su Mumu lisa muchas veces y él la miraba sonriendo.

Pero a veces ella se acostó sobre él y se pontaba con los traseros arriba y abajo. Yo no sabía entonces que lo que estaba entre sus traseros era su polla. Casi saltaba de emoción cuando la joven conde pontaba cada vez más lentamente y como las santas vírgenes en mis fantasías susurraba en voz alta, que le pidiera que le hiciera un bebé! Yo no entendía entonces que el señor Count era un hombre muy viejo y que la conde tenía que quedar embarazada por el cura. cada vez se intensificaba y se ponía. su culo ahora iba muy lentamente y hacia atrás y a lo largo de su polla cada vez. Yo corría a mi habitación y tenía que hacerle una pausa y calmarlo inmediatamente.

Siempre le preguntaba por qué ponía los apoyos entre las piernas de las monjas o por qué la conde se pontaba el culo y el culo, pero siempre estaba molesto y se molestó porque yo estaba espiando. Y que las personas tenían diferentes formas de calmar sus desdichas en el mumu. Algunas lo necesitaban como yo y le gritaban su mumu con un dedo, otras las cosas que él solía hacer. Las preguntas del conde no le respondían.

Me enseñó a orar, a orar mucho, en alemán, en latín. La lectura o la escritura no era necesaria para la limpieza, lo que era cierto. A veces los huéspedes se alojaban durante la noche en la segunda habitación, en su mayoría eran hermanas religiosas, raros sacerdotes. El viejo sacerdote les había dicho que lo hacía cada noche yo misma. Ellos venían a mi habitación por la noche, me cubrían y miraban mi nuda mumu, pero no me tocaban. Yo sabía lo que esperaban, y lo hice. Cuando yo creía que era mayor, 9 o 10, y en la noche las primeras dimensiones se calmaron, me cubriron nuda y me observaban muy curioso, como yo me giraba mis nudañas hasta que dos o más cosas se habían terminado.

Cuando tenía 16 años y me había caído todo el pelo de la vergüenza, las monjas me enseñaron a hacerse calientes con los besos de la lengua, algo que me encantó desde el primer beso hasta la inmortalidad y que besé a las monjas durante todos los años. A partir de en-

tonces, las monjes venían a besar el lenguaje casi todas las noches y a frotar su cosa en el muñeco hasta que a partir de los 40 poco a poco se desvaneció. Cuando tenía unos 40 años, no venían más invitados, aunque me despertaba noche a noche con sudor en el baño de placer y luego tenía que hacerlo al menos tres veces seguidas.

He vivido toda mi vida en caspa, nunca he estado íntima con un hombre y me he consagrado a la santa Carmen de Toledo. Después, soñé con Carmen, torturada hasta la muerte por los mouros, fue atada a una palo durante 4 días en la plaza principal de la ciudad de Toledo y todos los hombres se comportaron con ella. No tenía idea de lo que significaba "perderse", pero la hermana Rosi indicó que era lo que los perros hacen con las perras, saltando. Luego soñé con la santa Carmen, mientras los hombres saltaban hacia ella y se agitaban con la espalda. No sentía la vida de un hombre y las rosas tampoco, pero sabía que mi vida se agitaba tan poco, pero casi se había agitado un poco de pelo, pero no había sentido, sino que estaba allí un día y luego, y luego, cuando las cosas se detuvo, el tiempo que me esperaba, cuando yo veía que las cosas se agitabas, y que, en realidad, me agitaban muy bien, como cuando Carmen y Carmen estaban en el baño.

El nuevo pastor me asignó un subcontratado, se llamaba Juan y era un estudiante de 17 años. Tal vez se quedara dos años, dijo el pastor. Nos acostumbramos muy bien desde el principio, aunque yo era 45 años más viejo que él. Sí, así fue que me llamaban, me llamaba todas las noches para que le retuviera la espalda después de la ducha. Me gustaba hacerlo, tenía una espalda muy bonita y Popo, luego, después de unas semanas, se lavaba y también lavaba el Popo. Me dijo que después de la Popo, debía agarrar entre las puertas y el estirón con las dos bolas se calmaría y se acalmaba como el pelo de un niño amable. Así que él se retiraba con la espalda hasta que terminara de raspar. Me gustaban las espaldas, y luego me lavaría a la fin, y luego, me lavaré con la bolsa, y me lavaron tan bien que me podía aplastar entre las espaldos y la bolsa, mientras que estaba en la cama y me lababa en la bolsa, hasta que me laba

Para que mi vestido no se mojara siempre, dijo Jo, no podía ir a la bañera sin ropa, ya que nadie nos veía, y además tenía pantalones y

pantalones, eso es suficiente. Pensé en ello todo el día acostado en la cama y tuve tantas desdichas que me desnudé al mediodía y tuve que calmarme hasta la tarde sin interrupción. Pero después de la tarde, sólo podía ir a baño con pantalones y brazos, y estaba completamente desgastado en la espalda y Popowas. Miré el estirón que tenía en una de las manos y lo estaba muy desgastado con la otra y me extendí el brazo con la mano muy suave y me estiré el brazo un cuarto de hora. Me sentí como si Jojo se desnudara y me calmaría hasta la tarde. Pero después, con Jojo se calmaron continuamente. Pero después me sentí como una cosa muy dura, y le dije que era muy fuerte, y que era como el pecho y se me había quedado en el pecho, y que ahora mismo se sentía como el pecho, pero él me sentía como si me hubiera quedado

Jo dijo que mis pantalones también estaban mal y me los bajé. Salí y los colgué en la cuerda junto al bra. Jo miró mi muñeca durante mucho tiempo y me preguntó si mi picazón siempre parecía tan tímida. No sabía lo que quería decir y me lo señaló. Sí, yo estaba haciendo picazones con entusiasmo, siempre que estuviera enojada, pero cuando me calmé, ya no. Vi que Jo estaba pensando mucho. Me preguntó como antes si nunca había estado con un hombre y lo hice. Pero se sacó la cabeza y sonrió, “tu eres 60, sí” y yo se me puse a picazonas, 61 “y no tienes ningún peinado”, me dijo sonriendo y me dijo que después de unos años, a ella le había ocurrido que era tan serio como a él, y a ella le decía que a ella le ocurrió que a ella no le ocurriera nada.

A partir de ese día, ya me quité los pantalones y el bra antes de lavarlos para que no se mojaran. Estaba muy emocionado de emoción cuando me permitió cargar su pequeño bolso con mucha calma y mucho tiempo hasta que terminó de rodar su frente hasta que terminara el frente. En sí mismo era muy horrendo que ambos estábamos completamente desnudos. Pero luego, entre sus traseros abajo, atravesar y tocar el bolso con suavidad era simplemente lo suficientemente horrendo. Cada día me convencía más de que Jo se rodaba en su frente de la misma manera que yo rodé la cosa rígida en mi mumu y yo lo apoyaba con el rodamiento suave de su muñeca. No tenía bolsas como las que yo rodeaba y tomé un muñeca, pero siempre me preguntaba por él, pero no me convencía de que lo hiciéramos de la

misma forma que yo lo hiciera, y era muy emocionante, y de que no lo hiciese de forma inmediata.

Murmuré, ahora debo calmarme y fui a mi habitación. Momentos después, Jo metió la cabeza por la puerta para ver si me podía ver. No, claro, porque nadie me había visto calmarme, excepto en años anteriores. Se sentó en la cama y me miró cómo calmaba a mi mamá. Estaba completamente fuera de la casa y yo estaba muy afligido y lo hizo una vez más hasta que me había calmada y la punta de mi mamá se suavizó y desapareció.

Una noche, la toalla se deslizó alrededor de las caderas de Jo. Me detuve en medio de la calma y miré la cosa. Me daba la espalda cuando me lavaba, ya que nunca lo había visto de delante. Miré su toalla y quería preguntarle, pero él volvió a golpear la toalla y murmuró que debía seguir adelante. Estaba encantado como rara vez antes y continué haciendo. Fui demasiado cobarde durante dos semanas para preguntarle. Soñaba con su cosa, la cosa lisa con la que ahora las paredes en mis sueños pongan a la pobre Carmen entre sus papas. Yo me despierto por la noche y tenía que calmarme, las muelas y sus cosas y las pobres Carmen en las malas piezas de los negros.

Jo no tenía ninguna vergüenza cuando le pregunté dos semanas después. Se apartó la toalla de baño y me explicó la cola. la barbilla, la peluda, la ardilla y las huevas. Aprendí todas esas nuevas palabras y tuve que atacar cada parte y decir el nombre correcto. La cola era para orinar y para coger con mujeres o niñas. Allí los niños venían, me oí asombrado. La cola se cuelga suavemente cada vez más cuando llega la garganta, y luego se endurece para que la metan en el hoyo. Miré increzada, ardilla?

El otro día, Jo me enseñó a masturbarse como él lo hacía. Me miré muy emocionado porque parecía muy hornido. Jo me había pedido y le pedí que me carrara los pechos, le gustó mucho. Me lo hizo probar al día siguiente y funcionó muy bien, ahora podía masturbarlo todos los días y cada vez me emocionaba mucho porque me daba esas buenas sensaciones. Mientras me permitía masturbar su cola, quería jugar con mis bellas, grandes pechos y los pinzones y se divertí mucho al inyectarme en los pechos. Cuando terminó de inyectar, me tocaba

un poco “¡Amen y más bicho!” porque siempre me oraba un poco en la mesa, pero no quería escucharlo, porque me tocaba a la masa masturbadora, pero no le decía que era muy importante escucharlo.

Jo me había incitado un poco a mirar al refecto, aunque esto era estrictamente prohibido. Sólo después de algunas veces le informé que tenía oídos muy rojos. Porque había visto que la mujer que había venido a la confesión privada se arrodillaba delante del señor sacerdote y le tiraba la cola a su boca y le dejaba inyectarla. Todas las ocho mujeres que había observado lo tragaban “lo” hacia abajo. Me encolé mucho a mi rosario cuando noté que Jo estaba riendo de corazón. Estaba de vuelta en su pecho y me abrazó muy suavemente. Él se rió durante un tiempo porque las veces que se masturbabababa a Sam los niños le olían a la cola y le chupaban a la boca. Aunque cada día de mañana, cada vez que me gustaba, me gustaba más que inyectarlo en mi propia boca, pero ahora me gustaba que me inyectara la carne de mi pecho, y ahora me gusta más que inyectarle la misma en la boca de Sam, pero el domingo mismo día, me gustaban inyectarlo, y ahora, a mi vez, me gusta más, que me gusta,

Cada vez que me masturbabababa después, y oraba, porque siempre rezo mientras me masturbo de color medio azul, no sólo cuando Jo lo miraba. Una vez me preguntó algo, no sé qué, y yo interrumpe masturbarme y orar. Luego me explicó las muchas partes de mi mú-mu. Se llamaba mosca, fotz y muchos otros nombres que me olvidé de inmediato. Me me di las piernas y me mostró labios de cama, picaduras y moscas. “Tú tienes una piel de novio todavía!” gritó, “de verdad nunca has hecho eso!” ¡Fick, también se vuelve nuevo. El hombre me lanza su pene muy fino dentro y fuera de los mosquitos, y me di las dos mosquitos y me di un orgasmo. Me inyecté las piernas, y me mostraron las labias de cama, y a veces me mostró la piel de un novio!” gritón, “Ahora, nunca has hecho esto”.

Jo respondió de inmediato. Se había acostado por primera vez con más de 10 años, hasta hace unos meses cuando llegó a mi comunidad de residencia. No, no era una niña, sino su tía que se despierta. Era gorda y fea, nunca había encontrado a un hombre y todavía era virgen a los 25. Y le imitaba a todos lo piadosa y piadosa que era. En realidad sedujo a la niña de 10 años el segundo día, era la primera

vez que ambos. Jo dijo que ella brillaba como una moneda de oro pulida cuando la sacaba y la despiertaba cada tarde mientras se despierto. O si no era amarga porque odiaba muchas oraciones. Se masturbaba cada siete años una o dos tardes y no tenía que masturbarse con la mano larga.

Le conté la historia sagrada de Carmen. Nunca había oído hablar de ella, pero lo entendió de inmediato. Los Moors la han hecho pasar 4 días en la plaza principal y eso fue muy vergonzoso y humillante para la Virgen. Además de los tormentos físicos, ella tuvo tantos orgasmos que su corazón no soportó más. Murió en las más bellas delicias, dijo la leyenda, que a menudo había muerto con demasiados orgasmos, dijo Jo con certeza. Pensé mucho tiempo. Ya había tenido dos, al menos tres orgasmos suficientes. Pero si durante 4 días había tenido un orgasmo tras otro, entonces probablemente moriría muy, lo que se masturbababa.

Dijo que su tía gorda y fea tenía solo pechos muy pequeños y reducidos, en los que se desgarraba cuando masturbababababa a un orgasmo. No tenía un orgasmo muy a menudo cuando se cogía y masturbaba cada vez que se cogía como una furia, incluso si ya había tenido un orgasmo, estaba siempre muy triste después de la cocina y se odiaba porque tenía que mirarla y se distorsionaba su cara cada vez que masturbaba a una rana diabólica. Siempre se masturbaba dos o tres veces y él no podía apartar los ojos.

Se alegró de que tuviera tan hermosos pechos llenos, me lecturó las tetas y me mordía a mí después de inyectarlas, lo que era muy excitante. Corrí rápidamente a mi habitación para masturbarme y Jo me siguió mirando mientras me masturbababa, lo que le gustaba todavía. Me había escuchado con la boca abierta cuando le conté que las monjas y los sacerdotes me miraban masturbarse en la noche cuando yo era un niño, hasta que tenía 40 años.

Cuando me masturbaba lo suficiente, me abrazaba y hablábamos durante muchas horas. A menudo era sobre el sexo y me decía cómo era el sexo con la tía. Me tranquilizaba que casi nunca había ocurrido que una mujer fuera jodida hasta la muerte. Es precisamente por eso que se contaba la leyenda de Carmen, porque era algo especial. Le

creí porque nunca había oído hablar de que una mujer hubiera sido jodida excepto Carmen. Hablábamos durante meses sobre el sexo, me hacía cada vez más familiar y me atrapaba más a mí imaginarme dejarme jodir por Jo.

Como todas las noches, me encontraba con la espalda en su pecho y él me había abrazado y masturbado muy suavemente, lo que me gustaba mucho. Pero en lugar de orar como de otra manera, le conté las cosas malas que había observado en las últimas semanas mientras espionaba. Sí, que las mujeres masturban la cola del pastor en su boca y lo tragaban hacia abajo, no era todo, había ido demasiado pronto. Las mujeres se sentaron en su ombrel y se susurraron en su oído todo el tiempo. Le conté algo muy divertido o divertido, porque se reían entre ellas como las putas.

El cura se metió por detrás en la mosca y se acostó con el niño confesado durante mucho tiempo. Yo podía ver muy claramente cuando se inyectaba. A veces se acostó en el culo, lo que me parecía muy extraño. Lo peor me pareció que eran todas esposas honorables, Sra. Schmitt, Sra. Müller y todos. Se ponían hacia afuera, como eran piadosos y chuscos y luego se dejaban coger al ver al joven cura. Jo se rió, porque no le sorprendió en absoluto, sabía por ejemplo de la tía, cómo mentían todos. Callaba porque me volvió a hacer el orgasmo y me recosté relajado hacia atrás para señalar que ya había tenido suficientes orgasmos.

Durante semanas me preguntó si no quería hacerme el coño y siempre sacudí la cabeza, tenía mucho miedo de ser jodido a muerte como mi pobre Carmen. Le dije que nunca lo haría, tenía mucho más miedo. Me abrazó de atrás cuando le regazaba la rosaria con la espalda en el pecho y me masturbaba tan bien que, de agarramiento, me desalizaba el Ave Maria sin aliento y tenía orgasmo con un grito de "¡in mulieribus!" Él me besó el cuello y me murmuró, cuánto mejor sería el coño, pero yo sacudí. No, no, nunca! Una vez dijo que me cogería la semana que viene y me sacudía la cabeza. ¡Amén, cada día me sacudí y me escapaba de mi cabeza, y luego me escapa para que me cogiera la cabeza, y me escapan de que realmente me cogiese el día!

Yo tenía 62 años, Jo llevaba 10 meses conmigo. Después de la ducha no quería masturbarse y me llevó a mi habitación. Casi no podía respirar por miedo, me asustaba tanto. Me puso en silencio en la cama y susurré, me asustó tanto que me metían a la mierda como la pobre Carmen. Le rogé que no me fuera, por favor, que no me fuese así, que me fuese tan asustado. Me lavaría suavemente sobre el pelo y me susurraba, pero mi chupete me quería! Bajé la mirada, el chupete me traicionó sin vergüenza, se quedó cego y cego, sentí la angustia como la lodernera. "No, por favor no me alejes, no me lleves a la mierda!" Le rogé no me aleje, tenía tanto miedo. Me arrodilló suavemente entre sí y me laducó suavemente, incluso me lo golpeó con su punta de piel, y ya no me lo había tocado.

No sentí nada en la desinfección, aunque me había preparado para el pic. Se acostó rápido y fuerte y me hice loco. Me inyectó rayos fijos en mi pico y después de una docena de inyecciones se hundía sin aliento junto a mí. "Y, ¿tú estás vivo?" me preguntó sin aliento y me guié, sí, me había vuelto muy maravillosamente hornado al cocinar. "Desafortunadamente no conseguiste orgasmo, perdón!" dijo, sin aliento.

Nos hemos estado tomando el pelo desde hace un año, él solo puede una vez y yo no tengo orgasmo. Siempre estoy muy cerca y la masturbación dura solo unos segundos, sólo unos cuantos golpes. Él se duerme instantáneamente y luego yo masturbo bastante a menudo mientras tengo fantasías horribles. Estoy muy contenta de que todavía experimente el sexo, aunque he sido demasiado estúpido toda mi vida.

Un día decidí dejarme chupar por el cura y fue muy simple. Me arrodillaba el suelo en todos los pies y mi ropa de limpieza se deslizó naturalmente. De manera inteligente no tenía pantalones! Fingió que no me di cuenta y el señor cura miró mis traseros desnudos, mi mosca desnuda y mi coco. Ni siquiera podría contar hasta tres, cuando el señor supremo se arrodilla detrás de mí y su cola se metió inmediatamente. Estuvimos sin palabras, sólo nuestro ronquido y nuestra respiración fuerte nos dieron que aquí no se había arrodillado el suelo. Tuve un orgasmo, poco antes de que se rociara la vagina. Desde entonces, a lo largo del día me he dejado chupar con el señor Jo de una

puta de puta, porque cada mes me he dejado coger esta especie de pico. De otro modo, no podía ver lo suficiente como para que el padre me hiciera chupar y, por supuesto, nunca me hubiera hecho ver que el padre de una mujer muere de una manera suficiente, pero siempre me hacía claro que, de otro modo, me habría de hacerme chupar con los

He perdido mucho y me he recuperado poco a poco.

La Virgen Lesbiana

von Jack Faber © 2023

Llevo 35 años como casa de campo en la casa de los párrocos, pero el viejo se ha retirado y el nuevo no es bueno.

Yo limpio y cocino. Soy lesbiana desde nacimiento, nunca he estado íntima con un hombre y masturbo cada noche antes de dormir, rara vez dos o más veces, cuando me había vuelto muy horny hasta la noche. Tengo una novia en este pequeño pueblo donde todo el mundo sabe todo de todos. Erna es la joven esposa del panadero y probablemente bisexual.

La historia comienza con el hecho de que el nuevo se me fue a la cama las primeras semanas, y luego, una mañana, me pidió que me fuera al baño, y pensé que tal vez no había limpiado lo suficiente, pero me dijo que me sentara sin palabras en el piso, se desnudó y quise irme de inmediato, pero me dio el camino y me mostró su teléfono.

Quería hundirme en el suelo, Erna, la panadería y yo, cogiéndonos en el sofá durante minutos, nos tomando el uno al otro bajo la blusa, adormeciendo el pecho, empujando las medias, masturbándonos bajo el saco de la ropa interior, esperando a que la otra llegara al orgasmo, besando, besando.

Me rompié en el chaleco y le golpeé las manos a la cara. llorar no me ayudó. Lo que quería le pregunté después de un rato presionado. “Séase y mirame”, dijo el nuevo. Empezó a masturbarse delante de mí. Me calmé, no era nada nuevo para mí, había visto al viejo pastor masturbarse todos los días sin que lo supiera. Era un hombre decente que se mantuvo célibato, nunca había tenido relación con una mujer.

El nuevo me tomó la mano y me inyectó, eso fue todo, estaba satisfecho y me dejó ir, pero todas las mañanas antes del desayuno, tenía que seguirlo al baño, él se masturbaba todas las mañanas y me inyectaba en la mano.

No era suficiente para él. Tuve que masturbarlo y dejar que me inyectara en la mano. No me dio ningún problema, seguro que en mi juventud masturbé a los chicos cientos de veces, por lo que no era nada excepcional. También fue suficiente para él solo unos meses, luego volvió a subir. Debí desnudarme. Por supuesto, me rechacé, pero él amenazó abiertamente por primera vez con difundir el video. Ese sería mi fin, pero también Erna tendría que renunciar a su vida actual. Panadería, marido, todo. Entré. Estaba rojo de vergüenza cuando me puse el traje de casa.

Estuve indefinidamente en pantalones y brazos. Me avergoncé de mis pechos enormes, para ser honesto. Me desnudé de los pantalones y su mirada se absorbió en mi pelo de vergüenza. No me dejó tiempo, el brazo tenía que bajar. Lo soltí y me sujeté los pechos con el brazo inferior, luego los dejé caer. Mis pechos alcanzaban a los granos melones hasta debajo de mis clavijas, las puntas se endurecían y mostraban punta en el suelo.

Me sentó en el piso y me dijo que me masturbaría. Mis pechos se me movían con la decencia de un pudín, pero parecía que me movía de la misma manera. Al día siguiente, me compartió mis dedos con mi pieza y miró todo con mucha precisión. Me molestó con el dedo hasta que se endureció. Rrió como un idiota y se me puso a hacer una bofetada, ahora me permitió empezar a masturbarme. Quería ponerme las piernas de forma hábil, pero él protestó inmediatamente, tuve que hacerlas muy largas.

Saqué la cabeza, no había duda. Me alejé hacia atrás, me empujó más y más hasta que estaba en su habitación. Él se rió y me agarró. Me aleché, me persiguió a través de la habitación hasta la cama. Me escapé a las cuatro patas hasta la pared, él detrás de mí. Sentí su dura coda en mi trasera. Grité, no quería, todavía era virgen! Él se riyó. “58 y virgen? Esto era para reír!” Sin embargo, sentí sus manos que me tenían las nalgas como un tornillo. Bajé la cabeza que se daba a las cuatro, el caballo se despierta detrás de ella. Yo grité, grité, lloré y se despierto.

Sentí el brutal golpe con el que me empujó la piel de la virgen y la penetró profundamente. “¡Oh!” gritó, “¡Verdad de verdad que es una

virgen!” Pero no se hizo con compasión, sino con desprecio por mí y estúpido orgullo. He hecho algo increíblemente prohibido, kikeriki! gritó el tonto gallo.

Me hizo el coño durante mucho tiempo, mi cabeza estaba en medio de mis antebrazos. Debería estar loca, pensé que me sorprendió, sentía mi orgasmo venir. El orgasmo me derribó con el regazo, se deslizó de mi vagina y me encorvó y me paté por un tiempo. Me tomó el culo de nuevo muy fuerte y se cagó de forma salvaje. Sentí que su coda se levantó y luego me inyectaba, me inyectaban y me inyectabas sin subsancia. Luego me dejó ir.

Estuve en la cama todo el día. No había desayuno, ni almuerzo, ni cena. Nadie limpió. No me importaba nada. Había empezado. Acariciaba mi cuerpo destrozado, mi pobre piega, mi picadura. Lloraba hasta que no tuve más lágrimas. Sentía resistencia en mí. Sabía que ahora me iba a coger todos los días. No me iba a oponer, decidí no darle esta clase de actuación. No era una conquistada, era una violada.

Desde entonces, me ha estado tomando a la cara cada mañana en la posición de perro. Estaba bien, no quería verlo en los ojos cuando mi cuerpo corría alegremente al orgasmo. Dejé que el orgasmo llegara como quiso y, por supuesto, se deslizó. Después de que me había inyectado, me quedé acostado. Tal vez se hubiera ido, pero yo le tenía que agarrar la cola sonriendo. Le tomé en la boca con alegría, ya que cuando era niña había hecho muchos trabajos de la boca. Lo lamé y le regaé hasta que volviera a estar bien. Luego me puse a todos los cuatro y me dejé a empezar a fumar por segunda vez. Me recí, ya se hizo muy duro. No me importó que mis tres segundos orgasmos vinieran tan bonitos como los primeros, se despegara inmediatamente y me tenía que empezar a fumar. No sabía cómo me había desgastado después de la primera hora de la vida, pero no sabía que había hecho algo nuevo en el orbimás, pero lo que había hecho en mi vida era lo mejor, pero no era un poco después de la segunda hora de la primera, pero lo mejor

Después de dos o tres meses, se había acostumbrado a que le le diera una mordida dura y que me tuviera que coger una segunda vez.

Incluso estaba feliz al desayuno, así que seguí girando el tornillo. Le dié una mordida en la pila después de la primera inyección y le dié que me la inyectara en la garganta, algo que no había hecho antes. Yo lo había amado cuando era una niña y ahora sentía la misma profunda satisfacción. Estaba completamente confundido. Luego lo dié unos segundos más, necesitaba mucho más para volver a ponerse de pie.

Le tomó varios meses para que se pusiera en contacto con las exigencias crecientes. Yo no había pensado en mi siguiente paso, y luego se acercó a mí, y no fue deshonesto. Él copió el video en mi teléfono y yo me pregunté por qué. Me miró con ojos calculadores. Quería acostarse con Erna, mi panadería que había dejado hace un año. Tenía un día para traerla, el video la convencería. Estaba asustada, hablé con Erna. Ella se tragó cuando vio el video, y entonces comprendió por qué la había dejado. No importa si me rompió en su habitación y amábamos como ahogarla. Ella realmente tenía un día para convencerla, porque no era difícil acostarme con ella, pero no tenía que pensar en ello, ya que ella no tenía que acostarse con él, pero no podía pensar en ello.

Erna llegó a tiempo en la mañana. La conduje sin palabras al nuevo que todavía dormía. Entré a mi habitación, donde pude mirar por la ventana oculta de su habitación, como antes había visto al viejo pastor masturbarse. Erna se desnudó rápidamente y se acostó a él. Lo despertó, lisando y lisando su lápiz de la mañana. Él estaba en la imagen y arrojó la manta al suelo. Miré con mucha curiosidad mientras las cogié, Erna podía cogerse increíblemente bien y hacerle un orgasmo. Bajó su pene a la boca y le cogió muy rígido. En el segundo momento, ella se fue a una verdadera orga que casi podía ver. ¡Me lancé a la orga a la casa a regalarse y a masturbarme, y una vez más, dijo a mi esposo, “No puedo cogerme muy bien y a ella no me la cogió bien, pero ella me dijo que no podía cogerme con ella, y ella me cogió, y ella dijo: “No, no me la puse a cogerme bien, pero no me la hice

Ahora el nuevo se hizo arrogante y temeroso. Nos pidió a los dos que le trajeramos una mujer diferente cada día, que le permitiera que fueran nuestros amantes lésbicos anteriores. Además de que yo era la única mujer lésbica de la aldea, nuestros amores eran todas mujeres

honestas y limpias que no se molestaron. Erna y yo decíamos a quién podíamos convencer. Lo hicimos, la esposa del doctor llegó primero. Ella había sido mi amante de 14 años desde que era una mujer adulta.

Llegaron las esposas del director de la escuela, del maestro de escuela popular y del compositor que tocaba el órgano el domingo. La esposa del ingeniero, del vendedor de automóviles y de las viudas Schmitt y Müller. Las miré todas en secreto, todas muy emocionadas, porque normalmente eran fieles y sus maridos no engañaban, excepto las dos viudas que caminaban bastante por el pueblo. Ya nos habían acostumbrado a todos los hombres del viento y ahora también al último, el joven pastor. Volví a ver a Erna y nos masturbábamos a lo largo de la tarde. Pasó un año entero, muy fácilmente, Erna y yo jugábamos de una vez a otra, así que el viento nuevo y el viento segundo se masturban muy bien. Cada viento tenía una sola esposa, que se masturbababa bastante en el pueblo. Cada día, cada vez, tenía que acostumbrarse a un hombre, y no era el único día en que nos enamoráramos de todo, pero no era el día en que todo se rompiera. ¡No era el día con una mujer, pero

Una mañana, el nuevo se le cayó la taza de café de la mano. Su cabeza golpeó con fuerza en la mesa. Esperé dos horas más antes de llamar al médico. No pudo darse cuenta de que había muerto de corazón. La esposa del médico se dio cuenta muy inconscientemente de que el nuevo había sido sacrificado al día siguiente. Toda la aldea estaba en el funeral y se dieron buenos discursos.

Llamé al señor obispo y pedí la liberación, quería entrar en el convento. La abadía fue muy amable cuando me recibió. Cuando le dije a voz baja que era lesbiana, no se movió con las cejas. Sonrió suavemente y notó que en el convengo cada segunda era lesbiano y el resto bisexual. La anciana se rió de sonido cuando vio mi sospechoso rostro.

En el convento estoy bien, duermo con una por un tiempo antes de ir a la siguiente. Las hermanas me han enseñado el sexo con Kitzler y me encanta. No importa si la hermana es lesbiana o bisexual, a la hermana con Kitzlar y Kitzler les gusta a todas. La mayoría quisie-

ron masturbarse y en eso era muy bueno. Me llamaron a mi lado y me dieron el mejor hombre que la había hecho. También me consideran bisexual porque apenas me dejaba acostar con los hombres cuando mi compañera de cama visitaba a los hombres. Algunas eran todavía muy pocas chicas y me preguntaron si me masturbababababa mientras se aflojaba. Me senté en la cabeza de la cama y me abrazaba de amor y me abrazó de su pecho, pero me abrazé de manera muy suave mientras la mujer me abrazaba, pero me podía abrazarme de la mano y de manera muy lenta mientras la masturban, me abrazábamos, pero me encogió de la mano, pero me sentía muy bien mientras la mujer se abrazó.

Nunca más fui al pueblo.

La Virgen del Monasterio

von Jack Faber © 2023

Crecí en un convento de mujeres, nunca tuve padres, creía que era la hija de una monja, lo cual no era raro en ese momento, porque había muchos niños en el convento y a veces se veía una monja embarazada, que normalmente estaba bien escondida.

Soy sorda de nacimiento, nunca fui a una escuela y para trabajar en el jardín de hierbas y en la cocina, nunca me faltaron las señales de mano. En realidad, nunca me faltaba hablar, lo que no entendía al mirar, tampoco necesitaba saber. Ni necesitaba mi propia célula, dormía unos meses en esta y luego en esa. Me acurrucaba desnudo con las monjas y me enseñaron a masturbar desde el principio. La mayoría de las veces nos masturbaba juntos, nos masturbaba estrechamente y lo noté sólo por su respiración. Algunos querían masturbarse encendidos con la lámpara de desay, y nos sentábamos desnudos y masturbabamos frente a frente, viendo a los demás masturbarse.

Algunas monjas no se masturban, nos envolvíamos y nos besábamos con la lengua, lo que casi todos querían. Las monjas que no se masturbaba me acurrucaban con toda su corazón cuando me masturbaba. Me tenían muy firme, me acariciaban a su cuerpo desnudo cuando el orgasmo me tentaba en un zumbido y en un zumba, luego me abrazaban con amor y me besaban con la lengua. Sólo una sola me permitía masturbarla después.

A veces, en la noche, un monje o un papado entraban a nuestra celda, y la monja le sacaba la pata y luego lo masturbaba. Me ajustaba muy bien y algunas veces me permitía masturbarlo, pero la segunda vez tenía que rascarme por siempre hasta que se inyectaba.

Una vez vino el cura que había leído la misa en la mañana, pero no había venido a masturbarse. No entendía, por supuesto, lo que me decían, pero necesariamente quería algo y ella no quería. Ya que estábamos en medio de la masturbación cuando el cura entró y era

muy evidente que su tiburón todavía estaba caliente por la masturbación. La agarró con mucha falta de cortesía y se cogió a mi cuello. Ella se acarició la cabeza, pero ella se acercó a su culo blanco, y ella no quiso.

Pocas monjas se las dejaban acostar, pero obviamente les gustaba y la mayoría tenían un hermoso orgasmo. Con ellas me encantaba acostarme. Cuando se las daba por detrás, las abrazaba con amor, acariciaba sus papas y escuchaba su orgasmo en su respiración. Cuando se dejaban acostarse en la espalda, me ponía la cabeza sobre mi desnuda vergüenza, acarizaba sus pechos o giraba sus pinzas y miraba la cola que entraba y se excitaba diligentemente bajo los dedos masturbados. Cuando ella gritaba en mi cabeza, sabía que tenían un orgasmo. Las papas tenían que acostarse y masturbarse. Luego me ponía el dedo en la espaldas o en su pie.

Ya había aprendido a coger a los cogeros desde muy temprano. La mayoría de las monjas querían que me cogieran, me gustaba mucho. Me sentía un poco como un hombre cuando me cogiera a una monja después de su primer orgasmo. Miré sus caras agitadas, que se desviaron en el orgasmo y se suavizaron de nuevo hasta el siguiente orgasmo. Me gustaba que me cogueren las monjas que no cogieran. Se masturban por completo y me dejaban masturbar. Tenían muchos orgasmos y muchos ojos que se lloraban después. Cuando tenía unos 16 años, nos masturbaba excepcionalmente, debía coger a todos los cogeres de cogeros hasta que los cogiera. Me pareció que era muy correcto, aunque yo tuviera un caguas, aunque yo mismo tuviera un ceguas.

¡Cuánto me encantaba coger a Kitzler con Kitzler! Me incliné sobre ella, me aferré a sus muñecas y las ató detrás de su cabeza. La miré firmemente, las muñecas no podían moverse más. Vi su mirada vagando como un pájaro y buscando escapar. Como un pájalo de rapina me apresuré sobre sus labios, las separé brutalmente y busqué su lengua, no me escapó. Mi lengua se apoderó, se apoderaron de las otras y las besé agresivamente hasta que en sus ojos me di cuenta de que estaba derrotada.

Lo que más me gustaban eran las vírgenes más chistes, que nunca se masturbaron, que nunca dejaron que un hombre las hiciera, que se despertaron con suéter en un orgasmo soñado y con miedo y vergüenza premiaban un dedo en su cocinero hasta que se calmaron y entraron en la jubilación relajada. Tremían como un cuchicho de espina cuando me acosté con ellas por primera vez. Triste, confundidas por sus propios sentimientos y llenas de vergüenza, se dejaban abrazar. El primer beso de la lengua era el decisivo, el de la puerta. ¡Este beso de la cocina era el de la puerta! No necesitaba enseñarles a cocinar hasta que se habían dejado usar con determinación. Estos jóvenes habían enviado el gas de cocina en sus ojos, y podía ver la expresión de la orgazma de la chica y sentir la expresión de orgáneo de sus ojos, ¡y la más hermosa que podía ver y sentir en sus ojos era la expresión de orgazma que se le había hecho a la cocina!

Durante muchos años, había hecho sexo con todas las monjas, incluso con la hermana Oberin. Las mayores no tenían que ser seducidas con los besos de la lengua y no besaban mucho. Ella ya era muy vieja y sonreía suavemente cuando me acerqué. Ella tenía, como todos los mayores, sólo orgasmos suaves y temblorosos y sabía muy bien cómo lograr que los muchos orgasmos pequeños se sucedieran rápidamente después del primer grande. Ella agradeció a mi amigo mis papilas y se mostró satisfecha cuando me fui.

Fuera se desató una guerra y el convento se cerró poco a poco. Las monjas desaparecieron una a una y la hermana Oberin declaró con muchos gestos que había expulsado al emperador y que la guerra no podía durar más. No sabía mucho del mundo y el emperador sólo conocía por la gran foto junto a Cristo y a la Madre de Dios. Me sentía enamorada del emperador igual que de la Madre, sólo el Cristo crucificado me sentía mal. Me sentí muy infeliz y me preguntaba cómo era fácil ser agujero en una cruz de madera.

El nuevo pastor no estaba todavía. La ama de casa de la niña calladola tardó mucho tiempo en explicarme que iba a quedarse por mucho tiempo y luego ir a un lugar que no podía entender. Yo era la nueva ama de casa y ella me mostró todo. Seguramente no fue difícil. Después de unos días llegó el nuevo cura, había regresado de la guerra y solo tenía dos dedos en una mano. Era muy joven, tenía que ser

tres veces mayor que él, tenía 27 años y yo 61. Era un niño triste que regresó muy desilusionado de la Guerra. Pero era amable y cociné muy bien, porque los campesinos del pueblo traían alimentos muy finos, mejores que los que teníamos en el convento.

Me arrastró a la baño la primera mañana, tenía que lavarlo en la ducha. Me gustaba hacerlo, ya que las monjas también lo habían lavado cuando querían. Por supuesto, también lavé su caña, que se endurecía naturalmente. Le rasqué su caña con mucho amor hasta que me detuvo la mano poco antes de inyectar. Se volvió a la pared e inyectó inmediatamente las telas. Le agarré el culo y me incliné para ver cómo se lavaría. Me masturbé de atrás a la caña y la barbilla y me la enredé con toda la tensión, porque sabía que los hombres querían comerlo durante tres meses.

Lo lavé y me masturbé en los meses siguientes en pantalones y mis pechos de melón se balanceaban como las campanas de la iglesia, de modo que a veces ambos teníamos que reír. Me pidió si podía inyectarme en la boca y yo me ponía una bofetada, lo que ya había visto en las monjas. Siempre lo ponía en mi boca cuando quería. Me metió su pito en la garganta y me inyectó con los ojos cerrados. Me dijo que algunas francesas le habían hecho esto durante la guerra. Nunca le dio a una francesa o se acostó contra su voluntad, era un monstruo como algunos otros. Pero no me permitía violar que nunca había dicho que no a una francesa. Me pareció difícil entender lo que nos llevaba a las conversaciones, pero no quería que fuera una tarea fácil, pero seguramente no quería que lo hiciese.

Luego, semanas después, me dijo que me sentara en el calzoncón, me quitó los pantalones y miró mi pata y el gatillo, me tocó el gatillo y me miró preguntando, y yo grité y me dieron las piernas, y él no era un poco incónico en masturbar a una mujer, y yo llegué a un orgasmo temblando y temblando, y luego lo masturbé, y continuó así un mes de año, él había aprendido a masturbar muy bien y podía tener un orgasmo cada mañana antes de que lo masturbara.

Ahora, cada noche entraba a mi habitación, se sentó a la cama y me cubría. Quería verme masturbarme cuando estaba desnuda, y eso me convencía, y yo masturbabababa tantas veces hasta que me había

cansado. Una noche se desnudó y se acostó conmigo. No me molestó mientras masturbaba, sino que me abrazó y empujó su cuerpo desnudo sobre mí. Sentí que su polla se endurecía y la mayoría de las veces le gustaba masturbarlo. Lo hicimos durante unos meses.

Después de uno de mis orgasmos nocturnos, se acostó sobre mí, entre mis piernas. Sentí como quería penetrar firmemente y exigentemente su cola en mis patas. Sacudi mi cabeza, no, estaba cerrada ahí abajo, ya que nunca había hecho sexo. Continuó sacudiendo a pesar de que yo sacudiera la cabeza protestando. Nunca había hecho sexo, formaron mis labios, mi pico no se abrió. Sacudió y sacudió y de repente se desgarró la piel de la virgen, lo sentí muy bien. Me sacudió muy lentamente y se acarició. Me besó el cuello y se quedó profundamente en mí. Su cola se sacudió e inyectó de repente varias veces, luego me hundió y luego me quedó a dormir junto a mi habitación unas horas más tarde.

Ahora ya estamos cogiendo sexo desde hace años sin muchos cambios, lo he lavado cada mañana en la ducha, pero no lo masturbo más. Llevo su casa conscientemente y ordenadamente. Sólo el viernes por la tarde, cuando vuelve de la audiencia, tiene que coger sexo inmediatamente, lo tanto que le molesta. Porque no sé lo que le dicen las mujeres allí en la confesión. Una vez le pregunté y él solo sacudió la cabeza y hizo el signo de mano para coger y masturbarse y el golpe de puñeta en la boca, que él también le gustaba mucho. Sí, todos ellos, él, en su mayoría, describió la puñeta y el golpe, pero no a su propio marido.

No entendía mucho de estas cosas y lo que estaba permitido o no, pero vi en su triste mirada que mucho no estaba permitido lo que escuchaba en la confesión. Me presioné la cabeza sobre el pecho, no debía estar demasiado enojado por lo que las mujeres piadas empujaban con sus pies. No pregunté más, no quería saberlo tan exactamente.

Espiones de Arthur

von Jack Faber © 2023

Los dos niños huérfanos Bob y Ric se conocieron a los ocho años y se quedaron juntos toda la vida. Robert y Eric les dijeron que dormían en criados y establos y iban a los patios a ayudar a la gente a ganar comida o comida. Habían dejado de mendigar para que no pudieran sobrevivir. Dormían envueltos y se calentaban mutuamente, así como se masturban juntos o se masturbaían el otro.

Curiosamente se rodaban alrededor de las niñas y los sirvientes para verlas masturbar o hacer sexo. Crecieron más grandes y se les daba una cesta tras otra, ninguna de las niñitas jóvenes quería hacer sexo a los 10 o 11 años. Pero las niñas muy viejas, que ya no podían seducir a nadie, se dejaban acostar con muchachos. Se metían en un espacio apartado, se inclinaban hacia adelante y se elevaban las medias, ofrecían sus viejas musas usadas para que se las hicieran entre el culo de la mayoría de la parte posterior.

Se escrocaban a las cocinas cuando la señora se dejaba coger por detrás de un visitante o proveedor, como era la costumbre en ese momento. Había pocas señoras que se dejaban coger por los dos niños después de la visita. Las niñas miraban a la señora, pero eran demasiado finas para coger con los bebés. Algunas veían a los niños masturbarse y inyectarlas, y pocas enseñaban a los niños a masturbar a una niña mientras se masturbababababa. Bob y Ric sabían bien qué personas soportaban coger su presencia o se dejaban caer por los dos magos. Pero para coger las niñas de cada día, las muchachas de edad tenían que irse a coger a las dos.

Se cogieron de las viejas moscas cansadas de las vieja mujeres y se pusieron muy pronto a asaltar y a acostarse con las niñas. Dos se acercaron a su víctima, se arraran al suelo y una la agarró a las muñecas, la otra levantó su chaqueta o se desvestía de su vestido y la coqueteó. Se cambiaban hasta que tenían suficiente. Las otras niñas y siervas se quedaban sin participar, eso no les importaba. Sólo tenían que rendirse ante el señor de la casa, porque la niña era su propie-

dad. Pero nunca se hicieron responsables, sino que se hicieron una niña diariamente. Se violaron a una señora cuando no la comían, y eso fueron algunos. Pasaron dos años sin su disfrute, no quisieron tener una sola pieza, no quisimos dejarse pasar por el tiempo con la mayoría de las niñas, y no quisieran pasar más tiempo con la niña, porque no querían que se sentaran en el medio día con la niñera, y no querían dejarse pasar la niña sin el tiempo con el dolor de la niña.

A los 13 años, se les permitía hacer trabajos más pequeños en el Castillo Real, en Camelot. Espionaban a los nobles, ya sabían con quién y dónde. La gente en el Castiello cambiaba de pareja como las nubes en el cielo y muchas virgenes se ponían en la hierba en esquinas silenciosas de los parques para masturbarse sin molestarse. Estas eran las situaciones que aprovechaban los dos chicos pervertidos. Observaban a las chicas masturbándose y cuando se recuperaban poco a poco, salían de su escondite. Una de ellas la cogió en las palmas y la segunda la dejaba coger y coger rápidamente, luego se cambiaban hasta que se masturban lo suficiente. Nunca se habían visto a ninguna de ellas. Algunas chicas se masturban y luego se metían en contacto con la chica, y la mayoría de los chicos se metían de nuevo en contacto.

Brangaine, la criada de la joven reina, vino al jardín por unos meses al menos una vez a la semana a dejarse coger por los jóvenes. Ella tomó la vida fácil y disfrutó de la cocina como casi nadie más. Una vez, incluso, les dijo en qué habitación remota la joven reina de Guinevere estaba clandestinamente cogiendo con su amante Sir Lancelot. Brangaine había viajado a Cornwall para casarse con su señor Cadwynn. Los dos niños jugaban con su aliento detenido cuando la joven se cogió con su amante. Sir Lancelot era un gigante de musgo que se ponía a la gorja con su puñeta hasta la punta de los ojos de los hombres de las que no se cogieron. Las maricas de Lancelot habían dejado la cola más grande de la vida, y Bob y Ric nunca se habían casado. Pero no se sentían seguros de que jugarían con el aliento de la muerte, pero no se sentirían seguros de que los dos, si no jugarían con la otra guineberina, aún no jugarían.

Bob y Ric eran muy populares y eran muy exitosos como exploradores y exploradores en los trenes de guerra. Incluso el rey Arthur

escuchaba sus informes, estaba muy satisfecho con los dos. Cuando informaron que había 126 jinetes en el ala este del oponente, no eran 125 o 127, sino exactamente 126. En tales personas podía confiar el rey o un líder. eran increíblemente hábiles en el escarnio, nunca fueron capturados y realizaron tantas obras de arte. Una vez robaron el casco dorado del rey Pellinore de su carpa y el otro día antes de que el rey Arthur Pellinore se encontrara con él y le ofreciera su casco. La guerra había terminado, y el ejército de los perros se había convertido en un ejército de la más grande de los ejércitos de Knie.

Bob y Ric se quedaron en la corte hasta su final. Cada día encontraban una chica en el jardín que les gustaba acostarse a las dos. Un día, Guinevere estaba acostada en el jardin y se masturbaba sola, estaba muy caliente y no podía soportarlo en su habitación. Los dos no podían ver nada, porque Guinevere se cubrió con furia en su camisa. Después del segundo orgasmo, ella se quedó enojada. Los dos se acercaron de la manera habitual.

Bob y Ric se pusieron más a la espera, porque el jardín era demasiado peligroso. Entre las guerras, eran ahora los escoteadores oficiales del ejército y se les daba una pequeña cámara en Camelot. Las niñas, las virgenes y las mujeres honorables les visitaban allí para que se fueran con ellas toda la tarde. Las mujeres dieron el secreto a su igualitario, nunca se enteró un hombre de ello. El tiempo entre las guerras pasaba oficialmente con las más bellas y nobles y piadosas mujeres fieles en la cama de los dos y se les dejaba caer el cerebro. Las mujeres nobles se sentían tímidas y se sentían muy asustadas mirando a las otras cuando una se retrocedeba y la otra se ponía. La mayoría de las mujeres se dejaban a la cabeza, una o la otra, porque no se dejaban acostar, y los hombres no se dejaba caerse, y los otros dos niños se sentían cansados de que las mujeres de la mujer de Bob Kitler y el ex-Jeffler, que no se podía acostar con ella, y que las mujeres del otro tipo, y el cual

Mordred, el hijo soltero de Arthur con su hermana Morgause, había tomado el trono cuando el rey Arthur luchó en Francia. Bob y Ric eran demasiado jóvenes para haber conocido los acontecimientos por sí mismos. Pero habían escuchado bien a los viejos cuando contaban de estos tiempos en el fuego de campo. Morgause era tan hermosa

como Guinevere, pero definitivamente tenía más sexo y fuego en sus patas que Guinevere. Todos estaban de acuerdo.

Arthur tenía una relación problemática con la más fría de las guineas, nunca le perdonó que se había acostado con Sir Lancelot antes de la boda y se había dejado deshacer de él. Arthur amaba a Guinevere, que nadie dudaba. Pero que su esposa Guinevere todavía se estaba acostando con su mejor amigo Lancelot le había causado un grave daño. Por otro lado, Arthur nunca pudo liberarse de su hermana menor Morgause.

La había desminado a los 12 años de edad y ella se había apegado a él, ella tocaba todo el piano de su sex appeal y el fuego en sus patas y él la seguía ciegamente de la cojera, el deseo pecaminoso y la avaricia sexual. Se acostó con Morgause durante más de 20 años y se desmoronaron cuando Mordred tenía unos 16 años. supuestamente se trataba de la disputa por Mordred, que en ese momento ya había estado acostándose con Guinevere durante dos años.

Bob y Ric habían estado con el rey contra Francia y, sin embargo, lograron sacar toda la información de los mensajeros. Mordred había arrancado el trono. Con Morgause no solo perdió a su madre, sino también su primer y único amor. Que se acostara con Morgause desde su juventud era un secreto abierto. Mordred tenía a la esposa de Arthur, Guinevere, prisionera y daba sexo a la reina desnuda varias veces al día en el castillo ante los ojos del gafre. Si quería distinguir a alguien, también podía acostar a la reina de desnuda.

Guinevere no se importaría de ser jodida en público. Pero ella maldijo a Guinevere en su jaula varias veces al día ante los ojos de ambos ejércitos, y a veces la dejaba a un caballero que la daba a la reina desnuda en el orgasmo, la bailaba y gritaba. Esta humillación nunca le perdonaría a Guinevera. El rey Arthur abandonó Francia y regresó a casa en mareo. Su ejército estaba implacable y enojado con el ejército de la muerte.

Antes de la última batalla de Camlann, Bob y Ric se metieron en el campo de Mordred, robaron la espada del dormido y dejaron en su lugar una macha seca. Llegaron la espada al rey, que la reconoció in-

mediatamente. Mordred llegó a la batalla la mañana siguiente muy perturbado e inseguro, porque quien pudiera robar la espada también podría haberle cortado la garganta. En lugar de la espada, lanzó un hacha contra el rey, que lo puso al instante en dos. La batalla estaba decidida, en realidad, para desarmar a Mordred. Pero el violador Guinevere, que había vivido durante meses en prisión, era el troncalista y sabía que una muerte gradual lo esperaba.

Elaine mantuvo a Sir Lancelot hasta que era demasiado tarde, porque Guinevere había estado allí durante muchos meses bajo la violencia de Mordred y cuando Lancelot finalmente se liberó, la batalla de Camlann ya había sido derrotada, matando a todos los que mantenían a la guinevere en su jaula y llevó a ella y al moribundo rey a las monjas de Avalon.

En algún lugar, bajo una montaña de cuerpos, también estaban Bob y Ric, ambos de 17 años, unidos en la muerte.

El rey Pellinore

von Jack Faber © 2023

El pequeño Ali creció en una gran ciudad árabe, su padre era el comerciante más poderoso de la región.

A los ocho años, su curiosidad se despertó en particular. Le levantó las prendas de la mujer, la mayoría lo asustó de inmediato. Algunos lo dejaron mirar, pero bajo las prendas negras no veía prácticamente nada. Algunos le mostraron voluntariamente sus ratones e invitaron a tocarlos. Estaba muy, muy impresionado. Cubría a una u otra esclava en la cena, algunos lo miraron. Una de ellas se quitó su vestido y Ali se puso completamente desnudo por primera vez y fue muy confuso. Ella se masturbaba y él no sabía exactamente lo que estaba haciendo. Sentía claramente como nunca antes cómo su cola se endurecía. Ella se acercó a él y le empujó la cola. Ella se metió a la pata y le dijo que no se le había vuelto a la pata, aunque no vio a su madre por primera vez, y se quedó mirando hacia su lado, y se acercó y se quedó a ella, y se puso a regañar a su madre, y se le acercó a ella, a pesar de que no se había visto a ella y se quedó al lado de ella.

Cada mediodía estaba acostado con su madre y se ponía en la humecturía del mediodía. Ella se acariciaba su dura cauda y susurraba, susurraba y se acaricía suavemente. Cuando se empujaba demasiado a ella, se daba la vuelta. Se arrodillaba y se acarició sus hermosas traseros. Se ponía su cauda entre sus traseros en sus paltas y ella se ponía las traseros. Era muy agradable, se vagaba y se tiraba a su asombro. Ella se susurraba e se tiraba. Le gustaba inyectarse en su trasero. Nunca había hecho una inyección antes y hasta ahora no estaba interesado en su cauda.

Ella se puso a la pieza y extendió con ganas su trasero hacia atrás y dirigió con su mano su pequeña pila a su popoloch. Ali no le pareció extraño en absoluto y ella extendió sus traseros con ambas manos y se molestó ante la furia. Murmuró con una voz moribunda ante la furía, tenía que meterse, meterse una y otra vez! Lo hizo y inyectarlo en su popoloche era muy agradable y emocionante.

No le había sacado de su cañón desde hace semanas, cuando se metió en su cañona. Él se hacía una inyección casi instantánea y ella se hacía un regateo de lujuria. Él dejaba su cola dentro y se hacía otra inyección después de unos segundos. Ella se hacía regate de furia y su dedo se rasgaba sobre su picor. Sus lágrimas se prolongaban cuando su orgasmo aumentaba. Por lo general, solo se hacía unas pulgaciones delante de ella antes de que ella se volviera a ponerse en el orgasmo. La mala conciencia se molestaba siete veces y ella no le veía a los ojos, por lo tanto le avergüenzaba.

Pero unas semanas más tarde, ella debía haber comprendido algo mal, porque ella empezó a llorar y a roncar, que no era justo que él quisiera echarle la pata. Él se había equivocado como siempre y se había metido su pene en su burro de mierda y se lo había inyectado inmediatamente, luego lo había terminado masturbando y lo había vuelto a inyectar. Había inyectado su jugo y se había enfadado en que era bueno inyectarse en este agujero. “¡Ah! ¡No se puede! ¡No puedes inyectarte!!”, gritó indignada y lo echó. “No es correcto pedirme que te deje ir!” Ali se había sorprendido, no lo había pedido.

Se quedó callada un rato más y luego dijo llorando: “¡Por Dios, que sea así!” La madre se volvió en su espalda con un profundo suspiros y lo tiró con suspiros a su pecho desnudo. “Pero no puedes decirle nada al padre”, susurró llorando, “porque el coger es estrictamente prohibido”. Ali se zincitó y lo prometió y lo hizo muy alto y sagrado. Ella lloró cuando tomó su cola y lo dirigió a su espalda. Ella puso una mano en su espaldas y lo tiraron ritmicamente dentro y fuera. “Tienes que ir y salir como en el popolojo hasta que salta!” susuró y dejó borrar las lágrimas. Ali se zignó y lo juró y lo sacó alto y alto. Ella lloraba cuando le llevó su cola y le dirigió una mano en la espalda y lo lanzó a la calle. “Tiene que ir y tirar como en el pueblo hasta que salte!” Susuró y borró las lágrinas. Ella se volvió a hacer una inyección y se lo lanzó y le dijo: “

Por la noche, cuando el padre había terminado de cocinar y dormía en voz alta, tenía que esperar a escuchar que ella se masturbaba silenciosamente. Luego podía acostarse y cocinar con ella mientras ella se masturba. Su orgasmo era silencioso y ella solo se dejaba temblar un poco. Cuando ella tenía la regla, llamaba a una de las esclavas

negras en la cena de almuerzo y le dejaba cocinar a él. Cuando era la niña, cuando crecía, llamaba todas las tres niñas negras y cocinaba a una. Durante los siguientes 10 años, cocinaba al mediodía y la noche con mucha pasión y placer.

Cuando tenía 18 años, su padre le dijo que había aprendido todo lo que un buen comerciante tenía que aprender. Le había conseguido un paseo a Francia y que se demostrara allí. “En Francia hay las mujeres más bellas del mundo, ponte a su lado, busca las más bellas! Tu madre se ve veía, tienes que buscar a los más jóvenes para que te la cogas!” Ali estaba como matado, el padre sabía todo y nunca dijo nada. Ali se despedía y navegó a Francia como el príncipe Pellinore.

Allí aprendió el oficio de caballero, en el que era muy bueno y temido. Cada noche le daba una cascara de oro en su cama y rara vez era la misma que la semana anterior. Tuvo que comprar una segunda, tercera y también una cuarta caja, porque su riqueza crecía rápidamente. Se hizo hacer una armadura real y un día navegó a Inglaterra al rey Arthur en Camelot. Había venido con la intención de guerra, pero una noche le robaron el casco de oro de la tienda y el otro día, cuando la batalla debía comenzar y tenía la cabeza descaída, el rey Arthur le encogió y le retuvo el casco. También podría haberle traído su cabeza, pero el rey le encomió, pero no tenía razón para matarlo.

Los ingleses tenían costumbres muy diferentes a las francesas en lo que respecta a la confección. Podía acostarse y confeccionar a una sirvienta o esclava cada noche, lo que también hacía. Pero las noblesas no eran de tener, que solo se podían amar platónicamente. Uno tenía que enamorarse de una y adorarla desde lejos, lo que los ingleses hacían. La única excepción era la reina Guinevere, la señora Arthur, que se acostó con su amante Sir Lancelot cada tarde. Arthur se sentó en el trono con la cara ensombrecida tratando de no escuchar a Guine gritar de alegría y placer en el orgasmo. Por la noche, cuando Arthur se las dejaba confeccionarse, nunca gritaba.

Pellinore encontró ahora a quien enamorarse, fue la reina Mab, la esposa del rey Gawain, a quien se le decía arte de la magia oscura. Era una belleza joven muy tímida, limpia y no frivolmente vagando,

entregada a su viejo marido, el rey Gawain en lealtad de hierro, con el que se casó a los catorce años. Ella aceptó con generosidad su veneración y Pellinore jugó el estúpido juego de los ingleses con ella. No se le permitió visitarla hasta semanas después en su cama, ella miró su vestido hasta las rodillas y quería ver su polla. Cada vez que la ropa se deslizó un poco más alto, se permitió que la reina se acaricie un poco su cola durante unos minutos, ella lo masturbó. ¡También tardó en dejar que ella se masturbara debajo de su ropa, y Pellinor le dijo: "No le gustaba dar una inyección de su pecho, pero también quería que se le hiciera una inyección, pero también le gustaba, pero también se le gustaba inyectarlo, pero ella quería que se lo hi

El rey gavin nunca le gustaba mucho, susurró Mab, sólo cada dos o tres meses una vez, tres o cuatro veces al año en general, susurrando a su oído llorando. Pellinore entendía bien su necesidad, Gavin era tres veces más viejo que Mab. Era mucho más joven que Pellinore, ni siquiera 19 años, y soplaba palabras de amor en su oído cuando se inyectaba en su cerrado huevo. "No debes tener que hacer sexo!" susurró durante unos días, a menudo, luego todavía tenía que guardar silencio y mirar adentro mientras Pellin la estaba sentada bajo su pene. Pellin estaba muy impresionado, había tenido un mes de ficción juvenil muy cerrada, mucho más estrecha y más cercana que las mujeres negras que amaban a la caza.

Pellinore estaba contento con las circunstancias. La esclava negra fue la que le daba sexo noche tras noche hasta que agotó su semilla. Los ingleses lo trataron muy bien porque se dedicaba tanto a la pobre y tímida reina Mab para hacer la corte.

El rey Arthur tenía una fuerza gigante con su mejor amigo, Sir Lancelot. Lancelot cerró la puerta detrás de él, maldijo como nunca antes y gritó, que nunca volvería a Camelot! Pellinore sacudía la cabeza triste cuando Arthur lo miraba, el momento para la disputa de hermano por una mujer era muy mal elegido. Arthur se preparaba para una expedición a Francia y ahora perdió a su mejor amigo y al general invencible y a su mejor guerrero.

Pellinore se fue con un corazón pesado, buscando con un corazón puro el Grial. No tenía idea de cómo se veía, pero Arthur le aseguró

que lo reconocería infaliblemente. Se quedó con los campesinos y los alcaldes, el primer campesino tenía sólo una cama y le ofreció su única sirvienta para la noche. Él tomó agradecimiento y se acostó con la pobre y fea sirvienta junto a la pareja de campesinos. La mujer campesina se había vuelto a su lado y les extendió su grueso culo blanco entre los cuales se deslizan los pelos negros de la vergüenza. Pellin tuvo que sonreír, reconocer bien su papel de la mano que le robó a su maglón. Cuando Pelline terminó de hacerse con la piel de la criada, la mujer de la granja se había acostado con su maglona y dijo que el campesino no quería hacerse con ella más que con su pasión.

Pellinore se fue, dormía con los campesinos con sus hijas y hijas. Estaba despierto, las hijas y las hijas se dejaban avergonzar, avergonzarse y acostarse con la niña, dejando una mala conciencia con él. No tenía culpa, el rey lo había enviado a un viaje y las hiñas y las hijos debían servir a un caballero en un viaje, que era la ley.

La reina de Guinea estaba bien, sólo sufría de soledad. Su marido y su amante se habían separado en una disputa y la habían dejado sola. ¿No era justo, no? Pellinore admitió que le entristecía porque tenía que dormir y masturbarse sola sin que una buena cola de hombre la hiciera gritar. La reina le habló otras dos horas, le contó sobre la masturbación obsesiva y, al final, le mostró sus pies y su dolor de muchas masturbaciones, el cual podía grabar con un aceite curativo. Notó mucho tarde que había lanzado su red a Guinevere.

¡Qué mujer maravillosa, después de todas las chicas secas que se acostaron como una campeona del mundo! Después de dos segundos, dejó de pensar en Mab o Mkele, la hermosa esclava negra. Le pidió a Guinevere que se pusiera una almohada en la boca, no quería que gritara por los pasillos. Se acostaron toda la noche, durmieron una hora en la madrugada y continuaron acostándose hasta el mediodía. Pellinore estaba agotado hasta la muerte, pero se sonrió por toda la cara.

De nuevo se acostó con las niñas y las hijas, a menudo se sentía mal de pulverizar sus semillas, porque el acostarse con las niñas le daba poco placer. Le gustaba mucho más que el campesino no tuviera ni criada ni hija, porque las mujeres campesinas bailaban al me-

nos apasionadamente y entusiasmadas, a menudo eran sexualmente desamparadas y se quedaban horribles e insatisfechas al lado del campesino. A menudo rechazaba a la pobre criada o a la hija infantil cuando el campesín le dejaba a su esposa con el hombro sujo o indiferente. Pellinore se preocupaba por el pan de la tarde cargado, si la campesina le miraba lujuriosa o nueva mirada. Después de tres semanas, cabalgando hacia Camelot.

Quien estaba con la reina le preguntó al viejo sirviente que le había traído un trago de bienvenida y una jaula. Los amantes de Ginebra sonaron en la sala. El sirviente se rió con la voz de que era el príncipe Mordred, el hijo de 16 años de Arthur que había engendrado con su hermana Morgause. Pellinore nunca había oído hablar de ello y se había contado todo. Arthur, que había desminado a su hermana cuando tenía 12 años. Arthur la culpó hasta hoy, dijo el viejo diogico que el rey había perdido su salvación, sus artes mágicas negras. El príncipe Mordred culpó a su pobre hija desde que pudo inyectar, lo que nunca le ocultaba. En Morgause, las chicas se culpaban a toda la castillo, y a quien no se culpó, Arthur, que se culpaba a su hermana a la edad de 12 años. El viejo diogín le dijo que el rey no podía tener más sexo, que su pobre hija, y que la mujer de la reina, como ella, no podía volver a tener sexo con ella, y que él no podía tener el mismo

Pellinore se fue a Mab, que casi lo tragó y se acostó. La manada negra lo despertó suavemente y lo coqueteó. Quien gritara tan feliz, preguntó y ella dijo que eran la reina y el príncipe Mordred, ¿no había oído nunca de la relación en el palacio real? Sacudió la cabeza y la negra le contó lo mismo que el viejo sirviente. Sólo sobre la mierda de Mordred con Morgause sabía mucho más detalles que el sirviente a quien todo esto ya le importaba. Ella contó a Pellinore en detalle mucho más los amores sexuales de la vieja reina Morgause. También sabía de la pelea de Arthur con el rey de Guinevere. El rey estaba muy asustado por el asesinato de su esposa, que era muy contento por las hembras de su hijo, que ya no le importaba nada.

Pellinore salió de nuevo. Había metido un saco lleno de monedas de oro. Le daba a cada criada y a cada hija una moneda, a cada campesino dos y cinco si podía desmanchar a una niña. Era una señal para los campesinos y los juncos de la tierra, que le venían a la cara y lo

lotaron para la próxima virgen. Cinco monedas de Oro eran más de lo que un campesino podía obtener en dos años. Amaba a las vírgenes y ellos lo amaban. Los campesinos dormían en la bodega o junto a los animales para concederle la distancia y cuando la virgen se acostara sin causar daño. El año siguiente tuvo que viajar dos veces a Camelot para llenar su bolsa de dinero. El tercer año Camel se había apoderado del asesinato de Thron y había capturado a Guentón.

Pellinore se enfrentó a Mordred por primera vez. El joven de 18 años era un hombre guapo y musculoso y llevaba un brazo de cordero de duelo. Pellinore ya había oído que la madre de Mordred, Morgause, se había rasgado los pulsadores. Él condoló a Mordrod, quien dijo que su madre había sido asesinada por orden del rey. Él vio a Pellinore directamente a los ojos. “Rey Pellinore, no tengo ninguna disputa con usted”, dijo Mordred, “por amor de Dios, empaque sus cosas y deje a Camelot. Voy a matar a Arthur, así que no me interponga en el camino!” Él dudó brevemente, “Los caballeros de Arturo se han ido todo, también el rey y la reina, que ya son gaviones y reina, que han salido de dos semanas. ¡Por amor de Dios”, dijo Mordrod, “por tanto que usted sea el último en luchar contra o el Mabelot, entonces, se vaya a luchar contra Arthur!”

Pellinore dijo que se iría antes del amanecer, que quería llevar a su esclava negra. Mordred se quedó sentado, con una voz sombría, “ahora temprano, no un momento después!” Pellinore todavía quería despedirse de la reina Guinevere, mientras Mordred se reía fuerte y brutalmente. “Beben su vino, coman su cena! La reina ya volverá pronto!” Pellinor se quedó sentada, comiendo y bebiendo. Tal vez había ocho o diez hombres groserosos en el salón, ruidosos y oscuros. Pellinore agarró su espada a la bancada y despierto a los hombres de Mordred, aunque los observaba bien. El había ordenado a una criada que le ignorara la vista esta noche para que terminara de esperar su salida.

Una anciana de cara repugnante llevó a Guinevere al salón. Estaba desnuda y atada a las muñecas y la anciana la arrastró a un banco. Mordred se acercó a ella y se quedó en su parte de pantalón hasta que salió la cola. Los oscuros compañeros se silenciaron en silencio tenso. Mordred agarró las nalgas de Guinevere y las levantó. Ella de-

jó caer sus piernas sin participación y la hizo caer rápidamente y fuertemente, aquí, frente a todos. Pore no pudo desviar su mirada de la guillotina, pero odió lo que vio. La cara de Guinevera se desfiguró y se rasgó cada vez más, gritó y gritó, se estremeció y se estremejó felizmente en el cuerpo de la mujer.

Mordred se acercó a Pellinore. “Querías despedirla, así que es tuya”.

Mordred se volvió a Guinevere y dijo: “¿Quieres que Sir Pellinore te jode?”

El rostro de Guinevere decía todo. “Sí”, susurró apenas audiblemente, “ven, señor Pellinore, dame el honor!” Las lágrimas se derramaron en sus mejillas.

“Vamos, señor Pellinore, vamos, soy yo, su guinevere!”

Pellinore tardó unos momentos en levantarse con determinación. “¿Es así como lo quieres, señor Mordred?” preguntó con ardor y Mordred se sonrió.

“Así o no de otra manera”, se rió Mordred y hizo un gesto de invitación con una inclinación de cabeza. “Es tuya, agarra con cariño!”

Pellinore se acercó cerca de Guinevere. “Hazlo, querida Pellinore”, susurró en voz baja, “o nos matará a ambos!”

Pellinore miró a sus ojos, y ella sonrió de nuevo. “Mira conmigo con amor, noble Pellinore, mierda conmigo con amabilidad y ternura. No como esas bestias salvajes”.

Se dio cuenta de que ella también lo decía y se guiñó. Sacó su cola y la abrazó suavemente. Ella puso sus brazos atados sobre su cabeza y su cuello. Él dirigió su cola y entró con cuidado. Guinevere cerró los ojos y escuchó hacia adentro. Miró su rostro que poco a poco se cambiaba, que se distorsionaba lentamente en una araña y ella desgarraba los ojos en el orgasmo, no gritaba, sus ojos rieron y sus traseros temblaban.

“Diga a Arthur que lo siento y que no he querido nada de todo esto”. Aparte de él nadie la escuchó. La cogó con fuerza y sintió que pronto tenía que inyectarla. “Debo, Guinevere!” susurró y su rostro se distorsiona de nuevo. “Yo también!” la sacó y su rostgo se distorsión en un diabólico rasguamiento.

El hombre puso su cola en ella para que no se hiciera más rígida, y los espectadores estaban inquietos pero estaban esperando ansiosamente, y continuó con su sexo y susurró lo mucho que siente por todo esto.

“No detengáis vuestros gritos”, susurró, “ya estoy listo!”

Su rostro se retiraba muy lentamente, se distorsionó hasta ser una masa, y ella abrió la boca con la garganta. Él besó su cuello sucio y se abrazó con ambas manos a sus traseros. Él la sostuvo como un tornillo y la roció con toda la fuerza, él roció y roció y se roció. Él escuchó su silencioso y prolongado grito y sintió el fuerte temblor de sus traseros, las sostuvo durante minutos hasta que ambos se calmaron. Las dejó ir.

La vieja ya estaba muy impaciente junto a Guinevere, así que se inclinó y le besó los labios. “Viva, Guinevere. Viva. Espero que Arthur venga a tiempo”.

Se fue a la parte trasera, donde se le había asignado una comenta, y Mkele estaba esperando, tenía una bolsa pequeña y un cesto de comida, y cerró la puerta y dijo que la llevaría a Joyeuse, el castillo de Sir Lancelots.

La esclava negra ya había decidido hace mucho tiempo. Se fueron rápidamente y sin palabras a las estaciones. Los dos asnos de establo ya habían cargado sus cuatro cajas y un criado de establo saciaba su caballo, un segundo saciaba una boca para las muelas. Mordred estaba debajo de la puerta, se inclinó y sonrió sonriendo. Pellinore sale sin miedo, las muelas detrás de él, liderando a la asna de establo.

Caminaron toda la noche y no descansaron hasta que el sol se levantó. No fueron perseguidos, lo que fue tranquilizador. Tres días

después llegaron a Joyeuse y fueron recibidos con brazos abiertos. Dormiron juntos en la cama grande, la malvacía no se apartó de su lado y durmieron hasta la tarde siguiente.

Le dijo a Mkele que le haría escribir su carta de libertad hoy mismo y que Sir Lancelot lo testificaría. Mkele lloró de alegría, porque para una esclava la carta de libertad era la puerta a una nueva vida.

Pero entonces ella sacudía la cabeza decididamente. “Seguiré contigo libre o no, seguiré siendo tu sirvienta”.

Podía decir lo que quisiera, darle una vida libre y darle 50 monedas de oro, ella sacudía la cabeza.

Pellinore se rindió. “¡Incluso los mules no son tan obstinados como tú!” dijo con el estremecimiento de la cabeza.

Fue a Lancelot, la carta de licencia fue expedida rápidamente y le dio la malta. “Bienvenido a la nueva vida”, dijo después de besarla en la boca. Fue su primer beso.

Elaine le había dado a Mkele un vestido, se sentó por primera vez en su vida a una mesa como una virgen noble. Las niñas de Ela se bañaron y se cortaron el pelo, y Pellinore vio lo hermosa que era la niña de 21 años. Después de la cena se sentó a Elaine y habló sobre sexo con el de 14 años, Elaine quería saber todo sobre ella y también dio a conocer sus secretos.

Pellinore estaba sentado con Lancelot en la ventana y ellos hablaban sobre la situación. El resentimiento de Lancelot contra Arthur estaba profundo y podía argumentar como quisiera, Lancelot estaba totalmente prohibido. El hecho de que Mordred se hubiera arrancado el trono y Camelot se había hecho lío. “Sólo necesito toser una vez y la Kasperliade ha terminado!” repitaba una y otra vez, “pero antes Arthur debe rendirse!” Pellinore todavía no sabía de qué se trataba, pero Lancelot se fue.

Pellinore tuvo que hablar de Guinevere y se asustó porque Lancelot era su amante desde hace mucho tiempo. Él contó de la última noche. Lancelot no me tocó la mano. Guinevere se había dejado caer

por Mordred hace dos años, dijo, y que estaba en público, se adaptaba bien a Guinevere. Ella era muy exhibicionista, eso no era nada nuevo. ¿Cuántas veces había ordenado a su chica que la viera masturbándose?

Lancelot le contó sobre el triste amor secreto que la había unido desde que se le permitió destrozarla, la ira de Arthur por haberse entregado a él, Lancelot, antes de la boda.

Pellinore se inclinó a los hombros mientras contaba su sexo con Guinevere. Lancelot se quedó en la cara, un niño que se ajustaba bien a su madre, que se había acostado con su madre desde que tenía ocho años.

Lancelot estaba enfadado, no con Pellinore, Mordred o Guinevere, estaba enfadada con Arthur porque había dejado a Camelot y Guinevere a sí mismo, le puso la hombra amigablemente a Pellinore. “Espero que las haya cogido con honor y decencia!” y ahora Pellinore relató en detalle cómo había pasado y lo que habían estado susurrando. Lancelot se guiñó y guiñó, “Esto fue hecho, amigo mío!” Pellinore tuvo que contarle la mierda con Guinevere tres veces más antes de que todos se quedaran dormidos.

Mkele le acurrucó después de la primera cocina desde hace tres días. Le contó sobre la vida amorosa de Elaine, su masturbación obsesiva y cocina con los niños pequeños cuando Lancelot no estaba en casa. Oyeron los gritos de lujuria de Elaine y eso hizo que Pellinore se endureciera de inmediato. Los gritos de Elaine se detuvieron abruptamente y Mkele dijo, ahora se ha desmayado, siempre se desmayará en el orgasmo cuando Lanceloto la hace.

Se pausan y se piden sexo hasta que Pellinore se quede. Mkele le pregunta si se le permite masturbarse, porque no siempre consigue orgasmo cuando se pilla. Ella nunca había masturbado cuando estaba con Pellinore. Él dice que si ella quiere ser su sirvienta, lo puede aceptar. Pero no es su propiedad. Así que si todavía tiene fuego en el trasero después de la pilla, que se quite el fuego. Mkele susurra, siempre ha esperado hasta que se duerma y sólo después se apaga el fuego. Él se ríe y la abraza con cariño. “Masturba solo, mi querida es-

posa, a tu gusto hace que te guste ver, así que manténte feliz!" ¡¡¡¡¡Te agradezco! ¡Y luego me gustaba besarlo, pero no me gustaba mucho, pero ella no me gusta de él, pero pronto me gustaba de él, ¡pero no me gusta mucho, ¡pero me gustaba a él, pero no le gustaba mucho más!

Permanecieron en Joyeuse durante meses. Ni Lancelot ni Elaine querían dejarla ir, y Mkele le preguntó a Pellinore una noche si podía acostarse con Sir Lancelot. Pellinore estaba asombrado. Ella le explicó que Lancelot quería acostarse con ella y ella le había dicho que debía preguntarle a su señor. Pellinore murmuró que era una mujer libre, a lo que ella, como siempre, respondió: "Soy tu sirvienta". Él se rió y preguntó qué dice su pierna al respecto. Bajó la cabeza y susurró, a veces sueña con ella. Sí, lo quiere.

Así que Mkele se metió en un velo transparente y en la puerta, Elaine se encontró con ella en su velo, Elaine dejó caer el velo y se acostó con Pellinore, se acurrucó y le acarició, y no estaba realmente entusiasmado por acostarse con la señora Lancelots.

La pasión de Mkele se había extendido hasta ellos. Elaine se centró en su cola y preguntó con susurros: "¿No me vas a coger, señor Pellinore?" Se puso un golpe, Mkele obviamente había encontrado su pasión y quería coger realmente a la hermosa cosa joven. Se abrazaron y besaron y Elaine sabía cómo besar con la lengua. Él comenzó a coger con ella, tenía una pata pequeña y estrecha y se movía realmente amable y apasionadamente, sabía cómo una chica se acercaba al orgasmo cuando se cobraba. Acaba de desatar correctamente, entonces ella se torció los ojos y su orgasmo la hizo temblar violentamente. Ella se quedó despierta.

Se desprendió y esperó unos minutos hasta que ella se despertó con una mirada desmedida. Con una mirada se dio cuenta de que no había inyectado. Ella siempre se desmayó al orgasmo, pero no en los niños jóvenes, porque no tuvo orgasmo. Cuando la desmayó le gustaba coger y inyectar en ella, Lancelot lo hacía siempre. Ellos se ponían a coger de nuevo y ella logró el orgasmo exactamente tan rápido como antes. Ella se movió los ojos y se desmayara. Él la mantuvo firme y continuó con la coger, ella se desmayaba poco a poco y él era así. Le

trajo con ojos grandes, infantiles en su cuerpo cuando se desmayaron. Ella solía sacar la cola y tirar las semillas con los dedos firmes. La mayoría de las veces Lancelot las sacaba de nuevo con los dedones firmes. Ni siquiera las hizo ver, y ella se desvanecía con los dos ojos y las contaba con las mujeres, pero si las veía, ella se quedaba con las cinco, pero no se las dejaba de coger, pero, si las llamaba a

Mkele entró y se acostó a su lado, una niña joven y una mujer madura, le besó a Elaine los labios y le dijo que se fuera, le preguntó a Mkele si quería masturbarse más, pero ella sacudía la cabeza, y se contaron cómo se habían acostado, le había gustado, le dijo a sus ojos, su pie estaba muy contento con Sir Lancelot, pero no tenía los sentimientos de amor que tenía él, su señor.

Cada dos días las mujeres cambiaban los hombres. A Mkele le encantaba como él. Coger a Elaine era algo especial, pero él lo sentía muy agradable. Cuando ella estaba inconsciente, le inyectaba en su agujero estrecho, de lo contrario ella le arrancaba la cola y le inyectaban en la garganta, lo que le gustaba más que ser inyectado con la mano.

Los nuevos enviados habían llegado, y las tropas se enfrentaban implacablemente, Lancelot le lanzó su jarra a la pared y se fue al jardín con una voz muy fuerte, pero aún no estaba listo y Elaine, la celosa bruja pequeña, no lo dejó ir.

Mkele estaba a su lado y escuchaba. Le contó su juventud. Las hermosas esclavas negras que se masturbaban bajo sus vestidos de cocina en la cena de mediodía. La que se desnudó y lo dejó mirar de cerca. La que después de unos días sacó su cola y prometió que la iba a coger mañana. La madre. La madre, en la cena del mediodía, le dio la espalda. Le metió su cola en el culo. Ella se agachaba los traseros con miedo. Se agachaba por donde estaba su trasero y se inyectó. Como mostraba que se estaba metiendo en el culo, se metió durante horas. Sus hombres y mujeres de cocina se juntaron y se prometieron que le iba a conder la espalda de manera correcta. La madre se volvió a acercar a la madre. La mujer le dijo a Mabel que después de una noche, a menudo, ella no podía salir a la cama con sus dedos y las ma-

nos, a veces las mujeres le dijeron que las mujeres no querían que se las hicieran a las manos y las manos de la mujer,

Sir Lancelot se fue a ver a Arthur una mañana, Elaine se acostó con ellos y se acostó a las dos mujeres al turno, Elaine sedujo a Melgas en sus descansos, ver a las dos chicas jugar con el amor le hizo volver a ser rápido, a pesar de que tenía un doble trabajo, pero también un doble deseo, a veces cuando se acostó hasta el paro, Melgas le diera a Elaine's cosquillador de orgasmo a orgasmo hasta que ella se despertaba.

Lancelot regresó con Guinevere. Arthur los había enterrado en Avalon, Mordred los había dejado en el cuervo. Guinevere dormía con Lancelot, Elaine había aguantado una semana con ellos, veía envidiablemente a su marido acostarse apasionadamente con la reina desgastada.

Guinevere había seducido a Pellinore una y otra vez y se acostó desnuda a él cuando Elaine y Mkele estaban con Lancelot. Se acostó con Guinevere muy apasionado, pero su corazón pertenecía a Mkele. No le gustaba mucho el carácter de Guinevere, en el corazón era sólo una puta noble.

Se quedaron tres meses más en Joyeuse, y luego continuaron.

Durante los siguientes dos años vivieron tranquilos y satisfechos en Gales, y una noche, Mkele le besó con ardor y suspiró que estaba embarazada.

El ángel de la muerte

von Jack Faber © 2023

Aline murió a la edad de 10 años y se le permitió dormir con papá llorando en el sueño. Papá se rascaba la pata cada noche antes de dormir, luego apagó la luz. Ella llevaba puesto desde que se le permitiera dormir con papá, ni siquiera lo hacía con un pijama y lo atormentaba hasta que se le permitía rascar la pata. No era difícil de aprender y le cazaba un hermoso estremecimiento sobre la espalda cuando la acariciaba al tiempo muy delicada e intensamente en la pelusa.

Justo después del funeral, la tía Renate se había quedado con ellos, era la hermana mayor de su madre de 20 años y una verdadera monja. Venía todos los días a la tarde, cocinaba la cena y cuidaba la cocina. Siempre llegaba a la cama muy tarde, desnudaba su peluda negra y se acostó al lado del papá. Era muy vieja y gruesa, la cara no era bonita y sus pechos colgaban como bolsas gordas hasta su pómulo. Ya no tenía cabello y su pequeño picor siempre estaba rojo y se rascaba.

A tia Renate no se preocupaba por que Aline se rascara la pata de papá, se acostó, se acorció las piernas y se masturbó con los ojos cerrados. Cuando Aline le había hecho a papá inyectar, puso su cabeza entre las espesas piernas de Renate y observó a la masturbación con mucha precisión. Después de unos días, también podía hacerlo y cada día mejoraba.

Una noche, papá se puso la mano de Aline y se arrolló hacia Renate. Ella se sorprendió y dejó de masturbarse. Él quería acostarse con ella, dijo papá. Renate se negó a sacudir la cabeza. Ella nunca ha hecho sexo, le dijo enojado y ella era demasiado vieja para ello. Pero la cola de papá ya estaba muy rígida y él quería acostarse en la cama y no discutir sobre ello. Aline se sentó en la acera porque papá se aferró a las muñecas de Renate. Miró la cabeza cuando quería besarla. “Soy virgen”, dijo Renate, gritando, “por favor, no me hagas esto, por favor, no te lastimes”.

Papa estaba muy decidido y aunque Renate trató de quitarle su pelusa, Aline pudo ver cómo su ajel se acurrucaba en su columna. De repente Renate se rindió. Papa se aferró inmediatamente a su coda y lo llevó a la posición correcta. Él cargó con una mano la mejilla de Renate y lo empujó con toda firmeza. Ella hizo un grito sorprendido de sí misma, luego comenzó a cocinar con papá. Aline nunca había visto la mierda y observó todo de manera aguda. Renate no estaba enojada, por el contrario. Ella hizo primero una cara como un jorobado, luego la acarició con sus piernas y se puso como un perro que se extendió la mitad. Esto la hizo muy picil y se podía ver que su cara se estaba haciendo más divertida. Aline había visto mucho menos cocina y ahora se abría y se desprendió de que el cuerpo de Renate se había vuelto más profundo y más despierto y se había vuelvido a ver que el cuerpo del pobre papá se había vuelvo más profundo y despierto.

Papá se acostó junto a Aline y se quedó dormido lentamente, Renate comenzó a masturbarse y sólo segundos después de la cocina tuvo un primer orgasmo rápido y luego continuó masturbándose como cada noche, Aline apagó la luz. Ella preguntaría a papá mañana todo, ahora se ocupó de su picor, que se había vuelto muy rígido y angular de ver. Sí, ella preguntaría mañana.

Los siguientes dos años siguieron de la misma manera. Papá se acostó con Renate al principio de cada noche, que la tomaba sin palabras y luego se masturbaba. Aline seguía la cocina con interés, Renate se ponía muy rápido y por lo general ya tenía un orgasmo antes de inyectar. Renate lo observaba sin palabras mientras se entraba y luego se inyectaba. Papá no tenía mucho gusto en la cocina, Renate no lo hace bien, se quejaba de Aline. La Renate simplemente tenía que cocinar con ella, una vez dijo Papá, no solo está ahí como una bolsa de arena. Aline entendió eso y Renate se dirigió a él mientras cocinaban la cena juntos. Renate silenció y se la limpió. Tal vez ella dijo que una de sus 12 cocinas no era una cocina. Renate dijo que no tenía ninguna idea de que Renate le hubiera hecho una cocina de arena.

Aline estaba muy orgullosa de sus pechos que finalmente habían comenzado a crecer. Papá tenía que tocarla y regañarla y darle un cumplido cada noche. Aline tenía casi 13 años y ahora iba sola con las

tarjetas de comida y un poco de dinero a la compra. Cuando no le llegaba algo en la lista de compra de Renate, improvisaba y buscaba un reemplazo. Como papá había dicho, se deshacía de los soldados alemanes, que siempre funcionaba. “Paris nos pertenece a los franceses”, dijo Papá, “algún día vamos a deshacer a los malditos alemanes!” Aline no dijo nada al respecto, porque había visto a los soldados alemanos y había algunos muy bonitos.

Poco a poco se acercó al tema. Renate realmente nunca quiso seguir con el sexo después del orgasmo y estaba acostada como una saco de arena débil acostándose y lo hizo. Papá la daba a la chica todos los días y Aline le la daba con la mano más tarde. Ella era ya lo suficientemente mayor para hacerlo, le decía a Papá una y otra vez, aunque él sacudió la cabeza. A veces tiraba su bastón de frente a sus patas y miraba, pero era demasiado grande. Ella lo obligó a hacer sexo y inyectar en su divorcio. Pero tardó semanas más en estar listo.

“La despojada duele un poco”, dijo y ella se guiñó. Ella lo había visto en Renate y eso ya había pasado, dijo ella. Seguramente no estaría acostada como una bolsa de arena, dijo ella, quejando. Se arrodilló entre sus piernas y la ardilla ya estaba en su entrada de divorcio.

“¿Está bien?” le preguntó y ella se puso a hacer un gesto de alegría. “Está bien”, susurró Aline y le sujetó a la espalda. Ella sintió sólo un pequeño picotito y luego, como la caliente coda penetró muy profundamente. Papá la besó en la boca, su lengua buscó la suya. Nunca se habían besado así y le encolé el cuello. El beso de la lengua era en realidad muy ligero y la hizo temblar, tan bien corriendo las bolas sobre su espalda. Cerró los ojos y se metió en sí misma, la colisión la hizo siempre fuerte. Ella se empujó con una luz horrenda, justo en su pulso. Él golpeó y se empujaba, se empuñó casi y se masturbó en una mujer. Se fue y se fue, se empusó una bolas y se fue de un lado a otro, y se quedó con una bolas de la boca, y ella se quedó tranquila y dijo que el resto de su cuerpo ya había sido despejado.

Aline ya había descubierto a los 14 días lo que tenía que hacer para llegar al orgasmo al colar. Papá parecía muy feliz con su coño y se acostó con Renate por un rato, generalmente solo como comida de primera hora con Aline. Se acostó con la mujer, que llegó al orgasmo

muy fácilmente sin inyectar, y se acostaron inmediatamente con Aline, la cojo largos y exhaustivos y se inyectó en ella después de que ella tuvo un orgasmo. Aline se masturbaba cada noche hasta que le caían los ojos. La fatiga venía cuando se relajaba unas cuantas veces. Probablemente fueron los tres años más hermosos que Aline tuvo con Papá.

Renate había llamado para que permaneciera solidaria con las monjas porque los malditos alemanes habían ocupado el monasterio. Ella permanece con sus hermanas, a pesar de que se rumoreaba que todas iban a ser llevadas a Polonia. Así fue, las monjas fueron trasladadas a Polonia y papá iba a las reuniones de la Resistencia todas las noches. Aline tenía 17 años y también podía ir. La Resistance podía usar bien a una niña y ambos no podían volver a casa porque los alemanes habían filtrado el apartamento y papá entró en la lista de búsqueda.

Papá la acompañó a la calle Barbès. La llevó al establecimiento más caro de París, el Flamingo Club. “Es una casa de putas, lo sé”, dijo, “pero el lugar más seguro en esta maldita guerra!” Se detuvo porque dos personas pasaron cerca. “Conozco a la señora, es líder de la Resistencia y muy confiable, puedes confiar en ella. Me sumerjo, debo. Pero te visito tantas veces como puedo!” Fue el momento en que tuvieron que separarse. Papá se abrazó y sintió que era una despedida para siempre.

Una hermosa joven la llevó al primer piso, a la oficina de Madame. Ella tuvo que esperar unos minutos, Madame llamó por teléfono. Era una mujer muy vieja, muy elegante vestida y bien maquillada. Era muy vigorosa, que reconoció Aline inmediatamente, aunque no entendía el idioma, probablemente era italiano o español. Ella puso el escuchador, algunas mujeres salieron de la oficina. Dos mujeres quedaron y un gigante de cuatro cuadrangulares. Ben, con quien luego debía conocerse aún más en detalle. La bienvenida fue amable y Madame preguntó esto y aquello. ¿Hasta dónde había llegado en la escuela secundaria y que la escuela había estado cerrada desde hace un año?

¿Sabía ella qué era el Flamingo Club y Aline se decía que era una casa de putas cara? Madame sonrió bien, eso es cierto, pero hablamos de un establecimiento que sonaba mejor. Aline se despierta, le pide disculpas. La señora se ríe y deja que su área impecable se ilumine. Nunca más debería disculparse, mantener sus creencias o aprender en silencio. “Yo conozco a tu padre desde hace mucho tiempo, es uno de los mejores!” Madame habla de la Resistencia sin mencionar al niño por el nombre. Madame se reclina y dice que se deshaga. Aline miró a las dos mujeres y Ben, Madame se despierte, sólo! Aline se quito la ropa y vio las pantalones, pero se quedó quieta. Madame señaló con su cigarrillo de punta de cigarro, que también se deshizo de la ropa de Aline, que se deshice de la ropa. ¡Aline se deshicia de la ropa!

Los cuatro los miraron muy bien y sonrieron amablemente. La señora preguntó si se había afeitado el pelo de la vergüenza, pero Aline se sacudía la cabeza porque no habían crecido. Y no, ni siquiera había tenido la menstruación. La señora se acarició amablemente, eso te hace valioso. Aline respondió: “Habla muy bien alemán, además del francés, su madre es austríaca”. La señora miró sus papeles, sí, de Waldenberg. La baronesa, y Aline ya quería negarlo, pero ella sostuvo su boca, que no sabía tan bien. Y por supuesto, también tenía cinco años latina, pero no lo dijo. Benín la sonrió con alegría y la sonrió alegremente, luego se acercó a una estatua. Sí, de Walderberg. La Baronesa, y aline quería negarlo pero no lo sabía tan bien, y por supuesto, ella también lo sabía. Y también tenía cinco anos latino, pero no hablaba. Benín sin vergüenza y la sonreó alegremente, y luego se volvió a una estatúa, que siempre hablaba con su madre Renate y su

Madame intercambió una mirada muy variada con las dos mujeres que se pusieron de acuerdo. “Pero ahora a otra cosa”, dijo Madame y preguntó cómo piensa sobre los ocupantes alemanes y la resistencia francesa. Aline se concentró y olvidó completamente que estaba desnuda. Miró a los cuatro y respondió: “mi padre dijo que debo hablar abiertamente con Madame”. Madame hizo un guiño y dijo que los presentes podían escucharlo todo. Aline pensó un momento. Ella no conocía a nadie en alemán y solo sabía lo que se decía en general sobre ella. Incluso si solo la mitad de ellos lo decía, eran basura y no

hombres honestos. Madame se calló y, por supuesto, se encendió un cigarrillo.

Ella había estado con su padre en las reuniones secretas durante casi un año y si le pareciera justo y justo que la mandaran de nuevo o la expulsaran por la fuerza. Si no fuera por los 17 años, se habría unido a los combatientes, pero el padre la había prohibido. La señora se mantuvo en este punto durante mucho tiempo. Dijo que muchos alemanes venían al establecimiento, les encantaban los espectáculos, el champán y las niñas. Le gustaría que Aline trabajara en el establecimiento, bebiera champán con los alemanes y fuera a su habitación. Miró a Aline preguntando. Aline se congratuló y murmuró, que estaba dispuesta, pero nunca había bebido champán u otro alcohol.

Y ir a la habitación con los hombres no era un problema, ya hace 4 años que se ha estado jodiendo. La señora calculó brevemente y preguntó si había hecho sexo con muchos amantes en los 4 años. Aline sacudía la cabeza, no, era solo una. No quería decir que era papá y cuando la señora preguntó si su amante podría estar en contra, sacudía su cabeza. “Está en la Resistance, no sé dónde y si nos vemos de nuevo”, dijo Aline con voz firme y reprimió las lágrimas. La señora habló con una de las dos mujeres y le dijo a Aline que Yvonne le mostraría la habitación, ir con su sastre para hacerse ropa y explicarle todo, lo que estaba detrás de la instalación, lo que era justo lo que estaba bien y lo que no era.

Aline se puso rápidamente, Yvonne le presentó a Monique y Ben. Ben era el responsable del orden en la casa, se puso a todas las chicas y sacó las galletas. Aline les dio la mano a todas y se aplastó porque la presión de la mano de Ben era dolorosa. Ben la miró amablemente, si había un problema con un invitado, si presionara el botón de emergencia, él estaría en el lugar inmediatamente. Poco a poco, la imagen se formó para Aline. Yvonne mostró la habitación, se fue con ella a la sastre, que la echó muy bien. Yvone hizo una cita para el fotógrafo siguiente, se estropeó mientras llamaba. “El tipo está tratando de hacer sexo gratis!” Aline dijo. “Un punto muy importante: ¡cualquiera que sea tu cosa, nunca tienes que pagar todo esto, pero realmente no es gratis!”

El fotógrafo lo probó el otro día, por supuesto, y Aline le dijo que era el precio, 2.000 francos. Eso era un precio de amistad, lo aplazó, porque el fotógrafo pomado y maquillado no era una apariencia agradable. Yvonne sonrió en el fondo. Aline nunca había sido fotografiada desnuda y ella sólo hacía lo que Yvonne le dijo. No importa lo que le ocurriera al fotógrafo, siempre miraba a Yvonne. Le resultaba muy incómodo que el fotógravo la tocara una y otra vez.

Por la noche, ella recogió a Monique y se sentó con ella en el club lleno. Monique le explicó con precisión cómo se pasaba y le dio valiosas indicaciones sobre qué debía tener cuidado. Bebió un vaso de champán y estaba muy bien. Después del segundo vaso, se detuvo, sintiendo un despacho muy leve. Monique dijo que tenía que beber con los invitados, pero era mejor si solo bebiera en el vaso, que era mucho más fácil. Si tenía sed, entonces un zumo o agua mineral. La mayoría de las chicas lo hacen así, es una estupidez extraordinaria, beber mucho en este trabajo. Aline bebió, que se dará cuenta de que no había nada de mejor, ¡mucho más difícil es beber y hablar con los invitado, pero era mucho más difícil, y eso era muy difícil de decir, incluso si el caso era más rápido o más convincente, pero en su opinión, no era tan difícil de decirlo. ¡No es tan fácil de decirlo, pero lo que era más importante es que se emborracharse!

Un joven alemán se sentó a su casa después de haber preguntado cortésmente y ordenó un champán. Monique dijo que sí cuando le preguntó silenciosamente si debía hacerlo con él. “Decides y no gratis”, gritó Monique y se fue después de unos minutos. El alemán charlaba todo el tiempo, obviamente contento de poder hablar alemán con una chica. Aline escuchó y dijo lo mismo que había dicho. Algún día quería estar íntimo con ella. Ella no tenía nada más, aunque no estaba sobrio, pero tenía una beca y, por supuesto, quería pagarle. Ella se dirigió hacia su habitación, Ben estaba en el corredor y le señaló a una habitación completamente diferente.

Se acostaron muy alegres y no tuvo ninguna mala impresión del joven alemán. Pagó como se había convenido y le besó en la boca antes de salir. intercambió una rápida mirada con Ben, que había esperado unos pasos junto a la habitación. Fue un buen comienzo. En el transcurso del año siguiente, Aline se acostó con cientos de alemanes

y la mayoría parecían ser su gente decente. Ben sólo tenía que tirar una mano y ella estaba agradecida porque siempre estaba allí cuando lo necesitaba. Ben solo se acostó a Aline unas cuantas veces al principio, y a pesar de su pequeño estómago, logró hacerla realmente acariciarse y generalmente llevarla a un orgasmo. Él estaba completamente acostumbrado a la niña temprana, que era tan fácil de masturbarse cada día si no estaba acostumbrada a la sexualidad con el orgasmo si no estaba en el horario de la operación.

Madame se acercó a su cigarrillo y bebió su licor. Aline esperó un poco emocionada, porque se saludo a Madame desde lejos, pero era algo especial ser citado en su oficina. Estaba muy segura de que no había comido nada. Se había incorporado al establecimiento como en un organismo vivo. Madame miró hacia arriba. Sólo dijo unas pocas frases de Smalltalk y llegó al asunto. ¿Está todavía en línea con la Resistencia?

Aline se congratuzó, sí, que todavía estaba dispuesta a expulsar a los alemanes de París. Su rostro empezó a brillar. La señora se congratularon y sonrieron. Tenía una orden para ella. Darle unas gotas de champán a un oficial en particular. “Pensa que es sólo un laxante, mi dulce”, dijo la señora sonriente, “pero no te voy a mentir. Es un veneno, un veneno que poco a poco funciona. No morirá hasta dos días después, nadie puede atemorizarte”. La señora miró de la espalda y se tiró de su cigarrillo. “No vamos a traer a inocentes, mi dulce, sólo las más repugnantes cerdas”. Se retiró en silencio y Aline se acercó a la habitación, que ella murmuró, “¡No te había mentido. ¡Es un veneno poco, un venenoso veneno que funciona lentamente. No te puede matar hasta dos días más tarde, nadie te puede atemornar”.

Yvonne le dio una botella unos días después. Cinco gotas, la esfumó y apuntó con la boquilla al hombre de su mesa. Aline tomó la botella y se fue a la habitación 10 minutos después con el alemán. Ben estaba frente a la “sala de mierda” y Aline podía ver que con una mano abrazaba su pistola debajo de la chaqueta. Era un juego infantil, cinco gotas y el tipo volvió a ir a la mierda.

Aline pronto dejó de contar con los 80 o 90 hombres que la envenenaron en el transcurso de los próximos meses. Una sola vez el ale-

mán se agarró después de la mierda. Llamó a Ben, quien llevó al moribundo a la puerta trasera y lo lanzó a un auto que estaba esperando. Esto fue una señal para todos ellos de ser aún más cautelosos. Sin embargo, las racias se hicieron más frecuentes, que uno o otros de sus protectores desaparecieran. Monique fue arrestada un día detrás del barretero.

Aline y Madame fueron arrestados al mismo tiempo, Ben no quiso dejarlos ir, se disparó contra los alemanes y fue baleado en la pierna, Aline pudo darle una última mirada antes de que el vagón negro los abandonara a ellos.

Aline fue interrogada durante muchas horas, tenía que esperar en un banco en el pasillo para hacer una pausa. Un puñado de alemanes arrastró a la muerta señora a su paso. Aline se dio cuenta de que se había envenenado durante la entrevista. Esto la estremeció enormemente. Las cosas tenían que estar muy mal cuando una mujer de acero como Madame se suicidaba. Aline fue a levantarse. No confesó nada, se quedó firme en su historia de que sólo trabajaba como prostituta y anímada. No tenía nada que ver con Madame Lavernier y no sabía nada de la Resistencia ni de ningún negocio de drogas. Sólo había estado en una situación de mal gusto con los hombres y había tenido que ver a algunos de sus hombres si ella era una mujer de la mano. Ella tenía que ver a alguien. Ella estaba segura de que los oficiales de la carta de fotos que ella había “se encargó de ser un oficial alemán”.

El cuarto día las interrogatorias se detuvieron. Siete días la esperaban en la celda sin que nada sucediera. El octavo día la llevaron a una pequeña sala, donde estaba en el tribunal junto con otras tres mujeres. Los ocupantes alemanes estaban obviamente confundidos y se encontraban bastante indisciplinados.

El juez hablaba un dialecto tan fuerte que Aline apenas podía seguirlo. Fue acusada con un nombre completamente falso y condenada a muerte como las otras tres mujeres de la Resistencia. Tres minutos después fueron secuestradas y llevadas a un transbordador. Ella gritaba su nombre y que no era la otra, pero nadie la escuchaba.

Una noche en la cámara pequeña, donde 30 personas estaban sentadas o tendidas juntas, sin una sola cara conocida, Aline sonrió a pesar de la situación aterradora, era ahora oficialmente de la Resistencia, y el maldito aparato burocrático la había llevado allí. ¡Qué ironía!

La capilla se vacía. Las secas salvas de fusiles dejaban que los remanentes se reunían cada cuarto de hora. La noche se movían a través de masas de alemanes que iban a la vieja fortaleza y corrían de nuevo. Aline no podía salir de la pequeña ventana. Era simplemente aterrador como se abría afuera. Tenían solo cinco años cuando se abrió la puerta por última vez. Los reclutados salían con la cabeza abajada. Aline se movía, no se llamaba su nombre. Un soldado se acercó a ella y la golpeó con el columna de la pistola.

Ella se sacudió la cabeza como los demás, no quería las vendas. Un último momento en el anochecer del 19 de agosto de 1944, las lágrimas se derramaron sobre las mejillas de Aline. “No tengo ni 20 años”, pensó. ¿Y dónde estaba su padre?

Miró las rondas de armas, un cabello rubio y con pelo espinoso bajo el sombrero, ojos azules, vacíos, un rostro de niño, el suboficial se deslizó por tercera o cuarta vez.

¡Fuego!

En la isla

von Jack Faber © 2023

Astrid nadó en su vida. La tormenta había golpeado dos de los barcos dragones en las rocas, su padre y su esposo se habían hundido en las inundaciones con un hombre y un ratón. Pocos de sus compatriotas podían nadar en absoluto, pero ella era excelente. Descubrió el cabello rojo de Erik, el hijo de su marido de 12 años. Ella se aferró y arrancó su cara. Él se apoderó de la atmósfera. Ella lo sujetó bajo el axil y nadó lejos de las rocas.

Los dioses los habían visto, un bote largo se había remolcado junto a ella, lejos de las rocas. El capitán le lanzó una cuerda, se mantuvo firme. El bote se lanzó hacia adelante, llegó a aguas más tranquilas. La tormenta se detuvo tan pronto como había surgido. Miró hacia atrás. Un total de 4 barcos se habían destrozado, 3 tormentas y rocas habían escapado. Ella se mantuvo firmada y Erik. Un cuarto de hora después los hombres los atraparon a bordo. Tres días después habían llegado a su destino, una de las islas Orcney.

Pasaron semanas hasta que se encontrara el lugar adecuado para la colonia, y meses hasta que construyeron suficientes cabañas. Astrid y Erik habían construido una pequeña cabaña con la ayuda de los demás. Astrid era la única que entendía el manejo de pastoreo. Había suficiente pasto duro y bueno que necesitaba. El dolor por la pérdida de su padre, marido y muchas amigas en el mar enojado se desvaneció gradualmente. Ella era necesaria, Erik era necesaria. Excepto ella, había dos mujeres más entre los muchos hombres.

Astrid recordó la primera noche. La gente encontró varias cuevas para dormir. Era difícil quitarse la ropa húmeda de Eriks. Ella tenía una pequeña cueva para ambos. La mayoría del tiempo, ella mantenía a Erik en sus brazos, estaba triste porque su padre y su abuelo estaban rodeados por las inundaciones. Ella desprendió una cama de piel y extendió sus ropas mojadas. Era un día más cálido y no le importaba quedarse desnuda. Era difícil sacarse la ropa mojada de Eriks para ambos. No estaba acostumbrado a la desnudez y no solta-

ba su pecho. Nunca la había visto desnuda porque su padre o su abuelo lo rodeaban. Ella le dejaba a los niños llorosos que lo estiraban a su alrededor. Ella no tenía que tocarse con la piel, tenía que inyectar a su mujer. Ella se injectó en su rostro y se masturbababa hasta que terminara de inyectarse. Pero, en realidad, ella no podía hacer nada, y su madre, que estaba en su espina, se masturba y que ella no podía masturbarse, mientras ella se

Erik ya no podía dormir sola por la noche. Él se acurrucaba con ella, se calentaban mutuamente, y por supuesto, sentía cuando se ponía su rígida cauda en su cuerpo desnudo. Ella no se movía cuando se sentó en un ángulo de la cabaña y se masturbaba con su espalda. Después de unos días, ella dijo que podía acostarse con confianza y masturbarse con ella, ella estaba bien. Estaba contento, pero en el otro lado estaba encendido. Estando desnudo mientras dormían, está bien. Pero cuando se masturbababa con su hermana? Ella insistió. “Si quieres tocarme, porque te hace sentir más caliente, entonces no te molesta, no me molesta que me hagas que lo quejas a mí, así que ella se masturba con su espina y se masturba sola!” ¡Astrayó a Sam, mientras ella lloraba, mientras ella se masturbaba, y ella se masturbava, y ahora, cuando ella se masturzaba, ella se masturjaba y se masturzaba con su madre, y ella, si se masturbaba y se masturbava con su madre y su hija,

Se acostó sobre ella todas las noches, ella se acariciaba la pata ligeramente hasta que estaba listo para inyectar. Se movía hacia adelante y hacia atrás en su cuerpo, se acaricía y empujaba su pata sobre sus patas. Ella soltaba la pata y acariciaban sus patas, él se arrastraba su cuerpo a la suya y se inyectaba en el momento en que su mano se acarizaba sus patas y las papas. Ella se deslizaba su mano más profundo, se acaricó sus clavos y la raíz de su pata. Esto lo hizo más fácil de inyectar, sus dedos se arrastraban entre sus patas de punta y se apuntaban por detrás de su pata, luego apuntando su pata. Él se acercó cuando ella se arrastravaba su pata de abajo, hasta que se sentó en Sario. Eso era su primera inyección para las primeras semanas.

Ella le había inyectado a Erik dos veces, había estimulado sus testigos con suaves toques y le había arrancado la pata de atrás. Estaba de derecha y se le había arrollado hasta que se le había inyeccionado.

Quería que la segunda vez lo masturbara con la mano. Ella lo dejó bajar y le retiró la frente completamente. Le lampió los huevos hasta que se lo inyectó en la boca y luego lo masturbó por primera vez al terminar la inyección. Ella sacó con dos dedos las últimas gotas de su pata y le preguntó si estaba bien.

Erik prefería sentarse entre sus piernas y masturbarse, mirando hacia su pica. Ella había puesto sus dedos sobre el picazón y le había permitido inyectar directamente sobre su picazona. Se acercó a ella de manera que sus agujas tocaron sus labios de cama mientras se masturban. Ella sonrió muy cariñosamente y dirigió su aguja a su picazo. Entonces debía rascar su aguja contra ella, lo que le gustaba mucho. Él se guiñó y se rascó el agujazo con toda la fuerza hasta que se inyectó. Ella tomó el agujazón y se rascaron firmemente sobre su pizazón, ella se rascó con el dedo en el picazo y la oprimió con su orgasmo. Se tembló muy ligeramente y dejó que su aguja se soltara.

Lo necesitaba de nuevo, después de un breve descanso. Ella se acarició de que le lo haría con su mano y le introdujo su hueco en su pequeño agujero. Él le abrió los ojos lejos, lo que no esperaba. Ella se rasgó su hueco y él giró su cabeza a un lado, porque se avergonzó de que sólo pensaba en ver. Ella lo llevó rápidamente a inyectar y tiró su hueco mientras inyectaba la mitad de su hueco. Ella se agarró a sus caderas y tembló, se acercó a su hueco e inyectó. Se sentaron unos minutos sin moverse el uno al otro, había cerrado los ojos y sintió con su hueco que se extendía de muchos agujeros. Ella lo hizo salir con su huevo y lo puso en su hueco a la fin. “Así que después de una semana, se lo hizo completamente, pero después de que ella se lo hizo, nunca se lo había hecho bien, pero luego le preguntó: “¿Por qué no lo hiciste bien?” Pero después de un día después de la primera vez, se lo sacó de la boca y luego

A Erik le encantaba inyectar al principio en la boca de Astrid, sus dedos masturban su caña con toda la suavidad, el trabajo principal era su lengua. Ella sonría tan dulce que se calientaba mucho. Su caña se mantuvo dura y se metió muy rápido y profundamente en su vagina. Casi siempre tenía que inyectarla de inmediato y luego estaba muy avergonzada. Pero ella volvió a sonreír y se cogió su caña, lo que le fue bien. Luego se quedó rígido y encuñido en ella, lo que era bas-

tante difícil para ella masturbarlo. Sus bolas de mano se movieron hacia su pica mientras ella masturbabababa. Ella necesitaba mucho tiempo para hacerle que se le inyectara de nuevo y para que los demás dedos de la mano se cruzara a su pica. Ella se puso a dormir bajo su pica y se quedó muy sombría, y cuando ella se quedó tranquila, ella se excitaría con su caña de gas y su caña se excitaba con su cañón de gas y si ella se quedaba tranquila, se excitaráci

Pensó en su padre y su marido, que nunca más se acostarían. Siempre le había gustado mucho acostarse, pero nunca quedó embarazada. Su padre, su marido, la que se acostó, le faltó mucho. Cuando Erik le inyectó dos o tres veces, se quedó dormida. Al principio era muy difícil para ella masturbarse. Desde que no pudo acostarse, no se masturbaba más, pero ahora se masturbaba todas las noches y probablemente más a menudo que nunca. Sólo cuando se había cansado de los orgasmos, se dormía. No se masturbaba porque estaba cansada, sino porque su cuerpo lo requería. Cuanto más desesperada era su situación, más temía a la mañana, más ansiosa era que se masturbara con su pica. Masturbabababa de manera oculta con Erik, no hace mucho tiempo que se masturba con ella.

Los hombres sabían dónde la encontraba, en la ribera, en los pastizales. Los hombres venían por ella, por supuesto, no por los pastizaos. No rechazaba a nadie, se acostó con ellos en el pasto y se metían con ellos. Había algunos que podían coger muy bien y en los que llegaba al orgasmo. Pero muchos se lanzaban demasiado temprano y no se preocupaban por que fuera limpia e insatisfecha. La mayoría de los hombres tenían suficientes tareas y trabajos para hacer, solo uno o dos escorridos a la pasto por semana. Eso no les molestó, también tenía suficiente trabajo, las cuestas de pastoreo no se atrapaban por sí mismas.

Rangalf era el líder. Era muy viejo y la visitaba en los pastores porque la apreciaba como una inteligente interlocutora. Se rió ferozmente cuando una vez le preguntó. Su pozo se había abarrotado, dijo que ya no le importaba acostarse con una mujer. Astrid estaba asustada, porque no conocía a nadie que lo hubiera dejado atrás. Él era también el hombre más viejo que conocía. Rangalf venía a menudo a la mediodía, compartía con ella su jacuzzi y su agua. Hablaba sobre

cuestiones y asuntos de la comunidad y escuchaba sus pensamientos muy atentamente.

Rangalf vio surgir un problema, porque las otras dos mujeres casadas y cuyos hombres se acostumaban a la selva se volvían cada vez más malas en sus prostitutas. Las dos mujeres estaban con sus maridos por un lado y no eran muy atractivas, dijo Astrid. Rangalf estuvo de acuerdo, observó a las mujeres desagradables también cuando se acostaron y las dio. Lo que más le molestó era la falta de vergüenza con la que se acostaban en público, que un día debía causar problemas. Los hombres se rodeaban de las mujeres cuando se acostaban y cada uno tenía la oportunidad de acostarse. Rangalff no se molestó, porque los hombres tenían que alejarse de la cocina. Aunque ambos siempre se habían vuelto a ver a los demás hombres a la vista del público, los problemas de los hombres no se veían realmente delante de Astrin, pero los hombres no podían verlos en público.

Con el tiempo, le contó todo sobre ella. Cómo la enfermedad negra había afectado a su madre y a sus hermanas en pocos días. Que había estado con su padre y que él había desminimizado a los 12 años. Le gustaba la esposa del padre, se amaban mucho y dejó de masturbarse, porque los orgasmos la atrapaban al coger. El padre había dicho que nunca había visto a una mujer que llegara a un orgasmo tan rápido y fácil como ella. Incluso cuando se casó a los 19 años, continuó con el padre, que tenía que admitirlo. Pero él se mantuvo muy bien con su marido y no sintió celos. La primera esposa de su marido murió en el baño y le obligó a volver con el niño de 10 años. El padre le dijo que ella no había visto a ninguna mujer que llegase a un orgasm tan rápido y tan fácil como ella, pero ella sentía que tal vez no podía tener hijos con el marido, pero que ella podría tener sexo con el padre Erik Rangal, pero ella no podía tener que hacerlo, porque ella no podía hacerlo, pero ella sintió que ella todavía podía hacerlo, porque el padre no podía hacerlo con un

Astrid lloró cuando contó la historia de la ranja. Esperó en silencio hasta que ella se despierte. Sabía cómo los golpes de los dioses podían golpear a uno, lo mucho que sufría cuando se le arrancaba a un ser querido. Tomó la mano de Astrid y la acarició suavemente. También sabía que las lágrimas acabarían algún día.

Una noche, a la que se escuchaba un fuerte pisar, se acercaban a su cabaña borrachos. Ella le agarró a Erik y le gritó en el oído, que no se debe mofar. Entraron los borrachos, eran los 4 hermanos Halgrim. Empujó a Erik a un lado y cubrió los pechos y la vergüenza con las manos. No se debía dejar interrumpir, los chicos crecieron alegres, que habían llegado solo para hacer sexo y podía seguir tranquilo con Erik. Erik se sentó en el ángulo trasero, abrazó sus rodillas y se hizo tan pequeño como fuera posible.

Astrid le sonrió tranquilizándole que no era un problema. Los cuatro chicos los bailaban uno tras otro, riendo, gruñendo y acompañando a la mierda de los demás con palabras amables. Astrid podía ver cómo se emocionaba Erik a pesar de su miedo inicial, su cola se inyectaba a intervalos irregulares sin que Erik se tocara a sí mismo. Los chicos estaban listos, no podían más. Volvieron a ir en voz alta y bajo una risa agitada. Astrid estaba cansada de los gaseos y dejó que Erik se acostara con ella.

Pensó en lo mucho que le había confundido el hecho de que los hermanos Halgrim la otra noche la hubieran cogido. ¿Le había hecho daño el hecho de coger ayer? Sonrió, pero no, los hermanos no le habían hecho daño, la coger era algo natural. ¿Puede también cogerlas? preguntó Erik en voz baja. Ridió, diciendo que era bastante joven y que para ello su cola debía ser dura. Apuntó la suave cola y le dio un beso a la mejilla. Lo abrazó y pronto se quedó dormido.

Ella masturbaba a Erik todas las noches, la mayoría de las veces con una pausa. Primero le daba inyectarle en la boca, lo que le gustaba mucho. En la pausa le contó todo sobre el coño y cómo normalmente se ocurre el coño de los cónyuges, porque él quería saberlo. Después masturbaba a los impacientes rápidamente en su pequeño agujero y él se volvió para dormir. Ella esperó un poco y se masturbaba. La luna brilló a través de la puerta cuando ella se detuvo mucho tiempo después y se abrió los ojos. Erik se sentó de pie y la observó. inmediatamente se calmó su coda rígida. Miró hasta que se calmó y se tiró sobre sus pies. La miró un poco más tarde y solo se vio entre sus rodillas.

No dijeron una palabra. Se inclinó y puso su cola en posición. Suspirando abrió sus piernas y se aplastó las rodillas. Él entró. Ella se aferró a sus hombros mientras la daba. Él ya se había cuidado y sabía cómo estaba pasando. A pesar de su cansancio sintió que el orgasmo se acercaba y lo dejó, se aferró al hombre y se dejó temblar por el orgasmo sin perder la cola. Le tomó un tiempo completo para que se inyectara. Estaba en su cara, era lo que le gustaba mucho. Ahora a partir de entonces, se acostaron cada noche, a veces incluso dos veces cuando veía de nuevo rígido.

Los hermanos Halgrim venían de forma irregular, porque rara vez tomaban bebidas, pero venían cada unas pocas semanas. Astrid sonreía amablemente y también tomaba un gran trago de bebidas. Todo debía pasar pacíficamente, porque los chicos borrachos también podían golpear todo de forma corta y pequeña. Erik se escondió, porque tenía mucho miedo de los borrachos. Astrid estaba completamente cansada después de acostarse con los hermanos Halgrin y no dejaba que Erik la hiciera más. Mañana, murmuró durmiendo, mañana.

La hija del comerciante

von Jack Faber © 2023

Ana estaba desesperadamente enamorada del joven conde que le daba la corte. Desde su temprana juventud, se masturbaba cada noche, pero ahora aumentó su deseo tanto que su picor de la mañana al levantarse todavía le duele. Era una niña amable, no sabía nada sobre el amor, el sexo o las costumbres de la corte. Estaba tan enamorada del conde que se entregó a él antes de la boda. Ya antes de la maravillosa boda, vivían juntos como marido y mujer, en secreto, por supuesto.

Ella se dio cuenta de que se estaba jodiendo muy rápido. Ella se dio de cuenta tan rápido como lo que el conde esperaba de ella. Cuando regresaba de la caza y casi todos los días estaba en caza, esperaba que se la jodieran inmediatamente después de regresar a casa. Ella sonrió cuando salió y se fue al baño inmediatamente porque quería ser recibida por su joven esposa limpia, con un buen olor y en un velo transparente. Eso fue bueno, la puso sobre la cama, la quitó el velo y la jodió. Le pareció muy desagradable que dos o tres de sus hijos vinieran con las copas en las manos y se bailaban y miraran a los hombres bailados. En el primer momento, ella se alejó llorando y se cubrió de su pecho, y se abrió la cara de su amigo, pero ella se abrió de la cara y se masturbó con su amigo, mientras ella se abría y se masturbaba como su amigo, y ella se abristecía con su cara y se abría de la cara de Kit, y su amigo se abría a la cara de ella.

Ella estaba temblando cada vez que su marido la desnudó y la bailaba frente a sus ojos, pero de vez en cuando se vuelve más indiferente. El conde no quería hablar de ello, tenía que aceptar lo que el marido quería, basta! Ella sentía un gilo muy especial al ver en los ojos codiciosos de sus amigos. Ella les sonreía, porque cuando el conde se había inyectado y retirado, ella masturbaba durante unos segundos su gilo en los ojos para provocar el orgasmo. Ella miraba a los ojos de sus amigos mientras el orgasmo la golpeaba violentamente. El condes estaba muy impresionado y satisfecho con su joven esposa, la mujer embarazada.

Los dos se acercaron al momento de masturbarse. Uno puso una mano sobre su pequeña barriga y la acarició, el segundo continuó el coágulo y cayó de un orgasmo a otro. Ella estaba extendida delante de ellos y se acarició. Su mirada les decía lo liberada y satisfecha que estaba. Ella todavía sonreía mientras los dos hombres masturban y inyectaban sus semillas sobre ella. Ese fue probablemente el momento en que cayó el último obstáculo.

Al día siguiente, el conde se alejó después de inyectar y dejó a un amigo con pantalones bajados a su lado. Antes de que ella lo supiera, había entrado y la había cogido donde el conde había dejado de hacerlo. Ella quería echarle de vuelta con molestia, pero el chico se metió muy bien y sentía el orgasmo. Lamentablemente, se le inyectó un momento demasiado pronto y ella lo mantuvo un momento, decepcionado y oscuro. Pero ahora el segundo hombre se la empujó y la continuó jodiendo. El orgasmo tomó un segundo paso y le dejó sentir tan solo tiempo de gratitud. Ella lo lanzó, se cogió en el orto. El orto le hizo un momento de orgasmo y ella no se quedó lista para ver el gas en sus ojos, pero él todavía no se le había hecho el orgasmo, y ella no quería ver el gas que se le había caído en los ojos.

Esa noche, su marido estaba dispuesto a conversar. Un poco. Ella dijo que sería terrible para ella romper su promesa de matrimonio. No era nada malo, dijo que había pasado con su permiso y por eso estaba bien para él. Ella se quedó callada, ¿qué debería decir después de eso? Él había permitido, ya que era lo que era el estallido. Le besó las puntas de sus dedos y se dio la vuelta para dormir. Sabía que todavía quería masturbarse, pero eso no le importó. Masturbabababa durante bastante tiempo y lo gritaba en su memoria: tres veces con hombres más musculosos y terminó con una hermosa orca.

Dos o tres veces a la semana la compañía de caza entraba a su cama. Tal vez era por su embarazo que aprendió rápidamente a concluir con un orgasmo en cada una de las tres putas. En la primera, su marido, ella ayudó un poco más y rascó brevemente su cocido con el dedo, pero en Gernot y Volker ya estaba en el río y obtuvo los orgasmos sin tocarse. Sólo unas semanas antes de la cita los hombres se apartaron de ella. Tenía por Dios un parto rápido e sin complicacio-

nes y dio a luz a un hijo magnífico. El conde la llevó en sus manos, llorando de gratitud.

El conde se fue al Concilio a Constanza por invitación del duque Sigismundo, permaneció dos meses y regresó. Estaba descalzo y alegre, había profundizado la amistad con el duque y tenía cada noche una hermosa hija de la ciudad en su cama, pero también muchas mujeres casadas que excepcionalmente deslealían a sus esposos sólo durante el Concilio. Era emocionante ver a estas mujeres casadas limpias desvelarse una a una con sus miradas avergonzadas y sentirse tímidas mientras lo acrobaban como vírgenes. Todas ellas cubrían sus pechos, aunque se acostaron con movimientos muy practicados. Sentía su masturbación, ya que la mayoría de las mujeres que se desviaron de sus deseos. No había una sola mujer que se las hiciera con una mirada avergonzada mientras se imitaban y se lastimó con ella, lo que luego se las obligaba a hacerse con ella, porque ella se las daba a todas, y luego ella se las obliga a hacerse una sola, porque ella no tenía ninguna compasión, y lo que ella tenía que hacer era simplemente una pasión por ella

Anna era muy feliz con su hijo y se mantuvo fiel a su marido, pero cada mañana se dejaba chupar por una pequeña pagana de 14 años y tiraba su pene para inyectar, inyectarlo le parecía demasiado peligroso. Masturbababa al niño con la mano y lo mandaba a ir. Sus niñas, que no se escapaban de ello, volvían a mirar hacia el cielo. Anna lentamente recuperaba el deseo sexual y masturbababa cada noche.

Anna se había acostumbrado a ser jodida por la compañía cazadora dos o tres veces a la semana. Había mejorado aún su capacidad de orgasmo y rara vez la necesitaba en la noche. La virgen noble que cuidaba a su hijo era lesbiana y sedujo a Anna varias veces. Pero no estaba lesbiana inclinada y no la dejaba acercarse demasiado. A pesar de todo, disfrutó mucho de ser lechada para el orgasmo. Anna tuvo otras dos niñas y un hijo, sin estar segura de si su esposo, Gernot o Volker, era el padre de los niños. También era evidente que eran del niño. Basta!

Cuando los hombres salían a cazar, cada vez más le gustaba acostarse con una joven pagana. Ella tenía un amor por los jóvenes, lo

que era muy consciente. Pero la mayoría de las veces se daba con mucha dedicación y dejaba que su dedo bailaba en el gatillo. Cuando se masturbaba con la coda juvenil de la pagana, le recordaba su infancia, donde se masturbaba de esas colas y le inyectaba una risada feliz. Era un delicioso aperitivo antes de que los hombres fueran al caserío principal. Por supuesto, su esposo había oído rumores de ello, pero no se atrevió a preguntarles. No quería una guerra de rosas con los magníficos hijos de su madre y no vino a los niños. Él se acarició los ruidos de las moscas y se lamentaba sobre el tema de las hijas, como la mujer, que no era un tema de mal gusto.

Un día, el duque Sigismundo vino a visitarlo. Fue recibido por el rey, el conde lo reunió con el rey durante horas y decidieron muchas cosas. Por la noche, el duca pudo pasar la noche en la cama del conde. Ana lo esperó con un olor agradable en su velo transparente. El duque ya era un anciano, pero no dejó escaparse de este pedazo de dulce. Ella lo acarició rígidamente y se sentó en el señor. Ella lo montó muy suavemente y lo llevó a inyectar. Se fue de inmediato y se fue silenciosamente a otra habitación a su marido. Escuchó su relato y estaba muy contenta. El duca era un hombre muy importante, que había de ser mimado por años. Anna le dio un beso y le dio un besito. Hace 25 años, ya que ella no sabía que era un viejo hombre y que era un extraño, ya que era un hombre de sexo femenino, era muy importante para ella.

Un día, el conde regresó de caza antes de tiempo, con el apoyo de sus amigos, y ella asustó a las páginas desnudas y dejó a su marido acostarse en la cama. El hombre que estaba muriendo le dijo: “Lo quites y lo abrazaste”. Pero estaba tan cansado, cansado de cachorros. Dos minutos después estaba muerto.

Sigbert tenía 18 años y el hijo mayor era el nuevo conde. Anna se retiró después de las primeras semanas, Sigbert hizo bien su negocio. Anna lloró por su esposo durante otros meses, se arrodilló en la capilla y oró por él, que habían tenido un matrimonio hermoso y tranquilo. Incluso antes de que terminara el año de bodas, tomó una página de 14 años en su cama. Aproximadamente en ese momento, ella admitió a Sigbert lo mucho que le había faltado en el año de boda, lo

poco amor que le habían desviado las niñas casadas al cocinar. Tenía poco placer con ellas, por Dios!

En la noche, se metió en su habitación, que estaba a una puerta de distancia. Se acostó a él sin palabras. Ella tenía más de 50 años, pero el fuego todavía ardió en su picazón. Ella vino a él todas las noches hasta que después de tres años, por orden del consejo, tuvo que tomar una mujer.

Le había enseñado a masturbar a Sigbert a los 11 años. Se había cortado su bata y se sentó frente a él en el puesto de la navaja en su cama. Lo masturbó pacientemente durante unos días y él miró como hipnotizado a su muñeca. Le explicó el coño, la desinfección y la caza de los hombres a las mujeres en muy detalle. No, ella decidió que no lo dejaría cocinar antes de ceder. Sólo un poco, sólo para la prueba, dijo. Poco antes de que él inyectara, sacó su polla y lo masturbó con la mano. La próxima vez que la dejó inyectarlo en paz, ¿por qué no? Después de dos semanas de prueba, ella dejó a Sigbert masturbarse por sí misma.

Por supuesto, no era el final, la prueba de mierda era sólo el comienzo. Era increíblemente hábil en llegar a la hora correcta. El padre se iba a cazar y ella estaba a punto de salir para encontrar una página dispuesta. Estaba delante de ella, podía sentir su agitada anticipación en las páginas. Vio sus grandes ojos implorantes y se le quiso el corazón. Así Sigbert logró durante todos estos años acostarse con ella regularmente por la mañana. No la detuvo mucho tiempo, todavía podía coger sus páginas después, pero se rió. Disfrutó de que en su humilde comienzo de sexo la excitaba positivamente, la excitaban y orgasmo del día, que siempre era una muy linda, sexy y sexy.

Ella le había enseñado desde la juventud a no escuchar las prohibiciones de los papas y a seguir su cola por todas partes, que era una buena aguja de compasión. El niño de 13 años había seguido el consejo de su madre y se había metido diligentemente en todas las vírgenes y esposas que podían. La madre lo había espiado al principio, pero el niño lo hacía todo bien.

Anna había encontrado una buena mujer para su hijo y le gustaba mucho la chica. Aunque no era una belleza que se pudiera mejorar con un poco de maquillaje y vestidos nobles. Pero era una cañona en la cama, maestra en la cocina y trajo mucha experiencia. Sigbert pudo perderse en ella y finalmente dejar a Anna libre. Anna pudo retirarse de nuevo y dejarse cocinar por las jóvenes paginas, porque, a pesar de que ya tenía más de 50 años, ejercía un efecto mágico con su comportamiento y al mismo tiempo atractivo de sexo. Las jóvenes paginas aún no estaban enterradas, las cocinaron sin calcular ni pensar. Se cocinaron por la chica. Anna regaló a los chicos porque también tenía que mantener todo en secreto.

Su hijo, el conde Sigbert, suprimió con éxito toda discusión sobre su madre.

La madrastra

von Jack Faber © 2023

A pesar de que Jack era un joven de casi 18 años, era muy sencillo en su mente. Cuando otros se precipitaban a la velocidad de la luz y se quedaban un poco al lado, caminaba fácilmente en una maratón hacia el objetivo. Muchos lo consideraban injustamente tonto por eso.

Desde su primera juventud, su madre Eva venía dos veces a la semana desnuda al baño, lo duchaba y la lavaba con conciencia y luego le pesaba la pata probando su pata en su mano. La pata ya era como la de un hombre adulto, dijo en definitiva, pero la había heredado de su padre: no podía inyectar y coger correctamente hasta los 21 años. Jack la escuchaba con respiración, porque era tan fino cuando tiraba su pata en la mano. Sí, realmente no podía inyectarlo, ¿por qué debería? No masturbababa, incluso cuando Eva lo preguntaba tan hábilmente. Estaba inundado de sentimientos de desolación cuando la cabeza casi se retrocedió, casi siempre pulsando el huevo hasta que la pata la tiraba de nuevo. ¡Si Jack lo había puesto en su mano, ¡también lo podía hacer! ¡Si Jack se lo había metido en la pata y la espuma, ¡por qué no podía serlo, mientras ella estaba en su frente, y Jack la tiraba a la espuma y la espalda, ¡porque ella estaba muy aguante y se lo podía detener con la esp

Él sentía su desnudez como algo normal, pero cuando se inclinó y le dio la cara al culo, se emocionó mucho. Vio debajo de la cara de su culo los labios de las camarones gruesos y el trozo húmedo en el pecho grueso. Su cola y su corazón se ponchaban como salvajes. Sabía para qué estaba el trozo, ya había estado siempre espiando a Eva y al padre cuando se poncharon. La primera vez era muy emocionante, después no más.

Jack, por supuesto, no sabía que ella le mostró su mosca de manera tan frivola. Ella lo había descubierto cuando era un niño de tres bolos, que se arrastraba cuidadosamente su caña cuando se inclinó hacia adelante después de la ducha para limpiar el suelo. El pequeño

miró a su mosca, se inclinaron de nuevo y se extendieron sus labios con sus dedos. Durante cinco minutos, miró con la boca abierta en el agujero de ella y se rascó su caña. Ella se agachó: “Esco, mamá!” y ella se acercó, se metió la mano sobre el cabello y lo tranquilizó, que estaría bien hacer explotar. Desde ese día, ella lo masturbó en la ducha y lo masturbó la segunda semana después, hasta que él lo golpeó con su boca abierta y luego amenazó con que no explotara, y luego le amenazó con no hacerlo todo lo que le gustaba.

Eva enseñaba literatura en la universidad una mañana de la semana y la mayoría de las veces leía todo el día en su cama. Esto no cambiaba hasta que comenzó su último año común ella se iría para siempre al final del año. El padre tenía un nuevo trabajo y ahora había estado viajando varias semanas con el camión, dejando a Eva y a Jack solos. Eva a veces a las tardes llevaba a hombres o estudiantes extraños a la mierda. Jack estaba realmente confundido por qué ahora engañaba a papá con todos los chicos que ella nunca había hecho antes? “Me abandonó, ¿por eso debo renunciar al sexo?” gritó enfurecida cuando la preguntó.

Jack espionaba curioso cómo se acostó con los chicos, y la práctica duraba mucho tiempo, y Eva se masturbaba, aunque Jack no podía ver exactamente cómo lo hacía, y vio su hermosa cara que se desfiguró poco a poco y luego volvió a ser bella y suave y sonriente.

Una vez le preguntó cuidadosamente por qué duró tanto el coño y cómo fue con su cara. Ella lo miró con reproche y le dijo algo de mal porque espiar no era decente. Pero ella respondió a sus preguntas. “Tu papá coña demasiado rápido y demasiado corto, esa es la diferencia. Necesito a un tipo que me coña lo suficiente para que pueda tener un orgasmo!” Pensó un momento. “La cara se coña a la gente cuando tienen un orgasmo. Eso es muy normal”.

Esa noche no pudo dormir. Estaba indecisamente con sus enormes estantes y se arremetió, luego tomó todo su valor y entró en la habitación de Eva. “¿Qué pasa?” preguntó ella dormida y se volvió de espalda. “Puede estar contigo”, dijo Jack con miedo y se desnudó el pijama, porque Eva estaba como siempre desnuda en su cama. En la luz del atardecer no se veía mucho, pero por supuesto Eva podía ver

su erección. No podía esperar su respuesta, se acostó a su lado y la abrazó, empujó su cuerpo y su cola a ella. Ella se acarició suavemente y se dejó acariciar suavemente. Normalmente lo rodeaban mientras se tenían brazos tendidos, pero ahora sentía su nudez a su alrededor, pero ella se acercó a ella y, por supuesto, se sentía muy cerca de ella, y la acarició de nuevo con su piel, y la abrazaba con su piel y se la acariciaba con su peluda, y la abrazó de nuevo con sus brazos, y la regazaba con su peludía, y la encogió de nuevo

Antes de que él mismo se diera cuenta de que quería acostarse sobre ella. No, no se puede. Pensó y se volvió en su estómago, y me dijo: "¿No me dejaré cogerlo?" Él le empujó su rígida pila a la espalda y hizo movimientos salvajes de pico. Ella volvió la pequeña luz y se aferró a su pila. Ella lo masturbó con toda la suavidad hasta que se inclinó, y pronto exploró. El día siguiente, ella se arrastó su pila y preguntó si realmente quería jugar a la mierda. "Sí", naturalmente, él se arrepintió detrás de ella. Givas se quedó mirando el humido hueco y se acercó con su pila.

A partir de ahora, en las noches se iba directamente a su dormitorio. Ella ya estaba en su estómago y había apagado la gran luz después de acostarse con ella y dejar que se queme la pequeña. A veces se le permitía volver a pisar con entusiasmo en su muñeca mientras se masturbababababa. A veces, se levantaba y trataba de reconocer en la luz del atardecer su dedo que se movía rápidamente. Pero no podía reconocer mucho. La noche siguiente, ella le preguntó sonriendo si le gustaría jugar a la mierda en su popoloch? "Puedes, es muy fino y me gusta!" dijo ella y Jack se acercó con entusiasmo, sí, se acercó a la mierda que quería. Pero en el popoloch, la mujer se acercó y continuó moviéndose tan rápido como se le había movido. Pero la noche siguiente, le preguntó con una sonrisa si le gustaría hacerse con su popoloche.

Pronto ya no estaba contento con acostarse con su gente. Intentó ir más profundo con su coda e ingresar, pero la primera vez lo agitó indignado. Aun así, se metió en su cañón de coda, "solo para mojarlo", como él insistió con arrogancia. Ella gritó ignorantemente, no le permitía hacerlo, pero ella no le negó más. Él codaba con amabilidad en su culo y se refrescaba sobre cómo podía hacerlo.

Estaba desconcertado por su rechazo y estaba esperando con su cola en su pequeño agujero. Quizás era correcto esperar más tiempo en su pequeño, porque ahora ella ya no lo resistió. Ella sólo gritó incansablemente cuando él bailaba lentamente en su agujero de pene y se concentró en masturbarse, lo necesitaba ahora de manera muy urgente. ¡Mira, se dijo, entonces que baila!

Fue genial! Se acostó muy lentamente, como lo había visto en los hombres con los que engañó a su padre. Su protesta gruñente pasó a ser gemidos, se acostó hasta que comenzó a rascarse su dedo. Ahora sacó su cola, justo a tiempo, porque se encogió y se acurrucó. Ella lo abrazó cuando estaban juntos de nuevo. “¡Dios mío! ¡Qué me estás haciendo!” sopló y Jack se sintió mal de repente. “Pero no hay palabras de muerte para el padre, ¿sí?” él se acarició, eso era natural. “Es tan maravilloso que se finge mientras se masturba”, ella se despierta y se pone el pelo, “nunca más!” dijo ella, abrazándose, antes de que se acabara.

Por supuesto, lo hacía todas las noches. Al principio se grazaba un poco cuando ella se había hecho el coño en la tarde, para ver si la semilla del amante estaba “dentro”, pero pronto ya no le importaba. Ella le había dicho que se separara y empujara sus traseros firmemente. Si se separaran firmemente, eso aumentaría su furia.

Eva a veces traía a una estudiante. Espionarla era muy difícil. Una tarde, cuando ella y su amiga Renate estaban acostadas en la cama Eva, Eva le llamó a entrar. Él tuvo que deshacerse y Renate no pudo ver nada en detalle, pero lo que podía ver era muy emocionante. Incluso cuando se la habían hecho de la mano. Una noche le preguntó a Eva y ella estaba molesta por la espionaje, pero ella le explicó brevemente. Una tarde cuando estaba acostada con su amiga Renata en la cama de Eva, Eva lo llamó a él. Él tuvo de deshacerte y Renate tocó su polla, que pronto se acercó a la cabeza más alta. Renate era muy tímida porque nunca había hecho sexo con un hombre, pero sólo una vez se masturbó con una chica. Renate dijo que el chico le había encantado de hacerlo, pero que no podía hacerlo. ¡No, no podía hacerlo hasta que ella se divorció de ella, y después de que ella se había divorciado de su hija, dijo que no podía hacer sexo con ella, y que no podía dejarse pasar a la vida con ella, pero

Un día Eva se fue con su amante Paul, y Jack la abrazó llorando amargamente mientras ella se iba. Después de eso, no lloró más, aunque lo había hecho muy triste.

La nueva madrastra era muy extraña y un pedazo bastante furioso, Jack encontró. Después de haberlo bañado la primera noche, se sentó en el baño y se tuvo que poner desnudo delante de ella.

“Tu padre dijo que aún no podías inyectar. ¿Y tú ya puedes inyectar?” preguntó y deslizo su brazo. Ella lo dejó deslizar descuidadamente sobre el suelo. Él no entendía su pregunta. No le revelaría ninguna palabra mortal de Eva, aunque se hiciera tonto.

“¿No entiendo qué inyectar?” preguntó con inseguridad, mirando sus pechos llenos, que casi se descienden hasta las cuerdas.

Ella le tomó el pene con una mano y lo rascó por un momento. Miró a los ojos de él. “¿Ya se inyecta cuando lo rascas?”

Jack se sentía incómodo, no podía quitarse los ojos de sus pechos y sentía que su cola se había vuelto muy rígida.

“Nunca me arroto ahí abajo”, dijo débilmente. Ella estaba sorprendida. Bebió la copa de vino vacía, su ánimo se elevó con el vino.

“Sí, ¿no te gusta?” le preguntó y le volvió a agarrar el pene. Él no dijo nada, porque era tan fino cuando ella le sostenía el pene y se rascaba.

“¿No sabes cómo es?” le preguntó y él se negó con la cabeza.

“¿Te lo muestro?” le preguntó y él se quedó quieto. Él sabía muy bien lo que ella quería decir.

Ella retiraba su piel. “¡Mira, así es!” dijo y se rasgó su cola por un tiempo. Él se guiñó cuando ella le preguntó si lo había entendido ahora.

“Entonces hazlo tú mismo, vamos a ver si ya puedes inyectar”. Ella dejó caer su pene. Jack se rasgó ahora exactamente como le había

mostrado. Él miró a su mano y sus dedos que jugaban en secreto bajo la cavidad de su calzoncillos.

No podía quitarse los ojos de su cuerpo. Su padre estaba de vuelta en el camión y no volvería hasta semanas después. La madrastra de Beate se había mudado a su casa hasta hoy y había bañado a Jack después de la cena. Ahora estaba desnudo frente a ella, mirando sus grandes pechos y los dedos en sus pantalones. “¿Ah, ¿te gusta mirar?” ella sonrió alegremente, empujó un poco la sombras de su pantalón y metió el dedo puntero en su boquilla. Él se movió y se movió, era una sensación muy hermosa en su coda y casi explotó al ver su dedo en su bocina.

Beate miró su aguja roja y dijo que debía frotar más rápido. Obedeció y la hermosa sensación en su cola se hizo aún más hermosa. Beate no tenía que orinar, pensó, pero era una sensación muy similar. Se puso cada vez más emocionado. De verdad dejó de frotar, puñó y puñó la cola. Él veía inseguro a Beate.

Sacó los dedos de debajo de las pantalones y tocó el aychón. Borró las gotas que se habían formado en la punta del aychón”.Bueno”, dijo Beate, “por lo tanto, aún no puedes inyectar”. Bajó la cabeza, y ella pensó que era bueno o malo.

“Bueno”, dijo Beate y se levantó, “vamos a dormir”. Golló triste porque su padre lo dejaba ver la televisión por la noche hasta que se quedó dormido.

“¿Te gusta dormir en la habitación de los niños o en la cama grande conmigo?” preguntó Beate y Jack no dio respuesta, no lo sabía. El padre siempre lo había dejado dormir en la de los niños. “Bueno”, ella gritó, “deja de acostarte”. Obedeció y se acostó en la cama gran, que no había hecho desde que su madre se fue.

Beate se quitó los pantalones y se dio la vuelta por un momento en el espejo de la vestimenta y Jack se miró los ojos, porque rara vez había visto a una mujer desnuda.

En realidad no se veía mal, pensó Jack, era mucho más joven que su madre, pequeña y gruesa, pero no gorda. Lo más notable eran sus grandes pechos llenos, que ahora se acurrucaban hasta su barbillo sin brazo. La vergüenza estaba escondida bajo un denso arbusto rubio, su trasero era suave y redondo. El pelo de pelo rubio brillante a largo de la hombra enmarcaba su rostro plano, en el que los ojos de color verde claro miraban hacia sí mismos.

Beate se dio una vuelta en el espejo y se admiró mucho tiempo, luego se acostó a la cama y apagó la luz. Ella se aferró a Jack por los hombros y lo tocó. Le encantaba mucho cuando sus cuerpos desnudos se tocaban entre sí. Después de unos minutos de la pelea, la agarró hacia abajo. A pesar de que estaba muy oscuro, podía sentir cómo se rascaba.

“Ahora me lo hago y tú también puedes rascar tu cola cuando está rígida!” sopló Beate. Sentió con exactitud que ella se rascaba en algún lugar, de alguna manera, probablemente igual que Eva. Pero sintió cómo su cola se volvió a rígirse poco a poco. Él rascó su cola conscientemente y tuvo que sonreír, ahora ambos se rascaban. Se detuvo cuando la cola se rascó con fuerza y él sintió la explosión.

Beate lo dejó ir, ahora necesitaba ambas manos. Jack se abalanzó sobre su cuerpo tembloroso, sus manos tocando sus pechos. Ella lo dejó para su sorpresa, se acurrucó muy fuerte y fuerte y luego se abalanzaron un par de veces. Ella dejó escapar el aire retenido y abrazó a Jack.

“Así que, eso fue bueno, pero ahora buena noche!” Se guiñó en la oscuridad. “Buenos días, Beate!” susurró.

Al día siguiente, la misma noche, ella se soltó el brazo y él tuvo que estar delante de ella y rascar su cola hasta la bolsa. Esto continuó así durante unas semanas. Ahora ella también se quitó sus pantalones y él vio cómo sus dedos jugaban con su garganta y su agujero. Él se miraba a Julia Pipiloch una y otra vez y la preguntaba, pero ella no sabía cómo se estaba haciendo el rascar. Él siempre pretendía preguntar a Beate, pero era demasiado cobarde.

Beate le preguntó una vez por qué se había ido su madre y Jack se tambaleó, no lo sabía exactamente, dijo. Sólo había oído a los padres pelear cada vez más. La madre le había gritado al padre que era un fracasado en la cama, que nunca podría satisfacerla tan bien como el Paul con el que había huido al final. Beate clavó pensativamente.

"Tu padre es realmente una botella en la cama", le dijo a Jack, sonriendo, "puede coger al máximo un minuto y luego debe inyectarse de inmediato. Eso era demasiado poco para tu madre, lo entiendo. Pero no me importa, me rasgo si lo necesito". Jack no entendió completamente el contexto y no la preguntó hasta unos días después. Le explicó que su madre no se había rascado a sí misma y estaba muy decepcionada porque el padre no podía hacerse bien. Luego se acostó con Paul y él parecía estar bien en la cama. "Aha", dijo Jack, que no lo entendía, pero era suficiente. "No me importa nada", dijo Beate, "tu padre es un buen tipo, lo que es lo más importante para mí. Y que no me ha hecho mucho daño, y que Jack me ha hecho preguntas interesantes, aunque me hacía que me hiciera preguntas interesantes".

El padre venía a casa cada unas semanas, cuando Jack dormía en la habitación de los niños y espionaba a los dos mientras se acostaban. Pero eso no era muy emocionante, ya que había visto a su madre acostarse con su padre. Es cierto que el padre apenas se acostó con Beate un minuto, luego se inyectó muy fuerte y profundamente, y luego terminó. Cinco o seis veces los dos desaparecían en el dormitorio los fines de semana y cuando Jack espionaban, siempre era igual. Beate siempre lo iluminaba y le daba mil besos de amor cuando había inyectado.

Jack Beate le preguntó una y otra vez. Quería saber todo sobre el coño. Ella sabía todo, pero no le gustaba hablar de ello. Al menos podía explicarle por qué Julia no quería coquetear correctamente y qué había pasado con la piel de la virgen. Una vez, cuando se había rascado en la noche de buen grado delante de ella hasta la bolsa, ella desgarraba las labias con ambas manos y le mostró todo. Él miró en el gran agujero que su padre había perforado y, finalmente, le señaló su cocina, que debía frotar por la noche, dijo ella sonriendo. Pero ella sólo le dejó mirar una vez.

Se rasgaba todas las noches antes de Beate hasta la puñetaza. Se había acostumbrado a su desnudez y también a que a veces se rascara la pila. Una noche la pila comenzó a gotear mientras se pilaba. Ella se rió: “Bueno, finalmente!” y se rascó la pila con fuerza, pero dejó de gotear.

Le tomó una semana más hasta que se inyectó un poco por primera vez. Beate se aferró a su araña con dos dedos cuando se inyectaron. Miró a las inyecciones que habían aterrizado en su cadera. Ella sonrió y la limpió con la mano. Continuó corriendo todas las noches, Beate se mantuvo su araña de dos dedos y lo arrancó con el dedo hasta que inyectó, y pronto se inyectara correctamente. Beate estaba muy contento con ello, después de inyectarlo con dos dedas, tiró las últimas gotas de su cauda. Finalmente era un hombre, dijo Beate y lo abrazó.

Un día, Beate hablaba de su pasado, sabía que no era una belleza especial y que sólo podía hacerse con buenas patas, había hecho sexo con una docena de hombres y había vivido durante un tiempo en relaciones más largas, amaba la patada y se daba con cualquiera que quisiera. No daba mucho por su fidelidad conyugal y había casado con su padre sólo bajo esa condición.

Julia le gustaba verlo cuando se inyectaba, la tomaba con la palma y la examinaba con mucha precisión, y ella y Jack habían descubierto el picor y ahora se masturbaban todas las noches.

Beate le había dicho que si se ribiera por la noche, no se le inyectara en la lente de lino, que se le inyecteraba en el estómago. Él obedecía y se le inyectaba por la noche en el estomago de Beate. Como ella se masturbaba durante mucho tiempo, lo que más le había hecho era inyectar dos veces en su estómago, poco a poco cambió, se arrodillaba para inyectar y se inyectó en su mano que se ríe, que él reconocía con vergüenza en la oscuridad. Eso estaba bien para ella, dijo y toleró que se arrodillara entre sus piernas y que sus uñas tocara sus dedos ríe. En la segunda vez que puso su pie sobre los dedos ríos, sintió que su pie se había inyectado muy claramente.

Él la había preguntado repetidamente si podía verlo masturbarse, pero ella siempre lo rechazaba. Era demasiado privado y nunca había dejado que nadie lo viera. Desde pequeña hasta oculta y ocultaba que se masturbaba. Así que no, no. Pero cuando se sentó desnuda en la bañera y lo miraba masturbarse ahora a su dedos le gustaba jugar con su cocinero. Ella sólo jugó que no se masturbaba, pero a veces no podía controlarse y se masturbaba con los ojos cerrados. Después, ella se dirigió con la cabeza alta y se inclinó a ver si lo había hecho. Se erró rápidamente al suelo y siempre como si no lo hubiera visto. Sí, se vio como las chicas se masturbaban.

Ella se metió su huevo en la entrada de su divorcio y lo puso a inyectar. Él le inyectó su semilla y fue maravilloso durante meses. Una noche la preguntó susurrando si quería acostarse con ella. Fingió que no lo había oído.

Jack se dejaba pasar semanas. Sí, quería, pero al mismo tiempo tenía miedo. Ella no lo presionaba, no le importaba si quería o no acostarse con ella. Le tomó un tiempo increíble, empujó un poco más cuando ella empujaba su araña en la entrada del divorcio. Empujó un pouco más y ella lo dejó entrar. Luego, una noche, mientras inyectaba, se metió muy profundamente en su vagina. Ella lo dejó entrar en contacto. Así que permaneció unos días.

Y finalmente se había decidido. Mientras Beate se masturbaba, se arrodillaba entre sus piernas y le decía que quería acostarse con ella. Ella se claitaba y le daba el pene a su entrada de divorcio. La bailaba por primera vez.

¡Lo aprendería, pensó Jack!

Compañeros

von Jack Faber © 2023

Jack no llegó al funeral hasta diez minutos antes de que terminara. Le había tardado mucho tiempo hasta que el comandante le dio los diez días de licencia, pero había luchado arduamente por ello. Acaba de alcanzar un vuelo de transporte y corrió en el taxi hasta el cementerio. Estaba de pie en la parte trasera saludando cuando se bajó el sarcófago de Rogers. Como uno de los últimos, se acercó a la viuda de Rogers, Jenny, y le extendió la mano con condolencias. Ella gritó en voz baja y lo abrazó con una abrumadora. “Sabía que vendrías!” dijo. Como un caída, las lágrimas le corrían sobre las mejillas.

Tenía que llevarla a la lujosa limusina del instituto funerario, no se sentía bien ni en el uniforme de desfile ni en la sociedad de tantas personas que hablaban, se molestaban y bebían. La casa de Jenny era como todas las bases militares: un gran salón, dos dormitorios, cocina, baño y garaje. Jenny tenía una decoración bonita y de buen gusto para que se sintiera bien rápidamente. Sólo podía intercambiar unas palabras con Jenny, por Dios, el estado no era avaro en honrar a su fallecido y ella recibiría una buena pensión y podría permanecer en la casa en la base.

Jack solo bebió una copa. Había dejado de beber hace ocho años, la última vez que estuvo con Roger y Jenny. Se quedó seco de hierro, no quería hundirse en la gota como sus padres. El trasero de Jenny estaba gordo y engordado y, sí, eso era inalvidable. Bebió mucho. Jack se quedó mudo en el fondo y se aferró a su copa en la que sólo estaba geniando. Comía algo del buffet, pero no tenía mucha hambre. Finalmente, también se fueron los últimos, los cateristas que se desalojaron el buffet, las bebidas y los gérreres. Jenny se desalojó cuando todos se fueron. “Te ves, Jack!” ella se alivia, “me voy a dar la vuelta rápidamente, esta ropa me mata”.

Se sentó con su bebida y las escuchó ducharse al lado. Recordó cómo él y Roger después de la escuela salían a salir con chicas y cuando pasaba, se daba el pelo a la chica una a la otra. habían empezado a

trabajar en la misma empresa después de la clase, él y Roger eran inseparables. Roger era como un hermano para él, los huérfanos. Jack era de ascendencia hispana, Roger era de una familia negra orgullosa. Roger se encontraba de nuevo con la belleza delgada Jenny, era muy misterioso y no lo llevaba a las citas. Jenny era la correcta, Roger dijo que ella estaba casada con la mujer! ambos se habían enamorado sin parar y Jenny había estado lejos de Roger para relatar cómo se enorgullecía de él.

Jack se acordó de la primera vez que se habían acostado. Poco a poco, los tres se encontraron, se divirtieron mucho y Roger se acostó con Jenny, siempre que pudo. Jenny estaba muy tímida y se sentía aterradamente en el principio, cuando Roger la despejó desnuda ante Jack, empujó sus piernas entre sí y se esparció con sus dedos. Roger empujó a Jack hacia adelante para que pudiera revisar las joyas de sus seres queridos. Jack se sentía muy divertido y Roger se sentía mejor con su zumbido, ¡qué tan maravilloso! Entonces Roger quería que ella se sentía más tímida mientras Jack miraba a sus dos amigas, y se sentían más tímidas mientras Jack se sentían, y se extendía los dedos para que Jenny se despejara las muñecas mientras se masturbababababan. Jack y Jack se sentaron tan rápidamente y Jack se empujaron, pero Jack no había podido dar una vuelta a su zumbida, pero Jack se sentí más tranquilo y se sentí en su piel, pero Roger se sentí a la que se había qued

Fue arrancado de los recuerdos cuando Jenny entró. Ella sólo llevaba una vestida de color negro medio transparente y nada debajo de ella, como se dio cuenta de inmediato. Aunque continuó bebiendo mucho y mostrándole a propósito y fríamente cada centímetro de su cuerpo, de modo que no podía desviar sus ojos. Ella era todavía una hermosa joven, con el pelo negro ondulado de hombro alrededor de su cara amiga. Las delgadas cuerdas negras delgadas se extendieron en el culo grande y redondo. Ella se dio cuenta, por supuesto, de su mirada y abrió un poco el mensaje. “Me gusta lo que ves en la cabeza”, preguntó ella con una voz gruñona. Ella se quedó sin moverse, pero sin contar los detalles de sus hombros y las piernas, y me dijeron que ahora había estado llorando una racial contra la cara de su amigo.

Jenny secó sus lágrimas y continuó bebiendo intensamente, dejando que sus rodillas se deslizaran como si fuera involuntariamente, y no podía arrancar sus ojos de su pelo desnudo. Ellos se dijeron cómo estaba en la base. Ella se puso en la mira de lo generosamente que el estado cuidaba de todos ellos, lo maravillosamente que mantenían a las mujeres soldados. Y sólo había unas cuantas ovejas negras que engañaban a sus hombres. Ella lo miraba con ojos negros grandes cuando le preguntaba. No, nunca había engañado a Roger. ¡Nunca! ¡Lo había jurado por Dios y su salud mental cuando fue enviado a Irak. "Toda mi vida sólo he estado acostando con dos hombres", dijo Jenny y se quedó con él y Roger se quedó directamente en los ojos de él.

Se puso de pie y se puso a orinar, al igual que Roger, había ido a la burdel una o dos veces, que la mayoría de las mujeres árabes gordas con sus ratas negras no le gustaban. Prefería a las chicas delgas de Etiopía o Eritrea, que tenían piel negra y ratas rosa como Jenny. Estaban silenciosas y eran mucho más apasionadas de la mierda que las mujeres árabenas. Estaba muy avergonzado de cada una de ellas, porque esas chicas eran presuntamente esclavas o capturadas. Tres o cuatro veces al año se iba a casa una semana, cuando visitaba en secreto a las mujeres de sus compañeros que la dejaban fodir. No tenía que encontrar casi ninguna conciencia, una casa de sexo, que era una casa de casamiento, que no le molestaría tanto a su amigo como a su hermano, y no podía molestarse tanto por las hembras de su amigo como por las que ella, y las hembras eran tan malas como las que él no podía molestar a su amigo Roger, y las que ella no le molestaba tanto.

Jenny volvió y se sentó muy cerca. Había pensado y tenía que deshacerse de ello. Se acabó de beber su bebida y se regalaron de inmediato. "Pero debo confesar el amor a la verdad", dijo Jenny muy reflexiva y se enamoró de él, "tuve relaciones sexuales apasionadas con dos mujeres. Estaban solas, yo estaba sola. Estábamos condenados a permanecer fieles a nuestros maridos y no nos quedaba más que masturbarnos. Masturbarnos, masturbarnos, se masturbaron! Así que a otro, más me gusta Jack!" concluyó la confesión.

“La segunda mujer también me había mostrado el coño Kitzler-an-Kitzler. La que estaba en la cima se encontraba en la postura de un hombre, yo en la parte inferior. Nos cruzamos las piernas para que formaran una X”. Jack sentía que la mano de Jenny se sumergeba hacia abajo y desaparecía entre sus piernas. “Ahora podíamos presionar los dos coños Kitzler, los dos muñecos se lanzaban como dos besos de pescado. La que se encontraba arriba se encontraba como un hombre, se cobaba a través de las piernas abajo.

“Estoy muy cansado”, dijo Jack, “a medianoche todavía en Irak y luego el miserable vuelo ... ” Se levantó para recoger el techo junto al televisor. Jenny bebió su bebida, se levantó y parecía estar indeciso. No encontró las palabras correctas. Le saludó y le dijo buenas noches, luego le extendió el techo en el sofá. Jenny se había ido a la habitación. Decidió no ducharse, se desnudó hasta las calzoncillos y se acostó. Poco a poco se muere.

Roger le había enviado fotos de su hijo Kevin, un niño dulce y querido. Roger bromeaba, Kevin se veía muy parecido a su padre. Jack sabía lo que Roger pensaba, el niño era mucho más brillante que sus padres, pero él debía ser el hijo de Rogers. También Jenny le era de su opinión, dijo Roger sonriendo por teléfono, pero se pusieron de acuerdo amistosamente. Kevin era el hijo de Roger, basta! Roger también se había comprometido a ir pronto a Irak. Luego, Roger llamaba a través de la tele todos los días después de cuatro años de escasos contactos y se escribían correos electrónicos. Roger llegó a Irak, pero estaban en diferentes bases. Llegó el desastre.

El pequeño Kevin había sido atropellado y muerto por un coche mientras jugaba en la calle. Roger voló a casa inmediatamente. Cuando regresó, reprochó a Jenny que debería haber tenido que cuidar mejor a los cinco años. Que el conductor de la auto alcohólico se había roto a los tres años no ayudó a nadie. Jack era un buen y confiable amigo de Roger, por supuesto no era un psiquiatra, pero pudo volver a meter a Roger en el lotería. Fue un golpe terrible para su matrimonio, por supuesto, pero se recuperó y ya no pensaba en divorcio. Roger volvió a su casa regularmente y se reconcilió con Jenny. “Hemos estado cogiendo a toda la semana como en los primeros tiempos”, dijo sonriendo por teléfono y Jack le dijo a él.

Jack durmió el sueño de los soldados, el menor ruido lo despertó. Jenny estaba desnuda a la luz de la luna. No, no era la luna, era la iluminación de las calles. Jenny se acercó, se sentó. Ella se quedó en voz baja. “No puedo dormir sola hoy”, dijo en voz baja, “por favor, acuéstate conmigo!” Él gritó, “Okay, voy a venir!” Ella se adelantó y se levantó, miró su cuerpo por detrás. Su trasero se había vuelto grueso y gordo, pensó que antes era delgada y graciosa como una gacela. Sacudió el pensamiento de la cabeza. No se trataba de su cuerpo, era morta y no podía dormir.

La abrazó en la cama, fraterna. Asustó a todas las demás ideas, que había estado en el burdel hace dos semanas y eso era ahora impensable. No habían enterrado a Roger hasta hace unas horas. Ella le colgaba como una amante, pero él al menos mantenían la distancia interior. Ella lloraba y él la dejaba llorar. Ella buscaba contacto corporal, necesitaba contacto corporal. Ella dejó de llorar y se acarició hacia él para que le quitara el aliento. Pero cuando puso su mano sobre los pantalones de boxeo, sintió la coda rígida y comenzó a bajar los pantalones, y él agarró su mano. “No, no llor, no llorar!” dijo tranquilamente, sin explicarle a su hermano, sin llorar. Se quedó acostada, sin llorarse. Quiso echar la mano de ella, y se quedó en su mano durante una hora, y se le besó.

Ella estaba despierta, lo podía sentir, aunque él le daba la espalda. Sentió cada movimiento de ella, sentía que se masturbaba. Él se cogió a un burro y le tiró una mano en la caña, porque su masturbación lo hizo rápidamente tonto. Se decía, ¿era sólo un burro o un amigo honesto? Jenny masturbaba durante mucho tiempo y se acurrucaba en el final muy fuerte. No era para él y, sin embargo, era muy emocionante. Él escuchó sus largos respiraciones y también se quedó dormido.

Al día siguiente, se duchó antes del desayuno y se puso vestidos frescos, luego acompañó a Jenny en todos sus caminos. Se sentaron en el sofá dos horas después de la cena y conversaron. Ella apareció y le contó de la organización de ayuda en la que se había involucrado durante años. Él le escuchó atentamente, porque eso tenía sentido lo que estaba haciendo. Bebió jugo de naranja y ella su bebida. Estaba bastante borracho cuando se acostaron. Le dio un poco de embria-

guez a la cubierta junto a la televisión. “Me duermes”, dijo ella, notando que no había ninguna duda. “Y te metes conmigo”, sentó en el mismo tono, agregando: “No me gusta masturbarme!” Pero no se sorprendió de su franqueza, pero dijo algo sobre ella.

Ella estaba envuelta en la cama y él había sostenido sus pantalones de boxeo. Ella había puesto la pequeña luz, estaba definitivamente borracha y caliente como la placa de horno. Ella comenzó a quitarle los pantalones de box. Aunque su cola ya estaba en expectación, él levantó la mano y sacudió la cabeza. “No puedo, Jenny, realmente no”, dijo en voz baja. “Masturba tranquila”, se apretó, “también había divertido de ver!” Esperaba su protesta, pero ella se acostó y se masturbó. ¡Aunque ella no veía con toda precisión su trasero grueso! Compartió una mano con los roses y se sacó la cabeza con un dedo simple, con otro dedo la mano se abrió la cara hacia ella y se abrió a la luz y se quedó en una luz tan fuerte y se quedó a la luz de su cuerpo, pero ahora se había quedado tan lejos de su corazón y se había quedando tan desaliñado, pero ahora, a pesar de que él ya estaba viendo una luz tan brillante y tan fuerte, se había disolvido de su vida y ahora

La noche siguiente, cuando se fueron a la cama, no dijo nada. Se quitó sus pantalones de boxeo como señal de que ya estaba listo. Ella lo abrazó suavemente cuando se acostó. “El juego de boxeos se deshace hoy”, dijo riendo, “ya lo habíamos hecho ayer!” Jenny se rió fuerte y gozó. “Sí, vamos, coño conmigo!” murmuró casi despiadadamente y se deslizo las piernas. Su vagina está tan estrecha como si no hubiera nacido, pensó Jack. La abrazó muy largo, la primera carga que ya había injetado ayer. Jenny llegó muy rápido al orgasmo y se aferró a él, pudo sentir el estrés salvaje. Continuó, quiso que hoy vuelva a cogerla. Había visto la cara de Jenny a caer en su espina y a la calle de la mujer, Jenny se había quedado un poco más cerca de su espina. Jenny se había agarrado y se había quedada en la calle de su espincha. Jenny se quedó en la calle y se había agotado. Jenny se le había quedado con la cara de la cara

Jenny le dio un beso y le dio un besito. “¡Como en los viejos tiempos!” susurró, y él sintió que estaba completamente sobria. “Sí”, dijo débilmente, “sólo somos 10 años mayores!”

Se quedó hasta el final de la semana. Se acostaron por la mañana, por la tarde y por la noche. No hablaron mucho de ello, no era su estilo. Sentía una tranquilidad extraña y agradable que había olvidado hace tiempo. Se sentaron en el banco de piedra junto a la puerta y disfrutaron del sol. “Cuando sea un niño, llámenle Roger, Roger Junior”, dijo con los ojos cerrados y sintió su garganta de acuerdo sin mirar.

Era tan hermoso y pacífico aquí, pensó Jack.

Compañeros - Parte 2

von Jack Faber © 2023

Jack aprovechó su vacaciones de casa y le gustó a Trixy. Ella era la mujer que pasaba la noche con Jenny cada dos semanas y se daba sexo con ella toda la noche. Jenny le había dado su número y le había prometido avisar a Trixy, Jenny no estaba segura de si Trixy se daba sexo a hombres, por lo que sabía, Trixy sólo tenía chicas en su programa.

Ahora, se quedó atento a la escucha del teléfono de moneda en el aeropuerto. Trixy lo había escuchado cuando le preguntó en palabras imperceptibles sobre alojamiento y quizás más. El silencio duró un minuto y Jack temía que ella se deshiciera. Finalmente respondió con voz baja y fumosa. “Así que, alojamiento no es un problema”, dijo Trixy y hizo una larga pausa, “y en cuanto a ‘quizás más’ no puedo prometerte nada, que me dejaré pasar. Jenny seguramente te habrá dicho cómo va nuestro ‘quizá más’”. Jack se guiñó y anotó su dirección, y luego subió al taxi.

Trixy le abrió. En un instante, él captó su aspecto. Una mujer negra alta y delgada, de hombros anchos, de pechos no muy grandes, de pelo negro suave y de una mirada inteligente en sus ojos negros. Ella también lo muestró de arriba a abajo. La presión de la mano fue firme cuando dijeron sus nombres. “Ven, Jack!” dijo amablemente y se abrió la puerta. Inmediatamente tuvo la impresión de que había ‘quizá más’, de todos modos.

“No bebo más alcohol, Trixy”, dijo débilmente, “me gustaría un vaso de agua”. Él dejó el vaso y ella entró en la cocina, tomó un gran vaso de jugo de naranja. “Muy querida, gracias”, dijo y tomó el vaso. La conversación continuó durante una hora, con dos personas que aún no se conocían y que se volvieron a la vida privada. Ella era solo de 31 años, él la habría estimado en 35.

El día de agosto, muy caliente, le hizo crecer a Trixy. El aire acondicionado estaba en el más alto nivel, pero ella sudó terriblemente.

Ella se disculpó y se cambió en la habitación, vino con una túnica larga y ligera. Él vio inmediatamente que ella no llevaba nada debajo. Ahora se sentó de nuevo en el sofá y se levantó las piernas al sofá. Pero no dejó ver un centímetro de piel, estaba en una postura más decente y apropiada y continuaron la conversación. Él se había desnudado su chaqueta desde el principio, ahora estaba completamente transversado. Se puso demasiado caliente para el clima, un pantalón corto y una ducha T-Shxy. Se dio cuenta y se puso mejor y se duchó, se duchó y dijo que podía quitarse algo de la ducha iraquí y se le dio la ropa de cama inmediatamente antes de que ella lo hiciera.

Momentos después se abrió la puerta del baño, Trixy se acercó. Sin preguntar a Jack, dijo que le lavaría la espalda. Tomó la lavadora y se lavaría su espalda. Echó una larga mirada curiosa a su cola. “¿Bueno, ¿pasó el examen?” preguntó y miró a sus ojos. Ella se guiñó y sonrió. “Toma esta toalla”, dijo con una amplia sonrisa, “Ya voy a la habitación!” y se fue de inmediato. Él se puso la toalla alrededor de las caderas y la siguió.

Ella estaba desnuda en la cama y le extendía los brazos sin palabras. Él se acostó a ella. Ella era muy delgada, su piel brillaba en negro profundo. Sus pechos pequeños le gustaban mucho y él miró a su mosca afeitada. La abrazó sin palabras, y cuando se besaban, sintió su tensión caliente y abrasante. Ella puso una mano sobre su mosca. “Sólo necesito una pequeña muestra”, dijo sonriendo y rascó suavemente su mosca, miró hacia abajo, su mosca era apenas como una pequeña uña de pulgar y ella la movía más fuerte que Jenny y y entre otras cosas, como ella, como Jenny. Sus manos se movían hasta que su mosca rojo, con su cuerpo siempre tremando, se movía con las grandes patas de la mosca, movía su mosca hasta que su cuerpo se movía de forma tan grande como la mosca.

Se suspiró y se relajó. “Ahora, Jack, ahora!” Se arrodilló entre sus piernas y se metió lentamente en su mosca rosa. “Me lo previo”, dijo Trixy silenciosamente, “no te preocupes”. Su vagina era muy húmeda y a medio estrecha, la que le gustaba muy estrecha. Comenzó a cogerla muy lentamente. Ella había cerrado sus ojos con un zumbido y aceleró su ritmo. Ella lo impulsó cada vez más y él sintió la inyección. “Debo!” dijo muy decepcionado, “debo!” sonrió. “Debe correr, déjen-

lo simplemente correr y se la estiró. ¡No tuvo que inyectarse instantáneamente, se puso a inyectar, y se quedó en la cama, y se aceleró a su ritmo. “Deba hacerlo”, dijo muy decepciono, “debe hacerlo!” Ella sonrió.

Su uñas rojas se labraron con gozo sobre sus labios de la cara, humidificaron la parte superior del dedo en la boquilla antes de masturbarse con el picor. El le miró con los ojos medio abiertos, masturbándose como todas las mujeres que conocía. Ella se rompió las piernas en el orgasmo y las repudió muy fuerte, ella se puso el dedo muy fuerte en su picor. Él se acarició el pelo y se la tiró.

Menos de un cuarto de hora después se despertó, Trixy se había movido. Ella miró su cola, que estaba completamente rígida de nuevo. “¿Una vez más?” le preguntó susurrando y él claqueó. Ella hizo su presentación y él tocó su coqueteador. De inmediato le dejó el campo y la presentación se convirtió en una astuta masturbación por su parte y un espléndido orgasmo por su parte. Su cuerpo tembló ante el orgasmo y se juntaron en el orgasmo. Ella se tembló ante la orgasmo en su cuello y se apretó su rostro en el orgasmos en su cuelo. Tan pronto como su orgasmo terminó, le llamó: “Vamos, Jack, ahora ven, ahora ven!” y se acostó rápidamente en el lado del coño. Se quedó en la cama, como si fuera un poco de tiempo, y se quedó en silencio y se quedó sin hacer preguntas con un poco de orgasmo y se quedó a la espalda, sin ponerse a la espina.

La campana tocó. Se encallaron al mismo tiempo. Ella gritó silenciosamente: “¿Qué día es hoy?” y él, como disparado de la pistola: “Miércoles, 18 de agosto!” “Mércoles”, repitió ella maldiciendo y se metió rápidamente en su vestido. “La pequeña me olvidé completamente!” maldijo. La campana sonaba, con urgencia. Ella cerró la puerta de la habitación y se fue. Se puso a salvo los pantalones de boxeo, pantalones y una camiseta y se quedó mudo. Fuera se escuchó el sudor durante minutos, luego minutos de escarón como si alguien estuviera gritando una tela. Tenía la impresión de que con la camiseta de trivial se había cerrado el sueño y se abrió la habitación de una mujer de Trivial.

Jack percibió su aspecto con una mirada. Era una niña negra muy joven, de más de 25 años, pequeña y delgada, y que tenía los pechos bastante llenos. Ella tenía el pelo de color rubio con algunas cuerdas rojas y un pelo de página. Su presión de manos era suave e insegura cuando la presionó y se presentó con "Jack". "June", se presentó y tenía la impresión de un ratón negro muy joven, al lado de la confiada Trixy, que ahora comenzó a ponerse a la cabeza con la ropa de Jones. June se hundió con miedo. "Aber" se puso a la cabeza, pero Trixy la rompió inmediatamente sin entender. "Jack estaba casi en pie y hoy puede hacerlo". "Trixy" se puso en pie con la voz de Trixy. "Trixie" se puso de lleno de la ropa de Jack. "Sí, sí, pero luego se puso a tocar con ella y luego se puso en una mano, y luego dijo: "June, ¿no es así?" "Sí, pero luego, ella se puso a jugar con ella y se puso a golpear con una mano, pero luego ella se puso

Trixy carellaba a June, carellaba sus pechos y a veces también su vulva. "Así que ahora puedes contarle a Jim cómo te lo hace a ti!" dijo de medio azul. June parecía enflurecerse y babiló de inmediato. "Jim tiene una cola mucho más grande que el tío. Al principio me entra muy difícilmente, primero tiene que mojar mi pelusa con saliva. Le enseñé a ligar, como tú y yo lo hacemos entre nosotros. Me licta hasta el orgasmo, después de eso la pelusa está húmeda y suave y puede penetrar más fácilmente en mi frente y me cocinar maravillosamente. Aunque me esfuerzo mucho, pero él me inyecta temprano, ya tengo que llegar al orgasmo".

June se agotó mientras Trixy se arrancaba rápidamente su picazón. "Y, sigue!" le ordenó Trixy y June continuó con la garganta. "Sustimos generalmente dos, a veces incluso tres veces y luego me masturbo cada vez porque me mira tan bien. Jim golpea a tío Ed cada vez que tiene vacaciones en casa porque el tío me hace el coño de nuevo cuando Jim está de gira. El tío Ed me hace el cuello casi cada semana".

"Vamos, Jack, vamos a la mierda!" dijo Trixy de medio azul y se subió a ella inmediatamente. "June, cariño, se me la ligue el pezón!" ordenó Trixy y la pequeña obedeció inmediatamente. "No tienes que inyectarte", le rolloteó Trixy en silencio y en secreto a Jack en el oído, "levanta la cara para junio!" "June", y se la puso en tono de "Por fa-

vor, se la ligue!" ¡No sabía cómo Trixy quería hacerlo, pero la idea era alarmante.

June gritó en voz baja cuando sintió la coda de Jack entre sus traseros. "No, por favor, no la chupar, no quiero que me chuparán!" gritó y trató de quitarse la mano de Trixie y Jack, pero los dos no cedieron un milímetro. June lloró, las lágrimas se derramaron como una cascada de agua sobre sus mejillas. "No no la chucen!" murmuró. Trixie la miró con firmeza. "Jack ahora tiene una lata rígida, debe chucar si tiene una lata tan buena, ¿no?" Jack se sorprendió de que después de eso, June se estropeó y como un ratón pequeño, zaneó con celo y dejó de chucar.

Él le daba la nariz y se metía muy lentamente en la nariz de la mujer, y ella estaba muy maldita y muy cercana. ¡Sentí como la entrada de la mujer se relajaba poco a poco! Lentamente y muy cuidadosamente se metió en la nariza de la mujer. Su nariz era mucho más cercana que la de Trixys y Jack suspiró de placer! Amaba las narices y Jenny era tan cercana. Se rascaba con los dedos sobre la nariz del hombre y sentía a su mirador muy cómodo. Trix dijo: "Y ahora qué pasa con Kitz, ¿qué?" y June obedeció de inmediato, se las lectó y se las puso a la nariz, y Trix se congeló muy pronto. Se le puso a la niña a la nariza y se las dejó aplastar de lujo, pero pronto se las puso en la narize, pero pronto pudo ver a ella. No pudo ver que ella se había quedado tan cerrada como ella, pero se quedó al lado de ella, pero en un instante, vio y escuchó que la nariz se podía volver a poner a la

Trixy se había puesto a medio y se había tirado la espalda de June, abrazó a la pequeña de atrás. Sus dedos estaban jugando con los pechos de Junes y una mano se deslizó más profundo, se había puesto en Junes Kitzler. Se inclinó lejos para ver el giro de los gollos que le fascinaba. Trixy se dio cuenta después de un rato de que su pila se había endurecido mientras miraba. "Ahora, Jack, ahora!" se rollote y se arrodillaba ante June. Ella abrió los ojos y comenzó a llorar inmediatamente cuando se abrió la cola.

Se aferró a Trixie y se acostó con la pequeña. Trixy siguió con Junes Kitzler y June dejó de llorar. Ella se abrió los ojos y se abrió un poco de la cabeza, la emoción se elevó en ella como una honda mag-

ma en un volcán. También Trixy sintió la emoción de Junes subiendo y se abría rápidamente con su cocina. June se arrodilló y se abrochó y llegó al orgasmo con un sonido profundo de animales. El orgasmo quería y no quiso dejar de llorar, Jack la empujó más y más hasta que se relajó de nuevo. Jack se abrió unas cuantas veces más y se inyectó, la empujó más y más. Dejó junto a un plaxyfickt. ¡June se quedó todo el tiempo, ¡por fin de cuentas, finalmente tenía un orgasmo y llegó a un orgasmo! ¡El orgasmo quería, y no quise dejar de hacerlo, Jack la empurró más y más, hasta que se desprendió de nuevo.

Trixy trajo bebidas y un tope de la cocina. Comían y bebían, y luego se acostaron hasta medianoche. Trixy se acostó varias veces con su tope de junio Kitzler-an-Kitzler y Jack se acostó con su rostro en el estómago de junio Kitzer-an-kitzler para observar muy de cerca a los topos de junio Kitze. Trixy Kitzler era tan grande como su pequeña uña y Junes era todavía más pequeño, pero Trixy aparentemente tenía mucha experiencia en el tope de Juni Kitzler y una vez que había tenido su tope, no había podido perder contacto hasta el final. Jack se acostara con un tope más joven de Juni Kitze, para poder ver a los dos topos de Junior de muy cerca.

Jack se despertó a la madrugada con el menor ruido. June se sentó a su lado, Trixy todavía dormía muy profundamente. “Tienes una patata de mañana”, susurró June, “al igual que Jim!” Sonrió. “Y ¿qué hace Jim con su patata de día?” June se rescató. “Debe que me juega de inmediato!” ella se rescatara como una niña. Luego su rostro cambió. “Y ¿debes que te juega de ahora?” Jack se sonrió y la puso en la espalda. “Buenas piernas y simplemente me juega!” dijo con amabilidad, pero ella se sacudió la cabeza.

Se vistieron, entraron al salón y desayunaron. Trixy le preguntó a June si podía evitarlo, y June dijo, por supuesto, no, que nos casaríamos y daríamos un bebé muy pronto. Pero antes de que Trixy o Jack respondieran, se agrietó una llave en la cerradura de la puerta. Entró el coronel, el esposo de Trixie.

Trixy le dio un vuelo y lo abrazó. “¡No sabía que llegaras!” gritó y él se rió. “¡Sorpresa! Sorpresa! aniversario de bodas!” Trixy lo agarró. “El próximo mes, el 18 de septiembre, mi amor!” El coronel parpa-

deó, sí, ¿es así? Jack tuvo que borrarse la risa el mes siguiente, mi querido coronel, el mes siguiente. Él sacó rápidamente su bolsa de viaje de la habitación y se despidieron con la mano de la pareja de tiros.

June se pensó que mañana a la tarde vendrían a tomar el café a la tía y el tío Ed, así que tendría que irse de nuevo. La tía era 20 años mayor que el tío Ed y quería ver la televisión de inmediato, todo lo demás no le interesó. Sólo a veces se volvía para decir “Shh! Shhh!” mientras que el tío ed la daba en el sofá sin gracia. Siempre la daba mucho más tiempo, mucho más tiempo que Jim, y si la serie de tía era mucho más larga, la daba una segunda vez.

Se fueron en el autobús a la casa de Junes y Jim. Se fueron a la habitación de inmediato y se acostaron todo el día, a medianoche, antes del desayuno y luego hasta el mediodía. June se masturbaba en las pausas y le gustaba verlo de cerca. Puso su cara frente a su muñeca y observaba a las dedos de Junes. Se masturbaba a diferencia de Trixy o Jenny, June se desprendió los dedos y se miró rápidamente de un lado a otro. Se rió como una niña y se burló de que ya toda su vida quería ver a todos los masturbadores. Pero eso era mejor para ella, le gustaba ver a todos, no le gustaba morder un poco. No era nada especial, se masturbaba a las manos de los masturbadors y no crecía con los dedos de la mano, pero no había hecho nada más interesante, por lo que ella se masturbaba con su novio, y no había hecho más masturbación en la noche, por lo tanto, ella no se había hecho más interesada en masturbarse con sus manos, y no se había masturbado con Blow

Una vez, el tío Ed la había atrapado masturbándose en secreto, y la había desmembrado y violado brutalmente, lo que no era algo inusual en el campo. La tía sabía, por supuesto, que se masturbaba con June cada pocas semanas, pero no le importaba que ella estuviera feliz por el contrario de no tener que masturbarse con él. June dijo que la tía seguramente la miraba a menudo cuando el tío Ed se masturbaba en el sofá, pero ella siempre hacía como si sólo estuviera viendo televisión. Cuando el tío Ed había vuelto a acostarse, June se acostó a masturbarse en el sofà. Ella siempre veía a los dos, ya que ella estaba más segura. Pero después de acostarse con él, ella estaba

tan despierta que se masturbababa inmediatamente, pero él no podía entender a Jack y ella se sentía bien, y después de hacerlo, él no podía sentirse tan despierto.

Se sentaron en la cama y fumaron. June se aplaudió en una barra y abrió las piernas de forma voluntaria para que Jack pudiera masturbarla en la pausa. Lo hizo de la manera más antigua, de vez en cuando, y tuvo que tener mucho cuidado porque June sólo tenía un pequeño coqueteador. Ella se inclinó hacia él y lo abrazó mientras se masturbaba. Ella continuó a tocar. “Yo no tenía más de 13 años cuando el tío Ed me quitó y ahora tengo 19 años, él me hace más de 5 años. Al principio me atraía a la casa de Jack, justo al lado de nuestra casa. La tía tenía más de 60 años y 45 años, pero no se dejaba atraer por hombres después de masturbarse, dijo.

“La tía se quitó la ropa interior y se masturbaba bajo la camisa. Después de venir a Jim, el tío Ed tenía que esperar con la inyección hasta que ella se pusiera a la pista final o hasta que su orgasmo hubiera pasado. Yo tenía que chillón porque distorsionaba su cara fea a una grieta fea. Yo siempre miraba bajo los brazos de Ed cuando él tenía que esperar a su tía y la observaba masturbarse. Después, después de venir a aquí a Jim, los dos se ponen a coger cada jueves.

Habló con June durante mucho tiempo que en el futuro tendría que masturbarse mientras se juega, lo que Jim seguramente estaría en lo cierto. Muchas mujeres hacen esto, lo cual es muy común, porque pocas mujeres tuvieron un orgasmo mientras se jordan. Ella lo comprendió poco a poco.

Se masturbaron y se acostaron toda la mañana hasta que él no pudo más, le dio un beso a la boca y luego se fue a la hora del mediodía, y quería esperar en la casa de Jenny en el banco de piedra.

Jenny llegó a casa a primera hora de la tarde. Ella metió su bolsa de viaje en la esquina, se arrancó la sudorosa ropa de verano y se precipitó a la habitación. Jack la siguió y se desnudó también. “No puedes imaginar lo terrible que fue! Ni un minuto sin molestar para mí sola! En la noche todos estaban en el suelo, sin oportunidad de masturbarse y de cogerse con sus primos, nunca pienso que haya vivido!

Todos son demasiado jóvenes y demasiado embarazosos en la pubertad. Sólo la noche antes de dormir, masturbarse en el baño unos minutos y ya mamá golpea a la puerta, ¿no me parece bien? ¡Muy rápido, los masturbadores están en el baño! ¡Pero quiero visitar a mi familia, ¡¡¡¡Ella está a un lado de la cama y se acuesta a un poco de tiempo!"

"Hoy tienes que hacer la premiación por ti mismo", dijo Jack y se puso con la cara en frente de su pelusa, "estoy completamente cansado y cansado!" Jenny sonrió, abrió sus piernas y comenzó a masturbarse. Miró su tapa del dedo, que había sumergido rápidamente en la vagina para humedecerla. No se masturbaba como June, sino más bien como Trixy. Luego el dedo de su pie tocó a su kitzler con un poco de fuerza, a menudo en el alto y en el alto, y a veces en el círculo.

Ella había traído cigarrillos y bebidas, se sentaron en la cama y fumaban. En silencio, ella hizo estallar la bomba. "Tengo tres meses, Jack!" y necesitaba unos segundos. "¿Estás embarazada?" le preguntó con el cerebro vacío. Jenny se quedó a regañadiendo. Desde su última visita hace tres meses. Finalmente las lámparas en su cerebro se encendían. "Muy bien! Tienes un bebé!" Ella lo miró de un lado. Sabía que no tenía que preguntarle. Nunca se casaría, lo había dicho siempre que era soldado y no quería obligarse.

Jack se imaginaba lo que pensaba. Le gustaba ver en las letradas de casa a ella y al niño. Pensó un rato y preguntó en voz baja. ¿Podía decir que Roger era el padre? ¿Cuándo había hecho sexo con Roger por última vez? Jenny pensó solo un fracción de segundo. "Dos semanas antes de que . . ". su voz falleció, las lágrimas se le fueron pasando lentamente por las mejillas. Se desgarró. Por supuesto, ella podía decir que Roger es un padre que se calcula y ahogaría cualquier pregunta crítica en el cuero. Ella estaba, por supuesto, decepcionada, así era, Jack no era el tipo de matrimonio. Pensó y vino. "No quiero obligarte a volver a masturbarte", dijo en voz baja, "seguro que lo había hecho", dijo, ¡que Kevin se había acordado de que él estaría en casa, y que no lo hubiera dejado caer en la cama. "Si Jenny no me hubiera permitido acostarme con ella, no lo haría todo el día, pero ahora sé que no lo harías".

Jack prometió que siempre la visitaría, “y sí, la mierda, eso todavía me queda por pensar!” Ella lo empujó a la página. “Otros hombres se mordrían los diez dedos con esta oferta!” dijo con una voz de ratón Mickey. Se rieron. Fue bueno que pudieran reír. Se volvió serio.

“No voy a darte ningún consejo innecesario, Jenny, pero recuerda que fumar y beber no es bueno para el niño. Punto”. No la miró. Sabía que se esforzaría, no había más.

“Sabes lo que he estado murmurando en las últimas semanas?” Jack esperó que la dijeran. “Que Roger y yo no éramos compatibles, de alguna manera, pero tú y yo sí. He inyectado a Roger mil veces en mi pelvis, a veces varias veces al día. Sin embargo, no he quedado embarazada, ni siquiera después de Kevin, y nos hemos cogido como locos porque deseábamos tener un bebé más. Pero sólo necesitas mirar una vez y pang! ya estoy embarazada”. Ella lo miró de nuevo.

Ella preparó la cena en el salón, luego se ducharon y se acostaron.

Decidió ir a visitar a Jenny en todas las fiestas de residencia y ser el mejor padre posible para Roger Junior.

Franzi se está jodiendo

von Jack Faber © 2024

El Dr. Ariel Grienschnabl estaba muy contento de que el monasterio carmelitano le haya dado una enfermera y una ama de casa. No tenía que ahorrar, pero después de la guerra era difícil encontrar tal personal. La guerra había sido perdida, el emperador Guillermo II había renunciado y vivía en el exilio en Holanda. Ari era muy joven, sólo 24 años, pero había caído como corredor de motocicletas en una mina y había perdido el pie izquierdo, se le había amputado la pierna. Había recibido una medalla y el gran premio de mérito, su posterior ascensón al teniente general le llevó una pensión de madera. El trabajo como arqueólogo podía olvidarse, se limitó a leer y la intensa correspondencia arqueológica en sí mismo.

A los 11 años, su madre lo llevó a la cama, el padre se había vuelto impotente. Ella era una belleza de 30 años cuya sexualidad era en su mejor momento. Ella había acordado con su marido que Ari se acostara con ella y por eso no se había acostado. Al principio era muy difícil acostumbrarse a acostarse junto a su marido. Aprendió rápidamente y la bailaba noche a noche. Después de un tiempo podía inyectar y su impulso se despertó poderoso. A veces tenía que inyectarse cuatro o cinco veces hasta que el caballo se había inyectado lo suficiente. Ella llevaba a los hombres masturbados cada noche antes de dormir y le dejaba a Ari con el tiempo que lo veía masturbarse. Pero al cogerse con ella no había aprendido a cogerse a ningún hombre porque ella no quería mucho, porque sólo había amado a un chico pequeño y se había acostada con ella noche a noche, y si se había acostados con el caballo, solo podía ver a un hombre pequeño y el caballo pequeño y el hombre pequeño, y si ella se había acostó con el gas de arroz, se podía baila

Ella le hizo un blowjob a su marido cuando se le dio una erección, lo que también le emocionó a Ari. Le metió su polla en la boca, le lampió y lo tragaba, luego lo masturbó con su puño y lo inyectó en su boca. Ella se tragaba su semilla con un poco de repulsión, pero lo hizo. Ari la bailaba con amor y pasión durante diez años hasta que se

fue a la guerra. Estaba en el norte de Francia cuando le llegó la noticia de que sus padres habían muerto en un incendio.

Antes del accidente, cada noche se daba una mierda, una belga, una holandesa o una francesa, según el uso en el frente occidental. Las putas alemanas de la Wehrmacht evitaban, porque era tan fácil hacerse con una de las esposas o hijas escasasas o escasasos en las áreas ocupadas para que se acostumbraban a acostumbrarse a la mierda, una familia entera, una belgas, una holanda o una francesa. Pero la mayoría de estas mujeres eran escasas y escasas, no se dejarían acostarse ante otros.

Se acostó sobre la mujer temblorosa y temblorosa, la besó con pasión y compartió sus piernas. Se inclinó con fuerza, ya estaba muy caliente para acostarse con ella. Sabía que en los primeros minutos sentía una repugnancia, pero no tardó mucho en superar la humillación y sumarse a su destino. Cuando ya estaba jodida, no tenía que sufrirlo, sí podía disfrutarlo. La acostó tantas veces hasta que estaba agotado, sólo la acostó de manera decente y nunca porcina.

Cuando deseaba una hija, dejaba que la madre la llevara a la habitación y se acostara con ellos. Si era una virgen, decongestionó a la niña con gran placer y la daba un poco de sexo. En estos casos, se daba a la madre con toda la furia, dando vueltas y vueltas porque la niña tenía que mirar. Y cuando la niña ya no era virgen, se daba al turno a ella y a su madre porque le gustaba ver a la otra. Esto le dio un buen golpe y se daba a ella hasta que no podía más.

Las mujeres francesas eran al principio mucho más reacios que las mujeres francesas tímidas. Pero se ponían a coger y se ponían al colar con ganas hasta que llegaron al orgasmo en la segunda o tercera ronda. Muy pocas mujeres francesas tocan su cocinador, muchas parecían no conocer la masturbación. Las francesas eran muy diferentes. Fueron mucho más limpias que las mujeres francisas, muchas veces dijeron llorando que nunca habían engañado a su marido y él les creía. Se ponían a colar mucho más rápido que las mujeres, olvidan la humillación y cocinar más rápido y más activo que los demás al cocinar. Muchas mujeres no llegaban al orgasmo, aunque poco se esfuerzaba mucho. No solo huía a su cocinadora hasta que cocinara

con ellas, pero a menudo no les costó nada a su marido, y él nunca se podía coger más que a las mujeres, aun así, él no se podía ceder a las mujeres.

Ari se había hecho amigo de su comandante en el frente occidental. Coman casi todos los sábados por la noche juntos, fumaban un cigarrillo y bebían cognac. Podían hablar muy bien, el comandante era un historiador y él un arqueólogo. Y por supuesto ambos entendían cómo se desarrollaba la guerra y qué estaba mal. El comandante era un hombre de posesión y tenía una nueva favorita cada 14 días. Los jóvenes franceses de 17 y 18 años de edad, que iban a la plaza en su cama, le gustaba mucho. Los dos hombres se daba la favorita a la vez hasta la madrugada, era una de las delicias que uno podía tener en la guerra. Las tres chicas sabían que todo lo que los hombres disfrutan de sus placeres, las favoritas tempranas y permanecer a las dos, era un placer para los dos mayores. Los dos se quedaban en el lugar de su cama, a él no le gustaba. Los dos varones se daba la preferida hasta la madurez, era una cosa que se podía tener en una guerra. Las dos niñas sabían que los tres hombres eran sus favoritos, y se quedaban a las dos de las dos

Estaba decidido a coger a esa Francisca, aunque era una hermana espiritual, porque no había coger en dos años desde el accidente.

La hermana Franziska llegó a las 6 horas a tiempo y le ayudó a levantarse, acompañó a Ari al baño desnudo, le ayudó al baño. Le clavó los brazos del coño y lo espumaba con jabón líquido, luego lo lavó. Ari dijo que se quitara el coño, sólo se va a estar sucio y mojado.

Ari había comenzado a rascar su coda desde que ella se arrodilló junto a él y él miró con ansiedad su picaza que se endurecía. Cuando ella terminó, ella miró indiferentemente a su masturbación y adormeció de forma absurda a su picazón dura. Él comenzó a inyectar y ella agarró su coda decididamente al lado. “Lo haré, señor doctor!” dijo mientras rascaba su coda que se inyectaba, luego lavaron el coda con la espuma de baño.

Le dijo que le dijera a Ari y Franzi le clameó, pero no lo hizo. Preguntó cuál era su nombre civil. Ella tenía que pensar visiblemente.

“Rachel Rosenblatt, doctor señor!” dijo ella finalmente. “Entonces eres judío como yo”, dijo sonriendo, pero ella se movió la cabeza decididamente. “No, católico, doctor señor!”, respondió y dejó que se resolviera el tema. “Y, Franzi, ¿aprende esto en el monasterio, hacerle al hombre!” preguntó. Ella lo abordó directamente. “No señor doctor, eso lo aprendí en la vida de la guerra”. Le contó cómo sucedieron tantas historias de guerra y cómo él había perdido en una mina.

Ari le preguntó si alguna vez se había acostado. Franzi se rió. “Pero no, señor doctor, todavía soy una virgen, una virgen de 61 años, si es que es popular! He pasado toda mi vida en el monasterio desde que tenía 13 años. Mi padre, Samuel, había caído en una charlatanería con los franceses, mi madre estaba muriendo y me envió rápidamente al monasterio, donde estuve casi 50 años. Sólo en la guerra, que estuve en el hospital”. Ari le pidió que le contara. Franziska le contó todo abiertamente y honestamente, como le había contado sobre el sexo.

“Al principio me molestó que tuviera que cambiar el pelúcio por una charla de enfermera. Se veía que mi pecho se reflejaba y la camisa iba hasta las rodillas. Me avergonzaba mucho de mi cuerpo y durante meses sólo hacía trabajos en los que no me miraban a los pechos o entre las piernas. Porque todos los médicos y todos los pacientes lo hacían. Todos me miraban en los pechos abultados, en las piernas y las piernas a lo largo de la cabeza cuando tenía que inclinarme.

Tenía que meter los biteos de los pacientes en el tubo del recipiente de orina y tirar después de la orina. Tenía que aprenderlo, porque no había visto una verdadera pila durante los primeros 50 años de mi vida. Había crecido tan bien protegido, pero la hermana Oberin me hizo entender que eso era parte del trabajo. Me lo mostró y después de orinar me lo mostró, se ríe la pila y la inyectaba en la pipa. “No tienes que hacer esto si no quieres”, dijo con una sonrisa amplia, “lo haré muy felizmente”.

Me sorprendió cuando los pacientes masturbaban. Me apresuré a meter el tubo del envase de orina sobre su cola cuando se inyectaban. Me tocaron las rodillas mientras se masturbaban y las empujaron a un lado, querían ver a mi orina mientras se masturbaba. Me importa-

ba completamente mientras sólo me cargaban las rodillas y las piernas. Algunos trataban de tocar a mi orena, pero luego golpeé sus dedos. Así que se me enteró de los pacientes que al masturbarse era muy agradable mirar a una orina. Me importava mucho, les hice mirar y inyectar. ¡Al principio de la masturbación, con mis dedos sacé las últimas puntas de su orina, pero a su fin, señor, también podía hacerlo si quería, si quería, incluso si quería, que terminara con ella, ¡también lo hice, señor! ¡Si quería, también, si quería que terminara, también, ¡lo podía hacer, señor!

Así fue. Ari se masturbaba y ella se sentó junto a la bañera y se arrastraba su cocido hasta que se sentó duro y se acordaba bien cuando debía tomarlo y se le daba la oportunidad de arrastarlo para inyectarlo. Así que pasó medio año y Ari aún no había encontrado la oportunidad de cogerse con Franziska. Cada vez que se masturbaba pensaba en eso o cuando miraba su cara cuando ella lo masturbababa, él la dejaba masturbar cada vez antes y poco a poco lo masturbaba desde el principio. Lo hizo muy natural y natural, ya que antes también había masturbado a los pacientes.

Ari observó que sus labios y su garganta eran rojos y rojos. “Franzi, ¿por qué estás tan rojo ahí abajo, tu garganta es muy rojo?” Francisco corrió muy rojo y limpió incansablemente su garganto. “Me ha atormentado la última noche como no hace mucho tiempo”, dijo con preocupación. Ari dijo que no entendía. Ella volvió a coger su garganeta y se fue tirando lentamente. “Ya es así desde que llegué al convento a los 13 años.

Ari tenía que sonreír, porque, por supuesto, Franziska sabía las palabras correctas, masturbarse y tener un orgasmo, pero a veces usaba las expresiones infantiles. Ella lo había masturbado en la bañera durante un año entero, todavía estaba ansiosa cada vez que se inyectaba y luego se relajaba. Ari notó cómo su coquete se rogaba y se endurecía. “¿No te gusta ahora masturbar, el coquete? “, preguntó, pero ella sacudía la cabeza durante el día, aunque notó su fuerte excitación.

Más tarde se acostó sobre la espalda, levantó las rodillas y masturbó a su coquete a su manera. Ahora podía apoyarse en el borde de la

bañera y mirarla con toda franqueza, porque ella se masturbaba cada vez que lo había "terminado". Al principio, puso dos dedos sobre la frente y los tiraba de ida y vuelta rápidamente hasta que el coquete despertó y extendió la cabeza con curiosidad. Luego, con su punta de dedo a lo largo de su coquette, lentamente y con emoción. El coquete se volvió oscuro y se escondió, se hizo visible, se hizo un centímetro. Tal vez durante 10 minutos, "se vio" al coquete de forma rotatoria en un lado. Entró en el fondo y se acercó a la coquete y ahora levantó el dedo con su punta a lo largo del borde de su cocuete, despacio y con emociones. El cocote se hizo oscuro, se hizo más visible, se volvió una centímetro de altura. Tal vez, durante 10 minutos "se vio", el coquette de una vez

Salía de la bañera tan pronto como ella estaba en medio. Ella sacudía la cabeza y se agachaba, "¡No, doctor!" y se le quitaba la pata. Pero cada día se acercaba, esperaba más hasta que ella casi ya alcanzara el orgasmo. Cada vez más tarde le quitaba su agujero, ya podía penetrar entre los labios de la mariposa hasta que ella reaccionaba. Aún unos días después, su aguja tocaba su piel de la virgen, ella reaccionaban día a día más tarde al tocar su piel de virgen. Y, un día, ella no reaccionaba en rechazo. Ella se detuvo mientras se masturbababa y miró a sus ojos con un poco de espera.

Se sentó a su lado. Pensó que en la cama era más cómodo que en el suelo frío. Y si ella se masturbaba y él comenzaba a hacer el colar poco antes de su orgasmo, entonces podían tener el orgasmo al mismo tiempo, lo que era una sensación muy intensa. Franzi se quedó callada, ella estaba muy apegada al colar. Tendría que confesar el pecado, dijo triste. Ari cubrió los brazos, no le gustaba la religión.

Fue hermoso acostarse, dijo Ari. No podía ser pecado, porque era hermoso y se sentía amor, no odio. Y Dios amaba a todos los pecadores como a los nada pecadores. No, no lo confesaría al joven capellán. Franzi pensó mucho y dijo que también lo guardaría para sí, era realmente hermoso que ahora ambos llegaran al orgasmo al mismo tiempo. No necesitaba confesarlo. Era bueno como era.

Se acostaron todos los días durante los siguientes 4 años, Franzi comenzó a masturbarse por la mañana y por la tarde y no se subió

hasta su orgasmo, a veces las dejaba masturbarse porque le gustaba verlo masturbarse y tener orgasmos, luego continuaba masturbándose y se inyectaba en medio de su orgasmo.

Después de la mierda, estaban de brazos cruzados y hablaban de todo. Las tropas de golpe de Hitler invadían las tiendas de los judíos, las golpeaban despiadadamente y cuando uno de ellos no se levantó, apenas valía tres líneas en el periódico. "Él lo escribió", dijo Ari, "había escrito para matar a todos los judíos como las gusanas que eran". Ari susurrió. "Ya van a la casa de los judías y los llevan a Dios sabe a dónde".

No quiso esperar a las camisas de color marrón. "Todos dos somos judíos", dijo Ari a Franziska, "a quienes no les importa que seas una hermana católica, para la que eres Rachel, Rachel Rosenblatt. Simplemente te matarán porque eres de origen judío como yo". Franzi cerró los ojos, tocó su cuerpo más cercano a Aris y pensó mucho.

Un día fueron testigos presenciales, y la horda se acostó con una mujer judía llorando y su hija menor de edad hasta que se acostaron y se cansaron, y Ari y Franziska tuvieron que estar quietos y no moverse del lugar para que no fueran descubiertos.

No quiso huir y abandonar el país por el que había luchado valientemente, ni se dejaría encarcelar por los hitlerianos.

Tomaron el veneno juntos en una mañana llena, se acostaron, se masturbaron y se acostaron hasta morir.

Ari había escrito una carta de despedida. "Todos ustedes nos condenaron a la muerte, judíos, nos hemos adelantado. Nos hicieron llevar la Estrella de David para anunciar que estábamos condenados. Seguimos orgullosamente la Estrella del David, porque nos ilumina el camino a la vida de los justos.

Los vecinos abrieron la puerta después de tres semanas y la encontraron en un abrazo amoroso.

● ● ● El trabajo

Uma, la Neandertal

von Jack Faber © 2024

Uma se aferró a la pila de Ri en su mano. “Espera, Ri! He oído que estás cogiendo con las chicas en la ribera!” Uma había dejado que Ri se masturbara siempre detrás de su culo, que podía inyectarse en su cara, en su cara o en sus traseros. Tenía 15 años, tenía que masturbarse cuatro o cinco veces cada noche y Uma, su madrastra, lo dejó bienvenido inyectarlo en la cara o incluso en su cara. Pero ahora se acurrucó su cara con el puño y esperaba una respuesta.

Ri empujó su cola hacia adelante y hacia atrás en su mano. Ella se aferró aún más a su cola. “¿Bueno, no tienes nada que decirme?” preguntó Uma con dureza. “Sí, es cierto”, admitió Ri con vergüenza. “Todos se jodan en el río”, añadió con desaliento. “Aha!?” dijo Uma, y esperó su explicación. “La Kaa, que se jeda a todos los que desean joderse”. Entonces Ri reveló un gran secreto.

Uma puso su pene cuidadosamente en su cara de trasero. “Así que puedes coger”, susurró con sumo humillación y le dio la espalda, “cogerme solo en mi cara de traseros, creo que aún eres demasiado joven para cogerme de verdad”. Pero Ri se deslizó hacia su cara de detrás y cogió dos veces más dentro, y entonces tenía suficiente. Uma tomó su pene en la mano y sacudió las últimas gotas de semillas con energía. “Asá, duerme bien, pequeño toro!”

Ri había aprendido a cazar con su abuelo. El abuelo le había dado una larga cuerda de cuero, una cuchara con la que podía atrapar a Uma una vez al mes, con la que después de muchos ejercicios podía atrapar conejos, gallinas y hielo. Había hecho para su nieto una navaja afilada de una muela de oreja y le había enseñado a meter a los conejos o las hielo en el corazón, luego estaban muertos al instante. El abuela era un muy buen maestro, se le permitía saltar y chupar a Uma una sola vez al mes. Ella no se dejaba chupar por muchos, solo por el abuelo y su abuelo Urg. Por lo general, el abuelo se acostó mucho después de saltar a sus minutos, dejaba que Uma se tiraba en su espalda y cola de vuelta, así que las cola de la muela de la muella de

su abuelo estaban muertas. Al final, ella tomó la cavidad de la muelle de su abuela, pero cuando un viejo hombre le estaba dando una gran oportunidad de hacerse una gran muela, ella se tenía que inyectarle una gran

Después de cazar, Ri siempre bajaba al río y bailaba con Kaa dos o tres veces hasta que tenía suficiente. Kaa sonría amablemente, le gustaba mucho que la chupar y se rascaraba su cojones en una. Ri riía con estridente cuando uno de los chicos llegaba al final, la tomaba por las caderas y la inyectaba. Al instante, ella se metía en el agua fría y se lavaba la piel sonriendo en el agua helada de las montañas. Kaa era un buen amigo, decía Ri a menudo. Desde que se podía chupar en el culo de Uma y más a menudo en su camilla, encontró que su hermosa padrino también iba a una pequeña cúpula. Uma era realmente la mujer más hermosa que había visto, tenía una hermosa, amable, hermosa y hermosa cara y crecía una hermosa cara con una pequeña cara de caza, pero ella prefirió tener una pequeña y pequeña cara de la que era su mujer, pero no era más de 30 años de edad, y su cara era más negra que la de su hija, pero su cara era de la más pequeña y más

Ri también tenía una hermana mayor, Lili, que era unos años mayor que él. Ri nunca había entendido por qué Urg y Uma no podían saber que Lili a veces se dejaba saltar y caer por un amante secreto. Ri se dejaba comprar su secreto, también a veces se le permitía saltar y caca Lili. Lo hacían en secreto y en lugares secretos y tenía que sacar su cola y inyectarla en los arbustos antes de inyectarse. Lili era un verdadero secretista.

Uma le dejaba que se la cogiera durante semanas en su cama, le parecía bien y a ella también, porque ella podía masturbarse perfectamente mientras se masturbabababa. Ri podía ver a algunas niñas y mujeres masturbarse, pero no muchas lo hacían en público. Las nalgas de Uma temblaban cuando llegaba al orgasmo. Lo disfrutó porque Uma era una buena madre y un buen amigo y siempre lo elogiaba cuando regresaba de la caza y traía a casa conejos o hijas.

Uma se detuvo en medio de la masturbación y se abrió la pata. “Ven, pues, juega conmigo, mi pequeño muchacho! ¡pero no olvides

sacarlo antes de inyectarlo! ¡No te inyectes en él!" Ri estaba completamente sorprendido y se refregó: "Sí, Uma, no te inyectas en ella!" Repetó. Uma dirigió su pata y la sumergió profundamente en su cañón. Ri estaba muy sorprendida de que su cañona era mucho más estrecha que la de Uma, por supuesto, también como un caño de caña, cuyo agujero era suave y lejano.

Un extraño pasó, Beg. Era un cazador cubierto de piel, tenía una lanza larga como nunca había visto Ri. Su lenguaje era extraño, pero se lo entendía. Había venido de lejos y quería tomar la casa de Uma inmediatamente. Los hombres habían ido a cazar con urgencia, así que Uma tenía que explicar al cazador que era la esposa del jefe y que la cueva era la de el jefe. Beg no era bienvenido, puede acampar por encima de los árboles de manzana, las manzanas también y luego seguir adelante, los hombres regresan ya pronto.

Uma estaba en la zona de estar de atrás en la espalda, Beg entre sus piernas y el brazo la coqueteó. Ri vio la risa de semillas debajo de su culo, el tipo probablemente la había cogido varias veces. Uma gritó de ayuda cuando vio a Ri. Como un predador, Ri saltó sobre la espalda de Beg y lo arrancó de Uma. Se learon al suelo, se había saltado y Umach también se puso a colar con las manos.

Ri se ocupó de Uma. "Me saltó y subió inmediatamente y me golpeó la pata cuando te fuiste. Me hizo sexo sin parar, me hizo sexo al menos cinco veces y ya no estaba listo cuando llegaste". Uma bajó la mirada. "En realidad se ha hecho muy bien, he tenido tantos orgasmos una tras otra como no hace mucho". Ella miró a Ri tímida y vulnerable. "No me pienses mal, he gritado, mordido y rascado, pero él es mucho más fuerte que yo. Me ha inyectado y se ha hecho sexo con una sonrisa amplia, siempre que yo haya tenido un orgasmo, se ha satisfecho".

Uma limpió la herida en su hombro y la ligó, era sólo un rasguño profundo. "¿Y ahora vas a correr a coger a Kaa o a Lili?" Él se dijo: "El hombro ya no duele", él nodró. Uma lo miró durante mucho tiempo. "Ya sé lo que es con Lili". Ella tomó su mano y lo miró con ojos llorosos. "Por favor, quédate conmigo esta tarde. Quiero llorar

en tu hombro y cogerte contigo!" Ri la miró mucho más. No era un niño, le hablaba como a un hombre.

Se acostó desnudo con Uma, se dejaba acostar por primera vez, cara a cara como Beg, y lo inyectaba sin darse cuenta, una y otra vez, y ella hablaba todo el tiempo de acostarse con Beg, aunque él la había tomado brutalmente, pero la había hecho tan bien como no había sido un hombre en mucho tiempo.

Tres días después encontró a Beg en la orilla del río, con sangre. Se quitó su lanza y su precioso cuchillo de piedra. Kaa sacó Beg, quiso llevar su ropa de cuero y la piel a la aldea. No había comprendido lo que significaba la muerte. Jugó muy emocionada con la cola del muerto y estaba muy decepcionada de que no se endureciera. Se soltó la cola y murmuró, "ya no vale más", luego ayudó a ella y al otro a arrastrar al muerto a las aguas más profundas y dejarlo en el río.

Se le contó al jefe cómo Ri había salvado a su esposa y matado al extraño. "Qué grande has llegado, hijo", dijo el jefe, "grande y fuerte y un valiente defensor de nuestra aldea y de mi esposa! Y me dicen que estás jodiendo a la pequeña Kaa, está bien. Ambos sabemos que no está bien en la cabeza, pero para practicar es lo suficientemente buena!" El padre se rió con bondad. "El próximo año irás a cazar conmigo!"

Lili dijo que ya no necesitaban hacer esto en secreto, que la Uma sabía. Se daba sexo a Lili y Kaa, la noche a la noche se daba sexo a Uma una y otra vez por detrás, así lo quería. A veces se inyectaba, a veces no porque sabía que le gustaba. Sin embargo, estaba muy orgulloso de que fuera el único que, junto al padre y al abuelo, dejaba que se la hicieran.

Una niña nueva había llegado a la orilla del río y observó a los chicos que se daba sexo a la orillas. Ri preguntó su nombre y de dónde venía. Ella se llamaba Aja y venía de la otra aldea del sur. Ella tenía 13 años de edad, dijo Aja. Le preguntó si no quería participar en el sexo, pero Aja sacudió la cabeza decididamente. "La mamá dijo que sólo podía hacer sexo cuando tuviera el pelo allí abajo, y luego podía hacer sexo con papá!" Ri dijo que quería ver si ya tenía el pelo.

Aja lo miró mucho, luego se fue detrás de los arbustos. Levantaba la piel que cubría su interior. Ri no podía encontrar ni un solo pelo, ni siquiera una flor. La muñeca de Aja era lisa como en todas las niñas pequeñas. Entonces quería saber qué quería decir la madre de acostarse con el padre. Aja miró a su alrededor para ver si alguien escuchaba. Tenía dos hermanos pequeños, gemelos que tenían solo 3 años. La madre ya no se acostó tanto con el padre desde que nació, había mostrado a Aja cómo debía fregar al padre con la mano hasta la mano. Aja se sentó en frente y se metió la cola entre sus hojas. Entonces se quedó con la muñeca en la cabeza. ¡Aya le gustaba mucho con la muña de su cabeza! ¡Y la madre le dijo que si se acostó con la muñita de Aja, sí, pero si el padre le gustaba, sí, se acostó a la muñecilla de la muñeza de Aja. ¡Sí, sí, sí, si el padre se acostó, sí, y la mujer le gustaba la muñecas de Aja!

Aja se pegaba a su barbilla como una cría. Ella masturbaba a Ri cada tarde, ella se apuntaba su caña entre sus labios de camarón y le daba un puño, lo que ella podía realmente bien. Le gustaba mucho a la pequeña, se hicieron muy amigos. Con el tiempo le decía que no solo se juega con Kaa, sino también con Lili, su hermana mayor. Sólo podían jugar en secreto, dijo, pero Lili tenía una caña muy estrecha y era realmente buena para jugar, mejor que la caña doofe. Y luego, con largas dudas, le dijo que dormía con la caña Uma y que también la juega, cada noche que se iba a ir. La caña de Aja no era más estrecha que la cacha, pero la mayoría de las mujeres se masturbaba con su padre, pero no se las dejaba a las mujeres, pero a menudo las juegaba solo a las mujeres con su culo, a través de una inyección de una inyectación de su culo, pero a veces la mujer no podía salir de su culo a través de la cualquiera que fuera, pero cuando la madre de Aja no se lo

Aja miró hacia él, su héroe, al que amaba con pasión infantil. Ella se inclinó hacia él y le susurró lo hermoso que sería tener el cabello. Ella lo haría sexo inmediatamente, de todos modos! Ri se acariciaba sus labios y también un poco al gatillo, pero rara vez lo quería hasta el orgasmo.

Desde que se cantó la batalla mortal en los fogones de campo, hombres de cerca y de lejos llegaron a saltar a la hermosa mujer. Ella

ya lo había dicho mil veces que los hombres lo hacían desde tiempos eternos y las mujeres tenían que participar en ello. Lo único que había cambiado era que ahora esperaban hasta que el hombre fuera de casa, y Urg estaba constantemente en la caza. Aún en los tiempos de su abuelo, el abuelo de Uma, no era así, algunos hombres se quedaban con el hombre cuando era necesario y saltaban una tras otra a la mujer indiferente, así era! Una vez más, se dejaban saltar a las mujeres indiferentes y se dejaban pasar por hombres indiferentes, el hombre se saltaba a la caña de su caña y creía que Urg se dejaba cazar y se dejaba ver en el caño de su abuela. Una vez más que se encontraba en la caña, el abuela de Uma, dijo que no había quedado en la cavidad, pero que cuando la mujer se había quedado con su bebé, ella se había quedada con la boca abierta y que la mujer no

Había salido con Uma para que se hiciera así que pudiera ver cada detalle del puto. Ella se acercó con la espalda al hombre, le golpeó la caña de roca y se inclinó hacia adelante, para que pudiera levantarse con las manos sobre el suelo y extender sus traseros hacia el hombre. El hombre podía apoyarse en sus traseros después de haberla saltado. Él subió a la hermosa mujer y golpeó su caña desde atrás en su agujero. Uma se acercó cada vez más a la espalda porque su gran caña golpeó su agujer de repente. Luego la golpeó durante unos minutos y la dejaron pasar entre sus piernas y la tiró a la espina en el momento en que inyectó. Por supuesto, la cara de la mujer comenzó a golpear su caña y lo que hizo fue ir a casa, pero lo que hizo que la caña se acercó al suelo mientras inyectó, lo que hizo es que la primera vez que le hizo la inyección, lo hizo que la cara de las manos se acercara a la espinas.

El destello del fuego aclaró la escena cuando el padre Urg se acostó con su Uma. Urg se sonrió amablemente porque Ri estaba frente a ellos y observaba todo. Urg siempre se metió lentamente y con consideración en el agujero de Uma, no quería herirla. Ri observaba cómo la coda grande penetraba en el aguja estrecha de Uma y la amplía. Urg cochaba a Uma durante mucho tiempo y la masturbabababa hasta que llegó al orgasmo. Ahora Urg aumentaba su ritmo y la inyectaba durante mucho tiempo.

Algo muy especial fue la fiesta de primavera. La gente de las aldeas y asentamientos circundantes se reunió en la plaza del pueblo, los ancianos invocaban a la buena diosa y se cantaba y bailaba en círculo. Los jefes de las aldeias se acostaron con sus mujeres ante los ojos del pueblo atrevedor, luego todos se metían en la mierda. Todos podían acostarse con cualquiera, por supuesto, la mayoría de las mujeres se acostaron a otras mujeres que las propias. Para muchas mujeres de los asentamientos remotos, la única manera de acostarse con hombres que no sean sus maridos, sus padres o sus hermanos era apuesta. Por lo tanto, eran como el diablo detrás, con tantos hombres diferentes como sea posible. Esto hizo que las largas caminatas fueran a la fiesta. El sentido de la fiesta de la primavera, que por supuesto, era la mayor parte de las mujeres, era la única forma de acostarse a otros hombres que no eran sus maridos o sus padres o hermanos. Por lo que eran como el Diablo detrás, con muchos hombres diferentes. Esto hizo la fiesta.

Ri y Aja siempre se escondían detrás de los arbustos, se desnudaban y se acurrucaban y se golpeaban estrechamente, Ri ya le había enseñado el beso de la lengua. Aja lo masturbaba cada tarde, sus cuerpos se habían acostumbrado al estrecho contacto cutáneo de su cuerpo desnudo. Ambos seguían a Aja como los pechos de Aja comenzaron a brotar. En su camilla comenzó a brotar un suave flume de pelo negro. Aja le preguntaba cada día si ya debían hacerse la peloña. Hablaba con Ri sobre la primera cocina, pues tenía que perforar su cola a través de la piel de la joven y esto supuestamente era doloroso.

Ri determinó el día en que desinfeccionaría a Aja. Estaba muy emocionada, le prometió no hacerle daño, por lo menos hasta donde pudo. Ella introdujo su coda en su corte de vagina, la dejó ir y cerró los ojos. Él entró con mucho cuidado y Aja gritó muy silenciosamente cuando rompió su piel de virgen. Ri se metió muy profundamente en su vagina y esperó. “¿Ha dolido mucho?” preguntó con preocupación, pero ella sacudió la cabeza, “no duele más en absoluto!”

Se acostó con Aja durante mucho tiempo en un abrazo íntimo, la amaba mucho. Ella no tuvo orgasmo, pero eso estaba bien. Masturbababa a su cotillo después de la cocina, porque ella había perdido

poco a poco el miedo a su fuerte orgasmo. Dejó de cocinar con Kaa, en su lugar cocinó con Aja toda la tarde. Sólo le había dicho a Uma que se cocinaba con Aja y le dijo que la amara y la abrazara, ella la conocía y la amaba. Umas le importaba. Aja le dijo a sus padres que se cocinaran. La madre se sorprendió al primer momento, pero dijo que ahora podía cocinar a casa. Pero cocinó más alto y cocinó y mamá le ayudó a llevar la pila de su papá y el puño a su pequeña caña. Aja se quedó muy enamorada de la cocinera y ahora, a cada noche, se encontraba muy alejada de Aja y el papá se quedó muy alejado de ella. Aja era muy amiga de la coco, y luego, a cada vez que se acostó con el chico, ahora, a menudo

Cuando la madre de Aya lo vio acostarse con Aja por primera vez, le deseó con un deseo implacable. Ella no tenía ningún deseo de acostarse con papá, ya hace mucho tiempo que ya no. Pero ahora se enamoró de la pila de Ri y le sedujo. Le gustaba mucho su forma de acostarse, a partir de entonces se dejaba acostar por Ri cada vez que papá se acostó con Aja. Ri le gustaba mucho acostarse con la madre de Aja, se acostaron los cuatro años siguientes. Ri y Aja siempre se acostaron tarde en la noche después de acostarse a mamá y papá. Una madre quedó embarazada y tuvo tres hijos. Aja y Richela tocaban, los niños sólo podían ser tocados por hombres porque la madre sólo se tocava con otras mujeres. También a Uma se le inyectaba la polla, como a Uma, hasta que rara vez dejaba que los hombres se tocaraban hasta que la hijas de los hombres se pulverten.

Ri había arrancado una cueva residencial, que los propietarios habían muerto. Era un buen lugar, la mitad había sido excavada en la colina y la otra parte estaba estable de piedras. Dijeron a todos que se quedaran juntos a partir de ahora. Aja se dejaba saltar y coger por los hombres, con la misma humilde devoción que todas las otras mujeres. La hizo inyectar en el suelo porque lo que Uma decía sobre inyectar bebés en las mujeres sonaba razonable. Sólo le dejaba inyectar a papá y Ri. Así fue.

Una nueva gente apareció. Ellos eran pequeños y tenían una piel blanca. Sólo al principio hubo pequeñas confusiones y desacuerdos porque hablaban una lengua diferente. La guarnición exploró el territorio, luego los blancos llegaron en multitudes, en grandes multi-

tudes. eran más que la gente antigua. eran buenos cazadores, trajeron buenos instrumentos y conocimientos. La gente antigua estaba deficiente. Pero no fue por las guerras.

Las mujeres eran las mujeres. En la gente antigua, las parejas a menudo permanecían juntas toda la vida, las mujeres blancas se fijaban en la formación de pareja. Se metían en una confusión salvaje, a menudo había grandes grupos de mujeres, madres y tantes que se ocupaban de los numerosos hijos. Y las mujeres blancos pronto descubrieron que los hombres del pueblo antiguo se metían mejor que los hombres blancos. Con sus grandes colas duraderas, se metían en ratones blancos de las mujeres blanques para realizar múltiples orgasmos, hasta el séptimo cielo. Las mujeres blancas arrancaban a los hombres del viejo pueblo. Las mujeres eran blancas. Las mujeres del pueblo antico tenían mucho menos hijos que antes, los hombres blancas se metían, pero cada vez tenían menos hijos, y todos los blancos eran blancos.

Los hombres del pueblo antiguo se acostaron muy bien. Sus colas eran más grandes, más gruesas y mucho más duraderas que las de los blancos. Muchos se acostaron con dos o tres mujeres blancas al día y daban a luz a niños blancos. Las mujeres blancas apenas podían ser tocado por hombres blancos. Los hombres blancos se rocían en su boca mientras que la mujer blanca era tocada por un hombre del pueblo antiquado. Se convirtió en una enfermedad, muchos hombres blancos habían estado años sin tocar más blancos, sólo podían inyectarse en su boca a su mujer, mientras que las mujeres se dejaban tocar por la gente vieja. Por lo general, tres o cuatro hombres negros rodaban a la cabeza de la mujer, se rodeaban junto a su cara, se masturbaban y rocían en la boca de los hombres blancos, los hombres blanques tenían que inyectar una patata para que se fueran a la mujer vieja, pero en los últimos 20.000 años, la gente viejas y las mujeres blancas no se sentían satisfechas con ella, porque las mujeres viejas no querían ser derrotadas, y todas

Un día, el pueblo antiguo, los neandertales, se extinguió.

● ● ● El trabajo

El sufrimiento de Marie P.

von Jack Faber © 2024

Marie Pauer fue juzgada en Newark por brujería, fue encarcelada 22 meses y interrogada 287 días, y el presidente, el señor von Pfleger, le pidió al secretario que preparara dos protocolos porque en los interrogatorios se mencionaban detalles picantes.

En general, Marie fue descrita como perezosa y obstinada. La mayoría de la gente la consideraba una mujer de sufrimiento, su sentido era sólo el sexo. No se detuvo, se dejaba coger por todos los hombres de la ciudad, por todos los niños y niñas de 8 años y más, que consideraban que coger y inyectar era un juego. Los vecinos sabían que ella misma no podía resistirse ante su padre y se dejaba atrapar y coger profundamente cada noche por la viuda curva.

Marie, una mujer de 16 años, frágil y ligeramente lechera, fue examinada por el médico de la corte el primer día. El presidente y sus asistentes se hicieron grandes ojos cuando el doctor descubrió y examinó su muñeca. Todos miraron el agujero abierto de la bruja joven. Sólo se vio un ligero destello en su muñeco desnudo y infantil, el médico compartió sus labios de carnicería sorprendentemente grandes y carnivoros y los cubrió después de la inspección. “Virgo intacta”, dictó al escritor, Marie era todavía virgen, por lo que esto contradijo las acusaciones. Y no debían permanecer las únicas coincidencias.

Marie se opuso al médico cuando el presidente lo repitió en alemán. “No puede ser”, dijo ella. “Pero mi señor me desinfeccionó hace dos años, cuando tenía solo 14 años”. “Longe silencio, entonces el señor de la enfermera le pidió a Marie que le contara todo. “Trabajamos de enterrar a la madre, y se puso muy inquieto y me ordenó que me acostara en la cama. Se quitó mi camisa de noche y me golpeó todo el cuerpo. Pero en especial, dijo mi padre y me quitó. “No soy una, al menos”, dije yo, “no juego con el órgano tan suave como las tres chicas más desagradables”. ¡Pero él me masturbó hasta que me di cuenta de que mi madre se desangró y me preguntó, pero me agarró y me agarré a una chica, y me llamó a una chica y me dijo: “Siempre

que me tocó el órgano, ¡no me lo había hecho a él, ¡porque no me lo había tocado a él, pero a su vez, como a su padre, ¡no se me lo había vuelto a hacer

En la siguiente entrevista, ella debía contar del diablo. “Un hombre muy grande con dos hoyos de tamaño de pulgada en el frente, como todos los hombres, sólo me visitaba de noche después de que el señor y el maestro me hubieran hecho el colar y meterme en él. Siempre me inyectaba todo y le importaba si me embarazaba”. El presidente quería saber cómo se veía el diablo.

“Cómo debería ser virgen, doctor, si los dos guardias me hacen el coño de la mañana y de la tarde, uno tras otro!” El presidente hizo venir a los dos hombres, pero ellos lo negaron y lo discutieron bajo juramento. Se les creía. Sin embargo, no se podía explicar que Marie había tenido tres nacimientos muertos durante los dos años de prisión más estricta.

Marie fue preguntada por qué los macetas, las ollas y los instrumentos como un martillo volaban por el aire y hacían un ruido infernal. Marie se rió en voz alta. “Este es el acompañante que hace música con él cuando el Obrista me juega!” La corte quedó mudo. Luego se le preguntó a Marie cómo fue con el Forester Waldmann. Marie tuvo que explicar a la corte que el Obrista le enseñó dos hechizos, uno para que la esposa fuera lapidado y otro para forzarla a jugar. El Obrista le ordenó que se pusiera a jugar al Forester y a su esposa, pero ella lo probó 20 días sin éxito, porque se habían entregado fielmente al Señor Jesús y no habían dado a su maestro su Cristo.

Como fue que sucedió, el presidente quería saber. María respondió con una franqueza sorprendente, sonriendo. “Paralisé a la mujer y enloquecí al bosquejo. Él quería saltar a su esposa inmediatamente, pero lo obligé entre mis piernas, porque el bosquejojojojo tiene una bella y gran cola. Me hizo sexo a regañadientes, pero muy bien. Luego le permití que se acostara con su mujer sin querer. Le dejé que me acostara 20 veces, pero no conseguí su alma”. El tribunal interrogó al bosquejojo y a su esposa, que confirmaron todo. La bosquejojoja te vio muy venenosa. “Tu hechicería no sirvió de nada, porque mi marido me ama fielmente!” gritó Marie.

Marie no negó que en los dos años había hecho esto a unos 80 hombres del lugar, que se había dejado caer por todos, pero apenas se había ganado una sola alma, sólo algunos. Incluso el predicador padre Anselm fue una de sus víctimas. Interrogaron al predicador que negó todo bajo juramento. Marie gritó que era mentira, ella podía demostrarlo! Ella afirmó que en la caña del predicador había una pintura semimondral, debajo de la piel. Se obligó al padre a deshacerse. El doctor se tiró la caña y el padre se roció al suelo. El médico retiró la frente y ella miró hacia atrás, y esa fue la vez! ¡El pobre Patnick se volvió loco por ello!

Marie fue empleada como niñera en el granero para la hija de tres años, pero la bruja se acercó al niño, lo que finalmente admitió. El hijo de ocho años, que no entendió todo, tuvo que acostarse con ella. Puso su coda en la rata, la cojo durante un tiempo y la inyectó. No se le interrogó al niño, pero su madre informó que era cierto que lo había visto ella misma.

Pero eso no era todo. La cuestión con Liesl Hofmüller. Liesl tenía la misma edad que Marie, y Marie sólo le disgustaba hablar de ella. eran buenas amigas y les gustaba rodarse desnudas y abrazadas en la cama de Liesl. Marie le enseñó a besar con la lengua, Liesl siempre se excitaba mucho al hacerlo y se masturbaba, porque Marie no se masturbaba a sí misma. Pero ella se dejaba masturbar de Lieslo hasta el orgasmo, que le gustaba mucho. Después de algunas semanas, ella comenzó a coger a Liesl, el presidente preguntó cómo se hizo eso? se rió en voz alta. “Ganz, señor, Liesll siempre tuvo que romper las piernas y las manos con los dedos de los dedos, ¡y luego se masturbó a sí misma, porque Marie misma no se masturbabababa. Pero ella dejó que Liesl se masturbara hasta el orgasmos, que le gustó mucho. Después, comenzó a escribir, Liesel se acostó a cagar. El presidente preguntó, ¿cómo es eso?

Marie fue interrogada cada dos o tres días, cada vez más detalles se descubrían. Muchos eran mentiras obvias, pero algunas resultaron ser ciertas. Así fue interrogado su padre, negó todo, su hija tenía una intensa imaginación. Pero fue interrogado cada vez más severamente y, bajo juramento, finalmente admitió haberse acostado con su hija durante años. Sí, todavía era virgen, admitió que primero tenía que

desmentalizarla, pero luego la dejó acostarse con gusto y voluntariamente. Al mismo tiempo, se mantuvo.

Después de 22 meses de prisión, la sentencia fue unánime, y Marie fue condenada a muerte, decapitada al amanecer y quemada.

Marie Prauner no fue la única bruja condenada en Newmarket.

● ● ● El trabajo

La venganza de Liz

von Jack Faber © 2024

Liz lavó el pito de Ben como lo hacía cualquier otro que quisiera que la hiciera. Ella se puso el negro y se acostó. Ben, que era un hombre grande y de aspecto torpe, se puso de brazos y se dirigió hacia ella.

Ella estaba acostada bajo el techo, masturbándose como su hermano Bob en la otra cama de niños. Ella había estado masturbándose desde hace mucho tiempo, pero no había sido un tema entre ella y Bob. Debe de haber tenido 13 años y Bob era un año más joven. Ambos sabían que el otro masturbaba, pero ambos lo hacían bajo el tecto, respirando con dificultad y con cocción, pero nunca habían dejado que los demás lo vieran.

Ella oyó los pesados pasos de su padre, Thomas Crumble, en la escalera. Subió por primera vez, entró silenciosamente en la habitación de los niños. Se sentó junto a Liz en la cama y sacó su techo. Vio su dedo descansando sobre el tizzales hinchados. Miró a su hija desnuda de arriba abajo, nunca había visto a ella tan desnuda. El padre era su gran amor en ese momento, ella se enamoró de él y imaginaba masturbarse con él y también con otros chicos.

El padre le daba los dedos sobre su cuerpo, le cargaba las entrañas y la pelvis. Liz se sentía cómoda, nunca había tocado sexualmente a ella. Tocó su dedo. “Sigue, mi amor, quiero verlo, quiero mirarte”, dijo en voz baja. Bob sólo levantó la cabeza, quería verlo también, pero en secreto. “¿De verdad voy a seguir, papá?” preguntó Liz con inseguridad, “¿de verdad quieres verlo?” Él se quedó, “Sí!” Liz pudo oler el whisky, seguro que vino del salón donde jugaba todas las noches, ese era su único trabajo y ese era su ingreso. La madre estaba toda la noche en la cama y salpitaba sangre de la familia, ella tenía el humo en el pulmón.

Liz todavía dudaba. Apenas movía el dedo en su coqueteador, pero luego vio la mirada avariciosa de su padre. Ahora estaba convencida

de que quería ver a su masturbación. Ella comenzó a verlo, él miraba sin parentesco a sus dedos y a su coquetteador. Ella masturbababa con los ojos cerrados, pero ahora lo observaba a su papá más querido. Sus traseros de traseros temblaban por un tiempo, luego la hormona se rompió. Ella se curvó y se volvió como siempre, y luego terminó.

El padre se levantó, cubrió a su hija y la besó en el estribillo. “Bueno día, mi amor!” dijo y se fue. Vino hasta el verano siguiente dos o tres veces a la semana a verla masturbarse. Liz tenía 14 años, sus senos empezaron a brotar, sus labios de la cara estaban cada vez más hinchados y cubriendo el picor. Ella comenzó a interesarse en los chicos de la escuela y a ver a algunos a la masajear e inyectar. Pero no tocó la pila, su amor era ahora su papá, que le gustaba verla masturbarse tanto.

Su padre se acostó a su lado, olía mucho whisky. Hoy había ganado mucho y estaba de buen humor. “¡Me gustaría mucho acostarme contigo, mi amor!” gritó. Liz estaba sorprendida y no asustada. “Ok”, dijo después de un rato. Él repitió, “me refiero a eso. Tengo mucho deseo de acostarte, pequeña!” Liz abrazó a su padre con cariño. “Sí, papá, dije ok. Ven conmigo!” Liz no pensó ni un momento en la madre.

Se metió en sus pantalones y sacó su dura pila. “Ven, acuéstate en la espalda, espínate las piernas y lleva mi pila dentro”, se echó. Ella se aferró a su pila, que parecía ser enorme para ella. Pero la empujó en su corte de cerveza hasta que se emborrachó en la piel de la virgen y la dejó soltar, abrazó a su padre. “Te amo mucho, papá!” susurró. Se empujó por su cabeza con una espalda, sentía pequeñas picaduras. El padre despierto no la hizo mucho tiempo y se la tiró con un grano satisfecho en ella. Ella no pensaba en la embarazo, no tenía período. Liz se abrazó y siempre se besó a la cabeza, y dijo: “¡Es una noche de amor, y él me besó!”

Bob le susurró. “Te ha cogido! ¿te ha cogido realmente?” Quería saberlo. “Sí”, respondió Liz susurrando, “me ha desmembrado y me ha cogido!” Bob le preguntó después de un rato, “¿Qué significa desmembrar?” Liz le explicó, lo escuchó con la boca abierta. “¿Puedo

verlo?" preguntó y Liz se inclinó con los brazos. Bob tomó la vela en la mano y se esparció sus labios de camarón. "De hecho, solo se ve un gran agujero, va muy profundo!" Liz murmuró que el coda de papá era muy grande y el agujero había perforado. Se quedaron dormidas.

Cuando el padre no estaba demasiado borracho, venía a cocinar con Liz, casi todos los días. Liz a veces se enamoraba de un chico y se dejaba cocinar por él, lo que le daba bien a su alma. Pero nadie tenía una pila tan grande como papá. Liz tenía 17 años cuando murió su madre y ahora dirigía la casa sola. Bob sólo pedía un poco después de la virgen, luego ella lo dejaba cociñar, casi todos las tardes. Bob era un talento natural en lo que respecta a cocinarse.

Liz descubrió que en su clase había sólo dos chicas que bailaban con su padre. A una de ellas no le gustaba hablar de ello. El padre había aprovechado la ausencia de su madre y la había violado, desinfectado y cogido contra su voluntad. Cada pocas semanas, aprovechaba la oportunidad y la bailaba en secreto. Aunque no tenía comparación, ella creía que era un puto muy malo. Él la echó una bocina y la baillaba por un corto tiempo, luego la inyectaba orgullosamente como un pavo real.

La segunda era mucho más conversacional, había seducido a su padre y no lo había hecho al revés. La madre se fue a su habitación desnuda desde el principio, se precipitó hacia ella con un horror de guerra. Le encantaba besar a sus padres, le encantaba especialmente rodar su cuerpo desnudo a su padre. La madre siempre la insultó cuando se abrazaba estrechamente a su padre, y se masturbaba riendo. Apenas se acercó cuando se estaba acostando. La madre trató de golpearla desnuda, pero ella se lanzó la lengua y se lanzó hasta que tenían las espaldas. Ella se acostó más tarde, se extendió las piernas y gritó: "¡Muy bien, papá, ¡por supuesto, nunca me masturbó!" ¡Pero, por fin, se acostó a herir y se masturbó! ¡No se había sentido, y a veces, se había quedado sin hacer nada, porque ella se había quedada muy mal, porque ella había estado acostada, pero, en realidad, cuando el papá se había quedando, se había hecho una vez más, porque el papá había estado haciendo una vez más que el papá

Dodge City era realmente una mina de oro. Papá ganaba mucho dinero en las mesas de juego, se vestía como un occidental, llevaba una bella gorra de vaquero y una pistola plateada a la mitad. También compró una pistola a Bob. Bob entrenaba cada día en la ropa de la pistola, se la dejaba mostrar por un viejo paseador de pradería. Ponía botellas vacías en una fila, tiraba y disparaba diligentemente. Vivían en un hotel fino y Liz entró en conversaciones con las mujeres animadas. Después de algunas semanas trabajaba en el salón frente a ella como mujer de color plateado y se dedicaba a su propio dinero que llevaba en el banco. Bob se acurbaba detrás de ella, se enamoró de los viejos, se enamoraba de los gatos, los cercanos y los pechos, y la gente de la casa se acostumbraba a tirar y disparar. Cuando el día pasaba, cuando el día pasa, ella se acostumbraba a tocar a Bob, y el día pasa a día, cuando el hombre de la casa le gustaba, ella se daba una cosa más que la

Se quedaron tres años en Dodge City, Liz tenía 22 años. Ahora se fueron, Tombstone prometió más dinero. Pero Tombstone era una ciudad salvaje, el sheriff Mike Rogers, por desgracia, mantuvo un cierto orden, pero la ciudad estaba llena de tipos salvajes que apenas se podían poner en orden. Se adquirieron una habitación de hotel grande y cómoda y papá aceptó que Bob se acostara con Liz. Él también podía acostarse con Liz cuando quisiera. Pero cuando sus muelas se paralyzaron, Bob tenía 21 años y en el pleno b de su sexualidad, el chico se acostó al menos tres veces delante de su padre. A veces, su padre sepultó su rostro en la almohada, porque más se avergonzaba de sí mismo, Bob siempre se acostó la cola de Liz frente a sus propios ojos.

Las mujeres animadas no existían en Tombstone, sólo prostitutas, que Liz pronto descubrió. Madame Gaultier, que pertenecía a la casa en la que estaba el salón “Golden Nugget”, pertenecía al puff que estaba por encima del salón. Las niñas se arrastraban por el salón, se invitaban a tomar bebidas y se contactaban allí. Pagaban una fijación a cada libre a Madame, cuya camarera mantenía limpias las habitaciones. Madame también se encargaba de la seguridad, siempre había un guardia armado en el pasillo. Pero él no tenía mucho que hacer, tal vez una o otra vez al exorcista, si no quería pagar o la chica lo dejaba echar porque estaba borracho.

Liz se hizo con la señora de la prostitución. Quería hacer “su propio dinero”, porque su madre era un ejemplo de disuasión para una mujer que no tenía su propio dinero. Papá no dijo nada, parecía que no le interesara que Liz trabajara como puta. Bob se ofendió bastante, pero con el tiempo entendió sus argumentos. Trabajaba en la tienda de hierro, donde cuidaba las pistolas y los rifles y los vendía. Una vez le dijo a Liz que quisiera ser forjador de armas o cajero, pero no había ninguno en Tombstone.

Dos años todo iba bien en esta salvaje ciudad, los tres trabajaban y ganaban dinero porque Tombstone no era una ciudad barata, Liz tenía 24 años y ya había hecho sexo con cientos de hombres, ciudadanos pobres, extraños, vaqueros y granjeros.

Liz había aprendido a prostituirse de las otras chicas, no era difícil. Aponer a un tipo en el salón, tomar unas copas y sacarlo. El dinero, por supuesto, se dejaba en la guardia, por todos los casos. Se debía lavar la cola antes de la puta, una importante medida de higiene. Al cocinar se debía simular emoción y pasión, que probablemente es la más difícil. La mayoría de la gente se había cocinado lo suficiente en una sola parte, si alguien quería una segunda ronda, entonces también estaba bien. Liz no tardó mucho en aprender a cocinar. Ella misma se sorprendió de cómo podía distinguir el puro negocio de cocinar en la casa de putas o cocinar amorosamente con Bob del padre.

Se había enamorado de Harry, uno de los guardias de Madame. Era un hombre de fondo bajo su piel y sólo por fuera un heroe de la pistola temido. Era un tipo de alto tamaño, de hombros anchos con puños fuertes y una pistola rápida. No mató a nadie cuando se podía evitar, un disparo llegaba siempre a la pierna. Liz y él se habían acercado poco a poco, sólo después de meses de buena amistad. Liz no pensaba en casarse, pero Harry era un buen oyente, un interlocutor interesante y podía ser muy romántico cuando estaba con ella. Se acostumbraba a cocinar, suave y honesto. Se acercó a las cosas como eran. Cuando ella se merecía dinero, no se acostumbraba al trabajo de la revolución, pero no tenía que preocuparse por lo que era un hombre interior, y no tenía que hacer nada, si era un hombre de trabajo duro, y que era un cocinero.

En su tiempo libre, él entrenó con Bob y le enseñó a disparar bien, porque antes era un mariscal y cazaba a la gente. Bob aprendió más que disparar con él, aprendió las leyes y algunas cosas que eran importantes para la caza de personas. Tal vez algún día Bob se convertiría en un mariscales, el gobernador pagó bastante bien.

El padre Thomas se sentó a las mesas de juego cada minuto, siempre era un hábil estafador, pero ahora que se había vuelto viejo, sus dedos ya no eran tan fuertes como antes. Cada vez más tenía que romper un truco y eso era malo para el negocio. Y así la desgracia en los pies silenciosos llegó a la familia. Fue un temido bandido y pistolero, Big Ben, quien atrapó al pobre padre Thomas Crumble mientras estafaba.

Thomas sólo había disparado su pistola un par de veces para practicar y cometió los mismos errores que todos los que estaban frente a Big Ben. Miró a la mitad de las pequeñas armas de Big Ben, no a la pistola tirada que Ben llevaba en la otra cintura. Thomas tiró su pistola, Big Ben dejó que su pistola estuviera en paz. Su pistola, poco más grande que una pistola, estaba fijada con un arnés en la cintura. Big Ben no tiró la pistola, la presionó en posición horizontal y disparó inmediatamente. Las balas rompieron el pecho de Thomas, cayó muerto al suelo.

Big Ben se inclinó hacia el muerto Thomas y sacó su paquete de dinero. Cuentaba 200 dólares, “¡Esto es mi parte por la que me engañó!” dijo tranquilo al sheriff y arrojó el resto del dinero en el cadáver de Thomas. “He pedido comida y voy después”, dijo Big Ben y se sentó.

Liz estaba acostada junto a Harry después de la mierda y estaban hablando de su futuro cuando Harry oyó el disparo del cañón. Se sentó. “Nadie será tan estúpido y disparará con el cañón en el salón!” gritó en voz baja, luego puso la cabeza sobre la almohada. Se escuchó el profundo mordisco del sheriff, que fue tranquilizador.

Un pequeño Bub entró a la tienda de hierro y le cogió la manga. “Big Ben acabó de disparar a tu padre con el cañón en el salón”, gritó

el pequeño, y Bob se desmayó. Él agarró al niño en la chaqueta. “No, es verdad!” gritó ese niño y Bob lo dejó ir.

Ben estaba sentado a la mesa y comiendo tranquilo. Bob vio el cuerpo de su padre en un ángulo, atado a su garganta. Era definitivamente el padre que estaba allí, con el pecho deshecho y el sangre. Bob inmediatamente sacó su pistola y disparó a Big Ben. Había olvidado todo lo que Harry le había enseñado. Mantener la calma, apuntar cuidadosamente y disparar profundamente, porque un hombre con un tiro en la barriga o un tiro en el pie había terminado.

Bob había sostenido demasiado y empujado demasiado rápido. Su bala se aplastó varias pulgadas sobre la cabeza de Ben en la pared. Él se mantuvo más profundo y disparó de nuevo. La bala se arrastró con las orejas de Ben y también golpeó la pared, Ben era un entrenado pistolero, se puso inmediatamente en las piernas y arrancó la pequeña pistola de la mitad. Su primer disparo le golpeó a Bob en la frente, el segundo en su pecho. Bob ya estaba muerto antes de que se despegara hacia atrás en el suelo.

El sheriff Mike Rogers se apresuró con el rifle en el salón de atracciones. Big Ben inmediatamente dejó caer su pistola, con el que el sheriff no quiso meterse. “No conozco al hombre, entró enredado y me disparó sin palabras, dos veces. Sólo me agarró la oreja, y luego disparé, sheriff!” Rogers se inclinó sobre el cuerpo de Bob. “El hijo del hombre que le disparaste antes, Ben! ¡He oído cuatro disparos, ¿alguien tiene algo que decir!” La gente no se movió, Ben mantuvo su mano, se tiró al suelo. El sheriff se acercó a sí mismo, y confirmó todas las palabras de Ben Ben. ¡Así que se abrió una gran agresión, Ben Ben!

Harry se había levantado y se había vestido cuando oyó a los gritos del sheriff. Se puso a la mitad de la cintura y revisó su pistola. “Quédate aquí, voy a ver!” dijo a Liz y se fue. En el salón había mucha agitación, todos gritaban. Sólo después de un tiempo tenía los hechos. Miró a los ojos vacíos de Bob. Una mano helada se estrechó alrededor de su garganta. Thomas no podía, pero Bob estaba muy seguro, había sido algo así como un alumno de él y era el hermano menor de Liz.

Liz gritaba por el salón. Sólo llevaba una camisa y gritaba de fuerza. Estaba en las escaleras, se había quedado en pie, reconoció a ambas inmediatamente. Sus piernas no podían servir, se colaron en la escalera. Con cuatro grandes frases Harry estaba con ella, tomó su rostro en su pecho y ocultó la mirada de los cuerpos. Liz gritaba en un ollo, ahora sus lágrimas se desbordaban sobre sus mejillas. Harry la consolaba tan bien como podía. “¿Dónde está Big Ben!?”, gritaba Harry hacia abajo en el salón de recreo.

Entonces Big Ben pasó junto a ella. Ella podía ver con gran precisión que su oído estaba sangrando. Harry estaba a su lado segundos después. “Tir! Tir!” gritó Liz y la nube de polvo corrió detrás de ella. Harry la agarró y la sostuvo con los dos brazos. “Ya está demasiado lejos y además no le disparo a nadie en la espalda! a nadie!” gritò en la oreja de Liz. Le tomó un tiempo calmarse. Volvieron al salón.

Liz cubría el rostro de Bob y Thomas con sus chalecos. Sus ojos muertos ya no podían mirarlas. Harry interrogó al barman y a otros que parecían medio sobrios, quería escuchar cada detalle. El segundo barman había corrido al limpiador cuando Ben le había disparado a Thomas, ahora los dos llegaron al salón con un carro de caballos y un cofre medio listo. Thomas fue puesto en el cofre, Bob junto a él en el cofrín. Harry había vaciado sus bolsos y todo envuelto en su cuello, finalmente tomó su arma y luego dejó ir al limpiatore.

Liz estaba totalmente nerviosa y no podía tomar ninguna decisión. Harry era su apoyo. Le hizo lavar el rostro, no encontró vestidos negros en su caja, solo un vestido marrón oscuro y grosero, y se disfrazó. Le trajo un té caliente a la habitación y luego se sentó callado junto a ella durante una hora. Luego, la mujer levantó la vista y le preguntó qué había sucedido en realidad, por qué había suceddo todo. Harry buscó palabras. “Tu padre engañó al juego y Ben lo había atrapado.

“Bob debe haber sabido que entró corriendo y sólo echó una mirada al padre muerto. inmediatamente disparó a Big Ben dos veces sin previo aviso, pero sólo lo atrapó en la oreja. ¿Cómo no alcanzar un objetivo tan grande como el masivo Ben a seis pasos? De todos mo-

dos, Ben disparó inmediatamente hacia atrás, y fue eso. El sheriff expulsó a BigBen de la ciudad inmediatamente, como viste".

Liz estuvo en silencio durante mucho tiempo. "¿Qué podemos hacer?" preguntó después de un rato, "¿Podemos perseguirlo para matarlo?" Harry sacudió la cabeza. "Liz, te entiendo muy bien, me siento contigo. Pero nos convertiríamos en criminales si lo perseguimos y matamos. Antes de la ley Ben disparó claramente en defensa de seguridad en ambas ocasiones. Y tuvo una gran suerte porque de lo contrario, yo estaría en la silla y lo traería vivo o muerto. Ben es un buen hombre conocido y sabe muy bien cuándo disparar en emergencia. Que no solo puede herir a la gente como siempre lo hice, sino que disparar es una porca, pero la ley lo ha hecho". Harry se quedó en silencio y Liz "tomé dos veces la mano y lo mataré de nuevo en el año siguiente. Liz, su palabra, "El whisky, el aire de emergencia, viene de nuevo y me lo matará".

Liz hizo un guiño. Unos días después compró en la ferrería una pistola de Derringer de dos tipos, el dueño le regaló una caja de cartuchos. No le preguntó si ella dijo nada. Luego se fue con Harry a la pradera donde él y Bob habían hecho ejercicios de disparo. No le pidió nada. "El primer disparo viene enseguida, para el segundo tienes que apretar el calado". Entrenaron en silencio durante media hora, luego Harry se contenta, Liz dominó las manos. En el camino, Liz murmuró, "Tal vez lo lleve antes de correr!" No más, pero Harry hizo un guiñón. "De verdad, tienes que acercarte a él con el dedo". ¡No te puedes atrever a decir nada en serio, Liz!

Padre e hijo fueron enterrados juntos. Liz había hecho que se grabara una hermosa tabla de madera en la que se escribían ambos nombres y la fecha en que habían sido asesinados. Se retiró de la burdelera unas semanas y pasó la mayor parte del tiempo con Harry. Estaba feliz de que él se callara como ellos mismos y ella pudiera seguir su pensamiento. Una mañana se despertó, besó a Harry en el frente y dijo: "Mi tiempo de duelo ha terminado, esta noche voy a trabajar en el salón!" ¡Ahora mismo, Liz era una prostituta popular y alegre! Los hombres le gustaban chuparla y dejar que se expresara la pasión, la pasión y el amor verdaderos solo Harry podía tener.

Se había comprometido con Harry. Cuando esto hubiera terminado, pero a más tardar en un año, dejaría de prostituirse y se mudaría con él. Quería ser su esposa y formar una familia con él, dondequiera que fuera. Harry la abrazó y dijo que era un buen plan. Pero iba a tomar medio año antes de que Big Ben volviera a Tombstone. Whisky y mujeres, como Harry había dicho. Liz se mantuvo un día lejos del salón, dejó que el asesino comiera, bebiera y se acostara. Ella había esperado lo suficiente, esperó su oportunidad. Harry había dicho que quería esperar hasta que Big Ben se sentía seguro, y luego lo provocaría. Liz se quedó a un lado, y tenía su propio plan.

Se susurró a la otra chica que Big Ben era suyo esta noche. Las chicas sonreían, el tipo tenía una pila grande y se daba tres o cuatro veces seguidas. “¡Mañana a la mañana te sentirás como una mujer de mierda, Liz!” se regañaron y Liz se forzó a acompañar. Luego se puso su vestido más audaz y se acercó a Ben. Él no la conocía, él no sabía nada.

Lavaron la pila de Ben con cuidado, se quitaron su colchón y se acostaron en la cama. Cuando se desnudó y puso su arma de fuego agarrada a la tierra, sabía que no podía cometer un solo error. Se sorprendió de lo grande que era su pila, conocía a otros hombres grandes, pero por lo general tenían pequeñas colas. Ben era un hombre grande, masivo con una pila muy grande, y se daba muy bien. Ella jugó bien su juego y se dejaba pasar un total de 4 veces, pero se evitó, pero se dio un orgasmo, no se dio a perder, necesitaba toda su pila. “No, Ben no fue bueno! ¡Ben no se puso bien a la inyección!” “¿Y si bien, Ben no pudo hacerse una buena inyección de sangre a través de la primera vez, ¡y luego, ¡no, no se pudo hacer mucho mejor que Liz, y luego, ¡cuatro veces, no se sentía bien a través de ella, y luego se sentía mejor que el hombre, ¡y no se sentí a la fuerza de la cara, y luego escuchó a la fuerza, ¡no!

Con mucho cuidado sacó al Derringer de la caja. Ben se muere y duerme en paz. La pasa a calor, porque nunca le había preguntado a Harry dónde debía disparar exactamente. Resolutamente le disparó a Ben en la frente y en seguida volvió a aplastar el gavión. Lo arrancó, su mano se apoderó de la pistola y la vio disparándose de forma extraña. No estaba muerto, su dedo se curvaría y la carga de la escopeta

se estrelló detrás de Liz en la puerta. Ella sostuvo al Derringer delante de su cara y presionó decididamente. La bala se metió en su ojo izquierdo. Él lanzó un grito terrible y se hundió en la almohada. Él estaba muerto.

Liz adoraba sentarse desnuda como ella. No podía creer que fuera un pensamiento claro, su cabeza estaba vacía. Minutos después Harry y el alguacil Rogers se lanzaron por la puerta. Rogers desgarró los ojos incrédulos. Miró el enorme agujero que había hecho la cargadura en la puerta y el relleno de la puerta. Luego vio a la desnuda Liz, la que Derringer llevaba en la mano. Se puso a la cama y se aseguró de que era Big Ben. Dejó el rifle a un lado. Harry arrojó una manta sobre la desnudez de Liz y le quitó la pistola de la mano. La abrazó llorando y arrastó la cabeza tranquila. El alguacil Mike Rogers escuchó a Liz escuchar a Harry preguntando.

Ben estaba borracho y estaba asustado por el mal. inmediatamente después de haber agarrado la gran pistola, ella trató de arrancarle la mano. Él la disparó, pero no logró. Ella había arrancado al Derringer de la caja y él la volvió a golpear. Pero sólo hizo clic y luego le disparó dos veces en la cara. Ella se quedó sentada porque “el Derringer fue disparado y cuando se despierta, me dispara de nuevo”. Harry la tranquilizó, diciendo que Ben estaba muerto y no podía hacerle nada más.

El sheriff miró de uno a otro. ¡Qué espectáculo! Todo lo que veía indicaba que su historia era cierta. Él mismo se había sentado con Harry en el salón para asegurarse de que el buen chico no hiciera ninguna tontería, que no tuviera nada que ver con eso. Le pidió a Harry que cuidara del resto, que trajera el limpiador, etc. ¿venían a su oficina mañana por las formalidades? Harry, que tenía a Liz en sus brazos, se quedó con la garra. Dos hombres del salón ayudaron a levantar el pesado cadáver sobre las prendas del limpiador. Tomó a Liz’ster y la llevó a otra habitación. Ella fluyó bajo él, corriendo silenciosamente y le contó que Liz había terminado.

Se sentaron en la oficina del alguacil frente a Mike Rogers. Él leyó su informe del diario. Los tres se la etiquetan, así fue. El alguacil le pidió a Harry que firmar como testigo, lo que Harry también hizo y él

añadió por detrás de su nombre “ex mariscal del gobernador de Nuevo México”, para que todo fuera correcto. Entonces Rogers abrió el libro y sacó un paquete de billetes de dinero de la caja fuerte. “7.200 dólares, es el premio por el buen viejo Ben, es tuyo”, dijo a Liz, que firmó el recibo.

El sheriff dejó la factura cuidadosamente y sacó 3 vasos y una botella de whisky. “Así que, esa fue la parte oficial”, dijo Rogers, “ahora bebiéramos y somos muy inofensivos”. Él dio un regalo y ellos bebieron. “En los lápices de Ben Cartwright, que huele en el infierno!” dijo Rogers y se retiró. “No soy muy tonto, Liz”, continuó, “se da cuenta de que lo has sorprendido y vengado! Pero debo estar en lo cierto, Ben era un asesino muy simple y una plaga de este mundo. ¡Sólo obtiene lo que hace mucho tiempo era desalentado. Pero Harry ya estaba en la calabaza, porque pensé que acabaría con todo. ¡No tienes que ser una mujer tan tonta que no tiene que vengarse de esa mujer! ¡No hay que ser una madre tan monstruosa como Ken!

Liz quería decir algo, pero Harry le dio la palabra. “Sólo déjame, cariño! Hemos oído el informe oficial y su opinión no oficial. Es su derecho a creer lo que quiera”. Liz se quedó quieta y cuando se fueron, apretó la mano del alguacil. “Gracias, Mike!” y luego se fueron.

Permanecieron en Tombstone más de medio año. Continuó trabajando alegremente en la burdel, Harry había montado al gobernador y regresado con buenas noticias. El gobernador le exigía que se vacante un puesto de sheriff. Así que tuvieron que esperar un año más medio hasta que el gobernador le ofreciera el puesto de sherif en la pequeña ciudad de Tucson. Pero lo sorprendido que fue Harry cuando tres extraños llegaron a Tombstone. Un día le saludó y le saludó con cariño, que se conocían antes. Era el mariscal Wyatt Earp y dos de sus hermanos. Los dos viejos amigos se sentaron en el salón de estar en la noche intercambiando recuerdos. Muchos de ellos vinieron a su tiempo para saber que Wyson no estaba lejos. Pero Harry se sorprendió cuando tres extrañas llegaron a Tomstone. ¡Un día le saludaron y le saludaron con cariño que se conocen antes. ¡Era el marismal Wyatt Earps y dos de los hermanos de él. Como dos viejos compañeros se sentaron al salón de noche y intercambiaron recuerdos.

Un mes después, se fueron a Tucson.

● ● ● El trabajo

La negra Nora

von Jack Faber © 2024

Leo conoció a Nora cuando dio algunas charlas en la universidad. Su posición como director le permitió dividir su tiempo por sí mismo. Nora era la primera negra que conoció. Ella era nigeriana, pero había vivido aquí desde su nacimiento y ahora estudiaba en la universidade. Estaba fascinado por la belleza negra y la hizo la corte. Pasaron meses hasta que llegaron a una habitación de hotel por primera vez.

La miró con asombro, su piel era negra de pecho, las muelas como su boca o su boca de mosquito pero eran rosa brillante. Ya no era virgen y le tomó mucho tiempo contarlo, pero había dado sólo una. Pero ahora se acostaron maravillosamente, era muy experimentada y lo ponía en movimiento. Leo tenía 29 años y también tenía mucha experiencia en la cocina, pero ella era la primera que lo cobaba de la tarde a la mañana, una y otra vez. Estaban muy enamorados.

Se casaron seis meses después, sin sus familias y en silencio. Y él juró su fidelidad hasta que no le diera un culo gordo. Nora era muy delgada, con pechos grandes y llenos y un trasero muy pequeño, así que se rió: “No hay peligro, mi amor!” Ella dejó de estudiar cuando quedó embarazada.

Lo inesperado ocurrió durante el periodo de lactancia. El trasero de Nora creció lentamente pero constantemente. Leo murmuró, lo que significó el fin de la fidelidad matrimonial. Nora lloró desesperada, pero la abrazó y la tranquilizó. Estaba muy ocupado con acostarse con ella noche tras noche, no necesitaba otra. Nora volvió a sonreír porque le amaba mucho y le encantaba acostarse con él. Él también la amaba mucho, eso era cierto.

Ella estaba satisfecha en su pecho y le contaba de su primer amante, Leo había preguntado muchas veces. Era su padre. “Okay”, dijo Leo, “también debo decirte algo, pero sigue adelante”. Su madre, su esposa, se había retirado a Nigeria con su último amante cuando No-

ra tenía 13 años. El padre sufría mucho y ella se arrastraba a él en la cama grande y vacía para consolarlo. Ella lo abrazaba una y otra vez cuando él había dejado de llorar. Como ambos estaban desnudos en la cama, a menudo notaba que su cola se endurecía. Le preguntaba a menudo si debía hacerlo con su cola durante mucho tiempo, pero él no quería saber nada de ello.

Ella le dijo: “No te lo haces a ti misma”. Nora sonrió: “Toda noche, papá, cuando ya duermes. Lo hago desde hace muchos años desde que vi a mamá”. Se entristeció de nuevo, no sabía hasta ahora que la mamá lo hacía. Nora dijo que cree que la mamá la hacía todos los días, pero no lo sabía definitivamente.

Papá quería verlo y lo hizo frente a sus ojos. Él era muy adorativo, con lágrimas en los ojos. “El orgasmo se ve terrible, pero antes de eso tu rostro brillaba como de un ángel”. Él la abrazó con fuerza. “Gracias por mostrarmelo”.

Ella cumplió 14 años y papá le preguntó cuál era su mayor deseo. “Quiero cogerte como una mujer real”, dijo con reticencia. Se cogió. “Pero sí, soy tu papá!” Nora cogió, “Justo por eso! Tú eres mi héroe, el héroe de mis fantasías sexuales!” Se quedó en silencio. “¿De verdad quieres?” le preguntó y se cogió”. “¡Qué mujer de verdad!” afirmó. “Aún en esa noche la desminoró y la cogió bastante tiempo. “Puedes inyectarla sin preocupación, tí”, susuró Nora mientras cogió a Leo, “no tengo ningún período y no me embarazo”. Él cogió y se encogió a mi papá, ¡¡¡¡¡No, no, no, se cogieron y se inyectaron!” Ella se cogiyó. “¡Qué mujer de realidad!” Ella confirmó. “Toda esa noche la destrió y la mantuvo bastante tiempo”. “Puedes ser inocente, tí”, le dijo a tí, “no, ni siquiera tengo ningún período de embarazo”. Ella cogió la

Luego contó su historia, se sentía obligado a hacerlo. Desde que pudo pensar, sus padres vivían separados. Él estaba cada dos fines de semana con su padre, dijo Leo, que habría sido un buen padre. Sólo una vez se desmayó cuando Leo perforó y perforó por qué estaban separados, ya que apenas vivían tres estaciones de autobús. “Ella solo ama a los niños pequeños”, dijo el padre repugnante, “te estás como un accidente. Pero te amo sobre todo, pequeño Leo”.

Su madre lo amamantó, le dio el pecho, incluso cuando tenía 10 años. Ella tenía pechos grandes y todavía tenía leche. Tenía picaduras muy grandes y rígidas y le encantaba morder y atormentar sus picaduras con sus dientes. Luego siempre estaba cerca de alcanzar el orgasmo. Él había pensado en lo que su padre le había dicho, pero nunca había notado que la madre se acercaba a los niños pequeños, nunca! Era el único que sacaba su leche de sus pechos y ella se rompió su pequeña caña, lo que la hacía a la leche. A los 11 años, la leche de la madre ya no sabía, pero le le regaba, mordió y se aplizaba a su pezón porque le gustaba. Por supuesto, ya había notado desde hace mucho tiempo que ella se acercaba con un pez a casa y le sacaba su zumbido y le emborraba su zumba, mientras le inyectaba y le embotaba su zumbida, y también le embogaba su zumbid, mientras le embocía y le embolaba su zambido durante el día.

Después de unas semanas le preguntó si no quería acostarse con ella, si quería hacerlo bien. Él ya había visto la cocina en Internet, le dijo, pero siempre eran adultos. Él le preguntó sorprendido si podía hacerlo, ya que no era adulto. Ella se rió en voz alta. “Por supuesto que puedes, si quieres. Desde que puedes inyectar, eres un hombre de verdad!” Pensó un momento. “Ok, déjame cocinarme, pero no me dejes, nunca lo he hecho”. Pero ella se dejo, claro. Se desnudó completamente y también, y luego se acostaron en la cama.

Fue una sensación muy extraña e intensa cuando su pene se metió por primera vez. “Es muy estrecho”, señaló, “mi pene se me pone muy difícil de meter”. Ella respondió, “Sí, es precisamente por eso que muy rara vez he cogido a tu padre, su gran pene ha comido mi vagina muchas veces. En ese momento sólo me dejaban coger niños de tu edad o un poco mayores, no había nada. Pero me atrapó varias veces y me abandonó, nos abandonó”. Leo preguntó si la había comido, pero ella negó. “Y ahora, me ha hecho coger bien!”

Leo la daba al menos una vez al día, pero la mayoría de las veces, porque su impulso se hizo más fuerte, porque tenía que inyectarse más a menudo. Desde entonces, ella no lo arrancaba con su puño, prefería que la hiciera. No dejaron de hacerlo hasta hace seis años, cuando le operaron en el abdomen. Esa fue la historia de Leo.

“Aunque son cosas muy diferentes, hemos experimentado cosas similares en nuestra juventud”, dijo Nora. “Sí”, dijo Leo, “me lo he dado cuenta en tus primeras palabras”. Nora sonrió al ver cómo se había vuelto duro el colar de Leo. “Vamos a la mierda, mi amor!” dijo suavemente. Dijo que quería la chupar por la espalda. Ella estuvo de acuerdo, aunque nunca lo habían hecho. “Quiero tener tu culo grande justo delante de mí, tal vez me guste a ti y a mí”. Así lo hicieron, y ese fue el nuevo G.

Si no se bailaban, llevaban a la pequeña Eva a su cama de casualidad. A la pequeña le encantaba sonreír desnuda a Nora o Leo. Leo cargaba la muschi infantil y el pequeño picante y Eva se reía y jaulaba de placer. “¿Crees que una niña de cinco años ya puede tener un orgasmo?” le preguntó a Nora, cuando Eva jaulaba tan arduamente. “No lo sé”, dijo Nora, “pero tal vez no deberías masturbarla tan a propósito!” Pero Leo se quedó mirando, eso era claro.

Sin embargo, se vio que la pequeña Eva tenía un orgasmo, un leve, infantil, cuando se acariciaba a su pequeño picor. “No la deshacies antes de tiempo”, advirtió Nora, “a tiempo te dará cuenta”. Leo se acarició, pero no dejó de aplaudir.

Leo la daba con entusiasmo por la parte trasera, y cuando ella tenía la regla o estaba lista para la concepción, la daba con gusto en el culo. La regla de Nora se tambaleaba y se quedó fuera. El médico dijo que no podía tener más hijos, que no necesitaba más prevenirla. Estaba un poco triste porque le gustaría tener más hijos. Pero Leo la consolaba. Al menos tenían Eva, y la pequeña era su luz del sol.

Nora se fue a todas y se hizo sexo con Leo por detrás. Ella se había acostumbrado mucho a masturbarse mientras se daba sexo y Leo estaba muy entusiasmado con ella y su grasa. Fueron años hermosos y tranquilos, la vida matrimonial se deslizaba pacíficamente. Leo había instalado una ventana de espejo unilateral en el garaje para poder observar a Eva en el cuarto de niños. Nora la encontró golpeada y continuó leyendo su libro, no la molestó mucho. Él observó con entusiasmo a Eva como se desarrollaba físicamente y la observó volviéndose hornosa cuando Eva “descubría” la masturbación. Ella se masturbaba cada noche, a veces más a veces.

Ella tenía 13 años, le había comprado un gran espejo de atracción, ahora ella podía mirarse desnuda y él también. Ella era delgada, sus pechos comenzaron a brotar y su piel era tan brillante que podía pasar como una griega o italiana. Leo se volvió muy nervioso cuando Eva se sentó en el sillón del frente del espejo, se extendió la ranura con los dedos bajo el ligero chorro y miró y se acarició su cojín. Ella se había dejado aclarar por el peluquero, ahora era una verdadera europea. Leo la miró diariamente, sabía muy pronto cuando se miraba y se masturbaba o se masturbaba en un día en el espejo. Nora había tenido derecho a masturbarse, pero antes de que Nora se sentía a ella misma, y ella no había sentido que Nora estaba acostumbrada a la piel de Eva, y él mismo había "se sentido sexualmente a Nora y a Leo, y antes de que ella se sentía mal, Nora había sentido que ella misma estaba acostumbrar a la piel a Eva y a ella, y antes que Leo se sentía, ella misma,

"Nora, soy un hébefil, que no sé nada de eso desde hace poco. Es decir, me apunto por las niñas en la pubertad, en el umbral de la feminización. Todas las niñas de la oficina de las que te he contado. Todas eran muy, muy jóvenes. No, todas lo querían por sí mismas, nunca le obligaría a una". Nora amaba a su Leo, siempre era honesto con ella y nunca le ocultaba que se daba a las mujeres en la oficina. Sin embargo, estaba sorprendida por su comprensión de que todas eran muy jóvenes. Le preguntó si no había mujeres adultas, pero él lo ignoró. Lo invisible, lo que era lo que le atraía.

Siempre estaba cerca de las chicas que Eva llevaba a casa. Sus dedos habían tocado sus pechos, sus traseros como si fuera al azar, dijo Leo pensando, sus miradas sorprendidas y su escapatoria tímida eran oro en sus ojos. Nora pensó que se habría dado cuenta de esto algunas veces, pero nada más. "No, no eres demasiado viejo para mí, eres mi Nora", contestó, "estoy enamorado de ti como en el principio! Eres el primero y único con grasa que me ha acariciado y que me gustaba mucho que me la foses de atrás!" Nora respiró profundamente, no recibió un cumplido muy a menudo, pero eso vino del corazón.

"Esto me lleva directamente a Eva", continuó Leo. "La observo constantemente cuando está desnuda o cuando se masturba, y lo ha-

ce todos los días! La amo más que nada, la deseo físicamente. Sexual. Me gasto después de acostarme con ella!" Nora se asustó. Pero le recordó que ella misma lo había hecho con su padre a los 14. Bajó la cabeza, lo que estaba bien, pero era una situación muy diferente. Leo se mantuvo en ella, quiso tener Eva. Los argumentos de Nora se volvieron débiles y cada vez más débiles. "¿Has hablado con ella?" preguntó ella y él negó. Quiso primero hablar con ella, con su esposa, con su familiar, con Evas. Ella discutió con su madre durante una semana, y Eva debía decidir por sí misma.

Ella se acostó en el centro, temblando de nerviosismo. Nora puso su cálida mano sobre su estómago, no necesitaba molestarse, Leo sólo quería preguntarle algo. "Quiero joderte", dijo Leo simplemente, "quiero dormir contigo!" Eva miró a Nora y luego miró a Leo. "Es tu decisión", dijo Nora. "Es todo en serio". Leo abrazó a Eva. Una idea se acurrucó en su cabeza. Su mejor amiga era la única en la clase que jodería con su padre, habían discutido sin fin al respecto. "Tú eres el héroe de mis sueños", susurró Leo. "Si yo le diera a alguien mi virginidad, siempre serías otra candidata".

Leo se acostó temblando ante la emoción sobre Eva. Nora tomó su cola y la empujó en la corte de Eva. "Sé cariñosa de ella", susurró y dejó su mano sobre la muñeca de Eva, quiso experimentarla de cerca. Leo se tiró con un golpe a la piel virgen de Eva y se metió profundamente en su pequeña y estrecha vagina, Eva no gritó, sólo empujó con la respiración. Eva se acostó con satisfacción visible, sintió la mano de Eva. Eva mantuvo a Leo cerrada, sintió el entusiasmo en su muñeca. Leo se metió en ella, no necesitaba tener que atentar a la muñeza, ya que no había tenido período. ¡Muy amaba a Eva y gritó humildemente! "Tú no tenías que ser un buen hombre, pero en los primeros 100 días, ella dijo: "¡No es muy buena, pero está muy débil, y ahora, de todas las cosas, está muy deprimida, y ahora mismo, de la muñecas de Nora!" "¡Tú no tienes que tener una muñeca grande y de la otra

Leo se acostó con Eva todas las noches. A continuación, se acostó a Nora, que se había vuelto hornido al ver. Eva a veces la filmaba cuando se acostó, Nora se iba a todos los cuatro, se lanzaba sus traseros con ambas manos y entraba por detrás. Eva sólo mostraba estos

videos a su mejor amiga. Después de que se acostó también con Nora, estaba completamente terminado. A veces Nora se desistió de la cocina cuando se había abandonado completamente a Eva. Porque Eva no creaba una orme a menudo y sólo cuando Leo se retiraba la inyección y ella y ella se metió duramente. Pero era un buen arreglo para todos los tres. Eva se masturbaba cada noche antes de dormir como Nora, pero rara vez en el matrimonio, sólo cuando ella se había acostado con ella. A veces, Nora se desengajaba de la cocción cuando se había entregado completamente a ella.

Eva tenía 17 años y desapareció un día sin rastro. Leo corrió a la policía, pero se le dijo que no podía denunciarla hasta después de 72 horas. El teniente le pidió que fuera a su oficina. El año pasado 154 niñas jóvenes habían desaparecido, 2 habían sido víctimas de un serial killer que aún no había sido capturado. Bien 30 habían vuelto a aparecer con sus familias después de días o semanas, después de haberse desviado salvajemente y ahora regresaron a casa, arrepientados y rotos. Y Eva casi 100 se sumergieron en los barrios de putas, apenas una pudo regresar a su familia, pero al menos estaban vivas. Leo estaba completamente desanimado cuando consultó las estadísticas del policía. “Esperamos que estén en la vida”, dijo el oficial de policía. Leo prometió buscar su vida después de 72 hours.

Nora se sentó todo el día frente al teléfono. Estaba lista, ya fueran la policía, un testigo o un secuestrador. Retiró sus lágrimas, el broche no sirvió a nadie. Leo se fue a los bares y bares a partir de la tarde, mostrando la foto de Eva a todos y preguntando por ella. Dos meses entró a los baros hasta la noche hasta que un barman un día supo algo. Se la había visto con los albanos, tres hermanos oscuros que alquilaban a las niñas y difundieron miedo y terror. Leo tardó sólo unos días en encontrar a los albanes.

Había tomado vacaciones, tomó un coche de alquiler cada día y seguía a los tres a pasos. Había metido su revólver, un pesado revolver de calibre .44, que usaba en el club de tiro deportivo, ya que muchos de sus clientes estaban allí. Había comprado municiones de Wadcutter, cuyas puntas aplanadas estaban destinadas solo a matar. Observó a los hermanos entregar a las chicas a los hoteles y repetir

después de dos horas. Así vio a Eva por primera vez después de semanas.

Estaba vestida como una prostituta y con maquillaje, y iba muy insegura sobre las piernas, a la izquierda y a la derecha apoyado por dos albaneses. ¿Estaba borracho, drogada o simplemente no acostumbrada a andar en talones altos? Día a día observaba cómo la llevaban a los delincuentes a los hoteles y la recogían de nuevo. Juegaba inquieto con la pistola, pero simplemente no encontraba la oportunidad. Estaba pensando con fiebre si no debía presentarse como un rico voluntario. Pero luego todo cambió. Los albaneses la habían entregado a un hotel, pero no la sacaron de nuevo hasta medianoche. Más tarde se enteró de que los albaneses habían descubierto que eran perseguidas persistentemente por el padre de Eva.

Los albaneses no fueron a su base habitual, llevaron a Eva a un patio de expedición oscuro y poco iluminado. El lugar justo para eliminar a alguien. Leo se acercó muy cerca. Tenían las manos de Eva atadas con una correa de cable, se arrodillaba en la lluvia delante de ellos y un líder obvio se hizo hacer un blowjob de ella. Leo clutchó su pistola y maldijo en voz alta cuando su hija tuvo que hacer un blow job al criminal. Vio su oportunidad cuando terminó con el primero.

Leo saltó de su escondite y disparó inmediatamente a los dos, que cayeron como bolsas. Su tercer disparo fue a la par. Saltó y el líder se deslizó, cayó sobre sus rodillas. Leo se presentó ante Eva, que lo miraba sin entender. Gritó al líder que le alzara las manos. Pero el idiota se apoderó de la pistola en su cinturón de pantalones y arrancó la pistola. Leo le disparó de cerca en la cara, en su ojo, y su cerebro se roció sobre el asfalto. El líder estaba muerto. El líder se arrodilló inmediatamente junto a Eva, pero no tenía cuchillo para cortar el cable. Llamó a la emergencia.

Las semanas siguientes, Leo se sentía en un estado de oscuridad, y los medios de comunicación se precipitaron sobre él, sobre el padre heroico que había disparado a su hija, y la policía se había incautado de la cámara de su auto prestada, y se veía todo en una imagen de gran tamaño, pero se veía al criminal tirando su pistola y como Leo sólo disparó después, claramente en defensa propia.

Nora se encargó de Eva inmediatamente. Primero tuvo que dejar de usar heroína, fue un procedimiento duro. Ella llevó a Eva a un terapeuta que curara las heridas en su alma infantil. Eva estaba profundamente humillada, había trabajado meses como puta para los albaneses, que estaba sentada en lo profundo. Nora estaba firme al lado de Eva, y eso era bueno.

Los dos otros albaneses habían sobrevivido con una bala en el pecho y el estómago. El juicio comenzó tres cuartos de año después, cuando los hermanos volvieron a ser procesados. El juez era un viejo tipo de grifo que no sabía perdonar. Una docena de veces hizo que se grabara la grabación de la cámara de desliz. Los dos tenían un registro penal de una mala duración y recibieron 35 años. Salieron de la cárcel como viejos hombres. Leo recibió un largo sermón de la sentencia del juez.

El cuerpo de Eva se recupera rápidamente de la heroína y su mente se recupera después de muchos meses de terapia.

Pero su alma mantuvo las cicatrices toda su vida.

● ● ● El trabajo

El collar de diamantes

von Jack Faber © 2024

Para comprender mejor los acontecimientos de la época de 1790, primero hay que conocer a las personas de la historia.

El cardenal Rohan, el arzobispo de Estrasburgo. Descendiente de una de las familias nobles más antiguas, era un sacerdote rico, consagrado y no tenía ningún problema con el celibato. Vivía en saus y braus y era un letrero cazador de merodeos. Durante dos años se consideró embajador de Francia en Viena, hasta que la emperatriz María Teresa lo despidió por desprecio por su estilo de vida. Le disgustaba que una vez se detuviera a sus hijos, las princesas. Cuando se le creó la pequeña hija de 13 años, María Antonieta, la horno estaba bajo la mano. La emperatria había criado a sus hijos y las princeses le habían hecho el cortejo, como todos los novias de su matrimonio era importante para sus hijas. ¡Ninguna sola princesa, ni la única pequeña, podía hacerse con el horno!

Marie Antoinette estaba comprometida con el sucesor del trono francés desde su infancia. Ella tenía 13 años y, por supuesto, todavía tenía su piel de virgen, el médico de corte la examinó regularmente. Pero notó en el registro que sólo tenía una piel de virginía circular que se encontraba en la entrada del divorcio. Lo que el buen hombre no sabía era la vida amorosa activa de la joven princesa. Ella había aprendido a rascar las colas de los chicos y dejar que se inyectaran. Las colas de las chicas mayores eran para jugar a la mierda, pero las pequeñas bebés habían traído sólo a las pequeñas que se metieron en sus colas sin dañar las bolsas de la novia. Ya había tomado y dejado que se las las frote a la chica, y ella no podía tocar con el roco a la noche, porque el príncipe era tan grande y el único que podía hacerse con ella era el roco, y el roco era el rocero, el cual era el roque, y el corral de la noche, y el solo era el roca, y el príncipe era un poco más grande que ella podía tocar con ella.

María Antonieta, por supuesto, había espiado cuando sus dos hermanas venían de Italia a visitarla. Ella escuchaba muy bien cuando se

contaban sus noches de matrimonio. Amalia tenía al duque de Ferrara al respaldo, le encantaba cazar y saltar a las campesinas cuando regresaba a casa, estaba cansado y agotado y estaba follando en la noche mental. Augusta tenía con el príncipe de Nápoles un chico que no era un buen fictor en las celdas a través de la sofá y también nuestro. Cada mañana, antes del amanecer, el buen Rohan iba a la habitación donde los dos dormían muy bien. Les gustaba dejarse pasar por el último día de la noche por la habitación del hombre de Dios. Cuando un día se agudizaba, los otros se solían y después de 9 meses, la mayor de los niños de la ciudad de Francia y María Bastille Ormus, se conocía como la primera mujer libre de Ferrara, y después de nueve meses, se dio a conocer que cada niño de la familia de Ormus, y después, en caso, sólo unos pocos de los niños más jóvenes de la

El sucesor del trono francés Luis había nacido con una fímose. La piel había crecido completamente en el frente y había solo un pequeño agujero para peinar. A veces se dejaba hacer un trabajo manual por chicas muy familiares, que no inyectaban la semilla, sino que tenían que presionarla con los dedos a través del agujero pequeño y sacarla. Era siempre un procedimiento embarazoso que no dejaba hacer muy a menudo. Se avergonzaba mucho por la fímose y nunca se daba el pelo. El fímose no se lo corregía hasta que él, ya que había estado casado durante 7 años y nunca había hecho sexo con su esposa.

Jeanne de la Motte había crecido en la pobreza, su madre había muerto al nacer la tercera niña. Jeanne ya dormía desnudo con su padre cuando era niño, él se acurrucaba con su garrapata y se masturbaba. Muchas vecinas se apresuraban a cuidar al viudo y a sus tres niñas pequeñas. Él la recompensó con un buen chico, no tenía dinero. Él las bailaba a todas y Jeanne era a menudo testigo del chico. No, no quería bailadarla, era demasiado joven, dijo el padre. Pero le permitieron rascar su polla y saltar, lo que pudo dejar bastante bien después de un tiempo. El padre murió cuando Jeanne tenía ocho años y ella fue a mendigar con las hermanas.

Una Marquesa de Boulainvilliers se compadeció de las pequeñas mendicantes que venían de la línea de sangre real. La vieja Marquesa era asexual, se había casado con el Marqués por razones familiares y rara vez masturbaba en secreto. Como el Marqués era un héroe feme-

nino, la tomó sin entender. Ahora vio a las tres niñas pequeñas que se estaban quedando con unas salsas sobre el agua. Las niñas pronto habían descubierto que se merecían más con las manos. La vieña Marquesa se cruzaba cuando se convirtió en testigo de la Mujica. La matemática de la muerte de Jeanne, en la que se examinó la línea de la sangre, le hizo que los padres de la vieja Marqués fueran de edad única y por su propia voluntad, pero la mayoría de las veces ella la llevó a la edad de su hijo, pero la mujer de la mujer, por desgracia, le hizo llegar a la misma edad que la mujer de Jeanne.

Un día fue presentada al cardenal de Rohan, Jeanne pretendía sacarle dinero y se convirtió en su amante. Rohan era un buen chulo y Jeanne lo sedujo no solo a chupar, sino también a prácticas bastante porcinas que ella hizo como única de sus amantes. En la corte de Rohan también conoció al conde Cagliostro y reconoció en él el mismo predador en que ella misma se había convertido. Aunque Cagliostlo no era un buen chiflado, lo sedujo una y otra vez. No estaba segura de si el alto escalero prefiere a los niños o niñas que se chulen. Pero él le dio a Jeanne un gran esfuerzo para que, a través de todo lo que generó, se casara con ella.

El cardenal Rohan quería ser primer ministro, pero la familia real no había olvidado que hace años la madre de la reina le había expulsado de Viena con el mayor reproche y la mayor vergüenza. Jeanne tenía las intenciones de Rohan, ahora quería conocer a la reina y recibir una pensión real, debido a su línea de sangre. María Antonieta se había cansado después de 7 años de rascar la cola del rey Luis y exprimir la semilla de la piel. Su hermano, el emperador José II, le envió a su mejor médico, Isaac Einstein.

María Antonieta dejó en su vida a dos personas, Jeanne, que se convirtió en su sopá y dama de honor favorita. Y Axel von Fersen, el diplomático sueco, el primer y único hombre que la reina realmente deseaba y quería coger con cada fibra de su cabello. Ella se mantuvo física fiel al rey hasta el día de hoy, pero ya había terminado. Ella dejó venir a Axel. Jeanne siempre estaba presente cuando el hombre bien construido se daba a la reina. Jeanne estaba realmente encantada cuando la reina llegaba al orgasmo, el sexo con la sueca era una

realización mental y física para la reina, que poco a poco se desprendió del delirio del orgasmo.

Jeanne se convirtió muy rápidamente en la amiga más querida y más querida de la reina. Ella le contó cómo llegó la liberación del rey de la maldición del phimosis. El hermano de María Antonieta, José, el futuro emperador, fue a visitarla. Estaba muy perturbado de que después de 7 años de matrimonio todavía no se había tocado. Incluso hizo la propuesta de desmembrarla y de embarazar a su propia hermana, pero su hermana se alejó. Ella dejó que José se lahiera entre sus camillas juntas y se la chupara en sus semillas, ya que lo habían hecho en Viena.

María Antonieta había dado a luz cuatro veces, pero dos niños ya murieron muy temprano. Ella acordó con el rey que se acercara más despacio y que le permitiera sacar su cola a la inyección, ya que no quería tener un embarazo más. El rey estuvo de acuerdo, pero no vino más. Pero amaba mucho a su esposa y regresaba a acostarse con ella todos los días. Jeanne se sentó como se le había ordenado junto a la cama de la reina. Estaba muy sorprendida cuando vio a la reina desnuda por primera vez. Tenía una pequeña mosca de aspecto muy femenino con una pequeña boca. Esto era sorprendente porque había dado a conocer cuatro hijos. La reina cortó sus cabellos con el ojo de la familia de la niña, que ya estaba estirada, pero se sentó en la cama de su madre.

María Antonieta introdujo lentamente su cola en su pequeño agujero de mosca, permitiendo que el agujero se adaptara a la caña. Cuando estaba realmente en el interior, se acostó en la almohada y susurró porque amaba mucho a su Luis. Sólo la bailaba lentamente y cada vez más rápido hasta que Jeanne tuvo que intervenir y sacar la caña del rey. Jeanne masturbababa la caña sólo brevemente y lo dejaba inyectarse. A veces daba cortas órdenes donde quería inyectar, en la cara o en los senos de la reina. María Antonieta estaba furiosamente excitada por el coño, pero esperaba con la masturbación hasta que el rey se fuera. Pero nunca había masturbado a un rey y nunca había estado en presencia de su madre.

Pero después de unas semanas, el rey se había quedado con suficiente y ordenó que Jeanne saliera de su despacho, el lugar de sus estudios y pecados carnales. Jeanne dejó caer su vestido sin palabras y se puso sobre las recámaras. “Mucho guapa, condesa, muy guapa!” fue uno de los más largos cumplidos que hizo. Se acostó con Jeanne durante semanas hasta que se embriagó de ella. Jeanne no tuvo la oportunidad de sacarle oro de su despaio, era sólo otra oportunidad para él en la que se acostara y se inyectara. Y el rey se acostó con muchas muchachas jóvenes y mujeres fieles y tres campesinas, pero muy a gusto dejó que las mujeres fieles se enamoraran de su matrimonio, así que nunca se enamoraron de nadie más que su marido y se embriagaron de ella.

Jeanne, la señora decente, estaba sentada inmóvilmente en el fondo cuando Axel de Fersen llegaba a la reina. En realidad era muy emocionante verlos a la mierda. Axel tenía una cola bastante grande y duradera, que metía muy cuidadosamente y con consideración en la pequeña mosca de la reina hasta que estaba completamente en el fondo. Seguramente tenía que ver con la enamorada de María Antoinette que cada vez que ella llegaba al orgasmo. Sólo después de eso soltaba sacar a la salsa y la daba a la mierda rápida y salvaje, se arrojaba y se inyectaba en ella.

Jeanne usó su poder de manera astuta. Ella se hizo pagar en oro por el cardenal Rohan al hacerle mirar a través del agujero de espías a la habitación de la reina. Jeanne sabía que Rohan nunca se acercaría a la reina, ni un paso. Nunca dejó que Rohan se acercara al agujero cuando María Antoinette estaba sola y se masturbababa. Era una especie de impulso de hermana para proteger la privacidad de la reina y su novia del corrupto Voyeur. Jeanne se hizo coger de Rohan en un lugar a otro, porque se había vuelto muy hornudo al observar a la reina y Axel coquetear. Jeanne dejó que Rowan se coqueteara con hombres al igual que con su coquete, bajo el cuello, y con el secreto de este hombre. Nunca le gustaba darse cuenta de que era algo increíble, que a un hombre de la otra parte, no le importaba.

Jeanne era rara vez presente al principio cuando la reina se masturbaba en el descanso de la tarde, pues María Antonieta prefiere estar sola en el monasterio hace 10 años. Pero Jeanne era innegable y

se quedó con la reina, ella se acariciaba las piernas internas de la reina y después de un tiempo se acostó desnuda a la reina. María Antonieta no tenía ninguna inclinación lesbiana y nunca tocó a Jeanne, pero se dejó usar pasivamente. Jeanne había aprendido muchas lesbianas en el monasterio hace 10 años, le le le sacó a la mujer de la familia Marie Antoinette, cuya cabeza era como una erva escondida sobre sus labios internos hasta que se endureció y se puso dura y salió a un poco más de milímetros.

Jeanne se abrió la red con cuidado, robó los papeles de la reina y se imprimió su letra y firma, hasta que consiguió robar algunos escritos desechados para que el secretario pudiera practicar la falsificación de la letra y firma de la reina, robó tantas cartas de amor de Axel de Fersen como pudo conseguir. En cualquier caso, tal vez tuvo que usarlas una vez.

Jeanne le gustaba más que a Rohan. No sólo tenía una pila como un caballo, sino que la daba muy bien. Era el único que a menudo la podía llevar al orgasmo. El secretario Rétaux de la Villette la daba tan corto y brutal como el hombre del barrio. Simplemente querían echarse la pelota, eso era todo. Su marido, que se había elevado al conde de la Motte, solo tenía una pila pequeña y muchacha. Ella se sentía atraída por él porque el compañero le exigía toda su engaño y engaño. Pero él la daba devoto, casi sometido, porque otras mujeres simplemente no se dejaban chupar por una pila tan pequeña. Pero Jefic le daba sexo, porque le recordaba todas las gereza que ella había hecho en su juventud o en su pequeña madre, y gracias a él, ella le daba todo lo que ella quería y lo que ella le daba después.

El cardenal Rohan se quedó cada vez más atraído por el encanto y la sexualidad de Jeannes. Cada vez más se quedó más atraído de la reina que se acostó con Axel de Fersen cuando estaba en París. Se aferró al agujero de espías y se acostó a Jeanne, se convirtió en un desesperado voyeur y se hizo dependiente de la voluntaria muñeca de Jeanne. Pero no supo que Jeanne planeaba su gran golpe durante más de un año. Cuando ella terminó con la planificación, se trató del cardenal de Rohan, era el idiota útil y rico que Jeanne necesitaba.

Durante meses le hablaba al enamorado y buen cochón cardinal que hablaba de él con su amiga la reina. Le contaba a la reina sus propias historias que él mismo le había contado. La reina, Jeanne, escuadrona, a menudo habla con ojos brillantes de él, como la había agarrado bajo la camisa de su juventud y había estimulado el zumbido de la joven. El cardinal escuchaba con sorpresa en su mentira de amor, sus recuerdos se desvanecían. Que la reina todavía lo pensaba hoy! Jeanne se inquietó y pensó que el zumbito que dejó a una niña de 13 años de edad podría haber dejado una impresión duradera meses atrás. Después de que el cardinal se envolvió, la reina se enteró que la reina había convencido a Jeanne de que ahora era la reina de Kitpilar.

Ella le ofreció al cardenal Rohan que le transportara cartas en secreto entre él y la reina. Por supuesto, no hizo la propuesta ni de forma directa ni directa, sino que le hizo llegar al cardenel mismo. Y literalmente le sacó el cerebro al cariñoso cardenal. Ella contó tantas veces y tan florida como pudo del juego de coquillas del entonces embajador que se desató de furia. Ella le preguntó a Rohan muy hábilmente, porque en los dos años que estuvo en Viena había coqueteado a una gran cantidad de mujeres y niñas adeptas. Y había jugado con los coquillos de todas las princesas, las hermanas de la reina. Sólo las dos más viejas se dejaron hacer crecer, ya que ya estaban casadas con éxito. La reina María de Caio habría tenido que casarse con el príncipe Thia, pero la reina de Thia, que quería que se hubiese casado con él, y la reina de la corte, que debía haber hecho esto, y el cardenal, que ella y sus dos hermanas, debían haberse hecho bien con él.

Pasaron meses más hasta que la reina respondió a las cartas de amor de de Rohan. Jeanne dictó las cartas al propio secretario de la Villette. Se aseguró de que la reina respondía con brevedad y reticencia. Lo suficiente como para mantener al cardenal en el palo y, sin embargo, tan poco emocional como la reina de facto. Cuanto más escasa y reticente era la respuesta, más convenció al cardenel. De la Villette prometió al cardenil que quemara la carta, pero éste se quedó con las cartas y las dejó quemar siempre que fuera arrestado.

Jeanne sabía, como todos en Versailles, que el anterior rey había hecho una hermosa trampa para su amante, Madame du Barry, por

dos joyeras en París. Pero el rey murió y la que tú Barry desapareció con él. Las joyeras presentaron el diamantcollier al nuevo rey, pero él se apartó. Por el precio de 1.8 millones de libras se podían construir dos barcos de guerra, el rey se arrepintió. También María Antonieta Juana tenía un precio demasiado caro. Al nacer de sus hijos se había dado un anillo de diamante o anillos de diamante, nunca le colgaría el cuello a dos barcos de batalla, pero ella dijo que se laía. Se acercaron a los reyes y no a las reinas, pero se encontraron compradores. No había más que Roanne Juana, que no había nada menos que la que ella quería en el diamante de oro.

La reina dijo en un extracto que podía conseguir el puesto de primer ministro por un regalo. El intercambio de cartas se prolongó, la reina se daba a menudo semanas para que respondiera. Jeanne se acostó con el cardenal todos los días, pero no por sus orgasmos, sino para verlo. Meses después llegó el avance. La reina estaba interesada en la columna de diamantes que Barry, pero 1,8 millones de libras eran demasiado, tal vez el querido cardenal podría negociar un precio. Por supuesto, podía, el acosó a las joyeras hasta que las había rebajado a 1,6 millones de libros. La reina se alegraba de que ella había ganado cuatro rondas de plata de 400 millones de libres, lo que aún podía ofrecer.

Jeanne fue muy cuidadosa en lo que hablaba con Rohan. El buey tenía que pasar por la puerta del establo, y aún no estaba muy lejos. Jeanne se acostó con Rohan como una salvaje, tenía que hacer sus jugadas. Lo que flaqueó a Rohan fue la forma en que se sentía salvaje en el sexo de Jeanne, que era una prueba de su virilidad, su fuerza de la pulsación. Él subió a la hermosa joven, tan a menudo se le daba la oportunidad. Miró a la reina mientras se acostó, y sonrió abrumadamente cuando el rey Luis, a excepción de su esposa María Antonieta, se acostó de nuevo. El rey sólo tenía una cola muy pequeña que parecía más inquietante, junto con el juramento de Axel de Fédettes.

Jeanne trató a Rohan con éxito, paralelamente a su buena cojera, dejándola ver la preocupación de su amiga, la reina, de si ella podría realizar el depósito requerido de 30.000 libras. Ella envió a Rowan hábilmente para cancelar dos citas porque la reina estaba completamente atascada en ese momento. Debería pasar el dinero al vigilante

oficial de la corte, que lo dio dos veces. ¡Ah! Jeanne hizo que Rohan se ocurriera la idea de adelantarse a sí mismo los treinta mil. Sí, fue una buena idea, dijo Jeanne después de mucho pensar. La cancelación de otra fecha sería una mala idea de primera orden.

Así que el buey pasó por la puerta del establo. Los joyeros trajeron el magnífico collar y recibieron las 30.000 libras. Jeannes, vestido con la livrea de la reina, estaba esperando en la puerta. Jeanne entregó el collar al supuesto oficial de la corte que desapareció en silencio. En la noche, Jeanne y su marido desmontaron el collar y rompieron los diamantes con fuerza braquial. El conde de la motte fue a varios joyeros y comerciantes de diamantes de París, pero nadie quería comprar las piedras. Jeanne decidió inmediatamente que su marido debía ir a la casa de los Stevens a Londres y vender los diamantes allí.

La familia Stevens la conocía de pequeños negocios en común al borde de la legalidad. Jeanne había perseguido a su marido en ese momento a la muy tímida y fiel esposa Stevens y le había hecho cazar brutalmente a la chica tímida y intimidada de él, lo que ella y así su marido se ataron a ella. Al principio estaba completamente asustada, porque nunca había masturbado o caído con nadie más que su Stevens y ahora temía lo peor. Pero su marido borracho la empujó a la mujer de la motte y la animó con risas sucias, que se dejaran saltar a la mujer francesa. Ella oró humildemente y dejó caer su mujer deficiente como la motte de Londres y nunca lo hizo con orden. Stevens nunca se dejó caer tan brutalmente en la vida de su ciudadana, pero después de que el hombre de la ciudad de París se enamoró de él y la mujer de su marido, el hombre de las manos de la mujer y la mujer, que era muy cariñosa y que se enamorara de él, se enamoraron de él y lo que ella quería hacer, y lo que él era, y lo hizo

Jeanne se acostó con de la Villette y los groseros durante días y les dio dinero. El grosero desapareció sin volver a ver, de la Villett se alquiló en Ginebra, en Suiza, no tenía nada que hacer en este momento, sino gastar el dinero de Jeanne ahorradamente. Venía de Ginebra, tenía algunas monedas de oro en el bolso y ahora podía coger a todos sus jóvenes que antes lo habían ignorado, el pobre tragaperras. Aho-

ra las amadas chicas se habían convertido en mujeres y estaban decepcionadas por el marido.

Jeanne falló en el único error de su plan, y quería rechazar un poco más de oro del cardenal y acostarse con él un par de veces más, porque era bastante bueno en el sexo.

Los joyeros se reunían en Versalles, querían recoger la primera cuota. La reina llamó al rey, que llamó al ministro de policía. El rey sabía muy bien que el cardenal Rohan había comprado el collar para la reina, todo Versailles lo sabía. El rey subió la galera, hizo que el cardinal fuera arrestado en la iglesia. Además de eso Cagliostro y un día después Jeanne. El juego terminó, pero no como Jeanne había planeado. Los tres llegaron a la Bastilla.

El oro de Rohans abrió las puertas de la Bastilla. Jeanne podía meterse en la celda donde Rohan y Cagliostro golpeaban todos los días. Durante meses, se acostó con los dos hombres uno tras otro y pudo intercambiar cargos con ellos. Pero al final ambos hombres pudieron explicar y convencerse de que no tenían nada que ver con el asqueroso robo. Los agentes de la policía francesa pudieron localizar al hombre de Jeannes en Londres y informar minuciosamente sobre el ladrón marica y gastador.

La liberación del estúpido pero popular Rohans fue celebrada como una fiesta popular, Cagliostro se quedó quieto por la puerta trasera de ella. Jeanne, empujada en la esquina, ahora pesaba en la reina. Que la reina debía haber robado el collar, nadie le creía. Pero su vida amorosa, arrastrada a la luz del día por Jeanne, dominó la prensa y la chisme como casi nada más. Nadie le creía la vida pura, Axel von Fersen llevó a la larga lista de sus amantes, y funcionarios, servidores y estalburgos poblaron la cama de la reina. Nada dañó la reputación del rey más que las críticas de la reina de la Revolución. Ineludiblemente la reina y la reina perdieron la cabeza, el rey Elén de Lotín, el regimen de la muerte de Guillotine, fue el de la reina, el regimiento de Guillotin.

Jeanne y su marido fueron los únicos condenados. El marido estaba a salvo de persecución en Inglaterra, en parte lo golpeó Jeanne.

Fue condenada a la paliza con el polvo, un V para indicar que era una "Voleuse", una ladrona, que se quemaría en su hombro y luego sería encerrada en salpetrier de por vida en la cárcel. Fue palizada, pero cuando se quería quemarla con el hierro de fuego, luchó como un tigre. Se arrancó la ropa del cuerpo y se tiró desnuda contra 6 hombres. El fuego se deslizó y el V se derribó en un pecho. Se quedó embarazada y los hombres la violaron en el cuerpo de la mujer, las entregó a las seis mujeres en el lugar de los que se quemaban, y luego fue perdonada en público.

Las mágicas manos de Cagliostros y el oro de Rohans le ayudaron a huir a Inglaterra. Su marido no estaba muy contento de tenerla de nuevo en la espalda, pero ella hizo tres libros en Londres para mostrar su inocencia y la vida sexual desolada de la reina. Ella describió cómo la reina la metió, la pobre inocente, en su vida de prostitución lesbiana y trató de convertirla en su compañera. No se ahorró con detalles picantes sobre lo que afectaba a las actividades lesbianas de Marie Antoinette.

La revolución estalló, el rey Luis XVI y la reina María Antonieta fueron encarcelados y decapitados en la guillotina. Su hija María Charlotte llegó a la edad de 14 años a una sobrina de María Antonieta, Madame Elisabeth y con ella a la cuidado de un maestro, Lord Frank Butterill de Londres. El hijo Luis llegó a la cuidado del hermano para ser educado como un buen ciudadano. El perverso niño, a tan sólo 11 años, se acostó con la esposa de la hermana hasta cinco veces al día. Pero la hermana y su esposa, que habían tolerado y experimentado el fico salvaje del niño, volvieron a la guillotine y Louis a la Bastilla, donde murió de pneumonia el mismo mes.

Frank instruyó a Charlotte conscientemente y no se dejó sacar del concepto cuando la mano de Charlotte desapareció debajo de su bata. Sólo miró hacia arriba cuando se hundió hacia atrás y se masturbó rápidamente hasta un orgasmo. La princesa era una onanista obsesionada, completamente perdida en el orgasmo constante. Aprendió bien y después de media hora a más tardar, desapareció de nuevo su mano debajo de la bata para masturbarse. Frank le preguntó si no quería coger de nuevo. "¿Crees que era como una mujer adulta? ¿Me harías esposa?" suspiró sorprendida. Frank desanimó a la princesa y

la coqueteó todos los días durante dos años hasta que perdió su trabajo y la princesa Elizabeth no tuvo que ir a Austria a la más tardía media hora.

A lo largo del tiempo, María Charlotte reveló todo sobre los últimos días de María Antoinette. El príncipe Luis estaba acostumbrado a besarse a la vuelta en el pecho de su madre y a tomar su cola en la mano. María Charlotte tenía 14 años, pero nunca había visto una cola. Estaba sorprendida de lo grande que era la cola de su hermano, la piel se extiende sobre la aguja hinchada que tenía un gran agujero en la parte delantera que le inyectaba semillas.

Así fue durante unas semanas, y luego los guardias entraron en la celda y violaron a la reina. María Antonieta se defendió decididamente, pero le arrancaron el vestido y la violaron, una tras otra. María Antonietta puso su cara en el pecho de María Charlotte y lloró durante horas. Pero al día siguiente, cuando los salvajes volvieron, la reina se desnudó para que no se rompieran la ropa. Ella puso su cabeza en el pecho y le dijo a la reina que no se asustara, que estaba a punto de pasar. La hija se acarició el rostro y el cabello del rey, que fue jodido por la reina. Las villas tuvieron que llevar a María Antonieta a la reina a un orgasmo muy largo para que no la desgarrara, pero luego tuvo que atraparse a la reina María y luego se quedó salvaje y se quedó con el orgasmo, y Charlotte tuvo que coger el orgasmo y luego se puso a amargar.

Los hombres se fueron y la reina estaba duramente en el pecho de la princesa. “Es sólo una reacción física, el orgasmo”, dijo a la princesa preocupada, “o crees que amo a uno de esos cerdos!?” La princesa no entendió una palabra. “Es solo mi cuerpo que responde a la mierda, cariño!” Louis se masturbó ante la rata de la reina y le inyectó. “Ya he hecho sexo con Mademoiselle Neville muchas veces”, comentó el niño y Marie Charlotte lo insultó en voz alta.

Al día siguiente los chicos regresaron, la reina se hizo irresistible y cuando se fueron y la reina estaba completamente empompada en el pecho de la princesa, Louis se acercó con su fuerte cola al muslo de la reina. La princesa vio a su hermano rasgar lentamente su cola y el agujero en su espicha se expandió con avaricia. Le gritó que no debe-

ría hacerlo, pero no lo oyó, su cola se acercó, compartió los labios y ahora Louis subió a la reina y la hizo sexo. La princessa gritó, pero Marie Antoinette se agarró completamente agotada, “¡Aquiña el pequeño bastardo sucio, ¡que me hagas mi cara de puta!” y así que el príncipe Louis también vino a la reina a la mierda.

María Charlotte veía a su hermano meter su gruesa cola en el pequeño y estrecho pozo de María Antonieta y acostarse con ella. La mayoría de las veces estaba demasiado cansada, pero siempre se culminaba en el orgasmo y se cogió al pequeño impulsor que se inyectaba como una tontería. Ella hablaba con su hija una y otra vez, no le importaba si ya era un bastardo, porque ella despreciaba a su hijo en esos momentos. La princesa también despreciaba al príncipe Luis, mientras esperaba que se inyectara su cola en la reina y a veces también un tercer momento, luego se cogiera a María Antonieta una segunda y a veces una tercera vez. Antoinette amaba a su pene, le gustaba la cola, porque ella se despreciaba a Su hijo en esos instantes. ¡Sí, el chico que me cogió, se sentía tan despierto y se sentía en su corazón, y ella se sentía despierta, y su hijo se sentía así, y ella me cogiera, y ella le sentía tan en su corazón. ¡Sí!

María Charlotte, que tenía su cabeza y su rostro en su seno, sentía su orgasmo, tan fuerte como si ella misma hubiera tenido un orgasmo. El niño la daba a ella hasta que se levantó y se inyectó otra vez en ella. Cuando aún no tenía suficiente, la daba a la reina y desató pequeños y suaves orgasmos que la reina sólo vio agotados y desgasteados. Él se estropeó al final muy triste por su deseo y dijo: “¡Lo siento, mamá, tengo una muy fuerte moción, lo siento!” María Antonieta se metió profundamente en el pecho de la princesa y sopló: “Okay, Luis, entiendo, está bien”. Charlotte no estaba segura de si ella no sabía si Louis Antonieta le había amado o no. ¿Por qué no se había amorrado a su hija y no se había sentido muy mal de ella? ¿Por qué la madre María no se había enfurecido y no había tenido que amar a su hijo, y el hombre de María, y la madre de María, que no le había sido tan mal de su madre, y que no le hacía dos meses, y que ella no le había am

Marie Charlotte, que llevaba su mano bajo la bata todo el día porque no podía hacer otra cosa en la cárcel, se sorprendió cada vez que

la madre reaccionaba al impulso de su hijo. Ella se quedó sentada y le sacó la bata. Ella extendió sus piernas y dejó que Louis se colocara entre ellos. “¡Ven, mi amor, para inyectar!” y no tuvo que pedirle dos veces. Él inclinó su cabeza sobre los senos de la madre y se acostó de pie. Louis estaba siempre muy triste después de inyectar, pero ella presionó su cabeza en su pecho y lo besó en el hombro. “Tienes un fuerte impulso, muchacho, lo que has sacado de la madre!” Ella sacó mi cola y se tiró con la mano firme de su último goteo de Faustín. ¡Al igual que Marie le besó a su hermano Charlotte y le dijo: “¿Por qué no te amamos más al día de hoy, como lo que le dijimos a Charlotte, la abuela y la abuela, María Charlotte, le besó al pecho de Antoinette!”

Marie Antoinette le sacó a Louis en su pecho y le quitó las pantalones. Estaba en su brazo como un bebé y decía cansado y llorando: “Te amo mucho, mamá, y sólo tengo que coger!” Ella se acarició la cabeza, “Está bien, Louis, no te entristezca por eso!” Él se acaricó y se quedó dormido en su braza. Ella acarició su suave cola suave y tierna sin hacerla rígida. “Escucha, Charlotte, que los maestros de la cárcel me violen es simplemente repugnante. Pero que mi hijo me violen porque tiene un impulso demasiado fuerte, me llena de alegría. Él me ama de todo corazón como no ama a nadie más. Estoy muy feliz de que alguien me haya amado en absoluto y me haya hecho rígido sin hacerle rígido. ¡Es muy grave que me quie a mi padre, y si tú no me amas, entonces, si tú no eres mi hijo, y si aún no me amas en serio, entonces, creo que tú eres un buen amigo de mi padre, así que si me amas, no puedo dejar de

La mano de María Antonieta jugó con suavidad y ternura con la cola del niño dormido. “¿Y desde cuándo lo haces?” preguntó ella y se detuvo cuando la semilla sacó la espina del colar suave, después de un rato continuó. “Dije, Charlotte, cariño, ¿se masturba siempre tanto?” Charlotte bajó la mirada. “Sí, mamá!” respondió en voz baja, ignorando insistentemente hablar con su madre con Madame. “Y desde cuánto tiempo lo haces?” le preguntó ella, y se volvió a dar una respuesta. “Con unos ocho años descubrí el primer orgasmo. Me mostró inmediatamente que Madeleine de Taberney estaba tan suave y ella estaba completamente no atenta. Pero ella vio mis dedos y me mostró cómo se trataba de ella”. ¡Sí, mamá Antonieta!” también se

hizo claro que una sola de las dos manos de su madre, que no se había hecho una vez más, pero ella me dijo: “No sé si Charlotte se sentó en su casa, pero no me lo ha hecho una vez, y no sé si mi madre, Charlotte, y ella me dijo, “No es una vez

A veces, cuando ella dejaba que Louis se la foderaba, María Antonieta se lanzaba desesperada a la caña y lloraba durante mucho tiempo. Entonces Charlotte le cogió a Louis en el pecho como la madre lo había hecho. Le empujó su camisa y le metió el pequeño pecho a la boca de Charlotte como un bebé, que se lamentaba y chupaba a sus piernas tan delicadamente. Ella esperaba que él se quedara dormido y se acariciaba su caña, como la madre había hecho. Ella dejaba que su semen salga lentamente y se movía un rato después. Era la primera vez que Charlotte dejaba que la semilla salga, pero Louis dormía sonriendo felizmente. Cuando se despertaba, ella lo masturbaba con fuerza porque la pequeña la se la sacó de su caña.

Marie Charlotte se hizo muy difícil hablar de lo que iba a suceder con el maestro Frank. Mademoiselle de Neville había arruinado y corrompido al príncipe, lo había masturbado mil veces y dejarse caer por el niño. Louis estaba tan ansioso que no se detuvo delante de ella, su hermana. Cuando ella en secreto rodaba y masturbaba al gatillo debajo de su chaqueta, a veces se le acercaba con una coda rígida y le golpeaba la chaqueta. Ella siempre era lo suficientemente presente mental como para formar un túnel frente a su mosca en el que el niño podía caer con ambos puños sin poner en peligro su piel virgen. Ella se soltaba cuando él la dejaba entrar en su patio de cabecera. El siguiente ormus era violento, ya que ella siempre se encontraba en la frente de su gatillo.

Marie Antoinette sonrió al hablar con su hija sobre ello. “Lo único que me hace feliz en esta amarga situación es que ambos heredaron la obscenidad de su abuela”. Ella hablaba con frecuencia y muy abiertamente sobre la vida amorosa de su madre, la emperatriz. Ella era recién casada y se quejaba de su dolor al juez. El presuntía una dispareunia, el miedo a la pareja que impidió sus orgasmos al cocinar. Ella le ordenó que la cogiera y se comprendiera.

El maestro Frank, que no conocía y poco sabía de la emperatriz fallecida hace más de 10 años, preguntó a Marie Charlotte si la emperatrice no sabía que su propio comportamiento era en contraposición a sus reglas sexuales, a sus inspectores de castidad. “Pero no”, dijo Marie Charlotte, “sólo seguía el consejo médico de Van Swietens! Masturbababababa para relajarse sexualmente y se dejaba caer cada mañana para encender las llamas en su vagina.

La princesa se emocionó mucho cuando le contó a Frank que la señora Isabel había descubierto todo lo que Louis le daba a la mujer de la prenda. “Soy una mujer fiel y honesta en cada momento”. Las hermanas estaban muy impresionadas y soportaban las alucinaciones del pequeño príncipe. Para el joven príncipe eran sólo sirvientes, y era su buen derecho de coger a la mujer delante de los ojos de su marido. Las hermanas bajó la mirada cuando el chico le levantó la camisa por primera vez. “Sé una mujer fiel e honesta en el coche!” le gritó al muchacho desesperadamente. Ella era muy joven y nunca había tolerado a nadie más que a su marido, sentía una mujer desesperada a su marido cuando el muchacho se masturbaba con su voz, y el muchacho masturbababa con la cola. “Sólo se sentía una niña, ¡se sentía una princesa y luego se sentía completamente atrapada y se llevó a la mujer a la cama de su marido, pero el muchacho le dijo que ella estaba muerta y se masturba a su mujer, y la mujer se sentía como si fuera

Los zapateros que cada semana traían vestidos frescos traían una túnica negra, vestían a la reina y la peinaban bien. lloraron cuando la reina se despedía de su hija y levantó la cabeza, realmente real, salió a la gran corte donde estaba la guillotina. Axel no estaba en ninguna parte. Fue detenido en Dinamarca porque no se podía meter en la brasa de la Revolución Francesa. Subía las escaleras, miró con desprecio a la gaita y oró en silencio. Luego se inclinó el cuello.

El régimen antiguo terminó en ese mismo momento.

● ● ● El trabajo

¡Una Verdadera Vergüenza!

von Jack Faber © 2023

Después no recordaba cómo había ocurrido el accidente. Un coche me tiró al suelo sin hacerme daño, y el camión que venía detrás me pasó por encima de las piernas. Pasé ocho semanas en el hospital con fracturas en las piernas y los tobillos. Claro, no podía levantarme y tenía que llamar yo mismo a la enfermera para ir al baño.

La enfermera era muy joven y tímida cuando me lavaba desnudo en la cama o me sostenía el pene en el recipiente para que orinara. Logré aguantar dos días, pero luego me volví insistente después de orinar. Tenía que seguir sujetándome el pene mientras yo empezaba a masturbarme. La observé muy de cerca y vi el brillo en sus ojos. Era demasiado débil, dije con descaro, tenía que seguir frotando. Se quedó en silencio un buen rato y, después de un minuto, dijo que no lo había hecho muy a menudo y que probablemente no lo haría muy bien. Me encogí de hombros y dije que no importaba. Se mordió el labio y empezó. La verdad es que no era muy buena; era demasiado lenta y no me apretaba el pene con la suficiente fuerza. "¿Te vas a correr pronto?", susurraba de vez en cuando, y yo asentía, "¡Casi!". Una eternidad después, finalmente eyaculé. Simplemente me sujetó el pene con firmeza, manteniéndolo en el cuello de cristal del recipiente. Se sonrojó profundamente y se fue rápidamente. Pero obedientemente lo hizo hasta el final de la semana. Entonces llegó una nueva enfermera.

Era una filipina mayor y no hablaba bien nuestro idioma. Al segundo día, después de que me sujetara el pene mientras orinaba sin pestañear, le pregunté. Pero negó con la cabeza, ¡Dios mío, no! ¡Jamás haría algo así! Me sentí decepcionado y enfadado; ¡tenía que sujetarlo con mucha fuerza, maldita sea! Obedeció y contuvo la respiración, sorprendida. Yo me movía de un lado a otro en su puño. Entrecerró los ojos con horror y murmuró en voz baja en su idioma, pero siguió sujetando mi pene firmemente en su puño. Me miró con desprecio, pero no lo soltó y lo sujetó con fuerza en su puño. Después de eyacular, frotó las últimas gotas de mi pene con dos dedos; sabía lo

que hacía. Repetimos esto durante toda la semana y la siguiente. Seguía entrecerrando los ojos y murmurando sus oraciones paganas, pero parecía aceptarlo. En la segunda semana, me detuve a mitad del acto, y ella frotó vigorosamente mi pene con su puño, llevándome al orgasmo. Me masturbó desde el principio y me di cuenta de que tenía mucha experiencia. Cada vez, exprimió las últimas gotas con los dedos; intercambiamos saludos amistosos y luego se fue. Le di cincuenta euros cuando me dijo que la iban a trasladar a otra sala. Era la primera vez en dos semanas que sonreía.

No pude averiguar de dónde venía la siguiente mujer. Solo hablaba español, un español extrañamente arrastrado. Mi español, olvidado hacía mucho tiempo, al menos la hizo sonreír; dijo que yo era un caballero por hablarle en su idioma. Cinco veces al día, sostenía mi pene en el recipiente y parecía bastante disgustada. ¡Dios sabe que no lo estaba disfrutando! Con cautela, me acerqué, suponiendo que era una católica devota. Y lo era. No quería que la masturbara, ni quería sostener mi pene cuando empecé a penetrarla. Apartó el recipiente con fuerza, sacudiendo la cabeza, pero se detuvo un momento. "¡No estoy haciendo eso, nunca lo he hecho con la mano! ¡Solo lo estoy haciendo bien!". ¿Qué se suponía que debía decir ante eso? Miró hacia atrás desde la puerta y esperó hasta que guardé mi pene erecto. "Está bien, entonces, de acuerdo", dije en voz baja, y para mi sorpresa, asintió y se fue rápidamente.

Qué sorprendido me quedé, entonces, cuando entró en mi habitación tarde esa noche y cerró la puerta con llave. No dijimos ni una palabra, yo no porque estaba mudo, y ella no porque estaba decidida. Tendría más de 40, tal vez 50, rellenita y redonda. Se veía completamente diferente con ropa de civil, sin su gorro blanco. Sin decir palabra, se subió encima de mí, se apartó las bragas bajo la falda y, con un suave suspiro, guió mi pene hacia su vulva espesamente velluda. Luego se bajó la falda; obviamente no quería que la viera. Su vagina era suave, húmeda y placentera. Se apoyó con las manos en mi hombro y me cabalgó lentamente. Sonrió.

Me montó durante un buen rato. Constantemente, no rápido. Noté que se excitaba muy rápido, pero no llegaba al orgasmo. Apartó mi mano y negó con la cabeza cuando intenté tocarle el clítoris. Siguió

follándome incluso cuando me corrí y solo paró cuando se me bajó la erección. Se quedó sobre mi pene unos instantes. “¿Bueno?”, preguntó en voz baja, preguntándome si había estado bien. Asentí con entusiasmo. Se levantó, se arregló la ropa y puso la mano en el pomo de la puerta. “¿Lo estás haciendo bien, bueno?”, preguntó, y asentí. “¡Bueno entonces bien!”, y se escabulló. Durante dos semanas, vino todas las noches y me folló sin decir una palabra. ¿De qué había que hablar, al fin y al cabo?

En la segunda semana, ya no apartó mi mano y le masturbé el clítoris con mucha suavidad. Se desplomó sobre mí en un orgasmo y siguió follándome sin decir palabra. A partir de entonces, lo permitió. Al final de la tercera semana, dijo “rotación”, que mañana trabajaría en otro departamento. Le di billetes de doscientos euros, “gracias por todo”, porque no sabía qué significaba “follar” en español. Vino por última vez tarde esa noche. En los días siguientes vinieron diferentes enfermeras; no entendía cómo funcionaba el horario. Al menos estaba progresando con mi fisioterapia y podía volver a caminar, aunque cojeando.

Durante las últimas dos semanas, el mismísimo Lucifer debió interceder por mí en el cielo. La jefa de enfermeras entró en mi habitación por primera vez y se detuvo, retorciéndose las manos. Todas las habitaciones estaban ya reservadas, ¿sería posible, como excepción, alojar a alguien conmigo? No pude decir ni una palabra; ella no paraba de hablar. ¡Solo me cobrarían la mitad, y qué agradecida estaba la administración del hospital! “¡Muchas gracias, doctor!”, y se marchó. Llevaba cuatro semanas molesto porque me llamaban “el doctor” aunque no lo fuera. Una típica molestia austriaca de la época imperial.

Dos enfermeras llevaron una cama a mi habitación individual, que ahora estaba abarrotada. Examiné a la recién llegada con atención. ¡Una mujer! Me froté los ojos. En la hoja de papel ponía “Sra. Kommerzialrat Morgenthaler”, sin nombre de pila; tenía 65 años, cinco menos que yo. Todavía dormía por la anestesia, con los brazos vendados hasta las axilas y extendidos como alas de ángel con una estructura metálica. Continué leyendo. Fracturas complicadas en ambos lados y quemaduras en ambos brazos, grado III. Miré su rostro,

muy arrugado pero no desagradable. Varias enfermeras vinieron a verla repetidamente. Por la noche, estaba completamente despierta y fuertemente sedada con morfina. Hablamos superficialmente durante una hora; yo la llamaba Sra. Kommerzialrat y ella la llamaba Doctora. Las enfermeras vinieron y la levantaron para colocarla en el orinal, con cuidado de ocultarme su desnudez. No tenía especial curiosidad, pero me sorprendió mucho porque tenía el pubis completamente afeitado, lo cual creo que es raro en mujeres de esa edad.

Debían ser pasadas las diez cuando las enfermeras la dejaron orinar de nuevo. Después, me senté en el borde de la cama, jugando indeciso con su edredón. Fingió estar muy sorprendida y me preguntó qué hacía. Le dije con sinceridad que estaba pensando si quería tener sexo con ella. Abrió los ojos de par en par. Y entonces rechazó la idea con indignación. ¡Era una anciana, ningún hombre quiere tener sexo con una anciana! No me sorprendió la facilidad con la que usó la palabra "sexo". Además, rápidamente hizo los cálculos: no solo era demasiado mayor para tener sexo, sino que tampoco había tenido sexo con un hombre en unos quince años. Asentí con la cabeza; era obvio que solo se juntaba con otras ancianas en el sofá. Sabiamente, me quedé callado; lo sabía de primera mano.

¿Quería preliminares antes del sexo, tal vez un poco de masturbación? Sin querer, me dirigí a ella de forma informal y la dejé sin palabras. No, no necesitaba preliminares ni masturbación antes del sexo; ¡no quería tener sexo en absoluto, y menos con un desconocido! Entre risas, dije mi nombre y la destapé, subiéndole la bata hasta el cuello. No podía mover los brazos y le miré el pulgar. Ahí estaba abrochado el botón, pero no movió ni un dedo, ni pidió a una enfermera.

Sus ojos se fijaron en mi pene. Ciertamente no es intimidante; a los 70, uno tiende a ser un poco más modesto. "No me vas a follar, ¿verdad, Doctor?" Su voz era algo tímida, no particularmente temerosa, más bien interrogativa. "No quiero que me folles", murmuró varias veces, levantando las rodillas y separándolas ligeramente. "No, por supuesto que no", dije bromeando, "¡seguro que no dolerá!" Me arrodillé entre sus piernas y ella cerró los ojos. Capté una leve sonrisa cuando la penetré. Me dejó follarla sin resistencia; estaba muy excitada al final, pero no había tenido un orgasmo. Me arrodillé de

nuevo después de haber eyaculado dentro de ella. Abrió los ojos. “Eres un cerdo”, dijo suavemente, mirándome directamente. Había tocado su clítoris palpitante con mi dedo y ella cerró los ojos de nuevo. La masturbé, lo más suavemente posible, y ella tembló violentamente en un orgasmo. Ahora me miró con una sonrisa amable. “¡Eres muy sensible, doctor!”, murmuró casi inaudiblemente mientras la cubría con la manta. La esposa del consejero comercial disfrutaba cada vez más de ser follada. Levantó las rodillas y me dejó separarlas de buena gana. No encontraba sus labios menores deshilachados particularmente atractivos, pero la masturbaba cada vez después de follarla, y generalmente también por la tarde, porque ya no tenía ninguna vergüenza en pedirlo. Le acercaba el teléfono a la oreja cuando quería hablar con su mejor amiga. Cuando su amiga venía de visita, salía cojeando al pasillo, sin interés en sus susurros íntimos. Me quedé más de dos semanas, follándola todas las noches y luego masturbándola. Apenas hablábamos; ella escuchaba la radio y yo leía en mi tableta. Todavía estaba indefensa atada a su cuerpo cuando le di un beso en la mejilla al irme.

Tras ocho semanas en el hospital, pude volver a caminar, aunque cojeando, pero fue una verdadera lucha. La antigua cuidadora, que de vez en cuando me había ayudado sexualmente desde que enviudé, se había mudado a una residencia de ancianos, y la nueva, Marina, era una mujer muy joven y embarazada. Tenía solo cuatro meses de gestación y había asumido el puesto de cuidadora porque necesitaba un techo y algo de dinero. No había ni marido ni novio a la vista. Nos hicimos algo amigos, y pronto empezó a venir a mi casa todas las noches. Cenábamos, tomábamos limonada o vino tinto y charlábamos durante horas.

Pronto fuimos al grano. Se quejó un poco de que sus amigas solo la visitaban para tener sexo; todas querían solo eso. Hacía tiempo que no las invitaba; se masturbaba todas las noches, y eso le parecía bien. No hablamos directamente, por supuesto, pero entendimos la idea. No me quejé; era viudo y la masturbación era parte de la vida. Dejé escapar que la anterior cuidadora a veces se quedaba a dormir en mi casa. Claro que sabía que una chica de 18 años no se acostaría conmigo. Acerté, porque dijo que tenía casi 20 y que la edad era solo un número para ella. Ya se había acostado con muchos hombres, al-

rededor de cien o menos. Mantuve las cosas con cautela; acostarme con ella era un sueño bonito, pero solo un sueño. No me lo esperaba. Una vez más, Lucifer intercedió por mí. En realidad, dos palabras del Príncipe Oscuro.

Descubrí que Marina no podía recibir la fisioterapia recomendada porque su seguro médico no la cubría. Le di algo de dinero y la animé a que siguiera adelante con la terapia. Cuando tienes 20 años, crees que puedes arreglártelas sin ella, pero cuando tienes 70, te duele mucho. Le dije que podía devolverme el dinero cuando quisiera. Tenía bastante dinero ahorrado, así que no me importó. Ella estaba muy indecisa porque no quería endeudarse conmigo, y así me lo dijo. Le aseguré que no esperaba nada a cambio; no tenía por qué acostarse conmigo por eso. Fue el argumento adecuado en el momento adecuado.

Lo segundo que me soltó el príncipe negro fue que el padre de la niña no hacía ningún esfuerzo por mantener económicamente a Marina. No había podido forzar un aborto, así que optó por una vida de lujo con su rica esposa — sin problemas — , abandonó a Marina, que estaba embarazada, y se enriqueció a costa de ella. Llamé al tipo y concerté una reunión de cinco minutos en la cafetería de enfrente. Se sorprendió porque yo era mayor de lo que pensaba, y lo juzgué correctamente en los primeros segundos. Ya había tratado con tipos así, como se suele decir. Me salté las formalidades y fui directo al grano. Solo tuve que agarrarlo por los huevos y apretar con fuerza. Apenas tuve tiempo de verlo derrumbarse. Dejé el papel con el número de cuenta bancaria de Marina sobre la mesa. Esperaba un primer pago por los últimos meses en una semana, y luego pagos mensuales de manutención infantil durante los próximos 18 años. Asintió con desánimo. Me fui sin despedirme y le dejé que pagara mi café.

Marina se quedó atónita al recibir el dinero. No le había dicho ni una palabra sobre haber tenido una conversación seria con el tipo, pero ella lo sabía de todos modos, y no lo negué. De alguna manera, le había tomado cariño a Marina y estaba decidido a apoyarla. No era precisamente guapa; en mi juventud, ni siquiera me habría fijado en ella. Nunca usaba sujetador ni ropa interior y casi siempre llevaba el mismo vestido raído, que dejaba ver más de lo que ocultaba, quizás a

propósito. También me di cuenta, por el vestido transparente, de que no se depilaba el vello púbico, pero eso no importaba. Se bañaba a diario y se lavaba su precioso cabello rubio rojizo, que le llegaba hasta el pecho. Me gustaban sus cejas rubias platino y sus largas pestañas rubias que contrastaban maravillosamente con sus ojos verde claro.

Me contuve; yo tenía 70 años y ella unos 20. Le gustaba escucharme porque quería acortar la brecha generacional. Hablaba a menudo de sexo, y le encantaba. Había renunciado por completo a invitar a sus exnovios a casa para tener sexo. Hablaba abiertamente y sin reparos sobre la masturbación, describiendo todas sus técnicas, y ambos nos reímos cuando dijo que algunas cosas se veían mejor mostradas que descritas. Asentí con la cabeza, pero no la presioné. Yo también fui abierto y honesto sobre mi propia vida sexual; no había mucho que contar. Ella seguía preguntándome cuánto la echaba de menos, y yo respondía que mucho. Seguía diciendo que no le gustaban las masturbaciones ni las felaciones; ya había tenido suficiente de eso en la escuela. Era sexo de verdad o nada, así lo veía ella. Ya había oído eso antes.

Una noche, ella tomó la iniciativa. Inesperadamente se sentó en mi regazo, nos besamos por primera vez, ¡y cómo! Sus besos con lengua me llevaron al séptimo cielo. Sintió mi pene erecto y se levantó a medias para quitarme los pantalones. Se sentó de nuevo, con las piernas bien abiertas, sobre mis muslos desnudos y se quitó el vestido por encima de la cabeza. “Lo quiero, tu grandote lo quiere, ¿tú también lo quieres?” susurró en el abrazo. Asentí, por supuesto. Me folló por primera vez, sentí su vientre redondo contra el mío y acaricié sus pechos. Me folló despacio pero con firmeza, nuestras lenguas luchando por cada placer. Tardé mucho en correr. Ella ya estaba muy excitada y me mordió suavemente los labios mientras me corría dentro de ella. Me abrazó fuerte y se quedó sentada sobre mi pene, aunque este se estaba ablandando rápidamente.

Ella seguía muy excitada por el sexo, pero nunca llegaba al orgasmo. ¿Podría hacerlo ahora, o eso me molestaría? Asentí repetidamente; me encantaría estar allí, y ya le había dicho que disfrutaba viendo a mujeres y chicas masturbarse. Bajó la mano y se masturbó

con fuerza y pasión. Nos besamos durante su orgasmo. Tuvimos sexo todas las noches hasta el parto, siempre sentados; ella lo prefería a estar tumbada boca arriba como un escarabajo.

Esperé en la sala de espera hasta que, tras un largo parto, dio a luz al pequeño Erik. Inmediatamente me permitió estar con ella, como si fuera su amante. Estuvimos juntos durante meses, y pronto retomamos nuestras relaciones sexuales por las noches. La ayudé económicamente para que al pequeño Erik no le faltara de nada. Cuando cumplió cuatro años, se mudó a un apartamento más grande con una habitación infantil y me visitaba varias veces por semana para tener relaciones sexuales placenteras.

Deja que el pequeño juegue desnudo en el suelo mientras ella me folla en la encimera de la cocina. También cree que está bien que nos vea; tenemos sexo amoroso, nada perverso. Hablamos de ello una vez, y le sugerí que le enseñara a masturbarse cuando tuviera siete u ocho años, y luego a tener sexo cuando tuviera once o doce. Marina me miró con los ojos muy abiertos. ¿Incesto? Asentí; ¡me importa un bledo el incesto! Lo pensó y dijo que decidiría en función de cómo resultara Erik.

Al principio, el niño pequeño separó las nalgas de Marina con las manos y se inclinó para comprobar si mi pene estaba realmente dentro de ella, pero pronto perdió el interés. Hice que se tumbara en el banco para masturbarse y así poder observarla. Tenía un sexo realmente hermoso, labios mayores preciosos y abundantes y labios menores casi invisibles. Empezó retrayendo el pliegue protector de piel sobre su clítoris. Su clítoris era del tamaño y la forma de la goma de borrar de un lápiz, y solo lo estimuló brevemente porque todavía estaba cachonda por el sexo. Primero despacio, luego cada vez más rápido, se frotó el clítoris hasta que se corrió. Presionó la mano contra su vulva y cerró las piernas con fuerza para disfrutar de las convulsiones con los ojos cerrados. Rara vez se masturbaba una segunda vez.

Le gustaba mucho cuando la masturbaba hasta el orgasmo casi al final. La acariciaba con los dedos mientras se masturbaba, lo cual le

encantaba. Una vez dijo, riendo, que a veces usaba un pene de goma grande y suave por la noche, pero nunca lo vi.

La animé a que volviera a invitar a sus amigas. Su joven cuerpo aún anhelaba una polla fuerte, y montar la mía, ya vieja, no era suficiente. Negó con la cabeza con desaprobación; prefería estar sentada, pues así tenía más control que tumbada indefensa como un escarabajo. Y mi polla seguía estando perfectamente bien, me regañó. Pero ella seguía invitando a sus amigas para que las follaran como es debido por la tarde. Todas las noches me contaba sobre el sexo de la tarde y le encantaba describirlo con todo detalle. Sus amigas la convencieron para que se afeitara el vello púbico. Yo la afeitaba una o dos veces por semana.

Esa noche, los tres estábamos desnudos en mi apartamento, y Marina se acostó en la bañera para afeitarse. Al pequeño Erik le parecía muy, muy excitante afeitarse. Cuando terminé de afeitar y limpiar la suave zona púbica de Marina con una toalla tibia, él se unió con entusiasmo. "¡Limpia a mami!" ordenó el pequeño, frotándola con fuerza. El pequeño Erik me miró expectante. "¡Mira, ahora sé cómo se hace de verdad!" me gritó, metió su pequeño pene en la vagina de Marina y me enseñó a follar. Después de unas cuantas embestidas, gimió e imitó la eyaculación femenina. Marina y yo nos reímos a carcajadas, y el pequeño pataleó. "¡Sigue, sigue, hazlo bien! ¡Mami lo dice, y puedes creerme!" Intenté mantener la compostura. Y cada vez después de afeitarse, metía su pequeño pene en su vagina y la follaba brevemente, a veces durante más tiempo. Finalmente, le dio una firme palmada en el trasero. «Esa es la forma correcta», me indicó. Por supuesto, quise saber por qué. Sin dudarlo, respondió que su madre siempre le decía eso a su marido: «¡Esa es la forma correcta, sigue así!», citó sus palabras. Marina y yo nos contuvimos para no estallar en carcajadas. Una vez, cuando el pequeño la estuvo follando juguetonamente durante un buen rato, dije que probablemente la cuestión del incesto era discutible.

Ella ha venido al menos una vez por semana durante los últimos cinco años; dijo que no necesitaba tener relaciones sexuales más de una vez por semana. Estoy agradecido, porque yo también he envejecido y mi libido ha disminuido.

Estoy agradecido a Lucifer; me hizo un regalo maravilloso en mi vejez.

Asado del diablo

von Jack Faber © 2023

Entré en el despacho de la Sra. Hooker con una sensación de inquietud. La jefa del Servicio Secreto levantó la vista de su portátil y lo cerró a medias. Me senté mientras ella, en lugar de saludarme, me llamaba "Jones" y señalaba con la barbilla hacia la silla. "Buenos días, Sra. Hooker", dije y esperé; no había hecho nada malo, simplemente tenía curiosidad. Sus ojos eran duros como diamantes y me miraban fijamente. Nunca nos habíamos visto en persona, pero sabía por otros agentes que ella nunca entablaba conversaciones triviales, ni siquiera por un segundo. Y era cierto.

"Lewis nos deja, va a tener un bebé." Yo no tenía nada que ver con Lewis; no era mi hijo. "La Segunda Dama insiste en que reemplaces a Lewis y te hagas responsable de su hija. Insiste." No conocía a la esposa del Vicepresidente ni a su hija. Sin embargo, era un gran salto profesional para un agente que solo llevaba tres años en la fuerza. "Empezarás a las ocho en punto pasado mañana en One Observatory Circle", dijo sin rastro de emoción. Asentí y murmuré que sería un gran honor. Ella lo ignoró por completo. "Quería una agente, pero no había nada que pudiera hacer; te solicitó específicamente a ti. Explícitamente. Jones." La sostuve con la mirada inquisitiva. No conocía a la Segunda Dama, al Vicepresidente ni a su hija, dije con firmeza. "No hay nada, absolutamente nada, por mi parte", concluí. "Lo averiguaré, cien por cien, Jones." La sostuve con la mirada y sonreí; no había nada. Abrió su portátil, me despedí y me quedé allí, aún sujetando el pomo de la puerta. "Jones". No era una despedida; tenía algo más que decir. "Esto es privado ahora, Jones", dijo, sus ojos ya no eran diamantes sino cubitos de hielo, derritiéndose en el fondo del vaso de whisky. "¡Cuidado con tu espalda, Jones, esa mocosa es un maldito demonio, tan cachonda como una perra en celo! ¡Te despido en el acto si no puedes controlar ese culo negro!" Tragué saliva. ¿Qué podía decir ante eso?

Comencé mi turno y estuve con Lynn, la hijastra de 16 años del vicepresidente, las veinticuatro horas del día. El astuto anciano quizás

fuera un excelente experto en política china, pero su comprensión de la naturaleza humana era nula. Se había casado con una mujer mucho más joven con una hija adolescente, y era absolutamente cierto, esa mujer era una auténtica prostituta, no había otra forma de decirlo.

Pero fue Lynn quien se fijó en mí y preguntó por mí a través de mamá. Me había visto en la Casa Blanca alguna vez, no tengo ni idea de cuándo. Y la señora Hooker tenía razón, Lynn coqueteó conmigo intensamente desde el primer momento. Mantuve la distancia por completo, como dice el libro, pero aun así tuve que contenerme porque Lynn no llevaba ropa interior y me mostraba sus joyas en cada oportunidad. No era una chica particularmente guapa, pero siempre estaba limpia y bien maquillada. Me sentaba delante de su clase, leía todos los periódicos y me presentaba regularmente en el cuartel general.

Lynn entrenaba conmigo todos los días en el pequeño gimnasio. Krav Maga, Judo, combate cuerpo a cuerpo, defensa personal. Era muy buena, aprendía muy rápido y le encantaba sujetarme o tocarme fracciones de segundo más de lo necesario. Entrenábamos hasta que estaba completamente agotada y siempre era la última en terminar. Después de 10 días, había explorado cada centímetro de mi cuerpo y lanzaba su ataque de forma totalmente inesperada.

Me había tirado al suelo con un seoi nage, una proyección de hombro tradicional, y, desafiando todas las reglas, se sentó sobre mis muslos. Miré debajo de sus pantalones cortos de gimnasia, ya que, como siempre, no llevaba bragas. Yo también conocía cada centímetro de su cuerpo, había visto a menudo su vulva con poco vello cuando sus pantalones cortos lo dejaban todo al descubierto. Sonrió con malicia y descaro. “¡Nada de cámaras, solo nosotros dos!”. Con un tirón, me bajó los pantalones cortos de gimnasia. Sin decir palabra, tiró los suyos a un lado y se montó sobre mí, guiando mi pene dentro de ella con un suave suspiro.

Pensé en la señorita Hooker solo por un instante y la desterré de mi mente de inmediato. Lynn no era precisamente una belleza, pero ¿quién rechazaría a una joven de 17 años sentada sobre su pene? La

dejé follarme sin rechistar y la follé desde abajo. Disfruté de sus besos franceses salvajes y exigentes y sentí el impulso de correrse en mi pene. Con un fuerte suspiro, Lynn se desplomó, temblando, sobre mi pecho. La follé salvajemente durante unos instantes más y le agarré las nalgas mientras me corría dentro de ella.

Nos sentamos en silencio uno al lado del otro. “Mi primer pene negro”, susurró, apenas pude oírla. Me dijo en voz baja que había visto a su madre tener sexo desde pequeña; no engañó a su hija. “Me he masturbado desde pequeña, esperando ansiosamente cada día para tener sexo. Pero la masturbación era todo lo que tenía hasta hace tres años, cuando finalmente tuve a alguien con quien tener sexo”. Susurrando, me contó sobre sus primeros pasos y todos los demás con quienes había aprendido a correr. No siempre tenía un orgasmo durante el sexo y se alegró de que hubiera funcionado conmigo. Lynn quería tener sexo de nuevo de inmediato, así que lo hicimos otra vez, pero esta vez en la posición del misionero. Esperé con los dientes apretados hasta que tuvo un orgasmo y finalmente me corrí dentro de ella.

Al día siguiente, cuando me presenté en la sede, la Sra. Hooker me gritó, diciendo que me llamaría inmediatamente y que debía estar listo. “¡Idiota! Ni siquiera han pasado dos semanas y no puedes controlar tu negro culo”. No estaba enojado por el comentario racista, sino por haber sido descubierto. “Jones. Por el amor de Dios, ni siquiera puedes orinar sin que quede grabado, ¿lo has olvidado?”, balbuceé, pero la Sra. Hooker me interrumpió bruscamente. “Y por supuesto que limpié el desastre que dejaste y lo borré de la cinta. Estúpido cómo mami limpia el negro culo de su bebé”. Estaba seguro de que me iban a despedir y gruñí: “¡Gracias, mami!”. No cayó en la trampa. “Si vuelve a suceder, envíame un mensaje directamente. Inmediatamente”. La oí crujir su libreta. “Solo 1147, Jones”. La oí anotar: “Once cuarenta y siete, Jones. Jones estaba eyaculando en el paraíso”. Repetí el código y suspiré aliviado; al parecer, no me habían despedido. “Te lo advertí. Así que, 1147 ahora mismo, para que pueda borrar la cinta. Y hazlo bien, maldita sea, bien hecho, ¡o esa mocosa estúpida correrá a quejarse con su padre!”. Colgó sin decir palabra, y me alegré; parecía que me estaba cubriendo.

El romance duró seis semanas. Lynn me llamaba de día o de noche, ya fuera a One Observatory Circle o a la Casa Blanca, donde nos quedamos a dormir varias veces cuando el Presidente y el Vicepresidente trabajaban largas jornadas. Me encantaba acostarme con Lynn; era lo único bueno del trabajo. Por supuesto, le enviaba un mensaje al 1147 cada vez, como me habían ordenado. Después de seis semanas, el entusiasmo de Lynn fue disminuyendo gradualmente, y lo expresó abierta y honestamente. Asentí con la cabeza en señal de comprensión; después de todo, no estaba enamorado. Lynn seguía llamándome de vez en cuando, pero de forma irregular. Eso me parecía bien. La llevaba a casa de sus amigas a estudiar y vigilaba la puerta, donde Lynn tenía sexo ruidoso y apasionado con uno u otro chico, y a veces también con sus amigas. Iba a estudiar muy a menudo.

Pasamos la noche en la Casa Blanca otra vez. Lynn durmió en la habitación de Teddy Roosevelt, y después de que follamos hasta medianoche, se durmió y yo me quedé de guardia fuera de la puerta. Montar de guardia y tener que mantener la atención estando medio dormido era algo que se aprendía rápidamente en el Servicio Secreto. Noté movimiento; alguien salía de una de las habitaciones. Supe al instante que la figura encapuchada con el arma de alto calibre no pertenecía a ese lugar. Oí el silbido del silenciador; la bala me atravesó el muslo y me tiró al suelo. Le disparé al tipo mientras estaba tumbado, vacié el cargador y disparé las siete balas sin fallar. El golpe de mi pistola llamó a otros agentes; dos agentes yacían inconscientes al final del pasillo. Perdí el conocimiento.

La Sra. Hooker era la última persona que esperaba ver junto a mi cama al despertar. Sus ojos, fríos como el hielo, estaban casi derretidos. “Recibí tu 1147, Jones, y me iba a la cama después de borrarlo, y entonces esto”. Soltó una risita, probablemente la primera en su vida. “¿Sabes lo primero que pensé, Jones? ‘¡Al menos ese chico pudo correrse en el paraíso una vez más, Jones!’”. Se rió entre dientes y se tapó la boca con la mano. Dijo que había recopilado todas las grabaciones borradas y las veía por la noche mientras se masturbaba. No me engañó. “Para empezar, no creo que un bloque de hielo como tú siquiera sienta un orgasmo”, interrumpió, protestando airadamente, “y segundo, los viejos puritanos como tú coleccionan cualquier cosa para tener algo contra mí o Lynn”. Me miró fijamente. “Jones, cuan-

do te recuperes, te voy a agarrar y entonces descubriremos lo del orgasmo". "¡Bah! ¡Nada de orgasmos! ¡Bueno, ya verás!" ¿Detecté una sonrisa tras su máscara?

Se puso seria de nuevo cuando le pregunté. Era una agente norcoreana, conocida por las autoridades por ser una ladrona perfecta. Nadie sabía si su misión era robar documentos o asesinar al presidente. El presidente quería encubrirlo todo, y ellos querían averiguar cómo había logrado entrar en su habitación. «¡Ni una palabra a los medios, Jones!». Asentí; eso estaba claro. ¿Y Lynn...? Me miró con frialdad. «Su seguridad está garantizada, cálmate, Jones. Cuando te recuperes, Jones, veremos qué pasa». Salió justo cuando una enfermera entró en la habitación.

Al final de mis vacaciones de recuperación, la Sra. Hooker apareció en mi puerta una noche. Tenía buena memoria y me recordó cuánto la había lastimado en el hospital. Cerró la puerta con llave y se metió en la ducha. Volvería enseguida, dijo, sin decir nada más. Durante los siguientes dos días y tres noches, me demostró que era tan experta en follar con Lynn y en darle orgasmos como la propia Lynn, pero por lo demás, se mantuvo distante. Se aseguraba de tener orgasmos tan a menudo como fuera posible durante el sexo, pero nunca se masturbaba en mi presencia. Durante los descansos, se sentaba desnuda frente a su computadora portátil o hablaba por teléfono. Intenté averiguar más sobre su vida privada, pero evadió el tema. Había sido una mujer muy atractiva en su juventud y había tenido algunos amantes de esa época. No dio detalles, ni una sola palabra. Nunca se había casado, pero tenía una hija que vivía en el Sur. No quiso revelar nada más personal. Claramente disfrutó de este largo fin de semana conmigo. Una vez dijo que para ella también era algo especial acostarse con alguien treinta años menor. No era la primera mujer mayor con la que me acostaba, pero sí una de las más extraordinarias. Era vieja, ¡por Dios!, y estaba llena de arrugas, pero tenía que admitir que follaba de maravilla. Cuando se fue, me dijo que me olvidara de retomar nuestra relación profesional ese fin de semana.

Tras seis meses, me recuperé por completo y me reincorporé al servicio. Me habían ascendido, recibí una generosa bonificación y un

sueldo más alto. Para los demás agentes, yo era un héroe del que no se debía hablar, y el Presidente me entregó una medalla en el Despacho Oval. Era jefe de escuadrón, tenía seis agentes a mi cargo y nunca más me asignaron a la protección de Lynn, aunque seguimos viéndonos en privado durante años.

De Vacaciones

von Jack Faber © 2023

Estuve tres meses viviendo con Kati, mi hermana pequeña, y su hija Alina (a quien llamábamos Lina). Estaba a 700 km de casa, pero la pandemia me obligó a trabajar desde casa. Así que no importaba dónde estuviera físicamente. Había gestionado bien mi carga de trabajo como editora y correctora de pruebas para Michaelis Publishing incluso durante la pandemia; teníamos videoconferencias dos veces por semana, o más a menudo si era necesario, y eso era perfectamente suficiente. Incluso encontré tiempo para seguir trabajando en mi primera novela.

Kati estaba encantada y agradecida de que tuviera tiempo para ella. Podía cuidar de Lina, de 16 años, por las tardes, y ella podía trabajar a tiempo completo en el hospital y concentrarse en su formación de enfermería. No le había prometido nada, pero me pareció lo correcto ayudarla hasta que terminara su formación. Había vaciado mi apartamento y lo había alquilado; una amiga se hizo cargo. Mantener las amistades por correo electrónico no era tan fácil como salir a tomar una cerveza con alguien; ese era el único inconveniente.

Durante mis visitas anteriores, Lina había sido una niña desafiante y agresiva. Kati había encontrado una nueva terapia para ella: gotas de cannabis con CBD. Lina era como otra niña, una joven de 16 años refinada y tranquila, con cierto retraso en el desarrollo en algunas áreas. Tenía trastorno límite de la personalidad, pero estaba en plena pubertad, con la capacidad mental de una niña de 12 años. Sorprendentemente, no tenía problemas en la escuela; estudiaba diligentemente todas las tardes sin necesidad de que la animaran. Enseguida comprendió que yo necesitaba concentrarme en mi trabajo por las tardes, y acordamos que le dedicaría media hora cada tarde. Esto me permitió concentrarme plenamente en mi trabajo.

Lina recibió cinco gotas en un terrón de azúcar al mediodía y de nuevo al final de la tarde. Después del terrón, extendió la mano y se puso dos gotas más en el dedo. Se bajó las bragas y se frotó las gotas

en el clítoris y la abertura vaginal. La primera vez, le pregunté, y dijo que le había dado una sensación maravillosa por dentro. Enseguida me di cuenta de que no conocía la terminología y le dije que "Mumi" significa coño o vulva. Ella asintió; quería aprender todo eso, dijo. Kati, curiosamente, había conservado los términos infantiles.

Entendí lo que quería decir la primera tarde. Se sentó en el segundo escritorio, se bajó las bragas y levantó las piernas, apoyando los talones en el asiento junto a sus nalgas. Vio un cortometraje en su tableta y, distraídamente, se tocó el clítoris. A su manera particular, se lo acarició con la punta del dedo durante lo que pareció una eternidad. No se masturbaba como las demás chicas, frotándose el clítoris con firmeza de arriba abajo, sino que movía la punta del dedo rápidamente, como si acariciara la barbilla del clítoris. Después de solo dos minutos, sus muslos comenzaron a temblar ligeramente, y tras otros diez minutos de temblores, terminó, sin ningún orgasmo perceptible. Luego apagó la película y comenzó a estudiar. Al final de la tarde, recibió otra dosis de lubricante y se frotó el clítoris y la abertura vaginal de nuevo, vio otro cortometraje y se masturbó como antes.

Por supuesto, le pregunté esa misma tarde. No tuvo ninguna duda y me dio la información. Veía películas porno cortas y hacía el "pequeño cosquilleo", pero solo hacía el "gran cosquilleo" justo antes de dormirse. Le dije que el "pequeño cosquilleo" en realidad se llamaba masturbación y le pregunté cuál era la diferencia. Lina lo pensó durante un buen rato. Cuando hacía el "pequeño cosquilleo", no lo hacía con tanta fuerza y no tenía un orgasmo intenso. Antes de dormirse, se masturbaba como había visto hacerlo a su madre, terminando con un orgasmo intenso. "El orgasmo se llama orgasmo", dije. "Ah, ¿y cómo lo viste?", pregunté sorprendida, y ella dijo que la puerta del dormitorio estaba rota y se podía ver dentro, y que su madre siempre dejaba la lucecita encendida por la noche, incluso cuando estaba dormida. Dijo con toda franqueza que había aprendido a masturbarse hacía muchos años mirando, con un gran orgasmo al final, igual que su madre. Y su madre lo hace todas las noches hasta que se duerme, a menos que un hombre duerma con ella. Así fue como supe que Kati traía a casa a un ligue de una noche cada pocas semanas. "Y luego hacen lo de empujar y pegar", dijo Lina, con las mejillas sonrojadas.

“Follan”, dije, “así es como llamas follar”. Lina asintió, “Normalmente solo follan una vez, no dos como Tobi”.

Mi curiosidad se despertó. ¿Quién es Tobi? El chico de al lado que solo viene en Semana Santa. “Es un año menor que yo”, dijo Lina, “y tiene que ir a una escuela especial porque es muy tonto”. Lina me contó que Tobi solo le permitía masturbarle el pene y dejar que eyaculara; ella aprendió de él cómo hacerlo. Al principio se sorprendió cuando el semen salió disparado, pero él dijo que era normal. Así que ella le dejaba eyacular tantas veces como quisiera.

Pero desde las últimas vacaciones de Pascua, había estado teniendo relaciones sexuales con ella, generalmente dos veces, a veces incluso tres seguidas por la tarde. Pero solo me dolió la primera vez, no después. Debí de parecer tonta, porque Lina me preguntó si no lo sabía. Negué con la cabeza; no, eso era nuevo para mí. ¿Y qué dice mamá al respecto? Lina bajó la cabeza. “No se lo he dicho porque Tobi dijo que mamá definitivamente lo prohibiría”. Asentí pensativa. “Puede que tenga razón, tu estúpido Tobi”.

Aún quedaba tiempo antes del siguiente terrón de azúcar. Le pregunté a Lina si también nos observaba, a Kati y a mí. Quizás no lo pregunté con suficiente tacto, porque Lina palideció. Finalmente, susurró: “Sí, claro, todas las noches. Cuando han estado follando”. Siguió un largo silencio. “La tía Doris dijo el otro día que no se puede hacer eso, es una infección”. Me corregí automáticamente: “Incesto, se llama incesto”, y me pregunté cómo podría explicárselo a Lina. Doris era, estrictamente hablando, mi tía rica y tía abuela de Lina. Kati y yo no teníamos una buena relación con ella, aunque el apartamento de Kati le pertenecía. Llevaba dieciséis años entrometiéndose en la crianza de Lina; sus puntos de vista e ideas provenían de una época pasada. ¿Qué le importaba a ella que Kati y yo estuviéramos follando?

— Escúchame bien, Lina. Kati y yo dormíamos en la misma cama cuando éramos niñas, y en algún momento empezamos a tener relaciones sexuales durante muchos años. Luego naciste tú, tu padre no te quería, y tampoco quería casarse con Kati, así que Kati se mudó aquí. Como has visto, mamá solo se acuesta con hombres de vez en

cuando, y cuando la visito, tenemos relaciones sexuales como antes, si ella quiere. Sé a qué se refiere la tía Doris; en realidad no está permitido. Pero cruzar la calle con el semáforo en rojo tampoco está permitido, aunque todo el mundo lo hace cuando no viene ningún coche. Es similar con el incesto; cuando nadie mira, mucha gente lo hace. Pregúntales a tus amigos cuántos de ellos tienen incesto. Creo que está bien porque es bueno para Kati y para mí. A ti también te gusta que Tobi tenga relaciones sexuales contigo, porque lo disfrutas, aunque mamá probablemente lo prohibiría. — Lina asintió. "Creo que ahora lo entiendo. Quizás la tía Doris tenga razón, pero no conoce la situación tan bien como tú y simplemente la ignora." Asentí; era un buen resumen.

Lina tenía algo más que decir. Dudó un momento hasta que finalmente lo soltó: "¿Conoces a mi padre?" Me tomé mi tiempo. "Sí, lo he visto dos o tres veces, solo un saludo rápido, nada más. Solo sé cómo trató a Kati, no muy bien. Al final no quería divorciarse y quería casarse con Kati, lo cual fue bastante cobarde y cruel. Kati le creyó cuando dijo que quería divorciarse y casarse con ella, ¡pero era mentira!" Lina se mordió el labio inferior, así que hablé primero. "Hablaré con mamá sobre tu padre para que ella te lo cuente. Deberías oírlo directamente de ella." Lina asintió agradecida, y entonces llegó el momento de las gotas. Lina se frotó el aceite de cannabis en el clítoris y se sentó con su tableta para ver porno y jugar con su clítoris. ¡La hizo tan feliz!

Kati y yo solíamos dormir en la misma habitación infantil, y cada una tenía su propia cama. Después de que nuestra madre murió, Kati, de 11 años, iba con su padre todas las noches y lo masturbaba. Él nunca la agredió, y ella lo masturbaba con pasión y de buena gana. Lo desprecié por un instante; yo tenía 15 años y tenía que masturbarme, no tenía una hija que me hiciera eyacular. Pero fue solo un momento de estupidez, porque, por supuesto, Kati me masturbaba tan a menudo como yo lo necesitaba, ya que en aquel entonces le encantaba frotar penes y verlos eyacular. Aprendí de ella cómo masturbar correctamente a una chica. Más tarde, cuando Kati tenía 13 años, estaba desesperada por perder la virginidad y follar como todas sus amigas. No duré mucho; la desvirgué, y follamos como locos todas las noches hasta que se enamoró de su jefe, el médico jefe Erich, y ense-

guida se quedó embarazada. La consolé cuando él la dejó y le aconsejé que se mudara al apartamento de su tía y estudiara allí para ser enfermera. Sigo pensando que no fue un mal consejo.

Esa noche, en la cama, le conté a Kati sobre mi conversación con Lina. Al principio, le preocupaba que me molestara que Lina se masturbara todas las tardes; ella lo sabía todo. Pero la tranquilicé, diciéndole que la masturbación de Lina me parecía perfectamente bien. Kati se horrorizó al saber que Lina se había acostado con Tobi. Le señalé que Lina tenía al menos 16 años, quizás incluso 17, y que no me sorprendía en absoluto; era completamente normal a su edad. Kati se fue calmando poco a poco. Por suerte, Lina aún no había tenido la regla, así que no había riesgo de que se quedara embarazada. Intenté explicarle a Kati con delicadeza que Lina había estado espiando por la puerta rota, pero ella solo se rió. Claro que lo sabía; quería que el niño viera sexo normal y natural. Se sentía un poco avergonzada de mí por sus aventuras de una noche, pero le aseguré que para mí estaba perfectamente bien y que no era ningún problema. Kati suspiró aliviada, pero aún no habíamos terminado.

El padre de Lina. Kati tragó saliva, no podía, todavía no. No lo entendía. Finalmente, Kati sacó a relucir su problema, muy torpemente. ¿Recordaba a Erich? Vagamente, dije, muy vagamente, solo lo había visto por segundos. Tiene labio de Habsburgo, dijo Kati, un labio de Habsburgo realmente notorio. Sobresale tanto, es hereditario. Gradualmente, me di cuenta de a qué se refería. “¡Lina no tiene labio de Habsburgo, definitivamente no!” dije. Kati contuvo la respiración, ¿cuándo lo entendí por fin? Negué con la cabeza, Lina no tiene labio de Habsburgo, ¿y qué? ¿No era Erich su padre? Kati estaba desesperada, todavía no caía en la cuenta. “En aquel entonces, solo me acosté con dos hombres, no era una chica indecente que se acostaba con todos”, dijo Kati. Maldita sea, ¿a qué se refería? Vale, dije, solo te has acostado con dos hombres, Erich, ¿y quién más? Estaba molesto. Nunca mencionó a un segundo tipo, refunfuñé enfadado. Kati se dio por vencido. “¡Erich, y tú!” La idea me golpeó como un montón de ladrillos. Abrí los ojos de par en par. “¿¡No puedes estar hablando en serio!?” Kati dijo que no lo sabía; llevaba 17 años dándole vueltas al asunto. ¿No era válido el argumento del labio de los Habsburgo? No lo sabía, no quería saberlo, quería escapar a dormir. Pero no podía

dormir. Salté, corrí desnudo al estudio y casi tiro a la pobre Lina, que estaba espiando fuera de la puerta. Recorrí todo internet, de arriba abajo. Seguía sentado frente a la pantalla cuando Kati se levantó y preparó café. Dije triunfalmente que el maldito labio de los Habsburgo no siempre era hereditario. Había anotado a todos los que no tenían labio de los Habsburgo; Era una lista considerable. Kati salió corriendo al trabajo y dijo: "¡Hablemos de ello esta noche!".

Dormí hasta el mediodía, y Lina me despertó en la cama. Me destapó y me preguntó si podía mirar mi pene. Murmuré algo adormilado, y ella lo tomó en su mano. Poco a poco me desperté y le di las gotas. Ella ya estaba en su escritorio, viendo porno y acariciándose el clítoris con las yemas de los dedos. Empecé a trabajar, pero no avancé nada. Como de costumbre, Lina había terminado de jugar con su clítoris y había hecho sus deberes. Después levantó la vista y se acercó a mí. Apagué la pantalla y comenzó nuestra sesión de media hora.

Como tantas veces antes, se sentó en mi regazo y hablamos de cosas de la escuela que le preocupaban. Me recordó la conversación de hacía unos días sobre el incesto. De hecho, había preguntado a muchas de sus amigas, y aunque no eran muchas, algunas habían tenido experiencias incestuosas. Excepto una, todas habían sido con su hermano o hermanos; solo una había tenido incesto con su padre. Lina estaba asombrada y ya lo había calculado: el 32% había tenido incesto, el 68% no; seguían siendo vírgenes. "O te mintieron", intervine. A Lina le costaba entender el concepto de mentira. "¡No se mienten a propósito!", exclamó con desesperación. Le dije que la persona promedio miente 120 veces al día. Claro, sobre todo pequeñas mentiras ocultas. Te preguntan "¿Cómo estás?" y respondes "¡Bien, gracias!", aunque, para ser honesto, deberías decir "¡Fatal! ¡Y no me preguntes más!". Pero ¿quién dice eso? Lina lo pensó un buen rato y dijo que tal vez fuera cierto. Sin embargo, no había entendido sobre qué mentían los demás ni por qué. Cambió de tema de forma abrupta e inesperada.

"Vi tu polla a la hora del almuerzo, es realmente grande, más grande que la de Tobi, ¡y se ve genial!" Gruñí, "¡En realidad, la estuviste acariciando durante 10 minutos!" y ambos estallamos en carcajadas. Ella realmente me había frotado hasta que me corrí; solo había

salido de la habitación un segundo demasiado pronto, y entonces eyaculé. Todavía riendo, preguntó si podía masturbarlo, hacer que se corriera, ¿como Tobi? Me desperté al instante. Me di cuenta de que hablaba totalmente en serio. Tenía que poner una barrera sin herir sus sentimientos. “¡Pero solo si estás completamente desnudo!” No pudo superar eso; la barrera era demasiado alta.

Apenas había terminado de hablar cuando ella reaccionó, se quitó el vestido y la camiseta por encima de la cabeza; nunca usaba bragas por la tarde. Con un tirón, me bajó los pantalones y se sentó completamente desnuda sobre mis muslos otra vez. Me quedé atónito. Extendió la mano hacia mi pene como si fuera lo más natural del mundo. Ya estaba duro. Tuve que subir el listón aún más. “Tienes que atrapar tu pene entre tus labios cuando te masturbas”, dije, esperando que se rindiera. ¡Para nada! Lo hizo, preguntó si estaba bien y apretó mi pene entre sus labios. “Y presiona tu clítoris firmemente contra tu pene para que puedas sentirlo”, dije débilmente, porque ya había perdido. “Tienes que presionar tu clítoris contra tu pene como durante el sexo”, expliqué, “y cuando me corra y grite ‘¡Ahora!’, tienes que tomar la cabeza entre tus labios y en tu boca para que no eyacule!” “Lo dije con crueldad”, dijo Lina. Sus ojos se abrieron de miedo. — Pero entonces me salpicará en la boca — se quejó, y esperé que se rindiera. ¡Para nada! Pensó un momento: — ¿Y puedes tragártelo? Estaba derrotado. — Sí, claro, cariño, viene de tu cuerpo, ¡no es venenoso! Tenía un último as bajo la manga. — Y una vez que te lo hayas tragado todo, lame la punta con mucha suavidad y cuidado, ¡así se hace! Lina me sujetó el pene inmóvil y repitió todo en un susurro. Luego asintió: ¡De acuerdo!

Ella me masturbó el pene durante 10 minutos, presionando su clítoris contra él, y yo le recordé que usara su clítoris. Sus muslos ya temblaban después de unos minutos. Me corrí, dije “¡Ahora!” y ella tomó la mitad de mi pene en su boca. Parpadeó asustada cuando el chorro entró en su boca, pero cerró los ojos con fuerza mientras, después de mucha vacilación, tragó el semen a sorbos cautelosos. Sus muslos temblaban como hojas de álamo mientras lamía la punta limpia con su lengua y labios. Levantó la mirada, sus muslos aún temblaban violentamente. Tomé una respiración profunda; sus muslos aún temblaban. ¿No quería masturbarse como es debido ahora, como

es debido con un orgasmo, con una explosión? No necesitaba ninguna incitación especial; todavía estaba cachonda por lamer mi pene. Se masturbó igual que Kati, frotando vigorosamente su clítoris firmemente de arriba abajo con un dedo, y se acurrucó de forma convulsa cuando el orgasmo la abrumó.

Después del terrón de azúcar, se frotó las gotas en el clítoris y la abertura vaginal como de costumbre, se sentó a ver porno y, como siempre, con la última falange del dedo se frotó rápidamente el clítoris de arriba abajo. Me giré hacia la pantalla e intenté trabajar, pero mis pensamientos iban a mil por hora, girando constantemente en torno a este nuevo acontecimiento. ¿Qué le había enseñado a la niña? No, ya no era una niña, tenía 17 años, ya tenía caderas redondeadas y femeninas y pechos pequeños y firmes. ¡No, definitivamente ya no era una niña!

Esa noche, Kati me hizo el amor con una pasión y una ternura que no había sentido en mucho tiempo. Nos sentamos en la cama y fumamos un porro, como de costumbre. Rápidamente di por terminada la discusión sobre el labio de los Habsburgo; no llevaba a ninguna parte. Si era importante para ella, podía hacerse una prueba de paternidad, ¡me daba igual! Sobre todo, no quería oír hablar más de Erich.

Kati permaneció en silencio; dejamos que nuestras mentes vagaran por laderas nevadas y estanques de aguas tranquilas como espejos. Le conté lo que había sucedido ese día. Kati no se molestó en absoluto. Para ella estaba perfectamente bien, lo cual me sorprendió un poco a pesar de la confusión en mi cabeza. Susurró que la pequeña dormiría conmigo tarde o temprano, y que eso le parecía bien. "¡Por favor, no la dejes embarazada!", repitió, y le aseguré que Lina aún no había tenido su menstruación. Nos tomamos de las manos en silencio. Me apretó la mano. "¡El estúpido de Tobi ya la desvirgó y se acostó con ella, qué pena!", susurró, "¡pero tú puedes hacerlo mejor, puedes mostrarle lo maravilloso que es el sexo!".

Fumamos otro porro, solo por esta vez. Kati me preguntó si aún dejaría que la pequeña me masturbara. No tuve que pensarlo mucho. "Sí, por supuesto, si no te importa", murmuré, "¡qué pregunta más estúpida!". Kati me escuchó describir la masturbación y el sexo oral

de nuevo. Lo conté todo con la lengua pesada, y me di cuenta de cuánto me fijaba ahora en los detalles. Kati inhaló el humo profundamente, su dedo había estado jugando con mi clítoris todo el tiempo. Dijo, también con la lengua pesada, que la pequeña le había facilitado mucho eyacular en la boca y tragar semen; le había llevado días de práctica antes de poder complacer a Erich, ¡lo deseaba tanto, complacerlo en todos los sentidos!

Me quedé boquiabierto al ver su clítoris, que se enroscaba medio metro alrededor de su mano verde, temblando y vibrando en el aire. No me extrañó en absoluto que su clítoris llegara ahora hasta sus labios y que lo estuviera lamiendo como un helado. No, no me equivocaba; Kati jadeaba y gemía como si estuviera en un orgasmo, sus piernas se movían como solo lo hacen durante el orgasmo, y ahora estaba retrayendo su clítoris encogido entre sus labios, presionando y apretando su mano contra él, igual que en un orgasmo. Di otra calada profunda; era maravilloso cómo Kati se acurrucaba en mi axila, algo que siempre hacía después de masturbarse. El porro se acabó y tiré la colilla al segundo cenicero donde las recogemos para reutilizarlas. Estaba seguro de que solo estaba soñando cuando Kati se masturbó muy suavemente una vez más.

Al día siguiente, Kati tenía el día libre (¿o se lo había tomado?). Compró filetes y patatas fritas y preparó un almuerzo estupendo, mucho mejor que la típica pizza, falafel y kebab que solía pedir a domicilio. Aunque no suelo disfrutar caminando, las tres fuimos al parque hasta después del mediodía, cuando llegó la hora de las gotas de Lina. Le di el terrón de azúcar y las gotas en el dedo, que ella, como siempre, se aplicó en el clítoris. Kati nos acompañó al estudio y me bajó los pantalones, luego desnudó a Lina. Sonrió amablemente y le susurró a Lina que debería quedarse con ella y hacerlo como ayer. Lina se sentó sobre mis muslos desnudos, con expresión insegura. Kati le acarició suavemente el pelo y le susurró que ya no era una niña; que podía hacerlo como una mujer de verdad. Lina sonrió, luego apretó mi pene entre sus labios y lo estimuló vigorosamente con su clítoris mientras se masturbaba. Sus muslos temblaban de excitación mientras trabajaba su clítoris intensamente. Susurré: “¡Ahora!” y ella tomó mi pene en su boca y me dejó eyacular dentro. Más valiente que ayer, se tragó el semen y lamió la punta con sus labios. Estaba tem-

blando de excitación, así que le hice un gesto amistoso con la cabeza, y se masturbó rápida e intensamente. Jadeó y resopló con esfuerzo y se convulsionó cuando su orgasmo explotó. Kati le acarició suavemente el cabello y la elogió, diciéndole que lo había hecho maravillosamente. Kati se fue, y Lina se sentó con su porno y comenzó su suave estimulación clitoriana. Yo estaba relajado y comencé a trabajar, logrando mucho más que ayer.

Lina era como otra persona. La aprobación de Kati era importante para ella; ahora me masturbaba todos los días durante nuestra media hora, y lo hacía a la perfección. Los días pasaban volando, luego las semanas, y después los meses. Dos veces por la tarde, Lina me estimulaba el clítoris como antes, después de dejarme eyacular en su boca, masturbándose hasta alcanzar un orgasmo intenso cada vez. Empezó el nuevo curso escolar; tenía mucho más que estudiar y redujo la estimulación del clítoris, pero por supuesto no la masturbación.

Después de aquella vez, Kati no volvió a involucrarse. A veces me preguntaba si tenía relaciones sexuales con Lina, pero yo solo negaba con la cabeza, tapándome la boca con la boca. Estaba perfectamente satisfecho con eso, y para mí, el sexo no era esencial. Y Lina lo disfrutaba mucho; le encantaba cómo se excitaba cada vez más. Kati asentía con satisfacción. Entendía perfectamente que yo no quería forzar las cosas.

Después de tener relaciones sexuales, normalmente quería irme directamente a dormir, así que me senté junto a Kati en la cama. Sacó un sobre grande y dijo: “¡Deberíamos abrirlo juntos!”. Era la prueba de paternidad. Le echó un vistazo y me entregó la hoja. Me abrazó y me besó en la boca. Me quedé completamente atónito.

Lina era mi hija.

Me desperté de golpe. Kati encendió dos porros; quería hablar. Di caladas profundas, literalmente sin palabras. Kati asintió con aire de suficiencia. “Ahora lo tenemos claro, ya no tengo que adivinar. La pequeña dormirá con su padre, ¡me parece genial, de verdad!”. Negué con la cabeza lentamente. Todavía no habíamos llegado a ese punto,

ni mucho menos, murmuré aturdido. Me daba vueltas la cabeza, y no solo por el porro.

Noté el brillo en los ojos de Kati. “¡Si supieras cuánto deseaba que mi padre me desflorara y me follara en aquel entonces! Pero él se oponía rotundamente, decía que estaría mal, que solo quería que lo hiciera con la mano. Eso también estaba mal, decía cada vez que me corría, pero solo un poquito mal. Era joven, inexperta y orgullosa de acariciarlo. No fue hasta que me quedé embarazada que simplemente lo agarré con fuerza, ¡estaba harta de acariciarlo con la mano!” Lentamente comprendí lo que decía. “¿No lo hiciste...?” murmuré, pero ella asintió con firmeza. “Cuando me quedé embarazada y Erich me abandonó fríamente, me aferré a lo que aún no había logrado. Me senté firmemente sobre su polla y lo cabalgué con avidez y brutalidad. Había aplastado sus inhibiciones, lo había follado. Lo follé todas las mañanas después de eso, incluso si ya no podía eyacular cada vez.” Escuché en silencio e inhalé profundamente el humo. “No lo sabía”, dije.

Kati asintió; no quería restregármelo en la cara, ya tenía bastantes problemas. Asentí con la cabeza; eso era todo. En aquel entonces, me había involucrado con una mujer ninfómana y cachonda de unos cincuenta y tantos años y ahora estaba pasando de mano en mano entre sus amigas, todas mayores de cincuenta, algunas incluso sexagenarias. Kati estuvo de acuerdo conmigo: “¡Fuiste el postre de esas viejas arpías, prácticamente te mataste de tanto follar!”. ¡Cuánta razón tenía! Durante años en mi juventud, me había acostado con mujeres mayores, esposas estrictamente católicas y mojigatas. Las chicas jóvenes no me interesaban; eran inexpertas, increíblemente aburridas y no tenían dinero. “Me alegro de que le hayas dado a nuestro viejo unos meses más de felicidad”, murmuré, apretando la mano de Kati. Volvió a sacar a colación el tema de acostarme con Lina; insistía en ello. Le haría bien a la pequeña, estaba firmemente convencida. “Ni siquiera estaba seguro de querer acostarme con mi hija”, murmuré desesperado. — ¡Tengo una hija, tengo una hija! — Tiré el último dinero que me quedaba — . Quizás cuando cumpla 18, quizás. Kati asintió, aunque no estaba convencida de esperar otro año. Me quedé dormida.

Lina estaba en su último año de bachillerato; era una de las mejores alumnas y a veces se quedaba a dormir en casa de una compañera por la tarde para estudiar. Cuando estaba sentada en mi regazo al final de la tarde, a veces decía que ella y la compañera también se habían acostado con su hermano, pero no ocurría muy a menudo. Lina era incapaz de mentir; no le parecía lógico. Le aseguré que saber mentir no era realmente importante en la vida, y que si quería acostarse con un hermano, que lo hiciera, que para mí estaba bien. Había continuado la encuesta entre sus compañeras; todas menos tres chicas eran vírgenes en la clase, y el 46% había tenido relaciones incestuosas con hermanos o padres. “Tenías toda la razón”, dijo.

Lina nos había pedido un consolador para su cumpleaños. Todos nos emocionamos cuando abrió su regalo. Incluso me dejaron sostenerlo. Era del tamaño de mi pene, pero de goma suave y semitransparente. No tenía motor ni pilas; ¡no es un vibrador, tontería! Con fingida irritación, Lina le explicó a su padre, que no tenía ni idea, que era un consolador, algo que se insertaba y se usaba para masturbarse. Y que su suavidad era intencional. Ni siquiera le pregunté cómo lo sabía Lina, y tampoco tenía sentido preguntarle a Kati; ella lo giraba una y otra vez en su mano, con los ojos brillantes, y yo habría dado una moneda de oro por saber lo que pensaba. Nunca volví a ver el consolador, y mucho menos en uso; Kati y Lina lo mantuvieron en absoluto secreto.

Una tarde, después de que se fue a estudiar con una compañera, no regresó a casa hasta muy tarde. Kati estaba a punto de llamarla cuando miró a su pequeña y desapareció con ella al baño. Lavó a su hija con cuidado y la examinó con pericia. Las dos desaparecieron desnudas en nuestro dormitorio. Quería terminar mi trabajo del día cuando recordé que Lina aún no se había puesto las gotas. Traje el terrón de azúcar y el gotero, le eché las gotas en los dedos y ella se las frotó en el clítoris, emitiendo sonidos suaves y placenteros. Kati sugirió que me acostara con ellas para que Lina no tuviera que contar la historia dos veces. La yema del dedo de Lina se contrajo sobre su clítoris y sus muslos temblaron mientras hablaba.

Apenas habían estado estudiando matemáticas durante 10 minutos cuando entraron sus dos hermanos, de 16 y 15 años. Su novia ha-

bía perdido la virginidad con el menor hacía solo unos meses; dormían en la habitación de los niños y follaban sin control todas las noches. Ella había dejado de lado todas sus inhibiciones y follaba con auténtico entusiasmo. Los hermanos querían follar con ambas, y Lina no puso objeciones. Follaron con los cuatro a la vez, turnándose, y la novia pronto se cansó. Entonces los hermanos se turnaron para follar con Lina sin parar hasta la noche. Lina se cansó y volvió a casa. No, no fue violación.

Lina terminó y miró mi pene, que se había puesto rígido durante su minucioso informe. Miró a Kati (no a mí) y preguntó si podía. Kati asintió. "¿Quieres que se corra en tu boca o quieres follarme?", preguntó con picardía. Lina respondió rápidamente que en realidad quería follarme, pero me rebelé. ¡No iba a dejar que me vendieran! "¡Voy a correrme en tu boca!", dije enfáticamente, sin admitir discusión. Kati hizo un puchero, pero Lina obedientemente se sentó frente a mi pene, me masturbó y se tragó el semen.

Kati no cedía. Le preguntó a Lina por qué, cómo y de qué manera iba a tener relaciones sexuales conmigo. Las dos diablillas siguieron discutiendo un buen rato; para entonces yo ya me había quedado dormido. Kati volvió a llevar a Lina a nuestra habitación la noche siguiente; la niña debía ver sexo adulto normal, tranquilo y amistoso. Tuve relaciones sexuales con Kati sin mucho entusiasmo y, después de que Lina se durmiera, le dije que no me había gustado. Si nos observaba a escondidas, de acuerdo. Pero tener sexo como un actor porno amateur delante de mi curiosa hija, eso era simplemente inaceptable. Me giré hacia la pared; no esperé respuesta. Punto.

Nada cambió con Lina. Me masturbaba todas las tardes y se tragaba mi semen. Pero Kati había sembrado la duda en su mente; ahora, después de eyacular, hablaba a diario de cómo se imaginaba follándome. La escuché durante una semana. Luego le dije que podía montarme, pero que después tendría que lamerme el pene y el glande hasta dejarlos limpios. Ella asintió, encantada, y le expliqué cómo montarla.

Cerró los ojos, tomó mi pene en su mano e intentó introducirlo en su coño. "No entra", dijo lastimeramente, "¡es demasiado grueso! So-

lo he tenido penes de niños pequeños, todos entran tan fácilmente. Nunca he tenido un pene de hombre de verdad", concluyó lastimeramente, la pobre no tendría uno ahora tampoco. La agarré de las caderas. "Tienes que sentarte sobre él con tu peso, ¡entrará fácilmente!" la animé. Cerró los ojos, sus párpados aleteaban excitados mientras se sentaba sobre mi pene con su peso. Suspiró profundamente. "¡Puedo sentirlo, entra hasta el fondo!" dijo, riendo, "¡se siente tan extraño, me llena por completo!" Lentamente comenzó a cabalgarme, lo hizo bien desde el principio. Sus muslos temblaron ligeramente y me corrí dentro de ella. Se quedó sentada allí sonriendo hasta que mi pene se encogió. Después, hablamos largo rato sobre cómo, por supuesto, ella podía tener un orgasmo mientras me montaba. Sin embargo, pasaron algunos días más antes de que se desplomara sobre mi pecho, temblando de placer, y continuara hasta que eyaculé dentro de ella. Era excelente montando y lo disfrutó desde el principio.

Desde entonces, me monta todas las tardes con gran pasión y luego me lame con ternura y delicadeza. Sabe cuánto lo disfruto. Kati, por supuesto, se enteró enseguida por Lina; estaba encantada conmigo y ronroneaba como una gata bien alimentada.

Las cosas han cambiado un poco, y sospecho que Kati empezó. Lina me baja los pantalones y se sienta justo enfrente de mí en su silla giratoria, con las piernas levantadas y bien abiertas. Ya no está viendo porno mientras juega con mi clítoris; ahora mira mi pene, que se está poniendo erecto poco a poco porque la observo jugar de forma sensual y sus muslos temblorosos. Espera con una sonrisa lasciva hasta que está completamente duro, y entonces se acerca para follarme.

Lina lleva semanas follándome todas las tardes, con las rodillas y los muslos temblando como hojas de álamo, y se estremece violentamente cuando llega al orgasmo. Cuando se corre, me folla muy despacio y luego apoya la cara en mi cuello. "¡Siento cuando te corres dentro de mí!", susurra a veces, muy emocionada. Casi nunca necesita masturbarse después si no se ha corrido durante el sexo. Nunca se olvida de lamerme el glande durante minutos después, lo cual me encanta.

No sé si fue idea de Kati, pero ahora Lina se queda debajo de la puerta por la noche, todo su cuerpo temblando ligeramente de lujuria después de usar su consolador. Le pregunta a Kati (no a mí) si puede acostarse conmigo, y Kati sonríe y la invita a acercarse. Lina me descubre y me lame el pene hasta que se pone duro, si es necesario. Me quedo tumbado boca arriba, y Lina se monta sobre mí. Se desploma sobre mí bastante rápido, y el orgasmo la hace temblar durante unos instantes. Luego se incorpora de nuevo y se monta sobre mí hasta que me corro. Siempre se queda sobre mi pene hasta que se ablanda, luego lo lame y lo chupa porque me gusta mucho. Ahora viene todas las noches a follarme. Aunque es mayor de 19 años, le pide permiso a Kati cada vez.

Por supuesto que algún día tendremos sexo en la posición del misionero, eso es prácticamente seguro. Kati se arrodillará junto a nosotros en la cama y alabará al cielo justo y a la gran diosa.

El Destino de un Viudo

von Jack Faber © 2023

Me quedé viudo a los 60. Mi esposa, unos años menor que yo, murió en el hospital a los 20 días de padecer cáncer de mama. Quedé destrozado; nuestro hijo acababa de cumplir 15 años y Kati era quizás dos años menor. Eran muy independientes y, como padre, no me suponía ningún reto: todo funcionaba a la perfección. Recuerdo las últimas palabras de mi esposa: «¡Bruno, cuida de los niños!», y le juré por mi vida que lo haría. Desde nuestra noche de bodas hasta el día en que ingresó en el hospital, tuvimos relaciones sexuales todas las noches, como debe ser. Ambos éramos vírgenes y no conocíamos otra forma. Nunca le fui infiel, y sospecho que ella tampoco. Dejé de masturbarme cuando nos casamos; ella se masturbaba todas las noches de su vida, alcanzando orgasmo tras orgasmo. Vivimos una vida buena y tranquila.

Hicimos un trato especial antes de la boda porque era importante para ella. Le encantaba hacer felaciones y masturbaciones; lo hacía mucho antes de que estuviéramos juntos. Acepté de inmediato que les haría felaciones o masturbaciones a sus admiradores en nuestra habitación, y por supuesto, se le permitía desnudarse por completo; eso solo los excitaba. Me prometió solemnemente que no se acostaría con ninguno de ellos. Me alegró darle ese espacio, retirarme a mi estudio y no molestarlos. Se suponía que yo debía estar allí las primeras veces, dijo, para saber qué estaba haciendo. Me senté en un taburete mientras los dos se abrazaban desnudos en la cama. Ella jugó con su pene durante un buen rato antes de hacerle una felación. Terminó haciéndole una felación a otro hombre y escupió su semen. Se suponía que solo debía mirar una vez más, porque estaba bastante seguro de que ella cumpliría nuestro acuerdo. Ella había estado frotando su pene durante un buen rato y luego se acercó a mí. Ella susurró que él no podía eyacular así, que tenía que meterla dentro para correrse. Yo estaba muy inseguro, pero no quería parecer inseguro, así que asentí con la cabeza, de acuerdo. Ella lo puso duro de nuevo con su boca, luego se tumbó boca arriba, abrió las piernas y separó sus labios. Ella asintió amablemente, él se montó sobre ella y metió

su polla en su coño. Pero él seguía sin eyacular, así que ella lo animó a follar un poco para correrse. El pobre idiota tuvo que follar durante casi tres minutos antes de correrse finalmente. Fue bastante incómodo para mí, ya que estaba sentado justo en el medio, mirando directamente al coño de Ellis y a la polla del pobre tipo, que tenía que follar para correrse. De alguna manera, tampoco me gustó particularmente el hecho de que tuviera que follar a mi esposa durante tanto tiempo, pero no lo demostré y asentí, diciendo que estaba bien. Para ser honesto, me molestó mucho ver a un desconocido teniendo sexo con mi joven esposa, pero tal vez estaba siendo un poco demasiado conservador. Ya no quería ver esas masturbaciones ni felaciones, así que de ahora en adelante dejé que Elli lo hiciera ella misma. Sabía cuánto disfrutaba Elli masturbándose y agradecí mucho que no lo hiciera durante las masturbaciones ni las felaciones, porque, como bien señaló, eso no era sexo. Ambos cumplimos fielmente con este acuerdo.

Soñaba constantemente con Elli, mi esposa. Yacía desnuda en nuestra cama, en la penumbra, masturbándose sin parar, orgasmo tras orgasmo. Siempre esperaba a tener sexo con ella hasta que estuviera a punto de llegar al orgasmo; le encantaba especialmente que la penetraran durante el orgasmo. Por supuesto, intentaba seguirle el ritmo y, durante sus siguientes orgasmos, la penetraba yo mismo con una erección parcial, incapaz de eyacular de nuevo. Pero nos amábamos profundamente y siempre quería intensificar su placer durante el orgasmo. Una vez me contó que le había enseñado a nuestro hijo de 10 años, Karl, a masturbarse. Ambos yacían desnudos en la cama, él se sentaba sobre ella y ella lo masturbaba, creo que durante meses. No tenía reparos en describírmelo con detalle. Él, por supuesto, siempre tenía permiso para introducir su pene dentro de ella; ella no lo ocultaba. Introducirlo y eyacular dentro de ella... sí, por supuesto, siempre tenía permiso para hacerlo; realmente no había nada de malo en ello. Pero cuando quise saber si ella también se había acostado con él, permaneció obstinadamente callada y me miró con sus ojos insondables. En ese momento, tuve la certeza absoluta de que se había acostado con ella; sentí celos, y aún los siento. Una vez, casi llegamos a discutir. “Debes pensar que soy bastante estúpida si crees que dejaría que un niño de 11 años me follara. ¡No, no y otra vez no! Le encanta meter su polla y correrse, ¡definitivamente no me folla! Le

acaricio las nalgas hasta que se corre. Cada vez le cuesta más correrse, así que lo presiono contra sus nalgas, empujándolo suavemente rítmicamente dentro de mi coño hasta que finalmente se corre. Él prefiere mucho esto a masturbarse, ¡y no veo por qué tú lo haces mal! Solo te follo a ti, exclusivamente. Nunca me he follado a nadie más, ¡y así va a seguir! Y deja de preguntar si le dejaré follarme. ¡No soporto oírlo más!" No me convenció del todo, pero nunca volvimos a hablar del tema. Cuando cumplió 11 años, ella me pidió que no los molestara a los dos en el dormitorio. Todas las tardes, los dos se escabullían en nuestro dormitorio, pero yo respetaba sus deseos. Pero una vez, cuando tenía 17 o 18 años, entré distraídamente en la habitación. ¡Él la estaba follando, por supuesto, con mucho placer en su maravillosa vagina! Me quedé paralizada en la puerta hasta que él eyaculó dentro de ella y ella terminó de masturbarse. Entonces me vio, corrió tras de mí, retorciéndose las manos y desnuda, hasta el estudio, y me aseguró con lágrimas de cocodrilo que solo había ocurrido esa vez, solo una vez, en el calor del momento. No le creí ni una palabra. Lo único que sé es que ella le permitió eyacular dentro de ella todos los días hasta su muerte, aunque él ya se había follado a muchas otras mujeres. Lo sé directamente de ella. Todavía me indigna hoy, ¡porque él siempre se la follaba!

Mientras agonizaba en el hospital, permanecí a su lado constantemente, y ella me lo contó todo en voz baja. Había mencionado varias veces que, en secreto, les hacía felaciones a los admiradores más persistentes cuando desaparecía sigilosamente con ellos en nuestro dormitorio, pero yo no sabía que fueran tantos. Siempre me quedaba en el estudio, como ella exigía, y nunca la molestaba cuando desaparecía en nuestro dormitorio con un admirador. Por supuesto, les permitía manosearla, y a veces se acostaba desnuda junto a alguno de ellos y les dejaba masturbarla con gusto, algo que no muchos eran capaces de hacer. Les hacía felaciones y les permitía penetrarla hasta que eyaculaban. La mayoría tenía que tener sexo mientras eyaculaban porque, de lo contrario, no podían, pero solo durante unos minutos como máximo. Nunca les permitió tener sexo con ella, y esa era la verdad. Dios mío, se estaba muriendo, y ya no importaba estar enfadado.

Ahora estaba claro que se había acostado con todos ellos, y ella simplemente se estremeció culpable cuando lo murmuré entre dientes. Las lágrimas corrían por sus mejillas. “¡Te engañé por completo, dejé que todos se acostaran conmigo!” Le sequé las lágrimas. Le aseguré que siempre estaba bien para mí si le hacía una paja a alguien; no me había molestado entonces, y no me molestaba ahora. No me importaba cómo lo hiciera ni si se corría dentro de ellos al final. Ella suspiró aliviada porque siempre le había molestado haber hecho tantas pajas sin mi conocimiento y haber dejado que tuvieran sexo mientras ella se corría dentro de ella. Dejé de lado las pajas; después de todo, las pajas no eran sexo.

Elli cerró los ojos con cansancio. En sus veinticinco años de matrimonio, le había sido infiel a Bruno con seguramente más de mil hombres. Algunos eran buenos en la cama, muchos malos, y unos pocos perfectos. Siempre le había mentido a Bruno, el ingenuo, diciéndole que iba al dormitorio con su admirador para hacerle una felación. Él asintió comprensivo y susurró: “¡De acuerdo, no te molestaré!”. Siempre asentía, subía el volumen de la música en el estudio y leía los periódicos. Jamás interrumpiría su felación. Se quedaba de pie frente al tocadiscos, con los auriculares puestos, dirigiendo, mientras ella sacaba a escondidas al amante del día. Era una pena lo fácil que se dejaba engañar. Al final de la tarde, llegó Karl, el único hombre con el que había dormido a diario durante doce años. Las lágrimas corrían por sus mejillas; nunca volvería a dormir con Bruno ni con Karl. Bruno le secó las lágrimas y le susurró que no se preocupara, que todo estaría bien. Elli abrió los ojos. No había razón para explicarle a Bruno el alcance total de lo que la verdad, de forma tan absurda, se atribuía a sí misma.

Elli volvió a su estado de semiconsciencia. Había hecho muchas felaciones y masturbaciones durante su época escolar, y ahora, a los 19 años, se estaba enamorando de Bruno por primera vez en su vida. También era la primera vez que él se enamoraba; nunca había estado con una chica. Decidió casarse con él, que era 10 años mayor que ella, en ese mismo instante y le ofreció seguridad económica. Él renunció a su trabajo en el ayuntamiento, se fueron a Venecia de luna de miel y Elli era completamente feliz. Bruno era excelente en la cama; era un eyaculador prolífico y aprendió rápidamente a montarla

durante sus orgasmos nocturnos y eyacular en el momento justo. La euforia inicial disminuyó después de 10 semanas, y ahora ella quería poner a prueba su acuerdo. Bruno se removió incómodo en su silla cuando ella le permitió observarla mientras le hacía una felación y una masturbación. Él había accedido, y no le importaba; después de todo, no era sexo.

Pero se estremeció cuando ella le dijo que el pobre hombre tuvo que eyacular dentro de ella al final de la masturbación. Él asintió y apretó los dientes mientras el hombre follaba a Elli y eyaculaba dentro de ella. Pero ya no quería mirar y se dio cuenta de que ni siquiera eso era sexo. ¡No era sexo, absolutamente no! Tenían sexo juntos por la noche, cuando él la follaba durante el orgasmo; eso era lo mejor para ella. Ambos insistían en que follar al final de la masturbación no era sexo, no era sexo de verdad. Elli estaba muy contenta porque ahora podía follar tan a menudo como quisiera y siempre hacerlo pasar por el final de la masturbación. Bruno rara vez irrumpía en la habitación y simplemente asentía "¡Ajá!" o murmuraba, "¡Solo termina la masturbación!" cuando los dos estaban en medio del acto sexual. Por muy inteligente, culto y educado que fuera Bruno, ella se alegraba de que siguiera siendo un simplón cuando se trataba de follar.

Cuando su médico le prohibió tener relaciones sexuales durante sus embarazos, se llevó a la ama de llaves a la cama conyugal. No toleraba ninguna disidencia; Bruno tenía que tener relaciones sexuales con la ama de llaves hasta eyacular. La ama de llaves no había tenido relaciones sexuales desde su juventud y sentía una vergüenza terrible de ser follada por el amo a las órdenes de la ama, con la ama sentada cerca y tal vez regañándola si no lo hacía bien. La ama de llaves giró la cabeza hacia un lado y se cubrió la cara; sentía una vergüenza terrible de ser follada por el amo delante de su esposa. Pero la ama lo había ordenado explícitamente; no podía negarse. Esperó pacientemente con las piernas abiertas como un cordero hasta que, tras un breve descanso, el amo la montó de nuevo, la folló y eyaculó. Por lo general, tardaba dos o tres horas hasta quedar satisfecho. Bruno tuvo que seguir follando con la ama de llaves durante semanas después del parto hasta que a Elli se le permitió tener relaciones sexuales de nuevo. Estaba desolado porque tenía que engañar a su esposa con la

ama de llaves, pero Elli se mantuvo firme. Tenía que asegurarse de que su marido tuviera con quién acostarse cada noche.

Sus amigas la visitaron en su lecho de muerte. Ella les pidió que dejaran que Bruno durmiera con ella después de su muerte. Al principio, sus amigas se resistieron; la mayoría eran esposas fieles, nunca habían dormido con nadie que no fueran sus maridos. Sin embargo, Elli logró que casi todas le prometieran que dejarían que el pobre hombre durmiera con ella, y así lo hicieron durante años. Era una promesa que le habían hecho a una mujer muerta, así que no era pecado, no era adulterio.

Para Elli, acostarse con los amigos de Karl siempre había sido algo especial. Eran chicos encantadores, de entre 11 y 18 años, y para la mayoría era su primera vez. Le conmovió profundamente la timidez y el respeto con que los jóvenes se revelaron a sus secretos. Todos querían tener sexo sin parar hasta el agotamiento. Una vez más, las lágrimas corrían por las mejillas de la joven con una enfermedad terminal, lágrimas de emoción y dulces recuerdos.

Pero yo seguía queriendo saber qué pasaba realmente con Karl. Al principio, ella me había contado toda la verdad: le enseñó a masturbarse durante varios meses, masturbándolo con su puño durante todo ese tiempo. Al principio, él eyaculaba sobre sus pechos, pero a los pocos días descubrió que podía eyacular en su boca. Durante los meses siguientes, le dejé eyacular en mi boca. Me tragué su semen y le chupé su pequeño pene con sensaciones maravillosas. Después de unos meses, se suponía que debía masturbarse, pero se negó. Quería follarme como su padre; lo había visto espiándome. Lo regañé, diciéndole que no tenía permitido espiar, y que si prometía no volver a hacerlo, podría meterme su pene. Lo prometió y metió su pene en mi coño. Abrió los ojos con miedo cuando me penetró por primera vez con su pequeño pene erecto. Parpadeó excitado y, sin siquiera moverse, se corrió. Dentro. Me miró como si hubiera hecho algo prohibido. Tomé su pequeño pene en mi boca y lo froté. Es como tú, mi Bruno, un eyaculador prolífico. En aquel entonces, a menudo tenía que hacerlo correrse cuatro o cinco veces. Pero la eyaculación durante la penetración solo funcionó durante una semana. Durante mucho tiempo, luego lo apreté contra mí y le excité las nalgas con la mano

para que eyaculara, pero no funcionó en absoluto. Metí la mano debajo de sus nalgas, acaricié y excité sus testículos, y froté la base de su pene. Eso sí funcionó; tuve que repetirlo todos los días, y a él le gustó mucho, eyacular dentro de mí de esa manera. Pero incluso eso solo duró un rato, luego le agarré las nalgas y lo empujé hacia adentro y hacia afuera hasta que eyaculó. Eso le gustó aún más, y comenzó con movimientos de follar adecuados. Cuando tenía 11 años, lo dejé follarme, follarme de verdad, y eyacular dentro de mí, y todavía lo hago. Cada año su pene se hacía más y más grande; aprendió muy rápido cómo follarme durante el orgasmo, igual que tú. No me arrepiento; me follaba maravillosamente todas las tardes, y luego tú me follabas por la noche. Sé que debe dolerte, pero nunca tuve la intención de hacerte daño. Si puedes, perdóname y perdona a Karl; él era inocente de todo esto. Por supuesto que la perdoné, y murió en paz. Karl, sin embargo, se fue distanciando cada vez más de mí, pero nunca me enfadé con él; le había prometido a Elli que no lo haría.

Estaba completamente abrumado por el dolor, pero después de dos meses ya estaba más o menos recuperado. No había tenido relaciones sexuales en dos meses, y la necesidad se hacía cada vez más urgente. No me había masturbado en 45 años y realmente no quería hacerlo. Eso me dejaba solo con Erika, mi vecina. Vivía sola, no era muy inteligente y no era nada guapa. Una mujer de 60 años bastante poco atractiva, la única mujer en un radio de 20 metros; no busqué más. Cuando los niños se acostaron esa noche, me colé por la puerta de al lado hasta la casa de Erika. Se sorprendió mucho; nunca la había visitado antes. Le dije directamente lo que quería.

Ella rió entre dientes y dijo que no quería que la follaran, que prefería masturbarse. Había dejado que el peón la follara cuando tenía 14 años, pero Jockl se había marchado después de 14 días. Ahora no había ni Jockl ni la granja. Desde entonces, ningún hombre la había mirado, ni uno solo. Así que no quería que la follara, prefería mucho más masturbarse. La desvestí lenta y deliberadamente hasta que quedó desnuda frente a mí. Con cada prenda, repetía que no quería que la follaran en absoluto, pero no se resistió en absoluto hasta que la desvestí por completo. “¿Follamos en la encimera de la cocina o dentro?”, pregunté, y ella dijo que realmente no quería que la follaran, que prefería mucho más masturbarse. Sus dedos jugaban con su

clítoris, pero señaló hacia la encimera de la cocina. La miré detenidamente. Era bajita y regordeta, sus pechos colgaban como tristes melones hasta el ombligo. Tenía bastante vello púbico oscuro y espeso. Su rostro era viejo, arrugado y muy sombrío. Se dejó tumbar en la encimera de madera de la cocina sin oponer resistencia y, por supuesto, insistió en que no quería tener relaciones sexuales, sino masturbarse. Pero al mismo tiempo, se colocó exactamente como yo esperaba. Inmediatamente comenzó a masturbarse, con rapidez y destreza. Abrió sus grandes ojos de vaca y se lamió los labios nerviosamente mientras yo la penetraba con decisión.

La follé normalmente, como estaba acostumbrado, y me corrí al poco tiempo. Nos levantamos, nos vestimos sin decir palabra y me fui a casa. Le había dicho a Erika que volvería al día siguiente a la misma hora. Y así fue; iba a su casa todas las noches, teníamos sexo sin nada especial, y eso estaba bien. Durante cuatro años, todas las noches. Al principio, me había dicho que desde Jockl, se había estado masturbando todas las noches, orgasmo tras orgasmo, hasta quedarse dormida de agotamiento. A menudo la observaba mientras seguía así durante horas, orgasmo tras orgasmo, y abría los ojos de par en par y dejaba de masturbarse cuando me subía encima de ella y eyaculaba. Eso siempre la sorprendía. Desafortunadamente, enfermó, algún tipo de problema ginecológico, y ya no se le permitía, ya no podía tener sexo. Me quedé insatisfecho en mi cama, y el deseo me atormentaba.

Me arrastraba de apartamento en apartamento, rogando por sexo. Casi nunca me rechazaban indignadamente; tomaban mi pene en su mano y frotaban el prepucio hasta que me corría. Merodeaba por ahí mañana y tarde, consiguiendo una mamada tras otra. Incluso los viejos y feroces dragones se ablandaban por una mamada. La mayoría de las exnovias de Elli me dejaban follarlas en la entrada oscura después de un poco de vacilación. Ninguna de ellas era una puta; todas eran esposas fieles que hicieron una excepción conmigo, un pobre viudo. Por supuesto, todas sabían que Elli había estado teniendo sexo como una profesional y que yo estaba sentado sin enterarse en mi estudio, con prohibido entrar al dormitorio, mientras ella felizmente follaba con su admirador dentro. Todos me consideraban un marido increíblemente fiel, probablemente el más simplón de todo el edifi-

cio, y seguramente todavía creyendo en el Conejo de Pascua y Papá Noel. Simplemente tenías que ayudar a un pobre tipo así en su momento de necesidad, ¿no? Sin embargo, nunca teníamos tiempo para los preliminares adecuados; siempre tenía que ser rápido. Las amigas de Ellis siempre estaban dispuestas a hacer una excepción. Me arrastraban sin decir palabra a la antesala, dejaban caer mi vestido y me follaban de pie. La mayoría cara a cara con muchos besos franceses, algunas solo por detrás. Apenas unas pocas tuvieron un orgasmo en estas circunstancias. Muchas me abrazaron con fuerza antes de eyacular y susurraron que podía correr dentro de ellas. Algunas bajaron la cabeza con miedo y apretaron los dientes cuando me corrí dentro. Obviamente no estaban seguras de si podían quedar embarazadas. Siempre se sentían muy avergonzadas después, así que me iba rápidamente. Había buenos días en los que podía follar con varias mujeres a la vez. Mi botín habitual era principalmente una mamada y follar. Con una de ellas, su hijita, de unos tres años, estaba de pie junto a nosotros, chupándose el pulgar con excitación. Una mujer solo me dejó follarla en el pasillo, cerrando la puerta del apartamento porque su marido estaba dormido dentro. Una anciana subió con dificultad las escaleras; el ascensor, como siempre, estaba averiado. Se detuvo a nuestro lado, jadeando y sin aliento, asintió y gritó en voz baja: "¡Sí, hazlo, dale un hijo!" Y cuando yo llegué, "Sí, está bien, ¡solo mételo todo!" Pero eso no nos impidió follar. Lo que más me molestaba era tener que follar de pie y lo más rápido posible; a veces me sentía como un ladrón. Era especialmente divertido con la enana Erni. Ni siquiera medía 1,20 metros y le gustaba bastante que la follaran. Se subió al zapatero, se quitó el vestido por encima de la cabeza y entonces me permitieron follarla. Había pensado de antemano que debía tener una vagina demasiado pequeña, pero sorprendentemente, su vagina era lo suficientemente grande.

Una vez, una jovencita abrió la puerta. "¿No está tu madre en casa?", pregunté inocentemente, tomando mi pene en mi mano. Ella negó con la cabeza; no, estaba sola en casa, y miró fijamente mi pene. Me dejó pasar al pasillo y cerró la puerta. Miró mi pene con curiosidad, preguntando si podía tocarlo. Sí, por supuesto, y después de un rato, me preguntó qué prefería: una masturbación, una felación o sexo de verdad. "Sexo", dije de inmediato, "¡sexo de verdad!". Melanie no era guapa, una mocosa fea en pleno pubertad, y decía tener 16

años, pero no le creí. Ya no era virgen, dijo; había tenido sexo de verdad antes, pero eso fue hace mucho tiempo. Se bajó los pantalones y las bragas, se apoyó contra la pared y sacó su flaco culo. Solo pude entrar en su pequeña vagina con inmensa dificultad; tuve que humedecerla con saliva. La follé lenta y deliberadamente, ella dijo por encima del hombro, "¡Pero no te corras dentro!" y continué sin inmutarme. Disparé el primer chorro jugoso dentro de ella e inmediatamente sacó mi polla, dejándome eyacular en el suelo. Mi polla seguía erecta. "Tienes que follarme otra vez, ¿no?" preguntó Melanie innecesariamente. La follé una segunda vez y estaba tan excitada que se olvidó por completo de sacarla a tiempo. Tenía un orgasmo cada vez que me corría dentro de ella. No lo vi, pero creo que se masturbó mientras follábamos y provocó el orgasmo en el momento exacto en que disparé chorros espesos y llenos dentro de ella. Follamos durante varios días más, simplemente me corrí dentro y dejé mi polla dentro para follarla una segunda vez de inmediato. Para ser honesto, me importaba un bledo si se quedaba embarazada o no. Aparentemente, sacarla ya no era tan importante, pero tener un orgasmo en el momento adecuado sí lo era. Sus delgadas nalgas temblaban violentamente durante el orgasmo. Le hice algunas preguntas; Perdió la virginidad en una fiesta salvaje en un estacionamiento cuando tenía 13 años y tuvo un rapidito, pero desde entonces no había encontrado a nadie con quien acostarse. Se masturbaba tan a menudo antes de dormir desde la infancia que se quedaba dormida de agotamiento. Al irse, siempre decía con desgana: "¡Pero no te corras dentro de mí mañana!". Desafortunadamente, eso se acabó después de unas cuantas veces, hasta que conocí a Alice. El cosquilleo en mis entrañas se volvió casi insoportable.

Me sentía fatal y volví a llamar a las puertas, visitando los siguientes apartamentos. Los tres primeros parecían bastante desconcertados, a pesar de que pregunté con mucha educación y claridad. Me hicieron una paja por pura reticencia y luego, más o menos educadamente, me echaron. El cuarto escuchó atentamente y me invitó a pasar, ofreciéndome un café. Fue un momento terrible, pero en realidad no había ido por el café. Alice escuchó con atención y quiso saber algo sobre mi pasado como viudo. Al final, quiso ver mi pene, lo cual no fue un problema, y lo sopesó en su mano, examinándolo. No me masturbó, pero tiró suavemente del prepucio hacia adelante y hacia

atrás sobre el glande hasta que eyaculé en su mano. Alice solo sonrió, "¡Realmente lo necesitabas!". Luego asintió, así que todo bien. Solo tenía que seguir ciertas reglas. No podía eyacular antes de la 1:40 a. m. y no podía quedarme más de 20 minutos. Su marido se fue exactamente a las 12:30, al minuto. Ella necesitaba 10 minutos para lavarse porque él solía follarla al mediodía en punto. Y luego sus dos hijos volvieron del colegio, momento en el que yo tenía que irme de nuevo. Solo me permitían follarla por detrás, esa era la segunda regla. Más tarde descubrí el motivo: se había hecho una mastectomía y nadie podía verla. No podía tener más hijos, así que podía correr dentro de ella como quisiera sin preocupaciones. Respiré aliviado; parecía una persona capaz, bastante guapa y con ganas de sexo. No era exactamente una puta; simplemente no tenía muchas oportunidades como ama de casa y madre. La tercera regla habría sido que no tuviera a nadie más con quien follar, pero ella dijo que no era necesario. De todas formas, no habría seguido la tercera regla, porque a lo largo de los años a menudo follaba en secreto con el enano Erni o la joven Melanie por las mañanas cuando faltaban al colegio. Alice se convirtió en un largo romance, de seis, casi siete años, hasta que ingresé en una residencia de ancianos. Mañana vendría por primera vez, justo a la 1:40, recién duchada. Asentí con la cabeza, ¡trato hecho!

Llegué a tiempo y entré sigilosamente. Solo llevaba una bata ligera; olía fresca y bien. Era más baja que yo, un poco rellenita, y alcancé a ver su pecho: era un pecho hermoso. Pensé que debía tener unos 30 años, pero ya tenía 36. Había puesto una almohada en la mesa de la cocina y se tumbó sobre ella. Levantó la parte de atrás de su bata, separó las piernas y sacó el culo. "El reloj corre, buen hombre", dijo, y me bajé los pantalones. Le agarré las nalgas y lentamente entré en su coño afeitado. Suspiró con satisfacción, y empecé a follarla por detrás. Estaba muy cachondo, lleno de semen reprimido, y me corrí en poco tiempo. "No, déjalo dentro hasta que termine", dijo, y obedecí. Solo después de que terminó de masturbarse y se sentó después de su orgasmo saqué mi pene. Esto continuó durante unos seis años con Alice; Una o dos veces por semana se masturbaba durante mucho más tiempo de lo habitual, y yo podía acostarme con ella una segunda vez. Fue una verdadera lástima que envejeciera tan rápido y terminara en una residencia de ancianos.

Ni siquiera recuerdo si le pregunté o si fue idea suya, pero en fin, mi pequeña Kati estaba acostada en mi cama. Inmediatamente notó mi pene erecto y con cuidado me bajó los pantalones del pijama. "¿Debería?" preguntó Kati. "Ya lo he hecho antes", añadió. Asentí resignado y ella me masturbó sentada con las piernas cruzadas. A mitad de camino, se detuvo y se quitó el pijama. Eché un vistazo a su hendidura, que era claramente visible desde esa posición. Continuó masturbándome con su pequeño puño y me preguntó varias veces si no preferiría follarla. Estaba completamente horrorizado; eso estaba fuera de discusión, eso sería totalmente incorrecto. Preguntó con una sonrisa si frotarme el pene no era también incorrecto. Tartamudeé: "Sí, sí, pero solo un poquito incorrecto". Y así sucedió que durante las siguientes semanas, me masturbó todas las noches y quiso follarme cada vez. Todas sus amigas ya habían perdido la virginidad y se estaban follando a sus hermanos o padres. Yo seguía insistiendo; Para mí, sería un error.

Una noche, sonreía radiante mientras me masturbaba. ¡Por fin había dejado de ser virgen! Claro que le pregunté, y me dijo que Karl, su hermano mayor, lo había hecho el día anterior. No dije nada; era asunto suyo, no mío.

Los dos follaban desde el mediodía hasta altas horas de la noche. A veces me asomaba a la habitación de los niños para ver si ya habían terminado y si Kati venía a masturbarse. No les molestaba en absoluto que a veces los observara durante diez minutos seguidos. Ella solo venía a masturbarse muy tarde, pero tenía unas mejillas sonrosadas preciosas y estaba más feliz que nunca. Antes de cada vez que se masturbaba, intentaba ver si mi pene cabría dentro de ella, pero se rendía; era demasiado grueso. Pero después de unos días, logró meter mi pene bien adentro de su coño. Sin embargo, yo no quería follarla; pensaba que eso estaba mal. Ella lo sacaba a medias y me masturbaba, y al final, me dejaba correr dentro de ella. Ahora lo hacía todo el tiempo.

A los 16 años, empezó a trabajar en el hospital; quería ser enfermera. Eso me venía de maravilla; podía pagar la matrícula. Karl ahora pasaba días enteros fuera, tenía un montón de mujeres mayores con las que acostarse, dijo Kati. Ella dormía en mi cama toda la no-

che, masturbándome por la noche y por la mañana cuando tenía una erección matutina. Yo estaba completamente satisfecho.

Si tu polla está satisfecha, el diablo se colará por tu culo. Oh no, eso no lo digo yo, es un viejo proverbio mongol o hawaiano, tal vez también uno belga. En fin, era tan maravillosamente pacífico, podría haber continuado tan bien. Karl estaba arando en los campos de viejas y codiciosas mujeres, Kati estaba desesperadamente enamorada de su médico jefe y se acostaba conmigo a altas horas de la noche para dejarme correr.

Kati estaba embarazada. El médico jefe quería que abortara, Kati no, absolutamente no. La abandonó fríamente, sin decir una palabra más sobre el divorcio, sin ningún deseo de casarse con Kati. Kati se quedó en la cama llorando durante días; ya ni siquiera quería masturbarme. Se sentó con fuerza sobre mi pene y me folló sin piedad. Lo quería, lo necesitaba, insistía. ¡Nada de masturbación, solo sexo! Ambos sabíamos que estaba mal, pero ya no era un problema. Me follaba todos los días, una o dos veces, y no le importaba que a menudo ya no pudiera eyacular. Había decidido mudarse al apartamento vacío de mi hermana y terminar allí su formación. Mi hermana era viuda, pero se había vuelto increíblemente rica desde entonces. Apenas teníamos contacto; vivíamos en planetas diferentes. Jamás habría matado a mi esposa por dinero; habíamos estado viviendo de su enorme dote desde nuestra boda.

Después de que Kati se mudara, ingresé en una residencia de ancianos y le cambié el apartamento a Karl. Había envejecido rápidamente y me apegaba a las ancianas de la residencia; había muchas. Durante un tiempo, fui amigo de una señora de la limpieza, una mujer asiática menuda que venía a mi casa todos los domingos por la noche a tener sexo por cincuenta dólares. Se llamaba Lin o Li, no lo distinguía, y podría haber tenido entre 20 y 40 años; nunca contestaba. Estaba casada con un hombre de una familia estricta y solo podía venir los domingos porque su marido se iba a jugar. Era increíblemente buena en la cama, y decía que por cincuenta dólares podía acostarme con ella dos veces seguidas. En realidad, se acostó conmigo como lo había hecho Kati, en mi silla. Me cabalgó con una expresión vergonzosa y apasionada y me llevó a un orgasmo maravilloso.

Se quedó sentada sobre mi pene flácido, susurrándome cosas sucias al oído y frotándose el clítoris hasta que mi pene se puso duro de nuevo al mirarla. Después de eso, me folló por segunda vez, y esta vez, la estimulación del clítoris la llevó al orgasmo. Me encantaba cómo llegaba al orgasmo. Arqueaba la espalda y apoyaba la frente contra mi pecho. Su cuerpo se estremecía durante unos segundos, su coño apretaba mi pene y emitía sonidos suaves como los de una gatita. Siguió cabalgándome hasta que eyaculé unas pocas gotas. Después de casi un año, se despidió; la trasladaban a otro lugar. Estaba triste, igual que yo, porque había sido una vida fácil a los cincuenta y tantos.

Volví con las ancianas, y el personal ni se inmutó cuando metí la mano bajo la falda de una de ellas. Suspiré; ser viejo no es agradable.

Kati traía consigo a su hija Lina en sus visitas, una niña pequeña y traviesa. Algún día estará tan en celo como mi esposa. Sin duda, lo heredó de ella.

Juegos Infantiles

von Jack Faber © 2023

Como de costumbre, estaba sentado en mi sillón de profesor en mi estudio, leyendo un buen libro y vigilando la habitación de las niñas. Mi nieta Lina, que aún no había cumplido los trece años, y las dos vecinas, de doce y once años, correteaban por la casa durante las vacaciones de verano. Jugaban a disfrazarse, y yo, el viejo tonto, las miraba boquiabierto mientras se desvestían y se volvían a vestir. Desde luego, no era un pedófilo, pero ver a niñas pequeñas y desnudas simplemente me complacía.

Esto llevaba pasando días. Los gritos de los niños no me molestaban en absoluto; simplemente dejaba que mi mirada vagara por ahí: los niños desnudos de esa edad siempre son un placer para la vista. A veces jugaban a otro juego emocionante: “Pilla-pilla y cosquillas”. Los tres corrían desnudos por la casa, gritando de alegría. Luego, dos de ellos se unían y “pillaban” al tercero. Los dos la arrastraban a la habitación de los niños y la “capturaban” en la cama. Había un pequeño juego de lucha libre, al final del cual la cautiva se dejaba sujetar por los brazos y abría las piernas voluntariamente. Ahora venían las “cosquillas”. Eso significaba hacerle cosquillas en la vulva y, sobre todo, en el clítoris: ¡era divertidísimo de ver!

Las cosquillas siempre terminaban con cosquillas en el clítoris de las prisioneras, lo que cada vez con más frecuencia escalaba a frotamiento clitoriano real. La más pequeña solo lo permitía brevemente; sus piernas se contrajeron ligeramente y se liberó. Las dos mayores, sin embargo, se masturbaban mutuamente como es debido, y yo contuve la respiración cuando la prisionera llegó al clímax. Entonces se levantaron de un salto y la persecución salvaje continuó. Un día, después de que las compañeras de juego se hubieran ido, llamé a mi nieta Lina.

Se acercó a mí sin dudarlo; al fin y al cabo, el abuelo era prácticamente uno más del montón. Acaricié suavemente el cuerpo desnudo de la chica, con mucha delicadeza el vello rubio pálido de su monte

de Venus. Le pregunté sobre el juego, y asintió; por supuesto, a la cautiva le hacían cosquillas hasta que explotaba. Puso los ojos en blanco con fingida desesperación: «¡Abuelo, eso es parte del juego!», y sonrió con lástima porque yo, el viejo tonto, no sabía absolutamente nada sobre el juego de las cosquillas. Le pregunté directamente, y como no entendió de inmediato la palabra «masturbación», le froté el clítoris una vez.

Se puso roja como un tomate y tartamudeó: "¡No sé si tengo permiso para contarte esto!".

Asentí con la cabeza para tranquilizarla: "¡Soy tu abuelo, por supuesto que puedes contármelo!".

Finalmente asintió. "Lo hago todas las noches antes de dormirme, pero al principio solo hasta justo antes, y cuando ya he tenido suficiente, entonces hasta la verdadera explosión. Entonces puedo parar y dormirme enseguida". Respondió a mi pregunta de inmediato: "Llevo haciéndolo desde siempre, y Flora también". Era la hija de la vecina mayor. "A Flora y a mí nos gusta frotarnos hasta explotar, ¿se nos permite hacerlo, verdad?" Asentí, por supuesto que sí. "Y", continuó, "¿es cierto que se te pone duro el pene al mirar y luego tienes que frotártelo, como dice Flora?" Asentí algo disgustado, es cierto, pero ¿Flora no lo vio? "Dice que lo vio, pero no le creo", dijo Lina. Le respondí que Flora no podía haberlo visto porque solo lo hago después de que se hayan ido. Era una mentira descarada, porque normalmente me frotaba el pene en secreto cuando las chicas se masturbaban entre ellas o a sí mismas. A partir de entonces, tomé mi pene en mi mano y lo froté muy suavemente, sin eyacular, cuando veía a las chicas masturbarse entre sí o a sí mismas.

— ¿Y la pequeña? — pregunté, y Lisa se encogió de hombros con desdén — . Todavía es muy pequeña, está muy asustada y tiene miedo de explotar. Aunque Flora lo ha hecho bien hasta el punto de explotar incontables veces, ¡es demasiado cobarde!

Eso fue muy informativo, y prometí, por supuesto, no contárselo a nadie. Eso era obvio. Y ahora, claro, ella sabía que yo veía sus juegos. Después, me pareció que se esforzaba por mostrarme cómo se hacían

cosquillas y se masturbaban. A partir de entonces, Flora y Lina a veces tenían que masturbarse de nuevo inmediatamente después como "castigo". Lina me miraba fijamente a los ojos, con una sonrisa forzada, o a mi pene mientras se acercaba al orgasmo. Al menos, esa fue la impresión que me dio.

Mi hija había acogido a una niñera; tenía 16 años, se llamaba Audie y era de Bélgica. Hablaba nuestro idioma a la perfección, ya que su madre era de aquí. Mi francés escolar, después de 55 años, era tan malo que me di por vencida tras los primeros intentos. Audie fue a un instituto de enseñanza secundaria, pero no era muy brillante. Cuando mi hija y mis nietos iban a la guardería por la tarde, Audie tenía dos o tres horas libres y le encantaba venir a charlar conmigo. Pronto descubrí que prefería hablar de amor y de estar enamorada, de romance y de sexo. Pasaron unos días antes de que se sentara en mi regazo y me hablara directamente al oído, porque parecía que tenía problemas de audición.

Es una situación muy especial cuando una dulce chica de 16 años con un vestido ligero de verano se sienta en tu regazo, te abraza por el cuello y te habla al oído. Lo digo solo para que te lo imagines.

Audie me contó todo sobre su primer amor. Había aprendido de su novio cómo masturbarlo y lo hizo diligentemente durante toda la semana. Desafortunadamente, el romance terminó después de una semana; fue muy, muy triste. Puse mi mano en su muslo desde el principio, muy discretamente. Le pregunté si ella también había recibido una de él, pero al principio no entendió. Dejé que mi mano se deslizara por la parte interna de su muslo y toqué sus bragas, solo ligeramente. Se puso roja como un tomate y negó con la cabeza: "¡No, no, no!". Ella solo se lo hacía a sí misma, pero si él hubiera querido, podría haberlo hecho. Sonreí amablemente; ¡lo entiendo! El calor de agosto la estaba afectando, y mi mano en sus bragas se estaba empapando de sudor. "Hace demasiado calor, quítate el vestido, estoy aquí sentado en calzoncillos", le dije amablemente. Se rió a carcajadas. "¡Sí, incluso puedo sentirlo!", rió, "¡Siempre está tan duro, puedo sentirlo!". La conversación fluyó un rato, luego se levantó y se quitó el vestido. Ahora estaba sentada en mi regazo, en bragas, sobre mis

calzoncillos, y retomé la conversación donde la habíamos dejado. Ignoró que mi mano estaba sobre sus muslos, sobre sus bragas.

— Entonces, ¿dejarías que René lo hiciera, verdad? — pregunté, retomando el hilo. No respondió de inmediato. — Sí, si hubiera sabido cómo. Tenía permiso para tocarme el clítoris, pero era un terreno desconocido para él. — Audie rió suavemente — . Siempre le hacía una paja, así que habría sido justo que él también lo hubiera hecho conmigo. Pero creo que René no sabía cómo hacerlo con una mujer. — Reflexionó durante un par de minutos y negó con la cabeza — . No, desde luego no sabía cómo lo hacemos las chicas. — Eso sonó muy claro, muy definido — . ¿Y no querías enseñárselo? — pregunté, y ella negó con la cabeza, ya que la masturbación es algo muy privado, no algo que se exhiba. — Más tarde, sí, más tarde se lo habría enseñado y le habría dejado hacerlo, pero no teníamos tiempo para eso. — Tuve que cambiar rápidamente de tema y preguntarle si las chicas en Bélgica solo lo hacían en secreto o si hablaban de ello abiertamente. Me había olvidado un poco de René, y ella respondió de inmediato. Hablaba abiertamente del tema con sus mejores amigas; con ellas no había secretos. Ella, al igual que sus amigas, lo hacía en secreto; también tenía que ocultárselo a su familia. Audie no tuvo reparos y me contó en la siguiente clase cómo, cuándo y con qué frecuencia se masturbaba. Asentí con seriedad; la tomé en serio y la traté como a una adulta. Eso le hizo bien; lo noté enseguida.

Días después — hablamos mucho sobre mis experiencias sexuales — le pregunté en el momento y la situación adecuados si podía tocarle el clítoris. Sonrió sorprendida, pero enseguida se bajó las bragas. Le toqué la vulva y me dejó explorarlo todo. Le pregunté, bastante asombrado de que ya no fuera virgen, si René... Negó con la cabeza y se puso muy triste. No le hice más preguntas; jugué con sus labios y su clítoris, pero solo jugué, porque no quería que la masturbara; solo lo hacía antes de dormirse. Lo entendí, y no me importó.

Audie sacó el tema ella misma. Ya no era virgen, y por eso estaba allí. La escuché atentamente mientras contaba la historia. Hacía unos meses, su hermano Richard la había pillado masturbándose. Esperó con una sonrisa lasciva hasta que se calmó después del orgasmo, y solo entonces se hizo notar. Le había roto el himen brutalmente, la

había follado durante minutos y había eyaculado dentro de ella. Estaba devastada, pero no por miedo al embarazo. Todavía no le había bajado la regla y sabía que a su madre no le había bajado hasta los 19 años. Richard se colaba en su habitación todas las noches y la follaba durante más de tres meses. Entonces su madre lo pilló, le dio decenas de bofetadas y su padre le dio una paliza. Después su madre le hizo vivir esta experiencia, lejos de Richard.

Ese iba a ser tema de conversación durante los próximos días. Escuché con atención porque hablar de la violación de Richard la tranquilizaba cada vez más. Estaba acariciando su vulva y clítoris cuando bajó la mano y sintió mi pene erecto a través de la tela. "¿Puedo acariciarlo yo también? Sería lo justo", preguntó. ¿Qué se suponía que debía decir? Asentí y ella lo sacó. Definitivamente no me estaba masturbando, pero con mucha delicadeza tiró del prepucio hacia adelante y hacia atrás hasta que eyaculé. "¡Oh, perdón!", dijo, con la cara roja como un tomate, y se limpió la mano en mis calzoncillos.

Lo guardé de nuevo. Hablamos de ello y le dije que no lo disfrutaba mucho con la mano; prefería el sexo. Ella asintió y pude ver que estaba descartando mentalmente la masturbación. "Voy a casa de la señora Weber una o dos veces al mes; con eso me basta. ¡Ya no tengo 20 años!". Estaba muy sorprendida. "¿La señora Weber, la de enfrente?", preguntó, estremeciéndose. Asentí. "¡No juzgues tan rápido, Audie! Solía ser una mujer hermosa, tenía a los hombres más increíbles en su club nocturno, ¡y en aquel entonces era una de las mejores prostitutas de lujo de la ciudad!". Vi a Audie asentir y pensar profundamente. "¿De dónde crees que puede permitirse una vida de lujo ahora?", pregunté provocativamente, y ella no respondió. "Apenas podría haber pagado a Weber en aquel entonces, pero ahora ya no es una belleza y es feliz con cualquier hombre que venga a tener sexo". Estaba absorto en mis pensamientos y Audie se fue.

Por supuesto, el maldito Weber era el nuevo tema de conversación. "No te olvidas de cómo follar", le aseguré a Audie, "simplemente ya no eres tan atlética y flexible como antes, eso es todo". Hoy no llevaba calzoncillos; ella estaba sentada en mi regazo y ambos estábamos desnudos. Le dije que si quería frotarme el pene, no me importaría, solo que era cierto que prefería follar. Le impresionó lo cerca

que habíamos estado y luego me preguntó si podía hacerme una paja, ya que estaba bastante dura. Esa tarde, me hizo dos pajas y me dejó masturbarle el clítoris como es debido. Paré justo antes de que empezara su orgasmo porque supuse que era lo que quería. Hablamos de follar y masturbarnos toda la tarde.

Audie no tenía libre el sábado ni el domingo, así que fui a casa de Weber ambos días. Cuando volví, Audie me guiñó un ojo y me hizo un gesto de aprobación con el pulgar. El lunes por la tarde, estaba sentada en mi regazo otra vez. Dijo que había estado pensando mucho durante el fin de semana; no quería hacerme una paja, quería follarme. Sinceramente, me sorprendió; no me lo esperaba. Pero dijo que en nuestras conversaciones, había podido ver claramente a través de toda la situación de Richard y dejarla de lado, y que no tenía ningún reparo en follarme. La había ayudado mucho con el asunto de Richard y le había dicho que sí, que prefería follar a una paja. Me quedé en silencio. Empezó a provocarme con besos franceses, y yo al mismo tiempo le estimulaba el clítoris. Incliné la barbilla hacia el sofá, y ella se acercó y se tumbó en posición de follar. Negué con la cabeza, sonriendo: ¡yo abajo, tú arriba! Ella entendió; Se subió encima de mí y se sentó sobre mi polla con un profundo suspiro. Su coño estaba muy apretado, caliente y ya muy mojado. Se tumbó encima de mí con la parte superior de su cuerpo, sus pequeños pechos sobre mí, y entonces me folló. Como habíamos hablado, presionó su clítoris contra mi polla, arriba y abajo. Tuvo que follarme durante mucho tiempo, y me alegré mucho de que mi erección durara todo el tiempo. Ya me había corrido con el Weber, pero aun así conseguí mantener mi erección hasta el final. Audie tembló y se desplomó sobre mí en su orgasmo. Después de unos segundos, continuó obedientemente, y después de un buen rato, eyaculé unas pocas gotas tristes. Audie siguió follándome hasta que mi polla se ablandó.

Para que te hagas una idea. Audie, la belga de 17 años, era bastante delgada, aunque sus caderas ya eran muy femeninas. Sus pechos eran pequeños, como picaduras de abeja, y muy puntiagudos; solo tenía un delicado vello púbico oscuro sobre la vulva. Su vagina era muy estrecha, cálida y húmeda, su pequeño clítoris completamente oculto bajo el prepucio. Se recostó sobre mí, con la cara apoyada en mi pecho, y yo le acaricié la cabeza, el pelo y la cara. Sus redondas

nalgas subían y bajaban con buen ritmo, y ella intentaba presionar su clítoris contra mi pene.

Audie me folló todas las tardes durante cuatro semanas enteras. Tuvo que experimentar unos días hasta que descubrió la manera correcta de presionar su clítoris contra mi pene. Durante el orgasmo, se desplomaba sobre mí, temblando y convulsionando. Pero continuó obedientemente hasta que yo me corrí o mi pene se ablandó. Estaba realmente entusiasmada con el sexo, y lamenté no tener ya la virilidad de un veinteañero; podríamos haber follado tres veces más a menudo.

Durante el fin de semana, no fui a ver a Weber, y el lunes, Audie volvió a follarme. Había redescubierto el placer del sexo; ahora siempre tenía orgasmos, y hablamos mucho de sexo, follar y masturbarnos otra vez. Pero fuimos descuidados. Un día, mientras Audie volvía a trabajar en mi polla después de su orgasmo, vi a las tres niñas desnudas debajo de la puerta del cuarto de los niños. Paramos inmediatamente. Mi nieta Lina corrió de vuelta al cuarto de los niños, a punto de llorar. ¡Mierda, gran mierda!

Lina era una verdadera bestia, como estaba a punto de descubrir. Audie se había ido, las vecinas también, y yo estaba leyendo mi libro. Lina salió desnuda del cuarto de los niños y se sentó provocativamente en mi regazo. Fue directa al grano. Debería acostarme con ella; después de todo, tenía casi 14 años, y todas sus amigas ya habían perdido la virginidad, la mayoría con sus hermanos, algunas con sus padres. Todas ya tenían sexo en secreto, excepto ella. No tenía ni hermano ni padre que la desfloraran y se la follaran. Yo era su abuelo, después de todo, no el de Audie. Negué con la cabeza con firmeza. Era mi nieta, de mi sangre. ¡No me la follaría más de lo que jamás me la había follado a su madre! Me mantuve firme e inflexible. Lina hizo un puchero amargo y se fue. Esto no iba a terminar bien.

Por supuesto que le mentí a Lina. Llevaba años acostándome con su madre, Kati. Desde que murió la madre de mi esposa, Kati dormía en mi cama matrimonial. Empezó con mucha suavidad e inexperiencia, frotándome el pene. Al principio, me tiraba del prepucio suavemente hacia adelante y hacia atrás hasta que eyaculaba. Solo meses

después empezó a masturbarme con el puño. Le sorprendió mucho que también lo necesitara por la mañana; claro, en aquel entonces no sabía lo que era una erección matutina. Pero me tiraba del prepucio con delicadeza y ternura, y cada vez me preguntaba si no preferiría follarla, como una mujer de verdad. Me negué; simplemente no podía imaginarlo en ese momento. Me lo preguntaba cada vez que se acurrucaba conmigo y se masturbaba. Ya entonces disfrutaba mucho masturbándose. Con Kati, vi por primera vez cómo se masturba una chica de verdad. No es broma: mi esposa se masturbaba todas las noches, pero nunca me dejó verla. No ocultaba que se masturbaba, pero nunca me lo mostró. Por supuesto, sentí que se frotaba; me permitían abrazarla, acariciarle la cara o los pechos. Pero no me permitían tocarla "allí abajo" mientras se masturbaba. Y siempre en la habitación a oscuras. Eso explica mi curiosidad. Un día, Kati se tumbó a mi lado, radiante. Por fin había dejado de ser virgen; su hermano Karl la había desflorado y se la había follado. No dije nada al respecto; era asunto suyo. Se la follaba a Karl por la tarde y me dijo que lo había disfrutado muchísimo. Había empezado su formación como enfermera y se había enamorado de su jefe. Ahora dejaba a Karl solo; él tenía las manos llenas, follando con un grupo de mujeres mayores una tras otra. Un día, Kati llegó a casa llorando. Estaba embarazada y se negó al aborto que su jefe le exigía; para ella, eso sería un asesinato. El apuesto jefe se quitó la máscara; ya no se hablaba de que se divorciara y se casara con Kati. La dejó fríamente; la siguiente estudiante de enfermería seguramente ya la estaba esperando. Consolé a Kati lo mejor que pude. Ella ya no quería hacerme una mamada; quería follarme. Yo seguía resistiéndome porque estaba mal, pero ella me sentó desnudo en mi sillón, se sentó sobre mi pene y me cabalgó. Ya no protesté; me encantaba, aunque estuviera mal. Ella era solo la segunda mujer con la que me había acostado; me había casado virgen. Me cabalgó hasta que su barriga creció demasiado. Después de que me corrí, se quedó en mi regazo y se masturbó apasionadamente. Tenía un gran deseo sexual durante su embarazo y se masturbaba con bastante frecuencia. Se me ponía dura solo con mirarla, y me follaba sin piedad, incluso cuando ya no podía eyacular. La follaba en posición del misionero cuando su barriga crecía demasiado, y teníamos sexo mucho más a menudo que muchos recién casados. Cuando nació Lina, se mudó a la otra capital a un apartamento que mi hermana le había ofrecido. Mi hermana se había casado con un

hombre rico y ahora era una viuda adinerada. Tenía poco contacto con mi hermana porque era muy inseguro debido a los rumores de que había matado a su marido por su dinero. Ciertamente no habría sido fuera de lo común para ella. Me mudé con Kati y Lina; fui una buena abuela sustituta, y Kati pudo terminar su formación de enfermería. Kati comenzó a masturbarse dos días después de dar a luz, y tuvimos sexo de nuevo dos semanas después. Tenía casi el mismo deseo sexual que durante su embarazo. Teníamos sexo todos los días antes de irnos a dormir, pero Kati todavía tenía que masturbarse después; simplemente lo necesitaba. Rara vez tenía encuentros de una noche; eso no era lo suyo, y solo lo hacía por el hombre. Entonces yo me tumbaba en el sofá y escuchaba el sexo. Cuando Lina tenía unos nueve años, dejé de tener sexo con Kati todos los días. Ella también solo quería tener sexo ocasionalmente. Mientras tanto, me había puesto en contacto con la Sra. Weber, que había sido una buena amiga de mi esposa. Solo supe después de que mi esposa muriera que a veces dejaba que sus amantes tuvieran sexo con mi esposa. Mi esposa en realidad no era adúltera; Fue solo por el alcohol y el ambiente que se dejó llevar por los amantes de la señora Weber. Incluso después, no me enfadé con ella y me habría alegrado de que hubiera tenido relaciones sexuales con ella en vida, si tan solo hubiera dicho una palabra al respecto. Hasta entonces, solo me había acostado con mi esposa; nunca había notado las tentaciones. A veces iba a casa de la señora Weber para tener sexo, pero por lo demás, me limitaba a tenerlo ocasionalmente con Kati. Me he desviado bastante del tema, así que volvamos a la historia principal.

Un día Audie no estaba. Le pregunté a mi hija de inmediato, y ella admitió haberla mandado a casa. Sabía por qué, dijo. La presioné para que me diera detalles. Lina le había dicho que Audie se acostaba conmigo todas las tardes. No que yo me acostara con Audie, sino que ella se acostaba conmigo, enfatizó Lina. Me enfurecí y solté que Lina solo se estaba vengando porque la había rechazado. Los ojos de mi hija se abrieron de miedo. ¿Lina quería...? Me arrepentí de mi arrebato, pero añadí que, al parecer, sus amigas ya no eran vírgenes y se acostaban con ellas sin reparos, así que Lina no quería quedarse fuera, y yo era el único hombre en la casa.

El ambiente se enrareció por un tiempo. Lina, mi hija, y yo nos evitábamos. Iba a casa de la señora Weber dos o tres veces por semana para desahogar mis frustraciones. Hasta su accidente — según decían los malintencionados, hasta que un amante celoso le cortó la cara con un cuchillo — había sido una mujer hermosa, pero ahora las cicatrices desfiguraban su rostro. Incluso a sus cincuenta y tantos años, su figura seguía siendo admirablemente bella, sus pechos notablemente firmes y su zona púbica cuidadosamente depilada. Le encantaba el sexo y se masturbaba. Solo le quedaban unos pocos admiradores, y por alguna razón inexplicable, se había encaprichado conmigo. Quizás porque había sido amiga de mi esposa y había compartido varios amantes con ella, como supe después de su muerte. Ya no me molestaba; ahora era el favorito de la señora Weber, y ella estaba encantada con mi segunda primavera.

Tras la muerte de Alma, la señora Weber me cuidó maravillosamente. Me invitaba a su apartamento todas las tardes, y generalmente también por las noches, para tener relaciones sexuales conmigo. Le estaba muy agradecido por ello, porque me permitía olvidar mi profundo dolor durante unas horas. Durante ese tiempo, me contó todo; con su muerte, terminó su obligación de guardar silencio.

Alma la había acogido después de su accidente — siempre lo llamaba accidente — y pasaba cada minuto libre con ella, a veces quedándose a dormir. No quería ver a nadie más ni acostarse con un hombre. Entre ellas surgió una relación lésbica, y yo no paraba de hacer preguntas: ¡no tenía ni idea de esta faceta de Alma! Pero la señora Weber confirmó que a Alma le encantaba el aspecto lésbico y que le había ayudado mucho a recuperar las ganas de vivir; de lo contrario, podría haberse suicidado. Por supuesto, quería saberlo todo. «Al principio, solo teníamos sexo normal entre chicas, abrazándonos y besándonos desnudas en la cama, acariciándonos los pechos y las vulvas, tocando el clítoris con delicadeza. Al principio, cada una se masturbaba, después nos masturbábamos mutuamente». La señora Weber sonrió enigmáticamente. «Nadie podía masturbarme con tanta sensibilidad y delicadeza como Alma», dijo sonriendo, «y unas cuantas lo han hecho». Asentí; cuando Alma hacía algo, tenía que ser

perfecto. Alma estaba eufórica cuando le enseñé sexo clitoriano con clitoriano. Tenía un clítoris mucho más pequeño que el mío y nunca pudo follarme bien. Prefería que la follara yo; nos corríamos una tras otra, y así lo hicimos hasta el final de su etapa lésbica. Finalmente, semanas después de que le quitaran las vendas, se atrevió a volver a follar. Poco a poco, Alma pudo dejarla a solas con su amante.

Tuve que interrumpirla constantemente con preguntas. Sí, por supuesto que Alma estaba presente durante los encuentros; la señora Weber siempre tenía pánico a quedar embarazada. Debo haber entendido mal; ¿no era una prostituta de clase alta? Se rió a carcajadas. Sí, por supuesto, ¡pero ella no tenía que acostarse con los amantes! Mi cara era un retrato de confusión. Sonrió con picardía, como un gato. "Siempre tenía a mano varias esposas dispuestas que estaban encantadas de acostarse con mis amantes y no tenían miedo al embarazo como yo. Alma era una de ellas." Se deleitó con mi sorpresa. "Alma no podía tener más hijos después del nacimiento de Kati, así que no le importaba si los hombres eyaculaban dentro de ella. Realmente disfrutaba del sexo." Le pedí a la señora Weber que me explicara con más detalle. Había hecho felices a los amantes conversando con ellos, los había abrazado, besado y acurrucado con ellos. Solo jugaba con sus penes, pero no les dejaba eyacular. Una vez que el amante estaba listo, no les importaba por qué orificio entraran. Ella guiaba el pene del amante hacia la vagina de Alma, y la mayoría de ellos se corrían en poco tiempo. Pero Alma no soltaba el pene; lo mantenía hasta que estaba listo para una segunda ronda. Esto solía durar mucho tiempo, y entonces Alma podía tener uno o más orgasmos antes de que terminara. Escuchaba con mucha atención porque en aquel entonces no tenía ni idea de quién era realmente mi Alma. Solo follábamos en la oscuridad, y por supuesto podía sentir que Alma se masturbaba hasta el orgasmo cada vez que follábamos. Tenía una sincronización excelente.

La señora Weber sonrió; solo tenía buenos clientes. Ministros y primeros ministros estatales, diplomáticos y obispos, empresarios y generales. Para Alma, todos eran iguales: hombres que querían follar y correrse. Siempre se acostaba junto a la pareja que follaba, presionando su cuerpo contra el hombre; después de todo, él estaba allí para ella. Cada vez que él había eyaculado y Alma lo había preparado

para la segunda ronda, ella intentaba alejarlo de ella y guiarlo hacia su vagina. El pobre hombre se perdía y penetraba su vagina. Ella, de buen humor, lo dejaba follarla durante mucho tiempo; la mayoría de los hombres follaban durante mucho, mucho tiempo en la segunda ronda, y a veces Weber tenía un orgasmo. De lo contrario, se masturbaba breve e intensamente hasta el orgasmo mientras él follaba a Alma de nuevo, para correrse dentro de ella, porque para eyacular, tenía que volver a la vagina de Alma. Durante muchos años, solo tuvo sexo de verdad con dos o tres hombres al año, incluyendo la eyaculación, si le gustaban lo suficiente como para superar su miedo a quedar embarazada. Me impresionó profundamente; No me había percatado de nada de esto y recién ahora estaba descubriendo a mi esposa. La señora Weber le ofreció a Alma una parte de las ganancias, pero Alma no aceptó dinero; tenía suficiente para ella.

La señora Weber me preguntó si era cierto que me había acostado con la cocinera durante los embarazos de Alma. Le conté con detalle que Alma me había persuadido con delicadeza pero con firmeza para acostarme con la ama de llaves. Alma me había dicho que la anciana jugaba con su coño toda la noche y se masturbaba cuando le apetecía; no podía imaginar cómo lo sabía. Estaba bastante segura de que no habría problema en acostarme con ella. Pero el ama de llaves era bastante mayor y arrugada; no había tenido relaciones sexuales desde los 14 años y solo se dejaba follar pasivamente y con mucha vergüenza. Antes de la primera vez, lloró amargamente y sollozó diciendo que no había tenido sexo en 50 años y que era una gran vergüenza que su ama se lo hubiera ordenado. Alma arrastró a la pobre anciana sollozante de la mano a nuestro dormitorio. “¡Quítate la ropa!” Ella ordenó, y la anciana continuó sollozando y despotricando, pero vacilante y avergonzada, se desnudó pieza por pieza hasta que se quedó temblando en sujetador y bragas. “¡Todo!”, dijo Alma sin cesar. La anciana se desabrochó el sujetador y lo dejó caer. Tenía pechos grandes y llenos que colgaban pesados como melones hasta el ombligo. Sus bragas siguieron, revelando su escaso vello púbico gris, casi todo ya desaparecido. Se sentó en la cama, aún llorando y despotricando. Sin que Alma ni yo dijéramos una palabra, se inclinó hacia adelante y tomó mi pene en su boca. Se quedó en silencio y chupó y lamió mi pene con tanto placer. Casi inmediatamente eyaculé, toda la carga en su boca. Se tragó el semen y me miró con ojos grandes, como los de

una vaca. “¡Lo siento, pasó!”, y reanudó inmediatamente la succión. Cuando estuvo completamente erecto, se recostó y lentamente y deliberadamente insertó mi pene. Se cubrió el rostro lloroso con los brazos y giró la cabeza avergonzada. Alma me hizo un gesto con la cabeza y comencé a follar a la anciana, que permaneció completamente pasiva. Durante el acto, ella colocó una mano protectoramente sobre su clítoris, pero Alma la apartó de nuevo. Observó cómo el clítoris se movía con cada embestida y se ponía increíblemente erecto. Miré a mi esposa con expresión interrogante antes de correrme furiosamente de lujuria, eyaculando todo en el coño de la anciana. Había terminado. A pesar de sus protestas, Alma comenzó a masturbar a la ama de llaves; podía ver lo rígido que se había puesto el clítoris por el acto. La anciana jadeó, suspiró y gimió. El orgasmo prácticamente la hizo girar, y Alma solo dejó de frotar a la anciana temblorosa y espasmódica después de varios minutos. Me arrodillé ante ella con mi pene semierecto; su orgasmo fue muy excitante. Alma la instó a que volviera a tomar mi polla en su boca y la pusiera dura. La anciana, sorprendida, obedeció con vacilación, y poco después, la follé de nuevo y eyaculé unas tristes gotas. Alma la masturbó de nuevo como antes, y el orgasmo fue muy intenso una vez más. La ama de llaves recogió su ropa frente a sus pechos y salió corriendo desnuda del dormitorio. Tuve la impresión de que estaba bastante complacida de que Alma siempre la masturbara después de follar con ella, para liberar la excitación sexual que surgía durante el sexo. Después de follar, levantó ligeramente el trasero y ofreció con alegría su clítoris erecto a los dedos de Alma. Antes de la primera vez que follamos, a menudo lamía y chupaba mi pene con tanta devoción que eyaculaba en su boca. Pronto estuve seguro de que lo hacía a propósito. Me miraba con ojos grandes, como los de una vaca, fingiendo sorpresa y diciendo “¡Oh!” o “¡Así que!” o “¡Sí!”, luego se tragaba el semen y seguía chupándome el pene hasta que se ponía duro. Hicimos esto a diario a partir de entonces; la ama de llaves dejó de llorar y se resignó a su destino. Meses después, tras el parto, Alma pudo volver a tener sexo, y dejamos a la ama de llaves en paz. Cuando Alma volvió a quedar embarazada, la ama de llaves tuvo que volver para tener sexo. No se sorprendió y se sometió, llena de vergüenza. Durante el segundo embarazo, usted, señora Weber, también venía de vez en cuando a sustituir a su amiga Alma, ¡y qué contento estaba yo por el cambio, por acostarme con una joven tan increíblemente hermosa como usted!

¡Claro que entonces no sabía hasta dónde llegaba su amistad con mi esposa! Sin embargo, si usted no venía, llamábamos a la ama de llaves. Pero no me importaba; tenía que acostarme con alguien, y Alma tenía toda la razón en eso. No fue una hazaña particularmente heroica, lo admito.

La señora Weber me había hablado de dos mujeres que, como mi esposa, la "ayudaban". Cuando la señora Weber no estaba disponible, acudía a ellas para tener sexo, a menudo al principio, menos después. Eldrid había emigrado de Islandia con su marido, Snorri, y lo había enterrado hacía años. Era una giganta, de al menos dos metros de altura, robusta y de complexión fuerte. No tuve que explicar mucho; mencionar a la señora Weber bastó. Me dejó entrar en la antesala, se aflojó la falda y se puso a cuatro patas. Solo me dejaba penetrarla por detrás. Estaba muy necesitada sexualmente y solía llegar al orgasmo rápidamente. Un par de veces, sin embargo, tuvo que masturbarse durante el sexo, y dejé mi pene dentro de ella hasta que terminó. Siempre fue muy amable y dispuesta a tener sexo en cualquier momento, pero casi nunca hablábamos. Después de cada encuentro, la desnuda Eldrid me abrazaba con su cuerpo desnudo, murmuraba una frase pagana amistosa en su idioma y me besaba en la cabeza. Me incliné hacia adelante y besé su coño depilado íntimamente con mi lengua. Ella rió, arrullando como una paloma, separó sus labios con las manos y me ofreció su gran clítoris para que lo lamiera. La sujeté por sus grandes nalgas, tomé su clítoris entre mis labios y lo lamí. Apenas tardó un minuto en estremecerse de orgasmo y apartar su clítoris de mi lengua traviesa. Besé sus labios apasionadamente una vez más, y luego me fui. Eso lo dijo todo.

La otra se llamaba Irmi. También encontré en ella una persona receptiva; ella también estaba hambrienta de sexo y siempre dispuesta a tener relaciones sexuales. Me dejó pasar a la antesala y acomodó una pequeña caja. Se quitó la ropa y se recostó sobre la caja. La follé y me corrí rápidamente, y ella siempre insistía en una segunda ronda, aunque yo no podía eyacular por segunda vez. Solo la segunda vez se masturbó mientras follábamos, y yo la follé obedientemente hasta que se corrió. Dejó la puerta de la sala entreabierta, "para que el viejo tonto al menos pueda mirar". Nunca vi a su marido, pero ella me aseguró que nos observaría. Me gustaba mucho la forma frívola y

exhibicionista en que se masturbaba y siempre disfrutaba visitándola.

El romance con Irmi se hizo cada vez más público. Ella tenía dos hijos de padres diferentes, que no eran su marido. «Accidentes», comentó Irmi con sequedad. Su marido había sufrido un derrame cerebral masivo unos meses después de su boda y había quedado discapacitado desde entonces, por lo que ya no podía tener relaciones sexuales con ella. Aceptaba que ella tuviera sexo con otros, pero no en el apartamento, no en su cama matrimonial. «En el pasillo, vale, me parece bien», concedió un poco. Su hijo, Ben, tenía 16 años, a punto de cumplir 17. Su hija, Lea, estaba a punto de cumplir 16. Y ambos nos merodeaban cuando yo tenía sexo con Irmi en el pasillo. Fingían ir al baño, pero eso cambiaba rápidamente. Ben observaba con rabia cómo su madre se masturbaba y luego tenía un orgasmo mientras la penetraban. Lea simplemente se quedó de pie junto a su madre, me vio eyacular la primera vez, y luego de nuevo durante la segunda ronda, cuando mantuve la erección hasta que Irmi tuvo un orgasmo. Intentó, sin mucho éxito, ahuyentar a los niños. Cuando nos quedamos a solas, poco a poco nos fue contando todo.

Ella dejó que Ben siguiera durmiendo en su cama, aunque ya tenía 11 años. Él se apretó contra su madre desnuda hasta que ella le enseñó a masturbarse. Durante días, el niño se masturbó con gran entusiasmo. La observaba masturbarse; ella nunca lo ocultó, y sonrió cuando el pequeño también se masturbó y eyaculó sobre su vulva. Esto no duró mucho. Él quería tener sexo de verdad; los chicos de la escuela hablaban de ello constantemente. Irmi suspiró cuando cedió. Desde entonces, el niño ha tenido sexo con ella todas las noches después de que ella termina de masturbarse. Su esposo ocasionalmente tenía una erección parcial cuando ella se masturbaba y luego tenía sexo con Ben. Era su único placer sexual cuando ella tomaba su erección parcial en la boca y la frotaba; él eyaculaba tres gotas, y ella las tragaba. Él no podía evitar que los dos tuvieran sexo a su lado en su cama.

Lea se masturbaba todas las noches desde hacía mucho tiempo, Irmi lo sabía. La chica siempre hacía lo que le daba la gana; a los 10 u 11 años, como sus amigas, les hacía felaciones a los chicos del colegio,

diciendo que no tenía nada de malo, decía con petulancia y desafío. Cuando Ben, con unos 15 años, quiso (y pudo) tener sexo varias veces seguidas, Irmi le dijo que por fin debería buscarse una chica con la que acostarse. Con buenas intenciones, pero no buscó mucho. Inmediatamente fue tras su hermana, la desfloró y tuvo sexo con ella todas las tardes desde entonces. Irmi no tenía ninguna posibilidad de detenerlo; a Lea le encantaba el sexo tanto como a Ben. Lea había subido otro peldaño en la escalera y pertenecía al círculo de los elegidos que ya tenían sexo con regularidad a esa edad. No era la única; algunas de sus amigas se acostaban con hermanos, primos o padres.

Un día, Irmi acababa de desvestirse y se había acostado en la mesita de noche cuando Lea entró, desnuda. Le exigió a Irmi que le hiciera sitio; ahora era su turno. Me quedé allí de pie como un mueble mudo junto a las dos chicas, Lea, de 16 años, e Irmi, de 35. ¡Lea le recordó a Irmi que se lo había prometido! Miré a Irmi sin palabras e inmediatamente intuí que había perdido. Irmi se puso de pie, Lea se acostó. Me acerqué a ella en silencio. Todavía tenía una figura juvenil, pechos muy pequeños, y pude ver en su vulva sin vello que ya había pasado por mucho.

Irmi estaba desnuda junto a su hija. Asintió y Lea agarró mi erección. Obedientemente, seguí su orden silenciosa; Lea guió mi pene dentro de ella. Su coño no era muy estrecho, pero sí bastante húmedo y cálido. No la abracé, sino que la follé de pie. Lea era una maravilla natural; tenía un orgasmo tras otro. No llevé la cuenta; observé a Irmi, que asentía con la cabeza en señal de acuerdo con cada uno de los orgasmos de Lea y se pasaba la lengua por los labios. Lea se acarició el torso y, en su orgasmo, se tiró de los pechos. Miré el clítoris de Irmi; había apartado los labios y vi cómo su clítoris se endurecía gradualmente. Agarré las nalgas de Lea y me corrí, disparando mi semen dentro de ella en ricos y abundantes chorros. Cuando terminé, di un paso atrás con mi pene semierecto. Lea se puso de pie, renovada. No dijeron ni una palabra. Irmi se tumbó en la mesita de noche y Lea se quedó de pie junto a ella. Irmi ya estaba muy excitada, y mi pene semierecto se deslizó sin esfuerzo. La follé muy despacio, dándole tiempo a mi pene para que se pusiera completamente duro. Irmi se masturbó frívolamente y obscenamente como siempre y se corrió después de unos minutos. Simplemente no pude aguantar más. Me

despedí y me fui, perdido en mis pensamientos. Esta era ahora la nueva rutina: primero follaba a Lea, eyaculaba una carga completa dentro de ella, y luego follaba a Irmi mientras se masturbaba. Una vez le pregunté si no sería más sensato al revés, pero negó con la cabeza. Lea aún no había empezado con la regla, pero ella sí. Irregularmente, pero sí. Al principio, me escabullía arriba todos los días. Era inexplicablemente especial follar a una chica de 16 años cuyos pechos parecían crecer a diario. También era de alguna manera fascinante observar la forma en que madre e hija interactuaban. Pero seis meses después, ya no me corría tan a menudo; había perdido su emoción. Necesitaba más variedad, Eldrid y señora Weber. Cuando volví a visitar a Eldrid después de seis meses, sentí su deseo. Me quedé más tiempo y la follé dos veces más. Tener una erección no fue un problema, y no le importó que eyaculara. Follamos en su habitación por primera vez. Le lamí el clítoris durante los descansos hasta que tuvo un orgasmo, y al final, quedé muy satisfecho. No la había perdido, aunque la había descuidado vergonzosamente. Pero al final se rió e intentó enseñarme algunas palabras obscenas en islandés. “Hali” para pene y “kut” para vagina, “lata sprengja” para follar, y “sjalfsfroa” para masturbarse. Las aprendí diligentemente, pero después de una semana, se me habían olvidado todas. Eldrid sonrió; el islandés es difícil.

A menudo volvía a hablar con Weber sobre Alma, y la verdad es que era muy agradable.

Semanas después, Lina comentó con sarcasmo que podría haberlo hecho sin mí. «¡Me apuñaló, eyaculó dentro de mí! ¡Y ahora me acuesto con quien me da la gana!». No dije nada; no era asunto mío. Pero se lo conté a mi hija. Al día siguiente, mi hija estaba destrozada; había examinado a Lina íntimamente. Mi hija lloró; ¡la niña ya no quería ser niña!

Durante años resistí la tentación de Lina; solo logró acostarse conmigo, montarme, cuando tenía 19 años. Durante años.

Pero esa es otra historia.

El Productor Musical

von Jack Faber © 2023

Tuve suerte, tanto buena como mala. El conductor que me tiró de la moto era rico y tuvo que pagarme una indemnización millonaria. Pero perdí el pie izquierdo y tenía una buena prótesis que me permitía caminar. De repente, tenía el dinero suficiente para fundar mi propia productora.

Mi esposa se divorció de mí hace tres años. Una vez me rescató de las garras de mi madre ninfómana, con quien compartí cama desde los once años. Descubrió que podía eyacular a esa edad y me llevó a su cama hasta los veintitrés. Mi esposa Elsa fue mi salvación, y éramos una pareja feliz hasta que se fugó con su masajista. "¡Él me masturba con tanta sensibilidad, ternura y cariño como ninguna de mis amigas!", decía. Pero ella sufría porque él no quería o no podía tener relaciones sexuales; tenía que practicarle sexo oral, algo que siempre se había negado rotundamente. Ahora Elsa venía una o dos veces por semana cuando estaba de compras en la ciudad para tener sexo conmigo. Estaba muy agradecida de que no se lo reprochara y de que pudiera tener sexo conmigo sin dudarlo. Una combinación inusual, pero estaba bien para los tres.

Profesionalmente, solo tuve un éxito: Gini, la prodigio del canto. Me había dado docenas de muestras vocales, que distribuí a las emisoras de radio con poco entusiasmo. Sus canciones de amor eran oscuras y profundamente melancólicas. Gini era muy reservada sexualmente y necesitaba muchas semanas antes de entregarse. Me gustaba su forma tímida y juvenil de tener sexo; nunca se había acostado con un hombre antes que conmigo. Pero era ambiciosa a su manera. Se acostaba conmigo a diario y, en el orgasmo, se dejaba caer sobre mi pecho, gimiendo y suspirando mientras continuaba, terminando el trabajo. Por alguna razón, las emisoras de radio promocionaron sus canciones, sus CDs se vendieron sorprendentemente bien y dio sus primeros conciertos. Pero nunca se olvidó de venir a acostarse conmigo. Al público le encantaba el cuento de hadas de que aún era virgen, y ella actuaba en consecuencia. Ahora estaba de gira por todo el

país, pero venía a acostarse conmigo al menos cada dos mañanas; eso parecía traerle éxito.

Yo era la única persona discapacitada en mi círculo de amigos, pero el único con dos estrellas fijas en mi lista sexual: mi esposa Elsa y la cantante Gini. Ella aportaba una buena suma a mi pequeña empresa; no podía quejarme. Me concentraba en organizar los conciertos de Gini, siempre buscando buenos músicos para ella y estando preparado para su éxito. A veces viajaba media noche para acostarse conmigo; esa era su garantía de éxito. Solo se acostaba con algunos de sus músicos, pero yo seguía siendo la garantía. A veces lloraba cuando tenía un orgasmo mientras me montaba y se desplomaba sobre mi pecho, pero eran lágrimas de alegría. Siempre supe que no era particularmente bueno en la cama y ciertamente no podía garantizarle el éxito, pero no le impedí que creyera en ambas cosas. Disfrutaba de su sexo exigente; ¿quién rechazaría a una joven de 20 años con rostro angelical y voz dorada? Ella siguió mi ejemplo y ahora se paraba cada noche bajo los focos con un vestido largo, blanco, casi transparente y sin ropa interior. Una hermosa mujer desnuda, ofreciendo inocentemente su cuerpo intacto y su maravillosa voz al público. Ya había empezado a contactar con emisoras de radio de países vecinos y a pensar en una gira internacional. Me encantaba mi destino, follar con Elsa y Gini casi a diario.

Entonces Ena entró en mi oficina. Su nombre real era Magdalena, pero eligió Ena como nombre artístico. Vale la pena describirla. Un corte de pelo bob corto y andrógino enmarcaba su rostro infantil. No tenía pechos, ni caderas, ni trasero discernible. En resumen, era una tabla. Y, por supuesto, no podía cantar mejor que Gini al principio. No tenía ni músicos propios ni otras cantantes; eso quedó claro desde el principio. Pero — y esto todavía me cuesta escribirlo — quería formar un grupo de chicas y hacerse famosa. “¿Y Gini? Tú la hiciste famosa, ¿no, Fred?” Asentí con disgusto a la chica de 16 años, que en realidad ya tenía 21. “Sí”, dije, buscando una salida, “¡pero todo empezó con sexo, mucho, mucho sexo obsesivo!” Mentí, porque quería deshacerme de ella cuanto antes. — Claro — dijo Ena con naturalidad — , ¡te haré todas las mamadas que quieras! Mi estrategia fracasó; sonrió por primera vez, imaginándose ya en el escenario del concierto. — ¡Me importan un bledo las mamadas y todas esas cosas moder-

nas! — gruñí. Regresó del escenario. — ¿Entonces qué te gusta? — preguntó, estremeciéndose pero atenta. — Que me follen, que me monten sentada — dije con calma, mostrando mi pie de acero. Ena lo miró y asintió: — ¡Entiendo! — y luego otro silencio pensativo. ¡Maldita sea, ella era la que quería ser el centro de atención!

Ena se bajó un tirante del vestido y se acarició el pecho distraídamente. Tenía los pechos bastante pequeños y planos, y se concentró en retorcer el pezón con los dedos. «Pero te gustan las mamadas, con la boca, ¿verdad?», preguntó de repente, y yo asentí. «Antes de montar, sí, pero no después», respondí. Sabía que no tenía nada que ganar en el escenario, pero tal vez quería acostarse conmigo. Ella asintió. «Claro. Solo que tengo la regla muy irregular y no quiero quedarme embarazada inesperadamente». Me miró directamente; era del tipo que iba directo al grano. «Tienes que correrte todo el semen en mi boca para que no te corras dentro de mí cuando follemos. ¿De acuerdo?». Esperó un momento hasta que asentí.

Se quitó el segundo tirante del hombro y se puso de pie. Su vestido cayó al suelo. Rodeó el escritorio; pude ver a través de sus bragas de encaje que tenía el pubis afeitado. Se arrodilló frente a mí, y me bajé los pantalones, apartándola descuidadamente con una patada. Pulsé el botón que cerraba la puerta principal y puse el teléfono en “no molestar”. Ena tomó mi pene semierecto en su mano. “¡Mételo todo, toda la carga!”, me recordó antes de tomar mi polla en su boca. ¡Y era buena en eso, maldita sea, lo era! Me recosté y cerré los ojos. Lo hacía todo bien con su puño, sus labios y su lengua. Lo sabía, porque había tenido cientos de mamadas, y la mayoría no se acercaban a lo que Ena estaba haciendo. Tendré que preguntarle si era una prostituta profesional. Entonces me corrí en su boca, y ella lo chupó y lamió todo. Se puso de pie sonriendo y esperó unos momentos. Se bajó las bragas y se sentó sobre mis muslos. Sonreí amablemente mientras ella, con suavidad y delicadeza, me ponía el pene erecto. Se inclinó de nuevo y lo chupó. “Solo para mojarlo, así entrará más fácil”, comentó en voz baja, y lo introdujo. En efecto, se deslizó sin esfuerzo. Se incorporó y me agarró de los hombros. Luego me montó, empezando despacio y aumentando la velocidad, muy parecida a como mi esposa Elsa me montaba. Se detuvo un momento, sorprendida, cuando me corrí, y luego continuó muy despacio, casi ordeñándome, al mismo

ritmo que yo me corría dentro de ella. Solo cuando dejé de eyacular y mi pene se ablandó, lo retiró y apoyó la frente en mi hombro. “Te corriste dentro de mí”, dijo sin tono. “Lo siento”, respondí, “pero así es”. No intenté andarme con rodeos. “Así es, así ha sido siempre”. Le pregunté en voz muy baja si quería tener un orgasmo; había notado su excitación sexual. Tras unos instantes, negó con la cabeza; normalmente solo lo hacía por la noche, antes de dormirse. Asentí y susurré: todas las mujeres que conocía hacían lo mismo. Ena se levantó, se vistió y volvió a sentarse. Hablamos un rato sobre cómo debíamos proceder. Le dije con toda franqueza que para mañana ya me habría olvidado de ella, y que si quería que se quedara grabada en mi memoria, solo tenía que seguir apareciendo para que pensara en ella. Preferiblemente a última hora de la tarde.

Ena consiguió una receta para la píldora, aunque detestaba los químicos, y también tenía a mano la píldora del día después. Tenía que reconocerle algo: rendirse no existía en su vocabulario. Venía todas las tardes, mucho después de Gini y Elsa, todas las tardes. Intentaba por todos los medios que eyaculara en su boca, pero yo siempre me corría durante el sexo, aunque fuera solo un poquito. Marcaba con una verde en mi calendario todos los días.

Ena, que veía las actuaciones de Gini en la televisión local todas las noches, finalmente trajo a su primera integrante de la banda, María. Tenía su edad, era bastante curvilínea y rellenita, y cantaba algunas canciones de estrellas famosas. ¡Sí, tenía voz! Asentí a Ena; ¡María estaba bien! ¿Le había contado lo que esperaba? Ena asintió con tristeza. María solo tenía 19 años y aún era virgen; nunca había hecho una felación, solo muchas masturbaciones. Pero quería aprenderlo todo, intervino María; ¡quería esforzarse al máximo! Asentí con la cabeza; debería desnudarse como Ena y mirar de cerca; mañana sería su turno. Miré la desnudez de María con curiosidad. Tenía unos pechos hermosos y llenos y, como Ena, estaba completamente depilada, como la mayoría de las chicas hoy en día. Se arrodilló junto a Ena, quien le mostró la felación con gran detalle y la dejó intentarlo una y otra vez. Ena abrió la boca de par en par para mostrarle a María cómo eyaculaba dentro y ella tragó el semen con una sonrisa.

María tuvo que tocar mi pene con la mano mientras Ena lo insertaba y mantener la mano ahí mientras me montaba. Ena tuvo su primer orgasmo mucho antes de que yo me corriera y me mordió el hombro mientras el orgasmo sacudía su coño de un lado a otro. Le sonrió tímidamente a María y continuó, terminando como es debido. María le preguntó ansiosamente a Ena si estaba bien con que la tocara con los dedos mientras la follaba. Ena sonrió; estaba perfectamente bien, aunque era un secreto entre ellas y Fred ya lo había visto. María siguió asintiendo; lo había oído y entendido todo. Estaría lista mañana. Las dejé flotar y pensé por un momento. Gini vendría antes del desayuno, eso era seguro. Llamé a Elsa; necesitaba un descanso mañana porque dos chicas venían a tener sexo por la tarde. Oí la amplia sonrisa de Elsa por teléfono. Fue bueno que le dijera la verdad y no inventara una mentira estúpida. Sabía que Elsa podía detectar cualquier mentira de inmediato.

Ena y María llegaron puntuales. Las escuché atentamente mientras cantaban canciones conocidas juntas, y finalmente oí la voz grave de Ena. Ella realmente podía improvisar la segunda parte y dejar que María tomara la iniciativa. No estaba insatisfecho y pensé: “Dos chicas más y unos cuantos buenos músicos de estudio, y podemos empezar”. Pulsé el botón de bloqueo de forma ostentosa; ya estaba increíblemente ansioso por follarme a María. La sentí de la cabeza a los pies. Tenía un clítoris mucho más pequeño que Ena, Gini y Elsa. Se arrodilló frente a mí, con Ena arrodillada a su lado, casi como una apuntadora. María estaba haciendo la felación muy nerviosa, y Ena susurraba instrucciones. No pude hacer que se corriera dentro, así que Ena tomó el relevo inmediatamente. Me dejó correr dentro de ella y se tragó el semen.

María se quedó de pie frente a mí con cierta vacilación. “¡Lo quiero, de verdad lo quiero!”, gritó dos veces, medio susurrando, para animarse. Se sentó correctamente, pero su mano temblaba demasiado al introducirme. Ena guió mi pene hacia la abertura vaginal de María y esperó. Con una embestida salvaje y decidida, colocó su vagina sobre mi pene y suspiró, luego me cabalgó muy bien. Me corrí dentro de ella, muy bien y con fuerza. Luego me limpié la poca sangre del pene con un pañuelo. María se levantó con los ojos brillantes y le dijo a Ena que no le había dolido nada. Las despedí a las dos y

llamé a Elsa. Le conté todo, y reímos y charlamos durante casi una hora.

Días después, el cuarteto estaba completo. Ria y Tina eran excelentes cantantes, así que puse una cinta. Ensayaron solo media hora, luego el cuarteto empezó a tocar y yo escuché con los ojos cerrados. «Voy a trabajar con ellas», dije en el silencio. «Mañana deberían darme cuatro sugerencias para el nombre de la banda». Pulsé el botón de bloqueo; quería follar. Las cuatro se desnudaron.

Toqué con curiosidad a Tina y a Ria. Ya no eran vírgenes, y la descarada Ria soltó, mientras le tocaba el clítoris, que se masturbaba mucho todas las noches. Tina no quiso quedarse atrás y dijo que se masturbaba durante mucho tiempo por la noche. Varias veces. Y siempre después del sexo. “No quiero tener un ataque al corazón”, les dije a las cuatro dulces elfas, “una puede hacerme una mamada y otra puede follarme, o follarme en vez de hacerme una mamada”. Ena y María se echaron atrás de inmediato; Ria y Tina querían follar y no hacerme una mamada. Agarré la mano de Ria, “¡Tú primero!”. Y así sucedió; tres observaron cómo Ria y luego Tina me follaban como es debido. Tina fue la única que se apretó contra mí y se masturbó frívolamente, obscenamente y exhibicionistamente después del sexo. Antes de que se fueran, dije que tendría una banda de músicos el lunes. Y solo quería follar con dos de ellos; eso era más que suficiente. Se marcharon charlando animadamente y yo llamé a Elsa.

“Cuatro Ángeles”, “La Casa de las Cuatro Chicas”, “Las Chicas Calientes” y “Nosotras Chicas” fueron sus sugerencias. Asentí con entusiasmo: ¡fantástico! Entonces, ustedes son “Escenarios Calientes”, ¿todos de acuerdo? Me arrepentí de mi exceso de confianza. Cuatro contra uno. Las dejé despotricar durante quince minutos, y eso fue suficiente. Serán “Pantalones Calientes”, usando pantalones cortos como su sello distintivo, modificados para que sus bragas fueran visibles para el público, y tops, camisetas o sujetadores atrevidos y reveladores. En el silencio que siguió, Ena dijo que sin bragas, mostrando los labios y las hendiduras sería más efectivo. El silencio era palpable. Entonces dije con una sonrisa: “Si actúan en una iglesia o frente a niños, ¡entonces definitivamente usen bragas!” Ahora todos se

reían; el momento incómodo había terminado. Me abstuve de tener sexo; Gini y Elsa ya me habían agotado por el día.

Las chicas con pantalones cortos ensayaban con los músicos todos los días, y después de que se iban, me hacían una mamada o tenían sexo. Todas tomaban la píldora, así que podía eyacular dentro de ellas cuando quisiera. Las mamadas se volvieron menos frecuentes, lo cual me venía bien; tener sexo era muy divertido.

Cada vez grababa maquetas con más frecuencia; estaba muy ocupado con el trabajo para Gini and the Hotpants. Las maquetas iban a las emisoras de radio y desaparecían igual de rápido. Tocaban cada pocas semanas en pequeños escenarios; su música no era lo suficientemente distintiva. Pero pronto se corrió la voz de que los Hotpants no llevaban nada debajo de sus pantalones cortos: ¡se veía "todo"! Tuve que reservar locales más grandes; los CD seguían sin venderse bien, pero los conciertos se agotaban cada semana. Contraté a tres fotógrafos profesionales para que fotografiaran las actuaciones en directo y sacaran tantas fotos de vulvas como fuera posible. Le encargué a una diseñadora profesional que creara las portadas de los siguientes CD con las fotos de vulvas, pero me convenció de difuminar las vulvas en las portadas, es decir, de eclipsarlas, e imprimir en su lugar las letras como un inserto, colocando allí las fotos originales de vulvas. Eso era más inteligente desde la perspectiva de las autoridades de censura del estado. La buena mujer tenía razón; los CD se vendían como churros y el "suplemento" pasó desapercibido para los censores. Los pantalones cortos ajustados fueron un éxito. El dinero entraba a raudales en mis arcas.

Organizar conciertos para Gini y los Hotpants se convirtió en una verdadera tortura. Tuve que bajarle un poco el ritmo a Gini; ya no tenía tanto tiempo para follar, lo siento. Los Hotpants también tuvieron que tomárselo con calma. Solo quería acostarme con una chica al día; que se las arreglaran entre ellos. En cambio, pasé más tiempo con Elsa; era, con diferencia, la mejor en la cama. Pero me mantuve obstinadamente callado cada vez que ella consideraba abiertamente dejar al masajista. Era una decisión solo suya; no dije ni una palabra al respecto.

Necesitaba una empleada; la carga de trabajo era excesiva para una sola persona. Una mujer, no un hombre; eso quedó claro desde el principio. Así fue como Molly me contactó. Era justo lo que buscaba. Se había tomado un descanso de ocho años para criar a su bebé y estaba ansiosa por trabajar. Además, era muy buena en todo: comprendió cómo funcionaba mi trabajo en la primera hora y se volvió independiente desde la segunda. La mujer de 45 años sonrió y dijo: "Ya sea que venda maquinaria agrícola u organice eventos, es completamente irrelevante". Hacía tiempo que había elaborado una lista de verificación detallada para los diferentes tipos de proyectos, y Molly la utilizó. Salvo algunas erratas, que corrigió con una sonrisa, todo estaba impecable.

El primer día, invité a Molly a almorzar a un restaurante italiano; me pareció lo correcto. Ella, por supuesto, notó mi cojera y evitó preguntar al respecto. Se lo expliqué y simplemente asintió. La comida fue un éxito; nos conocimos mejor y descubrí que solo se acostaba con su marido. Ciertamente no era fácil para ella, pero estaba cumpliendo sus votos matrimoniales. Llevaba casi diez años casada y ya había sospechado de su marido varias veces, quien, por supuesto, no admitió nada. Esa era también una de las razones por las que quería trabajar, para no depender de un estafador si las cosas salían mal.

Decidí ser completamente honesto con ella hoy, en el primer día. Gini, Elsa, los pantalones cortos por separado. Fue duro, pero no quería mentirle. Preguntó por Elsa tres veces. ¿Divorciada, y aun así...? No dijo la palabra. "Sí, follamos, ¡follamos con el mayor placer!" Solo sentados, por mi pierna. Asintió; eso era fácil de entender. ¿Pero el otro hombre? Le expliqué que él solo eyaculaba en su boca y que ella ya estaba muy molesta por eso. "¿En la boca... adentro?" preguntó, estremeciéndose. Le conté directamente cómo Elsa se lo hacía a él, y Molly se horrorizó bastante. Apenas podía imaginarlo. Le dije que los pantalones cortos a veces también me hacían una mamada. Lo asimiló en silencio. "¿Tienen que hacerlo, o se les permite?" fue su pregunta, y le aseguré que nunca había obligado a nadie a hacer nada, fuera voluntario o no; siempre me he apegado a ese principio. La cena había terminado, pero le pregunté de todos modos. No, ella había llegado a su compromiso virgen, nunca había estado con otro hombre... y lo hacían, él generalmente arriba, ella abajo. Un par de

veces su esposo había querido hacerlo por detrás como perros, pero a ella nunca le había gustado. Al principio, cuando tenía la regla, ella se lo hacía muy suavemente con las yemas de los dedos, como entendía sus instrucciones, tirando muy suavemente del prepucio hacia adelante y hacia atrás sobre el glande; eso era suficiente para que él eyaculara durante los primeros meses. Más tarde, sin embargo, usaba el puño con firmeza; así le había enseñado él cuando sus suaves caricias con las yemas de los dedos ya no eran suficientes para él. Desde que nació Kevin, él a menudo lo hacía solo, y ella sospechaba que también abusaba de su madre durante el día. Molly se sonrojó ligeramente; su madre había vivido con ellos desde el nacimiento de Kevin, pero desafortunadamente, tenía demencia. Podía cuidar al pequeño maravillosamente y sin problemas durante el día, pero por la noche su mente se nublaba.

Entró desnuda en su habitación y se acostó junto a su marido. Deseaba desesperadamente tener sexo con él, dijo, pero Molly se dio la vuelta e intentó dormir. Él no cumplió sus votos matrimoniales y tenía sexo regularmente con la madre. El corazón de Molly casi se detuvo, pero los dos tuvieron sexo como locos. Él no le dio a Molly la oportunidad de hablar con él al respecto. Molly permaneció en silencio, perdida en sus pensamientos. — ¿Y lo hizo ella misma? Molly se sonrojó intensamente. Una amiga se lo había enseñado el año pasado; lo había hecho una docena de veces delante de Molly y también una docena de veces con el dedo. No había sabido cómo, y ahora solo lo hacía de vez en cuando, no todas las semanas. La cena terminó y volvimos a la oficina.

Le dije a Molly que cuando tuviera visitas femeninas, saliera a caminar y solo regresara cuando la puerta estuviera abierta. Eso funcionó bastante bien las dos primeras semanas; si la puerta seguía cerrada, se iba. Pero después de dos semanas, dijo que era una solución estúpida. Estaba perdiendo demasiado tiempo, perdiendo llamadas y sin hacer nada. Giró su escritorio y me dio la espalda. Debería simplemente acostarme con las mujeres; ella no se daría la vuelta y seguiría trabajando. Me encogí de hombros; me parecía bien. Funcionó bastante bien durante unos seis meses. Por supuesto, Molly se dio cuenta de que teníamos sexo; incluso pensé que a veces nos observa-

ba a escondidas, pero no importaba. Ella hacía su trabajo excelentemente y yo podía tener sexo tan a menudo como quisiera.

Una mañana, Molly llegó al trabajo con los ojos rojos y llenos de lágrimas, y el rostro pálido. Me alarmé y fui a verla. Si estaba enferma, ¡no tenía por qué venir a trabajar! Negó con la cabeza: «¡No estoy enferma!», y rompió a llorar. Bloqueé el teléfono y las llamadas se desviaron al buzón de voz. Luego, tomé una silla de visitas y me senté junto a Molly. La dejé llorar y solo le pregunté qué le pasaba cuando carraspeó ruidosamente y se secó las lágrimas.

Ese estúpido cerdo quería el divorcio; llevaba mucho tiempo teniendo una aventura y se fue a vivir con ella. Prometió mantenerla económicamente a ella y a Kevin; no podía permitirse demandarla por su trabajo. "¡Me engañó durante años! Sabía lo de mi madre, ¡pero no iba a divorciarme por eso! Pensé que era algo temporal, principalmente por culpa de mi madre desquiciada, y que al final se acabaría. Y ahora se ha ido, como lo había planeado desde el principio. ¡Estoy sola con Kevin y su madre!"

La dejé llorar, porque no había nada que pudiera hacer. Al menos él era lo suficientemente decente como para mantenerla económicamente. Ganaba un sueldo decente trabajando para mí, eso no era problema. Pero todo lo demás sí lo era. Decidí cerrar la oficina hoy y cancelé abruptamente con Elsa y Ena. Tomé a Molly y bajé al restaurante italiano. No había comido desde ayer al mediodía. Una buena comida siempre es una buena idea.

Todo brotaba de ella de forma desordenada y caótica. Sus padres se habían separado cuando ella tenía trece años. Se fue con su padre; su hermano de diez años se quedó con su madre. Tuvo suerte; su padre la educó para ser una joven culta. No le interesaba el sexo en absoluto, nunca hizo insinuaciones inapropiadas, y a ella tampoco. Así, se casó con el hijo de su jefe siendo virgen.

Su hermano tuvo una mala experiencia. Su madre era ninfómana y lo sedujo cuando tenía 11 años, en cuanto pudo eyacular. Se quedó en la cama de su madre y se independizó a los 18, se casó y se mudó a una ciudad lejana, y desde entonces evitó a su familia. Su matrimo-

nio con el marido de ella había sido bueno durante muchos años, solo se había deteriorado en los últimos meses. Dejaba que la madre de ella entrara en su cama por la noche y tenía relaciones sexuales con ella junto a su esposa. Ya casi no tenía relaciones sexuales con su esposa; llevaban meses sin tenerlas. Pero se esforzaba mucho por proyectar una imagen de familia feliz ante su hijo, Kevin. Y ahora se había ido, el tramposo, el traidor.

Molly ya casi no lloraba; su indignación superaba la pérdida del tipo que se había acostado descaradamente con su madre en su cama matrimonial. Intervine; mi experiencia había sido bastante similar. Le conté que había dormido en la cama de mi madre hasta los 23 años, y que incluso después de casarme con Elsa, ella se quedaba a dormir en nuestra cama matrimonial al menos una vez por semana. A Elsa no le había importado en absoluto que yo me acostara con la anciana una o dos veces por semana. Elsa sonrió con complicidad y sonrió, dando a entender que la pobre mujer sufría terriblemente por su ninfomanía. Solo se le pasó años después, cuando su libido desapareció de la noche a la mañana. Como si lo hubiera presentido, Elsa me llamó para ver cómo estaba. Me levanté y di unos pasos para hacer la llamada, mientras Molly devoraba su tercera ración de pasta. Regresé diez minutos después; había terminado la pasta y el vino blanco. Era buena señal. Comimos durante otra hora y luego nos fuimos. Arriba, en la oficina, me senté inmediatamente frente a la pantalla; tal vez había llegado algo importante. Levanté la vista, sobresaltado. Molly estaba de pie justo delante de mí. Desnuda.

Sonrió para disimular su inseguridad. La miré; tenía un cuerpo normal, pechos pequeños y caídos, un pequeño y espeso vello rubio sobre la vulva. Se quedó allí seria, dejándome escudriñarla. No había tenido sexo en un año, dijo en voz baja, bajando la mirada avergonzada, y en ese tiempo solo se había masturbado dos veces con el dedo porque mi follada en la oficina la había excitado mucho. “Quiero follarte ahora, Fred, estoy tan desesperada. Por favor. ¡Por favor, déjame follarte!” Pensé, rapidísimo, en si habría algún inconveniente. Recordé que alguien había dicho una vez que no era buena idea. Aparté el pensamiento y pulsé el botón de bloqueo. Asentí y tomé la mano de Molly. Mi pantalla pitó: un correo electrónico.

Levanté ligeramente las caderas y me bajé los pantalones. Molly se sonrojó al ver mi pene. “Nunca he visto otro pene, nunca me he acostado con nadie más”, susurró, “¡pero ahora quiero, de verdad quiero!”. Se sentó en mi regazo y extendió la mano hacia mi pene. “Es mucho más grande y grueso que el suyo”, suspiró decepcionada al ver que no entraba de inmediato. “Nunca me he acostado con otro pene”, dijo pensativa, “y Kevin nació por cesárea porque mi vagina era demasiado estrecha. ¿Quizás todos los hombres tienen penes más grandes que el suyo?”. Intentó de nuevo, sin éxito, introducir mi pene. “¡No entra, no cabe!”, suspiró, a punto de llorar. Murmuré que antes había entrado en todas partes, que debería intentarlo con más fuerza. Molly asintió con incertidumbre. “Nunca lo he hecho en esta posición, pero lo he visto hacer muchas veces. Aquí, contigo”. Su susurro apenas fue audible. Ella levantó las caderas, guió mi pene hacia su vagina con una mano, y yo la agarré de las nalgas y la bajé lentamente sobre mi pene con firmeza. Soltó un gemido de dolor y luego se rió. “¡Es como perder la virginidad por segunda vez!”, exclamó riendo. “¡Pero se siente de maravilla, Fred, tu pene me llena por completo!”. Su vagina estaba sorprendentemente apretada, cálida y húmeda. Se sentía muy bien.

Ella empezó a follarme. Me folló muy despacio, despacio arriba y despacio abajo, hasta el final. Sentí su clítoris deslizarse por mi polla. Iba bien, mi excitación aumentaba, y después de unos minutos jadeó, “Fred, me vengo”, y luego gritó más fuerte, “¡Ya viene, Fred, ya viene!” Unos momentos después, se dejó caer sobre mi pecho con un largo suspiro. Pude sentir su orgasmo con su polla. Abrió los ojos, “Rara vez he tenido un orgasmo cuando él me folla”, dijo, y sentí su orgasmo muy claramente. Se quedó tumbada sobre mi pecho hasta que el orgasmo disminuyó. Moví el culo y le gruñí que siguiera. Lo hizo, y terminó con movimientos lentos y firmes de arriba abajo, abriendo la boca mientras me corría dentro de ella. Sus párpados se agitaban mientras disparaba chorro tras chorro dentro de ella. Se quedó sentada sobre mi polla durante un buen rato, con la cabeza sobre mi pecho. “La primera vez que alguien más se ha corrido dentro de mí”, susurró casi inaudiblemente.

La oficina permaneció cerrada ese día, sin duda. Hablamos de sexo y masturbación; ella no sabía mucho del tema. Dijo que tal vez de-

bería masturbarse más a menudo si eso la hacía sentir bien. Saqué el coñac de mi escritorio y bebimos bastante. Se quedó sentada desnuda en mi regazo, jugando con mi pene flácido. Le dije que follar con tantas mujeres diferentes era un gran desafío físico y que no debía presionarme demasiado. Lo entendió de inmediato; no quería ser responsable de mi infarto. Nos reímos como niños que acaban de inventar algo escandaloso. Cayó la noche, pero ella no quería irse de mi regazo, no cuando yo tenía una erección magnífica. Más preliminares, penetración más enérgica. Ella estaba radiante, borracha como estábamos los dos, y me folló a su manera, con largos movimientos de arriba abajo, dejando que su clítoris se deslizara por mi pene. Ella no tuvo un orgasmo y yo solo eyaculé unas pocas gotas tristes. Pero ambos estábamos felices y su ex de mierda no estaba por ningún lado.

Retomé mi ritmo, Gini, Elsa y los pantalones cortos, uno tras otro. Molly me dijo, sonrojándose, que ahora se masturbaba todas las noches y fantaseaba con el sexo maravilloso. Todas las noches, cuando terminábamos, venía a preguntarme con curiosidad si tenía ganas. A veces no tenía ganas ni energía, pero la mayoría de las veces teníamos sexo para terminar el día. Le había enseñado lo importante que era el roce de su clítoris para su orgasmo, y ella realmente lo aprendió. Ya no nos importaba a ninguno de los dos si yo podía eyacular al final.

Fue un buen año. Elsa había dejado a su masajista y había vuelto a vivir conmigo. Sabía que tenía que mantener contentos a los demás. Se rió a carcajadas: “¡No quiero decirte cómo diriges tu burdel!”. Eso lo confirmó; a partir de entonces, solo se refería a él como “¡tu burdel!”.

El Temeroso de Dios

von Jack Faber © 2023

He sido ama de llaves del doctor durante 50 años, primero del doctor y ahora del segundo. Vengo de una familia muy pobre y solo asistí a la escuela primaria durante unos pocos años. Me mandaron a trabajar muy pronto; pensaban que era demasiado tonta para entrar en un convento. Mi mayor deseo era convertirme en esposa de Cristo, y he asistido a la misa matutina todos los domingos durante toda mi vida. En el silencio de la iglesia, puedo hablar maravillosamente con Cristo; nadie me molesta, nadie me presiona para que trabaje.

El doctor me trató muy bien, pero estaba cansado de ser viudo y se había vuelto a casar. La esposa del nuevo doctor era bastante simpática, aunque al principio me trataba como a una niña tonta. Pero pronto se convenció de que yo hacía bien todo el trabajo. Podía estar tumbada desnuda en la cama todo el día, bebiendo martinis y viendo la tele. Tenía un hijo, Jack, que era bastante simpático, pero quizás un cretino que solo quería acostarse conmigo. Jack me cayó bien enseguida porque me llamaba por mi nombre, María; sus padres siempre se referían a mí como la "ama de llaves", como si fuera un mueble. Jack y yo compartíamos las dos habitaciones de arriba, con un baño entre nosotras.

El primer día, Jack me llamó al baño al amanecer; tenía que lavarle la espalda. No me importó en absoluto. Le lavé la espalda sin mirar a izquierda ni derecha y me fui enseguida. Me pedía que le lavara la espalda todas las mañanas; se duchaba todas las mañanas. Solo unos días después me dejó enjabonarle y lavarle la parte delantera. Juro por la Virgen María que siempre evité esa zona y no la toqué. Eso pareció molestarle un poco, y me exigió que también le enjabonara y lavara esa zona.

Claro que había un problema; por eso se llama la "zona problemática". Me ordenó impacientemente que enjabonara y lavara su pene y también toda la "zona problemática". Me preguntó, divertido, si nunca había visto un pene antes. Le respondí con sinceridad que sí, allá

por el estanque del pueblo cuando éramos niños. Me sentí incómodo por su mirada divertida. ¿Tenía Jack 14 o 18 años? No había estado prestando suficiente atención. Me preguntó si quería contárselo. Nos sentamos en el borde de la bañera y se lo conté.

De niñas, siempre chapoteábamos en el estanque del pueblo; allí fue donde vi penes por primera vez. Pero no me interesaban; la abuela me había preparado para la vida en el convento, así que, por supuesto, no me permitía tocarlos. Sin embargo, sí me dejaban mirar; era realmente emocionante y excitante ver cómo las otras niñas jugaban con sus penes. Pero cuando se los frotaban bien, y las mayores se los introducían y se dejaban eyacular dentro, tenía que apartar la mirada; la abuela me lo había ordenado. A veces miraba entre mis dedos, pero eso estaba prohibido. «Sí, he visto penes», le dije a Jack. Él había escuchado en silencio y me preguntó si no había visto más penes después. — No, claro que no. La abuela pronto dejó de dejarme ir al estanque del pueblo con los otros niños porque se suponía que ya no debía ver esas cosas sucias. Le juré a Jack por la Santísima Virgen que jamás volvería a ver un pene. Estaba destinada a ser la esposa de Cristo, ¡y Cristo no mostraba su pene a menos que te convirtieras en su esposa y te entregaras a él! Jack me miró de reojo, preguntándose si de verdad me creía semejante tontería. Me sentí realmente ofendida y lo dije indignada. Quizás no era lo suficientemente inteligente para el verdadero convento, pero cada noche me tumbaba en la cama y rezaba para que Cristo finalmente me tomara y me hiciera su esposa con su santo pene, tal como me había enseñado la abuela. Era sincera en mi corazón; esperaba a Cristo cada noche y me emocionaba hasta las lágrimas al pensar en él. Jack me miró con los ojos muy abiertos y luego tuvo que irse.

A la mañana siguiente, Jack me enseñó algo nuevo que hacer. Después de ducharse, desenroscó la alcachofa de la ducha y ahora solo salía un chorro de agua. Con una mano, tenía que sujetar su pene con fuerza y retraer el prepucio por completo para que el glande quedara totalmente expuesto. Con la otra mano, tenía que mover el chorro de agua de un lado a otro sobre el glande. Me pareció muy gracioso; su pene temblaba y se contraía en mi mano. ¡Me reí suavemente porque era realmente divertidísimo! De repente, el agua salió a chorros del glande, y cuando dejó de salir, Jack dijo que habíamos terminado.

Mientras se secaba, nos sentamos tranquilamente uno al lado del otro en el borde de la bañera, y me preguntó si alguna vez había visto el chorro. Me sonrojé un poco. Sí, aunque la abuela me había prohibido mirar. Había visto a las chicas mover sus penes un par de veces hasta que eyacularon. Pero luego me tapé los ojos porque no tenía permitido ver ese desastre. “Hiciste todo lo que te dijo la abuela, ¿verdad?” Asentí, “Casi todo”. Jack tuvo que irse de nuevo, pero deberíamos hablar de ello mañana.

Seguí el consejo de Jack y fui a la zona de lavado solo con sujetador y bragas para que mi vestido no se mojara. Obedientemente usé el chorro de agua y le sujeté el pene hasta que eyaculó. Luego nos sentamos en el borde y se secó. Me hizo preguntas y yo seguí contándole su historia. Cómo las chicas meneaban sus penes; con algunas era muy rápido, con otras el meneo duraba mucho tiempo. Las chicas mayores dejaban que les introdujeran los penes y eyacularan dentro, pero nunca lo vi de cerca, aunque quería verlo con claridad. Le conté todo a la abuela con sinceridad en aquel entonces, hasta que me prohibió jugar en el estanque del pueblo. “¿Crees que todo eso es asqueroso, como mi abuela?”, le pregunté a Jack. Negó con la cabeza. “No tenía nada de asqueroso”, dijo. “La abuela te hizo creer eso. ¡Solo quería hacerse pasar por una santa!”. Yo también negué con la cabeza. “¡La abuela nunca fingió ser una santa!”. Jack tuvo que salir corriendo y dijo: “¡Hablamos de esto mañana!”. Me quedé sentada. Jack era la primera persona que me había hablado durante tanto tiempo, que me había escuchado durante tanto tiempo. Estaba segura de que la abuela habría dicho que era asqueroso que yo estuviera sosteniendo el pene de Jack en mi mano y dejando que lo enjuagara bajo el chorro de agua. Le saqué la lengua a la abuela por un momento: “¡No estoy sacudiendo su pene, no estoy sacudiendo su pene!”. Y la abuela ciertamente no era una santa. De alguna manera, me sentía bien al tener a Jack con quien hablar.

Al día siguiente, Jack me preguntó si podía tocarme los pechos mientras me hacía eyacular. Siempre me había avergonzado porque tenía los pechos del tamaño de sandías turcas, pero Jack fue amable y me dejó hablar. Así que asentí; llevaba sujetador y podía tocarlo sin problema. Como siempre, le sujeté el pene con firmeza y dejé que el chorro bailara sobre su glande. Jack metió las manos dentro de mi

sujetador. Me sobresalté un momento, pero continué. Tocó, exploró y acarició mis pechos, y sus dedos descubrieron mis pezones. Me estremecí de placer y me mordí el labio. Finalmente, Jack eyaculó; parecía encantado y me frotó los pezones con fuerza hasta que terminó. Luego nos sentamos.

No, le expliqué, mi abuela no era una santa, se suponía que yo debía serlo. No era una santa; se subía la falda cada vez que venía un hombre del pueblo. Él se bajaba un poco los pantalones, y yo siempre veía su trasero desnudo rebotando. No fue hasta que tuve siete u ocho años que tuve que salir cada vez que venía un hombre. Ella nunca me lo explicó, pero cuando vi a las chicas en el estanque del pueblo metiendo sus penes y los traseros de los chicos rebotando y eyaculando, inmediatamente entendí que la abuela hacía que los hombres eyacularan igual que las chicas. Pero en realidad no lo vi, solo los traseros de los chicos y los hombres. Jack tenía que irse, pero hablaremos más mañana, dijo por encima del hombro. Me quedé sentada allí un rato más. No le había contado todo a Jack. No me había dejado en paz cuando la abuela me mandaba fuera. Había descubierto que podía espiar a través de la ventanilla de servicio de la cocina, y lo hice durante años. Estaba prácticamente detrás de la cabeza de la abuela y lo veía todo desde esa perspectiva. Desde su cabeza, veía la nuca, sus pechos desnudos y su abundante vello púbico. Casi siempre no veía su pene; entraba y salía de su vello. Con algunos, era muy rápido; con otros, duraba mucho. Nunca vi la eyaculación en sí, pero si se quedaba dentro, lo sabía. Después, los hombres le daban dinero a la abuela, que ella escondía en el armario de la cocina. Pero no estaba segura de si debía contárselo a Jack.

Al día siguiente, Jack me desabrochó el sujetador y lo dejó caer. No podía mirarlo a los ojos; me daba tanta vergüenza que mis pechos me llegaran hasta el ombligo. Pero a él no le importó en absoluto; los acarició como si fueran algo especial, algo sagrado. Dirigí el chorro de agua con gran concentración, queriendo embellecerlo para él por gratitud. Noté que ambos sonreíamos, que eso nos hacía felices. Estábamos sentados de nuevo en el borde de la bañera, y estaba a punto de contarle sobre la abuela cuando Jack me preguntó qué quería decir con estar tumbada en la cama, esperando a Cristo. Se lo conté con detalle. Cómo yacía desnuda, tumbada en la cama, con las manos

y los pies bien abiertos, los ojos cerrados, rogándole fervientemente a Cristo que me hiciera su esposa e introdujera su santo pene en mí. Ese era mi deseo más profundo, mi destino. A veces me emocionaba tanto que ya podía sentir la pequeña cola entrando. Pero era una decepción; solo era mi propio dedo travieso penetrando. Cada noche, durante más de 50 años, he esperado a Cristo. Jack asintió gravemente; me tomó en serio. Dijo que no conocía a nadie más que se lo tomara tan en serio. Quería saber exactamente qué hacía mi dedo. Le expliqué que a veces entraba y salía lentamente, a veces rápidamente. Hice una pausa antes de continuar. A veces me impulsaba a seguir durante mucho tiempo y muy rápido, y luego, inexplicablemente, explotaba; cerraba los párpados con fuerza y veía estrellas que explotaban. Me quedé en silencio, y después de un rato, Jack preguntó con qué frecuencia dejaba que explotara. Lo pensé, unas cuatro o cinco semanas. "¿Es algo malo, algo pervertido?" pregunté en medio del largo silencio. Jack se rió a carcajadas, "Pero no, tonta, todas las chicas y mujeres hacen eso, algunas lo hacen todas las noches, como mi madre, por ejemplo". Sabía que lo de "tonta" era cariñoso. Jack no tenía prisa hoy. Preguntó si podía entrar en mi habitación y verlo. ¿Cómo yacía extendida, esperando a Cristo? Lo decía en serio, así que asentí. — Ven muy despacio después de que apague la luz principal — dije con un nudo en la garganta. Solo de pensarlo me ponía bastante nerviosa. — Se quedaría callado — dijo Jack, y se marchó.

Apagué la luz principal y encendí la más pequeña. Me acosté en la cama como todas las noches y me estiré. Jack entró en silencio, desnudo, y se sentó a los pies de mi cama. De repente me sonrojé porque podía verme completamente desnuda por primera vez; ni siquiera lo había pensado. Pero me tranquilicé, hablé en silencio con mi Cristo y sentí la maravillosa sensación que subía en mi zona problemática. Hablé con mi Cristo durante un buen rato, rogándole con fervor que me convirtiera en su esposa. Deseaba con todo mi corazón ser su esposa, como las monjas. Sentí que mi dedo se movía y me penetraba. Fue una sensación maravillosa; se deslizaba hacia adentro y hacia afuera lentamente, me tomé mi tiempo. No tenía ninguna prisa por hacerlo más rápido. Pensé en Jack, saqué el dedo y me incorporé. Los ojos de Jack brillaban y vi que se agarraba el pene. Había eyaculado sobre sus muslos. "Eso fue maravilloso", murmuró y se fue.

Por la mañana, mientras usábamos el chorro de agua, me preguntó si prefería frotarlo o sacudirlo. Negué con la cabeza, diciendo: "Eso sería asqueroso", y que lo haría con el chorro de agua. Él asintió y acarició mis pechos con los ojos cerrados. Nos sentamos de nuevo en el borde, y él comenzó a decir lo maravilloso que era verme, y que podía oír débilmente que le susurraba a mi Cristo, profundamente conmovida e íntima. Me sonrojé y me sentí avergonzada, pero Jack dijo que había visto más santidad la noche anterior que nunca en la iglesia. Seguía acariciando mis pechos. "Estaba tan conmovido y excitado", dijo, "me froté, sacudí y salpicé. Fue asombroso". Jack se levantó; era el momento.

Él venía todas las noches y observaba mis fervientes oraciones. Pero yo nunca entraba al baño completamente desnuda por la mañana; mi ropa interior era una especie de último obstáculo que no quería superar. En retrospectiva, creo que fue una estupidez. Él me veía desnuda todas las noches, me veía deslizar lentamente mi dedo dentro y fuera, lo sacudía y eyaculaba cada vez.

Pasaron los días y pude sentir cómo se acercaba con fuerza a mi zona problemática. Al principio, solo había dejado que mi dedo se deslizara lentamente, pero sabía que tenía que explotar hoy. Deslicé mi dedo cada vez más rápido; cuanto más rápido iba, más fuerte se acumulaba la tensión. Grité: "¡Ahora!" y dejé que explotara. Vi las estrellas explotar tras mis párpados, y entonces terminó. Levanté la vista; Jack seguía sacudiendo su pene y, después de un rato, eyaculó sobre sus muslos. Se puso de pie y me besó la coronilla. "¡Lo vi, fue muy agradable! ¡Espero que te sientas bien y relajado!" Asentí; realmente estaba relajado.

Todo continuó como antes, yo dejaba que explotara mucho más a menudo que antes. Susurrábamos como niños pequeños, con las cabezas juntas en el baño, y ahora Jack nos contó más. Apenas recordaba a su padre; había muerto en un accidente de moto. Su madre tenía muchas aventuras de una noche, tal vez cientos. Siempre la había espiado y se había frotado el pene, pero no pudo eyacular hasta los 10 u 11 años. Las aventuras de una noche siempre eran rápidas, y él la veía masturbarse y tener orgasmos. Más tarde, reunió el valor para sentarse en su cama, y ambos se masturbaron al mismo tiempo. A me-

nudo le había preguntado si podía tener sexo de verdad con ella, pero ella siempre se negaba. Mientras ella se masturbaba, a veces le permitían meterle el pene muy adentro, pero nunca le permitían tener sexo; ella se mantenía dura. También había visto a su padrastro tener sexo con ella; tenían sexo todas las noches, y después, ella se masturbaba, todas las noches. El padrastro había mirado algunas veces al principio, pero ahora suele ponerse de lado, y ella lo hace sola. Jack se levantó; tenía que darse prisa. Yo había aprendido mil palabras nuevas: masturbación, orgasmo, follar, encuentros de una noche.

Esa noche, después de mi explosión, le pregunté a Jack si había sido un orgasmo, y asintió. "¿Tu madre se masturba como yo?", pregunté, agachando la cabeza; ¡qué pregunta tan escandalosa! Pero Jack negó con la cabeza. "¡No, ella lo hace de una manera completamente diferente!" Ahora tenía curiosidad y lo presioné. ¿Cómo? ¿Cómo exactamente? Sonrió y asintió. "Te lo mostraré". Me puse blanca y roja. Pero se sentó a mi lado y me tocó "allí". Me estremecí brevemente, pero lo que estaba haciendo era asombroso. Después de un rato, jadeé, "¡Ahora!" y me hizo explotar. Cuando recuperé el aliento, dije, "¡Otra vez, de verdad quiero verlo!". Me senté y abrí las piernas. Observé muy atentamente lo que estaba haciendo, y dijo que ese pequeño botón se llama clítoris; está ahí para que las niñas y las mujeres puedan masturbarse. Le mostré que había aprendido a masturbarme correctamente y me masturbé por primera vez usando mi clítoris.

Los días transcurrían como de costumbre, yo dejaba que mi dedo entrara y saliera lentamente como siempre, mientras rezaba a Cristo y deseaba que pronto me reconociera, que pronto me redimiera. Jack había preguntado si podía meterlo para una sesión, para eyacular dentro. Tuve que pensarlo y no respondí hasta dos días después. Discutimos durante un buen rato; yo quería entender por qué. Dijo que le habían permitido meter su pene dentro de su madre y eyacular dentro de ella en su habitación. Lo dejé contar esta historia con una docena de ejemplos, con todo detalle, y luego cedí. Tuvo que admitir que la verdad era algo diferente. Cuando él entraba desnudo en su habitación, ella veía su erección y sabía inmediatamente que tenía que masturbarse y dejar que él metiera su pene dentro de ella y eyaculara dentro de ella. Ella siempre estaba dispuesta a masturbarse

cuando él aparecía, normalmente dos veces por la tarde, ya que le encantaba la masturbación por encima de todo. Mientras ella se masturbaba, él no se movía; no tenía permitido tener relaciones sexuales con ella, solo la eyaculación dentro de ella estaba bien para ella. Sabía que cuando ella se acercaba al orgasmo, se olvidaba de todo lo demás. Tenía un minuto para tener sexo con ella rápidamente y eyacular dentro. Ella lo observaba eyacular con una sonrisa y le acariciaba la cabeza hasta que terminaba, pero nunca se daba cuenta de que él estaba teniendo sexo con ella. "Lo he hecho cien veces, María", dijo entre lágrimas, "todavía lo hago hoy cuando papá está de guardia. ¡Tengo que eyacular tres o cuatro veces al día, María! ¡Soy un hijo asqueroso!" Apoyó la cabeza en mi hombro y sollozó. Me miró con mucha tristeza. "Hace una semana, empecé a tener sexo demasiado pronto. Dejó de masturbarse y me abrazó. 'Adelante', dijo, '¡fóllame!' Desde entonces, hemos estado teniendo sexo consensuado dos veces al día. Al parecer, se había olvidado de todo." Cuando le pregunté al respecto, dijo que no quería mentirme, que no podía prometer que no volvería a tener sexo con ella, que tenía un deseo irresistible. Finalmente, cedí y le permití eyacular dentro de mí después de mi meditación. Cuando terminé de deslizar mis dedos, se arrodilló entre mis muslos y se masturbó. Cuando estuvo listo, me penetró con su pene, dio unas cuantas embestidas rápidas y se corrió. Fue mi primera vez, y fue bueno y hermoso. Repetimos esto todas las noches. Iba al baño por la mañana, para entonces completamente desnuda, y le permitía eyacular dentro de mí por la noche. Me llevaba a mi siguiente orgasmo con mi clítoris, y él me penetraba inmediatamente después de mi orgasmo para eyacular dentro de mí.

Quería follarme bien después de que me masturbara; me rogó, me suplicó. No lo pensé mucho y asentí. Esa noche, me masturbé con el clítoris y luego me penetró; para entonces ya estaba acostumbrada. Me folló con mucha fuerza por primera vez y se corrió maravillosamente al final. Siempre apartaba la mirada cuando se colaba en la habitación de su madre por la tarde, casi todos los días.

Todas las noches me acuesto en mi cama y hablo con Cristo. Él no viene, lo siento. Es Jack quien entonces me toma como a una mujer y eyacula dentro de mí.

No voy a soltar a mi Cristo, no después de 50 años del amor más íntimo, acariciado con un dedo.

Bloqueo del Escritor

von Jack Faber © 2023

Me mudé a esta pequeña isla hace seis meses. Tuve que superar mi bloqueo creativo en un nuevo entorno. Para ser sincera, no me interesaban en absoluto los acontecimientos actuales. En un solo día, el criminal del Kremlin había lanzado los bombardeos atómicos. Acorralado, quería escenificar un ocaso heroico, como el otro criminal de Berlín ochenta años antes. Ni siquiera pudo lograrlo y ahora era solo un anciano destrozado en prisión. Europa, Rusia y Estados Unidos estaban parcialmente contaminados por la radiación. Ese día, la pluma se me cayó de la mano; no pude escribir ni una línea más.

Durante los primeros meses, viví con la viuda Plunkett, cuya hospitalidad iba mucho más allá de la habitación alquilada. Compartir la cama de la viuda, con su insaciable necesidad sexual, no era una conquista; era un servicio que ella necesitaba desesperadamente, y me evitó tener que masturbarme y cocinar. Después de cuatro meses, compré la pequeña cabaña y me mudé. Yo era la trigésimo cuarta familia en habitar la isla. Solo tenía dos vecinos: la ya conocida viuda Plunkett, a quien visitaba diligentemente cada noche para cenar y tomar el postre, y un poco más lejos, Tom Barlow, cuya numerosa familia conocí durante una visita amistosa. Su rostro me resultaba extrañamente familiar, pero no lograba recordar de dónde.

Como ya dije, solía visitar a Plunkett todas las noches porque era el postre, y solo charlábamos superficialmente. No necesitaba nada más, ninguna mente filosófica que me bloqueara constantemente. Mi nuevo hogar era muy sencillo: una amplia sala de estar/dormitorio, una pequeña cocina y un pequeño baño. Tenía electricidad, agua y una buena conexión a internet gratis. La agricultura de la isla era muy moderna y se había encargado de eso. Mi pantalla tenía espacio de sobra en la gran mesa del comedor; las líneas permanecían en blanco. Le había enviado a mi pareja, Rosi, fotos y un plano, y ella vendría en los próximos días con nuestro “hijo”, Jack. Jack no era mi hijo, ni el de Rosi, pero Rosi lo había recogido en algún lugar seis meses antes y lo había acogido. No le fui de mucha ayuda con las autori-

dades, ya que estaba terminando mi última novela, y por lo tanto ella sola tenía la tutela legal del chico de 13 años. (¿De verdad podría ser mi última novela?).

Aparté mi plato; estaba lleno. Plunkett se acercó a la mesa, como todas las noches, y se sentó en mi regazo. Para nuestras cenas, solo llevaba un camisón corto sin nada debajo, y estaba lista para el postre: yo. Era una viuda bien conservada, cuidaba su figura y se mantenía en forma. Su rostro solía ser triste, pero en cuanto se sentaba en mi regazo, su ánimo mejoraba. Desde que su marido había muerto, había vuelto a masturbarse, y lo hacía con avidez, lujuria y obsesión. Follar conmigo era un preludio maravilloso porque, una vez que me iba, seguía masturbándose durante horas hasta que se quedaba dormida de agotamiento.

Recogí a Rosi y a Jack del pequeño puerto en el carrito eléctrico. La electricidad era gratis gracias a los magnates agrícolas, y todos conducían uno de estos cacharros; no había coches. Rumiamos de regreso a casa, y le conté a Rosi lo que había pasado con Plunkett. La visitaría una noche a la semana, y Rosi sonrió con picardía. «¡Tienes que recargarle las pilas una vez a la semana, ¿no?!», se rió, porque en lo que se trataba de sexo, ambos hacíamos lo que queríamos. Pero pude notar cuánto ansiaba verme. La viuda Plunkett fue mi primera aventura desde que empecé a salir con Rosi. Le encantaba la masturbación, y antes de mí, había tenido una vida sexual lésbica muy activa. Mantuvo relaciones lésbicas con sus amigas hasta que adoptamos a Jack. A menudo me hablaba de sus relaciones lésbicas con gran detalle, porque yo no sabía nada al respecto. Había grabado cientos de vídeos con su teléfono inteligente y los había transferido a mi portátil. Solo conocía a las últimas chicas, pero jamás habría imaginado que fueran lesbianas. — Bi — dijo Rosi — , bisexual. Borré las grabaciones borrosas o temblorosas de inmediato. Pero he visto las otras cientos de veces, y todavía las veo a menudo hoy porque eran mejores que cualquier porno en internet. Las chicas se masturbaban completamente absortas, y yo observaba sus expresiones faciales, no solo sus clítoris. A veces Rosi se había filmado a sí misma y a la chica masturbándola o lamiéndola con su lengua y labios. Encontré las grabaciones de una chica follando a Rosi clítoris con clítoris particularmente excitantes. Esos primeros planos me volvían loco; era in-

creíblemente excitante cuando la chica follaba a Rosi hasta que se volvía loca. A veces veíamos algunos clips juntos; nos excitaba a los dos. Jack estaba sentado en la parte trasera de la caja de la camioneta, buscando el equipaje que no estaba acostumbrado a mi estilo de conducción y amenazaba con volcarse por la borda. — La próxima vez conduciré yo — gruñó el chico, que por lo demás casi nunca hablaba.

Preparé un baño caliente para Rosi, y ella tiró su pierna protésica a un rincón, maldiciendo. "¡Dos días sin parar, ya basta!". La entendí y le masajeé el muñón dolorido. "¡No, no lo hagas, cerdo!", me regañó, casi como si fuera una ocurrencia tardía, "¡espera a que esté limpia y en la cama!". Incluso el normalmente taciturno Jack tuvo que reírse. Mientras Rosi se bañaba, Jack y yo preparamos la cena; yo había comprado un montón de víveres. Durante y después de la cena, nos contaron su aventurero viaje en autobús, tren y barco, y finalmente en ferry. Nos reímos mucho hasta que nos fuimos a dormir.

Hoy abracé a Rosi y a Jack una y otra vez. Los había extrañado muchísimo. Los cumpleaños no eran mi fuerte. Jack debía tener unos 13 o 14 años, Rosi tenía poco más de 20, ¿quizás ya 22? Siempre se me olvidaba. Llevábamos cuatro años juntos; la conocí cuando tenía 17 o 18. Me fascinó desde el primer momento; era justo la musa que necesita un buen escritor. Al principio le pregunté cuándo y cómo había perdido la pierna, pero nunca me respondió. Tenía un pequeño muñón en la ingle; era como si un espadachín le hubiera cortado la pierna con un tajo diagonal. Cuando nos acostamos juntos por primera vez después de unas semanas, examiné la herida con mucho cuidado. Me explicó que la prótesis era suficiente para moverse, pero que aún así era muy incómoda de llevar. Era una chica muy limpia y se había afeitado la zona púbica todos los días desde que estábamos juntos. Me había dicho abiertamente que antes le gustaba mucho masturbarse. Pero me entregó su virginidad y me dejó follarla con gran entusiasmo. Bromeaba diciendo que no echaba de menos su pierna para nada, ni al masturbarse ni al tener sexo. Así era ella. Un corte de pelo a lo paje negro enmarcaba su rostro inteligente, sus ojos a veces azul claro, a veces verde claro. Era bastante delgada, con caderas redondas y femeninas, y sus hermosos labios vaginales ocultaban su joya. Me encantaba acariciar sin cesar sus pequeños pechos

firmes y redondos. Era mucho más culta que sus compañeras, y eso me atraía enormemente.

Habíamos acordado no usar anticonceptivos y que un hijo sería bienvenido. Entonces conoció a Jack. Los primeros días, durmió en el suelo junto a nuestra cama hasta que finalmente me harté y lo llevé a la nuestra. Pronto dejó de usar pijama y se acurrucó junto a Rosi, que estaba desnuda. Al principio, se avergonzaba cuando yo tenía relaciones sexuales con Rosi o cuando Rosi se masturbaba desnuda en la cama. Que yo sepa, él no se masturbaba entonces. Presionaba su pene erecto contra el cuerpo desnudo de Rosi hasta quedarse dormido. Se despertaba completamente desconcertado si había eyaculado sobre Rosi en su sueño. Rosi le susurraba al hombre medio dormido que solo había eyaculado un poco y lo acariciaba hasta que se dormía. Las eyaculaciones nocturnas ocurrían casi regularmente antes de que yo saliera a buscar un lugar para escribir poesía.

Ahora estaban allí. Yo estaba follando con Rosi, que tuvo un orgasmo maravilloso. Jack se presionó contra Rosi de lado mientras follábamos, su mano descansando sobre su coño como siempre, hasta que ella se relajó después de su orgasmo. Se acurrucó en sus brazos y pronto se durmió. Seguimos hablando en susurros; había tanto de qué hablar. Rosi de repente se quedó en silencio y señaló el pene de Jack. El chico hizo leves movimientos de empuje y se corrió sobre el estómago de Rosi. Pareció despertarse, y Rosi le acarició suavemente el pelo, y luego inmediatamente volvió a dormirse. “Esto pasará todas las noches ahora”, susurró, y asentí. ¿Qué más podía decir? “He estado pensando en ello”, susurró, “le enseñaré a masturbarse”. Hizo una pausa, y supe que tenía que esperar en silencio. “Nunca he masturbado a un chico antes”, continuó, “pero hay un montón de consejos en internet. Esperé porque quería tu opinión”. Asentí en señal de acuerdo; me parecía bien.

Desperté sobresaltado del sueño. Era un atraco a un banco, un caos total. Solo un sueño. El atracador se desenmascaró. Era Tom Barlow.

Seguí durmiendo, sin soñar, hasta que el intenso olor a café me despertó. Jack ya estaba desayunando; Rosi había preparado café re-

ción hecho. Tomamos café y por fin me desperté, listo para la acción. Rosi sonrió. “¡Bienvenido, Jim!” Señaló el suelo con la cabeza, donde tres cruces estaban marcadas con tiza. ¿Tiza? ¿Dónde demonios había puesto tiza en la casa? “Si instalamos tres postes aquí, podré moverme por toda la cocina sin bastón.” “Suena a buena idea”, murmuré, “¿pero de dónde voy a sacar los postes?” Rosi sonrió ampliamente y sonrió con descaro. “¿Cuándo fue la última vez que estuviste en un bar lúgubre y de mala muerte en el barrio rojo, querido James?” Estaba tan sorprendido que la miré con la boca abierta. Rosi se rió a carcajadas. “Lo sé, nunca has estado. Pero ahí es donde las bellezas de la noche se balancean en postes. Caliente, ¿verdad?” Vale, lo entiendo.

No había ni una sola tienda en la isla. Llamabas al alcalde, que traía de todo del continente, desde tornillos hasta leche y trajes de hombre. Llamé inmediatamente. “Max, si te ríes de mí, le compraré a tu vecino en el futuro”. Max se rió a carcajadas; sus vecinos a izquierda y derecha eran rediles. Yo también me reí y dije: “Max, necesito tres postes, como los que usan las bailarinas en los bares”. Habría dado una fortuna por ver la cara de Max. Max desde luego no se inmutó. “Jim, hablo muy en serio. ¡Ve a engañar a otro!” Y Max colgó, literalmente colgó. Volví a llamar inmediatamente. “No te estoy engañando. Tres postes, ajustables si es posible, y no olvides lo necesario para asegurarlos”. Miré la nota que Rosi me deslizó. “La altura del techo es exactamente de 2,26 metros, sí, 2,26 al pie de la letra. Y algo para sujetarlos, una tabla o algo así, tornillos, etc.” Escuché. Sí, madera arriba y abajo. 2.26, sí. Max gritó: “Lo tengo todo anotado y te llamaré cuando lleguen. ¡Ni se te ocurra meterte conmigo, te va a salir caro!”. Sonreí al teléfono. “Cuando lo haya instalado todo, tienes que venir sí o sí, y entonces te enseñaré mi bar con las barras para las chicas. ¿De acuerdo?”. Max se aseguró de deshacerse de mí, el loco, lo más rápido posible.

Les había comprado un pequeño escritorio a Rosi y a Jack, con dos portátiles. Si se les quedaba pequeño, siempre podían trasladarlos a otro sitio. Eso solía ser lo habitual; Rosi prefería sentarse en la cama con el portátil en el regazo, mientras Jack y yo nos sentábamos a la mesa. Había elegido el mejor sitio, con la ventana abierta, con vistas a nuestra amplia pradera y a las verdes colinas a lo lejos, don-

de pastaban millones de ovejas, haciendo todo lo que hacen las ovejas. Entre comidas, debía haber silencio, tranquilidad para el poeta.

Me senté frente a mi pantalla, mi bloc de notas y una docena de lápices bien afilados. Todo estaba listo, excepto el poeta, que seguía teniendo una pared de hormigón frente a su cabeza. Escribí media página, y luego la borré mientras la releía. Seguí con gran interés lo que sucedía en la cama frente a mí. Rosi había invitado a Jack a la cama con ella y lo había hecho desvestirse por completo. Jack le era totalmente devoto y siempre hacía lo que ella le decía. Ella había apartado la computadora portátil y se había subido el camisón de seda hasta las caderas. Escuché atentamente.

"Ya me has visto masturbarme cien veces. Mira bien, inclínate y fíjate bien en todo. Esto de aquí, este es mi clítoris, ligeramente cubierto por el prepucio. Pon tu dedo sobre él, sí, bien. Este es el clítoris, está ahí para que las chicas podamos masturbarnos, para nada más. Estos son los labios externos, y ahí, empezando desde el clítoris, están los labios internos. Algunas chicas tienen los labios internos mucho más grandes, pero eso no significa nada. Y aquí, mira bien, ahí es donde empieza la vagina, es para follar y tener hijos. Cuando nace un niño, es empujado a través de la vagina, la vagina puede estirarse increíblemente, lo cual también es bueno cuando un hombre me folla con una polla grande o gruesa. Me afeito el vello púbico; me siento limpia e higiénica así. Algunas no se afeitan, cada una debería hacer lo que quiera. Ya me has visto follar cien veces también, si has visto algo. Si quieres saberlo, solo pregúntame.

Durante el sexo, el hombre eyacula dentro de mí. Has estado haciendo esto mientras duermes, y te confunde; no tiene por qué ser así. Así como yo me masturbo para liberar mi tensión, tú también puedes masturbarte para liberar la tuya y eyacular cuando quieras, en lugar de eyacular accidentalmente en algún momento de la noche. Todos los hombres que conozco hacen esto cuando no tienen una mujer con quien tener sexo. Está bien, es normal y es saludable eyacular. Lo haré por ti ahora, y luego tan a menudo y durante el tiempo que quieras. Puedes venir a mí cuando tengas una erección; esa es la señal de que tu cuerpo quiere liberar el semen.

Rosi extendió la mano hacia el pene de Jack. “Mira, está completamente erecto, así que ya es hora de que se corra.” Rosi retrajo el prepucio sobre el glande con dos dedos, con las yemas. Quise intervenir, decirle que usara el puño, pero me contuve. Continuó durante un buen rato, y Jack se corrió por primera vez. Lo hizo bien, acariciándolo suavemente hasta que terminó. “Solo observa con atención, algún día lo harás tú mismo.” Rosi me miró brevemente, y asentí rápidamente. Lo había hecho a la perfección, lo había explicado a la perfección.

Jack se atrevió a preguntar, y Rosi siempre estaba dispuesta a acariciarlo hasta que se corriera. Tres, cuatro, cinco veces al día. Incluso después de follar por la noche, veía su erección y la acariciaba sin decir palabra. Yo no decía nada; ella lo hacía todo bien, y yo observaba con calma. Finalmente, pude escribir unas páginas. Ninguna editorial publicaría esto: pura pornografía. Pero teclear se sentía realmente bien. Solo faltaba la chispa.

De repente, me vino a la mente Tom Barlow. Estaba seguro de haber visto esa cara antes, pero ¿dónde? Debía de ser en alguno de los periódicos que leo habitualmente. Investigué; pagando una pequeña cuota, podía consultar los archivos en línea, desde la Segunda Guerra Mundial o incluso antes. Dibujé una cuadrícula en mi libreta, periódico por mes, para poder proceder sistemáticamente. Max me interrumpió brevemente: «Los postes para tu barra llegan mañana». Conduje hasta el puerto y recogí todo del ferry.

Rosi, Jack y yo pasamos una tarde instalando los postes; eran ajustables y muy resistentes. Esa noche, Rosi se balanceó de poste en poste; fue perfecto. La nombré Tarzán honoraria. Limpiamos y llamé a Max. Todo había salido a la perfección, y podía venir a ver nuestro bar cuando quisiera, pero tendría que traer su propio whisky; el mío se estaba acabando. «¡Así que, un envío a domicilio de whisky!», gritó Max por teléfono, y yo añadí: «¡Por el mismísimo jefe!». Max pareció dudar un momento. «Mi lema: ¡ninguna noche sin whisky!», dijo, y estaría allí en media hora con el líquido que nos salvaría la vida.

Llegó un poco tarde y algo ebrio; primero tuvo que elegir la marca adecuada, una digna de un escritor de fama mundial. Luego entró en nuestra casa. “Ya veo, ya veo”, dijo, y se sentó, sin entender qué hacían los postes en la sala. Entonces Rosi llegó volando por el aire, de poste en poste. Llevaba una falda bastante corta y no llevaba ropa interior; mostró su vulva brevemente, luego se sentó a la mesa. “Señor alcalde, permítame presentarle a mi esposa y a este, nuestro Jack. Sí, Jack, dale la mano al alcalde; es la persona más importante de la isla. ¡Sin él, estaríamos durmiendo en el suelo y muriéndonos de hambre!”. Se convirtió en una noche divertida; bebimos media botella, y Rosi corría de un lado a otro, y los ojos del bueno de Max se abrían de par en par cada vez que ella mostraba su vulva. No paraba de golpear la mesa: ¡qué niño tan listo era yo! Mi esposa podía moverse por toda la habitación como si estuviera volando. Me preocupé cuando Max se subió con dificultad a su patinete eléctrico y dijo: «Espero que no me paren». Hizo una pausa. «¡Pero si aquí no hay policía!», y luego soltó una carcajada. «¡Mi querida Molly conoce el camino ella solita!», y salió disparado.

Le di una palmadita en las nalgas a Rosi. “Le diste una buena paliza”, y ella espetó: “¡Viejo machista, para eso estamos los vagos!”. Me conocía lo suficientemente bien como para saber que no quería ser un machista y que no me comportaba de forma condescendiente con las mujeres. Rosi susurró: “Esta mañana, cuando estabas en el puerto, Jack se masturbó por primera vez. Pero no lo disfrutó mucho y dijo que yo lo hago mucho mejor para él”. Entramos y, después del sexo, Rosi masturbó a Jack, que estaba radiante de felicidad. Nos quedamos dormidos y soñé con Tom Barlow.

Me senté frente a la pantalla y comencé a escribir, mi historia pornográfica avanzaba, vi giros y vueltas y desvíos sorprendentes que hicieron que la escritura fuera tan fácil. Pero siempre levantaba la vista de la pantalla cuando algo sucedía en la cama. Tenía la impresión de que Rosi se masturbaba mucho más a menudo durante el día ahora que antes. Jack se sentaba desnudo a los pies de la cama cuando ella se masturbaba y apretaba y apretaba su pene. Estaba increíblemente excitado cuando ella se acercaba al orgasmo. Su rostro se contorsionaba por el esfuerzo y miraba casi penetrantemente a los ojos de Jack antes de echar la cabeza hacia atrás en el orgasmo, su cuerpo

temblando y estremeciéndose. Fue muy conmovedor para mí cómo el chico grande se arrastró hacia ella, la abrazó con fuerza y le acarició el cabello, la cabeza y la cara. Ella se volvió completamente suave y se acurrucó junto a su hijo mayor. No lo hizo esperar; tocó su prepucio con las yemas de los dedos y lo frotó muy despacio y suavemente hasta que él se corrió. Susurraron el uno al otro, y entendí que ella quería animarlo a masturbarse. Resistió muchas tentaciones. Por ejemplo, ella le sugirió que se masturbaran juntos. Pero, evidentemente, disfrutaba de ser llevado al orgasmo.

Leía los periódicos uno tras otro, uno al mes, y era un trabajo agotador. Examinaba cada foto, buscando alguna mención de Tom Barlow. Tardé cuatro días en leer los periódicos de todo un mes, y estuve a punto de desesperarme. Cumplí con mi horario: tiempo para escribir, tiempo para leer los periódicos. Muchos artículos me recordaban el suceso, pero no había ni rastro de Tom Barlow.

Rosi logró una pequeña victoria. Ella comenzaría masturbándolo como antes, pero él tuvo que tomar el relevo para el final, y al final, se le permitió eyacular sobre sus pechos. Funcionó; en su excitación, se masturbó con el puño sin que nadie le mostrara cómo, y sonrió con una cara distorsionada cada vez que se le permitía eyacular sobre sus pechos. Los ojos de Jack se salieron de sus órbitas cuando Rosi recogió su semen de sus hermosos y redondos pechos con el dedo, se lo llevó a la boca y se lo tragó. “¿De verdad te lo tragas?”, preguntó incrédulo, y ella asintió, diciendo que no tenía nada de malo, ¡y que sabía muy bien! Estaba casi seguro de que lo tentaría a eyacular en su boca, pero no lo hizo.

En cambio, ella le ofreció que si se masturbaba desde el principio, podría colocar su glande sobre sus labios y eyacular allí. Sobre sus labios, sobre su vulva. Los ojos de Jack se iluminaron brevemente, pero no aceptó su oferta hasta el tercer día. Con el buen tiempo, disfruté sentándome en el banco de piedra que rodeaba la casa y fumando. Fumar me despejaba la mente, y observar a las ovejas de enfrente me trajo paz y orden a mis pensamientos. Jack salió de la casa desnudo y se sentó muy cerca de mí. Le pasé un brazo por los hombros; tenía algo en mente. Encendí un cigarrillo, y él negó con la cabeza; aún no fumaba. Luego formuló su pregunta torpemente, como siempre que

estaba luchando. ¿No era demasiado eyacular? ¿No era perjudicial para la salud eyacular tan a menudo? “Ya he eyaculado siete veces hoy”, terminó. Le aseguré que reprimir la eyaculación era perjudicial. Aunque ya hubieras eyaculado, estaba bien masturbarte sin eyacular si querías. “¡Así que no te preocupes, Jack!” Tenía otra cosa en mente. Rosi le había permitido eyacular en su vulva, en sus labios... ¿me parecería bien? “Sí, por supuesto, ¡eyacular en los labios es un placer enorme!” Jack suspiró aliviado. “¡Gracias, Jim, eso ayuda mucho!” Segundos después, desapareció de nuevo en la casa y se tumbó junto a Rosi. Volví a la pantalla de mi ordenador.

Rosi se había quitado el camisón hacía rato y se había estado masturbando mientras Jack estaba sentado afuera conmigo. Ella le mostró la mejor manera de arrodillarse y rozó sus labios vaginales con la punta de su pene, pasándolo arriba y abajo por su hendidura durante un rato. Luego le dijo que se masturbara. Sostuvo la punta de su pene contra sus labios vaginales con un dedo y susurró lo maravilloso que lo estaba haciendo. Él se masturbó correctamente, con el puño y rápidamente. Se enderezó; estaba a punto de eyacular. Rosi presionó la punta de su pene firmemente contra sus labios vaginales y lo dejó eyacular. Se dejó caer sobre sus talones y balbuceó lo maravilloso que había sido. Rosi limpió el semen con el dedo y se lo tragó. Él la abrazó agradecido y se acostó para dormirse. Leí el siguiente periódico, buscando a Tom Barlow.

Pasaron muchas semanas, llegó la primavera y el verano llegó a su fin. Yo había leído durante todo un año; mi colección de pornografía ya tenía unas 60 páginas, y Rosi se masturbaba cuatro o cinco veces al día, a veces más. Por lo demás, leía sobre la Revolución Francesa en su portátil, lo cual no me sorprendía, ya que una vez había querido estudiar historia. Jack avanzaba con el material de la siguiente clase en su portátil; planeaba presentarse a los exámenes como candidato externo en otoño. Pero se levantaba una docena de veces y se acostaba junto a Rosi. Ahora siempre se masturbaba; tenía permitido empujar el glande contra su vulva mientras se masturbaba para que no se saliera. Eyaculaba dentro de ella cuando le apetecía, y ella le acariciaba el pelo y lo abrazaba después. Estaba muy contenta de que ahora siempre se masturbara.

Cuando Rosi se sentó a mi lado en el banco de piedra y encendió un cigarrillo, significaba que tenía algo que contarme, sin Jack. Fumó nerviosamente, luego apagó el cigarrillo y empezó. Mientras yo estaba fuera buscándola, ella se había hecho varios exámenes ginecológicos. Esta mañana habían llegado los resultados finales. Tenía un 80% de infertilidad. Eso significaba que solo tenía un 20% de posibilidades de tener un hijo. Ya lo sospechaba, y ahora lo tenía por escrito. Me quedé callado; ¿qué podía decir? Ella vio mi expresión y me tomó de la mano. "Está bien, superaremos esto, ¿verdad?". Asentí; siempre podíamos adoptar un bebé, aliviar el sufrimiento del pequeño. "Sí, tal vez más tarde", carraspeó Rosi, secándose una lágrima con el dorso de la mano con rabia. Odiaba llorar.

No pude ver la transición porque Rosi estaba hablando de su accidente por primera vez. Tenía siete años y los niños solían jugar junto a las vías del tren, saltando sobre ellas delante de los trenes mientras avanzaban lentamente, solo por retos. Tropezó y el tren le amputó la pierna. Era una sensación similar ahora; algo médico había sucedido y no había nada que se pudiera hacer. La maldita inconsciencia.

Una vez más, no entendí la transición. "Cumpliré 23 en dos meses", dijo, y oculté mi sorpresa y murmuré que era "su cumpleaños otra vez". Se rió a carcajadas, "¡Todos los años, más o menos por estas fechas!". Nos reímos porque mi computadora me lo recordaba todos los años, de forma totalmente inesperada. "Jack cumplirá 18 en febrero. Definitivamente quiere hacer sus exámenes de nivel avanzado después, pero aún no sabe si podrá ir a la universidad. Le he prometido que podemos y lo financiaremos; debería pensar en lo que quiere estudiar". Rosi encendió otro cigarrillo. "Se lo he prometido, ¿está bien?". Por supuesto que estaba bien; Jack era tan mi hijo como el suyo. "Sospecho que estudiará algo relacionado con la informática; lo hemos hablado varias veces". Le daremos un buen comienzo; eso nunca estuvo en duda. No tenía experiencia con universidades; ¿quizás estaba preguntando si Edimburgo o Aberdeen serían la opción correcta? Rosi asintió; Ella se encargaría de ello.

Mientras encendía su tercer cigarrillo, supe que aún quedaba más por venir. "Voy a follarme a Jack pronto, de verdad que me lo voy a follar". No era una pregunta, era una afirmación. Pensé en en qué

punto de nuestro desarrollo nos encontrábamos. Desde hacía meses, Rosi le había permitido penetrarla profundamente hasta que se corría; le había costado un tiempo armarse de valor. Me lo había preguntado durante una pausa para fumar y, por supuesto, no me había opuesto. Yo estaba yendo un paso más allá. Nunca antes había tocado un pene, pero durante las últimas semanas, después de follarme a Rosi, le agarraba el pene en medio de su masturbación. Le masturbaba su hermoso pene durante minutos y luego lo guiaba hacia la vagina de Rosi hasta que se corría, empujándolo hasta el fondo y continuando con la masturbación de la base hasta que terminaba. Jack sonreía radiante como una moneda de oro después de correrse dentro de ella; claramente se sentía bien. Se corría mucho de esta manera y ya no necesitaba hacerlo tan a menudo durante el día. Lo masturbaba todas las noches después de follar, de principio a fin. Le pareció increíblemente excitante, y Rosi también sonrió radiante. “Eso era lo que necesitaba, ser masturbado por la mano de un hombre experto y eyacular dentro de una vagina. ¡Eso era lo que nuestro Jack necesitaba!”

Me preguntaba cómo quería contarle a Rosi mis pensamientos sobre el sexo. “Debería experimentarlo como algo hermoso, como algo muy íntimo; la primera vez también es una experiencia importante para nosotros los hombres”. Rosi asintió: “Confía en mí, lo haré bien. Él es tan importante para mí como para ti”. Le acaricié la mano; hacíamos buena pareja. Le dije: “Como te has estado masturbando tanto durante el día, ¡me da la impresión de que tienes orgasmos mucho más a menudo cuando tenemos sexo por las noches!”. Rosi me sonrió radiante. “¿Verdad? ¡Hace que el sexo sea mucho más divertido para los dos!”. Asentí; sin duda era así.

Salté de la pantalla. Tom Barlow. ¡Lo tenía! ¡Sin duda alguna, era él! Leí todos los artículos relacionados. Su verdadero nombre era Tadeusz Brezinski, era polaco y había pasado la mitad de su vida en prisión. El hombre de 55 años, como lo describían los periódicos, era un criminal endurecido y líder de una banda. Se trataba de un robo a un banco en el centro de Edimburgo cuatro años antes, un botín de ocho millones de libras y un guardia de seguridad muerto. Brezinski era uno de los principales sospechosos, pero no tenían pruebas y no podían arrestarlo. Cuando, semanas después, las pruebas de ADN lo

identificaron definitivamente como el asesino, había desaparecido sin dejar rastro. El joven e inexperto guardia forcejeó con Brezinski, que llevaba el rostro cubierto, por su arma; se oyó un disparo que alcanzó al guardia en el abdomen. Murió en el acto. El Royal Bank of Scotland podía pagar la indemnización, pero el pobre hombre dejó atrás a una viuda de 20 años y un bebé de un mes. La realeza y el gobierno aunaron sus recursos para, al menos, brindarle a la pobre mujer cierta seguridad económica. Cerré el caso, salí corriendo al banco de piedra y fumé. Rosi salió apresuradamente y se dejó caer a mi lado. Era nuestra costumbre esperar en silencio hasta que el otro estuviera listo para hablar. La miré y le dije que había identificado al hombre y le expliqué los hechos. Me preguntó qué pensaba hacer a continuación. Supe de inmediato que no podía esperar ni un minuto más.

Tomé el teléfono y pasé la siguiente hora y media intentando localizar al detective a cargo. Me hizo contarle todo dos veces y me pidió permiso para grabar nuestra conversación. Por supuesto, oí muchas otras voces de fondo y respondí a todas las preguntas lo mejor que pude. Cuando colgué, Rosi me sonrió radiante. «No hace falta que te diga que eres un héroe. Pero que quizás hayas encontrado el material para tu próxima novela...» La interrumpí inmediatamente. “No soy escritor de novela negra; probablemente podría escribir 20 páginas con 20 líneas de datos, pero eso no es nada. Soy escritor de porno, al menos por ahora. Ya he escrito 100 páginas de sexo muy jugoso, y seguiré haciéndolo. Nunca se publicará, pero es una buena práctica de escritura, lectura y edición, y mantiene mi mente ágil. En cuanto a mi próximo trabajo de verdad, no tengo ni la más remota idea. Es bloqueo de escritor, simple y llanamente. Eso es lo que he estado sufriendo durante meses. La incertidumbre de si alguna vez habrá un próximo trabajo.” Nos sentamos tomados de la mano en el banco durante un buen rato, luego tuve que irme. El Plunkett ya estaba esperando.

Fui el primero en levantarme por la mañana y preparé café. La noche anterior, después de haber follado con Rosi y de que ella recompensara mis esfuerzos (o los nuestros) con un orgasmo maravilloso, masturbé a Jack como todas las noches y dejé que se corriera dentro de la vagina de Rosi. Él disfrutó mucho introduciendo solo la mitad

de su pene para que yo pudiera masturbar el resto hasta que eyacula-ra hasta la última gota. Me senté con mi café frente a la pantalla y ob-servé cómo se despertaban los dos que se habían quedado dormidos.

Rosi despertó a Jack con un beso. Susurraron muy suavemente y ella le dijo que iba a acostarse con él. Le explicó que tenía que guiar su pene para estimular su punto G y esperar a eyacular hasta que ella alcanzara el orgasmo. Él asintió, aturdido y confundido. Entonces le-vantó la vista y me vio. Asentí sonriendo e hice el gesto de "OK" con el pulgar y el índice. Ahora estaba completamente despierto. Rosi lo acarició, lo mimó, lo abrazó y lo besó sin parar. Él le devolvió las ca-ricias, aún con cierta torpeza, pero lleno de amor por ella.

Gradualmente, ella guió su pene hacia su coño. Apreté mi taza de café con excitación; nunca antes había visto a Rosi follar con nadie más. El pene de Jack era más grande y grueso que el mío, y ahora pe-netraba lentamente su coño. Sus labios hinchados se separaron y contrajeron cuando él se retiró. La folló lenta y deliberadamente, con cuidado de deslizarse a lo largo de su punto G mientras la penetraba; ella se lo había explicado muy bien. Pude notar que su orgasmo se acercaba lentamente. Ella lo agarró con fuerza, empujando cada vez más rápido contra sus embestidas, y escuché su jadeo ahogado cuan-do se corrió. Jack se quedó momentáneamente desconcertado y se quedó quieto. No podía ver sus caras, pero supuse que estaba sor-prendido por su mueca contorsionada, que luego se disolvió en una sonrisa relajada. La oí susurrar: "¡Vamos, fóllame rápido y fuerte, y correte!". Jack comenzó a moverse de nuevo, follando muy rápido y empujando con fuerza. Después de un largo rato, eyaculó y continuó empujando hasta que terminó. Lo abrazó con fuerza y lo acarició con ternura, luego lo dejó deslizarse hacia un lado. Lo rodeó con el brazo y lo dejó quedarse dormido.

Desde entonces, él se acostaba con Rosi tan a menudo como po-día, y ella se dejaba encantada. Estaba muy feliz porque casi siempre tenía un orgasmo cuando Jack se acostaba con ella. Alternaba entre la Revolución Francesa, acostarse con Jack y la masturbación ocasio-nal. Yo estaba progresando muy bien con mi historia pornográfica y ya llevaba más de 150 páginas. Rosi leyó las primeras 150 páginas con mucha atención y se reía a carcajadas de vez en cuando. Se sentó

a mi lado y revisamos sus notas con mucho cuidado, como si fuera mi editora. Simplemente rechazó la larga sección donde una protagonista, en un flashback, describía su masturbación obsesiva durante su infancia y adolescencia. Nos sentamos al sol para no molestar a Jack mientras estudiaba, y Rosi me contó con gran detalle cómo se masturba realmente una chica joven, qué la excita y cómo experimenta con todo tipo de cosas. Era la primera vez que Rosi me hablaba de masturbarse durante su infancia y adolescencia. Le costaba dar algunos detalles, a veces se ponía roja como un tomate de vergüenza. Absorbí cada palabra; mi descripción era realmente superficial y más bien se parecía a la experiencia de un chico con un clítoris.

Max, nuestro alcalde, me llamó muy alterado (como todos los demás residentes). "Imagínate", dijo, "un detective de la capital aparece con 50 hombres armados y me informa a mí, el alcalde a cargo, que han arrestado a Tom Barlow, sí, el de The Whickets, junto con sus hermanos, hijos, primos y todas sus esposas e hijos. ¡Se los llevan a Edimburgo! ¡Se supone que es un ladrón de bancos y asesino buscado, aquí mismo, en nuestra isla! ¡Ni siquiera quiero imaginar lo que un asesino en serie podría haber hecho aquí!" Dejé que Max despotricara sobre la masacre durante otros 10 minutos. Le pregunté cuánto le debía Barlow; no era una gran suma. Le dije al atónito Max que si podía arreglar que yo comprara The Whickets, no solo pagaría las deudas de Barlow, sino que también le compraría un montón de barras de baile para mi esposa. "¿Te acuerdas de las barras de baile para mi esposa?" Max soltó una carcajada. El estadio de los Whickets era solo alquilado, pero él confiaría en mi palabra; encontraría el contrato ese mismo día, ya que aún tenía que rescindir formalmente el contrato de Barlow. Me llamaría cuando lo tuviera todo resuelto.

Rosi me miró asombrada. No conocía The Whickets y quería verlo antes. "¡No se compra una casa por teléfono! ¿Y qué es lo que no te gusta de nuestro lugar?" Enumeré sus características. Aquí, todo lo que se veía eran verdes prados, verdes colinas y verdes ovejas. The Whickets, en cambio, se alzaba majestuosamente sobre el mar, las olas, el oleaje y las chillonas gaviotas. "Ovejas verdes, chillonas gaviotas... ¡sigue así, mi Jim loco por los animales!" Lo ignoré. "Tenía al menos cinco o seis habitaciones, para nuestros hijos adoptivos, por ejemplo. Y estructuralmente hablando, estaba en mejores condicio-

nes que nuestro palacio. Y en la parte de atrás, había un establo donde yo podía guardar mi carro eléctrico y tú podías guardar tu caballo de montar." "¡Caballo de montar!" Rosi resopló con fingida indignación. "¿Un caballo de montar también? ¿Quizás todo un zoológico?" Nos reímos juntos, luego me puse serio. Quizás sea solo una idea loca; Lo vi desde afuera durante tres minutos hace dos años cuando visité a Tom Barlow como vecino. "¡Tonterías!", interrumpió Rosi, riendo, "¡solo querías averiguar si el casero tenía hijas de cierta edad!".

Max llamó temprano por la mañana para decir que estaría allí en media hora, que tenía todo listo. Desperté a Rosi y a Jack: ¡hora de vestirse! Preparé café extra y puse galletas y pasteles en la mesa, y entonces Max entró haciendo ruido por la puerta. Tomamos café y me mostró el aviso de rescisión. Lo coloqué junto al contrato de arrendamiento y negué con la cabeza. "Puedes escribir 'con efecto inmediato', Max", dije lentamente, "pero según el contrato, no entrará en vigor hasta finales del mes que viene como muy pronto, o sea, en unas seis semanas". Max hizo una pausa. "Pensé que eras escritora, no abogada", dijo tímidamente. Dije: "Un escritor puede ser un poco listo, ¿no?". Rosi se subió a la mesa para que pudiéramos estudiar juntos el plano. Era una casa hermosa y grande, adecuada para una familia numerosa. Tenía solo 30 años y realmente tenía el granero, con agua corriente y electricidad. La acogedora logia frente a la casa no aparecía en el plano. Le pregunté a Max cuánto terreno era. Rebuscó entre sus papeles y extendió una hoja. Eran varios miles de metros cuadrados, incluyendo los acantilados que bajaban hasta la playa, el sendero sinuoso y un tramo de arena de 75 metros de ancho. A Rosi le brillaron los ojos cuando le preguntó a Max si podían ensanchar el camino para que el carrito eléctrico pudiera subir y bajar. Max se rascó detrás de la oreja. Lo haría más ancho y menos empinado, pero era factible. Quizás deberían contratar a una empresa del continente; el viejo George hacía ese tipo de cosas a menudo y a buen precio, pero no se lo daría a George; llevaba mucho tiempo jubilado. Rosi asintió, le sirvió más café a Max y le deslizó el pastel. Era buena para distinguir entre estafadores y gente honesta.

Había leído quién era el dueño de The Whickets. "Sí", dijo Max, "ya hablé con él por teléfono anoche, quiere..." Max se inclinó hacia

mí y me susurró el precio de venta al oído. Era menos de lo que esperaba y más de lo que estaba dispuesto a pagar. Hice un cálculo mental; era más o menos lo mismo que me había reportado el libro número 12 (¿o era el 13?) tres años atrás. Sin embargo, todavía tenía una buena reserva; mis libros se habían vendido espléndidamente. Me rasqué la cabeza y me hice el incómodo. "Yo, nosotros, por supuesto, todavía tenemos que verlo primero. Sobre todo necesito inspeccionar el tejado; conozco bien ese tipo de cosas". Lamenté la difícil situación de un escritor pobre (existen) y nombré un precio, alrededor del 90% más o menos, como le dije a Max. Él tenía tan poca idea de lo que significaba más o menos como yo, pero simplemente sonaba bien. Pude ver en su rostro que esto reducía su comisión. Pero no tenía por qué sentir lástima por Max; Era un hombre de negocios astuto y se ganaba bien la vida con su isla. Me dio un juego de llaves; debíamos verlo todo y preguntarle lo que quisiéramos. Al fin y al cabo, era el alcalde de la isla y quería gente decente en The Whickets, no asesinos en serie ni atracadores de bancos. Cogió sus papeles y se marchó. Rosi y yo nos quedamos mirando a Jack, que se reía a carcajadas. "¿Puedo llamarlo Rey Max o Gröbmaz? ¿El mejor alcalde de todos los tiempos?". Nos quedamos perplejas; Jack tenía sentido del humor y podía hacer un juego de palabras con la referencia histórica al mejor general de todos los tiempos. "¡Maldita sea, Rosi, nuestro chico está creciendo!". Por supuesto, media hora después, estábamos recorriendo los 3 km hasta The Whickets.

El verano estaba llegando a su fin, Jack solo se acostaba con Rosi cuatro o cinco veces al día, y yo me acercaba rápidamente a las 300 páginas de pornografía. Logré negociar con Max para que me rebajara otros 15.000 ("el techo necesitará ser reemplazado en 10 años") y compré The Whickets a nombre de Rosi y mío. Todos los días llevaba a Rosi a nuestra nueva casa y discutíamos todo lo que había que hacer. Le dije que debía encargarse del trabajo y aprender a conducir carritos eléctricos. Eso funcionó bastante bien con un pie. Tenía un buen trato con Max. Él recibía el 5% de los pagos y, a cambio, "solo" tenía que contratar a las empresas en el continente y supervisar el trabajo. Rosi estaba a cargo, yo tenía que escribir. Max se relamía; era dinero fácil.

Rosi me dejó leer sus 650 páginas sobre la Revolución Francesa. Era evidente que no iba a verificar los datos. Escribía con fluidez y de forma amena, incluso para un profano. Utilizaba muchas notas a pie de página y citaba otras fuentes. Hubo bastantes pasajes donde le sugerí cambios porque algunos sonaban un tanto forzados. Tuve que darle una larga charla para evitar que su trabajo cayera en la pornografía. Aunque hubiera hechos, una editorial no podía publicar pornografía. Poco a poco comprendió que "eso" solo podía ocurrir en la mente del lector, no en blanco y negro. Lamentó su propia redacción; había trabajado mucho en ella y le había dedicado todo su empeño. Empezó a hacer las correcciones.

Había hablado con Rosi sobre eso, y ella estuvo de acuerdo. Llamé a Plunkett y le dije que iría a cenar, solo nosotros dos, sin revelar nada más. Caminé los 300 metros con Jack y le expliqué en el camino que estaba bien que se acostara con otras chicas, no solo con Rosi. La viuda era bastante buena y agradable para follar y tenía una naturaleza de puta; se acostaba con cualquier polla que pudiera conseguir. Quería saber qué pensaba Rosi al respecto, y lo tranquilicé. Fue idea suya, y ella quería que se acostara con otras mujeres. Jack asintió comprensivamente y permaneció en silencio hasta el final de la cena. Plunkett estaba complacida de conocer a mi hijo y al principio se sorprendió por mi sugerencia. Ella solo tenía 42 años y era mayor que yo, pero afirmé que no quería asumir demasiado; dos mujeres eran simplemente demasiado para un hombre viejo. Gradualmente, la conduje en la dirección correcta. Le pedí a Jack que se adelantara. Ella expertamente desenvolvió su pene y lo sopesó en su mano. Su curiosidad se había despertado; Ella lo giró de un lado a otro, probó su firmeza y asintió con ojos brillantes. Era hermoso, realmente grande, y por supuesto, le encantaría probarlo, dijo la serpiente con un brillo codicioso en sus hermosos ojos. Jack no me dejó irme; tenía que quedarme con él. De acuerdo, dije, sin preguntarle a Plunkett. Entramos en su habitación. Ella ya estaba desnuda, mientras mi hijo aún forcejeaba con los botones de su camisa. Acerqué un taburete a los pies de la cama; desde allí tenía la mejor vista de su coño cuando la estaban follando. Rápidamente lo atrajo a la cama y lo abrazó. No hay necesidad de preliminares, gorjeó; ya lo había estado haciendo todo el día, ya que me esperaba para la noche. Jack no entendió ni una palabra, pero yo sonreí. Plunkett era una viuda joven bastante

guapa, delgada con pechos grandes y redondos, tan hermosos como manzanas grandes y maduras. Se había afeitado la zona púbica porque ahora estaba de moda. Tenía el pelo largo, rubio rojizo, hasta los hombros, prueba de que sus ancestros habían conquistado la isla en barcos dragón. Se inclinó sobre Jack, lamiendo y chupando su polla, murmurando una y otra vez lo hermosa y grande que era. El pobre hombre me miró, confundido, pero asentí tranquilizadoramente; lamer, chupar y tomarlo en su boca estaba bien. Se recostó, aliviado, y disfrutó del juego juguetón de la lengua y los labios de la viuda. Ella se acostó en una posición de follada y lo atrajo entre sus muslos. Tenía una hermosa vagina con labios grandes e hinchados como los de Rosie, pero su clítoris era mucho más pequeño. Su vagina también estaba llena de sangre, esperando su polla, fingiendo estrechez. Jack penetró lenta y cuidadosamente, probando la profundidad, y luego comenzó a follar a su manera habitual. Después de solo un corto tiempo, escuché los jadeos excitados de Plunkett, sus labios abriéndose y cerrándose como los de Rosi. Estaba haciendo un excelente trabajo; Ella enganchó sus talones en sus nalgas y presionó su vulva cada vez con más fuerza contra él. Plunkett nunca tenía un orgasmo cuando follaba conmigo, pero ahora, con creciente excitación, la vi llegar al clímax con Jack. Él hizo una pausa por unos momentos mientras la hermosa mujer, con el rostro contorsionado por sus convulsiones, se recostaba, sonriendo aliviada. Jack sabía que podía concentrarse en su propio orgasmo y la folló sin descanso; Plunkett lo dejó follarla con chillidos de deleite, y luego él se corrió. Ella me sonrió y acarició a su héroe. El pene de Jack aún no había terminado; ella lo lamió y chupó con entusiasmo, metiéndolo en su boca tan profundo como pudo, sus labios deslizándose incansablemente de arriba abajo. Estaba segura de que si no paraba pronto, él eyacularía en su boca. En el último segundo, ella lo dejó entrar, y sus firmes embestidas la llevaron rápidamente al clímax. Estaba a punto de tener un orgasmo cuando Jack se corrió y tuvo que parar. Estaba tan cachondo que lo aparté suavemente y continué follando sin problemas con la increíblemente cachonda Plunkett. Sentía que su orgasmo se acercaba con cada embestida, y ella se retorcía a mi alrededor para no perderse ni una sola. El orgasmo la dejó sin aliento, y yo me corrí al mismo tiempo. La penetré y la follé durante su orgasmo hasta que nos separamos, completamente exhaustos.

Jack y yo nos vestimos. Ella le preguntó a Jack si quería volver mañana, y él me miró buscando ayuda. Le respondí que nos encantaría volver a cenar mañana. Nos acompañó hasta la puerta desnuda y sonrió, diciendo que había disfrutado de un buen plato principal y que ahora era el momento del postre, "¡porque soy muy golosa!".

De camino a casa, Jack preguntó si lo había hecho bien. Le aconsejé que eyaculara con calma y seguridad en su boca cuando ella lo lamiera por segunda vez; así duraría más la segunda vez. Preguntó: "¿De verdad eyacular en su boca?". Le expliqué cómo, y asintió; nunca lo había hecho antes. Nos acostamos en silencio junto a Rosi, que ya estaba dormida. Jack me miró con los ojos muy abiertos, preguntándome si por favor lo haría de nuevo para él. Lo masturbé, porque para entonces ya era bastante buena en eso, y disfrutaba haciéndolo para él.

Rosi se rió cuando Jack le contó nuestra aventura de aquella mañana; yo ya estaba sentado con mi café, sumido en mis pensamientos. Mi novela pornográfica, que ya superaba las 500 páginas, había tomado forma: la humanidad vivía en enormes plataformas sobre los océanos tras la guerra nuclear. Mis personajes principales se entregaban al sexo como locos, y yo iba cambiando el foco de atención de uno a otro. Mientras tanto, un asesino en serie dejaba un rastro sangriento a lo largo de la historia, la detective siempre llegaba una fracción de segundo tarde y se entregaba al sexo como loca, enloquecida por el alcoholismo. No estaba insatisfecho; desde luego, no era la típica novela pornográfica. Empecé a teclear, a pesar de que sufría de bloqueo creativo.

Acompañé a Jack a casa de Plunkett todas las noches; él, valientemente, eyaculó en su garganta y duró más. Sin embargo, no pude resistirme a darle a la viuda cachonda una buena follada al final. Follé a Plunkett con todas mis fuerzas, sujetando sus nalgas firmemente con mis manos y embistiéndola con toda mi fuerza. Sus gritos de excitación me volvieron loco; embestí y eyaculé en su coño en un frenesí diabólico y no la solté hasta que terminé. Me asombró lo mucho que le gustó mi desenfreno.

Rosi me mostraba constantemente fotos en su teléfono de lo bien que avanzaban las obras. Max se aseguraba de que todo se hiciera correctamente. Sentía un gran respeto por Rosi, que tenía una sola pierna, y se agachaba cada vez que ella se quejaba. Conduje el carrito eléctrico por el nuevo camino hasta la playa; estaba perfecto y no habían dañado la acera. Se acercaba el invierno; hacía frío y el clima era inhóspito. Las obras se detuvieron hasta la primavera.

Le mostré a Rosi los videos que había grabado en secreto de Jack teniendo sexo con Plunkett. Los vio una y otra vez, y los copié a su teléfono inteligente. Pensó que Plunkett se veía muy bien para su edad, que tenía una vagina hermosa y que reaccionaba de manera impresionante al sexo de Jack. La vio tener un orgasmo diez veces seguidas en cámara lenta. Cuando vio a Plunkett tomar su pene en la boca y chuparlo, negó con la cabeza y dijo: "¡Está corrompiendo a mi chico!". Pero siguió viendo mis videos y le parecieron excitantes.

Jack estudiaba como un loco; estaba decidido a aprobar sus exámenes de acceso a la universidad en mayo y junio. Yo seguía admirando su virilidad; el chico tenía sexo diez veces al día algunos días. Yo era mucho mayor, tenía unos 40 años, pero no podía aguantar más de una vez con Plunkett y una segunda con Rosi. Le dije a Jack que lo había estado acompañando a Plunkett durante tres meses, pero que debía valerse por sí mismo e ir sin su padre. "¿No te gusta? ¡Es una campeona del mundo!", le dije con una sonrisa. Claro que la viuda era fantástica en la cama, pero era demasiado para mí; yo era demasiado mayor para tanto sexo. No dejó a Plunkett hasta que se fue de la isla.

Tuve otra larga conversación telefónica con mi editor. Seguía con un bloqueo creativo terrible y sin ninguna idea brillante para mi libro número 16. Se mostró comprensivo y expresó su esperanza de que la inspiración volviera. También hablé con el editor y con algunas otras personas, y luego me recomendaron tres editoriales de libros pornográficos. Con cautela, me puse en contacto con las tres.

Estaba de pie junto a Rosi en la terraza de nuestra nueva casa. La vista del mar azotado por la tormenta era impresionante. Rosi se apoyó en mí. "Desde que dejaste de acostarte con Plunkett, nos acos-

tamos mucho más a menudo". Hizo una pausa pensativa. "Me gusta mucho, porque te quiero muchísimo. Y el año que viene, cuando Jack vaya a la universidad, vamos a tener un hijo. Nuestro segundo hijo". Asentí y me quedé mirando las olas que habían cubierto la playa de arena y rompían con fuerza contra los acantilados rocosos. "Pero una niña esta vez", dije, sonriendo con picardía, "quizás de unos 14 años o más, ¡pero seguro que ya está muy cachonda!". Rosi me dio un codazo en las costillas. "Eres un auténtico cerdo, ¿sabes? ¡Hablo de darle un hogar a un niño y tú piensas primero en sexo!". Nos reímos los dos a la vez contra el viento tempestuoso. Encontraría una chica adecuada.

Teníamos un trato.

Cuatro meses después, Mia vino a nuestra casa. Rosi no reveló de inmediato dónde la había encontrado. Mia era quizás un año menor que Jack, a quien solo le quedaban unos pocos exámenes y tenía su plaza asegurada en la universidad de Edimburgo. Algo relacionado con la informática; no recordaba el resto. Se iría en dos meses. Los cuatro nos sentamos alrededor de la mesa y nos conocimos. Miré a Mia con los párpados casi cerrados; parecía tener un carácter alegre y un poco travieso. Un hermoso cabello rubio rojizo que le llegaba hasta los hombros, delgada y más alta que Rosi. Sus caderas aún eran infantiles y no muy femeninas. Apenas la escuché; algo sobre la educación a distancia, que comenzaría el próximo otoño. Era perfectamente capaz de cuidarse sola, pero quería ser aceptada en nuestra familia y ayudar en casa. Casi despreciaba que las mujeres tuvieran que ser capaces de hacer eso en nuestra sociedad patriarcal. "En nuestra casa, Rosi es la que manda; yo solo escribo, aquí no hay patriarcado." Mia me miró de forma muy extraña, pero sabiamente guardó silencio.

Rosi me sacó de mi letargo y comencé a componer los siguientes pasos de mi porno. "Mia todavía es virgen, ¡así que déjenla en paz, chicos!", nos dijo a Jack y a mí. ¿Fue un movimiento travieso en las comisuras de sus labios? Mia interrumpió mis pensamientos. "A las vírgenes solo se les permite masturbarse, lo cual, por supuesto, hago. Pero si te gusta una paja o una mamada", dijo, volviéndose hacia

Jack, “¡soy bastante buena en ambas!” Antes de que pudiera decir “¡bip!”, Jack murmuró: “¡Mamada, por supuesto!” Todos nos reímos.

Rosi le explicó a Mia que nuestra nueva casa aún no estaba terminada y que los cuatro tendríamos que dormir en la cama grande, aunque había espacio de sobra para todos. “Siempre duermo en pijama”, intervino Mia, “¡y necesito tapones para los oídos; no puedo dormirme sin música!”. Jack la interrumpió, siendo el mayor y el patriarca, después de todo. “¿Roncas, Mia? Porque Jim, Rosi y yo no roncamos. Definitivamente no”. Sonreí; uno ganaría, otro perdería, y no sería yo. Rosi tenía otro as bajo la manga. “Solo televisión hasta la cena, que suele empezar a las 9, así que a las 9 de la noche, a dormir. Punto. Vale, el sexo está permitido, y la masturbación también, si me da igual. Una vez que cada uno haya hecho lo suyo, a dormir”. Mia se encogió. “¿Sexo cuando los cuatro estamos en la misma cama? ¿Y masturbación también?”. Rosi no quería discutir sobre eso. Asentí con la cabeza a Mia amistosamente y le dije: “De nada, me sentaré allí a escribir”.

Después de la cena llegó el gran momento. Rosi, Jack y yo estábamos acostados desnudos en la cama cuando se abrió la puerta del baño y Mia salió, con un pijama ridículo. Blanco, cubierto de ositos de colores. Un pijama infantil. Se acercó a la cama con cierta vacilación, Jack le hizo sitio y ella se acostó a su lado. Apagué la luz principal; el último en dormirse siempre apagaba la pequeña. Rosi y yo levantamos la vista brevemente y luego continuamos acurrucándonos; era nuestro momento. Mia nos observó con curiosidad y le susurró a Jack: «La semana pasada en aislamiento en el centro de menores, hoy con una familia muy agradable, ¡y todos durmiendo desnudos en una cama!». Jack asintió: «¡Pero tenemos que estar callados ahora y no molestarlos!». De forma bastante discreta, y como todas las noches, Rosi y yo hicimos el amor. Ella se acercó al orgasmo, aumentando gradualmente la velocidad hasta que finalmente lo alcanzó. Me tensé y eyaculé mientras ella temblaba y se estremecía en su orgasmo. Nos abrazamos durante un buen rato, luego me recosté de lado y Rosi se tumbó sobre su otra pierna, y pronto comenzó a masturbarse como todas las noches; nadie la interrumpió. Jack y Mia susurraban muy bajo, pero yo entendí cada palabra.

“Nunca los había visto tener sexo antes, ¡los dos lo disfrutaron!” Durante el sexo, Mia tenía la cabeza sobre el pecho de Jack, la mano apoyada en su estómago, a solo centímetros de su pene. “¿Quieres que te haga una felación?” Jack asintió. Mia era realmente hábil en eso; frotó su pene correctamente con el puño y tomó su glande entre sus labios. Su lengua jugaba rápida y hábilmente en el lugar correcto, y después de un rato, Jack jadeó. Eyaculó en su boca, y ella dejó que el semen goteara a izquierda y derecha, dejando que cayera de su boca sobre su estómago, donde lo frotó con la palma de la mano. Jack ya había deslizado una mano bajo la goma elástica de sus pantalones de pijama durante la felación y aparentemente la estaba acariciando; ella o lo permitió o lo ignoró. Después de un minuto, Jack se relajó de nuevo y susurró: “¿Quieres que te masturbe?” Y Mia susurró, con voz chillona: “¿De verdad puedes hacer eso? Normalmente solo me masturbo yo, a veces mis amigas lo hacen”. Jack soltó una risita. “Incluso he ganado trofeos en competiciones... ¡Oh, tonterías, solo bromeaba! ¡Creo que soy bastante bueno en esto!”. Mia se recostó en sus brazos y abrió las piernas. Luego nos miró a Rosi y a mí, pero ya estábamos dormidos. Con determinación, se quitó la parte de abajo del pijama y abrió las piernas voluntariamente. Vi que solo tenía un ligero vello en la zona púbica y alcancé a ver su vulva. Se acurrucó junto a su “hermano mayor”, como solía acurrucarse con su novia, y Jack palpó su clítoris. La masturbó, tal como había visto hacer a Rosi, y ella se apretó aún más contra él. Pronto, su respiración se aceleró y se dejó sorprender por el orgasmo. Se aferró a su brazo, su bajo vientre se contrajo varias veces, y se acurrucó en forma de media esfera antes de relajarse. “Te merecías la copa”, bromeó. Jack le preguntó por qué no se había tragado el semen, y ella se encogió de hombros. “Nunca lo he hecho”, susurró. “La viuda Plunkett siempre se lo traga”, susurró Jack, y ella inmediatamente preguntó quién era. Él dijo: “Te lo diré mañana”, y le preguntó si no quería repetirlo. Mia respondió tardíamente que sí. Él le frotó el clítoris como antes y rápidamente la llevó al orgasmo. Ella se acurrucó contra él y le dio un beso en la mejilla. “Eres muy bueno en esto”, susurró suavemente. “¡Lo necesito otra vez ahora mismo, Jack!” Él le quitó la parte de arriba del pijama. Él, como yo, miró sus pequeños pechos incipientes, absolutamente adorables. Jack la llevó a un tercer orgasmo, y de nuevo ella le agradeció con un beso en la mejilla. Él estaba cansado y de repente se quedó dormido. Ella se apartó de sus brazos y se giró de lado. La ob-

servé de espaldas un rato; se estaba masturbando discretamente, retorciéndose en el orgasmo. Buscó el interruptor de la pequeña luz; tardó un rato en apagarla.

Temprano por la mañana, como de costumbre, fui el primero en levantarme y preparé el café. Esa fue mi media hora, toda para mí, una oportunidad para despertarme poco a poco y prepararme mentalmente para el siguiente capítulo. Mi detective se había emborrachado por completo en casa y se estaba revolcando en la autocompasión. Sonó el timbre, se despertó de su siesta y se tambaleó hasta la puerta principal. La abrió a un completo desconocido, un joven que también estaba bastante borracho. Aquí era donde tenía que continuar. ¿Era uno de los criminales que estaba buscando? ¿O un acosador patético que solo quería acostarse con ella? ¿O era el asesino en serie que aterrorizaba la ciudad? Miré la cama; los tres seguían dormidos. Mia se había removido. Había apretado la erección matutina de Jack entre sus nalgas y se estaba moviendo. Probablemente estaba teniendo un sueño erótico; sus nalgas rozaban placenteramente contra ella. Ella y Jack se estremecieron al mismo tiempo; él había eyaculado dentro de ella. Se despertaron momentáneamente, aún adormilados. Ella se giró hacia él, le pasó un brazo por el hombro y ambos volvieron a dormirse. Desperté a Rosi con mucho cuidado y le preparé una taza de café con abundante leche y tres cucharadas de azúcar.

Le susurré cómo Jack la había masturbado ayer, cómo había tenido un cuarto orgasmo antes de quedarse dormida. Y luego esta mañana, en su sueño, había frotado su erección matutina contra su trasero y él había eyaculado en su hendidura anal, pero ambos habían estado profundamente dormidos. Rosi asintió, “Pediré la pastilla por internet hoy, no puedo correr ningún riesgo, virgen o no”. Le pregunté, y me dijo que Mia cumplirá 17 años en tres semanas. A menudo había estado en detención juvenil por hurto en tiendas y, más recientemente, por practicar sexo oral a chicos en público. Su familia de acogida estaba encantada de acoger a la rebelde y delincuente de poca monta Mia, que practicaba sexo oral sin pudor en los parques. Todo por internet, por supuesto. Una vez más, admiré su habilidad para manejar todo en línea.

Rosi los miró a los dos seriamente en el desayuno. “Las mamadas están bien. La masturbación también está bien. Pero”, miró muy severa, “¡el sexo está absolutamente NO bien!” Jack asintió culpable, Mia murmuró que todavía era virgen y no tenía sexo. Rosi golpeó la mesa con la mano. “¡Y esa es exactamente la razón por la que NADA de sexo, ni siquiera a primera hora de la mañana!” Había dejado claras las reglas, al menos Jack lo había entendido. Rosi fue a la cama y dejó caer su camisón al suelo. Hojeó las páginas de su portátil, distraída; era la hora habitual en que Jack venía a tener sexo. Él llegó, se quitó la camiseta y los pantalones cortos, y se acostó junto a ella. “Lo entiendo, Rosi, nada de follar.” Me giré hacia mi detective con resaca, Mia se desnudó y se acurrucó junto a su hermano mayor. Él se estaba besando con Rosi, yo solo miraba a medias. Minutos después, apartó a Mia y empezó a follar con Rosi. Mia miraba con los ojos muy abiertos. Se desplomó junto a Mia, y ella acarició el pecho de su héroe, que subía y bajaba. Rosi no estaba de humor para masturbarse en ese momento y se fue a la Revolución Francesa. Jack y Mia susurraron suavemente. ¡Dios mío, qué caliente estaba! Preguntó por la viuda, y él le contó todo. Podía sentir, por supuesto, lo caliente que estaba, su coño rozando su cadera. Iba a mostrarle algo nuevo y le explicó cómo podía deslizarse plana sobre su polla, frotando su clítoris contra ella. En un instante, ella se montó sobre él, sin aliento de lujuria. Rosi gritó suavemente: “¡Pero nada de follar!” y apoyó la cabeza en el pecho de Jack. Ella prestó atención. Él se aseguró de que Mia solo se deslizara plana hacia adelante y hacia atrás. Era un placer verlos a los tres. Mia ni siquiera tuvo que deslizarse durante 10 minutos antes de que de repente aumentara su ritmo y arqueara la espalda en un orgasmo. Momentos después, se había calmado, y Jack le exigió que se lo hiciera a él. Mia se deslizó sobre su pene durante otros 10 minutos y se estremeció cuando él eyaculó. Rosi trabajaba en su portátil, yo guiaba a mi exhausto detective a la siguiente escena del crimen, y los dos susurraban. Mia dijo que desde pequeña jugaba con su clítoris por la noche, haciendo una pausa antes del orgasmo y luego continuando, dándose un orgasmo real solo al final; siempre lo hacía así. Él quería verlo de inmediato. Normalmente, solo dejaba que sus amigas miraran, dijo, pero...

Mia se aseguró de que Rosi y yo estuviéramos concentradas en nuestras pantallas y separó las piernas. En secreto, tomé fotos y las

amplié en la pantalla. Mia tenía unos labios vaginales hermosos, grandes e hinchados como los de Rosi, pero su clítoris era mucho más grande. Parecía tener muy poco prepucio; los labios menores se extendían hacia abajo a ambos lados. Se masturbó con moderación, haciendo pausas para retrasar el orgasmo. Lo hizo varias veces y finalmente se dejó llevar por el orgasmo. Se acurrucó y Jack la tomó en sus brazos.

Jack susurró sobre tragar semen. Era un poco doloroso, dijo, si la chica lo escupía. Describió cómo la viuda lo tragó después de practicarle sexo oral; eso fue muy satisfactorio. Y, ¿no había pensado nunca que, a pesar de escupir, tragaba un poquito cada vez? Mia estaba asombrada de lo inteligente que era. Prometió intentarlo. No había prisa. Los dos compartieron historias de su pasado. Jack estaba cien por cien convencido de que iba a terminar la escuela. Una mujer moderna no recibiría ningún respeto si abandonaba los estudios. Mia había escuchado ese sermón cien veces y seguía siendo sarcástica y terca. Pero me pareció percibir una pizca de incertidumbre bajo su superficie. Quizás Jack lograría hacerla entrar en razón en las próximas semanas. Nosotros, como padres, como la generación anterior, estábamos desesperados.

Releí la Revolución Francesa de Rosi; había escuchado con atención y mejorado muchísimo. Ella misma sabía que aún faltaba un 25%, pero la simplificación de la trama tras la eliminación de todos los protagonistas era ciertamente difícil de describir. Sobre todo, faltaba el final, que es la parte más difícil de muchos libros. Mi asesino en serie cometía cada vez más errores, y el inspector de policía le pisaba los talones. Jack estudiaba sin descanso y no dejaba que Mia lo molestara. Ella principalmente veía vídeos de YouTube, le hacía una felación por la tarde y se tragaba su semen. Deslizaba sus labios vaginales y su clítoris por su pene después de que él tuviera sexo con Rosi tras el desayuno. Ya lo dominaba. Pero solo se masturbaba por la noche, cuando todos dormían.

Los dos habían desarrollado algo nuevo. Cada mañana, Jack la despertaba con su erección matutina, insertándola por detrás entre sus nalgas, a lo largo de su vulva. Ella lo dejaba follarla allí y eyacular. Realmente la excitaba; era como follar, pero sin follar. Por lo ge-

neral, se masturbaba después, de espaldas al resto de nosotros. Rosi había comprobado la primera vez que no estuvieran follando de verdad. Pero no pasaba nada, y lo hacían todas las mañanas. Jack seguía yendo a Plunkett's todas las noches, y cuando le pregunté, dijo que no había problema. La viuda podría haber tenido una naturaleza de puta, pero follaba divinamente, dijo. Rosi había hecho bien en mandarlo a Plunkett's.

Comencé en la página 750 y ambienté el primer tiroteo, fallido, entre el asesino en serie y la detective en una fábrica abandonada. Herido en la pierna, escapa por última vez. Ella toma muestras de sangre del suelo para un análisis de ADN.

Mia se había adaptado muy bien. Acariciaba con cariño a Jack o a Rosi cuando tenían sexo, sonreía al tragar el semen de Jack durante las felaciones y se dejaba excitar al ver a Rosi masturbarse. Había perdido sus inhibiciones y ahora se masturbaba al mismo tiempo que Rosi. Toda la masturbación y los orgasmos del día parecían haberla calmado. El día se acercaba; la partida de Jack a Edimburgo se cernía sobre ella. Los tres — y presumiblemente también la familia Plunkett — lo echaríamos de menos, aunque queríamos mantenernos en contacto; el correo electrónico y Skype eran algo habitual. No tenía tiempo para preocuparme; estaba terminando la película porno. Era un thriller muy inusual, una película porno inusual. Todavía estaba pensando en qué seudónimo usar, pero estaba decidido a enviárselo a las tres editoriales a la vez y dejar que hicieran ofertas. Era un material buenísimo y no iba a venderlo por menos de lo que valía. Tenía mi orgullo.

No tenía tantos consejos para Jack como para Rosi. Un recordatorio amable sobre la utilidad de los condones, la importancia de usar las tarjetas de crédito con prudencia y que valía la pena verificar la información de los amigos. Estaría ahí para él si me necesitaba, pero no iba a ser sobreprotectora. "Rosi tampoco lo es, en realidad", le dije, "pero está enviando a un niño al mundo por primera vez y sabe lo complicadas que pueden ser las cosas a veces. Ten paciencia con ella". Le di un fuerte abrazo en el puerto cuando subió al ferry.

Rosi y Mia estuvieron desconsoladas durante días. Se abrazaban, llorando. Rosi le decía tantas cosas bonitas que Mia pronto se masturbaba con ella. A veces dejaba que Rosi la masturbara, pero aún no se atrevía a corresponder. Por las noches, las abrazaba a ambas con fuerza y me acurrucaba con ellas. A Mia se le permitía presionar su cuerpo caliente contra el de ambas y acariciar nuestros genitales mientras teníamos sexo. Había enviado mi manuscrito y tenía mucho más tiempo durante el día para cuidarlas. Tenía sexo con Rosi al menos dos veces al día y una vez por la noche. Mia superó su timidez y me dejó masturbarla. Apenas oía a Rosi hablarle de sexo. No intervenía. Estaba de acuerdo con Rosi en que dependía completamente de Mia cuándo quisiera empezar a tener sexo.

A Jack le iba bien. Rosi hablaba con él a diario; se había adaptado a su habitación en la residencia y las clases eran interesantes. Se había comprado el portátil perfecto, ideal para sus estudios. Ya había conocido a varias chicas, pero ligar en la residencia estaba resultando difícil. Me reí mirando la pantalla. “¿Debería mandar a Plunkett de visita?”, bromeé, pero él sonrió. “Difícil, ya te lo dije, Jim, pero no imposible”. Nos sonreímos; mi chico no había estado varado en una isla desierta.

Mia se acostaba con nosotros todas las noches. La colocaba justo al lado de Rosi, de modo que parecía que las estaba follando a las dos. Se acostaba muy cerca de la vulva de Rosi, en el espacio donde le faltaba la pierna, y abría las piernas de par en par, ofreciéndome su vulva abiertamente para que pudiera sentir cada embestida. Lo hacía con tanta destreza que casi se corría también. Solo le bastaban dos segundos para alcanzar el orgasmo. Me preguntó si podía hacerlo así, y después, estaba aún más ansiosa por dejarme follarle la vulva desde fuera. Durante semanas, bombardeó a Rosi con mil preguntas sobre el sexo, el himen y la desfloración. Yo sabía que llevaba meses tomando la píldora, que su regla siempre le venía a tiempo y que normalmente solo duraba un día. Eso era sorprendente incluso para Rosi, ya que su propia regla era completamente irregular y solía durar dos o tres días. Esos eran los únicos días en que me masturbaba en la boca, me dejaba eyacular dentro de ella y se tragaba el semen. Mia estaba lista; solo necesitaba un pequeño empujón.

Mia preguntó tímidamente si podía follarla por la mañana como hice con Jack. Intercambié una mirada con Rosi y dije: "¡Por supuesto que puedo!". Fui el primero en despertar por la mañana. Me acosté detrás de las nalgas de Mia y con cuidado guié mi erección matutina a lo largo de su hendidura, entre sus labios, y hacia su abertura vaginal. Ella se removió inquieta y se medio despertó. La follé despacio y con deliberación; no había prisa. Ella se tocó el clítoris y ensanchó la abertura vaginal con los dedos, pero yo seguí siendo cauteloso y no la penetré. No quería simplemente quitarle la virginidad; ese no era el plan. La follé durante un buen rato y sentí su dedo rozar su clítoris. Ella solía tener un orgasmo mucho antes que yo, así que permanecí inmóvil hasta que se relajó de nuevo. Continué hasta que me corrí. Tuve que tener mucho cuidado de no penetrarla, aunque ella se abría bien y con gusto cuando la masturbaba rápidamente. Eyaculé dentro de su vestíbulo vaginal y a veces con mucho cuidado sobre su himen. Me limpié el pene en sus nalgas y me retiré. Ella siempre se volvía hacia mí y me abrazaba con pasión y gratitud antes de volver a dormirse. Rosi solía seguir dormida o nos observaba con una sonrisa. Hacíamos esto todas las mañanas antes de que yo preparara el café y disfrutara de mi media hora en completo silencio.

La primera editorial quería mil cambios y no me hizo una oferta convincente. La segunda me ofreció algo mejor y me dio tiempo para pensarlo, lo cual no estuvo mal. La tercera se tomó su tiempo; obviamente estaban muy ocupados. Pero tenían la oferta más alta, querían los derechos mundiales para las traducciones y me ofrecieron un anticipo por el segundo libro. ¡Maldita sea!, ¿me había convertido en autora de pornografía? Lamenté mi pasado. Había escrito más de una docena de buenos libros; estaban bien documentados y escritos con meticulosidad, novelas con tramas cautivadoras, y la historia, la cultura y la filosofía tenían la importancia que merecían. Eran obras de arte. La pornografía era demasiado superficial; el sexo y el crimen eran el foco principal. Por supuesto, escribía con la habilidad que cualquier autor debería tener; sabía cómo crear suspense, incluso en situaciones tan primitivas como la de una detective que toma las pastillas equivocadas, se queda en la cama durante 24 horas y, bajo los efectos de las pastillas, tiene que masturbarse obsesivamente indefinidamente. No importa, consulté con Rosi, rechacé a dos editoriales y firmé con la tercera.

Esa noche, Rosi le preguntó a Mia: "¿Vas a preguntar tú o lo hago yo?". Mia dudó un buen rato, pero luego soltó: "¿Quieres que te quite la virginidad?". Tomaba la píldora, así que no tenía que preocuparme por un posible embarazo. La abracé con cariño. "Claro que quiero, cariño, si tú quieres". Mia estaba muy nerviosa. Rosi la tomó en brazos y la tranquilizó. "¡Estoy aquí contigo, Mia!", repetía. Mia se acostó junto a Rosi, expectante, y se aferró a ella. Rosi puso su mano plana sobre el estómago de Mia hasta que respiró con calma. Luego me hizo un gesto con la cabeza.

La primera vez de Mia fue completamente fácil y sin problemas, mucho menos que con Rosi. Mia no emitió ningún sonido cuando le rompí el himen y la penetré profundamente hasta sentir el final de su vagina. La miré a la cara; estaba radiante como una moneda de oro y asintió dulcemente. Comencé a follarla. Duró mucho tiempo porque ya había follado con Rosi esa tarde, y mi erección duró hasta el final. La vagina de Mia era mucho más estrecha que la de Rosi, pero no pude penetrarla tan profundamente. Rosi no apartó la mano del coño de Mia cuando la respiración de Mia se aceleró, señalando su inminente orgasmo. La pequeña se apresuró gradualmente hacia su clímax, agarrándome cada vez con más fuerza, empujando contra mí. Clavó los talones en mis nalgas y ahora se aferraba a mí, casi desprendiéndose de la sábana. Contorsionó su rostro en el orgasmo, sus músculos vaginales se tensaban y relajaban repetidamente. Pude eyacular y la abracé con fuerza hasta que terminé. Nos soltamos, respirando con dificultad.

Hablamos del evento durante un buen rato. Rosi se abstuvo esa noche y volví a tener sexo con Mia. Era una experta y llegó al orgasmo con facilidad y sin esfuerzo. Rosi se tumbó de lado, apoyándose en su pierna sana, y se masturbó con intensidad. Pronto me quedé dormido; me había agotado por completo. Después de unos días, encontramos un ritmo. Solo quería tener sexo dos veces, después del almuerzo y la cena. Rosi y Mia se pusieron de acuerdo entre ellas para ver quién quería tener sexo conmigo y cuándo. Por supuesto, no era suficiente para ninguna de las dos, y se masturbaban tan a menudo como querían. Me dediqué al proyecto de la Revolución Francesa, limando, serrando y modelando hasta que quedó muy bien. Luego me senté con Rosi frente al ordenador e investigamos a qué editoriales

debía contactar. Ignoré las pequeñas y desconocidas. Rosi tenía que ir a lo grande, le insistí. Era inútil enviarlo a la facultad donde había asistido a algunas clases. Nada de sentimentalismos, un libro necesitaba venderse correctamente. Tenía razón (siempre tengo razón).

Poco después de que Jack se fuera y yo desflorara a Mia, alguien llamó suavemente a nuestra puerta después de nuestra aventura de mediodía. Mia y yo dormíamos profundamente, y Rosi se despertó, se puso su camisón y se dirigió a la puerta. "Soy..." y Rosi añadió: "¡Plunkett!". Se dieron la mano, "Jane Plunkett", y tan pronto como Rosi cerró la puerta, Plunkett se despojó de su ropa de invierno. Caminó con determinación, desnuda, hacia la cama. "Yo también quiero un pedazo del pastel", le susurró a Rosi, quien respondió secamente: "Si divides la galleta entre demasiada gente, ¡todos se quedan con migajas!". Pero Plunkett se estiró en la cama.

— Jane — dijo Rosi enfáticamente — , ¡primero tienes que ganarte tu lugar! — Desperté y llamé a Plunkett con asombro; Mia se escondió detrás de mí. Rosi le exigió a Plunkett un acto lésbico, primero. Plunkett asintió, pero no tenía ni idea de lo que era el sexo clitoriano. Rosi contempló el hermoso cuerpo de la viuda y, con ojos brillantes, acarició su vulva y, con placer, su clítoris. — Está bien — concedió Rosi, y se tumbó provocativamente a su lado — , ¡entonces hazlo conmigo con tu dedo! — Jane Plunkett comenzó la iniciación sin dudarlo, y, por Dios, era excelente en ello; tenía décadas de práctica. Rosi se relajó visiblemente, y después de unos minutos, noté que su respiración se aceleraba. El dedo de Jane también se aceleró, y Rosi se aferró a su brazo. Con delicada sensibilidad, llevó a Rosi al orgasmo y no se detuvo. Oí a Rosi jadear y soltar pequeños gritos agudos como nunca antes. Pero Plunkett continuó con energía, prolongando el orgasmo de Rosi durante minutos. Jamás había experimentado un orgasmo tan largo e intenso con Rosi como el que tuvo en ese momento, hasta que, al borde de las lágrimas, cayó en los brazos de Plunkett y lo culminó en un clímax estremecedor y tembloroso.

Rosi se acurrucó de lado para recuperar el aliento. "Listo, ahora sí que me lo he ganado", dijo Plunkett, volviéndose hacia mí con satisfacción, porque la masturbación de Rosi me había excitado. La dejé tumbada boca arriba y la penetré sin preliminares. Me molestó su in-

tromisión en nuestra vida privada, aunque, por supuesto, lo entendía. Metí la mano bajo sus nalgas y la levanté, follándola como un loco. Rosi forzó un dedo sobre el clítoris de Jane Plunkett y lo frotó con la misma intensidad con la que yo la follaba. Momentos después, su orgasmo estalló, pero ni Rosi ni yo paramos. Al contrario, Plunkett estaba siendo follada y masturbada con tanta intensidad que perdió la noción del tiempo y del lugar. Tuvo un orgasmo tras otro, y yo solo paré cuando me corrí dentro de ella. Rosi la soltó; Jane Plunkett perdió el conocimiento por un instante y luego volvió en sí.

Desde entonces, venía todas las semanas. Rosi le enseñó a follar clítoris con clítoris, y ahora podía follar con Rosi y Mia cada vez antes de venir conmigo. Rosi se negaba inmediatamente cuando quería venir más de una vez por semana; una vez era suficiente. Pero tenía que ganarse su salvaje follada conmigo cada vez y follar con Rosi hasta que se volviera loca. Se acostumbró; a Rosi, Mia y a mí no nos importaba el cambio. Seguimos así porque todos sacábamos provecho. Más tarde, cuando estábamos en la casa nueva, conducía los 3 km hasta The Whickets una vez por semana en el carrito eléctrico.

Eran las vacaciones de Navidad, Jack estaba en casa cuatro días y Plunkett se había ido al continente por las fiestas. Exactamente diez minutos después de nuestro ruidoso saludo, Jack y Mia ya estaban en la cama. Él sabía de Rosi, por supuesto, y la abrazó con todo su corazón. Follaron día y noche sin parar, como le conté a Rosi. Yo estaba sentado frente a mi pantalla, pero apenas escribí una página de mi segunda película porno. Incorporé hábilmente el sexo de Rosi con Plunkett, dejando que la detective sufriera lujuriosamente en la cama de una criminal lesbiana de alto calibre. Los observé follar; eran inseparables y se complementaban a la perfección. Los ojos de Rosi brillaban húmedos y lujuriosos mientras yacía junto a ellos, acariciando ocasionalmente sus cuerpos sudorosos y genitales. A Rosi le encantaba que le tocaran y acariciaran los genitales durante el sexo.

A pesar del viento frío y la nevada, me senté afuera en el banco de piedra, fumando, dejando que mis ojos vagaran por las colinas blancas; era tan pacífico aquí. Rosi se estaba masturbando en la cálida sala de estar, y los niños estaban follando como locos. Rosi se estaba masturbando más a menudo que nunca, y su capacidad de orgasmo

durante el sexo había aumentado significativamente, en mi opinión. Jack se sentó a mi lado y se ajustó la manta de lana alrededor de su cuerpo desnudo. “¡Mia, es una maravilla natural! Folla con la facilidad de una pluma y tiene orgasmos más fácilmente que nadie. La chica no para de correrse, tiene orgasmos tan fáciles y sin esfuerzo, ¡es una locura! ¡Lo digo porque me he follado a docenas!” Sonreí y lo miré de reojo. “Ah, ¿en serio, una docena?” Esta vez se rió. “Jim, me tomo mis estudios muy en serio, muy en serio. Pero les invito a una cerveza a mis compañeros de piso cuando tengo compañía femenina, y con algunas de ellas, pueden seguir follando enseguida. Siete de cada diez estudiantes no tienen otra cosa en mente que follar todo lo que puedan. Y por las otras tres, tendría que perder horas preciosas intentando conseguirlas. Me quedo con las siete; una palabra amable y un acuerdo es todo lo que se necesita, no perdemos nada de tiempo.” Le di una palmada en el hombro. “Y no olvides que, después de los 40, la virilidad de un hombre empieza a declinar. Por eso no quiero cumplir 40 para nada.” Jack tenía frío y volvió adentro, tumbándose junto a Mia para calentarse. Era casi perverso cuando los cuatro follábamos uno al lado del otro por las noches, pero los niños nos animaban a Rosi y a mí a más y más. Fue una Navidad maravillosa, muy maravillosa.

Pasaron dos meses antes de que una editorial cayera en la trampa y le hiciera una buena oferta a Rosi. Los ojos de Rosi brillaron con recelo al firmar el contrato. Esa noche, después de Mia, que era la siguiente en la lista, también me acosté con Rosi; ¡se lo merecía!

Tres semanas después nos mudamos a la nueva casa.

El Hijo del Ángel

von Jack Faber © 2023

La directora del gran orfanato finalmente había conseguido un lugar para Maja con las Hermanas del Corazón Sangriento de María. Maja ya tenía siete meses de embarazo y daría a luz en ocho semanas. Normalmente, solo se conseguía un lugar si el parto era inminente, pero cuando alguien tenía tanta suerte, debía aprovechar la oportunidad. Maja podría unirse a las hermanas en tres días.

Maja se fue directamente a la cama después de cenar. Con su gran barriga, ya no podía trabajar en la cocina y prefería estar tumbada en la cama a estar sentada en el salón. No estuvo sola mucho tiempo. Monika se tumbó a su lado. La joven estaba fascinada por su barriga como ninguna otra. Monika era conocida por ser muy hábil y apasionada en la masturbación femenina, y ya había masturbado a todas las chicas de la casa. Durante años, había ido de chica en chica; incluso las mayores, la mayoría de las cuales se habían pasado al sexo, tenían que admitir que Monika era la más hábil en la masturbación y les proporcionaba minutos de puro placer. La mano de Monika se deslizó bajo su largo camisón, recorriendo desde sus rodillas, bajando por sus muslos, hasta la vulva de Maja.

La mano de Monika, como siempre, se detuvo en el coño de la chica mayor durante un buen rato, acariciándolo, provocándolo y mimándolo. Luego su mano se deslizó más arriba, acariciando su vientre durante minutos antes de deslizarse aún más arriba para acariciar sus pechos llenos. Esto despertó una sensación de anhelo ardiente en el coño de Maja. No había conocido ese sentimiento de anhelo antes, hasta que Monika lo evocó. Maja a veces experimentaba esa sensación, aunque de forma más leve, cuando uno de los chicos la follaba. Había dejado que el primero se metiera bajo sus sábanas cuando solo tenía 11 años, y desde entonces, al menos uno de ellos venía cada noche, normalmente uno tras otro, para follarla.

Por supuesto, estaba estrictamente prohibido, pero los chicos entraban al dormitorio de las chicas todas las noches después de que su

tía se durmiera en la silla junto a la puerta. Las chicas les echaban una pastilla para dormir inofensiva en el té, allanando así el camino para sus actividades pecaminosas y prohibidas. Las chicas estudiaban calendarios para calcular sus días fértiles. Todos sabían que no había garantías. Pero aparte de la televisión, los juegos de mesa desgastados y los libros infantiles, no había muchas distracciones en el orfanato de la ciudad.

Maja casi se desmaya cuando Monika la acarició sin piedad los pechos y los pezones. La chica más joven tenía mucha más experiencia sexual; se había masturbado todas las noches desde la infancia, había masturbado a todas las chicas del orfanato muchas veces en los últimos años y era considerada una experta en masturbación femenina. La presión de grupo era intensa, así que tuvo relaciones sexuales con los chicos durante dos años, aunque solo alcanzaba el orgasmo mediante la masturbación, y esto continuó durante mucho tiempo hasta la llegada de Kyrill. Practicaba el sexo de forma muy superficial, ya que no tenía ninguna posibilidad de llegar al orgasmo. Era adicta a la masturbación, pero era lo suficientemente astuta como para esperar siempre hasta la hora de acostarse. De esta forma, evitaba la humillante exposición que las incautas tenían que soportar a manos de la mojigata supervisora.

— ¿Todavía no te masturbas? — le preguntó a Maja, sabiendo ya la respuesta. Maja negó con la cabeza como siempre; nunca se había masturbado en su vida y solo había conocido el orgasmo desde que Monika empezó a acostarse junto a ella todas las noches y a masturbarla. A Monika le encantaba excitar tanto a Maja que le rogaba que la masturbara, cosa que rara vez hacía, en lugar de simplemente dejarse llevar por la lujuria sin aliento. Monika subió el camisón de Maja por encima de su cabeza, y luego, con un movimiento fluido, se quitó el suyo. Presionó su cuerpo desnudo contra el de Maja, jugó con los labios de Maja y lentamente deslizó dos dedos dentro y fuera de su vagina. Los dedos, por supuesto, no provocaron un orgasmo; eran solo preliminares. Una sombra apareció junto a ellas. Era Jan.

Se desnudó en un instante y se tumbó junto a las chicas. Era uno de los chicos simpáticos y susurró si podía acostarse con Maja. Maja asintió; Jan era un chico muy dulce al que nunca rechazaba. Maja su-

surró que Monika debería quedarse con ella, y Monika hizo un hueco. Jan preguntó si debía acostarse con Monika, pero Maja siseó: «¡Yo primero!». No hacía falta seguir hablando; el plan estaba trazado.

Jan, que prefería con creces follar con la gélida Monika, se subió encima de Maja. Tenía que tener cuidado con su gran barriga, por supuesto, así que se apoyó con los brazos, penetró rápidamente la vagina de Maja y la folló con rapidez, como una máquina de coser. Maja suspiró feliz, porque la follada de Jan intensificó su deseo, y lo reconoció con suspiros. Jan se detuvo sin eyacular. Estaba guardando eso para Monika.

Monika se había tocado el clítoris un poco mientras los dos tenían sexo a oscuras; conocía la rutina y quería excitarse un poco antes de que Jan la penetrara. Le gustaba el chico alto, que tenía más o menos su edad, pero no estaba enamorada de él; nunca se había enamorado. Cuando fuera mayor, se enamoraría, pero ahora mismo despreciaba a esos amantes que se reían a carcajadas. Era un espectáculo vergonzoso y degradante, y precisamente por eso amaba a Maja, que no participaba en esas tonterías.

Jan se tumbó junto a ella, ella lo abrazó y le dio un beso largo y apasionado. Él había venido a follarla, y eso le parecía bien. Tomó su pene y lo guió hacia su apretada y juvenil vagina. Se recostó y dejó que la follara. Jan era muy bueno en la cama, lo que a Monika le gustaba mucho, aunque nunca tenía un orgasmo durante el sexo. Jan la folló lentamente y durante mucho tiempo, sus dedos hundiéndose en el coño de Maja, que suspiraba continuamente con su tacto. Después de un largo rato, soltó su coño, finalmente aumentó el ritmo y eyaculó a chorros dentro de Monika. Exhausto, se deslizó a un lado, se quedó allí unos minutos, besó a ambas chicas y luego se fue en silencio.

Maja recordó de repente cómo había quedado embarazada. Estaba allí tumbada, dormitando, con Monika dormitando con la cara sobre su coño. Monika la había lamido hasta un suave orgasmo; la pequeña era una experta en lamer el clítoris. De repente, una luz brillante, un ángel apareció. Maja no le tenía miedo a los ángeles; este se echó ha-

cia atrás su deslumbrante capucha blanca. El ángel era un hombre guapo, con el pelo negro y liso peinado con raya al medio y terminando en dos trenzas. Su perfil, de rasgos marcados, era majestuoso. «Soy el guerrero Tecumseh, y he venido a ti». Por supuesto, había leído sobre Tecumseh, un famoso guerrero y líder que vivía con su hermana. Probablemente había leído el pasaje que describía la relación incestuosa con un romance florido y un voyeurismo descarado una docena de veces. Saludó al nativo americano con palabras amables. El guerrero sonrió y expuso su gran pene. Maja se recostó, lista para ser follada. ¡Y la folló, y de qué manera! Maja nunca había sido follada por un hombre adulto, y él la folló con tanta fuerza y potencia que apenas podía respirar. Le agarró las nalgas y las levantó, de modo que su vagina se abrió como un cáliz. "¡Te daré un hijo, un hijo que te hará sentir orgullosa!", dijo el ángel y comenzó a eyacular. Maja gritó en su mente: "¡Sí! ¡Dame un hijo!". Y el ángel eyaculó en su vagina durante lo que pareció una eternidad. La luz se desvaneció; él se había ido. Maja se despertó sobresaltada, y Monika también. "Solo fue un sueño", susurró Maja suavemente, "¡solo fue un sueño!". Monika la miró muy extrañada, pero nunca hablaron del tema. Aunque Maja creía en la existencia de los ángeles, tomó el sueño solo como eso, un sueño. Maja realmente no sabía quién era el padre de su hijo.

Monika volvió a estimular el clítoris de Maja, y susurraron suavemente sobre tener sexo con Jan. "¿Debería hacértelo ahora?", susurró Monika, aún muy excitada por el sexo. Maja asintió en silencio y abrió las piernas voluntariamente. Los pensamientos de Monika ya estaban en su propia masturbación; masturbó a Maja rápida y expertamente. Maja contuvo la respiración mientras el orgasmo la invadía. "El bebé está pateando como loco", susurró al oído de Monika. Monika simplemente asintió y continuó masturbándose rápidamente, sintiendo la maravillosa excitación y acercándose rápidamente a su propio orgasmo. Se acurrucó en los brazos de Maja y dejó que el orgasmo disminuyera, temblando y estremeciéndose. Durante diez minutos, permanecieron acurrucadas juntas, dormitando. Apareció otra sombra. Werner.

Maja no había tenido sexo con él muy a menudo; él solo había empezado a venir después de que ella tuviera la barriga de embarazada. "¿Vienes conmigo o con Moni?", susurró ella mientras él se acostaba

a su lado. “No soy ningún pedófilo”, refunfuñó él, sonriendo en la oscuridad, “¡claro que solo vengo con una mujer de verdad!”. Monika le hizo sitio; de todas formas, no iba a acostarse con ese patán. No perdió el tiempo en preliminares, montando con cuidado a Maja y apoyándose con los brazos. Ella lo dejó follarla; él no tardó mucho y se corrió rápida e intensamente. Desapareció en la oscuridad tan silenciosamente como había venido. Monika susurró que iba a su propia cama, pero que la vigilaría de cerca, y luego se acostó en la cama de al lado. Ahora se dedicó a darse placer en el clítoris. Le encantaba parar justo antes del orgasmo y volver a empezar; podía hacerlo durante horas. Hacia el final, usó sus dedos medio y anular para llegar al orgasmo, porque así es como había entrenado su vagina para tener orgasmos durante el sexo.

Oskar, Fritz y el estúpido Mick fueron a casa de Maja para tener sexo. Ella dejó que Friedrich tuviera sexo con ella y le dijo que él era el último y que los demás no debían venir. Se giró de lado y se durmió, exhausta. Kyrill se acercó sigilosamente, pero antes de que llegara a Maja, Monika le agarró la mano y dijo: “¡No la despiertes!”. Kyrill se acostó junto a la pequeña Monika, que estaba en medio de la masturbación. Le tocó el dedo, diciéndole que continuara, y esperó pacientemente hasta que terminó. Justo antes del orgasmo, dejó que Kyrill la penetrara y, retorciéndose en su orgasmo, se aferró al grandullón. Dejó que tuviera sexo con ella mientras su orgasmo disminuía; era tan maravilloso prolongar el orgasmo con sexo y tener pequeños mini-orgasmos después del grande. Los orgasmos cesaron, y Kyrill eyaculó su semen salvaje y enérgicamente dentro de ella. Kyrill tenía un pene grande y grueso; era uno de los pocos hombres que podían darle un orgasmo. Preguntó si podía tener sexo de nuevo; Él realmente lo necesitaba. Monika asintió y tomó su pene en su boca hasta que se puso duro de nuevo. Rara vez tenía sexo con Kyrill; él generalmente solo estaba interesado en Maja. Monika se masturbó un poco mientras él volvía a tener sexo, luego se concentró en el sexo en sí, y he aquí que fue suficiente para que él tuviera otro orgasmo. Se quedaron jadeando pesadamente uno al lado del otro, y Kyrill refunfuñó que se había sentido bien. Monika le susurró que debería venir y tener sexo con ella más a menudo, pero él negó con la cabeza; en realidad ella era demasiado joven. Después de un rato, se deslizó

silenciosamente en la oscuridad. Monika ya no tenía ganas de masturbarse y se durmió.

Maja leyó un libro durante el día, “El cazador de ciervos” de Fenimore Cooper. Era muy emocionante y trataba sobre los nativos americanos. Estaba fascinada por ellos, aunque no sabía por qué. ¿Quizás porque valoraban una vida familiar estable, algo que ella, como huérfana, nunca había experimentado? Levantó la vista del libro y terminó su té. El bebé había pateado durante la noche, como siempre que Monika le daba un orgasmo. Realmente no sabía por qué nunca se masturbaba; sabía cómo. Miró el reloj de pared. En 15 minutos, tenía que bajar. El poderoso cocinero jefe la follaba todos los días a la misma hora. Desde que se había quedado embarazada, tenía que ir con él. Solía follar con una de las jóvenes novicias o una joven monja, y nadie se atrevía a resistirse. La Madre Superiora lo sabía y le dijo a la elegida que lo hacía por el bien del convento y que su pecado estaba perdonado. Sin embargo, mientras Maja estuviera disponible, dejaba a las novicias en paz.

Maja se incorporó lentamente. Fue como siempre: tomó su pene en la boca y lo masturbó hasta que eyaculó en su garganta. Se tragó el semen y le chupó el pene semierecto hasta que se puso duro de nuevo. Ahora le permitieron tumbarse en la mesa con el torso desnudo, y él le subió la falda. Siempre la penetraba por detrás, y ella podía protegerse el estómago de sus embestidas salvajes. Ella le había dicho que se iba, y él asintió; estaba bien, dijo con una sonrisa, añadiendo que de todos modos le había echado el ojo a una monja virgen.

Monika la había masturbado maravillosamente, y en su clímax, se había aferrado a la chica más joven. Ninguno de los chicos podía darle orgasmos tan hermosos como los de Monika, pero notó que tenía orgasmos cada vez con más frecuencia durante el sexo. Monika se retiró a su propia cama cuando llegó Oskar, pero las dos chicas se tomaron de la mano mientras se movían de cama en cama. Maja le hizo señas a Monika para que notara su creciente excitación y también se dio cuenta cuando Monika llegó al orgasmo.

La niña era como una hermana para ella. Le había dicho enseguida que se había acostado con el jefe de cocina por última vez esa tar-

de. Él le había deslizado un sobre desgastado con 2500 y le había agradecido efusivamente por el sexo diario. Con ojos brillantes y codiciosos, le había dicho que había cerrado un buen trato con la Madre Superiora, una donación sustancial. La joven monja se había cubierto la cara con las manos cuando dejó caer su hábito al suelo, y él y la Madre Superiora la habían palpado de arriba abajo, confirmando su virginidad con sus propios ojos. La Madre Superiora incluso había comentado que sus pechos aún no estaban completamente desarrollados y que seguirían creciendo. La anciana estaba satisfecha consigo misma, pues siempre le pagaban bien cuando vendía una novicia o una joven monja al buen hombre. Años atrás, siempre había observado a las jóvenes teniendo sexo, pero ya no. La jovencísima monja, con el rostro abatido por la vergüenza, confirmó que la inflamación alrededor de su clítoris se debía a la masturbación excesiva y que lo lamentaba, pero que ese era el único placer que había experimentado. Sin embargo, prometió aprender a tener relaciones sexuales pronto y servir al convento con su cuerpo. «Mañana vendrá a mí», dijo él con expectación, «¡mañana será mía!».

Maja apretó la mano de Monika, y los chicos vinieron uno tras otro y la follaron. A su alrededor, la gente follaba en las camas como si no hubiera un mañana. La tía dormía profundamente en la antesala. Maja disfrutaba de la excitación que sentía durante el sexo y dejó escapar un suave gemido cuando tuvo un orgasmo. Nunca antes había tenido un orgasmo durante el sexo; solo se había desarrollado durante su embarazo, y le gustaba mucho. Durante el sexo, fantaseaba principalmente con sus amigos nativos americanos, dejando que Chingachcook, Uncas, Leatherstocking o Hawkeye la llevaran al orgasmo. Quería ponerle a su hijo un nombre nativo americano como segundo nombre, en homenaje a Fenimore Cooper. Monika estaba totalmente en contra; el pobre niño tendría que responder preguntas estúpidas toda su vida. Maja asintió con comprensión, pero en secreto se mantuvo firme en su postura.

Sin pensarlo dos veces, Maja bajó las escaleras, olvidando por completo que ya no necesitaba ir con el chef de pene pequeño y juvenil. Solo cuando abrió la puerta de la cámara frigorífica y vio al chef follando con la joven, lo recordó todo. Él la saludó jovialmente, invitándola a entrar, así que Maja se detuvo y observó. Rara vez había

visto sexo a plena luz; ahora sí. El chef asintió con la cabeza cuando Maja le susurró si le había dado una pastilla a la monja tímida, y levantó tres dedos. Le había dado tres pastillas a la joven, y ella estaba cachonda y excitada como una prostituta de muelle. Maja asintió con satisfacción; al menos eso lo había hecho bien. La joven monja estaba completamente fuera de sí de lujuria y le ofreció su trasero con entusiasmo. Tenía una vulva muy hermosa, solo un delicado vello púbico rubio claro, y sonrió con lujuria y placer. Maja los observó durante una hora hasta que él terminó de follar y permitió que la chica se masturbara rápidamente como acto final. Él salió a trabajar y Maja se sentó junto a la chica, acariciándola mientras se masturbaba y excitándola aún más, tal como había aprendido de Monika. La penetró con fuerza con dos dedos, interviniendo cuando se cansaba, y continuó masturbándola, orgasmo tras orgasmo. La chica se masturbó durante un tiempo increíblemente largo, sonriendo tímidamente, hasta que los efectos de las pastillas desaparecieron gradualmente. Cuando terminó, Maja volvió arriba. Se retiró a un rincón con Monika y le susurró lo que había visto. Se rieron porque solo ellas dos sabían por qué la cena se había servido media hora tarde esa noche.

Las chicas se tomaron de la mano por la noche. Era su última noche juntas; al día siguiente Maja se mudaría al otro convento. Los chicos, por supuesto, lo sabían, y todos querían acostarse con Maja una última vez. Estaba agotada después de una docena, pero aún quedaban más esperando. Se despidió de cada uno de ellos después del sexo y, exhausta, se entregó al último. Se durmió al instante y no se dio cuenta de que Kyrill estaba acostado junto a Monika.

Él había escuchado con mucha atención; ella solo había tenido un orgasmo con él, y ella lo había invitado explícitamente. La penetró dos veces y le tocó la vulva con los dedos mientras ella se masturbaba durante el descanso. Después de la segunda vez, ella lo abrazó y lo besó con besos largos y apasionados. Podría enamorarse de él, susurró entre besos, pero era demasiado joven para eso. Kyrill se escabulló tan silenciosamente como había llegado. Tenía buenas razones para sonreír de oreja a oreja.

La mudanza de Maja transcurrió sin incidentes; solo llevaba una bolsa medio vacía y caminó apenas quince minutos. Las monjas la

recibieron con calidez y fue a la habitación de Lori. Se sentó en el jardín del monasterio hasta la cena, observando la actividad en los parterres. Ya le habían dicho que trabajaría en el jardín. Después de cenar, siguió a Lori en silencio a la habitación. Lori era un poco mayor que ella, parecía increíblemente dulce con su barriga redonda, pero era bastante traviesa. Se acostó desnuda en la cama, pero inmediatamente fue a la cama de Maja para consolar a la niña que lloraba. Lo primero que hizo fue quitarse el molesto camisón. Se acurrucó junto a Maja y la acarició con ternura. Lori solía empezar a masturbarse por esas horas y ya estaba muy excitada. Se apretó contra el cuerpo de Maja y la dejó hablar de Monika, quien la había masturbado una o dos veces seguidas antes de que los chicos vinieran a tener sexo. No, ella nunca se había masturbado; Monika siempre lo había hecho. Ella masturbaba a otras chicas con gran pasión y se masturbaba mucho a sí misma. Lori le preguntó si debía masturbarla, y Maja asintió agradecida; eso la distraería de su tristeza. Continuó hablando mientras Lori la masturbaba, contando sobre la aventura de meses con el chef de pene pequeño, sobre cómo vendió al sacerdote virgen al libertino y sobre el sexo excitante entre los dos. Dijo que la Madre Superiora solía observarlos teniendo sexo y masturbarse en secreto bajo su hábito, pero que ya no lo hacía.

Maja se aferró al brazo de Lori mientras el orgasmo rugía en su coño; Lori era tan buena en eso como Monika. Se acurrucó contra Lori y le acarició el vientre y el coño mientras se masturbaba. Abrazó a su nueva amiga y la apretó fuerte, porque Lori parecía a punto de explotar de orgasmo. Lori miró el despertador de viaje en su mesita de noche. “¡Dios mío, viene!” gritó Lori y corrió a la ventana. Unos minutos después, abrió la ventana y un joven entró. Era Piet, el novio y proxeneta de Lori. Alto, rubio y guapo. Maja se escondió bajo las sábanas mientras él dejaba caer su ropa. Aun así, logró ver un atisbo de su pene; nunca había visto uno tan grande, tan largo. Conocía los penes de todos los chicos del día del baño, cuando se duchaban, recibían pajas de ella o la follaban rápidamente. La tía siempre se quedaba de pie sin involucrarse bajo la puerta, completamente indiferente a lo que los niños hacían en las duchas. Ni las masturbaciones ni el sexo podían distraerla de estar lista para pelear. Solo intervenía si había una riña; eso no se toleraba. Los chicos fingían peleas para engañar al supervisor y que interviniera. De repente, uno de los rufia-

nes le subió la falda y otro le arrancó la ropa interior hasta por encima de las rodillas. Los chicos la rodearon y la manosearon descaradamente. Ella era bastante estricta en general, pero dejó que los curiosos la manosearan durante minutos antes de arreglarse la ropa. Una vez, Maja recordó con cariño, tuvo un intercambio frívolo con Oskar, que terminó con ella inclinándose y dejando que Oskar la penetrara por detrás. Estaba rodeada en círculo, y un murmullo recorrió las filas cuando Oskar entró en ella. Se incorporó, con los ojos brillantes, "¿Otra más?". Eso fue extremadamente estúpido, porque Werner se colocó detrás de ella y le inclinó el torso hacia adelante. Con calma, folló a la anciana, mientras Friedrich y Kyrill ya estaban de pie detrás de él. Los demás no se atrevieron, pero gritaron excitados cuando Werner, Friedrich y Kyrill entraron en ella. Gimiendo, se incorporó y se marchó con la cabeza gacha. La astuta anciana era la única cerda que dejaba que los chicos la follaran cada pocos días, cada pocas semanas. Su coño ya se había encogido bastante y estaba muy, muy apretado, pero le gustaba mucho la follada dolorosa.

Lori y Piet estaban teniendo sexo en silencio; solo se oían los gemidos y suspiros de Lori mientras se acercaba al orgasmo. Él se apoyaba en sus brazos por el vientre de Lori y miraba a Maja con una sonrisa. "¿Entonces, a ella también le gusta tener sexo?", le preguntó a Lori, y ella asintió. "Creo que sí. Solo pregúntale". Maja se escondió aún más bajo la manta. No le importaba tener sexo, ¿pero con un completo desconocido, en la primera noche? Pero él estaba ocupado con Lori ahora; susurraron muy suavemente hasta que él arqueó la espalda al llegar al clímax. Se quedó acostado con Lori un buen rato, tal vez un cuarto de hora, luego se acercó a Maja.

— Haz un poco de sitio — dijo en voz baja, acostándose junto a Maja. Ella se estremeció al sentir el contacto de sus cuerpos desnudos. Así que era Maja y le gustaba follar, ya lo había oído, pero Lori no le había dicho de cuántos meses estaba. ¿Y qué? — Estoy en mi séptimo u octavo mes — susurró Maja con temor — , tal vez me queden otras ocho o nueve semanas. Piet se acercó aún más. — A Lori le quedan tres semanas o menos, y luego tendremos nuestro primer hijo. Queremos más, nos casamos el año que viene, y ella nunca volverá a ser prostituta, ya lo hemos decidido. Voy a hacerme cargo de una gasolinera; eso nos dará suficiente para nuestra pequeña familia. Piet

había estado acariciando el cuerpo de Maja todo el tiempo, su mano deslizándose repetidamente sobre su vulva. Maja preguntó, casi susurrando, si podían follar ahora, preguntó, muy sorprendida, ¿y qué hay de Lori? Él rió suavemente, no de forma desagradable. "No se supone que debo follarla una segunda vez porque no es bueno para el bebé, porque siempre me lleva mucho tiempo la segunda vez. Y ahora mismo se está masturbando y quiere vernos follar, eso es lo que dijo." La mano de Piet había estado acariciando el clítoris de Maja durante un rato. "No lo sé", dijo Maja, "no lo sé. Tal vez no deberíamos follar y solo mirar a Lori masturbarse, me gustaría hacer eso." Piet rió suavemente. "Solo mira a Lori, ella apenas está empezando, y yo ya estoy follando." Levantó a Maja y la hizo apoyarse en el pie de la cama para que pudiera ver a Lori masturbarse por encima de su hombro. "Maldita sea, maldita sea", pensó Maja, "eso no es lo que quise decir." Pero Piet ya le estaba separando las nalgas y penetrando lentamente su coño.

Maja nunca había tenido una polla tan grande en su coño antes. Pero era bueno que le estuviera ofreciendo su culo, así podía apoyarse delante y su vientre estaba protegido. Ella y Lori se miraron. "Déjalo hacer lo suyo, ¡Piet folla de maravilla!" Maja sonrió, "¿No te molesta?" Lori sonrió y negó con la cabeza. "Necesito concentrarme ahora", y continuó masturbándose. Maja apenas podía ver nada; el gran vientre de Lori cubría su coño, que se frotaba con los ojos cerrados. De todas formas, Maja no tuvo tiempo de mirar, porque las embestidas de Piet la excitaron rápidamente y sintió que el orgasmo se acercaba. Sus nalgas temblaron y se contrajeron involuntariamente al llegar el orgasmo, pero Piet estaba lejos de terminar. Folló y folló como un reloj, y Maja sintió cómo la excitación aumentaba antes del orgasmo. Piet folló cada vez más rápido, y el orgasmo de Maja estaba cerca. Se agarró a la tabla y cerró los ojos. Nunca antes había tenido dos orgasmos durante el sexo, pero ahora fue tan intenso que casi la hizo perder el equilibrio, y con un grito ahogado, se dobló de dolor. No supo cuánto tiempo pasó antes de que Piet finalmente eyaculara. Se dio la vuelta y corrió a sus brazos. Sintió una vergüenza y una culpa terribles, como nunca antes había experimentado. Él le acarició el pelo y la cabeza: "¡Vaya, vaya, eso fue un buen comienzo!". Maja lo soltó lentamente. "¿Te pareció bien?", preguntó, algo que nunca antes había preguntado. Él asintió: "¡Vamos, veamos a Lori!". Se incli-

naron uno al lado del otro sobre los pies de la cama y observaron a Lori, quien, después de unos minutos, comenzó su clímax, agarrándose el estómago con ambas manos en pleno orgasmo. Charlaron durante otra media hora, y luego Piet salió por la ventana.

Fue una buena solución para todos. Piet se acostaba con Lori todas las noches, y luego con Maja. A medida que se acercaba la fecha de parto de Lori, se acostó con Maja dos veces, y Lori se sentó en una silla junto a su cama y observó antes de masturbarse y dejar que ambos la vieran. Una mañana, Lori llegó a la sala de maternidad y dio a luz a una dulce Magdalena. Lori se quedó tres días más. Piet se acostaba con Maja dos veces cada noche y la visitaba todas las noches hasta que ella también estaba a punto de dar a luz. Se despidió para siempre.

Maja dio a luz a un hijo. No se parecía a ninguno de los chicos, y menos aún al chef. Se quedó pensativa durante horas, mirando fijamente el pequeño rostro que no se parecía a ninguno de los hombres con los que había dormido noche tras noche durante los últimos cuatro años. Ni siquiera Monika, que se quedó con ella unas noches para que pudiera dormir al menos unas horas en medio de la estresante situación, pudo reconocerlo por su rostro, ni siquiera ella pudo decir quién era el padre. Monika nunca le contó a Maja que una vez, mientras dormitaba con la cabeza sobre su vagina, había soñado que un ángel, bañado en una luz brillante, la había follado a fondo. Monika creía sinceramente en los ángeles y no se atrevió a contárselo a Maja.

Maja llamó a su hijo James Tecumseh en honor al poeta y guerrero indígena.

La Criada

von Jack Faber © 2023

Los Montgomery pertenecían a la aristocracia tradicional y refinada. Durante las reformas de su casa ancestral, necesitaban una criada para su apartamento en la ciudad. Así fue como empecé a trabajar para ellos. Preparo el desayuno, ordeno el espacioso apartamento y sirvo los almuerzos y cenas que traen a domicilio. No es un trabajo muy agotador. La primera sorpresa fue mi uniforme: un vestido negro, un delantal blanco y una tiara de tela blanca. La señora de la casa estuvo presente durante la prueba y confirmó que no era demasiado corto; así lo quería.

La segunda sorpresa fue que no se inmutó cuando él me dio una palmadita descarada en el trasero o me manoseó las bragas cuando estaba a su lado. Maldita sea, necesitaba el dinero, y que me manosearan no era nada nuevo. La buena y vieja aristocracia inglesa.

No era mojigata ni estirada. El tío Alfie me desfloró sin preguntar cuando tenía 15 años y me folló tres o cuatro veces por semana hasta que me mudé a la capital a los 25. Mi madre nos pilló follando y se armó un lío tremendo. En aquella época, me masturbaba una vez por semana, en mi día libre; no necesitaba más. Los Brookefield, para quienes trabajaba, eran demasiado mayores para ser una molestia. El viejo a veces me daba una palmadita en el trasero, y una vez por semana me arrodillaba ante él y le hacía una mamada. Su mujer se sentaba a su lado en el sofá y decía con tono de disculpa que ya no era capaz de tener relaciones sexuales. Él no quería follar; era demasiado agotador. Pero dejaban unos billetes en la mesa después de cada mamada, y ahí se quedaba todo. Cada pocas semanas, me dejaba meterle los dedos antes de la mamada, lo que tenía un efecto positivo en la mamada y en el dinero después. Eran extraños, pero inofensivos. La buena y vieja aristocracia inglesa, ¿ya lo había mencionado?

Los Montgomery pagaban un buen sueldo, casi el doble del mío. La amante insinuó que se esperaba cierto nivel de cooperación (presumiblemente sexual). Durante las primeras semanas, no hubo nada

de eso. Descubrí que se podía ver el dormitorio desde la habitación de invitados a través de un espejo veneciano oculto. Lo hice con bastante esmero y me masturbé mientras lo hacía. Solo entonces me masturbé a diario, orgasmo tras orgasmo, hasta que terminaron. Los dos eran muy hábiles follando en las diversas posiciones que el tío Alfie nunca me había enseñado. Con él, era solo entrar y salir, ¡gracias, señora! Y él era mi único compañero sexual hasta el momento. Incluso cómo se suponía que debía hacer una felación me lo tuvo que describir la vieja Brookefield, con las mejillas sonrojadas.

Disfruté muchísimo viéndolos follar y masturbándome con ello. Perdí mi timidez inicial y me quedé de pie junto a él en el desayuno, sonriendo para mis adentros mientras él exploraba mis bragas a fondo. Para entonces, debía conocer cada centímetro de mi coño, al menos sus dedos lo sabían. Ella debió de haberlo notado todo el tiempo, pero nunca se inmutó. Luego el hombre se fue al continente durante tres meses. Naturalmente, tenía curiosidad por ver qué haría ahora la amante, que había follado y jugado sexualmente con él todas las noches.

Puso películas porno en el reproductor y se masturbó con un consolador grande y suave que no tenía motor; tenía que introducirlo y sacarlo a mano. Nos masturbábamos los dos en habitaciones separadas, y yo la observaba, pero también el porno. Lo dejaba reproducirse hasta que empezaba la escena de sexo. Reproducía algunas partes en cámara lenta o en bucle; eso era perfecto para masturbarme. Intenté masturbarme tan a menudo como ella, pero era muy agotador.

Unos días después llegaron los jóvenes. No, no eran aristócratas, eran muchachos guapos con penes enormes. La amante tenía el doble de su edad, unos 38 o 40 años. Ninguno tenía más de 20; venían por unas noches, y luego llegaba otro. Casi todos eran excelentes en la cama, pude comprobarlo. Lo único que podía hacer era masturbarme; no tenía ni el tiempo ni la oportunidad de conseguirme un hombre. Pero pronto descubrí que los chicos eran gigolós a sueldo. Aun así, fue una época estupenda que terminó demasiado pronto. El amo regresó.

Tuvieron una noche tormentosa, y serví el desayuno como siempre. Dejó que su mano recorriera mi trasero, y todo transcurrió con normalidad. Era unos años menor que su esposa; ahora lo veía claramente. Recogí la mesa y luego fui a mi habitación. Leí las memorias de la viuda Plunkett, cuyo marido había fallecido al comienzo de los disturbios en Irlanda. Fue muy emocionante, y pude jugar con mi clítoris mientras leía. Por supuesto, todos querían consolar y acostarse con la viuda, pero ella era muy selectiva. Entonces llamaron a mi puerta.

Me levanté de un salto y me puse la bata; no podía abrir la puerta desnuda. Fue el caballero quien me miró de arriba abajo, devorando con la mirada cada centímetro de mi piel desnuda. Esperé pacientemente; ¡que me mirara! La bata se deshizo y me tomé mi tiempo para recogerla; él la devoró con avidez. Al parecer, esperaban a varios caballeros y yo debía ofrecerles café y bebidas. Asentí con la cabeza, «De acuerdo», y cerré la puerta.

La charla de los invitados no me interesaba; serví café y bebidas. Se fueron antes de la cena, que serví como de costumbre. Él mantuvo las manos quietas y entabló una animada conversación con ella. Se fueron a la cama. Los observé como siempre. Durante un breve silencio, me pareció que hablaba de mí. Aparentemente le estaba describiendo lo que había visto debajo de mi bata esa tarde, y entonces quedó claro. Estaba trazando con las manos la forma de mi vello púbico, que me había recortado en forma de franja después de verlo en uno de sus vídeos porno. Ella sonrió con dulzura y le revolvió el pelo. Asintió; estaba de acuerdo. ¿A qué?

Me enteré al día siguiente. El desayuno ya había sido recogido; él me estaba esperando. Entonces me tomó de la mano y me sentó en su regazo. Sentí su pene erecto bajo la fina bata de seda. Miré fijamente a los ojos de su esposa. Ella me devolvió la mirada con una sonrisa mientras él me desvestía con delicadeza. Examinó mi cuerpo desnudo con curiosidad, comparándolo con el nuestro, y asintió con satisfacción; no tenía motivos para temerme como rival. Sin embargo, sus ojos brillaron brevemente cuando él me besó, y luego pasó a un beso francés. Le silbé y le devolví el beso.

— Yo me voy — dijo ella en voz baja y se marchó. Él asintió, me besó y dejó que sus manos siguieran recorriendo mi cuerpo. Luego nos pusimos de pie, recogí mi ropa y lo seguí sin decir palabra. Él entró en el dormitorio; ella ya estaba tumbada desnuda en la cama. Dejó caer descuidadamente su bata de seda al suelo y se tumbó a su lado, con la erección completamente erecta. Me acerqué a la cama y también dejé caer mi ropa. Esperé.

Fue ella quien palmeó la cama a su lado, no él. Lo miré y me acosté junto a ella. No me moví mientras su mano recorría mi cuerpo, explorándome. Nunca antes una mujer me había acariciado, nunca me había tocado con tanta intimidad. Su voz era ronca cuando me preguntó si no estaba interesado en ella. Reuní todo mi valor y susurré: «Nunca... ninguna mujer me ha tocado así». Estaba confundido y no sabía qué decir. «¿Pero has dormido con hombres antes, Rose?», preguntó, y asentí con entusiasmo. «¡Sí, con uno, durante diez años!». Ella sonrió y se giró hacia él. «¡Empieza tú!».

Se acostó a mi lado, me dio un beso francés tras otro y buscó mi clítoris. Abrí las piernas para que pudiera alcanzarlo fácilmente. El tío Alfie siempre me masturbaba antes del sexo, pero enseguida me di cuenta de que el amo de la casa no lo disfrutaba o ni siquiera lo deseaba. Miré a su esposa con curiosidad, pero ella asintió con aprobación y ánimo. Lo ayudé y me toqué el clítoris. Él cedió de inmediato y comencé a masturbarme como solía hacerlo antes del sexo. Me irritó un poco que me observara con tanta atención, como si nunca lo hubiera visto antes. Mi excitación creció y creció, él se preparó y penetró lentamente mi vagina. Continué masturbándome hasta que me folló al ritmo adecuado. El tío Alfie nunca lo lograba. Pero él lo hacía bien; me lancé hacia el orgasmo y me aferré a él. Aumentó el ritmo y me corrí; continuó follándome con gran destreza y tuve un orgasmo largo e intenso. Eyaculó en el momento perfecto, eyaculó y embistió, embistió y eyaculó, hasta que nos separamos, sin aliento. Se hundió al otro lado, ella me abrazó y me acarició con ternura e intimidad hasta que me tranquilicé.

Me preguntó si solo me había acostado con un hombre, y asentí. “Solo con el tío Alfie. Me quitó la virginidad y se acostó conmigo todos los días durante diez años. No somos parientes de sangre; estuvo

casado con mi tía hasta que ella murió". Empecé a divagar porque me estaba tocando íntimamente y me estaba frotando el clítoris con fuerza. Ella sonrió amablemente. "Aun así, legalmente hablando, fue incesto". Continué balbuceando, completamente desconcertada. "Después de que mi tía murió, él se sintió muy solo, y como tenía quince años, lo entendí. Antes de acostarnos, al principio me masturbaba hasta el orgasmo, pero después lo hacía yo sola. Solo se acostaba conmigo muy brevemente y se corría enseguida; nunca duraba mucho". Balbuceé incoherentemente: «Ninguna mujer me ha tocado ni masturbado antes, me hace sentir muy extraña. No me masturbaba cuando tenía la regla, el tío Alfie me enseñó a practicarle sexo oral y eso estaba bien. Siempre quedaba satisfecho. Mi madre nos pilló teniendo sexo cuando tenía 25 años y se mudó aquí». Me estremecí y me retorcí, mis muslos temblaban. Me aferré a su brazo y hundí mi rostro en su pecho. Sentía una vergüenza tremenda porque el orgasmo era imparable. Me masturbó con fuerza y brutalidad, mi orgasmo casi me desgarró, grité. Continuó suave y tiernamente con mi clítoris y dejó que mi orgasmo se desvaneciera suavemente. Solo una mujer podía hacerlo con tanta delicadeza y sensibilidad.

Dudé un momento antes de devolverle sus besos franceses, pero luego alcancé su clítoris. Sentí que se relajaba por completo y abría sus muslos con gusto. La masturbé lo mejor que pude, y después de unos minutos, se corrió. Me alegré de que hubiera funcionado y me dejé besar de nuevo; besaba mejor que su marido. "¿Y le hiciste una mamada a Alfie?", preguntó, y asentí en señal de confirmación. Sus besos franceses habían encendido una tormenta dentro de mí. "¡Yo también te haré una mamada, y mira con atención, porque yo también quiero eso!" Se agachó sobre mí, besando y lamiendo mi estómago, la pista de aterrizaje. Abrí los ojos de par en par mientras lamía mi coño, mi clítoris, con su lengua y sus labios. Fue maravilloso y humillante. Por primera vez. Su marido se arrodilló detrás de ella y la folló por detrás. Ella lamió, sorbió y mordió muy suavemente. Su respiración se aceleró, y agarró mi clítoris con sus labios mientras se corría. Envolvió mi coño con su boca mientras yo llegaba al orgasmo, un chorro corto y potente, y mantuvo su boca allí hasta que el orgasmo disminuyó. Lamió mi clítoris a un ritmo frenético, provocando mi orgasmo. Atrapé su cabeza entre mis muslos, pero ella continuó la-

miendo, volviéndose más suave, hasta que mi orgasmo terminó. Las tres nos estiramos, respirando con dificultad.

Había descubierto cómo practicar sexo oral a una mujer. Le acaricié los muslos y le pregunté si lo deseaba. Ella asintió en silencio y me puse en posición. Chupé, lamí y sorbí con todas mis fuerzas su coño y clítoris. Solo fue extraño por un breve instante tocar el coño y el clítoris de una mujer con mis labios; después de eso, fue fácil. Él metió su pene dentro de mí, aunque no estaba completamente erecto. Me penetró despacio y con cuidado para que su pene flácido no se saliera. Fue algo placentero, aunque sabía que no tendría un orgasmo de esa manera. Continué concentrándome en lamer. Ella tuvo que usar sus dedos cada vez más a medida que nos acercábamos al orgasmo. Tal vez estaba lamiendo demasiado fuerte, porque ella provocó su orgasmo con su dedo, y continué lamiendo suavemente su clítoris hasta que terminó.

Iba a verlos todas las noches. El Maestro John me follaba con gran entusiasmo porque yo respondía bien a su follada, y eso le subía el ego cuando yo me corría. Lady Janet, sin embargo, era mucho más trabajadora que él. Ella me enseñó a follar clítoris con clítoris, que era lo que más le gustaba. Desafortunadamente, mi clítoris era demasiado pequeño para ella, aunque al principio lo intentábamos constantemente, y me hubiera encantado hacerlo tan bien como ella. Pero nos rendimos después de un tiempo. Ella tenía un clítoris bastante grande que podía ponerse muy duro, y me follaba hasta que me volvía loca. Tenía orgasmos maravillosos y gritaba en el clímax. Lord John, que prefería follarme por detrás mientras yo lamía a Lady, extrañamente preguntaba cada vez: “¿Puedo correr dentro ahora, Rose?” y yo siempre respondía: “¡Por supuesto, Maestro John!” porque dirigirme al maestro solo por su nombre de pila me parecía inapropiado. Solo una vez lo puse a prueba y le respondí: “¡Hoy no, Maestro!” Y de hecho sacó su pene y eyaculó sobre mis nalgas.

Tuvimos sexo durante seis meses con gran placer, y me encantaba follar, lamer y que me lamieran. El tiempo con el tío Alfie parecía muy, muy lejano. Lord John partió de nuevo para un viaje que duraría varias semanas, y le pregunté a la señora adónde iba y qué hacía. Ella sonrió y dijo que su destino era secreto y que nunca sabía adón-

de iba. «Está con el servicio secreto, y ellos principalmente matan gente», añadió con indiferencia. No le interesaba; de todos modos, él no tenía permitido hablar de ello, y yo sería prudente no hacer demasiadas preguntas ni pensar demasiado. Asentí humildemente; en realidad, yo solo era una criada.

Yacía acurrucado junto a mi ama, veíamos pornografía muy explícita, y al cabo de unos días ella contrató a dos gigolós. Follábamos con los jóvenes de todas las formas y posiciones; Lady Janet no se cansaba. Yo solía quedar satisfecho; después de unos cuantos orgasmos, estaba exhausto y me quedaba como espectador cuando la dama dejaba que ambos me follaran al mismo tiempo. También tuve que aprender sexo anal, pero no me gustaba nada, y el amo John no me obligaba. Los días pasaban volando, y entonces el amo regresó.

Tenía muchas ganas de acostarme con él, porque sabía que lo prefería por detrás mientras lamía a la mujer. Me mantuve en silencio sobre los gigolós, como ella me pidió. Dejé que me follara mucho más a menudo que a la mujer, que prácticamente se derretía con solo lamerla. Sabía que podía hacerme llegar al orgasmo fácilmente si me metía los dedos en el culo en el momento justo durante el sexo. Mencionó brevemente que su bronceado provenía de Egipto y otros países árabes; esa fue la única pista que dio.

Quería algo nuevo y me prometió un sueldo generoso. Debía servir café y bebidas a los caballeros que venían una vez por semana o varias veces al mes. Debía quitarme las bragas y dejar que se me viera un poco el coño. Me dejó a mi criterio hasta dónde les permitía manosearme o incluso follarme. Debía mantener contentos a los caballeros y no rechazarlos de mala manera. Pero no tenía que hacer nada que no quisiera. La señora intervino: «Rose puede hacerlo, volverá locos a tus viejos», y asentí; lo haría.

Siempre eran los mismos tres o cuatro, a quienes me dirigía obedientemente por su nombre de pila. Harrison, el mayor y más ruidoso; Finney y Froment, que parecían gemelos; y George, con mucho el más depravado. Contaba las historias más sucias, conocía de primera mano cada detalle sobre las mujeres prostitutas, y sospechaba firmemente que ya se había acostado con alguna de ellas. Nunca alardeaba

de ello; lo deducía principalmente de los comentarios de los demás. Servía café, alcohol, pasteles y puros, mostrando mi vulva. Observaba al Maestro John, quien me indicaba que lo estaba haciendo bien. Solía permanecer en silencio junto a la chimenea y no participaba activamente en las conversaciones. Al principio, me bastaba con mostrar mi trasero y mi vulva. Harrison fue el primero en descaradamente sentarme en su regazo y explorar mi coño con sus dedos. Más tarde, los otros tres hicieron lo mismo, pero ninguno intentó masturbarme. Hablaban con bastante ligereza mientras me manoseaban. Pensaba que era dinero fácil, porque Lady Janet me daba un sobre bien lleno cada vez. Después de seis meses, ya podía ver cómo mi casita en las afueras de la ciudad se acercaba.

Primero desempaqué el pene de Harrison. Negó con la cabeza con firmeza; no debía usar mi mano sobre él, debía montarlo. Miré brevemente al Maestro John, quien asintió. Así que monté a Harrison hasta que se corrió. No vi nada malo en montar a los cuatro uno tras otro. Me limpié el coño con una servilleta de tela y me senté en el regazo del siguiente. Me pareció que todos estaban bastante satisfechos conmigo, y los sobres de Lady Janet se hacían cada vez más grandes. ¡En mi mente, vi mi casita, mi propia casita!

Por las noches, los caballeros nunca hablaban de los círculos de caballeros, aunque yo tenía mucho que preguntar. Pero recordé el consejo de Lady Janet de no darle demasiadas vueltas ni hacer demasiadas preguntas. Mantuve la boca cerrada, abriéndola solo para lamer o eyacular. Pasó medio año volando, y cuanto más escuchaba a Harrison y a los demás, más inquietante se volvía el círculo de caballeros. Los monté a todos por turno y escuché. No, no quería masturbarme, negué con la cabeza enérgicamente, así que Harrison entendió. Montar estaba bien, pero definitivamente no quería nada más: nada de masturbarme ni de eyacular en mi boca. Lo entendieron.

Conocí a Luise mientras hacía mis compras diarias. Era una criada como yo, pero había pasado toda su vida — unos 45 años — en la alta sociedad. Siempre charlábamos de esto y aquello después de ir de compras, y poco a poco surgió el tema del sexo. Había dormido con el amo, su hijo y ahora sus nietos toda su vida, y no veía nada malo en ello. Al contrario, le granjeaba cierto respeto, algo importante pa-

ra ella. Finalmente mencioné que yo también había dormido con el amo y la señora. Luise sintió mucha curiosidad porque nunca había estado con una mujer y, por supuesto, quería saber exactamente de qué se trataba. Le sugerí que me gustaría hacerlo con ella. Se sonrojó muchísimo, pero no era posible, ni en su casa ni en la mía; no podíamos simplemente pasar a visitarnos. Aun así, nos sentamos en el parque y nos dimos besos franceses. Me permitió masturbarla en secreto bajo su falda. Estaba terriblemente avergonzada porque nunca antes había dejado que nadie la viera masturbarse y siempre lo había hecho en secreto. Pero a mí me permitieron masturbarla en el banco del parque, y ella a mí. Estaba muy excitada y llena de vergüenza porque todo era nuevo para ella. Fuimos muy astutos para ocultarlo y que nadie se diera cuenta.

Luise me miró, sin comprender. «¡No paras de hablar del marido de Lady Janet, pero ella no está casada!». Ahora yo también me sentía igual de desconcertada. «¿Y qué hay del señor John?». Luise soltó una carcajada, como si hubiera hecho una broma de mal gusto. Luise soltó mi clítoris. «Pero son hermanos, ¿no lo sabías?». Me quedé completamente atónita, pero Luise insistió. No le había sorprendido mi presencia durante nuestras conversaciones; llevaba años sospechando incesto. Estaba perpleja y totalmente devastada; tenía que averiguarlo.

Durante los siguientes días, de vez en cuando intervenía con el Maestro, mencionando a su hermana, bla, bla, bla. Él asentía, sí, y no me contradecía. Por la noche, cuando Lady Janet y yo estábamos acostados juntos esperando al Maestro, le pregunté directamente. Ella confirmó que era su hermano menor. Debí de parecer bastante tonto, porque sonrió y me recordó al tío Alfie, lo cual también era incestuoso. Negué con la cabeza; eso era completamente diferente. El tío Alfie había estado involucrado con mi madre primero, antes de casarse con su hermana. Mi madre nunca ocultó el hecho de que le había dado su virginidad a Alfie, como sí lo hizo su hermana, estúpidamente. Siempre sospeché que mi madre se acostaba ocasionalmente con el tío Alfie, y mi padre con su hermana. A medida que crecía, los espiaba y a menudo sorprendía a ambas parejas teniendo relaciones sexuales. Esto contribuyó a mi decisión posterior, a los 15 años, de dejar que el tío Alfie me desflorara y tuviera relaciones se-

xuales conmigo: la fidelidad conyugal no valía nada; Todos nos acostábamos con todos. Era una rebelión contra mi madre autoritaria. No me extrañó lo amargada que se puso cuando me pilló con Alfie. En teoría, a los 24 o 25 años ya era mayor de edad y podía acostarme con quien quisiera. Pero no pude soportar su amargura y me fui.

Negué con la cabeza cuando Lady Janet me preguntó si me molestaba. Claro que no, era asunto suyo si había tenido incesto, dije. No, no me molestaba en absoluto; solo estaba un poco confundido porque durante más de un año los había considerado marido y mujer. La Dama asintió: «Tómate tu tiempo para asimilarlo». En una ocasión oportuna, le pregunté si podía invitar a una amiga a mi habitación en mi tarde libre. Sí, incluso para jugar, dije, mirándola fijamente a los ojos. «¿Una criada?», preguntó, y confirmé. Dio su permiso y dijo que no nos molestaría, pero que si queríamos invitarla, no había problema. Y así fue como Luise me visitaba una vez por semana.

Luise no era ni la mitad de guapa que yo, y yo no era ni la mitad de guapa que Mi Señora. Pero pasamos la tarde besándonos y abrazándonos, masturbándonos sentadas una frente a la otra o muy entrelazadas. También nos masturbábamos mutuamente, y un día invitamos a Lady Janet a unirse a nuestro juego. Luise tenía un clítoris muy grande y casi musculoso, y una vez que aprendió a follar clítoris con clítoris con la Señora, podía follar a su ama hasta la locura. Luise, como yo, mantenía las distancias y la llamaba la apropiada Lady Janet. Luise no le contó a la Señora ningún detalle picante sobre su amo, solo que estaba allí para follar por las tres generaciones.

Luise se había convertido en una amiga íntima, y le pedí consejo en el banco del parque. Me dio buenos consejos. Reuní todo mi valor y fui a New Scotland Yard. Me enviaron de un lado a otro hasta que me encontré sentada en una sala de interrogatorios vacía frente a una oficial severa y dos hombres. Todo sería grabado, y solo se me permitía decir la verdad, no inventar nada, no mentir. Estaba terriblemente nerviosa; no podía simplemente soltar cosas y decirlas en voz baja. “Bien”, dijo, “voy a hacerte algunas preguntas”. Pronto me relajé; fue fácil. Mi nombre, mi profesión, mi dirección, la dirección de mi familia. Sí, tenía 29 años. Con qué frecuencia se realizaban estas reuniones, cuál era mi trabajo. Café, bebidas, galletas. Y puros.

Cómo se llamaban los hombres; solo sabía sus nombres de pila. Y qué más tenía que hacer. Miré a los dos hombres. No se inmutaron cuando dije: “Sirve sin ropa interior”. Sí, también asuntos sexuales. Sí, también algunas cosas sexuales. Tuve que llevarlos uno tras otro hasta que llegaron. Sí, lo confirmé, los cuatro, uno tras otro, en cada reunión. Normalmente había tiempo suficiente para dar una segunda vuelta, excepto con Harrison, que ya era viejo. El oficial cambió de tema y yo suspiré aliviado. Se suponía que debía informar de lo que habían hablado. Estaban planeando un ataque, querían volar por los aires a “toda la banda”. Habían hablado abiertamente de los obreros que instalaban los explosivos continuamente y que pronto terminarían. No sabía a quién se referían con “banda” ni dónde ni cuándo se suponía que iba a ocurrir. Uno de los hombres se aclaró la garganta. ¿Por qué hablaban tan abiertamente cuando la camarera estaba en la habitación? Eso era fácil de responder. “Soy incluso menos que un mueble porque estoy ocupado con el... eh... sexo. Creen que solo me concentro en eso y no escucho. Pero para mí, el... sexo era solo la mitad de importante, era algo que sucedía al margen”.

La oficial preguntó por los Montgomery. Sentí un escalofrío recorrer mi espalda. Tenía que mantener a ambos Montgomery fuera de esto. Lady Montgomery nunca estaba presente, y Lord Montgomery nunca participaba en las conversaciones; a menudo se iba a hablar con Mi Señora. No, definitivamente no era uno de los cuatro. Él era solo el anfitrión y, sobre todo, me supervisaba para asegurarse de que hiciera el servicio y... las cosas sexuales correctamente; esa era su responsabilidad. “¿Proxenetismo?”, murmuró uno de los hombres, pero la oficial negó con la cabeza con firmeza. Repasó todo de nuevo, tomó nota y volvió a hacer las mismas preguntas. Me estaba empezando a molestar un poco; ya había repetido los nombres varias veces y todo. Dije que ya lo había repetido hacía un minuto. Uno de los hombres empezó a hablar de las cosas sexuales, pero la oficial lo interrumpió: “¡Dejen a la chica en paz; ya ha dicho todo lo que necesitaba saber!”. Le estuve agradecido. Me informó que mi identidad se mantendría en secreto, pero que en caso de juicio tendría que testificar, aunque tal vez solo ante un juez. Sin embargo, no podía prometerlo. Repasé mentalmente la situación. ¿Podría quedarme con los Montgomery? Aseguró que no me delataría, y mucho menos ante

ellos. Me despidieron, me hicieron jurar y firmar un acuerdo de confidencialidad. Me temblaban las piernas al volver a casa.

No pasó nada durante mucho tiempo. Follábamos casi todas las noches. El martes por la tarde, Luise vino; se había aficionado a follar con Mylady hasta la locura. La abracé y la besé hasta que se relajó. Una noche, el amo John dijo que los cuatro amigos estaban detenidos. Por suerte, yo estaba ocupado lamiéndola y no se dieron cuenta de que me inmutaba. Le susurró muy bajito al oído a Mylady que no corría peligro; había organizado las reuniones de caballeros en nombre de su agencia y ellos lo sabían todo. Un poco más alto, dijo: «Rose, lamentablemente las reuniones de caballeros se cancelan, ¡se acabó el follar!». Asentí y murmuré, con su clítoris entre mis labios, que era una pena; me habría venido muy bien el dinero. Se rió; ¡Rose solo piensa en el dinero que gana follando! Respiré aliviada; no me preguntó nada. Lady Janet sí, al día siguiente.

"No fue Luise, fuiste tú. ¡Fuiste a Scotland Yard!" Lo admití de inmediato. "¡No puedo permitir que maten a algunas personas!" Lady Janet asintió y estuvo de acuerdo conmigo. "John estaba completamente absorto en esta operación; estuvo muy cerca de descubrirlo todo. Había estado grabando todas las conversaciones durante meses y se las entregó a las autoridades. Y ahora se acabó. Los conspiradores van a prisión; he oído que el sexo no es tan divertido allí." La señora sonrió amablemente. "Es una pena que no hayas hablado conmigo o con John primero; ¡las cosas deberían haber sido diferentes!" Sabía que tenía razón. Pero las cosas fueron diferentes. Ella no me traicionó con John, y le estuve muy agradecida por eso. Nunca más supe de Scotland Yard, y no tuve que dar ninguna declaración en ningún sitio. Tuvimos sexo como siempre, apasionadamente y hasta que quedamos exhaustos.

Llegó una nueva criada a la casa, una mujer asiática muy joven. No me parecía de 14 años, pero supuestamente tenía 21. Me consumió la envidia al ver lo enamorado que estaba el amo John de ella. La follaba una y otra vez hasta bien entrada la noche; ella actuaba como una niña, y eso lo volvía completamente loco. No me parecía particularmente guapa; tenía pechos diminutos como picaduras de abeja, no tenía vello púbico y el clítoris irritado. No le dejaba correrse en la bo-

ca como yo; tenía que follarla por el culo. Estaba convencida de que su gran ano estaba tan dilatado por tanto sexo anal en el pasado. No dejaba que ni mi señora ni yo la tocáramos y nos miraba horrorizada cuando Lady Janet y yo nos masturbábamos, nos lamíamos o follábamos. Eso era impensable para ella. Me quedé unos meses más, pero sabía que mi tiempo se había acabado.

Con la bolsa de viaje medio vacía, me encontraba en el andén empapado por la lluvia en Paddington. Mi siguiente trabajo estaba en el norte de la ciudad, en Hampstead.

La viuda Plunkett

von Jack Faber © 2023

En 1969, viajé de Viena a Dublín de nuevo. La visitaba todos los años en la residencia de ancianos, y me dejó algo de dinero y un terreno, que tuve que vender porque no era fácil para un extranjero conservarlo. Las gestiones en Londres, previstas para dos días, me llevaron tres semanas. Cuando llegué a Dublín, mi tía ya había fallecido, había sido incinerada y enterrada. Me quedé de pie, con tristeza, frente a la cama vacía de la residencia, tras haber guardado sus últimas pertenencias. Me fijé en la nueva residente de la otra cama. Saludé a la anciana, cuyos ojos brillantes y despiertos me cautivaron de inmediato. Acerqué una silla; siempre tenía tiempo para charlar.

Se llamaba Grace Plunkett. Nuestra conversación se tornó cada vez más interesante, y saqué mi cuaderno (en aquel entonces, la gente todavía escribía a mano). Me preguntó con curiosidad qué escribía, y le expliqué que siempre anotaba cosas cuando me parecían interesantes. “¿De qué suelen tratar?”, preguntó, y le dije que, sobre todo, de aventuras y experiencias sexuales; escribía libros sobre eso. Se echó a reír a carcajadas y sonrió con descaro: “¡Podría contarte un par de cosas, jovencito!”. Tres largas tardes se convirtieron en tres que pasé sentado junto a su cama; serían las últimas. Seis meses después, había fallecido.

Les contaré sobre mi juventud en Dublín. Conocí a Patrick en 1915 y nos enamoramos. La sexualidad era un tabú en Irlanda en aquella época, pero yo sentía una inquietud imperiosa en mi interior, en mi yo virgen. Las jóvenes como yo, de 18 años, apenas teníamos conocimientos básicos sobre el matrimonio, la vida conyugal y la maternidad. Nadie de mi edad sabía, por ejemplo, de la masturbación. Patrick era apasionado y me prometió matrimonio, así que dejé que aquel joven experimentado me sedujera, me desflorara y tuviéramos relaciones sexuales. Estábamos tan enamorados que algunos días teníamos sexo tres veces al día en la hierba, a orillas del Lyffe, nuestro río. Esto duró casi un año; yo creía estar embarazada. Nos casamos en enero de 1916. Vivíamos en la casa de campo de sus padres. Solo

teníamos una habitación y, por supuesto, se oía todo a través de las finas paredes, pero estábamos casados y todos tenían que aceptar que teníamos sexo día y noche, tan a menudo como podíamos. El hecho de que finalmente no estuviera embarazada nos entristeció a ambos, pero perseveramos y seguimos intentándolo. Lamentablemente, nuestra felicidad solo duró tres meses.

Patrick, como todos los de su edad, pertenecía a la resistencia. Nos mudamos a nuestro propio apartamento; una tía había fallecido. Patrick tuvo que esconderse; ignoró su aviso de reclutamiento. Los odiados ingleses querían enviarlo a la guerra contra los odiados alemanes, ¡pero no con Patrick Plunkett! Se escondió y me visitaba en plena noche. Los impertinentes ingleses pasaron con las manos vacías; ¡aquí no había ningún Patrick Plunkett!

¡Cómo amaba a mi Patrick! Cuando se dormitaba durante un descanso, le acariciaba su gran polla con el dedo índice; ¡era mi polla! Lo dejaba dormir hasta que su polla volvía a excitarse bajo mi caricia. Nunca le daba un momento de paz; el pobre tenía que servirme, pero mejor así que al servicio de los odiados ingleses, sonrió. Patrick me enseñó a masturbarme; lo aprendió de sus hermanas. Fue el mejor invento desde Prometeo, y no pasó un minuto libre en mi vida después de eso sin masturbarme. Pero no tenía nada bueno que decir de sus hermanas porque habían seducido a mi Patrick para que practicara el incesto hacía mucho tiempo. Nunca entendió mi punto de vista; para él, era algo grandioso, y le encantaba follar con sus hermanas. Reaccionó al hecho de que era incesto, como el bíblico Lot y sus hijas, con una sonrisa lasciva. Esa era la única cosa en la que no estábamos de acuerdo. Estaba bastante segura de que él se acostaba con ella de vez en cuando incluso después de nuestra boda, pero él simplemente se encogió de hombros y dijo: "¿Y qué?". En aquel entonces yo era muy conservadora y retrógrada en mis juicios morales.

Ningún comentario, ningún artículo periodístico, ningún libro de historia menciona a Patrick Plunkett, a pesar de que fue una de las primeras víctimas de los disturbios de Pascua de 1916. Estaba en la bahía de Dublín con un grupo de remeros, contrabandeando armas desde la bahía río arriba por el Lyffe hasta la ciudad. Una ola inesperada hizo que una caja de madera cayera por la borda del bote. Pa-

trick intentó salvar la carga y se hundió con ella. Esperaron un minuto, cinco minutos, diez minutos. Nunca volvió a la superficie. Grité y golpeé el presagio de la fatalidad; simplemente no podía creerlo. No lo dejaría ir.

En aquella época nadie sabía nadar, y mucho menos bucear a 14 metros de profundidad. El ataúd permaneció vacío en el funeral. Solo después de que terminó la guerra pude encontrar a algunos buzos de la marina, pero no encontraron ni a Patrick ni el ataúd.

El elegante coronel me rondó antes, durante y después del funeral. Me llevó con solicitud a mi apartamento, me quitó con solicitud mi abrigo de invierno, me quitó con solicitud mi vestido de luto, me quitó con solicitud mi ropa interior y me acostó desnuda en la cama con solicitud. Se desnudó en un instante y se acostó con solicitud a mi lado, abrazándome con ternura para que no tuviera frío. No había tenido sexo ni siquiera me había masturbado en días; olvidé mi dolor y mi clítoris ardía con fuerza. El atento coronel sabía cómo llevar a una mujer al orgasmo y ya estaba teniendo sexo conmigo cuando el orgasmo me abrumó. Ya había eyaculado mientras mi orgasmo aún disminuía. Inmediatamente eché al insolente y al mismo tiempo me arrepentí, porque me había dejado medio satisfecha, medio hambrienta. Cerré la puerta con llave y volví a la cama. La almohada todavía olía a Patrick; la abracé mientras me masturbaba.

Dos días después, me levanté y fui a confesarme con el padre Angus. Él fue más comprensivo que nadie. Simplemente me rezó un Ave María y me absolvió de todos mis pecados. Era, por supuesto, un rebelde de pies a cabeza y me dijo que de ahora en adelante solo debía acostarme con verdaderos miembros de la resistencia; el coronel era un estafador y un notorio consolador de viudas, y debía mantenerme alejado de él. Me hizo arrodillarme de nuevo, me bendijo una vez más y me susurró que con mi cuerpo de 19 años debía servir a la resistencia, y que estos servicios me eran perdonados de antemano.

Con el corazón ligero, contacté con la resistencia. Estreché un centenar de manos; algunos agradecieron a Patrick su valentía, otros me abrazaron porque, a pesar de mi ropa de luto, era bastante apuesto. Pero no tenía ni idea de cómo podría cumplir la misión del padre An-

gus. Con mucha incertidumbre, invité a cenar a uno de aquellos hombres de semblante adusto. Para mi alivio, no se rió de mí, sino que prometió venir.

Brian, ese era su nombre, comió con apetito y compartió una cerveza conmigo. Me explicó cómo funcionaba todo, quién estaba arriba y quién abajo. Cómo se habían preparado para una espléndida celebración de Pascua. Lo difícil que era lograr que todos los grupitos se pusieran de acuerdo. Solo una operación conjunta podría...

Se detuvo porque me había sentado en la cama y ya me estaba quitando la ropa interior. No terminó la frase y se sentó a mi lado. Pensó durante un buen rato; estaba casado, pero su matrimonio no iba bien y su esposa le era infiel descaradamente. Lo dejé seguir hablando y lo desvestí lentamente; me gustaba más así. Puse mi dedo índice sobre sus labios: ¡Basta de charla, ven! Era un buen hombre; me folló varias veces seguidas hasta que ambos nos quedamos dormidos, agotados. Se fue en silencio antes del amanecer. Me quedé en la cama todo el día, abrazando la almohada de Patrick mientras me masturbaba y fantaseaba con nuestras horas de sexo más maravillosas.

No estuvo bien de mi parte tentar a un hombre casado a pecar. Desde entonces, siempre preguntaba de antemano si mi elegido era soltero. Solo invitaba a cenar a hombres solteros; muchos ni siquiera habían estado con una mujer, y me encantaba instruirlos. Si los tratabas bien, podían tener sexo realmente bueno y duradero, lo cual me venía de maravilla. Si alguien era un experto, se quedaba varias noches, pero entonces también tenía que pensar en los demás. Creo que los rebeldes estaban contentos con mis esfuerzos.

La Pascua de 1916 fue de una belleza impresionante. Siguiendo la tradición, me quedé con las mujeres frente a la iglesia, escuchando a medias los chismes. Entonces una de ellas se dirigió a mí, o mejor dicho, me gruñó: «¡Así que esta es la descarada e insolente que está seduciendo a nuestros novios y prometidos!». La situación se volvió muy incómoda, aunque ninguna mujer pudo nombrar a un novio o prometido. Dejé a las mujeres que me gruñían con la cabeza bien alta y me fui con los hombres. Me conocían y no me dejaron interrumpir. Cuando dije que iría con ellos, me asignaron a un Tom, quien me dijo

cuándo y dónde debía estar el Lunes de Pascua. Pasé todo el Domingo de Pascua en la cama, durmiendo y teniendo orgasmos como loca, uno tras otro. ¿Quién sabe cuándo volveré a tener tiempo para eso?

El domingo por la noche, llamaron a mi puerta. Me cubrí con la manta y abrí. Era Tom. Quería ver cómo estaba, dijo, y estaba intentando ver la mayor cantidad de piel posible. Le sonreí amablemente y lo dejé entrar. Si se quedaba, razonó, podría acompañarme a salvo por la mañana. Antes de que terminara de hablar, cerré la puerta con llave y me fui a la cama, dejando caer las sábanas. Era excelente en la cama, y no nos dormimos hasta bien entrada la madrugada. Se despertó antes que yo y me despertó haciéndome el amor; ¡el hombre sí que sabía lo que hacía!

Nuestro pequeño grupo — Tom, tres muchachos y yo — nos apostamos en un sótano frente al juzgado. Yo no sabía disparar, pero solía acompañar a mi padre a cazar furtivamente y sabía recargar rápidamente el rifle de un solo disparo. Tom podía entonces disparar rápidamente un segundo rifle, que iba dirigido a mí. Estaba ansioso por que comenzara la lucha. Pero tuvimos que esperar varias horas más hasta que llegó la señal.

Llevaba puesto solo un vestido ligero; no podía permitirme un sujetador por aquel entonces, y rara vez usaba ropa interior. Cada vez que subía a la pequeña plataforma para mirar por la ventana, que apenas medía 15 centímetros de alto, los chicos me miraban con deseo por debajo de la falda. Tom rió con amargura: «Si quieres que te folle, ¡adelante! ¡Jim está a punto de explotar!». Los chicos bajaron la mirada avergonzados, pero yo sonreí amablemente y cogí a Jim de la mano. Caminé con él hasta una pila de leña y me apoyé con ambas manos después de subirme la falda hasta la parte de atrás. A Jim casi se le salen los ojos de las órbitas, y entonces sacó su pene a tientas. Me folló de pie por detrás, con sus dos compañeros a su lado. Apenas Jim eyaculó, Jack me penetró impetuosamente y me folló como si su vida dependiera de ello. Peter se corrió dentro de mí inmediatamente después, un follador lento y deliberado que sabía lo que hacía. Se corrieron uno tras otro, y me follaron hasta que se cansaron. Tom miraba por la ventana de vez en cuando, pero seguía sin pasar nada. Me agaché detrás de la pila de leña y oriné en el suelo, manteniéndome

en cuclillas y dejando que el semen goteara lentamente mientras me masturbaba. Ninguno me miró.

Tom levantó las estrechas ventanas. «Vienen», dijo en voz baja. Los cuatro se subieron a las cajas de madera y miraron hacia afuera. Me masturbé rápidamente y, cuando terminé, me coloqué detrás de ellos. Los ingleses habían aparcado dos coches a cierta distancia del edificio; algunos estiraban las piernas y fumaban, los otros estaban sentados en los coches, aburridos. Pasó casi una hora, y entonces se oyeron disparos a lo lejos, quizás cerca del Parlamento. Tom agarró su rifle y yo me puse a su lado, sosteniendo el segundo rifle y la caja de municiones. El corazón me latía con fuerza. Tom se tomó su tiempo, apuntó con cuidado y apretó el gatillo. Le di el segundo rifle e inmediatamente cargué el otro. Tom y los muchachos dispararon sin cesar, pero después de tres o cuatro salvas, los motores rugieron y los coches salieron disparados. Tom contó cinco ingleses tendidos inmóviles en la calle. Habíamos acordado retirarnos cuando todo terminara. Me adelanté a los demás y los dejé entrar en mi apartamento. — No llegaremos al punto de encuentro hasta dentro de cuatro horas — dijo Tom — , pónganse cómodos y descansen. Pero nadie podía dormir después de tanta excitación. Me lavé con cuidado y me tumbé desnudo en la cama. Ellos se tumbaron a mi lado, uno tras otro. Me follé a los tres valientes, uno tras otro. Tom se sentó a la mesa, desmontando un rifle tras otro y limpiando los cañones con una baqueta larga. A veces levantaba la vista y sonreía. Ya había follado bastante durante la noche y esa mañana. Tenía unos 50 años y envidiaba a los chicos que volvían a tener erecciones en tan solo unos minutos.

Al llegar al punto de encuentro, había mucho que discutir y debatir. Solo había un puñado de heridos y un grupo de enfermeras atendiéndolos. Sentí sus miradas de odio; despreciaban a la prostituta que había en mí y envidiaban a la joven que estaba teniendo tanto éxito. No me importaba; el padre Angus me había mostrado el camino correcto.

El resto de los disturbios de Pascua es bien conocido. Salimos victoriosos el martes y el miércoles, pero los ingleses contraatacaron brutalmente el jueves y el viernes, y los rebeldes se rindieron el sába-

do. Los ingleses nos pisotearon, pero solo se llevaron a los líderes. Tom y yo logramos escapar y nos perdimos de vista.

Dormí solo, fui a misa temprano el domingo por la mañana y luego me confesé con el padre Angus. Él ya había oído lo entregado que estaba a la causa y me colmó de elogios. «Los primeros serán fusilados mañana por la mañana», dijo, con lágrimas corriendo por su rostro, «¡mañana mismo! Y no hay nada que podamos hacer al respecto», añadió, secándose las lágrimas con el dorso de la mano. «Podríamos visitarlos y podrían hablar conmigo una vez más...»

— No lo digas en voz alta, querida hija, ¡estamos en una iglesia consagrada! — dijo con severidad — , pero la idea es buena. El sacerdote pensó un momento. — ¿Puedes encontrar algunos pasteles? Todavía me quedan unas botellas de vino. Ven dentro de una hora. Asentí y lo miré con curiosidad. — ¿No hay Ave Marías? Negó con la cabeza. — ¿Por qué, hija mía?

Recibí una cesta llena de galletas de la señora Elliott cuando le dije para qué eran. Aún no había terminado la hora y yo estaba arrodillado en la iglesia. Recé cuatro Ave Marías por los cuatro hombres de la semana. No podía hacer daño. Llegó el padre Angus, con sus mejores vestiduras de sacristán, cíngulo y demás parafernalia sagrada. Caminamos penosamente hasta la fortaleza inglesa. Nos abrimos paso a la fuerza hasta el calabozo. “Los prisioneros deberían poder confesarse antes...” El padre Angus no terminó la frase. Registraron mi cesta, me cachearon con ansiedad y nos permitieron ir con los prisioneros. Los tres estaban en una jaula con una sola litera. Los guardias cerraron la puerta tras nosotros. Le entregué la cesta a uno de ellos y susurraron al padre Angus. Sus ojos se abrieron de par en par. ¿Mierda? ¿Aquí? ¿En esa jaula? El padre Angus asintió; se quedaría junto a los barrotes con dos de ellos, les taparía la vista y escucharía las confesiones, boca al oído. Los tres estaban muy indecisos, pero me tumbé en la dura camilla y me subí la falda hasta el ombligo. El primero asintió y se arrodilló entre mis piernas. «Adrian», dijo, y yo dije: «Grace». Los otros tres me taparon la vista, aunque no había ningún guardia presente, y dejé que Adrian tuviera relaciones sexuales conmigo. Me dio las gracias; era claramente un hombre educado. Luego llegó James, seguido de John. Oraron, arrodillados devotamente, fi-

nalmente con el sacerdote. Él les infundió valor, diciéndoles que mañana solo verían brevemente el cañón de un arma, pero que luego contemplarían a Dios por toda la eternidad en el paraíso.

Golpeó la puerta de acero con el puño. Llegó el guardia, el sacerdote le preguntó si mañana fusilarían a más delincuentes, y él asintió, y también al día siguiente. "Volveremos mañana", dijo el sacerdote con gravedad. Tomé la cesta vacía y volvimos a la sacristía con un ánimo sombrío. Se sentó, jadeando pesadamente. "El sexo en la jaula me excitó muy impuramente", susurró, "¡muy impuramente!". Me puse de pie frente a él y él puso sus manos en mis caderas. "Yo también soy un luchador contra los perros ingleses", susurró. Me miró fijamente a los ojos. "¡Grace Plunkett, ten piedad, la necesito desesperadamente!". Entendí al instante y dije horrorizada: "¿Quieres, aquí, follar...?" Me tapé la boca con la mano, "¿hacerlo conmigo, contra los ingleses?". Asintió como un perro apaleado. Miré a mi alrededor; la gran mesa de roble, eso estaba bien. Me acerqué a la mesa y me tumbé con la cara hacia el tablero, me incliné y saqué el trasero por detrás.

El padre Angus se puso detrás de mí y me levantó la falda. Tendría que arreglarlo con Dios mismo; yo sabía lo puro que era mi corazón. Cerré los ojos y recé un Ave María, luego sentí cómo me penetraba y me follaba. Sin que se diera cuenta, encontré mi clítoris y me masturbé. No le hice saber cuándo tuve un orgasmo. Eyaculó con un gruñido y dejó su pene dentro. "Aún no he terminado", refunfuñó, y después de un rato, reanudó el acto. Continuó follándome muy placenteramente; sentí cómo eyaculaba dentro de mí otra vez mientras me masturbaba. De nuevo, dejó su pene dentro, "Lo necesito otra vez", y asentí, "¡Sí, por favor!" Esperó un rato más, luego me agarró las caderas y me folló, aumentando gradualmente la velocidad, y yo seguí masturbándome después de mi orgasmo. Me pareció que apenas había eyaculado unas gotas más dentro de mí, pero ya había tenido suficiente, y yo también. Me quedé tumbada en la camilla unos segundos más hasta que la tormenta alrededor de mi clítoris amainó, y entonces me levanté. Por aquel entonces era muy religiosa, así que me arrodillé ante él y le susurré que me bendijera. «Bendígame, Padre», le rogué, y él puso su mano sobre mi cabeza e hizo la señal de la cruz delante de mi cara. Entonces me puse de pie. «Gracias, Grace Plun-

kett», dijo en voz baja y me acompañó a la salida. Era mi vigésimo cumpleaños.

Bajamos al calabozo tres veces seguidas; él los consoló y les dio su bendición. Dejé que me follaran y besé a cada uno entre lágrimas, sabiendo que mañana estaría ante Dios. El padre Angus me folló más tarde en la sacristía. No teníamos que hablar mucho, pero siempre dejaba que me bendijera antes de irme a casa, exultante, y satisfacer mis propios deseos. No participé en ninguno de los ataques posteriores de nuestros rebeldes, pero acogía a cualquiera que llamara a mi puerta. Todos los domingos por la noche, después de la última confesión, iba al padre Angus a la sacristía, durante muchos años.

Nunca me volví a casar, pero a los 39 tuve una hija maravillosa, Patricia. Era la niña de mis ojos y una chica magnífica. Se fue de casa a los 20 y se casó con un hombre encantador en Galway. Mi puerta siempre estaba abierta para hombres jóvenes y muy jóvenes. Tuve relaciones sexuales con cientos de ellos, muchísimos. Me encantaban especialmente los muy jóvenes, los de 13 y 14 años. Después de la emoción inicial, la mayoría duraba hasta el amanecer, ¡y eso me encantaba! Los jóvenes venían en masa para experimentar su primera vez en mi cama.

Todos se marcharon a la mañana siguiente con los ojos brillantes.

Náufrago

von Jack Faber © 2023

El capitán Tim Roberts despertó lentamente. Estaba acostado en su cama, en su camarote. El recuerdo de la explosión lo invadió. Había salido del teletransportador tras ser transportado por el "Pabellón Gordo", como se llamaba al enorme contenedor de transporte para los reasentados. Se dirigía a Nueva Inglaterra, el hermoso y fértil planeta de Sagitario. Aún tenía una pierna sobre la plataforma de transporte cuando la explosión lo derribó. Su último pensamiento fue que le había arrancado ambas piernas.

Palpó sus piernas; por suerte, seguían ahí. Se puso de pie con un gemido, luchando contra el mareo. Se colocó frente al espejo y miró su cuerpo desnudo. Las piernas eran obviamente nuevas, pero lo que lo impactó como un rayo fue su pene. Seguía siendo el mismo de antes, pero mucho más largo, grueso y carnoso. Siempre había envidiado a los hombres con penes gruesos y carnosos, que decían que se podía tener sexo con ellos incluso sin erección. Tomó su pene en la mano, lo examinó y se alegró; era como antes, pero mucho mejor. Le preguntó a Aia, la computadora de a bordo. Ella inmediatamente dio un informe con su profunda voz de contralto. Los Medibots lo habían encontrado justo a tiempo y habían detenido la hemorragia. Los Medibots lo operaron según el protocolo; recibió piernas nuevas, semibiológicas, porque las antiguas estaban demasiado dañadas. Le habían extraído el exceso de grasa mediante liposucción, ni siquiera un kilogramo, y habían tratado las heridas superficiales. Las nalgas habían sido reconstruidas con material semibiológico, los testículos se habían perdido y se había colocado un nuevo escroto como opción de reserva. El pene también estaba dañado y se le había realizado una mejora cerebral. "¡Espero que esto te parezca bien, Tim!", dijo la voz de la computadora. Él asintió después de examinar su cuerpo minuciosamente. "He dado instrucciones para recuperar tu antiguo pene por completo y personalizarlo a tu gusto. Te aseguro que funcionará igual de bien que antes, si quieres follar con alguien de nuevo". Tim sonrió torcidamente, porque la computadora de a bordo sabía tan bien como él las limitaciones en cuanto al sexo. Aia estaba pensando

en el futuro y dijo que todos los robots sexuales se habían perdido junto con el módulo de transporte. “Lo siento, Capitán, pero tendrá que follar con la tripulación, y estoy dispuesto a no registrarlo si quiere”. Tim sonrió ante lo absurdo que era recibir consejos de una computadora como si fuera un buen amigo. Exigió un informe de situación a Aia. Estaba horrorizado.

El módulo de transporte había sido destruido por una roca de 180 kg que se precipitaba hacia él a 57.000 km/h, matando a los 1.000 colonos. Aia había iniciado todos los protocolos necesarios, había sellado todo y los robots de trabajo trabajaban incansablemente para repararlo todo. Para finales de la semana siguiente, todo el trabajo estaría terminado y podrían continuar a velocidad de crucero máxima, al 86% de su carga útil máxima. Su llegada en 12 semanas ya no corría peligro. Los 107 miembros de la tripulación en el módulo de transporte se perdieron; la tripulación principal — 49 mujeres y 2 hombres — permaneció ilesa en la nave espacial. Su mayor limitación era que todo el módulo de comunicaciones se había desprendido y solo podían enviar un informe de posición regular cada hora a través de una baliza de emergencia. Monitoreaban la señal en el centro de control y observaban que no había comunicación. Se oyó un golpe y la lugarteniente de Aia, Joni, lo anunció. Rápidamente se puso un par de calzoncillos y gritó: “¡Pasa!”

Joni era su colega más cercana; la saludó y señaló su escritorio. Joni se sentó, ajustándose la camisa mientras caminaba. Pidió un informe de la situación. El impacto había ocurrido hacía 21 días, el módulo de transporte con 107 tripulantes... Apenas escuchó; Aia ya le había informado. El piloto y el copiloto se turnaban, y Joni había organizado que se relevaran por turnos para que pudieran descansar. Dejó que su mirada recorriera a Joni. Tenía 34 años, era asiática y pronto sería ascendida a capitana, tal vez incluso al mando de su propia nave. Era bastante delgada y delicada, casada con un diplomático japonés desde hacía años y sin hijos. Sabía que se había operado los senos. Era desconcertante ver a una persona tan menuda con un busto tan grande. Había terminado su informe. Giró en su silla y la miró directamente.

— Y dime, Joni, ¿cómo van las cosas sexualmente? ¿Sigues con el ingeniero? — No se inmutó; a menudo hablaban de sexo, aunque fuera algo privado — . Me estoy masturbando otra vez, sola como antes. Ya no me acuesto con Tima tan a menudo; está buscando a otra persona. — Joni quería decir que su amante estaba buscando a otra persona. Tim asintió — . Lamento oír eso; ustedes dos llevan meses juntos. — Joni asintió — . Cuatro meses. Tima era buena en la cama y también muy buena en la cama. Solían turnarse para tener sexo durante horas cuando ambos tenían tiempo libre.

Tim le puso una mano en el brazo; siempre es una pena perder a una buena pareja sexual. “Lo único que sé hasta ahora es que eres lesbiana, Joni, y que te casaste con el japonés por tradición”. Joni negó con la cabeza. “Soy bisexual, siempre lo he sido. Hace seis meses, todavía me acostaba con el comandante de sección en Luna 8”. Tim no lo recordaba; él también estaba en Luna 8 por aquel entonces, pero Joni se unió a él más tarde, cuando ya estaba con Tima. “Y Tima también es bisexual; las lesbianas puras son muy raras”. Joni lo miró con curiosidad. “No me he acostado con una mujer en siglos”, explicó, y ella se rió. “¡Al menos no en los últimos 21 días!”. Y él también tuvo que sonreír. “¡Solo podía ir con los sexbots, esa era la regla! La última vez que tuve una novia humana fue cuando me trasladaron de la Tierra a la base lunar. En Luna 8, tuve el privilegio de tener mi propio sexbot solo para mí durante todo un año. No era un sexbot cualquiera, sino un modelo experimental, una androide llamada Almonda, con la que podía tener conversaciones completamente normales: un gran avance en inteligencia artificial. ¡Era increíble, de verdad!” Tim recordó que en aquel entonces pasaba una hora al día en el mundo de la IA, en medio de la acción con las gafas de realidad virtual. Analizaba sus pensamientos y sentimientos, reconstruyendo situaciones que él imaginaba. La experiencia era realista, y además, podía tocar y sentir virtualmente los genitales. Observó de cerca a cientos de chicas virtuales mientras se masturbaban y tenían sexo. Obtuvo ese impulso que hizo que el sexo con Almonda fuera tan maravilloso, diferente a todo lo que había experimentado con una mujer humana.

Joni preguntó en el silencio cómo estaba de salud. Aia solo le había dicho que estaba despierto. Describió todo lo que se había repa-

rado; seguía siendo el mismo, con algunas mejoras técnicas. “Un culo nuevo, piernas completamente nuevas, un pene completamente renovado”. Casi podía oler la curiosidad de Joni. “¡Un pene completamente renovado, imagínate! ¡Ya tengo curiosidad por ver cómo va con los sexbots!” Joni negó con la cabeza con pesar; habían perdido todos los sexbots. ¡Fingió estar horrorizado, el hipócrita! ¿Quería ver su pene? Joni y él nunca habían tenido sexo; ella asintió con incertidumbre. Él sacó su pene y lo puso en su mano. Ella lo examinó con curiosidad y lo sopesó en su mano, probando su tacto. “¿Está mejor ahora?”, preguntó, y él se encogió de hombros. “No puedo decirlo, aún no lo he probado”. Joni seguía examinándolo. “Sin duda es enorme comparado con mi marido”, dijo. «Sería interesante probarlo». Joni podía decirlo sin problema; el contacto sexual estaba prohibido. Se sorprendió aún más cuando Tim le preguntó si quería probarlo. Joni lo miró con incertidumbre. «¿Las normas?». Pero él negó con la cabeza. «¡Estamos náufragos; las normas no se aplican!». Le ordenó a Aia que dejara de tomar notas y comenzó a desabrochar el uniforme de Joni.

Contempló a la hermosa japonesa desnuda. Tenía unos pechos realmente enormes, pero por lo demás era muy guapa. Se había afeitado o depilado el vello púbico, como era la moda en aquellos tiempos. Su vulva era muy pequeña, casi infantil. Ella lo abrazó con gusto y se besaron con delicados y excitantes besos franceses. Era lo mejor para ambos, pensó; él ya no tenía robots sexuales y ella ya no tenía pareja. Le tocó la vulva, el clítoris. Ella respondió con franqueza que se masturbaba durante mucho tiempo por las noches, a veces incluso durante una hora. No contaba cuántos orgasmos tenía: a veces muchos, a veces menos. Pero prefería el sexo a la masturbación, ya fuera con un hombre o con una novia. Por supuesto, tenía orgasmos cuando tenía sexo con su novia, exactamente igual que con un hombre. Tim le dio otro beso francés profundo y susurró que ahora venía la prueba. Joni asintió y guió su pene erecto hacia su vagina con una mano. La penetró muy lentamente, su vagina tuvo que adaptarse a su pene. La folló durante casi media hora; ella se corrió dos veces, luego él tuvo un orgasmo intenso sin eyacular. Se dejó caer a su lado. Susurraron durante media hora, ambos de acuerdo en que la prueba había sido un éxito. Follaron una vez más, luego ella se fue. No era prudente mantenerse alejada del centro de mando durante tanto tiempo.

Tim estaba muy satisfecho; el nuevo pene era mejor que el anterior. Era el mismo pene, las mismas sensaciones. Sin embargo, era una mejora. Le pidió a Aia que le mostrara los datos del sistema en la pantalla; todo funcionaba correctamente. Le preguntó a Aia si también podía ver el interior de las habitaciones, y ella mostró cinco imágenes en la pantalla. "Tres mujeres están dormidas, dos acaban de terminar de tener relaciones sexuales y una se está masturbando". Quería ver a la mujer masturbándose y amplió la imagen. Ella alternaba entre masturbarse con un dedo en el clítoris y con dos dedos. La observó, pero ella terminó rápidamente y se giró de lado. Volvió a ver todas las imágenes y se detuvo en las dos que habían terminado de tener relaciones sexuales. La mujer acariciaba a la otra, que aparentemente se había girado de lado para dormir; la besó en los hombros, la espalda y las nalgas. Los besos se prolongaron durante un buen rato, y él estaba a punto de apagarlo cuando ella se tumbó boca arriba y separó las rodillas. Él la hizo agrandar de nuevo y la observó masturbarse; ella se masturbó increíblemente rápido y luego se acostó a dormir.

Le preguntó a Aia qué chica o mujer era la más sexualmente activa. Inmediatamente, apareció una imagen: Rianna, de 32 años, ingeniera. No era nada atractiva, pensó Tim. Antes del impacto, ya se había acostado con casi todos los hombres, así como con varias chicas. Nunca dormía sola y aprovechaba sus ratos libres durante el día para tener sexo. Así que era la más activa, dijo Aia, ¿debería llamarla? Sí, dijo Tim, si podía interrumpir su trabajo. "Está fuera de servicio y está teniendo sexo con una chica en 2C". Tim les ordenó que esperaran hasta que terminaran. Estaba leyendo el libro de registro de las últimas tres semanas cuando llamaron a la puerta y Rianna entró, saludó y se puso firme. Él también saludó y la dejó allí de pie cómodamente. Fue directo al grano. ¿Se desnudaría y se acostaría con él? Ella no se inmutó. "Pero las normas..." la interrumpió, las circunstancias habían cambiado, esas reglas ya no se aplicaban. Él estaba sentado vestido al borde de la cama, y ella se acercó sin decir palabra. En un instante, estaba desnuda y se acostó en la cama; él se desnudó rápidamente y se acostó a su lado. Sin dudarlo, ella tomó su pene semierecto en su boca y lo puso completamente erecto. "¡No te corras en mi boca!", había dicho, y ahora guió su pene hacia su vagina. Él entró fácilmente; ella estaba caliente, húmeda y muy excitada. Folla-

ron durante mucho tiempo, más de media hora, hasta que él se corrió sin eyacular. Ella sonrió y se masturbó el clítoris durante cinco segundos, dejando que el orgasmo recorriera y palpitara. Hablaron solo brevemente, luego ella se fue después de besarlo en la mejilla. Él estaba satisfecho, pero Rianna no era nada especial.

Se quedó en su camarote los días siguientes. Joni estaba en el puesto de mando y se mantenía en contacto con él cuando no estaba fuera teniendo sexo. Se acostaba con al menos tres chicas o mujeres de su tripulación cada día; ninguna se negaba, todas estaban orgullosas de ser folladas por el comandante. Después de diez días, se había acostado con todas excepto con las cadetes; ninguna valía la pena volver a invitar. Todavía no. Dirigió su atención a las tres cadetes, de 17 y 18 años. Las dos de 18 años valían la pena follarlas todo el día; ambas follaban de maravilla y claramente lo disfrutaban muchísimo. Se turnaba para follarlas, ¡era algo fuera de lo común!

Después de cinco o seis días, decidió dejar que la chica de 17 años viniera. Era muy tímida y asustada; los de 18 le habían hablado de ellos. Se quedó temblando junto a la cama, y él tuvo que desvestirla. No, susurró modestamente, nunca había estado con un hombre antes; era su primera vez. Él acarició suavemente su cuerpo juvenil, sus pequeños y firmes pechos y su vulva. Pero ya no era virgen, dijo Tim, y ella tartamudeó. Sí, se había masturbado con mucha pasión de niña, y por eso. Pero en realidad nunca había estado con un hombre antes. En la academia, a veces había hecho pajas, pero nunca sexo oral; lo encontraba poco atractivo. Esta era la primera misión de Mia; solo cuatro meses antes, había estado en la academia.

Tim acarició su cuerpo; la piel de Mia se sentía increíblemente bien. No podía dejar de acariciarla. ¿Sabía ella cómo funcionaba? ¿De verdad lo deseaba? Tim esperaba que dijera que no, y que pudiera acariciar su maravillosa piel para siempre. Ella comenzó a temblar violentamente de nuevo, pero dijo que sabía más o menos cómo funcionaba el sexo. Y que le gustaría hacerlo si él no la lastimaba. Tim continuó acariciándola suavemente, y el temblor disminuyó. Sabía dónde estaba su punto G, ¿verdad?, preguntó, y ella asintió vigorosamente. “Me masturbo el clítoris hasta justo antes del orgasmo, y durante el orgasmo, busco el punto G y lo froto con fuerza, ¡y entonces

el orgasmo es increíble! ¡Creo que siempre tengo orgasmos a través del punto G!"

Tim le había frotado el clítoris durante un buen rato, pero se detuvo antes de que ella llegara al orgasmo. Se tumbó encima de Mia. Ella separó las piernas y lo miró a los ojos. "No me hagas daño, Comandante", susurró suavemente. Tim la penetró muy despacio; su vagina era muy estrecha y muy corta. Se ensanchó bajo la presión de su pene, y sintió que su glande llegaba rápidamente al fondo. Él asintió y ella le devolvió la sonrisa. La penetró lentamente al principio, pero cuando oyó que su respiración se aceleraba y jadeaba suavemente, aumentó el ritmo. "¿Y tu punto G?", preguntó, empujando, y ella logró pronunciar sílaba por sílaba, "¡más adelante, más arriba!". Él asintió y casi sacó el pene, dejando que la cabeza buscara el punto G. Ella asintió a veces, "¡Sí, ahí!", y él intentó empujar solo en el punto G, "¡No, más arriba!". Ya no pudo contener el orgasmo y entonces retiró el pene. Inmediatamente introdujo un dedo y estimuló su punto G durante unos segundos; luego, convulsionó, tembló y se retorció en pleno orgasmo. Exhaló aliviada y abrió los ojos. Tim pudo ver las estrellas brillando en ellos.

Mia se quedó con el Comandante día y noche. Tuvieron sexo una y otra vez, y él perdió la cuenta. Cuando estaba exhausto, le pidió que se masturbara y la observó. Ella se masturbó como todas las que él conocía, solo que al final se estimuló el punto G con un dedo hasta alcanzar el orgasmo. Arqueó la espalda durante el orgasmo, pero después de unos segundos se relajó de nuevo. En algún momento de la noche, se quedó dormido, exhausto. Cuando despertó, ella ya se había ido; el deber lo llamaba.

Pasó una semana entera durmiendo con Mia, durante su tiempo libre y después del trabajo. Aún faltaban ocho semanas para el aterrizaje. Los robots obreros reparaban diligentemente el tren de aterrizaje dañado; aun así, el aterrizaje sería brusco. Todos los intentos de establecer comunicación fracasaron. Solo la baliza de emergencia funcionaba a la perfección, así que conocían su posición y la trayectoria de vuelo que seguía meticulosamente.

La virilidad de Tim, ahora a los 38, estaba completamente desatada. Necesitaba variedad, sin importar lo buena que hubiera sido la semana con Mia. Había vuelto a follar indiscriminadamente, primero con las cadetes de 18 años, luego con las ingenieras de 45 años, una tras otra. Algunos días follaba con tres chicas diferentes, enterrando su cara en sus pechos agitados. Era un ir y venir interminable, pero cada una follaba de manera diferente, cada una se dejaba follar de manera diferente. Semanas antes, había anunciado que, como supervivientes de un naufragio, no tenían que acatar la regla de no follar. En la práctica, esto significaba que los dos pilotos masculinos solían ser relevados y reemplazados, obligados a entregarse a las mujeres quisieran o no. En segundo lugar, había más actos lésbicos abiertos de lo habitual; incluso las mujeres más firmemente heterosexuales se unían a los juegos lésbicos. Después de todo, solo había tres hombres para tantas mujeres.

Joni frecuentemente tenía que abandonar el puesto de mando para acostarse con Tim. Era deseada tanto por mujeres como por él. Él la relevaba en el puesto de mando cada vez que ella se acostaba con una mujer. Aprovechaba la oportunidad para poner la nave en óptimas condiciones; no había lugar para la pereza cuando estaba de servicio, era mucho más estricto que Joni. Todo el mundo lo sabía.

Solo hubo un incidente destacable: Mia discutió con otra mujer, naturalmente, sobre a quién le tocaba tener relaciones sexuales. ¡Mia le dejó un ojo morado a la otra mujer, caballeros! Según el reglamento, Tim tuvo que castigarlas a ambas; él mismo las encerró en la celda durante 24 horas. Por lo demás, la vida diaria transcurría con tranquilidad. Las que estaban de servicio debían cumplir con sus obligaciones correctamente, mientras que las demás tenían tiempo libre para ver películas, leer un libro o tener relaciones sexuales. Se podría suponer que ninguna de las mujeres vio una película ni leyó un libro.

Joni y Tim se turnaban en el puesto de mando; rara vez se acostaban, aunque a Tim le gustaba mucho cómo lo hacía. Por lo demás, él se acostaba con las tripulaciones una tras otra por enésima vez, y nadie podía quejarse. Su pene, ahora más grande, era simplemente magnífico; se acostaba con la misma frecuencia que un joven de 18

años. Joni, Mia y los dos cadetes de 18 años eran sus parejas preferidas; eso era simplemente cierto, esa era la verdad.

Aia respondió y, como se le ordenó, proyectó la imagen en su pantalla: dos mujeres teniendo sexo clítoris con clítoris. Tim nunca lo había visto y lo deseaba con todas sus fuerzas. Pero en la pantalla, solo podía ver el balanceo de las nalgas de la mujer que estaba teniendo sexo con la otra. Habló de su angustia con Joni, quien le pareció la amiga más comprensiva de todas. Ella lo pensó y le prometió dejarlo ver sexo clítoris con clítoris en la próxima oportunidad. Al día siguiente, llamó a Tim, y él le cedió el mando a una ingeniera. Se escabulló en la cabina donde Joni y otra mujer lo esperaban. Era una cabina pequeña con una cama doble pequeña, en la que las tres se acurrucaron. Tim, por supuesto, también se desnudó. Colocó su rostro directamente frente a la vulva de la mujer y ahora vio de cerca cómo las mujeres presionaban sus clítoris; no parecía ser tan fácil. Entonces Joni comenzó a follar a la mujer; follaron durante mucho más tiempo del que las mujeres suelen hacerlo con un hombre. La mujer tuvo su primer orgasmo, y luego muchos más. Joni la folló sin piedad; Tim nunca había visto nada tan excitante. Joni también tuvo un orgasmo; se frotó el clítoris durante unos segundos y luego se vio abrumada por el orgasmo. Tim se abalanzó sobre la otra mujer, completamente exhausta, que aún se estremecía ligeramente por su último orgasmo, y la folló salvajemente y sin piedad. Pareció perder el conocimiento durante unos segundos, gimiendo y sollozando mientras el orgasmo la destrozaba de nuevo. Joni apartó a Tim, “¡La estás follando hasta matarla!” y lo tiró encima de ella. Su furiosa excitación se desvaneció al instante cuando se corrió con Joni como de costumbre. Se escabulló como un cachorro regañado, y cuando volvió a ver a la mujer en la cena, se disculpó con ella, pero ella sonrió, diciendo que no pasaba nada.

Habló con Joni sobre lo que le pasaba, de dónde venía su sed de sangre. A ella le pareció bastante perverso, pero lo reconsideró. Conocía a una chica, Ree, que prácticamente se desmayaba durante el sexo oral. La invitaría mañana, pero él tenía que prometer que no la mataría a base de sexo oral. Ya se había acostado con Ree varias veces; ella se corría con mucha facilidad, lo cual era bueno para su ego. Era una europea de piel muy clara, pequeña y delgada, con el pubis

depilado y un clítoris precioso. Joni llamaba a Tim todos los días porque se acostaba con Ree hasta dejarla inconsciente, y Tim se acostaba con las dos, primero con Ree, a quien penetraba salvajemente con su erección. Y Ree había accedido a que la estrangularan un poco durante el sexo; estaba acostumbrada. A él le gustaba cuando ella perdía completamente el sentido y quedaba totalmente inconsciente. Joni sonrió con malicia porque le parecía perverso acostarse con una mujer hasta que perdiera el conocimiento o seguir acostándose con una mujer inconsciente. Sonrió con malicia cuando él terminó con Ree. Continuó follando a Joni con el pene semierecto; ella disfrutaba mucho de eso cuando se masturbaba. Pero Tim ya no se dejaba llevar por la sed de sangre. Estaba totalmente encantado con la forma en que Joni follaba a Ree; siempre tomaba la posición dominante y activa, y follaba a Ree sin piedad. Eligió a Ree porque era verdaderamente devota y sumisa, y no tenía objeción alguna a los perversos deseos del Comandante.

Los días pasaban volando. Tim iba a ver a los pilotos dos veces al día. El piloto jefe practicaba cada maniobra de aterrizaje, lo que impresionaba mucho a Tim. Solía practicar solo; había mandado al copiloto a tener relaciones sexuales. El piloto jefe se reía: ¿quién sudaba más, él o el copiloto? Explicaba cada paso, cada maniobra, y Tim escuchaba con atención, porque, claro, él también tenía licencia de piloto, pero muy poca experiencia práctica. El piloto jefe prometía aterrizar con tanta suavidad que ni una brizna de hierba se doblaría. Tim le aseguró que debía llevarlos a todos vivos a Nueva Inglaterra; al menos, eso era lo que se suponía que debía hacer. Él asintió con gravedad: «¡Ni una brizna de hierba!», y continuó practicando.

Ante ellos se alzaba el hermoso planeta Nueva Inglaterra. Un planeta bello y fértil, al que ahora no llevarían colonos. Una bandada de planeadores los rodeó, tres horas antes del aterrizaje. Finalmente lograron comunicarse con alguien mediante sus radios portátiles para explicar la situación a los pilotos de los planeadores. Tim fue puesto en contacto con la torre de control, dio su informe y recibió instrucciones precisas para el aterrizaje.

El piloto jefe aterrizó sin problemas en el lugar designado. Tim permanecía sentado tenso detrás del copiloto, mientras que Joni,

más atrás en el puesto de mando, se encontraba pálida y cansada tras haber tenido relaciones sexuales poco antes.

El piloto jefe aterrizó con total suavidad en el lugar previsto. Con total suavidad. Miró a Tim y se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

— ¡Ni una brizna de hierba! — dijo triunfante, pero con voz temblorosa — , ¡ni una sola brizna de hierba!

El sanador de Lassalle

von Jack Faber © 2024

María era una huérfana acogida por el doctor Hunziker, junto con su nodriza, quien la había cuidado desde pequeña. Cómo Carmen había terminado allí, en el pequeño ducado de Lassalle, al norte de Aquitania y Borgoña, se perdió en la historia. Toda su vida, Carmen había buscado un amante cada pocas semanas que pudiera llevarla a orgasmo tras orgasmo, o con quien masturbarse durante el sexo. Permaneció soltera y nunca se masturbó, excepto a veces durante el sexo. Solo tenía sexo cuando estaba increíblemente cachonda, ¡y entonces lo necesitaba desesperadamente, maldita sea! Carmen gruñó blasfemamente cuando el doctor apartó a la pequeña María, a quien le encantaba mamar y mordisquear sus pezones, e intentó tener sexo con ella. Maldiciendo, separó las piernas y los labios, y se frotó el clítoris durante un cuarto de hora, manteniéndolo erecto hasta justo antes del orgasmo, para que el pobre hombre pudiera tener sexo con ella justo en medio de su clímax. Él siempre esperaba pacientemente hasta que, después del sexo, Carmen seguía frotándose el clítoris durante minutos, experimentando mini-orgasmos, y entonces le preguntaba si no le había gustado. Carmen bajó la mirada con castidad: «Sí, ¡pero es totalmente anticristiano!». Solo ocurría dos o tres veces por semana, pero Carmen maldecía que fuera una maldición para las mujeres tener orgasmos varias veces por semana, sin importar la edad que tuvieran.

María era una niña brillante y curiosa; naturalmente, no quería perderse ni un solo detalle del acto sexual. Carmen, que dormía con la ropa puesta, se subía la falda, pero el doctor a veces la desnudaba por completo. Carmen se sentía avergonzada porque sus pechos, antes tan preciados, ahora colgaban como melones flácidos, pero al doctor le gustaban. Carmen maldecía porque odiaba que María y el doctor la observaran masturbarse hasta estar a punto de llegar al orgasmo, solo para ser penetrada en ese preciso instante, pero el doctor lo quería así. Durante mucho tiempo, María no pudo descifrar exactamente dónde el doctor insertaba su pene en el espacio entre los muslos de Carmen, pero finalmente lo descubrió.

En lo profundo de la selva había un agujero negro y oscuro, y el pene de papá — así llamaba María al doctor — golpeó y empujó a Carmen hacia él. Carmen se excitó tanto que movió un dedo entre las copas de los árboles y lo presionó con fuerza contra el pene de papá. El doctor dijo que ese fue el orgasmo de Carmen. Luego eyaculó dentro de ella, como le había explicado a María, ya que ella no podía verlo. «Eso es lo que hacen», explicó, «para tener bebés, pero Carmen es demasiado mayor para eso; pronto cumplirá 50». María entendió las explicaciones de papá de inmediato; era muy bueno explicando las cosas.

María tenía once años cuando le permitieron acompañar a su padre a un parto por primera vez. Ese día decidió que quería ser médica como él. Él asintió; ser médico era algo bueno. A partir de entonces, ella acompañó a su padre a todas sus visitas, prestando mucha atención a lo que hacía. Pronto comprendió por qué no eran ricos, a pesar de que su padre recibía mucho dinero de los adinerados. Pero a él no le interesaba hacerse rico; una comida caliente al día era suficiente, decía alegremente. Gastaba todo el dinero en medicinas y remedios, que distribuía gratuitamente entre los pobres. Y los pobres enfermaban mucho más a menudo que los ricos. Cuanto mayor se hacía María, más comprendía que su padre era un buen hombre y un benefactor.

Tenía relaciones sexuales con Carmen cada vez con menos frecuencia; la anciana se estaba volviendo muy extraña. Se masturbaba dos o tres veces por semana, y los ojos de María se abrían de par en par cuando él eyaculaba. Él le había explicado todo: que los hombres tenían que eyacular, algunos más a menudo, otros menos. María tocaba y examinaba su pene en cada etapa; él la dejaba sostenerlo en su mano y frotarlo con su puño. Ella se sintió muy orgullosa de sí misma cuando lo hizo eyacular por primera vez. Podía sentir lo feliz que lo hacía, lo mucho que se relajaba y se quedaba dormido por unos minutos. Carmen lo regañó amargamente, diciéndole que estaba malcriando a la niña, pero María protestó vehementemente; ¡ya no era una niña!

María se acurrucó junto a él desnuda; amaba mucho a papá. Él le había enseñado a masturbarse, y a ella le encantaba. Carmen se per-

signó tres veces; ¡estaba corrompiendo a la niña, a la pobre! Papá se rió; ¡no estaba corrompiendo nada ni a nadie! Los pechos de María se desarrollaban lentamente, sus caderas se volvían más femeninas. Le preguntó a papá si no preferiría tener sexo con ella en lugar de con la rebelde Carmen. A él no le importó; le había explicado la desfloración y el sexo muchas veces antes. También le había inculcado que no debía desperdiciar su virginidad con un hombre indigno, sino solo tener sexo con alguien a quien amara con todo su corazón. "Pero solo te amo a ti, papá", respondía ella cada vez, "¡Te amo con todo mi corazón!". Y así sucedió que María dejó que papá la desflorara y tuviera sexo con ella. Carmen se lamentó de que ahora la estuviera corrompiendo por completo, pero papá y María solo se rieron. ¡Nada ni nadie estaba siendo corrompido! Carmen se arrancó la ropa y se abalanzó sobre la niña. — ¡No debes malcriarla, no debes desflorarla, señor! — gritó ella. Él sonrió sutilmente — . ¡Aquí nadie será malcriado, tonta! — dijo, apartándola. Ella comenzó a masturbarse — . ¡Fóllame, señor, fóllame a mí y no a la pobre niña! — gritó, masturbándose furiosamente. Él y María esperaron, sonriendo. Carmen no pudo contenerse y llegó al orgasmo, temblando y retorciéndose, y luego se persignó tres veces. Exhausta y triste, miró a María, que estaba frotando el pene erecto del doctor. María sonrió y guió el pene hacia su vagina. Con lágrimas en los ojos, Carmen se abalanzó sobre la chica. — ¡La deshonrarás si le quitas la virginidad, perderá valor! — gritó desesperada. El doctor se rió de ella — . ¿Como si fuera una vaca que pierde valor? — dijo con absoluto desprecio — . ¡Quiere ser mujer, eso es lo único que importa! Carmen retrocedió a regañadientes. Empujó su pene hacia adelante con mucho cuidado. "¡Está apretado, papi!", susurró María, "¡está apretado!" Empujó más y su himen se rasgó. María abrió mucho los ojos mientras él la penetraba profundamente. "¿Te duele mucho?", preguntó ansioso, pero ella negó con la cabeza. "¡Ahora soy una mujer de verdad!", susurró la niña de 13 años. Él asintió. "¿Debería follarte ahora o deberíamos esperar hasta mañana?" Ella asintió con entusiasmo, "¡Puedes follarme, papi, lo quiero ahora!" El doctor comenzó a follarla, lenta y deliberadamente. "Cuando la excitación sea alta, puedes ayudar con tu dedo", dijo. Ella asintió y, efectivamente, cuando él comenzó a eyacular, ella tocó su clítoris y provocó su orgasmo. Carmen gimió y se cubrió la cara. Él abrazó a María con fuerza y la besó apasionadamente. "¡Ahora eres

una mujer de verdad, pequeña María!", susurró, "¡eso es maravilloso!"

María y papá tenían relaciones sexuales tan a menudo como él podía. No les importaban los lamentos de Carmen, quien lo regañaba a gritos cada vez que él tenía relaciones con la niña. Estaba corrompiendo por completo a la pobre niña, se lamentaba, ¡porque tener relaciones sexuales con niños era un pecado terrible!

Carmen se estaba volviendo realmente peculiar. Nunca se masturbaba por motivos religiosos, jamás. Pero cada pocas semanas acosaba al doctor: "¡Tengo que follar, doctor, me está atormentando otra vez!". El doctor asintió; lo entendía perfectamente. Folló a Carmen muy despacio porque ella se masturbaba furiosamente mientras lo hacían. "¡Alabado sea Dios!", gritaba Carmen con cada orgasmo que lograba con su dedo. "¡Siga follándome, doctor, fólleme!", gritó poco después, y él continuó follándola muy despacio. Tuvo cuatro o cinco orgasmos seguidos, y cuando estaba exhausta, gimió: "¡No puedo más, doctor, de verdad que no puedo más!". Él asintió y eyaculó, luego Carmen se tumbó de lado y se quedó dormida. Se había masturbado lo suficiente durante las siguientes semanas; eso era suficiente para ella y su religión. María estaba desconcertada, pero se encogió de hombros. "Cada uno con lo suyo", murmuró el doctor con una sonrisa.

La cercanía recién descubierta impulsó aún más a María a aprender medicina. Era necesario conocer bien las hierbas y raíces y saber para qué enfermedades servían. Aprendió a entablillar fracturas, suturar y vendar heridas abiertas, preparar ungüentos y asistir partos. Estalló una cruenta guerra entre católicos y protestantes, y en aquel entonces nadie sospechaba que duraría 30 años. El médico y María se alojaron en el castillo de Lassalle y se dedicaron a su labor. Suturaron las heridas más espantosas, amputaron brazos y piernas y curaron a los heridos. El duque de Lassalle dirigió a sus hombres en las escaramuzas; luchó como un berserker y obligó a los protestantes a retroceder hasta el Imperio alemán pagano. El duque luchó con la misma ferocidad que sus hombres, pero no sufrió ni un rasguño; esa era la voluntad de Dios.

María, que nunca se había acostado con nadie más que con su padre, se dio cuenta de que estaba embarazada. Quería decírselo, pero estaban todos muy ocupados. El médico y ella acompañaron a las tropas hasta el castillo y montaron un hospital de campaña. Atendieron a todos, franceses y alemanes, católicos y protestantes por igual. «Una persona es una persona», dijo papá, secándose el sudor de la frente. Entonces los alemanes atacaron; una nube negra de caballería arrasó el campamento de los franceses católicos y masacró a todos. No perdonaron el hospital; pacientes y enfermeras cayeron bajo los despiadados golpes de espada. María le gritó a su padre que estaba esperando un hijo suyo. Él se incorporó y la miró con alegre sorpresa. En ese momento, un jinete arremetió contra él, con la lanza apuntando a la espalda de papá. María gritó y apenas alcanzó a ver la lanza penetrar la espalda y el pecho de su padre, sobresaliendo unos 20 centímetros. Cayó sin vida sobre la pila de cadáveres. María fue atropellada por un caballo y quedó tendida entre los cadáveres, mirando fijamente a los ojos muertos de su padre. La dieron por muerta y la dejaron allí.

Como una tormenta, treinta jinetes irrumpieron desde el castillo de Lasalle, ahuyentando a los alemanes con rugidos y gritos. Liberaron al viejo duque, a quien le habían arrebatado la espada, dejándolo solo con sus puños enguantados para defenderse. Los jinetes se detuvieron mientras los alemanes huían a toda prisa. El viejo duque buscó su espada y se sintió orgulloso del joven de cabello rubio al viento que había guiado a los jinetes fuera del castillo. Era su hijo, Raymond, quien lo llenaba de orgullo. Raymond regresó al castillo el último. Vio un movimiento; era María, que mostraba signos de vida. El joven desmontó y subió a María, manchada de sangre, a su caballo.

María estaba desnuda en una pequeña bañera, mientras dos criadas la lavaban y limpiaban. Raymond se detuvo un instante; la visión de aquella hermosa joven desnuda lo conmovió profundamente. Supo al instante que debía ser su esposa. Sus miradas se cruzaron, como estrellas que se encuentran en el cielo. María, con modestia, se cubrió los pechos con la mano y apartó la vista. ¡Qué apuesto joven! Envuelto en lino blanco, lo vio de nuevo, a él, al joven duque Raymond. Le rogó que salvara a su padre muerto de los implacables picos de los cuervos y le diera un entierro cristiano digno. Lloraba ante

la tumba de su padre, su amante y el padre de su hijo. Raymond la rodeó con un brazo para consolarla. Ella había grabado una pequeña placa: «Doctor Jörg Hunzicker, nacido hace 49 años en el cantón de Basilea. Fue médico, benefactor y buen esposo».

Al viejo duque le arrebataron la espada de la mano; su hijo lo había salvado. Abdicó, dejando el trono al duque Raymond, quien aceptó con gusto. Con María a su lado, se acercó a su padre y le pidió permiso para casarse con la curandera. El viejo duque estaba demasiado cansado para oponerse, para divagar sobre casarse con una noble de su mismo rango. Vio la felicidad en los ojos de su hijo y accedió. Así, María se convirtió en duquesa de Lassalle.

Raymond fue el segundo hombre con el que se acostó. Era joven e impetuoso, y durante los primeros meses, no perdía oportunidad de acostarse con María. Hacía tiempo que pensaba en contarle la verdad, pero demasiadas cosas la detenían. Era su padrastro, y no quería poner en peligro su título de duquesa, sobre todo por el bien de su hijo. Así que, nueve meses después, dio a luz a Gilbert, el pequeño príncipe. Gil tenía los rizos rubios y los profundos ojos azules de Raymond, el orgulloso padre. María decidió llevarse el secreto a la tumba. Raymond era un buen padre, un duque capaz y un marido apasionado y bondadoso. El mundo era perfecto y no necesitaba una mancha oscura.

En las semanas previas y posteriores al parto, Raymond le faltó atención a su esposa, ordenando a una criada que se acostara con él cada noche. Solo miraba a los ojos de su esposa y follaba a la criada con ganas. Las criadas ya conocían su pene; las había follado a todas desde los doce años, todos los días. Estaban dispuestas a que su fogoso amante las follara, de eso no cabía duda. María sonrió con picardía: ¡qué hombre tan magnífico era Raymond!

Pero cuando las Parcas frotan sus dedos huesudos, queda claro que querían cortar otro hilo de vida. Le concedieron a Raymond diez u once hermosos años de matrimonio, y luego le arrebataron la vida. Una tarde, una lúgubre procesión llegó al castillo de Lasalle: veinte pollos desplumados, que habían alzado el vuelo esa mañana como halcones, trajeron al difunto Raymond y a diez de sus caballeros en

un féretro; habían sido emboscados de forma cobarde. ¿Pero qué emboscada no lo es?

María lavó al duque muerto, lo vistió de nuevo y lo enterró. El joven Gil tenía solo once años, demasiado joven para gobernar. El padre de Raymond, desafiante, se secó las lágrimas de las mejillas y retomó su antiguo puesto de príncipe regente. Tras el debido periodo de luto, fue a la cama de María. Una vez a la semana, el anciano dormía con la hermosa joven viuda, en parte para consolarla y en parte para impedir que la duquesa eligiera un nuevo marido. Gilbert sabía que no debía molestar a la duquesa ni al viejo duque los domingos por la mañana, porque a esa hora dormían antes de ir a la iglesia.

María no perdió ni un segundo pensando en buscar otro hombre. Tenía relaciones sexuales con el anciano una vez por semana antes de ir a misa; él era tan cariñoso y atento como un padre. A María no le molestaba que la edad hubiera mermado gran parte de la virilidad del duque; ella lo ayudaba a alcanzar el orgasmo con un dedo y dejaba que el buen anciano eyaculara generosamente. Su dedo era y seguía siendo su fiel amante; cada mañana, hasta el desayuno, dejaba que este compañero de confianza la llevara al orgasmo. Antes de esos maravillosos orgasmos, dejaba que la película con el fogoso Raymond se reprodujera en su mente y solo entonces abría los ojos.

Gil estaba desnudo en el umbral, con el pene erecto entre los dedos, prueba de que la había visto masturbarse. Se quedó allí, inseguro. María palmeó la sábana a su lado: «¡Ven, mi pequeño!», y Gil se tumbó junto a ella. Había escapado, dijo; la vieja Liesl dormía, con las piernas abiertas en la silla. Sí, le había levantado la falda varias veces antes, pero era una visión desagradable, ese espeso vello, y Liesl olía fatal. María sonrió; Gil era tan honesto y directo. Ella respondió a sus preguntas sobre su masturbación con la misma honestidad y franqueza. Su orgasmo era maravilloso; él quería ese orgasmo... ese orgasmo... ¡ese orgasmo también! María sonrió y asintió; él tuvo que arrodillarse sobre su vientre. Podía cerrar los ojos, dijo sonriendo, porque llegarían sensaciones maravillosas y, finalmente, el orgasmo. Ella lo masturbó, y él suspiró profundamente al alcanzar el clímax. Observó la única gota de semen que goteaba de su glande, dejando tras de sí un largo hilo. Ahora, después de su orgasmo, él po-

día acostarse junto a ella todos los días, y ella lo masturbaba. ¡Qué placer!

Gil notó lo bien que se sentía ella cuando le masajeaba los pechos mientras se masturbaba. Se recostó sobre sus pechos como un bebé y le succionó y mordisqueó los pezones. María gimió de placer y le permitió morderle suavemente los pezones durante sus orgasmos. Ella le había pedido que viniera a masajearle los pechos mientras se masturbaba. Tal vez podría tomarle los pezones en la boca y succionarlos como un bebé; ¡eso se sentía maravilloso mientras se masturbaba! Gil obedeció, por supuesto. Se acercó a ella cuando comenzó a masturbarse y le lamió y succionó los pechos como un bebé. Cuando ella llegó al orgasmo, le mordió los pezones muy suave y delicadamente, de modo que ella gimió de placer y se retorció como una trucha.

Se quedó quieto, con las piernas abiertas. Continuó lamiéndole los pechos y los pezones mientras ella, al principio, solo le acariciaba la parte interna de los muslos y los testículos. Abrió bien las piernas y le empujó el pene hacia ella. Se lo tomó con calma, durante muchos días solo tocándole el pene como por casualidad. Pasaron semanas antes de que lo agarrara y varios días más antes de que lo frotara con el puño. Durante meses, como mucho, una sola gota escapó de su glande. Fue un proceso muy lento hasta que empezó a eyacular. A veces eyaculaba a chorros, otras veces no eyaculaba durante mucho tiempo, o solo en ráfagas entrecortadas.

Solo muchos meses después pudo eyacular, eyacular de verdad. María le preguntó si sabía lo que era follar. Gil asintió; lo había hecho una y otra vez, con Henriette y Jean, el mozo de cuadra. «Entonces dímelo», dijo María. Él se lo contó.

Como siempre, se había escabullido sin ser visto por las vigas del establo. Jean estaba con Henriette debajo de la puerta, y coqueteaban, se besaban, y un día se tumbaron sobre las balas de paja. Henriette era una jovencita guapa de la cocina, dos cabezas más baja que el enorme Jean, esbelta y ligera como una mariposa. Al principio, solo jugaba con el gran y enorme pene de Jean y lo dejaba eyacular en la paja. “Seguro que no entra”, dijo Henriette con dudas, pero al final sí entró, contó Gil con los ojos brillantes. Al principio, no había podi-

do verlo con claridad, solo el gran culo desnudo de Jean. Pero cuando se tumbó boca arriba y ella se balanceó sobre él, pudo ver claramente su pene penetrando bajo su pequeño culo y en su agujero. Hizo que su culo bailara alegremente, dijo Gil, luego se tumbó boca arriba, y de nuevo solo pudo ver el gran culo de Jean pisoteando. Entonces Jean se detuvo, y Henriette lo regañó en voz alta: «¡Has vuelto a entrar, oso gruñón!». Siempre lo llamaba Oso Gruñón. Y él se orinaba dentro todos los días, aunque ella lo regañaba con dulzura, le acariciaba la nuca y le decía que tendría que casarse con ella si seguía orinándose dentro. Oso Gruñón solo murmuró: «Ya veremos», y eso fue todo lo que dijo.

María sonrió levemente; Gil había dado un relato muy vívido y detallado. Le preguntó si no le gustaría tener relaciones sexuales. Gil lo pensó un momento; acababa de eyacular sobre los pechos de María antes de contarle lo que habían hecho en el establo. «No», dijo, «¿quizás mañana, señora?». María asintió con una sonrisa, primero porque podía controlar su lujuria y segundo porque no había olvidado las buenas maneras de la corte. En unos años sería el nuevo duque, y ambas cualidades le sentaban bien.

Los domingos, María pertenecía al viejo duque; los demás días, dejaba que Gil la follara. María disfrutaba de ambas experiencias, aunque eran muy diferentes. Gil era un excelente amante y siempre esperaba a que ella se masturbara hasta el orgasmo. Disfrutaba follando con Gil porque el chico pronto follaba tan bien como su padre. Tenía que frenarlo un poco porque quería eyacular con demasiada frecuencia, y el médico le había comentado que muchos jóvenes habían arruinado su salud de esa manera. Pero ella floreció, y nadie habría creído que ya tenía casi 34 años.

El viejo duque envió a su pequeña tropa, liderada por su sobrino menor, un muchacho que era un caballero y líder ejemplar. La ira de los alemanes reformados crecía año tras año mientras libraban su justa guerra contra los católicos. Cuatro años después de la muerte de Raymond, derrotaron a la pequeña tropa, mataron al sobrino y asaltaron el castillo. María, que se había escondido tras una ventana, vio al viejo duque caer muerto desde la torre, y los alemanes saqueadores se movían ruidosamente de habitación en habitación.

María golpeó con el atizador a los dos que irrumpieron en su habitación, pero fue inútil. Todo el grupo entró entonces en su habitación. No opuso resistencia mientras los vencedores la violaban, uno tras otro. Sin embargo, vio cómo un grupo se llevaba a Gil atado. Una hora después, el grupo se marchó. María buscó a Gil o su cuerpo. Las criadas informaron de que Gil y otros ocho muchachos habían sido secuestrados vivos. Estaba desolada. Su tío Luis asumió la regencia hasta que Gil regresara como legítimo duque. Luis envió mensajeros a los reformados, pero tampoco pudieron obtener información; los nueve jóvenes habían sido entregados al ejército del obispo de Aquisgrán.

María se puso un sencillo y resistente vestido de viaje y se colgó el maletín de médico al hombro. Fue a ver a Luis y le pidió permiso para ausentarse de la corte; se dirigía a la tierra de los reformados en busca de su hijo. El regente Luis intentó detenerla, pero fue en vano. Entonces ordenó que dos de sus caballeros, el viejo Hillebrand y el joven Will, acompañaran a la duquesa. Solo entonces la dejó marchar.

Hillebrand y Will eran hombres de bien. Evitaban la mayoría de los peligros y rara vez se veían envueltos en alguna pequeña escaramuza. Los dos caballeros mantenían una distancia respetuosa con la duquesa; ninguno intentó acostarse con ella. Por la noche, María se acurrucaba desnuda contra Hillebrand para entrar en calor. Pero él, sin dudarlo, mantenía la compostura y se masturbaba en silencio, presionando su cuerpo desnudo y su vulva contra él. Ella solo quería entrar en calor y no seducir al pobre hombre, pero con gusto le hacía una felación. Habían encontrado el rastro de los jóvenes y lo estaban siguiendo.

Se acercaron a la comunidad reformada de Aquisgrán. María contactó con algunos soldados y los interrogó. Se retiró antes de levantar sospechas. El rastro conducía más al noreste, adentrándose en territorio reformado. Se produjo una escaramuza en una zona boscosa, de la que no pudieron escapar. El valiente Hillebrand cayó y Will resultó gravemente herido. Los soldados reformados siguieron su camino, sin mostrar interés alguno en la mujer. María fue a ver a Will, pero no había nada que hacer. Le curó la herida, pero solo había ganado

una hora. Le preguntó si tenía un último deseo. Él la miró con una tristeza indescriptible, pues sabía que pronto moriría, que ni siquiera llegaría a los 19 años. Cerró los ojos y asintió. Tenía un deseo: siempre había adorado a la duquesa como a una santa; la había admirado a ella y su valentía en la búsqueda del joven duque. Sí. Ese era su único deseo.

María lo calló con un beso. No, no un beso ducal ni fraternal, sino uno decididamente femenino. Se levantó la falda, montó a Will e introdujo su pene en su vagina. Una sonrisa sobrenatural apareció en el rostro mortalmente pálido de Will mientras María lo penetraba suavemente. La sangre brotó de la herida de su garganta y murió antes de poder eyacular. María cavó dos tumbas y las enterró. Hizo dos cruces y grabó en ellas: «Hillebrand von Lasalle, Will von Lasalle». No había nada más que pudiera hacer. Les quitó las bridas a sus caballos y ahuyentó a los buenos animales. Cabalgó sola, siguiendo el rastro.

Se topó con un campamento del ejército reformado, fue arrestada y llevada ante el capitán. Sí, era curandera y médica, confirmó, extendiendo su bolsa ante él. No, dijo, había sido criada católica, pero la religión le era indiferente. Su única fe era para los enfermos y heridos. El capitán deliberó durante un buen rato, pues le gustaba la bella mujer de 35 años que se negaba a someterse a la obvia y cobarde declaración de fe. La hizo llevar a su tienda, donde permaneció con él durante los siguientes meses. Durante el día, se unía a los cirujanos y médicos de campaña y se dedicaba a los heridos y enfermos.

El capitán intuyó que ella solo se dejaba violar porque era necesario para sobrevivir. Le disgustaba profundamente que ella no opusiera resistencia en el acto sexual, pero le negara el afecto femenino al que estaba acostumbrado por parte de las mujeres sometidas. Simplemente la dejó ir. María ahora viajaba de campamento militar en campamento militar. Ofrecía sus servicios como médica y curandera, permitiendo con indiferencia ser violada por cada uno de los hombres poderosos tantas veces como él lo deseara, pero permanecía fría y retraída. Preguntaba a todos por los jóvenes del Ducado de Lassalle; rara vez recibía alguna pista, que ella seguía de inmediato.

Entonces, un día, tuvo que amputarle un brazo gangrenoso. El rostro del muchacho le resultaba familiar, y ella le preguntó si conocía el Ducado de Lassalle. El muchacho miró a su alrededor para ver si alguien los espiaba, luego asintió. "¡Eres la duquesa!", susurró. Ella estaba agradecida al cielo: ¡por fin, por fin, un éxito! Pero el muchacho no sabía nada más. Los habían separado, asignado a diferentes unidades y les habían dado espadas. Luchar o morir, esa era la elección. Gil y varios otros habían sido asignados a un destacamento enviado a Magdeburgo y Leipzig. La batalla de Leipzig se había librado semanas antes, y Magdeburgo estaba sitiada, por lo que el muchacho sabía. María abrazó a su compatriota y partió hacia Magdeburgo, varios cientos de kilómetros al este. A través de territorio protestante.

Esa noche, después de tener relaciones sexuales, María se levantó y le dijo al capitán que tenía una nueva pista sobre su hijo y que se marchaba. «¿Qué, ahora, en medio de la noche?», exclamó el capitán, despertándose sobresaltado. «¡Sí, ahora mismo, al amparo de la oscuridad!», respondió María. Su bulto siempre estaba a mano; simplemente se abrochó el cinturón con el cuchillo de caza de doble filo que le había comprado a un soldado. Salió sigilosamente de la tienda y ensilló su caballo en la oscuridad. Luego desapareció en la noche.

Evadió a los ejércitos, se quedó a dormir en casas de campesinos y pagó con su cuerpo. Iba de granja en granja, de cama en cama, dejando que las miradas venenosas de las esposas cuyos maridos se acostaban con ella rebotaran como gotas de lluvia. Se acostaba indiferente entre marido y mujer. Casi todos los hombres se acostaban con ella, por el bien de la variedad. María le daba todo lo físico; nadie podía quejarse. Era muy hábil en el sexo, más hábil que la mayoría de las campesinas. Se acostaba con los hombres tantas veces seguidas que quedaban completamente exhaustos. Entonces los tres se quedaban dormidos. Nunca se consideró una disidente conyugal cuando dormía a cambio de alojamiento y comida. Era así de simple.

Ya era verano cuando llegó a Magdeburgo. Se enteró de que los católicos habían asolado Magdeburgo ya en mayo de 1631 y que los campamentos del ejército reformado se encontraban al norte de la ciudad. Fue a los campamentos. Como médica, fue bien recibida; nadie le preguntó por su fe. Trabajó con diligencia, curando, vendando

y amputando. Fue de puesto de primeros auxilios en puesto de primeros auxilios. Finalmente, encontró a dos muchachos de Lasalle. Estaban heridos, pero se recuperarían. Sí, los tres habían luchado con Gil en el bando enemigo, pero se habían separado en la refriega. Eso fue en mayo, hacía cinco semanas. El camino estaba caluroso; María pasó junto a los heridos y solo los miró a la cara. La madre triunfó sobre el médico.

Lo encontró en la quinta tienda; su melena rubia lo delató. Corrió hacia él, y una mano helada le apretó el corazón. El doctor reconoció de inmediato lo que la madre se negaba a admitir. Ella apartó la sábana y lo abrazó. "¿Usted, señora?", exclamó asombrado. "¿Qué hace aquí, mamá, señora?". Lo abrazó de nuevo. "¡Gil, mi amor, por fin te he encontrado!", gritó una y otra vez. Cubrió su rostro pálido de besos. "¡Gil, la estrella de mis ojos!", balbuceó, y entonces el doctor regresó.

Examinó la pierna infectada, lo examinó de pies a cabeza, estaba completamente destrozada. Había sido herido hacía cinco semanas, el cirujano de campaña le había dado un tratamiento superficial a la herida, y luego había caído en combate. La pierna de Gil estaba perdida, estaba gangrenosa, y su instinto le decía que todo su cuerpo ya estaba envenenado. Tuvo que amputarle la pierna y esperaba que sobreviviera a la gangrena. Era fuerte, pero también lo era la fiebre. Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras cortaba y serraba su propia carne y sangre. Se secó las lágrimas que le causaban angustia; tuvo que recurrir a todo lo que había aprendido. Untó el doble de ungüento en la herida del necesario, le obligó a tragar tanto té curativo que vomitó. Pero eso fue bueno; todo lo que salió, salió.

La madre se abrió paso entre el médico, se sentó junto a la cama de Gil y se dedicó exclusivamente a cuidarlo. La fiebre subía, la gangrena luchaba por su cuerpo, el diablo por su alma. María le daba caldo de pollo; no encontraba nada mejor. Vomitaba repetidamente. La fiebre aumentaba, las compresas frías solo le aliviaban unos minutos, así que las cambiaba cada minuto. No podía aceptar que Gil se hubiera perdido.

Ella no podía aceptarlo.

Gil tenía fiebre y balbuceaba incoherencias. Había seducido a muchas criadas del castillo y nunca se lo había contado a Madame; tenía miedo de decírselo. María lo abrazó y le acarició la cabeza; no era nada, insistió, no se sentía traicionada. Siempre lo había sabido, había mentido por él y siempre lo había aprobado. Era un hombre joven, eso era todo lo que había que saber. Gil apoyó su rostro contra el de ella; a menudo olvidaba quién era Madame, ¿era realmente ella? Gil dejó de respirar.

Entre sollozos, cavó su propia tumba. No era la primera, ni sería la última. El capitán von Kolb era un hombre decente; era el único que la acompañaba en la tumba, leyendo pasajes de la Biblia. Bajo su rostro adusto, se escondía una figura paterna que comprendía bien el dolor de la pérdida de una madre. La abrazó y la consoló mientras lloraba.

María le escribió a su tío Luis. El capitán le aseguró que la carta llegaría a Lassalle. En el capitán von Kolb, María había encontrado a una persona, un hombre respetable. Permaneció con él durante cinco años. De día trabajaba como médica; de noche, yacía a su lado como su esposa. Von Kolb era un hombre bueno y honesto. Ella lo acompañó por toda Alemania, curando sus heridas con el mismo cuidado que a cualquier soldado herido. Pero, por supuesto, no pudo evitar que cayera muerto tras cinco años en la frontera norte de Baviera. Le dio sepultura cristiana y dejó el ejército. Vagó sola por Alemania, de corte principesca en corte principesca. Solía ser recibida con los brazos abiertos, pues el duque Luis von Lassalle se aseguraba de que fuera reconocida y acogida como duquesa.

Tras unos veinte años, regresó al castillo de Lasalle. El tío Luis la recibió con gran afecto; estaba preparando a su hijo mayor para que asumiera el ducado. El muchacho era un buen muchacho, María lo sabía. El tío Luis merecía retirarse con dignidad y elegancia. María sonrió con dulzura cuando le preguntaron. No tenía objeciones; ¿por qué las habría? Su esposo, el duque Raymond, había fallecido hacía mucho tiempo, al igual que su hijo Gilbert. El joven parecía una excelente elección, concluyó. El joven hizo una profunda reverencia ante Madame.

La guerra terminó, María cumplió 47, 48 años, y vivió en el Castillo de Lasalle hasta el final de su vida. Su vagina se encogió muy rápidamente; tenía que usar ungüentos si su amante tenía un pene grande. La vagina estrecha tenía una sola ventaja: alcanzaba el orgasmo mucho más fácilmente y antes que antes, y si tenía suerte, se mantenía en ese alto nivel hasta el final del coito, experimentando orgasmos hasta el último momento. Necesariamente, sus amantes se volvieron cada vez más jóvenes, porque los penes pequeños de los chicos no le dolían. En cambio, le despertaban viejos recuerdos profundamente enterrados de Gil, recuerdos que creía haber dejado atrás décadas atrás. Gil, que había aprendido a follar tan bien. Gil, que en días peligrosos sacaba su pene y se masturbaba de rodillas, eyaculando alegremente su semen sobre su cuerpo. Antes, siempre había desarrollado una conexión, un vínculo emocional con su admirador, pero ahora, con estos chicos de 13 a 16 años, no podía hacer nada, no podía establecer ninguna conexión emocional. Se acostaba con estos niños en silencio o charlando superficialmente, y les permitía convertirse en hombres. Elegía a sus amantes con cuidado y disfrutaba del sexo con mucha intensidad y de forma soñadora hasta bien entrada la vejez.

El joven duque era un hombre verdaderamente bueno que se preocupaba profundamente por el bienestar de sus súbditos. Sería el último duque de Lassalle; el ducado se desvaneció como arena arrastrada por los vientos de la historia.

• • •

El hombre dragón

von Jack Faber © 2024

Mei despertó aturdida. Estaba acurrucada bajo el alero que le había salvado la vida. El terremoto había arrasado todo el pueblo y matado a todos. Mei intentó salir a rastras, pero no pudo. Gritó con todas sus fuerzas hasta quedarse ronca. Unos brazos fuertes la agarraron y la sacaron a rastras.

Cuando se puso de pie, miró la casa en ruinas. «Están todos muertos», dijo el hombre. Ella lo miró. Tenía un rostro parcialmente humano, un hocico como el de un lobo y un lomo escamoso como el de un cocodrilo. Mei empezó a sentir miedo al ver su cola; era escamosa como su lomo verde oscuro y larga, como una tercera pierna. La parte delantera de su cuerpo parecía humana, con una llamativa cola amarilla y un glande rojo; el prepucio, fino y delgado, era de color verde pálido. Sus testículos, bastante grandes, eran de un azul brillante. Mei estaba asustada.

— No tienes por qué tener miedo — dijo amablemente, tomando de la mano a la niña de 14 años — . ¡Ven conmigo! Caminaron unos pasos, y entonces él dijo: — Tengo que volverme invisible; ¡viene gente! Efectivamente, la gente de los alrededores se acercaba, con codicia en los ojos; saquearían las ruinas en busca de oro y plata. Mei, llorando, condujo al hombre invisible al interior del bosque encantado. Él volvió a ser visible y sonrió amablemente. — Vi a tus padres muertos y a tus siete hermanos; están todos muertos. Mei asintió entre lágrimas. Tan solo unas horas antes, había dejado que sus hermanos abusaran de ella, y el recuerdo la hizo sonreír. — Espero que no hayan sufrido demasiado — dijo. El hombre asintió. — Fueron aplastados en una fracción de segundo — dijo en voz baja — , ¡no sintieron nada! Mei se preguntó cómo podía saberlo, pero él era algo extraordinario; eso le quedó claro de inmediato. Alguien que se pareciera en parte a un cocodrilo, que pudiera volverse invisible, podía saber muchísimo.

Una hora más tarde, llegaron a un pequeño lago. “Aquí es donde vivo”, dijo él simplemente. Ella vio una gran roca en la orilla que se adentraba en el agua. Él la condujo a una cueva cuya entrada estaba oculta tras unos arbustos espesos. Desnudó a Mei y lavó su cuerpo desnudo con un trapo. Lavó sus pequeños pechos incipientes y el ligero vello sobre su vulva. “Eres una chica muy hermosa”, dijo, “¡veo que te has acostado con muchos chicos!”. Pero Mei negó con la cabeza. “No, no con muchos, ¡solo con mis hermanos!”. Él asintió. “Está bien, no pasa nada. No quise insinuar que eres una puta”. Los ojos de Mei se llenaron de lágrimas de nuevo. Pensó en sus hermanos, que se habían acostado con ella hacía apenas unas horas. Su madre lo había permitido porque los chicos tenían que eyacular a diario y no había chicas en el vecindario. Por supuesto, los chicos también se habían acostado con las vecinas cuando el marido no estaba en casa, y las vecinas estaban muy dispuestas a tener a esos tipos tan poderosos entre sus muslos, a los siete.

— Mi nombre es Mei Mei-Lan — dijo — , la hija menor de la honorable señora Mei-Lan. El hombre hizo una reverencia y examinó la vulva de Mei. — Soy Lin Popo, que significa flor magnífica. Mis padres, como todos los dragones, eran muy poco imaginativos a la hora de nombrar a sus hijos — rió amablemente — . Sí, soy un dragón, mitad humano y mitad dragón, como puedes ver. Vivo una vida muy solitaria aquí, y sobre todo las mujeres de los pueblos me visitan para que las folle. Tengo el don de ver en sus ojos si son fértiles, así que vienen y luego corren rápidamente a casa para que sus maridos las follen. Les gusta que las follemos los dragones, las mujeres humanas, porque los dragones podemos follar durante mucho tiempo y con gran resistencia. Pero, por desgracia, no pueden quedar embarazadas de nosotros. — Reflexionó un momento. — ¿Tu madre se llamaba Mei-Lan, eh?! Conocí a una dulce jovencita llamada Mei-Lan. Venía a mí a tener sexo con bastante frecuencia, si no me equivoco. Creo que tuvo ocho hijos. — Mei lo miró sorprendida — . Mi madre siempre decía que éramos hijos del dragón, pero yo solo lo veía en sentido figurado. ¿Quizás de verdad creía que estaba embarazada del dragón? — Lin Popo negó con la cabeza y asintió — . Sí, lo estaba. ¡No quería creer que nosotros, los dragones, no pudiéramos tener hijos humanos! ¡Venía a tener sexo conmigo durante años, tu dulce madre! — Lin Popo se quedó mirando las llamas del pequeño fuego.

«Tengo 946 años», continuó, «me he acostado con todas las emperatrices o esposas de los emperadores chinos; es mi destino. Me infiltro sigilosamente en el palacio y me acuesto con la emperatriz, con todas. La mayoría aborrece el amor lésbico al que están condenadas en la casa de las mujeres. Gritan de éxtasis y placer cuando me acuesto con ellas y tienen orgasmo tras orgasmo. Pero ese es mi destino; lo hago con gusto, pues el emperador demuestra buen gusto al casarse con una. Que las mantenga estrictamente encerradas es una lástima para ellas, pero entonces me tienen y son felices durante unas semanas hasta que tengo que marcharme».

Mei escuchaba con gran interés; nunca antes había visto a un emperador o una emperatriz. Pero podía imaginar fácilmente la vida de esas mujeres prisioneras. Lin Popo rió. “Cuando una emperatriz se acostó conmigo, le cogió el gusto. Hizo todo lo posible por atraer a los hombres a su alcoba, y muchos príncipes y princesas surgieron de esta actividad prohibida”. Se rió alegremente. “El emperador Meng, nuestro excelente príncipe, es en realidad descendiente de un cazador que se coló en la cama de la emperatriz Minh durante años”. Se golpeó los muslos, se reía a carcajadas. Su pene se había puesto bastante duro mientras le contaba sobre esa emperatriz que lo había encadenado a su cama durante un mes entero; ¡era una mujer muy apasionada! Mei preguntó tímidamente si debía hacerlo con él. Por supuesto, solo tenía curiosidad. Lin Popo rió, “¡Con mucho gusto!”. Mei agarró con audacia el pene amarillo; era más grande que cualquiera que hubiera sostenido jamás.

— Solo frota el prepucio verde claro — dijo — , despacio y con firmeza. El pene se pondrá rojo, luego frota muy rápido y hazme correr, ¿de acuerdo? Mei asintió. El pene creció en su puño cuanto más lo frotaba. Cambió de color de amarillo a rojizo y a un rojo cardenal oscuro e intenso. Lo frotó tan fuerte y tan rápido como pudo. Lin Popo sonrió al principio y luego hizo una mueca de placer. Luego eyaculó en brillantes y relucientes chorros púrpuras en el fuego. Mei nunca había visto semen de ese color. Lin Popo se calmó, y su pene se encogió y volvió a ponerse amarillo. Asintió, muy satisfecho; Mei había hecho un muy buen trabajo. — No puedo masturbar a una mujer humana, desafortunadamente — dijo con pesar en su voz. “Solo miren mis patas, solo sirven para cazar. Y tuve que aprender a retraer mis

garras cuando no estaba cazando. Cuando era joven, mis garras desgarraron la espalda de muchas mujeres humanas cuando estábamos teniendo relaciones sexuales; muchas murieron por mi culpa hasta que aprendí a retraerlas."

Mei tomó una pata en su mano. No, no podías frotar un clítoris con eso, para nada. "Pero eso no importa en absoluto, Sr. Lin", dijo con una sonrisa traviesa, "de todos modos prefiero hacerlo yo misma por la noche". Lin Popo asintió, se estiró y cabeceó un poco. Luego fue de caza y trajo un conejo, bayas silvestres y dos manzanas. Mei comió con gusto; el dragón traía buena comida todos los días. Solo comía una vez por semana como máximo, cuando tenía venado. Al mediodía, siempre se tumbaba en el estanque y flotaba de espaldas. Mei se sentaba sobre su vientre y dejaba caer las piernas en el agua. Le encantaba jugar con su cola amarilla y sus brillantes testículos azules. Él la dejaba hacer lo que quisiera; nunca la detenía cuando ella lo masturbaba con el puño y lo hacía eyacular un líquido púrpura en el estanque.

Mei le preguntó tímidamente cómo era que él era mitad humano y mitad dragón si los dragones no podían tener hijos humanos. Él sonrió. "Dragones, no, es cierto. Pero las dragonas a veces podían tener un híbrido. Mi madre era una híbrida; mi padre era un hombre, un trampero solitario. Atrapó a mi madre en una trampa, la mantuvo cautiva y la follaba a diario. La amaba mucho porque tenía una vagina pequeña y estrecha que encajaba bien con su pene. Lo sé porque me la follé mucho después de que él muriera. Ella tuvo un híbrido tras otro, incluyéndome a mí. Nos enseñó a follar desde muy pequeños. Me follaba constantemente a mis hermanas, que eran mitad humanas. Eso fue hace mil años. En mi juventud, solo me follaba a mujeres humanas, y solo después me follé a las primeras dragonas; fue un proceso largo. Pero me ha encantado follar a mujeres humanas toda mi vida, hasta el día de hoy. Solo me follo a las dragonas para embarazarlas". Mei asintió con satisfacción; lo entendía todo.

Una noche, con un nudo de deseo en la garganta, Mei le preguntó si no le gustaría acostarse con ella. Él la miró a los ojos. "No eres fértil", dijo, "¡ni siquiera te ha bajado la regla!". Mei asintió, porque era cierto. Pero sentía un ardor intenso en la vagina; deseaba desespera-

damente ser penetrada. “¿Debería ir a un pueblo a buscar a alguien con quien acostarme?”, preguntó con incertidumbre, pero Lin Popo la desestimó con un gesto. Y así fue como se acostaron por primera vez. Mei sintió su gran pene abrirle los labios vaginales y penetrarla; sin duda era el pene más grande que había tenido, mucho más grande que el de su padre, quien a veces se acostaba con ella a escondidas cuando su madre no estaba. Mei gritó de placer; nunca se había corrido tan rápido. Su orgasmo la hizo retorcerse y contorsionarse como una trucha en una trampa. Él le preguntó varias veces si ya había tenido suficiente, pero ella lo desestimó con un gesto, diciendo: “¡Más y más, por favor!”. Continuó follándola lentamente hasta que ella quedó completamente exhausta, y entonces eyaculó dentro de ella en chorros espesos y firmes.

Exhausta y agradecida, Mei se acurrucó contra el hombre dragón. “¡Ni siquiera mis siete hermanos me han follado tan maravillosamente como tú, Sr. Lin!”, suspiró. De ahora en adelante, dejaría que su dragón la follara cuando quisiera. Lin Popo observaba el cielo nocturno y la luna. “Debemos irnos”, dijo, “¡la follada anual comienza esta noche!”. Mei no entendió ni una palabra, pero obedientemente, se subió a su lomo. Él se elevó en el aire y voló lejos, con Mei sobre su escamosa espalda. “No debo volar demasiado alto”, dijo en la corriente de aire, “por encima de los 7000 metros, no podrás respirar y te congelarás”. Mei tenía mucho frío y luchaba por cada bocanada de aire. Después de horas, aterrizaron en un enorme claro, muy por encima de las nubes. Se podían ver cientos de dragones, algunos con alas y nada humano, y muchos que se parecían a Lin Popo. Formaban un círculo, con un viejo dragón y su pareja, cientos de años más joven, en el centro. Inclinó la cola hacia un lado y se giró con orgullo, mostrando a todos su coño y tensando los músculos vaginales para que este se abriera y cerrara con fuerza. Obviamente era una celebridad; los dragones emitieron sonidos lujuriosos. El anciano se acercó, y ella dejó a todos boquiabiertos al introducir hábilmente su viejo pene en su joven coño. Empezaron a follar, y todos los demás también. Los dragones follaron durante tres horas; entonces las hembras estuvieron listas y se abrieron para que los machos pudieran rociar su semen sobre sus huevos.

Mei estaba asombrada de lo diferentes que eran las vulvas de las dragones hembra. Algunas tenían labios tan gruesos como un brazo y vulvas enormes con agujeros tan anchos como la cabeza de un niño. Otras, en cambio, solo tenían labios pequeños y agujeros pequeños. Doblaban sus colas hacia un lado, los machos las montaban por detrás y las penetraban por detrás en sus agujeros. Muchas de las hembras tenían clítoris tan gruesos como un pulgar y muy largos. Las hembras apoyaban sus patas sobre los clítoris, que se ponían erectos y duros cuando llegaban al orgasmo. Mei observaba el acto sexual con curiosidad y lujuria. Toda la situación era increíblemente lujuriosa, porque tan pronto como una pareja terminaba de follar, ambos se iban en direcciones diferentes en busca de una nueva pareja. Mei no llevaba la cuenta, por supuesto, pero algunos machos follaban a cinco o más hembras seguidas. El acto sexual duraba hasta el amanecer, luego se dispersaban en todas direcciones. Lin Popo voló de regreso al lago con Mei. Lin Popo le dijo a Mei que siempre elegía a la más joven para aparearse porque le encantaban sus vaginas más estrechas. Según con orgullo, esa noche se había acostado con una docena de mujeres jóvenes y había fecundado sus óvulos.

«Nacen de los huevos en un año», explicó. «En los últimos milenios, comenzamos a vivir separados, y las madres criaban a los jóvenes solas. Los jóvenes aprenden a follar muy pronto, pero las chicas no abren su interior para no quedar embarazadas». Esto tenía sentido para Mei, pero tenía una pregunta. «Sí», respondió Lin Popo pensativo, «muy pocos chicos crecieron. Y cuando lo hacen, y solo quedan unos pocos, encuentran un territorio y viven escondidos. Soy uno de los pocos que tienen una apariencia casi humana y no se avergüenzan de follar con mujeres humanas». Eso era cierto; Mei siempre se había escondido cuando las mujeres entraban en su bosque. Eran las esposas del panadero, del aguador, del granjero o del herrero. Dejaban que Lin Popo las follara durante una o dos horas y se apresuraban a volver a casa cuando eran fértiles. De lo contrario, venían día tras día y dejaban que el hombre dragón las follara hasta que eran fértiles.

Lin Popo le preguntó a Mei si quería acompañarlo a ver a la Emperatriz. Era la joven Emperatriz con la que nunca antes se había acostado. Volaron al Palacio Imperial, y él tomó las manos de Mei,

haciéndolos invisibles. Entraron sin ser vistos en la alcoba de la Emperatriz, donde ella estaba teniendo relaciones sexuales con una sirvienta. Lin Popo esperó pacientemente hasta que las dos jóvenes, la más distinguida de las cuales era la Emperatriz, terminaron. Los ojos de Mei se abrieron de par en par, pues nunca había visto a una chica estimulando el clítoris de otra con el suyo. Pero cuando la sirvienta se hubo marchado, Lin Popo se hizo visible. La virgen Emperatriz se sobresaltó al principio y cubrió tímidamente su desnudez. Pero Lin Popo la hipnotizó, de modo que consintió en tener relaciones sexuales. La Emperatriz seguía siendo virgen, pues el Emperador también lo era y era débil en sus lomos. La Emperatriz accedió tímidamente y con reservas.

Mei colocó su rostro directamente frente a la vulva de la Emperatriz, pues nunca había presenciado una desfloración de cerca; la suya había sido años atrás, cuando su padre la desfloró en el bosque a los once años. Él le preguntó si realmente lo deseaba, pero ella simplemente asintió, sin comprender. Tenía los ojos cerrados cuando él la penetró con un movimiento repentino. Continuó follándola de inmediato, por lo que no sintió dolor, pues su gran pene casi le reventó la pequeña vulva. En casa, se lo mencionó brevemente a la madre, quien, por su parte, estaba bastante complacida de poder delegar la tarea a su hija, ya que los chicos querían eyacular dentro de ella al menos una vez al día. Ahora, con gusto, dejaba esto en manos de su hija, aunque pasaría bastante tiempo antes de que ya no tuviera que ofrecer su vulva materna. Pasó un año entero, durante el cual los chicos follaron a madre e hija una al lado de la otra, hasta que los chicos quedaron exhaustos.

Mei agarró el pene de Lin Popo y lo guió hacia la vagina de la Emperatriz. Una embestida corta y firme, y la Emperatriz fue desflorada. Mei permaneció inmóvil mientras él la penetraba. No necesitó usar su dedo; tuvo un orgasmo poderoso e intenso y gritó de placer, continuando con orgasmos durante otra hora. Se quedaron en la cama de la Emperatriz durante cinco días, durante los cuales ella le permitió penetrarla cada hora. La Emperatriz disfrutaba enseñándole a Mei cómo penetrar clítoris con clítoris, y Mei la dejó penetrarla hasta que se desmayó; la Emperatriz era una verdadera maestra en ello. Después de que pasaron los cinco días, se despidieron y volaron de re-

greso al lago sin ser vistos. Mei estaba muy agradecida de haber visto el Palacio Imperial y a la Emperatriz. “Y ser penetrada por el clítoris, también disfrutaste eso, ¿verdad?” preguntó Lin Popo, sonriendo de oreja a oreja.

Día tras día, mujeres de los alrededores acudían a ser folladas por el Hombre Dragón. Mei solía esconderse entre los arbustos y disfrutaba viendo cómo las follaban. Lin Popo les preguntaba a las mujeres si les gustaba el sexo oral. Eran muy pocas, pero Lin Popo llamó a Mei, y ella, encantada, se dejó follar por la mujer. Pocas eran tan hábiles como la virgen emperatriz, pero Mei disfrutaba muchísimo follando con ellas. Como agradecimiento, Lin Popo volvió a follar con la mujer después, esta vez en presencia de Mei.

Lin Popo debía seguir su destino. El rey local tenía una reina, una mujer gorda y obesa, con la que nunca se le había permitido tener relaciones sexuales. A ella le encantaba el sexo con sus sirvientas, le encantaba masturbarse por encima de todo, pero nunca se dejaba penetrar. Lin Popo sabía que aún era virgen, pero estaba destinado a acostarse con la reina. Tomó a Mei a cuestas y voló al palacio, se volvieron invisibles y se escabulleron hasta la alcoba de la reina.

Lin Popo permaneció invisible hasta que la reina se masturbó hasta el agotamiento, solo entonces se reveló. Antes de que pudiera gritar, la hipnotizó. Ella se dejó colocar en posición para el sexo, pero se resistió ferozmente. Mei yacía entre sus gruesos muslos para observar de cerca la desfloración. Mei colocó su pene correctamente, y él tuvo que dejarla inconsciente de un puñetazo. Una embestida corta y firme, y la gorda reina fue desflorada. Lin Popo la folló a fondo, pero cuando despertó de la inconsciencia, se liberó y gritó con todas sus fuerzas. Solo hubo un breve momento para que él se volviera invisible. La reina gritó que un demonio la había violado, y el rey le abrió la vagina para mirar. Sí, en efecto, había sido desflorada recientemente. Estaba completamente desconcertada y estaba dejando que el rey la follara por primera vez. Estaba profundamente avergonzada. Lin Popo y Mei permanecieron invisibles todo el día. La reina permitió que su sirvienta favorita la follara y se quedó dormida. Entonces Lin Popo la atacó de nuevo y la violó hasta que enloqueció. Con su orgasmo, el efecto de la hipnosis se desvaneció y gritó aterrorizada,

afirmando que había sido violada por el diablo. El rey le creyó, pues ella bajó la mirada tímidamente y sumisa mientras él la violaba de nuevo. Lin Popo la violó durante una semana, luego hizo que Mei se subiera encima de él y voló de regreso al lago. La reina le gritó al rey, exigiéndole que persiguiera y matara al diablo. El rey obedeció, ordenó a sus sabuesos que siguieran el rastro y partió con un ejército de 200 hombres. El rastro terminó en el lago del bosque encantado.

Lin Popo acababa de regresar de cazar y fue atacado cuando intentaba entrar en la cueva. Logró volverse invisible y desapareció, y los soldados encontraron a Mei dormida. Violaron a la supuesta mujer dragón día y noche. Mei solo sentía la humillación de la impotencia y la vulnerabilidad; soportaba ser violada por tantos hombres con facilidad. Estaba acostumbrada a ser penetrada por el gran pene de Lin Popo, y comparado con eso, los penes de los hombres eran mucho más pequeños e ineficaces. El rey fue el único que no participó en la violación general de la mujer dragón. Se sentó a la orilla del estanque y caviló. ¿Se equivocaba, o los hombres estaban desapareciendo, uno tras otro? Sí, debía ser eso, desapareciendo uno tras otro, encontrándose solo tristes restos al borde del bosque o flotando en el lago. Al día siguiente, la mitad de su ejército ya había desaparecido; aquí y allá, se encontraba un cuerpo mutilado, destrozado por un tigre o una pantera. Resueltamente, el rey les ordenó partir y regresar al palacio. Mei fue llevada encadenada y encerrada tras las rejas.

La reina lo confirmó; era la esposa del diablo, la que la había deshonrado durante una semana. Quiso degollar a Mei de inmediato, pero el rey intervino. Ella era el cebo para atrapar al diablo. La había interrogado en privado durante horas; ella tuvo que describirle al hombre dragón con todo detalle. El rostro medio humano con hocico y colmillos de lobo, las patas con sus enormes garras, el lomo de cocodrilo y la cola de cocodrilo, probablemente de dos metros de largo. Su pene amarillo, más grande que cualquiera que hubiera visto, el glande rojo brillante que resplandecía a través del prepucio verde lima y los grandes y brillantes testículos azules. El rey la hizo repetir la descripción durante días hasta que estuvo seguro. Tuvo que describirle la desfloración y las semanas de sexo con todo detalle, así como el semen rosado que el diablo eyaculó dentro de ella en chorros espesos y firmes. Eyaculó con tanta fuerza que ella se estremeció con cada

chorro. Solo entonces el rey quedó satisfecho, pues él mismo había visto el semen rosado. Ella dijo que el diablo era invisible y solo se hacía visible para tener relaciones sexuales, igual que su joven esposa.

Lin Popo se movía invisiblemente por el palacio, esperando la oportunidad adecuada. Mei fue violada repetidamente en prisión, pero susurró que no le importaba. No podía ver a Lin Popo, pero a veces sentía su aliento en su cuello o lo oía susurrar suavemente. Solo después de días surgió la oportunidad. Estranguló a un guardia tras otro en el caos que siguió al cambio de guardia, luego tomó el llavero y liberó a Mei. Inmediatamente la hizo invisible y la llevó a su casa junto al lago. El rey sabía dónde estaba la cueva, pero no pudo encontrar a nadie que lo acompañara hasta allí, al bosque mortal. Los dos permanecieron sin ser molestados. Una vez al año, Lin Popo iba al palacio y violaba a la reina toda la noche. Con los años, ella ya no se resistió y simplemente dejó que sucediera lo increíble. Con la misma indiferencia con la que dejaba que el rey la violara cada noche, él estaba secretamente agradecido al diablo por haber seducido a su esposa para violarla. Salió del dormitorio y durmió en el establo cuando Lin Popo apareció y quiso tener relaciones sexuales con su esposa. El rey reconoció a Lin Popo, por supuesto, y su esposa no había exagerado; él tampoco había visto jamás un pene tan grande.

Una vez al año, Quiqueg, una joven dragona enamorada de Lin Popo, venía de visita. Solo venía para tener sexo, doblando su cola de cocodrilo hacia un lado y dejando que Lin Popo la penetrara por detrás. Era muy paciente mientras Mei examinaba su vulva de cerca, explorándola con sus dedos. Mei miró profundamente dentro de su vagina, hasta la membrana detrás de la cual los óvulos maduros esperaban la fertilización. Permitió que Mei se masturbara su clítoris de 15 centímetros mientras tenían sexo. El sexo no duró tanto como con otras; después de una hora y media, Quiqueg estaba muy excitada y abrió la membrana interna para la fertilización. La mano de Mei ya estaba muy cansada después de una hora y media, pero aún así logró llevar a la dragona al orgasmo una y otra vez. Lin Popo había cazado un ciervo y se lo había comido junto con su amante, quien luego voló de nuevo. Durmió durante 20 horas seguidas después del agota-

dor apareamiento. No solía estar tan exhausto, ni siquiera cuando se apareaba con una docena de mujeres humanas seguidas.

Los años transcurrieron tranquilamente; Mei cumplió 20, 25 y 30 años. Tenía un buen marido que la complacía sexualmente con la frecuencia que deseaba, y jamás lamentó no tener hijos propios. Una década antes, cuando el rey la capturó y cientos de hombres la violaron, quedó embarazada, pero el feto se perdió a las pocas semanas. No sintió pena alguna, pues desconocía cuál de los cien hombres era el padre.

Solo se enamoró una vez, a los 21 años, del viril señor Zhong, el cazador real. Él descubrió la cueva y a Mei, que esperaba el regreso de Lin Popo de la cacería. Al instante quedó cautivado por la hermosa joven desnuda; no necesitaron muchas palabras y se entregaron a la pasión durante dos semanas. Lin Popo se mantuvo en un segundo plano, tarareando satisfecho, porque Mei parecía más feliz que nunca. Desafortunadamente, solo duró dos semanas; hubo discusiones, peleas y, finalmente, palabras hirientes. Mei se alegró cuando él se fue porque las discusiones terminaron con él. Pero estuvo deprimida durante un mes y no se reía, sin importar las payasadas de Lin Popo. Solo después de cuatro semanas se acostó con Lin Popo y le permitió tener relaciones sexuales con él extensamente; después de eso, recuperó su alegría de siempre. Pero nunca volvió a enamorarse.

Permanecieron juntos toda la vida, experimentando juntos cada año la gran follada sobre las nubes, la follada anual de la reina y las muchas mujeres que venían al bosque para ser folladas. Una mañana ella no despertó. Lin Popo le cavó una tumba a la orilla del lago, como hacía la gente.

Ya no podía quedarse en la cueva donde él y Mei habían pasado sus vidas.

Siguió adelante y buscó una nueva cueva, un nuevo lago.

• • •

Trixi

von Jack Faber © 2023

Me llamo Trixi, diminutivo de Beatrix. Soy taxista, como todos mis amigos aquí en la capital. También quiero hablarles de mi hija Anni, de mi ex, Karl, y del dichoso Ben.

No me gustaba mucho ir a la escuela. Aprendí sobre la masturbación gracias a mis amigos, pero nunca fue algo que me interesara. Suelo masturbarme una vez al mes. Para mis amigos, la masturbación era muy importante, así que dejaba que uno u otro me masturbara con la frecuencia que consideraran apropiada, y por supuesto, yo también los masturbaba a ellos. Quería ser aceptado por el grupo, aunque no necesitaba tantos orgasmos como ellos.

Rápidamente aprendí a hacer mamadas y felaciones, siguiendo la presión de mis compañeros. Tenía 16 años y le chupé muchas pollas por aquel entonces. Era una de las pocas que tragaba, lo que aumentó considerablemente mi estatus. Así fue como conocí a Karl en la escuela; él era dos años mayor que yo. Después de unas cuantas mamadas insignificantes, nos enamoramos; yo, al menos, me enamoré locamente. Él era mi hombre, y no dudé ni un segundo antes de dejar que me quitara la virginidad. Estaba en el séptimo cielo, y follamos como profesionales. Contaba mi menstruación, y eso estaba bien. Una vez Karl me invitó a su “noche de chicos”, donde normalmente solo iban sus amigos, y me pidió que les hiciera mamadas y felaciones. Acepté.

La siguiente noche de chicos se emborracharon bastante, y Karl, entre fuertes vítores y burlas, me desnudó por completo delante de sus amigos. Al instante se me pasó la borrachera y me sentí terriblemente avergonzada, así que me escabullí a su regazo, cubriendo mi desnudez con vergüenza. Quizás no debería haberlo hecho; empezamos a besarnos apasionadamente, y de repente su erección salió, palpitando con fuerza contra mi coño. A Karl no le importaron mis protestas, y pronto estaba a horcajadas sobre su polla. Enterré mi cara en su cuello, porque me daba muchísima vergüenza que me estuviera

follando delante de todos. Me alegré de estar cabalgando la polla de Karl de espaldas a ellos, y pronto lo estaba follando con toda la pasión que siempre tenía. En el tramo final, me separó las nalgas con ambas manos, y el alegre grupo coreó: "¡Corre! ¡Corre dentro!". Y Karl se corrió sin dudarlo, y los chicos vitorearon cada vez que me penetraba profundamente con cada chorro. Escondí mi rostro porque estaba terriblemente avergonzada y completamente excitada por el sexo, pero no podía masturbarme en ese momento. Gradualmente, me tranquilicé, y ahora él me follaba regularmente en las noches de hombres frente a sus amigos. Me complacía en mis tendencias exhibicionistas, retorciéndome desnuda después del sexo y prodigando atención a mis labios y clítoris sin masturbarme en público. Pero solo me permitía tener sexo con él, y pronto dejamos de hacer un escándalo por el hecho de que sus amigos nos estuvieran mirando. De alguna manera, incluso era excitante abrir bien las piernas y mostrarles a todos mi coño. Karl no toleraba ninguna disidencia; también tenía que tener sexo con sus amigos en las noches de hombres. Al principio, necesité todo mi valor y reprimí mi vergüenza porque Karl lo quería así. Después de la primera noche de hombres en la que dejé que todos sus amigos me follaran, estaba completamente agotada, tanto física como mentalmente. Solo sus mejores amigos tenían permitido follarme, y solo con condón. Fue muy generoso al respecto, y poco a poco empecé a disfrutar acostándome con tantos hombres mayores. ¿Acaso era una puta ahora?

Al final de nuestro segundo año, quedé embarazada. Me sentí devastada cuando Karl sugirió un aborto; ¡era impensable para mí! La directora fue comprensiva y me permitió terminar mi último año. La relación entre Karl y yo se enfrió. Desesperadamente quería seguir con él y me acostaba con sus amigos aún más a menudo para no perderlo. No necesitaban condones, y algunas tardes me acostaba con ellos hasta doce veces. Mis padres hacían la vista gorda cuando los chicos venían cada media hora a tener sexo. ¡Acostarme con una chica joven y embarazada era emocionante! Después me estremecí al pensar que me acostaba con docenas de hombres al día, como una perra en celo. Normalmente, había varios en mi habitación esperando su turno o para otra ronda. Cualquiera podía follarme hasta el cansancio, en parte porque siempre estaba cachonda durante el embarazo y me masturbaba hasta agotarme, incluso por la noche. En-

tonces, poco a poco, nos fuimos distanciando, aunque seguía acostándome con sus amigos como una loca.

Terminé mis estudios y Karl puso fin a nuestra relación definitivamente. Prometió pagar la manutención de la niña, y así lo hizo. Lloré porque tuve que dar a luz sin Karl, pero entonces mi hermana mayor, que tenía familia en la capital a 600 km de distancia, apareció y estuvo a mi lado durante el parto. Así fue como Anni llegó al mundo. Mis padres hicieron arreglos para que un joven colega de mi padre, Benjamín, me cortejara. Era taxista, como mis padres, y al parecer un buen partido. Después de seis meses, nos casamos y Ben adoptó a mi hija. Traía suficiente dinero a casa para que yo pudiera quedarme con Anni durante algunos años.

Cuando ella tenía cinco años, empecé a conducir un taxi. Me sorprendió mucho que Karl también se hubiera convertido en taxista; así que nada de estudios universitarios ni doctorado para él. A veces tomábamos café juntos en la cafetería; yo le enseñaba las últimas fotos de Anni, y él me enseñaba una foto de su esposa, "la gay Ilse", como la llamábamos en el colegio. Estaba totalmente enamorado de Ilse y esperaba que pronto tuvieran un bebé.

Cada uno conducía su propio taxi, tomábamos café juntos al final de nuestros turnos y nos conocimos mejor. Le dije a Karl que Ben no era nada especial en la cama; tenía sexo conmigo un minuto o dos cada noche antes de acostarse y le daba igual que yo nunca tuviera un orgasmo. Solo le insinué vagamente a Karl que no me importaba y que podía tener un orgasmo si quería. En aquel entonces, nunca hablé de ello abiertamente.

Pero le conté que Anni se había estado masturbando todas las noches antes de acostarse desde que tenía ocho años. Lo descubrí por casualidad y la observaba todas las noches a través de la rendija de la puerta. Normalmente se quedaba dormida mientras se masturbaba, así que la tapaba y apagaba la luz. Nunca se lo conté a Ben; no le interesa mucho criar hijos. Una tarde, Anni llegó a casa triste, y tardé mucho en que me dijera por qué. Su profesor de religión había dicho que la masturbación te dejaba ciego y que algunas personas incluso se volvían estúpidas. ¡Abracé a mi hija y le dije qué tontería era esa!

¡Quizás solo el profesor era estúpido, pero todo lo demás era basura del siglo pasado! Y estaba perfectamente bien que se masturbara cuando le apeteciera. Empezó a masturbarse de nuevo, pero tardó mucho tiempo en que Anni finalmente olvidara esa tontería.

Karl estaba profundamente apenado porque Ilse no podía tener hijos; todos los ginecólogos lo confirmaban. Durante un tiempo, Ilse estuvo devastada e incluso contempló el suicidio, hablando sin parar sobre el divorcio, hasta que Karl logró convencerla de que no lo hiciera. Le tomé la mano a Karl; estaba realmente muy preocupado. Y entonces, de repente, Ilse quiso un matrimonio abierto. Se había enamorado de una chica y no quería ocultárselo. Él también sabía que ella siempre había tenido relaciones lésbicas. Tras muchas dudas, accedió.

Pasaron los años y yo tomaba café con Karl dos veces por semana, escuchándolo hablar. Aparte del progreso de Anni, casi no tenía nada que contarle. El sexo apresurado con Ben cada noche era demasiado aburrido, y el hecho de que ahora me masturbaba casi todas las noches no era precisamente un tema de conversación. “Ambos tenemos una vida amorosa miserable”, dije con tristeza. Karl asintió y negó con la cabeza. Quizás él estaba mejor que yo. Lo miré con curiosidad; ¿qué quería decir? Después de unos instantes, se armó de valor y me lo contó todo.

Todavía amaba a Ilse con todo su corazón; nunca había tenido otra amante. Ilse solía traer a su amante de turno para que se quedara a dormir. Él los observaba hacer el amor, y como se le ponía dura enseguida, le permitían follar con Ilse delante de su amante. La primera vez solo se sintió un poco cohibido; después, fue perfectamente normal. Ahora follaba con Ilse más a menudo que antes, «¡porque mirar me pone cachondo, me pone cachondo de verdad!», dijo Karl. Asentí como si entendiera, y él continuó.

Ilse le sugirió una vez que también se acostara con su amante. Él se quedó atónito, pero ambas mujeres lo miraban fijamente. Se acostó con ella, sintiéndose muy culpable, pero después siempre estaba dispuesto a acostarse no solo con su esposa, sino también con su amante. Sí, a veces incluso le permitían desflorar a alguna; eso era

del agrado de Ilse. Para entonces, casi todas las amantes le permitían acostarse con ellas, y él no se quejaba en absoluto. Ilse parecía tener este síndrome del cuco; claramente ansiaba ver a su amante acostarse con alguien.

Las historias de Karl me obsesionaron durante días. En mi mente, veía a Karl teniendo sexo con diferentes chicas, incitado por la lesbiana Ilse. Estaba tan distraído que casi provoco mi primer accidente de coche. Por suerte, salí ileso. Me inquietó tanto que me masturbaba obsesivamente por las noches. Claro que no se lo conté a nadie. Entonces Karl me enseñó fotos y vídeos que Ilse le había hecho. Por mucho que intentara parecer indiferente, me excitaba muchísimo. Fantaseaba mientras me masturbaba, o a veces incluso soñaba con tener sexo con Karl, pero me lo guardaba para mí. Ambos estábamos casados, y eso me pesaba mucho.

Ben había sido sorprendido borracho por tercera vez; tuvo que pasar cinco días en la cárcel y le retiraron el carné de conducir durante un tiempo. Podía olvidarse de su trabajo como taxista. Buscaba trabajo sin entusiasmo, se pasaba el día sentado frente al televisor y ahogaba su autocompasión en alcohol. No podía seguir acostándome con un borracho, así de simple, ¡y fue un gran error!

Una noche, al regresar del turno de noche, la luz de la habitación de Anni seguía encendida. Entré en silencio y supe de inmediato que algo andaba mal. Anni estaba sentada, acurrucada en la cama, con las rodillas encogidas y los brazos y la cabeza apoyados sobre ellas. Debía de haber estado llorando durante horas y me miró con los ojos llenos de lágrimas. Enseguida vi sangre en sus muslos; el pantalón del pijama estaba hecho jirones en el suelo. Tomé una toallita húmeda y le limpié la sangre de los muslos. También le limpié la vulva y me senté a su lado. Se aferró a mi cuello y sollozó, y la dejé llorar.

Quizás pasó una hora antes de que susurrara lo que había sucedido. Papá había entrado borracho a su habitación, le había rasgado los pantalones del pijama y luego la había desflorado y follado. La violó, la corregí con voz firme y enojada. Ella asintió con disgusto. “¡Espera un minuto, vuelvo enseguida!”, dije y bajé las escaleras. Desperté bruscamente a Ben, que roncaba, y le di bofetadas durante minutos

hasta que se despertó. Inmediatamente supo el desastre que había hecho; lo vi en su cara. “¡Te vas de aquí ahora mismo, te vas de la ciudad y no volverás jamás!”, grité. “¡No me volverás a ver ni a Anni ni a mí, o te dejaré pudrirte en la cárcel!”. Ben estaba completamente despierto y se encogió ante mis gritos. Me miró con incertidumbre y murmuró que yo era su esposa y que lo único que quería era follar.

No sé qué me poseyó después, pero me arranqué la ropa y me tiré sobre la cama. “¡Fóllame, cabrón, fóllame a mí y no a mi hijo inocente!” grité, tirando de él entre mis piernas. Y el cabrón sí que me folló y se corrió a los pocos segundos. Se incorporó y sonrió: “¿Somos buenos amigos otra vez?” Lo golpeé y abofeteé con todas mis fuerzas. “¡Fuera de aquí, cerdo, fuera de aquí ahora mismo y para siempre!” grité una y otra vez, solo paré cuando le empezó a salir sangre de la nariz. Me puse de pie. Anni estaba de pie en el umbral.

Subí a su habitación con ella. Dijo que no entendía nada en ese momento. Había dejado que papá me violara y luego le di un puñetazo en la nariz, haciéndole sangrar. Esperé y escuché. Ben se fue con su paso pesado habitual, cerró la puerta de golpe como nunca antes, y luego hubo silencio. Abracé a Anni y le susurré al oído que había asustado a papá para siempre y que nunca podría volver. Anni se soltó. “¡Pero dejaste que te violara, lo vi!”. La miré a los ojos, con las rodillas temblando. Me encogí de hombros; no podía explicarlo entonces, y sigo sin poder. “Quizás quería hacerle entender a quién debería haber violado”, dije lastimosamente, sabiendo que era una explicación débil. Pero fue suficiente para Anni, y asintió: “¡Ah, ya veo!”.

Anni se disculpó; nunca nos había espiado mientras teníamos relaciones sexuales, pero me había oído gritar y había bajado. «Nunca nos había espiado mientras teníamos relaciones sexuales», dijo con la voz quebrada por las lágrimas. Asentí; no me molestaba, dije. Luego, tras pensarlo un momento, dije que llamaría a la línea de ayuda por la mañana y que después iría con ella a la policía. Los ojos de Anni se abrieron de par en par al principio, pero luego asintió con temor. «Me quedo a dormir en tu casa esta noche», dije, y bajé, cerré la puerta con llave y dejé la llave puesta, por si acaso.

Y así fue; esperamos a que la trabajadora social nos acompañara a la comisaría. Anni fue muy valiente y acompañó a una agente al departamento médico. Fue mucho más valiente de lo que yo jamás hubiera sido. Se emitió una orden de arresto contra Ben. Cuando la agente me entregó una copia del informe, supe que no pasaría nada más.

Llamé al colegio; entendieron mis indirectas y Anni se quedó en casa una semana, al igual que yo. No discutí mucho con la compañía de taxis; era una emergencia familiar y les responderé en una semana. ¡Adiós! En ese momento, me daba igual si me despedían, estaba furiosa.

Pasamos la semana en paz, llenas de silencio y conversaciones maravillosas que normalmente no teníamos. Le conté todo, sin reservas. Con los oídos ardiendo, le conté cómo me había acostado con muchos chicos durante mi embarazo, en parte por puro deseo sexual. "¿Fueron más de cinco?", preguntó Anni, mirando fijamente la mesa. Me reí; decir la verdad era de alguna manera liberador. "En realidad no los conté", dije con tristeza, "fueron más bien 50 que 5, y me acosté con la mayoría de ellos varias veces, 20 veces o más. Cada uno de sus mejores amigos se acostó conmigo al menos 100 veces durante esos años". Hice una pausa, porque nunca antes lo había resumido con tanta claridad.

Anni me miró con los ojos muy abiertos. "Ah, ya veo." Podía ver sus pensamientos acelerados. Estas conversaciones siempre tenían largas pausas. "Siempre he sido muy cuidadosa con mi virginidad, mami, pero ahora está arruinada." Asentí y le pregunté si no había tenido ninguna experiencia sexual. Anni guardó silencio durante un buen rato. "Somos una generación diferente, mami. Tengo 15 años, y desde hace un tiempo, los chicos exigen tocar nuestras vaginas. Tengo que seguirles el juego. A los 15, tienes que hacer felaciones y mamadas. Cualquiera que no lo haga es una marginada." Asentí y sonreí, "¡Era igual cuando yo era joven!" Anni sonrió sutilmente. "Quizás nuestra generación no sea tan moderna como dicen." Ahora era mi turno de sonreír. "Las chicas a veces lo hacen entre ellas", dijo Anni casi inaudiblemente. No interrumpí su hilo de pensamiento y esperé. — Soy una de esas chicas a las que les gusta que otras chicas las mas-

turben — susurró mi hija. Esperé en silencio. — ¿Quizás soy lesbiana? ¡Eso fue suficiente! Dije con firmeza que no lo creía; no veía ninguna señal de ello. Anni me miró de reojo. — ¿Y tú...? Asentí. — En aquel entonces, entre nosotras era igual. ¡Me masturbaban chicas, y luego yo también las masturbaba! Pero ninguna de nosotras se volvió lesbiana por eso; ¡afortunadamente, los chicos nos descubrieron! Me reí. Anni también sonrió con timidez. Mira, ya tienes 15 años, no tienes que preocuparte más por tu virginidad. Vive tus experiencias sin presiones y sin rodeos, hablamos de nuevo en dos años. Si para entonces sigues prefiriendo a las chicas, estaré ahí para ti y te apoyaré en todo. No tendría ningún problema si fueras lesbiana, simplemente no lo creo ahora mismo. Las chicas juegan entre ellas para descubrir su sexualidad, y eso está perfectamente bien.

Me levanté y rebusqué en la alacena de la cocina. Puse el paquete de condones abierto sobre la mesa. “Te pido que los uses. Un embarazo no deseado es probablemente lo último que necesitas ahora mismo”. Vi la expresión de dolor en el rostro de Anni; ¿había ido demasiado lejos? Anni apartó el paquete con asco. “Probablemente nunca más me acueste con un chico o un hombre, no después de esto. ¡Me da tanto asco!”. Me acerqué a ella y le acerqué la cabeza. “Tómate tu tiempo, mi amor, ¡tómate tu tiempo!”.

Me senté y le tomé las manos. “¿Puedes quedarte a dormir esta noche?” La respiración de Anni era casi inaudible. Asentí: “¡Claro que sí!” Nos sentamos a la mesa de la cocina durante un buen rato, fuimos de compras juntas y nos preparamos unos filetes contundentes con judías verdes y patatas fritas. Compré una botella de vino tinto y la bebí con Anni por primera vez. Sí, sí, el alcohol no resuelve los problemas, pero a veces ayuda. La semana transcurrió tranquila y pacíficamente, y el vínculo entre madre e hija se fortaleció más que nunca. Anni se sintió de nuevo en paz, y al final, ambas coincidimos en que la vida podía seguir como antes. Dejó de usar pijama por las noches y dormimos desnudas en su cama.

Anoche me desperté. Anni, en pleno orgasmo, había colocado una pierna sobre mi vulva y temblaba. La pobre chica no se había masturbado en una semana, y ahora toda la tensión acumulada estallaba. Continuó masturbándose con los ojos cerrados, deslizando su pierna

de un lado a otro sobre mi vulva. La observé con los ojos entrecerrados; tenía un ligero vello púbico y se frotaba el clítoris de arriba abajo como de costumbre, con las piernas bien abiertas. No sé si su pierna rozaba mi vulva accidentalmente, pero tuve la impresión de que lo hacía a propósito y que se excitaba al pensar en excitarme. En cualquier caso, abrí las piernas y dejé que su pierna rozara mi clítoris. Se corrió con un jadeo y, tras una breve pausa, continuó. Vi la leve sonrisa en sus labios cuando notó que temblaba como una hoja y que se frotaba el clítoris con la pierna a propósito. Me resultó agradable que su pierna estimulara mi clítoris, pero no tuve un orgasmo. La observé hasta que me quedé dormida.

Anni se negaba a apagar la luz por la noche y, desde esa semana, dormía desnuda. Sentí un gran alivio porque estaba asimilando la violación mucho más rápido de lo que esperaba. A la hora del almuerzo, al llegar a casa del colegio, iba directamente a su habitación y se masturbaba antes de comer. Para mi deleite, su deseo y placer físico regresaron con toda su fuerza. Después, se sentaba a la mesa con una sonrisa radiante; estaba completamente relajada. Creo que sabía que la estaba espiando. Por la noche, se masturbaba con la misma intensidad que yo; la época de las caricias suaves y juveniles había terminado definitivamente. Reprimí mi culpa, dejando la puerta abierta y la pequeña luz encendida por la noche cuando me masturbaba. Un par de veces, la vi sentada en las escaleras, observándome a escondidas. De esa manera, no nos perdíamos nada.

Llamé a la central de taxis para avisarles que estaría en el trabajo temprano a la mañana siguiente. Luego llamé a Karl para ver si tenía planes después del trabajo y lo recogí a las 5 de la tarde. Se sorprendió, pero se quedó callado cuando arranqué y empecé a hablar. Rechinaba los dientes y gritaba que iba a matar a Ben, ¡a darle una paliza! Le conté todo, sin omitir nada. Bueno, omití la parte del desastroso encuentro con Ben. Me agradeció que me hubiera quedado con Anni y la hubiera apoyado durante esas horas difíciles. Poco a poco se fue calmando, pero seguía maldiciendo a Ben terriblemente.

Le dije que tenía que estar en casa a las 8, Anni estaba en casa de una amiga y volvería puntualmente a las 8. Karl no tenía ni idea de lo que le estaba diciendo. Solo se preguntaba adónde iba. Una fábrica

abandonada en medio de la ciudad, serpenteando entre los edificios, y luego aparqué el coche en un muelle de carga cubierto. Karl miró a su alrededor asombrado. ¿Dónde? ¿Por qué? ¿Qué hacemos aquí?

Sonreí y le acaricié el pelo de la nuca. "Este es mi nido de amor, cariño. Vengo aquí cuando me apetece follar con un buen chico o que me follen a mí". Se quedó sin palabras. "¿Quieres decir que...?" No terminó la frase. "¿Con qué frecuencia vienes aquí?", preguntó, mirándome. "Cinco o seis veces por semana", respondí con sinceridad, añadiendo: "El rapidito de Ben no es nada comparado con lo que he vivido aquí. ¡Examino bien a los chicos antes, y no soy una puta!". Sonrió con picardía. "No me lo habría imaginado de mi pequeña Trixi", dijo, sonriendo, "...y te llevas un dinerito, ¿no?". Asentí: "¡Quien puede pagar, paga con gusto, créeme!".

Empecé a desvestirme y, para ser honesta, estaba un poco nerviosa. No me había acostado con él en 15 o 16 años; ya no era una niña inocente, y él se había acostado con cientos mientras tanto; Ilse siempre le traía carne fresca. Me vio desvestirme y sentí que se levantó al instante. Me arrastré desnuda al asiento trasero. Él se desnudó rápidamente y se arrastró hacia mí en la parte de atrás. Gracias a Dios su pene seguía siendo tan grande como hacía 15 años. Habían pasado 15 años; nos habíamos acostado unos días antes del nacimiento, él y seis o siete de sus amigos.

Nos besamos, y después de tanto tiempo, se sintió como nuevo. Nos abrazamos apasionadamente, nuestras lenguas se enloquecieron con nuestros besos franceses, y yo me froté el clítoris disimuladamente. Él nunca lo había notado entonces, y tampoco notó nada ahora. Nos abrazamos y nos besamos durante unos quince minutos, mi cuerpo temblando y estremeciéndose de deseo. "¡Vamos, vamos, lo quiero!" susurré, y él entró en mí lenta y cuidadosamente. "Sigues estando sorprendentemente apretada, Trixi", murmuró en mi oído. Follamos durante unos quince minutos, y mis jadeos y gemidos se convirtieron en un orgasmo maravilloso. Siseé y jadeé contra su oído, y él se corrió dentro de mí en chorros espesos y poderosos.

Fumamos en silencio. "En aquel entonces te acostabas con cualquiera, me mataba", dijo entre dos largas caladas. No tenía ganas de

pelear. “Me acostaba con tus amigos porque tú querías”, dije en voz baja, sin querer discutir. “Sí, maldita sea, bebimos demasiado y estaba poseído por el diablo”. Me quedé callado; era cierto. “Y desde entonces, todos querían acostarse contigo en la noche de chicos, ¡y yo solo asentía, idiota!”, dijo Karl con amargura. Seguí callado. “Pero todos los demás, eso sí que me afectaba”, añadió. Encendí un cigarrillo. “Desesperadamente quería recuperarte con eso, en mi ingenuidad, así fue”, dije lastimeramente, “pero la represa se rompió y dejé que la inundación entrara”. Estuvimos en silencio durante un largo rato. “Días antes del nacimiento de Anni, te follé con el corazón encogido, y sabía que sería la última vez”, dijo soñadoramente, y yo siseé: “¡Tú y seis de tus amigos!”. Bajó la cabeza, cabizbajo. “¡Fui un idiota, Trixi!”, añadí, “y tenía muchísimas ganas de follar y de que me follaran”.

Tuvimos que irnos. Karl murmuró lo romántico que era mi rinconcito, y ambos nos reímos. Era un buen escondite, seguro, pero rodeado de feas paredes de hormigón. Le dije que podía cenar con Anni y conmigo y quedarse a dormir si podía salir del trabajo. Asintió; hablaría con Ilse. Lo dejé en su calle y conduje hasta casa.

Compré varios paquetes de condones y le di permiso a Anni para que alguien se quedara a dormir en su habitación, siempre y cuando no se revolcara en la tierra detrás de los arbustos. Aun así, pasaron meses antes de que una amiga viniera a quedarse, y yo observaba sus encuentros sexuales a través de la rendija de la puerta. Una chica tras otra venían. Recuerdos románticos se colaban en mi mente. Pasaron otros meses antes de que Anni finalmente trajera chicos a casa. Espiaba como siempre y estaba satisfecho, porque todos los chicos tenían que usar condón. Solo me avergonzaba un poco de ser un voyeur. Pero pronto quedó claro que Anni no era lesbiana; al contrario, aprendió muy rápido a follar como una diosa. Casi nunca se enamoraba y cambiaba de amante cada pocos días.

Así están las cosas ahora mismo. He solicitado el divorcio y tengo que esperar un año. Karl se queda a dormir en mi casa tres o cuatro veces por semana y se lleva de maravilla con Anni. Hasta ahora, ella apenas veía a su padre; ahora pasan horas juntos haciendo los deberes o hablando de todo tipo de cosas.

Sé que está considerando seriamente dejar a Ilse, aunque la variedad sexual con tantas mujeres diferentes se ha vuelto muy importante para él. Yo tampoco estoy dispuesta a renunciar a nuestros momentos íntimos en mi nido de amor, todo lo contrario. — ¿Quizás si me lo propone?

¿Tal vez tengamos una segunda oportunidad?

Anni

von Jack Faber © 2023

Nos sentamos en la cama de Evi y fumamos. Fumé con ella, porque era parte de la experiencia, pero no inhalé bien. Lo intenté y tosí tan fuerte que casi me ahogo. Estaba orgullosa de tener a Evi como novia; era dos años mayor y muy experimentada. Incluso había tenido relaciones sexuales, pero no le gustaba hablar de ello. No entendí casi nada de inmediato. ¿De qué hablaba? ¿Clítoris, masturbación? No tenía ni idea. Evi me desnudó y luego se desnudó ella misma, y sacó un espejo de bolsillo. Luego me mostró mi clítoris, mis genitales y los suyos también. Su clítoris era un poco más pequeño que el mío, pero sonrió: "¡El tamaño no importa!".

Me mostró mi himen en el espejo y me dijo que debía cuidarlo bien. Separó sus labios vaginales con los dedos y me dejó mirar dentro. Ya no era virgen; le habían robado la virginidad, dijo con gravedad, y no hice más preguntas. ¡Pero era una vergüenza que no me hubiera masturbado a los 15 años! Ella lo había estado haciendo desde que tenía memoria. Tuve que tumbarme boca arriba y abrir bien las piernas.

Me estremecí cuando tocó mi (nuevo) clítoris. Pero después fue maravilloso; sentí cómo la excitación subía por mi coño minuto a minuto. Le agarré la mano mientras llegaba al orgasmo. Evi estaba muy contenta conmigo y me abrazó de una manera muy cariñosa. Me lo hizo dos veces más y le dije que lo entendía. Le prometí que lo haría yo misma en casa. Y así fue.

Evi había divulgado nuestro secreto, y ahora me invitaban a casa de una chica diferente cada tarde. Me mantuve pasiva y dejé que me masturbara hasta el orgasmo dos o tres veces. Solo en raras ocasiones me dejé tentar a masturbar a la otra chica; no lo disfrutaba. La dejé masturbarme tantas veces como quiso, incluso una vez hasta el orgasmo cinco veces, pero entonces estaba completamente agotada. De repente, era "una de ellas", las chicas me trataban con respeto y aprecio como nunca antes, todas competían por "hacerlo conmigo".

Annika me llevó a una cita clandestina; iba a aprender algo nuevo. Los tres nos sentamos con Helmut en un escondite detrás del gimnasio. Después de un rato, Annika sacó el pene de Helmut de su bragueta. Nunca antes había visto un pene y lo miré tan abierto que casi se me salen los ojos de las órbitas. Annika me explicó todo, el prepucio, el glande, etc. Solo tuvo que apretarlo un poco y su pene se puso completamente erecto. Lo masturbó durante un rato y luego lo dejó eyacular sobre el asfalto. El pene de Helmut volvió a ablandarse inmediatamente. Ahora Annika me dejó continuar; masturbé a Helmut durante un buen rato hasta que eyaculó. Sujeté su pene con firmeza y sentí el chorro pulsante.

Ahora estaba en un club más elegante. Iba al rincón apartado con tres o cuatro chicas, y masturbábamos a los chicos como si no hubiera un mañana. Sus penes eran tan variados como nuestros pechos. Después, dejaba que una o más chicas me masturbaran allí mismo, y rápidamente me acostumbré a que todas las chicas y los chicos me miraran descaradamente cuando una chica me hacía llegar al orgasmo en público. Normalmente, había varias chicas que querían masturbarme, así que me tumbaba boca arriba y las dejaba, y para ser sincera, disfrutaba mucho de que una chica me masturbara, incluso en público. Sin embargo, no era tan romántico como antes, cuando solía irme a casa con una chica.

¡Éramos unas chicas muy locas! Durante un tiempo, nos sentábamos en la última fila del aula sin bragas debajo de nuestras faldas y jugábamos en secreto con nuestras vaginas o las vaginas de la chica de al lado. Por supuesto, teníamos que evitar tener un orgasmo real, pero nos exhibíamos como locas delante de las demás chicas. Detrás del gimnasio, me tumbaba con las piernas bien abiertas; las chicas sabían que quería que me masturbaran en público. Era escandalosamente descarada y disfrutaba mucho de que mis amigas me masturbaran; era la única. Pero éramos unas chicas muy locas y siempre estábamos inventando algo nuevo. Me masturbaban mientras estaba tumbada allí con las piernas bien abiertas, mientras otras masturbaban a los chicos al mismo tiempo. Una chica dejó que el semen de su víctima me rociara la vagina, y pronto todas lo hacían. Evi me aseguró que no podía quedar embarazada de esa manera, sobre todo porque no tenía la regla en ese momento. Los penes rociaban mi vagina

y los dedos que me masturbaban a intervalos cada vez más cortos. Entonces las chicas presionaron la cabeza de su pene directamente contra mi vagina mientras eyaculaban, dejando que el semen entrara a raudales. Hubo fuertes vítores cuando él logró eyacular a través de la abertura de mi himen. ¡Éramos bastante atrevidos en aquel entonces! Pero era algo nuevo y yo tenía curiosidad.

A menudo observaba a Evi y a las otras chicas mayores masturbar a los chicos con la boca. Prestaba mucha atención; la mayoría escupía el semen, algunas, como Evi, lo tragaban. Les pregunté. "El semen viene del interior del cuerpo, es completamente natural y no es venenoso, puedes tragarlo sin preocupaciones", dijo Evi, "solo tienes que reprimir el asco al principio". Eso fue fácil de entender. Así que intenté tomar el pene en mi boca y masturbarlo. Fue muy extraño cuando eyaculó en mi boca, y al principio escupí el semen. Pero con el tiempo lo tragué y ahora había alcanzado la categoría más alta. Estaba tan orgullosa como un pavo real.

Una vez, Evi dejó que su novio la follara detrás del gimnasio. Era la primera vez que los veía, y como era buena amiga de Evi, me permitieron quedarme sentada junto a ellos mientras los demás se iban. Evi se tumbó en el asfalto y guió su pene hacia su vagina con una mano. Me incliné para ver bien. Él la penetró varias veces y luego se detuvo de repente. La penetró con fuerza varias veces y luego la sacó. Su semen blanco salió de la vagina de Evi. Ella lo regañó porque le había prometido no eyacular dentro. Pero al cabo de un momento, Evi volvió a reírse y se olvidó de todo. Cuando se fue, le pregunté a Evi si le había dolido follar, pero se rió y dijo que no. Solo necesitaba durar más, dijo, y entonces ella también tendría un orgasmo.

Evi se puso seria y le contó cómo había perdido la virginidad. Su madre había ido a visitar a unos parientes durante varios días, y ella estaba sola en casa con su padre. Él la dejó dormir en su cama y la hizo acostarse desnuda; ¡al fin y al cabo, era una niña grande que podía dormir desnuda! Ya tenía 13 años y se acurrucó junto a su padre; era una sensación extraña y maravillosa, la forma en que sus cuerpos se tocaban. Él la interrogó en susurros, y ella confesó que les hacía felaciones o masturbaciones a los chicos de la escuela. Él quedó impresionado y le pidió que le hiciera una a él. Con el corazón latiéndole

con fuerza, lo hizo; era la primera vez que sentía el pene de un hombre adulto con su pequeño puño. Era un pene grande y grueso, y ella lo hizo eyacular con fuerza. Continuó frotándolo con firmeza, dejándolo liberar chorro tras chorro. Él quedó impresionado y la elogió tanto que ella se sonrojó de orgullo. Quería saber si ya sabía masturbarse. Ella lo admitió, y él quiso verlo de inmediato. Ella estaba terriblemente avergonzada porque eso era algo que solo se hacía a solas, pero él se inclinó sobre ella y la observó. Su orgasmo fue apagado, y ella se calmó, pero él había tenido una erección mientras la observaba y se acostó encima de ella. Para su sorpresa, él le separó las piernas a la fuerza y la penetró con fuerza. Ella solo se estremeció brevemente; no fue ni de lejos tan malo como todos decían. Lloró en silencio, y él la folló durante mucho tiempo, luego se movió dentro de ella. La abrazó y la consoló; ahora era una mujer de verdad, su pequeña mujer. Ella estaba bastante angustiada porque él continuó follándola en secreto durante los siguientes años, ya que su madre no debía enterarse. Estaba muy triste porque el secreto había perturbado su buena relación anterior con su madre. Abracé a mi querida amiga; ¡sentí tanta pena por ella!

Cada noche me masturbaba suavemente hasta el orgasmo, porque en aquel entonces solo me masturbaba muy suavemente, no tan fuerte y salvajemente como ahora, hasta quedarme dormida. No fue hasta meses después que descubrí que mi madre espiaba a través de la rendija de la puerta. Al principio, me sentí incómoda, pero estaba tan acostumbrada a que los demás me observaran desde detrás del gimnasio cuando las chicas me masturbaban que no me importó. Nunca la espié, aunque oía el sexo todas las noches después de que mi padre se acostaba. Él follaba a Trixi a la misma hora todas las noches, jadeando ruidosamente y rugiendo cuando se corría. Trixi a veces lo regañaba muy fuerte por terminar demasiado rápido, pero él nunca decía nada. A veces me escabullía a las escaleras cuando dejaban la puerta abierta y espiaba con curiosidad. No había mucho que ver; el gordo culo de Ben rebotaba arriba y abajo. Siempre follaban dos veces, a veces incluso tres seguidas. Trixi abría bien las piernas y guiaba su pene dentro de su vagina con una mano. La segunda vez, pude ver su grueso pene entrando y saliendo de su agujero con bastante claridad. Durante la segunda vez que follamos, ella se masturbó muy rápido y siempre se corría mucho antes que él. Por lo general, seguía

masturbándose, y si no había terminado, él tenía que follarla una tercera vez, aunque obviamente le resultaba difícil. Si no podía hacerlo una tercera vez, se apartaba y la dejaba seguir masturbándose sola. Luego, torpemente, le manoseaba la vulva cuando ella se estremecía y se retorcía durante su orgasmo. A menudo, ella seguía masturbándose incluso después de que él se hubiera quedado dormido. Después de follar, ella abría las piernas y se limpiaba el semen con un pañuelo. Yo siempre los espiaba, ya que solían follar con la puerta abierta y la lámpara de la mesita de noche encendida. Eso era todo.

Ben, mi padrastro, tuvo que ir a la cárcel una semana; no le permitieron conducir su taxi y perdió su trabajo. Se pasaba el día sentado frente al televisor bebiendo. Por las noches, estaba completamente borracho, y mi madre, Trixi, ya no le permitía tener relaciones sexuales. Solía masturbarse frente al televisor cuando yo llegaba a casa a la hora del almuerzo, y el muy cabrón no se avergonzaba en lo más mínimo cuando yo me quedaba allí, curiosa, hasta que terminaba. Normalmente solo empezaba a masturbarse cuando yo llegaba a casa y me sonreía como una idiota porque yo, como una estúpida y curiosa oca, me quedaba allí mirándolo sacar su pene de la bragueta. Sin aliento por la excitación, lo observé mientras retraía con placer el prepucio y comenzaba a masturbarse. El corazón me latía con fuerza en la garganta cuanto más se excitaba, y de hecho contuve la respiración cuando eyaculó. Eso fue algo mucho más animal que los niños pequeños que había visto eyacular. Contuve la respiración hasta que terminó.

Y un día me hizo señas para que me acercara. Yo era bastante tonto e inexperto, así que me quedé a su lado, completamente desprevenido. Me agarró la mano y la apretó contra su pene. Su mirada me lo dijo todo. Me senté junto a él y froté su grueso pene, lo masturbé diligentemente y lo hice eyacular. Tuve que quedarme sentado y, después de un descanso, masturbarlo de nuevo. Tenía en mi mano un pene de hombre de verdad, grande, con un glande grande y grueso, ¡del cual hice que el semen saliera a chorros ricos y potentes! Un extraño orgullo me invadió al agarrar su pene y retraer completamente su prepucio. Miré fijamente el enorme glande, que sobresalía de mi pequeño puño como un melocotón hinchado. ¡Este pene de hombre de verdad era mucho más masivo que los delicados y delgados penes

de chicos que había frotado antes! Estaba orgulloso y excitado de que me permitieran masturbarlo, y lo froté con todas mis fuerzas. Observé fijamente el pequeño orificio del glande mientras su semen salía disparado en chorros firmes y brillantes. Sentí una pequeña oleada de poder: solo tenía que retraer su prepucio con firmeza en el momento justo, ¡y otro chorro saldría disparado del pequeño orificio! Estaba orgulloso de mí mismo; ¡lo había hecho de maravilla! Gruñó de satisfacción y, después de unos minutos, me dejó empezar de nuevo, y nunca pensé que hubiera nada malo en ello.

Puso una película porno muy explícita en el reproductor. Sonrió descaradamente porque la película claramente me excitaba. Metió la mano bajo mi falda y me tocó el clítoris, pero cada vez que intentaba introducir un dedo, lo esquivaba con éxito; lo entendió al instante. Era increíblemente torpe para excitarme el clítoris, aunque yo abría las piernas voluntariamente y lo presionaba contra sus dedos. En el mejor de los casos, solo conseguía que mis muslos temblaran de deseo; tenía que llegar al orgasmo yo misma justo después en mi habitación. Todos los días, tenía que masturbarlo y hacer que eyaculara dos o tres veces antes de que quedara satisfecho y me dejara ir. Cuando la película porno me excitaba mucho, me masturbaba muy rápido, y él me miraba descaradamente y sonreía con picardía mientras llegaba al orgasmo. Para entonces, me masturbaba completamente sin vergüenza ni inhibición delante de él, y no me importaba que me mirara con tanta lujuria y ansiosa anticipación. A veces murmuraba que quería follarme, pero nunca lo tomé en serio. Esto se prolongó durante muchas semanas.

Una noche — Trixi estaba trabajando en el turno de noche, y yo ya me había acostado, perdida en una fantasía de masturbación — subió las escaleras dando pisotones y entró en mi habitación. Sonrió de oreja a oreja al verme masturbándome. Salí de mi ensoñación cuando se tumbó torpemente a mi lado. Olía a alcohol. Me quedé paralizada. Me rasgó la parte de abajo del pijama, que me había bajado hasta las rodillas para masturbarme, me la arrancó de las piernas y me agarró la vulva con dedos ásperos. Su saliva goteaba de la comisura de sus labios mientras me apartaba bruscamente el dedo del clítoris y finalmente lo alcanzaba con sus dedos torpes. Estaba a punto de llegar al orgasmo cuando se abalanzó sobre mí, y solo necesitó

presionar firmemente mi clítoris unas cuantas veces para que mi orgasmo llegara de forma totalmente inesperada en el momento en que se tumbó pesadamente encima de mí. Me quedé paralizada en mi orgasmo espasmódico y no pude emitir ningún sonido, aunque quería gritar. Me separó las piernas y me penetró con un tirón firme, profundamente en mi vagina, que tenía un orgasmo violento y se contraía.

Sentí un único y agudo pinchazo y pensé que me acababa de desflorar, ¡el maldito bastardo! Algo cálido me corrió por los muslos. Me embistió sin cesar durante unos minutos, mi coño seguía palpitando con el orgasmo, y me retorcía con la lujuria renovada que había seguido al anterior. Mis muslos temblaban de deseo por el siguiente orgasmo, por absurdo que pareciera. Pero eso se detuvo bruscamente cuando lo sentí eyacular profundamente dentro de mí. Gruñendo, cayó a un lado, y hubo un silencio absoluto durante varios minutos.

Me agarró la mano y la colocó bruscamente sobre su pene semierecto. Me ordenó bruscamente que lo frotara, ¡inmediatamente! Me quedé sin palabras y paralizada por el miedo, y obedecí aterrorizada. Lo masturbé hasta que su pene volvió a estar completamente erecto, y él se apartó. Se tumbó encima de mí otra vez, me separó las piernas a la fuerza y me penetró con un tirón. Lloré, no sé por qué. Me folló mucho más tiempo la segunda vez, y me dolió un poco, pero no me excitó en absoluto. Se preparó y se corrió con un fuerte rugido, igual que su madre. Gimiendo, se levantó, apartó de una patada los pantalones del pijama y bajó las escaleras dando pisotones.

Me incorporé y levanté las piernas. Sollozaba porque me había follado sin preguntar. Eso me dolía muchísimo, y también que ya no era virgen. Debí llorar durante horas hasta que Trixi llegó a casa. Por supuesto, ella supo enseguida lo que pasaba cuando me lavó la sangre seca de la parte interna de los muslos y de la vagina. Sollozaba porque Ben me había follado. Me había violado, me corrigió con expresión impasible. Luego bajó a buscar a Ben y la oí gritar. Me arrastré hasta las escaleras, hasta la puerta del dormitorio.

Trixi gritó como una loca. Se arrancó la ropa y tiró de él hasta que quedó inclinado sobre ella. ¡Le gritó que la follara allí mismo! Nunca

había visto a Trixi, mi madre, gritar y gritar así. Él se corrió casi al instante, y ella lo apartó furiosa cuando él sonrió y dijo que todo estaba bien ahora, ¿no? Mientras se vestía de nuevo, gritó que tenía que irse allí mismo y no volver jamás, ¡o llamaría a la policía para que lo encerraran! Me vio y me mandó arriba a mi habitación.

No entendía por qué había dejado que ese bastardo la follara. No respondió de inmediato; escuchamos en silencio, oímos a Ben irse y dar un portazo. Dijo que nunca volvería. Buscó las palabras adecuadas. Dijo que tal vez quería demostrarle que él debía follarla a ella, no a su inocente hija. Fue una explicación poco convincente, pero no la presioné. Al día siguiente, llamó al refugio para mujeres, y una de las empleadas nos acompañó a la comisaría. Tuve que desnudarme delante de una doctora, y ella me examinó la vagina. La amable doctora me preguntó si estaba mal, y le dije que perder la virginidad solo me había provocado un pinchazo agudo, pero que follar no me había dolido en absoluto. Me miró con asombro mientras continuaba, diciendo que lo había frotado con fuerza otra vez para que pudiera follarme de nuevo. Y eso tampoco me había dolido; de hecho, fue placentero, solo que se corrió demasiado pronto. El médico sonrió con cierta acritud y me dio una palmada suave en el trasero: "¡Ya puedes vestirte!". Así fue como mi padrastro Ben terminó en la lista de los más buscados, pero nunca lo atraparon.

Mi madre, Trixi, se quedó en mi casa una semana. Me cuidó con mucho cariño, y presentí que la violación la afectó mucho más que a mí. Sí, había perdido la virginidad, pero tenía que suceder en algún momento. Estaba furiosa y a veces pensaba que jamás volvería a acostarme con un hombre, pero sabía que eso era solo temporal. Y, sorprendentemente, fueron las confesiones de mi madre las que poco a poco me ayudaron a reconciliarme con el sexo.

Ella me dijo lo buena que era antes de que yo naciera. Mi padre biológico, Karl, a quien he conocido un par de veces, la había convencido de tener sexo con todos sus amigos en la infame "noche de chicos". Trixi describió lo asustada y avergonzada que se sintió al principio. Cómo se acostumbró gradualmente a ser follada probablemente una docena de veces en una noche. Cómo la excitaba mostrarse desnuda y provocativamente a sus amigos. Jugaba con sus labios y clíto-

ris mientras tenían sexo, pero sin masturbarse, porque nunca se masturbaba delante de sus amigos. Prefería ser follada de espaldas a él, cabalgando sobre su pene. Miraba a los demás a la cara, abría bien las piernas y jugaba con su clítoris apasionadamente, a menudo hasta llegar al orgasmo.

Cómo deseaba que la follaran cada vez más, y se preguntaba con dudas si realmente se había convertido en una puta. Durante su embarazo, dejaba que los chicos vinieran a verla; normalmente había cuatro o cinco en su habitación al mismo tiempo. Dejaba que la follaran uno tras otro y se excitaba con la lujuria de los que la observaban. Y por la noche, se masturbaba hasta caer rendida, decía Trixi, hasta que su clítoris estaba en carne viva. Cuanto más follaba, más satisfecha se sentía consigo misma. Pero estaba perdiendo inexorablemente a su Karl, mi padre.

No me había masturbado en toda la semana. Por un lado, la violación seguía muy presente en mi mente, pero por otro, Trixi se quedaba a dormir esa semana, y ambas dormíamos desnudas porque ya no era una niña pequeña que dormía en pijama. Pero el domingo por la noche, la lujuria me golpeó con toda su fuerza. Trixi ya estaba profundamente dormida, y fantaseé con sus noches salvajes con hombres. Al principio me masturbé suave y cuidadosamente; por suerte, Trixi no se despertó. Con naturalidad, coloqué una pierna estirada sobre su vulva y noté cómo frotaba su clítoris contra mi pierna. O, mejor dicho, cómo mi pierna frotaba su clítoris. Estaba profundamente dormida y pronto empezó a temblar por completo. Mientras me masturbaba, froté mi pierna sobre su clítoris, y me excitó bastante que su cuerpo respondiera y temblara. Finalmente, me quedé dormida.

Durante meses no hice ni sexo oral ni masturbación; me retiré por completo y durante ese tiempo solo me masturbaba antes de dormirme hasta cansarme. Gradualmente, empecé a llevar a casa a alguna que otra amiga para que se quedara a dormir, y poco a poco comencé a liberarme interiormente. Nos masturbábamos mutuamente y hacíamos el amor lésbico. Sorprendentemente, muchas de ellas sabían practicar el clítoris con clítoris, y realmente disfrutaba de esta técnica, que me hacía llegar al orgasmo con una alegría extática. Trixi

también me había permitido llevar chicos a casa, con la condición de que prometiera usar condones. Pero pasaron meses antes de que volviera a tener ganas de tener sexo. Por supuesto, no estaba enamorada de los chicos; solo los quería para tener sexo, y no lo ocultaba. Encontré a algunos que eran realmente buenos en la cama y podían hacerme llegar al orgasmo, pero no eran muchos. Nunca volví a pensar en Ben ni en la violación.

Trixi traía a Karl a casa cada vez con más frecuencia. Pasaba mucho tiempo conmigo; podíamos hablar de cualquier cosa. Es un hombre muy culto y educado, aunque solo sea taxista. Hablamos mucho de sexualidad; no tiene la misma mentalidad cerrada que Ben. Aunque tengo la impresión de que Trixi quiere reconquistarlo, habla abiertamente y sin reparos de su esposa, que se ha convertido en lesbiana y le trae chicas jóvenes y guapas para tener sexo con ella. Disfruta mucho teniendo sexo con tantas chicas diferentes, lo admitió con total franqueza. Me dejó preguntarle sin resistencia sobre su vida amorosa con mujeres lesbianas. Solo en raras ocasiones eran vírgenes que, bajo la presión de Ilse, se entregaban a él tímidamente y con aire juvenil, y tras mucha vacilación, permitían perder la virginidad y luego tener sexo con él. Esos eran los raros y maravillosos momentos que lo marcaron durante mucho tiempo. Las demás, que ya habían perdido la virginidad, dudaron al principio, igual que las vírgenes, y solo cedieron ante la presión de Ilse. Pero él siempre fue gentil y comprensivo, y les dio tiempo. Amaba su timidez y su coquetería; ¡esto no era follar como siempre, solo un rapidito! Karl describió estos actos con tanta belleza que me calentó el corazón y el coño. — Solo cuando sale a relucir el tema de Trixi se queda callado, me di cuenta enseguida.

He florecido desde que Karl se mudó con nosotros. Pasa las tardes conmigo; es muy culto e increíblemente inteligente, aunque sea "solo" un taxista, y hablamos de todo. Pero lo que más me gusta es hablar de sexo, y él me habla como a un adulto. Irradia un atractivo sexual irresistible, y nuestras tardes están llenas de sexo. Al principio, me resultaba difícil masturbarme en su presencia. Lo hacía debajo de mis pantalones y luego lo miraba, muy avergonzada, pero él me tranquilizaba sin esfuerzo. Siempre me miraba de reojo porque, al principio, no me atrevía a quitarme los pantalones. Simplemente apartaba

mis pantalones y mi ropa interior para exponer mis labios y mi clítoris. Trixi nos traía limonada y se detenía a observarme. Al principio, temía que se opusiera, pero su sonrisa de aprobación me animó. Finalmente me quité los pantalones y las bragas por completo, porque ni Karl ni Trixi se opusieron, todo lo contrario. Me encanta cuando alguien me ve masturbarme, ya sea Trixi o él.

Claro, yo solo tenía orgasmos pequeños por la tarde; siempre guardaba el grande para cuando me quedaba dormida. Pronto me di cuenta de lo mucho que podía excitarlo sexualmente cuando hablaba de sexo con mis amigas o de sexo en la piscina. Él siempre metía la mano discretamente en el bolsillo, se frotaba el pene y eyaculaba en sus pantalones. Fue entonces cuando empecé a practicarle sexo oral, a pesar de su resistencia inicial. Murmuraba que nunca antes había recibido sexo oral tan bueno, lo que me llenó de orgullo y me animó aún más.

Fui aún más lejos, porque Trixi solo sonrió y me animó. Le bajé los pantalones del todo, me senté desnuda sobre sus muslos y guié su glande completamente dentro de mi vagina. Luego le masturbé el pene con el puño, y cuando se corrió, metí todo su pene dentro de mí, de modo que apenas pude masturbarlo con dos dedos hasta que se corrió. Ignoré por completo sus débiles quejas, porque Trixi me sonrió con aprobación; me dio su visto bueno en silencio. Lo vi en su cara y sentí cuánto disfrutó viniendo profundamente dentro de mí. Normalmente, después dejaba su pene medio dentro y seguía masturbándolo. Trixi sonrió feliz y se fue una vez que se corrió. Me importaban un bledo sus estúpidas quejas; ¡le dije sin rodeos que me importaba un bledo el incesto! Casi todas mis novias se acostaban con sus hermanos, muchas con sus padres, ¿y ahora qué? Nadie se tomaba en serio el tabú del incesto en la vida real, ¡así que a la mierda! En secreto, ya había decidido follármelo, ¡follármelo de verdad! Estaba esperando la oportunidad adecuada. Hablé con Trixi sobre esto una vez, hipotéticamente, claro. Dijo que no tenía ninguna objeción; todas mis amigas lo hacían, lo sabía. Para ella, lo único importante era que viniera de mí y no de Karl (ya ni siquiera hablaba hipotéticamente). Tenía que escuchar mi voz interior, mis propias sensaciones y sentimientos; realmente tenía que desearlo yo misma y permitirlo. Di un suspiro de alivio; su opinión significaba mucho para

mí, ¡y ahora tenía el camino despejado! ¡Ahora estaba absolutamente decidida a acostarme con él a la primera oportunidad!

Y la oportunidad llegó, mucho más rápido de lo que esperaba. Le había bajado los pantalones del todo y, como siempre, me senté desnuda sobre sus muslos. Lo abracé y abrí las piernas. Me masturbó mejor que casi nadie. Presioné mis labios contra su cuello para no gritar durante mi orgasmo, aunque nadie nos habría oído; Trixi estaba de servicio. Continuó masturbándome con dedos ligeros como plumas, prolongando mis orgasmos durante lo que pareció una eternidad. Me tranquilicé e inmediatamente sentí su polla dura contra mi coño. Normalmente, me arrodillaría y le haría una mamada, pero en cambio, agarré su polla y la metí en mi coño con la velocidad del rayo. Se quedó congelado cuando empecé a cabalgarlo. No oí sus balbuceos; me concentré en follarlo rápido y duro. Pareció durar una eternidad, luego se corrió, y lo sentí eyacular chorro tras chorro dentro de mí. Estaba atónito. Gimió. No admitió que lo había disfrutado mucho. Le saqué la lengua descaradamente; ¡Lo hice, me lo tiré! Me lo tiré todos los días y le puse un condón; no quería dejarme embarazada, ¿de acuerdo?

Un día, Trixi me preguntó si todavía quería acostarme con él. Nunca supe de qué hablaron, pero asentí con vehemencia. ¡Claro que me encantaría acostarme con él, absolutamente! Trixi me explicó con detalle que quería darle una sorpresa esa noche y que me llamaría para que bajara después de que él se hubiera acostado. Y que debía acostarme con él de una forma muy agradable, dijo, describiendo con gran detalle lo que tenía que hacer. Pero era una sorpresa, así que ni una palabra al respecto. Hablamos un rato más, y yo principalmente quería saber si le parecía bien, si no estaba celosa. Pero pronto me quedó claro que ella lo quería así. Después de cenar, me di una ducha rápida y esperé en la cama a que Trixi me llamara. Me masturbé dos veces seguidas y me emocioné mucho cuando me llamó. Me metí en la cama con ellos, y Trixi me guió hacia Karl. Fue un momento maravilloso e increíble. Desde entonces, me acuesto con ellos todas las noches, primero le toca a Trixi, luego a mí. Soy completamente feliz.

Estoy en mi último año de universidad y tengo novio por primera vez, Achim. Es un chico inteligente y tranquilo, y cuando tenemos re-

laciones sexuales una vez por semana, suele hacerme llegar al orgasmo. Hablamos mucho sobre si queremos estudiar juntos. Podríamos acondicionar el trastero que está al lado de mi habitación para que cada uno tenga su propio espacio.

Pero aún no he hablado con él sobre eso; es demasiado pronto. Trixi había mencionado una vez que todavía no pertenecía por completo a Karl y, por supuesto, que le encantaba acostarse con otros si eran buenos en ello. Me quedé callada porque sentía lo mismo. Como Achim solo se quedaba a dormir una vez por semana, los demás días llamaba a los que me habían follado bien antes y dejaba que me follaran de verdad bien; la verdad es que follamos hasta perder el conocimiento. Claro que me sentía culpable con Achim, pero aún no le he prometido nada. Quizás también me sentía culpable porque, al igual que mi madre, era un poco puta.

Karl

von Jack Faber © 2023

Me reencontré con mi amor de la infancia, Trixi, después de 15 años. Ella trabaja para la misma compañía de taxis que yo, y solíamos vernos para tomar café casi todas las tardes después del trabajo. Hoy me llevó a su lugar favorito, y hablamos furiosamente sobre su esposo, Ben, quien violó a nuestra hija, Anni — la hija de Trixi y mía — hace una semana y ahora ha desaparecido desde que Trixi lo echó de su casa. Finalmente me tranquilicé, y para mi sorpresa, Trixi se desnudó y me sedujo. ¡Después de 15 años! Estaba muy conmocionado, y todo se repitió en mi mente.

Nos conocimos en la escuela; yo tenía poco más de 17 años, Trixi aún no había cumplido los 16. Pero nos enamoramos, y ella no dudó ni un instante en entregarse a mí, en dejarme quitarle la virginidad. Nos veíamos a diario en mi casa para tener sexo, y follábamos hasta que yo no podía más. A Trixi le encantaba masturbarse desde pequeña, y me dejaba mirarla cuando se masturbaba un par de veces después del sexo. Había visto a algunas chicas masturbarse antes, pero Trixi lo hacía a la perfección. Me provocaba un poco porque quería venir a las noches de chicos en mi casa y se sentía excluida. Cedí.

Probablemente no necesito extenderme sobre el hecho de que, en esas veladas de hombres, animados por el alcohol, hacíamos comentarios obscenos o, a veces, poníamos una película pornográfica en el reproductor de vídeo.

Mis chicos vitorearon con júbilo cuando traje a Trixi. “¡Quítatelo! ¡Quítatelo!”, coreaban, y una vez más cedí. Trixi estaba un poco tímida al principio, pero accedió por mí. La desvestí lentamente y dejé que los chicos se deleitaran con su desnudez. La hice sentarse de espaldas en mi regazo, separar sus piernas y sus labios vaginales, y los chicos vitorearon con entusiasmo.

Trixi era absolutamente preciosa, su cabello hasta los hombros enmarcaba su rostro inteligente, donde sus ojos verdes contrastaban

maravillosamente con su cabello negro, herencia de una tatarabuela escocesa. Era bastante delgada, sus caderas apenas comenzaban a desarrollarse en una figura femenina, sus pechos aún pequeños pero firmes y redondos con pezones largos. ¡Pero sus joyas eran una verdadera delicia! Tenía un monte de Venus con poco vello y labios mayores abundantes, y entre ellos un clítoris no muy grande, ahora rígido y rojo, que sobresalía ligeramente. Los chicos estallaron en carcajadas mientras yo acariciaba suavemente el clítoris de Trixi.

Trixi se puso rígida al instante cuando corearon: "¡Hazlo! ¡Hazlo!". Le besé la oreja y le acaricié el clítoris con más intensidad. Negó con la cabeza y hundió la cara en mi cuello mientras empezaba a masturbarla. No voy a culpar al alcohol; yo lo estaba haciendo, tenía mucha experiencia y llevé a Trixi al orgasmo en pocos minutos. Jadeó y cruzó las piernas. Nos abrazamos y nos besamos, lo que nos excitó intensamente a ambos. Me bajé la cremallera del pantalón y lo saqué. Trixi soltó un pequeño gemido cuando entré en ella. Se aferró a mí y me gritó al oído: "¡No delante de todos!". Ya estaba dentro de ella; no había vuelta atrás. "¡Les das la espalda, no pueden verte mucho!". Incluso yo me di cuenta de lo delgada que estaba. ¡Pero tenía que follar ahora mismo!

A pesar de sus lágrimas, me la tiré. Los chicos vitorearon ruidosamente mientras le abría las nalgas a Trixi con ambas manos al correrse. Gritaban: "¡Corre! ¡Corre!" y se acercaban para ver mejor. Luego nos quedamos quietos abrazados. "Te amo, mi Trixi", le susurré al oído, "no solo hicimos un buen espectáculo, ¡hicimos el amor profundamente!". Esas eran las palabras que mi querida amaba tanto. Le tomó un buen rato poder darse la vuelta y mirarlos a los ojos de nuevo. Seguimos bebiendo y bebiendo, y luego eché a los chicos del sofá y los tiré al suelo. Acosté a mi Trixi borracha en el sofá, me bajé los pantalones y me la tiré a pesar de sus débiles protestas. Pronto se quedó en silencio y se corrió rápida y seguramente. Los chicos estaban cachondos como el infierno, pero negué con la cabeza con firmeza. Yo también estaba borracho, pero ella era MI Trixi y no la compartía con ellos, todavía no.

Trixi ahora siempre venía a las noches de chicos con gran entusiasmo. Pronto no le importó desnudarse, y a todos los demás tam-

bién. ¡Alcohol y desnudez, una combinación perfecta! Follábamos cada vez más libremente delante de los chicos, que se masturbaban. Eyaculaban sobre el cuerpo de Trixi mientras follábamos o después. Ella estaba relajada y les hacía felaciones a algunos. Se sentaba en un regazo, luego en otro, riendo y arrullando en su borrachera, dejando que mis mosqueteros la manosearan, la acariciaran y la tocaran salvajemente. Mis amigos practicaban la masturbación del clítoris de Trixi; ella se reía y se reía y solo se ponía seria cuando alguien lo hacía bien. Entonces dejaba de reírse y se concentraba en alcanzar el orgasmo. — ¡Alcohol y desnudez, una combinación verdaderamente perfecta!

Así eran prácticamente las noches de nuestros chicos: ¡mucho alcohol, sexo y mamadas! Trixi pronto se sintió cómoda en esas noches de desnudez; recibía mucha atención y mimos. Los chicos tenían que mirar mientras Trixi y yo follábamos dos o tres veces por noche. ¡Ellos también lo querían, maldita sea, ellos también lo querían! Durante días, nos susurramos que los chicos también querían follársela. Trixi se negó rotundamente. ¡Ella no era una puta de la empresa! Estuve de acuerdo con ella, ¿quizás solo con Johnny o Ben, mis mejores amigos? Estaba atónita. ¿No la estaba escuchando? Asentí. Johnny había prometido usar un condón, ¡y voy a exigirlo de todos! Trixi se alarmó. ¿Johnny está permitido? Asentí. “Johnny es como un hermano para mí. Ambos nos hemos follado a una chica muchas veces, uno tras otro, por supuesto, ¿entiendes?” Trixi permaneció en silencio, triste.

En nuestra siguiente noche nudista, follamos como siempre. Dejé que Trixi terminara de masturbarse, y cuando llegó al orgasmo, Johnny la penetró. Trixi gritó y me miró. La miré con ojos ebrios y murmuré que no pasaba nada, ¡llevaba condón! Las lágrimas corrían por las mejillas de Trixi, pero dejó que Johnny la follara. Él no estaba en forma y eyaculó demasiado rápido; Trixi aún estaba lejos del orgasmo. Benjamin, sin embargo, ya estaba listo, y él también se había puesto un condón. Trixi me miró de nuevo, y de nuevo asentí; Ben también estaba bien. Esta vez, Trixi llegó al orgasmo mucho antes de que Ben eyaculara porque se masturbó mientras follaban.

Luego vinieron Hannes, Erik, Michael y Karl el Pequeño. Trixi tuvo un orgasmo con cada uno de ellos porque se masturbó sin parar durante el sexo y jadeó por aire cuando me tocó a mí de nuevo. Yo ya estaba bastante borracho y la elogié; realmente lo estaba haciendo bien. Ella sonrió débilmente y continuó masturbándose como de costumbre cuando tuvimos sexo por segunda o tercera vez. Después de mí, los otros seis volvieron a tomar su turno. Con la firmeza de un borracho, comprobé que todos se hubieran puesto condones. Trixi hacía rato que había dejado de llorar y estaba concentrada en masturbarse porque no estaba teniendo un orgasmo con mis seis mosqueteros. Todos estaban agotados, y acompañé a Trixi a casa. Tuve que sostenerla; sus rodillas eran como gelatina y estaba completamente agotada. Después de un beso de buenas noches en la puerta de su casa, murmuró que yo era un bastardo, pero nos reconciliamos a la mañana siguiente.

Así que, lo que empezó como noches de chicos se convirtió en noches de desnudos, y finalmente en noches de sexo. Me mantuve firme en cuanto al uso de condones, sin excepción. Trixi dejaba que mis amigos tuvieran sexo con ella, sonriendo; algunos incluso la follaron tres veces en una noche. Llegaba a casa con las rodillas temblorosas, completamente agotada y muerta de cansancio, pero había tenido una docena de orgasmos, y le encantaba. Hacíamos el amor como antes y teníamos sexo todos los días, y dos o tres veces por semana teníamos una noche especial para el sexo. Me asombró la transformación que experimentó Trixi. Todas las tardes, uno o más de mis amigos la visitaban en casa, y ella les dejaba tener sexo con ella (usando condones). No lo ocultaba y solo lo hacía cuando yo no tenía tiempo para tener sexo con ella.

Llevábamos dos años juntos, y era mi último año de universidad cuando me dijo que estaba embarazada. Yo era el padre, eso era innegable, porque fui el único que tuvo relaciones sexuales con ella sin preservativo. Su método anticonceptivo, contar los días, había fallado. La abracé durante un buen rato y luego hablamos. Yo estaba a favor del aborto; quería estudiar y obtener un doctorado. Ella lo rechazaba categóricamente, diciendo que sería un asesinato. Nuestros debates seguían siendo intensos e insatisfactorios. Le prometí que pagaría la manutención si tenía al bebé. Dejamos de discutir; nos re-

conciliamos y volvimos a tener relaciones sexuales con regularidad, como antes.

Trixi pensó que me estaba perdiendo y perdió toda dignidad y respeto por sí misma. Se acostó con cualquiera, dejando que cien estudiantes la follaran en su habitación de la residencia, y ni siquiera se detuvo con los más jóvenes. Si nunca habían follado antes, tenían que tumbarse boca abajo frente a su vulva mientras otro estudiante la follaba y mirar de cerca antes de que se les permitiera follarla. Y cualquiera con una vena voyeurista, por supuesto, podía tumbarse frente a su vulva y mirar. La visitaba a diario y esperaba pacientemente hasta que los demás terminaran de follarla; entonces volvía a ser mía. Nos distanciamos, y me partía el corazón verla follar con tantos otros tipos insignificantes. Al mismo tiempo, sabía que era mi culpa. Unos días antes del nacimiento de Anni, fui a casa de Trixi por última vez con mis seis mosqueteros, y la follamos hasta pasada la medianoche. Estaba desconsolado; era la última vez.

Fui a la universidad durante dos semestres, solo para descubrir que no era lo mío. Conocí a Ilse, que era lesbiana, y me enamoré perdidamente de ella. Empecé a trabajar como taxista para la compañía de taxis, como mis padres, le pagaba puntualmente la pensión a Trixi y veía a Anni dos o tres veces al año; eso era todo lo que quería. Trixi organizaba mis visitas para que su marido, Benjamín, no estuviera en casa, porque quería que me acostara con ella cada vez. Dejé de hacerlo años después de casarme con Ilse.

Ilse era una mujer maravillosa, inteligente y astuta, y un cohete en la cama. Naturalmente, hablábamos mucho de sus relaciones lésbicas, y cuando me mostraba fotos y vídeos íntimos o me contaba detalles sexuales con sus chicas, ella — con una sonrisa pícara — me excitaba tanto que yo también me sentía como un cohete. Nuestro deseo de tener hijos seguía sin cumplirse, y cuando Ilse recibió la confirmación médica de su infertilidad, ya no quería vivir. Con mucho amor y esfuerzo, la contuve. Y se lanzó de cabeza a la vida nocturna, a los bares lésbicos. Después de muchos episodios humillantes, de los que nunca quiso hablar, se enamoró de una joven. Lo hablamos durante horas porque no quería hacerlo a mis espaldas, y no quería perderme ni excluirme. No queríamos divorciarnos.

Su propuesta de un matrimonio abierto parecía la solución. Ambos podríamos tener una amante e incluirla en nuestra relación. Yo solo quería a Ilse y a nadie más. Ella trajo a su joven amante a casa. Verlas hacer el amor me enloqueció, y me acosté con Ilse como nunca antes. La pequeña Jutta se mantuvo al margen; aún era virgen y nunca había estado con un hombre. Poco a poco, salió a la luz la predisposición adicional de Ilse; al parecer, tenía el síndrome del cuco.

Ella deseaba desesperadamente que me acostara con Jutta. Ilse la convenció durante toda la semana; follamos delante de la niña, y Jutta se balanceaba y se excitaba mucho al vernos. Unos días después, me dejó desvirgarla y follarla sin resistencia. Sexualmente hablando, tuvimos un trío, y todo iba bien durante los siguientes años. Claro que Jutta se fue un día, y llegaron otras, muchas otras. La mayoría estaban encantadas de que las follara, miraban pacientemente a Ilse follarme, y normalmente no se quedaban mucho tiempo con nosotras. Ilse incluso persuadió a las lesbianas más acérrimas, con una presión más o menos suave, para que vinieran a nuestra cama, a nuestra forma de follar juntas. Lo admito libremente, me gustó mucho. Estaba feliz de que Ilse y yo siguiéramos juntas, y por supuesto, tuve suerte porque me acosté con multitud de mujeres diferentes sin engañar a mi mujer. Disfruté de esta vida con Ilse durante muchos años.

Trixi también trabajaba ahora en la compañía de taxis, y solíamos sentarnos a tomar café después del trabajo. Tenía un marido insoportable; Ben solo se acostaba con quien quería y no le importaban los deseos sexuales de Trixi. Veía a Anni dos o tres veces al año, y cuando tuvo edad suficiente para comprender, Trixi le explicó que yo era su padre biológico. A partir de entonces, Anni me miró de otra manera. Resistí toda tentación y dejé de acostarme con Trixi, y creo que ella entendió mis argumentos sobre Ilse.

Un día ocurrió algo inusual. Trixi me llevó a su escondite favorito, un muelle de carga cubierto en una fábrica abandonada. Me contó que Ben había violado a nuestra hija Anni, de 15 años, y que ella lo había denunciado y le había dicho que se largara. Anni se encontraba bastante bien y poco a poco estaba retomando su vida sexual, incluyendo la masturbación. Al principio, grité y maldije; quería estrangu-

lar a Ben, matarlo a golpes, asesinarlo. Pero me tranquilicé; Trixi había madurado mucho y me hizo volver a la realidad.

Habían pasado las horas. Le pregunté a Trixi si venía a menudo, y fue sincera. Venía cinco o seis veces por semana para que la follaran bien chicos atractivos o para que la dejaran sin aliento. Y con los que podían, sonrió. Cuando me preguntó, me dio vergüenza admitir que a veces, en el turno de noche, llevaba a prostitutas a casa desde los hoteles, y ellas preferían pagar con sexo; probablemente solo otro pene para las chicas, pero para mí solía ser un placer porque la mayoría de las prostitutas eran increíblemente buenas en la cama cuando estaban un poco ebrias.

Una cosa llevó a la otra, Trixi se desnudó lentamente con una amplia sonrisa y nos subimos al asiento trasero. ¡Fue una follada fantástica, con relámpagos, truenos y todo lo demás, caballeros! Hablé con Ilse y desde entonces me quedo a dormir en casa de Trixi tres o cuatro veces por semana. También había otra ventaja. Tenía más tiempo para Anni; a veces la ayudaba a estudiar, pero sobre todo hablábamos durante horas de cualquier cosa. Le gustaba.

Trixi dijo que dejaríamos la lucecita encendida mientras teníamos sexo, y la puerta también se quedaría abierta. Sospechaba que Anni a veces nos espiaba, y eso le parecía bien. La chica merecía tener sexo normal y tranquilo después de todo lo que había pasado. A mí también me parecía bien, aunque nunca vi a Anni espiando. Empecé a pensar en mi futuro, en liberarme de Ilse y su síndrome del cuco, y en tener una familia perfectamente normal pero especial con Trixi y Anni. Pero no hablé con nadie al respecto; necesitaba tiempo para pensar. Había sido tan consentido, acostándome con las chicas de Ilse, y no estaba seguro de querer renunciar a eso. Trixi, por su parte, siguió acostándose con hombres bien dotados y lo admitió con toda franqueza cuando se lo pregunté una vez.

A menudo me siento arriba en la habitación de Anni y le cuento sobre mi vida amorosa; eso es lo que le encanta oír. Tengo que contarle sobre los momentos salvajes con Trixi y sobre Ilse y el amor lésbico; eso la excita muchísimo. Se sienta en la cama en pantalones cortos, y a veces sus dedos se deslizan por sus muslos y debajo de sus

bragas. Siempre está en topless, sin sujetador ni blusa, y está increíblemente orgullosa de sus pechos en crecimiento. Son pequeños y redondos, parecidos a los de Trixi, y tiene pezones pequeños de color rosa pálido. Se quitó la parte de arriba un día caluroso, ya que no me molestó, y lo ha estado haciendo desde entonces. Solo usa pantalones cortos ajustados, cuyos bordes están tan deshilachados que se le ven las bragas cuando se sienta con las piernas bien abiertas. Siempre se sienta con las piernas bien abiertas, para ser exactos. Te cuento esto para que te la imagines, una chica desnuda en pantalones cortos ajustados. Al principio, sus dedos se deslizaron por su muslo, bajo sus pantalones cortos, y bajo la cinturilla de sus bragas hasta sus labios y clítoris. Por supuesto, fingí no ver, y durante los primeros días, solo jugaba muy suavemente; no se atrevía a masturbarse de verdad. Siempre fingí no notar lo excitada que se ponía con mis descripciones. Pero entonces dijo que quería estar sola un momento, y cuando la miré con curiosidad, susurró que lo necesitaba ahora mismo. Sonreí, "¿Y por eso se supone que debo salir?", pregunté provocativamente, mirándola con ternura. Dudó un poco y luego deslizó la mano que había estado jugando inquietamente bajo sus bragas todo el tiempo, desde arriba hasta la cinturilla de sus pantalones cortos, profundamente dentro de sus bragas. Se frotó durante solo unos segundos y tuvo un orgasmo silencioso y tranquilo. Me miró desesperada, llena de vergüenza, pero sonreí con ternura.

Por la noche, después del sexo, Trixi y yo solíamos quedarnos en la cama un buen rato, fumando. Era nuestro momento para hablar sin interrupciones. Ella solía hablar de sus pasajeros, yo de Ilse y sus amantes lesbianas, con todas las cuales tenía permiso para acostarme. Trixi aún no tenía experiencia lésbica y escuchaba atentamente cada una de mis palabras. Ahora quería saberlo todo sobre Anni. Le conté con sinceridad y veracidad; después de todo, cada vez pensaba más en casarme con ella. Y la confianza y la honestidad eran, en mi opinión, una base fundamental. Le conté cómo Anni quiso echarme la primera vez, pero me quedé de todos modos. La primera vez que Anni se masturbó bajo los pantalones, y cómo desde entonces siempre se mete la mano por la cintura y se toca, a veces masturbándose. Trixi me dejó contarle todo con todo lujo de detalles y dijo que no le importaba. No tenía ninguna preocupación ni objeción; la niña debía sentirse libre y segura.

A partir de entonces, Anni se sentó con una mano metida en sus pantalones, escuchando mis historias. Su mano se movía dentro de sus pantalones mientras se excitaba, hasta que llegó al orgasmo en silencio. Su mirada siempre estaba llena de vergüenza después del orgasmo, pero ya no de desesperación. Estaba bien para ambas, y no llevaba la cuenta. Ahora apartaba sus pantalones cortos y sus bragas. Podía ver claramente sus labios vaginales y su clítoris, y sus dedos inquietos. Había perdido gran parte de sus inhibiciones, y cuando se masturbaba de verdad después de jugar un buen rato, cerraba los ojos. Antes del orgasmo — y solo tenía orgasmos pequeños, de modo que sus piernas apenas temblaban — , antes del orgasmo, me miraba con una mirada llorosa y sufriente que realmente me ponía la piel de gallina. Estaba avergonzada; no podía superarlo. Pero se sentaba a horcajadas en la cama toda la tarde, jugando consigo misma y dándose pequeños orgasmos una y otra vez. Trixi a veces pasaba y traía limonada. Ella lo vio todo, se quedó sonriendo a mi lado hasta que Anni terminó y la miró alarmada, pero Trixi no dijo ni una palabra, para ella todo estaba bien.

Trixi solía ver un vídeo antes de tener sexo; grababa todos los episodios de “The Best”. Impensable en la televisión convencional, este canal privado presentaba a 30 parejas compitiendo para ver quién tenía el sexo más excitante. Las grabaciones eran de excelente calidad; cada pelo, cada poro y cada gota de sudor se mostraban en primer plano, los genitales de las jóvenes parejas capturados en imágenes nítidas y hermosas. En mi opinión, el programa debería haberse llamado “Canal Voyeur”. El jurado otorgaba puntos en cada episodio para elegir al mejor. A mí me interesaba mucho menos que a Trixi. Ella a menudo rebobinaba y reproducía el vídeo a cámara lenta. “Soy una maldita voyeur”, se reía, “pero casi todas las chicas fingen orgasmos. Quizás en las actuaciones en solitario, donde las chicas se masturbaban delante de un público numeroso, tal vez uno o dos orgasmos fueran reales”. Nunca entendí cómo Trixi podía distinguir los orgasmos fingidos de los reales. Para mí, todos eran genuinos.

Después del sexo, y después de que la masturbara a gusto, se acurrucaba a mi lado ronroneando satisfecha, y fumábamos. Lo pasábamos bien entonces, con muchas oportunidades para conversar. Trixi solía empezar a contar historias, y a veces me costaba seguirle el hilo.

“Cuando el médico me dijo después del nacimiento de Anni que no podía tener más hijos, mi mundo se derrumbó. ¡Mi sueño de tener cinco hijos se acabó! Lo único bueno fue que no tuve que preocuparme por un embarazo no deseado. En aquel entonces, engañaba a Ben como loca; me acostaba con otros hombres todos los días. ¡Ni siquiera tenía 20 años y no soportaba el horrible sexo con Ben! ¿Te acuerdas? ¡Te invitaba a mi casa tan a menudo como podía! Decía que era para que vieras a Anni más a menudo, pero en realidad, quería acostarme contigo. Ben era un completo perdedor en ese aspecto. Lo recuerdo con tanta claridad: al principio, venías dos veces por semana, ¡luego durante años fue una vez por semana! Disfrutaba cada fibra de mi ser, pasando toda la tarde durmiendo contigo. Ponía al bebé en mi pecho, y fue entonces cuando experimenté por primera vez los orgasmos vaginales más increíbles de mi vida. El bebé succionaba mi pezón mientras tú me follabas maravillosamente al mismo tiempo, ¡era increíblemente excitante! El bebé succionaba y “yo Chupaba con excitación durante el sexo; solo eso me habría llevado al orgasmo. Después de que ya no me quisieras tras unos años, empecé a acostarme con pasajeros, y todavía lo hago. Mira, puedo permitirme algunos lujos con eso, como la televisión o mi nuevo Mercedes. No, así es como debería ser mi vida, y no me siento como una puta, ¿verdad? Asentí fielmente; ese era el acuerdo. “Y tú sigues acostándote con Ilse y sus chicas y con las putas del turno de noche. ¡Y eso no te convierte en una puta! Volví a asentir; era todo cierto. La verdad es que no era un ejemplo de honor en lo que a sexo se refería. Para ser honesta, me acostaba con cualquiera que se me cruzara. Acostarme con las chicas menores de edad de Ilse no era algo de lo que pudiera estar orgullosa, y nunca le conté a Trixi lo jóvenes que eran algunas de ellas. Trixi dijo una vez que si Anni le pedía consejo, le diría que cobrara por sexo. Cualquier otra cosa, concluyó, sería engañosa e hipócrita. ¡Esa era mi Trixi!

Anni se bajó los pantalones cortos y las bragas con decisión y, sin pudor alguno, se tocó los labios vaginales y el clítoris; confiaba en mí. Hoy estaba nadando, y se había convertido en un asunto bastante picante, ya que los socorristas estaban principalmente preocupados por asegurarse de que nadie se ahogara. Solo había que pasar desapercibida en el agua. Describió cómo las chicas se frotaban los traseros unas contra otras, y cómo se agarraban las caderas, se aparta-

ban los bañadores y se masturbaban. Eso era lo que más le gustaba: que una chica la masturbara bajo el agua. Solo unos pocos chicos conseguían una erección en el agua fría; por supuesto, una chica u otra los masturbaba por turnos. También había algunas chicas a las que les follaban bajo el agua, a veces uno tras otro, pero eso no ocurría muy a menudo. Anni observaba el sexo de cerca y sonreía cuando el semen formaba nubes lechosas en el agua. A veces pasaba el socorrista, y entonces el resto hacíamos un escándalo para distraer al pobre hombre. Una vez, cuando llegó, tres chicas estaban abrazadas íntimamente, besándose apasionadamente, y detrás de ellas había tres chicos, ocupados y discretamente teniendo sexo. Detrás de ellos había una fila entera de chicos, esperando su turno, frotándose lentamente el pene. Por suerte, una chica astuta fingió estar en apuros en alta mar y logró distraer al hombre. El sexo en grupo continuó hasta que todos los chicos tuvieron sexo. Cada chica fue penetrada al menos diez veces; a veces eso era lo normal.

Cuando Anni hablaba de nadar, se desabrochaba los pantalones cortos y metía la mano por dentro desde arriba. Después, se los bajaba hasta los muslos y las rodillas, pero se aseguraba con ansiedad de que yo estuviera de acuerdo. Me encantaba escuchar sus historias sobre la diversión y los juegos en la piscina; le encantaba hablar de ellos. No muchos chicos tenían erecciones en el agua, pero a Anni le gustaba masturbarlos y sumergirse con las gafas puestas cuando un chico salpicaba. No podía precisar qué era lo que le excitaba tanto de la forma en que el semen formaba pequeñas nubes lechosas. Lo que más le gustaba era recostarse sobre un amigo que la rodeaba con los brazos, le apartaba el bañador y la masturbaba. Por supuesto, tenía que evitar llamar la atención de los socorristas. También había algunas chicas a las que follaban bajo el agua, un chico tras otro, pero no muchas se dejaban follar en público, ni siquiera escondidas en el agua. Eso fue fascinante, y Anni se zambulló con sus gafas de natación para ver la follada de cerca. Las otras chicas hablaban con desprecio de las que dejaban que varios chicos las follaran en el agua una tras otra. Pero no eran putas, por Dios, dijo Anni; las demás simplemente estaban celosas o avergonzadas porque no se atrevían a hacerlo ellas mismas.

Anni hizo una pausa, como siempre que pensaba si podía contarme "eso". "La semana pasada dejé que un par de chicos me metieran sus pollas y se corrieran", susurró casi inaudiblemente. "Quería que mis amigos me aceptaran y respetaran aún más. Mi amigo me estaba masturbando bajo el agua hasta que tuve un orgasmo maravilloso, y me mantuve completamente fría durante el orgasmo para no llamar la atención. Tres chicos guapos estaban de pie frente a nosotros, y abrí bien las piernas porque me encanta que me miren mientras me masturbo. Los chicos tenían sus pollas en las manos y miraban con curiosidad. El chico que me pareció bastante atractivo mostró su polla erecta bajo el agua y me miró expectante. Asentí con la cabeza. Habíamos acordado que él y sus dos amigos podían follarme. Sentí miedo y una excitación increíble al mismo tiempo. Me agarré al borde de la piscina, el chico guapo estaba detrás de mí, y ya podía sentir su polla erecta empujando entre mis nalgas desde atrás. Aparté la parte de abajo de mi bikini y guié su polla hacia mi coño desde atrás." Al deslizarse dentro, se sintió realmente bien en ese momento. Sin embargo, no sentí nada durante el acto sexual, nada físico. Mi vagina estaba completamente tensa y se sentía dura y entumecida como una piedra. Él eyaculó al poco tiempo, y solo sentí su eyaculación, pero ninguna excitación. Mi novia me frotó el clítoris de nuevo, pero no sentí la excitación habitual. Ahora era el turno de su amigo. Guié su pequeño y rígido pene dentro de mi vagina, y él comenzó a follarme salvajemente como un conejo. No pude sentir nada durante el acto sexual; tal vez su pene era demasiado pequeño. También eyaculó demasiado pronto. Mi novia me acarició las nalgas y el clítoris para hacerme sentir mejor. Sentí la eyaculación, chorro a chorro, sin sentir nada. Mi novia guió el pene del tercer hombre dentro de mi vagina; era un pene realmente grande y firme. Me folló bien, mucho más tiempo que los otros, pero no sentí nada, ni siquiera la caricia de mi clítoris. Mi novia no me excitó en lo más mínimo. Casi podía sentir mecánicamente que estaba eyaculando mucho más fuerte dentro de mí. Pero entonces las imágenes volvieron, toda esa mierda de violación volvió con horror. Simplemente no pude soportarlo; en mi pánico, aparté al chico, aunque el pobre hombre estaba en medio de eyacular dentro de mí. Corrí al vestuario y sollocé. Mi novia entró, me abrazó para consolarme, y después de un rato, me masturbó suavemente hasta que el pánico, el horror, pasó. ¡Me temo que probablemente nunca más me dejaré follar! Anni estaba a punto de llorar, pe-

ro hablamos de este incidente durante mucho tiempo. No éramos psicólogas, por supuesto, pero parecía como si la poderosa eyaculación del Conejo N.° 3 le recordara la eyaculación de Ben y desencadenara toda esta mierda. Se rió histéricamente porque llamé conejos a los chicos.

Hoy, Anni se había bajado los pantalones cortos y las bragas como de costumbre y jugaba soñadoramente con sus labios y clítoris, pero presentí que algo la inquietaba y, por supuesto, le pregunté. Sacó a colación la violación directamente por primera vez y estaba atormentada por estúpidas dudas. Me quedé en silencio y la observé jugar con su clítoris. «Pero tengo que contártelo desde el principio para que entiendas mis dudas», dijo. Asentí y murmuré que no tenía nada planeado hasta la cena. Anni sonrió brevemente y se acarició distraídamente, luego se relajó y comenzó.

"Obviamente, le había hecho algunas mamadas por aquel entonces, pero nunca había visto a un chico masturbarse. Cuando llegué a casa a la hora del almuerzo, Ben estaba sentado frente al televisor viendo una película porno suave. Ya sabes, de esas en las que solo muestran tetas o culos, pero nada de sexo de verdad. Así que me quedé allí un momento, mirando también, y entonces Ben, con una sonrisa maliciosa, sacó su pene y empezó a masturbarse. Me quedé asombrado: un pene de hombre de verdad, grande, sin prepucio, pero con una cabeza grande y gruesa. Se frotó durante minutos, sonriendo maliciosamente, y se corrió por todos sus pantalones. Por supuesto, inmediatamente fui a mi habitación y tuve que masturbarme porque era muy excitante. Hacía esto todos los días, y como un tonto, solo miraba y miraba. Una vez, se detuvo y me hizo sentarme a su lado en el sofá. Me agarró la mano y la puso sobre su pene. Al principio me quedé en shock, pero lo masturbé mientras él..." Él veía su porno, esta vez porno de verdad. Sabía que nunca había visto una película porno, y notó que me quedaba mirando la pantalla, excitándome, increíblemente excitada. A partir de entonces, siempre ponía porno para verme excitarme. No me dejaba irme justo después de correrse; veía el porno y, tras un descanso, me dejaba masturbarme de nuevo antes de que pudiera irme. Esto duró al menos dos meses, todos los días. Me manoseaba por debajo de la falda con sus dedos torpes. No llevaba ropa interior, así que podía alcanzar fácilmente mi clítoris.

Pero era tan torpe como un poste. Me llevaba al 75%, pero nunca más. Si no podía esperar o estaba irremediablemente excitada viendo porno, me masturbaba rápidamente. Sonreía descaradamente, y entonces su polla estaba lista para una segunda eyaculación.

Un día no estaba, supongo que estaba orinando. Fui directamente a mi habitación, me tumbé desnuda en la cama y me masturbé. Estaba a punto de llegar al orgasmo cuando subió corriendo las escaleras. Entró y sonrió torcidamente, pero yo seguí masturbándome; no era nada nuevo para él. Justo cuando empezó mi orgasmo, se tumbó encima de mí y me penetró en medio de él. No sentí dolor; tuve orgasmos durante horas mientras me follaba, y fue maravilloso que me follaran durante un orgasmo. Me tranquilicé de nuevo, y en algún momento, se corrió dentro de mí, cayendo a mi lado como un árbol talado. Hubo silencio durante cinco minutos, luego me agarró la mano y tuve que masturbarlo hasta que su polla se puso dura otra vez. Me folló otra vez, pero sin orgasmo, ya no me excitaba nada. Me folló mucho, mucho más tiempo del que solía follar con Trixi. La había visto tener sexo cien veces antes, y entonces era mucho más corto, y después Trixi tuvo que masturbarse durante un buen rato, lo cual fue bastante excitante. Ben me folló hasta que terminó y volvió a correrse dentro de mí. Bajó las escaleras dando pisotones sin decir una palabra. “Así fue, así fue de verdad.” El dedo de Anni descansaba sobre su clítoris, y me miró con una expresión de vergüenza. “Me pregunto todos los días si lo provoqué, si debería haberme comportado de otra manera, si no tuve parte de culpa en la violación.” Las lágrimas corrían por sus mejillas. Me senté a su lado en la cama y la abracé con ternura. Miré su clítoris y le hablé en voz baja durante lo que debió ser una hora. Por supuesto, dejó de llorar inmediatamente, escuchó atentamente y pronto pudo volver a sonreír. Su dedo jugaba felizmente con su clítoris, y me abrazó con fuerza mientras se frotaba rápidamente y se corría. Nunca antes se había masturbado en mis brazos. La solté y volví a sentarme en mi silla. Hablamos y debatimos hasta la cena. Estaba alegre y aliviada; ya no tenía ninguna duda persistente. Ahora comprendía perfectamente que la violación había sido un crimen terrible cometido únicamente por Ben, y que ella no tenía absolutamente ninguna responsabilidad por lo sucedido.

Esa noche le conté a Trixi que Anni había hablado por primera vez sobre la violación de Ben. Trixi quería saber todos los detalles, porque Anni aún no se había sincerado con ella. Trixi estaba decepcionada de que Ben estuviera seduciendo a su hija en lugar de buscar trabajo. “¡Qué bastardo vil!”, comentó, refiriéndose al hecho de que Ben había dejado que la niña lo masturbara durante meses y la había excitado con pornografía explícita. Maldijo en voz alta que durante sus descansos le mostrara la pornografía a Anni y la observara masturbarse con avidez. Trixi estaba furiosa con Ben. Tuve que contarle sobre la violación dos veces, y entonces asintió con comprensión. Quizás el hecho de que la desflorara en medio de su orgasmo tenía un lado positivo; la niña estaba en el séptimo cielo y sintió placer, no dolor. Trixi pensó en silencio. “Sabes, cuando me quitaste la virginidad, estaba llena de miedo y sentí el dolor con mucha claridad, aunque lo hice voluntariamente y después de pensarlo bien. Pero fuiste tan tierno y gentil que aprendí a amar el sexo”.

Estaba segura de que mis historias, pero sobre todo las preguntas de Anni, la ayudaban y solían serle beneficiosas. Un día quiso saber qué pensaba sobre que invitara a una amiga a pasar la noche en su casa. Debí de mirarla con extrañeza, porque añadió: «Y para tener sexo, claro». Asentí con la cabeza; era una buena idea y sería un avance comparado con aislarse, le dije. Me miró con los ojos muy abiertos. «Me refería a una chica», y le respondí que, en primer lugar, abrirse era importante para ella, y en segundo lugar, como todas las chicas, tenía que averiguar si prefería chicas o chicos; eso era perfectamente normal e importante. Dudó un momento, con la mano inmóvil dentro de los pantalones. Soltó con dificultad: «¿Quizás Trixi o yo querríamos mirar?». Me sorprendió y la miré con curiosidad. Le daría una sensación de seguridad saber que estábamos detrás de la puerta. Ajá, pensé, y le prometí hablarlo con Trixi. Al menos dejaría la puerta entreabierta, concluyó, y cambió de tema para hablar de Ilse y sus relaciones sexuales lésbicas. Sus dedos volvieron a jugar.

Trixi lo entendió enseguida. Subía todas las noches cuando Anni tenía a alguna chica en casa. Yo solo iba cuando estaba en casa. No veía nada nuevo, pero los cuerpos de las chicas jóvenes eran un festín para la vista. Anni, que ahora tenía casi 16 años, solo invitaba a chicas mucho más jóvenes, de 14, 15 y 16 años. Ella también era la que

mandaba, la que marcaba el ritmo. Se follaba a las chicas pequeñas clítoris con clítoris, primero con suavidad y ternura, luego con fuerza y sin piedad hasta que llegaban al orgasmo. Este acto sexual me excitaba, y me escabullí escaleras abajo con Trixi para follarla como un berserker, y ambas llegamos al orgasmo como cohetes. Fumamos durante un buen rato en la cama, susurrando sobre cómo iban las cosas.

En el momento oportuno, se lo comenté a Anni y le conté cuándo Trixi o nosotros dos la habíamos estado observando. Ella se mostró genuinamente agradecida de que pudiéramos brindarle cierta sensación de seguridad, y ni por un momento mostró timidez, vergüenza o pudor. Le sugerí que siguiéramos invitando chicas a casa y teniendo relaciones sexuales con ellas hasta que sintiera el deseo de tenerlas con un chico. El deseo vendría solo, o tal vez nunca vendría; no necesitaba forzarse. Anni me miró con los ojos muy abiertos. “Si quisiera tener relaciones sexuales con alguien, ¡me gustaría tenerlas contigo, Karl!”. “¡Para!”, grité, “¡Para! Eso nunca sucederá”, dije con más dureza de la que pretendía, “¡Soy tu padre, maldita sea!”. Me tranquilicé de inmediato y le expliqué de una manera que prácticamente podía sentir, el tabú del incesto. Me gustaba mirarla, me gustaba observarla, pero nunca me excitaba de la misma manera que con otra chica. No, ¡definitivamente no soy del tipo que se acuesta con su propia hija! Me miró con los ojos muy abiertos y vi cómo sus pensamientos se agolpaban. No se trataba de las leyes ni de si la gente hablaba mal de nosotros, continué, sino de la profunda inquietud que sentía. Para mi sorpresa, asintió, como si comprendiera. «Yo también lo siento un poco», admitió en voz baja, «supongo que te provoqué tontamente, ¡perdóname!». Todo volvió a la normalidad.

Para mi sorpresa, se quitó los pantalones y la ropa interior por completo y se sentó desnuda de nuevo. La miré atónito. “Simplemente me molestan”, explicó, “y no necesito avergonzarme más delante de ti, ¿verdad?”. No dije nada, y fue lo mejor. Puso los pies en el suelo y se recostó, con las rodillas separadas, y así se tumbaría de ahora en adelante. La examiné a la distancia de un brazo. Tenía un monte de Venus abundante y un fino vello oscuro que con los años se convertiría en una cresta, como le había pasado a Trixi. Sus labios vaginales eran perfectos, y entre ellos podía ver su clítoris; era idéntico al

de Trixi. A veces podía ver su pequeña vulva cuando se introducía un dedo para humedecerla. Se tocaba durante nuestras conversaciones, y cuando empezaba a masturbarse, me quedaba en silencio y la observaba. Solo tenía orgasmos pequeños y suaves por la tarde; solo le temblaban ligeramente las rodillas. Me había dicho que normalmente solo se masturbaba una vez por noche antes de dormirse, rara vez una segunda vez. La mayoría de las veces, lo hacía una segunda vez cuando sus fantasías la rodeaban, Trixi teniendo sexo con Ben y masturbándose. Estas imágenes de Trixi masturbándose la volvían loca, confesó. Bajó la mirada y añadió en un susurro que podía intensificar y prolongar sus orgasmos usando el mango de su cepillo para el pelo. Llevaba haciéndolo desde los ocho años. Vio mi sonrisa amistosa e interesada y continuó, animada: "Trixi me enseñó, y luego usé el mango para follarme todas las noches. Claro, mis amigas también. La mayoría ya no tenían himen — habían sido desfloradas por su padre, hermano o algún pariente — pero solo unas pocas tenían orgasmos. Aun así, nos lo pasábamos genial follándonos entre nosotras con el mango". Señaló con la barbilla hacia el estante, y ahora pude ver el cepillo para el pelo. Tenía un mango bastante grueso en el medio. Anni notó mi mirada. "¡El agujero de mi himen se había agrandado tanto que entró fácilmente, mi primer amante!" Ambas reímos, y murmuré que tenía que ver esto sí o sí. Ella asintió y cogió el cepillo. Se masturbó rápidamente, y antes de que comenzara su orgasmo, introdujo el mango en su vagina. Justo antes del orgasmo, soltó su clítoris, agarró el cepillo con ambas manos y se folló a sí misma, rápida y fuertemente. Entonces su orgasmo estalló, sus piernas temblaron violentamente, y continuó follándose a sí misma con los ojos cerrados, una y otra vez. Yo estaba increíblemente excitada; esta autofollada era alucinante. Se detuvo, abrió los ojos y me miró con una mirada de vergüenza que ocultaba un profundo dolor. Las lágrimas corrían por sus mejillas. "Ya ni siquiera tengo que preocuparme por mi himen", susurró con tristeza, "ya no".

Para distraerla, quería saberlo todo sobre las chicas que se quedaban a dormir en su casa; ese era uno de sus temas favoritos. Por suerte, Anni separó sus piernas, antes entumecidas, y sonrió mientras jugaba con su vulva. Siguió sonriendo, y la sonrisa brotó de ella. Se masturbaban unas frente a otras, se masturbaban entre ellas y se follaban entre sí con el mango de un cepillo para el pelo. Casi todas

las chicas sabían sexo clitoriano con clitoriano, y ella les enseñaba a las demás. A veces tomaba el papel dominante, a veces se dejaba follar pasivamente. Le gustaban ambas y no estaba segura de cuál prefería. En cuanto a sus himenes, les había preguntado a todas sobre ellos, y casi todas afirmaban que habían estado muy emocionadas por perder la virginidad y que había ocurrido por voluntad propia; algunas habían seducido astutamente a su padre o hermano. Solo tres o cuatro habían sido forzadas o violadas y estaban aterrorizadas de volver a tener sexo con un chico o un hombre. Otra chica tenía un agujero en el himen demasiado pequeño, y el mango no cabía. Todas las demás, debían ser unas 35, ya no tenían himen; cualquiera que aún fuera virgen a los 16 años era considerada una cobarde. Anni hablaba mucho sobre la pérdida de la virginidad; eran las chicas de 15 y 16 años las que presionaban para perderla a cualquier precio. Los hermanos o primos eran los más fáciles de seducir. Algunas, sin embargo, solo tenían a su propio padre en casa, así que era bastante normal que él las desflorara. En la mayoría de los casos, esto se hacía en completo secreto, ya que las madres no debían enterarse. La mayoría de las chicas se acostaban en secreto con sus padres una y otra vez, pero algunas se acostaban con sus compañeros de clase mayores e idolatrados. Anni se rió al contar la historia de una chica en particular. La chica de 15 años se había colado descaradamente en la cama de sus padres un domingo por la mañana. ¡Su madre estaba furiosa porque se había acostado con papá un domingo por la mañana! La descarada chica descubrió a su padre y apretó su cuerpo desnudo contra él. Ella comenzó a masturbarse hasta que él despertó. Continuó masturbándose y le susurró al oído que deseaba desesperadamente que la desflorara y la follara. Él estaba fuera de sí, aterrorizado por su esposa, pero la chica no se detuvo hasta que él gimió y cedió. La madre observó horrorizada cómo papá, sintiéndose muy culpable, desfloraba a la chica y la follaba como es debido. La madre se tapó la boca con las manos mientras él eyaculaba dentro de ella. La niña traviesa y descarada estaba encantada y no se dejó ahuyentar; se quedó en la cama matrimonial y esperó. Los padres finalmente se abrazaron, se besaron y se acariciaron, y con gran vergüenza, tuvieron sexo dos veces como de costumbre los domingos, aunque su hija los observaba. La madre, sin embargo, no se atrevió a masturbarse después como siempre hacía y, en consecuencia, estaba de mal humor. Su-

puestamente, dijo Anni, ahora simplemente se acuesta junto a sus padres cuando quiere que la follen, pero no le creyó a su amiga.

Su expresión se iluminó al ver el bulto en mis pantalones. Me bajó la cremallera y sacó mi miembro erecto. Interrumpió mi lamento casi bruscamente. "¡Esto no es sexo, es un servicio que siempre presto en la escuela!" Me masturbó hábilmente con su pequeño puño y dejó que mi semen salpicara su vulva. A pesar de mis vehementes protestas, lamió mi glande con la lengua. "¡Pero no te lo metas en la boca!", grité, pero no me hizo caso. Sus labios envolvieron mi glande y lo lamió con deleite. Sostuvo mi pene en su mano, con el rostro radiante. "¡Qué bonito es! ¡Parece un melocotón maduro y delicioso!" Dije muy débilmente que tal "servicio" era completamente inaceptable, pero ella solo se rió de mí. A partir de entonces, me masturbó persistentemente y con regularidad todos los días, y a veces incluso más de una vez, riéndose de todas mis reservas a medias. Ella acercó la punta de mi pene hasta su abertura vaginal y dejó que el semen entrara a chorros. Acercó la punta cada vez más, y yo gruñí con rabia. Ella lo entendió de inmediato y la apartó lo suficiente como para introducirla un poco en su abertura vaginal, luego, masturbándose vigorosamente, dejó que todo saliera a chorros dentro. Pero era innegablemente terca. La punta tenía que entrar muy profundo, hasta el fondo de su abertura vaginal, hasta que estuviera completamente dentro de su vagina. Anni entendió muy bien que esto estaba cruzando mi límite. No pude convencerla de que no lo hiciera; insistió obstinadamente y no me dejó detenerla. Luego se masturbó el pene con mucha determinación, y debió sentir cada movimiento intenso dentro de su vagina hasta que eyaculó, hasta la última gota tenía que entrar. Su expresión de satisfacción se convirtió en una sonrisa tímida cuando me miró después de que yo eyaculara. A veces jugaba con su clítoris con la otra mano hasta que temblaba ligeramente. Ella era increíblemente terca y no había manera de disuadirla. Lo hacía todas las tardes, cada vez que yo tenía una erección. Dejé de molestarme y lo acepté. Trixi seguía trayendo limonada y mirando. Se fue con una amplia sonrisa después de que Anni sacara mi pene de su vagina y lo lamiera hasta dejarlo limpio. Trixi solo hizo un comentario esa noche: "¡Se ha convertido en toda una zorra en la escuela! ¡Limpiarse después de eyacular, ¿quién hace eso?!" Y eso fue todo. Poco a poco también per-

dí mis reservas y finalmente lo encontré normal. ¿Sinceramente? ¡Me pareció genial!

Nunca volví a ver el cepillo. “Te he mostrado mi secreto oculto”, dijo Anni para concluir, “pero quiero que siga siendo un secreto”.

Esa noche le conté a Trixi sobre el intento fallido de Anni de acostarse con tres chicos en la piscina. Trixi se enfadó mucho, porque no era una buena noticia para la pequeña. Añadí que no me gustaba que Anni lo hiciera solo por su estatus social, pero que sin duda repetiría el experimento. Trixi cambió de tema. Le dije que Anni me había revelado un secreto: masturbarse con el mango de un cepillo. ¿Acaso ver a Anni no me ponía cachondo? Sonreí, no, no de la forma en que las chicas le sonríen a Ilse o a las prostitutas del turno de noche. No así, sino de una forma más reservada. Trixi me sonrió de reojo. “Claro que se me pone dura”, dije, “luego meto una mano en el bolsillo y dejo que me corra en la ropa interior”. No, Anni seguro que no se dará cuenta, me aseguraré de ello.

Anni y yo continuamos nuestras conversaciones, y a partir de entonces me acostumbré a verla completamente desnuda en la cama, acariciándose la vulva o frotándose el clítoris sin pudor, a menudo con mucha intención, hasta llegar al orgasmo. Ya no se sentía tímida conmigo y confiaba en que no abusaría de ella. Cada vez que tenía una erección mientras la observaba, tenía que sentarme frente a ella; ella introducía la punta de mi pene en su abertura vaginal y me masturbaba hasta que eyaculaba dentro de ella. En un rincón de mi mente, me parecía que esta era su estrategia para regresar al reino de la masculinidad. El hecho de que pareciera disfrutar masturbándome y lamiéndome el glande tal vez confirmaba mi teoría. Hablé con Trixi por la noche, a quien le costaba seguir mi hilo de pensamiento. — Es una provocación descarada — dijo Trixi — , quitarte toda la ropa y masturbarte, ¿quién hace eso? Desnudarse, frotarse el pene, dejar que alguien se corra dentro y luego lamerlo hasta dejarlo limpio, eso es bastante pervertido, ¿no crees? En parte estaba de acuerdo con ella. Pero Anni estaba pasando por un momento difícil; tenía relaciones sexuales con niñas pequeñas por la noche y no estaba segura de si era lesbiana. Era un acercamiento tentativo a “el hombre” con al-

guien para quien era intocable. Trixi no estaba convencida, pero pensaba que algo de cierto había en ello.

Al día siguiente, metí la mano bajo las nalgas de Anni y la levanté hasta el borde de la cama, separando sus glúteos para que su vulva quedara completamente expuesta ante mí. Quise retirar mis manos, pero ella susurró que las dejara allí, ¡que se sentía tan bien! Asentí y la levanté ligeramente, de modo que su vulva se abrió como una fruta madura. Sus dedos rozaban de un lado a otro como por casualidad, a veces ignorando su clítoris, a veces rodeándolo. Retiró el pequeño capuchón protector sobre su clítoris, que apenas medía dos centímetros y era rosado. Cuanto más lo estimulaba, más rígido se ponía, y luego se tornó rojo oscuro. Observé su dedo, que primero sumergió en su vagina para humedecerla, y luego frotó su clítoris. Al principio suavemente, pero luego vi cómo su clítoris se resistía valientemente a su dedo, elevándose de nuevo tras cada presión. Gradualmente, sus dedos frotaron su clítoris con más deliberación, principalmente de arriba abajo, insertando ocasionalmente un dedo brevemente en su vagina para humedecerla. Se frotó lentamente, con mucha suavidad y delicadeza. Solo su respiración me indicó que el orgasmo se acercaba mientras seguía frotándose. Cerró los ojos con placer y se dejó llevar. Levanté sus nalgas un poco más, de modo que su vulva quedó completamente expuesta, y entonces sentí el leve temblor de sus mejillas, porque en esas tardes solo se permitía orgasmos leves y discretos. Esperé a que se calmara por completo y la dejé deslizarse de nuevo sobre la cama. Me sonrió radiante. “¡Eso fue maravilloso!”, susurró con complicidad, sonriéndome con deslumbrante belleza. A partir de entonces, nuestras tardes siempre comenzaban así.

Una noche, después de haberle brindado a Trixi un orgasmo hermoso y satisfactorio tras el sexo, mientras seguíamos sentados en la cama fumando, Trixi sacó el tema. “Los vi a los dos, son tan voyeurs como yo, prácticamente le meten la nariz en la vagina”, dijo riendo. “¡Así que obviamente disfrutan viéndola masturbarse!”. Asentí; ¿qué más podía decir? Trixi fumó en silencio, pero no por mucho tiempo. “Todavía era una niña, de 7 u 8 años. La vi introducir lápices en su propia vagina y en las de las chicas a las que se les permitía quedarse a dormir, y las chicas sonreían y se empujaban entre sí. Tenía miedo de que se rompiera el himen, así que le hablé directamente. Le expli-

qué que tenía que tener cuidado con su himen y el de sus amigas. Escuchó atentamente; se lo expliqué muy claramente. Los lápices son demasiado afilados; podría hacerse daño con ellos. Había comprado un pequeño cepillo para el pelo y se lo di. El cepillo tenía un mango pequeño y redondeado, y le dije que el mango no era afilado y no era tan peligroso como un lápiz. Entendió y asintió con entusiasmo: ¡tanta información nueva a la vez! Le dije que probara el mango del cepillo de inmediato. Al principio, la ayudé a introducir con cuidado el mango a través de la abertura bastante grande de su himen. "Se siente muy agradable", susurró. Le dije que lo probara de inmediato. Con la cara roja como un tomate, usó el..." mango redondeado. Le dije que podía insertarlo muy profundo y definitivamente follarse más rápido y más fuerte con el mango. Rápidamente lo entendió, su respiración se volvió superficial, su corazón latía con fuerza. Su mano corría de un lado a otro, se tensó y se detuvo. "¿Es cierto, mamá?" preguntó sin aliento, y yo confirmé: "Sí, por supuesto, puedes hacerlo contigo misma todas las noches, o con tus amigas si quieres". A partir de entonces, se masturbaba con el cepillo para el pelo todas las noches. Tenía la intención de enseñarle cómo tener un orgasmo clitoriano, pero lo seguía posponiendo. Rápidamente aprendió a darse un orgasmo vaginal todas las noches con el cepillo y los cepillos más grandes que vinieron después. También lo intentó con sus amigas, pero muy pocas de ellas tuvieron un orgasmo vaginal, aunque todas se lo pasaron genial." Trixi hizo una pausa. "¿Te lo imaginas? ¡Mi pequeña está tumbada con las piernas abiertas en su cuna, dándose placer con creciente habilidad hasta un hermoso orgasmo vaginal, completamente natural! ¡Solo he tenido unos pocos orgasmos vaginales en toda mi vida, y ella lo hace todas las noches! Ella está creciendo con eso, ¡igual que yo crecí con la estimulación del clítoris! Me quedé callada; era lo correcto en ese momento, y Trixi continuó: «A los 14 o 15 años, ya había aprendido a masturbarse el clítoris y solo usaba el cepillo después de la estimulación con los dedos durante el orgasmo. Seguía dándose placer con el mango todas las noches hasta que... hasta que ocurrió la tragedia... para intensificar o prolongar su orgasmo». Trixi se quedó en silencio; el recuerdo de la violación de Anni aún la atormentaba. Después de un rato, dije que cuidaría bien de Anni; que no le harían más daño. Trixi me abrazó agradecida. «Sí, cuídala bien; ¡es tan joven y tan vulnerable!».

Pasaron las semanas. Anni seguía hablando de tener sexo con los chicos, solo en teoría. No quería fingir estar enamorada como otras chicas; solo quería sexo, no sentimientos fingidos. La animé, porque los chicos de su edad se devanaban los sesos tratando de averiguar cómo "conquistar" a una chica. Pero si dejaba las cosas claras desde el principio, los chicos sabrían a qué atenerse. Claro, los que necesitaban romance quedarían fuera de la contienda, pero ya habría tiempo para eso. Sin duda sabría cuándo se enamoraba. Me miró con los ojos muy abiertos. "¿Y... no te importaría?" Pude notar que lo estaba pensando. "¡Pero siempre hay que usar condón!", dije amablemente. "¡Un niño debe venir al mundo con cuidado, no tan imprudentemente como lo hicimos Trixi y yo!" Se rió. "Trixi me dijo exactamente lo mismo hace meses y puso dos paquetes de condones en mi mesita de noche". No pude reírme de eso. Trixi y yo sabíamos de lo que hablábamos. Le dije que si quería, podía dejar la puerta un poco entreabierta, "por seguridad y todo eso..." Ella sonrió muy dulce y tímidamente, "¡Gracias, de acuerdo!"

Semanas después, invitó a un chico a pasar la noche. Trixi estaba muy emocionada y me llamó varias veces al día, insistiendo en que tenía que estar allí sí o sí. Anni y el callado Freddy desaparecieron poco después de cenar. Trixi y yo nos agachamos en la rendija de la puerta. Anni claramente lo estaba pasando mal acurrucándose con él desnudo en la cama, besándolo, tocándole el pene. No funcionaba, podía sentirlo. Tenía el condón a mano, pero aun así no se atrevía a usarlo y le susurró a Freddy durante un buen rato. Le hizo una paja y luego una buena felación. Se tragó el semen con gusto, y le susurré al oído a Trixi que no sabía nada. Freddy se durmió, y Anni parecía estar cabeceando. Estábamos a punto de bajar sigilosamente cuando Anni empezó a masturbarse. La observamos, hipnotizados; después de su orgasmo, se giró de lado. Entonces bajamos sigilosamente.

Al día siguiente, tuve una larga conversación con Anni sobre el experimento de Freddy — y a ella le gusta más cuando le cuento todo con sinceridad y no le sermoneo como a veces hace Trixi — , inmediatamente se quitó los pantalones, como de costumbre, y se masturbó mientras hablábamos. De vez en cuando, abre las piernas y se masturba durante dos minutos con los ojos cerrados, luego vuelve a escuchar, y se masturba media docena de veces en tardes como esta.

Claro que se lo conté a Trixi, pero rara vez sube a espiar, y ni a Anni ni a mí nos molesta. «¡Soy una maldita voyeur!», se rió Trixi.

Las noches siguientes, Trixi y yo nos quedábamos pegadas a la rendija de la puerta. Anni le puso el condón al chico y dejó que la follara. Ella se corría con tanta facilidad y suavidad, incluso con los que no eran especialmente buenos en la cama. Durante las siguientes tres semanas, trajo a varios chicos a casa para follar todos los días. Aprendió sorprendentemente rápido y quedó satisfecha con casi todos. Solo hubo dos chicos que necesitaron más de un condón y que follaron a Anni sin piedad. Era increíble incluso verlo follar, y Trixi tuvo que contenerse para no correr a la habitación de Anni y dejarse follar tan bien también. Hablábamos de su follada todas las tardes, y yo la animaba siempre que podía. Era maravilloso que disfrutara tanto del sexo y que hubiera podido superar la violación en tan poco tiempo. Ella asintió con sinceridad: “¡Me ayudó mucho cómo Trixi y tú me cuidasteis!”.

Anni se giró directamente hacia mí, separó las piernas y comenzó a masturbarse a solo un brazo de distancia. Hizo una pausa y me miró con una mirada oscura y brillante. “Sabes, lo que más me gusta es que alguien me masturbe. Hasta ahora, solo han sido chicas, pero…” No terminó la frase y se recostó, relajada y expectante. Tenía bastante práctica; en 15 años con Ilse y sus chicas, uno aprende un par de cosas. Y Trixi, que siempre se masturbaba suavemente hasta el orgasmo durante el sexo, siempre me dejaba masturbarla suave, tierna, firme o rápidamente después.

Me incliné hacia adelante y Anni suspiró profundamente mientras tocaba su clítoris y presionaba la piel circundante para hacerlo más prominente. Anni se tapó la boca con el brazo y pude oír por su respiración, sus jadeos, que el orgasmo se acercaba. Justo antes de llegar al clímax, se incorporó y me abrazó, luego se dejó llevar y presionó sus labios contra mi cuello. Se estremeció y tembló, y luego se calmó. Su mirada se posó en mis pantalones abultados. Antes de que pudiera decir nada, se arrodilló, me bajó la cremallera del pantalón y tomó mi erección en su boca. Rara vez había recibido una felación antes, ¡y lo que Anni me hizo con su lengua y su puño fue divino! Después de solo unos segundos, me dejó eyacular profundamente en su boca y

continuó frotando mi pene hasta que paré. Se tragó el semen, se limpió la boca con el dorso de la mano y me miró con una expresión radiante. “¡Eso lo aprendí en la escuela!”, sonrió con picardía y se sentó en la cama.

Mientras guardaba mi pene con timidez, murmuré incoherencias. Padre, incesto, hija, etc. Y por supuesto: “¡Eso es imposible, absolutamente imposible!”. Ambos murmurábamos lo nuestro, sin escucharnos. Me quedé callado; la felación me había avergonzado profundamente, pero también me había impresionado. Anni me sacó la lengua, puso la mano sobre mis rodillas y dijo con firmeza: “¡Tonterías!”. Nos sonreímos y luego nos reímos.

Durante los siguientes diez días, fue siempre lo mismo: me dejaba masturbarla y, a pesar de mis débiles protestas, me hacía una felación. Su técnica con la lengua me dejaba boquiabierto cada vez; ¡nunca había recibido una felación tan increíble! Sin inmutarse y persistente, lo repetía cada tarde. Continuábamos nuestras largas conversaciones vespertinas, y ella se tumbaba con las piernas abiertas frente a mí, jugando con su vulva y su clítoris. Cuando cerraba los ojos y se masturbaba intensamente, yo permanecía en silencio hasta que terminaba. Nunca duraba mucho, y eran solo orgasmos leves y breves.

Y entonces, sucedió lo impensable. Al undécimo día, esperaba lo mismo que el día anterior. Pero Anni me sorprendió, me abrumó. En lugar de arrodillarse para una felación, ella, como siempre, sacó mi pene y se sentó sobre él en un movimiento rápido, mi pene deslizándose sin esfuerzo en su vagina. Ignoró mi grito de sorpresa o mis intentos a medias de resistirme. Me agarró por los hombros y comenzó a cabalgarme, mirándome con los dientes al descubierto, cabalgando mi pene como una furia impulsada por una mujer. La miré a la cara, que rebotaba arriba y abajo frente a la mía con esfuerzo. ¡Qué rápido y qué fácil se corrió! ¡Solo tembló un par de veces y simplemente siguió cabalgando! Tuve que cerrar los ojos ante lo inevitable: ¡me corrí y me corrí y me corrí! Me soltó y se sentó en la cama, con las piernas bien abiertas. Su rostro lo expresaba todo: triunfo, satisfacción, inmenso orgullo.

Me ajusté los pantalones y empecé a despotricar. Sí, despotricé con vergüenza porque solo me había resistido a medias. Mis palabras resbalaban sobre ella como gotas de lluvia en un cristal. ¿Padre, hija, incesto? Sonrió con insolencia: «¡A quién le importa! ¡Me importa un bledo el incesto! ¡Todas mis amigas lo hacen!». Pero se estremeció cuando continué, explicando que en realidad había sido una violación. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Dejé de divagar. Estaba realmente conmocionada; ¿cómo podía ella, precisamente ella, violar a alguien? La abracé con ternura, para tranquilizarla. Hablamos intensamente del tema y la calmé. Técnicamente, era una violación. ¿Pero quién quiere analizar estas cosas desde un punto de vista técnico o legal? Fue una agresión, no fue consensuada, y eso era lo que importaba.

Anni lo entendió de repente. ¿Pero hacerlo sin condón? Se encogió como si estuviera bajo un látigo. “¡La próxima vez no lo olvidaré!”, y la interrumpí furiosa: “¡No hay próxima vez!”. Tartamudeó que aún no le había bajado la regla, así que no había nada de qué preocuparse. — Un largo silencio puso fin a la conversación. Hablamos de sus experiencias con chicos, y la tensión se disipó. Le encantaba hablar de sexo y ya no tenía miedo: si tuviera que elegir, preferiría a los chicos. Pero también disfrutaba del sexo con chicas. Asentí con la cabeza. Eso se llama bisexualidad; la mayoría de la gente es bisexual al menos parte del tiempo.

Y por supuesto, hubo una próxima vez, al día siguiente. Me dejó masturbarla con placer, sacó mi pene y se puso un condón. “¿Está bien?”, preguntó, y sin esperar mi respuesta, se sentó a horcajadas sobre mi pene. Igual que ayer, me cabalgó rápido y fuerte, mostrando los dientes mientras llegaba al orgasmo. Hundió sus dedos en mis hombros y dejó que el orgasmo llegara. Momentos después, me cabalgó de nuevo, durante lo que pareció una eternidad, y su orgasmo nos sorprendió a ambos. Era su tercer orgasmo en total, y ya había tenido suficiente. “¿No puedes correrte?”, susurró, y yo negué con la cabeza con tristeza. Su rostro se iluminó de repente, se arrodilló frente a mí, se quitó el condón y me hizo una felación maravillosa. Solo segundos después, me corrí en su boca.

Esa noche, Trixi sacó el tema. Poner la cabeza de su pene dentro de su vagina y dejarme masturbarme y eyacular dentro de ella... todo apuntaba al incesto, ¿no? Me quedé en silencio, debatiendo desesperadamente si debía contárselo todo. Pero claro, Trixi no esperó mi respuesta. "Lo vi todo hoy, desde el principio; estaba justo a tu lado. Te bajó los pantalones con una amplia sonrisa y se sentó frente a ti. Agarró tu pene e introdujo la cabeza tan profundamente que quedó completamente dentro. Me miró brevemente y sonrió. Luego debió de masturbarte el pene durante un buen rato y solo paró cuando eyaculaste dentro de ella. Pude ver su triunfo en su sonrisa de satisfacción, pero no me volvió a mirar y en su lugar se llevó la cabeza de su pene a los labios y la lamió. ¿He olvidado algo? No, creo, y quiero decir, ¡esto nos llevará directamente al incesto!" Trixi hizo una pausa pensativa. "Le dejaría a ella la decisión de si quería ir más allá. No me opondría; sería su deseo, su voluntad, sus sentimientos. Y tú no eres del tipo que le haría daño en contra de su voluntad, ¿verdad?" Tuve que responder de inmediato. Asentí y murmuré que, por supuesto, nunca lastimaría a Anni. Para Trixi, el aspecto legal del incesto era completamente irrelevante. Continuó explicando que en su juventud, la mayoría de las chicas se acostaban con sus padres o hermanos. Solo que nadie hablaba de incesto. Sabía por Anni que era exactamente igual en su círculo de amigas. Simplemente no quería que su pequeña sufriera daño o injusticia. Por lo demás, no le molestaba que Anni y yo nos dirigiéramos inevitablemente hacia el incesto. Por un lado, me sentí aliviado, pero por otro, molesto. ¿Cómo podía Trixi estar tan segura? Me resistí con vehemencia y no lo demostré. Simplemente no podía convencer a Anni de que no me metiera mi pene en su agujero mientras se masturbaba y me dejara eyacular dentro. Cruzó mi límite con una sonrisa pícara, eso era cierto. Pero negué rotundamente que me gustara el incesto. Fui débil y la dejé salirse con la suya, es verdad, dije con pesar. Trixi dijo que no tenía padre, de lo contrario, sin duda se habría acostado con él. "Me dejaban dormir en casa de mi madre los domingos, y ella nunca ocultó que se masturbaba a diario, así que aprendí a hacerlo desde muy joven. Más tarde, cuando tenía unos 12 o 13 años, me dejaban quedarme en la cama y, por supuesto, mirar cuando tenía sexo con su amante de una noche del domingo por la mañana. Siempre me animaba a acercarme mucho y observar el sexo de cerca, incluso a tocarlo con la mano. Hacía que sus amantes tuvieran una segunda o tercera ronda para que

yo pudiera aprender algo. Me dejaba tocar y explorar sus penes a fondo; me enseñó a hacer una paja incluso entonces y me hacía practicar una y otra vez. — Era una mujer maravillosa, iluminada y cariñosa que me inculcó una relación sana con mi cuerpo y con la sexualidad." Trixi se quedó muy callada, porque su madre había muerto de cáncer cuando Trixi tenía 18 años. Esperé un rato, luego murmuré que nunca lastimaría a Anni, y que si ella me llevaba al incesto, que así fuera. Le agradecí que se lo tomara con tanta ligereza y que no armara un drama, le dije a Trixi, quien me miró con una mirada felina desde sus ojos verdes. — Maldita sea, ¿cuánto sabía realmente?

Para cambiar de tema, le conté a Trixi que Anni finalmente había logrado dejar que los chicos la follaran en secreto en la piscina. La presión social era tan intensa que simplemente tuvo que hacerlo. Le había dicho a Anni que entendía que quisiera estar en la cima, pero que debía escuchar su voz interior y prestar atención a sus sentimientos y a su cuerpo. Eso era importante, en mi opinión. Trixi, por supuesto, quería los detalles. Normalmente deja que un chico la folle, a veces varios, hasta cuatro seguidos. Abraza a su amiga y se aferra a ella con fuerza. Su amiga la masturba todo el tiempo y ella tiene orgasmos con frecuencia. Los chicos solo pueden follarla por detrás, y Anni habló con entusiasmo de cómo podía sentir claramente cómo eyaculaban dentro de ella. Los chicos la sujetaban de las caderas y la follaban con todas sus fuerzas, y se les permitía eyacular dentro de ella al final, pero muchos se retiraban y eyaculaban en el agua. Le conté a Trixi todo lo que sabía, y ella sonrió de oreja a oreja. "¡Lo logró! ¡Lo logró!" Trixi seguía diciendo.

Durante aproximadamente un mes lo hicimos en secreto. Anni solía quedar satisfecha con un orgasmo mientras cabalgábamos, rara vez con dos. Para terminar, me hacía una felación; siempre era lo mismo porque no podía eyacular dentro de ella. Dejé que las riendas se me resbalaran; realmente deberíamos dejar de hacer eso, pensaba eso todos los días.

Una noche, Trixi estaba furiosa. No quería hablar conmigo, no quería tener sexo conmigo. Me devané los sesos; nunca antes se había comportado así. Lo mismo sucedió a la mañana siguiente. Un desayuno sombrío y silencioso. Antes de que saliera de casa, le pregun-

té. Se detuvo, con las llaves en la mano, y se giró lentamente. "¡Lo vi, te la metiste en la garganta!". Me miró acusadoramente y mi mente se aceleró. ¿Cuánto había visto? ¿Qué exactamente? Permanecí en silencio, visiblemente luchando por encontrar las palabras. La casualidad me salvó. Trixi sonrió. Tenía que irse, dos vuelos de larga distancia. Pero se tomaría el día libre después y vendría a almorzar, entonces podríamos hablar, ¿de acuerdo? Respiré aliviado y confirmé que pediría algo del restaurante italiano, y luego podríamos hablar. "¡Pizza de salami!", dijo Trixi y se fue rápidamente.

Al mediodía, decidí una estrategia proactiva: le contaría todo a Trixi, honestamente, porque ya estaba decidido a casarme con ella y no mentirle a mi esposa; no, ni siquiera iba a empezar por eso. Comimos nuestras pizzas y primero la sonsaqué información. Ella solo había visto a Anni arrodillada frente a mí, masturbándome el pene con la boca y dejándome eyacular profundamente dentro de ella. Empecé a contarle todo, pero me interrumpió. "No quiero saberlo todo, cariño. Estaré aquí esta tarde y hablaré con Anni. Un chico nuevo viene a trabajar para ella por la noche. ¿Estarás allí entonces?" Tenía turnos de tarde que comenzaban a las 4 p.m. y no volvería hasta después de medianoche, dije. "¿O debería llamar para decir que estoy enfermo?" Trixi lo descartó. "No hay problema, puedo cuidar de Anni yo solo". Escalonamos nuestros turnos; necesitábamos el dinero. Serví un pequeño espresso, al estilo italiano. Trixi me preguntó si quería seguir con Anni. No me dejó hablar más y tomó un sorbo de su espresso. "Probablemente no le hará daño, todo lo contrario, ¿no crees?"

La conocía desde hacía tiempo, no esperaba respuesta. "Probablemente ella empezó, nunca has sido muy buena eyaculando por la boca, y ella misma me dijo que hace muchas felaciones en la escuela".

Observé a Trixi; así era ella. Esa era su manera de manejar las cosas. A menudo tomaba las riendas de sus pensamientos y no esperaba que yo le respondiera. "¿Y a ti te gusta, verdad?" Ese "¿verdad?" exigía una respuesta binaria, un sí o un no. Asentí. ¡Sí!

Trixi era una persona práctica. "Nunca me lo han rociado en la boca, como sabes. Pero puedo pedirle a Anni que me enseñe y aprender, si tanto te gusta. No debería ser tan difícil, ¿no crees?"

Ella también esperaba una respuesta aquí, yo ya estaba acostumbrado. Negué con la cabeza; el sexo oral no era tan importante para mí. Claro que podía aprenderlo, solo tenía que superar la inhibición psicológica o el asco natural al tragar semen. Ella asintió, muy satisfecha. "¡Eso haremos! Anni me enseñará y luego lo haremos cuando quieras o cuando tenga la regla."

Sin preámbulos, me preguntó si tenía ganas. "Anni todavía está en la escuela, y un rapidito es fácil". No me importaba si Anni estaba en casa; yo decidía cuándo quería tener sexo. Ahora era un buen momento, dije. Entramos al dormitorio y tuvimos sexo después de un día de estúpida abstinencia. Tuve mucho tiempo y la masturbé intensamente hasta que quedó exhausta. Nos abrazamos, y ella susurró lo estúpida y celosa que había sido, pero me quería mucho, y así es como surgen los celos tontos. La besé profunda y agradecida; era una buena mujer, y podía sortear todos los obstáculos por los dos sin que yo tuviera que hacer demasiado.

Me metí en la cama con mucho cuidado después de medianoche, pero Trixi se despertó y seguía queriendo tener sexo. Mientras la masturbaba, como de costumbre después del sexo, empezó a hablar sin parar. Había hablado con Anni, y en realidad había sido idea de Anni, la de eyacular en su boca. Anni había llamado al chico y le había dicho que viniera con un amigo. "Mi hija es tan brillante como yo", dijo Trixi, "claro que necesitábamos un segundo chico si quería aprender a hacer una mamada". "Fue tan excitante, cariño, nos metimos en la cama con dos chicos, practiqué mamadas tragando con los dos, ¡podía hacerlo bien desde el principio!" Trixi rió y sonrió. "Por supuesto, los chicos podían follarnos a las dos tantas veces como quisieran. Pero Anni siempre se ponía un condón, ¡era una cuestión de honor! Cuando los chicos ya no podían más, se iban a casa. Anni me preguntó si debía enseñarme a follar clítoris con clítoris, pero me negué, estaba agotada".

Le pregunté si la habían follado bien, y me miró asombrada. "¿No estás celoso, verdad, Karl?" Negué con la cabeza y la masturbé de nuevo. Cerró los ojos de placer y continuó; había olvidado por completo cómo se sentía el delgado pene de un chico de 16 años. Los chicos follaban lo mejor que podían, pero no tan bien como un hombre

adulto. Anni solo dejó que uno de ellos la follara y se cansó enseguida; dejó que los dos la follaran hasta que no pudieron más.

Trixi me abrazó después de su segundo orgasmo. Esta vez la había masturbado con más fuerza e intensidad de lo habitual, y tuvo un orgasmo muy potente. Antes de quedarnos dormidas, murmuró lo agradecida que estaba por haber propiciado aquella noche tan emocionante con dos jóvenes encantadores. Me prometió que me devolvería el favor; estaba segura de que se le ocurriría algo emocionante. Se quedó en silencio y se durmió. Yo no había propiciado nada, pero me alegré de que Anni se hubiera quedado callada, o de que Trixi no nos lo hubiera reprochado, o — lo más probable — de que Trixi no hubiera escuchado realmente su confesión. Reflexioné sobre las posibilidades hasta que me quedé dormida.

Anni se rió a carcajadas cuando mencioné la versión de Trixi. Así que no fue exactamente así después de todo, y Anni me dio su versión. Trixi les había hecho sexo oral a ambos chicos al principio; había escuchado la teoría y pudo hacerlo de inmediato. Se tragó su semen después de una pequeña vacilación. Después, no pudo contenerse y los manoseó y acarició a ambos hasta que volvieron a estar duros. Anni tuvo sexo con su novio desde el principio, el que ella había invitado primero. Con condón, por supuesto. Tuvo sexo con él dos veces y se masturbó en secreto a sus espaldas durante su descanso. Continuó masturbándose en secreto a sus espaldas mientras ellos observaban a Trixi y al otro chico teniendo sexo. Los chicos estaban un poco intimidados porque aparentemente nunca habían visto a una mujer masturbarse antes, y Trixi se masturbó durante cuatro horas seguidas. Anni vio que Trixi se masturbaba solo de forma suave y delicada y también solo tenía orgasmos suaves y delicados. Solo temblaba un poco durante el orgasmo, eso era todo. Pero ella se los folló a ambos alternativamente durante cuatro horas sin apenas descanso. Anni ya la había visto follar antes, pero era la primera vez que era tan exigente que los chicos apenas tenían tiempo para respirar. Me reí; hacía tiempo que había visto a Trixi follar con tanta furia.

Recogí a Gina del Hotel Excelsior temprano por la mañana; era una de mis prostitutas favoritas y me esforzaba por llevarla a casa al menos una vez por semana. Tenía poco más de veinte años, era in-

creíblemente hermosa y se tambaleaba hacia mi taxi, cargando una docena de bolsas de la compra. La subí con las bolsas, se sirvió un trago doble y desapareció en el baño. Por seguridad, siempre usaba condones con todas las prostitutas, sin excepción, y Gina era la única que se ponía el condón en la boca y se lo desenrollaba con los labios. Me reía cada vez; incluso cuando estaba un poco ebria, lo hacía a la perfección. Después del maravilloso sexo — la mayoría de las prostitutas son maravillosas en la cama — nos sentamos a fumar. Gina me entregó un paquete, un regalo, dijo. Era un reloj de pulsera suizo muy bonito; le di las gracias, aturdido. Sonrió con picardía y dijo que solo tenía que darle un pequeño empujón a Mick; su chófer favorito necesitaba un reloj nuevo. Mick era su principal cliente, viudo, sin hijos e increíblemente rico. Ella aún estaba debatiendo si aceptar su propuesta de matrimonio. Él solo era capaz de hacer masturbaciones o sexo oral en estos días, y eso la asustaba un poco. Gina sacó su vibrador y se masturbó con evidente placer, porque nunca tenía un orgasmo durante el sexo. El vibrador solo podía operarse manualmente; la batería estaba agotada. Por enésima vez, decidí conseguir una batería nueva. Gina llegó a su clímax; tiró el vibrador sobre la sábana, y yo apoyé mi cara en su monte de Venus, como de costumbre. Su clítoris era apenas una cuarta parte del tamaño del de Trixi y Anni; siempre permanecía oculto bajo la carne. Sus dedos recorrieron el clítoris invisible hasta que se convulsionó en un orgasmo intenso. “Nunca me masturbo cuando estoy con un cliente; eso es privado, ¡no está a la venta!” Gina me abrazó de lado. “Te gusta mirarme, ¿verdad?” Y asentí; Me resultó realmente excitante ver a Gina masturbarse.

Anni llegó a casa de buen humor a la hora del almuerzo. Entré enseguida en su habitación; ya me estaba esperando desnuda en la cama. Tenía que decirme algo sí o sí, así que me senté en la silla junto a la cama. «Hoy me atreví a estar al lado de las otras chicas», empezó, radiante, y se acarició la vulva distraídamente. Tuve que concentrarme un momento: miércoles, piscina, ajá. Hasta ahora, solo me había atrevido a follarme a un tío en un lugar apartado, como ya sabéis. Hoy, estaba al lado de unas chicas a las que un montón de tíos les estaban follando en la piscina. Como las demás, abracé a mi novia y nos dimos besos franceses apasionados durante una hora. Me quité la parte de abajo del bikini del todo para que no me molestara. Saqué

el culo y dejé que los tíos me follaran uno tras otro. Me encanta besar a mi novia; ¡siempre me recorre un escalofrío hasta el clítoris! Me masturbó durante una hora y tuve unos orgasmos preciosos mientras me follaban uno tras otro. Mi novia ha perfeccionado la técnica de masturbarme suavemente hasta un pequeño orgasmo y luego continuar inmediatamente. Es increíblemente excitante que te follen mientras tienes un orgasmo; podía sentir las rápidas embestidas de mis pollas, así como los chorros dentro de mí. ¡Fue taaaan bueno! Nos reímos de que lo llamara conejo, pero ella pensó que era revelador porque la mayoría apenas duraban un minuto antes de eyacular. Pasó dos horas contándome sobre el sexo maravilloso y los besos intensos con su novia. Finalmente, cuando el sexo en general terminó y ella se estaba frotando contra el cuerpo de su novia, y aún se besaban maravillosamente, y su novia la acariciaba con dos dedos extendidos, la novia divisó un objeto inalcanzable de su afecto. Después de mucho ir y venir, Anni logró despedir a su novia. Regresó después de un minuto; ¡él venía! Ahora era Anni quien estaba de espaldas al borde de la piscina, y su novia la sujetaba, ofreciéndole su trasero al hombre inalcanzable. Llevaba un traje de baño de una pieza, y Anni apartó el borde inferior para que él pudiera entrar. La novia cerró los ojos y hundió su rostro en el cuello de Anni. Apenas pasó un minuto, y el tipo ya se había ido, para cuando Anni había llevado a su amiga a un poderoso orgasmo. Era la primera vez que se dejaba follar en la piscina; normalmente, solo tenía sexo en casa con su hermano pequeño. Su amiga sonrió radiante. Sabía que nunca lograría conquistar a ese tipo inaccesible como novio, pero al menos ahora se dejaría follar por él, pensó riendo feliz.

Trixi notó, por supuesto, que me cansaba fácilmente esa noche. Le conté todo sobre Gina y le mostré el reloj nuevo. Debí haber descrito la masturbación de Gina por centésima vez; Trixi no se cansaba de escucharlo. “Muchas mujeres tienen un clítoris tan pequeño que el ojo masculino inexperto no puede verlo”, dijo mi súper inteligente esposa. Luego le conté sobre el sexo de Anni en la piscina y sobre su amiga. Anni no sabía con cuántos hombres se había acostado, pero al menos doce. Le dije a Trixi, mirando hacia abajo, que Anni me había masturbado durante dos horas esa tarde. Vi la mirada escéptica de Trixi, por supuesto, y tuve que explicarle. Anni se había acercado mucho a mí, me había bajado los pantalones y me había metido el

glande completamente en su vagina; ahora siempre hacía eso. Me masturbó, y cuando estaba a punto de eyacular, metió mi pene hasta el fondo y me dejó eyacular profundamente dentro de ella. Quise sacar mi pene de nuevo, pero ella lo mantuvo medio dentro durante dos horas. Habló y habló, volviéndome loco con sus historias sexuales. Inmediatamente reanudó la masturbación cada vez que se me ponía duro. Y cuando me corrí, lo empujó hasta el fondo, dejando el espacio justo para que sus dedos me frotaran hasta que me corrí. "Tenías razón, inevitablemente se dirige hacia el incesto", dije lastimosamente. Trixi me abrazó y me revolvió el pelo con cariño. "No te preocupes tanto, cariño, simplemente deja que suceda. Ella te follará algún día; incluso hoy en día, muchas chicas se acuestan con sus padres cuando son jóvenes. Sabes que no me importaría si fuera idea suya". Se quedó en silencio, y yo esperé. Entonces dije que me habían enseñado el tabú del incesto desde pequeño, aunque sabía perfectamente que sucedía en la vida real. Permanecí en silencio; tenía la garganta anudada. Trixi me acarició el pelo suavemente. — Lo sé — dijo en voz baja — , tu hermana pequeña se acostó con tu padre durante años, y tu madre quería castigarlo y vengarse. Te dejó acostarte con ella durante toda tu adolescencia, hasta que nos conocimos. — Me recompuse — . Y a pesar de todo, ambos defendieron el tabú del incesto como si fuera una ley de la naturaleza; tanto mi hermana como yo sufrimos durante años con esta contradicción. — Sentí las viejas heridas, pero estaba dispuesto a dejarlas sanar. Pensé durante un buen rato si debía contarle todo a Trixi ahora, pero decidí no hacerlo — . Gracias por confiar en mí y por tener una opinión tan clara al respecto — la abracé, a mi futura esposa — . Si sucederá hoy o mañana, no puedo decirlo. ¡Pero me alegra que me apoyes incondicionalmente! — Bien, eso fue suficiente.

Nos sentamos uno al lado del otro en la cama, fumando nuestros porros. Nunca habíamos hablado de eso antes, y presentí que Trixi quería hablar ahora. "Aún no tenía ni 13 años", comencé, "cuando me llevó a su cama por primera vez, y claro, no sabía por qué. Hasta entonces, solo me había masturbado para aliviar la presión, y ahora, de repente, me permitían follarla tan a menudo como quisiera, al mediodía, por la tarde, por la noche y por la madrugada. Me pavoneaba con el pecho inflado, pero aún no me permitían contárselo a nadie. La arrastré de la mano a mi casa para la noche de chicos. Me dejó

desnudarla sin resistencia, y los Mosqueteros la miraban con los ojos realmente abiertos. Nunca fue guapa; era bajita y propensa a engordar. Sus pechos colgaban como globos pesados, y un espeso vello negro crecía sobre su hendidura. La hendidura misma, sus labios, estaba obscenamente desnuda; no había ni un solo pelo. Separó sus labios con las manos y mostró su clítoris, que era pequeño, rígido y de color rojo oscuro. Se podía ver directamente dentro de su coño, hasta sus riñones, como Karl el Corto comentó con una sonrisa. Sus dedos jugaban con su clítoris rígido e indomable mientras estaba de pie frente a nosotros. Por supuesto, yo no sabía entonces que estaba cachonda y excitada por la anticipación. Era el viaje inaugural de los Mosqueteros; se nos permitía follarla tan a menudo como quisiéramos. Los Mosqueteros guardaban un silencio sepulcral cuando la follaba; todos eran conscientes de la enormidad de aquello. Durante años, nos dejó follarla a todos en las noches de hombres. Era muy pasiva y nunca dejaba entrever si se excitaba mientras la follaban. Nunca se masturbaba delante de los Mosqueteros; solo lo hacía cuando los dos estábamos follando. Nunca tenía un orgasmo durante el sexo, pero abría las piernas como alas de mariposa y me dejaba observar su intensa masturbación con una sonrisa maliciosa. Eso le garantizaba otra follada. Pronto me sentí como su esclavo sexual y que ella también quería castigar al padre que se había follado a mi hermana pequeña. Pero yo... "No escapó de ella durante mucho tiempo".

Trixi encendió los siguientes porros. Inhalé con placer y continué hablando. «Te colaste en nuestras noches de chicos un par de veces y, a pesar de tu desprecio, te quedaste hasta el final». Trixi añadió: «Era la primera vez que veía sexo en grupo; era increíblemente excitante y repulsivo a la vez. ¡Jamás olvidaré su mirada altiva y triunfante mientras la follabas!». Permanecimos en silencio unos instantes, mientras las imágenes volvían a mi mente. Cuando me diste el ultimátum, no lo pensé dos veces. Te amé con todo mi corazón y le prohibí a mi madre venir a la noche de chicos. Incluso dejé de ir a las noches de chicos por un tiempo, así de en serio me tomé mi promesa. No he vuelto a dormir en su cama desde entonces. Pero claro, ella no lo aceptó. Se colaba en mi habitación todas las noches, y tenía que acostarme con ella una o dos veces antes de que se fuera. En aquel entonces, ella era la única que me dejaba verla masturbarse; tú solo lo hiciste muchos meses después. Solo paró cuando cumplí 18 años,

terminé la escuela y conseguí una habitación de estudiante. Trixi se acurrucó junto a mí. “Recuerdo lo mucho que me dolió verte follarla. Solo volví a la noche de chicos cuando prometiste que no la follarías más, ni siquiera en la noche de chicos. Estaba completamente devastada en ese entonces y no hablé con mi madre hasta semanas después. Ella me aconsejó que aclarara las cosas, aunque ella entendía mejor que yo por qué te la follabas. Me aferré a la idea de follarme a mis amigas por las tardes durante mucho tiempo después de eso. Estaba increíblemente ansiosa y feliz de dejar que me masturbaran hasta la locura o de follarlas clítoris con clítoris, mucho después de que me hubieras quitado la virginidad, mucho después de que hubiera empezado a follarme a tus mosqueteros. ¡Nunca te lo conté porque me daba muchísima vergüenza engañarte todas las tardes con mis amigas!” Guardamos silencio durante mucho tiempo, porque nos habíamos guardado gran parte de este secreto.

Me fumé un tercer y último porro y sentí mi alma flotando en un lago liso como un espejo. Trixi murmuró: “¿Cómo estará mi hermana?”. Había hablado con ella hacía unas semanas, mentí con suavidad y pude informarle. “Sigue yendo a ver a su padre una, dos o tres veces por semana y teniendo sexo con él. Su marido, agradable pero desconectado de la realidad, estaba, como siempre, desempleado y encorvado sobre sus libros de latín y griego. Lo sabía, pero no le molestaba que ella se acostara con su padre. Disfrutaba teniendo sexo con ella, pero era malo en ello: ¡entra y sale, gracias, señora! Es autista y no entiende a las mujeres, y levanta la vista de sus mensajes con una mirada de comprensión cuando ella se masturba en la cama. No tiene ni idea de por qué se masturba. No conoce el concepto de sexo ni de masturbación, y ella tuvo que explicarle después de la boda que se suponía que los maridos y las mujeres debían tener sexo por la noche”. Todavía me caía bastante bien; Él era muy cariñoso con mi hermana pequeña. “¡Un verdadero cabeza hueca, ese tipo!” Trixi se rió. Sentí lástima por mi hermana pequeña; siempre estaba aterrorizada de quedar embarazada, y ya había abortado. Pero a su padre no le importaba; quería follarla los sábados por la noche y los domingos por la mañana tan a menudo como pudiera. Daba por sentado que mi hermana ahora se quedaba a dormir en su casa varias veces por semana y se acostaba con él humilde y servilmente. La visión de Trixi se nubló; el porro la hizo suave y delicada. “¿Alguna vez te la has

acostado?" susurró, y yo me reí a carcajadas. "¡Qué pregunta!" Me miró borracha. "¡Sé honesta!" Me recompuse. "Pero claro, desde que mi padre la desfloró cuando tenía 12 años, y durante mucho tiempo después, hasta que me mudé, y para entonces ya te conocía desde hacía un año. Ella solía meterse en la cama conmigo mucho después de que yo volviera de la habitación de mi madre y ella de la de mi padre. Se acurrucaba conmigo y a veces lloraba desconsoladamente porque le daba mucha vergüenza estar tan apegada a haber tenido sexo con mi padre. Teníamos sexo casi todas las noches, en silencio, y a veces era muy triste, ¡pero nos queríamos muchísimo! Nunca la vi masturbarse, aunque se masturbaba todas las noches en la oscuridad a mi lado después del sexo, a menudo durante mucho tiempo. Siempre le gustaba abrir las piernas y ponerlas encima de mí y tocarse, así que pude experimentar su masturbación y sus orgasmos de cerca. Nunca me dejaba encender la luz; decía que solo podía masturbarse en la oscuridad." Tranquilicé a Trixi; no he tenido sexo con mi hermana desde entonces. No sé por qué se lo oculté a Trixi, pero algún día se lo contaré todo.

Cuando tenía una tarde libre, la visitaba para tener sexo. Como había estado felizmente casada, me daba besos franceses íntimos y, durante nuestros descansos, se masturbaba sin pudor alguno, dejándome mirar sin reparos. No era ni de lejos tan buena en la cama como mis jóvenes prostitutas de clase alta, pero la amaba con todo mi corazón, a mi hermanita. Claro que podía correr dentro de ella, decía siempre antes de cada encuentro, pero no debía dejarla embarazada. Normalmente teníamos sexo dos veces con un descanso entre medias, porque después del sexo — ya que nunca llegaba al orgasmo y solo se excitaba mucho — quería masturbarse rápida y fuertemente hasta el orgasmo. Teníamos sexo despacio y sin espectacularidad, y mucho antes de que yo eyaculara, me susurraba cosas sexys al oído. "¡Oh, qué bien se siente! ¡Puedo sentirte, sentir tu polla fuerte penetrando en mi agujero! ¡Y correte, correte cuando quieras, lléname con tu jugo!". No sé de dónde sacó eso, quizás de su padre. Me abrazó con fuerza cuando eyaculé. «¡Adelante, ven, cariño, ven dentro de mí! — ¡Pero por favor, por favor, por favor, no me dejes embarazada!», me susurró con temor al oído. Su querido esposo levantó la vista de sus libros y murmuró entre dientes que no debía dejarla emba-

razada, que le aterraba la idea. Rara vez nos miraba mientras teníamos relaciones sexuales, aunque estaba a solo un brazo de distancia.

Los días pasaron volando, y Anni y yo nos cuidamos de que Trixi no nos viera por las tardes. Había olvidado por completo el "regalo de agradecimiento" después de solo una semana. Nos fuimos a la cama poco después de cenar, y Trixi me miró radiante como un ciervo deslumbrado. "Aún tengo que darte las gracias, ¿te acuerdas?" Asentí, aunque... Bueno, sí. Tenía casi 35 años; la edad y el olvido te alcanzan pronto. Trixi se deslizó desnuda fuera de la cama y fue a las escaleras, llamando a Anni. Anni bajó, con una toalla de baño envuelta alrededor de las caderas. Entró, se quitó la toalla y se acostó entre nosotras. Nunca antes había estado en nuestra cama grande. Trixi la guió con delicadeza y cuidado hacia mí. "¡Mis gracias, mi regalo!"

Esos dos diablillos lo habían planeado todo, eso me quedó claro de inmediato. Trixi la empujó hasta que Anni estuvo en mis brazos. «No necesitas condón, ¡aún no le ha bajado la regla!», susurró Trixi. No necesité más insistencia, y cuando toqué la vulva de Anni con la mano, sonrió levemente y susurró que ya habíamos tenido los preliminares dos veces.

Trixi me abrazó con fuerza, haciéndome sentir su cálido consentimiento, y luego guió mi pene hacia la vagina de Anni. Anni sonrió radiante mientras follábamos por primera vez como marido y mujer en la posición del misionero. Había aprendido a ser muy activa y a llegar rápidamente al orgasmo. A diferencia de Trixi, no se masturbó mientras follaba, sino que me abrazó con fuerza y presionó sus labios contra mi cuello. Su rostro tenso se suavizó y brilló con el orgasmo, e inmediatamente continuó follándome para hacerme correr. Trixi acarició mis nalgas y dijo que podía correr dentro, ¡sin peligro! Corrí una y otra vez hasta que eyaculé todo dentro; ¡finalmente había superado mi inhibición sobre correr dentro de la vagina de Anni! Anni y Trixi se turnaron para besarme y acariciarme con orgullo, como si acabara de ganar una maratón. Un breve descanso fue todo lo que necesité. Trixi me puso el pene duro de nuevo con el puño y, sonriendo ampliamente, lo deslizó en el agujero de Anni. Me acosté con Anni dos veces esa primera noche, y cuando dirigí mi atención a Trixi, ella ne-

gó con la cabeza para mi sorpresa. “¡Conferencia de cardiología! Ya he tenido cuatro hoy que me han dejado exhausto”. Trixi sonrió, sus ojos verdes brillaron. “¡Dos mil en un día!”. Incluso Anni tuvo que sonreír. Trixi era práctica y controlaba bien sus finanzas. De esa manera, aún me quedaba el último centavo para Anni, que ya estaba agotada y me dejó acostarme con ella con mucha suavidad. Los tres estábamos completamente exhaustos.

Anni se queda a dormir en nuestra casa todas las noches de la semana, y solo hubo una breve interrupción cuando se enamoró de Achim un año después. Él solo se queda a dormir una noche en nuestra casa; Anni ha tenido unos cuantos buenos sementales y se los folla a todos como una loca. Gracias a Dios que me dejan follarla, normalmente todas las tardes y noches con Trixi. Soy el único con el que se folla sin condón, porque a los 17 años todavía no le ha bajado la regla.

En los últimos años, solo me he quedado a dormir en casa de Ilse una vez al mes, y cada vez he disfrutado muchísimo teniendo relaciones sexuales con ella y con un desconocido. Hemos hablado de divorcio, y yo me quedaré con mi apartamento mientras ella tenga derecho a ocuparlo sin restricciones. Una vez que todo esté resuelto, le propondré matrimonio a Trixi y adoptaremos a Anni.

Tras el divorcio, Trixi y yo nos casamos inmediatamente y adopté a Anni. Trixi y yo estábamos de acuerdo en todo; la fidelidad conyugal ni siquiera era una formalidad. Ella quería la libertad de acostarse con sus pasajeros cuando quisiera, y el aspecto económico también era importante para ella. Todavía visito a Ilse una vez al mes en mi tarde libre; acostarme con ella y su prostituta me reconforta el cuerpo y el alma. Siempre está acompañada de chicas jóvenes y muy jóvenes, y nunca le pregunto si son mayores de edad.

Anni duerme con nosotros casi todas las noches. Trixi la llama cada vez que se cansa durante el día. Incluso cuando Anni tiene visitas, Trixi sube corriendo completamente desnuda y entra en la habitación. Si la visita ya está dormida, despierta a Anni para que se acueste conmigo. Ha pasado bastante a menudo que Trixi se acuesta con la visita y se deja cansar aún más cuando Anni le dice que el tipo es

bueno en la cama, como me dice Anni con una amplia sonrisa mientras tenemos sexo.

Le va bien en la universidad, Achim se fue hace mucho tiempo, y desde que cumplió 23 y empezó a menstruar, solo tenemos sexo con condón. No pierde el tiempo en el amor; tiene un par de encuentros de una noche al mes, y eso le basta, dice. Cada vez que su amante resulta ser bueno, manda a Trixi arriba para que también la follen bien. Baja a mi casa para tener sexo o los ve teniendo sexo cuando no estoy. Anni sabe cuánto le gusta a Trixi que la follen con fuerza y que Trixi y yo tenemos un acuerdo mutuo.

Voy cada vez menos a casa de Ilse; no me gusta que me pillen con una menor. Probablemente ya me he acostado con todas las prostitutas de la ciudad, y con eso ya tengo suficiente variedad. Para ser sincero, nunca las veo como prostitutas; para mí, son solo chicas cachondas y aventureras sexualmente. Como trabajan en la industria hotelera, normalmente no son feas y son más jóvenes que yo. Y cuando estoy en el turno de noche, sé que Anni y Trixi están montando un buen semental. Pero realmente disfruto follando con Trixi y Anni hasta quedar exhausto por la noche. Somos, como ya he dicho, una familia muy especial.

Me involucraré con la compañía de taxis, que tendrá un total de cuatro vehículos. Dentro de diez años, ya no quiero ser taxista.

María

von Jack Faber © 2023

María se recostó. Piero había estado trabajando toda la semana y solo volvía a casa el viernes por la noche o el sábado por la mañana. Se acarició suavemente el vientre; aún no se notaba mucho, solo estaba en su tercer mes. Bajó la mano; la parte interna de sus muslos estaba más sensible que nunca. Se había depilado el vello púbico a ambos lados con una franja, como sorpresa para Piero. La piel aún estaba un poco roja, pero la de sus labios y clítoris era suave y delicada, anhelando ser acariciada.

María se había quedado dormida un rato después, pero el timbre la sobresaltó. Se puso el vestido rápidamente y lo sujetó con una mano; no había tiempo para abotonarlo. Fue a la puerta. Era Giuseppe, a quien solo conocía del colegio. Lo dejó entrar. Era muy tímido y reservado, tal como lo recordaba. No quería café, solo limonada. Se quedó mirando la piel desnuda que ella no podía ocultar del todo. Poco a poco fue al grano. La vieja costumbre. María tuvo que pensar un momento. La vieja costumbre. Sí, ahora lo recordaba. Las mujeres embarazadas están ahí para todos. ¡No podía estar hablando en serio!

— Sí, sí — dijo — , siempre ha sido así, las mujeres embarazadas estaban disponibles para todos, esa era la vieja costumbre. María se sentó a su lado; le susurró que le haría una paja. Pero él negó con la cabeza. Insistió en la vieja costumbre; era su derecho. ¿Cómo había sabido siquiera que estaba embarazada? Giuseppe se rascó la cabeza. — Hay una página web donde puedes encontrar a todo el mundo. María se sorprendió mucho, pero lo aceptó; podría buscarlo después. Giuseppe dudó; ya había estado enamorado de ella en el colegio, pero ella nunca se había fijado en él. María extendió la mano por encima de la mesa para coger un cigarrillo. Por supuesto, su vestido se desgarró, pero lo ignoró. ¿Debería hacerle una paja después de todo...? Extendió la mano, le tocó la parte interior del muslo y la acarició.

María no se rindió tan fácilmente. Pero estaba librando una batalla perdida; sus argumentos ya no eran suficientes. Giuseppe había adoptado un tono lloroso y contó cómo había hecho todo, en la escuela, para ver sus pechos o entre sus piernas, cómo noche tras noche, mientras se masturbaba, había imaginado esos momentos fugaces. Las lágrimas corrían por las mejillas de Giuseppe. María lo tomó en su pecho y consoló al pobre hombre. Dejó caer los hombros. Asintió resueltamente y miró a Giuseppe. "¿Aquí mismo, en la mesa de la cocina?", preguntó, sin esperar su respuesta. Se tumbó en la mesa de la cocina, dejando que su vestido colgara suelto a ambos lados. Levantó las piernas y dejó caer las rodillas.

Giuseppe estaba de pie frente a la mesa, sus manos acariciando sus pechos, su vientre, su coño con devoción y anhelo. "Vamos, hazlo ahora", murmuró María. Dejó caer sus pantalones hasta sus tobillos. Ella miró su pene; no era particularmente grande, el glande asomaba a través del prepucio y brillaba de un rojo oscuro. Él la penetró lentamente y cerró los ojos para concentrarse por completo en la sensación. Ella estaba un poco decepcionada; su pene era mucho más pequeño que el de Piero. Había llegado a Piero siendo virgen; nunca se había acostado con nadie más. Pero ahora Giuseppe estaba allí; él era solo su segundo hombre. Ella comenzó a masturbarse lentamente, porque también se masturbaba cuando Piero la penetraba. Se había masturbado desde la infancia y se masturbaba hasta quedarse dormida todas las noches.

Giuseppe eyaculó demasiado pronto, demasiado pronto. Ella lo contuvo, diciéndole que mantuviera su pene dentro de ella hasta que terminara. Le tomó mucho tiempo llegar al orgasmo, y el pene flácido de Giuseppe fue expulsado durante su clímax. Él quedó completamente desconcertado; nunca antes había visto a una mujer tener un orgasmo. Instintivamente sintió que era bueno y correcto para ella. Se vistió y besó a María, que se había puesto de pie, en la boca. Ella apartó la mirada; no quería besarlo, murmuró. "¡Gracias, María, fue maravilloso! ¡No lo olvidaré!". En la puerta, se dio la vuelta una vez más. "Volveré mañana", y se fue.

Él venía todos los días por la tarde. Ella había extendido una estera sobre la mesa de la cocina, junto con algunos cojines, para evitar

moretones. No hablaban mucho; después de todo, él solo venía para tener sexo. Ella lo soportaba sin ninguna emoción, disfrutando del orgasmo como siempre. El viernes, ella dijo que Piero vendría, y Giuseppe se fue rápidamente después de tener sexo. Ella saludó a Piero con entusiasmo, y después de cenar, fueron directamente a la cama y tuvieron sexo. Cuando estaban sentados uno al lado del otro en la cama, fumando, ella mencionó la vieja costumbre. Piero la recordó y se quedó completamente atónito. Inmediatamente llamó a Carlo, y a su mejor amigo le bastaron unas palabras para entender. "¿María y Giuseppe? ¡No me hagas reír!", dijo Carlo, "¡ese enano de jardín ni siquiera ha tenido novia! ¡María y Giuseppe! ¡Es increíble!". Piero colgó; Carlo no fue de ayuda. Pero en efecto, había confirmado que esta costumbre existía; se remontaba a la época en que los piratas turcos asediaban a los venecianos aquí. Sí, le recordó Carlo, él mismo se había follado a Giulia, la hermana de su amigo Pietro, todos los días durante su embarazo, e incluso Pietro no pudo hacer nada al respecto más que sentarse allí estúpido y "vigilarla". Pietro se sentó en un taburete frente a la cama de Giulia. Nunca la había visto desnuda antes; ahora yacía desnuda en la cama, con las rodillas cediéndole. Pietro miró fijamente el coño de su hermana y observó las pollas que, una tras otra, penetraban el coño de Giulia y la follaban muy rápido. La habitación se fue vaciando poco a poco; todos se habían follado a Giulia y se habían ido. Giulia entró en la ducha, y Pietro, ahora cachondo y descarado, la siguió; aún no se había atrevido a hacerlo. La abrazó como a un amante y le susurró al oído que quería follársela después de la ducha. Al principio, ella se molestó, pero se dio cuenta de lo serio que hablaba. Se tumbó en la cama y esperó pacientemente. Pietro se acostó junto a ella, tocando su cuerpo por primera vez como adulto. Era mayor que ella, pero no era nada listo. Ya se había acostado con muchas chicas y mujeres y se propuso acostarse con Giulia. Ella sabía lo tonto que era, pero le sorprendía lo bien que lo hacía. De entre todos los chicos y jóvenes, él era el campeón; ella tenía un orgasmo enorme cada vez. Las primeras noches, se acostaba con ella tan a menudo que ella tenía que detenerlo, agotada. Le permitió acostarse con ella todas las noches hasta que dio a luz. No quería casarse bajo ningún concepto y dejar que durmiera en su cama como su marido. Cuando Lina tenía siete años, él se casó y rara vez volvía a tener relaciones sexuales con ella. No le gustaba que se vendiera por dinero, y discutían por ello con frecuencia.

La costumbre es la costumbre. Giulia era increíblemente popular entre sus amigos, y Piero solo dejó de participar más tarde porque estaba muy enamorado de María. Pero Piero también se había acostado con Giulia todos los días durante su embarazo y lo recordaba con cariño. Ella siempre mantenía la mirada baja y se dejaba follar por un hombre tras otro, tímida y avergonzada, mientras la habitación estaba llena de jóvenes lujuriosos esperando. "Giulia", dijo Carlo, chasqueando la lengua, "¡esa sí que es algo!". Piero había colgado, porque solo había seguido el juego a Carlo hasta que conoció a María.

Piero estaba sumido en una profunda melancolía. María llamó inmediatamente a Giuseppe y le dijo que ya era suficiente, que no volviera. María comprendía perfectamente a Piero; Giuseppe había irrumpido en su matrimonio y se la había llevado. No quería que Piero sufriera, así que lo consoló y le aseguró que solo le pertenecía a él. Se acostó con él siempre que pudo y lo dejó marcharse de nuevo el lunes por la mañana. Por supuesto, Giuseppe regresó, por supuesto que ella se acostó con él, pero le dijo que lo olvidara. Y bajo ninguna circunstancia debía volver sin avisar primero; no le abriría la puerta.

Pero ahora Carlo lo sabía. Y Carlo no era de los que guardaban secretos. Llamó a María y fue a su casa. Ella no puso ninguna objeción. Su amistad con Piero no corría peligro, dijo; Piero también tenía que respetar las costumbres. María dejó que su vestido se abriera; Carlo la follaría de todos modos. Y así fue. María insistió en hacerlo en la mesa de la cocina y no profanar su cama matrimonial. En cualquier caso, Carlo era mucho mejor en la cama que Giuseppe; ella se masturbaba y tenía orgasmos maravillosos hasta que él se corría. Carlo se despidió después de una grappa y volvió al día siguiente, poco después de Giuseppe. Finzi, el amigo de Carlo, también llegó más tarde. María ya había tenido suficiente después de tres hombres, se masturbó toda la tarde y no contestó el teléfono. María les había dicho a todos lo imprudente que sería contarle algo a Piero. Una palabra descuidada y Piero se pondría furioso. Claro, dijeron.

Al día siguiente, los tres regresaron. Después de cenar, Marcello, un buen amigo de Carlos, se unió a ellos. El gigante corpulento tenía un pene sorprendentemente pequeño, pero folló a María tres veces sin parar, lo cual fue notable. Ella estaba completamente agotada de

tanto masturbarse y llamó a Giulia. No se habían visto en años y pronto estaban charlando íntimamente. “No se quita después de dar a luz”, dijo Giulia, “es un virus, ¡nunca te librarás de él!” Esto asustó bastante a María. “¡Pero nadie dijo que tuvieras que hacerlo gratis!” Ella, Giulia, cobraba 200 cada vez; era un precio justo, y quien no quisiera pagar no tenía que venir. María le agradeció el buen consejo y cotilleó con Giulia durante otra hora. Luego era hora de ir a la cama. Al principio, María pensó que ya se había masturbado y había tenido suficientes orgasmos ese día, pero entonces esa sensación familiar regresó a su coño, la que había conocido tan bien desde la infancia. Se frotó el clítoris con mucha delicadeza, su deseo creció y lo hizo como siempre. Empezó varias veces y se detuvo justo antes del orgasmo, una y otra vez, hasta que ya no pudo contenerse y tuvo un orgasmo intenso. Piero siempre había disfrutado viéndola, pero solía quedarse dormido en medio del acto.

Los hombres se sorprendieron bastante; ya no era gratis, sino que costaba 200. Giuseppe vino una vez más, pero estaba muy decepcionado de que ella se vendiera por dinero. Finzi ya no venía; ¡costaba lo mismo que en la ciudad! María se mantuvo firme: ¡200! Carlo solo venía una vez por semana; no podía sacarle más dinero a escondidas de su esposa. María solo cedió ante Marcello; lo invitó a tener sexo a mitad de precio. Aunque no tuviera dinero, ella con gusto le permitía acostarse con él, y no tenía nada de qué arrepentirse si venía muy a menudo. Él era el mejor en la cama de todos, y María se dio cuenta de que había algo de verdad en el dicho: la longitud no lo es todo.

Piero llegó tarde el viernes por la noche, y ella inmediatamente lo llevó a la cama. Por su rostro, pudo ver que había estado con bastantes hombres. Ella jamás le mentiría y le contó todo. Solo omitió el hecho de que había estado perdidamente enamorada del buen Marcello. Explicó que solo estaba guardando el dinero para su hijo; no quería ni un centavo de las ganancias mal habidas. Consolar al desconsolado Piero fue todo un reto; su honor masculino estaba herido y, por primera vez, fracasó en la cama. Una palabra llevó a la otra, y de repente María quiso saber si Piero se había acostado con alguna mujer embarazada y con cuáles. El pobre hombre tuvo que enumerar a cada mujer y contar cada detalle. Tenía las orejas rojas y lo confesó todo, y María le dijo sin rodeos que sus aventuras no eran nada comparadas

con esto. Piero sabía que tenía razón. Pero ahora él era el cornudo. María le juró que jamás volvería a acostarse con él y se prometió a sí misma que nunca más le contaría nada. Punto final.

Ahora también empezaron a llegar hombres de los alrededores, de los antiguos pueblos pesqueros. Tenían que pagar lo mismo que en la ciudad, pero no tenían que viajar tan lejos y encontraban a una joven de 19 años, fresca y atractiva, no a una prostituta desgastada. María tenía que administrar su tiempo con cuidado, haciendo todo por la mañana. Desde el mediodía en adelante, los hombres llegaban cada hora hasta bien entrada la noche o incluso más tarde. Por lo general, se acostaba con cinco o seis hombres al día, a veces con ocho o más. Se duchaba después de cada uno y se aplicaba crema hidratante. Y anotaba cada encuentro en su diario.

Piero estaba desconsolado. María insistía en que no se había acostado con nadie, pero cuando miró a Carlos a los ojos durante la cerveza de la noche, lo supo. Despreciaba a su amigo, que le mentía descaradamente. ¡Cómo podía hacerle eso a su esposa! Se mantuvo alejado de la carpa de cerveza, comprando licor barato y bebiéndolo solo en casa. El sexo con María no iba bien; ya no podía tener una erección. María andaba desnuda por la casa, pero no servía de mucho. Sus ojos eran codiciosos, pero su pene no cooperaba. Piero se sumió en una profunda melancolía y el domingo por la noche condujo hasta la obra. Ya no soportaba seguir fracasando, y menos aún que ella le mintiera.

María era muy diligente, veía a ocho hombres todos los días, ni un solo día menos. Se había acomodado en la mesa de la cocina, lavándose diligentemente la vulva y aplicándose crema hidratante. Era amable con los hombres; eran, en cierto modo, clientes habituales. Conocía bastante bien a algunos y sabía quién prefería el sexo anal. Y mantenía una amistad con Giulia. Giulia no solo era una conversadora agradable, sino también una consejera muy experimentada. Giulia era siete u ocho años mayor que María, lo cual era una gran ventaja para la joven de 19 años. Sabía cómo evitar las estrías, dónde comprar sujetadores de tallas más grandes a buen precio. Y, por supuesto, escuchaba atentamente lo que María tenía que decir sobre su matrimonio con Piero. Pensaba que era muy importante que Piero no

desapareciera en el anonimato; a menudo se quedaba fuera toda la noche, se emborrachaba sin remedio y se despertaba al mediodía junto a alguna mujer desconocida. María temía el fin de su matrimonio.

Giulia sabía qué hacer. Lo atraería hacia ella; era mucho mejor saber dónde estaba y qué tramaba. Claro que esto no era del todo desinteresado; Piero llevaba tiempo en el punto de mira de Giulia. Se habían acostado muchas veces hacía ocho años, cuando estaba embarazada, y ella no lo había olvidado. María lo sabía todo, pero confiaba plenamente en Giulia. La mujer mayor sabía lo que hacía.

Piero se dejó llevar por el viento; perder a María de una manera tan miserable lo destrozó por completo. Giulia no tuvo problemas para atraerlo a su red. Cerró los ojos; era una Giulia completamente diferente con la que se acostaba ahora. Ya no era la tímida chica de 17 años que bajaba la mirada con recato cuando un hombre la penetraba. No, una joven segura de sí misma que exigía dinero a sus admiradores y podía vivir una vida lujosa con su hija. No se mudó con ella, pero dormía allí todas las noches. Había perdido su trabajo; no podían emplear a un borracho. Dormía en casa de Giulia como su marido, y por las tardes cuidaba de su hija, Lina. Ahora solo bebía por las noches, pero Giulia lo había juzgado correctamente; no era alcohólico. Mantenía a María al tanto de cómo iban las cosas.

Piero, por supuesto, no tenía ni idea de lo que había aprendido en la escuela. Sin embargo, se sentaba con Lina todas las tardes y estudiaba con la niña de ocho años. La pequeña era excepcionalmente inteligente y curiosa. Primero hacía sus deberes escritos, luego su trabajo oral. Una vez que terminaba también eso, investigaba en internet sobre temas que le interesaban. Piero se sentaba a su lado, estudiando con ella. Si tenía dudas sobre alguna tarea, ponía un pie en el borde de la silla y se tocaba la vulva con entusiasmo. Él la observaba de reojo, pero no decía nada.

Lina dijo: “¡No mires!” y él obedeció. Ella se bajó las bragas y se frotó el clítoris. Después de dos minutos, terminó y gritó: “¡Puedes mirar otra vez!” y él volvió a mirar. Ella lo había aceptado como amigo y respondió, con la cara roja como un tomate: “Vi a mamá hacerlo,

y yo lo hago exactamente igual por la noche. Me froto una docena de veces y luego paro. Luego, cuando ya es suficiente, me masturbo hasta llegar al orgasmo y me duermo. Creo que esa es la forma correcta". Piero asintió con tristeza; María también lo hacía así, todas las noches. La conversación había relajado a Lina, y ahora le permitía mirarla mientras se masturbaba estudiando o investigando en línea. Él negó con la cabeza. No, no quería verla masturbarse; eso no estaba bien. Lina se encogió de hombros. De acuerdo. Está bien. Lina se masturbaba todas las tardes, a menudo dos veces, y la pequeña exhibicionista le permitía mirarla sin ninguna inhibición. Lina ahora se quitaba la ropa interior cada vez, abría las piernas como alas de mariposa y se masturbaba sin pudor alguno delante de Piero. "¡Ya no eres virgen!", gritó horrorizado, "¡a los siete años!". Lina dejó de masturbarse. "Cumplí trece hace dos meses, ¡y claro que no soy virgen! El tío Finzi viene todos los sábados al mediodía cuando mamá está de compras. Me folla rapidísimo y luego se va corriendo. El sexo me pone un poco cachonda, ¡pero siempre tengo que masturbarme después!". Piero no respondió, porque Finzi era un pederasta, o al menos eso se rumoreaba. Y a Piero le parecía patético que una niña de trece años se dejara follar de forma tan despreocupada. ¿Tendría Lina también un hijo ilegítimo a los diecisiete, como Giulia?

María había estado teniendo relaciones sexuales diligentemente y acumulando dinero; las ganancias ilícitas ya habían superado los 75.000. Ahora era el momento de parar; solo faltaban unos días para el parto. La anciana partera fingía estar muy ocupada, pero la joven hizo el verdadero trabajo. Estaba bien entrenada y el parto transcurrió sin problemas. María dio a luz a Angelina a las 8 de la noche, una niña sana y hermosa. Piero pudo estar con ellas primero. Les bastó una fracción de segundo para saber que se amaban. María abrazó a Piero con fuerza. Se mudarían a otra ciudad. Él dejaría de beber y buscaría trabajo, y ella dejaría a los otros hombres, sería una esposa y madre fiel, y nunca más se acostaría con otro hombre. Se lo prometieron y cumplieron su palabra. Se convirtieron en un esposo y una esposa amorosos y fieles, y Angelina se convirtió en una magnífica joven.

Muchos años después, cuando María tenía 35, se enamoró de un chico de 14. Se lo contó a Piero enseguida, y él la dejó acostarse con

Franco, diciéndole que no se hiciera infeliz. Ella sucumbió a su encanto infantil, a su cuerpo infantil y, sobre todo, por supuesto, a su pene infantil. Nunca antes había tenido un pene tan joven en su mano; era delgado y largo, y eyaculaba con tanta facilidad que era un placer deslizar suavemente el prepucio sobre el glande. Le dio tiempo y esperó pacientemente antes de tener sexo; no había prisa. A menudo le dejaba eyacular en su mano, incontables veces en su boca, y bebía su semen como si fuera hidromiel dulce, porque a Franco le encantaba que lo lamiera con la lengua y los labios. Suave como un ángel, acariciaba a Franco, después de haberle explicado con detalle cómo funcionaba el sexo y qué era importante. Le dejaba encontrar su punto G; ese era el detonante. Eso era crucial.

El pene de Franco goteaba de excitación y eyaculó inmediatamente la primera vez que la penetró. Ella lo mantuvo dentro, acariciándole la espalda y las nalgas hasta que volvió a estar duro. Solo tardó un instante; estaba en plena forma. Follaron sin parar durante tres días y tres noches, solo se levantaban de la cama para orinar. Se vieron casi a diario después, pero si María se lo hubiera admitido, todo habría terminado tras esos tres días. Se aferró a Franco, pero después de dos meses, él la dejó. Lloró un día y luego lo superó.

Tuvo algunas aventuras más, pero ya no permitía que nadie la afectara tanto.

La pelea de Giulia

von Jack Faber © 2023

La anciana doctora le confirmó a Palomina que estaba embarazada. «Tienes una vagina muy bonita», dijo la lesbiana, «¡y un clítoris muy bonito y puntiagudo!». Palomina se sintió incómoda porque la anciana tocaba sus partes íntimas, pero parecía necesario. «¿Y practicas con diligencia? ¿Usas a menudo tu clítoris?». Palomina se sonrojó levemente y admitió que lo hacía a veces, quizás una vez por semana. No, siempre se lo había ocultado a su marido; ¡era algo muy privado! La anciana doctora le preguntó si conocía la antigua costumbre. Palomina solo tenía una vaga idea de qué se trataba, y la anciana se la explicó. A Riccardo no le gustaría nada, tal como era. Estaba decidido a que se casara virgen y se sentía inmensamente orgulloso de ello. La anciana dijo que era una bonita costumbre, pero que era absolutamente necesario asegurarse de que los hombres se lavaran bien el pene, porque existía el riesgo de infección que podía provocar un aborto espontáneo. Palomina le dio las gracias y se marchó; la anciana cogió el teléfono y llamó a Carlo.

Al día siguiente, Carlo tocó el timbre. Palomina le ofreció café y lo escuchó con creciente horror. Le quedó claro que no podía hacer nada contra la costumbre. Llorando en silencio, fue a la sala y, temblando, dejó caer su ropa al suelo. Se tumbó en el sofá y se cubrió el rostro lloroso con las manos. “¡No lo hagas, Carlo, por favor, no!”, suplicó, pero los fluidos de su vagina excitada ya goteaban delatando su presencia. Carlo lo hizo, por supuesto. Le gustaba ser el primero, le gustaba ver llorar a los recién casados castos y fieles, le gustaba acostarse con la esposa de otro hombre. Palomina no se quejó; Carlo la folló bien y esperó a eyacular hasta que su orgasmo disminuyó. “Hasta pronto”, dijo y se marchó. Ella asintió y decidió no decirle nada a Riccardo. Luego volvió a llorar.

Los padres de Giulia estaban furiosos. ¡Con apenas 17 años, sin un hombre a la vista, y ya embarazada! Giulia no les había contado nada del belga ni del francés; habían sido noches apasionadas con el turista. Ni siquiera sabía su nombre completo ni su dirección. Pero había

perdido la virginidad y se había entregado por completo. No discutió con sus padres; hizo las maletas y alquiló un apartamento. Sus padres enviaron a Pietro tras ella. ¡La tonta no podía estar sin un protector masculino! Pietro era increíblemente estúpido e ingenuo, y obedecía sin rechistar. Él dormía en el sofá y Giulia en la gran cama de matrimonio.

Llegó Carlo; siempre era el primero. Pietro conocía la vieja costumbre; a menudo salía con Carlo y su pandilla, acostándose con mujeres jóvenes, la más reciente Palomina, quien, llorando desconsoladamente, se entregó a los muchachos y pacientemente dejó que todos se acostaran con ella como una oveja. Palomina era tan buena en la cama que Pietro definitivamente se acostaba con ella dos veces, a veces incluso tres veces al día. Ahora había venido Carlo, por Giulia. Pietro dijo que tenía que vigilarla y que se sentaría tranquilamente en una silla. De acuerdo, dijo Carlo.

Pietro nunca había visto a Giulia desnuda; prácticamente no sabía nada de ella. ¿Se masturbaba? ¿Tenía relaciones sexuales? Sí, probablemente, ya que estaba embarazada. Claro que no sabía quién la había embarazado. Pero no importaba, ahora estaba sentado al pie de su cama, apoyado en la tabla. Giulia yacía desnuda ante él, con su vulva a un brazo de distancia. La examinó con interés profesional; era una vulva hermosa. Se había separado los labios con una mano, y los dedos de la otra mano jugaban suavemente con su clítoris. Tenía un clítoris muy bonito y grande, y se endureció rápidamente con las caricias. Giulia bajó la mirada con virginidad mientras Carlo se subía encima de ella. Pietro conocía el pene de Carlo, por supuesto; ahora se abría paso dentro de ella. La vagina de Giulia se acomodó, el vello negro y suave sobre su hendidura se erizó, los pelos se pusieron de punta.

Pietro observó la escena con gran interés; Giulia era una de esas chicas que se masturbaban durante el sexo. Pietro notó que Carlo esperó para eyacular y continuó follando. El orgasmo de Giulia fue corto e intenso, y ahora Carlo finalmente pudo eyacular. Gimoteando, su novio se levantó y Giulia fue al baño. Pietro abrió la puerta y entraron Gino, Tadzio y el pedófilo Finzi. Dejaron que el desagradable Finzi fuera primero; no duró ni dos minutos y desapareció como una

comadreja. Carlo se quedó en el umbral mientras Tadzio y Gino se turnaban para follar a Giulia. Ambos estaban muy entusiasmados y esperaron cortésmente para eyacular hasta que Giulia terminó de masturbarse. Luego, los tres amigos salieron juntos a la noche.

Giulia entró en la ducha. Pietro se lamió los labios con excitación y luego se unió a ella con determinación. Ella se quedó claramente sorprendida, pero él la abrazó bajo el aguacero y le susurró al oído que la follaría más tarde. "¡No lo harás!", replicó Giulia bruscamente, "¡Hermano!". Eso era justo lo que él había estado esperando. "La vieja costumbre no lo prohíbe para el hermano", dijo con seguridad, "¡todos están permitidos, dice! ¡Y me puse increíblemente cachondo solo con mirar, mira!". Giulia empezó a dudar. ¿Tal vez tenía razón? En cualquier caso, tenía una erección enorme. Ella discutió un poco, pero él sintió que estaba a punto de ceder. Ella se tumbó en la cama y él la siguió.

Giulia aún era bastante inexperta en el sexo, pero admitió para sí misma que Pietro era el mejor de todos. Dejó de masturbarse a mitad del acto; ¡tuvo un orgasmo durante el sexo, y de qué manera! Ahora estaba excitada y se acurrucó junto a Pietro. ¿Qué era lo que más le había gustado?, preguntó, y él respondió que lo que más lo había excitado era su masturbación. Ella esperaba algo diferente: el sexo de Carlos o el de Tadzio, esos eran muy buenos. ¿Pero su masturbación? Preguntó, solo para asegurarse, si no se estaba burlando de ella, pero él insistió. "¿Te gustaría verlo otra vez?", preguntó, y él asintió con entusiasmo. Ella comenzó a masturbarse y tiró de su cabeza por el cabello hacia su coño. De hecho, le encantó; ella pudo verlo claramente en su pene, que cobró vida. ¿Podría follarla antes de que tuviera un orgasmo?, preguntó el grandulón, y ella asintió. Inmediatamente se montó sobre ella y comenzó a follarla con fuerza; ella dejó que su orgasmo llegara durante el acto. ¡Eso fue maravilloso!

Giulia no necesitaba un hombre; tenía a Pietro, quien la complacía maravillosamente noche tras noche. Él siempre se sentaba a los pies de la cama cuando alguien venía a tener sexo con ella. Ella era especialmente feliz con Piero, quien también era muy bueno en la cama y eyaculaba puntualmente todos los días. Cuando su vientre ya era bastante grande, él la penetraba por detrás, esperando a eyacular

hasta que Giulia terminara de masturbarse. Piero era el único que se comportaba con tanta cortesía; a los demás les daba igual si ella había terminado de masturbarse o no. Poco antes de que ella diera a luz, él se enamoró perdidamente y dejó de venir a tener sexo con ella.

Apenas había nacido Angelina cuando sus padres regresaron. Lina por aquí, Lina por allá. Giulia se mantenía alejada; la habían marginado, ¡ahora que se la llevara el diablo! Ella y Pietro eran suficientes padres para Lina; los abuelos no eran bienvenidos. Sobre todo porque su madre quería inmiscuirse en su crianza, pero Giulia lo impedía. Su hermano Pietro era un hombre excelente, trabajador y muy bueno en la cama. Giulia quería mucho a su hermano; se sentía segura cuando él se sentaba a los pies de la cama mientras ella estaba con un amante. Siempre se las arreglaba para que él pudiera verla bien adentro antes y después del sexo, y se masturbaba de forma muy provocativa, obscena y frívola para él, para volverlo loco. Le quitaba dinero a todo el mundo; lo único gratis era el aire que respiraba. El dinero le permitía una vida de lujo.

Pietro se casó con la hija del carnicero, una gorda, obesa y masturbadora que no pensaba en otra cosa que en la masturbación. Pietro solo tenía sexo una vez por semana; era muy infeliz en su matrimonio, pero ansiaba hacerse con la carnicería. Giovanna, su esposa, se masturbaba todo el día, con sus labios vaginales y su pobre clítoris constantemente enrojecidos. Sin embargo, Giovanna solo tenía un orgasmo al día antes de dormirse, después de tener relaciones sexuales. En cualquier caso, Pietro siempre se asombraba de la intensidad con la que se masturbaba antes de dormirse y de cómo se dejaba llevar por el orgasmo. A ella no le gustaba el sexo en absoluto, aunque él insistía, por supuesto. No quería hijos y prefería que él se acostara con otros hombres con mujeres embarazadas. Pietro estaba muy molesto porque tenía que obligarla a tener sexo todos los días y ahora traía a casa a tres o cuatro amigos cada vez. Despertaba a Giovanna y la obligaba a tener sexo con él, uno tras otro. Giovanna aulló de humillación, pero tuvo que dejar que sus amigos la follaran hasta la última gota. A menudo la follaban durante horas porque aún no habían tenido suficiente. Giulia, por su parte, siempre se alegraba cuando su hermano venía a tener sexo; se ponía a su disposición. Desafortunadamente, él solía pasar semanas sin venir.

Su amiga María y Piero estaban teniendo serios problemas matrimoniales. Giulia prometió ayudarlos e inmediatamente sedujo a Piero. Él estaba completamente devastado y bebía demasiado; además, había perdido su trabajo. Ella adoptó una postura firme y le prohibió beber hasta después de la cena. No era alcohólico, se dio cuenta enseguida; simplemente no toleraba el alcohol. Después de dos semanas, se conformaba con dos grappas después de cenar. Ella le había hecho comprender que era mucho mejor en la cama cuando no estaba borracho, y ese fue el factor decisivo. Y quería que volviera a ser como había sido 14 años antes. Lo escuchaba pacientemente cuando hablaba de María; él seguía locamente enamorado de ella y le contaba todo abiertamente: con qué frecuencia tenían relaciones sexuales, cómo y con qué frecuencia María se masturbaba, y que a ella le gustaba más cuando él la masturbaba antes de que se durmiera. Giulia lo apoyaba, reforzando su creencia de que volverían a estar juntos en cuanto los otros hombres dejaran de acostarse con la embarazada María. Giulia estaba absolutamente convencida de ello. Y ella se alegraba de que él estudiara con Lina todos los días, quien desde entonces se había convertido en una de las mejores alumnas de la escuela.

Lina se masturbó en el regazo de Piero desde el primer día, y luego se masturbó de nuevo inmediatamente. Él examinó sus labios y clítoris, separando su abertura vaginal con los dedos y mirando profundamente dentro. Ella, sin pudor alguno, lo dejó mirar, la astuta. Él la estudió muy de cerca. Lina había perdido todo rastro de asombro infantil; probablemente habría adivinado que tenía 15 o 16 años. Su cabello rubio rojizo le llegaba hasta las caderas, y sus precoces ojos verdes habían visto mucho. “Solía mirar a mamá todo el tiempo cuando un hombre la follaba, pero después de un tiempo se volvió aburrido. Pero cuando la follas, parece tan devota…” Lina buscó una palabra… “¡está completamente fuera de sí!” Los pechos de Lina aún se estaban desarrollando, toda su figura era redonda y femenina. El ligero vello rubio insinuaba su vello púbico, y los pelos se erizaban audazmente cuando se excitaba. Le encantaba que él la masturbara; Lo había aprendido de María, quien siempre le permitía masturbarla una última vez antes de quedarse dormida. “Tienes que frotarte el clítoris”, dijo ella cuando él la masturbó el primer día. Piero sonrió, “Recuéstate, relájate e imagina que estás acostada en un suave edredón de plumas. ¡Sé cómo se hace!” Se mordió el labio; siempre le había di-

cho eso del edredón de plumas a María. Lina disfrutaba de su masturbación; él hábilmente se mantenía alejado de su gran clítoris y solo lo masturbaba justo antes del orgasmo, durante él y después, algo que ella nunca podría hacer por sí misma. Durante toda la primera semana, ella le permitió masturbarla dos o tres veces por la tarde y habló incesantemente de follar, de follar con él, hasta que él estaba bastante mareado. Y ella astutamente esperó un día. Se acostó desnuda en su regazo otra vez y separó sus labios con los dedos. "¡Vamos, fóllame, tío Piero!" Él la miró fijamente a los ojos para ver si hablaba en serio, luego la llevó al sofá. Se desnudó y se acostó junto a ella. "¿De verdad quieres esto?", preguntó de nuevo, y ella asintió. "¡Llevo mucho tiempo deseándolo!"

Ella miró su pene, "Ay, Dios mío, nunca entrará", dijo con tono lastimero, "¡El tío Finzi solo tiene uno mucho más pequeño!" Piero conocía el pene de Finzi; había dejado de desarrollarse alrededor de los 12 años. "Tendremos mucho cuidado, seguro que entrará", dijo. La penetró lenta y cuidadosamente; su vagina se ensanchó y se ajustó. Sin embargo, no pudo entrar muy profundo; ella todavía era solo una niña. Su pene ni siquiera llegó a la mitad antes de sentir resistencia. La folló lenta y deliberadamente; ella se excitó mucho, pero no tuvo un orgasmo. "Tendrás que ayudarla con la masturbación si no sucede así", dijo, y ella asintió. Se masturbó muy rápido y tuvo su orgasmo, luego él eyaculó, eyaculó todo dentro de ella. La había follado durante casi tres cuartos de hora, y lo disfrutó mucho. Ella rió a carcajadas cuando él eyaculó y murmuró que podía sentir la eyaculación dentro de ella, algo que nunca había experimentado con Finzi. Permanecieron acostados uno al lado del otro un rato más, luego él se levantó y dijo: "¡Hoy no hemos aprendido nada!".

Así continuó durante los siguientes meses; él se acostaba con Lina todas las tardes, a veces dos veces al día, y con Giulia por la noche. Por supuesto, Giulia sacó el tema, porque sabía que Lina se masturbaba mientras estudiaba. Él dijo: "Claro, por supuesto, no me molestaba". Lina solía desnudarse, según contó, se tumbaba en su regazo, abría las piernas y se masturbaba delante de él. A él no le importaba, dijo, tenía un clítoris enorme, y Giulia se rió: "¡Tiene un clítoris francés enorme!", y eso les dio mucho de qué hablar. "Finzi, ese cabrón, se acuesta con mi pequeña todos los sábados", dijo Giulia para asom-

bro de Piero, “la vecina lo vio ella misma, por la ventana”. Piero dijo que Lina ya le había dicho: “Pero Finzi no sirve para nada en la cama, hasta tu hija de 10 años lo sabía después de que la desflorara con tanto esfuerzo. Solo dura un minuto o dos, luego desaparece sin importarle su orgasmo. Tiene que hacerlo ella misma”. Giulia dijo que iba a darle una patada a Finzi en los huevos, ¡y fuerte! Piero preguntó si debía hacerlo, pero Giulia lo ignoró, diciendo que lo haría ella misma. “¡Prefiero que seas tú quien se la folle, no ese miserable canalla!”, exclamó Giulia. Piero asintió comprensivamente; estaría encantado, dijo. No mencionó ni una palabra sobre el hecho de que se había estado follando a Lina todos los días desde la primera semana, ¡el muy cabrón! Tal vez Lina quisiera acostarse con él una vez que Finzi estuviera fuera de escena, pero él ciertamente no intentaría seducirla activamente; no podía hacer eso. ¿Pero era por ella como madre...? Giulia volvió a agitar la mano. “Nunca restringí a Lina, nunca la traté con condescendencia. Lo ha estado haciendo desde que pudo masturbarse, y eso está perfectamente bien. Si quiere tener sexo a los 10 años, que así sea, pero no con un pederasta como Finzi. Cuando le venga la regla, le hablaré de anticoncepción para que pueda decidir por sí misma cuándo quiere tener un bebé. Es bastante precoz; sus pechos ya están visiblemente en desarrollo. Incluso podría venirle la regla a los 14 o 15 años; estoy muy pendiente de eso.” Piero estaba bastante abatido. Se había sentido avergonzado delante de Giulia cuando admitió que Lina se tumbaba desnuda en su regazo para masturbarse y que él también la masturbaba. No le había dicho ni una palabra a Giulia sobre el hecho de que había estado teniendo sexo con su hija todos los días durante semanas, desde la primera semana, normalmente dos veces al día. Pero Giulia ni se inmutó; para ella, estaba bien que él tuviera sexo con Lina. Esa noche, Piero folló a Giulia de forma íntima y soñadora, teniendo en mente el coño y el clítoris de Lina.

Giulia, literalmente, le había dado una patada en los testículos a Finzi y lo había amenazado ferozmente si volvía a acercarse a Lina. Lina estaba decepcionada de que Finzi no hubiera regresado, así que Piero pudo explicarle que Giulia le había dicho al idiota que se largara. No debía acostarse con Finzi, pero con él si era absolutamente necesario, le había dicho Giulia. Lina se mordía las uñas. “¿Contigo? ¿Acaso no lo sabe?”, preguntó con los ojos muy abiertos, y él asintió.

Giulia finalmente dejó entrever que lo sabía. Rara vez los molestaba por la tarde, ya que era cuando los hombres iban a su casa a tener sexo. Pero a veces pasaba y se iba enseguida, asintiendo cortésmente y dejándolos continuar. A veces se quedaba inmóvil, simplemente observando con ojos brillantes. Piero se acostumbró rápidamente a tener sexo con Lina una o dos veces por la tarde; realmente lo disfrutaba. Era más feliz que en mucho tiempo. No dejaba de pensar en María y esperaba que con el tiempo se cansara de tener sexo con tantos hombres, y con ninguno tan honestamente como con él. Sabía cuánto la amaba con todo su corazón, y esa era la única razón por la que no disfrutaba viéndola tener sexo con tantos hombres anónimos. A veces, cuando tenía sexo intenso con Lina o Giulia, su mente le jugaba malas pasadas; solo veía a María y balbuceaba su nombre. Por supuesto, no podía saber que Giulia se lo estaba diciendo fielmente a María.

Lina tenía curiosidad y quería saber cómo era ser follada por detrás. Había oído hablar de ello en el colegio y estaba confundida. ¿Follas a alguien por el ano? Piero sonrió. “Algunas personas sí que lo hacen, pero yo no, no me gusta nada”. Pero si se refería a follar por detrás, claro que lo hacía, solo que no por el ano, sino como es debido. Lina lo pensó; él podía ver cómo se lo imaginaba. La hizo arrodillarse a cuatro patas y la penetró por detrás. “Lo entiendo”, dijo Lina y empezó a levantarse, pero él dijo que no se hacen las cosas a medias. La folló por detrás, ¡y ahora casi todo su pene estaba dentro de su vagina! Lina tuvo un orgasmo por primera vez durante el sexo. Estaba asombrada. “¡Eso fue algo increíble!”, exclamó, “¡un orgasmo sin masturbarme!” Piero sonrió; cada uno es diferente, dijo. A algunos les gusta, a otros no. Se sentó junto a ella en el suelo y encendió un cigarrillo. Ella lo cogió de su mano. «Fumo en la escuela», explicó. Pero ahora necesitaba un cigarrillo, ¡porque el orgasmo durante el sexo era algo realmente maravilloso! Así que sucedió que él casi siempre la penetraba por detrás, y ella casi siempre tenía un orgasmo.

Giulia lo animó, diciéndole que tenía que ir a ver a las parteras de inmediato: “¡Tu María está dando a luz!”. Él salió corriendo, con lágrimas corriendo por su rostro. Luego tuvo que esperar tres horas en la antesala, fumando un cigarrillo tras otro. Finalmente, le permitie-

ron verla. Supo en el primer segundo que se amaban, que se amaban con locura. Ella le sonrió radiante y apartó la manta. Angelina. Ya había visto bebés antes, pero esta niña dormida era suya. La observó con mucha atención; era claramente la viva imagen de María. Besó a María por centésima vez.

— Se acabó — dijo con una sonrisa radiante — . Vamos a comprar una casa, incluso sé cuál. Con el dinero que conseguimos con la estafa, casi podemos pagarla por completo. ¡Deja de beber y busca un nuevo trabajo, maldita sea! Ya me he acostado con suficientes hombres, ¡te juro que nunca más me acostaré con nadie más que contigo! ¿De acuerdo? Piero no pudo pronunciar palabra. Asintió una y otra vez. — Estaremos ahí para Angelina y nos amaremos como antes. María se había vuelto tan madura, tan sabia de la noche a la mañana. Piero era más feliz que en meses.

Se quedó con Giulia unos días más; el sexo fue una larga despedida y una expresión de su profunda gratitud. Giulia dejó que Lina durmiera con ellos en su gran cama doble. Se turnaban para tener sexo con ambas, y Giulia se asombró cuando Lina experimentó orgasmo tras orgasmo mientras la penetraban por detrás. El rostro de Lina se movía de un lado a otro sobre el cuerpo de Giulia; durante su orgasmo, jadeaba y temblaba, enterrando su rostro en los pechos de Giulia. Se quedaron en la cama durante días, dejando la escuela y a sus clientes a la intemperie, y tuvieron sexo sin cesar. Durante sus descansos, Lina se masturbaba frente a ella, pues tenía una fuerte tendencia al exhibicionismo. Tuvo sexo con ambas tan a menudo como pudo. Las besó, las abrazó y las mimó a ambas, porque era una despedida para siempre.

Partió para recoger a su esposa y a su hija.

Los robos de Carlos

von Jack Faber © 2023

Palomina acudía a la doctora todas las mañanas. Gozaba de perfecta salud; no había nada que examinar. La doctora tarareaba satisfecha; Palomina tenía un clítoris precioso, y la acariciaba lenta y placenteramente hasta el orgasmo. Si no había ningún otro paciente esperando, continuaba acariciándola con una amplia sonrisa, provocando que Palomina gimiera, suspirara y jadeara al alcanzar el orgasmo. Tras dos orgasmos, Palomina quedaba satisfecha y volvía a casa completamente relajada.

A última hora de la tarde, Carlo llegó como de costumbre con Gino y Tadzio para tener sexo. Palomina lo esperaba con ansias, pero cuando llegaron, ella interpretó el papel de la recién casada llorosa, la que estaba siendo despojada de su inocencia por esos hombres salvajes. Ese era el papel que más le gustaba, y solo tenía que pensar en su pobre Riccardo, a quien engañaba y mentía a diario, para que las lágrimas fluyeran. Si lo admitía, los tres caballeros ladrones eran mejores en la cama que Riccardo, quien trabajaba hasta tarde y llegaba a casa agotado. No le quedaban muchas energías para introducir su pene y eyacular, lo que a veces sucedía por sí solo. Si no, ella le frotaba suavemente el pene, que aún estaba dentro de ella, con los dedos, tal como él le había enseñado. Siempre estaba demasiado cansado para tener sexo; prefería mucho más que lo frotaran con los dedos. En aquel entonces, ella no tenía ni idea de sexo ni de masturbación; solo lo había aprendido del viejo médico. No tenía ni idea del pasado de Riccardo. De niño, siempre jugaba con sus bloques de construcción en la cama matrimonial cuando las amigas de su madre venían a lamerse entre sí. Solo le interesó más tarde, porque le permitían follar a la amiga por detrás y mirar por encima de su hombro mientras ella lamía a su madre hasta el orgasmo. Le permitían follarlas a todas, y si no había ninguna amiga cerca, su madre le dejaba follarla por delante, como un hombre. Su madre le había enseñado a lamer un clítoris correctamente. Si llevaba al orgasmo a la chica a la que su madre estaba lamiendo al mismo tiempo, ella pacientemente le dejaba follarla por detrás e incluso le dejaba eyacular dentro de ella, aun-

que eso significara que podía quedar embarazada. Ninguno de los dos echaba de menos a su padre; trabajaba en Suecia, arando los surcos suecos por la noche. Solo cuando fue adulto se dio cuenta de que su madre era lesbiana, pero no le importaba si follaba con una lesbiana o no; tenían el mismo agujero que las no lesbianas. Palomina seguía siendo virgen cuando se casaron. Durante el primer mes, él tuvo relaciones sexuales con ella todas las noches y le enseñó a masturbarlo. Para él, lo más placentero era simplemente introducir su pene y dejar que eyaculara de forma natural. Palomina aprendió rápidamente a masturbarlo correctamente después de que él lo hubiera introducido. Siempre sonreía al pensar que se había embarazado de esta manera, completamente sola.

Los tres mosqueteros fueron las primeras personas con las que tuvo sexo de verdad, de forma regular, y su marido no tenía por qué saberlo. Él estaba tan satisfecho que ella le acarició el pene y le dejó eyacular dentro; no quería nada más. Los domingos por la mañana, tenían sexo de verdad. Después, él le lamía el clítoris con destreza, y a ella le encantaba. La volvía loca, y quedaba completamente agotada después de esos orgasmos. Palomina le acarició suavemente la cabeza. Él había hecho más que suficiente; ella ya había tenido sexo de verdad esa tarde. Se masturbaría un poco antes de irse a dormir, como le había enseñado el médico, y lo volvería a hacer al día siguiente.

Carlo había hablado con el médico por teléfono. María, la esposa de Piero, le había permitido masturbarla sin decir nada, pero no era lesbiana en absoluto como Palomina, quien ni siquiera lo sabía, pero volvía cada mañana. Por lo demás, no había mucho que contar; Laura se había quedado embarazada. Naturalmente, Carlo fue a casa de Laura con Gino y Tadzio. La joven de 17 años no se andaba con rodeos y al principio se quedó impactada. Pero se recuperó; ¡mejor que no tuvieran sexo, a su Mauro no le gustaba ese tipo de cosas! Sin embargo, les permitió a los tres tener sexo con ella, sonriendo. No tuvo un orgasmo, pero no se había acostado con muchos hombres, así que tenía mucha curiosidad por ver cómo lo hacían los tres. Se rió y pidió una segunda y una tercera ronda, que solo Tadzio, el joven fuerte, logró. Los besó para despedirse y los llamó, ¡diciéndoles que no volvieran! Y, efectivamente, Mauro entró en el bar y sacó a Carlo a rastras por el cuello. Le dio una paliza en la calle e inmediatamente volvió

adentro, agarró a Gino y le dio una paliza allí mismo. Tadzio salió voluntariamente y tuvo suerte; Mauro ya estaba cansado y lo soltó después de unas cuantas bofetadas. “¡Y mañana me guardaré los nudillos de metal en el bolsillo y te daré una paliza de muerte!”. A partir de entonces, evitaron a Laura como la peste; ¿Mauro con nudillos de metal? ¡Ni hablar!

Carlo pasaba a menudo por la habitación de Ursula, a veces deteniéndose mientras ella se masturbaba. Tenía la pequeña luz encendida, junto a la estatua iluminada de la Virgen María. No levantaba las piernas mientras se masturbaba, simplemente las estiraba hacia un lado. Ursula era muy guapa, pero tenía una obsesión religiosa. Algunos decían que estaba loca. Loca o no, un día apareció en silencio junto a su cama y esperó hasta que Ursula terminó de masturbarse. Ella abrió los ojos y balbuceó: “¡Señor Celestial! ¡Oh, tú, el Celestial!”. Carlo reaccionó al instante. “Sí, mi Ursula, soy yo, Carolus”. “¿El ángel Carolus?”, preguntó Ursula extasiada, y él asintió: “¡El arcángel Carolus!”. Ella se arrodilló y le besó las manos. “¡Oh, bienvenido, mi arcángel!”. Carlo la dejó arrodillarse y besarle las manos, pero finalmente, ya era suficiente. “¡He venido a follarte!”.

Ursula estaba encantada, con las mejillas sonrojadas. «¡Te he estado esperando, mi señor celestial! ¡He conservado mi virginidad para ti! ¡Oh, qué feliz estoy de ser la primera! Sé que dolerá la primera vez, pero por ti soportaré cualquier cosa, mi señor, mi amante». En un instante, Ursula estaba en la cama, tumbada boca arriba y con las rodillas separadas. Carlo se bajó los pantalones y se subió encima de ella.

Oh, cómo maldijo, ¡tan absolutamente impío! ¡El himen de Úrsula parecía estar hecho de cuero de elefante! Solo cuando ella le agarró las nalgas y lo empujó dentro de ella con un movimiento salvaje terminó. El arcángel folló a Santa Úrsula durante casi media hora hasta que ella arqueó la espalda en orgasmo y él finalmente pudo eyacular dentro de ella. Se quedó con ella durante otras tres horas y la folló tan a menudo como pudo. Prometió volver al día siguiente. Vino durante unos diez días, la folló dos o tres veces y prometió volver de nuevo. Pero nunca regresó; en realidad ella era bastante aburrida con sus constantes oraciones. Un buen mes después, el médico lo llamó.

Santa Úrsula estaba embarazada y balbuceaba sobre un arcángel que la había follado y la había dejado embarazada. Carlo, Gino y Tadzio partieron.

El arcángel Carolus primero tuvo que explicarle a Ursula, con su piadosa palabrería, que San Ginus y San Tadzius debían liberar sus deseos reprimidos, y que, por el amor de Dios, ella debía tener sexo con ellos. Ursula se sintió muy confundida al principio cuando los tres se acostaron a su lado. Pero enseguida comprendió que debía acariciar, besar y jugar con dos de ellos mientras el tercero la penetraba de lado o por detrás. Sí, disfrutó del juego obsceno, ya que los ángeles se comportaban de forma bastante humana y obscena. Por supuesto, también se les permitía meterle sus penes en la boca; ella succionaba y lamía con tanta devoción que incluso se olvidaba de rezar. Un pene tras otro fue insertado, uno tras otro embestido y eyaculado. Era casi medianoche cuando los tres ángeles se marcharon, pero prometieron volver. Y lo hicieron, porque Ursula había aprendido a follar de maravilla y ya estaba succionando el siguiente pene mientras la penetraban. Nadie más en la ciudad hacía eso.

Durante meses, los tres ángeles fueron a ver a Santa Úrsula. Su manía de recitar innumerables Ave Marías antes del sexo ya no molestaba a nadie. Podía tener sexo maravilloso y practicar sexo oral como nadie. Gino y Tadzio, mucho más jóvenes que Carlo, no tenían que racionar su semen y a menudo eyaculaban en la boca de Úrsula. Ella se tragaba el semen y decía que era “maná sagrado. Incluso Moisés y sus hombres alimentaron a las mujeres con maná en el desierto, por eso el sexo oral y beber semen están tan extendidos en Israel. ¿Quizás también corre un poco de sangre hebrea por mis venas?”. Nunca descubrieron de dónde sacaba Úrsula esas declaraciones tan absurdas.

Cruzaron el maizal hasta la ventana de Gelsomina. Susurraban muy bajo, porque su suegro estaba sentado junto a la puerta, con la escopeta lista. Tenía que proteger a su nuera; su hijo trabajaba toda la semana y solo volvía a casa los sábados. Gelsomina llevaba mucho tiempo disfrutando del sexo, y cuando su suegro se colaba en su cama los domingos por la mañana, ella se dejaba follar con gusto por el querido viudo; al fin y al cabo, todo quedaba en familia. Ahora, en si-

lencio, dejó entrar a los tres mosqueteros por la ventana. Follaron durante unas horas hasta que los tres se cansaron. Por desgracia, esto solo duró unas semanas. Más tarde, su suegro yacía en la cama de Gelsomina, mirando a su nuera desnuda con ojos codiciosos, mientras su pene se ponía erecto poco a poco. Gelsomina se sentó junto a la ventana, bajo el sol, acariciando apasionadamente su vientre de embarazada, su vulva y su clítoris, con mucha delicadeza. Luego se masturbaba cada vez, con los pies bien abiertos sobre el alféizar de la ventana y la vulva expuesta a la luz del sol. Sabía que al viejo le gustaba verla acariciarse y masturbarse, así que se tumbaba al sol y le dejaba mirar, las doce veces que se masturbaba allí. Solo tenía que esperar un poco más, y entonces Gelsomina se encargaría de su pobre polla, follándolo con devoción por las tardes y por las noches.

Carlo y sus amigos volvieron a visitar a Ursula y Palomina, quienes, a diferencia de María o Giulia, no cobraban por sexo. Josefa era la esposa del único campesino del pueblo; rondaba los treinta años y esperaba su primer hijo. Ya era bastante corpulenta y conocía bien las costumbres locales. Los condujo a los tres al establo, donde les permitió en silencio tener sexo con ella entre los cerdos y las vacas. Se apoyó en una tabla, se inclinó hacia adelante y dejó que la penetraran por detrás. Nunca sonrió, nunca dijo una palabra, y simplemente dejó que la vieja costumbre se desarrollara. Carlo a menudo no podía distinguir qué ojos parecían más tontos e indiferentes, los de Josefa o los de las vacas. Así que Josefa no era precisamente un tesoro, más bien un fracaso. Pero algo bueno estaba a punto de suceder.

La esposa del pastor estaba embarazada, dijo el médico. El pastor había estado fuera en el campo toda la semana, hospedándose en casa de viudas ancianas, lo cual a veces era cierto. Por supuesto, nunca mencionó que se acostaba con todas ellas; ¡nadie podía ser demasiado viejo para eso! Sabiamente, guardó silencio sobre el hecho de que, naturalmente, prefería a las mujeres más jóvenes. En cualquier caso, su esposa Jenna, de veintitantos años, estaba embarazada y rechazó a Carlo. Primero, sabía lo hermosa y deseable que era, y segundo, la vieja costumbre era algo verdaderamente pagano, lo cual repugnaba al virtuoso cristiano. Pero ¿cuándo no había conseguido Carlo lo que quería? Gino y Tadzio sujetaron a la bella Jenna; ella se resistió, por

supuesto, y pataleó. Carlo la desnudó con cuidado para no rasgarle la ropa. Se había orinado, y Carlo la limpió con su ropa interior. Luego, los dos se acostaron en la cama y sujetaron firmemente a la esposa del pastor.

Lloró desconsoladamente, pues había renunciado a toda la promiscuidad y a las orgías cuando conoció al pastor. Lloró y lloró mientras Carlo la penetraba profundamente y durante un buen rato. Ya no tuvieron que sujetarla; se aferró a Carlo, alcanzó el orgasmo rápidamente y siguió teniendo orgasmos. Después de que Carlo eyaculara, se quedó allí tumbada con las piernas temblorosas, los dedos de los pies temblando mucho después de que el orgasmo hubiera cesado por completo. Era el turno de Gino. Lo abrazó como a un marido querido y bienvenido, alcanzando el orgasmo hacia el final y continuando con orgasmos hasta que Gino eyaculó y se retiró. Le dedicó a Tadzio un gesto de ánimo; al fin y al cabo, se había acostado con cientos de chicos de su edad en una vida anterior. Con Tadzio, su orgasmo llegó tan rápido que tuvo que cubrirse la cara con el antebrazo, y los orgasmos continuaron hasta que él se retiró. Sus flancos y piernas temblaron mucho después, los dedos de los pies se contrajeron involuntariamente. Levantó el brazo y sonrió. «¡Eso fue divino!» Los tres no estaban acostumbrados a ser elogiados por una mujer y cambiaron el peso de un pie al otro. Y volvieron a correrse tan a menudo como pudieron. Jenna era sin duda un placer; les lamió el pene igual que Ursula y, por supuesto, se tragó su semen. Toda su destreza, sus fantásticas posturas y sus orgasmos largos y atronadores, que habían quedado sepultados en su vida con el pastor sin imaginación, resurgieron. Jenna amaba a sus tres amantes y era de nuevo la mujer pagana que nunca se perdía un orgasmo.

Jenna soltó una risita para sí misma cuando el pastor llegó a casa y despotricó sobre lo vieja, fea e indeseable que era tal o cual viuda, lo cual rara vez era cierto. Cuando ella le preguntó, él admitió que se acostaba con tal o cual viuda por caridad cristiana y compasión, y porque no podía masturbarse bien en la cama de la viuda. Lo hizo, honestamente, lo hizo. Esperó mientras la anciana se masturbaba y metió su pene en su coño orgásmico, eyaculando dentro. Realmente no le importaba la edad que tuviera ni si quería ser follada o prefería la masturbación. Ella acarició su vientre redondo y simplemente le

dijo que ahora se masturbaba mucho más que antes, una docena de veces al día y la misma cantidad por la noche. Era su esposa devota, a quien amaba más que a nada. Eso era realmente cierto.

Carlo había estado discutiendo con Piero; estaba absolutamente convencido de que Lina ya tenía 16 años; al fin y al cabo, tenía ojos en la cabeza. Piero no dijo nada; solo quería despedirse de sus amigos. Se iba con María y Angelina. Solo de pasada mencionó lo buena que era Lina en la cama.

Vio el brillo en los ojos de Carlos y supo que le había hecho un gran favor a Lina.

Un día, durante el almuerzo, Carlo estaba en la escuela. Ella lo reconoció de inmediato y saludó al tío Carlo. Él fue un poco más diplomático de lo habitual y no se mostró demasiado insistente. Ella se giró y se retorció porque él le estaba haciendo halagos tan bonitos sobre su figura, sobre sus pechos incipientes, cuyos pezones se veían claramente bajo su camiseta. Sugirió que probablemente era tan increíble en la cama como había dicho Piero. Ella se sintió complacida: "¿De verdad dijo eso?", y más tarde dijo que había disfrutado muchísimo teniendo sexo con Piero, pero que, por desgracia, él se había mudado. Carlo era un maestro en mantenerla en el tema. No podía ir al apartamento de Giulia si ella quería tener sexo. Tendría que ir a su casa; allí podrían tener sexo si quería. Ella sí que quería, ¿verdad? Lina lo pensó un instante y dijo que estaba bien, que iría con ellos. Carlo tampoco dudó, así que fueron a su casa.

A Carlo se le hizo agua la boca cuando Lina se desnudó. Una chica guapa y cachonda de 15 o 16 años, con todos los adornos. Su hermoso monte de Venus, con su suave vello rubio, lo volvía loco. No podía esperar a follar a la pequeña. Ella dijo, con total ingenuidad, que la gran polla de Piero solo entraba hasta la mitad, que su vagina aún era muy corta. Carlo la penetró con cuidado; él tampoco podía meter su polla del todo, ¡pero qué importaba! La folló demasiado rápido y se corrió, aunque Lina seguía masturbándose. Sacó su polla y la observó masturbarse. Fumaron y follaron de nuevo. Entonces Carlo estaba completamente exhausto. Le explicó que solía follar con sus mejores amigos, enumerando a las mujeres con las que se habían acostado re-

cientemente. Una tras otra, por supuesto. Lina preguntó con una sonrisa pícara dónde estaban los dos, ¿Gino y Tadzio? Carlo los llamó inmediatamente y llegaron en cuestión de minutos.

Lina quería follar primero con Gino, y luego con Tadzio. Gino tenía un pene más corto pero más grueso que el joven Tadzio. Así que Gino se preparó, y el pene de Tadzio también creció mientras los veía follar. Y entonces finalmente llegó su turno. Follaron una y otra vez; Lina realmente se sació antes de correr rápidamente a casa. Ahora tenía menos tiempo para estudiar porque iba a casa de Carlo casi todos los días después de clase. Le parecía maravilloso abrazar y besar a tres hombres guapos y desnudos al mismo tiempo y ser follada por el tercero. Era maravillosamente pervertido y hermoso. Cuando se enteró de cómo Piero la había recomendado, lloró de felicidad. ¡Tío Piero, buen hombre!

Un año después le llegó la menstruación y Giulia le contó todo lo que sabía sobre anticoncepción. Mucho más tarde se enteró de Lina y su trío.

¿Quién le teme al lobo feroz?

von Jack Faber © 2023

Ze, cuyo nombre real era Zeid Obakunde, había llegado al Reino Unido por una ruta aventurera. Tenía veintitantos años, era delgado y alto, y un hombre apuesto. Solo su color de piel no encajaba con el gusto de muchos europeos, pero tenía dos ases bajo la manga. Hablaba inglés con fluidez y era muy hábil con la informática. Había trabajado como especialista en informática en su país de origen durante varios años, pero ganaba muy poco. Había venido para ganar mucho. Un buen amigo le había dado dos buenos consejos al principio. Primero, que esperara pacientemente su permiso de residencia y trabajo; los británicos no se andaban con rodeos y uno podía ser castigado y deportado.

Segundo — aquí el amigo se rascó la cabeza con timidez — finge ser gay. «Espera», dijo el amigo, «¡espera! Tienes que pensar en dos cosas antes de descartarlo. Primero, ser perseguido por ser homosexual en África es una buena razón para huir, pero una mala para ganar más dinero». El amigo Mo sonrió, «Los europeos sufren de homofobia y violaciones de derechos humanos. Eso se puede aprovechar. El segundo punto es fácil de explicar». Ze odiaba que su amigo, primero, se detuviera durante largos periodos, y segundo, que siempre encontrara una primera y una segunda razón para todo.

— En segundo lugar — retomó su amigo el tema — , debido a nuestro color de piel, nos enfrentamos rápidamente al rechazo. Eso tiene que ver con la raza y la xenofobia, algo que nos resulta perfectamente claro. Puede que conozcas chicas, pero difícilmente te acostarás con una británica, hombre negro. Sin embargo, muchas mujeres se hacen amigas de nosotros, los hombres gays; no representan ninguna amenaza. Incluso te invitan a su cama; no le tienen miedo a un hombre gay. Él no las tocará. Ze se removió en su silla; se sentía incómodo. — No pensé que fueras gay, Mohamed — dijo finalmente. Mo soltó una carcajada. — ¡Aquí en Inglaterra, sí! ¡Y acabo de explicarte por qué! Ahora Ze también tuvo que reír. Mo era un hombre experimentado y había sido abogado, pero se había metido en problemas con la gente

equivocada y ahora estaba a salvo aquí. Tendría que buscar otra profesión, había dicho Mo, «Solo puedo soñar con ser abogado en Inglaterra. Una vez que me instale aquí, traeré a mi esposa y a mis tres hijos».

Mo llevaba tres semanas allí y llevaba a Ze a los bares adecuados. Iban juntos a varias fiestas, fingiendo ser gays. Mo le guiñó un ojo a Ze cuando este cogió su mochila para pasar la noche en casa de Jenny. Le había dicho a Jenny que sería solo un par de días, y ella había aceptado. Paseaban juntos por la ciudad de noche. Jenny era más joven que Ze y trabajaba en una floristería. Solo tenía un apartamento de una habitación, un único espacio para vivir, dormir y cocinar, con un inodoro y una ducha diminuta en la cocina. Pero tenía un balcón agradable donde fumaba y tomaba café.

Ella le preparó un espacio para dormir junto a la cama, él sacó el vino tinto de su mochila y se lo bebieron todo en el balcón. Jenny se duchó antes de acostarse y Ze pudo contemplarla a sus anchas. Se puso un camisón y ¡buenas noches! Ze sabía que tendría que esperar un poco. Se envolvió en la fina manta y se durmió.

Cuando despertó, Jenny estaba sentada a su lado. Se había descubierto y ella lo miraba fijamente con ojos brillantes, contemplando su erección matutina. Él volvió a taparse y ella le preguntó si de verdad lo necesitaba, si debía hacerle lo mismo. En realidad, quería volver a dormirse; el sol aún no había salido y asintió distraídamente. Su mano se deslizó bajo las sábanas. Suspiró; algo iba mal. Al menos, ese no era su plan.

Jenny era muy hábil; obviamente tenía mucha práctica con las masturbaciones. Se entregó por completo, su camisón se deslizó y él vislumbró su vulva depilada. El vello ya había vuelto a crecer un poco, y él lo anotó mentalmente para más tarde esa noche. Ella se limpió el semen con un pañuelo. “Una polla muy bonita”, dijo Jenny, y se levantó para preparar café. Él, por supuesto, estorbaba, así que Jenny le dijo que se acostara en su cama mientras ella preparaba el desayuno.

Había ido de compras y preparado la cena, mezclando arroz con guisantes y carne picada. No era un cocinero especialmente bueno, pero había comprado dos botellas de vino tinto barato. Jenny llegó a las 8 como estaba previsto y rápidamente consultó las noticias en su teléfono. No tenía televisión. Él había preparado raciones abundantes, ella comió con gusto y se sentaron en el balcón con el vino tinto. Le pareció maravilloso que hubiera cocinado y ordenado el apartamento. Tuvieron una agradable charla y se terminaron la segunda botella de vino tinto. Él, con mucha habilidad, dirigió la conversación hacia la depilación púbica y se ofreció a afeitarla antes de que se duchara; era un experto en ello. Ella solo podía aceptar o rechazar. Él le afeitó la zona púbica antes de que se duchara. Ella comentó que era una tontería tener la cama en el suelo. Podrían caber los dos uno al lado del otro si se acurrucaban más. Ze asintió; era una buena idea, así que se tumbaron uno al lado del otro en la cama.

Jenny se durmió casi de inmediato; él tuvo que dejarla en sus brazos, y ella apretó su espalda y nalgas contra él. Con ambas mantas, estaban agradables y calentitos. Él colocó su pene en su hendidura, donde no le molestaba. Descubrió que su camisón sintético le picaba bastante, pero tendría que vivir con eso. Se despertó en medio de la noche. Jenny estaba acostada encima de él, medio abrazándolo, profundamente dormida. Él no podía dormir así, así que con cuidado la giró de nuevo a su posición original. Ella dobló la pierna superior y siguió durmiendo profundamente. Él colocó su erección en su hendidura de nuevo, pero ahora su glande tocaba su vulva recién afeitada. Fue muy, muy cuidadoso al penetrarla. Ella hizo algunos sonidos, pero inmediatamente volvió a dormirse. No podía follarla; se despertaría al instante. Con infinito cuidado, deslizó su pene dentro y fuera, dentro y fuera. Y solo un poco, solo hasta la mitad. Siempre se detenía cuando ella se movía, pero cuando le ponía una mano en la nalga, ella se calmaba al instante. Él eyaculó sin moverse y dejó que el semen se escurriera dentro de la vagina de Jenny. Se retiró y se durmió.

Ze se despertó temprano; Jenny se había removido y descubierto. Su mano se deslizó sigilosamente hasta su erección matutina. Él se despertó al instante. Ella sonrió y dijo: “¡Shh, shh! ¡Sigue dormitando mientras te atiendo!”. Él cerró los ojos y disfrutó de la masturba-

ción. Ella lo hizo a la perfección y limpió el semen con un pañuelo. Luego preparó café. Antes de irse, dejó 20 libras sobre la mesa, “para ir de compras”.

Se quedó hasta el fin de semana, eyaculando dentro de ella de nuevo por la noche, y por la mañana ella le hizo una paja. Anoche le preguntó si podía tener sexo con ella, solo para complacerla. Ella cayó en un estado de apatía y melancolía. Se sentía abrumada, todo estaba sucediendo demasiado rápido. Dijo: «Primero una ducha y luego nos acostamos. Bueno, tal vez, tal vez». Él insistió en afeitarle la zona púbica de nuevo, y Jenny accedió.

Se quedaron allí tumbados como todas las noches, con su pene encajado en la hendidura de su trasero. Él le tocó el clítoris. Ella se sorprendió mucho, pero lo dejó. Con gusto, porque estaba hambrienta de sexo, él lo notó enseguida. La masturbó con tanta destreza que casi se desmayó. Después se sintió muy avergonzada porque se había entregado por completo al orgasmo. Él la besó en el hombro. Ella susurró que nunca antes había estado con un hombre gay y se sentía insegura. Él le pidió que dejara de lado ese pensamiento; ¡le prometió que la follaría de maravilla!

La acostó boca arriba y la penetró. Ella sintió su pene llegar al fondo de su vagina y suspiró profundamente. Su ritmo fue lento al principio, pero ella sintió que su excitación aumentaba y él aumentó la velocidad. Follaron durante más de una hora y ella tuvo un orgasmo fuerte e intenso en medio de la sesión. Él continuó con fuerza y ella susurró que podía correrse, estaba segura de ello. No se corrió hasta una hora después. Ambos jadearon en busca de aire y él fue al refrigerador y trajo dos vasos de jugo de naranja. Luego continuaron follando a medianoche. La folló de nuevo durante mucho tiempo y ella tuvo otro orgasmo muy fuerte. Ella le mordió el hombro porque no le permitían gritar fuerte. Después de este orgasmo, se masturbó el clítoris con mucha suavidad, no para llegar al orgasmo, sino para disfrutar de su placer. Ella lo besó en la boca cuando él se corrió. Durmieron hasta la mañana. Cuando él despertó, tuvieron sexo una vez más, luego él agarró su mochila y regresó con Mo. Tenía que contarle a Mo todo con detalle. Mo se rió cuando Ze describió cómo eyaculaba

cuidadosamente dentro de la vagina de Jenny mientras dormía todas las noches sin tener relaciones sexuales con ella.

Ze se quedó una noche en casa de Mo, luego fueron a otra fiesta y cada uno encontró una chica. Ze fue con Mae. Ella tenía dos habitaciones: una cocina-sala de estar y un dormitorio con una cama doble grande. Mae era mucho más extrovertida que la reservada Jenny; no se andaba con rodeos, y había espacio de sobra para los dos en la cama doble. Mae estaba bastante borracha y dijo que se iba a la cama. Ze asintió. La desnudó porque ella ya no podía hacerlo sola. Ella se lo agradeció y lo abrazó mientras él la desvestía. Lo atrajo hacia la cama y él se desnudó rápidamente.

Mae abrió bien las piernas y rió entre dientes: "¡Lo necesito ahora mismo, perdón!", y de inmediato comenzó a masturbarse sin pudor alguno. Él se sentó a sus pies y la observó. A mitad de camino, ella vio su pene erecto, se detuvo y rió entre dientes: "¿Tú también quieres masturbarte?". Él negó con la cabeza. No, no quería masturbarse. Mae preguntó: "¿Y entonces qué?". Él palpó su clítoris y su coño con los dedos: "¡Eso quiero!".

Mae recuperó la sobriedad por un momento. "¿Quieres follarme?", preguntó, confundida. "Sí, ¿tú también follas con mujeres?" Él asintió y murmuró: "Pero solo si ellas quieren". Mae estaba completamente borracha de nuevo y balbuceó: "Me gusta mucho que me follen mientras me masturbo". Continuó masturbándose sin inmutarse cuando Ze la penetró. Él prácticamente la estaba follando solo, ya que ella se concentraba únicamente en masturbarse y en su orgasmo. Tuvo que hacer un esfuerzo considerable para alcanzar el orgasmo, independientemente de si él eyaculaba o cuándo. Continuó masturbándose sin parar, y cuando él intentó sacarlo, ella negó con la cabeza. "Déjalo dentro", balbuceó Mae, "¡déjalo dentro!" Él obedeció, y ella continuó masturbándose hasta bien entrada la madrugada. La folló intermitentemente cuando su pene se ponía erecto y eyaculó cuando estaba listo. Dejó su pene dentro de ella y la folló incluso con su semierección. Solo después de horas ella tuvo suficiente y se quedó dormida en medio de la masturbación. Él también se durmió.

Se despertó porque toda la cama temblaba. Se dio cuenta de que era una cama de agua, que amplificaba cada movimiento. Mae se estaba masturbando de nuevo, introduciéndose un consolador, lo que hacía temblar toda la cama. Era un consolador grande, de un material semiblando, que se introducía con furia. Se arrodilló frente a Mae con su erección matutina, pero ella negó con la cabeza: "¡Todavía no, todavía no!". Esperó, y ella se introdujo rápida y fuertemente.

— ¡Ahora, ahora! — gritó de repente, apartando el consolador mientras él la penetraba. Él siguió su ritmo frenético y la folló como una loca. Mae, una mujer pequeña y algo rellenita con pechos grandes y temblorosos, se aferró a él con fuerza y gritó brevemente cuando estalló su orgasmo. Después no pudo decir si tuvo un orgasmo de cinco minutos o cinco minutos de orgasmos, pero fue fascinante de cualquier manera. Tuvo que eyacular en medio de su orgasmo y se detuvo una vez que terminó. Todo su cuerpo convulsionó violentamente unas cuantas veces más, y luego terminó.

Mae trabajaba desde casa por las mañanas y las tardes, y pedía comida a domicilio para el almuerzo y la cena. Él se quedaba en la cama viendo la televisión o leyendo los periódicos. Después del almuerzo y la cena, ella se acostaba a su lado y sacaba su consolador. Eso era lo que más le gustaba, y Ze la imitaba. Ella se masturbaba tres veces al día: por la mañana, al mediodía y por la noche. Él la penetraba vigorosamente después de que ella hubiera usado el consolador para llegar al orgasmo. A veces, ella volvía a masturbarse después del sexo, y Ze la abrazaba o le acariciaba los pechos. Se quedó con ella durante cuatro semanas, luego regresó con Mo. Le mostró a Mo los videos que había grabado de Mae. Mo le habló de las mujeres que le habían permitido tener sexo con ellas.

Unos días después, volvieron a partir. Letitia recogió a Mo, mientras que June llevó a Ze a casa. June tenía unos cuarenta y tantos años; su novio la había dejado recientemente a ella y a su hija de 16 años, Julia. June parecía mucho más joven; se mantenía en forma y era muy atlética. Todas las mañanas, antes del desayuno, corría su ruta habitual y se duchaba mientras se preparaba su té. Julia era guapa y muy tímida; al principio, ni siquiera se atrevía a mirar a Ze a los ojos. June trabajaba desde casa casi todos los días y solo iba a la

oficina una o dos veces por semana. El hijo de June se había mudado a otra ciudad para ir a la universidad, y Ze se quedó con su habitación. June esperó dos días antes de contactar con él. Trabajaba en su ordenador, vestida de forma informal pero discreta. Julia, en cambio, estaba muy descontenta con el hecho de que solo hubiera clases en línea y pasaba todo el día en bragas y sujetador. Solía dejar la puerta que comunicaba las habitaciones de los dos niños entreabierta. Ze disfrutaba mucho vislumbrando su hermoso cuerpo de vez en cuando.

June solía cocinar comidas preparadas y se quedaba con Ze después de cenar. Ella lo escuchaba contarle todo sobre su tierra natal africana, y él escuchaba con atención, aunque no sentía nostalgia. Después de dos noches solitarias, ella lo sedujo para que entrara a su habitación. Era muy tímida y se avergonzaba de necesitarlo tanto. Se había acostumbrado a tener sexo con su novio todos los días. Como no se masturbaba, necesitaba volver a tener un orgasmo. Julia se masturbaba durante mucho tiempo cada noche; Ze podía verla y oírla a través de la puerta entreabierta. Ahora estaba acostado con June, quien había alcanzado fácilmente el orgasmo durante el sexo y se acurrucaba contra él. Ella seguía hablando de su novio, quien no solo la hacía llegar al orgasmo, sino que también parecía ser una persona muy amable. Habían discutido cuando él dejó que la mejor amiga de June tuviera sexo con él en una fiesta. Después de la discusión, él se había ido furioso a casa de su amigo.

Ze se acostaba con June todas las noches, pero después del sexo volvía a su habitación. Julia solía estar despierta, pegada a la pantalla. Siempre se acostaba muy tarde y se masturbaba durante una hora antes de quedarse dormida. Ze la observaba con placer; al parecer, ella no se daba cuenta de que él la veía. Normalmente se masturbaba debajo de las sábanas, pero a menudo se destapaba cuando estaba a punto de llegar al clímax.

Un día, el novio de June regresó. Ahora estaba acostado con June, y Ze se quedó en la habitación de los niños. Julia los había visto a él y a su madre teniendo relaciones sexuales y dedujo que el querido hombre negro debía sentirse solo y con mucha necesidad sexual. No era ciega ni tonta, y estaba locamente enamorada de Ze. Todas las

noches, fantaseaba con él mientras se masturbaba. Una noche, no pudo soportarlo más y se acercó sigilosamente, como solía hacer con su hermano mayor, para masturbarlo o para masturbarse con él.

Ya no soportaba las fantasías mientras se masturbaba. Se acercó sigilosamente, levantó la manta y se acostó a su lado sin decir palabra. Naturalmente, él se sorprendió por completo, pero no iba a rechazar a una chica de 16 años desnuda. Mantuvo las manos quietas y esperó en silencio. Ella apretó su cuerpo desnudo contra el de él, mientras los minutos pasaban. Luego lo acarició, sus brazos, sus hombros, su torso. Aunque la habitación estaba completamente oscura, cerró los ojos mientras bajaba la mano, tocando su pene. "¿Puedo?", susurró casi inaudiblemente. Él asintió y ella entendió. Muy lentamente, comenzó a masturbarlo.

Ella tenía práctica en eso, lo notó de inmediato. "¿Dónde aprendiste eso?", susurró Ze, y ella respondió solo después de un momento. "De mi hermano, Ken". Él asintió, "Ah, ya veo. ¿Cómo sucedió eso?". De nuevo, ella tardó un rato, pero luego explicó con dificultad que de niños, a menudo se acostaban uno al lado del otro y se desnudaban. Se turnaban para jugar con su pene y su vagina hasta que descubrieron la eyaculación. Desde entonces, ella se lo hacía a él todas las noches. "¿Y la vagina?", preguntó en voz baja. Ken lo había visto con una novia y se lo había estado haciendo desde entonces, cada vez que ella lo llevaba al orgasmo. Julia se concentró en frotar, y él fingió curiosidad. "Ken ya no está, ¿y?". Su silencio duró mucho tiempo. "Ahora lo hago yo misma, todas las noches, y pienso en Ken... o en ti". Ze asintió y murmuró, "Me encantaría hacértelo a ti". Ella permaneció en silencio y rápidamente lo llevó al orgasmo. Ella le frotó el semen en el estómago y lo abrazó con ambos brazos. Los minutos pasaban lentamente.

Él la palpó con cautela. Ella no se abrió de inmediato; él exploró y buscó. Ella mantuvo sus muslos apretados y susurró: "¡Todavía soy virgen!". Ze asintió; ella solo tenía 16 años y estaba en Inglaterra. "Pero las chicas en Inglaterra pueden tener sexo a partir de los 16 años", susurró con voz ronca, y Julia asintió. Sus dedos se deslizaron con insistencia, y él dijo que respetaría su virginidad. Ahora ella abrió un poco los muslos. Él palpó su clítoris y lo estimuló suave-

mente. Ella abrió los muslos cada vez más, porque podía sentir que él sabía cómo usar su clítoris. Abrió su vulva por completo mientras él la masturbaba hábilmente. Pasaron unos minutos, luego ella agarró su cabeza con fuerza y se estremeció en el orgasmo. Él continuó acariciando su clítoris muy suave y ligeramente hasta que su respiración se calmó por completo de nuevo. "Quiero follarte tanto", susurró en su cabello, pero ella negó con la cabeza. "¡No, no lo hagas!", susurró Julia. Se abrazaron con fuerza, luego ella se separó. Regresó sigilosamente a su habitación, y Ze pudo verla y oírla masturbándose durante un buen rato.

Ella venía a verlo todas las noches, lo masturbaba y dejaba que él la masturbara a ella. Él le susurraba cada vez cuánto deseaba acostarse con ella, cuánto la anhelaba, pero ella negaba con la cabeza.

El novio de June estuvo fuera una semana. June entró desnuda en su habitación y se acostó a su lado. Él le permitió tener relaciones sexuales, sabiendo que Julia los observaba a través de la puerta entreabierta. Después de que June se fue, Julia se acercó a él y le permitió masturbarla. Él no quería hacerlo ahora; June ya lo había agotado por completo, dijo. Julia lloró, decepcionada y enojada con su madre, apoyada en su hombro, y después de que él la masturbara, se fue y se masturbó desesperadamente hasta pasada la medianoche. Él permaneció desafiante en silencio y ya no susurró que le gustaría tener relaciones sexuales con ella.

Su novio regresó después de una semana. Julia lo tuvo todo para ella sola otra vez. Se sentó en su regazo y lo masturbó mientras estaba sentada. Se limpió el semen y se acostó encima de él. Se acostó sobre él durante minutos seguidos, luego se acostó a su lado con un suspiro, dejando que la masturbara. Lloró todo el tiempo y luego se fue. Él no escuchó nada; ella no volvió a masturbarse ese día. La noche siguiente, se sentó de nuevo en su regazo y frotó su pene demasiado suave y distraídamente. Se inclinó hacia adelante y apoyó su rostro en su mejilla. Preguntó, casi inaudiblemente, si todavía quería follarla con tanta desesperación. "Yo también lo quiero ahora", dijo en el silencio. Se acostó a su lado y se acurrucó cerca. "¿Me harás daño?", susurró, y él asintió. "Duele un poco la primera vez", dijo. Se quedaron en silencio.

— Tómate tu tiempo — dijo — , no te importa si me acaricias. Eso es todo lo que necesito ahora mismo. Julia asintió y susurró: — Ken y yo lo intentamos una y otra vez, pero nunca lo hicimos. Decía que sería demasiado pronto. Pero después de eso, siempre le dejaba que me penetrara por delante para que no me rompiera el himen. Luego follábamos una o dos veces cada noche porque nos gustaba mucho a los dos. Ken decía que era casi como tener sexo con una chica. Suspiró y, después de un rato, lo masturbó y dejó que él la masturbara a ella. Se fue y se masturbó durante mucho tiempo.

Unos días después, estaba lista. Dejó la pequeña luz encendida en su habitación para que no estuviera completamente a oscuras. Se apretó suavemente contra él. “¡Vamos, hazlo conmigo, ya no quiero ser virgen!” Él le dio tiempo suficiente, se colocó entre sus piernas y la ayudó a acostumbrarse a la sensación. “Un hombre está acostado entre tus muslos. Siéntelo, es completamente nuevo para ti.” Ella sonrió, “Ken a menudo se acostaba encima de mí así”, y él también sonrió. Ze le pidió que guiara su pene con la mano. Ella lo tomó y presionó su glande contra su abertura vaginal, luego cerró los ojos. Ze le dio un beso largo y profundo y rápidamente la penetró. Ella se estremeció ligeramente y le mordió la lengua. Él permaneció profundamente dentro de ella, mirándola con atención. “¿Todo bien?” preguntó, y ella asintió, “¡Sí!” Él comenzó a follarla, lentamente al principio, luego aceleró el ritmo. Ella se excitó mucho, pero no tuvo un orgasmo. Eyaculó profundamente dentro de su vagina, rociando todo en su interior, y se acostó a su lado, respirando con dificultad. “¡Vamos, hazlo!”, jadeó. Ella se masturbó solo unos segundos, luego tuvo un orgasmo. Él la abrazó. “¡Gracias, fue maravilloso!”, suspiró. Ella se quedó con él hasta bien entrada la madrugada, masturbándose una y otra vez, solo deteniéndose para tener relaciones sexuales. Tuvieron relaciones sexuales dos veces más, luego ella se fue a su habitación a dormir.

Ella se colaba en su habitación todas las noches, y tuvieron relaciones sexuales dos o tres veces cuando ella interrumpía su masturbación. Sin embargo, ella siempre dormía en su propia habitación. No se habían dado cuenta de que el novio de June se iba de nuevo. De repente, June entró en su habitación desnuda y en silencio mientras ellos tenían relaciones sexuales. Se quedó inmóvil hasta que ter-

minaron. Su pene aún estaba dentro de Julia después de que él eyaculara cuando notó a June. Ella se fue en silencio, se tiró sobre la cama y sollozó.

Dejó que Julia fuera a su habitación y entró desnudo en la habitación de June. Se acostó junto a ella y la abrazó con fuerza hasta que dejó de llorar. Ella dijo con voz débil que tenía que irse inmediatamente, salir de su apartamento. Él argumentó que Julia ya era mayor de edad, pero ella se mantuvo terca. Le tocó la vulva con los dedos hasta que se calmó. Empezó a masturbarla. Nunca lo había hecho antes, y ella protestó diciendo que era travieso y que nunca lo había hecho. Él ignoró sus balbuceos y continuó masturbándola obstinadamente. Ella permaneció en silencio mientras la excitación la invadía y jadeaba desesperadamente mientras se convulsionaba en el orgasmo. Estaba familiarizada con eso. Él tuvo una erección e inmediatamente la penetró mientras ella estaba en el clímax. La masturbó de nuevo; ella protestó suavemente, y él la ignoró. Se quedó en silencio y abrió las piernas de par en par: ¡se sentía tan bien! La penetró por segunda vez en medio de su orgasmo, salvaje y furiosamente. Ella se quedó callada mientras él la masturbaba de nuevo. Su mirada era de desesperación, no de lujuria. Era la primera vez que la masturbaban, y lo había permitido con pesar. La masturbación era asquerosa y repugnante, de verdad. Pero había experimentado orgasmos tan maravillosos que la sumió en una profunda confusión. Estaba dividida entre emociones contradictorias: por un lado, era repugnante; por otro, había tenido orgasmos maravillosos. Él dejó de masturbarla justo antes de que ella llegara al orgasmo y la penetró una última vez, salvaje y despiadadamente, llevándola al orgasmo y continuando hasta que su pene se ablandó. “¡Me voy!”, dijo, y se marchó, agarrando su mochila y alejándose.

Mo no estaba en casa, así que Ze se sentó en las escaleras y solo lo llamó cuando la ciudad despertó. Mo llegó de inmediato y lo dejó entrar. Ze le contó cómo la había liado. Mo se quedó en casa de su novia esa noche, y Ze se recompuso. Una semana después, fue a otra fiesta y dejó que Jane lo recogiera. Jane dijo que ella también era lesbiana y que podía quedarse con ella y su amiga unos días, ¡sin problema! Él aceptó sin decir palabra. Sam, Samantha, era amiga de Jane; ambas eran bajitas y rellenitas. Jane tenía poco más de treinta

años y era plana como una tabla. Sam tendría unos veinte, igual de rellenita, pero tenía pechos grandes. Ze sentía muchísima curiosidad; nunca antes había tenido nada que ver con lesbianas. El apartamento de Jane consistía en una sala de estar y dormitorio muy grande, una cocina diminuta y una ducha diminuta con inodoro. Jane decidió que podía dormir de lado a los pies de la cama, para que cupieran los tres.

Sam se sentía muy avergonzado de desvestirse como Jane y Ze. Una luz naranja oscura permaneció encendida detrás del televisor toda la noche. Las dos mujeres se abrazaron y se acurrucaron durante lo que pareció una eternidad. Jane le preguntó en voz baja si le parecía bien, y él asintió, por supuesto. Incluso se tumbó de lado al principio, dándoles la espalda, para no molestarlas. Permaneció allí tumbado, absorto, simplemente escuchando.

Las dos mujeres se descubrieron y él las oyó susurrando y masturbándose. Las observó discretamente; al principio, se masturbaron mutuamente al mismo tiempo, luego cada una por su cuenta. Llegaron al orgasmo una tras otra, Jane terminó primero. Acarició y excitó a Sam, quien tuvo un orgasmo muy fuerte e intenso. Se estremeció durante lo que pareció una eternidad mientras Jane le frotaba el clítoris. Minutos después, terminó.

Jane vio la erección de Ze y se sentó junto a él. “¡Oh, pobrecito, te haré lo mismo!” y sin esperar su respuesta, comenzó a masturbarlo. Él examinó su vulva de cerca y la tocó. “¿También te acuestas con hombres? Yo me acuesto con mujeres, y tu coño se ve muy apetitoso”, dijo. Ella sonrió torcidamente y continuó frotándolo. “¡Claro que me acuesto con hombres, no me lo perdería por nada del mundo!” Ze se incorporó bruscamente y la abrazó. “¡Vamos, vamos a follar!” gruñó y la acostó boca arriba. “Eres rápido”, Jane rió y se acostó, lista para el sexo. Él miró brevemente a Sam, que estaba viendo todo con asco. Luego la penetró.

Jane no era la más guapa de los dos, pero era excelente en la cama. Sabía que todo se reducía a la sincronización, y enseguida encontraron su ritmo juntos. Su excitación aumentó, y Jane se frotó brevemente el clítoris con el dedo, provocando su orgasmo. Ze aceleró el

ritmo y eyaculó poco después; llevaba una semana sin tener relaciones sexuales y había acumulado una cantidad considerable de semen. Jane rió feliz mientras él eyaculaba y sonrió hasta que terminó. Se acostó junto a Sam de nuevo, y se acurrucaron. Él se tumbó detrás de Jane y se quedó dormido, dándose cuenta de reojo de que Jane estaba masturbando a Sam, y luego se durmió.

Fue el primero en despertar. Su erección matutina estaba atascada en la raja de Jane. Con infinito cuidado, deslizó su pene en la vagina de Jane, pero ella despertó. Sonriendo, lo dejó, sacando su trasero por completo y separando sus nalgas para que pudiera penetrarla fácilmente por detrás. Sam también despertó ahora, porque los dos estaban follando sin ninguna vergüenza. Era sábado por la mañana y podían quedarse en la cama. Sam se apartó cuando Jane se tocó entre las piernas y provocó su orgasmo. Jane nunca tenía un orgasmo durante el sexo. Era perfectamente natural para ella liberar la excitación que se había acumulado durante el sexo con un orgasmo que ella misma provocaba con su dedo. Jane era muy exhibicionista y se masturbaba sin darse cuenta, incluso cuando alguien la observaba. Sam se alejó aún más cuando Ze puso a Jane boca arriba y continuó follándola; tenía que ponerse al día. Sam se puso unas bragas y empezó a preparar el desayuno. Estaba experimentando por primera vez a Jane siendo follada por un hombre. Ella misma nunca había sido follada y solo había hecho una mamada a regañadientes un par de veces, pero le parecía repugnante. El desayuno estaba listo, Jane provocó su tercer orgasmo con un dedo y Ze eyaculó con un rugido. Joder, eso se sintió bien. Fue a orinar y se sentó a la mesa.

Jane tuvo que animar a Sam de nuevo, volvieron a la cama y Jane la folló clítoris con clítoris. Sus ojos casi se salieron de sus órbitas, era tan excitante cómo la follaba hasta llevarla al frenesí.

Yacían exhaustas en la cama. Ze le preguntó a Sam si no le gustaría que la follaran también, pero Sam negó con la cabeza; nunca se había acostado con un hombre. Ze le tocó el coño y la masturbó. Ella se dejó; sí, abrió bien las piernas y llegó jadeando y gimiendo a un orgasmo fuerte e intenso. Tal como había visto hacer a Jane, le frotó el clítoris repetidamente durante el orgasmo, haciéndola temblar hasta

que no pudo más. Ze folló a Jane una y otra vez y masturbó a Sam con destreza. Fue una buena solución para los tres.

Jane, que disfrutaba genuinamente de tener sexo con Ze, le rogó repetidamente a Sam que la dejara tener sexo con ella. No se rindió y, después de una semana, prácticamente obligó a Sam a hacerlo. Sam era muy insegura y tímida; media docena de veces se acostó completamente abierta frente a Ze, guió su pene hacia su vagina y luego se apartó. Ze se mantuvo paciente; no quería forzarla en absoluto. Pero Jane estaba extremadamente decidida. Se acostó boca arriba con Sam encima. Lo masturbó por detrás y, después de su orgasmo, dijo con firmeza: "¡Ahora vamos a tener sexo!". Sam guió el pene de Ze hacia su vagina y Jane la sujetó firmemente en su lugar. No había vuelta atrás.

Lenta y suavemente, Ze penetró a Sam, su himen se rasgó ligeramente, y ella no sintió dolor. Giró la cabeza hacia un lado para que nadie la viera llorar. Ze se aferró a los hombros de Jane y folló a Sam durante lo que pareció una eternidad. Sorprendentemente, Sam tuvo un orgasmo fuerte e intenso, seguido de varios más pequeños. Sonrió de oreja a oreja cuando él eyaculó después del último. Se acurrucó en los brazos de Jane, dejando aflorar sus emociones. Jamás habría creído que el sexo pudiera ser tan maravilloso.

Ze se quedó con ellas dos. Las follaba tan a menudo como podía y las observaba cuando Jane llevaba a Sam al éxtasis con sexo clitoriano contra clitoriano. El clítoris de Sam era demasiado pequeño, así que no podía follar bien con Jane. Se lo pasaban de maravilla, viviendo del dinero de Jane sin pensarlo dos veces.

Hasta que un día Sam dijo que estaba embarazada. Jane se enfureció y amenazó con sacarle los ojos a Ze y echarlo. La tormenta amainó, siguieron teniendo sexo como antes y vieron crecer la barriga de Sam. Ze tenía sexo con Sam todas las noches y cuidaba muy bien de su barriga redonda. Jane le lamía el clítoris a Sam antes del sexo. A Sam le gustaba mucho que la lamieran, pero solo lamía a Jane muy rara vez; no lo disfrutaba en absoluto. Ze importunó a las autoridades; iba a ser padre y necesitaba un trabajo. Las autoridades,

por supuesto, querían saber exactamente cómo podía ser un padre gay. Fue una época difícil.

Sam dio a luz a una niña. Era blanca como la nieve. Era imposible que Ze fuera el padre; eso estaba perfectamente claro para él, para Jane y para Sam. Jane deseaba desesperadamente saber con quién se había acostado Sam, y Sam admitió con honestidad e ingenuidad: ¡con todo el mundo!

Ze se quedó con Jane unos días más hasta que llegaron Sam y el bebé.

Luego se fue bajo tierra.

• • •

látigo para perros

von Jack Faber © 2023

Rainer trabajaba día y noche en su proyecto sobre Estados Unidos. No había tenido relaciones sexuales con Lena en un año y dormía en su estudio cada vez que ella tenía una aventura de una noche. Ella había pasado una semana con el vecino que alojaba a un estudiante africano. Él tenía un pene enorme y torcido, pero ella pensaba que follaba igual de bien que otros con penes más pequeños. Aun así, se dejaba follar sin control cada mañana. Después de ese año, estaba completamente hambrienta de sexo, aunque se masturbaba noche tras noche.

Jack llamó suavemente y se quedó desnudo bajo la puerta de su habitación. Ella despertó lentamente. No se había acostado con ella desde que dejó de ser un bebé. Solo la había visto desnuda en contadas ocasiones en el baño; era completamente reservada sexualmente y lo había educado con mucha rigidez en ese sentido. Veía a sus amigos masturbándose, pero no se atrevía a tocarse, ella era muy estricta. *Sin embargo, se le permitía tocar a la "traviesa Leila", porque dejaba que todos sus compañeros lo hicieran y porque, bueno, era traviesa. Siempre andaba por la escuela sin bragas y mostraba con orgullo su coño a todo el mundo. Era increíblemente fea y plana como una tabla, pero aun así se quitaba la blusa y mostraba sus pechos inexistentes y sus grandes pezones. Tenía que tocarla y fue lo suficientemente astuto como para fingir admiración. Ni siquiera pudo mirar bien debido a su excitación cuando ella se levantó la falda y le mostró su vulva. Con paciencia y amabilidad, le explicó las diferentes partes de su vagina y le mostró su clítoris. Estaba ahí para cuando una chica realmente lo necesitara. Ella suspiró profundamente y dijo que lo necesitaba en ese mismo instante. Como él no reaccionó, ella tomó su dedo y se frotó el clítoris con él. Él quedó completamente abrumado por lo que ella estaba haciendo, porque se frotó y se frotó el clítoris durante un buen rato. Luego, ella se estremeció y presionó su propio dedo contra su clítoris. Hizo vibrar su*

dedo y lo miró con orgullo y altivez, luego se acarició el clítoris varias veces. "¡Ah, eso estuvo bien!", exclamó suavemente, "¡Realmente lo necesitaba!". Él casi se sintió mortificado cuando Leila sacó su pene rígido y húmedo y lo acarició con placer. "¡Ahora tú, ahora puedes correrte dentro de mí!". Él nunca se había corrido antes, pero ahora ella lo atrajo hacia sí y guió su pene hacia su vagina con la mano. Él quedó completamente desconcertado por la intensa sensación que recorría su pene y eyaculó al instante. Pero ella pareció ignorarlo y le exigió que empujara, hacia adentro y hacia afuera, "¡Sabes cómo se hace! ¿Verdad?". Él asintió, aunque no tenía ni idea; nunca había tenido sexo y solo había visto a Franco y al pequeño Johnny, y ahora ella le exigía que penetrara. Empujó unas cuantas veces y eyaculó de nuevo casi de inmediato. Decepcionada, ella lo dejó ir. Eso fue solo esa tarde, y había tenido el coño de Leila en la mente toda la noche. Se maldijo para sus adentros porque, abrumado por la vergüenza y la culpa, solo lo había mirado brevemente y no lo había visto bien. Intentó recordar el coño de Leila de nuevo y apretó su pene con fuerza, aunque solo se puso más duro.

Ahora estaba desnudo en el umbral. Su padre se había marchado hacía semanas y llevaba casi un año en Estados Unidos. Ella se había quedado dormida tras masturbarse y lo miró soñolienta, preguntándole qué le pasaba.

— Estoy tan desesperado — balbuceó, tocándose el pene — , ¡es tan urgente, tan apremiante y tan exigente! En realidad no sabía lo que decía. Ella apartó a medias las sábanas y murmuró con buen humor: — ¡Pues métete debajo de ellas!

Jack observó con curiosidad la parte inferior de su cuerpo, medio expuesta bajo su camisón; la abertura era claramente visible bajo su vello púbico oscuro. Nunca antes había visto su coño con tanta claridad, pero de alguna manera era mucho más excitante que el de Leila. Sus labios vaginales se habían movido ligeramente, y sospechaba que "eso" estaba oculto tras ellos. Se quedó mirando su coño durante minutos y luego apagó la luz del pasillo. Se metió en la cama con ella en un instante. Ella, por reflejo, le agarró el pene y suspiró profundamente.

— ¡Ay, Dios mío! — dijo ella en el silencio — . ¡Ay, Dios mío! ¡Está durísimo! ¿Y... ya puedes eyacular? Él asintió con entusiasmo y comenzó a contar su historia sobre Leila. Ella escuchó con un suspiro y levantó una pierna. La pierna se dobló hacia un lado mientras él relataba cómo Leila le había tomado el dedo. Se tumbó medio detrás de ella y empujó su pene hacia adelante desde abajo. Su pene tocó su vulva, y ella lo guió hacia su coño, profundamente adentro. Ella soltó su pene a regañadientes, y él empujó hacia adelante, penetrando lentamente profundamente en el pequeño agujero de Lena. Continuó relatando su primera vez teniendo sexo, y ella dobló su pierna completamente hacia un lado para facilitar su entrada. Las yemas de sus dedos tocaron su pene y su clítoris. Lentamente adentro y afuera, pensó, y describió cómo Leila se había complacido con su dedo. Las yemas de sus dedos tocaron las yemas de los dedos de Lena, que frotaron suavemente su clítoris. Él retrocedió; sus dedos no tenían nada que hacer allí. Se deslizó dentro y fuera lentamente y con reverencia, contando cómo Leila lo había atraído hacia ella y guiado su pene dentro con su mano. Y cómo Leila había ignorado el primer chorro. La madre cerró los ojos, se frotó suavemente y se relajó. Él embistió y embistió, contando cómo Leila lo había animado a hacerlo. Se movió de un lado a otro en el pequeño agujero de Lena, y ella esperó soñadoramente, ansiosa por el final. Habló con voz tensa sobre cómo había embestido a Leila durante mucho tiempo, y ella asintió, porque podía imaginar a Leila siendo embestida. “¡Sí, sí, ahh!” gimió suavemente durante su orgasmo, y lentamente dejó de frotarse el clítoris. Disfrutó plenamente de cómo la folló suave y profundamente después del orgasmo, pero después de un rato, sintió que él eyaculaba dentro de ella. Inmediatamente sacó su pene, lo frotó con firmeza, y el último chorro salió disparado sobre su mano. “¡Oye, no hagas eso, es un pecado grave!” gritó. Preguntó: “¿Qué hay de Leila?” Ella negó con la cabeza horrorizada. No, lo que pasó con Leila estaba bien, pero esto, ahora, “¡esto es un pecado grave!” Pensó por un momento. “¡No debes correrte dentro de mí, no debes correrte dentro de mí! ¡Es un pecado terrible!” Agarró su pene con fuerza, que estaba duro de nuevo. “Pero...” comenzó él, pero ella lo interrumpió. “Oh, todavía tiene que correrse, aún no has terminado”, murmuró adormilada. “¡Está bien!” y volvió a meter su pene en su coño. “¡No te corras dentro de mí otra vez!” advirtió, y él asintió. Él siguió follando y ella se quedó dormida. Él la sacó de su ensoñación y jadeó: “¡Ahora va a venir!” y

eyaculó con un fuerte chorro. Ella inmediatamente sacó su pene, lo frotó con fuerza y dejó que se derramara por todo su coño. Con un tirón decisivo, se giró de lado, presentándole su culo desnudo. Se sintió decepcionado de que ella hubiera soltado su pene y abrazado con anhelo su trasero. Era tan diferente de Leila, quien lo había dejado eyacular dentro de ella sin decir palabra. Sintió su pene penetrando aquí y allá. Extendió la mano hacia atrás y agarró su pene. "¡Quédate quieto!", dijo con severidad, "¡y no te muevas así, es pura impureza!" Ahí, pensó, eso lo dice todo. "Puedes frotarte y eyacular ahora", murmuró con cansancio, y empujó su pene profundamente dentro de ella. Poco a poco soltó su pene, que quedó apoyado entre sus nalgas.

Jack yacía completamente quieto, con una mano apoyada en su nalga. La acarició suavemente; ¡tenía unas nalgas tan bellamente redondeadas! Presionó su pene contra su hendidura. Su mano lo siguió. "¡Ahora bien!" exclamó ella bruscamente, "¡ay de ti si lo haces con el puño, eso es un pecado, un gran pecado! ¡No quiero que lo hagas con la mano!" Su mano se congeló a mitad de movimiento. "¡Sí, mamá!" susurró suavemente, "¡No lo haré con la mano! ¡Lo prometo!" Ella asintió casi imperceptiblemente y acarició su pene. Sus dedos empujaron su pene profundamente en su hendidura. "¡Eso es bueno!" murmuró adormilada y continuó acariciando su pene durante un buen rato. Él contuvo la respiración; ella casi lo llevó al orgasmo. Pero entonces se detuvo.

¿Estaba dormida? Su mano descansaba firmemente sobre su pene, y él se removió. Su pene se deslizaba arriba y abajo en su hendidura, mientras su mano lo presionaba hacia abajo. ¿A propósito? Se deslizó una y otra vez hasta que la maravillosa sensación lo invadió. Sintió que eyaculaba en su mano ahuecada, y luego cerró los ojos. Estaba completamente exhausto. Ella susurró casi inaudiblemente: "¡Cerdo, cerdito!"

Jack venía a su habitación todas las noches. Ella apartaba las sábanas y lo dejaba meterse debajo. Él siempre la penetraba desde abajo, y ella guiaba su pene hacia su abertura. Siempre le advertía que no eyaculara dentro de ella. Dejaba sus dedos sobre su pene hasta que él comenzaba a follarla. Luego colocaba sus dedos sobre su clítoris y lo acariciaba, perdida en fantasías y masturbándose. Primero

despacio, luego cada vez más rápido. Ya estaba a punto de llegar al clímax cuando él eyaculaba dentro de ella, pero nunca se daba cuenta porque estaba ajena a su entorno. Él continuaba follándola lentamente, y ella se estremecía ligeramente en el orgasmo. Él sabía que tenía que advertirle antes de eyacular dentro de ella, así que la follaba cada vez más rápido. Ella colocaba sus dedos sobre su pene y generalmente sentía con las yemas de los dedos cuando estaba a punto de eyacular. Él susurraba: "¡Ahora!", y ella sacaba su pene. Ella lo frotaba con fuerza y dejaba que eyaculara en su coño. Seguía frotando hasta que había sacado hasta la última gota. Si su pene seguía erecto, podía follarla una segunda vez. Después, ella le acarició el pelo y le besó la frente. Fue maravilloso para ambos. Seis semanas después, le bajó la regla, como de costumbre, y le dijo que a partir de entonces solo podría follarla por el culo. Eso fue un golpe muy duro, porque ya no quería que eyaculara dentro de ella.

Cada noche, ella lo dejaba deslizarse arriba y abajo de su hendidura, frotando su pene firmemente en ese túnel y dejando que eyaculara en su mano ahuecada. Solo una vez lo mencionó directamente: "¡Me alegra que lo hagas así y no con el puño, porque eso sería un gran pecado!". Él permaneció en silencio; ¿qué podía decir ante eso? Durante otros 14 días, ella le permitió penetrar su vagina y luego frotar su pene en su hendidura, eyaculando en su mano ahuecada. Cada vez le susurraba que era un cerdito, pero a él realmente no le importaba con tal de poder follar y correrse. Ella había reprimido su excitación sexual cada noche, pero ahora simplemente ya no podía; la necesitaba de inmediato. Esperó hasta que él estuviera profundamente dormido, solo entonces se tocó el clítoris.

Su madre era muy estricta. Hasta que tuvo unos 10 años, la niña dormía en la cama matrimonial. Observaba cómo su padre golpeaba a su madre con un látigo hasta que ella se dejaba violar. La niña se arrastraba entre las piernas de su madre para ver el acto sexual de cerca. La madre esperaba a que él estuviera profundamente dormido y luego se masturbaba. Así fue como la niña aprendió sobre la masturbación y los orgasmos. Ahora ella también se masturbaba, orgasmo tras orgasmo, y sus padres se reían y se burlaban cuando ella llegaba al orgasmo. Le encantaba mostrarse orgullosamente a

sus padres y dejar que la vieran masturbarse. Aunque su madre decía que era asqueroso, la ignoraba. A los 10 años, tuvo su propia cama en su propia habitación, y entonces las cosas se volvieron mucho más estrictas. Su madre le prohibió estrictamente masturbarse.

Cuando sorprendió a su joven hija masturbándose de nuevo, la agarró de la mano y la arrastró a la cama matrimonial. Tomó el pequeño látigo para perros y presionó el extremo del mango contra el clítoris de la niña. Frotó el clítoris sin piedad con el extremo, sin importarle que la niña se retorciera de dolor y placer. Solo se detuvo cuando la niña estaba a punto de llegar al orgasmo. Entonces azotó los labios, la vulva y el clítoris de la niña con el extremo plano del látigo hasta que el orgasmo estalló y disminuyó, y luego la echó. Desde entonces, sorprendió a la niña masturbándose todas las noches, la arrastró a la cama matrimonial y la azotó hasta que llegó al orgasmo. Todas las noches.

La madre se apartó de Jack y buscó en la mesita de noche el bolígrafo con la gruesa punta. Lo presionó con firmeza contra su clítoris, de izquierda a derecha, una y otra vez, tal como lo había hecho su madre. Sintió que el orgasmo se acercaba y arrancó el cinturón de la silla, luego se azotó el coño hasta el orgasmo, y solo entonces suspiró aliviada. ¡Eso fue bueno, eso se sintió de maravilla! — *La madre rezaba mucho, casi siempre. Los ojos del padre siempre se salían de las órbitas cuando ella azotaba a su hija hasta el orgasmo. Miraba fijamente la escena y el coño de la niña, su deseo, como su pene erecto, creciendo día a día. Ya no pudo contenerse después de haber manoseado el coño de la niña durante su orgasmo y haber violado a su esposa delante de su hija. La madre no había querido tener sexo durante mucho tiempo y de hecho forcejeó con él porque ya no quería ser follada. Una noche — la madre había interrumpido repetidamente su bebida para rezar — , incitó al padre a abusar de su hija después de la paliza. Él la violó brutalmente, la sodomizó brutalmente y eyaculó dentro de ella. La madre, ebria, le dio una palmadita en las nalgas con cariño, diciendo: «¡Bien hecho, viejo, bien hecho!», y se alegró de no tener que acostarse con él de nuevo. Él se contentó con observar la paliza y luego abusar de la niña. La hija*

permitió que su padre la sodomizara durante años hasta que se marchó y comenzó una nueva vida. Nunca volvió a ver a su padre ni a su madre.

Jack se despertó por la mañana y la observó hasta que ella despertó. Cerró los ojos de nuevo inmediatamente. "¿Siempre lo haces así de bruscamente?", preguntó Jack. Ella permaneció en silencio. Él lo había visto todo; esto era un desastre. O tal vez no; ahora ya no tenía que ocultárselo. Ella sonrió; eso estaba bien. Él se acostó detrás de sus nalgas de nuevo y las separó con las manos. Ella siempre dejaba que él penetrara su coño primero y la follara hasta que estuviera a punto de correrse, luego lo sacaba. Él se deslizó arriba y abajo en su hendidura del culo, y mientras su polla seguía chocando contra su ano, la vio sonreír ampliamente. Había visto a Franco tener sexo anal un par de veces antes; ahora veía su ano tentadoramente frente a él. *Franco siempre había follado al pequeño Johnny, que era tan sumiso, realmente bruscamente por el culo. Johnny estiró las piernas hacia el cielo, se agarró la parte posterior de las rodillas con las manos y las separó bien. Franco siempre lo follaba muy rápido, y Jack miraba fijamente el pene de Johnny, que no se ponía del todo duro y del que rezumaba semen blanco y espeso. Franco le ordenó a Jack que masturbara al gay Johnny. A Jack le encantaba hacerlo y solía hacer que Johnny se corriera dos veces*. Escupió en sus dedos y se frotó el ano. "¿Qué estás haciendo, qué estás haciendo?", preguntó ella, confundida, y supo al instante lo que quería. Relajó los músculos de los glúteos; siempre lo hacía antes de tener sexo anal con su padre.

Jack la penetró con mucho cuidado. Ella se agarró las nalgas con ambas manos y las separó bien. Él solo dio un par de embestidas y eyaculó. Fue increíblemente satisfactorio. Y siguió siéndolo. Ella le permitía follarla por el ano todas las noches, y cada pocos días lo necesitaba, necesitaba el lápiz y el cinturón. Él le daba la espalda y no miraba; eso parecía mejor para ella, sin que tuviera que decir nada.

Ella debería acostarse boca abajo, dijo él, sería mejor para el sexo anal. "No uses palabras tan pecaminosas como 'sexo anal'", le reprendió ella, "¡no digas eso!". Pero ahora se acostó boca abajo y le

ofreció voluntariamente sus nalgas. Antes de penetrarla, él contempló con anhelo sus labios y su abertura, y solo entonces entró en su ano; ella lo ayudó cada vez. Perdido en sus pensamientos, acarició sus labios y su abertura de antemano, con más intensidad cada día. "¡Quiero follarte, follarte de verdad!". Pero ella inmediatamente se dio la vuelta y lo regañó: "¡Eso sería un pecado mortal, el Señor jamás lo perdonaría!". Pero él se mantuvo terco. Lo decía cada vez antes de follarla por el ano. Se sentía muy adulto, la follaba por el culo todas las noches, y un día la follaría de verdad. Ella siempre lo contradecía con enojo.

Después del sexo anal, sacó su pene y lo metió inmediatamente en su agujero. Como una furia, ella se giró y dejó que saliera a chorros. "¿Estás loco?", le gritó, y él se agachó. Pero al día siguiente, lo hizo de nuevo y la dejó gritarle. Esto continuó hasta el final de la semana. Notó que ella ofrecía cada vez menos resistencia. Le tomaba cada vez más tiempo girar. Otra semana después, sacó su pene antes de eyacular, lo metió en su agujero y eyaculó dentro. Ella se quedó paralizada por la sorpresa. "Lo hiciste a propósito", dijo entre lágrimas. "¡No debes hacer eso, es un pecado mortal!" Él se agachó y murmuró, preguntándose si el segundo pecado mortal era algo aún más muerto que la muerte. Ella lo miró, estupefacta, preguntándose si no se tomaba en serio el pecado mortal. Él negó con la cabeza. No. Ella le habló, mencionando solo la gravedad del pecado mortal, sin mencionar ya el chorro. Sintió lo vacías que sonaban sus palabras.

Era descarado y no perdía ni un solo día. La noche siguiente, tampoco eyaculó dentro de su ano, sino de nuevo dentro de su pequeño agujero. Ella lo apartó, de modo que el resto de su semen salpicó sus nalgas. Empezó a hablar de nuevo sobre el pecado mortal, y él dijo que eyacular sobre las nalgas no podía ser un pecado mortal. Ella estaba confundida; ¡claro que eso no era un pecado mortal! ¡Pero eyacular dentro de ella primero! Eso ni siquiera merecía la pena mencionarlo, dijo, ¡ni siquiera merecía la pena mencionarlo! Ella estaba completamente exasperada; ¿por qué no podía entenderlo?

Al día siguiente estaba preparada; se daría la vuelta en cuanto él estuviera listo. Dicho y hecho. Dio una vuelta, pero él estaba preparado en cuanto ella se giró. En realidad, solo quería follársela por el cu-

lo, pero ella tendría que levantar las piernas. Ella asintió, estiró las piernas hacia el cielo y las separó con ambas manos. Él la penetró por el ano y la folló. Estaba muy excitada y se azotó el coño, el clítoris, con los dedos. Se azotó hasta el orgasmo y dejó que él se corriera dentro de su culo. Ambos lo disfrutaron, murmuró; no era un pecado mortal tan grave. Él nunca entendió su valoración de los diferentes pecados mortales. Pero sus orgasmos azotados lo volvieron loco hasta que, después de semanas, no pudo soportarlo más. Por primera vez en mucho tiempo, la penetró por delante y le sujetó las caderas con firmeza mientras se corría dentro de ella, eyaculando todo. Ella se sintió indefensa y lloró en silencio. Jack le acarició la cara y le secó las lágrimas de las mejillas. "¿Nunca volverá a pasar?" — preguntó en voz baja, y ella asintió. — No puedo prometerte eso — dijo con calma. Ella asintió horrorizada.

A la noche siguiente, dejó caer la cabeza; estaba perdida, se había rendido al pecado mortal. Su resistencia se había roto. Apartó la mirada avergonzada, pero ya no se resistió a que la penetrara por delante. Pero lloraba cada vez antes de dejarse penetrar por vergüenza. Él la penetraba con puro placer y eyaculaba en su pequeño agujero con gran satisfacción. Después de penetrarla, se masturbó con el dedo, sin lápiz ni cinturón. Luego se acurrucó junto a él y le contó todo.

De su madre, que la azotaba hasta el orgasmo. De su padre, que la folló durante años y perdonó a su madre. De los cientos de amantes a los que dejó follar hasta que se enamoró de su padre. El padre que disfrutaba azotándola hasta el orgasmo y dándole orgasmos maravillosos. Eso era lo que le gustaba de él, que lo disfrutaba y no lo cuestionaba. Le fue fiel, salvo por algunas indiscreciones menores, que él pasaba por alto con una sonrisa. Antes de volar al extranjero, le dijo que podía tener al amante que quisiera hasta que regresara. No aprobaría que fuera Jack, de entre todos los hombres, pero así eran las cosas.

Antes del sexo, ella lloraba desconsoladamente y abría las piernas con gusto, pero al cabo de un rato, cuando él la penetraba, dejaba de llorar. Una vez le susurró que su pene era más grande que el de su padre y que había aprendido a follar excepcionalmente bien. Él no

dijo nada, pero eso lo enorgulleció. Un día, ella trajo un látigo para perros y le enseñó a azotarla hasta el orgasmo. Al principio, él estaba demasiado cohibido para golpear con fuerza, pero ella le mostró cómo. El látigo tenía un extremo plano; él tenía que usar esa parte plana para golpear su clítoris, no demasiado fuerte, sino rítmicamente. Aprendió rápidamente, y ahora la azotaba hasta el orgasmo antes del sexo, lo que lo excitaba enormemente.

A partir de ese momento, dejó de llorar.

Lena le dejaba que la follara por el culo cuando tenía la regla; le gustaba bastante, y Rainer también. Al principio, Jack la follaba por el culo por detrás, pero después ella se tumbaba boca arriba, levantaba las piernas y las abría bien con las manos. Él la miraba con avidez, observando su coño y su pequeño agujero mientras la follaba por el culo. Ella ya había decidido dejar que la follara en la siguiente oportunidad; lo deseaba. Su polla ya era tan grande como la de Rainer, y ya era un buen follador.

Ella no habría podido explicar después por qué fingía eso para Jack. Presumiblemente, era un recordatorio de su padre, para quien ella también tenía que fingir. En cualquier caso, se lamentaba del pecado mortal cada vez que él se desviaba en su pequeño agujero y lloraba desconsoladamente. Él se desviaba a menudo, y ella gemía después de que él eyaculara dentro de ella. Incluso podía llorar maravillosamente de forma convincente e interpretar el papel de la mujer molesta por el culo, lo que solo alimentaba el deseo de Jack. Actuaba genuinamente abatida y destrozada cuando él dejaba de follarla por el culo. Él se aferraba a sus talones y los separaba para follarla por su pequeño agujero. A ella le gustaba mucho cuando él le separaba los pies tanto detrás de la cabeza que le dolía de verdad. Disfrutaba del dolor, y la hacía llorar y sollozar, y disfrutaba plenamente de ser follada.

Durante las dos primeras semanas, siempre le sacaba el pene con miedo. El joven de 19 años tenía un pene grande y hermoso que le encantaba acariciar. Retraía el prepucio por completo, mirando el glande rojo con lujuria. Tenía bastante experiencia haciendo felaciones, así que ahora le agarraba el pene con firmeza y lo frotaba con

placer. Podía notar por su respiración cómo aumentaba su excitación. Le dejaba eyacular en su vulva; eso no le importaba. Finalmente, después de dos semanas, le dejaba que la penetrara por el ano, durante semanas seguidas. Él empujaba cada vez con más fuerza, y llegó un punto en que a ella no le importaba que eyaculara dentro de ella. No sabía si era porque se masturbaba cada vez que él la penetraba. Él levantaba la cabeza para verla masturbándose; eso parecía excitarlo. Ella siempre estaba al borde del clímax cuando sentía que él eyaculaba. Pero seguía masturbándose hasta que su cuerpo temblaba de orgasmo. Cuando se masturbaba con el dedo, el orgasmo nunca era tan intenso como con los azotes. Su cuerpo apenas se estremecía y temblaba unos instantes. Luego se relajaba, acariciando suavemente su clítoris antes de volver a masturbarse. Siempre se masturbaba hasta que su pene se ablandaba. Tras las dos primeras semanas de ansiedad, le permitía felizmente seguir follándola y eyaculando dentro de ella tan a menudo como quisiera. Siempre había disfrutado de ser follada mientras se masturbaba, o de masturbarse mientras era follada, siempre y cuando no molestara a su amante. Nunca más regañó a Jack por no permitirle eyacular dentro de ella. Ya no le importaba.

Ella odiaba absolutamente que la follaran en la posición del misionero. Prefería mil veces levantar las piernas, separar las rodillas con los codos y alzar la cabeza para ver cómo la follaban. Veía cómo su polla se deslizaba dentro y su clítoris se contraía con cada embestida. Era una sensación verdaderamente maravillosa; su excitación aumentaba cada vez más, pero casi nunca llegaba al orgasmo durante el sexo. Cuando él terminaba y dejaba de follarla, ella se quedaba en esa posición y se tocaba el clítoris con un dedo. Solo hacía falta un poco de frotamiento firme y rápido, y el orgasmo llegaba inmediatamente. Solo después de que terminaba él sacaba la polla y ella dejaba caer las piernas. ¡Eso siempre era maravilloso!

• • •

Victoria se casó con su violador cuando quedó embarazada. No lo amaba en absoluto. Él tenía que violarla cada vez que quería tener relaciones sexuales. Odiaba al niño que crecía dentro de ella. Había imaginado que su vida sería completamente diferente.

A los 40 años, seguía siendo virgen y la misma hermana intolerante y piadosa que había sido desde su estricta infancia. Le habían quitado a golpes todo interés por los chicos y el sexo. Ahora era la hija casta y temerosa de Dios que sus padres habían deseado. Solo la masturbación no se la habían podido quitar, aunque su madre la castigaba severamente cada vez que la sorprendía haciéndolo. Con el paso de los años, se masturbaba solo en secreto. Todas las noches, durante el resto de su vida.

Su violador estaba feliz de haber encontrado por fin a una mujer a la que podía violar una y otra vez. Ella nunca accedió a tener relaciones sexuales con él voluntariamente, y su resistencia era todo lo que realmente necesitaba. Nunca supo que ella se masturbaba todas las noches.

Era una madre estricta y golpeaba a su hijita si se tocaba. ¡Eso era travieso! Lena tendría unos 10 años cuando Vicky la pilló masturbándose. Le dio un manotazo en los dedos: ¡Qué asco, eso no se hace! Lena, desafiante, permaneció en silencio y esperó a que Victoria se fuera, y luego continuó masturbándose cada vez. Victoria la pilló masturbándose una y otra vez; se enfureció y arrastró a Lena por el pelo hasta el dormitorio de sus padres. Su marido se quedó mirando a la niña desnuda. Victoria le ordenó que sujetara a la pequeña. Entonces cogió el látigo.

Se suponía que la hija debía ser castigada. Pero resultó que Lena disfrutaba del dolor, lo disfrutaba sexualmente. Victoria miraba fijamente el clítoris de Lena, que se contraía con cada bofetada. Vicky estaba tan fascinada que no se detuvo. Lena se retorcía en el firme agarre de su padre y claramente estaba teniendo un orgasmo. Vicky se detuvo. La niña se retorcía y convulsionaba en el orgasmo, su marido la miraba con ojos codiciosos, y ella persiguió a Lena hasta la habitación de los niños. Se defendió cansada de su marido; no tenía ningún deseo de ser follada ni violada. Él la violó con aún mayor furia.

Había iniciado un círculo vicioso que pronto se descontroló. Lena se masturbaba de forma tan provocativa que su marido no tuvo más remedio que azotarla. Lena disfrutaba del dolor, que inevitablemente

la llevaba al orgasmo. Y su marido se deleitaba tanto con ello que se sentía obligado a violarla después. Victoria, que antes había evitado la violación, ahora tenía que soportarla a diario.

El alcohol no ayudó, pero lo hizo más soportable. Sus padres ahora estaban borrachos con frecuencia cuando atacaban primero a Lena y luego entre ellos. Los años pasaron volando. Después de ser azotada, Lena ya no iba directamente a su habitación, sino que observaba a sus padres mientras se atacaban, arañándose y mordiéndose. Conocía el dolor placentero de ser violada por ellos. Un día, se abalanzó sobre ellos, perdiendo todo respeto, mordiendo y arañando como ellos. Vicky la miró, con los ojos borrosos. ¿¡La niña odiada interfiriendo?! "¡Que se joda!", le gritó a su marido, "¡Que se joda!"

Estaba completamente fuera de control. ¿Qué hacía Lena allí? Agarró a la niña, y Vicky le gritó que la follara, ¡maldita sea! Lena retrocedió en el último momento y miró a su padre horrorizada. "¡Fóllala, fóllala!", rugió Vicky como una loca, pero fue la mirada horrorizada de Lena lo que encendió su lujuria diabólica. La sujetó aún más fuerte, sus rodillas separando sus muslos. En un recuerdo repentino, reconoció a la Vicky a la que había desflorado y violado años atrás. Con una embestida salvaje, penetró la vagina de Vicky — no, de Lena — , desgarrándole el himen y follándola sin piedad.

Lena jamás había experimentado un dolor tan exquisito. Como en una niebla, se perdió a sí misma y a la conciencia por un instante. El orgasmo la devolvió al presente, y se aferró a él entre el éxtasis y el dolor. Él continuó follándola durante lo que pareció una eternidad hasta que eyaculó profundamente dentro de ella. La soltó de inmediato y la apartó, satisfechos su deseo y su codicia. Lena se acurrucó y gimió de placer y dolor. Vicky le dio una palmada en las nalgas con la mano abierta. "¡Bien hecho, viejo! ¡Bien hecho!" Él asintió; eso sí que estaba bien.

Eso abrió la caja de Pandora. Vicky ahora lo ponía a follar con Lena todas las noches, y ella se dejaba follar con lágrimas en los ojos. Vicky ya no tenía que dejar que la follara, y eso era liberador. Se masturbaba cuando él dormía, y eso era todo lo que quería. Él follaba con Lena todas las noches; ella, con astucia, se hacía pasar por una virgen

pobre y asustada porque instintivamente reconocía su depravación. El precio fueron tres abortos antes de cumplir los dieciocho, pero después no volvió a pensar en ello.

• • •

Lena se acostó con su primer chico antes de cumplir los 15. Inconscientemente, se rebelaba contra el abuso de sus padres, porque Vicky aún la azotaba hasta el orgasmo antes de que su padre la violara. Necesitaba los azotes y las violaciones a diario, pero escapaba cada día y dormía profundamente con los chicos. Se acostaba con cualquiera que quisiera, y todos querían. Apenas lograba aprobar el colegio y trabajaba de camarera. Un día se enamoró perdidamente.

Rainer era muy abierto de mente en lo que respecta al sexo. No se inmutó cuando ella confesó cuánto le gustaba el dolor, cuánto necesitaba ser azotada. Aprendió rápidamente y no tuvo ningún problema con ello; al contrario, despertó en él una vena sádica oculta. Aprendió a golpear su clítoris suave y rítmicamente con el extremo plano del látigo, llevándola a orgasmos maravillosos. Ella tuvo un hijo, Jack, que se convirtió en un joven espléndido. Tuvo algunas aventuras de una noche apasionadas, que Rainer restó importancia con una sonrisa. Después de todo, era solo intimidad física, nada que amenazara su matrimonio. Ella le estaba agradecida por ello y le habría permitido una aventura, pero él no la necesitaba en ese momento. Jack ya estaba en su último año de secundaria cuando Rainer voló a Estados Unidos, con la intención de quedarse unas semanas, pero se convirtió en un año.

Lena no quería ir a Estados Unidos por unos meses; quería quedarse en casa con Jack. Él estaba llegando a la edad en que descubriría su sexualidad, y ella no quería dejarlo solo entonces. Lo había educado con mucha disciplina en temas sexuales, y le había prohibido estrictamente masturbarse desde muy pequeño. No tenía ni idea de por qué lo había educado con tanta rigidez, pero así lo había hecho. Siempre se había cubierto castamente y nunca le había dejado verla desnuda. Solo se había mostrado desnuda ante él una vez, en el baño, porque quería educarlo, y le había mostrado y explicado todo. Pero también le dijo que era perfectamente normal y correcto que

eyaculara solo durante la noche; ella podía verlo en las sábanas. Nunca le permitió masturbarse con el puño; eso era tabú. Él no conocía la palabra, así que ella le frotó el pene durante unos segundos y se detuvo rápidamente cuando empezó a gotear el semen. Le sujetó el pene con firmeza, y tardó una eternidad en que saliera todo el semen. — ¿A eso le llamas masturbación? — preguntó él, y ella negó con la cabeza — . No, cuando te masturbas, te frotas el pene hasta que eyaculas. — Siguió un largo silencio — . ¡No debes hacerlo tú solo, eso es totalmente travieso! — Apretó su pene erecto con fuerza. Él asintió; era travieso, por supuesto — . Pero, ¿cómo te masturbas realmente? — preguntó insistentemente. Ella se tomó su tiempo para responder y pensó durante un buen rato — . Puedo enseñarte, pero no debes hacerlo tú solo. Puedo enseñártelo una vez. — Él asintió. Ella dijo que ahora le frotaría el pene y lo frotó suavemente con el puño. Él jadeó — . ¡Creo que tengo que ir otra vez! — jadeó. Ahora ella lo frotó firmemente de arriba abajo varias veces. Él eyaculó inmediatamente; su semen salió disparado en chorros espesos, y ella continuó frotando firmemente hasta que terminó. Él jadeó en busca de aire y la miró radiante — . Eso es masturbación — dijo ella. Ella lo amaba mucho, a su hombrecito, y dijo: “Ahí, eso estuvo bien, ¿verdad?” y lo empujó hacia atrás. Él se agarró el pene erecto. “¿Quieres hacerlo otra vez?”, preguntó ella, y él asintió en silencio. “Está bien, pero solo esta vez”, dijo ella, mirando el pequeño glande rojo mientras volvía a frotar su pene con el puño. A veces había visto a un chico masturbarse en la escuela; le había parecido fascinante en aquel entonces. Ahora puso la mano delante del glande para recoger el semen. Lo frotó durante un buen rato, y él jadeó: “¡Aquí viene!”. Ella recogió el semen y lo dejó terminar, luego soltó su pene, que se desinfló lentamente. Él tembló por completo, y ella asintió: “Eso es masturbación, ¡pero no tienes permitido hacerlo tú mismo!”. ¿Por qué estaba siendo tan estricta con él? Lo tomó por los hombros y lo miró seriamente a los ojos. “Algunos chicos tontos lo hacen para eyacular, pero es mejor y más sano dejar que suceda naturalmente”. ¿Se lo prometería? Jack miró a su madre desnuda y juró por todos los santos. “Pero no lo hagas tú solo, siempre ven a mí y pídemelo, ¡quizás lo haga por ti otra vez!”. Él asintió y, de hecho, venía todos los días y dejaba que ella lo masturbara, pero después de unas semanas se aburrió.

Cada noche evocaba la imagen borrosa de su madre desnuda, lo que le ponía el pene rígido y lo apretaba con fuerza en el puño. Cuando su pequeño orificio desnudo aparecía ante él, indistinto y misterioso, desvaneciéndose pálido, eyaculaba al poco tiempo; ni siquiera tenía que frotarse mucho. Así que pudo cumplir su palabra, al menos en parte.

Pero probablemente sucedió de forma muy diferente, simplemente ella no quería creerlo:

Lena no quería ir a Estados Unidos por unos meses; quería quedarse en casa con Jack. Él estaba llegando a la edad en que descubriría su sexualidad, y ella no quería dejarlo solo entonces. Lo había educado con mucha rigidez en temas sexuales; le había prohibido estrictamente masturbarse desde pequeño. No tenía ni idea de por qué lo había educado con tanta rigidez en ese sentido. Siempre se había cubierto con castidad y nunca le había dejado verla desnuda.

Ahora se había mostrado desnuda ante él en el baño por primera vez. Le explicó todas las partes de su vulva, le dejó introducir su dedo índice en su vagina y le explicó el coito y la eyaculación. Le mostró su clítoris. Lo acarició varias veces y dijo que las mujeres hacían eso con su clítoris porque se sentía muy bien. Él le había preguntado todo y ella le había respondido todo. Le había explicado que era perfectamente normal y correcto que las mujeres eyacularan espontáneamente durante la noche; podía verlo en la sábana. Pero él nunca debía masturbarse con la mano. Él no conocía la palabra, así que ella le frotó el pene durante minutos y se detuvo muy rápido cuando su semen comenzó a gotear. Le sujetó el pene con firmeza y tuvo que frotar durante un buen rato hasta que todo el semen salió. Eso era más o menos lo que era la masturbación, dijo. Él la miró radiante. “¡Mételo como papi, mételo como papi!”, graznó, porque su pene, como el de Rainer, todavía estaba erecto. Recordaba vagamente haber dejado que Rainer la follara antes, aunque el chico estaba en la cama con ellos, pero ¿Jack aún podía recordarlo? “¡Vi cómo papá me la metió y cómo me folló! ¡Yo también quiero eso! ¡Y correrse dentro de mí!”,

exclamó el pequeño. Ella solo tuvo un instante para pensar, porque él se había acercado mucho y su polla se clavaba en su carne.

"¿Quieres meterla como papi?", arrulló ella, sintiendo el calor de la tentación subir con vergüenza, como la serpiente bíblica. "¡Bueno, entonces, ven aquí, hombrecito!" Agarró al pequeño y dejó que metiera su pequeño pene en su pequeño agujero e inmediatamente comenzó a follarla. Unos momentos después, él se corrió y la miró, radiante. Su pene erecto seguía dentro. "¡Otra vez!", se ordenó a sí mismo y comenzó a follar de nuevo, rápido como un reloj. Ella puso ambas manos en sus nalgas y lo empujó hacia adentro mientras se corría. ¡Todavía estaba duro, el pequeño! Tomó aire por un momento hasta que su respiración se calmó. Luego folló de nuevo como un reloj, pero ahora era difícil y perdió el ritmo. Ella sacó el pene flácido. De nuevo, tomó su pene en su puño y le hizo una excelente mamada. Se esforzó y se corrió, lenta y laboriosamente. Jadeó en busca de aire. Su cola se desplomó. "Ya es suficiente, ¿no?", preguntó ella, y él asintió cansado. Ella sabía lo equivocada que estaba. Ella lo quería muchísimo, a su hombrecito, y dijo: "Ahí, eso estuvo bien, ¿verdad?" y lo empujó hacia atrás.

Al día siguiente, la tomó de la mano y la llevó al baño, dejando caer su ropa al suelo. Se agarró el pene y esperó impacientemente hasta que ella se desnudó por completo. La guió hasta el borde de la bañera, donde ella se sentó. La miró con determinación y dijo: "¡Otra vez, con penetración!". Ella le acarició el pelo: "Vale, ¡pero esta es la última vez!". Él permaneció obstinadamente en silencio, mirando fijamente su abertura. "¡Quiero follar otra vez, como papi!". Ella suspiró y abrió las piernas de forma seductora. Él dio un paso adelante, la sujetó por las caderas e insertó su pene en su abertura. "Se siente tan bien ahí dentro", sonrió radiante, y comenzó a follarla. Ella no lo corrigió, diciéndole que fuera más despacio. Él se corrió después de solo unos momentos. Igual que ayer, dejó su pene dentro de ella y comenzó a follarla de nuevo. Ella le acarició el pelo; él estaba tan concentrado que se mordió la lengua, que había sacado ligeramente hacia un lado. Ella le acarició las mejillas, él eyaculó con dificultad y con intensa concentración. Ahora tenía que tomarse un descanso más largo, pero su pene seguía duro como una roca. Lo intentó de nuevo, pero fue difícil. Apenas eyaculó, aunque lo estaba intentando

con todas sus fuerzas. Entonces bajó la cabeza, su pene se encogió y lo sacó inmediatamente. La miró con curiosidad. “¿Estuvo bien?”, preguntó, y “¿Mañana?”. Pero ella insistió, hoy era la última vez, no mañana. “No lo vuelvas a meter, esta fue la última vez”. Él asintió, aunque no entendía por qué.

Al día siguiente, él estaba de vuelta en el baño, quitándole la ropa interior con descaro. «Pero nada de volver a meterla, ya te lo dije ayer», murmuró ella, «¡en serio, nada de volver a meterla!». Él asintió con tristeza, sin comprender su repentino cambio de opinión, pero un brillo apareció en sus ojos. Después de la segunda vez, ayer, ella ya no le permitía tener relaciones sexuales con ella; él lo entendió sin sentirse realmente ofendido.

Se sentó en el borde de la bañera y separó las piernas. Él la miró boquiabierto, observando su vulva, y apretó aún más su pene. Ella asintió con la cabeza, animándolo: «Sabes cómo hacerlo, ¿verdad?», y él asintió con orgullo: «¡Claro que sí, mira, así!». Volvió a mirar fijamente su vulva y se frotó el pene. El pequeño era muy hábil, ya que lo había hecho cientos de veces, y se frotó el pene cada vez más rápido. Ella no lo había visto masturbarse en mucho tiempo y no tenía duda de que no era la primera vez. Le tomó varios minutos, y ella observó su glande mientras se acercaba lentamente a su vulva. El glande tocó su abertura vaginal y él eyaculó de inmediato. Ella lo empujó hacia adentro contra sus nalgas y lo dejó terminar dentro. Pero tan pronto como terminó, lo sacó. Se reprochó a sí misma por no haber sido más constante.

Continuó frotándose. ¡Cómo le encantaba a ella verlo! Se mordió la lengua de nuevo y se frotó, cada vez más rápido. Ella se cubrió la vulva con la mano, impidiendo que la penetrara. Él eyaculó en su mano y sobre su abertura vaginal, pero ella persistió. Él se sintió decepcionado y su pene se encogió en su puño. Eso era suficiente por hoy. “¿Lo haces a menudo?”, preguntó ella suavemente, y él asintió, algo abatido. Luego salieron.

En los días siguientes, se sentó desnuda al borde de la bañera y lo dejó masturbarse, generalmente dos veces seguidas. De alguna manera, le fascinaba su entusiasmo y destreza infantiles. Se puso la

mano abierta frente a la vulva y le permitió eyacular dentro. Él la miraba fijamente, lo que excitaba enormemente al joven, tanto que a veces se masturbaba y eyaculaba una tercera vez. Ella sonrió y le susurró que no debía masturbarse tan a menudo; era perjudicial.

Le molestaba que siempre le advirtiera después de eyacular que la masturbación era mala para él a largo plazo. ¿Cómo podía siquiera pensar semejante tontería? Insistía en ello. Él temblaba y quería masturbarse de nuevo. ¿Por qué era tan estricta con él? Ella lo tomó por los hombros y lo miró seriamente a los ojos. «Algunos chicos tontos lo hacen todo el tiempo para eyacular, pero es mejor y más sano dejar que suceda de forma natural. ¡O al menos no demasiado a menudo!». ¿Se lo prometería? Jack miró a su madre desnuda y juró por todos los santos.

Cada noche evocaba la imagen borrosa de su madre desnuda, lo que le ponía el pene rígido y lo apretaba con fuerza en el puño. Cuando su pequeño orificio desnudo aparecía ante él, indistinto y misterioso, desvaneciéndose pálido, eyaculaba al poco tiempo; ni siquiera tenía que frotarse mucho. Así que pudo cumplir su palabra, al menos en parte.

Ella lo observaba masturbarse todos los días. Cuanto más crecía, más grande se volvía su pene. Empezó a dejar que eyaculara dentro de ella con más frecuencia después de que él terminara; a él le encantaba eyacular dentro de ella al final. Entonces, en algún momento, perdió el interés en observarlo masturbarse. Nunca supo por qué dejó de hacerlo tan abruptamente.

Años después, Rainer voló a Estados Unidos.

Apenas Rainer llegó a Estados Unidos, Jack estaba parado en el umbral del dormitorio. No podía conciliar el sueño; su pene erecto lo presionaba y lo incitaba. Ella lo dejó entrar en la cama con ella y se preguntó si debería masturbarlo. De repente, se dio cuenta de que lo había dejado follarla después de la charla de educación sexual, incluso dos veces. Se sonrojó hasta los pezones; lo había visto masturbarse durante semanas y a veces lo dejaba eyacular dentro de ella al fi-

nal. Estaba confundida y decidió esperar. Acarició su pene un poco y le preguntó, aunque sabía la respuesta, por supuesto, si ya podía eyacular. “¡Sí!”, exclamó Jack con entusiasmo; esa misma Leila lo había seducido para follar ese día. Lena lo atrajo hacia ella y acarició su pene, que colocó contra su coño. En un arrebato de lujuria sorda, dejó que sus muslos se separaran. Debería contarle todo, dijo adormilada, y continuó acariciando su pene suavemente. Él se deshizo en elogios sobre cómo le habían permitido acariciar los pechos planos de Leila y cómo ella se había levantado la falda para mostrarle su coño y explicarle todo. Lena cerró los ojos y soltó su polla mientras Leila se complacía con su dedo. Lena, por supuesto, sintió la polla de Jack sondeando suavemente su vagina, pero lo dejó suceder, maldita sea, ¿qué demonios? Él continuó hablando, deslizando su polla dentro y fuera, maldita sea, ¿qué demonios? Lena gimió suavemente mientras su orgasmo se acumulaba gradualmente, haciéndola temblar sin cesar. Jack jadeó con fuerza y se corrió, habiendo eyaculado dentro de Leila y ahora eyaculando en el coño de Lena. Inmediatamente, ella se alarmó y sacó su polla, salpicando toda su mano. Ella lo regañó como es debido y, por supuesto, notó que su polla seguía completamente rígida. La polla de Rainer también permaneció rígida después de la primera eyaculación. Ella ostentosamente le dio la espalda y presionó firmemente su pene contra sus nalgas; Tenía que seguir frotando allí, le ordenó ella. Él eyaculó en su mano y ella sonrió suavemente, “¡Cerdito!”

Se escabullía a casa de Lena todas las noches. Ella se acostaba con las piernas bien abiertas, y él se tumbaba sobre ella, sujetándole la pierna mientras empujaba su pene hacia adelante. Ella lo toleraba y guiaba sutilmente su pene mientras él lo insertaba cuidadosamente en su vagina desde abajo, frotándolo un poco hacia adentro y hacia afuera; eso le parecía bien. Fingía no darse cuenta, pero cuando él aceleraba, ella sacaba su pene, le daba la espalda y lo colocaba firmemente en sus nalgas. Siseaba que podía frotarlo allí y eyacular en su mano ahuecada; eso estaba bien. “¡Cerdito!” — Todavía no estaba segura de si debía dejar que la follara.

A veces era muy lento y deliberado. Precisamente esa lentitud permitía que su excitación se deslizara en su vagina como una serpiente en el paraíso. No pudo resistirse a la seductora serpiente por mucho

tiempo; su dedo se deslizó suavemente sobre su clítoris. No necesitaba la estimulación para alcanzar el orgasmo. Cuando ya estaba en la recta final, estaba ajena a su entorno, sin darse cuenta de sus rápidas embestidas ni de su apresurada eyaculación. Su orgasmo llegó mucho más tarde, cuando su pene ya estaba blando y flácido. Inconscientemente, sospechaba que había eyaculado dentro de ella, pero ninguno de los dos lo mencionó. En realidad, no importaba.

Por supuesto, también tuvo que masturbarse mientras se azotaba en algún momento, y lo hizo cuando él dormía, pero aun así lo notó. «Al diablo», pensó Lena, «así ya no tengo que ocultárselo». Él le dio la espalda y miró al suelo cuando ella se azotó hasta el orgasmo. Al parecer, intuyó que ahora lo prefería así. Más tarde, él también aprendió a azotarla hasta el orgasmo.

Lloró desconsoladamente al pensar en el futuro. ¿Qué pensaría Rainer? ¿Tendría que renunciar a Jack? ¿Podría acostarse con ambos, con Jack por la tarde y con Rainer por la noche? ¿O alternar entre ellos?

Ella dormía intranquila; era una pregunta difícil. En el fondo, sabía que Rainer no volvería.

• • •

La pelea de Lena

von Jack Faber © 2023

Lena yacía despatarrada en la cama, frotándose el clítoris lenta y placenteramente una vez más. Se perdió en su ensoñación. Rainer había estado evitando su cama durante un año y había volado a Estados Unidos meses antes. Desde el nacimiento de Jack, ella no podía tener más hijos, y ese era quizás uno de los detonantes de su dilema sexual. Él dormía en el sofá del estudio, y ella traía a casa a sus amantes de una noche, y a él no le importaba si desaparecían en el dormitorio. Desde entonces, ella había adquirido la costumbre de dejar la puerta del dormitorio abierta y la lámpara de la mesita de noche encendida durante la noche. Sabía perfectamente que Rainer la observaba a ella y a sus amantes teniendo sexo. También notó, por supuesto, que la observaba masturbarse. Las manchas de semen en su sábana lo decían todo. A menudo iba desnuda a su estudio y tenía sexo con él cada vez que notaba que había empezado a masturbarse. Pero él siempre se molestaba cuando ella lo pillaba en un momento de debilidad y tenía sexo con él. Eso no solucionaba su problema en absoluto. Durante diez días, ella había ido a casa de su vecino todas las mañanas y dejado que su invitado la follara sin piedad. El hombre africano tenía una polla negra grande y torcida que la llenaba por completo. Cada mañana, ella dejaba que la follara casi inconsciente, y el viejo y feo vecino se sentaba sonriendo a su lado, frotándose su fea y poco apetitosa polla. Nunca podía encontrar mujeres y no tenía con quién follar, así que fue una bendición para él cuando la joven Lena, que aún no tenía 28 años, bajó a su casa para ser follada por su invitado. No perdió esta oportunidad de follarla cuando estaba completamente exhausta e indefensa. Como un duende malvado, se sentó acurrucado a su lado, frotándose la polla con avidez. Sacó la lengua a medias y la mordisqueó cuando el hombre africano llegó para el final y eyaculó dentro de ella. Cuando el hombre africano con la enorme polla terminó de eyacular, el duende también introdujo su polla en la mujer exhausta y, con una risa malvada y burlona, eyaculó dentro de ella. Se sentía terriblemente avergonzada cuando él la penetraba y eyaculaba dentro de ella con una sonrisa maliciosa, pero no podía evitarlo. Posteriormente, el vecino a veces la emboscaba en el pasillo

y la obligaba a seguirlo a su apartamento para tener sexo con él. Le parecía repugnante, pero aun así tenía relaciones sexuales con él. Él era bastante mayor y tenía relaciones sexuales con mucha dificultad, pero quería acostarse con ella cada dos meses. Rainer se había marchado y ella se quedó sola con Jack. Con Rainer, también se había acabado la práctica de la estimulación sexual hasta el orgasmo; se masturbaba con el dedo todas las noches.

Jack llamó a la puerta y se quedó desnudo en el umbral. Se agarró el pene y suplicó lastimosamente. Ella apartó las sábanas, indicándole que podía acostarse a su lado. Él se quedó allí, mirándola fijamente durante minutos. Ella, distraída, siguió jugando con su clítoris, pero al notar su mirada, se detuvo al instante. El recuerdo la abrumó y un rubor se extendió por su rostro hasta el pecho.

Cuando Jack era pequeño, de unos 10 años, ella se le mostró desnuda en el baño y le explicó todo con detalle. Le mostró su clítoris en particular y le dijo que estaba ahí para que las mujeres pudieran usarlo para darse placer si querían. Los hombres se frotaban el pene con los puños para eyacular, pero eso no era sano. Debía dejar que sucediera naturalmente por la noche; eso era normal y sano. Al niño se le permitió introducir su dedo índice en su vagina cuando ella le explicó el acto sexual y la eyaculación. Se le permitió penetrarla con el dedo, y ella se rió a carcajadas. Él se detuvo pensativo. Un pensamiento cruzó por su mente. Había exclamado que quería introducir su pene como su padre, a quien se le había permitido introducirlo y penetrarla. Lo había visto de niño. Extraño que pudiera recordarlo después de tantos años. Tras mucha vacilación, ella cedió a regañadientes, y el niño la penetró de pie, dos veces seguidas. Se paró entre sus muslos, agarrándola de las caderas. Se quedó mirando sus pechos, sus pezones bailando frente a su cara. Empujó durante un tiempo asombrosamente largo y eyaculó, sus dedos hundiéndose en sus nalgas mientras corría. Se quedó atónito y esperó unos segundos antes de continuar. Miró su pene entrando y saliendo de su coño. Tenía que follar durante mucho más tiempo ahora, pero valientemente eyaculó y se quedó quieto. La miró y ella asintió animándola. "¡Vamos, otra vez!" dijo ella, sonriendo. Pero él

no pudo lograr una tercera vez. Ella tomó su pene en su mano y le hizo una rápida paja. Rainer se rió cuando ella se lo dijo, pero no estaba nada contento con eso. Ella mintió, diciendo que no dejaría que el chico la follara de nuevo. Rainer estuvo de acuerdo, porque este tipo de educación sexual física realmente estaba yendo demasiado lejos para él. Al día siguiente, Jack quiso follar de nuevo. Ella cedió a regañadientes y dijo que sería la última vez. Una vez más, se colocó entre sus muslos, le retrajo el prepucio y le abrió la abertura con dos dedos. Esto la asombró, porque estaba imitando a Rainer al detalle. La penetró lentamente y eyaculó; tras una breve pausa, continuó penetrándola, igual que el pequeño Rainer. Tuvo que penetrarla durante mucho tiempo antes de arquear la espalda y eyacular dentro de ella. Ella le sonrió animándolo, diciéndole que continuara. Esta vez también, empezó por tercera vez, y de nuevo ella tuvo que terminar con una firme masturbación. Durante los dos años siguientes, solo dejó que Jack la penetrara si él se lo suplicaba con mucha insistencia. La mayoría de las veces, solo le hacía masturbaciones, tres o cuatro por la tarde. O lo observaba masturbarse, cosa que hacía cada vez con más frecuencia delante de ella. Pero después de dos años, él estaba en una pandilla en la escuela donde las chicas les hacían una masturbación tras otra a los chicos. Jack filmaba en secreto a las chicas cuando se masturbaban delante de la pandilla o cuando una chica era penetrada por la pandilla, una tras otra. Le mostró los videos a Lena, a quien le parecieron muy excitantes. Jack no participó en la orgía, primero porque era demasiado cobarde para tener sexo delante de los demás, y segundo porque no le parecía bien, según afirmó, pero ella no le creyó.

Ahora estaba desnudo bajo la puerta, suplicando. Ella apartó las sábanas y él se acostó a su lado. Dejó caer las sábanas descuidadamente al suelo. Instintivamente, agarró su pene e instantáneamente sintió una oleada de calor recorrer su vagina. “Tu pene se ha puesto bastante grande”, murmuró. No había visto su pene en años y estaba sorprendida. Estaba muy excitado y rebosante de deseo. Presionó contra su mano, y ella colocó su pene contra su vagina. Lo sujetó con fuerza, considerando por un momento relajarlo con una masturba-

ción manual. “¡De verdad lo deseas, puedo sentirlo!”, gritó suavemente, descartando la idea de inmediato. Él suspiró profundamente mientras ella movía su pene de un lado a otro contra su vagina. Algo en su mente le susurró que no le hiciera una masturbación inútil; su glande estaba ligeramente húmedo, y ella lo frotó rítmicamente contra su clítoris. Tal vez, pensó, tal vez así fue como se corrió. No podía saber que ya había eyaculado mientras la observaba masturbarse soñadoramente. Ella introdujo la punta de su pene en su abertura, y supo perfectamente que dejaría que la follara. “Entonces”, preguntó con voz amenazante, “¿ya puedes follar?”, preguntó, y él asintió. “Hoy me follé en secreto a una chica de la pandilla”, susurró con voz ronca. “La primera chica de mi vida”. Lena le retiró el prepucio por completo y presionó la punta de su pene contra su vulva. “Ah, ya veo”, dijo Lena, “y ahora quieres follarme, ¿verdad?”. Jack siguió suspirando, dudaba en decirlo tan directamente. “Entonces, ¿follaste en secreto, eh?”. No era ironía, era curiosidad. El calor que presionaba su vulva la hizo pensar tres pasos por delante; presionó la punta de su pene aún más fuerte. Jack le contó sobre cierta Leila con la que había tenido que follar. “¿No tiene miedo de quedarse embarazada?”, preguntó, y él no respondió; no lo había pensado. “Leila es una de esas que deja que toda la pandilla la folle”, graznó, “deja que la follen uno tras otro. Siempre se quita toda la ropa; no tiene vergüenza. La follan uno tras otro, cinco o seis tíos a la vez. Leila se masturba durante todo el proceso y normalmente durante un buen rato después de que el último se haya corrido dentro de ella. Lo hace sonriendo porque es una auténtica zorra, y no creo que tenga miedo de quedarse embarazada”. Dijo que ya le había enseñado un vídeo de Leila teniendo sexo en grupo y masturbándose. ¿Lo había olvidado? Lena le agarró la polla mientras él hablaba y se la frotó contra el coño. “Cuéntamelo todo”, dijo, cerrando los ojos soñadoramente. Podía ver claramente *a Leila cogiendo su dedo y masturbándose con él*. Su dedo tocó su clítoris, y él también lo deseaba. “Antes me dejabas follarte”, dijo en tono suplicante. Lena le soltó la polla, y él se lanzó hacia adelante inmediatamente. Sonriendo, ella guió su pene y ladeó la pierna, permitiéndole penetrar más profundamente. Lena se frotó suavemente el clítoris e imaginó lo que él describía. *Él había eyaculado inmediatamente cuando Leila lo dejó entrar*.

Jack la follaba lenta y ansiosamente; ¿lo dejaría continuar, lo toleraría? Lena le dejó contar su historia otra vez, cómo Leila se masturbaba con su dedo. Lena escuchó durante minutos, frotándose el clítoris. Gimió suavemente cuando llegó su orgasmo, sus piernas temblaban ligeramente. Él continuó con fuerza, describiendo *cómo tuvo que penetrarla*. Lena volvió a sumergirse en su ensoñación, y él relató con dificultad *cómo había eyaculado dentro de Leila, chorro tras chorro*. Jack sintió cómo subía dentro de él, y embistió más rápido y con más fuerza. Lena sintió sus firmes embestidas y continuó acariciándose el clítoris; se sentía tan bien. Un momento después, cierta inquietud se extendió por él; sintió la explosión y liberó el primer chorro dentro de ella. De repente, ella se estremeció. ¡Jack estaba eyaculando, maldita sea, estaba eyaculando dentro de ella! De repente, una especie de pánico la atrapó. No tenía permitido eyacular dentro de ella, ¿verdad? ¿O no le había dicho ella que no lo hiciera?

Con un suave gemido, ella le sacó el pene. Él siguió eyaculando, y ella lo frotó con fuerza. Eyaculó y eyaculó, luego se detuvo lentamente. Ella lo regañó, diciéndole que no tenía permitido eyacular dentro. Él asintió con pesar; lo había sospechado, pero no le importó. Ella consideró por un momento por qué no había querido que eyaculara dentro de ella. Quería mantener el control, no someterse a él como una mujer sumisa. Todavía sostenía su pene con firmeza; seguía rígido. Lena lo miró de reojo y sonrió con complicidad. “Tienes que seguir, seguir follando, ¿no?” Sin esperar respuesta, volvió a meter su pene en su vagina. “Está bien, puedes seguir, pero hagas lo que hagas, ¡no eyacules dentro!” Él solo estuvo confundido por una fracción de segundo, luego su rostro se iluminó y comenzó a follar de nuevo. Ella acarició su clítoris y continuó soñando. Los azotes habían cesado cuando la sexualidad de Rainer se congeló. Fue una completa sorpresa, pero se dijo a sí misma que volvería, que volvería. No fue así, y él le dijo que buscara a alguien con quien acostarse. Lo hizo, y su reacción la molestó mucho. Se acostaba con uno o más chicos cada semana. Olvidó por completo lo maravilloso que había sido con Rainer. Dejaba que los chicos se acostaran con ella, pero solo se sentía muy excitada después de que se marcharan. Ahora solo se masturbaba con el dedo, ya no se azotaba.

Jack embistió mucho más rápido ahora y jadeó algo. "¡Ahora!" jadeó, con el rostro contraído por el dolor. Lena no entendió lo que quería decir y continuó acariciando su clítoris caliente. Pero después de un rato, gritó cuando él eyaculó con todas sus fuerzas. Sacó su pene y lo agarró, frotándolo con fuerza hasta que terminó. No lo regañó; le dio la espalda y metió su pene en su hendidura del trasero. Continuó frotándolo allí, murmurando que podía frotar, lamer y eyacular allí todo lo que quisiera. Siguió frotando su pene, y él eyaculó de nuevo en su palma. Ella sonrió torcidamente: "¡Pequeño cerdo!"

Durante los siguientes días, ella solo le permitió follarla brevemente, durante varios minutos cada vez, y le agarraba el pene antes de que eyaculara. Finalmente, ella le enseñó a follarla por el culo. Parecía gustarle; al menos, lo prefería a una mamada. Hizo esto durante algunas semanas. Ella se tumbaba boca arriba, levantaba las piernas en el aire y las separaba con los codos. Él se quedaba mirando su coño y murmuraba que algún día la follaría como es debido. Ella se oponía y negaba con la cabeza, ¡nunca! Él la follaba salvajemente por el culo y eyaculaba, luego metía su pene en su agujero. Ella protestaba, pero él dejaba su pene dentro de ella. Pero luego ella se masturbaba con las piernas levantadas, frotándose y golpeándose el clítoris con los dedos hasta llegar al orgasmo, disfrutando de su mirada excitada. Fue bien durante unos días.

Pero ya no eyaculaba durante el sexo anal. Introdujo su pene en su vagina y la sujetó con fuerza por las caderas, follándola así y eyaculando dentro de ella. Se retiró y ella lloró, lloró amargamente decepcionada. Lo había hecho a propósito, se quejó.

Pero ahora lo hacía siempre. Ella lloraba amargamente cada vez porque no quería perder el control, pero él ganaba. Ella lo dejaba penetrarla con las piernas levantadas y se estimulaba el clítoris con los dedos hasta llegar al orgasmo. Tenía un orgasmo rapidísimo y sonreía mientras él eyaculaba dentro de ella. Disfrutaba de esto cada noche.

Más tarde, ella le preguntó a Jack cómo iban las orgías de la pandilla. Él se rascó la cabeza y solo confesó la verdad a regañadientes. Ahora participaba como los demás cada vez que la chica quería tener

sexo. De hecho, ahora lo disfrutaba, admitió con una sonrisa. Pero algunas chicas eran obligadas y lloraban porque querían tener sexo con una chica en particular, pero no con todas. Él no participaba en esos casos; sentía lástima por la chica y despreciaba a los miembros de la pandilla, groseros y brutales, que la obligaban. Había seguido filmando las orgías, y Lena se masturbaba salvaje e intensamente mientras veía los videos. Nunca antes había tenido sexo con varios hombres, y la sola idea la enloquecía de deseo.

Ella había estado hablando con Rainer por teléfono durante una hora al mes, y él se horrorizó al enterarse de que ella se acostaba con Jack. Exigió el divorcio. Pero la situación era mucho más complicada. Rainer se había abierto camino en la empresa con sus patentes y estaba ganando mucho dinero. Había seducido y desflorado a la hija de 15 años de un socio. Todo estaba a punto de desmoronarse, y él solo podía salvarse a sí mismo, su reputación y su dinero casándose con ella. Así que planeó comprometerse. Lena colgó inmediatamente y sollozó en su almohada hasta la medianoche. Jack obtuvo información fragmentaria sobre la situación. Se acostó junto a ella, la abrazó y la consoló. Ni por un segundo pensó en sexo.

Por supuesto que aceptó el divorcio; había perdido a Rainer hacía tiempo. Jack era un chico sensible y la abrazaba todas las noches. El sexo no tenía cabida en aquella época.

Pero ni siquiera pasó una semana. Se tumbó de lado y extendió la mano hacia atrás hasta su pene. Sintió lo duro que estaba. Sonrió; no quería verlo sufrir solo porque ella se sentía mal. Él se tumbó medio detrás de ella, como al principio de su relación, sosteniendo suavemente sus pechos por detrás, como siempre. Su pene presionaba contra sus nalgas. Susurró: “¡Vamos, fóllame!”. Guió su pene hacia su vagina, y él inmediatamente comenzó a follarla, eyaculando después de solo unos momentos. “Realmente lo necesitabas”, sonrió ella. Dejó su pene erecto y continuó follándola lentamente. Sus dedos tocaron su clítoris como por accidente, pero ella sabía que no lo era. Se dejó llevar por su ensoñación y se masturbó. Él levantó la cabeza para ver su dedo masturbándose el clítoris y continuó follándola. Eso la tranquilizó al saber que él estaba interesado, que ella lo excitaba. Dejó que sus piernas temblaran ligeramente durante su suave orgas-

mo y continuó, orgasmo tras orgasmo, hasta que él tuvo suficiente y se detuvo.

Continuaron en esa posición a partir de entonces. A él le gustaba tumbarse medio detrás de ella, sujetando sus pechos por detrás, mientras ella guiaba su pene. Levantaba la cabeza para verla masturbarse con el dedo. En los primeros meses después de que Rainer se marchara, la había observado en secreto mientras se masturbaba todas las noches, pero al principio no se atrevía a llamar a la puerta. La puerta del dormitorio siempre estaba abierta y la luz junto a la cama encendida, así que podía agacharse en la oscuridad y observarla de cerca. La observó cientos de veces mientras ella abría las piernas y acariciaba sus labios vaginales durante un buen rato, luego los separaba con los dedos para que él pudiera ver la abertura de su vulva. Su clítoris parecía rígido y duro porque lo frotaba sin cesar. Normalmente solo tenía un orgasmo leve que le hacía temblar las piernas durante unos segundos, luego acariciaba suavemente su clítoris y volvía a masturbarse. Solía masturbarse hasta que se quedaba dormida. A él le resultaba increíblemente excitante verla masturbarse.

No la había espiado tan a menudo antes, temeroso de que su padre lo descubriera. Pero a veces su padre no estaba, y él se colocaba en la oscuridad para observarla a ella y a su amante teniendo sexo. Ella siempre traía hombres con penes grandes. Contuvo la respiración cuando su propio pene grande la penetró. Los celos lo carcomían. Había tenido sexo con ella muchos años atrás, cuando era niño, algunas veces, pero apenas recordaba los detalles. En aquel entonces, su pene era tan pequeño que ella no se excitaba en absoluto. Ahora, sin embargo, cuando el hombre la penetraba y la follaba larga y duramente, experimentaba un éxtasis sexual intenso y a veces incluso tenía un orgasmo, pero solo muy rara vez. De lo contrario, su éxtasis no era tan fuerte, pero cualquier amante podía excitarla en mayor o menor grado. Jack se acercaba lo más posible cuando el amante eyaculaba; ese siempre era el momento más excitante. Cuando retiró su pene, Jack se quedó mirando su vulva abierta, de la que rezumaba semen. Ella se puso una bata y acompañó a su amante hasta la puerta. Luego se recostó en la cama y se masturbó. A veces, todavía estaba tan excitada sexualmente por el sexo que solo necesitaba una breve masturbación para alcanzar el orgasmo. Él siempre la

vigilaba hasta que se cansaba, se dormitaba y se quedaba dormida. Entonces, se acercaba sigilosamente y la miraba fijamente durante minutos. Sus pensamientos se aceleraban cada vez que tocaba su vulva con las yemas de los dedos. Ella se movía ligeramente y él se escabullía silenciosamente.

Solo cuando estaba follando con Leila en el armario de las escobas se quedó de pie en el umbral el tiempo suficiente para que ella terminara de masturbarse, perdida en sus propios pensamientos. La observó temblar ligeramente durante unos segundos durante su orgasmo, presionando suavemente su dedo contra su clítoris. Ella suspiró profundamente y acarició su clítoris, tal vez para comenzar a masturbarse de nuevo. Pero él no quería esperar más. Apretó y frotó su pene desesperadamente para reunir el valor necesario, y solo entonces llamó a su puerta. Le contó lo que le preocupaba y la miró con una mirada suplicante a su hendidura brillante y húmeda, sus labios vaginales enrojecidos y su clítoris, con el que sus dedos jugaban distraídamente una vez más.

"¡Ven a acostarte a mi lado!", suspiró adormilada.

• • •

Los gemelos

von Jack Faber © 2023

Ria había dejado su trabajo como maestra de jardín de infancia y se había mudado con Karl cuando quedó embarazada. Ella cuidaría de sus hijos porque él se había ido a África durante varios meses y no volvería a casa para un breve permiso hasta dentro de unos meses. Hablaban por teléfono todos los días alrededor del mediodía, y él le enviaba mucho dinero que ganaba. La esposa de Karl se había marchado cuando los gemelos tenían unos 12 años. Se divorció de él, siguió a su novio alpinista por todo el mundo y visitaba a sus hijos como mucho una vez al año. Los gemelos, Jasmin y Raimund, no podían ser más diferentes. Jazz, como la llamaban, era una chica brillante y simpática que se preparaba para su graduación de bachillerato, pero a los 18 años ya estaba embarazada. Ray, en cambio, no era tan dotado intelectualmente como ella y asistía a una escuela de necesidades especiales.

Ray engañó a Ria el primer día, porque era lo suficientemente astuto como para hacerlo. Ella tuvo que acompañarlo al baño y sostenerle el pene mientras orinaba. Ella se sorprendió mucho por el gran pene del joven, sostuvo la pesada cosa en su mano y dirigió cuidadosamente el amplio chorro hacia la taza hasta que terminó. “Tienes que sacudirlo muy fuerte”, ordenó después, y Ria obedeció. Lo sacudió muy fuerte hasta que no salió ni una sola gota. Examinó el gran pene con curiosidad y muy de cerca. Lo miró, pero él solo sonrió y la animó. Ella retiró el prepucio por completo y miró el impresionante miembro. Era extraordinario. Grande, pesado y rebosante de rigidez, un pene grueso y firme como el tronco de un árbol, el glande grande e hinchado de rojo. Ella asintió con vacilación cuando él le dijo que se lo hiciera. “¡Tienes que frotarlo, frotarlo muy fuerte!”, dijo Ray. “¿Quieres decir que debo masturbarte, frotar tu pene? ¿Quieres correrte?”, preguntó ella, aunque sabía perfectamente lo que él quería. Él asintió con la cabeza, “Sí, tengo que correr dos veces, ¡correr dos veces!” Ria agarró su pene por debajo, tirando del prepucio hacia adelante y hacia atrás con fuerza. “Lo he hecho muchas veces”, dijo con naturalidad, porque había hecho muchas felaciones y no era na-

da especial. Le frotó el pene, estirando el prepucio firmemente hacia adelante y hacia atrás. Observó su rostro y la cabeza de su pene con mucha atención. Esa era la mejor manera de saber cuánto había avanzado. Miró su pene mientras lo frotaba. "¿Está bien?" preguntó, y él asintió. "¡Se siente tan bien!" susurró, su rostro expresando lo bien que se sentía. "¿Debería hacer algo diferente?" preguntó ella, pero él negó con la cabeza. Ella tuvo mucho cuidado de frotarlo correctamente, agarrando su pene firmemente con el puño y frotándolo con fuerza. Tuvo que frotarlo durante minutos hasta que la cabeza se contrajo. "Solo eyacula", dijo, "¡solo eyacula!" Ray echó la cabeza hacia atrás y jadeó ruidosamente. Ella aumentó el ritmo durante dos minutos, y él jadeó con fuerza. El primer chorro salpicó su muñeca, luego el chorro se detuvo abruptamente. Ella estaba muy sorprendida y apretó su pene con la mano, probándolo. La tensión en el glande pareció aliviarse por un momento, pero el pene en sí permaneció duro y firme. Ella retrajo el prepucio por completo, giró el glande de un lado a otro, lo apretó con firmeza y miró con asombro dentro de la pequeña abertura. Solo salieron unas pocas gotas cuando apretó el glande con fuerza, y dijo: "¡Ha dejado de eyacular!". Ella frotó su pene suavemente, un poco perpleja. Él aún no había terminado, graznó, y ella se rió. "¡Ya lo veo!", gritó, agarró su pene con fuerza con el puño y comenzó a frotar de nuevo. "Va a eyacular de verdad", murmuró él, "¡siempre eyacula solo la segunda vez!".

En ese momento, Jazz pasó por allí riendo a carcajadas. Ria, sintiéndose descubierta, soltó el pene de inmediato. "Solo intentaba impresionarte con su gran pene", rió Jazz, dándole a Ray una palmada juguetona en la nuca. Ria dijo, riendo, que sí que tenía un pene sorprendentemente grande. Ahora los tres se reían de la broma. Jazz asintió, poniéndose serio. "¡Sí, el bromista! ¡Uno enorme! ¡Y le encanta cuando lo haces correrse!" Ria dijo que acababa de hacerlo correrse, pero que se había detenido demasiado pronto. Solo había soltado un chorro y luego se detuvo de repente. "¿Siempre hace eso?" Jazz miró tímidamente a Ria, preguntándose si podía contárselo, pero luego asintió. "Siempre lo ha hecho, y sospecho que no lo hace a propósito. Solo sé que solo eyacula de verdad la segunda vez, pero entonces sí que eyacula, lo lanza todo como los otros chicos". Jazz pensó un momento antes de continuar con una mirada tímida de reojo a Ria. "Llevo años masturbándolo, y ha sido así desde el princi-

pio". Jazz bajó la mirada y se mordió el labio avergonzada. ¿Había revelado demasiado? Ria no dijo nada, pues percibió la vergüenza que Jazz sentía en ese momento. Le puso una mano tranquilizadora en el antebrazo. "Entiendo lo mucho que esto te está afectando. No sé si yo se lo habría hecho a mi hermano si hubiera tenido uno. Pero creo que hiciste lo correcto. Los chicos tienen que eyacular mucho más a menudo que nosotras las chicas. De niña, a menudo fantaseaba con tener un hermano y hacerle una paja. Pero sobre todo, cuando me masturbaba, me perdía en fantasías de que me follara, aunque en realidad nunca había tenido sexo en aquel entonces. Imaginaba el sexo como algo increíblemente excitante, y mi hermano era el príncipe que me penetraría hasta que tuviera mi orgasmo femenino. Envidiaba a mis amigas que tenían hermanos y a quienes se les permitía verlos masturbarse o incluso masturbarse ellas mismas. Así fue como aprendí a hacer una paja. Solía interrogarlas todo el tiempo, como una detective. Me sorprendía mucho porque algunas de ellas ya tenían sexo de verdad con sus hermanos. Una amiga incluso me enseñó un vídeo de su coño en primer plano, donde su hermano menor la follaba con su pequeño pene y luego..." "Se corre." Jazz suspiró aliviada y le sonrió a Ria; le habría encantado tener una hermana mayor como ella.

"¡Aún no he terminado!" Ray graznó impacientemente, su pene ya no estaba completamente erecto. Jazz y Ria intercambiaron miradas inciertas. Ria dio un paso atrás, dejando espacio para Jazz. Jazz se colocó a su lado y le agarró el pene. "¿Hacerlo con la mano?" sonó más como una pregunta, y Ray negó con la cabeza con decisión. "¡No, correte dentro!" exigió. Jazz miró a Ria fijamente, como instándola a irse. Ria permaneció de pie ostentosamente. No se iba a perder esto, fuera lo que fuese. Jazz estaba visiblemente decepcionada y muy avergonzada, pero con un suspiro, se quitó el vestido por encima de la cabeza y lo dejó caer al suelo. Ria miró a la chica desnuda por un momento; era bonita, sus pequeños pechos ligeramente llenos sobre su gran vientre. Debía de tener cuatro o cinco meses de embarazo, pensó Ria. Su vulva y labios estaban ligeramente enrojecidos, y sobre la vulva había un pequeño arbusto rubio claro. Debe haberlo cortado a un lado, pensó Ria, que se afeitaba el coño dos veces por semana porque el vello era muy incómodo al masturbarse. Jazz frotó el pene, que después de dos minutos estaba orgullosamente y rígidamente

erecto de nuevo. Jazz se puso delante de Ray, le dio la espalda y se apoyó con ambas manos. Se inclinó y sacó el culo. Ria se inclinó para verlo todo con mucha claridad. Ray la penetró con mucho cuidado y lentamente por detrás. Su coño se ensanchó y apretó el grueso pene con fuerza. Se detuvo un momento cuando estuvo completamente dentro y separó sus nalgas con ambas manos. Empezó a empujar. Después de unos minutos, Ria se inclinó. La piel de su vagina era estirada y estirada por su pene. Ria lo sabía; la fina piel tiraba y jalaba de su clítoris, que obviamente no podía ver ahora. Pero lo sabía; normalmente llevaba al orgasmo. Ray gimió y eyaculó un solo chorro. Jazz suspiró decepcionada, "¡Ahhh!" y bajó la cabeza. "Pensé que ibas a eyacular bien, de hecho lo esperaba." Ray guardó silencio y murmuró que tenía que volver a hacerlo. "Pero ya eyaculaste en la mano de Ria", dijo Jazz con terquedad, levantando la cabeza. "Por eso pensé que ibas a eyacular sobre ella. Pero da igual, vamos, sigue follando", suspiró e hizo algunos movimientos de empuje. "Vamos, sigue", la instó, y Ray salió de su trance. Continuó follándola, sujetándole las caderas con firmeza y embistiéndola con fuerza. Aparte de los jadeos de Jazz, no había ningún sonido. Ray fue aumentando gradualmente la velocidad de sus embestidas, y Jazz bajó la cabeza y comenzó a temblar. Jazz temblaba por completo; levantó la cabeza bruscamente y exhaló ruidosamente. Presionó su rostro contra la pared, clavándose los dedos en ella. Su rostro se contorsionó en una mueca, y ahora se estremeció dos y tres veces en el orgasmo, con las piernas aún temblando. Ray eyaculó después de unos momentos, penetrando profundamente y eyaculando, eyaculando profundamente dentro varias veces. Hizo una pausa por un momento, luego sacó su pene. Jazz bajó la cabeza cuando el temblor de sus piernas cesó. Se giró, pero no miró a Ria. Su rostro estaba carmesí de vergüenza, y no podía sostenerle la mirada a Ria. El pene de Ray colgaba ahora, y Ria había visto penes así antes; era un llamado "pene de carne", del tipo con el que incluso se podía follar estando flácido. Jazz se enderezó y se puso el vestido. Estaba terriblemente avergonzada y no podía mirar a Ria a los ojos. "¿Tuviste un buen orgasmo?" preguntó Ria, y fue más una afirmación que otra cosa. Jazz no la miró; asintió y dijo que rara vez tenía un orgasmo con otros penes. Ria preguntó cómo era, su hermano follándola y eyaculando dentro de ella. Jazz asintió y la miró con una sonrisa y un toque de vergüenza, luego dijo con expresión de dolor: "Sí, desde que estoy embarazada, simplemente dejo

que me folle y se corra dentro de mí. En realidad no importa, ¿verdad?". Ria asintió pensativa y se quedó callada. Sonrió por la noche mientras se masturbaba, escuchándolos follar como locos en la habitación de los niños.

En cuanto Karl se marchó volando, Jazz empezó a convencer a Ria. Ella deseaba con todas sus fuerzas mudarse con su novio, y Ria no se oponía; al fin y al cabo, ya estaba embarazada y quería prepararse para la vida familiar. Ria se convenció rápidamente y no paraba de llamar a Karl, pues le molestaba que Jazz no se lo hubiera pedido en persona. Finalmente, accedió, y Jazz se mudó con Gert, su inspectora de aduanas.

Ria se quedó dormida después de masturbarse, soñando con los maravillosos momentos que había pasado con Karl. Entonces se abrió la puerta del dormitorio, Ray entró sigilosamente y se acostó a su lado.

"Oh, ¿interrumpí tu masturbación?", preguntó cuando notó que ella tenía el dedo sobre el clítoris.

— No — dijo Ria — , no me molestaste en absoluto. Los cubrió a ambos y no tenía ganas de responder a su sugerencia. — ¿No puedes dormirte? — preguntó.

— No — respondió — , nunca he dormido solo, solo con jazz. Pensó un momento. — El jazz me despertaba dos veces cada noche — dijo finalmente — , dos veces. ¿Puedo?

Ria no entendió muy bien a qué se refería con "Wenzen" en ese momento. Asintió: "Haz lo que siempre haces". Pero protestó de inmediato cuando Ray se tumbó rápidamente encima de ella y le metió el pene en la vagina a la velocidad del rayo.

"¡Oye! ¿Qué estás haciendo? ¡Quítate de encima ahora mismo!" Ella le agarró el pene con fuerza; era magnífico y completamente erecto. Se tumbó de lado, dándole la espalda y el trasero. Volvió a agarrarle el pene. Hizo algunos movimientos con la mano, sugiriendo una masturbación. "¿Te gusta así? ¿Debería hacerlo con mi mano o

prefieres hacerlo tú mismo?" Ahora tenía una idea específica de cómo debía interpretarse la caricia.

— Vale, lo haré yo mismo — graznó, metiendo su polla en la raja de su culo y luego frotándose con la mano. Su polla seguía entrando en su pequeño agujero, y ella seguía sacándola con firmeza. Él seguía penetrándola, y ella lo sacaba de nuevo después de unas cuantas embestidas. Por un lado, Ria estaba horrorizada de que él la follara brevemente entre medias, pero por otro lado, había una voz dentro de ella que se reía de ella porque en realidad estaba disfrutando de que la follaran. Se sonrojó de vergüenza porque era cierto, al menos en parte. La lucha juguetona continuó; él penetraba, y ella sacaba. Ray gimió, jadeó y embistió con fuerza. Se dio cuenta demasiado tarde de que se había corrido, que se había corrido. Solo se había corrido una vez, solo una vez. Con un suspiro, sacó su polla y finalmente puso la mano protectoramente sobre su coño. ¡Desviarse, ja! No lo iba a permitir. — ¡Todavía no he terminado, tengo que volver a hacerlo! Ray jadeó, y ella le dijo que no tenía permitido follarla en su coño. "¿En el culo?" preguntó él, pero ella no respondió. Ria se sentía incómoda porque ahora él estaba presionando su polla directamente contra su ano mientras se masturbaba, pero no dijo nada. Ella había hecho muchas mamadas y sabía lo que estaba pasando a sus espaldas. Durante minutos, Ray frotó su polla. ¡Su glande realmente penetró su ano, más profundo y más profundo! Ella también lo sabía, pero de nuevo no protestó. Ahora él la agarró de las nalgas y la folló decididamente en el culo. Ella suspiró sorprendida, porque él estaba follando rápido y hábilmente. ¿Podría resistirse aún, detenerlo? Todavía lo estaba pensando cuando él se corrió, de nuevo solo un chorro, y se quedó dentro de ella.

Ria estaba profundamente angustiada, pues para ella el sexo anal también formaba parte del sexo. Por lo tanto, se sintió completamente desorientada; apenas se quedaron a solas, su hijastro quiso tener relaciones sexuales. Se quedó totalmente desconcertada y sus pensamientos se aceleraron.

— Necesito ir otra vez — susurró Ray, agarrándole las nalgas con ambas manos — . Siempre necesito ir dos veces antes de dormirme — añadió. Ella permaneció en silencio, con los ojos bien abiertos. De al-

guna manera, le horrorizaba que la lujuria se colara en su coño como una brizna de niebla. Estaba paralizada, ¿por qué dejaba que la follara por el culo otra vez sin resistirse? ¿Qué vendría después?, se preguntó, porque ya no se había puesto la mano protectoramente sobre el coño. Tenía miedo de que la follara, y al mismo tiempo, quería que encontrara el camino de vuelta a su pequeño agujero. Lo dejaría pasar, le decía su voz interior, riéndose burlonamente de ella. Tembló.

Necesitaba desesperadamente pensar, ordenar sus pensamientos. Se giró resueltamente boca arriba y colocó los dedos sobre su vulva. "¿Oh, quieres frotar ahora?" Ray malinterpretó completamente la situación y se arrodilló entre sus piernas. ¿Por qué no?, pensó Ria, cerrando los ojos, porque su clítoris ya había tomado una decisión. Muy suave y delicadamente, comenzó a masturbarse. Él la observó durante varios minutos, frotando lentamente su pene. "¡Lo meteré, eso se sentirá bien!" Su pene estaba solo medio erecto, pero lo insertó y observó su rostro y su masturbación. Ella mantuvo los ojos cerrados. Era realmente maravilloso sentir su pene. Hizo movimientos de empuje muy suaves, y ella simplemente lo disfrutó. Quizás cinco minutos después, alcanzó su clímax. El pene de Ray ya estaba duro de nuevo, y en el rugido de su orgasmo, sintió, como a distancia, que él eyaculó una vez, solo una vez. Se relajó y levantó la vista, sacando su pene con un suspiro, aunque todavía estaba completamente erecto. Ray sonreía de oreja a oreja.

Ray le agarró las nalgas y la penetró lentamente de nuevo. Ella gritó fuerte y emitió sonidos sin sentido, pero levantó las caderas para que él pudiera penetrarla más profundamente. Dejó de gritar porque era inútil, y admitió para sí misma que estaba disfrutando de que la follara. La folló lenta y reverentemente, acariciándole las nalgas y follándola una y otra vez, durante probablemente 10 minutos. Estaba a punto de llegar al orgasmo y se puso un dedo en el clítoris. Se había masturbado antes, y su orgasmo llegó segundos después. Su coño apretó su polla rítmicamente, y su cuerpo tembló. Entonces, de repente, él metió su polla profundamente en su coño, en su vagina, y eyaculó rítmicamente dentro. Chorro tras chorro, roció en su coño, gruñendo como un jabalí salvaje. Entonces terminó. Después de un rato, sacó su polla, y ella dejó caer la pierna de nuevo. Había sido una buena follada, tenía que admitirlo. Él se bajó sobre la sábana detrás

de ella. Él le acarició suavemente las nalgas y susurró casi inaudiblemente: “¡Gracias!”.

— ¿Puedes dormir ya? — preguntó ella, y él asintió adormilado. Ella se giró hacia él, le abrazó la cabeza, le acarició el pelo y le tarareó una nana. Él se quedó dormido.

Ria estaba tumbada boca abajo, con la pierna superior doblada con fuerza y la mano metida dentro. Estaba apenas dormida y, como hacía todas las mañanas antes de despertar, se frotaba el clítoris lentamente, como en un sueño. Estaba acostumbrada a tener sueños eróticos cada mañana y a despertarse con estimulación clitoriana; rara vez se masturbaba como es debido. Pero ahora se despertó alarmada y sobresaltada, porque Ray le había agarrado las nalgas y la había penetrado por detrás de una sola embestida, haciendo que la manta se deslizara hasta el suelo. Estuvo a punto de protestar en voz alta, ¡pero se sentía tan bien! No había tenido sexo en días, solo se había masturbado sola. Ahora estaba despierta y lúcida. Su erección matutina le llenaba la vagina por completo, y sintió cómo su clítoris se endurecía de deseo. No recordaba haber tenido nunca una polla tan grande dentro de ella. Su excitación se intensificó rápidamente, y cuando su dedo tocó su clítoris, tuvo un orgasmo instantáneo, ya que se había masturbado en sueños antes de que él la despertara bruscamente. Su cuerpo se estremeció y tembló por un momento, pero él la estaba follando demasiado rápido y eyaculó después de poco tiempo. De nuevo, solo eyaculó un chorro; ella lo sintió perfectamente. Volvió a buscar su pene, que aún estaba dentro de ella. Lo sacó; ya no estaba tan rígido y tenso. Él refunfuñó que tenía que hacerlo de nuevo y que ella tenía que ponerlo duro. Ria se molestó por un momento porque no le gustaba que la mandaran. Su resentimiento desapareció cuando él suplicó suavemente, y ella lo frotó hasta que se puso duro de nuevo. Lo guió de nuevo a su coño por detrás y levantó la pierna más alto. Él la folló salvajemente y eyaculó profundamente, empujando su pene profundamente dentro y eyaculando chorro tras chorro. Ella solo estaba ligeramente excitada; fue demasiado corto para un orgasmo. Ria estaba decepcionada, pero se calmó, diciéndose a sí misma que ya había tenido un orgasmo antes, así que no dijo nada malo y se volvió hacia él amablemente. Salió rápidamente a orinar y se volvió a

acostar junto a Ria. Era viernes, así que no tenía clases y se quedaron en la cama.

Apoyó la barbilla en la mano y le dijo que tenía que contarle todo, desde el principio, cómo había empezado todo para él, cómo habían comenzado la masturbación y el sexo. Todo.

— No lo sé — dijo con dudas — . Le prometí a Jazz que no se lo contaría a nadie — añadió con incertidumbre — . Ria dijo que pronto sería su madrastra, alguien a quien podría contarle todo, y además, quería entender por qué se había acostado con ella.

Pensó mucho. «Papá nos dijo a Jazz y a mí que estás embarazada y que vamos a tener un hermanito o hermanita. ¿Así que puedo inyectarme yo mismo, ya que estás embarazada?». Ella no pudo decir nada, porque aunque los detalles eran correctos, era evidente que él no comprendía el concepto de las relaciones humanas.

“Cuéntame todo desde el principio, cómo empezó todo, qué hiciste y qué experimentaste con el afilado”, dijo Ria enfáticamente, “puedes contármelo absolutamente todo”.

— ¿Todo? — preguntó con incertidumbre.

“Sí, todo. No te olvides de nada, cuéntamelo todo, porque quiero entender por qué me follaste. Tengo derecho a saberlo todo.” Ray no fue lo suficientemente listo como para negarse.

Habló con dificultad, suspirando y de forma bastante incoherente. Ella tuvo que reconstruir el rompecabezas por sí misma.

Antes de que su madre se fuera, metió la cabeza bajo el edredón de Jazz y la vio frotarse el dedo entre las piernas. Después de que su madre se fugara con ese estúpido montañés, ambos lloraron durante un buen rato. Le permitieron acurrucarse junto a Jazz y llorar. Se abrazaron, llorando y sollozando. Antes, nunca le habían permitido entrar en su cama; su madre se lo había prohibido estrictamente y la vigilaba como un buitre. Nunca se habían visto desnudos, y ahora se consolaban y se abrazaban desnudos, explorando con curiosidad los genitales del otro, algo que nunca habían hecho antes. Ya no pensa-

ban en llorar; Jazz examinó con destreza el pene de Ray, porque para entonces ya había visto y tocado mucho. El pene de Ray todavía era delgado y estrecho a los 12 años; solo se convirtió en un monstruo después de cumplir los 15. Ella le enseñó cómo podía masturbarse y eyacular; Jazz sabía mucho de eso, por la escuela. Lo hizo eyacular, para su gran asombro. Luego le mostró sus joyas, la hendidura entre sus labios que ocultaba la pequeña abertura. Por supuesto, le dejó mirar dentro y le explicó el himen, que solo se rompe durante la primera relación sexual. Ray pudo introducir su dedo índice a través de la pequeña abertura del himen y sentir su vagina. Finalmente, le mostró su clítoris y le explicó que era exactamente lo que se frotaba cada mañana para alcanzar el orgasmo. No mencionó que supiera que la estaba espiando. Le enseñó a masturbarse y le permitió observar de cerca. Le explicó que las chicas solo podían tener un orgasmo, pero no eyacular. Cada vez que Jazz se frotaba el clítoris entre las piernas en los días siguientes, le dejaba mirar. Ahora le contaba, riéndose, cada vez que le había hecho una paja a un chico.

Jazz había dejado que los chicos de la escuela la masturbaran, correctamente en su ano como los adultos. Ella le enseñó cómo masturbarla en su ano. Ria le preguntó si Jazz no tenía miedo de quedar embarazada. Él negó con la cabeza; ella no tenía la regla en ese entonces, y solo entonces tenía que tener cuidado. Cuando ella tenía la regla, él tenía que masturbarla en su ano o sacar su pene para eyacular. Ella solía hacerlo, excepto cuando se masturbaba a sí misma; entonces a veces lo pasaba por alto y lo regañaba. Pero cuando quedó embarazada de su inspector de aduanas, se le permitió eyacular dentro de ella nuevamente. Ella le había explicado muy claramente que no había problema en eyacular dentro de una mujer embarazada.

Ria notó que su pene se había vuelto a poner ligeramente rígido mientras hablaba. Se incorporó y lo acarició; yacía rígido y pesado en su mano. El glande se había encogido y estaba cubierto por el prepucio. Él suspiró profundamente mientras ella lo estiraba y lo volvía a estirar. Era fascinante ver cómo el glande se llenaba de sangre y se agrandaba gradualmente. Continuó, sonriendo. “Primero, tienes que aprender a llamar a las cosas por su nombre”, le dijo a Ray, que estaba tumbado boca arriba, disfrutando placenteramente de sus caricias con el prepucio. “No se dice ‘agujero de mierda’, eso es grosero y vul-

gar. Se dice 'coño', 'vagina' o 'coño', eso es decente. Cuando te frotas con la mano, eso se llama masturbación. Las chicas y los chicos se masturban con las manos. Y cuando un chico y una chica lo hacen como adultos, no se dice 'frotar', se dice 'follar', 'golpear' o 'joder'. ¿Entendido?" Ella repitió las palabras varias veces, y él también.

— Entonces, empecemos de nuevo — dijo Ria — , justo al principio, ¿metiste la cabeza bajo el edredón de Jazz y la observaste a escondidas mientras se masturbaba? Ray asintió; eso era. Las camas estaban pegadas, el extremo de sus pies se fundía perfectamente con el de su cabeza. Como su cabeza estaba cerca de sus pies, podía levantar el edredón sin que ella se diera cuenta. A veces apenas podía ver nada porque estaba muy oscuro bajo las sábanas, pero la mayoría de las veces veía su dedo perfectamente mientras se masturbaba. Ella nunca se dio cuenta de que la espiaba, dijo Ray.

"Y cuando os acurrucáis juntos después de llorar, ¿te dejaste verla masturbarse?"

— Sí — dijo — , no tuvimos sexo entonces, no hasta mucho después. Nos acurrucamos desnudos en su cama por primera vez y, con curiosidad, nos examinamos los genitales. Me lo enseñó todo, incluso su clítoris, que usaba para masturbarse, algo que había aprendido de sus amigas. Siempre estaba muy orgullosa de su masturbación, y a veces me dejaba acercarme y observar de cerca. Sin embargo, no me dejaba hacerlo yo mismo, porque era demasiado torpe. Se rió cuando me arrodillé y me apreté y masajeé el pene porque no sabía hacerlo bien en aquel entonces. Apartó las sábanas, me sonrió y me mostró su cuerpo desnudo, separando sus labios vaginales con los dedos. Me corrí al instante al verla. Se rió y me hizo mi primera paja, enseñándome a hacerlo yo mismo al mismo tiempo.

Tras una pausa, Ray continuó: «Jazz solía masturbar a los chicos, y a mí también. Me masturbaba todas las noches hasta que después teníamos sexo. Tuve que aprender, y fue fácil, pero siempre preferí que me masturbara ella. Me masturbaba todas las noches, y por supuesto, también intentábamos tener sexo. Pero no era posible por su himen, y solo me permitía usar la punta del pene. Después de eyacular dentro de ella una vez, siempre me hacía una paja y me dejaba

eyacular en un arco alto hasta que no quedaba nada. Solo usaba la punta del pene, y lo disfrutábamos mucho. Todos los días, me empujaba un poco más adentro con las nalgas. Se miraba con un espejo de bolsillo cada vez porque el agujero de su himen se hacía más grande cada día. Un día, me empujó con mucha fuerza y sonrió; su himen ya no era un obstáculo. Así fue como empezamos a tener sexo de verdad, como adultos. No fue hasta meses después que estuvo lista para tener sexo con otros chicos».

"Entonces Jazz empezó a follar con los chicos del colegio como si fueran adultos, y por supuesto, también me follaba a mí todas las noches." Ray estaba bastante orgulloso de sí mismo por haber logrado formular frases tan complicadas. Ria asintió con aprobación y lentamente le tiró del prepucio hacia adelante y hacia atrás. "Follábamos dos veces cada noche porque yo lo necesitaba dos veces, y luego Jazz se masturbaba porque lo necesitaba otra vez." Ria preguntó si a menudo se lo perdía porque estaba absorta en la masturbación. Él pensó durante un buen rato. "En realidad, siempre venía dentro de mí; solo logró sacarlo antes un par de veces. Normalmente se masturbaba mientras follábamos y a menudo se perdía el momento de sacarme el pene para que yo pudiera eyacular. Así que terminaba dentro de mí, aunque ella quería evitarlo." Ria no podía quitarse de la cabeza la sensación de que Ray había dejado embarazada a Jazz. Él continuó. "¡Y los fines de semana, normalmente follaba con la señora Weber!" Ria se animó.

— ¿Quién es la señora Weber y por qué te acostaste con ella? — preguntó con curiosidad. Sus dedos jugaban con su prepucio.

La señora Weber vive dos pisos más abajo, y cuando papá y Jazz se iban de fin de semana, yo solía quedarme a dormir en su casa. Es muy mayor, y su marido murió hace mucho. Ya no tiene con quién acostarse y, por desgracia, tiene que masturbarse sola; ella misma me lo contó. Ray miró a Ria con incertidumbre, preguntándose si lo había entendido. Ria asintió. ¡Continúa!

"Le pregunté muy suavemente si quería tener sexo conmigo en lugar de masturbarse. Ella aceptó de inmediato y se disculpó por ser tan vieja. Pero le dije que no importaba, que estaba acostumbrado a

tener sexo dos veces antes de dormirme, así que no importaba lo arrugada y vieja que estuviera su vagina. Se disculpó porque su vagina era tan estrecha que solo podía meter mi pene con mucha dificultad, y tuvo que ayudar bastante la primera vez. Después de disculparse, sonrió feliz y dijo lo maravilloso que se sentía tener un pene de verdad después de toda esa masturbación solitaria. Luego tuvimos sexo mucho más a menudo que dos veces, y ella seguía masturbándose porque estaba muy acostumbrada. A veces teníamos sexo todo el sábado y hasta la noche. Porque ella siempre quería repetirlo después de haberme frotado el pene con fuerza. A menudo tenía que dejar mi pene dentro de su vagina porque se masturbaba durante horas y tenía sexo conmigo al mismo tiempo." La dejé, aunque él solo estaba medio erecto. Pero ella lo quería así, mientras se masturbaba. Lo disfruté mucho, y no me molestó para nada que fuera tan mayor. Pero tuve que prometerle que no se lo contaría a nadie, aunque Jazz ya lo sabía y me molestaba un poco. Pero ella pensaba que la edad no importaba. Si quería, entonces debería hacerlo con ella y follar a la anciana con mucha fuerza. Me interrogó a fondo, y le conté todo. Jazz dijo que era muy dulce de mi parte follar a la anciana con mucha fuerza y a menudo, y que a ella le parecía bien. Ray cerró los ojos porque se sentía muy bien la forma en que Ria le acariciaba el prepucio.

Era hora de retomar el control. Ria se sentó a horcajadas sobre el muslo de Ray. Apretó su pene entre sus labios y lo sujetó con fuerza. Lo miró fijamente a los ojos durante un largo instante y comenzó a masturbarlo. Sintió con cada fibra de su ser cómo sacudía su pene con cada roce. Llegó al orgasmo, sintiendo el latido de su pene y la forma en que su semen salió disparado de su uretra en un solo chorro. Dejó que eyaculara sobre su estómago.

Él aún no había terminado. Ella sostuvo su pene semierecto y le preguntó si lo necesitaba de nuevo. Él asintió afirmativamente, y ella lo frotó de la misma manera. Apretó sus labios vaginales y sintió la masturbación hasta su clítoris. Presionó su vulva con fuerza contra su pene mientras, tras un frotamiento prolongado, lo llevó al orgasmo de nuevo. Él gimió y se quejó mientras eyaculaba en chorros firmes y abundantes. Allí, ahora ella tenía el control de nuevo, ya no era

la mujer asustada a la que podía follar a su antojo. Ella era la jefa, eso estaba claro.

Ria preparó café y chocolate caliente, y desayunaron. Después, ella lo ayudó con las matemáticas, que eran su fuerte. Tras la cena, ella recogió la habitación, se duchó y se fue a la cama. Unos instantes después, Ray estaba acostado a su lado.

— ¿No te masturbas? — preguntó con curiosidad.

— Sí, claro, siempre antes de dormirme. — Pensó un momento — . Desde que era niña — añadió.

Pensó durante un buen rato. "¿Puedo follarte otra vez hoy?", preguntó, porque la había escuchado atentamente por la mañana, quien había dicho que primero había que preguntar.

Ria sonrió amablemente: "Vale, ¿y cómo te gustaría follar? ¿Por el culo o por la vagina?"

Respondió de inmediato. "¡Adentro, y dos veces, por favor!" Ella le acarició el cabello. "Eres un chico tan dulce, puedes follarme dos veces y correrte dentro de mí dos veces, ya estoy embarazada." Él sonrió orgulloso; tenía razón.

— Una vez por detrás, una vez por delante — murmuró Ria, tumbada de lado y ofreciéndole el culo. Él la folló por detrás y se corrió rápidamente dentro de ella. Esperó unos segundos y la giró boca arriba. Ella lo abrazó con ambos brazos. Luego la folló por delante durante unos diez minutos, y ella se masturbaba hasta pequeños orgasmos con el dedo. Él se corrió a chorros, y esta vez se corrió muy, muy fuerte e intensamente. Estaba muy cansado y se quedó dormido cuando ella empezó a masturbarse de nuevo. Ya estaba profundamente dormido cuando, en la recta final, ella se frotó el clítoris furiosamente rápido, arqueando y estremeciéndose en el orgasmo.

Era una época encantadora y tranquila. Tenían relaciones sexuales a la hora del almuerzo, cuando él volvía del colegio, y de nuevo por la noche antes de que se durmiera. Aunque su barriga aún no era muy grande, prefería que la penetraran por detrás o de lado. De esa for-

ma, su vientre siempre estaba protegido y podía masturbarse al mismo tiempo, ya que se masturbaba mucho más a menudo durante el embarazo. Ria le enseñó a Ray algunos trucos para resolver problemas matemáticos con ingenio. A él le costaba, pero cuando los entendía, ella se sentía satisfecha. Estaba decidida a ayudar a Ray a progresar todo lo que pudiera. Sabía que esto solo se podía lograr con clases particulares. Pero algún día, quería que él pudiera triunfar en la vida.

Cuatro semanas después, Jazz estaba en la puerta. Había discutido con Gert y se marchó enfadada. Esa noche, Ria fue a la habitación de los niños y los oyó teniendo relaciones sexuales. Sonrió y volvió a marcharse.

Ria escuchó lo que Jazz tenía que decir. No era nada grave, nada de qué preocuparse. Después de que Jazz se desahogara, Ria le dijo que pensara en tres cosas. Primero, ninguno de esos problemas era grave ni catastrófico. Segundo, las mujeres experimentamos una montaña rusa de emociones durante el embarazo; las lágrimas y las risas estaban separadas por milímetros. Nuestras hormonas se descontrolan y nublan nuestro juicio. Y tercero, los problemas se resuelven junto con el marido y no se puede simplemente huir, correr a casa. Eso no significa que tengas que ceder. Pero los adultos resuelven los problemas y no huyen. Normalmente, ambos miembros de la pareja tienen que ceder un poco y llegar a un acuerdo. Jazz se enfadó al principio y se levantó de un salto, pero ¿adónde podía ir? Ria dijo: "¡Siéntate, hablemos de ello!". Jazz se sentó y hablaron de todo. Ria era diez años mayor que Jazz y simplemente tenía más experiencia de vida.

Durante sus conversaciones telefónicas, ella le informaba sobre el progreso de Ray, pero no decía ni una palabra sobre su desarrollo sexual. No podía decírselo, no podía explicárselo, aunque comprendía la progresión gradual. Esperaba poder explicárselo en persona algún día.

Jazz y Ray follaban todas las noches hasta quedar exhaustos; Ria podía oírlos follar salvajemente todas las noches. Jazz estaba sexualmente excitada y se masturbaba todas las noches hasta que su piel se

inflamaba. Ria se frotaba la vulva y el clítoris con una pomada antiséptica, aunque Jazz estaba terriblemente avergonzada por ello. “Nunca he tocado a una mujer antes”, dijo Ria mientras le aplicaba la pomada a Jazz. Jazz yacía estirada en la cama de Ria; era una chica muy guapa, pensó Ria mientras miraba a la mujer desnuda. Jazz se retorcía satisfecha y gemía de placer mientras se frotaba la pomada en el clítoris. “¡No pares, sigue, por favor!”, susurró con los ojos cerrados. Ria estaba perdida. “Nunca lo he hecho con otra chica”, balbuceó, pero Jazz repitió: “¡Por favor!”. Ria dudó durante un buen rato, pero finalmente reunió el valor y masturbó a Jazz. Evitó tocar las zonas inflamadas y frotó suavemente el clítoris solo con las yemas de los dedos. Jazz se sujetó el vientre redondeado con ambas manos mientras su cuerpo se convulsionaba y temblaba en el orgasmo. Ria continuó frotando el clítoris como siempre lo hacía, y el orgasmo de Jazz parecía interminable. Gradualmente, el orgasmo disminuyó. Todas las mañanas, mientras Ray estaba en la escuela, Jazz le pedía a Ria que le aplicara la pomada, aunque la inflamación ya había disminuido, y dejaba que Ria la masturbara. Dijo que nunca había tenido orgasmos tan largos.

Una vez, estando a solas en la cocina con Jazz, Ria le preguntó directamente quién era el padre del niño: ¿Ray o Gert? Sabía que llevaba años acostándose con Ray, día tras día, ¿quizás incluso durante su época fértil? Jazz rompió a llorar; no lo sabía con certeza. «Siempre les permitía acostarse conmigo usando preservativo si no estaba segura», sollozó, «solo cuando Gert me prometió matrimonio dormíamos sin él». Lloró desconsoladamente y sollozó: “Pero Ray…”. Siguió llorando y dijo, entre sollozos: “Siempre calculé mi menstruación con exactitud. Los chicos tenían que usar condones, y yo le enseñé a Ray a tener sexo anal; no era un problema. Antes y después de mi menstruación, le sacaba el pene para que pudiera eyacular, y eso solía funcionar. Solo unas pocas veces estuve tan absorta masturbándome mientras teníamos sexo que no lo saqué a tiempo. Tal vez fue entonces cuando sucedió, tal vez no, no lo sé. Tal vez fue Gert, porque estábamos muy enamorados y éramos muy apasionados. Me había prometido matrimonio, y podría haber sucedido cuando estábamos muy enamorados. Me cayó como un rayo cuando de repente descubrí que estaba embarazada. No quería creerlo, pero en aquel entonces solo tenía sexo con Gert sin condón; él también lo quería así”. Se secó las

lágrimas con un pañuelo y se sonó la nariz. Gert había reconocido la paternidad, y ella lo dejó ahí. Volvió a sollozar, porque tal vez sí era Ray. Ria asintió, porque eso era precisamente lo que sospechaba, pero no volvieron a hablar del tema.

Ria le preguntó a Jazz cómo había sucedido todo. Jazz explicó que antes de que su madre se fuera, Ray siempre la espiaba bajo las sábanas cuando se masturbaba temprano por la mañana. Era algo excitante para él observarla, y siguió siendo así durante mucho tiempo. Solo después de que su madre, tan estricta en lo sexual, se fue, lloraron juntos en su cama, abrazados desnudos y consolándose mutuamente. Exploraron sus cuerpos con curiosidad, y ella le mostró a Ray su clítoris y cómo masturbarse. Había aprendido a hacer felaciones en la escuela. Ahora, después de masturbarse, se giró hacia Ray, le agarró el pene y lo llevó al orgasmo. ¡Le gustaba su gran pene, y frotarlo la excitaba mucho! Él aprendió rápido, pero no le gustaba masturbarse él mismo en absoluto. Prefería mucho más que Jazz lo frotara y le acariciara la vulva. Por supuesto, intentaron tener sexo, pero ella aún no estaba preparada. Dejó que la penetrara con la punta de su pene y eyaculara dentro de ella, y luego le hizo una felación. El agujero en su himen se fue agrandando cada vez más, y un día ella le permitió que la penetrara como es debido. No sintió que se le rompiera el himen en absoluto, y desde entonces tuvieron relaciones sexuales todas las noches.

A medida que la presión de grupo se intensificaba y ella no quería quedarse fuera, dejó que los chicos se acostaran con ella y volvió a ser popular. Por supuesto, probó todo tipo de sexo con Ray; él aprendió rápido y ella solía tener un orgasmo. Se acostaban tan a menudo como podían, y todo fue bien durante dos años porque fue entonces cuando le vino la regla. Se acostaba con todos y solo les permitía tener sexo sin condón si había calculado su ciclo con precisión y estaba segura. Se había enamorado de Gert en una discoteca; era tan serio, inteligente y un verdadero inspector de aduanas. Con él también, calculaba su ciclo y solo le permitía eyacular dentro de ella los días en que estaba segura de estar embarazada. Entonces el ginecólogo le dijo que estaba embarazada. Gert estaba eufórico y le prometió casarse con ella en cuanto se graduara. Jazz suspiró; ni siquiera había discu-

tido con él sobre nada y se había escapado. ¡Había sido estúpida, realmente estúpida!

Gert, la inspectora de aduanas, apareció una tarde en la puerta con un ramo de flores. Ria y Ray los dejaron hablar en la sala y prepararon la cena. Ria preparó una cama para invitados en el sofá de la sala porque se estaba haciendo muy tarde. Karl seguramente no aprobaría que Gert se quedara a dormir, le dijo a Jazz. Durante la noche, oyó ruidos de sexo provenientes de la habitación de los niños y se sorprendió al despertar al ver a Ray acostado en el sofá de la sala. Ray y Gert habían intercambiado lugares en secreto. Después del desayuno, Jazz se fue con Gert; se habían reconciliado. Ray entró en su habitación y se acostó desnudo en la cama. Había pasado toda la semana teniendo sexo con Jazz hasta perder completamente la cabeza, y ahora esperaba ansiosamente a Ria.

Ella se acercó a él sonriendo; sabía perfectamente lo mucho que lo necesitaba.

• • •

Durante las siguientes semanas, Jazz visitaba a Ria casi a diario, colocando a sus gemelos a ambos lados de sus pechos, donde mamaban y dormían, mientras Ria la masturbaba, con las piernas abiertas de placer. Ria ya no tenía ninguna duda de que los gemelos eran de Ray. Sonreía con dulzura y comprensión cada vez que Jazz lo deseaba. Jazz separaba los labios de Ria con los dedos, y Ria la masturbaba suavemente con las yemas de los dedos. Durante su segundo orgasmo, dejó que Jazz temblara y se estremeciera durante un buen rato; a Jazz le encantaba.

Hablaban como hermanas después de masturbarse. Jazz era muy disciplinada y estaba intentando adelgazar, y ya se veía muy bien. Echaba de menos a Ray, y no solo por las noches. Habló largo y tendido con Gert sobre la posibilidad de que Ray se fuera a vivir con ella. Gert no era tan terco y comprendió que simplemente echaba de menos a su hermano. Jazz, que quería mucho a Gert, era infeliz sin su gemelo. Lo que le preocupaba era el sexo, porque podía intuir que Jazz también lo echaba de menos. Había tenido relaciones sexuales

con Ray a diario durante cuatro años, y el sexo amoroso que Gert le daba no era tan satisfactorio físicamente; Gert lo entendía perfectamente. Al final, estuvo de acuerdo, porque Jazz nunca había dudado de su amor. Y ella tomaba la píldora, lo que le tranquilizó mucho.

Cuando llegó el momento de Ria, Ray se mudó con Jazz. Ahora estaban reunidos, y ella floreció visiblemente. Jazz fue lo suficientemente sabia como para darle tiempo a Gert y no lo presionó en lo más mínimo. Gert, por supuesto, lo sabía, y no era un mojigato. Sabía cuánto disfrutaba Jazz acostándose con Ray, y lo había hablado con Jazz para que pudiera permitirlo. No le fue fácil superar los obstáculos, y le llevó bastante tiempo aceptar que Ray se acostaba con su esposa. Los observó a los dos y tuvo que admitir que realmente le hacía bien a Jazz. Ella dejó que Ray se acostara con ella la primera noche, y Gert superó el último obstáculo con el corazón acelerado cuando vio a Ray acostándose con Jazz por primera vez. Observó a Jazz florecer mientras dormía con Ray, escalando la escalera de la excitación y experimentando un orgasmo muy fuerte y estimulante. Abrazó a su esposa, llorando, y la besó mil veces. A partir de entonces, se liberó de las cargas de la vida pequeñoburguesa. No tenía inconveniente en que los tres yacieran ahora en el lecho conyugal, y que ambos tuvieran relaciones sexuales con Jazz. Él siempre iba primero, y Ray después; eso era un hecho. A veces eran cinco, cuando Jazz tenía que amamantar a los gemelos mientras sus maridos se turnaban para tener relaciones sexuales con ella. Gert a veces sostenía a Jazz en brazos mientras Ray tenía relaciones sexuales con ella, porque eso fortalecía su vínculo. Y Ray, lo sabía perfectamente, era diez años menor que él y estaba muy bien dotado. Ray se integró muy bien en la joven familia y fue un importante apoyo para Jazz.

Ria dio a luz a una preciosa niña, Elisabeth, y Karl llegó dos días después, bronceado y feliz. Se había tomado dos meses de baja laboral, y fue un placer verlo con Elisabeth. Era la niña mimada de papá.

Ria quería contarle todo sobre Ray porque no quería ocultárselo a su marido. Pero no se presentó la oportunidad, así que lo dejó estar.

• • •

El vuelo de la reina

von Jack Faber © 2024

Axel von Fersen, el diplomático sueco y hombre orquesta, había planeado a la perfección la huida de la familia real. Todo salió a la perfección. Se adelantó a Varennes y, horrorizado, descubrió que una compañía de insurgentes había sido enviada a ese punto estratégico; esperaban al rey fugitivo. Axel intentó despistar a su adversario a través de la estación de postas de La Brie, pero no se dejó engañar.

La diligencia robada fue detenida. El rey alzó la voz, proclamando que no era el simple Luis Capeto, ¡sino el rey! «Su Majestad debe dar la vuelta», dijo el líder respetuosamente. La diligencia giró y las miradas de Axel y María Antonieta se cruzaron. Ambos sabían que sería la última vez que se verían. La reina se llevó la mano a la boca, Axel hizo una profunda reverencia en la silla de montar, con el sombrero en alto en señal de respeto. La diligencia arrancó.

El rey y la reina se sentaron en la primera fila, Charlotte y Luis en la segunda. La pareja continuó su conversación confidencial en voz baja; ambos sabían que eran prisioneros y que tal vez sería su última oportunidad de hablar abiertamente entre ellos. El rey quería saber la verdad sobre los panfletos de la condesa de la Motte: ¿era su esposa una ramera desvergonzada, como afirmaban? La reina rió amargamente. «Crié a esa falsa serpiente en mi seno, Majestad, y ahora está descontrolada, solo para escapar de la Bastilla. Ni una sola palabra de su acusación es cierta, mi querido esposo; ¡siempre te he sido una esposa fiel!». Permaneció en silencio, insegura de si debía contárselo. El rey quería saber por tercera vez por qué el señor von Fersen arriesgaba su vida para salvarlo a él y a su familia. La reina repitió que el rey sueco Gustavo III... Era el único en todo el continente que se había puesto abiertamente del lado de la familia real francesa y había descrito a los revolucionarios como chusma y enemigos del orden.

María Antonieta reunió valor. “Señor, el señor Axel von Fersen es mi único amante, ¡lo juro! ¡El único por quien moriría como él lo ha-

ría por mí!" Hubo una larga pausa. "¿Así que era su amante, señora?" preguntó el rey Luis en voz baja. María Antonieta asintió. "El único, señor, ningún otro me ha tocado jamás, solo usted y él. Confieso que lo amo desde hace más de un año, nos amamos y no tenemos la menor intención de avergonzarlo, señor." El rey le apretó la mano con intimidad. "Siempre quise ser un buen esposo, María, ¡siempre! Para no darle ninguna razón para amar a otro. ¡Pero entiendo que su amor por él es una profunda conexión humana!" Permanecieron en silencio durante un largo rato, luego María Antonieta le contó todo a su esposo, sin omitir nada ni adornar nada. Que la condesa, como chaperona, había estado presente en las primeras semanas cuando Axel tuvo relaciones sexuales con ella en el sillón. Luego, ella se retiraba al dormitorio con Axel para tener relaciones sexuales desnuda y sin acompañante. Al final, dijo que la había perturbado y amargado profundamente que él, su esposo, no le fuera del todo fiel, que llevara a su cama a campesinas voluptuosas y de grandes pechos todos los días. Esto la había atormentado durante años. Entendía perfectamente que él tenía un deseo sexual mucho mayor que el de ella, pero verlo en brazos de las campesinas, verlo follar con esas vaginas lujuriosas, era muy doloroso y la impulsó a buscar consuelo en los brazos de un amante. Pero el señor von Fersen no era solo un amante, sino un amigo fiel y leal que llenaba su vida de luz y alegría.

El rey estaba muy abatido porque era cierto que prefería a las campesinas para tener sexo. Su deseo de tener sexo con las muchachas de figura curvilínea y voluptuosa provenía de su juventud, cuando no podía tener relaciones sexuales debido a la fimosis. Se tumbaba desnudo junto a las campesinas, acariciando sus caderas redondeadas y sus pechos llenos y firmes durante horas, y observándolas masturbarse. No pasó mucho tiempo antes de que pudiera masturbar a las muchachas él mismo. Lo hacía con gran excitación; era increíblemente excitante ver cómo cambiaban los rostros de las muchachas mientras lo hacían. Debido a su fimosis, rara vez tenía sexo en aquel entonces, ya que tenía que confiar en la muchacha que le limpiaba el semen del prepucio. Más tarde, después de haber tenido relaciones sexuales poco entusiastas con muchas de las delgadas damas de la corte, redescubrió a las campesinas. ¡Qué feliz estaba él, que amaba las curvas! Le confesó a María Antonieta que la encontraría menos atractiva físicamente si no tuviera unos pechos tan hermosos

y llenos y una figura tan encantadora y curvilínea. Las damas delgadas y demacradas de la corte no le habían interesado durante años. María Antonieta lo escuchó, pues era la última vez que la pareja hablaría de asuntos tan íntimos.

Hermano y hermana iban sentados en el asiento trasero; se habían criado por separado y ahora se encontraban como extraños. Louis se removió en el asiento. "Neville siempre me lo hacía con la mano cuando estaba tan excitado como ahora", susurró el pequeño seductor, "¡nuestros padres de delante no se dan cuenta de nada de lo que hacemos aquí atrás!". Charlotte no sabía nada de sexo más allá de su propia masturbación y no estaba muy segura de a qué se refería. "Cuando no podíamos tener sexo, la señorita de Neville me lo hacía con la mano", susurró, jugueteando con sus pantalones. Tomó la mano de Charlotte y la colocó sobre su pene, que había sacado. Charlotte tragó saliva con dificultad; nunca había visto un pene antes, a pesar de que ya tenía 14 años. Ahora su hermano, dos años menor, puso su pene en su mano; estaba duro como una roca y húmedo. "¿Qué tengo que hacer?", susurró con miedo, sin mirar su pene. Le susurró que tenía que sujetarle el pene y, cuando eyaculara, recogerlo con el pañuelo y limpiarlo. Charlotte asintió, con el rostro impasible. Él movió el pene de un lado a otro en su mano y eyaculó. Sus dedos intentaron recorrer los contornos de su pene. Se estremeció ligeramente cuando él eyaculó. Recogió el semen con el pañuelo. "¡Tienes que limpiarlo, todo lo demás!", susurró él. Ella obedeció, acariciando su pene de un lado a otro con los dedos, apretando el semen en el pañuelo. Miró fijamente al frente, sin atreverse a mirar su pene. Limpió el resto.

— ¡Eso lo aprendí de Neville! — susurró suavemente mientras le subía la falda y las enaguas. Charlotte estaba horrorizada, pues ahora estaba completamente expuesta y él le estaba masturbando el clítoris. ¡Qué escándalo! Pero lo estaba haciendo bien, lo estaba haciendo de maravilla. Ella misma tenía mucha práctica masturbándose y lo hacía siempre que tenía oportunidad. Su miedo se desvaneció y su excitación creció hasta que Louis la llevó al orgasmo. Él sonrió de oreja a oreja mientras ella se ajustaba las enaguas y la falda. Tenía la cara roja como un tomate; ¡ojalá mamá y papá no se hubieran dado cuenta! Louis actuó como si nada hubiera pasado.

El pene de Louis se había vuelto a poner duro como una roca. Una vez más, se acarició de un lado a otro en la mano de Charlotte y eyaculó. Ella limpió el semen y frotó el resto de su pene con los dedos. Estaba bastante confundida, porque ahora podía imaginar vívidamente su pene mientras se acariciaba de un lado a otro; había sentido la eyaculación con las yemas de los dedos. No dijeron ni una palabra; todo sucedió en secreto y en silencio. Su mano se deslizó bajo su falda; por suerte, no la expuso como la primera vez. Cerró los ojos y se entregó a su masturbación. Su hermano era realmente bueno en eso; se sintió segura y separó las piernas, lo que le facilitó frotar su clítoris. Solo cerró los ojos cuando el orgasmo estaba cerca. Solo se estremeció brevemente cuando el orgasmo recorrió su cuerpo. Luego solo hubo silencio de nuevo. Poco antes de llegar a París, tuvo que eyacular por tercera vez. Ella lo dejó acariciarse y eyacular en su mano. Ella limpió meticulosamente el semen de su pene, que ahora examinaba con curiosidad, explorando con los dedos. Aún había tiempo suficiente para que él le metiera la mano bajo la falda y la llevara a su tercer orgasmo. Ella se ajustó la falda, pues ya estaban en las afueras.

Los llevaron al Pavillon du Temple, un cuartel construido 400 años antes por los Caballeros Templarios. Era una fortaleza fuertemente custodiada, y la familia real se alojaba en dos habitaciones en el centro. Esperaron tres meses, pero no pasó nada. Axel von Fersen, el maestro espía, logró infiltrarse en el Temple sin ser visto seis veces, pronunciando el nombre de Marie en voz baja. Intercambiaron cartas en silencio; incluso susurrar era demasiado revelador. En el séptimo intento, fue descubierto y se retiró en el último segundo.

El ciudadano Luis Capeto fue llevado a juicio; nadie volvió a dirigirse a él como «Su Majestad». Danton y Marat ya habían decidido su muerte; solo el mezquino Robespierre deseaba un juicio largo y agotador. Ni al rey Luis XVI ni al ciudadano Capeto se les permitió hablar. La única persona con la que habló fue Dios. Murmuró sobre las cosas buenas que había hecho y las que no. Lamentaba profundamente haber dormido con las campesinas y, por lo tanto, haber empujado a su esposa a los brazos de Axel von Fersen. Apenas conocía al hombre, pero María Antonieta le había hablado mucho de él, así que tenía una buena impresión. Durante el ridículo juicio, pensó en

su esposa e hijos. Estaba muy preocupado por su futuro, pero esperaba que si él, el rey, era eliminado, dejarían en paz a la reina y a los niños. Ese era el único pensamiento que lo mantenía en pie.

No se inmutó cuando lo llevaron en una carreta tirada por caballos hasta la Plaza de la Concordia. No se inmutó cuando se arrodilló y el verdugo le cortó el cuello para dejarlo al descubierto. Murmuró sus oraciones mientras la guillotina se hundía en el abismo. María Antonieta se desmayó cuando sus damas de compañía, a quienes se les permitía traerle ropa limpia una vez por semana, le comunicaron la decapitación de su esposo. Al día siguiente, las trasladaron del Temple a la Bastilla, a una celda con dos literas miserables.

Los guardias de la Bastilla eran brutales y despiadados. Violaban a la reina delante de los niños dos o tres veces por semana. Axel había encontrado la manera de comunicarse con ella. En mensajes cifrados, escribían lo que les importaba. Ella nunca mencionó las violaciones. Tampoco mencionó que su hijo se había comportado de forma inapropiada.

Luis se masturbaba abiertamente mientras María Antonieta era violada por los guardias. "¡Siempre me permitieron follarme a la señorita Neville!", dijo entre lágrimas y con picardía. Cada día se volvía más directo; quería follarla a ella o a Charlotte. Charlotte estaba horrorizada. La virginidad era sagrada para ella, ¿y qué se creía que estaba haciendo, queriendo follar a mamá? Regañó a Luis, quien constantemente se frotaba el pene y eyaculaba en el suelo; ella ya se había acostumbrado a eso. ¡Pero el hecho de que quisiera follar a mamá era una afrenta escandalosa! Luis se encogió cuando Charlotte le gritó. Pero exigió follar a mamá, nada menos. María Antonieta cedió. Se sentó con las piernas bien abiertas y se subió la falda y las enaguas hasta las rodillas. Luis tuvo que pararse entre sus muslos y se le permitió follarla de pie y eyacular dentro de ella. María Antonieta amaba mucho a sus hijos, pero en esos momentos despreciaba a Luis con pasión.

Ella y su hija se unieron mucho durante esos nueve meses. Charlotte siempre se horrorizaba cuando violaban a su madre, ya fuera por los guardias o por Luis, el delincuente de poca monta. María An-

tonieta y Charlotte hablaban después de cada día de los juicios, donde la viuda Capeto era interrogada y ridiculizada. Ella sostenía que las acusaciones sobre su estilo de vida disoluto eran falsas e inventadas; todo lo demás — que había sido reina y había vivido como tal — no podía ni quería negarlo. Su sentencia de muerte estaba predeterminada; solo querían crear una apariencia de legitimidad, nada más. No se inmutó cuando la condenaron a muerte. Le permitieron despedirse de sus hijos, luego la llevaron en una carreta tirada por caballos a la Plaza de la Concordia. Subió en silencio a la guillotina; le cortaron el cuello y la decapitaron. La multitud permaneció en silencio, pues todos sabían que había ocurrido algo verdaderamente monstruoso.

Luis llegó a casa de un zapatero; se suponía que la pareja debía educarlo para que fuera un buen ciudadano. Pero el muchacho no dejó lugar a dudas de que él era el Delfín, un príncipe, y ellos sus siervos. El zapatero se derrumbó; no pudo soportar el comportamiento imperioso. El muchacho insistió en tener relaciones sexuales con la esposa del zapatero, su sierva. Ella, completamente desconcertada, gritó: «¡Soy una esposa honorable y fiel!», y huyó a los brazos de su marido. Él tampoco pudo ayudarla. «Dale lo que quiere; ¡es el Delfín, el próximo rey! ¡Solo pide lo que le corresponde por derecho!». El zapatero bajó la cabeza; no era un rebelde, era un hombre sencillo que había crecido en la realeza. Desnudó a su esposa, que estaba tímida y asustada. Luis tuvo relaciones sexuales con ella sin piedad; ¿qué le importaban sus lágrimas? Él era el amo; tenía el poder y sus derechos. Sin importarle las lágrimas de la pobre mujer, él abusaba sexualmente de ella varias veces al día. Eyaculaba sin piedad dentro de ella, a pesar de que ella gemía diciendo que no quería quedar embarazada, pero a él no le importaba. El zapatero tuvo que desnudarla y entregársela. Para atormentarlo, el príncipe no lo dejaba marcharse; tuvo que presenciar cómo su fiel y amada esposa era violada por el monstruo. Pero la maldad no podía durar para siempre. La violación fue descubierta. Los zapateros fueron acusados de traición contra la Revolución y guillotinados. Luis fue devuelto a la Bastilla, donde murió de neumonía dos meses después.

La hermanastra del rey, Madame Elisabeth, hizo lo posible por hacerse cargo de Marie Charlotte, la hija del monarca. Esto se facilitó

gracias a que los rebeldes estaban negociando con el emperador austríaco en su favor. Dos años después, se le permitió viajar a Viena; hasta entonces, Charlotte contó con un tutor, Lord Frank Butterill, de Londres.

Axel von Fersen recibió órdenes de su amigo, el rey Gustavo III, de viajar a Dinamarca. Allí encontró una larga carta del rey instándolo a permanecer en Dinamarca voluntariamente y esperar nuevas instrucciones; no quería que Axel se involucrara en la Revolución Francesa. Axel obedeció y se encerró al enterarse de la muerte de María Antonieta. El rey Gustavo le escribió expresando su alegría por la salvación de su amigo de la guillotina. En Francia reinaba el caos, con una revolución tras otra. Marat había muerto, Danton había muerto y Robespierre también pereció, pero Axel sobrevivió. La situación se había calmado en Suecia, y a Axel se le permitió regresar a casa con honores. El rey moribundo lo ascendió a general supremo y lo colmó de regalos. El nuevo rey Gustavo IV permaneció en el trono solo doce días; su nuevo impuesto enfureció a la multitud. Fue apedreado hasta la muerte por la turba camino al Radshuset (Parlamento). Le sucedió Gustavo V, un rey sensato y sabio que rápidamente controló a la plebe. Axel se retiró de la vida pública y escribió sus diarios. No se guardó detalles sexuales; cada palabra que escribió le recordaba a su gran amor, María Antonieta. Más tarde, sus herederos censuraron sus escritos, primero eliminando líneas de contenido lascivo y luego cubriéndolas con guirnaldas de tinta que, como alambre de púas retorcido, ocultaban todo sobre el texto original. Afortunadamente para nosotros, la tecnología informática moderna eliminó las guirnaldas, por lo que tenemos más de 70 relatos sexuales de sus encuentros con María Antonieta, pero también del peculiar comportamiento de su esposo, el rey, quien se acostaba con una campesina voluptuosa tras otra en su alcoba privada. Veinte años después de la revolución, a principios del nuevo siglo, Axel acató los deseos del rey y dirigió una guardia de honor uniformada por la ciudad. Sea cual sea el motivo de la ira de la multitud en esta ocasión, el desfile fue atacado por la turba y algunos, entre ellos Axel von Fersen, resultaron muertos.

Madame Elisabeth, hermana de Luis XVI, acogió a Charlotte en su palacio. Le asignó al mejor tutor para su educación, aunque, por supuesto, era consciente de la reputación de Lord Frank Butterill. Pero,

según se cuenta, prefería que un noble inglés se acostara con su sobrina antes que un rebelde despreciable. Frank ya había dado clases particulares a cientos de jóvenes de buena familia e inmediatamente entabló una buena relación con Charlotte. Desde su encarcelamiento en el Temple y, como muy tarde, en la Bastilla, se había convertido en una masturbadora compulsiva, algo que a Frank no le molestaba; simplemente lo ignoraba. Charlotte se masturbaba constantemente bajo la falda. Para llegar al orgasmo, se tumbaba boca arriba y exponía su vulva, frotándose hasta alcanzar el clímax. Frank rara vez la observaba masturbarse, pero cuando lo hacía abiertamente, la observaba atentamente. Claro que lo había visto mil veces antes, pero siempre le resultaba muy excitante.

— ¡Quiero follarte, Charlotte! — dijo un día. Ella pensó que bromeaba y se burlaba de su adicción a la masturbación. Pero él se mantuvo serio; no se reía de ella en absoluto. La masturbación era placentera, pero follar era aún mejor. Charlotte bajó la mirada y murmuró que nunca lo había hecho, ni lo había visto.

Ella seguía siendo virgen y nunca había dejado que su hermano, el pobre hombre, la persuadiera, porque durante su cautiverio él siempre quería acostarse con ella. Se paraba frente a ella y la miraba fijamente por debajo de la falda, hasta su vulva. Eyaculaba sobre sus muslos, el muy pervertido, porque la obligaba a mostrarle su vulva. Ella había hablado con su madre al respecto, y esta le había aconsejado que lo dejara masturbarse entre sus muslos, o mejor aún, que la penetrara, para que solo pudiera eyacular sobre su vulva desde afuera sin poner en peligro su virginidad. Así que Charlotte lo dejó penetrarla y eyacular entre sus muslos. Pero siempre tenía que tener muchísimo cuidado porque él seguía acercando su pene cada vez más a su vulva y, mientras la penetraba, le separaba los labios hasta que eyaculaba en su vestíbulo. Pero ella prefería eso a que él penetrara a su madre, y lo dejaba penetrarla varias veces al día entre sus muslos y labios apretados. De esta manera, generalmente lograba evitar que la penetrara. La voz de Charlotte se volvió aún más baja mientras relataba el viaje en carruaje de Varennes a París, la primera y única vez que había sostenido el pene de un hombre en su mano, pero no se había atrevido a mirar, tan tímida la habían criado. Y, añadió tras una vacilación, fue la primera y única vez que a alguien se le permitió

tocar su vulva, su hermano Louis. “¿Solo tocar?”, preguntó Frank, sonriendo, y ella lo miró con expresión herida. “No, me llevó al orgasmo en secreto, en la parte de atrás del carruaje. Varias veces. Sin que nuestros padres se dieran cuenta.” Se sonrojó y sintió ganas de huir. Frank sonrió amablemente y dijo que eso estaba perfectamente bien, porque follar te acercaba, muy cerca. Ella necesitaba saber eso y también desearlo. Ambos guardaron silencio durante un largo rato, luego ella dijo: “Maestro Frank, ¿en serio dijo eso? ¿Follarme como a una mujer adulta, convertirme en una mujer de verdad?” Frank la miró fijamente a los ojos. — Sí, claro que hablaba en serio. Quiero quitarte la virginidad y tener sexo contigo, si tú también quieres. — Bajó la mirada — . ¿Quitarte la virginidad? — preguntó tímidamente. Frank le explicó con todo detalle cómo sería quitarle la virginidad, y también cómo sería tener sexo. Todavía no tenían que preocuparse por la anticoncepción, porque a ella aún no le había bajado la regla.

Charlotte se sentó pensativa en la chaise longue. Todo aquello era completamente nuevo para ella, pero como él había confirmado que hablaba en serio, ya lo tenía decidido. Lo miró fijamente a los ojos. «Sí, lo quiero, amo Frank. Hazme tu esposa. ¡Seré la mujer más feliz del mundo y te estaré eternamente agradecida!». Lo miró con curiosidad. Él asintió y dijo que lo harían en ese mismo instante. Ella se quitó el vestido y permaneció sentada desnuda. Frank también se desnudó y se sentó a su lado. «Ven, agarra mi pene, ¡conócelo!», dijo simplemente, y ella tocó y examinó su pene. Él le explicó todo, luego la recostó boca arriba, le levantó las rodillas y se las separó.

Era muy delgada, casi flaca, y ya tenía unos pechos hermosos, del tamaño de una manzana. Solo un delicado vello rubio crecía en su monte de Venus, haciendo que su vulva pareciera infantil. Justo su tipo. Se frotó el clítoris como le habían indicado hasta que su respiración se volvió superficial por la excitación. Frank intentó penetrarla, pero su himen ofreció resistencia como el cuero. Lo examinó brevemente y tomó un cúter del escritorio. Cortó el himen coriáceo en forma de cruz, y entonces pudo entrar. “Ahora eres una mujer, una mujer de verdad, Charlotte”, dijo con ternura, “¡y de ahora en adelante podemos follar tan a menudo como queramos!”. Frank abrazó a la temblorosa chica con mucha suavidad y la calmó antes de follarla. “Puedes usar tu dedo si no llegas al orgasmo”, dijo, y ella asintió. Pe-

ro no fue necesario en absoluto, porque llegó al orgasmo muy fácilmente, y luego otra vez, y luego él eyaculó dentro de ella.

Madame Elisabeth asentía sin cesar cada vez que los veía haciendo el amor en el estudio. Eso era bueno; Charlotte tenía casi 15 años, otras chicas de su edad ya eran madres. Y Lord Frank era un hombre honorable, por si Charlotte deseaba casarse con él. Pero ella descartó la idea; en su opinión, el Lord era un hombre anciano, solo aparentaba ser muy joven. No estaba interesado en el matrimonio, desde luego que no. Su libro sobre China, que ella guardaba como un tesoro, había sido escrito hacía 100 años; su verdadera edad era un secreto del que nunca hablaba. Parecía de 30 años, hacía el amor como un hombre de 30, así que tenía 30. ¡Fin de la historia!

Charlotte no podía ni quería dejar la masturbación; era su verdadera adicción. Pero amaba el sexo inmensamente y aprendió todo lo que había que saber sobre él de Frank. Tenían relaciones sexuales todos los días, generalmente más de una vez, y ella disfrutaba de esos maravillosos orgasmos, tan diferentes de los que experimentaba mediante la masturbación. A pesar de esto, estudiaba con diligencia; incluso quería aprender un poco de mandarín, ¿por qué no? Aprendió inglés, alemán, italiano y sueco rápidamente, como una experta. Después de dos años intensos, justo antes de cumplir 17 años, le permitieron irse a Viena. Frank no estaba muy entusiasmado; no tenía nada bueno que hacer en Austria, así que no fue con ella.

Pero observó su vida como había observado la vida de todas las chicas que había conocido y amado a lo largo de los siglos.

• • •

Jodiendo al fantasma de Scheng

von Jack Faber © 2024

Desde muy pequeña, la nodriza que me había amamantado de bebé dormía en mi cama; era la costumbre. Nana era aún muy joven, quizás solo tenía 20 años, y realmente podía practicar magia, como pude comprobar más tarde. Recuerdo con mucha claridad que se masturbaba todas las noches, pero de niño no sabía qué pensar al respecto. Siempre me decía que un fantasma venía cada noche, su prometido caído, Scheng, que la hacía temblar y vibrar con su amor; así se lo explicaba al pequeño. Ella provenía de las bandas de bandidos de Wu Dan Shan, y el teniente Scheng había rescatado a la niña de 12 años de ellos. Servía bajo las órdenes del emperador Teng de China en el Ejército Imperial, pero las cosas eran bastante relajadas en el frente. No era nada raro que un soldado imperial acogiera a una niña capturada en su tienda. Y Nana, que vivía como esclava en Wu-Dan-Shan, se enamoró al instante de Sheng, su salvador, quien la trataba como a un ser humano, como a una joven. Ya no era virgen; había sido violada por un sinfín de ladrones, así que era perfectamente natural que se acostara junto a Sheng y lo violara con cariño. Y el joven oficial se sentía muy halagado de poder violar a una joven tan hermosa cada noche; lo consideraba un gran regalo de los dioses.

Ella permaneció a su lado durante ocho años, hasta que un día él no regresó de la batalla. El dinero del funeral que pagó el emperador apenas alcanzó para traerla a nuestra ciudad. El azar la trajo a nuestra casa; todo lo que tenía para ofrecer era su hermoso cuerpo. Mi madre necesitaba una nodriza para su hijo, yo. Mi padre aún vivía entonces y se relamía ante la perspectiva de una nueva y hermosa muchacha en casa, ¿hace falta decir más? Nana ya se había acostado con cientos de mujeres, y ahora estaba con mi padre. Pero cinco años después, él murió, y mi madre la mantuvo como mi nodriza. Me amamantó durante dieciséis años. También amamantó a otros bebés y solo aceptaba a los padres como pago. Habría tenido que darle di-

nero o regalos a mi madre, y ambas mantuvieron una considerable distancia. Así que Nana exigía que cada padre de un niño tuviera relaciones sexuales con ella durante o después de la lactancia, ya que mi padre había muerto y nuestro hogar estaba firmemente en manos de mujeres. Durante este tiempo, Nana se dejó follar por cientos, tal vez incluso miles de hombres.

Mientras crecía, Nana me amamantaba antes de dormir y me contaba sobre el sexo del día. Yo era demasiado joven, por supuesto, pero cada noche me contaba cuántos hombres se habían acostado con ella. Naturalmente, quería saberlo todo sobre los penes y el sexo, y sobre las esposas que observaban con infelicidad o indiferencia. La mayoría de los hombres se acostaban con ella mientras el bebé mamaba, pero la mayoría no duraba lo suficiente, porque el bebé tenía que mamar varias veces, y el pobre hombre tenía que acostarse con ella varias veces; a la mayoría les resultaba difícil. Pero para que los bebés no murieran de hambre, las madres excitaban repetidamente a los padres con las manos, la boca o la lengua. ¡Eso, me decía Nana, era muy excitante! Pero a veces conseguía un hombre con una gran erección; de eso era de lo que más le gustaba hablar. Y de fantasmas y dioses, y del fantasma de su amo, Sheng, que la sacudía y la follaba cada noche antes de que se durmiera. Ella se desvestía, me ponía al pecho y me dejaba mamar. Le succioné y lamí los pezones, aunque ya no salía leche, pero ella había dicho lo increíblemente excitada que se ponía al succionarlos. Se tumbó boca arriba, con las piernas abiertas como una rana, las plantas de los pies juntas, los ojos lechosos y vidriosos, rodando hacia arriba hasta que solo se veían las escleróticas. Ahora sí que estaba excitada, y dejé de jugar con sus pezones. La observé con mucha atención porque deseaba desesperadamente ver el fantasma del Sr. Scheng. Estaba completamente ajena a su entorno; podía tocarla y empujarla, y no se daba cuenta de nada. Estaba totalmente fuera de sí. Se frotó el clítoris con un dedo durante diez o veinte minutos hasta que el fantasma la sacudió y convulsionó salvajemente en un orgasmo. Mientras se frotaba el clítoris, pude abrirle la vulva con los dedos y mirar dentro, porque dentro, su carne se movía y se frotaba en perfecta sincronía con el frotamiento de su clítoris. Cuando el espíritu se apoderó de ella, haciendo que su cuerpo temblara, la solté y me retiré. Entonces recuperó la consciencia, me dio un hermoso beso de buenas noches y nos quedamos dormidos.

Pero cuando fingí estar dormido y le ofrecí mi pequeña erección, ella frotó al niño dormido hasta que la erección disminuyó o, más tarde, hasta que eyaculé. Ella asintió con gran satisfacción; realmente disfrutaba haciéndolo. Observé esto noche tras noche durante años. Nunca pude ver al fantasma, y cuando se lo conté, levantó las manos horrorizada. "No debes mirarme cuando el fantasma se me aparece; yo también tengo que taparme los ojos, ¡porque no debes mirar a un fantasma! ¿Entiendes?" Por supuesto que entendí, pero simplemente ya no creía en el cuento de hadas sobre el fantasma de Scheng. Luego observé a la madre teniendo relaciones sexuales varias veces y le pregunté a Nana con sinceridad. De nuevo, levantó las manos horrorizada: "¡Eres demasiado joven para hablarme de sexo!"

Bueno, esperé hasta que sus ojos se pusieron lechosos, se pusieron en blanco y solo se veían las escleróticas, mientras ella se frotaba el clítoris con intensidad. Yo era muy joven y aún no podía eyacular, pero metí mi pequeño pene en su coño y la follé como los adultos follan a sus madres hasta que el orgasmo de Nana la despertó. Por supuesto, fingí estar dormido, y Nana estaba muy contenta porque no la había visto masturbarse. Ella me frotó el pene con mucha devoción y lo hizo eyacular en una gloriosa fuente porque, algún día, finalmente podría eyacular. Hice esto todas las noches durante años. Estaba tan orgulloso como un pavo real, pero no se lo conté a nadie. Ahora, noche tras noche, eyaculaba dentro del coño de Nana mientras ella se masturbaba, completamente ajena a todo. A veces sacaba mi pene, le abría el coño con los dedos y eyaculaba dentro de ella a un centímetro de distancia; ¡se veía muy gracioso!

Imagínalo así. Cada noche, me acostaba en sus brazos como un bebé, mamando y bebiendo su leche hasta que sus pechos quedaban vacíos, tirando y succionando intensamente sus pezones, lo que la excitaba por completo. Ella se recostaba y susurraba que no debía mirar. Asentía obedientemente, pero miraba. Ella yacía desnuda boca arriba, encogía las rodillas como una rana y juntaba las plantas de los pies. En esta posición, podía ver profundamente dentro de su pequeña vagina. Ella susurraba que no debía mirar, y su dedo medio comenzó a frotar su clítoris oculto. El clítoris estaba enterrado profundamente en su carne; solo una pequeña protuberancia insinuaba dónde se ocultaba la cabeza del tamaño de un guisante. Sus ojos se

volvieron lechosos y vidriosos mientras susurraba al espíritu: “Estoy escondiendo mis ojos, como me ordenaste”, y puso los ojos en blanco, perdiendo el contacto con la realidad. Entrecerró los ojos brevemente, luego los puso en blanco hacia arriba para que solo pudiera ver el blanco.

“¡Vamos, fóllame, mi querido Scheng!” susurró después de que la penetré. La follé durante horas, ella se masturbaba sin cesar. “¡Solo correte dentro, mi amante!” susurró una y otra vez, hasta que finalmente me corrí dentro de ella. “Sí, eso está bien, ¡solo correte dentro!” murmuró, aumentando su ritmo. No pasó mucho tiempo; el espíritu la agarró con toda su fuerza y sacudió su cuerpo violentamente. En su orgasmo, presionó su dedo contra su clítoris, y sus ojos se pusieron en blanco lentamente. “¡Aaah!” exhaló, mirándome fijamente. “¿Lo viste?” preguntó, y asentí. “¡Es un espíritu hermoso y amigable!” respondí. “¿Y no lo viste?” quiso saber, y respondí obedientemente: “¡No, solo un poquito!” Su rostro resplandeció de felicidad. “Imagínate, podía sentir a Scheng dentro de mí tan claramente, su espíritu me folló maravillosamente y eyaculó dentro de mí, ¡fue realmente hermoso!” Le pedí que contara la historia y ella la relató. Ella podía sentir cómo me follaban y lo exageraba, ¡era el espíritu de Scheng!

A menudo me preguntaba por el fantasma, y yo tenía que describirle su pene y cómo lo follaba con todo detalle mientras ella se tocaba el clítoris, pero sin llegar al orgasmo. No tenía que inventar nada; describía los penes y el sexo de los amantes de mi madre, porque ella se había despertado sexualmente y se había vuelto muy activa tras la muerte de mi padre. Si la abuela había bebido un par de copas de vino, a veces me permitía introducir brevemente mi pene en su vagina, a modo de demostración. Pero no me dejaba follarla; yo todavía era demasiado joven. Eso lo decidió todo. Me dio un largo beso de buenas noches y nos dormimos abrazados.

Después de unos meses, ya podía eyacular dos veces, y lo disfrutaba muchísimo. Unos dos años después, podía follar y eyacular tres veces seguidas. Pero ahora el tiempo se le acababa a la pequeña caballera, y despertó justo después de su orgasmo, demasiado pronto. Continué follando sin descanso, y ella protestó un poco. Pero follé y

follé; simplemente no podía parar a la mitad, no hasta haber eyaculado. Soporté sus quejidos y argumenté que ya estaba aprendiendo a montar a caballo, a usar el arco y la flecha, y a esgrimir una espada de madera como un adulto, pero ella no lo aceptó. "El querido espíritu te folló dos o tres veces", dije con absoluta convicción, "luego me sonrió y me preguntó si yo no quería follar también. ¡Así es como me permitieron follarte!" Nana me miró con incertidumbre, pero si el espíritu de Scheng lo había permitido, bueno... Nana sonrió tímidamente, "¡si te lo permitió...!" Me mantuve firme en mi historia, arrodillado con mi bayoneta fija frente al coño de Nana. "He visto a Scheng follar cientos de veces, ¡ya me ha dejado follarlo dos veces!" Nana me miró con los ojos muy abiertos. "Y Scheng me dijo que tenía que agarrar tus nalgas con fuerza cuando me corriera, para que tu capullo se abriera bien y suave y pudiera disparar todo dentro!" Nana seguramente había olvidado que ella misma me había dicho eso años atrás. Sus ojos se abrieron de par en par; ahora estaba bastante segura de que Scheng mismo me lo había dicho. Solo objetó en voz baja que no debía correr dentro, ¡no quería quedar embarazada! Asentí, pero no me importó. Nana se recostó y tímidamente y con miedo me dejó penetrarla de nuevo. Empecé a follarla otra vez. Si se despertaba demasiado pronto después de la segunda vez que me corrí y no había terminado, sonreía tímidamente y en voz baja y esperaba hasta que terminara. Por supuesto, eyaculé dentro de ella cada vez; No me importaba la carga completa ni sus suaves gemidos.

Un par de veces mi madre se asomó por debajo de la puerta mientras yo follaba con Nana, que estaba completamente inconsciente. Enseguida comprendió lo que pasaba y me hizo señas para que me acercara, dejándome continuar. Parecía impresionada por la forma distraída en que Nana se masturbaba con los ojos en blanco de forma antinatural. Una vez le enseñé cómo eyacular: le abrí bien la vagina a Nana y le lancé chorros espesos desde una distancia de cinco centímetros. Creo que eso también la impresionó.

Siempre esperaba pacientemente hasta que sus ojos se volvían lechosos y vidriosos, y miraba fijamente al espíritu, y luego continuaba follándola en su trance, cada noche. Cuando cumplí 13, habló con mi madre y obtuvo permiso. Ahora se le permitió dejarme follarla docenas de veces al día, y ella me enseñó todo, la buena alma. Siendo ado-

lescente, follaba como un berserker; ella siempre estaba lista, y nunca se me ocurrió follar a las hijas del vecino o a las sirvientas. A los 13, experimenté de primera mano que Nana realmente podía hacer magia. Tenía permiso de mi madre, que estaba preocupada por sus propios asuntos, para enseñarme a follar y dejarme follarla, ¡eso estaba perfectamente bien! Nana vino a mí radiante de alegría y me dijo que mi madre le había dado permiso y que se le permitió transformar mi pene en uno más capaz.

Pensé que solo eran tonterías de chicas, y estaba muy equivocado. Ella preparó un té agrio con muchas hierbas, y tuve que beber dos tazas grandes todos los días. Todos los días me examinaba el pene. Al principio, era solo un pene normal, pequeño, de niño. Pero me asombró y me dejó boquiabierto descubrir que se transformó rápidamente en un pene grande de hombre, algo pesado y lujurioso que constantemente quería y necesitaba ser follado. Ella convirtió mi dulce cosita en una polla monstruosa con la que podía follar todo el tiempo que quisiera. Podía mantener la erección fácilmente durante más de media hora, independientemente de si me corría o no, y así se ha mantenido desde entonces. ¡Era una verdadera bruja, maldita sea!

Pero cuando tenía 17 años, ella quedó embarazada y tuve que tener relaciones sexuales con ella día y noche. Ya casi no quería masturbarse y prefería el sexo. Nana estaba completamente segura de quién era el padre, y no era ninguno de los padres de los niños. Mi madre le dio mucho dinero y la envió lejos cuando ya estaba visiblemente embarazada. Nunca más la volví a ver y no sé nada de nuestro hijo; mi madre nunca respondió a mis preguntas.

Incluso de niño, me escabullía por las tardes en la habitación de mi madre, donde ella tenía relaciones sexuales con sus amantes después de la muerte de mi padre. Allí aprendí sobre el sexo de los adultos. Me quedaba de pie en silencio junto a las criadas, que permanecían inmóviles en la habitación, observándolo todo pero sin que se les permitiera ver nada. Las criadas más jóvenes habían sido desfloradas por mi padre cada vez que regresaba de campaña por una o dos noches. Como niño espía a escondidas, la desfloración me resultaba increíblemente excitante. La niña se tumbaba boca arriba contra mi madre, quien la acariciaba por detrás y le susurraba palabras tran-

quilizadoras al oído. Entonces entraba mi padre, el príncipe de esta parte de la ciudad, y por lo tanto, con toda razón, insistiendo en su derecho a desflorar a las criadas. Él le clavaba su pene a la tierna niña y la violaba brutalmente, no pocas veces dejando un bastardo dentro de ella. Así que me acercaba sigilosamente a las criadas y durante un tiempo me fascinó el sexo con sus amantes, pero eso solo pronto se volvió aburrido.

Comencé a meter la mano bajo los vestidos de las sirvientas, fascinado por la variedad de pechos que poseían estas muchachas y mujeres. Mi mano curiosa se deslizó hacia abajo, hasta sus vulvas húmedas, resbaladizas y mojadas. Las exploré con curiosidad; no se les permitía moverse y debían mirar fijamente al frente en silencio, sin ver nada. Encontré el clítoris en cada una y lo froté con destreza, tal como había visto hacer a mi nodriza. Temblaban y se contraían en secreto. Lo hice una y otra vez porque me resultaba excitante que cada una tuviera que someterse indefensa. Crecí y perdí el interés.

Una vez, mi madre estaba enferma, así que me acerqué sigilosamente y me acosté a su lado mientras dormía. Todavía es común en familias mejores que la madre deje que su hijo tenga sexo con ella, lo sabía, y lo pensé. La destapé y admiré su hermoso cuerpo; solo tenía 37 años. Mi polla despertó, y a los 15, simplemente tienes que tener sexo. Mi madre estaba acostada de lado, y le separé las nalgas a la fuerza, guié mi polla a lo largo de la hendidura de sus nalgas hasta su coño, y la metí con bastante brusquedad en la pequeña abertura apretada. Ella chilló brevemente, pero siguió durmiendo. Luego la follé como a una yegua perezosa en un campo de amapolas, porque sabía que eso era lo que más le gustaba. No estaba completamente despierta, pero gemía y gruñía con gran satisfacción, su dedo buscando su clítoris en su estado de medio sueño. Me corrí profundamente dentro de ella y no se despertó; Solo las dos criadas se cubrieron el rostro horrorizadas. Yo era un pequeño príncipe engreído y no me importaban las reacciones espantosas de las criadas. Iba a ver a mi madre todas las mañanas y me acostaba con ella. Quería dormir aún más la segunda vez. Después de unas semanas, se recuperó, me regañó como es debido y ahí terminó todo.

Nana se había ido, mi madre solo me permitía tener relaciones sexuales por la mañana temprano, así que empecé a acostarme con las criadas de la casa. Al principio, me acerqué a las más jóvenes, las de mi edad. Siempre se mostraban muy castas y tímidas al principio, pero en realidad, estaban tan cachondas como yo. Sabía lo mucho que temían que las descubrieran teniendo relaciones con otros empleados domésticos. Mi madre las castigaba con mucha suavidad, pero algunas amas de casa mandaban decapitar a una chica como escarmiento.

Esto ocurría una o dos veces al año en la plaza grande, y yo siempre me abría paso hasta la primera fila. No era la decapitación en sí lo que me atraía, sino lo que sucedía antes. El verdugo desnudaba a la chica y la tumbaba boca abajo en el tajo. Yo miraba, hipnotizado, su pequeña vulva. El verdugo siempre hacía un gran espectáculo follándola por detrás. Le ordenaba que se masturbara como una buena mujer china mientras la follaba. No podía apartar la mirada porque él deslizaba lentamente su pene dentro y follaba a fondo a la chica que se masturbaba. Sabía que el verdugo follaba públicamente a todas las mujeres y niñas antes de decapitarlas; era su derecho y tradición. Eyaculaba dentro de ella y se ponía de pie. Luego decapitaba a la chica en medio de su orgasmo; a veces tenía que golpear una segunda vez hasta que su cabeza quedaba separada. Hacía una pausa, luego recogía la cabeza y la exhibía a la multitud; esa era la regla. Mientras tanto, los pilluelos se abalanzaron sobre el cuerpo decapitado, y los más descarados comenzaron a follar el cadáver en el patíbulo. Los hombres que la follaban eran una gentuza. Tarde o temprano, el verdugo los ahuyentó a patadas con sus botas, luego arrojó el cuerpo de cabeza a la cesta de mimbre, donde sus familiares vinieron a recogerlo. A veces imaginaba que el cuerpo de la chica seguía teniendo orgasmos incluso mientras la decapitaban. Mi polla estaba dura como una roca cuando el verdugo empezó a follar, y la metí a la fuerza en la raja del culo de la mujer que estaba frente a mí. Algunas se estremecieron e intentaron escapar, pero la multitud lo hizo imposible. Le desnudé las nalgas y la follé violentamente en la raja y luego en el culo, eyaculando profundamente dentro de ella. La mayoría de las mujeres, sin embargo, sonrieron y agarraron mi polla, metiéndosela en sus coños por detrás; después de todo, había sexo por todas partes en la multitud. Estaba completamente sincronizado con los

pequeños criminales que se acostaban con la chica sin vida. De alguna manera, me excitaba mucho verlos a ellos y a mí mismo al mismo tiempo. Después de eyacular, salí corriendo en estado de shock sin mirar atrás a la mujer anónima. Estaba tan excitado viendo y teniendo sexo que solo mucho después pensé que una pobre chica estaba muerta. Cuando crecí, nunca volví a presenciar ese espectáculo.

Después de un año, cuando tenía unos 17 años, me había acostado con todas las criadas de la casa, excepto con las mayores, que no me excitaban. Mi madre ya no tenía tantos amantes, así que cada mañana me llamaba y me dejaba follarla como a una yegua perezosa en un campo de amapolas. Era la única posición en la que ella llegaba al orgasmo con regularidad. Levantaba una pierna, abría bien las nalgas y guiaba mi polla hacia su coño con una mano. Me animaba; quería que la follaran con fuerza hasta que el orgasmo la abrumara por completo. Siempre tenía el dedo en el clítoris, pero no tenía que usarlo a menudo. Después, me abrazaba y me besaba porque me quería de verdad. Era insaciable, pero aun así me dejaba ir con mis criadas. La polla que Nana había conjurado para mí hacía bien su trabajo.

Durante los siguientes cuatro años, una mujer diferente venía a verme cada noche, la mayoría solo por una noche, algunas se quedaban más tiempo porque eran buenas en la cama. Les decía a las chicas que decidieran entre ellas quién estaría conmigo esa noche. Eso me ahorraba el molesto y estúpido coqueteo. Les decía que solo me gustaban tres cosas: follar por delante, por detrás o por el culo. Y si alguna estaba preocupada por quedar embarazada, terminaba eyaculando en su boca. No llevaba la cuenta, pero lo hacía aproximadamente un tercio de las veces.

Me enamoré por primera vez a los 21 años, en un banquete al que fui invitado como cabeza de familia; era la primera vez que asistía a un banquete.

Una de las jóvenes me llamó la atención; me sentí muy incómodo. Pero ella sonrió y se rió de cada percance y me tomó del brazo. Me dijo su nombre y dirección, pues tenía que irse muy pronto. Yo seguía sin tener experiencia con desconocidos y la acompañé a casa. Nos besamos por primera vez frente a la puerta, y en ese sentido, me

sentí más seguro. A partir de entonces, iba a su casa todos los mediodías, salíamos a caminar, y el primer día, me llevó detrás de los arbustos. Ella hizo el amor con pasión y mucha gracia; ¡yo lo hice con furia! Hicimos el amor todas las tardes detrás de los arbustos, y poco a poco fui descubriendo la verdad sobre ella. En dos semanas, la llevarían al reino vecino de Han para casarse con un príncipe rico. Él era el equivocado, ella lo sabía, pues allí había cientos, quizás miles, de príncipes, y ella habría preferido a cualquiera de ellos antes que a ese viejo borracho degenerado. Pero los negocios son los negocios, dijo su padre, "¡Siempre puedes tener un amante, hija mía!". Quedé destrozado. Solo nos quedaban unos días, y ella disfrutaba de su vida sexual porque cientos, quizás miles, de amantes la esperaban allí. Sabía que yo solo era un pasatiempo, un simple sustituto, nada serio. Pero estaba tan enamorado que quería huir con ella. Ella conocía mi situación económica y se reía de mí. Me quedé destrozado y la lloré durante semanas como si hubiera muerto.

Me hubiera gustado guardar luto un poco más, pero la reina me mandó llamar al palacio. Me había visto en el banquete semanas antes y me invitó a tomar el té de la tarde. Me postré a los pies del rey y la reina, y me permitieron sentarme a su mesa. El rey se marchó al cabo de unos minutos; estaba ocupado. Me dejó ponerme de pie, pero no arrodillarme de nuevo. «Una vez al día, es la costumbre, muchacho», dijo y se fue. La reina me miró con diversión. «¡Lo has conquistado en cinco minutos, señor! ¡Rara vez dice "muchísimo muchacho", debo decir!». No sabía qué había hecho para «conquistarlo», y la reina ignoró mi pregunta. Quería saber exactamente quiénes eran mis profesores y qué libros había estudiado. «Solo los leí, no los estudié. Recuerdo todo lo que he leído».

La reina sonrió con complicidad. "¿Has leído el cuento de hadas de Lin Po Po?", preguntó, y asentí. "¡Ambos, incluyendo el Prohibido, mi reina!", respondí con vacilación, y sus ojos comenzaron a brillar. "¿Eso significa que te lo sabes de memoria, señor Tschin?", preguntó. Asentí. "¡Sí, mi reina!". Nuestra conversación ahora giraba exclusivamente en torno a los libros, lo cual me sorprendió y me tranquilizó a la vez. Quería saber cuáles eran mis obligaciones actuales, y confesé que dedicaba una pequeña parte del día a administrar la fortuna de mi madre viuda, ya que algún día me pertenecería. Dedicaba la ma-

yor parte del día a leer; aún había millones de rollos de bambú que no había leído. Sí, tomaba prestados los libros; no tenía que comprarlos. La reina fue al grano. ¿Podría dedicarle tiempo para leerle de memoria durante una hora u hora y media después del almuerzo, cuando se recostara para la siesta? Acepté y así me convertí en su lector.

Cada mediodía iba al dormitorio de la reina. Por decoro, habían colocado una mampara transparente frente a mi silla. Sus dos doncellas, siempre las mismas, la desvestían, y ella se tumbaba desnuda en su chaise longue. Las dos doncellas permanecían inmóviles contra la pared, con la mirada fija al frente. La reina me hacía entonces "leerle", primero el prohibido Lin Po Po, y luego cualquier otra obra atrevida que hubiera leído. Acariciaba su hermoso cuerpo, aún de aspecto juvenil, durante quizás una hora, y luego se masturbaba rápida y decididamente hasta el orgasmo. Yo, al igual que las doncellas, podía verlo todo; me detenía brevemente cuando ella llegaba al orgasmo. Dejaba que la sensación disminuyera lentamente y me advertía que recordara el lugar y continuara allí al día siguiente. Esa era mi señal; hacía una profunda reverencia y me iba a casa.

Una vez cada pocas semanas, me invitaba a tomar el té. Estaba muy interesada en cómo iban mis finanzas y me explicó por qué quería y necesitaba pagarme, a mí, su lector. Acepté el dinero con gusto, pues estaba trabajando y sin duda me vendría bien el generoso pago. "¿Y duerme usted solo por la noche, Maestro Tschin?", preguntó una vez durante el té. "¡Por supuesto que no, Su Majestad, nunca!", respondí, pero ella hizo un gesto con la mano. "Sé que no está ni casado ni comprometido, noble maestro", dijo con impaciencia, "mis hombres siempre lo vigilan. Así que, a pesar de su edad, ¿aún duerme con su madre?". Su mirada era extrañamente airada, y respondí de inmediato: "Hace mucho que no, Su Majestad, eso ya pasó hace años. Rara vez me llama más de dos o tres veces al año, y eso le parece perfectamente bien". Bajé la cabeza y me pregunté por qué le estaba contando todo esto a una desconocida a la que apenas conocía desde hacía seis meses. La reina se inclinó hacia adelante con curiosidad. "¿Y quién duerme en tu colchoneta?" El secreto había salido a la luz.

“En nuestra casa hay 42 mujeres, de las cuales solo 3 son ancianas. No hay ninguna en particular entre las 40 que prefiera, al menos no de forma permanente. ¿Se ha satisfecho su curiosidad, Su Majestad?” Ella asintió y reflexionó. “Eso me suena extraño, querido amo”, continuó, “no conozco a un solo hombre que solo se relacione con sirvientas. Ocasionalmente, sí, a veces oigo hablar de ello. ¿Pero de forma permanente?!” Ahora la pelota estaba de nuevo en mi tejado. “Estoy bastante satisfecho con ello, Su Majestad”, dije, “me proporciona suficiente variedad y no experimento sorpresas desagradables; las desterré hace mucho tiempo”. La reina pensó durante un buen rato y me preguntó si le contaría sobre las sirvientas, sobre sus atributos físicos y sobre su vida sexual. Asentí obedientemente; su curiosidad encajaba con la lectura que estaba haciendo para ella.

Durante dos horas describí a mis sirvientes, sus cuerpos desnudos, sus formas de tener sexo, sus posiciones favoritas, cuáles tenían orgasmos durante el sexo y cuáles se masturbaban, como era costumbre entre las mujeres chinas. La reina hizo preguntas aquí y allá y pareció muy complacida. Una vez que lo describí todo, la hora del té terminó. En la siguiente hora del té, me preguntó si alguna vez había visto su cuerpo desnudo. Confirmé: “¡Sí, todos los días, Su Majestad!”. Sonrió sutilmente. “¿Y le gusta lo que puede ver pero no debería, amo?”. Su sonrisa era simplemente traviesa. Respondí de inmediato: “Sí, Su Majestad está bendecida con un cuerpo hermoso, y si no quiere que lo vea, ¡entonces véndame los ojos! Yo, por mi parte, disfruto viéndola; ¡es un gran honor!”. Esperaba haber elegido las palabras adecuadas; podría costarme la cabeza. Pero sonrió como una gata ronroneando. “Todo es como yo deseo, mi querido amo. Su lectura me deleita, ¡y mi apariencia debería encantarle!”. Guardó silencio por un momento.

— ¿Y por lo demás, lo ves todo, buen hombre? — respondí de inmediato — . Lo veo todo, Alta Dama, ¡no tengo los ojos vendados! Siempre me complace que mis líneas, mis palabras, la exciten, ¡como debe ser! — Sabía que estábamos pisando terreno peligroso. La reina suspiró profundamente — . ¡Llevo haciendo esto desde la infancia, mi señor! — Asentí humildemente — . ¡Toda chica debe tener una buena relación con su clítoris, Su Majestad! — dije en voz baja, y ella continuó — : Como ni el rey, mi queridísimo esposo, ni los pocos

hombres con los que tuve que acostarme por razones de estado podían excitarme tanto, sufrí mucho. Pero desde que me lees de tus libros, vuelvo a disfrutar como antes. En parte es gracias a ti, y por eso te estoy muy agradecida. — La reina cambió de tema bruscamente, y la merienda llegó a su fin.

Por suerte, nuestra relación se mantuvo intacta. El único cambio fue que la reina movió el panel transparente con el pie, de modo que nada quedó oculto entre nosotros. Se giró hacia mí para masturbarse, y nos miramos directamente a los ojos: ¡qué intimidad nos produjo! Había pasado medio año, y nos habíamos vuelto más cercanos que muchos amantes. Interrumpí mi conferencia y la observé mientras separaba sus labios con una mano y se masturbaba rápida e intensamente con el dedo medio durante menos de dos minutos. Tras su orgasmo, su rostro adquirió una expresión triste por un instante, y me sonrió con culpabilidad. ¡Cuánto la amaba entonces! Era consciente de que ella era la reina y yo un simple súbdito; ninguno de los dos podía cambiar eso. ¿O sí?

Era otra hora del té. La Reina ya no hacía desvíos. Había tenido una conversación privada con cada una de sus dos doncellas y confidentes. Desde su nacimiento, nunca había estado "sola" ni un solo momento. Al menos ellas, sus doncellas de mayor confianza, siempre estaban presentes. Ya fuera que tuviera relaciones sexuales con su esposo o con un amante, ya fuera por elección o por obligación, siempre estaban allí. E incluso cuando se masturbaba. Otras personas, otras mujeres, a veces tenían un momento para sí mismas, pero no ella, la Reina. Les preguntó a sus chicas cómo era para ella estar "sola". Pero las chicas no pudieron responder a su pregunta, por más que lo intentaron. Una estaba sola cuando no había nadie más alrededor, simplemente. Eso no era nada especial, Su Majestad, le aseguraron ambas por separado. La Reina cambió de tema.

— ¿Conoce usted a mi hijo, el heredero al trono, Feng, Maestro? — Su pregunta me tomó por sorpresa. — No, Majestad, pero solo he oído cosas buenas de él; dicen que tiene muchas ganas de aprender — respondí con sinceridad. Ella lo pensó un momento y luego dijo que lo había desterrado de su cama hacía varias semanas. Ya tenía trece años y debería estar durmiendo en su propia cama con su nodriza, le

había dicho. Escuché en silencio. “Siempre dormía conmigo, pero ahora tenía más de 13 años y podía eyacular. Siempre le acariciaba el cuerpo y el pene, pero cada vez que eyaculaba durante mis caricias, me retiraba. Llevaba meses eyaculando cuando le acariciaba el pene; lo masturbaba, y lo hice por él varias veces cuando me lo suplicaba. Pero un día cambió. Se arrodilló ante mí, se frotó y eyaculó sobre mi cuerpo, sobre mi vagina, que antes solo había tocado con timidez e inocencia. No me gustó que ahora se masturbara todas las noches y eyaculara sobre mi vagina a un centímetro de distancia, así que hablé con su nodriza, que obedeció mi orden. — ¿Hice algo mal, querido amo? — No necesité pensarlo, pero fingí — . ¡Permítame responder libremente, Su Majestad! — dije, y ella asintió con la cabeza. “Le conté sobre mi juventud, Su Majestad, y cómo me acosté con mi nodriza e incluso la follé. Pero follarme a mi madre fue algo muy especial. Aunque casi siempre amaba a la yegua cansada en el campo de amapolas, siempre me abrazaba después y me hacía sentir cuánto me amaba, y todavía lo hace. Creo que la costumbre de follar a los hijos es una parte esencial e importante para convertirse en hombre. Las madres lo han hecho durante milenios; no puede estar mal. Cuando veo huérfanos, siento un profundo vacío en sus corazones. ¡No reaccionó correctamente, Su Majestad!” Retiré la cabeza hasta que la cortó.

La reina se sorprendió mucho con mi respuesta. No estaba enfadada ni disgustada, sino simplemente preocupada. Se recompuso y relató su conversación de aquel día con la nodriza de Feng. La nodriza le había permitido hacer lo que quisiera. Él aún no quería tener relaciones sexuales, dijo con desdén; se masturbaba cuatro o cinco veces por noche y prefería eyacular sobre su vulva. Últimamente había empezado a introducir la punta del pene en su vagina para eyacular, pero no, aún no quería tener relaciones sexuales con ella como es debido, aunque ella siempre estaba dispuesta, tal como se le ordenaba. La nodriza obviamente lo despreciaba, concluyó la reina.

Pensé en cómo expresar mis pensamientos, pero luego decidí responder simple y directamente. “¿Sus amantes duermen con usted todas las noches, si se puede saber?” Ella me miró sorprendida, incluso indignada. “¡No tengo amantes regulares, Maestro Tschin! ¡Solo cuando mi señor, el Rey, lo ordena! Llevamos casados 17 años, y en

todo ese tiempo no me ha permitido dormir con él una docena de veces por razones de Estado, tal vez 13 o 14 veces, no más. Obedecí sus órdenes sin cuestionarlas, ¡pero dormir con invitados de Estado siempre fue una porquería!" Entendí, "así que no había nada de malo en que el Sr. Feng durmiera con ella", dije en voz baja. Ella me miró interrogante. — Sí — reuní todo mi valor — , deberías volver con él. Mientras solo se masturbe y eyacule, deberías ser su mejor amiga, su novia comprensiva. Él lo disfruta tanto como tú, piénsalo. Y cuando quiera tener sexo, deberías ser tú, no una solterona que no lo excita en absoluto. Pero tú, eres increíblemente hermosa y deseable. Te has depilado el vello púbico, tu vulva se parece más a la de una niña de 13 años, eso excita a cualquier hombre, sin duda al señor Feng también. Sí, deberías ser tú quien le enseñe a tener sexo, lo amas con todo tu corazón igual que él te ama a ti. Me quedé en silencio y esperé; ella pensó mucho y luego llamó a su hijo Feng para tomar el té.

Era un chico guapo y amable, y bastante nervioso, pues era la primera vez que lo invitaban a tomar el té. Lo tranquilicé preguntándole sobre sus estudios; estaba progresando bien. La reina intervino y explicó que yo era su lector y consejero más cercano, y que quería que estuviera presente para este asunto tan íntimo. Me sentí muy halagado, pero intuí a dónde quería llegar la reina. Feng se encogió de hombros con determinación. ¿Asunto íntimo?

Ella le preguntó sobre dormir, sobre la nodriza. Él me miró de reojo, añadió ella, diciéndole que hablara abierta y libremente. Poco a poco se fue animando. Sí, tenía que eyacular cuatro o cinco veces seguidas, así eran las cosas. Normalmente podía persuadir a una sirvienta para que se levantara la falda y así poder masturbarse frente a su coño. Estaban dispuestas a ser folladas, pero él aún no se atrevía, dijo el chico casi inaudiblemente. "¿Y qué hay de la nodriza?", insistió la reina amablemente. "Sí, ella también siempre quiere follarme, pero la encuentro vieja, fea y repulsiva. Va a los establos todas las tardes para que los mozos de cuadra la follen, lo vi con mis propios ojos", dijo el chico Feng. "Follar parece tan asqueroso y violento, no me atrae en absoluto. ¡La dejo desnuda y con las piernas abiertas frente a mí y me masturbo frente a ella, eyaculando por todos sus feos genitales!" Su madre sonrió y sonrió, "¡Oigo que la penetras para eyacular, hijo mío!", y su sonrisa era encantadora. Él bajó la cabeza.

“Sí, madre, está pasando cada vez más a menudo. Por mucho que la rechace, me atrae igualmente eyacular dentro de su suave coño. Pero no quiero follarla, ella lo quiere brutal y violento, y yo no puedo ni quiero hacerlo.”

La reina lo rodeó con el brazo y lo atrajo hacia sí. “¿Qué piensas? ¿Prefieres dormir conmigo, como antes?” Él asintió, luego dudó. Ella le besó la coronilla. “Está bien, puedes masturbarte tan a menudo como quieras, e incluso puedes eyacular en mi coño, ¡parece que te gusta!” Él me miró con desesperación, luego asintió en silencio. “Pero tenemos que tener mucho cuidado con la eyaculación dentro, ¡porque solo tengo 35 años y no quiero volver a quedar embarazada!” dijo, y le besó la coronilla. Él asintió y sonrió radiante. La reina lo soltó y cambió de tema.

Ahora Feng estaba de vuelta en su cama, informó ella a la hora del té siguiente. Se masturbó, pegado a su cuerpo, y para eyacular, se acostó encima de ella y la penetró profundamente. Feng gimió de placer al entrar en la vagina de la reina por primera vez. “¡Qué maravilloso, qué fino, qué apretado!”, exclamó sorprendido, pero luego guardó silencio y embistió tres veces para eyacular. Dijo que su corazón se regocijó, que lo acarició y besó sin cesar porque lo amaba mucho. Tomó mi mano y sonrió; mi consejo fue bueno y acertado, y por eso me dio las gracias. Dijo que aumentaría mi sueldo, porque Feng probablemente estaría acostado a su lado al mediodía.

Y así sucedió. Feng escuchaba mi lectura subida de tono y comenzaba a masturbarse cada vez que tenía una erección. Observaba a las sirvientas, pero no se inmutaban; permanecían inmóviles como estatuas. Continué leyendo; por lo general, él montaba a la reina tres veces, la penetraba con reverencia y eyaculaba dentro de ella, luego ella comenzaba a masturbarse. La lectura ahora duraba un poco más.

El rey me llamó a tomar el té. Había extendido el mapa sobre la mesa y estaba consultando con la reina. Ella sabía incluso menos de guerra que yo; yo había leído una docena de libros sobre el tema, pero no era soldado, le dije al rey. Él simplemente asintió. Vio un ejército que avanzaba desde el norte y solo tenía una vaga idea. Había un campo de batalla tradicional, donde se libraban batallas cada pocas

décadas. Pero ahora se acercaba un ejército, el más grande jamás visto. Dijo que eran mucho menos numerosos y que perdería el reino. No estuve de acuerdo. No podía imaginarme viviendo bajo el reinado de un rey extranjero. ¿No podía ayudar el emperador Teng? No, dijo mi rey, estaba completamente enfrascado en un conflicto con los Wu-Dan-Shan y no tenía ejército disponible.

Estudié el mapa, temblando de desesperación. Mi dedo trazó un camino hacia abajo, hacia el extremo sur del reino. Una idea desesperada. «Dividiremos nuestro ejército en dos y los esconderemos en las colinas boscosas de la izquierda y en los bosques abiertos a lo largo del río de la derecha. En lugar de enfrentarlos en las llanuras como antes, los atraeremos hacia el sur con pequeñas fintas. Tendrán que abandonar su formación de batalla y pasar a duras penas por el cuello de botella. ¡Esta es nuestra oportunidad!». El rey miró fijamente el mapa. «¡Hemos evitado la zona porque es pantanosa!». Pero lo pensó. «El pantano nos causará problemas, pero también les causará problemas a ellos. Y ellos se quedarán atascados con sus pesados carros, no nosotros; solo tendremos que lidiar con los pantanos». El rey me miró fijamente durante un largo rato. «¿No estarás pensando en servir como general, verdad?». Hubo un silencio, luego no pude contenerme más y estallé en carcajadas. — ¡Servir a la reina ya es bastante duro, Su Majestad! — exclamé. Él nos miró alternativamente a ella y a mí y preguntó con incredulidad: — ¿Acaso sirves entre sus lomos? — Me detuve en seco y sentí el frío acero del verdugo contra mi nuca. La reina lo miró con benevolencia. — Primero, lucha contra el ejército enemigo, mi señor y amo; ¡ya hablaremos del resto después!

Los generales del rey perfeccionaron su idea y, en poco tiempo, pusieron al ejército enemigo en una situación difícil. Hundidos hasta las rodillas en el pantano, pronto estuvieron listos para negociar.

La reina se tomó su tiempo para seducir a Feng, pero lo logró. Ni yo ni las criadas nos inmutamos. No había tenido muchos amantes, pero era evidente que era muy buena en la cama. La vi tener sexo por primera vez y quedé instantáneamente cautivado. Esa es la verdad, y me abrumó por completo. Solo me había enamorado una vez antes, y me recompuse. Ahora pertenecía a Feng, por no hablar del rey. Leí

en voz alta con concentración, pero los observé a los dos teniendo sexo al mediodía. Feng era un joven capaz; pronto follaba como un profesional. Mantuve las manos en mi regazo para que mi erección no llamara la atención. Las criadas permanecían inmóviles como estatuas, pero nada escapaba a su atención. Cuando quise irme a casa por la noche, me interceptaron. Justo antes de que mi pene explotara, me relajaron. Una me folló, la otra se rió, luego cambiaron. No estaba orgulloso de mí mismo, pero estaba profundamente relajado.

En cuanto Feng cumplió 15 años, su padre, el rey, lo alistó en el ejército. Para el futuro rey, era imprescindible. De un día para otro, la reina se quedó sin nadie que la complaciera sexualmente al mediodía y por la noche. El rey solo la complacía ocasionalmente, cada pocos meses, y había que admitir, por desgracia, que no era un buen amante. Los dos se amaban con todo su corazón, pero debían aceptar que él solo tenía éxito con chicas muy jóvenes. Ella tenía treinta y tantos años, así que ya no era jovencita. El rey ya creía que yo era su amante secreto, y aún no me había mandado decapitar. La reina ahora se masturbaba como loca durante su descanso para comer, pero era demasiado solitario para ella, este pequeño vicio. ¿Me sonreían las criadas con picardía, o solo lo parecía?

No tuve que esperar mucho. Primero, la reina me pidió que me sentara a su lado en su diván, y una cosa llevó a la otra. Feng ni siquiera llevaba diez días en el ejército cuando yo ya estaba follando con su madre al mediodía y luego leyendo sus obras picantes hasta que ella estuviera lista para follar de nuevo. La reina era delgada y esbelta como una niña de trece o catorce años, con curvas femeninas, sus pechos parecían virginales y no tenía vello púbico que depilar. Su coño también parecía juvenil, su pequeño clítoris bien escondido. Era tan maravilloso follar con ella; su coño era apretado, cálido y suave como la seda. Se adaptó completamente natural a nuestro ritmo compartido, entregándose por completo a su excitación y llegando al orgasmo cada vez más a menudo antes de que yo me corriera dentro de ella. Feng tenía que sacar su pene para eyacular ciertos días, pero ella me dejaba correr dentro de ella sin miedo. Siempre.

Todas las noches me invitaban a cenar con el rey, y ella no lo ocultaba. Después, seguíamos teniendo relaciones sexuales, y yo no vol-

vía a casa hasta altas horas de la noche. El rey sonreía para sí mismo; siempre lo había sabido.

Durante los tres años siguientes, fui amante de la reina. Una noche, después de cenar, los reyes enfermaron. Vomité durante tres días seguidos, hasta que mi salud se estabilizó. Los tres habíamos sido envenenados; no cabía duda. Me estrujé el cerebro, pero, por desgracia, solo había leído superficialmente sobre medicina y venenos. Había guardado un pequeño recipiente con mi vómito, así que corrí a la biblioteca real y busqué el libro sobre venenos. Los reyes se estaban muriendo; no había tiempo que perder. Consulté al mejor médico y realizamos las pruebas más inusuales, ya que las habituales no habían dado resultado. Esa noche, tuvimos un gran avance: era la genciana plateada. Inmediatamente preparé la infusión recomendada, la bebí primero y, cuando me sentí mejor, les di un poco a los reyes. Aun así, pasaron semanas antes de que pudiera respirar tranquilo. El rey, todavía postrado en cama, convocó a sus cuatro mejores detectives. Quería saber de inmediato quién conspiraba contra él y la familia real. — Debo estar presente durante la investigación — ordenó el rey — . Y prepárenme una habitación; seré su huésped durante la investigación. El rey, aún en la cama, me detuvo por la manga mientras los demás se marchaban. Me arrodillé para que pudiera susurrarme al oído.

— Aparte del informe médico, ¿cómo está ella? — preguntó, respirando con dificultad. Le dije la verdad. — La Reina ha sido la más afectada, Su Majestad — dije en voz baja — , pero tengo la impresión de que está respondiendo bien al antídoto. Duerme veinte horas al día, lo cual es buena señal. Estoy bastante segura de que estará fuera de peligro en unos días, una semana quizás. — Asintió y cerró los ojos — . He preparado la habitación contigua a la suya para que pueda verla cuando quiera a través de la puerta mosquitera, se lo ruego. ¡Le tengo mucho cariño! — Hablar le costaba. — Me he recuperado bastante rápido — dije — , y por supuesto que la veré constantemente, ¡y también a usted, Su Majestad! Podrá sentarse en tres días y ponerse de pie en cinco, Su Majestad, estoy segura, aunque no sea médica. — Sonrió con los ojos cerrados. — Al menos has trabajado mejor y más rápido que mis médicos, Maestro, ¡eso es cierto! — susurró. Tosió y le sequé el sudor de la frente — . Estoy muy apegado a ella —

susurró — . Tengo más de sesenta años, soy un viejo que solo puede satisfacerse con vírgenes muy jóvenes. Sin embargo, la amo como a ninguna otra. Y me alegra mucho que seas su amante y un hombre de gran valía. ¡Gracias, Maestro Tschin! No me sentí avergonzado; no era nada nuevo para él, y llevaba años contando con su aprobación tácita. — Soy consciente del peso de la responsabilidad que recae sobre mis hombros, ¡y jamás te defraudaré! — Apretó mi mano.

"Estoy muy preocupado, pues no tengo enemigos — o mejor dicho, tengo un millón — , pero ninguno a quien sospeche de haber llevado a cabo este ataque. Hasta ahora estaba seguro de que el tratado de paz tras la última guerra se mantendría, pero quizás me equivoque. Investíguenlo de todos modos. Igualmente, la corte... ¡No puedo haber enfadado tanto a nadie allí, pero investiguen! Tengo muchos descontentos conmigo, pero hasta ahora creía no haber enfadado tanto a ninguno. Así que no escuchen a su rey; les contaría todas mis sospechas. ¡Interroga, tortúrenlo! ¡Pero encuentren al culpable!" Todavía estaba bastante inestable sobre mis pies, pero me incliné hasta el suelo.

Lo primero que ordenó un detective fue duplicar, incluso triplicar, la seguridad del rey y la reina. Parecía lo correcto. Los detectives se dividieron. Tenían que interrogar a los espías extranjeros, perseguir a los asesinos profesionales y recabar información de los partidos de la oposición.

Interrogaron a cientos de personas, siguieron todas las pistas. El detective que seguía la pista de la genciana plateada avanzaba poco a poco, y yo lo seguí, pues parecía el enfoque más prometedor. Solo había tres farmacéuticos en la zona que vendían la genciana. Los interrogaron hasta que nombraron a todos los que la habían recibido. Todos fueron detenidos y sometidos a los interrogatorios más duros, pero sin éxito. La búsqueda se amplió, retrocediendo 10, luego 15 años. Pero nada, absolutamente nada. Repetí las pruebas una y otra vez, pero era genciana plateada al 100%, sin lugar a dudas.

Pero ¿por qué no habíamos muerto?

Un pensamiento, una imagen, me despertó de golpe. La reina se giró de lado cuando me levanté. Me senté durante horas en el tocador de la reina. A primera hora de la mañana, hice arrestar de nuevo a todos los recolectores de hierbas. La genciana plateada crecía solo en el Tíbet, un estado sacerdotal que controlaba estrictamente su exportación. Era el mejor remedio para las úlceras estomacales y se administraba solo en dosis minúsculas. Los registros se revisaron minuciosamente una vez más; todos debían justificar cada gramo. Pero no faltaba ni un solo gramo. La planta se trituraba en el Tíbet y se vendía al peso. No faltaba ni un solo gramo. Tuvimos que dejarlos ir a todos de nuevo.

Pero, ¿por qué seguíamos todos vivos?

Dormí muy intranquilo, aunque la reina enferma y cansada me había hecho follarla hasta que estuve completamente exhausto. La solución era obvia, pero no estaba en mi lengua. Soñé que era un niño pequeño, un anciano me llevaba de la mano. Sonrió asquerosamente. “¡Estás buscando a un anciano y a una niña! ¡No a los dos, ¿verdad?!” Desperté sobresaltado del sueño otra vez. Me quedé sentado hasta la mañana y corrí de vuelta con los detectives. Todos los boticarios y herbolarios fueron traídos de nuevo. Les preguntamos quién faltaba. ¿Qué boticario anterior, qué herbolario faltaba? Siguieron horas de conjeturas. Entonces llegó el avance.

Solo un herbolario se atrevió a hablar. Long Qin, el hermano mayor del rey, había estado en una expedición al Tíbet hacía mucho tiempo. De joven, había traído consigo muchas plantas especiales del Tíbet; habían pasado treinta años. Toda la familia del rey y la reina había sido interrogada sobre quién podría estar tras el rey. Todos y nadie, en resumen. Insistí en llamar al hermano e interrogarlo. Sabían lo que buscaban. Vendría con nosotros de inmediato, les dijo a los investigadores; solo quería terminar su taza de té ceremonial. Preparó su té mientras nuestros hombres esperaban afuera. Lo sirvió con cuidado y luego bebió una taza y luego la segunda, inclinándose humildemente ante el altar familiar. Cayó muerto a los pocos minutos. El té contenía una gran cantidad de acónito, una gran cantidad de genciana plateada, y también se encontraron otros venenos en su casa.

Todo salió a la luz. El genciano había perdido gran parte de su fuerza y, tras treinta años, su hermano también había perdido la razón. «¡No!», exclamó el rey, completamente devastado por la noticia, «¡su propio hermano!». El padre había previsto la inutilidad de su hermano y le había negado el trono. Treinta años después, perdió la razón, se apoderó del trono e intentó materializar su delirio mediante el fratricidio. Aun así, el rey guardó luto. El cocinero sobornado, a quien los detectives habían identificado, fue decapitado.

Por deseo expreso del Rey, permanecí en el palacio, en la habitación contigua a la de mi Reina, como lector de la Reina al mediodía.

• • •

Ellis Verano Caliente

von Jack Faber © 2023

Elli dudó mucho antes de aceptar. Una pariente lejana, una prima cuarta que vivía en provincias, le pidió que acogiera a sus dos hijos durante el verano. Los gemelos de 19 años, Andi y Bert, planeaban estudiar en la capital y ya tenían plaza en una residencia de estudiantes a partir del 1 de octubre. Como habían acordado, trajeron un sofá cama, que colocaron en el salón. Todos sudaban bajo el implacable calor de junio; Elli había preparado un refrigerio frío para la cena. Todas las ventanas y puertas estaban abiertas, y agradecían cada brisa refrescante.

Elli se sentó en la encimera de la cocina y observó a los gemelos mientras se duchaban. La ducha se había instalado en la cocina-sala hacía mucho tiempo y estaba abierta a la sala. Los gemelos eran chicos bien formados, delgados y atléticos. Elli examinó sus penes con atención; habían sido circuncidados por insistencia de su anciano bisabuelo, un judío que había sobrevivido a cinco campos de concentración. Elli recordaba vagamente las acaloradas discusiones en las provincias, en las que no había intervenido. Los gemelos tenían penes hermosos y de aspecto fuerte, lisos y rectos, con un precioso glande rojo y puntiagudo. Estaba segura de que ya se habían acostado con unas cuantas bellezas del pueblo. Les preguntaría al respecto algún día, algún día, tal vez.

Les entregó una toalla y les dijo que aún quedaba postre y limonada helada en la mesa de la cocina. Elli había heredado de tres tías y podía permitirse algún que otro lujo. Los dos se sentaron a la mesa y ella entró en la ducha. Tenía 68 años y estaba muy delgada, casi demacrada. Sus pechos, antaño hermosos y llenos, eran ahora sacos vacíos que colgaban tristemente. El vello púbico se le había caído casi por completo, haciendo que sus labios vaginales y su hendidura parecieran más grandes y prominentes. Nunca había tenido problemas con la desnudez; había posado desnuda innumerables veces para fotógrafos, pintores y escultores, y siempre había disfrutado siendo filmada durante el sexo, la masturbación y el coito, a menudo de una

manera muy exhibicionista. Para ella, el exhibicionismo no era patológico; simplemente era parte de su naturaleza y algo que disfrutaba. Así que no lo pensó dos veces cuando los chicos la observaron con curiosidad. Finalmente, como hacía todas las noches, se puso en cuclillas sobre la alcachofa de la ducha, dirigiendo el fuerte chorro hacia su vulva. Esto la estimulaba además del suave roce de su clítoris. Disfrutaba de esto cada noche para prepararse para la masturbación final en la cama. Se frotó suavemente el clítoris durante unos minutos bajo el fuerte chorro de agua hasta que sus piernas comenzaron a temblar de excitación. Eso fue todo; se secó rápidamente y se puso un camisón corto, la única prenda adecuada que aún tenía, ya que solía estar desnuda en verano porque vivía sola. Suspiró, porque ya no podía mantener la maravillosa excitación sexual que normalmente la acompañaba desde la ducha hasta la cama. Se sentó con los dos jóvenes desnudos y charlaron durante más de una hora. Miró sus penes con cierto placer, porque le resultaba fácil imaginar follándolos. Eran lisos y delgados, y aún no tan brutalmente gruesos como los penes de algunos hombres. Los chicos mantuvieron sus erecciones, a veces acariciando casualmente sus penes y el glande delgado y afilado. Los encontró a ambos muy agradables; habían llegado a la capital con los ojos bien abiertos y curiosos. Luego se fueron a la cama.

Observó a través de la puerta abierta cómo sus dos pupilos se iban a la cama y luego esperó mucho tiempo antes de comenzar a masturbarse, como hacía todas las noches. Su habitación estaba bañada por una luz tenue y brillante de las farolas, y aún hacía un calor sofocante. Se colocó en posición, dobló las piernas hacia la izquierda y la derecha, y acarició su clítoris con mucha suavidad hasta que, después de unos minutos, se sintió maravillosamente excitada. Entonces retrajo completamente el prepucio sobre su clítoris y presionó la piel circundante para que la punta del clítoris, el botón sensible, sobresaliera unos milímetros. Elli cerró los ojos para fantasear y esparció saliva sobre el botón. Comenzó muy despacio, como siempre, y solo aumentó la intensidad después de varios minutos cuando estaba profundamente inmersa en su ensoñación. Su madre estaba en el hospital con un grave problema abdominal, y ella se despertó en la noche. Su padre gemía y se quejaba lastimeramente, y ella corrió, alarmada, a su habitación. Se frotó el pene y se detuvo inmediatamente cuando ella irrumpió. “No funciona”, se quejó, y ella suspiró aliviada; no era

nada alarmante. Se acurrucó junto a él y le tocó el pene con ternura. "¡No funciona!", gimió él. Ella supo que casi nunca se masturbaba. En los últimos meses, cuando su madre no podía tener relaciones sexuales por el dolor, siempre le había practicado sexo oral. "Nunca me ha gustado, es asqueroso", dijo Elli, estremeciéndose. "¡El sexo es mucho mejor!". Ahora tenía que contarle todo a su padre: que llevaba más de un año teniendo relaciones sexuales con chicos y hombres. ¡Principalmente chicos, a veces hombres adultos, por supuesto! Nada de masturbación manual ni sexo oral; prefería mucho más el sexo. Él se sorprendió mucho porque no lo sabía, pero ella tenía casi 16 años, y eso no era inusual, dijo. Y estaba seduciendo a su padre porque ahora les parecía lo correcto a ambos. Abrió los ojos de par en par cuando Elli se sentó a horcajadas sobre su pene y lo introdujo profundamente. "¡No podemos hacer esto!" gimió, cerrando los ojos. "¡Todos nos vamos a ir al infierno!" Ella se rió de él y comenzó a cabalgarlo. Estaba muy sorprendida porque su pene era mucho más pequeño de lo que recordaba. Puso una mano sobre sus labios; no quería oír más sobre el infierno ni sobre la pobre madre a la que estaba traicionando. Él solo se resistió al principio, atormentado por una conciencia culpable, pero no dejó que eso le impidiera retirarse al final para eyacular. Ella lo frotó hasta que se corrió y lo dejó eyacular sobre su coño o su estómago. Follaban todas las noches, y tenían el permiso de su madre. Su padre le había confesado todo a su madre con detalle, llorando y temblando de sollozos. Ella lo calmó y luego habló con Elli en privado. La madre no sabía que su hijo de 16 años ya no era virgen y que ya había sido follado docenas de veces. Elli le contó todo sin reservas, incluyendo lo mucho que había sentido lástima por su pobre padre. La madre, de hecho, estaba agradecida y no tenía objeción a que Elli siguiera acostándose con su padre. Todavía se estaba recuperando de una cirugía abdominal y no podría tener relaciones sexuales durante las próximas semanas o meses. Elli se sintió muy aliviada y le prometió a su madre que seguiría acostándose con su padre. La madre se quedó tumbada tranquilamente junto a ellas y la acarició con cariño. Cuando la madre pudo volver a tener relaciones sexuales después de unos meses, Elli ya no acudió a su padre. El hermoso recuerdo ahora la inundó de deseo; estaba llegando a la recta final. Elli se frotó el clítoris deliberada y firmemente hasta que tuvo un orgasmo, su pelvis se sacudió dos o tres veces y sus piernas temblaron. Dejó que el orgasmo disminuyera lentamente, y

cuando el temblor cesó, abrió los ojos. Uno de los dos hombres estaba sentado justo a su lado en la cama, con la mano sobre su pene erecto. Instintivamente cerró las piernas y lo miró. Hubo un largo silencio. Recordaba vagamente que él se había sentado a su lado en algún momento, pero solo lo había registrado de forma subconsciente.

— Tía Elli — comenzó en voz baja — , lo siento, pero me desperté y lo vi todo. ¿No preferirías acostarte conmigo? He tenido sexo muchas veces y soy bastante bueno en ello. Tuvo que esperar un buen rato su respuesta, porque estaba realmente sorprendida. Se había aislado por completo de su entorno y vivía sola; no había tenido sexo en al menos cinco años. Negó con la cabeza con firmeza. — ¡No, en absoluto! Soy demasiado vieja y fea. No he tenido sexo en siglos, y me basta con darme un orgasmo. Ahí lo tenía todo dicho; eso le quedó claro.

Andi — ¿o era Bert? — no se dejó disuadir tan fácilmente. Se agarró el pene y susurró: «Tengo muchas ganas de sexo ahora mismo», mientras su mano se deslizaba por la parte interna de sus muslos hasta posarse en su hendidura. «Llevo días sin sexo y estoy increíblemente cachondo. Y no eres nada fea, tía. Me he acostado con mujeres mucho mayores en nuestro pueblo, ancianas. Cuando de verdad lo necesitas, la edad no importa». Elli negó con la cabeza con firmeza. «¡No! Soy demasiado vieja para el sexo, y no lo he necesitado en al menos 15 años». Aquello era una exageración descarada, ¡pero no quería acostarse con un jovencito así, ni en sueños! Él no se rindió. "Te observé en la ducha, mientras te frotabas, y creo que tu coño no es ni viejo ni feo." Sus dedos exploraron su coño con curiosidad. "¿Y qué encontraste con todas tus viejas esposas?", lo provocó ella. "Todas las viejas tienen vaginas muy estrechas, como las de las chicas muy jóvenes." Él pensó un momento mientras ella decía: "Exacto, y a algunas viejas ya no les gusta tener sexo por eso, como a mí." "¡Tengo un coño tan estrecho que ni un lápiz cabe!" Inesperadamente, se arrastró sobre ella, su pene duro presionando contra su abertura vaginal. Instintivamente, ella tensó sus músculos vaginales. "Tengo que intentarlo", balbuceó, intentando penetrarla, pero no pudo entrar ni un centímetro. Probablemente forcejeó en vano durante varios minutos en su abertura vaginal, y Elli consideró si debía dejar que continuara follándola y eyaculara dentro de ella, pero descartó la idea de inmediato. Lo apartó indignada. "¡Oye, ¿qué crees que estás hacien-

do? ¿Violarme, penetrarme brutalmente por la fuerza?!" gritó, dándole un ligero puñetazo en el pecho.

Se quedó cabizbajo y murmuró que, por supuesto, no había querido violarla; solo quería tener sexo. Pero, al parecer, su pene era demasiado grande y no entraba. Ella gruñó: "¡Ya te dije que no he tenido sexo en siglos, en 20 años! ¡Estoy demasiado estrecha!". Se calmó y sonrió: "¿De verdad estás desesperado ahora? ¿Tienes que correrte sí o sí?". Él asintió, casi desesperado. Ella miró su mano y su pene. "Tendrás que hacerlo tú mismo con el puño", añadió. Él negó con la cabeza lentamente: "Hace años que no lo hago, no me gusta nada". Sin dudarlo, preguntó: "Pero tus amigas, a veces lo hacen por ti con los puños cuando no quieren o no pueden tener sexo". Se sintió incómoda porque su mano volvía a tocar su vulva y la apartó con fuerza. Levantó la almohada y se incorporó. Él asintió pensativo. "Sí, a veces lo hacen. ¿Lo harías tú también por mí?". Lo pensó un buen rato. ¿Por qué no, en efecto? Asintió. "De acuerdo", y extendió la mano hacia su pene. Él echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos mientras ella lo masturbaba.

Unos minutos después, su hermano entró en la habitación, comprendió la situación de inmediato y sonrió con picardía. "¿Por qué no la follas?", preguntó, aún sonriendo. Ella se había detenido en ese mismo instante. "No le gusta follar, no ha tenido sexo en 15 años y no lo necesita, la masturbación le basta. Está demasiado estrecha, él no puede entrar, ¡lo he intentado!". El hermano asintió y se sentó junto a su gemela. "¡Pero quiero correr después, tía Elli!", dijo alegremente. Ella no respondió; continuó acariciándolo y, después de unos minutos, ya estaba en la recta final. Momentos después, el primero eyaculó sobre su mano, y ella continuó acariciándolo, disminuyendo la velocidad, hasta que terminó. La masturbación primero la había confundido y luego la había excitado sexualmente; ahora los hermanos habían cambiado de lugar. Ella estaba masturbando al segundo, y el otro le palpó la vulva e inmediatamente encontró su clítoris. Su propia excitación aumentó al instante, porque el chico sabía lo que hacía. Buscó su clítoris con la mano equivocada. «Maldita sea, ahora lo necesito yo también», jadeó, y se frotó el clítoris como él, pero no era la mano correcta y tuvo que parar. Se recompuso y le masturbó el pene; él eyaculó al poco tiempo, y ahora ella se masturbaba, estaba en

la recta final. El orgasmo la hizo estremecerse brevemente, sus piernas temblaron ligeramente. Los tres sonrieron, y luego los dos se durmieron.

En la penumbra del sueño, su vida pasó lentamente ante sus ojos. *Había crecido completamente normal y de clase media; había aprendido a masturbarse con sus amigas a los nueve años y quedó enganchada al instante. A los once, aprendió a hacer felaciones a chicos, y a los catorce, posó para un fotógrafo por primera vez para fotos eróticas desnuda. Ser modelo desnuda la enloqueció, y sedujo al pobre fotógrafo gay. Él la desfloró y la folló varias veces seguidas, usando todos los trucos del libro. Le encantaba follar. A los dieciséis, se acostó voluntariamente con su padre durante unos meses hasta que su madre se recuperó. Luego se acostó con cualquiera que no se resistiera. A los diecinueve, se casó impulsivamente con un escultor salvaje y tosco, y el matrimonio fue un desastre. Su marido resultó ser un psicópata que la golpeaba y abusaba de ella porque sospechaba que le era infiel. Fue a urgencias varias veces y también a la policía, pero no la tomaron en serio. Un día, la apuñaló con un cuchillo de cocina; Ella fue hospitalizada y él fue sentenciado a cinco años de prisión. Ella se divorció de él inmediatamente. Ella aprovechó al máximo este tiempo, acostándose con cientos de hombres, posando desnuda por una miseria y, por más dinero, teniendo sexo y masturbándose frente a la cámara. Le encantaba posar y no veía nada malo en masturbarse y tener sexo frente a la cámara. No era una de esas modelos reservadas y castas y tenía sexo sin inhibiciones con directores, camarógrafos y todo el equipo. Ganaba buen dinero haciendo esto y conoció a Robert, quien no solo quería filmarla sino también casarse con ella. Él era una pareja maravillosa; se comprometieron y ella quedó embarazada. Querían casarse antes de que naciera el bebé. Pero le informaron de la liberación de su exmarido con una fecha equivocada. Él fue liberado un mes antes, la investigó, interrogó a vecinos desprevenidos y estaba furioso. ¡Estaba embarazada! ¡Comprometida! ¡Y a punto de casarse! Él no pudo soportarlo. La atacó en su propio apartamento, la apuñaló una docena de veces y la dejó, dándola por muerta, tendida en su propia*

sangre. Con sus últimas fuerzas, pidió ayuda. Fue operada, el bebé nació muerto y los médicos dijeron que nunca más podría tener hijos. Robert se sentó a su lado y ella rompió el compromiso. No quería volver a casarse; no podía formar una familia y, en su dolor, desesperación e ira, lo rechazó. Se arrepintió de este error el resto de su vida. Robert la dejó con el corazón roto y rápidamente se casó con otra mujer. Su exmarido fue condenado a cadena perpetua, lo que significaba que saldría en libertad tras 15 años. Pero incluso en prisión, era un alborotador y un matón. Cuando violó brutalmente e hirió a la enfermera, que gozaba de gran popularidad, perdió a sus últimos partidarios. Una mañana lo encontraron ahorcado en su celda; el certificado de defunción indicaba suicidio y el caso nunca se investigó más a fondo. Tres de sus tías murieron en rápida sucesión, dejándole suficiente dinero como para no tener que modelar ni tener sexo frente a la cámara con tanta urgencia y poder vivir con modesta comodidad. Pero aún necesitaba el exhibicionismo, las fotos desnuda, la masturbación y el sexo frente a la cámara. El lesbianismo se estaba poniendo de moda; ella se esforzó y se dejó llevar por todo. Abrazar y besar a las chicas le producía un placer inmenso, al igual que masturbarse o ser masturbada por ellas. También las lamía y dejaba que la lamieran a ella, pero lo encontraba tan repulsivo y asqueroso como las felaciones o el sexo anal. Cada vez con más frecuencia se negaba o era rechazada; después de todo, ya no era tan joven, y las cicatrices de su estómago debían ocultarse con mucho cuidado cada vez. Sin pensarlo dos veces, se entregó al sexo sin restricciones y se acostó con aún más hombres que nunca: cientos. Prefería tener sexo frente a cámaras amateur; la dejaban hacer lo que quisiera y no interferían. A mediados de sus cincuenta, notó que su vagina se estaba encogiendo. Su ginecólogo le dijo que era normal para su edad y que no podía hacer nada al respecto. Cada vez tenía más que renunciar al sexo con hombres con penes grandes o soportar dolor, pero el sexo con hombres con penes pequeños era un completo desastre. Hace once años, renunció al sexo por completo, se aisló cada vez más de la sociedad y se contentó con la masturbación diaria. Leía periódicos y libros, hacía crucigramas y veía un poco la televisión. Había coleccionado todas las

películas en las que tenía sexo y se masturbaba, y las veía una y otra vez. Una vez a la semana, iba de compras y luego a una cafetería. A veces tomaba su café sola, pero casi siempre con conocidos o completos desconocidos; eso era suficiente interacción social para ella.

Elli pasó el día siguiendo su rutina habitual; los chicos estuvieron fuera todo el día. Cenar, ducharse y charlar un buen rato antes de acostarse era lo normal. Los chicos esperaron pacientemente junto a su cama hasta que terminó de masturbarse y abrió los ojos. No le sorprendió en absoluto, los dejó sentarse a su lado y se masturbó uno tras otro. Claro que intentó masturbarlos a los dos a la vez, pero no funcionó. Normalmente, uno de ellos — ¿Andi o Bert? — jugaba con su clítoris, y ella terminaba masturbándose de nuevo si se excitaba.

La mayoría de las veces, sin embargo, el chico con el que aún no se había masturbado la excitaba tanto con sus caricias en el clítoris que, tras el primer orgasmo, jadeaba, deseándolo con urgencia. Abría las piernas mientras se masturbaba, y el chico se arrodillaba entre ellas. Se masturbaba rápidamente y eyaculaba sobre sus dedos, su clítoris y su vulva. Ella seguía masturbándose, imperturbable, en el fluido resbaladizo hasta que llegaba al orgasmo. Esto se repitió durante aproximadamente una semana, y todos estaban satisfechos.

Entonces el primero ya no quiso usar su puño y descaradamente se tumbó encima de ella. Elli apretó sus piernas y puso una mano en su coño. Él quería follar a toda costa, sin embargo, y embistió arriba y abajo. Ella apretó su polla entre sus muslos internos, y él la folló allí. Ella mantuvo su mano firmemente presionada contra su vulva y no lo dejó penetrar. El chico la folló, su polla encajada entre sus muslos internos, su glande golpeando contra su mano y su vulva. Eyaculó sobre su mano, sus labios y su vulva. El segundo hizo exactamente lo mismo, hundiéndose profundamente en el fluido resbaladizo y follándola rápidamente entre sus muslos internos. Ella se excitó mucho de nuevo con los golpes, pero no quiso quitar su mano y dejar que eyaculara sobre su vulva.

Esto se prolongó durante varios días; poco a poco se atrevió a masturbarse. La punta de su pene golpeaba contra sus dedos, su clí-

toris y su vulva. Pero él no lograba penetrarla y solo eyaculaba fuera. Ella aflojó las piernas para masturbarse con mayor facilidad, y la punta de su pene golpeaba contra su abertura vaginal, donde él eyaculó, y diez minutos después, su hermano también. Ella tuvo un orgasmo con ambos y luego quedó muy cansada, completamente agotada.

Esto continuó durante varios días; ella dejó que los hombres la follaran y eyacularan dentro de ella, uno tras otro. Ya no sostenía su mano protectoramente sobre su vulva; abrió bien las piernas y dejó que los chicos la follaran y eyacularan dentro de ella. Se masturbaba cada vez y siempre quedaba exhausta después. Abrió bien las piernas y dejó que la follaran y eyacularan dentro de ella; ahora uno u otro podía penetrar con la punta de su glande. Su vagina estaba completamente tensa; él no podía ir más profundo, pero ella lo sentía perfectamente cuando él eyaculaba dentro. Era un recordatorio de hermosos tiempos pasados. Durante días, ellos golpearon contra su abertura vaginal, penetrando con la punta de su glande cuando eyaculaban. Ella intentó relajar su vagina tensa, pero simplemente no era posible. El segundo siempre tenía ventaja porque su vagina estaba húmeda por la eyaculación anterior, y él podía penetrar un milímetro más en el fluido resbaladizo. Cada día los chicos penetraban un poco más, y un día, cuando su coño estaba empapado y resbaladizo, el segundo la penetró por completo, con fuerza y profundidad. Sintió un breve dolor y gimió suavemente, pero cuando estuvo completamente dentro, se detuvo, sobresaltado y confundido. Ella, por supuesto, había dejado de masturbarse de inmediato, estaba muy asustada. ¡Realmente la había penetrado!

"Uf", le dijo a su hermano, "¡está tan apretada! ¡Increíble!" Y su hermano quiso saber, "¿Como Rita, la pequeña Gangmüller?" Pero el pionero negó con la cabeza, "No, como la vieja Emma de Burger, ¡así de apretada está!" En el largo silencio, el pionero preguntó muy bajo, "Elli, ¿puedo?" Ella asintió, aunque estaba avergonzada por alguna razón, se cubrió los ojos con el antebrazo y abrió las piernas voluntariamente. Él comenzó a follarla y tuvo que follarla durante mucho tiempo, luego eyaculó con fuertes embestidas. Esperó hasta que su pene se ablandó y lo sacó. Elli sintió dolor en su vagina, pero no fue tan malo como antes. Sintió que la excitación aumentaba lentamente

durante el coito, pero no llegó al orgasmo. Su hermano tomó su lugar. "¡Elli, yo también quiero!" Ella asintió con una sonrisa cansada, como era de esperar. Él penetró el jugo resbaladizo de su hermano con mucho cuidado y lentamente; funcionó, pero solo con dificultad. Puso los ojos en blanco. "¡Está incluso más apretada que la vieja Emma!", exclamó, y luego empezó a follar. Le llevó mucho más tiempo que a su hermano, y no eyaculó tanto como la primera vez. Elli dejó que su excitación aumentara de nuevo durante el sexo y empezó a masturbarse. Luego, los dos se sentaron a la izquierda y a la derecha de Elli y la observaron hasta que terminó de masturbarse.

— ¿Y qué pasa con esta Emma? — preguntó Elli con una sonrisa — . ¿Qué era ella? Los dos explicaron que, por supuesto, se habían acostado con todas las mujeres mayores de 60 y 70 años de toda la zona, ya que la mayoría de las jóvenes tenían pareja o estaban recién casadas. También se habían acostado con todas las menores de 60 que querían participar, pero no eran muchas. En cambio, había muchas ancianas y muy ancianas dispuestas a acostarse con ellas de inmediato y con mucho entusiasmo. Sorprendentemente, eran precisamente las mujeres más intolerantes y piadosas las que clamaban por los jóvenes. Ellas y sus amigas coincidían en que la vieja Emma tenía la vagina más estrecha, incluso más que la hija del pequeño Gangmüller, Rita, a quien muchos consideraban la más estrecha.

Elli se rió y dijo: "¿Así que ustedes tienen una competencia para ver quién tiene la vagina más estrecha?". Los dos asintieron algo avergonzados, entonces Andi — ¿Andi o Bert? — dijo: "Bueno, calificamos a las chicas, sin mala intención. Por ejemplo, ¿qué chica hace la mejor paja, la mejor mamada, la mejor follada, la follada más larga, cuál se masturba más veces seguidas? Y así sucesivamente. No lo anotamos y olvidamos la mayor parte al día siguiente. No tiene nada de malo". Elli asintió, porque lo entendió.

Cuando Elli preguntó si también habían tenido sexo con sus hermanas, las dos intercambiaron miradas. Entonces Andi dijo que había sido su madre quien les había enseñado sobre sexo. Se lo había explicado cuando, un domingo por la mañana, como hacía todos los domingos por la mañana, les permitía estar en su gran cama matrimonial y acurrucarse con ella desnudas. Esto sucedía todos los do-

mingos por la mañana después de que su padre saliera a tomar algo. Ella les mostraba todo, demostrando con una sonrisa la masturbación femenina, y cuando las dos no dejaban de rogar, les permitía tener sexo como es debido, una tras otra. Sobre todo los domingos por la mañana, mientras su padre estaba fuera bebiendo, durante un año y medio. Pero un día, su padre las pilló en el acto y les dio una fuerte bofetada en la cara. Solo entonces las chicas de 14 años irrumpieron en la habitación de las niñas y tuvieron sexo con sus hermanas, y más tarde con todas sus primas. Al principio, las hermanas fingieron estar terriblemente indignadas, pero hacía tiempo que habían perdido la virginidad y lo disfrutaban en secreto. Y los primos no necesitaban una invitación especial, porque en cuanto se corrió la voz sobre las hermanas, se quedaban a dormir en sus casas con mucho entusiasmo. El parentesco en sí no era interesante, sino las oportunidades que ofrecía. Bert bajó la mirada: «Fue genial con las embarazadas. La mayoría no quería, solo unas pocas. Pero eran las mejores en la cama», concluyó Bert.

Elli habló un poco sobre su vida amorosa y cómo su vagina había cambiado y se había estrechado considerablemente hacía 15 años. Por eso había renunciado por completo a las relaciones sexuales. Por eso solo le interesaba la masturbación. Andi (o Bert) preguntó si les parecería bien que ambos tuvieran relaciones sexuales con ella en el futuro, ya que eso era mucho más divertido que lo otro. Elli sonrió y dijo: «Lo intentaremos de nuevo mañana, a ver si funciona otra vez». Se fueron a dormir.

Andi y Bert fueron a una farmacia al día siguiente y compraron lubricante. ¡Y funcionó! Tuvieron relaciones sexuales con Elli, uno tras otro, y ella lo disfrutó, aunque tuvo cuidado de no elogiarlos demasiado. El lubricante era bueno y Elli ya no sentía dolor durante el sexo. Pasó sus días con su rutina habitual, acurrucándose con los chicos por la noche antes de tener relaciones sexuales.

Fue un verano maravilloso para los tres.

• • •

El destino de una criada

von Jack Faber © 2023

Rosemarie empezó a trabajar como criada en Villa Hallwax, una mansión señorial en una colina de Grinzing, cuando tenía quince años. El anciano barón von Hallwax había comprado la villa a su predecesor judío por una miseria; al fin y al cabo, la fábrica Hallwax era crucial para el esfuerzo bélico nazi. El anciano viudo era un bon vivant y se entregaba a este lujo. Aparte de su personal, vivía solo; su hijo dirigía ahora la empresa y su nieto estudiaba en Inglaterra y Francia.

El anciano había elegido a la joven y bella muchacha del campo porque deseaba su compañía. De alguna manera, la joven y hermosa muchacha lo rejuveneció. Esperó una semana, le pidió que le sirviera café y decidió dejarla al cuidado del viejo cocinero. Pero después de la primera semana, la tumbó sobre su escritorio, le levantó la falda y le bajó las bragas. La violó, la desfloró y la sodomizó. Cuando terminó, le puso unos billetes en la mano y le dijo que se comprara ropa interior nueva y bonita.

Rosa corrió a su habitación y se tiró sobre la cama, sollozando. En realidad, sabía muy poco sobre sexo; solo le dolió un poco y se calmó. La cocinera la escuchó y dijo que ahora era el momento de ser astuta y aprovechar la oportunidad. «Así que anímate y síguele el juego», dijo la cocinera mientras iban a las afueras a comprar sábanas. La cocinera sabía un par de cosas, pues llevaba tiempo satisfaciendo las necesidades sexuales del anciano. Rosa se horrorizó al ver lo caras que eran las cosas, pero el anciano tenía dinero de sobra.

Rosa sabía muy poco sobre sexo. Había descubierto la masturbación de niña y le había hecho algunas pajas a su hermanito cuando ya podía eyacular. Pero el pequeño quería tener sexo de verdad, así que ella cedió y guió su pequeño pene a través de la abertura de su himen. Tenían que tener muchísimo cuidado con su himen, ya que su estricta madre siempre estaba pendiente. Así que él pudo tener sexo y eyacular con mucha suavidad; la abertura se agrandó un poco, pero

oficialmente seguía siendo virgen. Así fue como terminó con el viejo barón Hallwax.

Rosa servía café a la misma hora todas las mañanas, pero el anciano solo podía acostarse con ella una vez al mes, ya que se acercaba a los ochenta. Su hijo, también cercano a los sesenta, deseaba acostarse con la bella pelirroja todas las mañanas. Ella le servía el café matutino al viudo y se recostaba sobre el escritorio. Él se acostaba con ella de la misma manera todas las mañanas. Ella se acostumbró y luego se duchaba y se dirigía a la cocina. Aprendió muy rápido y, al final de la guerra, ya era una excelente cocinera. Cada mes, el joven Hallwax le daba un sobre "por sus buenos servicios", y ella ahorraba todo lo que podía. El anciano le había comprado un traje particularmente bonito, que debía usar una vez al mes en su salón. Antes se llamaba velada de caballeros, pero ahora, habiéndose vuelto más refinado, se llamaba salón. Una vez al mes, el barón Hallwax agasajaba a sus clientes, entre 20 y 25 oficiales uniformados. El Hotel Zum Erzherzog proporcionaba el banquete, y manos diligentes lo preparaban en el Salón de Mármol. La única tarea de Rosa consistía en servir bebidas y puros a los caballeros antes y después del banquete.

El anciano le había dado instrucciones muy precisas: no era una prostituta, maldita sea, sino una linda muchacha de 16 años a la que, como mucho, se le permitía mostrar su ropa interior pecaminosamente cara, ¡pero nada más, por Dios! Besar, abrazar o tener citas, ¡absolutamente no! No era una prostituta, maldita sea, sino simplemente una linda vista para distraer y complacer a los oficiales. Rosa asintió mientras él le explicaba todo esto y luego le pidió a Brigitte, la vieja cocinera, que se lo tradujera. Se puso roja como un tomate cuando Brigitte explicó la palabra "prostituta". Se puso aún más roja cuando Brigitte explicó y demostró cómo debía mostrar sus bragas. "¿Mostrarlo todo?", preguntó Rosa, con el rostro pálido, y Brigitte asintió. Ese era el propósito del ejercicio: debía mostrar la mayor cantidad de piel desnuda posible — su trasero y su entrepierna — sin pudor y con discreción. Brigitte tomó unas tijeras y cortó las bragas hasta que, desde el ano hasta justo encima de la hendidura, no fue más que un trapo fino. Cada vez que Rosa se inclinaba o dejaba que uno de los caballeros la sentara en su regazo y le pateara las piernas, sus nalgas y su hendidura se exhibían de forma muy seductora. El

barón estaba encantado, porque todas las miradas estaban puestas en su belleza y no en los aburridos documentos. Rosa aprendió rápidamente a exhibirse tanto y tan a menudo como fuera posible, y después de unos cuantos encuentros, era realmente buena, elogió el anciano.

Su padre fue enterrado con toda la pompa y circunstancia; incluso el poderoso alcalde envió una delegación. El hijo había insistido en que se grabara "Barón von" en la lápida, aunque no había títulos de nobleza, y ciertamente no había barones, desde el fin del imperio, pero él mismo seguía siendo llamado Barón. El nuevo anciano ya no tenía que mostrar consideración alguna por su antiguo amo. Escuchaba atentamente qué oficial quería una audiencia privada con la señorita Rosemarie. Según la situación, o bien mandaba al diablo al presuntuoso e impertinente o persuadía a Rosa para que recibiera al importante caballero en la biblioteca, donde había una gran y cómoda chaise longue. Rosa sabía que estaba bien pagada y se acostaba con todas las personas importantes que podía. A menudo discutía con Brigitte sobre si se había convertido en una prostituta, pero Brigitte simplemente se reía de ella. ¿Qué tienes para ofrecer? ¿Qué te ofrece la vida? ¡Una cara bonita y un buen trasero! ¡Así que aprovéchalo al máximo! Recuerda, algún día serás demasiado vieja, ¡así que ahorra para tu vejez! Rosa asintió, de acuerdo con la filosofía de Brigitte; cada palabra resonaba en ella. Eran tiempos de guerra y todos tenían que velar por sus propios intereses para conseguir un pedazo del pastel. El barón Hallwax se aseguraba de vender sus mercancías a la Wehrmacht, y Rosa se aseguraba de recibir siempre un sobre bien lleno. No era particularmente astuta para los negocios, pero le dejó claro al barón que esperaba más.

La guerra terminó. El antiguo barón von Hallwax se arrancó la insignia dorada del partido de la solapa y la estrelló furiosa contra el cajón del escritorio. ¡Y pum! ¡Ya no era nazi! Los ingleses, franceses y estadounidenses necesitaban sus productos con la misma desesperación, pues también tenían obuses, morteros y otros juguetes para los que las fábricas de Hallwax suministraban componentes. El salón solo estuvo cerrado un mes; luego llegaron los oficiales con uniformes diferentes y solo hablaban idiomas extranjeros. Rosa atendía como siempre, sus joyas brillaban con una sonrisa silenciosa. Hablaba solo

con los ojos; Brigitte la había maquillado maravillosamente y resplandecía de orgullo cada vez que un oficial u otro la colmaba con un torrente melodioso de palabras. El anciano tosía y se burlaba porque entendía idiomas extranjeros, y su pecho se hinchaba de orgullo. En la biblioteca, Rosa se entregaba voluntariamente a caballeros de todo el mundo a cambio de dinero; no necesitaba entender idiomas extranjeros para tener sexo. Ya fueran liberadores alemanes de la Wehrmacht, franceses o estadounidenses, sin ropa interior, eran esencialmente iguales. El Hotel Zum Erzherzog ofreció un banquete de una calidad excepcional. Incluso si se había perdido la guerra, eso no era motivo para descuidarse. Las fábricas de Hallwax no hacían más que crecer, a medida que se necesitaban más armas para la paz. Rosa también floreció, pues estaba verdaderamente enamorada.

Shlomo Yakubovich había sobrevivido a la guerra en Inglaterra y ahora trabajaba como mecánico-chófer en Hallwax. Era el séptimo empleado de la villa, junto con la cocinera, dos mujeres de la limpieza, dos jardineros y Rosa. Vivía encima del garaje, donde se encargaba de los dos coches. Rosa se enamoró de él al instante. Él sonrió con fastidio y le dijo que, como judía de pura raza, no debería estar con un judío. Rosa no entendió su humor y le replicó que no era judía de pura raza; su bisabuelo era de Escocia, como se podía apreciar claramente por su pelo rojo y sus ojos verdes. Shlomo la abrazó riendo, ¡así que nada se interponía entre ellos! Ella lo visitaba a diario después del almuerzo y pasaban las dos horas libres juntos en la cama.

Rosa amaba todo de Shlomo; era un mecánico habilidoso y un excelente chófer. Y tenía una polla grande y hermosa, realmente grande comparada con la pequeña del viejo. Estaba circuncidado, y ella admiraba el glande, que nunca desaparecía bajo el prepucio. Tenía una buena polla carnosa con la que podía seguir follándola mucho después de correrse, hasta que ella llegara al orgasmo. Ella prefería con creces esos orgasmos a los que se daba a sí misma antes de dormirse.

A Shlomo le costaba aceptar que Rosa tuviera que dejarse follar por el viejo tirano todas las mañanas, que a veces tuviera que dejarse follar por sus clientes en la biblioteca para ganarse el favor de su amo, pero ese era el trato. A menudo hablaban de dejar Hallwax House y empezar de cero en otro lugar, pero sus ahorros no eran ni

de lejos suficientes. Shlomo era muy culto y le habló de la regla desde muy pronto. Rosa no entendía de qué se trataba al principio. Tenía 22 años y aún no le había bajado la regla. Shlomo la mandó a un ginecólogo, pero él tampoco sabía nada. «No vas a tener hijos», dijo Shlomo con tristeza. «Tendremos que adoptar». Rosa asintió; eso le parecía bien. Estaba muy contenta de tener su propia familia.

Shlomo se quedó con Hallwax dos años y un día desapareció sin dejar rastro. Rosa lloró amargamente, pero el hombre se había ido con uno de los coches. Una semana después, encontraron el coche destrozado en un barranco del Tirol; unas manchas de sangre se adentraban en el bosque y luego desaparecían. Solo dos o tres semanas después, Rosa supo más por Brigitte. Parecía sacado de una mala novela policíaca. El anciano había discutido con Shlomo por una mujer; se habían peleado y el anciano había amenazado a Shlomo con un revólver. Shlomo lo había tirado al suelo y había huido a toda velocidad en un coche con el revólver. Rosa recordó que le había preguntado al anciano en aquel momento de dónde se había hecho las heridas en la cara, pero él no le había respondido.

Sí, le había preguntado directamente a Hallwax si era cierto, pero él lo negó todo. ¡Qué tontería de mujer! Rosa lloró a Shlomo el resto de su vida y nunca volvió a enamorarse.

Todo seguía igual; ella dejaba que el anciano durmiera con ella siempre que podía, pero cada vez era menos frecuente. Su hijo, Siegfried, había regresado de Inglaterra con su esposa e hijo y vivía en el ala oeste vacía. Siegfried ayudaba a su padre en la fábrica y poco a poco se integró en el negocio. Al igual que su padre, era un auténtico bon vivant; se adueñaba de los salones y allí se entregaba a sus placeres. Su esposa pasaba más tiempo en Londres, París y Mónaco que en casa, en Viena. El pequeño René pasaba la mayor parte del año en un internado; tenía muchas ganas de aprender e impresionó a Siegfried con sus buenas notas.

Rosa tenía 39 años cuando enterraron al viejo Hallwax. Acababa de acostarse con ella y eyacular por última vez, luego simplemente se desplomó y murió. Ella estaba de pie con el resto del personal doméstico en la última fila, pero no lloró. Él podría haber sido respon-

sable de la muerte de Shlomo, algo que nunca le perdonó, ni en todos estos años.

Siegfried Hallwax continuó el trabajo de su padre. El establecimiento Hallwax prosperó, y el nuevo jefe era un verdadero profesional, lo que impresionó a sus empleados. Hablaba inglés y francés con fluidez, lo que impresionó a la clientela europea. Los salones continuaron como antes, incluso volviéndose un poco más bulliciosos. Y Siegfried no quería perder su valioso tiempo en bares y burdeles, así que contrató a Rosa, que trabajaba para su padre. Ella apenas tenía treinta y cinco años, seguía siendo guapa y no tenía reparos en el sexo. Aceptó de inmediato; había atendido fielmente las necesidades de sus empleadores. Y por supuesto, se sentía muy atraída por él, dijo Rosa con su mirada más seductora. Sí, con gusto se acostaría con él, si él quisiera, todos los días. Pero él no era un bárbaro como los viejos que se acostaban con Rosa de pie, inclinados sobre el escritorio.

La condujo de la mano a su dormitorio. Tenía una botella de champán en una cubitera junto a la cama y música suave y seductora sonando. Se desnudó sin decir palabra y se acostó expectante en la cama. Rosa se desnudó rápidamente y se acostó a su lado. Preguntó en voz baja si necesitaban usar anticonceptivos, y ella negó con la cabeza. No, no tenía la menstruación y no quería tener hijos. Le gustaba su actitud tranquila y amable y su insistencia en cierto nivel de refinamiento. Acarició casualmente su pene, que era considerablemente más grande que el de su padre y el de su abuelo. Preguntó qué debía hacer con su esposa, ya que la estaban engañando. Él sonrió. No debía pensar más en eso; su esposa probablemente estaba tumbada en una playa de Niza o Montecarlo, siendo mimada por un masajista. Si valorara la fidelidad física, estaría aquí, no allí. Rosa lo entendió; había mucha verdad en ello. Examinó su pene más de cerca; No estaba circuncidado como Shlomo, pero aun así era agradable a la vista. Había oído que muchas mujeres consideraban los penes feos, pero ella no; solo había visto penes hermosos.

Dejó que Siegfried tuviera relaciones sexuales con ella, y él era tan bueno en la cama como Shlomo; él también solía llevarla al orgasmo. Solo había experimentado un orgasmo durante el sexo con Shlomo; antes de eso, solo mediante la masturbación diaria por la noche. El

anciano nunca lo había logrado, y ella creía que era completamente indiferente. Para Siegfried también era importante que se besaran y se acariciaran. Ella solo lo había hecho con Shlomo, pero sentía que era importante y correcto. Las caricias, los besos y las caricias eran realmente esenciales; lo aprendió rápidamente. Con Siegfried, se sentía como una mujer y no solo como un objeto, como con su padre y su abuelo. Siempre había intuido que algo andaba muy mal con los ancianos, pero no habría podido expresarlo con palabras. Fue una experiencia nueva y maravillosa, aunque sabía perfectamente que solo se trataba de su gratificación física. Permaneció con Siegfried durante los siguientes 20 años.

Sin embargo, algo había cambiado, y a ella no le gustaba nada. El banquete ya no era el centro de atención de los salones. Todo giraba en torno a la gran sesión de copas posterior; la gente bebía al ritmo de música a todo volumen, fumaba y consumía todo tipo de sustancias. Rosa bebía muy poco alcohol y solo daba sorbos a su copa; no fumaba ni consumía nada. Siegfried, en cambio, estaba completamente descontrolado. La llevó al centro de la sala y bailó con ella. Ella estaba confundida porque nunca antes había bailado, pero se dejó llevar. Le complacía que él fuera tan feliz y despreocupado. Bailó con él de salón en salón; la verdad es que era bastante agradable. Pero un día, él estaba tan excitado que, después de bailar, la tiró sobre la chaise longue y tuvo relaciones sexuales con ella delante de todos. Esto fue terriblemente vergonzoso para ella porque, aunque a la mayoría no le importaba, algunos los estaban observando. Ella se marchó inmediatamente después de que él eyaculara.

Ella lo esperó en su cama matrimonial, pero se quedó dormida. Solo por la mañana le sirvió un café fuerte y entonces se atrevió a enfrentarlo. Él era terco e irracional. “Cuando te pasa, bla, bla, bla”. Ella no quería oírlo. Le explicó que era vergonzoso y desagradable para ella; se sentía patética y profanada. Él no la escuchó. No era nada, no era para tanto. Discutieron durante media hora, pero no lograron llegar a un acuerdo. Él le preguntó, con semblante sombrío, si dejaría que un desconocido durmiera con ella en el salón si fuera importante para él o para la empresa. Ella negó con la cabeza de inmediato, pero luego lo pensó y dijo que, si fuera realmente importante, entonces sí. Siegfried asintió: “¡Bien!”, y ahí terminó el asunto.

Él la dejó acostarse con su mejor amigo en el siguiente burdel. Él era importante, le recordó a la mujer, que dudaba. De nuevo, solo unos pocos los vieron, pero ya no era tan vergonzoso. Poco a poco, llegó un punto en que ella se acostaba con hombres en todos los burdeles. Si al principio era solo un hombre, pronto eran tres o seis los que se acostaban con ella en público. Siegfried la elogiaba, y la asignación mensual se hizo notablemente más generosa. Sonrió para sí mismo; ella era tan prostituta como cualquier otra mujer. Algunas eran simplemente más caras que otras. Pero todas eran prostitutas.

Siegfried cumplió 60 años, Rosa 57. Él organizó una gran fiesta con todos sus amigos. Al día siguiente, le dijo a Rosa que debía prepararse para su merecida jubilación. Por eso había contratado a una joven asistente, a quien debía enseñar de todo, desde cocina hasta cómo recibir invitados. Rosa asintió, algo desanimada, pero por otro lado, lo comprendió. El hijo de Siegfried, René, estudiaba en la universidad y ahora vivía de nuevo en casa. Siegfried la llamaba a su habitación cada vez con menos frecuencia; claro, no era él quien había envejecido, sino ella. Naturalmente.

La nueva chica se llamaba Mi Lei Sung; sus padres habían emigrado de China, y mientras los hijos mayores ayudaban en el restaurante, los más pequeños trabajaban en diversos empleos. Mi Lei tenía casi 19 años, pero parecía de 13. Rosa enseguida se dio cuenta de que era justo el tipo de cambio que Siegfried había imaginado para su habitación. Pero él disipó sus sospechas, llamándola a su habitación un par de veces, y ella se tranquilizó.

La pequeña mujer asiática, que insistía en que la llamaran Mimi porque así estaba acostumbrada, era básicamente increíblemente perezosa. Solo aprendía qué cocinar ese día; al día siguiente lo había olvidado todo. Sin embargo, en lo que sí era buena era en coquetear con Siegfried o René mientras servía café y otros refrigerios con su falda corta. Sin duda, iba tras uno o ambos. Y, efectivamente, después de seis semanas, Siegfried entró en la habitación de Mimi por la noche, y Rosa, que dormía en la habitación de al lado, se despertó con los suaves gemidos de placer de Mimi. Mimi maullaba como un gatito durante el sexo; se la podía oír a kilómetros de distancia. El corazón de Rosa empezó a latir con fuerza, tal vez por la indignación de

haber sido abandonada, o tal vez porque escucharla la había excitado. Ahora Mimi maullaba fuerte todas las noches, y Rosa se alegró de que él no se la hubiera llevado a su habitación. Pasaron los días.

Una noche llamaron a su puerta; era René. Entró sin más, siseó un saludo y, descaradamente, se tumbó junto a Rosa. Se dio cuenta de que estaba desnuda bajo las sábanas y se quitó la camiseta y la ropa interior. No estaba del todo oscuro en la habitación, y Rosa notó su sonrisa. Él la miró y rió entre dientes. «Mimi sin duda se ganó a mi viejo rápidamente», susurró. «Si no me equivoco, ya se ha acostado con ella dos veces». Rosa asintió y dijo en voz baja: «Normalmente se acuesta con ella dos veces». Hizo una larga pausa. «¡Espero que no se exceda, como tu abuelo!». René no tenía ni idea de nada de esto, y ella tuvo que contárselo todo. Al principio, solo le contó cómo se había desplomado y muerto después de acostarse con ella, pero René siguió presionándola hasta que le contó todo, desde su primera vez a los 15 años con su bisabuelo. Tras el largo silencio en la habitación contigua, se oyeron los maullidos cortos y agudos de Mimi. «Se está masturbando», susurró René, «me ha dejado mirar un par de veces, por eso lo sé». Después de un pequeño llanto, los maullidos cesaron y se oyó brevemente la voz grave de Siegfried.

René y Rosa siguieron hablando de sus padres durante un buen rato. Su padre consideraba a su madre una cualquiera, pero él mismo había estado acostándose con la pequeña cualquiera en los últimos días. Permaneció en silencio, con los brazos alrededor del cuello de Rosa. Ella reunió valor y le dijo que durante casi 20 años había sido la cualquiera de su padre. Él se apoyó en sus brazos. “¡No es cierto!” Pero Rosa asintió y dijo que era toda la verdad. Él dijo que lo sentía, pero ella se resistió. “¡Siempre me trató como a un caballero, siempre fue decente conmigo!” Se mordió el labio; no necesitaba contarle las humillaciones en el salón. Él se recostó un poco más tranquilo. “Me alegro de que te haya tratado como a un caballero, ¡porque eres un verdadero encanto!” Rosa se sonrojó furiosamente en la oscuridad. Un pensamiento la asomó.

— ¿Puedo preguntarte algo? — comenzó ella — , solo por curiosidad. ¿Tienes novia con quien acostarte? René la soltó del cuello y permaneció en silencio durante un largo rato, luego negó con la cabe-

za. Ella le puso una mano en el pecho. — Perdóname por ser tan curiosa, pero ¿alguna vez has tenido sexo de verdad? Su cuerpo se tensó al instante. Negó con la cabeza de nuevo, y ella sintió las lágrimas correr por sus mejillas. Lo abrazó por primera vez e inmediatamente sintió su pene erecto. — Está bien, René, ¡está bien! Algún día... — La interrumpió con incertidumbre — . ¿De verdad lo crees? Ella le acarició las mejillas y asintió. — Por supuesto, no tengo ninguna duda. — Necesitaba desahogarse. — No había chicas en el internado, y yo no formaba parte de la pandilla que a veces se escapaba e iba al burdel — intervino Rosa — , ¡así que desde luego no te perdías nada importante! Él la miró con los ojos muy abiertos. "Mimi solía venir a mi habitación y estaba desesperada por tener sexo, pero yo no sabía cómo. Así que simplemente se masturbaba y luego se reía de mí. Vino a mi habitación al menos diez veces, para masturbarse y reírse de mí." Rosa sabía que René era algo autista y tenía dificultades para relacionarse con otras personas, así que sentía mucha compasión por él. "Algún día conocerás a una chica que te lo enseñará todo, y no será difícil." Él estaba electrizado. "¿Me lo enseñarás algún día?" Rosa se quedó paralizada. "Pero tengo más de 60 años", exageró, "¡Soy una vieja y fea, demasiado vieja para ti!" Bajó la mano hacia su pene y lo agarró. "Mi coño se ha encogido mucho y se ha vuelto muy estrecho, ¡demasiado estrecho para un pene tan grande como el tuyo!" Apretó su pene con firmeza. "¿Y en el internado, solo te lo hacías tú solo?" Él asintió y respondió de inmediato: "A veces lo hacía con otros al mismo tiempo, a veces uno de nosotros se frotaba contra el otro. Pero no muy a menudo. Y nunca practiqué sexo anal; me parecía demasiado asqueroso".

Rosa seguía sujetando su pene. "Debes estar a punto de correrte, ¿verdad?", dijo. "Puedes hacerlo tú mismo si quieres, no me importa". Hizo una pausa y esperó, pero él no dijo nada. "¿Debería hacerlo yo por ti?", preguntó, y de repente él asintió. "¡Vale, me encantaría!", susurró, agarrando su pene con el puño. Él la rodeó con el brazo por el hombro mientras ella se incorporaba y lo masturbaba. Hundió la cara entre sus pechos. Tardó bastante, y a ella le empezaba a doler el brazo, pero entonces se corrió, disparando varias veces al aire, y ella no soltó su pene hasta que terminó. Lo dejó descansar un buen rato y dijo muy suavemente: "¡Tengo que dormir ahora!". Él se despertó de su siesta. "¿Puedo correrme otra vez mañana?", preguntó con incerti-

dumbre, y ella se rió. “¡En cuanto Mimi empiece a quejarse, puedes correrte!”. Soltó una risita y se fue.

Llegó justo a tiempo, casi tan pronto como Mimi y Siegfried empezaron a follar. Había traído una linterna y se sumergió para examinar el coño de Rosa muy de cerca. No volvió a la superficie hasta que se oyeron por segunda vez los maullidos de Mimi mientras se masturbaba. René sonrió de oreja a oreja cuando Mimi terminó con un pequeño grito. Prácticamente interrogó a Rosa, queriendo saberlo todo sobre follar. Ella no dijo nada de su hermano pequeño, pero le contó sobre su bisabuelo y su abuelo y los oficiales con los que se había follado en la biblioteca. Negó con la cabeza, sonriendo. No, no la habían obligado a prostituirse; había podido elegir si quería o no follar con el oficial. Los abuelos solo lo querían porque era bueno para su negocio. Le aseguró al chico que ella misma lo quería, porque esa era la única manera de poder follar con tantos hombres, muchísimos. Y era guapa y joven y siempre había querido follar; realmente le encantaba.

Rosa había sostenido el pene de René en su mano durante la conversación, y ahora él estaba listo de nuevo. Ella lo masturbó y lo dejó eyacular alto en el aire. Él venía todas las noches ahora, abrazando a Rosa, y escuchaban atentamente a Mimi hasta que ella terminaba de follar y masturbarse. René la sostenía en sus brazos, medio acostado sobre ella, presionando su pene entre sus muslos internos. Rosa le ofreció la oportunidad de follarla todos los días, pero él aún no estaba listo. Ella lo masturbó y lo dejó eyacular sobre sus muslos y su vulva.

Rosa acompañó a Mimi a la clínica de abortos y la llevó a casa en taxi. Mimi estaba muy disgustada, pero el hombre insistió; no quería un hijo ilegítimo. Durante una semana, la llamó a su habitación y le contó sus problemas. Asintió satisfecho cuando Rosa le dijo que había convencido a Mimi de tomar la píldora. El aborto había afectado mucho a Mimi, pero después de dos semanas, él estaba de vuelta en su cama. El juego comenzó de nuevo: René estaba acostado con ella otra vez, encima de ella, y ella le acariciaba el pene erecto, acercándolo cada día más a su vulva.

Un día, René estaba listo. Estaba muy emocionado mientras Rosa guiaba su pene hacia la abertura vaginal. Ella no necesitaba explicarle mucho; él sabía, al menos en teoría, cómo funcionaba el sexo. Rosa contuvo la respiración porque él tenía un pene muy grueso, del mismo largo que el de Siegfried, pero mucho más grueso. Ambos lucharon con ahínco porque no era fácil penetrarla. Ella sintió un breve dolor cuando finalmente, con cierto esfuerzo, él entró en ella. Él aún dudó un poco, pero luego empujó obedientemente y eyaculó demasiado pronto. Se desplomó a un lado después de eyacular. Ahora era Rosa quien lo abrazaba y besaba las lágrimas de su mejilla. Hablaban en voz baja; ella le explicó que el hombre tenía que contener la eyaculación hasta que la mujer hubiera tenido su orgasmo. Es más difícil para algunos que para otros, pero la mayoría puede hacerlo. Si un hombre no podía hacer eso, se volvía poco interesante para la mujer. René asintió; eso era fácil de entender, y prometió intentarlo. Le llevó varios días poder contenerse lo suficiente para que Rosa tuviera un orgasmo. Ahora, él se corría todas las noches, acostado encima de Rosa, y ambos escuchaban los gemidos de placer de Mimi antes de tener relaciones sexuales.

René era un buen chico y siempre usaba lubricante. Aprendió a penetrar lentamente, dándole tiempo a su vagina para abrirse y adaptarse. Venía casi todas las noches a tener relaciones sexuales, y Rosa era una buena oyente. Claro que no tenía ni idea de lo que pasaba en la universidad, pero sabía bastante sobre relaciones interpersonales, algo sobre lo que René realmente necesitaba su opinión.

Siegfried parecía saberlo y una vez le comentó a Rosa que apreciaba mucho su influencia positiva en René. Rosa se sonrojó intensamente, aunque él no hizo ningún comentario sugerente. Sabía lo difícil que era para René llevarse bien con los demás y apreciaba que ella se preocupara por su hijo; lo dijo en voz muy baja y la abrazó. Aunque ya no la invitaba a su habitación por la noche, ella solía acostarse con él por las mañanas o antes del mediodía, pero no tenían relaciones sexuales siempre. Después de todo, Siegfried ya tenía 60 años y dedicaba todas sus fuerzas a tener relaciones sexuales con Mimi por la noche. Ella, en general, solo lo escuchaba y le acariciaba el cuerpo; él hablaba de los problemas cotidianos, pero siempre le preguntaba cómo estaba René. Estaba muy contento con las notas de René, pero

le preocupaba si el chico algún día sería capaz de hacerse cargo de la fábrica, de la empresa. Rosa sabía que René no estudiaba la misma materia que Siegfried, pero tal vez podría tomar cursos de administración de empresas. Siegfried lo pensó durante días y entrevistó a la universidad antes de hablar con René al respecto. Aunque Siegfried ya no dormía con Rosa todos los días, ella recibía regularmente su sobre a fin de mes.

A veces Siegfried estaba de viaje, y a René le encantaba ir a casa de Mimi para tener sexo. Rosa no se oponía y lo animaba mucho. Él los filmaba en secreto y se los mostraba a Rosa. Ella estaba electrizada porque prácticamente nunca veía a nadie más teniendo sexo. Vio las grabaciones cientos de veces; era muy excitante. Aparentemente, a Mimi no le costaba soportar el grueso pene de René, y claramente disfrutaba de que el chico la penetrara. Siempre quería que la penetraran dos veces con un descanso entre medias y siempre se masturbaba después de la segunda vez. Él la penetraba con mucha fuerza, y ella nunca más se burló de él.

Probablemente un año y medio después sonó el timbre. El jardinero se puso la chaqueta de su elegante uniforme y abrió la puerta. Gritó: «¡Rosa! ¡Viene de visita la señorita Rosemarie!». Rosa se secó las manos con el delantal de cocina antes de quitárselo. ¿Una visita? Hacía años que no iba al salón, ¿y quién más la visitaría? Curiosa y emocionada, se acercó a la puerta y salió.

Era Shlomo.

• • •

Sobre olas y marejadas

von Jack Faber © 2023

Durante cientos de años, una parte significativa de la humanidad habitó los océanos. Incluso en el siglo XXI, se creía que la población mundial no superaría los 9 mil millones. Si bien el crecimiento se ralentizó un poco, aún había casi 11 mil millones de personas 300 años después. Los océanos estaban poblados por enormes plataformas flotantes, compuestas por miles de secciones conectadas de forma laxa. La energía necesaria se generaba a partir de energía solar y eólica; las centrales de energía undimotriz no habían avanzado más allá de las distintas etapas del proyecto. La plataforma 451, donde vivía Una, tenía una longitud de 10 kilómetros y era una de las más modernas. Alrededor de 4 millones de personas vivían en la plataforma. Anclada en latitudes de caballos, la plataforma estaba protegida de las raras tormentas por enormes rompeolas. Las casas, muy juntas y dispuestas sin fisuras, tenían de tres a cinco pisos de altura; una docena formaba un bloque residencial. Aproximadamente una cuarta parte de la superficie total se utilizaba para la agricultura. Eran casi completamente autosuficientes; solo se entregaban algunos productos desde tierra firme.

Una tenía un buen trabajo en el equipo de control de tráfico aéreo. Los tres turnos de tres horas al día exigían, naturalmente, su máxima concentración, pero era un trabajo interesante. Su principal responsabilidad era garantizar un tráfico aéreo local fluido sobre la plataforma, y se la asignaba regularmente al control de tráfico aéreo entre plataformas o para vuelos de larga distancia a los continentes. Solo en el tráfico de larga distancia todavía había algunas aeronaves con motores de combustión; los planeadores y helicópteros locales eran todos eléctricos. Muchos de los residentes poseían pequeñas aeronaves eléctricas de todo tipo, y también se requería una licencia de piloto para estas. La mayoría de los pilotos privados obedecían las reglas y volaban bajo el control del control de tráfico aéreo. Por supuesto, también había algunos irresponsables y jóvenes temerarios que volaban sin permiso. Sorprendentemente, había pocos accidentes, ya que

un choque generalmente resultaba en algo más que un chapuzón en el agua; la mayoría simplemente se ahogaba.

Una creció en el Gran París continental, completó toda su educación y recibió formación general de piloto. Inicialmente, quería ser piloto civil o militar, pero un problema dental crónico le impidió ser considerada. Completó el programa de formación de controladores de tráfico aéreo de tres años y se trasladó a la Plataforma 451, ya que no podía permitirse el alto coste de la vida en París. Allí, inmediatamente consiguió un trabajo bien remunerado y un espacioso apartamento de casi 48 metros cuadrados, prácticamente una residencia de oficiales cerca de la base aérea.

La infancia de Una fue despreocupada. Además del dialecto local, que solía ser francés, también aprendió interlingua, el idioma oficial de gran parte del mundo, una mezcla de inglés americano, inglés y otros idiomas angloparlantes. Una tuvo una adolescencia sexual normal, masturbándose desde la primera infancia como todas las demás niñas, y se convirtió en una verdadera adicción. Veía a sus padres biológicos apenas dos veces al año y no tenía una relación cercana con ellos. Como la mayoría de los niños, vivía en instituciones estatales, y cada año tenía una nueva compañera de habitación. Antes de cumplir los 14, la gente decía que era lesbiana. Pero a ella no le importaba; se acostaba en la cama con la otra chica, y sudaban cuando se masturbaban, o cuando la otra se masturbaba. Había aprendido sexo oral de una de ellas y le encantaba. Era buena estudiante y apenas pensaba en sexo durante el día. El sexo solo ocurría por la tarde y por la noche; era muy activa sexualmente y nunca dejaba pasar una noche sin aprovechar. A los 14, perdió la virginidad con una amiga y aprendió a tener sexo muy rápidamente. Le encantaba el sexo, pero a veces era difícil conocer chicos. No se perdía el tiempo en enamorarse ni en entablar relaciones. Se concertaban citas para tener sexo, porque así eran los jóvenes de hoy. El romanticismo prácticamente había desaparecido; nadie lo echaba de menos. Era lo normal en aquella época, y a los 17 años tuvo que elegir entre casarse, buscar trabajo o ir a la universidad. Quería ser piloto.

Le encantaba su nuevo apartamento. Constaba de dos habitaciones, una pequeña cocina y un baño con ducha e inodoro. Una habita-

ción era su dormitorio, la otra su sala de estar y área de trabajo, ya que solo iba al centro de control de tráfico aéreo un turno tres días a la semana; los demás turnos los trabajaba desde su apartamento, como todos los demás. El monitor en el que trabajaba ocupaba toda la pared y podía ver cinco o diez imágenes simultáneamente. La pequeña cocina era suficiente, ya que solo se preparaba el desayuno; las dos comidas principales las proporcionaba Fly&Eat, que solo tenía que calentar. Fly&Eat pertenecía a la autoridad de aviación y alimentaba a unas 20.000 personas. Se hacía mucho hincapié en una buena alimentación, ya que las tripulaciones recibían una formación costosa y cualquier enfermedad afectaría gravemente las operaciones. La salud era una prioridad absoluta. Además, todos debían completar un programa de ejercicios cada mañana antes del desayuno. Una iba en su patinete eléctrico a la ciudad portuaria todas las mañanas, nadaba durante 30 minutos y corría una vuelta completa al puerto, dos kilómetros de ida y vuelta. Siempre encontraba tiempo para charlar con los marines o con marineros de fuera, es decir, de otras plataformas o del continente. Estas breves charlas eran cruciales para su cortejo, asegurándole que tendría con quién acostarse las noches siguientes. Podían ver exactamente qué esperar; su traje de baño revelaba astutamente todo lo que antes intentaba ocultar. Dependiendo de su estado de ánimo, volvía a casa en su scooter, alegre o malhumorada, alternando el pedaleo cada 100 metros. Normalmente solo usaba el motor eléctrico del scooter cuando iba de excursión.

Tenía solo 26 años y era naturalmente hermosa, con unos pechos pequeños y encantadores y una figura muy delgada y femenina. Aunque se depilaba el vello púbico todos los días antes de ducharse, por lo general no tenía sexo, ni ligues, ni amantes durante dos semanas o más. La masturbación era un ritual nocturno, pero encontraba variedad en el telesexo. El comunicador, que antes era solo un teléfono inteligente, le ofrecía todo lo que necesitaba. Registraba los datos de su entrenamiento matutino y los enviaba a su empleador, registraba todas sus constantes vitales y alertaba a Una cuando era necesario. También le proporcionaba información sobre sus días fértiles y el momento exacto de la ovulación. Podía usar el comunicador para planificar sus comidas o la compra; ya no tenía que ir a tiendas, todo se lo entregaban en su puerta. Los comunicadores coordinaban los horarios entre entrega y entrega para que les conviniera a ambas par-

tes. Y Una, como la mayoría, era una de las que obtenía sexo a través del comunicador.

Una solo tenía tres dispositivos que usaba para el sexo: un pene electrónico, un estimulador y una tela de amor. Usaba el pene cuando quería tener sexo con un hombre que vivía lejos (generalmente era un hombre). Se acercaba mucho al coito real e incluso lo superaba en un aspecto: el hombre podía mantener su erección virtual todo el tiempo que quisiera durante el sexo telefónico. No era necesario usar anticonceptivos y no había riesgo de infección. Ni la distancia ni la posible diferencia de edad suponían un obstáculo. Una ya había tenido sexo telefónico con hombres mayores o chicos menores de edad (y presumiblemente también con chicas). Ningún adolescente era demasiado tonto como para no fingir ser un adulto. A muchos adolescentes les encantaba fingir ser del sexo opuesto porque les resultaba excitante. Una estaba segura de haber tenido sexo telefónico con muchas chicas disfrazadas de todas las edades. Ocasionalmente, también tenía sexo telefónico lésbico, pero solo muy rara vez. Por supuesto, también sucedía de vez en cuando que elegía a la persona equivocada para el telesexo, pero siempre se podía pulsar el botón de apagado.

El segundo dispositivo era el estimulador; existían cientos de variantes, tanto para hombres como para mujeres. El estimulador de Una era básicamente un simple estimulador clitoriano que ella misma podía controlar o que otra persona podía controlar. A veces era realmente excitante lo que las lesbianas u otras mujeres podían hacer con él.

Y luego estaba la tela del amor. Existía una versión de cuerpo entero, de precio exorbitante, y también en tamaños más pequeños. Una tenía una pequeña, de unos 25 centímetros por cada lado. Se utilizaba para transmitir estimulación manual, caricias y toques con sensaciones realistas. Era un accesorio importante que se usaba en una gran variedad de actividades. La combinación de dos o los tres dispositivos convertía el telesexo en una experiencia muy íntima y excitante.

A Una le encantaba el contacto físico durante el sexo; era mejor que cualquier sexo telefónico. Pero apenas tenía uno o dos amantes al mes; ya se había acostado con todos los compañeros, vecinos y trabajadores amables de la ciudad portuaria, y estaba encantada de conocer a cualquier marinero extranjero.

A menudo se sentaba durante horas frente al monitor, discutiendo, debatiendo o intercambiando ideas con gente de todo el mundo. Y sí, también coqueteaba cuando le apetecía. Incluso hubo tres hombres de otras plataformas que habían viajado mucho para acostarse con Una. Pero ninguno tenía el carácter que ella buscaba. Anhelaba una relación duradera y amorosa, pero hasta el momento, ninguna había sido ni remotamente aceptable. Sin duda, le vendría bien el aspecto físico, pero no iba a dejar que sus hormonas o su imaginación la engañaran. Había leído cientos de libros y artículos sobre el tema, visto debates y conferencias, e incluso intercambiado largos y reflexivos correos electrónicos con varios expertos. Sabía lo difícil que era encontrar pareja y era demasiado culta e inteligente como para hacer alguna tontería.

Una vivía en el tercer piso de un edificio y tenía la ventaja de poder pasar los días soleados en la azotea. Aunque llovía con bastante frecuencia, había muchos días soleados en los que podía tumbarse a tomar el sol. Allí arriba, en la azotea, todo el mundo estaba desnudo, y no era raro que dos personas se encontraran para hacer el amor y tener sexo. Una era una de las pocas mujeres jóvenes de su edificio y muy solicitada para tener sexo. El sexo en la azotea, bajo el hermoso sol, era la única vez que se permitía tener sexo en público, y sentía una excitación exhibicionista cuando otras mujeres la miraban con envidia o cuando los espectadores se excitaban. No eran extraños; eran los vecinos. En los días de lluvia, solía sentarse junto a la única ventana, en la mesa de la cocina, y contemplaba el mar o la lluvia que repiqueteaba sobre el paseo marítimo y la amplia franja de césped, arbustos y árboles. Le fascinaban las olas que rompían contra la plataforma durante las raras tormentas, lanzando salpicaduras de agua a metros de altura en formas siempre cambiantes. Los días lluviosos siempre eran el momento perfecto para charlar con amigos. Se había propuesto leer al menos un libro y ver al menos una película en línea cada semana. Sabía lo importante que era la educación para ella.

Una conoció a un marinero encantador durante su ejercicio matutino en la ciudad portuaria. Él viajaba en un trimarán eléctrico y la invitó a cenar. El joven era quizás diez años mayor que ella y navegaba solo de plataforma en plataforma, rumbo al Caribe. Enamorada, prácticamente voló a casa y encargó la comida para la cena mientras aún estaba en el mar. Durante sus turnos, tenía que concentrarse en su trabajo, pero por las noches, ponía la mesa para dos y silbaba una canción popular; estaba de muy buen humor. Un vistazo al comunicador mostró que aún faltaban 10,9 días para su próxima ovulación, ¡así que era libre de irse! Estaba molesta porque no podía hacer que el dispositivo mostrara la hora con más claridad. 264,4 horas era la única alternativa posible, lo cual era aún más ridículo. Ya había enviado una sugerencia, pero nunca se sabía si la habían leído o si algún programador trabajaría alguna vez en ella. Sonó el timbre; el marinero estaba llegando.

Armand, como se presentó, era de Marsella, Francia, y era un tipo excepcionalmente alegre y simpático. ¡Qué bien se sentía Una al poder hablar francés con él, la lengua de su juventud! Comió con apetito y se bebieron dos botellas de vino tinto hasta que Una fingió un bostezo, indicando que era hora de irse a la habitación.

Armand aparentemente tenía que ponerse al día y la folló dos veces. Aguantó muy bien y esperó pacientemente hasta que Una tuvo un orgasmo antes de eyacular. Fumaron durante el descanso y después, ya que Armand era un fumador empedernido, mientras que Una rara vez fumaba. Él contó cómo se había preparado para su aventura. Vendió su apartamento y ¡se fue! Hasta que, a solo unas millas de la plataforma, las baterías se agotaron. Estuvo tumbado en el mar en calma durante 12 horas, había extendido todos los paneles solares y esperó impacientemente bajo el calor sofocante hasta que tuvo suficiente energía de nuevo. Dos técnicos estaban trabajando en su barco; ya habían pedido las piezas defectuosas al continente y estaban esperando a que las trajeran por avión. Estaba muy molesto porque el percance había ocurrido y le había mostrado la vulnerabilidad de su barco. Se rió; eso solo demuestra que seguía siendo un verdadero habitante de la ciudad que no podía arreglarlo todo él mismo. Ella se apretó contra él con lujuria, pero Armand se sentía atraído por la ciudad portuaria. El viento había arreciado y él se inquietó; no

podía dejar el barco sin vigilancia. Ella le ordenó que enviara una lancha rápida y él partió, prometiendo regresar al día siguiente por la noche.

Los días pasaban volando, las noches con Armand eran maravillosas y, por supuesto, el sexo también. Se prometieron mantenerse en contacto, aunque él casi nunca regresaría; su destino seguía siendo el Caribe. Mantuvieron el contacto durante años, hablando casi todas las semanas por el Visiphone y, ocasionalmente, teniendo sexo telefónico, pero, a decir verdad, a él no le resultaba particularmente placentero.

Una conoció a sus nuevos vecinos, Peter y Gwendolyn, que venían de Londres. Tenían una hija, Anna, y un hijo, Paul. Anna era hija de Gwendolyn y Paul hijo de Peter. Anna era una estudiante brillante e inteligente. Paul era increíblemente tonto, perezoso y testarudo; ambos tenían casi la misma edad. Peter y Gwendolyn eran ingenieros y construían plataformas. Una, por supuesto, convenció a Peter para que se acostara con ella en una ocasión, y él accedió, aunque con la conciencia muy culpable. Más tarde, Una se arrepintió de su deseo, porque Peter era un desastre en la cama. Lo único positivo de su breve encuentro fue que Una descubrió las tendencias lésbicas de Gwendolyn. Inmediatamente sedujo a Gwendolyn, que era realmente increíble en la cama, y las dos tenían relaciones sexuales con regularidad.

Gwendolyn le enseñó a Una algo nuevo: sexo clítoris con clítoris. Una estaba emocionada y casi se desmaya de placer mientras Gwendolyn la llevaba al orgasmo sin descanso. También tuvo sexo con Gwendolyn, por supuesto, pero tenía un clítoris mucho más pequeño y, por desgracia, no pudo satisfacerla igual de bien. Peter sabía de la relación sexual, pero guardó silencio, sabiendo perfectamente que no tenía nada que ofrecerle a Una. Gwendolyn y Peter tenían un problema: tenían trabajo en una plataforma, pero necesitaban encontrar a alguien que cuidara de los niños durante seis semanas. Una dudó durante mucho tiempo, pero finalmente aceptó.

Anna y Paul, tan peleados como perros y gatos, refunfuñaron y se resignaron a su destino. Prometieron portarse bien y no molestar a

Una durante su turno. Una los había amenazado con enviarlos directamente al hogar estatal si interrumpían su trabajo. La amenaza funcionó; los hermanos solo se conocían desde hacía unos meses, pero se llevaban bien. Una era muy buena en su trabajo, y cuando terminó, fue al dormitorio donde los dos podían ver películas. Pero ambos estaban acostados desnudos en la cama. Paul acababa de apartarse de Anna, y Anna estaba extendida en la cama, con la vulva manchada de semen. "No, no follamos, tía Una", respondió Anna entre lágrimas. "Es demasiado cobarde para follar; ¡le tiene miedo a mamá, que le pegaría!" Una examinó el pene de Paul detenidamente. Tenía un pene de hombre realmente impresionante, el muy cabeza hueca. Una tomó una toalla y limpió la vulva de Anna. "Bueno, ¿qué hicieron ustedes dos?", le preguntó a la chica. Anna respondió que él solo la penetraba por la abertura vaginal y eyaculaba allí para no romperle el himen. Llevaban meses follando así; a ella no le permitían verlo masturbarse, pero él la observaba cada vez que ella lo hacía. Ella le había enseñado cómo penetrarla por la abertura vaginal cuando él se negó a desvirgarla y tener sexo con ella como es debido. ¡Pero ella definitivamente quería tener sexo! Le habría permitido desvirgarla y tener sexo con ella, pero el cobarde no se atrevió. Una preparó la cena, y los dos se sentaron desnudos, acurrucados frente al monitor, viendo una vieja película de terror en línea y gritando de placer. Ver películas juntos era una de las ocasiones en que a Anna le permitían jugar con el pene de Paul y excitarlo. Rara vez lograba que eyaculara, y hoy tampoco lo había logrado. Paul seguía rebobinando las escenas de sexo; mostrar sexo explícito estaba permitido si representaba menos del 5% de la película, de lo contrario era porno. Paul reprodujo las escenas de sexo en cámara lenta: el torpe vampiro teniendo sexo con la protagonista, o el hombre lobo teniendo sexo con la misma pobre chica. Las actrices de esa época tenían sexo sin pudor frente a la cámara, e incluso ella misma filmó las escenas con el hombre lobo, donde el sexo era realizado por perros entrenados. Una echó un vistazo al monitor, pero no le gustó mucho el sexo con los perros y lo apagó. Bueno, ¡a cenar y ahora a la cama!

Una yacía desnuda bajo la sábana como de costumbre, mientras que Paul se había acomodado en el suelo junto a la cama. ¡Orgulloso, porque era un hombre, no un debilucho! Anna salió de la ducha y dudó un momento, luego tiró el pijama a un lado y se deslizó desnuda

bajo la sábana con Una. “¡Apaguen las luces!”, ordenó Una, y Anna la abrazó por el cuello. Susurrando, le preguntó a Una sobre su sexualidad. Una respondió a sus preguntas con una sonrisa y acarició el cuerpo de Anna. Anna se recostó sobre Una y presionó su cuerpo contra el de ella mientras seguían susurrando. Deslizó una mano entre sus cuerpos y se masturbó. Una sonrió y apoyó la cara en los hermosos y voluptuosos pechos de Anna. Acarició y acarició los magníficos pechos, sus dedos encontraron los pezones, los pellizcó y los retorció hasta que se pusieron erectos. Acarició los pechos y jugueteó con los pezones duros hasta que Anna terminó de masturbarse. Acarició suavemente el cabello de la chica hasta que se calmó. Anna respondió que se había estado masturbando todas las noches desde que tenía memoria. Antes de que su madre conociera a Peter, le permitían acostarse con Gwendolyn, pegarse a ella y masturbarse. Una asintió; eso estaba perfectamente bien. Paul había oído sus susurros y ahora también se acostó junto a Una. Se dio cuenta de que ambas estaban desnudas y tiró su pijama al suelo. Una dijo, riendo: «¡Tía sándwich!». Anna sonrió y le explicó a Paul lo que quería decir.

Anna se inclinó sobre Una y agarró el pene de Paul. Él la dejó jugar con él durante unos minutos hasta que estuvo completamente erecto. Solo entonces protestó: “¡Eres demasiado débil, así que no te dejaré hacerlo!”. Anna retiró la mano, ofendida. Paul encontró la mano de Una y la colocó sobre su pene. “Nunca me deja mirar cuando lo hace”, susurró Anna en voz alta, “¡es tan injusto! Claro que me mira, y solo me folla a medias, pero cuando lo hace él solo, ¡me manda fuera! ¡Como si nunca lo hubiera visto antes!”. Una permaneció obstinadamente en silencio; esto era algo que los dos tendrían que resolver entre ellos. La mano de Paul movió la mano de Una arriba y abajo de su pene. Una gimió: “¿Debería hacerte correrte, o qué?”. Paul asintió repetidamente: “¡Sí, por favor, hazlo!”. Una suspiró profundamente, porque no quería discutir, y masturbó al chico mientras Anna le acariciaba los testículos con la mano. Cuando estaba a punto de eyacular, ella le susurró a Una: “¡Por favor, déjame!” y tomó el control y frotó con avidez su pene hasta que terminó de eyacular.

Se quedaron completamente quietos durante varios minutos, luego Una le dio un suave codazo a Paul en el costado. “¿Así que, alguna vez has follado?” Paul mintió descaradamente, “¡Sí, muchas veces,

con Mary y Emma, en Londres!" Anna protestó de inmediato, con voz baja, "¡Y conmigo, cerdito!" Una supo instintivamente que el chico mentía, pero ahora estaba de humor. De humor para follar. "Bueno, vamos, héroe, ¡ven a tumbarte sobre la tía Una!" Así fue como Paul tuvo su primera vez. Ella lo ayudó con la mano a introducir su pene en su vagina, pero no tuvo que mostrarle cómo empujar. Anna había colocado su mano sobre su vulva, curiosa por follar. Paul folló durante mucho tiempo y sorprendentemente bien, al menos mejor que su padre. Sabía instintivamente que tenía que provocar el orgasmo de Una con embestidas firmes. Anna retiró la mano sorprendida cuando Una se corrió violentamente. Paul continuó follando a Una durante horas, aunque ella ya estaba muy agotada después de su orgasmo. Él eyaculó, eyaculó mucho, y Una se quedó dormida durante unos minutos.

Al cabo de un rato, Paul volvió a tumbarse encima de ella, con el pene de nuevo completamente erecto. Una despertó de su letargo; el tipo la estaba follando de maravilla, y tuvo otro orgasmo, más pequeño. Esta vez, Anna no había apartado la mano; sus dedos estaban sobre el clítoris de Una, y ella observaba todo con curiosidad. Paul continuó follándola, y los dedos de Anna rozaban su clítoris con suavidad y ternura. Solo retiró los dedos cuando Paul jadeó como una locomotora antes de eyacular. Una ya se estaba desmayando cuando él eyaculó y se quedó dormida inmediatamente después. Durmieron juntos hasta la madrugada.

Cuando regresó de su ejercicio matutino al día siguiente, Paul ya estaba entre los muslos de Anna, follándola en la entrada de su vagina. Una se quedó junto a la puerta y los observó, luego se arrodilló junto a la cama para ver mejor. "Quiero correr dentro", susurró Paul, y Anna protestó: "¡Hoy no, es demasiado peligroso!". Anna, que ya tenía un cuerpo muy femenino, tiró y tiró de sus pechos, con las piernas bien abiertas, y Paul estaba follando su vagina abierta de par en par. En realidad no estaba dentro, sino que la follaba arriba y abajo entre sus labios, a lo largo de su hendidura como una lanzadera en un telar. Incansablemente, su polla se movía arriba y abajo, chocando cada vez contra el clítoris de Anna y raspándolo. El clítoris estaba erecto y parecía completamente rígido. Esto excitó salvajemente a Anna, y seguía jadeando: "¡Ya viene, estoy a punto de correr!", pero

el orgasmo simplemente no llegaba. La folló durante unos diez minutos, deteniéndose en el punto álgido de su clímax. Se enderezó y agarró su polla. Un chorro brillante y corto roció el clítoris y la vulva de Anna. Él apretó su pene con los dedos, deteniendo la eyaculación. En el instante en que eyaculó, Anna había comenzado a frotar su clítoris cubierto de semen; no pudo soportarlo más. Se masturbó furiosamente, enloquecida por el deseo, y lo miró con ojos grandes y vidriosos. "¡No, no te vengas adentro!" gimió varias veces, sin interrumpir su rápida masturbación. Él guió la cabeza de su pene hacia su hendidura, y Una presionó un labio para ver mejor. Vio el himen; tenía una abertura bastante grande. Él presionó la punta de su pene con infinito cuidado contra la abertura del himen y penetró unos pocos milímetros. Sus dedos se aflojaron y eyaculó una vez a través de la abertura sin continuar follándola. "¡No eyacules dentro!" gimió Anna. Él no se movió ni un centímetro, para no romper su himen. Una miró, hipnotizada, su pene; Ella lo vio contraerse y eyacular dentro de ella por segunda vez. Como desde muy lejos, escuchó el grito desesperado de Anna, y ahora tenía que intervenir. Agarró el pene de Paul y lo sacó. Tiró con fuerza de él e hizo que el hombre desconcertado eyaculara sobre su vulva. Tiró con fuerza de su pene una y otra vez, haciéndolo eyacular. Lo frotó hasta que dejó de eyacular y frotó vigorosamente las últimas gotas de su pene, luego él se giró hacia un lado. Una se incorporó; nunca antes había visto ese tipo de follada. Unos momentos después, Anna se corrió, convulsionando salvajemente, luego calmándose inmediatamente y cerrando las piernas. "Ese estúpido tipo siempre eyacula por el agujero", se quejó Anna, "¡pero al menos tiene cuidado con mi himen!" Una estaba asombrada por la virilidad del chico; follaba a Anna dos o tres veces al día y a Una una o dos veces por la noche.

Cuando Una terminaba de trabajar, solía acostarse junto a ellos dos y observarlos mientras tenían relaciones sexuales. Anna no llegaba al orgasmo con ese tipo de sexo. Una colocó sus dedos sobre el clítoris de Anna, que era considerablemente más grande y grueso que el suyo. Anna asintió con la cabeza, y Una le frotó el clítoris justo cuando él comenzaba a eyacular, llevándola al orgasmo. Después, Una le agarró el pene y le frotó hasta extraer las últimas gotas.

Ya habían pasado dos semanas, y los tres pasaban la mayor parte del día en la cama. Una se ceñía estrictamente a su horario de trabajo y cerraba la puerta del dormitorio. Cerveza es cerveza, y aguardiente es aguardiente; ella conocía muy bien la diferencia. Era la voz serena y concentrada al micrófono, dirigiendo el tráfico. Solo había habido un incidente durante esas semanas: un traficante del mercado negro se había estrellado y había sobrevivido con heridas graves; su planeador casero se había estrellado contra la pared de un edificio. Por supuesto, hubo una investigación, pero como el idiota no lo había reportado al control de tráfico aéreo, Una no tenía la culpa. Aun así, le dio vueltas al asunto durante un buen rato: ¡cómo alguien podía ser tan estúpido!

Por la noche, disfrutaba muchísimo de que Paul la hiciera llegar al orgasmo. Negó con la cabeza; no quería que Anna la masturbara mientras tenían relaciones sexuales. Durante el día, se acostaba con ellos al terminar su turno y, si Anna quería, la masturbaba mientras tenían sexo.

Entonces, un día sucedió. El glande de Paul estaba dentro de la vagina de Anna, y él estaba a punto de eyacular dentro de ella, pero Una había llevado a Anna al orgasmo demasiado rápido, y Anna convulsionó tan violentamente que Paul rompió su himen y la penetró profundamente. Dejó de follar inmediatamente, su pene eyaculando incontrolablemente. Una sacó su pene al instante y lo frotó como de costumbre, tirando con fuerza y llevándolo al orgasmo una y otra vez. Cuando terminó, ella frotó las últimas gotas de su pene con los dedos. Él abrió los ojos desesperado; ¡había cometido un sacrilegio, había hecho algo sacrílego! Balbuceó disculpas sin sentido, y Anna se cubrió los ojos con el antebrazo para que nadie viera sus lágrimas, pero al final, eran lágrimas de alivio. Una permaneció en silencio y acarició el cabello de Paul; no había hecho nada malo, le aseguró al chico horrorizado. Una preparó un refrigerio y comieron en silencio.
— Debes estar siempre pendiente de los días fértiles de Anna — le dijo a Paul — . ¡No queremos que se quede embarazada! ¡Revisa su monitor de fertilidad cada vez para ver cuándo va a ovular! ¡Y no debes tener relaciones sexuales con ella durante ese tiempo, absolutamente no! Una miró a Anna, pero Anna lo sabía todo, sin duda alguna.

Durante el día, Una se acostaba con ellos dos tan a menudo como podía, porque ahora Paul no se contenía al follar a Anna, sino que lo hacía con toda su fuerza. Por desgracia, Anna seguía sin poder tener un orgasmo; tenía que masturbarse con los dedos. Pero estaba radiante, con la cara iluminada. ¡Por fin se había convertido en una mujer de verdad! De un día para otro, dejaron de pelearse como perros y gatos. Habían madurado. Por la noche, Paul follaba primero a Una, luego a Anna. ¡Era un momento maravilloso!

Peter y Gwendolyn regresaron, cansados y agotados tras turnos de 20 horas. Peter durmió tres días seguidos, mientras que Gwendolyn llegó el segundo día y se acostó junto a Una. Una abordó el tema con cautela, explorando su actitud hacia los hermanos que no eran parientes de sangre. Gwendolyn no estaba tan abierta al tema como Una, pero no era para nada cerrada de mente. Después de la conversación de tres horas, Una finalmente soltó la sopa; después de todo, Anna era su hija. Gwendolyn se puso pálida como un fantasma. "Últimamente he notado, claro, que Anna ha estado bastante cachonda, viéndola masturbarse", dijo Gwendolyn, secándose las lágrimas de la mejilla con fastidio. "Y he hablado con Peter sobre esto durante horas, una y otra vez. En realidad quería que él le quitara la virginidad a Anna, y finalmente accedió, aunque a regañadientes. Peter nunca le había quitado la virginidad a una chica y estaba realmente aterrorizado. Tuve que describírselo cien veces, explicándole exactamente cómo sucedería. Sabía, por supuesto, que Peter no era el mejor en la cama, pero lo amo con todo mi corazón y quería darles a él y a Anna lo mejor que pudiera. Ahora puedo quitarle esta pesada carga de encima." Las dos mujeres guardaron silencio durante un largo rato. Una terminó su vino tinto y le preguntó a Gwendolyn si quería otro. Ella asintió distraídamente y murmuró para sí misma. "Ambos son lo suficientemente listos como para que Anna no se quede embarazada", dijo Una, pasando un brazo por los hombros de Gwendolyn. "Creo que está mal separarlos", dijo en voz baja, sabiendo perfectamente que Gwendolyn estaba pensando lo mismo. "Es algo nuevo y emocionante para ambos; prácticamente se devoran. Pero no creo que se queden juntos para siempre. Conocerán a otras personas y la relación se irá apagando poco a poco." Una esperó un momento. "Paul es un amante maravilloso, sin duda mejor que Peter. ¡Peter es una gran decepción en la cama, querida Gwen!" Las mujeres se miraron; nun-

ca habían hablado de ello. Pero Gwendolyn siempre lo había sospechado y ahora asintió con una mirada desdeñosa. “Paul es realmente un excelente amante; tiene un don natural y una virilidad arrolladora. Siempre esperaba para eyacular y seguía hasta que yo tenía mi orgasmo. No muchos hombres hacen eso.” Gwendolyn volvió a asentir; se había acostado con muchos hombres y sabía que Una tenía razón. “Siempre tenía un orgasmo cuando él me follaba, y rara vez lo había experimentado antes”, dijo Una, continuando lentamente, “Imagino que Paul también podría hacerlo bien contigo, si quisieras; al fin y al cabo, no es tu hijo biológico.” Gwendolyn levantó la vista, sobresaltada, y negó con la cabeza, pero Una notó que algo empezaba a encajar en su mente. «Paul nació para follar; enseguida entendió qué hacer y qué era importante en el sexo», dijo Una, mirando a Gwendolyn, que estaba muy pensativa. «Incluso podría ser bueno para ti y Peter si puedes liberar tu tensión sexual de esta manera». Una guardó silencio; no quería parecer condescendiente con Gwendolyn. Tras una larga pausa, Gwendolyn la miró fijamente. «Creo que tienes razón en todo. Hablaré con los niños y con Peter». Pero había perdido el deseo sexual.

Una pasó su día libre en la azotea; no había viento ni una nube en el cielo. Ya estaba leyendo su segundo libro de la semana y se sentía de maravilla. Levantó la vista; el chico, obviamente tonto, se había agachado frente a ella, mirándola fijamente a la entrepierna y frotándose muy lentamente su pequeño pene. Recordó que solo había visto penes tan pequeños en sus tiempos de estudiante. Se frotó muy, muy despacio y sonrió felizmente mientras Una abría las piernas. Sus labios se separaron, dejándole ver su vagina. Sonrió al ver su mirada codiciosa. Lo había observado muchas veces antes; en realidad no eyaculaba, pero su semen goteaba de su pene en finas vetas, luego hacía una pausa por un momento y continuaba después de un rato. Ella lo dejó mirarla y luego le preguntó si podía tocarlo. Él se arrastró muy cerca y ella le agarró el pene. Él la miró fijamente a la vulva y murmuró, algo decepcionado, que era mucho más pequeña que la de mamá. Su pene era liso, estrecho, como el de un niño, con un glande pequeño, pero algo más grande, y ella le retrajo el prepucio varias veces. “¿Quieres que te lo haga, que te corras?”, preguntó seductoramente, pero él retiró inmediatamente su pene. “Hazlo tú mismo”, murmuró y se escabulló. Aparentemente, pasó todo el día merodean-

do por la azotea, agachándose frente a las chicas o mujeres para mirar dentro de sus vulvas, frotándose el pene muy lentamente, dejando que el semen goteara a lo largo del día. Algunas mujeres amablemente le permitieron acercarse, y entonces se masturbó con mucha fuerza, eyaculando sobre sus nalgas o hendiduras. Dejaron que su glande bailara contra sus labios mientras se masturbaba y eyaculaba, o dejaron que el glande las penetrara un poco mientras eyaculaba. Una siempre observaba muy de cerca, pero no vio a ninguna de las chicas que dejaron que el idiota las penetrara profundamente. Las niñas muy jóvenes abrieron las piernas de par en par y gritaron y chillaron cuando él eyaculó en sus vaginas o presionó su glande contra ellas al correrse. Una ya lo había visto desaparecer tras los grandes paneles solares varias veces, y cuando lo siguió por curiosidad, lo vio. Rodeado por un pequeño grupo de niñas menores de edad, él las estaba follando una tras otra. Las niñas aún eran muy torpes y su follada era demasiado corta, pero dejaban que el adolescente las follara, sonriendo y riendo suavemente. Él también sonreía de oreja a oreja, introduciendo su pequeño pene juvenil en sus vaginas. Una pronto se fue; en realidad no era una voyeur, solo tenía curiosidad.

Robert se sentó a su lado. Habían tenido relaciones sexuales un par de veces en la azotea hacía aproximadamente un año; él era un buen tipo y ella había disfrutado dejándoselo, aunque nunca duraba lo suficiente y terminaba demasiado rápido. Hacía mucho que no lo veía, y él le contó que había pasado el último año en el continente terminando sus estudios. Era meteorólogo y había solicitado un puesto de controlador de tráfico aéreo; tal vez pronto serían colegas. No había cambiado mucho; su hermoso y grande pene se balanceaba mientras abría y cerraba las rodillas con nerviosismo.

Habían estado charlando durante quince minutos, y ella le preguntó con una sonrisa si de verdad necesitaba eyacular con tanta urgencia. En aquel entonces era perfectamente normal hablar de sexo tan directamente. Él también sonrió. “Las chicas del continente, en la universidad, están muy interesadas de nuevo en los preliminares románticos; no están tan relajadas como nosotros aquí”. Se tumbó junto a Una en su esterilla y presionó su pene entre sus muslos. “Sí, de verdad que lo necesito. ¡Solo llevo dos días de vuelta, y eso es muchísimo tiempo!”. Giró a Una de lado, dándole la espalda, y la penetró

por detrás. Ella rió alegremente y dijo: “¡Ya recuerdo, tu posición favorita!”. Extendió la mano hacia atrás y le acarició las nalgas mientras él embestía rápidamente como de costumbre y eyaculó al cabo de unos minutos. Ella se recostó y dejó que Robert la acariciara.

— Oye, ¿conoces a ese tipo? — le preguntó a Robert, señalando con la cabeza al chico despistado que había estado agachado a solo dos metros de distancia, observándolos follar y frotándose el pene distraídamente — . Ah, sí, ese es Jakob, vive en algún lugar del segundo piso. Es completamente inofensivo, no le hace daño a nadie — respondió Robert. Al cabo de un rato, Una dijo: — Lleva todo el día frotándose el pene, me pregunto si no querrá follar también. Solo había expresado sus pensamientos en voz alta, pero Robert lo interpretó como un deseo. La llamó suavemente: — ¡Jakob, ven aquí! ¡Puedes follar con Una, correrte dentro de ella! ¡Ven aquí! ¡Correte dentro de ella!

Jakob parecía conocer y confiar en Robert. Se acercó gateando a cuatro patas, mirándola con recelo, ya que las chicas mayores y las mujeres adultas solían ahuyentar al chico. “¿Eyacular?”, le preguntó a Robert, “¿Eyacular dentro, sí?” y Robert asintió en señal de confirmación, “¡Sí, eyacular dentro! ¡A Una le gusta ahora!” Ahora Jakob miró a Una con curiosidad. “Rob eyaculó dentro, ¿Jakob también?” Una sabía que ya no podía cambiarlo y asintió amablemente, “¡Jakob también!” y extendió los brazos invitando. Se agachó entre sus muslos y se lamió los labios. No se tumbó encima de ella con todo su cuerpo cuando insertó su pene; se apoyó con los brazos, y solo la parte inferior de su cuerpo la tocó. Empezó a follarla a un ritmo lento. Una se sintió transportada de vuelta a su juventud, cuando ella también había follado penes de chicos tan pequeños y suaves, y sonrió. Jakob hizo su trabajo bastante bien en principio, pero no eyaculó tan orgásmicamente como otros hombres; En cambio, su semen se escapaba en diminutas gotitas con cada embestida.

Él folló durante un buen rato, más de media hora, sonriendo a Robert. “Jakob solo puede correrse dentro de mamá, no en otras mujeres en nuestro tejado. Son traviesas.” Ni Robert ni Una reaccionaron; Jakob no sabía que estaba guardando un secreto. Una terminó follándolo muy rápido y fuerte desde abajo. Los ojos de Jakob se abrie-

ron como los de un caballo asustado cuando ella lo obligó a correrse fuerte. Después de que se corrió, ella lo empujó hacia atrás. “¡Jakob, te corriste muy bien! ¡Muy bien!” Jakob se levantó y se alejó lentamente. Entonces Una le explicó a Robert que en realidad se había referido a otra cosa, y él sonrió avergonzado. “Tal vez debería haber preguntado si eso es lo que querías decir”, tartamudeó, pero Una lo tranquilizó. “Si no hubiera querido permitirlo, habría dicho algo”, dijo con ligereza, “además, fue agradable que me follaran durante mucho tiempo.” Robert no entendió la indirecta oculta; Charlaron durante otra hora sobre esto y aquello, y luego él se marchó.

Cuando Jakob se acercó de nuevo, ella solo le hizo una felación. Le dijo muy educadamente que no quería tener sexo, que no quería más eyaculación dentro. Sorprendentemente, él mantuvo las distancias a partir de entonces. Ahora leía casi tres libros a la semana; no le importaba especialmente que la follaran en la azotea. Los hombres la veían absorta en su lectura en la azotea y no la molestaban. Llegó el otoño, aunque las temperaturas seguían siendo altas; solo hubo más lluvia y algunas tormentas, lo típico del otoño.

Los controladores aéreos la recibieron con grandes vítores y gritos de alegría en su turno de cumpleaños. Todos la abrazaron y besaron, algunos incluso apasionadamente, ya que se había acostado con todos ellos. Había té, jugo de naranja y pastel para todos, y su lugar de trabajo estaba decorado festivamente. Los controladores aéreos habían hecho una colecta y le habían regalado un pene electrónico, el modelo más caro. Se le llenaron los ojos de lágrimas; fue un regalo muy bonito.

Una tenía lágrimas en los ojos; ¡esa era su familia!

• • •

Minnehaha

von Jack Faber © 2023

Mi joven amigo *Emil Droonberg* transcribió nuestras largas charlas junto a la chimenea y la historia de mi vida en su novela **Minnehaha** , y pasamos muchas horas juntos aquí en Boston discutiendo el manuscrito. Y no, no podía contarlo todo; era demasiado íntimo, demasiado picante. Le di permiso para publicarlo. Ahora, años después, tengo 97 años y le estoy dictando las adiciones necesarias a mi última confidente, quien cuida de mi bienestar físico. Ella no lo publicará hasta mucho después de mi muerte.

Había emigrado de Alemania a Boston; la joven república necesitaba urgentemente un médico joven. Mi esposa, Bertha, que provenía de la acaudalada familia Böhm de Viena, dio a luz a nuestro primer hijo, Wilhelm, en 1887. Wilhelm nos pareció un buen nombre: para nuestros emigrantes alemanes en Boston, sería un recordatorio del buen káiser, y para nuestros amigos angloparlantes, Bill también era perfectamente aceptable. Solo comencé a establecer mi consulta después de que dos acontecimientos descarrilaran mi carrera.

Bertha, quien me había amado con todo su corazón y con pasión femenina antes del nacimiento de Wilhelm, me rechazó por completo. Había descubierto sus inclinaciones lésbicas y las satisfacía sin pudor alguno. Casi a diario traía a una amante diferente a nuestra cama matrimonial y me obligaba a acostarme con sus amigas, ya que yo aún era joven y estaba lleno de vitalidad. Bertha se reía cruelmente de mí cuando cedía a mis impulsos y me acostaba con su amiga. Estaba profundamente perturbado; las chicas no eran mi esposa y simplemente no podía controlarme. Podría haber continuado así, pero cedí y me acosté con cada una de ellas. Con el consentimiento explícito de Bertha, me acosté sin piedad con todas las chicas, incluso con aquellas que no querían acostarse con ningún hombre, y desfloré a muchas de ellas, sin prestar atención a sus gemidos ni lágrimas. No me importaba cómo Bertha reclutaba a todas esas jóvenes. Claramente tenía predilección por las jóvenes; si era importante para ella

personalmente o si lo hacía por mí, nunca lo supe. Solo dos o tres noches a la semana era una mujer madura, de entre 30 y 35 años, cuyas lamidas, cuyas lamidas incesantes, llevaban a Bertha al orgasmo. Me dejaban follarlas con el mayor placer; ninguna protestaba. Al contrario, me incitaban obscenamente, como prostitutas de muelle. Algunos días, ya tenía un amante a primera hora de la tarde y me hacía llamar desde su oficina a su dormitorio; cada noche se acostaba con uno de ellos en nuestra cama matrimonial. No amaba a ninguno; esperaba con creciente lujuria la señal de Bertha. Ella tomaba el rostro de la chica entre sus manos o la agarraba por el pelo, acercaba los labios y la lengua de la chica a su clítoris y la dejaba lamerla. Nunca vi si ella misma lamía a alguna chica. La silenciaba si la chica protestaba contra el acto sexual y miraba con lujuria mi insaciable deseo. Bertha maniobraba deliberadamente a la chica para que se arrodillara ante ella y la lamiera intensamente, lo que me excitaba enormemente. Me excitó aún más cuando la chica me mostró su trasero y su hendidura entreabierta. Contemplé las nalgas más hermosas del universo, las vulvas más bellas y seductoras que la Madre Naturaleza haya producido jamás. Volví a mirar fijamente el rostro de Bertha, que se iluminó mientras me lamía, tal como lo había hecho durante nuestras sesiones de amor más hermosas. Empujé impulsivamente a la chica por detrás, desgarrando su himen en varias ocasiones, y la follé mientras me lamía. Observé el rostro de Bertha, que gradualmente cambiaba con la excitación, contorsionándose en una mueca durante el orgasmo, y ella presionó a la chica aún más fuerte contra su vulva, continuando siendo lamida mientras su orgasmo disminuía. Después, me miró triunfante y alentadora, y la follé como una loca. Cuando me puse de pie para eyacular, nuestras miradas se encontraron. Ella torció su rostro en una sonrisa maliciosa mientras eyaculaba en el excremento. Bertha siempre se alegraba cuando me acostaba con una chica contra su voluntad, cuando la desfloraba y cuando eyaculaba dentro de ella después de una larga sesión. Debió haber cientos de chicas a las que me acosté y deshonré. Pero el cálculo de Bertha funcionaba; siempre podía contar con que mi lujuria sexual sería mayor que mi decencia. El hecho de que la despreciara, y sobre todo a mí mismo, con absoluto desprecio, no nos disuadió a ninguno de los dos de nuestros actos vergonzosos.

Entonces Wilhelm murió de síndrome de muerte súbita del lactante a la edad de un año y medio. Fue entonces cuando perdí la cabeza. Mi vida sin Wilhelm, con una esposa fría y la ridícula sucesión de chicas extrañas para tener sexo, ya no tenía sentido. Cerré mi consulta y me fui a Canadá. Busqué paz en los vastos bosques. Me convertí en trampero, cazador de pieles. Había pasado mi juventud en una gran finca de caza y había aprendido el arte de la caza desde cero. Encontré mi lugar en una cueva no lejos de la reserva indígena y me preparé para el invierno. Solo entablé una amistad superficial con los sioux, que también eran refugiados. Me acosté con las viudas nativas americanas, que me daban un sexo excelente por un dólar y a quienes podía olvidar al día siguiente.

Emil describió muy bien cómo rescaté a la joven nativa americana Minnehaha en medio de una ventisca y le curé el tobillo roto. Pero se mostró reacio a contarlo todo. No toqué a la hermosa joven durante los primeros diez días de su recuperación; mantuve una distancia respetuosa. Había dividido la cueva en dos con una manta y la oí masturbarse todas las noches. Me contó por qué había huido de la reserva en medio de la ventisca. Había abandonado la convención en Lebret porque su padre, el gran jefe, se estaba muriendo. Ella lo cuidó, junto con su madre y su hermana menor, hasta su muerte. Él había decretado ante el pueblo reunido que el hombre que Minnehaha eligiera como esposo se convertiría en el próximo jefe. Sabía de la nobleza de carácter de Minnehaha y confiaba en su criterio. Sin embargo, Minnehaha en realidad quería hacerse monja y no casarse. Despreciaba a los hombres de su tribu, así que durante seis meses no hubo un nuevo jefe. Su madre le rogó que se casara con Charly, cuyo nombre nativo americano era Lluvia en la Cara. Era hijo del hombre del mismo nombre, quien, junto con Caballo Loco y Toro Sentado, había aniquilado al arrogante general Custer en Little Bighorn, dejando solo a un hombre en pie. El jefe había matado personalmente al hermano del general, Tom Custer, pero fue capturado y encarcelado, donde Toro Sentado lo liberaría algún día. Charly le dio muchos regalos. Cada pocas semanas, llevaba un barril de whisky a la reserva, emborrachaba a los hombres y luego los hacía celebrar a viva voz que él era su futuro jefe. Charly ya estaba casado y golpeaba a su esposa e hijos cuando estaba borracho. Nunca reveló de dónde sacaba el whisky, pero algo no estaba bien. Era un hombre desagradable y

quizás un criminal. La venta de whisky a los nativos americanos estaba estrictamente prohibida y se castigaba tan severamente que ningún blanco se atrevía a quebrantar la ley. Minnehaha huyó cuando él la acosó físicamente y finalmente quiso convertirse en jefe; Corrió a ciegas y quedó atrapada en la ventisca.

Se recuperó bien, y en la mañana del décimo día, vino a mi cama y se sentó. Me desperté cuando metió la mano bajo mi manta de piel y me agarró la erección matutina. Me quedé sin palabras, y ella susurró que quería darme las gracias; había recibido más de mí que de cualquier hombre blanco. Se quitó el vestido y se metió desnuda bajo la piel antes de que pudiera decir ni una palabra. ¿Y por qué iba a decir algo cuando una hermosa joven nativa americana de diecisiete años se acostaba en mi cama?

No, no emití ningún sonido. Habían pasado tres semanas desde que había tenido relaciones sexuales con una mujer nativa americana en la reserva, y las mujeres nativas americanas eran maravillosas en la cama, al menos sabía que las mayores lo eran. Nos acariciamos durante un buen rato, y Minnehaha susurró que quería entregarse a mí, como su primer hombre. Me quedé sin aliento, pero pronto me di cuenta de que llevaba años en el convento, y allí no había hombres. Le pregunté varias veces si de verdad lo deseaba, pero ella solo rió suavemente; para los sioux, la virginidad no significaba nada.

La acosté boca arriba y le di un beso largo y apasionado mientras intentaba penetrarla. Pero su himen era muy resistente, y ella sonrió; seguramente era por toda la masturbación. Pero con nuestra fuerza combinada, logramos vencer su himen, y follamos maravillosamente. Ella había visto a menudo cómo follaban las mujeres nativas americanas, y las imitó a la perfección. Follamos intermitentemente durante todo el día; solo de vez en cuando añadía un tronco al fuego y nos preparaba algo de comer. Follábamos como jóvenes amantes y nos uníamos más cada día. Salí a hacer mi ronda para colocar mis trampas dos veces, y tan pronto como regresé, ella sonrió y me llevó al campamento. Ella ya llevaba tres meses conmigo; la primavera se acercaba, y tenía que irme de nuevo, el mejor momento para colocar mis trampas. Pero cuando llegué a casa, me esperaba una desagradable sorpresa.

Escuché voces masculinas que provenían de mi cueva, intercaladas con los débiles gemidos de Minnehaha. Dejé que los animales de piel que había capturado se escondieran tras un arbusto, me acerqué con cautela y pretendía sorprender a los caballeros con un disparo de revólver, pero mi revólver solo hizo clic en silencio. Una y otra vez. Guardé la inútil arma, pero atacar a varios desconocidos armados únicamente con un cuchillo de caza era inútil. Trepé en silencio hasta el grueso árbol que se alzaba sobre la chimenea de la cueva y descendí sigilosamente siguiendo las raíces. Al final, había una curva pronunciada, y tuve que hacer un agujero en el suelo con el cuchillo de caza antes de poder ver dentro de la cueva. Minnehaha yacía desnuda y atada en el catre; un joven y musculoso nativo americano la estaba violando. Seguramente me habría oído si no hubiera estado absorto en su vergonzoso acto. Consideré saltar, pero eran unos seis metros, y me habría roto todos los huesos del cuerpo. Permanecí en mi puesto de vigilancia día y noche mientras los dos criminales violaban a Minnehaha decenas de veces. Lloraba desconsoladamente y maldecía a los criminales que violaban a mi amada. Había visto al hombre blanco varias veces; era John Craig, un granjero con una pierna de palo, de quien se rumoreaba que se enriquecía ilícitamente. Nunca había visto al indígena, pero sospechaba que era Charly. Sufrí con Minnehaha, quien apartaba su rostro lloroso cada vez que uno de los muchachos intentaba besarla. Fue un crimen atroz contra el que me sentía impotente.

Los delincuentes durmieron dos horas al amanecer, pero no parecía prudente tenderles una emboscada. Al menos el nativo americano se despertaría con el ruido y me daría una bienvenida hostil. Sin embargo, estaba decidido a intentarlo de nuevo durante el día. Pero no llegó a tanto. Los dos criminales se estaban preparando, y oí a Craig gritarle a Minnehaha que volverían antes del anochecer. Esperé hasta que se alejaron lo suficiente y escalé lo más rápido que pude, corrí alrededor de la colina hasta la cueva. Con cuatro cortes, liberé a Minnehaha, le quité sus mallas y su chaqueta, y nos instó a darnos prisa. No perdimos tiempo; recogí mis cosas en mi mochila y mi bandolera, agarré mi rifle y mi cartuchera, y salí corriendo. Quería llevarla al convento de Lebret, pero me llamó. “Solo estamos a salvo en la reserva, en mi aldea”, gritó y echó a correr. Corrimos como los leñadores

de Canadá: veinte minutos corriendo rápido, cinco minutos caminando rápido. Llegamos al pueblo dos horas después.

Los ensordecedores ladridos de los perros delataron nuestra llegada. Fuimos directamente al tipi de Minnehaha, donde me presentó a su hermana pequeña, Minnewanna, una jovencita muy guapa que me estrechó la mano al pasar, pero no se atrevió a mirarme a los ojos. Poco después llegó su madre, "Pluma Blanca", una mujer amable de unos 35 años, delgada y alta como sus dos hijas. Su chaqueta apenas ocultaba sus grandes y voluptuosos pechos, e inmediatamente recordé lo que Minnehaha había dicho de ella. Estaba bendecida con leche materna y amamantó a muchos bebés de la aldea. Minnehaha la despreciaba porque a veces dejaba que los padres se acostaran con ella. Enseguida me di cuenta de que Pluma Blanca tenía rasgos europeos aún más marcados que Minnehaha y Minnewanna. Era hija de un trampero noruego y una mujer sioux. Su nombre de nacimiento era "Cierva del Hielo", pero no era ni una cierva ni estaba hecha de hielo. Era excepcionalmente hermosa, y su fama de apasionada llegó a oídos del jefe, recientemente viudo, quien inmediatamente la reclamó para sí. El hombre que había tomado a Cierva de Hielo como esposa y había amasado una pequeña fortuna gracias a su sexualidad también la reclamó y desafió al jefe a un duelo. El jefe aún no era demasiado viejo para luchar con cuchillos. Aunque todos habrían apostado por el retador, el viejo jefe ganó. Esquivó los ataques con notable destreza y derribó al hombre de un solo golpe con su mano que empuñaba el cuchillo. Contrario a la costumbre, no le cortó la garganta al hombre inconsciente, sino que escupió con desprecio al suelo, deshonrándolo. Solo una pluma de su tocado había sido cortada por su oponente; la recogió y se la entregó a Cierva de Hielo. Exclamó que de ahora en adelante se llamaría Pluma Blanca y que era su legítima esposa. Ella le dio dos hijas, Minnehaha y Minnewanna, quienes heredaron su naturaleza lujuriosa, así como su esbelta y regia figura y sus bellos rasgos.

Me recibieron con gran calidez y, haciendo uso de mis conocimientos del idioma sioux, logré seguir el relato de Minnehaha a White Feather y Minnewanna. Les contó todo, excepto lo de la violación, Charly y Craig. Más tarde, me explicó que la violación se consideraba

una gran deshonra. La mayoría de las mujeres sioux preferían el suicidio a vivir con esa vergüenza.

Minnehaha, cuyo nombre significaba “Agua Risueña”, y Minnewanna, cuyo nombre significaba “Agua Murmurante”, dormían como Pluma Blanca a un lado del tipi; la galera estaba al otro. Minnehaha ya me había contado las costumbres, y después de que hicimos el amor esa noche, Minnewanna se acercó sigilosamente a nuestro campamento. Le susurró brevemente a Minnehaha y se metió bajo las sábanas con nosotros. Ella, como me había dicho Minnehaha, ya había tenido varios amantes, y se montó sobre mí. Sin duda era más experimentada que su hermana mayor, que nunca se había montado sobre mí. Pero a medida que nuestros placeres se intensificaban, acosté a la menor de espaldas y la follé a la manera del leñador. Para mi gran sorpresa, tuvo un orgasmo, y finalmente pude eyacular como es debido. Se fue en silencio. Minnehaha me abrazó con fuerza; yo le pertenecía solo a ella, me susurró al oído.

Qué sorprendida me quedé, sin embargo, cuando la noche siguiente no fue Minnewanna quien esperó a que termináramos de follar y se metió bajo las sábanas con nosotros. Minnehaha susurró que no debía verla, que traería mala suerte, y luego me dio la espalda. Pluma Blanca se montó sobre mí como lo había hecho su hermana menor la noche anterior; ella también folló con maestría y me dejó tumbarme sobre su espalda con gusto. No tuvo un orgasmo, pero después de que yo eyaculara, me abrazó fuerte y no soltó mi pene hasta que terminó de masturbarse. Fue una experiencia muy íntima, y me sorprendieron las lágrimas de Minnehaha, que me explicó en un susurro cuando su madre regresó a su campamento. Ninguna mujer de la aldea tenía derecho a separarme de ella, solo su madre. No pensé mucho en el significado de esta costumbre y la abracé con fuerza. Aunque su madre era muy buena en la cama, jamás cambiaría a Pluma Blanca ni a su hermana por Minnehaha, dije lo suficientemente alto para que las tres mujeres me oyeran. Sentí las lágrimas de alegría de Minnehaha en mi mejilla. En resumen, me quedé con los sioux casi tres años y me acosté con madres e hijas por igual.

Cuando no estaba buscando pieles para mí y carne para el pueblo, solía sentarme con Minnehaha en su árbol favorito, y teníamos mu-

cho de qué hablar. Me dijo que estaba embarazada, y me alegré muchísimo. Claro que sabía lo de Bertha y Wilhelm, y que legalmente no podía casarme con ella. Seguía seria y triste; no sabía quién era el padre. ¿Charly, Craig o yo? Sentí el suave beso del cosmos en mi corazón y, lleno de amor, dije que aceptaría a su hijo como si fuera de Minnehaha y que no haría preguntas. Para ser sincero, hablé como un idiota.

Minnehaha había tomado su decisión y se casó con el padre de Águila Roja, 'Roca Trueno', por formalidad, como su tercera esposa, pues consideraba a Roca Trueno el sioux más capaz para ser un jefe adecuado. Regresó bastante taciturna de su noche de bodas; el anciano estaba sorprendentemente bien dotado y no perdió la oportunidad de acostarse con la joven Minnehaha toda la noche. Pero esa era la costumbre.

Minnewanna se había casado con Águila Roja. Él era el hijo menor de Roca Tronadora y, técnicamente, hijastro de Minnehaha. Había aprendido a leer y escribir de su padre y tenía muchas posibilidades de convertirse en jefe algún día. Era un gran guerrero, una figura imponente de dos metros de altura. Minnewanna ya estaba embarazada cuando, dos meses después, Águila Roja se unió a los Lakota para luchar contra los Hurones. Cayó en batalla, rodeado por una docena de Hurones. Mató a cinco Hurones antes de caer. Minnewanna lloró por su esposo, pero la aldea estaba orgullosa de su guerrero. Los Lakota trajeron su cuerpo, que fue enterrado con todos los honores. A Minnewanna se le permitió entonces regresar con su madre.

Pluma Blanca me echó del tipi cuando llegó el momento del parto de Minnehaha. Le importaba un bledo que yo fuera médico. Como partera, ya había asistido en el parto de docenas de niños, y los hombres no tienen permitido estar presentes en los partos. Me desterraron al tipi de una joven viuda y sufrí una agonía interior durante tres días mientras la viuda luchaba contra mí y contra sí misma con alegrías inesperadas. Pluma Blanca y Minnewanna habían hecho un buen trabajo; Minnehaha tuvo un parto muy largo, pero no muy doloroso. Corrí tras la pequeña mensajera hasta nuestro tipi. Abracé a Minnehaha; ¡estaba rebosante de alegría! Pluma Blanca me dejó ver al niño envuelto en pañales. Un niño blanco, pelirrojo, me miró con

la cara de John Craig. Salí corriendo de la tienda, perseguí a los perros del pueblo y los pateé hasta quedar exhausto. Entonces cometí el único pecado de mi vida. El niño, aún sin nombre, estaba gravemente enfermo, y no hice nada para salvarlo ni siquiera lo intenté. Estuve inconsciente durante 48 horas sentado en un tocón de árbol en la plaza del pueblo, arrojando piedras a los perros, las gallinas y los niños. Entonces Minnehaha vino y me llevó de la mano a nuestro tipi. Me quedé sin palabras; el pequeño bastardo había muerto y me necesitaban para el funeral. Yo era, al menos nominalmente, su padre y tenía el deber de subir el pequeño cuerpo a un árbol. Hice todo en un estado de confusión mental y solo recobré la cordura después de la ceremonia. Me senté con Minnehaha durante muchas horas en su árbol favorito y nos consolamos mutuamente. Ella comprendió que el rostro de su agresor me había herido profundamente, pero recordé que también era el hijo de Minnehaha. Solo lo comprendí mucho después.

Cuando llegó el momento de Minnewanna, Pluma Blanca me desterró de vuelta con la joven viuda para ayudar a Minnehaha con el parto. No fui desagradecido cuando la viuda, Nieve en la Hierba, descuidó por completo la casa y no me dejó salir del campamento durante dos días y dos noches. Había puesto a una niña de seis años a cargo de nuestro cuidado, y a cambio, la niña podía observarnos tan a menudo como quisiera. No me importó, aunque era una de las costumbres que desaprobaba. La niña no podía ser su hija, ya que sabía que una hija no tenía permitido ver a su propia madre teniendo sexo. Pero tenía que darlo todo, y Nieve en la Hierba no era de las que se andaban con medias tintas. Por primera vez en mi vida, una mujer me tomó el pene en la boca. Al principio fue muy inusual, pero pronto me encantó, y era una forma segura de ponerme duro, sin importar lo cansado que estuviera. Tuve que preguntarle tres veces si la había oído bien. Pero ella me insistió en que le tomara el clítoris con la boca y le lamiera la vulva con la lengua, pero me negué. Snow on the Grass era una típica mujer sioux, de unos 30 años, viuda y sin hijos, bajita y regordeta, con pechos insignificantes. Era muy pobre y vivía de lo poco que ganaba con el sexo. Por supuesto, le di los dólares que le debía, y seguí haciéndolo en años posteriores cuando acudía a ella para tener sexo. Ella tenía sexo a la manera particular de las mujeres sioux; básicamente, la mujer usaba su clítoris para estimular el pene

hasta llegar al orgasmo, mientras el pene la estimulaba a ella. Parecía funcionar mejor cuando ella cabalgaba sobre el hombre, presumiblemente porque podía alcanzar su clítoris con los dedos entre medias. También tenía buenos orgasmos cuando tenía sexo al estilo leñador, cara a cara. El estilo perrito no era muy popular entre las mujeres porque no podían estimular el pene en esa posición. Principalmente lo hacían solo para complacer al hombre blanco. Yo estaba muy exhausto, pero no insatisfecho. La nieve sobre la hierba era muy buena para mantener el fuego encendido y me puso a prueba al máximo. Finalmente, una mensajera me rescató y me condujo a nuestro tipi. Minnewanna había dado a luz a un niño hermoso y sano, y me permitieron anunciar a la comunidad del pueblo, en nombre de su padre, que se llamaría «Halcón en el Relámpago», como habían decidido Pluma Blanca y Minnewanna.

Iba al bosque con más frecuencia que antes, colocaba el doble de trampas y abastecía al pueblo con abundante carne. Mi nuevo revólver, que había conseguido regateando de 8 a 6 dólares, era excelente: se recargaba más rápido que el anterior y era muy preciso. Incluso cuando hacía mis rondas sin rifle, podía cazar ciervos y otras presas con el revólver y ayudar a alimentar al pueblo. Los sioux comían principalmente pescado, pero en mi opinión, era demasiado monótono.

Charly llevaba un año desaparecido y ahora regresaba con varios barriles de whisky. Los sioux bailaban alrededor del fuego en la plaza del pueblo, disfrutando del whisky. Pero era inútil que Charly mencionara su deseo de convertirse en jefe; se rieron de él a carcajadas. “¿Había muerto Thunder Rock?” Charly, a quien reconocí de inmediato como el violador de Minnehaha, me miró con odio manifiesto cuando le dijeron que yo era el marido de Minnehaha. Charly se escabulló antes del amanecer y se marchó sigilosamente en su carreta. Todos seguían dormidos, menos yo. Le susurré a Minnehaha que seguiría a Charly. Seguí al criminal de forma invisible y silenciosa, pero después de unos 24 kilómetros, quedó claro que se dirigía al trote hacia la granja de Craig. Me quedé en las sombras del bosque; no pasó nada en todo el día, así que regresé a casa.

Lo seguí mes tras mes, durante un año entero. Una vez, detuvo su carreta; algo se había roto en medio del bosque. Se arrodilló junto a la carreta, en la tierra, y no me oyó llegar. Miró a su alrededor mientras yo amartillaba el revólver. Me apuntaba directamente al cañón a escasos centímetros de distancia. Pero no pude obligarme a dispararle a sangre fría a aquel hombre indefenso. Le apunté a la cabeza y lo dejé allí. Yo no era un asesino.

La última vez, lo adelanté sin que me viera y me escondí en la granja de Craig. Craig llegó primero, seguido de Charly media hora después. Escuché su conversación y supe que estaban destilando whisky cerca. Craig había comprado grano y Charly había conseguido combustible. Planeaban partir al día siguiente. Ambos disfrutaban de su whisky, y Charly le dijo a Craig que el hombre blanco que vivía con los sioux podría haber descubierto su plan. Ahora era el esposo de la hija del jefe, que le pertenecía por derecho. No descansaría hasta que Craig lo echara o lo enviara con los ancestros. Craig soltó una carcajada: «¡Entonces lo pondremos junto a ese detective entrometido que eliminamos hace tres años!». Charly se animó: «¿Te refieres a él, el que vive a medio kilómetro de nuestra cueva?». Craig confirmó con una carcajada, pasándose la mano por el pelo rojo. «¡Exacto, el mismo! ¡Está custodiando nuestro roble, el muy tonto!». Bebieron durante horas y no volví a saber nada de ellos. Me escabullí en silencio y me adentré con determinación en el bosque. Sabía perfectamente a qué roble se referían, porque había descubierto el esqueleto hacía varios meses, pero no había querido perturbar la tranquilidad del supuesto leñador. Ahora, sin embargo, sabía que era un detective de Regina, la capital de la provincia, y que la cervecería estaba ubicada en una cueva a ochocientos metros. Conocía muy bien la zona; sabía dónde había algunas cuevas junto al lecho del río. Ochocientos metros... tenía que ser eso.

A la mañana siguiente descubrí la cueva correcta. Entré y voilà, allí estaba todo: un hogar, una tetera y un alambique. Barriles y toneles vacíos por doquier. Entonces llegaron los criminales, incluso antes de que hubiera salido de la ratonera. Me escondí, hubo un feroz intercambio de disparos, y nos mantuvimos a raya durante dos días y dos noches. Tenía una cartuchera llena y un buen revólver; le había disparado a Craig en el brazo, lo que me dio dos horas de tregua. Los

demonios entonces escondieron yesca en la entrada y la encendieron. Poco a poco, pero con seguridad, me quedé sin humo. Me tumbé en el suelo, donde había menos humo. Horas después, el sonido de cascos de caballo y un breve intercambio de disparos. ¡Minnehaha!

Ella había movido cielo y tierra, reuniendo finalmente a un grupo de hombres y policías, y había seguido las huellas de los neumáticos desde la granja de Craig. Salí tambaleándome, apoyado por Minnehaha, e indiqué al policía bajo qué roble podían encontrar el esqueleto del detective. Eran sus asesinos, no simples destiladores clandestinos. Una hora después, la policía regresó; habían encontrado el esqueleto y su placa. Todo quedó tal cual para que el juez de paz inspeccionara la escena del crimen con sus propios ojos.

A Craig y a Charly los habían subido a caballos y atado. Los policías no los trataban con delicadeza, así que me acerqué a Charly. Nuestras miradas se cruzaron. Fue nuestra primera y última conversación. Le hablé en sioux. «Minnehaha es mi esposa, me encontró y me salvó». Charly escupió al suelo a mi lado. «Volveré a buscarla, es mía, ¡ya la tuve!». La insolencia del muchacho me enfureció. «Te veré dos veces más en tu vida. Una en el juzgado, y la segunda vez...» — busqué la palabra, que estaba seguro de no haber oído nunca en sioux, y la dije en inglés — «la segunda vez veré las plantas de tus pies descalzos mientras te retuerces en la horca». Continué en sioux: «¡Mírala una última vez, Minnehaha, mi esposa! ¡Ella estará calentando y besando mi pene durante muchos inviernos, mucho después de que tú yazcas bajo tierra, y allí solo los escarabajos y gusanos besen tu pene!». Capté una mirada de aprobación de Minnehaha y, para mi sorpresa, de uno de los exploradores. Escupí al suelo frente a Charly — consciente de que esto era una señal de absoluto desprecio — y grité que se llevaran a esa escoria.

Testifiqué en el juicio, aunque no era estrictamente necesario. Charly había confesado el asesinato en coautoría a cambio de que su cuerpo fuera entregado a los sioux. Craig, por supuesto, lo negó todo hasta que el juez lo confrontó con Charly. Charly, preocupado por su entierro, repitió su confesión palabra por palabra. En ese momento, Craig perdió los estribos; le gritó a Charly largamente, y el juez también obtuvo su confesión. Ambos fueron ahorcados al día siguiente.

Conduje la carreta con el cuerpo de Charly hasta la reserva y se la entregué a su madre. Él era mi enemigo y el de los minnehahas, pero ningún sioux le negaría un entierro. La madre me miró a los ojos y preguntó por John. Solo podía referirse a Craig, y le dije que Charly y John habían tenido una reunión con los ancianos, habían sido declarados culpables de asesinato cobarde y habían sido ahorcados; esa era la costumbre del hombre blanco. Ella asintió. — A ese John, lo vi y le pedí a Charly que se mantuviera alejado de él, porque John era un hombre muy malo. Pero ¿qué hijo le hace caso a su madre? — Apartó la tela y miró a Charly a la cara — . Habría seguido siendo un buen hijo si no fuera por ese John. — Casi podía ver sus sentimientos. Me miró — . Gracias por no haberlo matado cuando pudiste haberlo hecho. Quería matarte porque le quitaste a su esposa. — Me quedé pensativo, pues ella había visto muchas cosas que nadie más había visto.

Viví con Minnehaha, Minnewanna y Pluma Blanca durante el año siguiente. Mi trabajo como proveedor de carne le dio sentido a mi estancia; las pieles y los cueros me reportaban muchos ingresos. Vivía en gran paz y en armonía con la naturaleza. Incluso el hecho de acostarme regularmente con las tres mujeres me parecía correcto en aquel momento. Pero me di cuenta de que Minnehaha se sentía muy sola. No era que no la quisiera lo suficiente, que no la acariciara, que no durmiera con ella ni que no tuviera conversaciones agradables con ella. Se sentía sola de una manera que yo, como médico, atribuía a la melancolía o la depresión. Mis cuidados solo ralentizaron su deterioro; no lo detuvieron. La escuché con mucha atención y poco a poco la animé a que se examinara a sí misma con mayor detenimiento. Estaba consumida por el deseo de hacerse monja. Eso era todo.

Ensillé dos caballos, cargué las pertenencias de Minnehaha en un caballo de carga y la dejé despedirse de Minnewanna y Pluma Blanca. Minnehaha sabía perfectamente adónde íbamos. Llegamos al convento de Lebret tres horas después. La recibieron con los brazos abiertos; todas las monjas aún la recordaban. Me despedí con un largo abrazo. Le dije que si era feliz allí, yo también lo era. Y que si quería, sería bienvenida en el pueblo cuando quisiera; su hermana, su madre y su marido estaban a tres horas de camino. Quizás fue un poco inapropiado cómo abracé y besé a mi esposa por última vez, pero

sus ojos brillaban. Con el corazón apesadumbrado, regresé a la reserva.

Llegó tres años después. Fue la primera mujer nativa americana en hacerse monja; la llamaban Hermana María. Regresó a su aldea para morir allí. La examiné como médico y no encontré nada, excepto que se consumía como la mecha de una vela. Pluma Blanca corrió gritando hacia el bosque y regresó dos días después, arañada y con la ropa hecha jirones. Se sentó en el suelo del tipi y lloró en silencio. Preparé caldo de pollo para Minnehaha, y ella lo bebió obedientemente, pero sabía y sentía que el final estaba cerca. Me pidió que me acostara a su lado y le tomara la mano; esa noche iba a estar con la Reina del Cielo, con la Madre María.

Le tomé la mano y decidí no dormirme. No dormirme. No dormirme. No dormirme. Tuve fantasías salvajes. Corrí por el bosque, revisando las trampas a mi paso. En una trampa estaba John Craig, con su pelo rojizo cortado al cepillo, la cola atrapada, aplastada. Frente a él estaba Charly, con el cuello en la trampa para osos, también aplastado. Águila Roja, llevando a la ligera como una pluma Minnewanna en sus brazos, amamantando al pequeño halcón contra su pecho de niña. Cruzó el río Qu'Apelle hasta la otra orilla, donde tantas veces me bañaba con Minnehaha. Me doy la vuelta, ¡y ahí está Minnehaha! Pero está saliendo del río desnuda; la veo, y ella me ve. "Me voy, mi amor. Solo quería decirte adiós y agradecerte todo, por los maravillosos años. ¡Adiós!" Una ligera niebla se elevó, y quise llamarla para que se quedara, pero se desvaneció en la niebla. Salté hacia donde ella había estado, pero caí de bruces al río. Desperté empapado en sudor frío. Inmediatamente agarré la mano de Minnehaha, pero estaba helada. Le toqué el cuello; no tenía pulso. Me levanté de un salto y desperté a Pluma Blanca y a Minnewanna. Encendieron la luz y palpamos a Minnehaha. Estaba muerta.

Había construido una pequeña plataforma en su árbol favorito; merecía un lugar agradable. No, en su árbol favorito, a tiro de piedra de la plaza del pueblo, no tan lejos como de costumbre. Nadie protestó mi decisión. Pluma Blanca la había envuelto en la tela más fina y cara que poseía. Los aldeanos se habían reunido y cantaban canciones fúnebres, las mujeres con voces agudas, los hombres con graves.

Minnewanna le entregó el cuerpo de Minnehaha a Pluma Blanca, y Pluma Blanca me lo entregó a mí para que lo subiera a la plataforma. Envolví la tela con más fuerza; los cuervos y los buitres no deberían alcanzarla fácilmente. Permanecí inmóvil durante mucho tiempo; conocía las costumbres. Levanté los brazos, con los puños apretados. El espíritu de Minnehaha estaba en mis puños; los giré y abrí las manos. En ese instante, el espíritu de Minnehaha se elevó hacia los ancestros. Miré a los aldeanos, a mi familia, a Minnewanna, y mi mirada se posó en los maravillosos ojos de Pluma Blanca. «¡Minnehaha nos ha dejado, nos ha dejado!», tuve que gritar. Con eso, la celebración terminó. Seguía contemplando los maravillosos ojos de Pluma Blanca, que ahora se llenaban de lágrimas, y al cabo de un rato, asintió y fue la última en abandonar la plaza del pueblo. Me senté en la plataforma, cerré los ojos y conversé con mi esposa, a quien había rescatado de la ventisca seis años atrás. No respondió, pero tenía mucho que contarle. Al caer la noche, Minnewanna vino y me llamó suavemente. La seguí hasta el tipi.

Me quedé con los sioux durante más de diez años, en el campamento con Minnewanna y Pluma Blanca. Habíamos juntado dos campamentos y dormíamos allí los tres. Yo yacía en el medio, abrazado por ambas mujeres. Sus manos se encontraban sobre mi pene y, como hermanas, se ponían de acuerdo sobre a quién debía servir primero. A menudo eran sus labios a la vez los que, con paciencia y conocimiento, me excitaban. Los labios de Minnewanna tenían que excitarme mucho más a menudo porque Pluma Blanca quería follarme. Pluma Blanca ya estaría sentada sobre mis muslos, y Minnewanna tendría que lamer y humedecer su clítoris con la lengua durante unos instantes antes de que Pluma Blanca me montara, momento en el que Minnewanna tenía que apartarse a regañadientes. A Minnewanna obviamente le encantaba lamer el clítoris y se resistía a soltar a Pluma Blanca. A veces estallaba en cólera de celos, entonces no soltaba el clítoris de Pluma Blanca y la lamía sin cesar hasta que llegaba al orgasmo. Pluma Blanca estaba exhausta, y Minnewanna se sentó triunfante a horcajadas sobre mi pene. Pero no debía celebrar demasiado pronto. Durante el lamido, que me recordaba incómodamente a Bertha, me había perdido en los ojos de Pluma Blanca, observando sus expresiones con creciente lujuria. Estaba asombrada, encantada, excitada, y se retorció en una mueca cuando llegó el orgasmo. Exhaló

y se echó hacia atrás un poco para darle la oportunidad a Minnewanna. El lamido me excitaba tanto cada vez que me corría a los pocos segundos de que me montara, así que Minnewanna no tenía tiempo suficiente para masturbarse y llegar al orgasmo sobre mi pene.

Pluma Blanca se aseguraba de tenerme más a menudo que a Minnewanna, y a mí me parecía bien, porque ella follaba con mucha más pasión. Minnewanna se apartaba castamente cuando Pluma Blanca y yo follábamos. Cuando terminábamos, se volvía hacia mí y me abrazaba como si fuera mi esposa. Me daba tiempo antes de follar conmigo. Era un tiempo tranquilo y pacífico con mis dos esposas restantes. A menudo le preguntaba a Minnewanna si no quería un marido; yo cortejaría al hombre en lugar de mi padre. Pero ella negaba con la cabeza; no quería otro hombre. Pluma Blanca y yo nos mirábamos en silencio; no queríamos expresar nuestros pensamientos en voz alta. Me comportaba como un verdadero sioux.

Me acompañaban dos jóvenes cazadores cuando fui al bosque a buscar carne. Apenas dijimos una palabra; observaban cómo localizaba la presa y me acercaba sigilosamente a pocos metros. Me veían lanzar mi cuchillo de caza o disparar mi revólver. Los muchachos aprendieron rápido; ahora dejaba que uno de ellos lanzara su cuchillo o disparara la flecha. Les había comprado cuchillos de caza grandes, como el que yo usaba. Sus ojos se iluminaron. Llevamos mucha carne de vuelta a la aldea; nadie debía pasar hambre, como los lakota y los hurones, nuestros vecinos inmediatos. Compartimos la carne con todos, y yo me quedé con la mayoría de las pieles. Conseguí buenos dólares por ellas en Lebret, y a menudo traía regalos de la ciudad, pero nunca cuentas de vidrio ni otras baratijas. Los sioux necesitaban herramientas fiables, lonas y cuerdas de todo tipo. Fue mi decisión darles a los pobres cosas que realmente pudieran usar.

Me quedé despierta en la noche. Bertha me había llamado, llorando suavemente y con tristeza. Para que quede claro desde el principio, no creo en fantasmas, espectros, y mucho menos en lo oculto. Pluma Blanca me acarició la cola. “¿Qué pasa?” Pero no respondí; no necesitaba que me acariciaran la cola ahora mismo, solo dormir. Así que me dormí enseguida mientras Pluma Blanca me acariciaba la cola con delicadeza. Pero me despertaba casi todas las noches, sobre-

saltada por los gritos desesperados de Bertha. “¿Qué te dicen tus ancestros?”, preguntó la mujer, sumamente sensible y perspicaz. Fui con ella al árbol favorito de Minnehaha, nos sentamos y, en aquel lugar tan apacible del mundo, le conté mis sueños. Pluma Blanca asintió pensativa: “Tienes que escuchar eso; no sucede sin motivo”. Apoyó la cabeza en mi hombro. “Me entristece que tengas que irte, querida; me he acostumbrado a tenerte en mi cama. Te echaré de menos cada noche, y Minnewanna no lo soportará mucho mejor. Pero debes seguir la voz de tu otra esposa.” La abracé. “¿Cuántas vidas tiene una persona, cuántas esposas puede amar?” Pluma Blanca no respondió de inmediato. “Quédate en mi cama unos días más; Minnewanna y yo queremos despedirnos de ti, porque no sabemos si volverás alguna vez.” ¿Qué esperaba, una respuesta filosófica a mi tonta pregunta? No, esta mujer nativa americana me dio la única y más sencilla respuesta, la que le salía del corazón.

Salí de caza por última vez con mis dos compañeros. Al regresar al pueblo al anochecer, cargados con la presa, nos sentamos junto a la fogata como de costumbre. Los miré a los ojos, uno tras otro, una señal para los sioux de que algo importante estaba a punto de suceder. “Hoy cazasteis solos; no lancé mi cuchillo. La carne y las pieles son todas vuestras. Ahora sois buenos guardabosques, los mejores de vuestro pueblo”. Me miraron a los ojos y asintieron con aprobación. “Si lo dices tú, nos llena de orgullo. Aprendimos todo de ti; cazar como un guardabosques trae abundante carne para nuestra gente”. Ambos asintieron con aprobación. El otro dijo: “Sabemos que vais a emprender un largo viaje y ni siquiera sabemos cuándo regresaréis. Pensaremos en vosotros antes de lanzar nuestros cuchillos a la presa”. Debí de parecer bastante tonto, porque ambos se echaron a reír y se dieron palmaditas en la espalda. Al cabo de un rato, me uní a la risa, aunque no sabía cómo lo hacían. Si un sioux oía algo, todos lo oían. Me sentí un poco avergonzado por haber alardeado tanto de la noticia. Nos despedimos y me fui a nuestro tipi. Minnewanna parecía muy triste; obviamente había estado llorando todo el día. Me arrodillé frente a ella, le tomé la cabeza entre las manos y la besé en los labios como lo haría un guardabosques. Enseguida recuperó el ánimo. Le dije en voz alta, para que Pluma Blanca me oyera, que hoy había sido mi última cacería y que, de ahora en adelante, solo quería estar

entre sus muslos y no prestaría atención a los ladridos de los perros. (Así lo decían los sioux).

Por supuesto que cumplí mi palabra; no me dejaron otra opción. Simplemente me tumbé en la amplia litera y me trajeron comida y bebida. Incluso al pequeño Falcon lo enviaron a quedarse con unos parientes por el momento; todo el pueblo parecía saberlo, nuestras constantes relaciones sexuales no eran ningún secreto. En realidad, seguía siendo un hombre blanco cuando lo pensaba. Para los sioux, era perfectamente normal.

Pluma Blanca me acariciaba el pene hipnóticamente cuando necesitaba dormir. Minnewanna me follaba bajo la mirada crítica de Pluma Blanca, pero siempre se volvía castamente hacia la pared de la tienda cuando Pluma Blanca y yo follábamos. Ambas me abrazaban como esposas después de que yo terminaba de follar con la otra. Los sioux eran muy particulares con los diferentes tipos de abrazos. Me besaban en los labios como los rangers, los blancos, aunque esa no era una costumbre sioux.

En la novena noche, desperté con un fuerte grito. Pluma Blanca me acarició la cara con ternura. “¡Te está llamando, debes ir ahora!” Sin consultarme, ambas mujeres, a la luz del fuego, comenzaron a empacar mis pertenencias de manera ordenada y eficiente en mi mochila y bolso. Minnewanna salió corriendo y ensilló un caballo. “Déjalo en el convento; lo traeremos más tarde”. Pluma Blanca sonaba como siempre cuando salía a caballo. Ambas me abrazaron y monté. “Roca Trueno ya lo sabe”, agregó Minnewanna, acurrucándose contra la figura majestuosa de Pluma Blanca. Prometí regresar cuando hubiera completado mi tarea. Me observaron hasta que desaparecí en el bosque. Mis dos guardabosques cabalgaban a cierta distancia detrás de mí, tal vez para traer de vuelta al caballo blanco de inmediato, o tal vez para asegurarse de que ningún Lakota o Hurón estuviera al acecho. Los saludé con la mano mientras desmontaba frente al convento, dejando al caballo allí de pie. Me devolvieron el saludo y tomaron las riendas. Troté hacia la estación; Después de tres largos días, regresé a Boston, esta vez con unos cuantos dólares más en mi mochila, ganados con las pieles. Pluma Blanca ya habrá encontrado mi nota y el fajo de dólares. Roca Trueno sabía leer, leía inglés, y le

traduciría mis palabras de despedida al sioux. Les escribí cuánto las amaba a ambas y cuánto extrañaría sus muslos cálidos, que me habían dado tanto placer. Cuánto las extrañaría a ambas, mientras me hacían sumergirme entre sus voluptuosas curvas como salmones remontando el río. Cuánto extrañaría sus labios cálidos, labios que levantaban al guerrero cansado, una y otra vez. Moriré de dolor y añoranza porque ya no puedo acariciar sus hermosos senos, tanto pequeños como grandes, con mis manos. Cuánto extrañaré sus pequeños guisantes rojos, que pulían tan finamente con sus labios, lengua y dedos durante mi ausencia. Cantaré la canción de las dos junto a las fogatas del hombre blanco hasta el final de mi viaje, y atribuiré mis lágrimas al humo de la fogata. ¡Adiós! — Thunderous Rock recitaba solemnemente estas palabras al menos tres veces en sioux, pues en la palabra escrita hablaba el espíritu del escritor, y la comunidad del pueblo murmuraba un sonoro asentimiento y abrazaba a ambas mujeres. Todo esto estaba de acuerdo con la costumbre sioux.

Tomé un carruaje tirado por caballos desde la estación y me llevaron a casa. ¡A casa! Qué extraño me pareció, pero yo también debí parecer extraño a los bostonianos: ¡un hombre blanco con ropa de cuero de nativo americano y envuelto en una piel de oso! Pero probablemente era el único que no tenía frío. El carruaje se detuvo, agarré mi mochila y mi cartera, y bajé. ¡Veinte años! ¡Veinte, ni un centavo menos! Toqué el timbre. Hubo un revuelo, pero tardaron un rato en abrir la puerta.

La chica tendría unos 16 o 17 años y iba envuelta en un abrigo grueso. “¿En qué puedo ayudarle?”, preguntó, asegurándose de que los vecinos la vieran. “¿En qué puedo ayudarle, señor?”, me presenté. “Soy el doctor Otto Weiser, mi esposa Bertha Weiser vive aquí, ¿verdad? — He estado viajando durante muchos años y recién ahora regreso a casa”. La chica me miró con mucha curiosidad y luego dijo: “Ya lo conozco, doctor, ¡pase!”. Solo entonces me di cuenta de que había hablado alemán, con un acento inconfundiblemente bostoniano. Entré y ella cerró la puerta rápidamente, “por la calefacción, o mejor dicho, por el frío”. No, esta no era una criada, desde luego que no. La chica también parecía lista, pues adivinó mis pensamientos. “Soy Maya, Marjorie Weiser, Bertha von Böhm-Weiser es mi madre”.

Me detuve en seco, probablemente pareciendo un completo idiota. Con un movimiento automático, me quité el gorro de piel. “Hija de Bertha”, repetí, y ella asintió. “Vamos, vamos, mamá probablemente está esperando ansiosamente para saber quién tocó el timbre”. Subió corriendo las escaleras, no hacia la recepción de la derecha. Dejé mis paquetes, dejé que mi alfombra de piel de oso se deslizara al suelo y la seguí. Fue directamente al dormitorio de Bertha y me esperó. “Mamá no ha hablado de otra cosa que de ti durante las últimas cuatro semanas. Déjame ir a preparar a mamá”. Asentí, y ella entró en el dormitorio de Bertha. Apenas un minuto después, me llamó. Me arreglé los leggings de cuero y la chaqueta de cuero ricamente decorada y entré.

Bertha, demacrada y esquelética, se incorporó en la cama, con Maya de pie a su lado. El aire de la habitación era sofocante y viciado, con un olor a muerte que lo impregnaba todo. Me acerqué a la cama y besé la mejilla y las yemas de los dedos de Bertha, como hacía veinte años. Una sonrisa fugaz cruzó el rostro demacrado de Bertha. «¡Otto! ¡Cariño, me alegra tanto que estés aquí! ¡Llevo semanas esperándote! ¡Ven, siéntate conmigo!». Tomé una silla y me senté a su lado. Maya se sentó en un rincón, sintiéndose invisible, escuchando atentamente cada palabra.

Por supuesto, Bertha quería saber de dónde venía y qué significaba mi atuendo inusual. Le expliqué que había vivido con los indígenas de Canadá durante 20 años y que mi traje era para ocasiones especiales. «No es exactamente lo que esperabas». Ambas sonreímos. Ahora sí que hablaba. Su padre había sido ennoblecido, por eso se hacía llamar «von Böhm» en su honor; había fallecido y le había dejado una gran fortuna. Maya la heredaría cuando ella muriera. Bertha la interrumpió. Había dado a luz a Maya hacía 17 años; era su hija. No podía decir quién era el padre; había llevado una vida disoluta en aquel entonces y había tenido relaciones con cientos de pretendientes. Eligió sus palabras con cuidado, por consideración a Maya.

«Otto, mi amor, debo de tener un aspecto terrible, y la verdad es que no me encuentro nada bien. Llevo meses sin mirarme al espejo; me da miedo decepcionarme». Se dejó caer cansada sobre la almoha-

da. Le aseguré que tenía mucho mejor aspecto que la tía Käthe. A pesar de su enfermedad, soltó una carcajada. Käthe, completamente sorda, era famosa por sus flatulencias despiadadas. En un banquete imperial, disparó el cañón con tanta fuerza que el emperador, sobresaltado, dejó caer su albóndiga de hígado de la cuchara en el caldo. Horrorizado, el monarca miró al ilustre grupo, que, con la cara roja, miraba fijamente sus platos de sopa para reprimir la risa. El emperador preguntó asombrado si había habido disparos en el patio, si había estallado una revuelta como en 1848. Nadie se atrevió a responder hasta que el canciller se inclinó confidencialmente hacia Su Majestad y lo negó. Fue solo Su Gracia, la condesa von Gollowitz, quien disparó el cañón. ¡Qué flatulencia, Su Majestad, qué flatulencia! Por desgracia, nunca supimos cómo reaccionó el Emperador. Pero me alegró que la pobre Bertha tuviera algo de qué reírse. Retomó el tema, pero habló en francés para que Maya no la entendiera.

Cuando nos dejaste, yo estaba pasando por una etapa de locura. Nuestro pequeño Willi había muerto, y eso me dejó completamente destrozada. Viví esa etapa como si fuera una auténtica libertina, pero no lo era. No podía soportar la pérdida; me abalanzaba sobre los hombres como una depredadora y me acostaba con todos. Me acostaba indiscriminadamente con cualquiera que tuviera pene. Tuve ministros y alcaldes, profesores y dueños de fábricas, cocheros y herreros en mi cama. Cientos, si no miles. Cuando quedé embarazada, ni por un segundo consideré matar a la pobre criatura. Lo acepté, di a luz y la llamé como tú. La amaba muchísimo, a mi Maya. La crié para que fuera una chica decente y la protegí de mi vida disoluta lo mejor que pude. Claro que nada se le escapaba a medida que crecía, pero se negaba a corromperse. Y hace seis meses, enfermé, dejé de ir a fiestas y celebraciones, y ya no tuve amantes. Sentía que mi fuerza vital se desvanecía. Te ibas apagando poco a poco y anhelaba tu regreso; no podía dejar a Maya huérfana. Bertha tosió violentamente; hablar la cansaba mucho.

Pregunté si nuestro viejo amigo Frieder seguía vivo, y Bertha asintió. Maya intervino; tenía el número de teléfono del profesor y, si quería, podía llamarlo al pasillo. Nunca antes había visto un teléfono, pero bajé con la chica y ella hizo la conexión. Maya señaló un embudo — para escuchar — y otro — para hablar sin gritar — . Me conmo-

vió la naturalidad con la que interactuaba con un trampero de la más profunda Edad Media. Frieder se alegró de que yo siguiera vivo, y yo me alegré de que mi antiguo profesor siguiera vivo. Fui directo al grano: Bertha estaba gravemente enferma y tenía que hacer algo. Frieder me dio instrucciones claras y luego me llamó a su casa; tenía un laboratorio completamente equipado. Tomé muestras de sangre, saliva y orina, y le pedí a Maya que me explicara el camino. «Si no te entretienes, llegarás en cinco minutos». Memoricé cuidadosamente la ruta y la dirección y me marché a toda prisa.

Frieder era profesor emérito, pero seguía activo en la investigación. Me pidió que describiera los síntomas con detalle y enseguida se puso a trabajar. Reconocí algunas cosas, pero muchas otras eran nuevas para mí. Incluso tenía un microscopio y me dejó mirar, pero no pude ver nada. “¡Exacto, Otto, exacto! ¡Yo tampoco encuentro nada que pueda explicar la situación, ni remotamente!”. Habíamos trabajado en el laboratorio durante cinco horas seguidas sin el más mínimo éxito. Le pregunté a Frieder dónde podía encontrar una buena enfermera. Hizo varias llamadas y tuvo éxito. “La mejor enfermera que conozco viene mañana a las 7. Es la mejor, ¡así que págale como corresponde!”. Por supuesto, tuve que preguntar cuánto, y me dijo la cantidad; no era mucho. Le di las gracias a mi viejo amigo y me disculpé, diciéndole que algún día le contaría todo sobre mi vida con los nativos americanos, pero por ahora, corrí a casa. Me impulsaba la inquietud.

Maya había seguido mis instrucciones y había comprado una olla de caldo de res puro en un hotel cercano, y ya le había dado a Bertha una taza para que la bebiera caliente. Ahora Bertha estaba dormida. Maya me mostró una habitación contigua que había preparado para mí y el armario donde colgaban mis trajes viejos. Había encendido el calentador eléctrico hacía horas, pues sospechaba que querría bañarme. “¡Báñese, doctor, inmediatamente!” Tuve que estar de acuerdo con ella; la última vez que me bañé fue en el río de mi pueblo hacía una semana. Abrió el grifo del agua caliente y le pedí que no me tratara con formalidad, ya que compartía mi nombre y era prácticamente mi hijastra. Asintió en silencio y me dejó bañarme. Media hora después, estaba limpio, recién vestido, y colgué mi ropa de cuero estilo nativo americano; se enmohecería en el armario.

Catherine de la Meunière llegó temprano por la mañana con otra cuidadora con quien compartiría el turno de 24 horas. Maya le mostró la habitación. Diez minutos después, Catherine se hizo cargo, y le agradecí a Frieder. Era lo mejor que podíamos hacer por Bertha. Le tomaba el pulso, la presión arterial y su estado general cada hora. Maya le había dado a Bertha principalmente té, pero ahora había pedido caldo de carne, aunque no mejoró mucho. Le leía el periódico y hablaba con ella, pero dormía cada vez más, hasta 20 horas al día. Las cuidadoras hicieron lo que pudieron; Maya y yo nos mantuvimos al margen.

Al segundo o tercer día, Catherine vino a mi habitación por la noche; su colega se había hecho cargo. Tuvimos una conversación animada, ella sentada al borde de la cama y yo desnudo entre las sábanas. Notó que tenía una erección y el tema cambió rápidamente. Finalmente, Catherine me preguntó muy directamente si debía hacer algo. Sonreí y le dije que aún había sitio a mi lado. Se sobresaltó; en realidad había estado pensando en una masturbación. Negué con la cabeza; ese no era mi estilo. Catherine se quitó la gorra y sacudió su cabello castaño rojizo. Me miró a los ojos durante un buen rato y se desnudó sin decir palabra. Era una belleza impactante, un poco mayor que yo, tal vez de 48 o 50 años. Pero era una mujer, y en ese mismo instante me habría acostado incluso con Baba Yaga. Me dejó tener sexo con ella sin aspavientos, permitiéndome eyacular dentro de ella, ya que dijo que ya había pasado su mejor momento. Era muy complaciente y se masturbó hasta el orgasmo con un dedo mientras yo empezaba a eyacular. Se fue después de media hora y ha estado volviendo todas las noches desde entonces. No sé quién de los dos lo necesitaba más.

Tres semanas después, Bertha había muerto. Había insistido en tener un notario presente y en cambiar su testamento. Me nombró tutora única de Maya y dividió su herencia entre Maya y yo. Murió sin dolor; su vida simplemente se desvaneció. Me senté junto a su cama durante lo que pareció una eternidad, mientras nuestros momentos juntos en la juventud flotaban suavemente en mis pensamientos. Cuando finalmente me levanté, mi siguiente pensamiento — lo confieso con vergüenza — fue que el sexo placentero y casual con Catherine había terminado. Maya y yo organizamos el funeral, enviamos

telegramas a sus familiares en Viena y Praga, y luego nos quedamos junto a su tumba entre un centenar de dolientes. Un sacerdote, el alcalde y alguien a quien no conocía bien pronunciaron discursos: conmovedoramente honestos, los demás completamente engañosos. No me importaba; no tenía nada que decirles. Mis pensamientos no estaban con Bertha, sino con Minnehaha. Le hablé en silencio, diciéndole que tomara a Bertha de la mano y le mostrara el camino. Sabía que Minnehaha lo entendería. Hubo un festín donde comieron como cerdos detrás de los tipis y se bebieron el vino blanco en minutos como si fuera agua. Me mantuve completamente al margen y dejé a la pobre Maya sola con ese grupo de mentirosos. Me senté con Frieder en una mesa apartada, saqué el mejor whisky y bebimos discretamente en copas de vino, como todos los demás. Le conté a Frieder sobre mi tiempo con los sioux y cómo llegué a vivir con tres mujeres nativas americanas. Fue Frieder quien me presentó al joven escritor y reportero Emil Droonberg. También fue Frieder quien se unió a nuestras conversaciones y me sonsacó todos mis secretos. Originalmente, quería guardar para mí lo de Charly y John Craig; no había nada de lo que quisiera presumir. Pero Emil escribió una apasionante historia de crímenes al respecto.

Mi historia terminaría aquí, pero aún falta el final. El verdadero final.

Sin Bertha, la casa estaba sumida en un silencio sepulcral y desierta. Los dolientes se habían marchado, y le dije a Maya que dejara todo como estaba; Frieder había contratado a un equipo de limpieza para mañana. Los amigos piensan en esas cosas cuando uno está abrumado por el dolor y la despedida.

Estaba tumbada en la chaise longue leyendo el periódico, Maya en mi regazo, molestándome con preguntas de vez en cuando. Había decidido responderle todo con sinceridad y no recurrir cobardemente al francés. Le conté todo lo que Bertha me había dicho en francés. Maya se quedó pensativa. «Siempre lo supe y aun así me dejé engañar; Bertha lo quería así», dijo, e inmediatamente me di cuenta de que no había dicho «Mamá». «¿Lo sabías?», preguntó directamente, y negué con la cabeza. «Entonces, ¿Mamá era una puta porque se acostó con cientos y cientos de hombres?». Los ojos de Maya se llenaron de

lágrimas. Se las sequé. «Tonterías, Bertha no era una puta; le encantaba dar y recibir sexo. Era como comer y beber cuando tienes hambre. ¡Bertha no era ninguna puta!». ¿Acaso Maya percibió lo vacío y engañoso que sonaba? Necesitaba la verdad; se merecía la verdad. «Me escapé cuando murió Wilhelm y Bertha trajo a sus amantes a nuestra habitación». Los párpados de Maya temblaron, luego preguntó, alargando la pregunta: "¿Amantes?", y no tuve que pensarlo mucho. "Trajo chicas guapas a nuestra cama matrimonial, donde se besaba apasionadamente con ellas y tenía sexo". Una descripción concisa del último año de nuestro matrimonio. "Pero", continuó Maya, "besarse apasionadamente, eso lo sé por mis amigas. ¿Pero sexo? ¿Sexo de verdad?". Pensé un momento; no estaba seguro de lo que Maya sabía sobre sexualidad. "Sí", dije, "muchas mujeres tienen sexo entre ellas, se dan orgasmos mutuamente y se frotan clítoris con clítoris y tienen un orgasmo como cuando tienen sexo con un hombre". Había dicho demasiado; lo supe de inmediato. "¿Qué es un orgasmo? ¿Qué es un clítoris? ¿Y está bien que las mujeres tengan sexo entre ellas?". Ese es el castigo de Dios.

"Son tres preguntas, las responderé en un orden diferente, ¿de acuerdo?" Maya asintió y se puso boca abajo, apoyando la barbilla en las palmas de las manos. "El clítoris se encuentra encima de la vulva, y su tamaño varía desde el de un guisante hasta el de la punta de un dedo. Bertha tenía uno así de grande. ¿Me sigues? ¿Conoces tu clítoris?", pregunté, y ella negó con la cabeza al principio. Luego bajó la mirada. "Creo que sí, pero no estoy segura. Tengo un punto que casi nunca toco porque inmediatamente tengo ganas de orinar. ¿Eso es el clítoris?" Asentí; lo era. "Y eso nos lleva a tu segunda pregunta. Cuando las mujeres se tocan el clítoris repetidamente, experimentan un orgasmo. Muchas mujeres describen el orgasmo como una pequeña explosión o un calambre muy placentero que termina en unos segundos. A las mujeres les encanta el orgasmo, y algunas lo experimentan cuando su pareja las penetra." Hice una pausa y pensé en una buena respuesta. Bueno, muchas mujeres se acuestan con otras mujeres, y en aquel entonces, cuando despreciaba a Bertha por eso, era exactamente lo mismo que si me engañara con un hombre. En aquel entonces veía las cosas de forma muy limitada porque así me criaron. Aprendí de los nativos americanos que solo se puede traicionar y engañar al amor con el corazón. Y que la intimidad física no es

traición. Pude ver en los ojos de Maya lo extraño que le parecía aquello. “Así es como pienso hoy, después de 20 años con los nativos americanos. Me enseñaron muchas cosas, incluyendo esto”. Sabía que algún día tendría que contarle a Maya sobre las tres mujeres nativas americanas, pero no ahora.

“¿Qué sentiste cuando Bertha llevó a las chicas a la cama matrimonial?” Lo pensé durante un buen rato. ¿Cuál era la verdad? “En realidad, fue como se sentiría cualquier hombre. Los dos se hicieron el amor de todas las maneras posibles, se abrazaron y se besaron como un matrimonio. Se hicieron el amor con los dedos, se lamieron el clítoris hasta el orgasmo, o se follaron clítoris contra clítoris y gritaron de placer y orgasmo. Ver eso excita a cualquier hombre; lo despierta a tal lujuria sexual que lo único que quiere hacer es follar.” Pude ver los pensamientos de Maya acelerados. Me miró. “¿Así que tu único pensamiento era follar?” Dios mío, ¿qué más?

No tenía nada que ocultar, aunque fuera algo muy privado. “¡Me estás preguntando algo muy privado, muchacha! Pero no estoy ocultando nada. Me acosté con todas sus amantes. Bertha no quería acostarse conmigo en aquel entonces. La mayoría de las amantes me dejaban acostarme con ellas con placer; a algunas no les gustaba nada, pero no toleraba ninguna disidencia. Si se acostaban con mi mujer, ¡más les valía acostarse también con su marido! Muchas lloraron desconsoladamente porque las desfloré. En aquel entonces, era un hombre muy egocéntrico y despiadado. Ya no lo soy.” Maya me miró ahora con ojos felinos. “¡Pero Catherine, te la acostabas todas las noches, Otto!” Asentí en silencio, sin estar seguro de si nos había oído o si solo había visto lo obvio. Fui a mi antigua oficina y volví con el atlas del cuerpo humano. Le enseñé a Maya los genitales y le expliqué todo, incluyendo la masturbación, el coito y el comportamiento sexual de las parejas casadas entre sí. Cenamos muy tarde y nos fuimos a dormir.

Apenas terminé de leer y apagar la luz, la puerta se abrió. Maya, con un camisón corto, abrazaba una almohada gruesa. “¿Puedo dormir contigo, Otto? ¡No me gusta estar sola!”. Se deslizó bajo mis sábanas y descubrió que estaba desnudo. Se quitó el camisón y se pegó a mí, desnuda. Yo ya me estaba quedando dormido, y Maya seguía

observando mi cuerpo con curiosidad. Cuando desperté por la mañana, ya no estaba.

Maya venía a mi cama todas las noches y se iba por la mañana. Durante semanas, exploró mi cuerpo con curiosidad, especialmente mi pene. Tímidamente me pidió que le enseñara a masturbarse, y tenía un orgasmo cada vez. Después, quiso aprender a masturbarme, y eso también le llevó solo unos minutos. Durante el día, le enseñé a calcular sus días fértiles según su menstruación. Comprendió lo importante que era para ella poder decidir por sí misma si quería quedarse embarazada.

Logré convencerla inmediatamente después de la muerte de Bertha de la importancia de tener habilidades. Me convertí en médico y leñador, y ahora podía vivir principalmente de la fortuna de Bertha y dedicar mi tiempo a un trabajo significativo en el laboratorio de Frieder. Maya eligió cursos para aprender a usar el teléfono, taquigrafía, mecanografía y, en cursos más cortos, redacción de cartas comerciales. Esto le brindó varias profesiones relevantes entre las que elegir si algún día quería trabajar. Sabiendo lo enorme que era la fortuna, no tenía inconveniente en que no quisiera comprometerse por completo con una carrera. Frieder y yo no teníamos problema con que Maya pasara la mayor parte del día con nosotros. Estudiaba medicina por su cuenta, ya que a las mujeres no se les permitía estudiar medicina en ese entonces. Frieder y yo competíamos por formar a nuestra querida joven para que fuera médica. ¿Quizás algún día?

Pero volvamos a Maya, a mí y a su recién descubierto conocimiento sobre la masturbación. Se acostaba conmigo todas las noches, llevándome al orgasmo y presionando su cuerpo contra el mío para masturbarse. Hacía tiempo que le había contado cómo había vivido con tres mujeres nativas americanas en una tienda hecha de pieles de animales. Siempre quería oír hablar de mi experiencia con la vida sexual de las mujeres y de sus diferencias sexuales. Me gustaba hablar de ello, porque solo había pasado un año desde que dejé Minnewanna y White Feather. Le describía a Maya el sexo con las tres mujeres nativas americanas con bellos y detallados detalles porque me gustaba recordarlo y eso mitigaba mi sentimiento de pérdida. A menudo pensaba en volver con ellas, pero nunca lo conseguí.

Pasaron los meses, Maya y yo yacíamos uno al lado del otro como hermanos, y a la hermana le encantaba masturbarnos a ambos. Un día, Maya me sorprendió.

Ella quería follar, follar de verdad.

Inicialmente me mantuve firme. Aunque había asimilado profundamente las creencias de los nativos americanos, Maya y yo vivíamos en la realidad estadounidense. Y, sin importar lo que se pudiera pensar sobre la moral sexual, a menudo intolerante y retrógrada, de los estadounidenses, Maya vivía en esa realidad. Maya sabía, por supuesto, lo importante que era para las clases altas que una chica permaneciera virgen hasta el matrimonio. Discutimos sobre esto durante varios días; cada vez me resultaba más difícil no pensar como un sioux, sino defender una institución estadounidense en contra de mi propio juicio. Mi comportamiento extraño contribuyó a que Maya se aclarara y finalmente tomara su decisión. Introduje descuidadamente la palabra "incesto" en la conversación y recibí una risa sarcástica. "Otto, no eres mi padre biológico, no compartimos ni una gota de sangre. Y si alguien pregunta, ¡que se largue!".

Maldita sea, cada día se volvía más real. Maya se sentó sobre mis muslos y, juguetonamente, guió mi pene, mi glande, hacia su vagina. El momento había llegado. La acosté boca arriba, me coloqué entre sus muslos y los separé bien. La besé en la boca, nuestras lenguas jugando juntas como siempre. La penetré y Maya contuvo la respiración. Su himen se rasgó bajo la presión y follamos por primera vez, y luego hasta el fin de mi vida (espero). Para resumir, ella rara vez tenía un orgasmo, a diferencia de las mujeres nativas americanas, y tenía que usar su dedo, durante o después del sexo. Estaba contenta con el pene envejecido de Otto; tal vez incluso lo amaba. Después de un tiempo, le enseñé a follar como una mujer sioux, y ahora casi siempre tenía un gran orgasmo, y lo amaba.

Los jóvenes que se cruzaron en su camino no eran rival para aquella brillante joven. Se quedó con Frieder y conmigo, aprendió los entresijos de la medicina con nosotros y hacía de enfermera cuando atendía a un paciente. No fue hasta principios del nuevo milenio que pudo matricularse en la facultad de medicina, y en 1901 recibió su tí-

tulo de médica del estado de Massachusetts. Todavía hoy me acompaña en mi cama y, a los 37 años, dio a luz a dos preciosos gemelos, Eric y Marc. Dos años después llegó la encantadora Alice, y los tres me llamaban respetuosamente abuelo, aunque sabían que eran mis hijos. Los tres estudiaron medicina y se convirtieron en médicos en la consulta de Maya.

Maya transcribió la historia que Otto le dictó y la guardó a buen recaudo hasta el final de su vida.

• • •

La Pasión de Santa Carmen de Toledo

von Jack Faber © 2023

María, quien más tarde se convertiría en Santa Carmen, nació alrededor del año 1005 en un suburbio de Toledo, ciudad entonces ocupada por los moros. La ciudad había caído sucesivamente entre cristianos españoles y musulmanes, pero ahora estaba firmemente en manos moras. María creció allí como todas las niñas españolas; su padre solía estar ausente durante meses, siendo un guerrero muy solicitado en las provincias del norte, luchando contra los moros en los ejércitos cristianos. Su hermano menor, Don Jaime, de 18 años, se había quedado en Toledo para proteger a la familia. La madre de María la preparó meticulosamente para una futura vida religiosa. Era una mujer devota, muy casta y, por lo tanto, muy reservada en sus asuntos.

La madre insistía en que María debía preservar y proteger su virginidad a toda costa. Un día, bajó al río y vio a los niños jugando. Se tocaban los genitales; algunos tenían relaciones sexuales y otros les hacían una felación a los chicos. María, de doce años, estaba entre ellos, intentando tocar el pene de un niño. Su madre la tomó de la mano y la llevó a casa. Le recordó a su hija que los niños mayores estaban haciendo algo malo al tener relaciones sexuales entre ellos como si fueran parejas casadas. Nunca debía hacer eso, le advirtió su madre; estaba destinada a ser la Novia de Cristo y no debía permitir que los chicos tuvieran relaciones sexuales con ella. María respondió tímidamente que lo sabía y que, si bien dejaría que cualquier chico que quisiera tener relaciones sexuales con ella se acostara encima, solo se le permitía penetrarla y eyacular entre sus muslos, y a algunos incluso se les permitía eyacular dentro de ella. La madre se horrorizó: ¡qué fácil era que una novata como ella perdiera el control y se rompiera el himen! Sería más prudente hacerlo a mano para el niño, y ella le enseñaría enseguida. Antes de que María pudiera responder

que ya lo hacía, su madre llamó a Don Jaime y le dijo que le enseñaría a hacerlo a mano.

Don Jaime entró y las sospechas de María se confirmaron. El joven ignoró a su hija y besó a su madre directamente en los labios, sus lenguas entrelazándose apasionadamente a la francesa. La empujó sobre el gran baúl frente a la cama matrimonial y, mientras se besaban, le desabrochó el cinturón, de modo que su vestido se abrió, dejando al descubierto el cuerpo desnudo de su madre, su vientre redondo y embarazado, y sus pechos llenos. María rara vez había visto a su madre desnuda y la miró con curiosidad. La madre apretó sus muslos desnudos contra Jaime y se echó hacia atrás. Estaba tan excitada por el beso francés que también se olvidó de su hija. Desabrochó la bragueta de Jaime, tomó su pene en la mano y lo introdujo en su vagina. María se quedó paralizada, observando por primera vez cómo su cuñado se acostaba con su madre. Don Jaime era el único de toda la familia con cabello rubio claro, igual que sus hermanos menores, los gemelos rubios. La constatación de que los gemelos eran hijos de Don Jaime impactó a María como un rayo.

La madre recobró el sentido en ese momento y detuvo a Jaime, que estaba a punto de eyacular. Le sacó el pene, dejando un gran agujero en su vagina, que poco a poco se cerró de nuevo, y le dijo a Jaime que quería enseñarle a María cómo hacerle una paja. Don Jaime gruñó un poco y asintió. La madre hizo una seña a María para que se acercara. Le mostró cómo hacer la paja, y María asintió al poco rato; lo había entendido, susurró casi inaudiblemente. La madre le tomó la mano y la dejó agarrar el pene. “Ahora bien, adelante, ¡deja que el señor, tu tío, se corra de verdad!”, dijo la madre, y María lo agarró con fuerza. Antes solo había frotado penes pequeños y delgados de chicos, y ahora estaba frotando el pene de un hombre adulto. Pero sabía exactamente qué hacer; frotó el pene de Jaime con enérgica devoción. Gruesas y prominentes venas se entrecruzaban en su pene. María deslizó diligentemente el prepucio hacia adelante y hacia atrás sobre el glande. — Está a punto de eyacular — murmuró María, con la voz cargada de emoción — . ¡Siento cómo se endurece y está a punto de eyacular! — Con una mirada tímida a su madre, preguntó — : ¿Puedo dejar que eyacule en mi hendidura? — pero su madre simplemente se encogió de hombros con indiferencia. Rápidamente, Ma-

ría se levantó la falda y vio el brillo codicioso en los ojos de Jaime mientras frotaba su grueso glande rojo oscuro contra sus labios, presionándolo contra su abertura vaginal. Solo tuvo que frotarlo unos minutos más antes de que Don Jaime eyaculara en ricos chorros blancos entre sus labios en su abertura vaginal. Su madre estaba muy complacida y lo dijo en voz alta.

Se dio cuenta, por supuesto, de que su amante aún no había terminado y mandó a María afuera, diciéndole que cerrara bien la puerta tras ella. Acostumbrada a que su hija siempre siguiera instrucciones, obedeció. María cerró la puerta primero y luego la abrió sigilosamente un poco. María estaba espiando por primera vez; apenas había llegado a la edad en que se interesaba por el sexo. La madre dejó caer su vestido por completo. Tenía 30 años, una figura normal, su pequeño vientre de embarazada se curvaba con gracia bajo sus pequeños y llenos pechos, y su cabello negro le caía sobre los hombros. Su vulva, bien abierta, aún brillaba húmeda por su breve encuentro, y separó sus labios vaginales varias veces para prepararse para el coito. Le bajó los pantalones a Jaime hasta las rodillas y dejó que la penetrara mientras ella estaba sentada sobre su pecho. María estaba bastante excitada cuando su pene penetró profundamente en su vagina y luego se movió suavemente hacia adentro y hacia afuera. María observaba sin aliento, sorprendida de ver a su madre masturbándose mientras era penetrada. Siempre había pensado que era su descubrimiento, su propio secreto privado, masturbarse en secreto. Su madre le provocó el orgasmo en el momento en que Jaime comenzó su último esfuerzo. El orgasmo disminuyó muy rápido, y entonces ella le agarró las nalgas y lo atrajo hacia sí. Jaime intentó retirarse antes de eyacular, pero ella lo empujó de nuevo hacia adentro. “¡Adelante, correte, cariño, tal vez sean gemelos otra vez!”, jadeó juguetonamente, y María ahora tenía su confirmación. Los dejó inmediatamente después de que Don Jaime terminara y retirara su pene.

La madre a menudo estaba embarazada, pero nunca tuvo otro hijo vivo; la mayoría nacieron muertos o sufrieron abortos espontáneos a los pocos meses. Solo tuvo a María con su marido y a los gemelos con Don Jaime. Cada pocos meses, el padre volvía a casa por unos días. Tres veces al día, la vieja choza temblaba y rugía por la intensidad de su sexo con la madre. Mientras tanto, María se sentaba afuera con

Don Jaime, quien le había enseñado a besar a la francesa. Se besaban hasta que él no podía más, para eyacular o para tener sexo. Sexo, decidió María, y escuchaban a sus padres teniendo sexo. María le hizo una felación a Don Jaime un par de veces porque él quería, o le dejaba tener sexo entre sus piernas y eyacular dentro de su vagina; en realidad, ella prefería eso. Y Don Jaime sabía perfectamente que no podía desflorar a la niña.

Originalmente fue María quien se fijó en el amante de su madre. Se aprovechó de su indefensión cuando su padre regresó a casa por unos días y, por supuesto, se acostó con su madre. Don Jaime era un desgraciado, pero su hermano mayor y su posición eran intocables. María le ofreció una felación, con toda inocencia, y no solo cuando su padre estaba distraído, sino siempre que su madre no miraba. María le hacía una felación cada vez que se presentaba la oportunidad y hacía que su tío eyaculara dentro de ella cada vez. Lo convenció, porque era el único del que estaba enamorada en ese momento. Poco a poco, logró que se olvidara de la felación y que la penetrara entre sus muslos, eyaculando dentro de ella. Sí, fue aún más lejos en su obsesión.

Ella logró que la penetrara por la abertura vaginal todo el tiempo, en lugar de entre sus muslos, y que eyaculara dentro de ella. Fue un paso más allá: él era el único al que se le permitía presionar su glande contra la abertura de su himen y eyacular profundamente dentro de ella. A nadie más se le permitía hacerlo.

— Dame un hijo, tío — le susurró al oído después de que él eyaculara dentro — . ¡Dame un hijo! Don Jaime estaba asombrado por su ingenuidad; ¡la niña ni siquiera había tenido su menstruación! Pero le susurró al oído: — Con mucho gusto te daría un hijo, princesa — susurró el mujeriego — . ¡Solo tienes que dejarme entrar bien! María vaciló durante días. Luego se decidió. — Vamos, tío, adelante, penetrame, ¡quiero un hijo! Abrió bien las piernas para que Don Jaime entrara. ¡Al diablo con su madre y su obsesión con el himen maldito!

Pero entonces ocurrió uno de los primeros milagros en la vida de María. Los ángeles hicieron que su himen se volviera impenetrable. Por mucho que él intentara penetrarla, los ángeles lo detuvieron con todas sus fuerzas. Empujó con todas sus fuerzas, pero el himen se es-

tiró hasta el punto de romperse, y sin embargo, no lo hizo. Ambos quedaron completamente desconcertados y se persignaron: ¡era obra del diablo! A partir de entonces, él tuvo relaciones sexuales con ella hasta que el himen se estiró hasta el punto de romperse, y eyaculó a través de la abertura suficientemente grande en su vagina.

Engañaron a la madre durante años sin que ella sospechara nada. Don Jaime guardaba suficiente semen para eyacular dentro de ella sin inhibiciones, y María a veces le contaba sobre sus encuentros sexuales a la orilla del río, así no tenía que mentir. Pero ahora, cuando María espiaba a su madre, la consumían los celos. Le costó mucha fuerza y honestidad admitir que ella era la verdadera ladrona. Aun así, a menudo se tiraba en la cama y sollozaba contra la almohada.

María tenía una visión muy ambivalente de su madre. Por un lado, era profundamente religiosa, rezaba mucho y todos elogiaban su castidad, su vida virtuosa y libre de escándalos, y sus frecuentes embarazos para dar súbditos a los Reyes Católicos. Por otro lado, su madre se acostaba con cualquiera que pudiera pagar tres monedas de plata. El panadero y el carnicero, el monje y el portero: se acostaba prácticamente con cualquiera. Su corazón pertenecía únicamente a su padre y a Don Jaime, ni siquiera a Abraham el Cuchillo, el platero, que venía una vez por semana y era uno de los pocos que lograba hacerla llegar al orgasmo.

Cuando María tenía catorce años, se dio cuenta de lo mal vestidas que estaban ella y los gemelos; usaban los mismos harapos año tras año. María no se lo comentó a su madre. Mandó hacerse un vestido nuevo y pantalones nuevos para los gemelos, junto con blusas de lino blanco. También mandó hacer un hermoso vestido para su madre. Metió la mano sin que nadie la viera en la olla donde su madre escondía las monedas de plata. La miró a los ojos y justificó su decisión. Su madre quedó encantada con el vestido nuevo e ignoró el robo de María a su tesoro. A partir de entonces, María se aseguró de que los cuatro siempre estuvieran bien vestidos. Nadie la volvió a llamar la Princesa de los Trapos.

Una vez, cuando su padre se había ido de nuevo al ejército, María oyó a su madre responder a la pregunta de Don Jaime, que su padre

tenía un pene enorme, como el de un caballo, y que era increíblemente bueno en la cama. María se estremeció, pues nunca había visto el pene de su padre, y su mente se llenó de fantasías extrañas. Había visto un par de veces cómo sus amigas se colaban sigilosamente en el establo y masturbaban al caballo. El pene era enorme, tan largo como un brazo, y no se ponía completamente erecto, pero eyaculaba en chorros ricos y firmes sobre el suelo. ¡Las chicas gritaban de placer! María imaginó a su padre exactamente igual y de repente comprendió por qué su madre gritaba de lujuria cuando él hacía temblar la casa. Pero la sexualidad se alimenta de ser llevada cada vez más lejos. Las amigas pronto se cansaron de masturbar al caballo. Una de las amazonas, la líder del grupo que a veces atacaba a los chicos en la orilla del río con fuertes gritos y los violaba, esta líder llamada Avala había decidido dejar que el semental llamado Rodrigo la follara. El simple anuncio le valió puntos extra: ¡qué mujer tan valiente! Dejó que su vestido se deslizara hasta el suelo y se arrodilló desnuda bajo el vientre del animal. Las dos chicas, que habían estado masturbando el pene del semental y este lo había extendido hasta la longitud de un brazo, ahora introdujeron laboriosamente el eje semiblando unos centímetros en la vagina de la chica. El caballo giró la cabeza y miró estúpidamente a las pequeñas humanas: ¿qué querían? Rodrigo no la estaba follando, ni siquiera un poco, ¿por qué lo haría? Las chicas lo masturbaron y lo dejaron eyacular dentro de Avala. Cuando sacaron su pene, su semen salió de ella. María se sintió mal y vomitó en el suelo. Esta versión de follar fue interesante por un tiempo; María se había resignado de alguna manera al hecho de que todos encontraban increíblemente atrevido que la líder dejara que el semental eyaculara dentro de ella. Pero el interés disminuyó un poco. Ahora persiguieron al semental, que había eyaculado de buen humor en la vagina de la amazona, hasta una yegua. Una de ellas levantó la cola de la yegua y la sostuvo en alto; empujaron al semental con sus fosas nasales contra la hendidura de la yegua, y su pene se puso erecto de inmediato. La yegua no lo quería y pateó con fuerza, pero el semental sí. ¡Sí, esto era real! Sacó su pene y montó a la yegua. Las muchachas, con fuertes gritos, empujaron su pene dentro de la yegua. El semental cumplió con su deber, y después de poco tiempo, las muchachas gritaron: “¡Está eyaculando, está eyaculando!”. María observó el espectáculo sin aliento; ¡así que este era el padre montando a la madre y haciendo temblar la cabaña!

Unos días después, Avala cambió de estrategia. Le pidió a María, que era más fuerte que Luzia, que sujetara el pene de Rodrigo para que no la empalara como el día anterior. Luzia no había sujetado bien el pene de Rodrigo cuando el tonto se dio cuenta de su tarea y empezó a follar como es debido. Avala se salvó moviéndose hacia adelante para que no le metiera el pene del todo. Avala cogió un banco y se tumbó boca arriba; quería que la follaran por delante. María y Luzia se arrodillaron a cada lado de ella, Luzia frotando y preparando el pene. Avala puso una pierna sobre el hombro de Luzia y la otra sobre el de María. María guió el pene hacia el agujero de Avala, aproximadamente a la profundidad de una mano, y luego lo sujetó con firmeza. El semental Rodrigo, por supuesto, sabía exactamente qué hacer y empezó a follarla con fuerza. María lo sujetó con firmeza, y cuando sintió que la pierna de Avala empezaba a temblar, frotó el clítoris de Avala con la palma de la mano. Rodrigo eyaculó, y el temblor de Avala cesó. María y Avala intercambiaron una mirada, y Avala asintió; quería continuar. María guió su pene de nuevo, un poco más adentro. Mantuvo un ojo atento en la pierna de Avala y frotó su clítoris con la palma de su mano. Rodrigo eyaculó de nuevo, y Avala estiró sus piernas temblorosas; entonces terminó. Mientras las chicas llevaban al semental hacia la yegua, Avala permaneció sentada, aturdida. Las lágrimas corrían por sus mejillas, que se secó distraídamente. Estaba completamente exhausta y triste; María lo notó. María se sentó a su lado y, después de un rato, le preguntó cómo había estado.

Avala respondió en un susurro: “¿Conoces a Enrico, el portero, el hombre negro grande? A veces lo hago follarme con dos monedas de plata. Tiene una polla tan grande como la del semental, pero me folla durante mucho tiempo, tal vez un cuarto de hora, hasta que tengo un orgasmo, entonces dejo que se corra dentro de mí. ¡Es el mejor follador de todos, te lo aseguro! Y Rodrigo, me folla durante demasiado poco tiempo, se corre después de solo un minuto, eso es demasiado corto para tener un orgasmo. Si no me hubieras frotado con el talón de tu mano, no me habría corrido.” Avala guardó silencio, y después de un rato María preguntó si creía que era normal follar con el semental. Avala sonrió ampliamente: “¿Crees que soy la única?!” María no hizo más preguntas, aunque le hubiera gustado saber quién más dejaba que el semental la follara. Esto continuó durante mucho tiem-

po; María se aseguraba de que Avala no se quedara atascada y de que alcanzara el orgasmo al segundo o tercer intento. Por la noche, le susurraba al oído a Pablo sus experiencias con Avala, lo que lo excitaba intensamente, y él llegaba al clímax con una eyaculación poderosa y maravillosa. No se lo contó a nadie más, ya que podría haber sido considerado muy indecente. Avala pronto aprendió a no quedarse atascada, y Rodrigo aprendió que ella podía marcar el ritmo de su coito con los talones contra sus flancos. María frotaba el clítoris de Avala con el dedo, provocando su orgasmo justo en el momento en que Rodrigo eyaculaba. Las chicas llevaban a Rodrigo por el establo, a lo largo de la hilera de yeguas, observando en cuál mostraba interés, y también se aseguraban de que montara una yegua diferente cada día. María, sin embargo, se quedaba con Avala y se arrodillaba a su lado. Avala también sabía besar al estilo francés, y se besaban apasionadamente como amantes. Después de follar con Rodrigo, a Avala le encantaba que María la masturbara, sus pantorrillas y muslos temblaban mientras se acercaba al orgasmo. Estiró las piernas en un orgasmo y besó a María con gratitud. Esto duró unos seis meses, hasta que Avala fue sorprendida siendo follada por Rodrigo. La mujer se persignó y corrió gritando hacia la madre de Avala, quien simplemente se encogió de hombros con indiferencia. Su hermano, sin embargo, quien follaba a Avala noche tras noche, la golpeó hasta dejarla inconsciente e incluso le dejó un ojo morado. Eso puso fin a la follada con Rodrigo. O eso parecía. Avala no pudo resistir la tentación de dejar que Rodrigo la follara cada pocas semanas, solo que ahora dos chicas hacían guardia fuera del establo. Nunca más la volvieron a pillar. Avala ya no necesitaba a una chica que le sujetara el pene a Rodrigo. Ella misma lo animaba con los talones y dejaba que el semental la follara bien, con mucha fuerza; ahora podía controlar muy bien hasta dónde le permitía penetrar. La mayor parte del tiempo ella era quien le follaba el pene, extremadamente activa, empujando al tonto de Rodrigo hasta que se excitaba y se entregaba por completo. Las amigas observaban sin aliento cómo Avala follaba al semental con furia hasta que él se excitaba por completo y la follaba a fondo. María comunicaba con miradas si debía estimularse el orgasmo con el dedo, pero a menudo era innecesario. Los amigos llevaron a Rodrigo a las yeguas, Avala y María se levantaron del banco y se tumbaron desnudas sobre las balas de paja. Se besaban sin cesar, y María solía masturbar a Avala, pero no muy a menudo al revés. Avala quería se-

ducir a María para que le lamiera el clítoris, pero a María le repugnaba la idea. Rara vez podía impedir que Avala la lamiera a pesar de sus protestas. Por un lado, le repugnaba, pero por otro, tenía orgasmos maravillosos y potentes y, avergonzada, escondía su rostro enrojecido contra los pechos de Avala. Solo abandonaron esa sesión de amor vespertina cuando María entró en el convento.

Años después, se reencontró con Avala en un burdel. Se abrazaron, pero la pasión había desaparecido. Una era una esposa de Cristo y la otra se vendía por unas monedas de plata. Carmen cuidaba del hijo de Avala mientras esta, al fondo de la habitación, se dejaba seducir por un hombre tras otro. Naturalmente, estaba cautivada por la sensualidad de Avala. Felipe, el hijo de cinco años de Avala, fruto de su relación con su disoluto hermano, era un niño dulce e inteligente que ya se había aprendido de memoria cientos de oraciones en latín de la hermana Carmen, además de algo de latín eclesiástico, por lo que comprendía el significado de las oraciones. Carmen amaba profundamente a Felipe.

Estos primeros años estuvieron cada vez más marcados por la actividad sexual. Todos los días, María tenía sexo entre sus muslos junto al río. Dejaba que los chicos mejor portados eyacularan dentro de su vagina, donde se les permitía eyacular a través del agujero que Don Jaime seguía ensanchando. A los demás les hacía una paja para que terminaran. Se masturbaba todas las noches, y los gemelos la observaban. Crecieron y se les permitió introducir sus pequeños penes a través del agujero de su himen, pero no había sexo propiamente dicho, solo chillidos y risas estridentes. Cuando finalmente lograban eyacular, se sentaban sobre los muslos de María, uno a cada lado, y la observaban con avidez mientras se masturbaba, frotando sus penes en competencia. María siempre se reía cuando alguno de ellos conseguía eyacular sobre su vulva.

María le decía a su madre que solo les hacía felaciones a los chicos, ocultando que les permitía a muchos de ellos follarla y eyacular entre sus muslos. Mantenía los ojos cerrados, imaginándose siendo follada por Don Jaime. Solo les permitía tocar sus labios vaginales con el glande durante el sexo y eyacular sobre ellos. Muy rara vez, cuando estaba completamente absorta en el sexo con el tío Jaime, uno u otro

glande se deslizaba dentro de su abertura vaginal para eyacular a través de ella. Pero ella seguía siendo virgen, firme en su devoción.

A los 17 años, entregó a su madre al convento.

Una de las monjas la examinó y confirmó a la Madre Superiora que era *una *virgo intacta** , una verdadera virgen. La Madre Superiora entonces dejó que todos se fueran y mantuvo la conversación privada. La Madre Superiora había sido duquesa y había llevado una vida muy mundana, con muchos, muchísimos, amoríos, y había ingresado en el convento tras la muerte del duque. Ahora quería saberlo todo sobre María; tenía que contárselo todo. Sobre jugar junto al río, sobre las masturbaciones y los chicos a los que se les permitía eyacular entre sus muslos o a través de su orificio. No mencionó a Don Jaime ni a la Madre Superiora en absoluto, pero admitió, cuando la Madre Superiora la interrogó, que había estado tumbada en la paja con Avala durante un año, provocándole un orgasmo con el dedo y besándola como una pareja enamorada. Bajó la mirada al suelo, avergonzada. No, su amiga rara vez usaba el dedo; prefería usar la lengua. Y no, continuó, nunca había lamido a su amiga porque le daba asco. La Madre Superiora asintió y dijo que sabía exactamente de qué hablaba María. ¿Y con qué frecuencia lo hacía ella misma?, preguntó la anciana, riendo. “Todas las noches, Reverenda Madre”, dijo María con voz dócil, “todas las noches hasta que me canso y me duermo”. “¿Sola?”, preguntó la anciana con severidad, y María asintió. “Bueno, los gemelos a veces miran, pero no se les puede prohibir a los pequeños que hagan eso”. La anciana, cuya edad María no pudo adivinar y que debía tener entre 70 y 100 años, juntó las yemas de los dedos. “La masturbación, es decir, cuando uno se la practica a sí mismo, es un pecado, siempre debe confesarse. Pero yo también fui joven y sé lo intenso que puede llegar a ser el deseo de liberación”. “¡Entonces, hazlo en secreto y no hables de ello!”. La anciana duquesa esperó hasta que María asintió en señal de acuerdo. «Nuestros clérigos son hombres bajo sus sotanas, querida María, y puesto que deseas ser esposa de Cristo, te amonesto. Los hombres son hombres; querrán acostarse contigo, todos y cada uno de ellos. Lo llevan en la sangre, así que es perdonable. ¡Pero resístete, aléjate de ellos! Lo que puedo permitirte, con la conciencia tranquila, es que los masturbes. Eso no es pecado, no hay vergüenza, y es suficiente para la gran ma-

yoría. Te recomiendo que lo hagas; me parece perfectamente bien. Pero si alguno de ellos te exige demasiado, mándalo al diablo, o mejor aún, a mí. ¡Me temen más a mí que al diablo, je je!». La risa de la anciana arrugada y fea era tan venenosa y espantosa que le heló la sangre a María.

— ¡María, María! Todas las hermanas aquí se llaman María, algunas como primer nombre, la mayoría como segundo. Por lo tanto, te doy un nuevo nombre, el nombre que llevarás de ahora en adelante como hermana: ¡Carmen! María objetó que solo se convertiría en hermana después de dos años como novicia, pero la Madre Superiora desestimó la objeción como si fuera una mosca molesta. — Novicia Carmen, entonces, correcto, pero luego Hermana Carmen. — La audiencia había terminado. — Si tienes alguna pregunta que las demás no puedan o no deban responder, ¡ven a mí, Carmen! — Carmen hizo una profunda reverencia y besó la mano arrugada de la anciana.

La novicia Carmen era profundamente religiosa; aprendió cientos de oraciones en latín y algo de latín eclesiástico. Durante el día, trabajaba diligentemente en el huerto y en el jardín de verduras y hierbas. Al acostarse, cerraba los ojos para adorar a su esposo celestial y contemplar su cuerpo desnudo. Anhelaba con todo su corazón convertirse en su esposa y entregarse a él con todo amor, ser poseída por él y su pene con dulce devoción. Estas eran las fantasías más hermosas y fervientes a las que se entregaba mientras se masturbaba. Por las mañanas, se levantaba dos horas antes que los demás, se arrodillaba en la capilla y mantenía su comunión erótica con su amante celestial.

Dos años después, completando su formación, hizo sus votos solemnemente y se entregó a sus deberes. Como algunas de las otras hermanas, pasaba sus días en tabernas de mala reputación y numerosos burdeles, rezando con los pecadores. A menudo, tenía que sentarse en un taburete y esperar a que la prostituta y el hombre terminaran de tener relaciones sexuales. Dejaba que las cuentas de su rosario se deslizaran entre sus dedos y observaba el acto con interés. No se le permitía participar, pero nadie le había prohibido mirar. Por lo general, lograba organizarse para poder ver el acto de principio a fin. Claro que sabía que al diablo le habría encantado tentarla para

que se masturbara en secreto mientras miraba, pero se mantuvo firme y desafió al corruptor. Cada prostituta tenía relaciones sexuales a su manera, y cada hombre también. Era, en general, una forma muy humillante de ganar dinero, pero ningún hombre se atrevía a engañar a la chica cuando ella se sentaba a su lado con semblante severo. Estas imágenes excitantes le permitían fantasear maravillosamente mientras se masturbaba por la noche. Sabía que solo se entregaría al Señor del Cielo. Noche tras noche, soñaba con entregarse al Señor, de una manera más íntima y apasionada que cualquier prostituta que viera teniendo relaciones sexuales. Sin embargo, no tenía ni idea de cómo era el pene del Señor celestial, porque había visto cientos de penes, y casi ninguno era igual a otro.

Una vez que el hombre salió de la habitación, ella comenzó sus oraciones mientras la muchacha se limpiaba la vulva con un trapo. Muy pocas de sus feligresas eran ancianas y desilusionadas a las que no les importaba la oración. La mayoría eran jóvenes y bonitas, esposas rechazadas o muchachas sin protección ni tutores. La mayoría se masturbaba después del sexo porque eran seres perfectamente normales y naturales, con sentimientos y sensaciones que naturalmente se excitaban un poco durante el sexo y necesitaban liberar esa excitación. A Carmen no le sorprendía en absoluto que algunas se masturbaran diez o quince veces al día, después de cada encuentro. Era amable con todas, como una hermana cariñosa, porque muchas necesitaban a alguien con quien hablar o que cuidara a su bebé mientras ella iba a ganar dinero. La hermana Carmen era muy popular entre las prostitutas, de eso no cabía duda.

Incluso siendo novicia, pronto la obsesionaron las predicciones de la Madre Superiora. Sin excepción, cada penitente que acudía al convento a confesarse, cada monje y cada diácono, le preguntaban en voz baja si les permitiría tener relaciones sexuales con ella. Ella sonreía y se negaba, diciendo amablemente que solo podía usar su mano, pero que era excelente en ello. Ningún hombre intentó forzarla ni se volvió tan insolente como para que tuviera que amenazarlo con la Madre Superiora. Iban en silencio a un rincón tranquilo, ella sacaba su pene de debajo de su hábito y le daba placer. Se levantaba el hábito y guiaba su pene hacia la abertura vaginal, permitiéndole eyacular dentro; a todos les gustaba. Si una monja pasaba por allí,

echaba un vistazo rápido a la escena y seguía su camino. No era nada fuera de lo común: una novicia que se había subido el hábito, se había frotado el pene entre los muslos desnudos y le había permitido eyacular dentro de ella. Carmen no era la única que les hacía una felación a los sacerdotes y hermanos; todos lo hacían.

Una o dos veces al mes, un obispo u otro dignatario de alto rango visitaba el convento y se alojaba durante algunas noches. La Madre Superiora solía asignar a Carmen para que lo atendiera; conocía bien a sus monjas. Carmen había aprendido buenos modales de su madre, y los caballeros de alto rango, en su mayoría miembros de la nobleza, la elogiaban por ello. Solían ir acompañados de varias mujeres, a quienes la sabia Madre Superiora asignaba a otras monjas. Monjas que no tenían inconveniente en un buen rato de juegos matutinos, si los caballeros así lo deseaban. Solo al obispo, cardenal o legado papal se le asignaba una virgen respetable. Esto dejaba en buen lugar al convento y a ella misma. Y sabía que podía confiar en Carmen. Durante el día, Carmen, junto con el personal del obispo, se encargaba de todo, pero por la noche, era la última en ayudarlo a desvestirse y lavar y engrasar suavemente su cuerpo. «Noble señor, ¿puedo también lavarle su pene erecto?», preguntaba si él no lo había dicho ya. Él asentía con cansancio y ella le lavaba el pene minuciosamente.

«Quítate la túnica y acuéstate conmigo», le dijeron todos. La primera vez, había consultado con la Reverenda Madre, quien le indicó lo que podía y no podía hacer. Carmen se quitó la túnica y se acostó desnuda junto al caballero. Si no se conocían, les dijo que era una esposa de Cristo y que no quería ser violada. Ellos lo entendieron, pues eran caballeros educados y sensibles. Algunos se dejaron abrazar y calentar suavemente; no deseaban nada más. La mayoría, sin embargo, le pidió que los masturbara, algunos incluso varias veces seguidas. Carmen se sentó con las piernas cruzadas junto al caballero para masturbarlo. Le permitió acariciar y tocar todo su cuerpo; eso era perfectamente aceptable. Muchos tocaron su vulva porque eso hacía que la eyaculación fuera más placentera. Después, se acostó junto a él, manteniéndolo caliente, y durmieron hasta la mañana.

La noticia de la bella doncella llegó, naturalmente, al gobernante moro, y la descripción de la joven de 24 años despertó el interés del

lascivo gobernante de todos los creyentes (de esta provincia, aunque nadie se atrevió a mencionar este importante detalle). El viejo gobernante ya no se interesaba por las doncellas ni por las mujeres en general; se sentía más atraído por los jóvenes apuestos. Pero su hijo, que poco a poco se hacía cargo de los asuntos cotidianos, estaba lleno de un deseo intenso. Por lo tanto, ordenó que le trajeran a la muchacha. Los más sensatos intentaron en vano disuadirlo de semejante disparate. Existían tratados, reglamentos y acuerdos sobre cómo tratar con monasterios, monjas y sacerdotes. El joven, sin embargo, era terco, obstinado y despiadado. Podía tener a cualquier mujer que quisiera en *Taif,* es decir, en la provincia, pero solo la quería a ella.

La Madre Superiora recibió a los ministros, que habían dejado su escolta armada afuera, como era obligatorio. Negó con la cabeza en señal de desaprobación; aquello era simplemente inaceptable. Los ministros se marcharon. Regresaron dos veces más, pero el Príncipe Heredero los despidió de nuevo con los insultos más viles. Carmen permaneció en silencio, en segundo plano, pues la Madre Superiora no le permitía hablar, solo escuchar.

Uno de los ministros, sin embargo, era un traidor por excelencia. Llevó aparte al príncipe heredero; había visto a Carmen con sus propios ojos y había descrito su belleza con los más altos elogios. El príncipe heredero les gritó a los ministros que no habían tenido éxito y los jaló del cabello y la barba. Mandó ensillar a su mejor caballo y montó él mismo el segundo mejor. Entró al patio del convento con cincuenta guardaespaldas. Que esto ya fuera un sacrilegio no le importaba en absoluto. Con las espuelas tintineando y completamente armado, se dirigió a la Madre Superiora. Ella palideció.

Carmen lo había presenciado todo, se puso rápidamente su mejor hábito y se arregló el cabello, luego entró al salón de recepciones. El Príncipe Heredero se puso de pie de un salto y le ofreció el más alto respeto. Él y la Madre Superiora hablaron durante casi una hora, pero ella se mantuvo firme: contratos, acuerdos, arreglos. El Príncipe perdió la compostura. Amenazó con arrasar el convento, gritó. En el terrible silencio, Carmen se levantó, ignorando la orden de hablar. «Si se le permitiera servir al joven caballero con humildad y todo el debido honor, como lo haría con un cardenal, un obispo o un legado

papal, entonces iría con él. ¡No hay necesidad de amenazar a todos con la destrucción y aterrorizarlos de muerte!». El Príncipe volvió a hacer una profunda reverencia a pesar de la reprimenda, y Carmen miró a la Madre Superiora. La Duquesa se dio cuenta de la habilidad con la que Carmen había resuelto la situación. Al menos había ganado tiempo, lo que le permitió enviar mensajeros al ejército español. Hizo que el Príncipe Heredero declarara solemnemente que trataría a la doncella Carmen como a una dama noble y que la traería de vuelta sana y salva al día siguiente. Enseguida comprendió que sería beneficioso para todos si Carmen se casaba con él y no con Cristo. Al instante, se le ocurrieron muchas ideas sobre cómo abordar el cortejo y qué podría obtener del moro. La Madre Superiora estuvo de acuerdo, y Carmen salió como una reina entre la guardia personal. Nunca antes había montado a caballo, pero el astuto animal tomó la delantera y la llevó con suavidad y buen humor al palacio de Bahomet.

El príncipe Bahomet sabía cómo tratar a las damas; mandó traer comida y bebida, y los músicos y bailarines se entregaron por completo. Incluso su ilustre padre se acercó con paso cansado, examinó a Carmen de pies a cabeza con sus ojos miopes, la palpó como si estuviera en un mercado de caballos y luego alabó su belleza. El príncipe Bahomet se sonrojó de placer y agradeció a su padre. Despidió a todos; era hora de irse a dormir. Acompañó a Carmen a su habitación. El momento que decidió su destino y el de Carmen duró solo un instante.

Carmen pasó toda la noche reflexionando sobre si aceptar sus insinuaciones. Sería un gran paso adelante; incluso como concubina, podría controlar un poco al joven rebelde. El hecho de que ya no podría visitar a sus amigas, las jóvenes prostitutas, la afligía profundamente, pero no era un precio descabellado. Sin embargo, la carga más pesada era la traición a Jesucristo mismo. Había jurado y estaba a punto de romper su juramento. Sabía que era posible seguir siendo cristiana entre los moros; eso era de sobra conocido. Pero ya no podía seguir siendo virgen; también era consciente de ello. El príncipe la penetraría con su pene y la embarazaría, tal como Don Jaime penetraba a su madre día tras día, embarazándola continuamente. ¿Era eso lo que quería? ¿O esperar castamente a que Cristo la penetrara? El mero hecho de que estuviera considerando todo esto en su mente iba en

contra de Cristo. ¡Siendo princesa, eso era algo! Ella llamaría a Don Jaime, él tendría que sacar su polla y tendría que follársela toda la noche, ¡el dulce pequeñín!

Había llegado el momento.

El príncipe la besó cortésmente en ambas mejillas y le pidió que dejara caer su vestido. Carmen se había desnudado en presencia de tantos cardenales y obispos que le resultaba fácil. La Madre Superiora lo había permitido expresamente; de hecho, se tumbaría desnuda junto al príncipe y lo complacería con su mano. El príncipe retrocedió tres pasos y contempló a la hermosa mujer desnuda. Avanzó, retrocedió, admirando a la muchacha. Una antorcha comenzó a arder, y en las llamas vislumbró el rostro sufriente de Cristo. Él la miró con una tristeza indescriptible, pues el príncipe se había abierto la bragueta y, con una erección, se acercó a Carmen, presionando su pene entre sus muslos, directamente contra sus labios. Entonces Cristo pareció aún más triste. ¡Estaba a punto de traicionar a su Señor eterno!

¡Había llegado el momento!

¿Lo hizo ella misma o Cristo la guió? De repente, tomó la afilada daga del príncipe y le hizo un corte en la mejilla. Él gritó, los dos guardaespaldas la redujeron y le arrebataron la daga.

El momento había pasado.

La sangre goteaba entre los dedos del príncipe. Gritó que los guardias la encerraran en su habitación y corrió hacia el cirujano. Carmen, aún desnuda, se sentó en la cama y lloró hasta la mañana. Los dos ángeles en su corazón luchaban entre sí. Uno elogiaba su firmeza, con la que había cumplido su juramento, su amor por el Señor Jesucristo. El otro, sin embargo, solo sentía desprecio y maldiciones hacia ella. Ni una brillante carrera como princesa, ni un maravilloso encuentro amoroso con Don Jaime, ni hijos rubios con él, ni ayuda para su pueblo oprimido. El príncipe se enfurecería y asesinaría a los españoles, pues llevaría la cicatriz desfigurante en su rostro por el resto de su vida, y esta se reabriría, sangraría y dolería cada vez que

se acercara a una muchacha enamorada. Carmen lloraba amargamente, pues ambos ángeles tenían razón; había ganado y perdido al mismo tiempo. Los dos guardias que estaban frente a la puerta abierta no dejaban de mirarla, no para admirar su desnudez o belleza, sino porque nunca habían visto a una persona llorar y aullar con tanta amargura y desesperación.

Al amanecer, le trajeron comida y bebida, lo que la tranquilizó un poco. Estaba casi segura de que debía elegir a Cristo. El sol ya se acercaba al mediodía cuando le trajeron un sencillo vestido y la condujeron a la sala del trono. El príncipe Bahomet, con una venda en la mejilla, y su padre presidían; treinta cortesanos y doncellas se sentaban junto a ellos. El príncipe heredero dijo que cualquier ataque físico contra el gobernante solo podía castigarse con la muerte. El padre alzó la mano. ¿Qué tenía ella que decir al respecto?

Carmen sabía con absoluta certeza que ahora se trataba de una cuestión de vida o muerte. «Primero», comenzó su defensa, «primero, no ataqué al gobernante, sino solo a su deshonroso hijo». Hizo una pausa para observar los rostros de sus jueces. El padre asintió con aprobación; el príncipe estaba a punto de estallar de rabia. «Segundo», continuó rápidamente, «el príncipe Bahomet le juró a mi señora que me trataría como a una dama y me traería de vuelta sana y salva. Me trató como a una prostituta y amenazó con agredirme. ¡Rompió su juramento!». Carmen no sabía de dónde había salido ese pensamiento; era un milagro. El príncipe estaba furioso cuando el padre le preguntó si había jurado algo. El príncipe intentó calmarse. «No fue un juramento, sino solo una promesa. Es cierto. No quise agredir a Carmen; estaba enamorado y solo quería acostarme con ella. ¡De eso se trata estar enamorado, ¿no?!».

El gobernante, pues el padre era en efecto el gobernante, reflexionó durante largo rato. Quedó deslumbrado por la belleza de Carmen, que delataba su vestido, e impresionado por su inteligente defensa. «Un ataque físico contra Nosotros es verdaderamente castigado con la muerte. Pero tú no me has hecho daño a mí, solo a mi amado hijo. Lo has herido, su sangre ha sido derramada. Por lo tanto, ordeno que te haga daño, que tu sangre también corra. Ordeno que te traiga aquí, ante Nuestro tribunal. Además, serás atada en la plaza del pue-

blo durante tres días y dos noches, donde cualquiera podrá violarte con impunidad. Solo entonces serás enviada a casa». El gobernante se recostó y acarició los muslos de las doncellas sentadas a su izquierda y derecha. Un profundo silencio siguió; solo se oía a los esclavos que traían la cabra. La cabra era para atar al condenado sobre ella y azotarlo. Era como un taburete alto con cuatro patas de madera y un asiento cubierto de cuero. Carmen fue acostada sobre ella y atada, de modo que sus nalgas quedaron en el aire.

Carmen apretó los dientes. Cerró los ojos y miró al Señor Jesucristo. «Ojalá lo hubieras hecho tú mismo, Señor Jesucristo, pero acato tu decisión de dejarlo en manos de esta pomposa. ¡Te amo con cada aliento y seré tu esposa para siempre!». Cristo sonrió y guardó silencio.

Entonces ocurrió el primer milagro, y solo Carmen lo supo. El príncipe Bahomet se colocó detrás de ella e introdujo su pene en la vagina de Carmen. Ella no sintió nada, ningún desgarro doloroso de su himen. Simplemente había desaparecido. Bahomet podía follarla, y lo hizo con gusto, pues los ángeles de Carmen se lo habían infundido. Los ángeles tuvieron que soplar polvo mágico que inducía la lujuria en los ojos de Bahomet y Carmen. Uno de los ángeles estornudó, y una pizca del polvo cayó en el ojo de una virgen sentada junto al viejo gobernante. Carmen reflexionó sobre este milagro del himen durante mucho tiempo. ¿Acaso no había prestado atención en la orilla del río? ¿O había permitido que un monje o fraile la penetrara demasiado profundamente durante una masturbación? ¿Quizás Don Jaime la había desflorado en algún momento? ¿O Pablo? No podía comprenderlo y no tuvo la oportunidad de pensarlo más. Porque su cuerpo, su vagina y su clítoris respondieron maravillosamente a la follada de Bahomet. La folló durante unos buenos 20 minutos, y un ángel la excitó aún más intensamente, de modo que pasó de orgasmo en orgasmo con suaves gemidos y arrullos. Bahomet, el gobernante de todos los creyentes (de esta provincia), y toda la corte escuchaban con extasiado deleite su placer. El anciano gobernante miró con asombro a la doncella a su lado, que aparentemente tenía un orgasmo tras otro como Carmen. La chica apretó su cuerpo contra su señor y amo, su parte inferior del cuerpo temblando y estremeciéndose al ritmo de la penetración de Bahomet. El anciano estrechó a la joven de 13 años con-

tra sí, la acarició con ternura y murmuró: “¡Ven a mi habitación esta noche, y te haré una verdadera mujer hoy mismo!”. La chica sonrió dulcemente y besó la mejilla barbuda del gobernante. Pero continuó teniendo orgasmos hasta que Bahomet dejó de follarla.

Entonces Bahomet ya no pudo contener su eyaculación y roció chorro tras chorro profundamente dentro de ella. Retiró su pene, pero el ángel no lo dejó ir. Después de solo segundos, se puso rígido de nuevo y, impulsado hacia adelante por la fuerza angelical, penetró la vagina de Carmen una vez más y la folló de nuevo. Carmen miró con los ojos cerrados al Señor Cristo, quien ahora le sonreía ampliamente. Una cálida alegría llenó su corazón, pues era Su voluntad, y estaba agradecida por ello. Bahomet, atlético y joven, bendecido con un pene fuerte, folló a la gimiente y extasiada Carmen durante más de media hora y luego eyaculó poderosamente en su vagina. Retrocedió tambaleándose tres pasos, habiendo agotado todas sus fuerzas, y se desplomó hacia atrás, donde el guardaespaldas lo sostuvo.

El segundo y el tercer milagro ocurrieron uno tras otro. Las ataduras de cuero de Carmen cayeron al suelo como si las hubiera cortado una hoja afilada. Carmen se puso de pie y exclamó en árabe: «¡Mi noble príncipe, me acabas de embarazar, lo siento! Si de verdad fueras de noble carácter, me tomarías por esposa y verías crecer a tu hijo. ¡Sé con certeza que será un hijo, tan alto y fuerte como tú! ¡Pero debo temer que no seas de tan noble carácter!». Carmen estaba tan asombrada como la corte, el gobernante de todos los fieles (de esta provincia) y el príncipe heredero Bahomet. Pues todos solo sabían español y un poco de latín eclesiástico. Pero nada de árabe. Definitivamente no.

Bahomet se sonrojó profundamente y se subió los pantalones; no pudo decir nada, de hecho, permaneció en silencio durante tres días. Ya no podía retractarse de sus órdenes, cuya maldad había caído repentinamente sobre su alma como piedras. En el silencio atónito, el único sonido era el de los esclavos llevando la cabra a la plaza. Carmen los siguió de buena gana, dispuesta a afrontar la segunda parte de su castigo. Bahomet miró desesperadamente a su padre, suplicándole que lo dejara pasar, pero el ángel le tapó la boca. El padre jamás

soñó con revocar su sentencia. ¡Eso era simplemente imposible! ¿Qué gobernante se atrevería a revocar su juicio?

Carmen estaba atada al caballete, con un brazo y una pierna a cada lado. Sus nalgas estaban elevadas en el aire, su hendidura expuesta a la vista de todos. Como era costumbre, le obligaron a tragar una jarra entera de vino, pues la mujer ebria no se desmayaba y sufría el castigo estando consciente. Los moros aplicaban este castigo con bastante frecuencia, ya que era la única oportunidad para muchos hombres de tener relaciones sexuales con una mujer. Maliciosos rumores españoles afirmaban que algunas mujeres moras se dejaban sorprender deliberadamente para ser violadas en grupo públicamente por los lugareños durante todo un día. El castigo solía durar solo un día.

Carmen estaba bastante borracha y permaneció así todo el tiempo, mientras el gobernante seguía enviando cántaros de vino. Carmen nunca se había emborrachado antes, pero ahora se sentía ligera como una pluma y extrañamente eufórica. Ni un solo español, ni un solo habitante de Toledo, se atrevió a acostarse con Carmen. ¡El gobernante rugió furioso, exigiendo que se obedeciera su orden! Pasaron muchos minutos más antes de que un moro se colocara detrás de Carmen. No estaba particularmente bien dotado, eyaculó rápida y apresuradamente, y el gobernante gritó a sus súbditos. Los moros agacharon la cabeza y obedecieron. Uno tras otro los siguió, y entonces Carmen se excitó. Todos oyeron su lujuria, sus orgasmos y su fuerte plegaria a Cristo, su Señor. Uno tras otro, se acostaron con Carmen hasta el mediodía, durante toda la tarde y hasta bien entrada la noche, hasta que el gobernante se fue a dormir.

Cada hora, una u otra mujer compasiva le traía un cuenco de vino fuerte para calmar su sed en el calor sofocante y para embriagarla. Carmen balbuceaba su agradecimiento, pues así soportaba la incesante follada. Disfrutaba de los orgasmos constantes, riendo y llorando, gritando sus oraciones en latín por toda la plaza hasta quedarse afónica. El sol se puso, la gente se había ido a casa, y por fin pudo orinar, todo el vino y el semen de los hombres. Orinó como un caballo en un amplio arroyo, riendo y tirándose pedos ruidosos. Estaba sola con la benevolente luna. Una amable mujer morisca, que no te-

mía al gobernante, pasó junto a los guardias y le trajo pan plano, fruta y una jarra de vino. Alimentó a Carmen pacientemente y le habló en árabe. Carmen, por supuesto, no entendió ni una palabra. La mujer le explicó que el pene de su pobre marido había estado paralizado e incapacitado durante años. ¡Pero los vecinos se lo habían llevado, y de repente podía volver a tener sexo! Tuvo relaciones sexuales con Carmen por segunda vez, y ella regresó a casa con él, y tuvieron relaciones dos veces, como recién casados enamorados. Ella trajo la cena ahora porque estaba muy agradecida por la recuperación de su esposo. Carmen se bebió toda la jarra de vino; la luna duplicó su tamaño. Cuando la mujer se hubo marchado, uno de los guardias se inclinó hacia ella y tradujo lo que la árabe había dicho.

En la oscuridad, llegaron algunos hombres más, hombres que no querían ser vistos de día. Cuando el último se hubo ido, los guardias le sirvieron otra jarra del vino del gobernante, y ella miró a la luna, que compartía el cielo nocturno con una gemela. “La luna también tiene una gemela”, balbuceó la mujer borracha, y rompió a llorar. Sus gemelos rubios, pensó en ellos. Hizo los cálculos. A los 12, por orden de su madre, se le permitió frotar a Don Jaime por primera vez y dejar que eyaculara en sus labios. A los 14, le enseñó al señor Jaime cómo follarla sin que pudiera romper su himen endurecido. Desde los 16, dejó que uno de los gemelos, llamado Pablo, la follara como es debido. El otro, el... ¿cómo se llamaba? El otro era un rufián de corazón. Por supuesto, intentó follar a María primero, pero fracasó, como el tío Jaime, por culpa del himen. Volteó a María boca abajo y la folló por el culo. Ningún himen podía detenerlo, y realmente no le importaba qué agujero usara. Era conocido por sus ataques en la orilla del río; María lo había presenciado ella misma varias veces. Esperaba hasta que un chico estuviera montando a una chica. Entonces saltaba sobre el maldito chico por detrás y lo follaba por el culo. Esto solía hacer que el chico eyaculara inmediatamente. Luego apartaba al inútil chico y follaba a la sorprendida chica con una amplia sonrisa triunfal. Pero su hermano gemelo, Pablo, era completamente diferente. Se acostaba muy cerca de María y se masturbaba al mismo tiempo que ella. Cuando cumplió 16 años, dijo que podían intentar follar. Don Jaime ya había agrandado bastante la abertura de su himen, y el pene de Pablo cabría si tenían cuidado. El pene de Pablo era tan delgado como un lápiz al principio; entró muy profundo, así

que Pablo fue el primero en follar a María. Abrazó a María y la folló muy, muy cuidadosamente y lentamente. Su pene se hinchó, y María susurró: "¡Dame un hijo, mi amor!" Pablo asintió con entusiasmo; ¡Estaba feliz de hacerlo! Fue muy cuidadoso y apoyó su cabeza en los pequeños senos de María, lamiendo sus pezones y follándola muy despacio y con suavidad. Cuando sintió que estaba a punto de correrse, dejó de follarla y cerró los ojos, ardiendo de pasión. Ambos esperaron a que eyaculara dentro de ella. Escuchó a su cuerpo, se tensó poderosamente y eyaculó, una y otra vez se tensó y eyaculó dentro de ella. Esperó hasta que su pene se calmó y lo retiró con cuidado. María lo disfrutó como en trance, sintiendo su pene palpitante dentro de ella y cada chorro que él disparaba dentro de ella. Ella le permitía follarla todas las noches porque podía masturbarse al mismo tiempo. Una vez le había susurrado lo maravilloso que era sentir su orgasmo con su pene. Desafortunadamente, solo duró un año antes de que María entrara en un convento. Carmen miró las lunas gemelas una vez más y rió suavemente, luego se dejó caer en el taburete y durmió hasta la mañana.

Temprano en la mañana, los ministros salieron del castillo gritando que el castigo continuaría, ¡el gobernante lo había ordenado! Hombres y mujeres rodearon a Carmen, quien ahora era violada por uno tras otro desde el amanecer hasta el anochecer. Embriagada por el vino que calmaba la sed, Carmen se tambaleaba de orgasmo en orgasmo. Mantuvo los ojos cerrados y contempló a su eterno señor; pronto perdió la voz y susurró oraciones en latín sin cesar. Cuando salió la luna y todos se fueron a casa, un hombre apareció en la oscuridad, susurró con los guardias y se acercó a ella. Lo reconoció de inmediato: Messer Zacharias, un italiano.

— ¡Vamos, señor Zacarías, vamos, fóllame como a todos los demás! — gritó Carmen en voz baja. Pero Zacarías negó con la cabeza y desempacó su bulto — . No tengo el valor de desatarte, Donna. Temo la ira del árabe. Pero he traído vino, pan plano y jamón; tendré que darte de comer. Y así sucedió. Un hebreo italiano alimentando con compasión a una mujer española que había sido castigada y humillada por un árabe. Carmen comió con apetito, se bebió la jarra entera de vino hasta la última gota y le dio las gracias al señor Zacarías. Él se marchó de nuevo y ella se sumió en un profundo sueño. Soñando

con Don Jaime, imaginó que él la follaba, pero solo eran los dos guardias que, al amparo de la oscuridad, la follaban. Medio dormida, susurró: — Don Jaime, puedes follarme otra vez, ¡porque todavía no he tenido el tic! Los dos guardias, ninguno de los cuales se llamaba Jaime, se deleitaron con sus extraños murmullos y la incitaron a tener relaciones sexuales con ella una y otra vez. Finalmente, la soñadora ebria alcanzó el orgasmo. Solo al amanecer los guardias estaban tan exhaustos que apenas podían mantenerse en guardia.

Carmen saludó a los primeros hombres con una oración en voz alta; salió el sol y vio a su eterno esposo, quien la contemplaba con benevolencia durante sus orgasmos. Una calidez llenó su corazón; se entregó voluntariamente, aunque su sistema circulatorio casi colapsó por el agotamiento. Estaba realmente exhausta; oró pidiendo fuerzas, que poco a poco se le escapaban del cuerpo. ¡Antes del atardecer, Bahomet había dado órdenes a su Guardia Negra! Después de todo, Bahomet había negociado el castigo con el Padre antes del juicio y luego había dado la terrible orden a la guardia. Ahora Bahomet yacía en silencio, con el rostro hundido en las almohadas, incapaz de revocar la orden.

La Guardia Negra dispersó a la gente, pero algunos observaban desde detrás de las chozas lo que sucedía en la plaza del pueblo, incluyendo a los espías de la Madre Superiora. Los guardias violaban a Carmen, uno tras otro, y ella rezaba de orgasmo en orgasmo. Estaba completamente exhausta, pero los guardias la violaban sin cesar. Se desmayó varias veces, pero se recuperó y continuó teniendo orgasmos. Miró entre sus piernas y las piernas de los guardias la puesta de sol. Realmente lo vio, a su eterno esposo, ahora rodeado por un coro de ángeles. Su corazón rebosaba de amor; nunca había experimentado un orgasmo tan intenso. Gritó con todas sus fuerzas, su alma ahora elevándose hacia su esposo. Gritó y gritó en este último, maravilloso, último orgasmo hasta que su corazón cedió, pues entonces su esposo dejó caer su deslumbrante túnica, y ella lo vio, contempló su gloria. Él la recibió con los brazos abiertos.

El jefe de la Guardia Negra irrumpió en la cámara de Bahomet. Se puso firme y gritó: «¡Hemos follado a la mujer cristiana hasta la muerte, como se ordenó, señor!». Bahomet alzó la vista y miró a su

guardia como si quisiera matarlo. En ese instante, recuperó la voz. Soltó un grito, un grito tan espeluznante que el intrépido guardia retrocedió tres pasos. El grito resonó por todo el castillo, hasta la plaza del pueblo, donde Carmen yacía en el suelo junto a la cabra. Carmen, que incluso en la muerte sonreía como si hubiera visto el paraíso.

El cuerpo de Carmen fue lavado en el convento, vestida con hermosas ropas y enterrada en el patio. La Madre Superiora escuchó atentamente a los tres espías, pues la habían interrumpido en medio de su masturbación, y lo que informaron fue invaluable. Se sentó desnuda en su cama mientras los espías relataban sus experiencias, incapaces de apartar la mirada de su desnudez. Estaba terriblemente delgada, sus pechos arrugados y feos colgaban tristemente, y su hendidura brillaba húmeda y roja por la fricción. Jugaba con su clítoris sin pudor, como si fuera lo más natural del mundo. Los espías informaron lo que habían averiguado de los guardaespaldas: a veces Carmen lo había apuñalado incluso antes de que el pene de Bahomet la tocara, a veces él ya la había penetrado cuando ella le cortó la cara. Quizás el corte fue tan profundo que Bahomet no pudo hablar durante tres días. Los tres estuvieron presentes en el juicio y presenciaron la violación de Bahomet, que duró varias horas. Por supuesto, entendían árabe y testificaron que Carmen había gritado en árabe. La Madre Superiora negó con la cabeza: ¡Increíble! ¡La niña definitivamente no hablaba árabe! Pero así fue, insistieron los tres, y entonces ataron a Carmen al caballete. Ningún español honrado le puso una mano encima, aunque cientos de habitantes de Toledo rodearon a la niña. Pero los moros obedecieron a su gobernante, al igual que la mayoría de los soldados. Los tres permanecieron cerca de Carmen día y noche para poder informar de cada palabra. Corrió el rumor de que Bahomet se puso una capa de mendigo y salió a ver a Carmen para tener sexo con ella de incógnito, y que Carmen rezó en árabe mientras él lo hacía, pero nada de eso era cierto. Uno de los espías se coló en el palacio hasta la habitación de Bahomet. Estuvo en su habitación toda la noche; su padre le había enviado a la niña de 13 años. Tuvo que obedecer la orden de su padre; desfloró a la niña que lloraba y la violó intermitentemente hasta el amanecer, y luego se durmió. Los espías guardaron un silencio absoluto mientras informaban de cómo la Guardia Negra había violado a la pobre Carmen hasta la muerte. Contaban cómo su rostro resplandecía de felicidad, como si

hubiera vislumbrado el paraíso en el instante de su muerte. Los espías permanecieron en silencio; lo habían contado todo.

La Madre Superiora había estado jugando con su clítoris durante toda la hora, frotándolo mientras hablaba. Ahora que la emocionante historia había terminado, se inclinó hacia adelante, frotándose el clítoris con tanta fuerza que sus delgadas pantorrillas temblaban. Se detuvo bruscamente y les preguntó con una mirada pícara si no querían follar. Aceptaron demasiado rápido y se arrepintieron, ¡porque la vieja duquesa había perdido todos sus encantos, maldita sea! Tuvieron que aguantar y follar a la anciana, uno tras otro. Debido a su edad, su vagina se había encogido considerablemente y estaba tan estrecha como la de una niña pequeña. Los hombres la penetraron rápidamente, y ella dejó escapar un fuerte grito de dolor porque su pequeño agujero estaba casi desgarrado. Entonces, como un cochero, incitó a los jóvenes con gritos obscenos, ¡diciéndoles que la follaran con fuerza! Ordenó al que esperaba que se frotara el pene hasta que estuviera duro para que pudieran continuar sin interrupción. Los incitó con el lenguaje más obsceno y sucio hasta que la follaron una docena de veces y finalmente tuvo un orgasmo alucinante. Su delgado cuerpo temblaba y se estremecía como una loca. Le hizo una paja al siguiente tipo, que ya estaba listo para follarla, mientras maldecía. Los tres tipos estaban de pie frente a su cama con sus pollas colgando, sus prepucios temblando porque simplemente no podían aguantar más. Murmuró que no la habían follado tan bien en meses y les dio a cada uno dos monedas de oro. Los tipos sabían que tenía muchos espías y que normalmente tenían que follar con la anciana, pero ella nunca les daba más que una moneda de oro por una buena follada o una de plata si no podía follar.

La Madre Superiora transcribió fielmente la Pasión de Carmen en 16 hojas de costoso papel chino y se las envió al obispo. Este, a su vez, envió el original al Cardenal de Salamanca, quien se lo presentó personalmente al Papa Benedicto IX. También le trajo relatos de milagros ocurridos en nombre de Carmen. El Papa quedó particularmente impresionado por el milagro que les había ocurrido a unos pescadores y marineros españoles. Perseguidos por una flota de piratas árabes, turcos y norteafricanos, rezaban con temor. Una terrible tormenta se desató y arrastró a los barcos piratas hasta la costa libia,

pero llevó a los españoles suavemente a sus costas. ¡El Papa quedó extasiado! Decretó una gran fiesta para Carmen el 16 de julio. En la solemne misa matutina, la incluyó en el Canon de los Mártires, la beatificó en la misa del mediodía y su canonización tuvo lugar en la misa vespertina. Posteriormente, el Papa Benedicto XVI declaró solemnemente a Santa Carmen patrona de los marineros. Sin embargo, su historia de martirio continuó transmitiéndose oralmente, y muchas prostitutas y vírgenes castas veneraban a Carmen como si fuera también su santa patrona.

Sin embargo, Benedicto XVI guardó bajo llave el documento de la Madre Superiora en los Archivos Papales, porque esta había relatado los últimos tres días de Carmen en más de 16 páginas manuscritas, y la expresión clara, mundana y, lamentablemente, también obscena de la Madre Superiora incitaba a la inmoralidad.

Sin embargo, Bahomet murió a los 97 años, un año antes que su más acérrimo rival, El Cid.

• • •

Una maldita judía casta

von Jack Faber © 2023

Magdalena, a quien llamaban Lena, conoció al pastor Dr. Neumann durante sus estudios y se enamoró de él. Era un excelente partido: daba clases en la universidad, dirigía una parroquia muy grande y solo era veinte años mayor que ella. Sentía que era el momento de formar una familia. Lena provenía de una familia protestante devota; ella misma era muy religiosa, así que sin duda era idónea para ser la esposa de un pastor. Había otra ventaja, una que intuía más de lo que era consciente en ese momento. Su familia era considerada judía, lo cual, en la sociedad alemana de la posguerra, no era en absoluto una ventaja y más tarde resultaría mortal. Si se casaba con el pastor "verdaderamente alemán", el estigma negativo de ser judía desaparecería. Se habría convertido en una verdadera alemana.

En su familia, el sexo era un tabú absoluto. Los padres nunca hablaban de ello; las dos hijas tuvieron que descubrirlo todo por sí mismas. Las dos hermanas tampoco hablaban de sexo; se escuchaban a escondidas mientras se masturbaban, los suspiros reprimidos, los jadeos o los gemidos suaves. Lena y su hermana mayor se masturbaban desde la infancia sin revelarlo jamás. Lena aprendió de sus amigas cómo practicar sexo oral a los chicos. El viejo profesor de latín sedujo a Lena, de 15 años, le quitó la virginidad y fue su amante secreta durante casi un año. Eso terminó cuando su esposa se enteró. Hasta su matrimonio, se acostó con muchos chicos y hombres; también tuvo una aventura lésbica, solo para descubrir que no era lo suyo. Excepto por el sexo oral, que le encantaba, tanto dar como recibir.

Rachel era la profesora de música, casi diez años mayor que Lena. No era una lesbiana estricta; era claramente bisexual. Entre ellas surgió una hermosa y duradera relación, que Lena mantuvo durante los primeros diez años de su matrimonio. Rachel le enseñó a besar con lengua, y a Lena le encantó. Después de su primer beso apasionado, Rachel rió y sonrió, diciendo: «Las mujeres judías tenemos que apoyarnos, porque solo nos desprecian hasta que los hacemos caer de rodillas con un sexo maravilloso». Lena nunca olvidó esa frase. Una

vez, Rachel dijo enfáticamente: «Nunca lo olvides, las mujeres judías somos las mejores en la cama. ¡Muchos hombres me han dicho que debe haber algo de cierto en ello! ¡Por eso nos prefieren a sus flacas alemanas!». Añadió que era racista, pero que encajaba perfectamente con la sociedad actual. Rachel no era religiosa ni tenía una opinión muy favorable de la gente. Decía que los hombres se habían apoderado del poder en todo el mundo y dictaban la vida de las mujeres con considerable arrogancia. Como mujer, tenías que asegurarte de conseguir lo que querías. Por lo tanto, andaba a la caza de un faisán dorado, un hombre rico y de buen carácter. Eran muy raros, pero estaba convencida de que encontraría uno. Lena escuchaba con mucha atención porque no solo aprendía sobre la vida fuera de la familia y la escuela, sino que también aprendía mucho sobre sexo, aunque ella misma no lo practicaba en ese momento. Rachel a veces traía a un hombre para tener sexo con ella; Lena se acostaba en la cama de matrimonio y fingía estar dormida. Los hombres miraban fijamente a la hermosa hermana pequeña desnuda y tenían sexo con la hermana mayor. Dormida, Lena prestaba mucha atención y aprendía mucho.

Desde el principio, solo se masturbaban mutuamente; ninguna se masturbaba delante de la otra. Rachel les enseñó a lamer el clítoris, y se convirtió en su actividad sexual favorita. Rachel era muy buena explicando las cosas. Lena aprendió a lamer y acariciar el clítoris de Rachel con la lengua, incluyéndolo gradualmente y lamiéndolo con tanta destreza que sobresalía, afilado y erecto, de la carne. El clítoris de Rachel era sorprendentemente pequeño y estaba bien escondido. El de Lena era significativamente más grande y claramente visible entre sus labios, incluso cuando estaba flácido. Lena aprendió en qué momento Rachel estaba tan excitada que necesitaba concentrarse únicamente en el clítoris y cómo aumentar gradualmente la intensidad lamiéndolo hasta que alcanzara el orgasmo. Rachel sostenía la cabeza de Lena durante el orgasmo y le indicaba cuándo parar. Los orgasmos de Rachel eran fuertes e intensos, y dejaba que Lena continuara lamiendo hasta que el orgasmo disminuyera. Pero le encantaba la forma en que Lena lamía. Rachel masturbaba a Lena con mucha más energía y firmeza de la que Lena se masturbaba a sí misma. Rachel también era mucho más intensa al practicarle sexo oral, pero a Lena le encantaba su estilo. Los orgasmos que Rachel le provocaba eran increíblemente intensos, y cuando Lena cerraba los ojos, estre-

llas fugaces danzaban tras sus párpados como fuegos artificiales. Le encantaban esos orgasmos; abrazaba, besaba y mimaba a Rachel con gratitud.

Rachel también fue quien le enseñó a Lena cómo practicar sexo oral. Lena le había preguntado, y Rachel se lo explicó tan bien que Lena lo logró al primer intento y pronto dominó la técnica, lo que le granjeó el respeto de los chicos. Rachel le dio consejos importantes. Nunca dejes que un hombre te folle si no le has lamido la polla primero. Tu boca no se infecta tan fácilmente como tu coño, ¡así que asegúrate de lamerla bien! Lamer y chasquear hará que cualquier polla se ponga dura. Y una vez que le hayas lamido la polla hasta que se ponga dura, ¡es tuya! Eso es importante; tienes que tener el control, tú le dices lo que pasa después. Las chicas tontas pierden el control y luego se quejan si no salió bien. Tienes que dividir la polla en dos. El glande pertenece a tu boca y tu lengua ahí; el tronco es para frotar. Intentar follar la polla con la boca es muy agotador y rara vez funciona. Así que ni lo intentes. Coge el glande en tu boca, solo el glande; pertenece a tus labios y a tu lengua. Frota el tronco como lo harías durante una paja y no te esfuerces; el trabajo principal lo hace tu lengua. Normalmente, empiezas besando y acariciando el glande con los labios. Poco a poco, dáselo a tu lengua; debería... Rodéalo y acaricia la punta donde está el pequeño orificio, porque ahí es donde es más sensible. Deja que tu lengua baile como una bailarina de danza del vientre turca, pero cuando llegue el momento de la eyaculación, concéntrate en el pequeño orificio. A algunas chicas no les gusta que eyaculen en su boca porque les da asco. Pero es mucho más excitante para él eyacular en tu boca, en tu garganta. El semen viene del interior del cuerpo y es puro. Puedes tragarlo sin dudarlo; verás, no sabe mal. Y el chico estará increíblemente agradecido porque, naturalmente, lo verá como una victoria. Pero puedes sonreír en silencio porque tú eres la verdadera ganadora. Finalmente, hazle un favor y lame su pene hasta dejarlo completamente limpio. A todos los hombres del mundo les gusta eso. Rachel sonrió y dijo: «Puede que suene a receta, ¡pero no hay nada de malo en cocinar algo rico!». Lena se rió porque Rachel explicaba muy bien. Pero se mantuvo fiel al plan y ascendió con paso firme. Rachel siempre sabía escuchar, y cuando hablaba, sus palabras estaban bien fundamentadas.

Lena escuchaba con curiosidad mientras Rachel hablaba de tener sexo con un faisán dorado, porque ella misma nunca había tenido relaciones sexuales. Rachel sabía lo que quería: un hombre rico y salir de Alemania. En opinión de Rachel, era bastante fácil acostarse con un hombre, pero los chicos dorados, al menos hasta ahora, o tenían muy poco sexo o una personalidad detestable. Rachel le preguntó a Lena si quería probar el sexo clítoris con clítoris. Lena asintió; quería probarlo todo. Rachel separó las piernas, presionó la piel alrededor de su clítoris para que sobresaliera un poco. Comenzó a frotarse el clítoris y le dijo a Lena que también tenía que lograr que el suyo se pusiera completamente erecto. Tras una breve vacilación, Lena obedeció. Rachel la observaba y no podía parar. Se corrió con un suave gemido, temblando y retorciéndose. “No, me dejé llevar cuando te vi masturbándote. ¡Solo ponlo erecto, no hasta que tengas un orgasmo!” Lena asintió y se pellizcó y apretó el clítoris, que ya estaba completamente erecto, del tamaño de la yema de un dedo. Rachel había vuelto a excitar su clítoris y ahora daba instrucciones. Se tumbaría encima de Lena, tendrían que presionar sus clítoris juntos, y ella follaría a Lena como un hombre. Era complicado; tenían que frotarse los clítoris con fuerza una y otra vez, pero al final, funcionó. Rachel folló el clítoris de Lena con tanta intensidad que perdió la noción del tiempo varias veces. Tuvo un orgasmo maravilloso y observó cómo Rachel se arrodillaba y terminaba de masturbarse; ¡fue muy excitante de ver! La siguiente vez, interpretó el papel del hombre, y funcionó mucho mejor. Tenía un clítoris inusualmente grande, mucho más grande que el de Rachel, y podía ponerse increíblemente duro y rígido. Podía follar a Rachel con él hasta que se volviera loca, y lo hacía con gran placer, casi reventando de lujuria, para follar a su novia mayor hasta el orgasmo. Ella se acostó con Rachel, quien primero suspiró, luego jadeó, gimió y dejó escapar suaves gemidos al llegar al orgasmo. Temblaba de excitación y vergüenza mientras se arrodillaba y se masturbaba. No podía mirar a Rachel a los ojos y tardó quince minutos en alcanzar el orgasmo. Estaba terriblemente avergonzada porque nunca antes se había masturbado delante de otra persona. Continuaron lamiéndose y follándose mutuamente; ¡era un invento verdaderamente maravilloso! Lena se acostumbró rápidamente a ponerse de rodillas después de follar y masturbarse delante de Rachel. Pronto lo hizo a su manera, como cada noche. Con una mano, le abrió bien los labios vaginales a Rachel y presionó la carne alrededor de su clí-

toris para que sobresaliera un centímetro más. Con la otra mano, primero frotó suavemente el clítoris de Lena, aumentando gradualmente la velocidad y la presión hasta que no pudo soportarlo más y se estremeció y gritó en el orgasmo. La vergüenza seguía ahí, pero ya no la agobiaba tanto. Rachel también se masturbó delante de ella, lo que alivió la vergüenza de Lena. Mantuvieron su amistad durante más de 15 años y solo la terminaron cuando Rachel consiguió un buen pez dorado, se casó y se mudó a Inglaterra.

Lena dejó la universidad cuando se casó a los 18. Desde el principio, supo que había dos cosas que debía considerar. Primero, su pastor era prácticamente patológicamente alérgico a la masturbación femenina. Los hombres tenían que eyacular diariamente, ¡así que eso era completamente diferente! Pero las chicas no tenían que eyacular; se contaminaban a través de la masturbación pecaminosa, ¡punto! Segundo, era absolutamente esencial para su pastor que se casara virgen. Consultó frenéticamente con sus amigas, pero al final, se quedó con la sugerencia idiota de cortarse el dedo y dejar que la sangre goteara sobre la sábana. Por supuesto, se le permitió hacerle felaciones y sexo oral al pastor antes de la noche de bodas, pero él firmemente reservó el coito para la noche de bodas misma. Milagrosamente, ella logró vencerlo con su propio pensamiento ilusorio. En su noche de bodas, ella estaba tan tensa que, debido a sus músculos vaginales contraídos, él solo pudo penetrarla con dificultad y fuerza. Él estaba emocionado de haberla desflorado y alabó su castidad hasta el cielo; Ella no dijo ni una palabra al respecto ni lo contradijo. Él quería ser feliz así, así que ella lo dejó ser feliz.

Tenía un hijo, Heinzi, al que adoraba. Seguía enamorada del pastor cuando descubrió que la engañaba sin cesar. El profesor Neumann había sido una espina clavada en el costado de la oficina del decano durante años, ya que se acostaba con las esposas e hijas de sus colegas con regularidad, cuando no estaba ocupado con alguna estudiante joven e inexperta. Era muy astuto; su lujuria por la carne virgen alimentaba su energía criminal. Se rumoreaba que una vez había incapacitado a la niñera de un colega que estaba de viaje con su esposa, metiéndola en su vino tinto con somníferos, y luego desfloró y se acostó con sus dos hijas, de 12 y 13 años, esa misma noche. Al ser confrontado con los rumores, se rió arrogantemente y dijo que todo

era falso; no había sido vino tinto, sino blanco. Los presentes se rieron de su ingenio y se dispersaron.

Había permanecido inaccesible hasta que una estudiante lo acusó de violación. El decano sometió a la estudiante a un interrogatorio humillante y extremo, que reveló lo siguiente: La estudiante saltó de la cama una noche; ¡necesitaba urgentemente una respuesta del profesor, ahora mismo! Corrió a ciegas a su habitación en camisón de seda para hablar del asunto. Él, descaradamente, le preguntó por qué su vulva estaba tan roja por el roce, y ella, ingenuamente, respondió que probablemente era por haberse masturbado antes. Entonces tuvo que escuchar su diatriba sobre la masturbación, y él apartó las sábanas y le ordenó que se acostara a su lado. Ella se quitó el camisón y se acostó desnuda junto a él. Se acurrucó contra el profesor y le acarició el pene, luego no pudo soportar más el calor y susurró que tenía que terminar de masturbarse porque lo había interrumpido antes. Él resopló furioso hasta que ella terminó de masturbarse y luego la violó después de su orgasmo.

El decano le preguntó con severidad qué había estado pensando. Ella balbuceó que jamás había creído que él se aprovecharía de la situación. Pero lo hizo; la violó dos veces, porque la primera vez no había tenido un orgasmo, así que se lo había exigido, ya que el orgasmo era parte del acto, ¿no es así, decano? El decano decidió no involucrar a la policía porque el profesor había accedido a su inmediata expulsión.

Cuando el decano despidió a la testigo/fiscal, ella le lanzó una mirada de película muda y le dijo que si quería acostarse con ella esa noche, estaba en la tercera cama doble del dormitorio de chicas, durmiendo con la gorda hija del embajador británico, Gwendolyn. El decano fingió sorpresa, pero esa noche se acercó sigilosamente y se acostó junto a ella. Gwendolyn, que había fingido estar dormida, lo obligó entonces a acostarse también con la gorda. No fue nada gracioso. Durante dos semanas, la chica se coló en la habitación del decano por las noches, pero cuando Gwendolyn la siguió cada vez más y él tuvo que acostarse con la gorda le gustara o no, terminó la relación dos semanas después.

Durante meses, Lena soportó el dolor de su infidelidad, pero Heinzi solo tenía 11 años y ella ni siquiera podía pensar en el divorcio. Finalmente, lo confrontó. Él solo confesó después de varios días, con arrogancia y aires de superioridad moral. Discutieron durante mucho tiempo, con el resultado de que él se comportó aún más descontrolado y descarado. Él era el hombre, él era el jefe, y se acostaba fuera de casa cuando le daba la gana, ¡y punto! ¡Y ella ni se le ocurría mencionar la idea de un divorcio devastador! Una sola llamada suya y estaría arruinada, ¡ella, la judía! Para entonces, ya era un hecho consumado que los judíos eran enemigos del pueblo. Serían arrestados y deportados al Este. Así que mejor no rebelarse, ¡o atenerse a las consecuencias! Profundamente conmocionada, permaneció en silencio mientras él pasaba semanas durmiendo en camas ajenas. Durante esos once años, ella había disfrutado teniendo sexo con el pastor, y él era muy bueno en ello, aunque ella nunca había tenido un orgasmo con él. A pesar de su infidelidad, él encontraba tiempo casi todas las noches para tener sexo bueno y completo con ella, así que ella no se quejaba. Después de todo, cada noche, una vez que él se dormía, ella podía liberar placenteramente la tensión sexual que había acumulado durante el sexo masturbándose. Después de esta discusión, él volvía a casa mucho menos a menudo para tener sexo con ella como es debido, pero ella no extrañaba el sexo; tenía la masturbación, que había practicado obsesivamente noche tras noche incluso durante su matrimonio. Ella sabía, por supuesto, cuál era su actitud hacia la masturbación femenina y, como antes, se lo mantuvo completamente en secreto; siguió siendo su secreto. Nadie la vio masturbarse excepto Rachel, ni siquiera sus amigas más cercanas. Ahora vivía prácticamente sola con Heinzi, e iba a la iglesia todos los días a rezar, porque era verdaderamente devota. También estaba feliz de que todos en el pueblo apreciaran su fe y su vida casta e impecable; No tuvo aventuras amorosas ni escándalos. Era una persona desinteresada y servicial, un pilar de la comunidad, y era universalmente querida y respetada.

Se duchaba a diario con Heinzi, quien se había acostumbrado a su desnudez desde pequeño. Tenía doce años cuando, desconcertado, eyaculó por primera vez en la ducha. Lena se lo explicó con delicadeza, y a partir de entonces, él esperaba cada día bajo el chorro de agua tibia que ella le rociaba el pene hasta que se ponía erecto. Con una

sonrisa pícara, ella continuaba hasta que él eyaculaba. Tras varias decenas de días, dejó de funcionar. Lena tuvo que cambiar de táctica y empezó a acariciarle el pene con el dedo índice, deslizando el prepucio hacia adelante y hacia atrás.

— Bueno, ¿ya viene? — preguntó ella en voz baja, y él asintió. Ella continuó acariciándole el prepucio con el dedo.

«¡Qué excitante lo que haces con el dedo!», dijo, y al cabo de un rato, eyaculó. Ella le acariciaba el pene a diario hasta que eyaculaba. Poco a poco, empezó a deslizar con diligencia y firmeza el prepucio sobre el glande, y entonces ya no le llevaba tanto tiempo. En tan solo unas semanas, empezó a masturbar a Heinzi como es debido. A partir de entonces, lo masturbaba todos los días después de ducharse, cuando él quería, hasta que se fue de casa a los 18 años.

Debía tener unos 14 años cuando el sexo empezó a fascinarle. Lena le dio una breve explicación. Él asintió cuando ella le explicó que frotarse y eyacular se llamaba masturbación y que los chicos solían hacerlo solos. Negó con la cabeza; no, eso no era cierto, porque algunos de sus amigos, como él, eran masturbados por sus madres. A Lena le pareció asombroso. Pero dejó que Heinzi le contara exactamente lo que sabía al respecto. Se estremeció cuando él le dijo que a los chicos también se les permitía tener sexo con sus madres; eso era perfectamente normal. Bueno, Heinzi quería echarle un buen vistazo "allí abajo", así que ella se tumbó boca arriba en la bañera y abrió las piernas. Heinzi la miró y la manoseó durante un buen rato, luego dijo que tenía que sentir lo que se sentía, con su pene. Dentro. Antes de que Lena pudiera protestar o apartarse, el chico de 14 años ya la había penetrado. No empujó, se deslizó hasta el fondo. Se miraron a los ojos y ambos permanecieron inmóviles. Él sonrió mientras ella le acariciaba parte del pene y el escroto, excitándolo.

"¡Eso es maravilloso!", exclamó Heinzi en voz baja, "¡mucho más maravilloso de lo que había pensado!"

Permanecieron inmóviles y Heinzi susurró: "¡Creo que se acerca!"

Lena se preguntó qué quería decir, entonces sintió que él eyaculaba dentro de ella, una, dos, cinco veces. Furiosa, lo apartó, y él eyaculó el resto en la bañera. Ella lo hizo arrodillarse a su lado en el suelo, apoyó los brazos contra la bañera y juntó las manos. Recitó el Padrenuestro en voz alta, luego lo rodeó con un brazo por el hombro y dijo que madre e hijo no debían tener relaciones sexuales, que era incesto, ¡una vergüenza de sangre!

Él se opuso vehementemente. "¡Eso no fue follar!", exclamó apasionadamente, "¡y te hablé de los que tienen permitido follar con sus madres!".

Lena parecía desconcertada. "¡No te creí!", exclamó, "¿Quién, por ejemplo?!"

Heinzi pensó un momento y luego nombró a tres. — Lena tuvo que tragar saliva con dificultad, pues, por supuesto, había oído los rumores de que las madres habían cometido incesto. Siempre los había descartado como simples rumores.

— Puede que sea así — dijo en voz baja — , pero sigue siendo incesto. No hizo pausa. — Eres mi hijo, ¡no debemos tener relaciones sexuales! — Eso fue claro e inequívoco.

Pero claro, al día siguiente le exigió que se tumbara en la bañera.

— ¡Pero no debes follarme! — gritó, pero obedientemente se tumbó. Amaba a su Heinzi y jamás podría negarle nada. Él separó sus labios vaginales con los dedos y la penetró lentamente. Lena contuvo la respiración; ¡seguro que no lo haría! Pero sí, eso fue exactamente lo que hizo, y ella no se movió, abrumada por el miedo y la vergüenza. Él cometió el pecado mortal y la folló. Aún era bastante inexperto y torpe, pero terminó y eyaculó dentro de ella. Permanecieron entrelazados unos minutos, luego salieron de la bañera.

«Si quieres eyacular dentro de una mujer o una niña, ¡tienes que asegurarte de que no esté embarazada!», le explicó Lena con toda claridad. Le dijo que una mujer solo puede concebir tres o cuatro días al mes, así que debía tener cuidado y preguntarle a la chica an-

tes. Heinzi asintió, aliviado de que su madre no volviera a hablar de incesto.

"¡Te lo preguntaré mañana, lo prometo!", dijo con una sonrisa descarada.

— ¡Debes estar loco! No hay un mañana, no podemos tener sexo — reprendió Lena enfadada — . ¡Eso es incesto!

"¡Lo sabía, lo del incesto iba a pasar!", rió Heinzi alegremente.

Esto sucedía ahora a diario; Heinzi follaba a Lena cada vez que se duchaba, y ella no podía, no quería, negarse. Lena hacía tiempo que había trasladado el banco tapizado de la entrada al baño, porque follar en la bañera no era muy cómodo. El baño era la única habitación sin ventanas y, por lo tanto, mucho más segura que el dormitorio, donde un observador malintencionado podría espiar su encuentro incestuoso. Cuando ella le dijo que no podía eyacular dentro de ella ese día y le preguntó si prefería una masturbación o una felación, él preguntó qué era una felación. Ella se lo mostró.

— ¿Te lo tragaste? — preguntó con incredulidad.

— Por supuesto, no tiene nada de asqueroso. El semen viene del cuerpo y es completamente puro. ¡No me da asco en absoluto! — repitió Lena por centésima vez que no quería tener relaciones sexuales incestuosas, y él simplemente asintió con indiferencia. ¡Claro que sí quería, maldita sea!

Hacía tiempo que había dejado de pensar en el incesto; ella se acostaba con Heinzi, y él con ella. Lo amaba más que nunca, ya que su marido solo aparecía cada pocos meses y se quedaba unos días. A pesar de todo, seguía enamorada de él y se acostaban apasionadamente. Pero no era él, era Heinzi, quien la amaba de verdad y se acostaba con ella todos los días. Ya no pensaba en el incesto, porque era maravilloso acostarse con Heinzi. Heinzi sabía lo importante que era el secreto.

Sin importar cómo hubieran llegado al tema, él lo sacó a colación, mencionando que algunos de sus compañeros también se acostaban

con sus madres, igual que él. Pudo describir con gran detalle cómo a los hijos se les permitía tener relaciones sexuales con sus madres. Lo describió con tanta precisión, como si él mismo hubiera estado allí. Bajó la cabeza cuando Lena lo interrogó intensamente, y luego admitió que había estado allí y que también se le había permitido tener relaciones sexuales con las madres después de los hijos. Ahora tenía que contar toda la historia. La primera mujer, Jutta, estaba muy embarazada, y él sospechaba que su hijo Josef era el padre, ya que ella no estaba casada ni tenía amantes. La había interrogado cuidadosamente y estaba bastante seguro, especialmente porque la mujer de 31 años estaba a punto de llorar. "Joschi, ¿por qué siempre traes a tus amigos para que luego tenga que acostarme con ellos? ¡Sabes cuánto lo odio!" Joschi la desnudó sin piedad y la sujetó; ahora era el turno de Heinzi, y folló a la reacia mujer con fuerza. Ella no se resistió cuando Joschi la folló, y luego ambos follaron una segunda vez. Josef y él follaron a Jutta durante más de una semana, luego su interés disminuyó. Jutta no era precisamente un éxito de taquilla. A Heinzi también se le permitió follar a la madre de Ronald, Evelyn; ella también estaba embarazada de su segundo marido. Solo dejó que Ron la follara una vez que estuvo embarazada. A Heinzi le resultaba muy incómodo lo codiciosa que era Evelyn, a pesar de que era bastante fea y poco atractiva. Él y Ronny follaron a Evelyn juntos después de la escuela durante un buen mes, luego se esfumó. Freddy, a quien Lena conocería más tarde, lo llevó a la casa de su hermana mayor recién casada. Tuvieron que escabullirse allí en secreto porque ella tenía fama de perder a sus maridos. Esto resultó ser el mejor y más placentero follada; a la hermana le encantaba experimentar y siempre tenía grandes ideas. Esto continuó hasta el verano.

Fue durante su último año de escuela. Llevó a casa a un amigo, Alfi. Tomaron café y limonada en la cocina, y entonces Heinzi le hizo su gran pregunta. Alfi nunca había tenido relaciones sexuales con una mujer, solo había abrazado a chicas, las había besado y les había metido la mano en la ropa interior. Técnicamente, Alfi seguía siendo virgen y deseaba desesperadamente tener sexo como es debido. Lena se negó de inmediato, molesta por lo que se esperaba de ella. La discusión se prolongó, Alfi escuchaba en silencio, con ganas de huir. Heinzi se levantó y dijo que acompañaría a Alfi al baño. Lena permaneció sentada ostentosamente, hirviendo de rabia: ¿qué creía su hijo que

estaba haciendo? Después de unos minutos, Heinzi entró desnudo en la cocina, la tomó de la mano y la condujo al baño.

Se quedó inmóvil. Heinzi la desnudó lentamente, sonriendo amablemente. Colocó sus brazos sobre sus pechos, que eran demasiado pequeños para una mujer adulta, redondos, firmes y con pezones puntiagudos como los de una niña muy pequeña. Esto la avergonzaba mucho; encontraba su vulva bastante útil. Su clítoris era inmediatamente visible, rígido e insistente. Solo tenía un pequeño y delicado vello sobre su vulva, no una selva desagradable. Heinzi la recostó suavemente boca arriba en el banco.

Lena estaba terriblemente avergonzada. Claro que Alfi no era el primer hombre que la veía desnuda, ni el primero al que ella veía desnuda. Se sentía avergonzada y, de alguna manera, dolida de que Heinzi le estuviera haciendo esto. Entonces él empujó a Alfi hacia adelante, justo encima de Lena. Ella abrió automáticamente las piernas y puso ambas manos en su espalda. El silencio era palpable. Alfi estaba paralizado. Finalmente, bajó la mano y separó sus labios vaginales con los dedos.

— Tienes que entrar aquí, Alfi, ¡no tengas miedo! — dijo ella en voz baja, y colocó su pene con la mano. Él entró con cuidado y cerró los ojos.

— Ahora tienes que empujar, adentro y afuera, ¡y no tengas miedo! — dijo con voz ronca, pues le resultaba extraño tener que tomar la iniciativa. Alfi, obedientemente, empujó adentro y afuera y eyaculó al cabo de unos instantes. Gimiendo, sacó su pene.

— Mira, te voy a enseñar cómo se hace — dijo Heinzi, y se subió encima de Lena. Era la primera vez que la follaba delante de una desconocida; por supuesto, ya era un excelente follador. La folló durante mucho tiempo, hasta que estuvo a punto de llegar al orgasmo, pero en realidad no lo tuvo. Se puso caliente y furiosa, follándolo como una loca. Estuvo a un milímetro del orgasmo, pero no lo tuvo. Él se corrió con placer y se levantó, luego hizo una seña a Alfi. Los dos chicos la follaron dos veces cada uno, y luego quedaron exhaustos. Heinzi le pidió a Alfi que se vistiera rápido y lo llevó a la puerta prin-

cipal. Esperó en la cocina, fumando, hasta que Lena terminó de masturbarse en el baño, se vistió y vino con él.

Hablaron largo rato, Lena expresó sus sentimientos. Se sentía vendida y traicionada, y también algo asustada porque Alfi había presenciado su incesto. Heinzi refunfuñó que jugaba su reputación con Alfi; desde luego, no lo traicionaría. La conversación se fue apagando; Lena y él tenían opiniones diferentes sobre el asunto y no pudieron llegar a un acuerdo. Él expresó su opinión con franqueza: ella no debería ser tan desagradable; él, por supuesto, sabía que ella no era fértil ese día. Debería estarle agradecida; él le había dado un cambio de aires, y Alfi tenía un pene grande y bonito. Ella no podía negar que se había excitado bastante, ¡y sí, el pene de Alfi era genial! Lena lo acusó de ser demasiado superficial. Ella tenía sentimientos, ¿acaso él no los había visto? Miedo, humillación, vergüenza, y aún más vergüenza. Eso era lo más importante, no si se había excitado o si pensaba que el pene de Alfi era genial. Aquello fue puramente físico; emocionalmente, fue una catástrofe para ella. Él estaba tan molesto que ella tuvo que restarle importancia. Ella le agradeció mucho que se hubiera excitado, que hubiera sentido esa excitación, y también porque un nuevo pene la había follado de maravilla. Como dije, la conversación se fue apagando.

Durante tres semanas, todo volvió a la normalidad. Entonces Heinzi trajo a otro amigo, Freddy. Freddy se jactaba de haber estado acostándose con su hermana mayor “desde hacía siglos”, pero ella se acababa de casar. Heinzi no se lo creyó ni una palabra, y no necesitó explicarle nada a Lena; ella sabía lo que se esperaba de ella. Fue al baño y ya se había desvestido cuando entraron los dos héroes. Al principio, cedió con cierta reticencia, pero Freddy tenía un pene estupendo y follaba muy bien, así que pronto se excitó y jadeaba de placer. Esta vez también, los dos se turnaron para follarla dos veces, y luego Heinzi le mostró la puerta a Freddy con educación. Se sentaron en la cocina.

— Freddy sí que tiene una polla buenísima — dijo Lena — , ¡y la da todo! Heinzi le preguntó si creía que llevaba mucho tiempo acostándose con su hermana. Lena no lo pensó mucho: — ¡Claro que sí! Heinzi se quedó callado, molesto por su error.

— Me sorprende que no me hayas dicho lo que piensas — dijo él. Ella lo miró fijamente durante un buen rato y se preguntó si sería capaz de decirle eso a su hijo.

¿Por qué debería insultarte? Querías sorprenderme y emocionarme. ¡Y lo lograste con creces esta vez! Dudó un instante más.

— Así que lo disfrutaste — observó Heinzi — . ¡Uf, me alegro de oír eso! Lena seguía indecisa; una mujer decente no exigía sexo abiertamente, pero... ¿seguía siendo una mujer decente? Heinzi sonrió con picardía.

— ¿Debo traer a Freddy mañana? — preguntó. Lena suspiró aliviada; no hacía falta que preguntara.

— Sí, si tiene tiempo, ¡con mucho gusto! Ahora todo había salido a la luz, sin que ella tuviera que humillarse. Heinzi soltó una carcajada.

— ¡Claro que seguirá viniendo, ese chico, hasta que se le acabe la paga! — Se mordió el labio; se le había escapado. Lena ni se inmutó.

— No pasa nada si complementas tu paga, hijo mío. Algún día serás independiente, y entonces te vendrá bien tener algo de visión para los negocios. — Pensó un momento — . Pero compartimos, ¿no? Heinzi era muy consciente de que él mismo se había buscado este lío y de que su madre era astuta y tenía mucha visión para los negocios. Cambiaron de tema.

Freddy venía todos los días, pero después de dos semanas se acabó. Lena no preguntó si era por la paga. Negó con la cabeza sonriendo y se negó a aceptar dinero de Heinzi. Freddy era muy bueno en la cama, y ella tenía que irse directamente a dormir después porque estaba “muy cansada”. Después de masturbarse, volvía a la cocina para preparar la cena. Solía masturbarse en el baño, justo después de que los chicos se fueran y Heinzi cerrara la puerta. Todavía estaba muy excitada y caliente, así que solo le tomaba unos segundos llegar al orgasmo.

Lena fue a la zona de Dresde el fin de semana; Rachel estaba de visita con su familia y Lena se quedó a dormir. Cuando regresó, encon-

tró a Heinzi bastante angustiado. Le pidió que le contara todo con detalle. La viuda Weber, que vivía a pocas calles, apareció en su casa. Había venido para acostarse con Heinzi. Él tenía sus reservas; ella tenía unos 70 años y no era nada atractiva. Pero ella insistió y montó un espectáculo, como si él hubiera seducido a la casta viuda para llevarla al dormitorio. Él se armó de valor y se acostó con la anciana. Era bastante rellenita, sus pechos del tamaño de melones le llegaban hasta el ombligo. Casi no le quedaba vello púbico; su vulva y clítoris estaban arrugados, resecos y enrojecidos, su clítoris sobresalía como un dedo. Era obvio que tenía mucho sexo y se masturbaba mucho. Se quedó a dormir y no se fue hasta el domingo por la tarde. Era una mujer experimentada y le lamió el glande con sonidos de succión y chasquidos hasta que su pene volvió a estar erecto. Se dejó follar cien veces, pero solo tuvo un orgasmo masturbándose después del sexo. Heinzi estaba físicamente exhausto y muy perturbado; había visto la masturbación femenina por primera vez, y con una anciana que follaba y se masturbaba insaciablemente. Lena poco a poco lo hizo volver a la realidad, explicándole que no todas las mujeres eran tan desinhibidas, egoístas y desvergonzadas. Heinzi le preguntó si ella se masturbaba, y Lena respondió: «Sí, a veces, pero eso es algo privado. Jamás lo haría tan descaradamente delante de nadie». El tema quedó zanjado, aunque ella sabía que él aún tenía mil preguntas. Por suerte, Heinzi se olvidó rápidamente de la desvergonzada viuda.

Durante todo ese tiempo, Heinzi se acostó con un montón de chicos, sin duda más de cien, y todo iba bastante bien hasta que terminaron las últimas vacaciones de verano y se mudó a la capital para estudiar. Se mantuvo en contacto con Lena, escribiéndole una postal cada semana y una carta más larga una vez al mes. Era aplicado, tanto en sus estudios como con las chicas. Muchas chicas querían quedarse embarazadas, escribió Heinzi, y Lena se imaginaba su amplia sonrisa, porque entonces los padres se veían obligados a casarlas rápidamente.

El pastor estaba en casa otro fin de semana. Hacían el amor mañana, tarde y noche. Lena seguía queriendo a su vieja bruja, y él la respetaba más que a sus feligresas. Al fin y al cabo, ella le había dado un hijo, lo había criado bien y con devoción, ¡y el muchacho incluso estudiaba en la universidad! Hacían el amor apasionadamente, bebían

mucho oporto y fumaban tranquilamente sentados en la cama. Lena disfrutaba de su potente sexo y le dejaba follarla con fuerza tan a menudo como podía. Era realmente muy diferente a follar con los muchos chicos, que también eran geniales en la cama, pero no tan posesivos como su marido. Ella lo conocía bastante bien; él tenía una imagen muy específica de ella: era su esposa casta y fiel que nunca le había sido infiel. Era muy devota, su hermanita de oración. Y le encantaba que la follaran con fuerza; realmente lo disfrutaba. Era un poco ingenua, pero eso le venía de maravilla. No se rebelaba. Así es más o menos como él la veía.

Quizás fue el vino lo que les desató la lengua, porque ahora, por primera vez en mucho tiempo, hablaban de asuntos personales.

— Debes sentirte muy sola ahora mismo — dijo suavemente mientras fumaban en la cama después del sexo — . Llevo meses pensando en esto. Ella se había dejado follar con placer y ahora jugaba con su clítoris bajo las sábanas, porque él nunca se daba cuenta cuando ella era cuidadosa y llegaba al orgasmo muy, muy silenciosamente. Cuando descansaba, deslizaba la mano bajo la sábana hasta su pene. Solo necesitaba jugar un poco con el glande, retraer el prepucio con firmeza un par de veces, y dejaba de hablar. Él la follaba bien, y entonces retomaban la conversación. Sabía que él había tomado dos pastillas de Pervitin y podía tener una erección fuerte en cualquier momento, así que dejaba de hablar una docena de veces y dejaba que su querido semental la follara con fuerza una docena de veces esa noche.

Ella escuchaba atentamente; tal vez su idea era buena. «Ahora que la guerra está en pleno apogeo, es difícil encontrar un hombre con las extremidades rectas en esta ciudad, solo enfermos y ancianos. Y yo estoy más fuera que nunca, pero no, como crees, solo persiguiendo faldas de mujeres: las solteras, las casadas cuyos maridos luchan por ese Führer idiota, y las viudas, por supuesto. ¡Eso no es ni la mitad de cierto, te lo aseguro! ¡Mira qué delgado me he puesto con la escasez de comida! No, las faldas solo me distraen de mis deberes; ¡ojalá no fuera tan potente!». El vino de Oporto debió de complacerle, porque como antiguo oficial de caballería, no tenía una opinión muy alta del mejor general de todos los tiempos, pero solía saber guardar silencio.

Lena lo interrumpió, diciendo que se alegraba de que aún fuera tan potente a su edad. Él asintió con aire de suficiencia y continuó. “En secreto me alegro, ¡pero no se lo digas a nuestro Señor! ¡Gracias a Dios que hay tantas mujeres, porque todos los hombres están en guerra, y humildemente acepto a todas las que el Señor me envía! No, no te preocupes, las menores de 12 años están, por supuesto, fuera de mi alcance, la decencia así lo dicta. Pero las mayores, a veces me llevan al límite del agotamiento. Necesito muchas oraciones fervientes entonces, solo para no caerme muerto. Pero luego tomo una Pervitin, me acaricia el pene como un ángel, ¡y estoy listo para otra vez! La Pervitin es un regalo de los dioses, en broma la llaman ‘chocolate tanque’. ¡Necesito dormir mucho menos entonces y tengo una erección tras otra! Y cuando vengo a visitarte, tomo dos, parece que a ti también te gusta el resultado. — ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí! Sin embargo, las viudas viejas son las más duras, ¡se masturban día y noche, incluso mientras tenemos sexo!” Imagínense, ni siquiera durante el sexo muestran respeto por el hombre; se frotan y se profanan sin cesar. ¡Es muy, muy triste cómo la lujuria las consume! Si el obispo supiera lo cerca que estoy del diablo, ¡me compadecería! El pastor se sumió en una profunda melancolía, y Lena le acarició el pelo gris y erizado. Su visión de lo que hacía era completamente errónea, retorcida y deformada como la Torre Inclinada de Pisa. Quiso provocarlo un poco y le dijo lo horrible que debía ser ver a las viudas masturbarse. Ella misma ni siquiera sabía cómo se masturbaban las mujeres. Esa fue su señal; entonces describió durante un buen rato las diferentes formas en que las mujeres se masturbaban. Finalmente, descubrió a Lena y le mostró cómo se masturbaba. El pastor, como ella ya sabía antes de la boda, era increíblemente inepto en ello, pero Lena ni siquiera tuvo que fingir un orgasmo. Su clítoris estaba tan acostumbrado a la masturbación que alcanzó el orgasmo a pesar de su ineptitud. Lo reprimió lo mejor que pudo y le aseguró que ahora lo entendía. “¿Y qué fue eso al final?”, fingió ignorancia Lena, y él proclamó largamente que era el orgasmo femenino con el que el diablo atraía a las mujeres y las arrastraba al abismo. Se alegró de que ella no tuviera que profanarse y arrojarse a los brazos del diablo.

— ¿Y qué idea tenías para mí? — preguntó Lena rápidamente, recuperando el aliento poco a poco — . Sí que tenías una idea para mí,

porque no tengo con quién acostarme — le recordó. Él tuvo que pensar un rato, pero al final lo recordó.

«Muchos jóvenes regresan de la guerra, algunos un poco traumatizados, habiendo perdido un brazo o una pierna, pero la vida continúa. ¿Y cuál crees que es su mayor problema? — ¿Sí? — No encuentran una mujer que, obedeciendo a la naturaleza, los lleve a la cama. Y entonces se me ocurrió que tú tampoco tienes a nadie que te caliente. Siendo tan decente y temeroso de Dios, no buscas a alguien con quien cometer adulterio. ¡Realmente lo admiro!». Lena fingió casta modestia y murmuró: «¿Quizás él, su queridísimo esposo, quería que te masturbaras de ahora en adelante? ¿Querías eso? ¿Debería hacerlo?», preguntó con tono burlón. Él negó con la cabeza indignado. «¡No, absolutamente no!».

«Lo que pensaba era enviarte a uno o dos pobres tipos para que tuvieras con quién acostarte, ¡con mi bendición, por supuesto!», dijo el pastor, su marido. Lena no estaba preparada para eso.

— Pero eso rompería nuestra promesa — susurró ella, completamente sorprendida — . ¡Prometí acostarme solo contigo! Él le sonrió, tan arrogante como siempre — . ¡Exacto! Y si lo permito, si doy mi bendición, ¡entonces está bien! ¡Eso es todo! Lena se quedó en silencio y se acurrucó contra él después de tomar una copa de vino. Él le enviaría hombres honestos y decentes, buenos alemanes en apuros. ¡Y ella no debía sucumbir al vicio bajo ningún concepto! Asintió agradecida, porque no había tenido relaciones sexuales en los meses transcurridos desde que Heinzi se fue a la universidad. Ni un solo hombre. — Mientras me envíes hombres jóvenes, no necesito masturbarme. Si no hay nadie con quien acostarme, tendré que masturbarme, ¿no crees? Él abrió los ojos de par en par; a pesar del alcohol, su responsabilidad se hizo patente. — ¡Te voy a enviar hombres, montones de ellos! ¡Y no te masturbes, maldita sea! Lena se acurrucó junto a él, como un gato. “Pero voy a intentar masturbarme en secreto una vez, ¡el orgasmo fue simplemente increíble!”, ronroneó la gatita, y el pobre pastor dio un respingo.

Sin duda, el vino le había afectado la cabeza. «¿Y sigues sacrificándote, acogiendo a ancianas viudas, a gente de clase media y a los ni-

ños de doce años que el Señor te envía?». Él no entendía la ironía, el sarcasmo ni el ingenio. La abrazó con calidez. “Sí, las niñas de doce años son tan receptivas a la palabra de Dios y a su siervo enviado. Te miran con los ojos muy abiertos y asienten con entusiasmo, ¡porque por supuesto quieren experimentar la bendición del Señor a través del cuerpo de su siervo! Se desnudan con una timidez encantadora y femenina y se acuestan desnudas ante el siervo del Señor. Se ven absolutamente hermosas cuando les deshago las trenzas, que se ven obligadas a llevar según los gustos perversos del líder, ¡y su cabello largo y abundante enmarca sus rostros! Parecen pequeñas vírgenes, y las estrellas brillan en sus ojos bien abiertos cuando ahora se les permite ver, tocar y acariciar suavemente mi pene. Conteniendo la respiración, guían mi pene hacia su abertura vaginal con dedos delicados; algunas incluso lo empujan con firmeza. Me miran con los ojos muy abiertos y expectantes cuando las desfloro. Lágrimas de alegría corren por sus mejillas durante el sexo, y jadean bruscamente cuando eyaculo. Por supuesto, no quiero embarazarlas, así que saco mi pene y les muestro cómo frotar el semen. afuera. La mayoría de ellas ya saben cómo hacerlo por sus compañeras de clase, casi todas les hacen felaciones a los chicos. Así que me frotan el pene con entusiasmo y me hacen eyacular.”

Guardó silencio por un instante. Sabía, por supuesto, que en realidad ya había embarazado a cientos de chicas y mujeres, pero no le importaba. Le daba igual si acudían a un abortista o daban a luz al bastardo. La decisión recaía únicamente en el Cielo. Despreciaba a los nuevos alemanes nacionalistas que seguían a un líder nefasto. Si podía escupir en la sopa del Führer o corromper a la prole de gente deshonrosa, entonces eso sería una buena acción. Continuó.

Casi ninguna se excita la primera vez, pero sí la segunda. Y me dejan follarlas tan a menudo como puedo, todas dulces y sonrientes. Les encanta. A la mayoría. — Hizo una pausa soñadora — . Lo que de verdad me duele es que casi todas ya han sucumbido al vicio femenino; algunas fueron seducidas a la masturbación desde los cinco años, ¡imagínense! Sin vergüenza alguna, se masturban delante de mí, ¡pobrecitas!

Lena no necesitó interrumpirlo. «A los 12 años, todavía no tienen vello púbico ni pechos, ¿verdad?», preguntó, reprimiendo el impulso de gritarle que era un asqueroso pedófilo. Él respondió con amabilidad: «Casi ninguna tiene más que un poco de vello infantil, rubio, rojizo o negro. Normalmente se les ven muy bien las vulvas y las vaginas, pero también se nota enseguida que están irritadas y rojas por la masturbación, ¡pobrecitas! Muy pocas tienen pechos, que siempre me recuerdan a tus pequeños y dulces pechos de niña». Lena tomó otra copa de oporto. Él continuó.

Lo que siempre me conmueve profundamente son las niñas judías. Vienen a mi clase de religión, aunque profesan una fe diferente, pero vienen porque están enamoradas de mí. A los doce años, parecen incluso más jóvenes que nuestros alumnos de esa edad, y desflorarlas y follarlas es uno de mis mayores placeres. Al principio, suelen estar un poco asustadas y confundidas, pero a medida que avanza la noche, se vuelven cada vez más confiadas y exigen que las folle una y otra vez. Lo llevan en la sangre. Le pido perdón al Señor por sentir tal lujuria carnal por ellas y, al mismo tiempo, le pido que me envíe más. Él es un Dios misericordioso y a veces me concede su gracia.

Les explico a todas las chicas las necesidades de las chicas castas, que son completamente diferentes a las de los chicos que las masturban a escondidas en la escuela. Los chicos lo necesitan a diario; tienen que eyacular todos los días. Parecía estar reflexionando sobre algo. “¿Cómo era con Heinzi? ¿Eyaculaba a menudo?” Lena no estaba preparada para el giro de los acontecimientos, pero el vino la hizo balbucear y mentir.

«Oh, Heinzi, no pudo eyacular hasta los 12 años. Lo descubrimos en la ducha cuando usaba el chorro caliente para ponerle el pene duro, moviendo el chorro rápidamente de arriba abajo como siempre; le encantaba desde los 4 años. Siempre tenía que ponerle el pene duro y seguir hasta que palpitara con fuerza; solo entonces era suficiente. Ahora no solo palpitaba, sino que eyaculó por primera vez». Lena se bebió el vino de un trago y se preguntó cómo le explicaría toda esa red de mentiras. “Durante unas semanas, rociarlo en el chorro de agua tibia fue suficiente; su eyaculación se volvió fuerte y firme con el tiempo. Pero un día ya no funcionó. Así que usé mi dedo índice pa-

ra deslizar su prepucio hacia adelante y hacia atrás hasta que eyaculó. Al principio, eso fue suficiente, y le gustó mucho. Sin embargo, tenía que frotar más fuerte cada vez, lo cual no me resultaba del todo cómodo, pero recordé lo que dijiste sobre que un chico de su edad necesita eyacular a diario. Así que me armé de valor, y después de unos días, lo masturbé como es debido." Lena lo miró; tenía una pregunta.

— ¿Así que lo masturbabas todos los días hasta que se iba de casa? — Lena ya se esperaba la pregunta, pero continuó su relato.

«Al principio, sí. Un día quiso aprender sobre sexo y le expliqué lo que necesitaba saber. Le dejé mirar y tocar mi vulva y respondí a todas sus preguntas, excepto a la de la masturbación femenina, ya que yo misma no sabía nada al respecto. Jugué con su pene sin ningún pudor, ¡porque tiene un pene magnífico!». Lena no tenía motivos para comparar tamaños.

Quería introducir su pene, pero ya sabía que madre e hijo no tenían permitido tener relaciones sexuales. «Que así sea», pensé, y dejé que me penetrara. Le encantó, y yo seguí jugando con su pene y escroto, lo que lo excitó mucho. De repente, susurró que estaba a punto de correrse, y entonces eyaculó dentro de mí. Le recordé de nuevo que no teníamos permitido tener relaciones sexuales, y entonces rezamos un Ave María juntos.

El pastor maldijo en voz baja: "¿Y simplemente dejaste que eyaculara dentro?" Lena sonrió tontamente: "¿Qué podía haber hecho?"

Continuó: «Después, fue así: lo masturbé, y cuando dijo que estaba a punto de correrse, lo dejé que me la metiera y eyaculara dentro de mí. Al principio fue muy bueno; se portó muy bien y cumplió su palabra de no follarme». Lena hizo una pausa y bebió vino de Oporto. Qué astutamente había insinuado lo que sucedería después con la palabra «inicialmente», cómo sus pensamientos se aceleraron y se desordenaron cuando ella dijo «inicialmente».

— ¿Entendí bien? ¿Le hiciste una paja y luego dejaste que se corriera dentro de ti? — preguntó, rascándose la cabeza — . Pero claro,

no hay nada de malo en dejar que se corra dentro de mí, no creo que eso sea follar, ¡en mi opinión está perfectamente bien! — Ella, muy animada, siguió charlando.

Cuando eyaculaba dentro, hacía pequeños movimientos de empuje. Hablamos de ello y dijo que ocurría inconscientemente. Sin embargo, las fases de empuje empezaban cada vez más temprano. Por supuesto, lo reprendí y recé en silencio una o dos Ave Marías. Me dolía la espalda en el duro banco, así que fuimos a mi cama; allí era más cómodo. Solía rezar las Ave Marías conmigo, normalmente seis o siete, a veces incluso doce, hasta que finalmente eyaculaba. El pastor levantó la vista, sobresaltado. «Doce Ave Marías... ¿no fue demasiado tiempo?», preguntó con incertidumbre. Lena solo dudó un instante. "Por supuesto, le dije exactamente eso, que le tomó bastante tiempo, pero él solo se encogió de hombros. Dijo que cuando empiezo a masturbarlo, siente que se acerca muy pronto. Lo dice cada vez, que está a punto de correrse, y entonces se le permite meterla y empujar hasta que eyacula. Cree que es correcto que yo, o ambos, recemos el Ave María y mantengamos nuestros corazones puros. Siempre hemos acordado que nosotros, madre e hijo, no tenemos permitido tener relaciones sexuales entre nosotros, eso está claro. Siempre lo masturbé con mi mano y dejé que me penetrara hasta que eyaculara cuando él lo decía. Nuestros corazones se mantuvieron puros porque nosotros, o solo yo, recitábamos el Ave María hasta que él hubiera empujado lo suficiente y pudiera eyacular." Lena había terminado; su esposo no necesitaba saber nada más. Se aclaró la garganta y maldijo sin cesar: "¡Maldita sea, maldita sea!"

Lena había traído otra botella de oporto y les sirvió una copa a cada una. Se la bebió de un trago, encendió un cigarrillo y tramó su estrategia. Estaba borracha, lo sabía, pero quería asestarle un último golpe a su abusador de menores. Sonrió con picardía y continuó su relato.

Cuanto más tiempo tenía que empujar después de la masturbación, más me excitaba. Después de que eyaculaba, me quedaba insatisfecha y mi coño ardía de deseo, igual que tú. Me pones cachonda, pero el calor tarda horas en desaparecer. Hizo una pausa porque él tenía algo en la lengua.

— ¡Ustedes dos andaban como conejos! — gruñó con mal humor, sacudiendo su cabeza canosa con reproche. Lena se enderezó, fingiendo indignación — . No sé cómo se aparean los conejos, pero te aseguro que Heinzi y yo ni nos apareamos ni tuvimos sexo, ¡desde luego nunca tuvimos coito ni orgías, por Dios! La indignación pareció calar en su marido — . Yo solo le hacía una paja, y cuando estaba listo, le dejaba que me la metiera. ¡No hay nada de malo en eso! ¡Nunca tuvimos coito, maldita sea! La palabrota dio peso a sus palabras, y notó con diversión que él retiraba la cabeza. Ahora podía apretar aún más los tornillos.

Cuando tuvo que embestir durante tanto tiempo, me excité cada vez más, algo que al principio me avergonzaba. Intenté superar esa excitación con oraciones piadosas. Ella le dio la oportunidad de intervenir. «¡Eso me demuestra una vez más lo honesta, recta y casta que eres, mi Lena!», exclamó, besándole la mejilla. Lena tuvo que contenerse, porque el alcohol quería hacerla reír a carcajadas, burlonamente.

“Pero un día, después de que le hice una buena paja y él me acarició y mimó todo el cuerpo con tanto cariño que el calor en mi útero se convirtió en un torbellino, me soltó de sus caricias y dijo que tenía que irse. Estaba tan excitada que incluso ansiaba su penetración. ‘¡Vamos, chico, ven y correte!’, grité, y entonces me penetró durante un buen rato. En mi útero, el torbellino se convirtió en una tormenta, la tormenta en un huracán, y tuve que aferrarme a él mientras mi coño explotaba en el huracán. Me estremecí y me estremecí como loca, y luego se acabó. Tuvo que penetrarme durante un buen rato más antes de poder correrse. No me atreví a preguntarle, pero desde que me lo contaste hoy, ha sido un orgasmo.” Lena hizo una pausa para beber una copa de vino. Él movió la cabeza de un lado a otro. “Nunca has tenido un orgasmo conmigo”, afirmó con tono interrogativo.

— No, jamás — confirmó Lena, sabiendo perfectamente que le molestaba — . Claro que en aquel entonces no sabía que era un orgasmo, pero seguía ocurriendo casi a diario. Después, siempre rezaba con gratitud y examinaba mi conciencia, pero estaba claro. Fue un regalo del cielo, del Señor, que el calor se transformara en una tormenta y

un huracán redentor. Le estaba agradecida al cielo. — Dio un buen trago de vino, lo que solo alimentó su red de mentiras.

— ¿Y cuánto duró eso? — preguntó con desánimo, pues el hecho de que ella hubiera tenido un orgasmo con Heinzi le molestaba mucho. Lena lo pensó: ¿estaba presumiendo o no? Respondió vagamente: — No lo recuerdo con exactitud, tal vez un año y medio o dos. Encendió un cigarrillo y reflexionó sobre sus próximas palabras.

«Claro que siempre tuve dudas y me pregunté si había perdido mi decencia y castidad cuando, mientras la tormenta rugía dentro de mí, lo animaba. Nuestro hijo tiene una virilidad admirable; casi siempre lograba seguir adelante y desatar el huracán. Pero cuando no podía más, se sumergía con una sonrisa y me lamía el coño con la lengua hasta convertirlo en un huracán». Así que ahora tenía algo que mordisquear, y lo hizo, con los ojos muy abiertos por el asombro.

— ¿Heinzi te lamió el clítoris? — exclamó involuntariamente. Lena no pudo evitar reírse para sus adentros de lo predecibles que eran sus reacciones.

— ¡No sé si tengo clítoris! — exclamó con fingida inocencia — . Me lamió ahí abajo, dentro de la vagina, de alguna manera. No la mordió; no quería revelar su secreto, porque eso la llevaría directamente a la masturbación y a las garras del diablo. Lena esperó en vano; él apretó los labios.

“Pero por suerte no tuvo que lamerme ahí abajo muy a menudo, porque la primera vez me sentí increíblemente avergonzada. Una vergüenza terrible, como nunca antes. ¡Me invadía la vergüenza cada vez que me lamía, te lo aseguro! Pero Heinzi quedó muy satisfecho y me abrazó hasta que el huracán, el orgasmo, amainó. A pesar de mi vergüenza, le estuve muy agradecida porque me tomó en serio a mí y a mi excitación.”

Su marido permaneció en silencio, con la mirada perdida. Lena sirvió más vino y bebieron en silencio. Lena encendió un cigarrillo y fumó en silencio. Él se aclaró la garganta; el silencio lo estaba agobiando.

— Bueno, al menos Heinzi probó de verdad lo que es follar de verdad — dijo con voz ronca — . Siempre tuve razón, eres una mujer de lo más decente. No cometiste incesto con él, eso creo — añadió, aún ronco — . Ya no estoy tan seguro de si debería enviar a los soldados que regresan a follarte; tal vez ofenda tu carácter decente y casto. Se sumió en una profunda melancolía. Lena se preguntaba cómo soportaba el hecho de que su esposa y su hijo llevaran follando al menos dos años. Que sin duda se trataba de incesto real debía de ser evidente para él, aunque lo desestimara con palabras hipócritas. Parecía estar dándole vueltas precisamente a eso.

Nunca hablaba de su labor pastoral, así que Lena se sorprendió mucho cuando empezó a hablar. Hablé con todas las chicas y mujeres de mi parroquia, la mayoría en privado. Me formé una imagen bastante espantosa de ellas. Durante mucho tiempo, no me di cuenta de lo profundamente que estaban sumidas en el fango del diablo. No conocí a unas pocas que no estuvieran sucumbiendo al vicio. Casi todas se masturban sin el menor remordimiento, y la mayoría estaban dispuestas, sin la más mínima vacilación, a mostrarme directamente sus actos depravados. Sin dudarlo. Las observé; parecía que realmente las hacía felices. Muchas notaron que eso despertaba mi masculinidad; me guiñaban el ojo con lujuria y se dejaban follar con evidente placer. Incluso las recién casadas, que nunca habían engañado a sus maridos, no se resistieron en medio de su lujuria más intensa y se dejaron follar tímidamente y llenas de vergüenza mientras se acercaban al orgasmo. Después, estaban muy abatidas, lo cual, de alguna manera, podía comprender. ¿Te imaginas hasta dónde se ha extendido ya esta plaga?

Lena, cuyo dedo estaba ocupado estimulando su clítoris bajo la sábana, asintió con la cabeza. “Eso es realmente extremadamente perturbador, mi amor”, susurró en voz alta, interrumpiendo brevemente su estimulación clitoriana. Él asintió y continuó: “Debo admitir que no parecen experimentar nada negativo al respecto. Se sumergen en un estado meditativo, su dedo frota su clítoris casi automáticamente y tienen las fantasías sexuales más hermosas y excitantes. Sus orgasmos suelen variar mucho. Las que siempre tuvieron que ocultarlo no lo demostraron en absoluto. Otras, en cambio, hacían temblar las piernas o su pelvis se balanceaba como si estuvieran bailando rumba.

Podía observarlo fácilmente en su respiración. Contenían la respiración y la exhalaban ruidosamente durante el orgasmo; algunas dejaban escapar un grito reprimido o un suspiro. Pensarías que es hermoso si no supieras perfectamente que es un regalo del diablo". Suspiró profunda y amargamente. A Lena siempre le asombraba lo profundamente que le afectaba.

"Descubrí el segundo mayor vicio durante mi labor pastoral, porque nunca antes había oído hablar de él, ni lo había visto con mis propios ojos. Hay mujeres, imagínense, que lamen el clítoris de otra mujer con la lengua hasta que ella tiene un orgasmo."

— Oh, sí, lo sé — murmuró Lena, pero él no pareció oírla y continuó hablando — . Siempre ocurre en secreto; sus maridos nunca se enteran. Algunas me han contado que a veces se tumban en la cama una frente a la otra, cabeza con pies, por así decirlo. Se lamen simultáneamente, casi en una carrera para ver quién termina primero. Varias mujeres me lo han contado. Todas estas mujeres estaban obsesionadas con el sexo oral; preferían practicar sexo oral con sus maridos y no les gustaba el coito. ¡Solo podía tener sexo con la mayoría de ellas por la fuerza, imagínate! — Lena lo miró de reojo — . ¿Las violaste? — preguntó con asco. Pero él hizo un gesto con la mano para restarle importancia — . ¡Violadas, qué palabra tan fea! No, solo las agarré con fuerza o les sujeté los brazos, ¿pero violarlas? ¡No, no y no otra vez! — Lena permaneció en silencio, pues realmente no estaba de acuerdo.

"He conocido a unas dos docenas de madres que tuvieron incesto con sus hijos. Lo admitieron a regañadientes; sabían que era un crimen incluso bajo la ley secular. El Antiguo Testamento incluso prescribía la pena de muerte para ello. Casi todas tenían la misma excusa: sentían lástima por su hijo. El pobre chico sufría tanto al masturbarse, así que ¿por qué no, si ella podía ayudarlo? Una mujer me contó que su hijo había estado durmiendo en su casa desde que su padre se fue. Ella lo observó mientras aprendía gradualmente a masturbarse. Durante años no dijo nada al respecto; era perfectamente normal. Pero cuando él tuvo que trabajar cada vez más, ella le permitió tener relaciones sexuales con ella; era mucho más fácil así." Se sirvió una copa de oporto y bebió. Lena dijo: "¡Gracias, una para mí

también!”. Él se sirvió, completamente ajeno a su sarcasmo. Reflexionó, reflexionó y fumó, y finalmente se obligó a hacerlo.

¿Y ustedes dos definitivamente no tuvieron sexo? ¿Tú y Heinzi? — preguntó, lleno de sospecha. Lena ocultó su sorpresa, dejó que su dedo se deslizara de su clítoris y se incorporó con una mirada indignada — . ¡Claro que no, ¿qué crees?! ¡Jamás! ¡Lo juro! — exclamó Lena teatralmente — . Sabía que solo tenía permitido tener sexo contigo y nunca se lo permití a él. Solo quería eyacular dentro, y a mí me parecía bien. Siempre le hacía una masturbación manual primero, tal vez durante un minuto, y luego él decía que quería eyacular dentro. Eso me parecía bien, le decía, y lo dejaba penetrar hasta que se corriera. Rezaba en silencio las Ave Marías y me sentía profundamente avergonzada porque me excitaba y me ponía tan impúdica si tenía que penetrar durante más de doce Ave Marías.

El pastor murmuró una maldición baja y maldita, frunciendo el ceño. Lena, sonriendo y completamente impasible, continuó su red de mentiras. “Cuántas veces he examinado mi conciencia, preguntándome si realmente me estaba follando como es debido, pero siempre tuve muy claro que solo penetraba con absoluta inocencia, solo para poder eyacular. Eso no es follar, creo, al menos no follar de verdad. ¡La inocencia ha demostrado que nuestros corazones son puros y castos! — ¡Y siempre se ha mantenido decente, después de todo es nuestro hijo!” Lena permaneció completamente impasible mientras su marido murmuraba una maldición inaudible y maldita. Fumaron en silencio, y Lena murmuró que no necesitaba enviarle ningún hombre que regresara; ahora podía masturbarse, finalmente se lo había enseñado. Entonces el pastor protestó vehementemente; ¡eso estaba fuera de discusión, le prohibía masturbarse! ¡Le enviaría muchos hombres, eso era seguro!

Una semana después, sonó el timbre. Un hombre uniformado le entregó una carta de su marido. Ella lo invitó a pasar y tomaron café mientras ella leía la breve carta. Levantó la vista. “Mi querido Werner, estoy lista cuando tú lo estés”. Lo llevó al dormitorio y no se arrepintió. El hombro fracturado de Werner había sanado bien, tenía un pene magnífico y sabía cómo usarlo. Se quedó dos noches y luego se marchó. Ella le puso unos billetes en la mano para el billete de

tren y afirmó que eso era lo que su marido había escrito. Se quedó después de que él se fuera y dejó que las lágrimas fluyeran libremente. Había experimentado un orgasmo durante el sexo por primera vez en su vida. Fue maravilloso, casi tan bueno como los orgasmos que se daba a sí misma cada noche antes de dormirse.

El pastor cumplió su palabra; le enviaba al menos tres guerreros a la semana "para su uso personal" y le advertía cada vez que no se masturbara, que no profanara su casto cáliz. Ella le agradecía los sementales, pues eso era lo que todos eran, pero no pudo evitar reírse a carcajadas porque se negaba rotundamente a que le prohibieran masturbarse. Pronto aprendió que tener un orgasmo dependía de su propia participación. Tenía que asegurarse de que ella también disfrutara del acto sexual. Esto continuó así todo el año, y ella lo disfrutaba. No había problema si dos guerreros estaban allí al mismo tiempo; se acostaba con uno tras otro, y los tres se divertían. Sí, incluso cuando Heinzi volvió a casa por dos días, ella lo sorprendió. Lo arrastró al dormitorio y lo dejó follarla de principio a fin, tantas veces como pudo. Y ahora tenía orgasmos durante el sexo que lo complacían y le llenaban el pecho de orgullo. Follaron sin parar ese fin de semana, una y otra vez.

Un día recibió un telegrama. "Pereo, venite celeriter. Georg." Solo conocía a un Georg, que le escribió en latín: ¡Me estoy muriendo, ven rápido! Diez minutos después estaba en la estación de tren, dos paradas, y allí estaba. Prácticamente corrió y entró en la casa. Allí yacía, su viejo profesor de latín, dormido. Podía ver claramente que el final estaba cerca. Fue en silencio a la cocina y habló con Rosa, la ama de llaves de toda la vida, a quien reconoció inmediatamente como la amante del profesor. La anciana ingenua le confió que después de la muerte de su esposa hacía más de 25 años, había dormido en su cama y disfrutaba de que el profesor la follara. El profesor ya tenía casi ochenta años, pero aún la follaba todas las noches. Ella misma tenía ya 79, pero aún lograba disfrutar de que la follaran con amor. Nunca había tenido sexo, ni se había masturbado, pero follar con el profesor era maravilloso, y a veces sentía que iba a estallar de placer y por la tormenta que él podía desatar en su inexperta vagina. A menudo, la tormenta terminaba incluso durante el sexo; sus muslos temblaban y su corazón volvía a calmarse y a sentirse ligero. Pero si, al final del

sexo, la tormenta seguía rugiendo en su vagina, el profesor le frotaba un poco la vulva, de modo que casi perecía en el huracán. Amaba esa tormenta que la arrastraba cada noche y le hacía temblar los muslos. ¡Le estaba tan agradecida por ello! Pero desde hacía tres semanas, él no había querido tener sexo y se había quedado en la cama todo el día. El médico de cabecera había venido y le había dejado unas inyecciones de morfina; podría tener otros 10 o 14 días. El profesor estaba muy sereno y le pidió que enviara el telegrama.

— ¿Y dónde están sus hijos? — preguntó Lena. Rosa se persignó — . ¡Dios mío! Su hijo falleció en Francia hace dos años y su hija vive en Suiza. Lena tomó papel y lápiz y escribió un telegrama a su hija. Rosa se dirigió a la oficina de correos para enviarlo.

Lena entró en silencio en la habitación de Georg, el hombre al que le había entregado su virginidad. Su primer marido. Su primer amante. Él estaba despierto. Hablaron en voz baja; él estaba sereno y no temía a la muerte. Solo tenía un deseo: que ella se acostara con él una última vez. Nunca había podido olvidarla y lamentaba profundamente la forma tan cruel en que su esposa la había echado de casa. Su mayor anhelo era morir en sus brazos. Pero comprendería si ella se negaba. Después de todo, era la esposa, notoriamente casta y respetable, del pastor Neumann. No tenía una buena opinión del pastor, dijo con pesar. En la reunión de profesores se discutía entonces la expulsión del alumno Neumann del colegio, ya que se relacionaba constantemente con las alumnas más jóvenes, y presumiblemente con otras, pero no había pruebas ni testigos dispuestos a declarar.

Lena soltó una carcajada. No se habría casado con Neumann si hubiera sabido de sus actividades pedófilas. «Solo puedo estar de acuerdo contigo, querido Georg», dijo, con un tono más serio. «Sigue siendo un pedófilo y disfruta teniendo sexo con niñas de doce años. Un cerdo, si me preguntas». Lena no lo pensó dos veces. «Con mucho gusto me acostaré a tu lado y me quedaré contigo todo el tiempo que quieras. Nadie me echará de menos. Y en cuanto a esa supuesta casta esposa del pastor, nada de eso es cierto. Solo tengo que hablar con Rosa, y luego iré contigo». Georg le dio las gracias y se durmió segundos después.

Lena habló con Rosa, quien, naturalmente, accedió a dormir en la antigua habitación de los niños y a cocinar para ambos. Rosa recordaba a Lena, por supuesto, pero los amoríos del profesor no eran asunto suyo. Sin embargo, como era su deseo, accedió. Ahora que sabía que Lena estaba con él por las noches, por fin podía dormir toda la noche con la ayuda de una pastilla para dormir. Durante tres semanas, solo había cabeceado en el sillón junto a su cama. Una vez todo resuelto, Lena se desnudó y se acostó junto a Georg.

Ella velaba por su sueño, cabeceando apenas. Cuando él despertaba, hablaban largo rato sobre tiempos pasados. Ella estaba siempre dispuesta a tener relaciones sexuales cuando él quería. Él era demasiado débil para tener sexo con ella, pero ella le ponía el pene erecto con la mano y la boca y se subía encima. Nunca antes lo había hecho, pero ahora era su método preferido. No llevaba la cuenta de cuántas veces se subía encima y no le molestaba que Rosa trajera bebidas y comida. A Rosa le costaba apartar la vista, pero Lena supo la razón más tarde. El profesor era la primera y única persona con la que se había acostado. Él la había desflorado cuando tenía 55 años y habían tenido sexo todos los días desde entonces. Nunca había visto a nadie más teniendo sexo y solo conocía una posición, la católica: ella de espaldas, él entre sus piernas. Lena sonrió amablemente; todo estaba bien y nunca se había sentido avergonzada cuando Rosa la veía montarlo.

Era el tercer día. Ella le había dado de comer a Georg y había tirado el té; él quería un coñac. Ambos bebieron, él quería eyacular de nuevo, y ella le lamió el pene hasta que se puso rígido. Se montó sobre él y se marchó, tumbada encima, donde él eyaculó unas gotas como de costumbre. La abrazó con fuerza, luego sus brazos cayeron flácidos y sin vida. Ella le tomó el pulso.

Georg había muerto.

Junto con Rosa, Lena preparó el funeral, que se celebraría en diez días, y al que también asistiría su hija de Suiza. Hasta el funeral, Lena lloró a su primer amante, el que la había desflorado. El funeral fue silencioso y emotivo; aparte de su hija, Rosa, y Lena, asistieron todos los estudiantes supervivientes. Ahora podía volver a casa; le había

dado sepultura con la mayor dignidad y honor que permitía la guerra.

Su esposo continuó enviándoles uno o dos héroes de guerra cada semana, exhortándolos a no sucumbir a los vicios. Pronto pudo volver a sonreír, y su sonrisa quedó grabada en el corazón de muchos guerreros. Comenzó el nuevo año, y todos susurraban sobre el fin que se acercaba. Una extraña postal de Heinzi.

"Querida Lena, me han reclutado y me trasladarán al este en dos horas. Somos 30 chicos, y con 19 años soy el mayor. Pienso mucho en ti y te mando un fuerte abrazo. Para cuando llegue la tarjeta, ya estaré de camino. Te contactaré en cuanto pueda. Besos, Heinzi."

Lena no había vuelto a saber nada de Heinzi desde entonces. Le había enviado un breve mensaje a su marido, pero no recibió respuesta. Toda la infraestructura parecía derrumbarse; la gente estaba pegada a la radio, escuchando los apasionados discursos de los que estaban en el poder, mientras que las emisoras enemigas presentaban una imagen completamente distinta. Todas las mañanas, Lena corría a la oficina de correos; el cartero ya no era de fiar. No recibió más mensajes, ni de Heinzi ni del pastor. Los héroes de guerra, que habían sido puntuales todas las semanas, tampoco venían ya. La gente se reunía en la tienda de comestibles durante el día para ponerse al día de las últimas noticias.

El Führer se había atrincherado en un búnker; una vez al día, anunciaba con voz ronca la inminente victoria final por el micrófono de la radio. «El Führer ha hecho su testamento», susurraban en la tienda. «El Führer se ha suicidado», susurraban los aldeanos. Era increíble; ¡hacía un momento estaba hablando de la victoria final!

El fuego de artillería se acercaba cada día más. Uno de los antiguos héroes de guerra, Wolf, llegó. Ya había estado en casa de Lena tres veces; a ella le gustaba, y era realmente excelente en la cama. Ella solía ir con él. Él le preguntó si no le preocupaba su único brazo, pero ella se rió alegremente. "¡Tienes un brazo, no necesitas dos para follar!". A veces estaba muy triste porque había oído que su esposa, que era judía, y sus hijos pequeños habían sido deportados al Este.

Había oído rumores de que ningún judío había llegado al Este, sino que los estaban matando a todos en el camino. Estaba desesperado porque no le quedaba familia, y si todos morían, él tampoco querría vivir. Ella lo acogió con gusto; el sexo le hacía bien, una distracción de la incertidumbre, y Wolf era realmente excelente en la cama, incluso con un solo brazo. Mantenían la ventana cerrada porque los cristales vibraban con el fuego de artillería. Follaban día y noche; no había nada más que hacer. Luego llegó la noche del 4 de mayo, una noche oscura y lluviosa.

La puerta principal se hizo añicos bajo las botas de los soldados. Wolf estaba a punto de eyacular y no había oído nada; estaba concentrado en follar. Lena oyó el sordo golpe de las botas, la puerta se abrió de golpe y alguien disparó su rifle. Wolf eyaculó; se había desplomado sobre Lena y seguía eyaculando, más tiempo que nunca. Lena se despertó sobresaltada; docenas de botas pisotearon su habitación. Sacudió a Wolf, pero él no se movió. Encendió la lámpara de la mesita de noche. A Wolf solo le quedaba media cabeza; estaba muerto, muerto de piedra. Lo giró hacia un lado. Cuatro pares de ojos fijos en su vulva. Agarró su bata y se cubrió. Sabía perfectamente lo que había pasado, pero su cerebro se negaba a procesarlo, a comprenderlo. Los soldados arrastraron al muerto Wolf y lo arrojaron al jardín. Uno la agarró de la muñeca y la condujo al baño. Vio en el espejo que estaba cubierta de sangre. Se quedó bajo la ducha durante varios minutos, lavándose la sangre de Wolf. El soldado pronunció unas palabras en alemán. «Dame comida, dame aguardiente». Ella lo condujo a la despensa, detrás de la cocina, e hizo un gesto pidiendo comida y vino. Él descorchó la botella con el cañón de su pistola. Se llevó el oporto a los labios y bebió; tenía mucha sed. «¡Bien!», exclamó, y llamó a sus compañeros también en ruso. Había comida y bebida en abundancia.

Poco a poco, recuperó la consciencia. Había cuatro rusos, armados y sucios; su vehículo se había averiado justo delante de su casa. Habían metido el equipo de radio dentro y se turnaban para usarlo; al parecer, estaban en contacto con un centro de mando. Lena entró en el dormitorio y se vistió. Alexei, que hablaba unas pocas palabras en alemán, la condujo al jardín donde yacía el cuerpo de Wolf boca abajo. Al ver sus piernas y nalgas, se quedó paralizada y apartó la mira-

da. Alexei dijo algo; sonó como «Mne zhal», «Lo siento», pero ella negó con la cabeza. «No entiendo». Se dio la vuelta y Alexei entró trotando en la casa tras ella.

Los hombres habían comido y bebido. Lena llenó una olla con agua y tomó un trapo. Llevó a Alexei al inodoro mugriento y señaló la suciedad con el trapo y el agua. "¡Limpia!", le dijo con tono autoritario a Alexei, quien balbuceó "Limpia" con la cabeza gacha. No debo perder el control el mayor tiempo posible, pensó Lena, y repitió: "¡Limpia!". Alexei gritó algo, y uno de los hombres se acercó refunfuñando. Lena le puso el trapo y el agua en la mano, señaló el inodoro sucio con la barbilla y dijo: "¡Limpia!", y Alexei tradujo con tono autoritario. Por lo visto, él era el jefe, gracias a Dios, pensó Lena. Se sentó tímidamente en el suelo con los hombres, con Alexei a su lado. Él explicó laboriosamente que todos eran de Rusia, cerca de Ekaterimburgo. Lena no tenía ni idea de dónde estaba eso, pero asintió. "¿Es bonito Ekaterimburgo?" Ella preguntó, y Alexei asintió de inmediato, "¡Hermosa, muy hermosa! Es una gran ciudad, muy hermosa. ¡Muchas casas hermosas, muchas familias hermosas, muchas mujeres hermosas!" Chasqueó la lengua, "¡Hermosa mujer, muy hermosa!" Lena hizo un gesto para indicar que entendía. El hombre de la radio hizo callar a todos. Escuchó y parloteó, volvió a escuchar y volvió a parlotear. Luego se dio la vuelta y soltó algo en ruso. Los hombres gritaron y aplaudieron. Finalmente, Alexei se volvió hacia ella y dijo, "La guerra termina mañana. ¡Hitler acabado, Hitler destruido!" Se llevó el dedo índice a la sien y gritó, "¡Boom!" Sonrió de oreja a oreja, "¡La guerra ha terminado, Hitler ha terminado, Fiira destruida!" Lena asintió; lo entendió. Así que el Führer, Hitler, se había suicidado después de todo. Gracias a Dios, la guerra podía terminar. Le explicó a Alexei con gestos que casi a nadie en la ciudad le gustaba Hitler. Tomó una foto de la pared. — Ese soy yo, ese es mi marido. Ahora es pastor — dijo, haciendo un gesto, rezando y bendiciendo — . ¡Sí, Papa, mi marido es Papa! Los ojos de Alexei se abrieron de par en par. Lena le dejó claro que ella y su marido despreciaban a Hitler y se alegraban de que la guerra hubiera terminado. Le mostró una foto de Heinzi y lloró. Sí, su hijo había estado en la guerra, en el Este, en algún lugar. Uno de los hombres trajo varias botellas de vino, pero Alexei se negó, explicando que tenían que racionarlo con cuidado, y luego continuaron celebrando el fin de la guerra.

Alexei, con olor a vino de Oporto, le susurró al oído: “¡Hazlo, te amo, hazlo!”. Lena lo entendió de inmediato, pues él colocó su mano inequívocamente sobre su muslo. Ella asintió: “¡De acuerdo, hazlo!”. Se levantó y lo condujo al baño. Dejó caer su vestido y entró en la ducha. “¡Primero límpiate, luego hazlo!”. Se sorprendió al verlo parado con la boca abierta bajo la puerta, como si nunca antes hubiera visto a una mujer desnuda. Se duchó, enjabonando su vulva de manera muy visible, y se secó. “¡Ahora Alexei, límpiate!”, dijo, señalando hacia la ducha. Él asintió con desánimo y se quitó a duras penas su uniforme sucio. Entró en la ducha; todavía había agua caliente. Ella tomó un trapo y jabón y le lavó el pene, solo el pene. Luego le presionó el trapo y el jabón en la mano: “¡Límpiate!”. Los soldados estaban bastante sucios y, al parecer, no habían podido lavarse durante mucho tiempo. Ella solo quería acostarse con hombres limpios y aseados, le dijo a Alexei, tus hombres también tienen que ducharse. Él no entendió. Ella señaló con su dedo índice de un hombre a otro y a la ducha, “¡Limpio, limpio, limpio!” Ahora entendió y llamó algo a sus hombres. Habían estado observando la ducha con diversión y los tres sonreían. Lena estaba desnuda en el baño, igual que Alexei, y ahora señaló sus pechos. “Soy Lena, Lena. Tengo 34 años.” Alexei asintió y repitió con una sonrisa, “¡Lena, Lena, hermosa mujer!” No había entendido el resto, así que ella levantó diez dedos tres veces y luego cuatro. Estaba mintiendo un poco, como cuántos usas cuando te haces unos años más joven. Lo entendió, asintió. Se señaló a sí mismo, “Alexei”, y mostró diez dedos y luego nueve. Lena asintió; ya lo había adivinado. Alexei señaló a sus hombres: “Mikhail”, 17 dedos; “Ivan”, 17 dedos; y el de la radio, “Andro”, 15 dedos. Lena se sorprendió; eran todos tan jóvenes y, sin embargo, ya tan terriblemente viejos. Le preguntó a Alexei: “Andro, ¿únete también?”. Mostró 15 dedos. “Andro, ¿únete también al amor?”. Levantó sus 15 dedos una y otra vez. Alexei se encogió de hombros. “Andro, soldado, Andro, únete también”. Guiñó un ojo. “Andro, únete, no mucho”. Oh, pensó Lena, todavía es virgen, pero ya es un soldado, así que también se le permitió unirse. Señaló la ducha de nuevo: “¡Mikhail, Ivan, Andro, límpiense!”. Alexei asintió con la cabeza y Lena lo llevó de la mano al dormitorio.

Alexei no era precisamente un experto en el arte de follar. Pero hizo lo suyo y se recostó. Llamó a Ivan; habían dejado la puerta abierta.

Ivan estaba mejor dotado que Alexei, follaba con destreza y bastante bien, llevó a Lena al orgasmo antes de correrse él. Él también se recostó junto a Alexei, quien ahora llamó a Mikhail. Ivan se levantó, tomó los auriculares de Andro y lo mandó a la ducha. Mikhail también tenía una polla grande, y él también sabía cómo usarla. Lena se corrió con jadeos y gemidos de satisfacción, y él siguió follando durante un buen rato hasta que se corrió a chorros. Se sentó junto a Alexei, y Alexei llamó a Andro.

Tímidamente, Andro entró, dudó un momento y se tumbó entre los muslos de Lena. Empezó a follarla rápidamente, como un conejo, y Lena lo sujetó con fuerza, deteniendo su embestida. Dijo suavemente: “Andro, tienes que empezar despacio. Imagina que eres un camello, caminando por el desierto. ¡Así que, despacio, como un camello orgulloso!”. Hizo un gesto con el brazo para mostrar lo que significaba caminar despacio. Alexei entendió y le transmitió la instrucción a Andro. Alexei repitió: “Camello”, y negó con la cabeza. Andro pareció haberlo captado; balanceó las caderas como un camello, y Lena asintió con firmeza: “¡Sí, sí!”. Andro lo estaba haciendo bastante bien y aun así se corrió muy pronto. Su pene permaneció duro incluso después de correrse, y no pensó en sacarlo. Miró directamente a los ojos de Lena y levantó dos dedos. Ella asintió en señal de acuerdo y también levantó dos dedos. Andro demostró que aprendía rápido. “Más despacio, camello”, dijo, sonriéndole. — ¡Lena, preciosa! — añadió, dándole un rápido beso en la boca. Y, en efecto, se movía como un camello, orgulloso y lento. Ahora la follaba durante mucho más tiempo, y Lena se excitó. Aumentó el ritmo y se corrió. Exhausto, se desplomó junto a sus compañeros. Lena lo acarició suavemente y murmuró que lo había hecho bien la primera vez.

Se turnaban en la radio cada hora, charlando con la central y teniendo sexo con Lena. Ella le había enseñado a Alexei que “hacer” significaba “follar”. Había logrado quedarse dormida de vez en cuando, pero los chicos la despertaban para tener sexo. Los chicos siempre la follaban de la misma manera, y Andro era el único que la follaba dos veces seguidas. Gracias a Dios que había aprendido a hacerla llegar al orgasmo. A veces pensaba que iba a morir de agotamiento, pero no fue así. Lena estaba algo orgullosa de haber mantenido el control. Los hombres no la habían violado, comían y bebían como

personas normales, se duchaban todos los días y ya no ensuciaban el baño. Aparte de su llegada, no tenía miedo, no estaba en pánico. Estaba agradecida al destino porque todo podría haber sido mucho peor.

Temprano por la mañana, Mikhail estaba en la radio cuando de repente ocurrió algo emocionante; todos hablaban a la vez. Alexei levantó un dedo e hizo un gesto a Lena indicándole que un coche llegaría en un día. Sí, un coche. Luego pensó un momento y levantó dos dedos. “Hoy, mañana, mañana”, hizo el gesto, “hoy, luego esta noche, luego mañana, coche”. Y así fue; follaron día y noche. La mañana del segundo día, se volvieron a poner sus uniformes sucios y esperaron impacientemente. Siguieron hablando por la radio, y entonces llegó una camioneta.

Alexei le indicó a Lena que se pusiera el abrigo. Ella lo miró con curiosidad; llevaba días sin dormir bien, sus pensamientos estaban confusos y parecía completamente desorientada. Él tomó el abrigo y se lo puso. Tomó un segundo abrigo y también se lo puso. «Rusia es muy fría», dijo, y la animó a subir a la camioneta con sus amigos. Aún aturdida, vio cómo su casa se perdía en la distancia por última vez. ¿Iba a Rusia? ¿A Polonia? ¿O a un burdel de soldados?

El pastor Neumann nunca volvió a tener noticias de su esposa ni de su hijo.

• • •

Princesa Lou

von Jack Faber © 2023

Lou estaba sentada en su oficina a bordo del *Elisée,* el yate de su marido, frente a su portátil. El yate medía unos 72 metros de eslora y era de última generación. Lou, que se había casado hacía solo unos meses, había decidido llevar un diario, o mejor dicho, una especie de registro diario. Michel le había conseguido el portátil y lo había equipado con las medidas de seguridad más avanzadas. «De la NSA», sonrió Michel, «e incluso ellos tienen muy pocos capaces de descifrarlo». Lou había hecho instalar una pequeña caja fuerte en su habitación, un camarote amplio, una caja fuerte que muy pocos conocían. Cambiaba la combinación cada semana, porque allí guardaba su portátil, un objeto muy personal. La oficina era una sección separada de la habitación, con vistas despejadas al mar; el extremo de la enorme pared panorámica de la habitación terminaba en la pequeña oficina. Lou repasó rápidamente todos los capítulos que había escrito hasta el momento.

Nació como Maria Louise von Hohenlahnstein en Alemania; su padre dirigía la bodega y los viñedos familiares, con dificultades económicas. Noble, sí, pero no rico. Su padre seguía arraigado en el patriarcado, pero se esforzaba por llevar una vida progresista. Lou, como la llamaban, era la hija menor, pero nunca heredaría ni dirigiría la bodega. Sus dos hermanos mayores estudiaban con ahínco y algún día se harían cargo de la finca. Por eso, su padre la envió a los mejores colegios, a pesar de su escasez económica. Su madre había fallecido cuando ella tenía 15 años. Una noche, su padre entró en su habitación de la infancia y lloró; la había querido muchísimo. La abrazó y sollozó hasta quedarse dormido de agotamiento. Al día siguiente, le preguntó si dormiría en su cama grande; no quería estar solo. Lou aceptó.

Ella nunca tuvo pijama; siempre dormía desnuda. Se dejaba las bragas puestas cuando se acostaba junto a él en la cama por la noche. Se abrazaban y ella lo dejaba llorar. Se había quedado con su madre hasta el final, había estado con ella cuando murió y estuvo allí cuan-

do falleció. Lou, por supuesto, estaba terriblemente triste porque la persona más importante de su vida había muerto, pero no tan terriblemente triste como su padre. Su dolor tal vez provenía de su conciencia culpable, pues solo le había confesado en su lecho de muerte que la había engañado descaradamente una y otra vez. Nunca fue nada grave; simplemente era un cazador con un fuerte instinto de caza, quería acostarse con todas las mujeres, viejas o jóvenes. Eso puso fin a la caza. Su madre sonrió suavemente y murmuró con dificultad: "¡Lo sé, lo sé, mi amor!". Lou recordó lo afectado que se veía su padre; estaba visiblemente sorprendido y avergonzado al mismo tiempo. "¡No, nunca!". La madre logró decir con dificultad: "¡Jamás! Fuiste mi primero y mi único". Lou nunca había visto a su padre tan disgustado.

Lou levantó la vista de su portátil. Las linternas parpadeaban inquietas en la playa donde estaba anclado el yate. Continuó leyendo. Era obvio que a su padre le hacía bien no estar solo. Se abrazaban a menudo, y ella le susurraba palabras tranquilizadoras al oído cuando lloraba. Le acariciaba el cuerpo desnudo, evitando tocarle el pene. Siempre esperaba a que estuviera profundamente dormido antes de masturbarse. Se había masturbado todas las noches para conciliar el sueño desde el jardín de infancia. Quizás habían pasado dos semanas desde la última vez que había aguantado tanto; lo había acariciado con cariño y mucha delicadeza. Entonces él le tomó la mano y la colocó sobre su pene erecto. Se preguntó frenéticamente si debía hacerle una paja. No era nada especial; era perfectamente normal a su edad. Apenas lo había frotado durante un minuto antes de que él se dejara llevar por el deseo y se tumbara entre sus muslos. Ella ya había tenido relaciones sexuales varias veces y no se sorprendió cuando él entró suavemente en su vagina. Dejó que la follara y se contuvo; habría sido perverso corresponderle. No tuvo que empujar mucho tiempo antes de gemir y eyacular. Ella encendió la lámpara de la mesilla y prendió un cigarrillo. Su padre murmuró: «¡Gracias, princesa, gracias!». Ella también le encendió el cigarrillo y fumaron en silencio.

— Es incesto — comenzó Lou. Asintió con desánimo.

“Sí, lo sé. Pero no pude contenerme más, princesa, ¡lo siento mucho! ¿Te desfloré?”, preguntó preocupado, pero Lou soltó una risita.

“Ya tengo 15 años, papá, ¡y estamos en el siglo XXI! ¡Hoy en día ninguna chica de 15 años es virgen!” Ella le sonrió, y en lugar de parecer consternado, él sonrió también.

Él mandó hacer mapas; ella había desenterrado todo lo que pudo sobre las familias Sayn y Battenfeld para él. Se sumergió en la historia de la noble familia y viajó a Hannover para visitar al barón Battenfeld. El anciano caballero era un erudito excepcionalmente simpático de ochenta y tantos años, conocido principalmente por sus precisas traducciones de textos griegos antiguos. Los trámites se resolvieron rápidamente y el barón se dedicó a su proyecto actual. Oleg escuchó con genuino interés, a pesar de no tener ni formación clásica ni conocimientos de griego antiguo. Battenfeld explicó que los eruditos neoclásicos de los siglos XVIII, XIX e incluso XX habían mutilado y abreviado gravemente la Ilíada de Homero. Homero había escrito con un estilo mucho más picante, liberal y obsceno del que se consideraba aceptable en la época. Pero fueron precisamente estos pasajes omitidos los que hicieron que mucho de lo que de otro modo habría sido difícil de entender resultara claro y comprensible. Probablemente tendría dificultades para encontrar editor, dijo el anciano, pero quería que la traducción íntegra estuviera disponible en línea, al menos para la comunidad académica. Oleg se ofreció a hablar con algunos editores en su nombre. En una pequeña ceremonia en el ayuntamiento, Oleg fue nombrado barón.

Se tumbaba a tomar el sol en la playa de arena y le lanzaba bolitas de arena a Oleg. “¡Ay, me da muchísima pena que mis hijos vayan a crecer sin padre!”, exclamó con fingida desesperación.

Oleg estaba desconcertado. “¿De qué estás hablando, de mi corazón?”, preguntó sorprendido.

— Vale — dijo con seriedad — , ¿cuándo estuviste aquí los últimos tres fines de semana?

Oleg se retorcía de desesperación. “¡Tengo muchísimo que hacer, trabajo 18 o 20 horas al día, 7 días a la semana!”, exclamó desesperado.

Lou ignoró su explicación. «Estuviste aquí hace cuatro semanas, cinco semanas antes y tres semanas antes de eso. No me quejo, sé lo mucho que trabajas, sin duda. Pero míralo desde la perspectiva de tu hijo. Le leíste un cuento antes de dormir hace cuatro, cinco y tres semanas. Estabas a 5000 y 12000 kilómetros de distancia cuando se raspó la rodilla jugando. Un suboficial o un oficial le puso la venda. Un desconocido». Lou guardó silencio; tenía que darle tiempo.

— Sé a qué te refieres — dijo Oleg — . Todavía no he nombrado, capacitado ni designado a un sucesor o adjunto. Pero esta noche me sentaré frente a la pantalla y elaboraré un plan.

Lou asintió con satisfacción. “Tienes que agrupar tus 700 empresas…” “¡Eso son casi mil!”, interrumpió, “así que, tus mil empresas en grupos, por geografía o por producto. Luego, crea una jerarquía estricta, para que al final un puñado de ejecutivos informen sobre cómo dirigen los negocios. Solo entonces podrás ser padre. ¡No me sirve un simple donante de esperma, mi querido Barón von!” Siempre se reían cuando ella lo molestaba así. Pero notó que era tan rápido como cuando conseguía nuevos clientes. En su mente, veía los grupos a grandes rasgos; ya existían. Claro que también tenía directores generales, jefes de grupo y pequeños tiranos. Pero ella tenía razón, él estaba involucrado en todo, día y noche. “De acuerdo”, dijo, “¡Voy a nadar otra vez!”

Ella lo detuvo brevemente. «Si pasas todos los fines de semana conmigo durante dos meses, entonces podrías darme un hijo. Estoy lista ahora, aunque aún no tengo 35, sino unos dulces 33. Pero ya estoy deseando tener mi primer hijo. ¡Así que haz un esfuerzo!». Él asintió e hizo una reverencia cortés. «Su mosquetero partirá esta misma noche, Su Majestad; ¡necesita pensarlo todo con más detenimiento!». Sonriendo, resopló como un caballo y se zambulló en el agua poco profunda.

Iba en serio. Estableció una administración estricta, nombrando tenientes, capitanes y algunos generales. Estructuró los salarios, las bonificaciones y la participación en las ganancias para que los diligentes se enriquecieran y los holgazanes fueran inmediatamente señalados. Observó su organigrama con satisfacción. Hasta ahora, lo había hecho y dirigido todo él mismo; era como una persecución constante, emocionante hasta la médula. Ahora tenía buenas razones para delegar la mayor parte de la gestión. Le encargó a su secretaria que reservara dos días en París e invitara a las personas de la lista. Voló de Santo Domingo a París, y después de dos días todo estaba listo. Iba a ver a su princesa todos los fines de semana durante tres días y dos noches.

Una mañana, un domingo, tuvieron relaciones sexuales bajo el sol matutino en su terraza y él le dio su primer hijo.

Lou estaba tan emocionada que quería llamar a Oleg, pero su teléfono estaba apagado. Llamó a su oficina y Ludmilla le dijo que estaba en Singapur o Bangkok. ¿Era urgente? Podría avisarle en caso de emergencia. Lou dijo que no era urgente, pero que la llamara cuando tuviera un momento de tranquilidad. Ludmilla dudó. “¿Puedo felicitarlo ya?” Lou rió suavemente; de verdad que era la mejor. “Sí”, dijo Lou, “¡muchísimas gracias! Pero por favor, no le digas nada; quiero hacerlo yo misma”.

Dos horas después, Oleg llamó y ella le dijo que estaba embarazada. Él se sintió abrumado, y luego charlaron durante otra media hora. Estaba en plena negociación para vender todo su negocio en Asia, unas 125 pequeñas empresas. Quería venderlas al menos sin pérdidas, no regalarlas. Los asiáticos eran buenos hombres de negocios, y él disfrutaba mucho negociando con ellos. También hablaron de las reformas del yate, y ella le recordó que podría necesitar la ayuda de Tanja dentro de ocho meses como máximo.

Oleg se puso manos a la obra de inmediato. Tanja llevaba más de seis meses trabajando como matrona en un hospital de San Petersburgo; estaba bajo estrecha vigilancia del Kremlin. Sus comunicaciones cifradas con Occidente habían sido detectadas, lo que también llamó la atención de Oleg, quien se estaba deshaciendo, lenta pero

inexorablemente, de sus empresas y participaciones rusas. Al amparo de la oscuridad, hizo que Tanja se marchara en su jet privado. Obtuvo la ciudadanía luxemburguesa y un pasaporte. No dejó nada de valor en San Petersburgo.

Lou hizo convertir dos camarotes dobles contiguos a su dormitorio en una habitación infantil, con un camarote doble detrás para Tanja. Mandó instalar puertas en los camarotes, así como en el de Michel. Esto le permitía entrar en su dormitorio sin ser visto, y a Oleg entrar en el camarote de Tanja sin ser visto. Sacrificó cuatro camarotes de invitados y mandó construir una oficina espaciosa con una sala de conferencias para Oleg. Solo quedaron el camarote del capitán y los camarotes de los dos oficiales en la cubierta A. La cubierta A era ahora completamente privada, pero aún había camarotes para entre 12 y 16 invitados en la cubierta B. La tripulación estaba haciendo un buen trabajo, observó con satisfacción. Le enviaba fotos cada dos días para mantenerlo al tanto y discutió con él los detalles de su nueva oficina. Él permaneció en Singapur durante casi tres semanas, pero logró sus objetivos con éxito. Voló de regreso vía Luxemburgo, donde discutió personalmente con sus asesores fiscales el cierre adecuado del negocio en Asia.

Oleg se sorprendió al ver que ella tenía dos cunas preparadas en la habitación de los bebés. Ella sonrió y dijo: «Sí, para Peter y Paul». No pudo evitar reírse, pues aún no lo comprendía del todo. Se abrazaron con alegría y esperaban con ilusión la llegada de los gemelos. Oleg había hecho trasladar el yate más cerca de Santo Domingo; el antiguo palacio estaba casi terminado. Instalar un generador de emergencia de gran capacidad y los tanques de hidrógeno correspondientes resultó complicado. Aun así, tenía la intención de usarlo como su casa de retiro.

Celebraron el 42 cumpleaños de Tanja con un banquete para los cuatro: Oleg y Lou, Tanja y Michel. Lou brindó con zumo de naranja; se tomaba el embarazo muy en serio. Ya no participaba en misiones de campo ni buceaba. Hablaron abiertamente de que Oleg pasaría ahora más tiempo con Tanja y Michel con Lou. «Es una solución maravillosa; creceremos juntos como una verdadera familia. ¡Tengo muchísimas ganas!», resumió Lou a la perfección.

Lou estaba agradecido a Oleg por haber reestructurado su imperio y por pasar ahora al menos cuatro días a la semana con ella. Había planeado cuidadosamente su oficina y podía gestionar el negocio desde allí, a veces quedándose toda la semana. La jerarquía aún estaba al límite, así que tenía que ir allí y solucionar los problemas. Había dado vacaciones a la mitad de la tripulación; se turnarían con la otra mitad. Probablemente permanecerían allí, frente a Santo Domingo, unos meses más. A menudo se sentaba con el capitán Smith o los dos oficiales, porque el *Elisée* ya tenía sus años y Oleg quería un barco más nuevo en un plazo máximo de tres años. La economía mundial iba mal y los yates se vendían con frecuencia; no era necesario construir uno nuevo.

Lou fue hipersexualizada durante su embarazo. Tanja también, porque su amante estaba a solo unos pasos. Las dos mujeres tramaron su plan erótico, exigiendo todo de ambos hombres durante este tiempo. Cuando Oleg tenía sexo con Lou después de la cena, él dormía durante aproximadamente una hora, y Lou relajaba su clítoris intensamente exigente. Oleg iba en silencio a ver a Tanja, y Lou le hacía la señal a Michel. Lo hacían como siempre lo habían hecho: se besaban, se abrazaban y se acariciaban durante una hora antes de que ella tuviera sexo con él. Si Oleg regresaba de casa de Tanja antes, se quedaba debajo de la puerta y los observaba. Michel siempre se acostaba boca arriba, y Lou lo montaba. Ella lo montaba con velocidad creciente hasta que su poderoso orgasmo casi la desgarraba. Michel sostenía su vientre y a los gemelos suave y delicadamente en sus manos, como si fueran huevos crudos. Lou, que había estado acariciando sus pechos todo el tiempo, tiraba de sus pezones en su orgasmo, casi arrancándoselos. Por lo general, eyaculaba con un gemido durante sus intensos orgasmos; De lo contrario, ella lo montaba hasta que él eyaculaba, o él la penetraba por debajo cuando ella estaba demasiado exhausta. Oleg observaba con cariño y solo entraba cuando Michel se marchaba, para evitar una situación incómoda. Tras el parto, su voraz deseo había disminuido y las mujeres ya no exigían sexo maratoniano a los hombres.

Lou se sentó frente a su computadora portátil, acariciándose repetidamente el vientre y leyendo todo. Se lo daría a los niños en el momento adecuado; lo había documentado todo meticulosamente. Los

niños debían saber cómo había vivido su madre. Había descrito los experimentos de su infancia hasta que descubrió la masturbación. Describió con sinceridad el incesto con su padre y también lo que Charlotte le había contado. Escribió con franqueza sobre sus relaciones con Michel, Oleg y Mischa. También describió cómo se medía la temperatura vaginal antes de levantarse y la comparaba con su calendario menstrual. Antes del desayuno, nadó unos largos desnuda en la piscina y permitió que los dos o tres marineros que estaban allí nadaran desnudos con ella también. Miró sus penes y le hizo un gesto de aprobación a uno antes de nadar hacia un rincón oculto. Se agarró al borde de la piscina y sacó el trasero. El marinero pudo penetrarla por detrás bajo el agua y follarla con fuerza. Siempre se preparaba para un orgasmo y lo conseguía rápidamente, a veces solo con el segundo o tercer marinero. Tras su orgasmo, lo dejó terminar y eyacular, luego subió a su terraza y desayunó. El orgasmo matutino durante su ejercicio temprano le había alegrado el día. Se lo mantuvo en secreto a Oleg y Michel; estaba segura de que solo los confundiría. Era algo puramente físico, y prohibió cualquier tipo de interacción inapropiada. Contempló el mar desde su portátil.

¡Maldita sea! ¡Qué emocionada estaba con los gemelos!

• • •

El bribón descarado

von Jack Faber © 2023

Reni, cuyo verdadero nombre era Renate, bañaba a su hijo René todas las noches desde que era un bebé. A él le encantaba cuando ella le mojaba el pene con agua caliente, especialmente el glande. Ella acariciaba suavemente el tronco con la punta del dedo índice. Solo cuando él decía: "¡Está a punto de palpitar!", ella detenía el dedo y concentraba el agua en el glande, dejándola rodearlo y estimularlo. "¡Está palpitando, está palpitando!", exclamaba él con entusiasmo, y ella continuaba rociando con avidez el agua sobre el glande palpitante. Le había permitido este orgasmo infantil desde que era muy pequeño.

Pero hoy fue diferente. No hubo advertencia del palpitar; ella acarició su prepucio con su dedo índice y mantuvo el chorro de agua sobre su glande. Como siempre, se había puesto en cuclillas, separado las rodillas y le había dejado mirar dentro de su vagina; a él realmente le gustaba eso. René gimió y eyaculó por primera vez. Ella mantuvo el chorro de agua sobre él hasta que su eyaculación entrecortada cesó. Él tenía mil preguntas, y ella las respondió todas. Parecía interesado en cómo los chicos se masturbaban para eyacular. Ella agarró su pene e imitó la masturbación durante unos minutos. René entendió al instante. Su pene se puso duro como una roca de inmediato, y quería que ella continuara hasta que eyaculara. Ella negó con la cabeza; solo quería mostrarle cómo se hacía. Soltó su pene, y él miró fijamente su vagina durante minutos hasta que su pene eyaculó por sí solo. Ella lo frotó hasta que todo salió. ¡Cuánto había cambiado su pene! Lo que antes había sido un pene de niño, hermoso y suave, ahora había crecido considerablemente y parecía estar volviéndose tan fuerte y poderoso como el de su padre.

¿Las chicas eyaculan todos los días? Reni le explicó que las chicas no eyaculan y que no necesitan frotarse a diario. "¿Y con qué frecuencia lo hacen?", continuó con curiosidad. Reni dijo que variaba de una chica a otra. "¿Y tú?", insistió. Reni afirmó que solo rara vez, tal vez tres o cuatro veces al año. Era mentira; probablemente lo hacía

cinco veces por semana, pero eso era asunto suyo y realmente no le incumbía.

La siguiente vez, intentó masturbarse bajo el chorro de agua, pero era demasiado torpe incluso para eso. Ella se molestó un poco cuando él le pidió que lo hiciera por él. Durante los siguientes días y semanas, ella le hizo una paja bajo el chorro de agua; no le dio mayor importancia. Se arrodilló frente a él en la bañera, y él tenía que ponerse de pie y dirigir el chorro de agua. Ella le masturbó el pene, que había perdido toda su juventud y se había convertido en un monstruo como el de Simon, justo delante de su cara. Él eyaculó sobre sus labios cerrados, su cuello y sus hermosos y firmes pechos. Después de unos días, ella dejó la boca abierta, pero eso no lo impresionó. Solo cuando ella le acarició la cabeza del pene con los labios antes de que eyaculara, y él se corrió dentro de su boca, se excitó. Ella no quería hacerle una felación como es debido todavía; eso vendría después. Él estaba encantado. "¡Cuando acaricias mi polla con tus labios, eso es lo mejor!" exclamó con entusiasmo, y ella sonrió con gran satisfacción. Se duchó después de que él se fue y se masturbó en la ducha si estaba muy excitada; de lo contrario, se fue a la cama, se masturbó y fantaseó con tener sexo con René. Hablaron mucho sobre sexo; en su opinión, era una buena manera de educar a su hijo. Se metió en la bañera con él, se tumbó boca arriba y le dejó admirar sus genitales. Él inspeccionó todo minuciosamente, separando sus labios con los dedos, tal como ella lo había hecho antes, y admirando la pequeña abertura.

«¿Y por ahí salí, verdad?» Ella asintió y le explicó que era un agujero muy elástico, lo suficientemente grande como para que salieran tanto el grueso pene de papá como un bebé. Todos los días, René tenía que mirar y explorar su vagina. Ella le mostró el clítoris bien escondido, que las chicas usaban para frotarse. Sí, confirmó su pregunta, algunas chicas lo hacen a diario como los chicos, algunas incluso mucho más a menudo. Reni le enseñó cómo masturbarse durante 20 segundos; ¡él lo entendió, por supuesto!

Él seguía preguntando cómo tener relaciones sexuales, y ella se lo explicaba con paciencia y detalle. Él parecía satisfecho; le separaba los labios vaginales a diario, con la mirada fija en su abertura. Su in-

terés se había despertado, y ahora deseaba con todas sus fuerzas saber qué se sentía por dentro.

La respuesta no le resultó fácil. “Es cálida y húmeda, y a todos los hombres les gusta”. Él se quedó atónito: ¿acaso varios hombres podían acostarse con ella? Ella se rió. “¡Claro que no, tonta! ¡Solo me he acostado con papá y nunca con nadie más! Pero lo que quise decir es que un hombre se siente muy cómodo en el agujero de su esposa; de lo contrario, ¡la humanidad se habría extinguido hace mucho tiempo!”.

René asintió; ahora lo entendía. Pero le suplicaba todos los días durante sus inspecciones de su vagina; quería sentirla, sentirla de verdad, cómo se sentía para su pene. Reni negó con la cabeza enérgicamente; ¡no podía permitirlo! Día tras día, la misma vieja historia.

Un día lo deseó, ¡lo deseó de verdad! Le separó los labios vaginales como todos los días, pero esta vez la penetró. Se retrajo el prepucio con fuerza e introdujo la punta del pene en su vagina. Un centímetro, tal vez; no se atrevió a ir más allá. Reni estaba harta de contradecirlo siempre.

— Tienes que meter la polla hasta el fondo, ¡no tengas miedo! — dijo ella en voz baja. Él penetró con mucho cuidado, su preciado pene desapareciendo en un agujero que no conocía y al que, de alguna manera, le daba miedo. Pero penetró hasta que su polla estuvo completamente dentro.

Reni lo agarró de las caderas con fuerza. “Recuerda, no puedes follarme como tu padre, te lo expliqué muy claramente. Cálmate y dime qué se siente.”

“Suave, cálido y húmedo, mamá, tal como dijiste. ¡Es increíblemente placentero ahí dentro, absolutamente maravilloso!” Reni se estremeció; ¡¿seguro que no iba a eyacular?! Pero René cerró los ojos con deseo y suspiró después de un rato: “Ya está palpitando, mamá, ¡está palpitando!” Se concentró un momento y susurró: “Ya viene, mamá, ya viene, ¡lo siento con tanta claridad!”

Reni lo agarró de las caderas con fuerza y murmuró: «No te corras dentro, cariño, ¡por favor, no!». Pero él apretó los glúteos rítmicamente y eyaculó una, dos, cinco veces. Ella lo sostuvo hasta que su pene volvió a estar flácido, luego lo sacó. Él se defendió diciendo que no la había follado como su papi. Y la eyaculación fue maravillosa; ya no necesitaba masturbarlo. Reni asintió con incertidumbre. Bueno, está bien entonces.

Cada noche él insertaba su pene en su vagina, esperaba inmóvil, y entonces ella llegaba a él. Cerró los ojos y eyaculó dentro de ella. Preguntó: "¿Por qué mueves el culo?" y ella respondió: "¡Porque si no, no podrías eyacular!". Él estaba asombrado y pensativo. Finalmente, dijo: "¡Pensé que eyacularía solo!". Reni rió suavemente. "Muevo el culo en cuanto mi coño siente que estás a punto de correrte. Es mi coño el que empuja suavemente hacia ti y desencadena tu eyaculación. ¡Presta mucha atención!". Al día siguiente, mientras eyaculaba, exclamó: "¡Sí, ahora puedo sentir exactamente cómo tu coño empuja dentro de mí!". Reni sonrió con placer y dijo que era importante para ella que él eyaculara todos los días y no sintiera ninguna presión sexual. Esto funcionó bastante bien durante unas semanas, pero luego la eyaculación inmóvil simplemente dejó de funcionar. Al final, ella masturbó al desafortunado hombre con su mano, pero eso no estaba del todo bien. Él penetró profundamente en ella para eyacular, comenzó a eyacular, y ahora penetraba con fuerza con cada chorro. Estaba infeliz y triste. Ella lo abrazó con cariño y lo consoló. "Sé cómo son los hombres", dijo comprensivamente, "tienes que penetrar cuando eyaculas, creo que es perfectamente normal. Desde luego, no estoy enfadada contigo por eso, es simplemente así". Él no tenía por qué sentirse culpable; ella lo había aceptado y permitido explícitamente. Le llevó unos días calmarse, y ahora penetraba con fuerza cuando eyaculaba. Por supuesto, él no sabía que ese era el comienzo del coito. Ella notó, por supuesto, que él penetraba cada vez con más entusiasmo y sospechó cómo continuaría. Él notó que las yemas de sus dedos giraban suavemente sobre su clítoris. "¿Prefieres masturbarte ahora?", preguntó con recelo, porque quería seguir entrando y saliendo lentamente. — No — dijo Reni con desdén — , solo me masturbo cuando estoy sola. ¡La masturbación es un asunto estrictamente privado! Él se tranquilizó y continuó. Después de un rato, sus dedos volvieron a rozar su clítoris. Continuaron hasta que ella se estre-

meció en un orgasmo. Cuando el orgasmo terminó, susurró con voz ronca: — Vamos, ahora puedes eyacular o empujar si aún no te has corrido. Giró la cabeza con cansancio hacia un lado. Esa fue su señal para empujar muy rápido y eyacular en fuertes chorros. Él observó cada vez que sus dedos rozaban su clítoris y preguntó: — ¡Te estás masturbando, puedo verlo! Ella asintió al principio, luego dijo que solo se masturbaba sola, por la noche. — ¿Todas las noches? — insistió él. Ella asintió y giró la cabeza con cansancio hacia un lado. — ¿Varias veces seguidas? — preguntó él, sin ceder más. Ella lo miró fijamente, casi con enojo. Ella asintió con la cabeza, pero después de un rato dijo: "¡Eso es asunto mío, no te incumbe!". Él no se dio por vencido. "¡Dijiste dos o tres veces al año!". Ella seguía visiblemente molesta, pero luego su rostro se iluminó. "Lo dije hace meses, ¡y muchas cosas han cambiado entre nosotros desde entonces! ¿Puedes aceptarlo?". René no sabía a qué se refería, pero no buscaba una discusión; era mejor dejar el tema. A partir de entonces, entró y salió lentamente, observando cómo sus dedos se deslizaban sobre su clítoris, llevándola gradualmente al orgasmo. Ella siempre lo miraba con timidez y vergüenza, pero él no se atrevía a tranquilizarla con palabras de consuelo. Su majestuoso deslizamiento, lento y profundo, entrando y saliendo por completo, la excitaba cada día. Su clítoris clamaba por un orgasmo; ella giró sus dedos sobre él durante un cuarto de hora, aunque era plenamente consciente de que René la observaba con intenso deseo. Dejó que el orgasmo estallara, y cuando terminó, ladeó la cabeza y se cubrió los ojos, atormentada por una profunda vergüenza. Sus ojos se llenaron de lágrimas y susurró: "¡Continúa!" o "¡Ya puedes!". Algunos días, la disforia postcoital era tan intensa que las lágrimas fluían durante minutos. Ella permanecía completamente pasiva mientras René la penetraba, y solo cuando él eyaculaba su vagina, sus músculos vaginales, apretaban su pene con fuerza. Después, lo abrazaba con amor y era completamente feliz. Esto continuó durante muchas semanas, y cuando no quería que él eyaculara dentro de ella, le hacía una masturbación manual. "Para no quedar embarazada", explicó, y él lo entendió.

Ahora, cada noche, se acostaba directamente a masturbarse. De niña, se masturbaba todas las noches para conciliar el sueño, pero cuando terminó la escuela a los 16 años y empezó a trabajar, solía estar demasiado cansada y agotada para hacerlo. Se masturbaba quizás

una vez al mes, e incluso durante su matrimonio, solo una vez por semana. Pero ahora se excitaba a diario cuando René eyaculaba dentro de ella; tenía que masturbarse mucho todos los días, igual que en su juventud.

La historia de Renate

Se masturbaba suavemente el clítoris, dejando que su vida pasara ante sus ojos. Como sus compañeras, les había hecho felaciones a los chicos como algo natural y más tarde aprendió a dejar que eyacularan en su boca. Desde que tenía 12 años, su padre la llamaba al dormitorio cada vez que su madre tenía la regla o no se sentía bien. Su madre armaba un gran escándalo, pero quería que Reni le hiciera una felación. Para Reni, no era ningún problema; solo su madre se quejaba. A su padre le gustaba especialmente que, antes de eyacular, Reni le metiera el pene en la boca lo más profundo que pudiera y le dejara eyacular dentro. Estaba encantada de dejar que su adorado padre eyaculara de forma tan hermosa. Reni ya se había acostado con algunos chicos; nadie tuvo que desvirgarla, ya que nunca había nacido con himen. Se acurrucaba con su padre y le susurraba al oído siempre que tenía algo que contarle, como sexo o una felación. Por supuesto, esto fue intencional, porque su padre tenía un pene magnífico, y ella deseaba desesperadamente tener sexo con él. ¡Después de todo, ya tenía 13 años y era una mujer de verdad! Claro que él quería, pero su madre inicialmente actuó horrorizada. Tal vez no sabía, o había olvidado, que Reni no tenía himen y despotricó diciendo que solo podía tener sexo, si acaso, justo en la entrada de su vagina. Como una gaviota envidiosa, agarró su pene y, graznando, controló la situación. “¡Solo puedes tener sexo con la pequeña justo en la entrada!”, gritó, “¡es tan jovencita, probablemente le tiene miedo al sexo y a perder la virginidad! ¿Verdad, pequeña?”. Reni negó con la cabeza, “¡Pero no, mamá, ya sé cómo funciona el sexo y ya no soy virgen!”. Sin embargo, durante los primeros días, su madre sujetó su pene con firmeza y no le permitió penetrarla. Ella lo vigiló durante unos días y luego asumió que todos eran obedientes, honestos y bienintencionados. Papá y Reni tenían rienda suelta y tenían relaciones sexuales tan a menudo como podían. La madre no dejaba de regañar, pero estaba

bastante contenta de que él durmiera con Reni y no tuviera una aventura. Por supuesto, había notado las miradas lujuriosas y seductoras de sus rivales y sabía que muchos la envidiaban, a ella, ahora un cisne marchito, al apuesto joven. Lo que no sabía, por supuesto, era que él estaba recogiendo todas las flores que encontraba a su paso. Reni disfrutó durmiendo con su apuesto papá durante unos seis años. Su madre pronto se calmó y aceptó que él solo durmiera con ella una vez al mes, e inmediatamente se fue con Reni. La madre rápidamente superó sus inhibiciones y se masturbaba abiertamente frente a ambos cuando se excitaba. Reni durmió con su amado papá hasta su boda y a diario durante su embarazo, lo que la ponía tan cachonda como una adolescente de 15 años. Dejó de acostarse a escondidas con su padre cuando este envejeció rápidamente, su libido disminuyó y su deseo sexual se desvaneció. Por supuesto, durante el embarazo solo podía acostarse con él a diario, pero siempre que podía, y al menos todos los domingos, salía sigilosamente de la casa antes del amanecer sin despertar a su marido. Corría dos casas más allá, se acostaba junto a su padre y lo despertaba acariciándole la erección matutina. Él murmuraba adormilado: "¡Buenos días, cariño!" y se tumbaba boca arriba. Ella se subía encima de él y guiaba su pene hacia su vagina como lo había hecho mil veces antes. Se recostaba suavemente sobre su pecho y movía las nalgas hacia adelante y hacia atrás. Cuando sentía que estaba a punto de correrse, golpeaba su vagina y sus nalgas contra su pene hasta que él eyaculaba. Al principio, ella lo había montado, pero a medida que él envejecía, ella había cambiado a esta técnica; no lo cansaba tanto. Al principio, solo le tomaba dos minutos llevarlo al orgasmo, pero con esta técnica más suave, le tomaba al menos 15 minutos o más. "¿Estuvo bien, papá?", le preguntaba ella cada vez, y él asentía cansado. "Es tan dulce de tu parte acostarte con un viejo como yo. Desde que mamá se fue, ni siquiera he mirado a una mujer. ¿Vendrás mañana o pasado mañana?" Ella siempre decía "¡pasado mañana!", aunque a veces venía al día siguiente. Estaba convencida de que esto no era sexo de verdad; era un servicio para aliviar su tensión sexual. Lo arropaba con cariño y lo dejaba volver a dormirse. Luego se escabullía a casa, preparaba café y se lo llevaba a su esposo a la cama. Estaba bastante segura de que él nunca notaba nada.

Empezó a trabajar a los 16; era un trabajo bastante duro. Una noche, mientras volvía a casa tarde después del trabajo, vio a un hombre resbalar en la acera helada y caerse. Miró a su alrededor, pero no había nadie. Se apresuró a acercarse al hombre. Olía a cerveza, pero respiraba. ¡Menos mal! Lo sacudió suavemente y le preguntó si estaba herido, si se había roto algo. Él refunfuñó; no, no se había roto nada. Reni lo ayudó a levantarse, pero le dolía bastante la pierna. Ella lo sostuvo y, a pesar del frío, se sentaron en un banco. Él dijo que se llamaba Simon; había recibido su certificado de maestro artesano ese día y tenía que invitar a una ronda a algunos de sus compañeros. "Nunca bebo", dijo, "pero hoy tuve que tomarme dos cervezas y no pude aguantar. ¡Zas! Ahí estaba yo, tirado en la acera, de mal humor, ¡y una chica guapa como tú tuvo que rescatarme!". Reni sonrió como él; Simon parecía un buen tipo.

— Soy Reni, Renate. ¿Qué tipo de certificado de maestro artesano tienes, Maestro Simon? — Él rió — . ¡Eres la primera persona que me llama Maestro, Renate! Espero que no pienses que soy un bicho raro o un borracho. Se me pasó la borrachera enseguida al caer al suelo. Para responder a tu pregunta, soy cantero. Lápidas, estatuas para jardines y cualquier cosa hecha de piedra. Trabajo para Fürner, el cantero, ¡un buen maestro!

Hablaron durante quince minutos más y luego se fueron. Él podía cojear y luego caminar; él fue a la izquierda y ella a la derecha después de escribir su número de teléfono en su celular. Así conoció a su esposo, y se casaron un año y medio después. Ella siguió viviendo con sus padres hasta unos meses más tarde, cuando se entregó a él. Él tenía un pene grueso y robusto y la penetró con mucha suavidad y cuidado. Ambos se amaban con todo su corazón; él era un hombre trabajador y solo cuatro años mayor que ella. A ella le encantaba el sexo; casi siempre tenía un orgasmo, y Simon estaba orgulloso de eso.

En una de sus primeras citas, él le regaló una escultura del tamaño de la palma de la mano. Originalmente era un encargo; el cliente le había dado una fotografía de una estatuilla sudamericana de varios siglos de antigüedad. Él la había recreado fielmente, pero el cliente

no quedó satisfecho y pagó de todos modos. Le preguntó a Reni qué le parecía. Ella examinó la estatuilla con mucha atención.

"Un tipo musculoso con un tocado está follando con un chico", dijo Reni, sonrojándose ligeramente.

— ¡Eso no es un niño, es una niña o una mujer! — exclamó Simon indignado.

Reni negó con la cabeza con firmeza. «¡No tiene labios vaginales ni clítoris, ni pechos!», exclamó. «No quiero criticarte», dijo tímidamente, «pero parece más bien un hombre joven. Nunca antes había visto a dos hombres teniendo relaciones sexuales, pero esa es solo mi primera impresión». Simon guardó la estatuilla y cambiaron de tema.

Unas semanas después, él le dio una nueva estatuilla. Había hecho una completamente nueva, representando un magnífico pene del hombre penetrando la magnífica vulva de la mujer. Ella tenía labios mayores grandes y un clítoris realmente impresionante, además de pechos como los de una bomba sexual. Reni sonrió radiante: "¡Es una mujer, maldita sea! Y sospecho que están follando con la cara sonriendo, ¿o me equivoco?". Elogió lo maravillosamente excitante y excitante que él había hecho el acto, y durante la siguiente hora solo hablaron de la estatuilla y de follar. Él la acompañó a casa, ella lo condujo a su habitación y le mostró dónde escondía la estatuilla. Sus padres se horrorizarían si la descubrieran. ¡Y se llevarían las manos a la cabeza horrorizados si supieran que su pequeña hija se había entregado al artista! Simon levantó la cabeza de golpe. En esa hora, ella le había entregado su virginidad, porque lo que había hecho con su padre no contaba, en su opinión.

A Reni le encantaba tener sexo con Simon, ser penetrada por ese hombre increíblemente fuerte. Ya tenía tres meses de embarazo cuando se casaron. La pandemia estaba en pleno apogeo y cada vez había menos trabajo para los canteros. Simon colocaba adoquines en la capital del estado y solo volvía a casa los fines de semana. La penetraba con toda su lujuria contenida, ya que él no la engañaba, al igual que ella. Como ella ocultaba su masturbación a todos, incluido Si-

mon, eso lo motivaba a penetrar a Reni tan a menudo como podía y hacerla llegar al orgasmo. Reni no dijo ni una palabra sobre el extraño juego que jugaba con René.

Esperaba a su mejor amiga, Veronika. Durante más de seis años, Veronika había venido cada dos miércoles, cuando René se iba a judo o a entrenar fútbol justo después de clase, dejando a las dos mujeres solas hasta la noche. No eran lesbianas; Veronika a veces decía que eran bisexuales. Pero Reni nunca lo creyó. En su opinión, Veronika era genuinamente lesbiana, aunque a veces se acostara con niños pequeños. Reni estaba convencida de que Veronika se acostaba con niñas y mujeres jóvenes mucho más a menudo. Sabía que ella misma no era lesbiana en absoluto. Veronika la había seducido un día, y ella le siguió el juego porque era sexualmente muy placentero para ambas. A veces tomaban un café, luego iban al dormitorio y se tumbaban desnudas una al lado de la otra en la cama matrimonial. Se besaban, se abrazaban y se acariciaban durante un buen rato hasta que ambas estaban completamente excitadas. Se masturbaban mutuamente, lamiéndose el clítoris hasta el orgasmo o practicando sexo clítoris-clítoris. Esto era especialmente placentero porque Veronika tenía un clítoris más grande que Reni; le encantaba jugar a ser la dominante y volver loca de placer a Reni. Cuando Reni se retorcía en el orgasmo, jadeando, gimiendo y sollozando con un suave gemido, Veronika se arrodillaba y se masturbaba hasta el orgasmo de rodillas, con la mirada triunfante fija en Reni. A Reni le encantaba ver a Veronika masturbarse. Veronika presionaba la piel junto al clítoris con los dedos de una mano, de modo que el ya grande clítoris sobresalía dos o tres centímetros. Con el dedo índice de la otra mano, frotaba el clítoris de abajo hacia arriba, como si acariciara la parte inferior de una barbilla. Cuando aceleraba, su dedo índice se concentraba en la cabeza del clítoris, y durante el orgasmo lo presionaba con firmeza y vibración contra él.

Finalmente, Reni se armó de valor y le contó todo a Veronika, desde el principio. Veronika escuchaba con curiosidad y expectación, pues desde la muerte de su marido y desde que Hansi, su hijo, se había ido a estudiar a la capital del estado y solo volvía a casa un fin de semana al mes para acostarse con ella, sus objetivos habían sido chi-

cos de la edad de Hansi o más jóvenes. Nunca antes se le había ocurrido seducir al hijo de Reni, pero la idea despertó su imaginación.

"¿Y cuánto tiempo lleva ocurriendo esto? ¿Lo sabe Simon?", preguntó Veronika.

¡Por Dios, no, Simon no tiene ni idea! Y lo de René lleva pasando un año, desde que aprendió a eyacular. Reni estaba muy callada, pero también algo aliviada porque por fin podía hablar con alguien de ello. Recordó que Veronika había mencionado una vez que se acostaba con su propio hijo, Hansi. Le preguntó a Veronika con mucho cuidado porque no estaba segura. Veronika confirmó entre risas que era cierto; llevaba años acostándose con Hansi, pero ahora que él estudiaba, solo un fin de semana al mes, por desgracia. El sexo diario habría sido genial, pero así eran las cosas ahora.

La historia de Verónica

Veronika dormía en la habitación de los niños con su hermano mayor. Lo observaba asombrada mientras se masturbaba y eyaculaba todas las noches. Él le enseñó a masturbarlo y luego a practicarle sexo oral, aunque ella casi se atragantó durante el primer acto. Le mostró cómo se masturbaban las chicas, y desde entonces ella se masturbaba todas las noches antes de dormirse. Él tenía 17 años y ella 12 y medio cuando él le quitó la virginidad. Ella estaba preparada para que le doliera un poco la primera vez y para que siempre fuera difícil para él porque tenía una vagina muy estrecha. Pero tuvieron relaciones sexuales todas las noches hasta que él se mudó a la capital del estado para estudiar.

Por esa época, cuando tenía más de 14 años, su madre perdió todo interés en el sexo. Antes de que naciera Veronika, vivía como lesbiana; el embarazo fue el resultado de un accidente de orgía mixta y promiscua, y tuvieron que casarse. Incluso en su juventud, tuvo principalmente relaciones lésbicas y asistió a las orgías semanales desde el principio. Las chicas la rodearon y manosearon su coño virgen. ¡Finalmente, hubo una para desflorarla de nuevo! Un tipo musculoso

y guapo con un pene como el de un caballo se tumbó a su lado con una sonrisa amigable. La penetró con cuidado y consideración y la desfloró. La folló durante mucho tiempo y se corrió dentro de ella. A partir de entonces, se dejó llevar; agarró a una chica tras otra y lamió una docena de clítoris hasta el orgasmo. Mientras lamía, tenía que sacar bastante el culo para que los chicos pudieran montarla y follarla por detrás. Había bastantes que querían follarla hasta el final de la orgía. El chico que la había desflorado se había enamorado perdidamente de ella y la seguía de cerca. En la orgía, él fue el primero y el último en follarla con su enorme polla. Ella, sin embargo, permaneció pasiva; solo había ido para que le lamieran el clítoris, y había muchas chicas a las que les encantaba que se lo lamieran. Finalmente, se hizo evidente: estaba embarazada. No habría podido decir por nada del mundo cuál de los cientos de hombres era el padre. El chico de la coleta, que se aferraba a ella como una sombra, se ofreció a ser el padre, y se casaron cuando ella tenía ocho meses de embarazo. Su marido quería follarla varias veces al día; ella le estaba muy agradecida por haberse casado con ella y haberla salvado de la vergüenza. Le dejaba follarla con una sonrisa, aunque prefería mucho más el lesbianismo. Poco después del nacimiento de Veronika, volvió a las orgías con su marido. Ella lamía clítoris con total devoción, y él follaba a una chica tras otra. Participaron en orgías hasta que Veronika cumplió 12 o 13 años. Su madre mantuvo varias relaciones lésbicas y dejaba que su marido tuviera relaciones sexuales con ella sin mucho entusiasmo, porque él quería tenerlas al menos una vez al día. Después del sexo, se masturbaba hasta quedarse dormida, y lo hacía con mucha pasión y gran placer. Él estaba bastante contento, porque veía cuánto lo disfrutaba. Pero después de 12 o 13 años de sexo apático, simplemente ya no lo deseaba. Bebía mucho todas las noches y se masturbaba abiertamente y sin pudor; no lo ocultaba. Su padre estaba muy disgustado y solo toleró la nueva situación durante unas semanas. Luego le dijo a Veronika que podía dormir en su cama. Tenía que hacerlo, le dejó claro, porque su madre ya no quería tener relaciones sexuales con ella. Veronika obedeció porque, de todos modos, amaba a su padre y solo le tenía miedo a su madre. Se acostó entre sus padres y se asombró de que su madre jugara con su vagina y clítoris sin ninguna inhibición. Miró a su padre, quien sonrió con malicia y malicia. Dejó que la manta se deslizara al suelo y colocó la mano de Veronika sobre su pene erecto. “¿Sabes cómo se hace?”, preguntó,

y ella miró con temor a los ojos de su madre. Su madre se encogió de hombros, y Veronika miró a su padre. Asintió, "¡Sí, por supuesto que sé cómo se hace!", confirmó. Le dio la espalda a su madre y se incorporó, luego le hizo una gran paja a su padre. Amaba mucho a su padre y había admirado su enorme pene incluso cuando era una niña pequeña. Se paraba junto a él en el baño con el pulgar en la boca cuando él frotaba la cosa enorme y eyaculaba en el lavabo. Y ahora le hacía una buena paja y una felación todos los días. Ese era el nuevo orden. Cuando terminó, se sentó con la espalda en el hueco del brazo de su padre, y él dejó que su mano descansara sobre su vulva mientras ambos observaban con curiosidad cómo su madre se masturbaba. Ya no podía masturbarse por la noche; Lo hizo antes de levantarse, después de que su padre se hubiera ido y su madre estuviera preparando el desayuno. Después de unas semanas, le preguntó a su padre si preferiría una felación, mirando ansiosamente a su madre. Su madre jugó casualmente con su vulva y se encogió de hombros con indiferencia. Veronika le hizo una felación magnífica y se tragó su semen. Él estaba en el séptimo cielo; a ella le permitieron acurrucarse en el hueco de su brazo, sus dedos acariciando su vulva, y ambos observaron a su madre masturbarse apasionadamente. Su madre siempre se emborrachaba sin sentido antes de masturbarse; se masturbaba con tanta avidez y estaba tan distraída que no se daba cuenta de lo que la rodeaba. Veronika descubrió esto; podía deslizar un dedo en su coño, incluso acariciarla, sin que ella notara nada. "Ni siquiera se daría cuenta si la follaras con fuerza ahora", le dijo a su padre. Pero él lo desestimó; no lo disfrutaría. Incluso cuando la niña la folló con el grueso mango de un cepillo de pelo en su coño, hasta el final de su orgasmo, la niña que se masturbaba no notó nada y se corrió salvajemente mientras la follaban con el mango. Esto puso a papá muy excitado y cachondo, y a menudo la observaba follándose a sí misma con el mango hasta que se corría. Para Veronika, tenía un efecto de venganza y dominación sobre el dragón borracho. Finalmente, se volvió demasiado para papá, y le dijo que parara y dejara a la anciana en paz. Esa fue la nueva orden durante los siguientes meses. Una noche, la madre provocó descuidadamente al padre; él se abalanzó sobre ella, maldiciendo blasfemamente, y la folló con fuerza a pesar de todas sus protestas. Después, la madre gritó y chilló sobre lo brutal que era su cerdo. "¡Podría follar a Veronika, pronto cumplirá 15 años y seguro que ya puede follar, la pequeña zorra!" El padre estaba com-

pletamente atónito y miró a Veronika. Ella pensó frenéticamente, luego asintió con miedo. Quería saberlo inmediatamente con quién. Veronika no quería decirlo en voz alta; su madre la trataba como a una enemiga y jamás se lo diría. Le susurró al oído a su padre: «¡Con Franz, desde hace dos años!». El padre se quedó boquiabierto, pero apretó los dientes. «¡Pues te voy a follar ahora mismo!», exclamó, y Veronika lanzó una mirada triunfal a su madre, que seguía llorando y sollozando un poco.

Veronika se tumbó debajo de su padre, abrió las piernas y lo abrazó. "¡Tienes que tener cuidado, solo tengo un agujero pequeño y muy estrecho!" Él, en efecto, tuvo mucho cuidado y empezaron a follar. La madre maldijo blasfemamente mientras él follaba a Veronika. "¿No tienes vergüenza alguna, follando a tu hija, follando a tu propia hija? ¡Dios mío, con esa polla enorme le vas a desgarrar el agujero, maldito bárbaro! ¡Le vas a dar otro hijo si te lo echas todo dentro, cerdo asqueroso! ¡Al menos sácalo, idiota, y no te lo eyacules dentro!" Los dos ignoraron sus gritos salvajes y follaron con lujuria. Gradualmente, Veronika logró introducir su enorme polla por completo, ¡y casi estalló de orgullo! Un año y medio después, enterraron a la madre de Veronika. Murió de cirrosis hepática; se había emborrachado hasta morir, dijo Veronika. Tenía solo 37 años. Veronika pronto descubrió cómo hacer que su amado padre alcanzara el orgasmo, y él se sintió inmensamente orgulloso. Mantuvieron relaciones sexuales a diario durante años hasta que, a los 19, ella se enamoró de Heiko y se casó rápidamente con él. Su padre se casó y se mudó a Suecia; Veronika nunca volvió a verlo.

Heiko era un buen hombre, gentil pero enérgico. Era mucho mejor en la cama que su padre y mejor que su hermano. Ganaba buen dinero como piloto de helicóptero. Ella casi siempre tenía un orgasmo, y a él no le importaba que se masturbara antes de dormirse. Eso le parecía perfectamente bien. Ella tenía un hijo, Hansi. Su amor era fuerte e inquebrantable; querían otro hijo, pero ella se había vuelto infértil. Su mundo se derrumbó. Él fue la roca que la salvó de la desesperación. Heiko estaba contento con un hijo y no le importaba mucho. Se tomaba tiempo libre del trabajo tan a menudo como podía, jugaba mucho con Hansi y era un padre entregado. Tenía sexo con Veronika tan a menudo como podía y decía con una sonrisa que estaban ahu-

yentando su depresión con sexo, ¡maldita sea! Hansi tenía 12 años cuando el helicóptero de su padre se estrelló. Heiko quería rescatar a unos escaladores perdidos en la tormenta, pero los servicios de emergencia intentaron disuadirlo, ¡ya que las tormentas en las montañas sobre Garmisch podían ser traicioneras! Él subió con un ayudante, lograron rescatar a todos los escaladores, pero en el descenso, trágicamente cayeron y murieron. Ninguno sobrevivió.

Se quedó de pie junto a Hansi frente al ataúd, sin sentir nada y deseando simplemente morir; la vida había perdido todo sentido. Heiko la había salvado de su horrible madre, había logrado, de hecho, ahuyentar su depresión con su amor, y ahora jamás volvería a cruzar la puerta del jardín con esa anticipación lujuriosa. Muerta. Solo quería morir y no extrañarlo. Pero ahí estaba Hansi, el querido muchacho; no podía abandonarlo. El orfanato lo destruiría. Enderezó la espalda; después de todo, no quería morir, estaba viva por Hansi y estaba allí para él. Esa era su tarea ahora, oyó decir al muerto Heiko.

Dejó que Hansi durmiera en su cama matrimonial; allí estaban juntos, y ninguno estaba solo en su dolor y sufrimiento. Dejó la lámpara de noche encendida y apoyó la barbilla en las manos para verlo masturbarse. Sonrió con indulgencia porque el niño de doce años se masturbaba dos veces seguidas cada noche, eyaculando con fuerza, lo que los hacía reír a ambos. Ella le sujetaba el pene con firmeza cuando él eyaculaba con fuerza; a él le encantaba y cada vez con más frecuencia le permitía hacerlo por segunda vez. Chillaba de placer cuando ella le permitía eyacular con fuerza. Ella seguía sin tener ganas de masturbarse, pero después de unas semanas, antes de que él se masturbara, le preguntó si no preferiría tener sexo. Él dijo: «Nunca había tenido sexo; las chicas del colegio eran unas gansas estúpidas que hacían felaciones y dejaban que les manosearan la vagina, pero ninguna quería tener sexo de verdad. Tampoco tenía con quién tener sexo, como Schorsch, a quien sí le permitían tener sexo con el tutor».

Veronika se desnudó y abrió las piernas. “¡Vamos, Hansi, vamos, sé mi amante!”. Él respondió de inmediato; aprendió a follar bien y vivieron juntos siete años. A los 19, se fue a la capital a estudiar, pero volvía a casa un fin de semana al mes y follaban durante horas. Tuvo

algunas aventuras en la universidad, pero su corazón pertenecía a Veronika.

Se había acostado con muchos de sus amigos del colegio; había desarrollado una predilección por los chicos y chicas jóvenes. A Hansi no le importaba, porque ella le pertenecía solo a él; ni los niños ni las chicas tímidas amenazaban su posición. Sonreía con picardía cuando, durante sus fines de semana juntos, ella le contaba a qué chicos inocentes había instruido en el amor, a qué chicas tímidas había seducido y a algunas a las que había desflorado con el dedo. Se reían juntos porque Veronika podía imitar tan maravillosamente el lenguaje vulgar y las expresiones obscenas de las prostitutas y las rameras.

Veronika escuchó lo que Reni tenía que decir. En su opinión, todo estaba bien. Mientras Reni no se quedara embarazada, sin duda era correcto no confesarle nada a Simon. No conocía a Simon personalmente, pero basándose en las descripciones de Reni, podía formarse una buena impresión de él. A veces cerraba los ojos y dejaba que Reni describiera cómo eran el cuerpo y el pene de Simon; mientras Reni hablaba de tener relaciones sexuales con él, jugaba distraídamente con su clítoris.

— No, es perfectamente normal y está bien que dejes que René eyacule dentro de ti — dijo Veronika — . ¿No quieres dejar que tenga sexo como es debido? Hansi tenía edad suficiente a los doce años y medio, y nos hizo mucho bien a los dos; ninguno de los dos sufrió ninguna desventaja ni daño. Reni miró a su amiga con desesperación. — ¡No, nunca! No puedo dejar que René tenga sexo conmigo; me pone los pelos de punta. ¡Nunca me lo perdonaría si engañara a Simon! Simplemente no sé si debería dejar que René siga eyaculando dentro de mí, o si debería detenerlo rápidamente. Veronika la miró durante un buen rato. Luego le pidió a Renate que se lo describiera con detalle, para que pudiera imaginárselo bien. Veronika cerró los ojos y se tocó el clítoris, y Reni comenzó a contarlo.

En los días peligrosos, le hago una paja; René lo entiende. Si no, me acuesto en su cama porque no puedo profanar nuestra cama ma-

trimonial. Él separa mis labios con los dedos y me penetra lenta y suavemente, permaneciendo inmóvil en lo profundo. A veces se arrodilla entre mis muslos, nos miramos y, después de unos minutos, empieza a eyacular. Le masajeo el pene con los músculos vaginales para que eyacule todo. A veces se acuesta encima de mí, me besa, me abraza y me acaricia con mucha pasión mientras eyacula. Solo tengo que recordarle que no debe follarme en su exuberancia, y él lo acepta. Muy rara vez, saca el pene tanto que solo queda la punta dentro, y entonces se masturba el tronco y eyacula dentro. Cuando lo frota, a veces pienso que su glande me está follando, pero probablemente solo me lo estoy imaginando. El informe de Reni había terminado, y le dio un codazo con el dedo del pie a su amiga, que distraídamente le hacía cosquillas. "¿Y bien, qué te parece?"

Veronika abrió lentamente los ojos y se incorporó. "Creo que estás completamente loca. De eyacular dentro a follar solo hay medio paso. Es solo que en tu cabeza no le dejas follarte. Ya tiene edad suficiente; casi le has dejado follarte ya. Claro que su glande te excita, no te engañes, aunque sea solo un polvo secreto y a medias. Pero lo más importante es que solo permitas lo que tú quieras permitir. Mi opinión no importa. Si solo quieres que eyacule dentro de ti sin follarte, hazlo; puedes jugar a ese juego durante años. Y si él quiere follarte sí o sí, mándamelo. Puede follar con la tía Veronika tantas veces como quiera. ¡Soy tu mejor amiga, y me encantan los chicos de su edad, por Dios!"

Discutieron acaloradamente. A Reni le repugnaba un poco que Veronika prefiriera acostarse con niños muy pequeños. Veronika le explicó lo maravilloso que era colocar a un niño entre sus piernas y desvestir al muchacho tímido. Ver cómo su pequeño pene se endurecía, pasando de ser un gusano arrugado a una erección completa. Mientras se desvestía lentamente, la rigidez aumentaba con cada prenda. Un salto en el desarrollo cuando el sujetador se caía, otro salto cuando las bragas revoloteaban hasta el suelo. La tensión del pequeño cuando ella le tomaba suavemente el pene con la mano. Jadeaba cuando ella retiraba el prepucio por completo, dejando al descubierto el glande.

Ella interrogó a los niños con una intensidad hipnótica, y estos perdieron toda inhibición. La mayoría se masturbaba y eyaculaba con la mayor frecuencia posible, cinco o diez veces al día. A uno se le permitía tener relaciones sexuales con su abuela demente cuando quisiera, a otro con su hermana mayor porque su pene cabía en el himen de ella. Uno admitió haber tenido relaciones sexuales con su hermana menor una vez, pero la niña corrió llorando hacia su madre, y él fue humillado y castigado.

A veces empezaba con una masturbación manual, observando la cara del chico mientras lo hacía, y eso la excitaba como las drogas excitan a un adicto. Una vez excitada, les enseñaba a follar. La mayoría aún eran inocentes, es decir, vírgenes. Todos aprendieron rápido; follar no era ciencia espacial. Los dejaba follar y correrse varias veces seguidas, y solo los dejaba ir cuando estaban completamente exhaustos. Lo disfrutaba al máximo.

Las amigas se separaron, pero nada cambió. Veronika hizo lo suyo, Reni lo suyo. A René todavía se le permitía eyacular dentro de ella; a ella no le importaba y abrazaba a su hijo con cariño. A él le gustaba; lo prefería a una paja, y nunca tenía que masturbarse. Gradualmente, su comportamiento cambió. Se movía un poco, un centímetro hacia adelante y hacia atrás. Reni lo reprendió severamente; él asintió gravemente y continuó. “No es follar”, refunfuñó. Solo le ayudaba a eyacular, y eso era lo que ella quería, ¿no? ¡Le había dado permiso! Reni guardó silencio mientras el centímetro se convertía en dos, tres y cinco. Entonces lo detuvo, ¡ni un milímetro más! Durante algunas semanas, se movió con cautela hacia adelante y hacia atrás, acelerando solo para eyacular, pero ella lo entendió.

René introdujo su pene profundamente y lo sacó lentamente varias veces.

— ¿Te parece bien? — preguntó él, y ella respondió: — Sí, pero no debes follar, no debes empujar rápido, ¡eso sería follar!

Y así continuó todo el tiempo. Él metía y sacaba lentamente su pene, muy profundamente, y ella le sonreía porque también la excitaba, sobre todo porque a menudo duraba más de media hora. Para eyacu-

lar, sin embargo, tenía que empujar muy rápido y fuerte, quizás durante uno o dos minutos. Esto provocaba discusiones, pero él insistía con un guiño engañoso en que solo podía eyacular empujando. Ella asentía, porque había visto que no funcionaba sin eso. Finalmente cedió; empujar fuerte para eyacular estaba bien. Se le permitía follarla muy fuerte durante el último minuto, los últimos dos minutos, los últimos cinco minutos. Ella no lo toleraría más, absolutamente. René lo entendía y seguía complacido, ¡porque de esta manera podía follar a Reni maravillosamente durante cinco minutos todos los días! Reni le dejaba penetrarla como un animal; tenía orgasmos cada vez más a menudo. Se aseguraba muy estrictamente de que él la penetrara muy lentamente, durante quizás media hora, y profundamente, hasta el fondo de su vagina. No, embestidas rápidas, eso no estaba permitido, ¡absolutamente no! Ella se excitó maravillosamente, la lujuria se coló lentamente en su coño y se volvió abrumadora. ¡Su coño gritaba por un orgasmo! "Está bien, mi grandote, ahora puedes", susurró, avergonzada de su propia excitación. Él asintió en silencio y comenzó a follar, a follar de verdad. Sabía lo que ella le había dicho sobre follar y contuvo su eyaculación hasta que ella se corrió. A veces después de dos minutos, generalmente solo después de 10 o 15. En el final, embistió rápida y firmemente y se corrió. Estaba exhausto y sonrió feliz; ella siempre estaba muy triste en la disforia postcoital, y la idea de que realmente habían follado la atormentaba. Pero rápidamente apartó ese pensamiento porque quería permitirlo de nuevo al día siguiente. Ya no era posible cancelar el juego.

Entonces, por pura coincidencia, el comisario Zufall apareció doblando la esquina con una amplia sonrisa.

Una tarde de miércoles, Reni y Veronika yacían abrazadas en la cama grande cuando se abrió la puerta. Era René. Las dos mujeres levantaron la vista, sobresaltadas.

Las clases de la tarde se cancelaron; ambos profesores tienen Covid. El entrenamiento de fútbol también se canceló. Llegué temprano, los vi a todos y esperé hasta que terminaron. La explicación de René era plausible.

Reni preguntó con recelo: "¿Qué fue todo lo que viste?"

Pero antes de que pudiera responder, Veronika aprovechó la oportunidad. “¡Por favor, cierra la puerta y acuéstate con nosotras! ¡Acuéstate con la tía Veronika!” Reni estaba atónito y profundamente preocupado. ¿Se suponía que debía acostarse con ellas? Veronika le dijo a René que se quitara la ropa. Se acostó desnudo junto a Veronika, quien lo rodeó con el brazo por los hombros y así tomó posesión de él. Reni los miró a los dos y pensó en lo mucho que había crecido René. ¿Dónde habían estado sus ojos? Su pequeño tesoro había crecido tanto, y su pene era casi tan grande como el poderoso miembro de Simon. Se sentó muy lejos; tenía la garganta oprimida.

— ¿Quieres follar con la tía Veronika, pequeño René? — preguntó Veronika, con los ojos brillantes. Él asintió, con la garganta anudada — . ¿Primero por delante, luego por detrás? — continuó Veronika, sin importarle lo más mínimo si René respondía o no. Abrió los brazos y lo giró hasta que quedó entre sus muslos — . ¡No tengo que hacer que se te ponga dura, polla! — declaró, guiando su pene hacia su vagina. Reni contuvo la respiración; sabía, por supuesto, que él se había follado a un montón de zorras en el colegio, pero verlo ahora le daba celos. Se arrastró hacia ellos dos y le agarró la polla, sin siquiera saber lo que quería.

René entró despacio y con cuidado. Reni soltó su pene y se acurrucó contra Veronika. Empezó a embestir despacio y con suavidad, aumentando gradualmente el ritmo. Reni vio que la estaba follando igual que durante el último año, pero ahora podía hacerlo mucho más rápido y con más fuerza. Ella nunca se lo había permitido antes, salvo en los últimos minutos, porque quería tener un orgasmo ella misma una vez excitada. Reni observó el rostro de Veronika; la conocía bastante bien, y Veronika estaba a punto de llegar al orgasmo.

— Tengo que venirme, no puedo contenerlo más, tía Veronika — jadeó René, y Veronika murmuró, un poco decepcionada — : ¡Déjalo fluir, mi pequeño, está bien! Y René rugió al venirse. Esperó unos segundos. — Mamá, ¿puedo meterla rápido para que se ponga bien duro otra vez? — susurró, y Reni asintió al instante. Se giró sobre ella y la penetró. Aparentemente no había salido del todo con Veronika, y cuando la penetró ahora, continuó eyaculando después de un momento. Reni le dio una bofetada mientras él hacía movimientos de

empuje. Se puso duro como una roca al instante, porque eso era lo que ella siempre hacía para impedir que tuviera sexo.

Veronika se acurrucó junto a Reni. Era evidente que René seguía eyaculando durante un buen rato. Pero permanecía completamente rígido y susurraba de vez en cuando que pronto se pondría erecto, pero permaneció rígido dentro de Reni durante otros 10 minutos antes de volver a estar completamente erecto. Susurró: «¡Tía Veronika, ya está bien!».

Veronika se puso a cuatro patas. Reni estaba realmente asombrado de que René supiera qué hacer. La penetró por detrás y se puso manos a la obra. Veronika chilló de placer; él la folló durante un buen rato, y Reni no pudo evitar notar que estaba a punto de tener otro orgasmo. Dos minutos después, Veronika dejó escapar un suave gemido; el orgasmo casi la destrozó, y ese orgasmo pasaría a la historia.

El pene de René había salido disparado y él gimió: "¡Todavía no he terminado, todavía no he eyaculado!"

Veronika, que ahora se había desplomado exhausta, susurró sin tono: "¡Mételo en el agujero de Renate para que se quede rígido, y luego continuaremos!"

Reni lo dejó penetrarla de nuevo, extrañamente sorprendida por lo grande que se había vuelto su pene durante el sexo; la llenaba por completo. Hizo pequeños movimientos y recibió una leve bofetada, pero continuó moviéndose con precisión micrométrica. Veronika recuperó el aliento; se acurrucó junto a Reni y la sorprendió con un beso francés potente y voraz. Su dedo se deslizó sobre el clítoris de Reni, enloqueciendo a su amiga de deseo. Después de dos minutos, susurró con una sonrisa: "¿Todavía está bien? ¿Todavía está dura?". René susurró de vuelta: "¡Por supuesto!", y Veronika susurró casi inaudiblemente: "¡Puedes follártela ahora mismo!".

Reni no lo habría querido si hubiera estado en sus cabales. Pero Veronika la había llevado casi al orgasmo, y ahora la hundía en besos profundos y apasionados, con la lengua moviéndose como una ser-

piente maldita en el paraíso. Sintió el grueso y maravilloso pene en lo profundo de su coño, y se relajó y se abrió de par en par; ¡quería ser follada!

Reni apenas se percató de que René la estaba follando con fuerza; estaba hipnotizada por la lengua de Veronika y la estimulación de su clítoris. René la follaba y la follaba como un berserker, mientras Veronika soltaba su clítoris y su lengua. De repente, Reni se dio cuenta de que René la estaba follando con fuerza, con fuerza y potencia. Sintió que su orgasmo estaba a solo segundos de distancia, y folló con todas sus fuerzas; ¡tenía que tener ese orgasmo! El orgasmo estalló como un huracán, casi desgarrándola, su vagina apretando su pene con avidez, ordeñándolo por completo. Salió de un trance y solo entonces se dio cuenta de que René estaba eyaculando con todas sus fuerzas, las venas de su cuello abultadas.

Reni se calmó poco a poco; René se apartó de ella y cayó directamente en los brazos de Veronika, quien inmediatamente introdujo su pene semierecto en ella. Él permaneció inmóvil, jadeando en busca de aire.

Reni lloró. Él la había follado de verdad por primera vez. Fue como romper una represa, incesto. Lloró porque había engañado a Simon, se había acostado con otro. Lloró porque el juego inocente había terminado, follar ya no era un juego, y sabía que de ahora en adelante follaría a René como Veronika lo hizo con Hansi. Era inevitable, era definitivo. Se había convertido en una de esas mujeres que follaban con avidez y lujuria a sus hijos. Dejó de llorar.

René folló a Veronika por delante, Reni se vengó de su traicionera mejor amiga y le frotó el clítoris hasta el orgasmo, lo frotó tan bien y tan fuerte que Veronika se estremeció salvajemente por el orgasmo.

«¡Dios mío, ¿cuántas veces más puedes hacerlo?!», exclamó Reni mientras René volvía a montarla. Se dejó follar; no fue tan increíble como la primera vez, y probablemente no habría tenido un orgasmo si Veronika no le hubiera frotado el clítoris con tanta destreza. Hicieron una pausa, bebieron vino tinto con limonada y fumaron. Ni siquiera sabía que René fumaba.

René se acostó con ambos dos veces más antes del anochecer. Al irse, él le preguntó: «Tía Veronika, volverás mañana, ¿verdad?». Ella asintió: «¡Claro que sí, mi amor!». Y venía, casi todas las tardes, y los tres se acostaban hasta la cena. Reni ya no lloraba a menudo; había aceptado que se había convertido en una ninfómana, acostándose con René a diario y con Simon los fines de semana. Esto a veces la deprimía.

René ya conocía la historia de Reni; ahora Veronika le contaba la suya. René le preguntó tres veces cómo era follar a su madre con el mango de un cepillo. «En aquel entonces, no sabía nada de vibradores, pero ya había descubierto que se podía tener un orgasmo más intenso masturbándose con el mango durante el orgasmo. Sentí solo desprecio, sed de venganza y dominio cuando la follé con el mango durante muchas semanas. Ella sí que tenía orgasmos mucho más fuertes, pero dominar y humillar a la vieja serpiente era más importante para mí. Papá le puso fin a eso después de unos meses».

Veronika tenía noticias que compartir. Como de costumbre, había estado merodeando frente a la escuela, con la esperanza de ligar con algún chico guapo. Una chica se le acercó y, tras un saludo y una breve charla, fue directa al grano, pues conocía la reputación de Veronika. Estaba locamente enamorada de su novio y se masturbaba todas las noches pensando en él hasta que se le entumecía la muñeca. Quería acostarse con él, ser desflorada por él, pero su pene era diminuto y demasiado débil para penetrar su himen firme y duro; lo habían intentado durante horas. No quería cortarlo con un cuchillo; ese sería su último recurso. Veronika los llevó a casa. Se sentaron desnudos en la enorme cama matrimonial y Veronika colocó a Lisa, la chica, sobre su regazo. El himen era, en efecto, duro y firme como el cuero. El clítoris grande de Lisa estaba rojo oscuro e irritado; la pobre chica estaba realmente atormentada por su lujuria. Veronika lo intentó varias veces con el pulgar, pero solo después de perforar y marcar firmemente el himen con la uña logró penetrarlo correctamente con el pulgar. Masturbó a Lisa con el pulgar, extendiendo el índice para que rozara automáticamente el clítoris de Lisa. Veronika observó el rostro de Lisa, muy excitada, percibiendo su creciente excitación y cómo cambiaban sus expresiones faciales durante el orgasmo. Lisa se afe-

rró a su brazo con ambas manos, pues su orgasmo fue intenso, casi brutal.

Veronika le hizo señas a Teddy para que se acercara. No era mudo, pero nunca hablaba. Veronika miró su cola y exclamó: «¡Igual que el David de Miguel Ángel!». Pero los niños no entendieron y negaron con la cabeza con pesar; no conocían a ningún David. Veronika maldijo en silencio: «¿Qué están aprendiendo en la escuela secundaria?».

Dejó que el joven de 17 años y la vivaz de 15 tuvieran sexo allí mismo en su cama matrimonial, solo por diversión. Tomó el pene de Teddy en su mano; el apuesto joven realmente tenía el pene de un niño de ocho años, lo vio de inmediato. También notó que tenía fimosis. Quiso saber cómo eyaculaba cuando se masturbaba, y él respondió que salía a chorros por el prepucio. Con un tirón brutal y enérgico, Veronika le retrajo el prepucio sobre el glande, que nunca había visto la luz del día. “Deberías ir al médico lo antes posible; él puede abrirlo con mucha delicadeza”, le dijo a Teddy, y luego lo acostó encima de Lisa. Su pene se deslizó dentro, y Veronika los observó con excitación mientras tenían su primera vez. Teddy folló bastante bien, y Lisa se excitó mucho y se corrió. Él eyaculó un momento después. Veronika inmediatamente se acostó junto a Lisa e insistió en el pago. Lisa estaba muy avergonzada porque no se lo había contado a Teddy. Teddy sonrió descaradamente; ¡estaba encantado de pagar! Se acostó con Veronika mucho más tiempo que Lisa, quien observaba con celos. Eyaculó después de un buen rato y se dio la vuelta, exhausto. Veronika seguía excitada por su pequeño pene juvenil y se masturbó. Los dos observaban sin aliento.

Reni, Veronika y René tenían sexo una o dos veces por semana como trío; Reni y René lo hacían los demás días. Si era un día peligroso, Reni le hacía una paja y al final le dejaba eyacular en su boca o garganta. A él le encantaban sus labios y su lengua. Él tenía ahora 18 años y ella 37; quería estudiar en la capital del estado después de graduarse de la secundaria, y la ingeniería aeronáutica era su campo de estudio. No tenían ni idea de la envidia que sentían las Parcas y las Nornas por su tranquila y plena vida amorosa. Las diosas del destino tenían todo el tiempo del mundo y luego atacaban con dureza y sin

piedad. Como siempre, ocultaban su envidia y su mala acción tras un gesto positivo y generoso. Le dieron a Simon el resto del día libre para un fin de semana largo. ¡Qué dulce, ¿verdad?!

¡Simon se encontró con una escena espantosa! La lesbiana Veronika yacía desnuda junto a su esposa, su hijo entre los muslos de su esposa, ¡y él embestía y eyaculaba, embestía y eyaculaba!

Simon rugió como un jabalí herido, apartó a René de Reni de tal manera que su semen la salpicó, y le propinó un terrible golpe en la cabeza a su hijo. René subió corriendo las escaleras y se arrojó sobre la cama, aullando de dolor y con la almohada empapada de sangre. Al cabo de un rato, oyó ruidos y se acercó sigilosamente a las escaleras, se sentó y miró dentro de la habitación. Lo primero que vio fue a Simon, sentado desnudo en una silla con una botella de licor y una pistola a su lado; ambas cosas completamente fuera de lo común.

Simon les había ordenado a Reni y Veronika que hicieran el amor lésbico; nunca lo había visto antes, y lo hicieron por puro miedo a su furia y a la pistola que blandía salvajemente. Nunca había visto a Reni masturbarse, ni a ninguna mujer, para el caso. Ahora las observaba haciendo el amor con una sonrisa maliciosa, durante horas, hasta la noche. Y se bebió todo el aguardiente antes de que anocheciera. Las vio masturbarse mutuamente, cada una por separado. Las vio besarse con la lengua y lamerse los clítoris. ¡Eso le gustaba, maldita sea! Y luego el sexo oral: eso lo volvía loco, y se acostó con Reni y Veronika una tras otra. Se acostó con ambas tan a menudo como pudo. Seguía ordenándole a Veronika que se acostara con Reni, clítoris con clítoris. Esa era la mejor parte, ¡la vieja lesbiana se acostaba con su joven esposa sin sentido! Se acostó con Reni hasta llevarla a un frenesí, a un orgasmo alucinante, e inmediatamente se subió encima de Veronika y se la folló con todas sus fuerzas. El aguardiente avivó su locura y encendió su furia. René se sentó en las escaleras y lloró porque ya no podía soportar la brutalidad y la ira de su padre.

Veronika acababa de llevar a Reni a un orgasmo increíble cuando Simon se levantó con dificultad y agarró la pistola. Se acercó a la cama y le disparó a Veronika en el pecho. Ella cayó en silencio, como

un saco de patatas. René se puso de pie de un salto y Simon se dirigió a Reni. La agarró por el cuello y le apuntó con la pistola.

«Solo te he amado a ti, toda mi vida. Nunca te fui infiel y no merecía esto. ¡No puedo hacerte daño, jamás podría! ¡Adiós, mi Reni!». Simon se llevó la pistola a la barbilla y apretó el gatillo. Cayó sin vida al suelo. René se había abalanzado sobre él, pero era demasiado tarde; no pudo detener a su padre.

Reni se quedó paralizada. Pero no perdió el control ni por un instante; había experimentado ambos disparos como en trance, y ahora tenía que hacer algo. ¿Pero qué?

René graznó: "¡Veronika se movió, todavía está viva!". Reni le espetó; necesitaba un celular, inmediatamente. Se inclinó hacia Simon, pero no tenía pulso. Tocó a Veronika y oyó un leve gemido. Le pidió a René el número de emergencias, y él dijo 112. Reni habló rápida y claramente. Una persona gravemente herida, herida de bala en el pecho. Una persona gravemente herida, herida en la cabeza. No, no es una herida de bala, sino un golpe en la cabeza. Una persona muerta, herida de bala por contacto debajo de la barbilla, suicidio. No, no tiene pulso, no respira. Sí, envíen la ambulancia rápido, la persona gravemente herida está sangrando profusamente. Sí, por supuesto, la policía también. Gracias. Me quedaré, por supuesto.

Reni y René se vistieron rápidamente. Ella le envolvió la cabeza con una toalla húmeda y luego cubrió a Veronika y Simon con una sábana. No tocó la botella de licor ni la pistola. Esperaron, y Reni le dio instrucciones a René sobre qué y cómo debían decirle a la policía. Él asintió; estaba bien.

La víctima aún está viva, dijo el paramédico por radio, pero necesita cirugía de inmediato. Simon ha fallecido, confirmó el médico. Examinó la herida en la cabeza de René: «Vienes con nosotros ahora mismo, ¡necesita puntos!», y le puso una inyección. Examinó a Reni; estaba ilesa. Pero estaba en estado de shock, así que también le puso una inyección. «Es mejor que vengas con nosotros; podremos atenderte mejor en el hospital y podrás quedarte con tu hijo. ¿De acuerdo?».

Todo sucedió tal como el destino lo había planeado. El funeral de Simon se celebró diez días después, y Veronika fue llevada en silla de ruedas por una cuidadora. René y Reni permanecieron en silencio, serenos, ante el ataúd. «¡Es todo culpa mía!», susurró René, con lágrimas corriendo por su rostro. «¡Siento su muerte en mi conciencia!». Reni lo agarró del brazo con fuerza. «¡No digas tonterías! Simon pensó que ya no podía soportarlo y enloqueció».

Les llevó semanas asimilar su dolor. Solo tenían una pequeña pensión, y René dijo que no iría a la universidad, sino que buscaría trabajo. Reni lo miró con cariño: "¿Y qué quiere hacer el recién graduado de la secundaria? Ah, sí, como cantero, hay un puesto que acaba de quedar vacante". René no sabía si reír o no. "Buscaré trabajo, me pagan mejor", dijo Reni, "¡definitivamente irás a la universidad y diseñarás cohetes!". Sonó definitivo, y lo era. Se corrigió: "Aviones, no cohetes, mamá". Sabía instintivamente que ella tenía razón. Dijo que trabajaría mientras estudiaba y ganaría algo de dinero. Como dibujante técnico, ya lo había averiguado en internet, y había presentado su primera solicitud antes... del suceso. Tal vez funcionaría. Reni asintió: "Ya es hora de que te valgas por ti mismo". Le dio un beso en la frente. "Ahora eres mi único hombre", dijo ella suavemente, "¡mi único!"

Ella había decidido que ayer sería el último día que dormirían juntos como hermanos. "¡Eso es lo que haremos!", exclamó aliviada, y no respondió cuando René le preguntó.

• • •

Señorita

von Jack Faber © 2023

Jou, cuyo nombre completo era Juliette, vivía con su madre en el pueblo de La Crique, en Bretaña. A los dieciséis años, por fin había conseguido un buen trabajo en el castillo del mismo nombre. No tenía padre, o quizás tenía cinco, porque su madre le había dicho que tenía que ser uno de los cinco obreros que renovaban la capilla de la Campana del Diablo. Su madre era joven entonces, no era fea y era muy lujuriosa. Dejaba que los cinco muchachos se acostaran con ella todas las noches; los jóvenes bretones trabajaron en la capilla durante dos semanas. Uno de ellos era su padre, un auténtico bretón como ella. De ambos, Juliette heredó su espeso cabello negro, sus rasgos afilados y sus brillantes ojos azul claro.

La Campana del Diablo recibió ese nombre porque, en el momento de su consagración, cayó sin pena ni gloria desde una altura de unos 6 metros y se hundió medio metro en diagonal en el suelo. Los descendientes no tenían dinero para desenterrarla, por lo que bloqueó la entrada durante más de 100 años. Se construyó una nueva puerta, y toda mujer sin hijos que, al entrar, metiera los dedos en la profunda grieta de la campana podía soñar con quedar embarazada.

Jou llegó al castillo con su bulto al hombro. Se presentó a la cocinera, la nueva ayudante de cocina. La cocinera era una mujer amable y alegre, de edad indeterminada, muy regordeta, y su raído y desgastado vestido de trabajo apenas cubría sus enormes y pesados pechos; el resto de su cuerpo, hasta el ombligo, quedaba más o menos al descubierto. La cocinera la abrazó con cariño y charlaron un rato de esto y aquello. Jou no sabía dónde dormir, ya que la casa de su madre estaba a una hora a pie. Pero quería pasar su día libre con ella. La cocinera apartó una olla del fuego y la acompañó hasta Monsieur Ede, el encargado de los establos. Monsieur Ede, arrugado como rocas costeras afiladas y probablemente de la época del rey Arturo, era un hombre trabajador y bueno. Amablemente le dijo que podía dormir junto a las balas de heno o allí abajo con él, pero, por desgracia, roncaba

muy fuerte. “Y se tira pedos toda la noche”, añadió Madame Paulette, la cocinera, dándole al anciano un codazo amistoso en el costado.

— Dormiré arriba, señor — dijo Jou, con la mente a mil por hora. El cocinero debía de haber dormido con él en algún momento. El señor Ede le mostró la escalera, e incluso encontró algunas mantas de caballo arriba. Hacía un calor sorprendente, pero claro, había docenas de animales en el establo de abajo. Se puso el viejo vestido de trabajo de su madre y fue a la cocina con Paulette. El trabajo no era duro, pero se prolongó hasta bien entrada la noche. Cansada, fue al establo, pasó sigilosamente junto a Ede, que dormía profundamente, y se acostó arriba. Apenas pudo cabecear, porque se despertaba al menor ruido que hacían los animales.

Se despertó. Suaves susurros y murmullos. Se giró y miró hacia abajo. Un chico y una chica estaban acurrucados en el resquicio de luz que se filtraba desde afuera. Jou los observó un rato mientras se abrazaban y se besaban; no era algo que se viera muy a menudo en el pueblo. La chica metió la mano en los pantalones del joven y sacó su pene erecto. Jou contuvo la respiración; nunca había visto un pene tan de cerca. La chica frotó su pene durante diez minutos, luego lo acercó al corral de cerdos y lo dejó eyacular dentro. Lo envolvió, se besaron durante un buen rato y luego se separaron. Jou estaba completamente extasiada; nunca había visto ese tipo de frotamiento y eyaculación. Se dio la vuelta para volver a dormirse, pero entonces llegó otra pareja. De nuevo, Jou observó desde arriba. Después de abrazarse, la chica sacó su pene de nuevo, lo frotó mucho más rápido que la otra chica y lo dejó eyacular en el suelo. El corazón de Jou latía con fuerza en su garganta.

Cada noche, venían dos o tres parejas, las chicas se frotaban el pene y Paulette, la cocinera, les preguntaba con una sonrisa si aún había parejas colándose en los establos. Jou asintió, con la cara roja como un tomate, pero Paulette sonrió amablemente. Finalmente, le explicó a Jou que todos los hombres tenían que eyacular cada noche; así lo dictaba la naturaleza. La mayoría se masturbaban, pero si un hombre tenía novia, ella lo hacía por él; eso se consideraba un favor. Jou no tenía ni idea de nada de esto y le dio las gracias a Madame Paulette. No siempre tenía que decir Madame, Paulette tenía razón.

Una tarde, una pareja subió la escalera. La chica se dio cuenta de que Jou estaba tumbada entre las mantas; presumiblemente, ese era su nido de amor. Se llevó el dedo índice a los labios y negó con la cabeza. Sonrió amablemente, cogió una de las muchas mantas y la extendió sobre el fardo de paja. Jou se subió la manta hasta el cuello mientras la chica se quitaba el vestido y se tumbaba desnuda sobre la manta. El joven se había quitado el jubón y la camisa; ahora la chica le bajaba los pantalones. Él se tumbó entre los muslos de la chica. Ella guió su pene hacia su hendidura, y entonces follaron durante diez minutos. El corazón de Jou volvió a latir con fuerza en su pecho; ¡nunca había visto nada igual! Sí, los perros y los cerdos se montaban y follaban; a veces se veía. ¡Pero ahora lo veía, a un brazo de distancia! Podía ver claramente la abertura de la chica y el pene penetrando en ella. De repente aceleró y luego ralentizó. «Probablemente esté eyaculando dentro ahora mismo», pensó Jou, «ella ya lo sabía». La chica susurró decepcionada: «¡No lo conseguí otra vez!», y él se encogió de hombros: «¡Ya no puedo más!». De repente, Jou pensó en su madre; había tenido cinco hijos seguidos, ¿quizás lo había conseguido entonces? Pero de qué tipo, Jou no lo sabía.

Pasaron los días, Jou vio a muchas chicas frotándose y siendo eyaculadas; casi todas las noches venía una pareja a tener sexo. Jou pronto conoció a las chicas, pero solían traer a otros hombres con ellas. Todas follaban de la misma manera; la mayoría de los chicos eyaculaban profundamente dentro, y la mayoría de las chicas se frotaban la vulva con placer mientras eran folladas. A veces una chica sacaba su pene, susurraba “¡Hoy no!” y se lo frotaba con la mano para que eyaculara sobre su vulva o su estómago. Jou las observaba con interés porque algún día ella también tendría un marido. Pero solo se acostaría con alguien que quisiera casarse con ella. Había tenido que jurárselo a su madre, y se tomaba cada juramento muy en serio. Ahora podía entender mejor que antes lo que su madre quería decir cuando decía que iba a acostarse con fulano para ser follada como es debido. Su madre no lo ocultaba; ya tenía un hijo y casi ninguna posibilidad de encontrar a alguien con quien casarse. Pero Jou tenía que permanecer soltera; eso era importante para casarse. Su madre decía que si no tenías otra opción, podías acostarte con quien quisieras. Y claro, incluso estando casado, necesitas variedad; ¡no puedes comer zanahorias todos los días!

El viejo señor Ede tenía un nuevo ayudante llamado Jean, un mozo de cuadra muy entusiasta. Cuando él y Jou se vieron por primera vez, ambos se quedaron paralizados. Ella solo vio su apuesto rostro bretón; nada más importaba. Nunca antes se había enamorado, y, pensándolo bien, Jean tampoco. Él ya tenía 25 años, siete más que Jou, pero esta vez la vio, y todo lo anterior había sido una simple nimiedad. ¡Dios mío, Jean, el favorito de todas las mujeres, había sido alcanzado por un rayo, no, por la flecha de Cupido! Estaba enamorado como nunca antes.

Se estrecharon la mano y murmuraron sus nombres, pero Monsieur Ede lo animó. «Puedes charlar o besarte después del trabajo», bromeó el anciano, que lo entendió perfectamente. Y así fue como Jou y Jean pasaron juntos cada minuto libre. Ella le enseñó dónde dormía y él la besó por primera vez. Ella escupió; ¡él le había metido la lengua en la boca! Jean suspiró de deseo y se dio cuenta de que ella no tenía ni idea. Ahora lo hizo mucho más despacio, y pronto ella pudo besarla como es debido.

Apoyó la cabeza en su hombro y le contó todo: las chicas que hacían correrse a los chicos y las parejas que hacían el amor a un brazo de distancia. Jean le preguntó si ella también hacía el amor, pero ella negó con la cabeza horrorizada y le habló del juramento que le había hecho a su madre. Había tenido que jurar en la Lengua Antigua; era un juramento de vida o muerte. Él asintió; estaba de acuerdo, siendo bretón después de todo. Jou siguió hablando, diciendo que si él quería, ella podía hacerle una paja. Él estaba sorprendido, pero Jou siguió parloteando. Lo había visto cien veces desde allí arriba, y Paulette había dicho que una novia podía hacerlo. Estaba intentando desesperadamente que Jean la viera como su novia, como su chica. Él también estaba desesperado; llevaba un día sin sexo, solo para descubrir que esta chica no estaba disponible.

Finalmente asintió. “Ahora eres mi novia, ¡y necesito desesperadamente que me lo hagas!” Estaban sentados sobre su plataforma para dormir, con las piernas colgando en el aire. Jou estaba increíblemente excitada y le bajó la cremallera. Temblando de miedo y excitación, encontró su pene y lo sacó. Era casi tan grande como su antebrazo. Respiró, asombrada, “¡Nunca había visto uno tan grande!” Jean asin-

tió con aire de suficiencia. “El mío es el más grande de todos, ¡por eso soy el favorito de todas las mujeres! ¡No hay una sola mujer mayor de 19 años en un día de viaje a la que no me haya follado!” dijo con orgullo, y Jou sostuvo su pene con reverencia. “¡No presumas así, bribón!” lo regañó amablemente, “¿y qué haces con las menores de 19?” Él se rió. “Las más jóvenes rara vez saben lo que realmente quieren. Son muy arrogantes y quieren hacerme perder el tiempo. Eso no tiene gracia. Llevo follando desde los 15 años, así que diez años, y siempre ha habido muchas mujeres más maduras.” Jou seguía sopesando la gran cosa que tenía en la mano y dijo: “¡Bah! ¡Todos alrededor! ¡Ja! ¡No me hagas reír, bueno, mi madre desde luego no lo haría!” Preguntó el nombre completo de la madre y pensó unos instantes. “Conocí a una, en La Crique, que tenía unos manojos de hierbas encima de la cama de matrimonio, y varios rosarios colgados allí, tres en total. ¡Tenía que acercarme sigilosamente a ella en la oscuridad para no despertar a su hijita!” Jou se tapó la boca con la mano libre. “¡Dios mío, esa es mi madre!” Intentó tranquilizarla. “¡Era una excelente folladora, mejor que muchas otras! Iba a su casa bastante a menudo y me sentía muy a gusto con ella.”

Jou se quedó mirando el pene. Un extraño escalofrío le recorrió la espalda. Ese pene había follado a su madre en algún momento, al parecer varias veces, quizás incluso a menudo; ¡Pernille seguro que se enteraría de todos los detalles, maldita sea! Y si decía la verdad, su madre era buena en la cama. Por las descripciones de Jean, había deducido que él se esmeraba mucho en asegurarse de que la mujer también disfrutara del sexo. Jou aún no sabía cómo funcionaba eso en la práctica, claro, pero amaba a su Jean aún más.

Ella retiró suavemente su prepucio y examinó el glande y la abertura. Miró a Jean con curiosidad, y él asintió. Ella agarró su pene y lo frotó. Fue excitante y maravilloso. Cuando él eyaculó, ella dejó que el semen saliera disparado en un arco alto hacia el suelo. Él guardó su pene, satisfecho. “Eso fue realmente genial. ¿De verdad quieres ser mi chica y hacerme correr siempre?” Ella lo besó y dejó que su lengua rozara la suya. “Sí, me encantaría, ¡quiero ser tu chica!” Él movió la cabeza de un lado a otro. “Acepto que no quieras tener sexo todavía, pero tengo que tener sexo con otra persona, no hay duda.” Ella parecía muy preocupada, y él intentó tranquilizarla. Era solo algo fí-

sico, dijo, su corazón estaba con ella. Era algo que siempre la preocupaba, sin importar cómo lo dijera.

Jou estaba estresada. El viejo conde había invitado a sus cuatro mejores amigos y sus esposas a celebrar el cambio de siglo XX. Jean había calculado que debía haber nacido alrededor de 1882 o 1883, ya que no lo sabía. Ella y Paulette estaban preparando un festín para diez, y Monsieur Ede y Jean también iban a comer. Paulette guiñó un ojo mientras le entregaba a Jou el plato de Jean y añadía más verduras. “¿Tu nuevo chico?” preguntó con una sonrisa, y Jou se sonrojó. “Sí, ahora soy su chica, ¡puedo hacer que se corra todos los días!” La sonrisa de Paulette se amplió. “¡Ese chico tiene la más grande de todas!” dijo con complicidad. “¿Ya te lo has tirado?” preguntó Jou, un poco decepcionada, pero Paulette la apartó sin responder.

Ella hacía que Jean eyaculara todos los días. Él le preguntó si le permitiría eyacular en su boca, pero ella negó con la cabeza con asco. Le gustaba lamerlo y chuparlo, ¿pero eyacular dentro de él? ¡No, qué asco! Se contaron todo sobre su vida anterior. Había recibido una instrucción estricta de su madre: leer, escribir y un poco de aritmética, pero solo lo necesario para la vida cotidiana. Aprendió francés correcto de su madre y también un poco de francés antiguo, porque el dialecto local era una mezcla de ambos idiomas. Había leído tres libros sobre la leyenda del rey Arturo, porque el noble rey era el favorito de su madre.

Jean y el pirata

Jean la interrumpió; su abuelo le había leído la leyenda del rey Arturo varias veces cuando tenía seis o siete años.

El abuelo le había explicado con todo detalle lo que se escondía entre líneas. Arturo se acostó con su propia hermana hasta que ella tuvo un hijo con él. Ginebra engañó a su marido y rey y se acostó con Lanzarote, quien, por supuesto, también la engañó y se acostó con Elaine. Merlín se acostó con Nimue hasta que la falsa serpiente lo aprisionó en un bosque encantado. Así fue como aprendió de su

abuelo la importancia del sexo y la devastación que podía causar. El abuelo tenía motivos de sobra para quejarse; su abuela le había dado tres hijos y, en su temido séptimo año, se había fugado con un italiano de 19 años. Eso le molestaba mucho, y desde entonces se acostó con todas las mujeres de la casa, sobre todo con su única hija, pero también con el ama de llaves, la cocinera y todas las sirvientas, hasta que su pene quedó completamente atrofiado.

El abuelo era una especie de pirata. Jean no recordaba la gran casa con sus docenas de sirvientas, ni a la guapa abuela. Algunos afirmaban maliciosamente que el abuelo Jerome se había visto obligado a vender la gran casa para evitar ser procesado por múltiples asesinatos. Jean solo recordaba su último hogar, una sola habitación para los tres.

El niño no podía conciliar el sueño porque su abuelo y su madre tenían relaciones sexuales como locos. Jean recordaba el gran pene de su abuelo, que penetraba incansablemente en la uretra de su madre. Jean empezó a eyacular a los nueve años, y su abuelo presionó a su madre para que finalmente le enseñara al niño a tener sexo. Su madre se negó rotundamente durante varios días. Entonces le dijo a su abuelo: “Está bien, pero lo haré a mi manera, a la manera de los Antiguos Wiccanos”. Sorprendentemente, su abuelo cedió de inmediato y luego le explicó al niño que los Wiccanos eran las buenas brujas de los Antiguos, y que su madre, al igual que él, pertenecía a los Antiguos y era una poderosa Wiccana. Esto tranquilizó mucho al niño. Su madre le explicó que tenía que realizar un gran e importante hechizo; no dolería, todo lo contrario. Trituró varias hierbas en un cuenco hasta formar una pasta, que luego frotó en su pene. Ardía terriblemente, murmuró sus hechizos, y su pene creció y creció. Tuvo que pararse frente a ella, ella lamió, chupó y acarició su pene en su boca, y luego pronunció un largo conjuro en la Lengua Antigua. Luego, él debía esforzarse mucho y eyacular en su boca. Durante los primeros días, no pudo lograrlo en absoluto; ella tuvo que frotarlo de principio a fin hasta que finalmente eyaculó en su boca. Ella besó a su pequeño y lo mandó a la cama. Estaba tan cansado y somnoliento por el conjuro que se durmió al instante. Después de una semana del procedimiento, logró eyacular en su boca por primera vez, y se durmió inmediatamente. Ella dijo que ya se podía ver que su pene había

crecido debido a los conjuros. El abuelo palpó el pene del pequeño y asintió satisfecho. El niño ahora logró eyacular dentro de ella dos veces seguidas, y ella estaba muy contenta con lo bien que funcionó. Ya no lo frotaba hasta que eyaculaba; solo lo excitaba con su lengua hasta que se corría. Cuando, la semana siguiente, él pudo eyacular dos veces dentro de ella cada vez sin que ella lo frotara con la mano, y ella solo dejó que su lengua danzara hasta que él eyaculara, la magia fue completa. Entonces, a partir del día siguiente, ella le enseñó al niño cómo follar con mucho cuidado, y desde entonces, se le permitió follarla correctamente todos los días. Antes de follar, la mujer tenía que lamer el pene a fondo con abundante saliva, explicó, para que no infectara la vagina. Él entendió y asintió; la forma en que ella lamía su pene era tan buena que a menudo eyaculaba en su boca. Pero ella sopesó su pene en su mano, examinándolo; este ya no era el pene de un niño, por Dios, era el de un hombre joven. Ella lo dejó follarla todas las noches, incluso dos veces si quería. Y él debía aprender a contener su eyaculación y follar a la mujer o niña con mucha fuerza hasta que ella tuviera un orgasmo, y solo entonces eyacular. Él asintió, diciendo que haría lo mismo o practicaría hasta lograrlo. El abuelo observaba con una sonrisa y le daba una palmadita en el hombro a Jean: “Ya llegarás, muchacho, ¡estás creciendo mucho!”. Luego tuvo relaciones sexuales con mamá con fuerza, como correspondía, y Jean aprendió mucho de ello.

Mi abuelo cultivó su imagen de pirata; era un bretón recio, de nariz afilada y aguileña, y un aro de oro en el lóbulo de la oreja. Cuando iba al pub los viernes por la noche a beber con sus amigos, sus camaradas de armas, se ponía el antiguo sombrero tricornio que le había comprado a un vendedor ambulante y se cubría un ojo con un parche negro. A veces el izquierdo, a veces el derecho, disfrutaba confundiendo a la gente del pueblo. Apoyándose en su bastón, cojeaba por las estrechas calles, fingiendo tener una pierna rígida. Las mujeres se persignaban y metían a sus hijos en casa cada vez que el siniestro hombre del saco aparecía por el callejón.

Llegaba a casa tarde por la noche, algo ebrio, y lanzaba su bastón con precisión al soporte, ya fuera de frente o con un movimiento circular. Nunca fallaba. El palillo de dientes — así lo llamaba — era la única arma eficaz que un pirata necesitaba para derrotar a un opo-

nente. Se rumoreaba que había enviado a una docena de capitanes, contramaestres y tahúres al fondo del océano con Davy Jones, usando el palillo de dientes o sus propias manos.

Jean estaba absolutamente seguro de que su abuelo era su padre biológico, porque solo él y su abuelo habían tenido relaciones sexuales con su madre; ningún otro hombre, según juró ella antes de morir. Tenía 14 años cuando, tras haber tenido relaciones sexuales con ambos, su madre se despidió de Jean con mucha seriedad, diciéndole que esa noche iría al cielo. A la mañana siguiente, ella estaba muerta. El médico forense del condado no encontró la causa de la muerte y escribió "insuficiencia cardíaca" en el certificado de defunción, porque no quería parecer incompetente ante sus colegas.

El abuelo Jerome estaba amargado y destrozado, y no volvió a dirigirle la palabra a nadie, salvo a Jean, con quien intercambiaba monosílabos. Murió cuatro meses después que mamá, tras abrazar a Jean con cariño y decirle: «¡Esta noche Davy Jones me llevará a su tumba acuática!». A la mañana siguiente, estaba muerto. El médico del distrito negó con la cabeza con desesperación; ¡el viejo pirata se había ahogado en su cama, a diez kilómetros del Canal de la Mancha! ¿Cómo podía un cristiano decente ahogarse en su propia cama? Se persignó horrorizado y escribió «cirrosis hepática, alcoholismo» en el certificado de defunción, para no quedar en ridículo ante sus colegas.

Jean era ahora un huérfano total, habiendo perdido a su padre y a su madre en muy poco tiempo, y lloró durante un día y una noche. Vendió su habitación y partió con un puñado de monedas en el bolsillo. Pronto se convirtió en un mozo de cuadra muy querido y salía por las noches con los mozos para dormir con las criadas o la señora. Cuando la señora se enteró por las criadas del talento que poseía el pequeño Jean, lo llamó y no lo dejó ir hasta el día de su muerte. Algunas señoras tuvieron la decencia de desterrar al marido a otra habitación. Pero a la mayoría no les importaba en absoluto que el marido estuviera sentado, acostado o roncando cerca. Dejaban que el talentoso mozo de cuadra durmiera con ellas, de orgasmo en orgasmo, hasta que ambas estaban exhaustas. Le daban muchas monedas de oro, y eso sellaba su silencio. Prefería dormir en sábanas finas que en

fardos de paja en el establo. Se acostó con todas las mujeres de la región; pronto conoció a todas las chicas entre los 13 y los 60 años. Jou lo interrumpió. — ¿No se suponía que ninguna menor de 20 años? — Jean se rascó la cabeza — . La chica de 13 años ya era tan madura como una de 18 y tan traviesa como una yegua. No ocurría a menudo. — Jou intuyó que no estaba contando toda la verdad, pero guardó silencio.

Ambos rieron a carcajadas porque las observaciones del abuelo sobre la promiscuidad del legendario rey eran bastante acertadas. Jou suspiró; ella también sabía ahora lo que era el sufrimiento, pues Jean le rompía el corazón a diario acostándose con otras chicas. Y había interrogado a su madre, quien entonces lo había confesado todo. Su madre aún no era muy mayor y seguía teniendo muchos amantes, al menos por una noche. Jou se sintió adulta por primera vez, porque su madre le hablaba abierta y honestamente, ya no como a una niña pequeña. Su madre le contó que se había acostado con todos los hombres que recordaba, y que los demás no valían la pena mencionarlos. Jou le dijo que no debía acostarse más con su madre; ¡se lo tomaría muy mal!

Jean llevaba meses en París, escribiendo una carta cada semana. Estaba muy contento con su puesto; recibía un sueldo mucho más alto y un día le escribió que debía ir, ¡tenía trabajo! Jou se despidió de su madre y de la familia en el castillo y viajó a París en diligencia. Jean la recibió en la estación de diligencias en su carruaje de conde. Tuvo el primer día libre; su turno no comenzaba hasta el día siguiente. Ya no tenía que dormir en el establo con el ganado, sino en una cama doble grande y señorial con una compañera, Fleur.

A su llegada, fue nombrada ama de llaves. Era absolutamente necesario que se dirigieran a ella como Madame; ¡después de todo, se trataba de un establecimiento respetable e importante! A Jou le informaban de todo lo que Madame consideraba importante. Jou se asombró de lo mucho que le pagaban por una semana de seis días; el sueldo era realmente impresionante. Madame, un árbol viejo y marchito, recalcó al final que el personal masculino y femenino no tenía permitido tener relaciones íntimas entre sí. Jou tuvo que preguntar

porque desconocía la terminología. Madame la miró con desaprobación. «Nada de acostarse con los hombres, ¿entendido?». Jou asintió; no, todavía no se acostaba con nadie, era virgen. Una leve sonrisa apareció en la comisura de los labios de Madame.

Pasemos al siguiente punto. A cada empleado se le asignó un compartimento en la gran caja fuerte de acero donde podían guardar objetos de valor, propinas, etc. Ella tenía la única llave, y cualquiera podía venir aquí todos los días a las 9 en punto para depositar algo. Desafortunadamente, dijo Madame con una expresión de Viernes Santo, desafortunadamente, había habido algunos incidentes embarazosos en el pasado, por lo que el Conde había decidido hacer esto. Deberías ir a ver a Madame Pelletier al sótano; ella te dará el uniforme. Madame asintió; todo estaba dicho, y podías ir.

La primera noche fue emocionante. Fleur, su compañera de habitación, era una mujer muy amable y directa, de 42 años, originaria de Picardía. Se tomó el tiempo de explicarle todo a Jou. Pero claro, podía tener una aventura, ¡ni hablar!, eso era solo un pasatiempo de la vieja ama de llaves, con quien ya nadie quería acostarse y a quien solían llamar Mayordomo; eso era una ventaja. Había una caja de intercambio de mensajes en la cocina, una vieja caja de pan. Los sirvientes dejaban notas para sus amantes o para cualquier otra persona con quien quisieran acostarse. Era así de simple. Fleur la ayudó a guardar sus pocas pertenencias y los uniformes en el armario. Luego se fueron a la cama, y Jou suspiró aliviada al ver con qué naturalidad Fleur se desnudó y se metió en la cama desnuda. Jou no había traído camisón; por supuesto, había dormido desnuda en los establos, y solo tenía un camisón en casa, que había olvidado allí.

Jou no podía conciliar el sueño. Fleur se movía violentamente de un lado a otro, como si estuviera frotando el pene de un chico para que eyaculara, luego un grito ahogado, y luego un silencio sepulcral. Jou preguntó en la oscuridad: «Fleur, ¿estás bien? ¿O pasa algo? ¿Estás enferma?». Escuchó y oyó a Fleur reír suavemente y reírse entre dientes. «Todo está bien, Juliette, solo me estaba dando placer». Después de una pausa, «¡Solo me estaba frotando el clítoris!». Jou dijo que no entendía qué era el clítoris. Silencio.

Fleur encendió la lámpara de la mesita de noche y la miró asombrada. “¡El clítoris! ¡Tu punto de placer!” La mujer de 42 años miró a la joven de 19 con confusión. “¡Todas las mujeres tienen clítoris!” Jou también se incorporó. “¡Yo no, no tengo!” Fleur tiró la manta al suelo y separó las piernas. Separó los labios vaginales con los dedos y señaló su clítoris con el índice. Jou también separó las piernas. Bajó la mirada y dijo: “¡Mira, no tengo!”

Fleur estaba desesperada. ¿Estaba fingiendo ser tonta, o realmente no sabía nada? Se inclinó hacia adelante y tocó el clítoris de Jou con un dedo. “Ahí está, pequeño y bien escondido, ¡pero ahí está, tu clítoris!” Jou sintió una sensación desconocida. ¿Era esto un clítoris? Fleur sonrió. “¿Nunca te masturbas?” preguntó incrédula cuando Jou asintió y negó con la cabeza. “¿Y qué haces con el clítoris?” Fleur luchó por encontrar las palabras. “Te lo frotas cuando estás excitada pero no tienes sexo. O si no tuviste un orgasmo durante el sexo.” La imagen de la chica pasó por su mente: la chica que no había tenido sexo, y el chico simplemente se había encogido de hombros impacientemente. La chica se había frotado brevemente entre las piernas, luego se habían ido. “¿Y cómo haces eso?” preguntó Jou. Fleur se arrastró hacia ella, la acostó boca arriba y le separó las piernas. — Te voy a enseñar — dijo, frotando el clítoris de Jou hasta que llegó al orgasmo — . Ese es el orgasmo que libera la tensión sexual, cuando el deseo te impulsa con fuerza. ¿Entendido? Jou asintió; lo que acababa de aprender era muy importante. — Lo hago todas las noches; a mi edad, cada vez es más difícil encontrar hombres con quienes acostarme. Fleur volvió a su lado de la cama, apagó la luz y se durmieron.

El trabajo fue más fácil que en el castillo. El conde Armand de Montbradouille era un hombre jovial y hablador, con una prominente barriga, y fue uno de los primeros en París en tener teléfono. Estaba increíblemente orgulloso de él y hablaba por teléfono todo el día. Jou comprendería algún día que no era un conde de verdad, ni su imperio empresarial estaba formado por más de una persona: él mismo. Pero tenía mucho éxito con el dinero ajeno, les daba excelentes consejos y ganaba mucho dinero para sus clientes. También los estafaba discretamente y se hizo muy rico en el proceso. Solo dos veces en su vida como genio financiero y ladrón un cliente descubrió la falta y se quejó por el dinero desaparecido. En ambas ocasiones, se las

arregló hábilmente para salir del apuro sin poner en peligro su reputación. Necesitaba solucionar un problema temporal de liquidez y tenía previsto transferir el dinero el mes siguiente, pero pasaría ese mismo día con él. El conde Armand partió inmediatamente y resolvió el asunto. Solía cabalgar durante 20 minutos cada día alrededor del Jardín de Luxemburgo, desde que se prohibió la entrada a los jinetes. Aunque tenía un carruaje, cabalgaba. Vestido impecablemente como un caballero a la última moda londinense, el acaudalado conde salía a cabalgar. Poseía tres sementales de monta, hermosos y briosos Trakehners, y montaba uno diferente cada día, a menudo acompañado por Jean, uniformado. También tenía una yegua de carreras en un establo; la yegua ganó muchos premios, y el conde amasó una fortuna en premios y apuestas. Jean era su jefe de cuadra y había insistido desde el principio en que se adquiriera una yegua vieja y perezosa para los sementales. La vieja yegua de la cervecería solo corcoveó los primeros días cuando Jean dejó que un semental la montara, pero ahora se dejaba cubrir pacífica y dócilmente por un semental, uno diferente cada día. Jean dejaba el trabajo sucio a los dos mozos de cuadra de 13 años y salía a cabalgar dos veces al día con los sementales que el conde no montaba ese día. Jean vestía un uniforme de húsares muy imponente con el escudo de armas bordado; impresionó a los parisinos, y por supuesto también a las mujeres parisinas. Allí, no era solo el encargado de los establos, sino el principal caballerizo del conde.

La esposa del conde Armand se había fugado con el profesor de guitarra español de 17 años; solo su hijo con acné, Gilles, de 16 años, vivía allí en el palacio de la ciudad. Se las ingenió para aprobar los exámenes y, por lo demás, solo se le encontraba en la cocina. Pero no para comer, oh no, sino para follar con la gorda cocinera holandesa tan a menudo como podía. Todo el mundo lo sabía, todo el mundo lo despreciaba. Podía haber tenido a cualquier mujer que quisiera, pero solo quería a la gorda Gertrudis, con su enorme culo. Ella le permitía follarla en la despensa cuando quisiera, tan a menudo como le placiera, de pie o inclinado sobre un saco. Para Gertrudis, no era nada especial, porque tenía un hijo ilegítimo de la misma edad que la follaba a ella y a Gilles alternativamente media docena de veces al día. Eso era normal para Gertrudis, nada especial, suspiró con resignación.

Supuestamente, Gilles tenía que pagar medio franco de oro cada vez, lo que equivalía a unos 25 francos, pero quizás solo era un rumor.

Jean podía colarse en la habitación de Jou todas las noches. Se acostaba en medio, entre Jou y Fleur. Fleur se quedó sin palabras la primera vez que vio su pene. Pero se contuvo; Jean pertenecía a Juliette, de eso no cabía duda. Fleur permaneció en silencio, pero sus ojos lo observaban todo con atención. Jou excitó intensamente a Jean con caricias y besos franceses, luego, con una técnica perfecta, le frotó el pene, como lo había hecho durante más de un año, y lo hizo eyacular en un arco alto. Fue solo una mañana cuando Fleur le dijo a Jou: "Si alguna vez ya no lo quieres, con gusto lo tomaré, ¡incluso con un beso en la mano!". Jou asintió; estaba agradecida con Fleur por dejarla hacer lo que quisiera con Jean. Cuando Jean se iba por la noche, ella se masturbaba, igual que Fleur antes de dormirse.

El conde Armand la saludó con un cálido apretón de manos cuando ella le sirvió el té temprano esa mañana. La miró de arriba abajo y de repente le agarró los pechos. El maldito uniforme estaba tan mal cortado que el roce los dejó al descubierto. «No, no, no», dijo el conde, mirándole los pechos con tal intensidad que Jou se sintió ultrajada. Ignoró su orden y se cubrió los pechos de nuevo. Él la miró fijamente durante minutos, y ella sintió que su mirada la desnudaba. Dio un paso atrás, alejándose de él, fuera de su alcance. Él carraspeó.

"Todas las chicas que me sirven son guapas y encantadoras. ¡Pero tú eres la más bella de todas, debo admitirlo! Bueno, las chicas saben que estoy disponible para la belleza y el erotismo, y si me lo permiten, las recompenso con francos, muchos francos, de hecho. Ahora bien, ¿y tú? ¿Te interesaría ser mi dama de los miércoles?"

Jou se quedó completamente desconcertada; ¡qué descarado! Al fin y al cabo, había dicho exactamente lo que quería. Pensó en cómo responder. Él se le adelantó.

— Estoy siendo directa, y por supuesto que tienes que pensarlo. Por favor, dime el próximo lunes qué has decidido. Jou podía irse. Tenía cinco días para mandarlo a paseo y marcharse. Bajó las escaleras de mármol y fue directamente a su habitación; quería tirarse en

la cama y llorar. Fleur la había visto bajar y corrió tras ella hasta la habitación.

Fleur abrazó a Jou y la dejó llorar. Cuando Jou dejó de llorar, tuvo que contarle todo a Fleur. Jou se asombró de la serenidad con la que Fleur afrontó la magnitud de la situación. Fleur le acarició el rostro bañado en lágrimas con las manos y le dijo: «Ahora escúchame con atención, querida». Esperó hasta que Jou estuvo lista para escuchar. “Ahora tengo 42 años y llevo aquí casi 20. Fui muy pobre toda mi juventud, pasé hambre y frío, no fue nada divertido. Cuando me agachaba al borde de la carretera para orinar en invierno, me ponía los dedos sobre ellos para calentarlos un poco. ¡Cuántas veces me fui con un completo desconocido solo para tener una habitación caliente, una comida caliente, una cama caliente y un pene caliente! Entonces la señora, el mayordomo, se fijó en mi belleza. Ella me trajo aquí, no trabajé tan duro como antes, tenía una cama caliente y suficiente para comer. Me convertí en la esposa de los sábados de Armand y todavía lo soy. ¡Recibo medio mes de sueldo extra cada sábado, eso son tres meses de sueldo al mes! En aquel entonces, elegí en contra del hambre y la moral. Pero he ahorrado tanto que puedo valerme por mí misma en cualquier momento. Un día se cansará de mí y se buscará otra esposa de los sábados, no me importa. ¡Nunca más volveré a pasar hambre!”

Fleur acarició el cabello de Jou como si fuera su hija. «Debes pensarlo bien y decidir en cinco días. Si no me equivoco, solo tienes dos opciones. Primero, puedes desafiarlo, y no apostaría a que la señora querrá mantenerte en el puesto o echarte a la calle. O segundo, puedes seguir mi camino. En ese caso, solo tendrás que considerar tres cosas».

Jou no había llorado en mucho tiempo. Se incorporó y preguntó: “¿Cuáles tres cosas?”. Fleur la miró seriamente. “Primero, tienes que decidir si el Conde o Jean te tendrá primero, a quién quieres entregarle tu virginidad. Segundo, necesitas un calendario sideral, y tercero, tienes que calcular cuánto tiene que pagar Armand por cada encuentro”.

Jou hundió el rostro en el cuello de Fleur. Ya había tomado una decisión, pero necesitaba consejo. “¿Cómo le digo a Jean? ¿Que por supuesto quiero entregarle mi virginidad, aunque juré entregarme solo al hombre que se casara conmigo? ¿Debería preguntarle si se casará conmigo algún día, aunque el Conde me deshonre semana tras semana? El dinero no me importaría, pero te escuché con atención. Si algún día tengo una familia, necesitaré cada centavo que pueda ganar ahora. ¡Así que no se lo pondré fácil al Conde!”

Jou rompió el largo silencio y preguntó qué era el calendario siberiano. Fleur soltó una carcajada. “Se llama calendario sideral, calendario lunar. Se puede usar para evitar el embarazo. Consideré seriamente dejar que Armand me embarazara y obligarlo a casarse conmigo. Pero aprendí de la biografía de Madame Majordomo que nunca funcionaría. Ella le dio un hijo ilegítimo, pero él no quiso casarse con ella. Después se casó con la altiva y pobre condesa, que era de ‘alto rango’. Majordomo tuvo que entregar a su hijo a un orfanato, donde el pobre murió antes de cumplir un año. Mañana usaremos el calendario lunar y te lo explicaré todo. ¡Vamos, a cenar! Y luego Jean vendrá a verte. ¡Tengo muchísima curiosidad por ver qué clase de niño es tu hijo con el pene gigantesco!”

Jean se tumbó entre las dos mujeres, y definitivamente algo estaba pasando. Jou aún no le estaba frotando el pene; lo acariciaba pensativamente.

— Jean, ¿eres el hombre que se casará conmigo algún día? — preguntó Jou. Él asintió sin dudarlo. — ¡Sí, lo haré! ¡Lo he deseado desde el primer momento! — Jou acarició su pene muy despacio y con suavidad — . Jean, ¿te casarás conmigo y me follarás para que no pierda mi trabajo? — Jean se alarmó — . Follar, sí; casarme, sí; pero perder mi trabajo, ¡no! ¿Por qué perder mi trabajo? ¿Qué significa todo esto? — Jou dejó de acariciar su pene y lo miró seriamente — . Si quieres casarte conmigo algún día a pesar de todo, ¡te daré mi virginidad! Entonces serás el primer hombre al que se le permita follarme. ¡Porque el Conde quiere follarme una vez a la semana, y pagará caro por ello! — Ahora todo estaba al descubierto. Ella apartó la mirada y lo dejó pensar. A Jean solo le tomó una fracción de segundo; conocía el rumor de que el Conde se follaba a una de sus criadas to-

dos los días, una diferente cada día. Supuestamente, cada domingo por la mañana se acostaba con el estricto y feo mayordomo en la cama matrimonial principesca, quien tenía que practicarle sexo oral. A él nunca le importó; los rumores más extraños circulaban por la casa. Jean se acostaba con una de las chicas todos los días después de que el conde saliera a cabalgar. Pero ninguna admitió haberse acostado con el conde. "¿El conde? ¿En qué estás pensando?" Jean se incorporó con determinación.

¿Estás diciendo que te acostarás con ese caballero una vez por semana por dinero, como una puta barata? Jou se estremeció, porque solo estaba diciendo la cruda verdad. Fleur había estado tumbada de espaldas a ellos dos y no había dicho nada hasta ahora. Pero ahora se giró furiosa y le agarró el brazo. ¿Barata? ¡No, jamás! ¡El tipo tiene que pagar un buen precio, porque Juliette no es una puta barata! Fleur estaba realmente indignada porque Jean parecía tener una perspectiva tan humillante y típicamente masculina. Jou miró fijamente a Jean. Puedo irme si lo prefieres. Tenía muchas ganas de hacer tres cosas, aunque no sean tan importantes. Quería entregarte mi virginidad a ti, y a nadie más. Tenía ganas de acostarme contigo todas las noches, como una chica de verdad. Y quería ahorrar cada sou, cada franco, para que algún día pudiéramos formar una familia y no pasar hambre. Pero tienes razón, ¡no soy una puta barata! Se hizo un silencio que duró varios minutos. Todos estaban absortos en sus pensamientos. Jean se quedó mirando la hendidura ligeramente entreabierta de Fleur; nunca la había visto tan de cerca.

Jou les dio la espalda a ambos; quería dormir o llorar, llorar o dormir. Apenas les prestaba atención, porque Fleur le estaba dando la lata. Solo había dos soluciones: irse o pagar mucho dinero para acostarse con él. El viejo conde una vez por semana, pero él podía acostarse con su amada todas las noches, los siete días de la semana. Jou cerró los ojos; sabía perfectamente que Jean cedería. Y ansiaba entregarle su virginidad, acostarse con él. Era su favorito, y quería acostarse con él ese mismo día, de una forma u otra.

Fleur estaba en un frenesí. Ese culo de Jean tenía que ser arrastrado al otro lado de la línea, empujado y pateado. Aparentemente era perfectamente natural para él que Juliette le perteneciera. No estaba

dispuesto a compartirla con nadie más. Fleur resopló con desprecio por lo hipócrita que era su punto de vista, sabiendo perfectamente que se acostaba con las chicas del Conde a la hora del almuerzo, ¡simplemente tomando lo que pertenecía a otro! ¿Y cómo se sentiría Juliette? Fleur tocó su gran y magnífico pene como por casualidad y lo acarició brevemente, tal como Juliette lo había hecho antes. El pene era la mitad de largo que su muslo, y era lo que ella llamaba un "pene de carne". Siempre estaba semierecto, y podías seguir follándolo incluso después de que él se corriera. A Fleur le encantaban los penes así porque le garantizaban sexo hasta el orgasmo. El Conde Armand tenía un pene encogido; la follaba durante unos minutos, se corría y luego se encogía de nuevo en un gusano inútil. Sin posibilidad de orgasmo. Fleur se recompuso; ¡No debe frotarlo hasta que eyacule, ni siquiera pensar en follar con él!

Se estaba haciendo muy tarde. Fleur había arrastrado al testarudo burro por las orejas hasta el comedero. Él había tomado su decisión y le había dicho crípticamente a Fleur que el conde tendría que pagar caro por sus deseos. Se inclinó sobre Jou, la besó en los ojos y susurró: «¡Ven a follarme, mi amor!». Jou despertó del todo. No tuvo que decir nada; ella lo vio en sus ojos. Lo abrazó espontáneamente. «¡Estaremos juntos, juntos para siempre!». Se puso boca arriba y abrió las piernas con los ojos brillantes. «¡Estoy lista!».

Fleur se arrodilló junto a él, agarró su pene y lo guió hacia la vagina de Juliette. Ella se soltó. Él besó a Jou con amor. "¡Sé mi esposa!", dijo en la Lengua Vieja, y la penetró con un movimiento rápido. Empujó su pene hacia adelante, más y más profundo, hasta llegar al final. Las lágrimas corrían por los ojos de Jou. Fleur se inclinó sobre ella, besó las lágrimas y la besó en los labios. El corazón de Jou dio un vuelco; ¡ninguna mujer la había besado en la boca antes! Abrió los labios y le devolvió el beso con lengua a Fleur. Jou nunca había besado con lengua a nadie más que a Jean, pero ahora besaba a su amiga maternal con pasión, cada vez más excitada. Jean trabajaba duro, follando a Jou con embestidas fuertes y firmes. Sintió la creciente excitación de Jou y la proximidad de su orgasmo. Aumentó el ritmo, y Fleur se separó de los labios de Juliette. Jou reaccionó al orgasmo con un pequeño grito, aferrándose con fuerza a Jean, su vagina palpitando violentamente. Entonces ella se relajó de repente. Paciente-

mente, lo dejó seguir follándola hasta que eyaculó. Él se movió entre ellas.

Susurraron, abrazándose y besándose, durante un buen rato. Estaban de acuerdo en cómo podrían ser las cosas. A él no le importaría que el Conde la follara todos los miércoles por la mañana. Ella le preguntó si era cierto el rumor de que él se acostaba con las chicas a la hora del almuerzo. Él dudó, pero lo admitió de inmediato. Pero eso era porque aún no habían follado. ¡A partir de ahora, dejaría de hacerlo, prometió ella! Pensó un momento: "Eso no es justo, yo me acuesto con otro hombre una vez a la semana. Es justo que él también se acueste con otra mujer. ¡Solo dime quién debería ser!". Sabía, por supuesto, a quién sugeriría, pero él debía decírselo. Él seguía dándole vueltas al asunto cuando ella le susurró al oído: "¡Fleur, por supuesto!". Nunca se le habría ocurrido, pero asintió. Fleur era buena, Fleur la aceptaría, Fleur no significaba ni competencia ni peligro. Él asintió: "¡Sí, Fleur!".

Simplemente no podían esperar. La noche siguiente, después de hacer el amor, Jou le dio un codazo a Fleur. Ella se giró y le susurró: "¿Sí?". Fleur se sorprendió visiblemente y, tras un instante, asintió con entusiasmo. Jou le preguntó si no quería consultar primero el calendario siberiano, pero eso solo provocó una leve sonrisa en Fleur. "¡Chica, ya tengo 42 años, no necesito un calendario!". Abrazó a Jean, se acurrucaron y se besaron hasta que ambas estuvieron listas. "Pero sé muy delicada al principio, mi coño es muy estrecho, ¡mucho más estrecho que el de Juliette!".

Jean asintió y entró con mucho cuidado, dándole tiempo al coño de Fleur para adaptarse. Jou sintió un poco de celos, pero pronto se le pasó. Observó atentamente cómo el pene de Jean penetraba lentamente el agujero de Fleur como un gusano grueso. Cada vez más adentro, hasta que estuvo completamente dentro. Hizo una breve pausa y le dio a Fleur un beso largo y apasionado, sus lenguas se movían y luchaban entre sí como pequeñas serpientes. Entonces comenzaron a follar. Ambos follaron al otro, Fleur follando a él con fuerza. Ella no era de las que se quedan ahí tumbadas como una tabla. Jou observaba todo con mucha atención, porque eran dos maestros en acción. Así fue como aprendió de Fleur cómo follar correctamente y

cómo una mujer podía llegar al orgasmo. Después del primer orgasmo de Fleur, él simplemente siguió follándola, porque ya había follado a Jou y necesitaba más tiempo. Se corrió justo en el momento en que Fleur tuvo su segundo orgasmo. Se abrazaron fuertemente durante un buen rato, recuperando el aliento. Luego los tres se tumbaron uno al lado del otro durante un buen rato, susurrando. Jean le dijo a Jou, con un poco de tacto, que su pene era demasiado grande y no cabía del todo dentro de ella, pero que había entrado completamente con Fleur, así como con su madre. Jou le espetó que no debía seguir hablando del coño de su madre, que era una falta de respeto. Pero pronto se supo que su pene sí cabía dentro de ella, y entonces todos quedaron satisfechos. Fleur dijo que solo había tenido un pene tan grande con un hombre, y ese era su padre. Les contó a los dos toda la historia de los 15 años que había pasado follando con su padre; se había follado con él todos los días, incluso después de haber empezado a trabajar para el Conde. Podía meterlo a escondidas en su habitación todas las noches y mandarlo fuera después de medianoche. Pero el mayordomo había puesto fin a eso. Podía describirlo todo maravillosamente y con gran detalle. Jean fue a su habitación muy tarde.

El lunes por la mañana, Jou entró en el estudio del Conde y esperó inmóvil. El Conde la miró con avidez y lujuria, luego la penetró durante medio minuto más antes de gemir y gruñir al eyacular dentro de ella. Jou esperó, completamente imperturbable, hasta que la chica se vistió y desapareció con una mirada tímida y avergonzada. Miró directamente al Conde, segura de su decisión, y accedió a reunirse con él el miércoles. Sí, por supuesto, se ducharía antes; eso era obvio. Y quería 250 francos cada vez. Él solo dudó un instante; no había negociación posible con una chica tan decidida. Asintió: «¡Entonces, nos vemos el miércoles!». Jou se marchó rápidamente; el trato estaba hecho y no tenía ningún deseo de regatear con el anciano.

Jou y Jean se quedaron con el Conde durante tres años más. Jean no solo se acostaba con Fleur una vez por semana; se volvió más frecuente. Se acostaba con el lujurioso amigo de su amante tres o cuatro veces por semana, lo cual les parecía bien a los tres. Una noche, después de que Jean ya se hubiera marchado, el hijo borracho del Conde entró tambaleándose en su habitación. Gilles apenas podía mante-

nerse en pie, pero estaba desesperado por acostarse con la hermosa joven, ya que la gorda Gertrudis ya se había ido a casa. Se desplomó pesadamente sobre la cama junto a Jou. Fleur susurró: "¿Es posible según el calendario?". Jou asintió, sin problema. "Entonces, joven, eso costará un franco de oro o 50 en billetes, ¡lo que usted prefiera!". El joven de 17 o 18 años ya se había desvestido a medias y dijo con voz insegura: "Perdóname, Madame Fleur, pero eres demasiado mayor para mí, si no te ofendo". Sacó una moneda de oro del bolsillo de su chaleco y la colocó en la mesita de noche. Jou lo desnudó por completo y le dio unas palmaditas en la cara hasta que se le pasó un poco la borrachera. Señaló su pene. "Aún no está listo", dijo, y ni ella ni Fleur quisieron frotarlo hasta que se le pusiera erecto. Su pene era un gusano patético, y ambas mujeres se agacharon frente a él y lo observaron mientras se masturbaba y poco a poco se le ponía duro. Jou lo dejó follarla sin abrazarlo ni besarlo. Estaba inestable incluso de rodillas, pero folló con mucha valentía. Ni dos minutos después, se corrió, gimió, se vistió y se escabulló. Jou esperó hasta que llegó a la escalera de mármol y empezó a caminar, y entonces soltó una carcajada. "¡Igual que su padre! ¡Un pequeño gusano, apenas dos minutos y ya está!" Ahora Fleur también se rió. Dijo después que entendía perfectamente por qué la condesa se había fugado con el joven español. Hizo que la condesa gritara tan fuerte que se oyó hasta aquí.

Jou era increíblemente curiosa y llevaba té a la habitación del Conde todos los domingos por la mañana, sabiendo exactamente cuándo pensaba llegar. Madame Majordomo estaba completamente desnuda y montando la asombrosamente grande erección matutina del Conde; su pene solía ser mucho más pequeño. Jou se mantuvo en segundo plano y observó cómo la Mayordomo se deslizaba de un lado a otro durante un cuarto de hora. Sus pechos eran sacos arrugados y vacíos que golpeaban rítmicamente. Empezó a rebotar con fuerza arriba y abajo cuando él aparentemente eyaculó. Permaneció sentada sobre su pene, echó la cabeza hacia atrás y se masturbó rápidamente. El Conde observaba, sonriendo. Entonces Jou entró en la habitación y sirvió el té. Miró de reojo el clítoris de Madame; era inusualmente grande y enrojecido por la fricción. Jou venía todos los domingos, llegando un poco antes y observando a Madame tener un orgasmo. Madame la trataba notablemente más amablemente desde que Jou se había vuelto tan descarada.

Jean solo se lo reveló a Jou mucho después de haberse casado. Una vez a la semana, cuando Madame Majordomo no estaba en casa, se colaba en el estudio del Conde, usando billetes como coartada. Abría la caja fuerte con la llave, cuyo escondite casi todo el mundo conocía; solía contener entre 40 y 50 fajos de billetes, quizás un millón. Cogía un fajo de la última fila, porque parecía que los habían tirado descuidadamente. Tal vez así fuera, pero sospechaba que el astuto Conde se había memorizado el desorden. Al menos, él lo hacía de esa manera. Así que cogía un fajo del fondo del todo. Una vez al mes, en su viaje diario, pasaba por su banco — un banco que el Conde evitaba — y depositaba el dinero junto con su sueldo. «Te lo has ganado honradamente», le dijo después a Jou, «no tengo ningún reparo en robarle a un ladrón».

Tres años era mucho tiempo, pero perseveraron. Jou se acostaba con Jean, el Conde, y ocasionalmente con su hijo Gilles, una o dos veces por semana. Cuando su calendario lo prohibía, las dos mujeres excitaban a Gilles, y Jou se acostaba encima de Fleur. El muchacho, casi siempre borracho, rara vez se daba cuenta de que en realidad estaba follando a Fleur, su agujero inferior, pero para entonces ya no le importaba. Jean se acostaba con Jou y Fleur a diario, excepto en los días en que se consideraba peligroso; Lou hacía tiempo que había dejado de sentir celos de ella. Ya no tocaba a las otras chicas del Conde; cumplió su promesa a Jou. Después de tres años, Jou ignoró el calendario y dejó que Jean lo embarazara.

— Estoy embarazada, señor duque — le dijo al conde — . Si no se casa conmigo, me iré para siempre. El conde lo pensó, pues las demás chicas acudían a abortistas, pero para Juliette eso era impensable. — ¿Cuánto? — preguntó el conde, exasperado, y Juliette reflexionó un buen rato — . Setenta y cinco, Su Gracia, y no volverá a saber de mí. Me marcho a finales de mes para cobrar mi sueldo. El conde pensó que se estaba librando bastante bien y le dio el dinero rápidamente.

Una hora después, irrumpió en la habitación de Gilles y le dio la noticia. Él se levantó horrorizado y gritó: «¡Papá me va a matar!». Fría como un carámbano, Jou repitió: «Está seguro de que te matará, ¡absolutamente seguro!». Gilles caminaba de un lado a otro. No ha-

bía escapatoria; se volaría la cabeza con la pistola de duelo de su padre. Su padre podría entristecerse, pero al menos su hijo no lo habría deshonrado. Jou lo animó; probablemente sería lo mejor, tal vez incluso una salida honorable. El único inconveniente sería que él estaría muerto, y entonces ella se quedaría sin padre para su pobre hijo, casi huérfano. Eso le pareció lógico. Caminaba de un lado a otro, y de repente tuvo una idea brillante: ¡huiría con ella como Romeo y Julieta! La miró con los ojos humedecidos. Ella asintió. «Los dos acabaron muertos, justo como yo quería, señor Gilles», dijo con frialdad. «Tal vez tomemos el veneno al mismo tiempo, así ninguno engaña al otro». Él la miró con alivio; si ella y el niño morían, él ya no tendría razón para morir; esa sería la mejor solución. Ella miró fijamente al idiota. Luego, fría como un pez, dijo que estaba considerando zarpar hacia el Nuevo Mundo, a América, porque allí había una gran escasez de mujeres; incluso podría encontrar marido estando embarazada. Pero el pasaje era muy caro; él tendría que darle dinero, al menos 50.000. No tenía 50, dijo con voz tímida. «¿Tal vez podrías quitárselo al padre del Conde? Sale a cabalgar todos los mediodías, así que puedes ir a su estudio y coger el dinero del armario. La llave está en el cajón superior derecho del escritorio. Una vez que hayas cogido el dinero, puedes dejar todo exactamente como lo encontraste, y el Conde no se dará cuenta hasta mucho después, o tal vez nunca». Al idiota se le iluminaron los ojos: «¡Y así nadie tendrá que morir!». Estaba encantado y quiso abrazarla, pero ella se apartó. Debería volver mañana al mediodía.

Y así fue; incluso le dio 55.000, y ella fue directamente a ver a Jean y le contó todo. Haría las maletas esa misma noche y tomaría la diligencia a Brest o Douarnenez a la mañana siguiente, donde lo esperaría en el castillo con Monsieur Ede o Paulette. Él debía renunciar solo unos días después, discretamente a finales de mes. «Y cuando me vaya», dijo, «podrás acostarte con Fleur unas cuantas veces más, pero solo si ella te lleva sin que yo la proteja». Se rieron y quedaron en verse esa noche; ella solo se lo contaría a Fleur entonces.

A la mañana siguiente, Jou irrumpió en el estudio del Conde, consciente de que tenía compañía femenina a esas horas. No lo molestaría, pero era urgente. El Conde estaba allí de pie con los pantalones bajados, y sentada en el escritorio frente a él había una chica que

no reconoció. Un rostro bonito, una hermosa melena negra hasta la cadera, unos pechos preciosos y un pene normal y erecto. ¿Un pene? Jou tuvo que mirar dos veces, pero era claramente un híbrido. Jou se recompuso y miró al Conde. «Su Gracia, me han ofrecido un viaje excelente y gratuito a Marsella en el carruaje privado de la Baronesa de Vermeuil, para quien solía trabajar, y debo estar en su palacio en 20 minutos. Por eso me voy tan inesperadamente, pero debo darme prisa. Si Su Gracia o Madame Mayordomo pudieran entregarle mi salario a la señorita Fleur, se lo agradecería mucho. Quizás pueda conseguir pasaje en un barco desde Marsella, ¡pero ahora debo darme prisa! ¡Adiós, Su Gracia, adiós!» Salió sigilosamente por la puerta, abrazó a Fleur por última vez, cogió sus dos bultos y salió corriendo hacia la estación de diligencias.

Por supuesto, Fleur recibió con los brazos abiertos a Jean para pasar la noche, pero insistió en tener también su parte de sexo con Juliette. Sin embargo, pasarían seis semanas antes de que pudiera irse, escribió Fleur a Juliette. Naturalmente, Monsieur Ede acogió a Jou con gusto; el espacio encima de los animales estaba libre y podía quedarse todo el tiempo que quisiera. Durante el día, trabajaba en la cocina con Paulette, quien necesitaba toda la ayuda posible. No tenía que rendir cuentas a los amos y se quedó durante seis semanas como una especie de “agente encubierta”. Monsieur Ede tenía dos mozos de cuadra musculosos y un mozo de cuadra de trece años. Por las noches, les decía a los amables mozos de cuadra que estaba durmiendo allí arriba y que estaría encantada si la visitaban. Y así fue como los dos hombres y el chico la visitaban todas las noches. El chico solo observó la primera noche; nunca antes había tenido relaciones sexuales. Pero estaba decidido a aprender, dijo, si ella le enseñaba. Cada noche dejaba que los hombres la follaran, quienes luego la dejaban sola con el chico, cuyo nombre era Paul. Paul todavía tenía un pene pequeño, pero aprendía muy rápido. Ella le enseñó todo lo importante sobre follar, y él aprendió muy rápido. Siempre hacían una pausa de 5 a 10 minutos, pero él era capaz de follar y eyacular cinco veces cada noche. Jou disfrutaba mucho de follar; no era tan brusco como los mozos de cuadra, era más bien gentil como una niña y le agarraba las nalgas con fuerza cuando eyaculaba. Las seis semanas pasaron volando. Una tarde, Jean fue a casa de Paulette y recogió a Jou. Caminaron durante una hora hasta la casa de la madre, quien ya se ha-

bía puesto en contacto con Jou el día anterior con un mozo de cuadra a caballo. Regresó en media hora. Jean rió cariñosamente mientras le contaba sobre los mozos de cuadra y el pequeño Paul.

La madre estaba encantada de tenerla de vuelta. Al principio fue un poco incómodo, pero Jou rompió el silencio y les dijo a la madre y a Jean durante la cena que ahora era la esposa de Jean y que todo lo anterior carecía de importancia. Prepararon la boda juntos; había mil cosas que hacer. Jean había pedido prestado un caballo a la familia y solía salir a cabalgar durante horas. Era muy reservado y solo reveló que la boda era una sorpresa. Se mantuvo hermético y no dijo nada.

Fleur fue su dama de honor; Jean le había dado los gastos de viaje y un bonito vestido. Durmió junto a ellos en la cama matrimonial de su madre toda la semana. La boda tuvo lugar en la pequeña capilla, y Jou le explicó a Fleur la historia de la Campana del Diablo y que uno de los hombres que había reconstruido la capilla era su padre. La capilla estaba abarrotada; algunos tuvieron que mirar desde fuera. El sol brilló todo el día, lo cual era un buen presagio. Tanto si había tormenta, calma o incluso lluvia, se consideraba un buen presagio para el matrimonio. El divorcio era inaudito; si una mujer era infeliz, se fugaba con su amante. Si un hombre era infeliz, había muchas palizas, o la esposa se ahogaba en el arroyo. Todos fueron a la posada, donde tres posaderos y todo su personal habían preparado el banquete de bodas para 170 invitados, todo el pueblo, de hecho. Había una comida típica bretona: enormes trozos de carne asada, pan blanco, verduras y cubos de la típica cerveza floja. La gente comió hasta el anochecer, bebió hasta vaciar los barriles y luego los invitados se retiraron a descansar. Naturalmente, esa noche se concibieron muchos niños, pero ese no es el tema que nos ocupa.

Jean había pedido prestado un carruaje de dos plazas al señor de la mansión y llevó a Jou parte del camino; su madre y Fleur ya se dirigían a casa. Jean se detuvo frente a la «Casa del Lord Justicia» y bajaron. Era la antigua residencia de un juez inglés jubilado que había vivido allí los últimos años de su vida. Era una gran casa de piedra de una sola planta, en excelente estado, ya que Jean la había reformado en las últimas semanas. Tenía un gran vestíbulo de mármol, siete habitaciones para niños e invitados, un enorme dormitorio

principal para los dueños, cuatro retretes ingleses con inodoros con cisterna — una rareza hace 120 años — y dos baños, cada uno con bañera, ducha y dos lavabos. No había bidé; era una especialidad francesa que los ingleses despreciaban. Solo lo usaban las prostitutas que querían lavarse los genitales de forma rápida y eficiente entre clientes. A la izquierda y a la derecha de la casa había zonas para hierbas y verduras, y detrás de la casa había un terreno vallado de unos dos mil metros cuadrados.

Jou caminó asombrada junto a Jean por toda la casa, encontrando una gran cocina y una gran despensa. La casa estaba completamente vacía, sin muebles y sin una mota de polvo; Jean había contratado a un grupo de chicas para limpiarla el día anterior. La casa era verdaderamente señorial; el señor inglés no había escatimado en gastos. Jou se quedó con Jean en el vestíbulo de mármol, con la boca abierta. "¿Qué demonios es esto?", exclamó, aunque tenía una vaga idea.

"Es tu casa, nuestra casa. El conde Armand la financió para nosotros; te jodió en su escritorio durante tres años, y yo le hice pagar por ello. Solo tenemos que ir a la notaría de Brest la semana que viene y firmar todos los papeles juntos; así es la ley."

Después de un rato, dijo: «Aún tienes que amueblarla a tu gusto. Quedan unos 420.000. Necesitaré entre 180.000 y 200.000 para los establos y los primeros caballos». Jou preguntó: «¿Qué caballos?». «Voy a criar y vender caballos; esa es mi profesión». Jou asintió; era obvio. «Todavía tengo 130.000 de mi padre y mi hijo, además de 80.000 en efectivo de ese hijo idiota». Los muebles no costarían tanto, dijo Jou, y Jean la reprendió diciéndole que no debía ser tacaña ni frugal; debía amueblar la casa con elegancia, refinamiento o incluso lujo, si quería. «De acuerdo», asintió Jou, «Haré lo que pueda». Salieron y se sentaron en un banco de piedra. El sol brillaba con fuerza, y eso se consideraba un buen presagio.

— Y tal vez vendamos la humilde y destartalada choza de tu madre para que viva con nosotros — dijo Jean — . Así vivirá un poco mejor y, además, te librará de las tareas domésticas y de los muchos niños. Y... tal vez Fleur nos visite más a menudo. ¡Me encantaría que me las dieras a las dos, Juliette!

“He visto que te gusta dormir con Fleur, y la considero como una hermana mayor y nos queremos mucho, nos hemos masturbado juntas y una al lado de la otra durante todos estos años. ¡¿Pero mi madre?!”

Jean se rascó la cabeza. “No te voy a explicar más sobre las tareas domésticas y los niños. Tu madre es unos años menor que Fleur, pero al igual que ella, sabe muy bien cómo moverse en la cama. Solíamos tener sexo increíblemente a menudo y mucho; no me puedo quejar. Todavía se ve muy guapa hoy en día, y sospecho que no ha olvidado cómo. El hecho de que huela un poco fuerte seguramente se deba a que no se baña ni se ducha. Ojalá, Fleur y Pernille, tu preciosa madre…” Jean guardó silencio, y Jou también. Pensó.

«Ustedes, los hombres, son tan diferentes a nosotras, las mujeres. Solo te amo y solo quiero acostarme contigo; casi nunca habrá nadie más, o solo rara vez, si nos separamos por mucho tiempo. Pero ustedes quieren acostarse con varias mujeres, incluso yo, una inocente pueblerina, me he dado cuenta. Pero mi único miedo es perderlos a ustedes y a sus corazones por otra persona. ¿Lo entienden?» Jou hizo una pausa, incapaz de contener las lágrimas que le brotaban de los ojos.

Jacques, el viejo caballo, había dado una vuelta por la casa, olfateando los pantalones de Jean y las piernas desnudas de Jou. Ella se subió el vestido hasta el ombligo para que Jacques no lo babeara todo. Él olfateó su vello púbico y le lamió la vulva dos o tres veces con su lengua áspera. “¡Puaj!” gritó Jou. No le tenía miedo a los caballos, por supuesto, pero su lengua le hacía cosquillas. “Tienes una nueva admiradora”, sonrió Jean, señalando el pene de Jacques. “¡Guau, es grande!” exclamó Jou, pero Jean lo ignoró. “Nunca se pone completamente erecto, incluso cuando lo estás follando, se queda medio erecto”. Le contó sobre una viuda en Remis-des-Anges que se follaba a su caballo de arado todos los domingos por la mañana, “¡honestamente, lo vi con mis propios ojos!”. El estúpido animal nunca pensó en follarla. Ella tuvo que follar su pene flácido ella misma hasta que se corrió.

Jou lo interrumpió porque se le había ocurrido algo más. «Dime, Jean, ¿has oído hablar alguna vez de mujeres que son mujeres arriba pero hombres abajo, hombres completamente normales?». Jean no tuvo que pensarlo mucho. «Sí, claro, son ladyboys. En realidad, hombres a los que les crecen pechos de verdad usando unas hierbas, y cuyo carácter es, o se vuelve, muy femenino. Son las prostitutas más caras de París, ¡pero no veo nada malo en follar a alguien por el culo!». Jou había escuchado asombrada. «¿Te has follado a una?», preguntó, sin poder disimular el temblor en su voz. «No», respondió Jean, «pero lo vi una vez. El conde Armand a veces me dejaba ir con él a París como "guardaespaldas", el camino lleno de bandoleros y los burdeles no del todo seguros». «Ambos somos amantes de los caballos», dijo el conde, «y podemos confiar el uno en el otro y cuidarnos mutuamente». "Hoy voy a tener una muy especial, quédate en segundo plano y cuida mi espalda, el dueño del burdel es muy astuto y no confío en él." Entramos al burdel, me quedé discretamente en segundo plano. Entró la travesti, una chica asiática muy dulce. El conde la folló por el culo y le frotó el pene al mismo tiempo. La chica se corrió y poco después el conde. En mi opinión, el conde solo tiene un pene muy pequeño, pero está muy cachondo. — ¿Pero por qué preguntas, mi amor? — Entonces ella le dijo que cuando se iba había visto a una travesti con Armand y el conde la estaba follando por el culo. Lo había visto muy claramente y también el gran pene de la travesti que el conde acababa de frotar.

— ¿Dónde estábamos? — reflexionó Jou — . Ah, sí, follando con Fleur y con mi madre. ¡Y que no quiero perderte! — Jean asintió con cierta abatimiento — . Es que a veces los hombres queremos follar con otra, ¡pero yo siempre te amaré solo a ti! ¡Siempre! Y mira, con la mayoría de las mujeres, mi polla ni siquiera entra del todo; es como follar con el freno puesto. Una polla grande también tiene sus desventajas. Con Fleur, Pernille, y ahora también contigo, puedo penetrar bien profundo y follar a mi antojo; ¡eso sí que es un placer! — Jean permaneció en silencio, esperando el «vale» de Jou.

No respondió de inmediato. "¿De qué hemos estado hablando todo este tiempo? De caballos, gatas y gatas de mierda, hermanastras y maternales. Definitivamente voy a construir una gran biblioteca, con todas las obras sobre el Rey Arturo, los caballeros con sus relucientes

armaduras, luchando en combates caballerescos con lanza y espada por el favor de una bella doncella...”

Jean suspiró y negó con la cabeza. «Las relucientes armaduras no existían hasta mil años después; la doncella podía ofrecerles un pañuelo o que le besaran las yemas de los dedos. Para follar, solo había yeguas u ovejas. Eso es todo.» Jou puso los ojos en blanco. «Por fin, teníamos algo parecido a una conversación civilizada, pero enseguida degeneró en sexo. Todavía nos queda mucho por mejorar en eso.»

«Ya que estás hablando de sexo, ¿te imaginas a Fleur y a tu madre?», Jean sentía mucha curiosidad por la respuesta de Jou. Jou sabía la respuesta, pero le dolía el corazón. «Esta noche dormiré en la habitación pequeña; tú puedes compartir la cama grande con ella y Fleur». Se le llenaron los ojos de lágrimas, y Jean le tomó el rostro entre las manos y se las besó. «¡Al contrario! Fleur compartirá la cama pequeña con tu madre; ¡es nuestra noche de bodas!».

Jou pudo volver a sonreír. «¡Pero prepárense! ¡Hoy tuve que besar a cien mujeres y a otros tantos hombres! La mayoría me tocaron el trasero, pero les sonreí: “¡Ahora todo esto le pertenece a Jean!”» Jou sonrió seductoramente y Jean la besó.

Celebraron el 45 cumpleaños de Pernille en el jardín. Fleur también estaba allí, y los tres niños — los gemelos de seis años, Adam y Eve, y Bernice, un año menor — jugaban en el césped. Pernille se había mudado con ellos; había ayudado a Jou a amueblar la casa y cuidaba con cariño a los nietos. Fleur se quedaba cinco o seis semanas cada año. Madame Majordomo había fallecido, y ahora ella era la señora de los domingos. Le gustaba, porque cuando despertaba al conde Armand los domingos por la mañana, él tenía una erección grande y hermosa, más grande que después del desayuno entre semana. Ella lo montaba durante media hora con mucho más placer que al borde del escritorio y se masturbaba con el dedo después de que él eyaculara. Había inscrito a la regordeta Gertrude como sustituta y había pasado varios domingos enseñándole, asegurándose de que la gorda cocinera holandesa hiciera todo correctamente. Le daba cuatro francos de oro por cada domingo que iba a Bretaña.

Fleur se quedaba a dormir en casa de Pernille, y las dos se entregaban a la pasión con locura, consumidas por la pasión. Ambas poseían fuertes deseos lésbicos. En París, Fleur solía seducir a Jou para tener relaciones sexuales con ella, pero Jou no era lesbiana en absoluto. Incluso de vacaciones, Fleur era muy trabajadora, dedicándose con destreza a amueblar y decorar la casa. Una vez a la semana, iba con Jou al centro para comprar libros nuevos.

Pernille daba clases particulares a los tres niños cuatro veces por semana, enseñándoles francés escrito, ciencias, lectura, escritura y un poco de aritmética. Cuando brillaba el sol, los llevaba al arroyo, donde se bañaban y chapoteaban con los niños del vecindario. Pernille, por supuesto, también se metía al agua desnuda; le encantaba el agua fresca. Naturalmente, les había mostrado a los niños sus joyas y les había explicado todo con detalle. Sonrió cuando Adam, de seis años, jugaba con la hija del vecino, que le doblaba la edad; tanto la niña como Adam gritaron de placer. Claro que él aún no podía eyacular, pero Pernille le había sacado el pene cuando él terminó triunfalmente con la niña mayor, y ¡oh sorpresa!, ¡el pene de Adam eyaculó unas gotas! Solo unas gotas, pero fue un descubrimiento interesante. Pernille inmediatamente comenzó el hechizo de agrandamiento. Ya no era una verdadera wiccana; su madre le había enseñado mucho antes de quedar embarazada. Preparó la pasta y se la frotó en el pene del niño. Le chupó y lamió el miembro, murmurando los conjuros, hasta que salieron unas gotas. Pero no le dejó jugar a follar; eso vendría después, cuando pudiera eyacular de verdad, le aseguró al niño. Sus hermanas lo observaban atentamente mientras él se chupaba el pene y memorizaba los largos conjuros en la Lengua Antigua.

Después de la boda, Jou insistió sin vacilar en que Jean durmiera con ella todas las noches. Todas y cada una de ellas. Era inflexible al respecto. Sin embargo, le permitía, con una sonrisa, escabullirse con Pernille o Fleur por las mañanas para aliviar su erección matutina. Se quedaba en la cama sonriendo, escuchando los suaves gemidos de Pernille, sobre todo porque así podía acariciar su clítoris sin ser molestada. Un par de veces se había acercado sigilosamente a la puerta y las había observado teniendo sexo. Pero cuando Fleur fue de visita, observó a las dos mujeres teniendo sexo. Primero se frotaban el clítoris hasta excitarse por completo, luego se colocaban expertamente

una encima de la otra, entregándose a un coito clítoris contra clítoris que las volvía locas. Era una visión embriagadora, pues ambas eran muy hábiles en ello.

Diez años después, Adam tenía dieciséis años, era un mozo de cuadra muy bueno y una gran ayuda para Jean con la docena de caballos. Llevaba seis años acostándose con Pernille, y ella estaba muy contenta con él; su pene crecía maravillosamente y pronto rivalizaría con el de Jean. Pernille sabía que ni Eva ni Bernice tenían himen y aún no habían empezado a menstruar, pero aun así les enseñó a los tres niños a usar el calendario lunar. A menudo veía a Adam colándose en la habitación de las niñas por la noche, y sospechaba que se acostaba con sus hermanas, el muy canalla, pero nunca dijo nada. Una tarde, Adam entró en la habitación de sus padres y encontró a su madre, Juliette, desnuda en la cama, masturbándose. Curioso, se tumbó a su lado y la montó cuando ella ya estaba lejos. La folló con fuerza y se corrió justo en el momento de su orgasmo. El orgasmo disminuyó, Jou reaccionó y le dio una buena reprimenda. Nunca más se le permitiría hacer eso, ella no lo quería para nada, ¡y era engañar a su padre! Nunca volvió a acostarse con ella. Se alegraba cuando la tía Fleur se quedaba con ellos de vacaciones; a las dos mujeres les gustaba que él se acostara con ellas y le permitían observarlas mientras hacían el amor lésbico.

En aquel momento, nadie podía imaginar que la Primera Guerra Mundial irrumpiría pronto en su idílico entorno bretón.

• • •

En Blizzard

von Jack Faber © 2023

Lis no lo vio venir. Instintivamente, echó la cabeza y la parte superior del cuerpo hacia un lado; el árbol que caía la golpeó en el costado izquierdo, destrozándole la pierna izquierda y arrastrándola debajo. Perdió el conocimiento, el dolor era insoportable.

Recuperó el conocimiento. El enorme árbol la mantenía firmemente inmovilizada; no podía liberarse. Con gran esfuerzo, logró alcanzar el chal de piel de oso y se cubrió. Hacía un frío insoportable. No quería desmayarse de nuevo; tenía que mantenerse despierta porque Rik vendría a buscarla, y entonces podría gritar. El asesino del oso yacía a menos de dos metros de distancia, increíblemente lejos. Se quedó dormitando, pues solo así podía soportar el dolor. Su vida desfiló ante ella como un desfile de carnaval en su sueño.

Su familia vivía en una enorme plantación en Luisiana hacia 1835. Había cumplido catorce años, su cuerpo había cambiado y la gente decía que era una mujer hermosa. Nadie decía que fuera una niña hermosa, sino una mujer hermosa. Incluso su padre la halagaba, pero era un mujeriego empedernido, y sus comentarios obscenos hacían que Lis se sonrojara de vergüenza. Se cayó borracho del umbral de su habitación y se quedó allí tirado hasta la mañana. Sonrió estúpidamente; claro, la culpa era del estúpido umbral, no del borracho sin sentido. Obviamente.

Nunca más volvió a cruzar el umbral. Fue a su cama, le quitó el camisón a Lis, que se resistía, y se acostó junto a su hija desnuda. Acarició su cuerpo, acariciando cada centímetro. Parecía saber exactamente cómo y dónde frotarla para excitarla. Parecía conocer el secreto al que ella se había entregado noche tras noche desde su infancia. Sonrió con malicia y obscenidad mientras ella temblaba y se retorcía en el orgasmo, y sus comentarios fueron obscenos, sucios y humillantes. Ella se quedó paralizada mientras él la colocaba y la penetraba. Se estremeció cuando él la desfloró brutalmente, desgarrándole el himen. La folló, gimiendo y quejándose, profiriendo palabras obsce-

nas que habrían insultado incluso a una prostituta, y continuó follándola sin piedad. Arqueó la espalda y eyaculó dentro de ella, chorro tras chorro. "¡Así que ahora eres mi esposa, me perteneces solo a mí!"

Lis lo soportó con silenciosa dignidad. Él venía noche tras noche durante cuatro años, masturbándola hasta el orgasmo cada vez con una sonrisa lasciva, y luego la follaba con fuerza. Amaba su cuerpo delicado y virginal y su mirada tímida. Quedó embarazada a los 18 años, y él odiaba cómo sobresalía su vientre. Nunca le había dicho una palabra a su padre, pero cuando él le exigió que abortara, ella simplemente dijo: "¡No!". Incluso el viejo borracho se dio cuenta de que esa era la última palabra sobre el asunto.

La madre, algo ingenua, no tenía ni idea de que su marido se acostaba con su hija noche tras noche y se preguntaba quién sería el padre. Lis permaneció callada; su madre era una charlatana quisquillosa. Solo cuando la madre quiso saber si podía casarse con el padre de la niña, se negó. "¡Ya está casado, ni hablar!". La madre la dejó en paz. Pero amaba a Lis a su manera superficial y le consiguió a las dos mejores comadronas de la zona. Tres horas de parto atormentaron a Lis, y luego dio a luz en un cuarto de hora. Fue un parto fácil, dijo la comadrona más joven. La mayor examinó el clítoris de Lis con mucha atención, lo presionó y finalmente le dijo a la más joven: "¡Probablemente la madre se ha estado masturbando desde la adolescencia temprana, por eso!". Entonces Lis despertó de su agotador estupor. "¿Qué es?". Un niño perfectamente sano, y Lis tomó al bebé recién cambiado en su pecho. — Se llama Jean-Pierre — le dijo a su madre.

Durante todo el año, Lis y su madre estaban absortas en Jean-Pierre. Su padre no estaba particularmente interesado en su nieto; le interesaban mucho más las jóvenes y hermosas muchachas negras. Como eran sus esclavas, podía hacer con ellas lo que quisiera. Y, por supuesto, lo hacía. Las llevaba al lecho conyugal, pero su anciana esposa no se dejaba ahuyentar. Se sentaba enfurruñada en la cama mientras él desfloraba y violaba a las hermosas muchachas negras, de 13 y 14 años, a su lado. La armonía doméstica era inexistente; casi todas las noches se gritaban. Lis no entendía ni una palabra, ya que se gritaban en alemán; al fin y al cabo, ambos eran de Alemania.

Los gritos empeoraban cada día, y una noche echó de casa a su esposa, a su hija y a su hijo de un año. Les dio media hora para que recogieran sus cosas y se marcharan. Era la segunda vez que Lis hablaba con su padre. «Es tu hijo, Fritz. ¿De verdad quieres echarlo de casa?». Pero Friedrich Korb ya había ido demasiado lejos. Le dio la espalda y se marchó sin decir palabra.

Lis, la madre y el niño pequeño emprendieron el viaje. Tenían que ser cuidadosos con el dinero; la madre no estaba acostumbrada a tener solo tres vestidos, pero Lis se había hecho cargo y gastaba el dinero con mucha cautela. Vagaron de pueblo en pueblo a lo largo de la costa oeste estadounidense durante dos años, rumbo al norte. A menudo, Lis tenía que pagar con su cuerpo, permitiendo que cientos de hombres tuvieran relaciones sexuales con ella sin experimentar jamás ningún placer. Había oído que barcos llenos de mujeres y niños zarpaban de Vancouver hacia China. Había una gran escasez de mujeres en China, y los chinos recibían a las mujeres blancas con los brazos abiertos. Lis logró conseguir billetes baratos y viajaron el resto del camino hasta la pequeña ciudad portuaria de Vancouver en el nuevo ferrocarril.

Tuvieron suerte. Alquilaron un apartamento barato de dos habitaciones, y Lis acudía incansablemente al puerto. En realidad, muy pocos barcos zarpaban hacia China. Uno de los capitanes soltó que tenía que contactar con un agente en el puerto; era la única manera de conseguir pasaje. Encontró un agente; al fin y al cabo, solo había dos. El primero se negó; no enviaba mujeres a la gente de “ojos rasgados”. Eran unos auténticos bárbaros, dijo, y a los 20 años, era demasiado mayor para los chinos. El segundo agente fue comprensivo; no había muchos pasajes a China, solo dos al año. Pero haría lo que pudiera. Lis le dejó anotar sus datos: ella tenía 21 años, su madre 39 (aquí manipuló las cifras, ya que su madre tenía 42, casi 43), y su hijo 3. Lo anotó todo con calma; tenía mucho tiempo y ningún otro cliente. Él escuchó toda su historia de vida, coincidiendo con ella en lo despiadado que había sido su padre. La escuchó cuando mencionó que no había tenido la menstruación desde que dio a luz, pero la partera le había asegurado que si se establecía en una vida matrimonial normal, le volvería. Pero durante sus años de vagabundeo, solo había tenido relaciones sexuales muy raramente, solo cuando era absoluta-

mente necesario. Lis se sonrojó; no quería aburrirlo con temas femeninos. En algún momento, él calculó los gastos. Lis palideció. No tenía tanto dinero.

El tipo listo, por supuesto, había descubierto durante su charla lo poco dinero que ella tenía. Ciertamente no era suficiente para el pasaje a China, pero se lo ocultó. Hizo algunos cálculos para impresionar a Lis. Si podía renunciar a su comisión de agencia, su dinero sería suficiente para el pasaje. Todo era un montón de mentiras, pero no quería perderse a la chica guapa. Pero la comisión de agencia, se lamentó el buen tipo, ¡la comisión de agencia! ¿Qué ganaría cediendo a su blando corazón y renunciando a la comisión? ¿Qué sacaría de eso, eh? Le dio a Lis mucho tiempo, esperando hasta que ella hiciera la sugerencia. No tuvo que esperar mucho. Podría acostarse con él, susurró Lis, con la cara roja como un tomate, ¿tal vez? Él siguió fingiendo interés por un rato, el buen tipo, y llegaron a un acuerdo. Ella le dejaría acostarse con ella dos veces por semana; él aceptó. Solo por esta vez.

Él recostó la parte superior del cuerpo de Lis sobre la mesa, le levantó la falda y la penetró por detrás. No tenía un pene grande; Lis apoyó la cara en la mesa y cerró los ojos. La folló durante un buen rato, y a ella no le excitaba en absoluto, pero lo hacía por una buena causa. Así que ella acudía a él dos veces por semana; él le contaba la terrible situación del mercado, y entonces ella se dejaba follar sin pensarlo dos veces.

Nuestro agente no solo se encargaba de los pasajes en barco; no, comerciaba con todo: frutas y verduras, cargamentos de pescado, tierras y casas. Y mujeres, por supuesto. Las mujeres eran un bien escaso en el norte, y se podía obtener un buen beneficio. Tomemos como ejemplo al noruego Ragnar, un exitoso trampero. Había mandado llamar a su hijo Erik y a su esposa Gundi desde Noruega; deberían haber llegado hace mucho tiempo.

Pero las Parcas no iban a dejarse sabotear; tenían otros planes para Gundi y Rik. Así que los pequeños humanos tomaron cartas en el asunto y viajaron a América. Las Parcas se enfurecieron. Gundi enfermó durante el viaje, y Rik cargó a su madre enferma en el tren de

Nueva York a Chicago. Desde allí, consiguieron que un español astuto y parlanchín los llevara en una carreta tirada por caballos hasta la otra línea férrea, que conducía a Vancouver. Pero Gundi murió apenas una semana después, y las Parcas, con una sonrisa burlona, escupieron en sus manos; el hilo del destino debía continuar.

El español intentó cavar una tumba con Rik, pero el suelo estaba congelado y la pala se partió en dos. Rik se sentó junto a la hoguera y pensó. ¡El español estaba saltando arriba y abajo, enterrando a una joven tan hermosa mientras aún estaba caliente! Desnudó a la muerta Gundi y la violó. Sí, la violó, habían estado viajando durante una semana y ¡todavía estaba caliente! Violó a Gundi una segunda vez y, después de un rato, una tercera. ¡Aaah, eso se sintió bien! Se sentó con Rik junto a la hoguera. Rik terminó de pensar y se levantó. Agarró al español por la garganta y le destrozó el cráneo de un solo puñetazo. Simplemente dejó al español allí para los lobos. Cubrió a Gundi con muchas piedras y le clavó una rama en forma de T encima, un símbolo de Thor, su dios favorito. Luego fue a la estación de tren en la carreta tirada por caballos, envió un telegrama a Ragnar y subió al tren. Ya llevaba cinco semanas de retraso y estaría en Vancouver en unos 6 o 7 días.

El astuto agente ya había concertado un matrimonio entre Lis y Ragnar. Naturalmente, Ragnar quería comprar a la bella joven para Rik, ya que él tendría a Gundi. Ragnar no hablaba bien inglés y Lis no hablaba noruego. El agente le explicó a Lis que los precios para viajar por China habían subido astronómicamente. Sería más prudente ir con Ragnar; era un hombre rico, con cuatro sacos llenos de monedas de oro al cinto, y quería casarse con Lis. Lis observó a Ragnar con atención. Era un gigante musculoso, y con su abrigo de piel de oso, el hombre de 40 años lucía bastante apuesto. Ragnar acababa de recibir un telegrama de Rik sobre el retraso en el aterrizaje en Nueva York. Gundi estaba enfermo, así que iban a tomar el tren a Chicago. Ragnar no le contó a Lis nada sobre el matrimonio, pero quería ir con ella y esperar a su hijo Erik. No mencionó a Gundi. El astuto agente aceptó las 5 monedas de oro por el servicio de búsqueda de pareja, y Ragnar siguió a Lis.

Así que no podía llevarse al niño de tres años a la naturaleza salvaje canadiense; eso sería un asesinato, dijo Ragnar. El pequeño tendría que quedarse allí, con la anciana, dijo. Por ahora solo podía llevarse a Lis; ella debería venir a ver su hermosa y espaciosa cabaña en el bosque y luego decidir si los llevaría a ambos un año después. Entonces podrían ocuparse de la boda al mismo tiempo. Ragnar no le mentía; Rik sin duda estaría encantado de casarse con ella. Lis lloró amargamente; dejar al pequeño con su madre durante un año era muy duro. Pero había escuchado atentamente a Ragnar; la naturaleza salvaje no era un paseo por el parque, pero él estaba ganando mucho dinero con las pieles. Le mostró todo el oro que había ganado en seis meses y ya había gastado una buena parte. Lis no era tonta; con tanto dinero, los cuatro podrían vivir como reyes. Sabía en lo que se estaba metiendo.

Quería pasar sus últimos días y semanas con Jean-Pierre, durmiendo con el pequeño en la cama pequeña y Ragnar en la grande. Él no estaba descontento; la anciana tenía su edad y seguía siendo bastante atractiva, y pronto descubriría si también era buena en la cama. Lis se aferraba a su hijo y no podía conciliar el sueño, mientras Ragnar follaba ruidosamente a su madre, que gemía y suspiraba de placer. La pobre mujer no había tenido sexo en los últimos años, porque siempre que era necesario, Lis tenía que ofrecer su coño. Durante este periodo de abstinencia, la madre se había masturbado con mucha frecuencia, apretando su cuerpo contra el de Lis y abrazándola con fiereza durante el orgasmo. A Lis no le parecía inapropiado, porque la pobre madre echaba de menos el contacto físico y el sexo mucho más que ella.

Al amanecer, Ragnar descubrió a su madre, le levantó una pierna y la penetró por detrás con su erección matutina. Lis se excitó al verlo y se frotó el clítoris discretamente. Su madre gimió y se quejó en el orgasmo, y Ragnar solo eyaculó después de su segundo orgasmo. Luego fue a orinar y su madre preparó el desayuno. Su madre estaba de mejor humor que en años. Le susurró al oído a Lis que después de tres años de abstinencia, ¡por fin había tenido otra noche húmeda! Si Lis no quería casarse con él, ¡se casaría con el fornido vikingo sin pensarlo dos veces! Tuvieron que esperar seis semanas hasta que Rik finalmente llegó. Ragnar follaba a su madre todas las noches y todas

las mañanas, con fuerza y entusiasmo. “Era realmente buena en la cama”, decía casi a diario en las comidas con una sonrisa amable, y su madre se sonrojaba como una niña.

Entonces llegó Rik. Era tan alto como su padre, musculoso y un gigante apuesto. Le contó todo a Ragnar, y Lis, su madre, y Jean-Pierre escucharon los sonidos desconocidos. Su madre pareció entender algunas palabras y tradujo para Lis. Rik se negó rotundamente a tomar a Lis como su esposa. Insistió obstinadamente en que su padre tenía prioridad, ya que Gundi ya no estaba vivo. Esa fue su última palabra, lo dejó claro. Ragnar finalmente accedió; eso era justo. Cuando Rik le contó a su madre sobre el español, ella se quedó sin palabras; era indignante. Tanto que el hombre hubiera violado a la mujer muerta como que Rik le hubiera destrozado el cráneo. Pero Ragnar asintió; había hecho bien, el hombre se lo merecía. Lis tragó saliva con dificultad al ver con qué facilidad y casualidad los noruegos hablaban de ello. Rik dormía en el suelo junto a la cama de su madre; la violó después de su padre, tanto de noche como de mañana. La madre estaba en las nubes; Nunca antes la habían follado cuatro veces al día aquel hombre increíblemente fuerte y su hijo, igual de fuerte que ella; ¡era una dicha absoluta! Se quedaron diez días más y prepararon todo para el viaje. Ragnar le había comprado a Lis un grueso abrigo de piel, y Rik le había comprado un rifle para matar osos, un rifle largo de gran calibre que podía disparar cinco tiros en rápida sucesión desde un solo cargador, usando un repetidor de carga inferior. «Si no has matado a un oso con cinco balas, tienes que correr como si el diablo te persiguiera», le dijo Ragnar a Lis con una sonrisa.

En la última mañana, los noruegos tuvieron relaciones sexuales con la madre por última vez y luego se despidieron. Lis prácticamente tuvo que separarse a la fuerza de la pequeña y luego corrió tras los hombres. Viajaron hacia el norte en barco durante tres días con dos burros de carga, y Lis agradeció lo abrigada que la mantenía su abrigo de piel. Luego caminaron tierra adentro, hacia el noreste. Tres días después, llegaron a una cabaña y Ragnar miró ansiosamente al cielo. “¡Una ventisca, tal vez esta noche o mañana!”

Rik corrió hacia la cabaña, pero no había nadie. Abrió la puerta de golpe y empezó a descargar los burros. Ragnar lo llamó a gritos. Rik y

Lis corrieron hacia él. Había encontrado al ocupante de la cabaña. El hombre — presumiblemente un hombre, pero eso era solo una suposición — yacía detrás de la cabaña. Había sido asesinado. El cuchillo estaba clavado profundamente en su espalda, o en lo que los lobos y zorros habían dejado de él. Le habían cortado la garganta, dijo Ragnar tras examinar al hombre con pericia. Ragnar sacó el cuchillo, luego los hombres llevaron el cuerpo una corta distancia y lo cubrieron con piedras.

Rik limpió el cuchillo con un trapo; era un excelente cuchillo de caza, afiladísimo y con una guarda bellamente dorada y decorada. «Los franceses de Luisiana tienen unos como este», dijo Lis. Rik dijo que era demasiado bueno para tirarlo. Ragnar asintió; haría una funda con piel de conejo. Lis se sorprendió mucho: «¿Conejos aquí?». Rik se rió. ¡Ragnar era el único que cazaba conejos con las manos desnudas! Ragnar dijo que deberían revisar el congelador del suelo; iba a cazar conejos y habría conejo asado para la cena.

Lis siguió a Rik a la casa; encontraron el agujero en el suelo. Rik miró dentro y vio un montón de muslos de ciervo almacenados allí. Dijo que la sujetaría por las piernas para que pudiera contar las partes. Y así sucedió; ella quedó colgada boca abajo y contó. 32. Su falda se deslizó, obedeciendo a la gravedad, y sintió a Rik deslizar su polla por sus muslos desnudos. Suspiró; habían pasado nueve semanas desde que el agente la había follado. Se ablandó el coño; por supuesto que quería que la follaran. Rik la penetró increíblemente despacio y con cuidado. ¡Qué polla tan enorme! La sacó inmediatamente; solo el primer chorro había entrado. Empujó su polla en su raja del culo y la folló rápidamente, eyaculando todo en su raja del culo. Se detuvo, y ella miró hacia atrás. Se frotó la polla con la mano y eyaculó en la pared interior del agujero de enfriamiento. Negó con la cabeza. “¡Lis es para Ragnar, no lo olvides!” Ella no podía entenderlo, pero asintió y le sonrió amablemente. “No le diré nada a Ragnar, ¿de acuerdo?” Rik asintió y salió, trayendo un montón de leña. “Por la ventisca”, dijo, llevando toda la leña a la sala de estar. Ella despejó el área de cocina y las provisiones de comida, moviendo la pequeña plataforma para dormir del desafortunado dueño anterior para que Rik pudiera apilar la leña allí. Encontró dos grandes pieles de animales cosidas juntas y estaba a punto de tirarlas a la esquina cuando Rik le dijo que

las pusiera frente al fuego; allí dormirían. Una ventisca podía durar un día o una semana. La ligera nevada se había convertido en una fuerte ventisca. Rik se metió en el pozo de enfriamiento y sacó ocho pequeños barriles de licor y dos barriles vacíos. “Para orina y excremento”, dijo, buscando dos tapas. Apoyó una pala contra la puerta, fue a la parte de atrás a revisar los burros de carga y movió el barril de agua de lluvia y el comedero lleno frente a los animales. Encontró unas tablas y las sujetó para que los burros tuvieran algo de protección. Miró al cielo. “Ragnar debería llegar pronto”, le dijo a Lis, “¡la ventisca viene en una hora!”. Lis notó su inquietud, pero no dijo nada. Una mujer histérica era lo último que necesitaba en ese momento. Los había visto encender fuego estos últimos días y ahora estaba encendiendo una hoguera en la chimenea. Rik había traído otro barril vacío y lo llenó con agua del arroyo. “Para café o para lavar”, comentó. La cabaña estaba ahora repleta hasta los topes; tenían provisiones para al menos dos meses. Ragnar apareció en medio de la fuerte nevada, sosteniendo tres conejos por las orejas y sonriendo con satisfacción. Le arrojó los conejos a Rik y luego se quitó el abrigo grueso. “La ventisca llegará en 10 minutos”, dijo, “no se ve el final de las nubes, así que durará más de un día”.

Se habían comido los tres conejos, los hombres se habían bebido una jarra de aguardiente — Lis solo había probado un sorbo, pues no quería convertirse en bebedora como su padre — y luego se acostaron a dormir. Ella había extendido una de las grandes pieles frente al fuego, y se habían acostado desnudos, cubriéndose con la segunda piel. El fuego ardía, pero no calentaba mucho; afuera arreciaba una tormenta. Lis se acostó entre los dos, y se acurrucaron juntos para darse calor mutuamente.

Ragnar quería follar de inmediato, y Lis asintió, ¡de acuerdo! La acostó de lado, con la espalda y el trasero frente a él. Ella se estremeció de placer mientras sus dedos la acariciaban en todos los lugares correctos. Le separó las nalgas y entró en su coño con mucho cuidado y suavidad. “¿Está bien?” murmuró, y ella asintió. Su pene era grande, pero aún recordaba el de Rik, que era más grande, más grueso. La folló lentamente y con evidente disfrute, luego hizo una pausa. Le agarró la mano y la colocó sobre su coño. “¡Puedes frotarte si quieres!” susurró, y ella asintió de nuevo. Rik le tomó la cabeza y apoyó

su rostro en su pecho. Ahora ella yacía cómodamente caliente entre y encima de los dos hombres, acariciando suavemente su clítoris mientras Ragnar continuaba follándola a su manera. No pasó mucho tiempo antes de que temblara en el orgasmo, sus labios mordisqueando el pezón de Rik. Ella exhaló, y entonces Ragnar llegó, gimiendo mientras eyaculaba dentro de ella, chorro tras chorro. Su pene aún estaba dentro de ella cuando lo oyó respirar profundamente y quedarse dormido.

Ella notó que Rik se estaba frotando el pene. Bajó la mano. Él se detuvo y con la otra mano colocó la de ella sobre la que se estaba frotando. Continuó frotándose, con la mano de ella en el dorso de la suya. Se masturbó durante un buen rato, luego eyaculó sobre su estómago y unas gotas le cayeron en la cara. Ella se limpió y se recostó con la cara sobre su pecho. Poco a poco, ambos se durmieron.

La ventisca azotaba la cabaña; de vez en cuando, un burro rebuznaba. Pasaron casi todo el día sobre las pieles en el suelo. Rik bajó y subió una pata de corzo. La asaron lentamente, y Ragnar trabajó en una piel de conejo. Lis se maravilló de la habilidad con la que fabricó una funda para el cuchillo de caza francés. Al parecer, no había duda de que Rik se quedaría con el hermoso cuchillo de caza. Ragnar y él se turnaron para envolver sus cuerpos desnudos en una piel de oso y dar una vuelta alrededor de la cabaña. Revisaron si había daños por la tormenta y se detuvieron un momento junto a los burros, hablándoles. Estaban aterrorizados, las pobres criaturas. Después de tres minutos, el recorrido terminó y se calentaron junto al fuego. Comían una pata trasera entera de ciervo todos los días, masticaban el pan seco indestructible y bebían aguardiente. Lis preparó café; no quería aguardiente.

La ventisca no cesó ni un instante. La nieve se había amontonado alrededor de la cabaña hasta alcanzar la altura de un hombre, y mientras uno de ellos patrullaba el perímetro, el otro paleaba tanta nieve que la puerta y las ventanas delanteras no quedaron completamente sepultadas. Lis se alegró de que los norteños supieran perfectamente cómo lidiar con una ventisca.

La ventisca duró dieciséis días. Ragnar la follaba todas las noches y todas las mañanas. Cuando Rik se masturbaba por la noche, ella ponía su mano sobre la de él y la acariciaba. Era la cuarta o quinta noche. Rik dejó de masturbarse, agarró a Lis, la levantó y la hizo sentarse sobre él.

"¿Quieres follar conmigo?", preguntó ella, y él asintió.

— ¿Y Ragnar? — preguntó, porque no sabía si los dos hombres habían llegado a un acuerdo en algo.

— Está perfectamente bien — susurró — . Cuando Ragnar no estaba, solía follarme a Gundi en su lugar, y Gundi era su esposa y mi madre. Lis pensó un momento y luego dijo: — ¡De acuerdo, puedes follarme! Lis agarró su pene y lo guió hacia su coño. ¡Qué gran pene! Se arrodilló a cada lado de Rik, y él la penetró desde abajo, poderoso y fuerte. Esto la enloqueció; jadeó y resopló. Hundió los dedos en su pelaje, y un dedo se contrajo, queriendo frotarse el clítoris. Pero no fue necesario; se dejó caer sobre su pecho, temblando de orgasmo. Exhausta, se tumbó encima de él, y él siguió follándola durante mucho tiempo hasta que se corrió con fuerza. Ella lo besó en los labios y le enseñó a besar con la lengua, al estilo de Luisiana.

Lis le preguntó a Rik cómo le iba con Gundi. Rik siempre había dormido en casa de sus padres y los observaba muy de cerca mientras tenían relaciones sexuales. Cuando el niño se convirtió en varón, Gundi esperó a que Ragnar se durmiera y entonces Rik pudo tener relaciones sexuales con ella. Aprendió rápidamente y practicaba con ella todas las noches. Cuando venían novias de visita, Rik podía dormir con la invitada y tenía relaciones sexuales con todas ellas hasta que quedaban exhaustas. También se acostaba con las parejas que los visitaban. Por supuesto, tenía que esperar a que los visitantes terminaran de tener relaciones sexuales y el hombre estuviera dormido antes de acercarse a la mujer. Muy pocas estaban listas para tener relaciones sexuales de inmediato; Rik primero tenía que estimularles el clítoris. La mayoría le permitía tener relaciones sexuales con ellas hasta que llegaban al orgasmo y después estaban tan relajadas y cansadas que no se resistían. Gundi estaba muy contenta con su hijo; conoció a muchas chicas y mujeres y aprendió a ser sensible a las nece-

sidades individuales de cada una. Lis escuchaba atentamente, porque Rik estaba describiendo un mundo completamente diferente.

Día tras día, mantenían su rutina: asar una pierna de venado al fuego. Comían con el trozo de carne en una mano y un cuchillo afilado en la otra, cortando pequeños pedazos y llevándoselos a la boca. Por las tardes, Ragnar la penetraba primero, y ella se frotaba el clítoris. Por la noche, se subía encima de Rik y dejaba que la penetrara desde abajo. Por la mañana, antes de levantarse, tenía que complacer la erección matutina de Ragnar; era realmente maravilloso ser penetrada por detrás mientras estaba medio dormida.

Al undécimo día, ambos burros habían muerto congelados. Ragnar y Rik discutieron durante horas en noruego hasta que Lis les pidió que hablaran en inglés. Estaban en un verdadero aprieto, porque sin los burros, tendrían que caminar diez días de ida y diez de vuelta, con todo el equipaje, al menos dos veces. Era desesperante. Lis pensó que debían esperar a que terminara la ventisca y luego ver qué hacer. No lo dijo, pero eso fue exactamente lo que pasó. La ventisca desapareció en un instante, el sol brilló con fuerza y, después de tres días, toda la nieve había desaparecido.

Ragnar y Rik pasaron dos semanas explorando la zona, tanto juntos como por separado. Lis se quedó en la cabaña y cerraba la puerta con llave cada vez que se acercaban lobos. Estos esperaban una hora a cien metros de la cabaña y luego desaparecían en silencio. Los hombres encontraron papel y lápices en la cabaña y dibujaron mapas de los alrededores, marcando los puntos de interés. Al tercer día, terminaron y acordaron los detalles. Lis se sentó a la mesita y sacó dos copias para que todos tuvieran un mapa. Decidieron quedarse allí durante el invierno; había mucha caza. Permanecerían allí durante todo el invierno y tal vez irían a la cabaña de Ragnar en primavera. Los hombres se turnaban para llevar a Lis con ellos en sus expediciones de caza. Ella aprendió muy rápido y era muy hábil. Aprendió a destripar animales y a cortar las mejores piezas. La piel de algunos animales era valiosa, así que la llevaban consigo.

Llegó el otoño y Lis partió con Ragnar. Era tierra de osos, dijo él, pero no se iba a cazar osos sin burros o caballos de carga. Montó el

campamento y encendió una fogata. Oyó algo y ambos contuvieron la respiración. Ragnar le entregó el rifle para matar osos, diciéndole que se mantuviera cerca del fuego y que solo disparara en defensa propia. Enfundó su revólver, agarró su cartuchera y su cuchillo de caza, y desapareció en silencio. Lis esperó, sentada junto a la fogata, con los ojos y los oídos bien abiertos. No supo cuánto tiempo había pasado cuando el crujido de una ramita la despertó de golpe. Contuvo la respiración y escuchó. ¡Ahí! Algo crujió entre los arbustos; vio el pelaje de un oso y disparó el rifle directamente a la piel del animal. Un fuerte grito, Ragnar se tambaleó hacia la fogata y cayó de bruces. Lis gritó y le dio la vuelta al hombre corpulento. Le había disparado justo en el pecho. Le puso una mano en el pecho y la hemorragia cesó. Con dificultad, dijo: «Tres disparos, Rik...» y Ragnar murió. Le palpó el cuello; no tenía pulso. Lo miró fijamente, llorando, a los ojos, que miraban fijamente al futuro. Disparó tres veces seguidas y recargó el rifle. A lo lejos, oyó tres disparos; Rik los había oído. Ahora disparaba cada diez minutos para que él supiera dónde estaba. Él respondió con un disparo. Disparaba solo cada media hora; su disparo sonaba más cerca. Dos horas después, apareció, y con él, el sol de la mañana.

Él vio inmediatamente lo que había sucedido. Reavivó el fuego y la sentó junto a él; estaba completamente congelada. Le echó la piel de oso de Ragnar sobre los hombros y la obligó a beber unos tragos de aguardiente de la cantimplora de Ragnar. La obligó a beber para que entrara en calor. Ella le contó con voz monótona lo que había pasado. Él dijo que uno solo se acercaba a una fogata rompiendo una rama y haciéndola crujir. Ella lo miró, estupefacta. Lo había oído, pero desconocía esa costumbre. Había visto la piel de oso y, presa del pánico, había disparado de inmediato. Rik asintió. “Estabas en territorio de osos. Ragnar te había ordenado disparar en defensa propia. Viste un oso y disparaste de inmediato. ¡No tienes la culpa!”. Para Rik, el asunto estaba zanjado. Le preparó un café fuerte y le echó aguardiente. Recogió piedras de la zona y cubrió a Ragnar con ellas. Formó una gran T con dos ramas y la clavó en las lápidas. Ragnar también veneraba a Thor, el dios del trueno. Lis permanecía a su lado mientras Rik alzaba las manos al cielo y cantaba una larga canción en su idioma. Partieron y llegaron a su cabaña antes del atardecer.

Lis permaneció sentada junto al fuego durante cinco días, sin comer, beber ni dormir, limitándose a contemplar las llamas en silencio. Rik le puso una manta sobre los hombros y no la molestó; de todos modos, ella no respondería.

Al sexto día, todo volvió a la normalidad. Lis preparó café y les sirvió un trago de aguardiente. Charlaron y volvieron a hablar del accidente con Ragnar. Rik reiteró que ella no tenía la culpa. Ella le preguntó si podía perdonarla por haberle disparado accidentalmente a su padre. No fue su culpa, repitió él, ella era inocente. Luego hablaron de la nueva situación. Él no sabía exactamente dónde estaba la cabaña de Ragnar; solo sabía que aún faltaban diez días. No tenía mucho sentido partir sin más información. Lo más sensato era pasar el invierno en esa cabaña y regresar a Vancouver el año siguiente. Lis extrañaba al pequeño Jean-Pierre, pero tenía muchas ganas de volver a verlo el año siguiente.

Aproximadamente una vez al mes, Lis subía a la tumba de Ragnar, generalmente acompañada por Rik, para colocar las piedras y depositar algunas flores. Le hacía bien conversar en silencio con Ragnar o con su dios Thor durante un rato. Rik le había contado todo sobre Thor y la familia de dioses, y pronto se sintió más cómoda. Incluso pudo volver a sonreír. «¡En tu mundo de dioses, las cosas son parecidas a la corte del rey Arturo!». Había leído la leyenda a menudo en su juventud y ahora podía contárselo a Rik. Al igual que en el mundo de dioses de Rik, la corte de Arturo era bastante salvaje y caótica. Lis siempre iba de caza o a poner trampas con Rik. Aprendió muy rápido qué animales eran más adecuados para comer y cuáles se cazaban por su piel.

Cada noche se acostaban abrazados, y a Lis le encantaba cómo Rik la follaba, así como el sexo aún adormilado con su erección matutina. A menudo pensaba en la suerte que tenía, porque Rik era, con diferencia, el mejor hombre con el que había estado. En las largas y frías noches de invierno, solían acurrucarse bajo la piel y recordar sus pasadas aventuras sexuales. Esa solía ser la mejor manera de excitarse antes de follar. Lis escuchaba, fascinada, la naturalidad con la que las mujeres nórdicas abordaban el sexo. Las costumbres e ideas del continente también se extendieron al Norte. Se intentó inculcar en la

gente el concepto de fidelidad conyugal y posesión sexual. Gradualmente, el sexo con otros se convirtió en un asunto clandestino, un asunto secreto. Esto ayudó al crecimiento de la población.

Rik solía ir de caza solo; en invierno, era especialmente importante pasar desapercibido. Lis se quedaba en casa la mayor parte del tiempo; la nieve no era lo suyo. Pero llegó la primavera, y ahora ella también salía de caza sola, principalmente ciervos rojos. Podía llevarse los mejores cortes de carne y volver a casa con la mochila llena.

Y entonces, de forma totalmente inesperada y aparentemente de la nada, el enorme árbol cayó y la sepultó bajo él.

Ella despertaba constantemente de su inconsciencia. Giró la cabeza hacia un lado y lo vio de inmediato. Era un lobo grande y hermoso, parado en una pequeña elevación a unos 30 metros de distancia. Lis se sorprendió de que estuviera solo. Era el primer lobo que veía de cerca; hasta ahora, solo había visto las manadas desde lejos. Los lobos nunca se acercaban a menos de 200 o 300 metros de la cabaña, pero era evidente que no tenían interés en los humanos. Ahora observó al lobo. Era bastante grande, con pelaje claro y manchas grises y amarillas. Tenía unas llamativas patas negras.

El lobo se acercó con cautela mientras ella se movía. Se acercó muy despacio y con extrema precaución. Se miraron fijamente. Para sorpresa de Lis, no sintió miedo. Él se tumbó a unos diez metros de distancia, apoyó la cabeza y el hocico sobre sus patas delanteras y la miró fijamente.

Sus orejas se aguzaron cuando Lis comenzó a hablarle. Ella misma no sabía por qué lo hacía: ¿eran las horas de soledad desesperada o el recuerdo de los perros de la plantación? Sabía cómo hablar con los perros, ¿pero con un lobo? Lo hizo con sencillez. Puso toda su calidez y bondad en su voz. El lobo, obviamente, la escuchaba; permaneció agazapado y estirado en el suelo, pero se acercaba sigilosamente. Llegó a estar a cinco metros. Fue un encuentro muy extraño; el lobo, siempre dispuesto a huir, sentía curiosidad por saber por qué ella no se movía.

Respiró hondo mientras él se levantaba lentamente y se acercaba. Cerró los ojos mientras él olfateaba su rostro. Podía sentir su aliento caliente mientras la olfateaba de pies a cabeza. La sangre se había coagulado desde su brazo roto hasta sus muslos y su vulva. Él lamió la sangre suavemente, pero ella no protestó. Lamió la sangre de sus muslos, y ella rió suavemente mientras él lamía su vulva limpia con su lengua áspera. Le dijo que si salía de allí, él podría lamerle la vulva todo lo que quisiera. Saltó por encima del árbol y lamió la sangre de su pierna aplastada. ¿Entendía que estaba atrapada? ¿Entendía que necesitaba ayuda desesperadamente? Ella le habló con sinceridad; él regresó y lamió su rostro varias veces. Pareció pensarlo, luego se acostó justo frente a su rostro, a solo centímetros de distancia. Lis agradeció que estuviera tan cerca y se durmió.

Despertó cuando él le lamió la cara de nuevo. Sintió el agotamiento, la cercanía de la muerte. Llevaba horas sin poder mover el brazo sano, pero sentía cómo el frío se lo quemaba. El lobo levantó la vista de repente; había visto u oído algo. Pero no era nada que lo alarmara. La miró fijamente a los ojos, tal vez sabiendo que se estaba muriendo. Aunque él siguió lamiéndole la cara, ella se quedó dormida. Divisó la silueta de Ragnar entre las copas de los árboles y corrió hacia él, volando con la ligereza de una bailarina hacia el hombre al que tanto sufrimiento le había causado.

El lobo se puso de pie y comenzó a caminar inquieto. No, no estaba inquieto; buscaba el rastro de Lis. Siguió su olfato, corriendo cada vez más rápido por el bosque nocturno, siguiendo senderos que normalmente solo usan los humanos, y corrió y corrió. Al amanecer, llegó a la cabaña. Supo de inmediato que allí era donde ella había comenzado. Olfateó a otro humano y esperó a cincuenta metros de la cabaña.

Rik había estado esperando a Lis, atento al chasquido del sable para matar osos o a tres gritos de auxilio. Nada. Durante tres días y dos noches, no durmió más de cinco minutos seguidos, recorriendo todos los caminos que conocía. Visitaba la tumba de Ragnar por la mañana y por la tarde, murmurando solo un breve verso para su padre antes de volver a salir corriendo. La tercera noche, comió rápidamente de pie en la cabaña. Oyó algo, agarró su pequeño rifle y salió

sigilosamente de la cabaña. Enseguida divisó al lobo. Era muy raro que los lobos se acercaran tanto a la cabaña. También era muy raro que este lobo estuviera solo. Y bastante raro era la forma en que yacía el lobo. Estirado sobre su vientre, con la cabeza y el hocico apoyados en las patas delanteras, el lobo lo miraba fijamente. Rik echó el rifle al hombro; solo tenía un disparo, y tenía que ser uno bueno, porque tendría que volver a la cabaña a recargar.

Rik apuntó con cuidado. La bala impactaría justo entre los ojos del lobo, devastadoramente. No podía apartar la mirada de los ojos del lobo; había algo mágico en ellos. Bajó el rifle. El lobo se puso de pie. Alzó la cabeza hacia el cielo y cantó. Rik solo había oído a los lobos aullar, un aullido escalofriante y aterrador. Había oído un par de veces que los lobos podían cantar, pero lo había descartado. Cuando los tramperos habían bebido lo suficiente, incluso contaban historias de sirenas en el río San Lorenzo. Escuchó; esto no era aullar, esto era cantar. El lobo cantó verso tras verso. La última nota se desvaneció, el lobo se giró hacia el bosque, dio unos pasos rápidos, se detuvo y miró a Rik. Lo repitió, volvió a mirar a Rik.

Rik salió de su estupor. No le importaba si la gente pensaba que estaba loco, pero el mensaje del lobo era claro: ¡Sígueme! Rik corrió a la cabaña, echó agua al fuego, descolgó su mochila, se echó el rifle al hombro y corrió hacia el lobo. El lobo corrió rápidamente y se detuvo. Rik lo siguió, alternando entre galope y trote como un leñador para conservar energía. El lobo lo dejó acercarse a unos 200 metros y luego continuó. Rik conocía la zona; Lis había estado allí a menudo. Claro, ya había recorrido el camino tres veces sin encontrarlo. Caminaron durante dos horas; seguía siendo territorio de Lis, ¡ya había estado allí tres veces! Empezó a tener serias dudas. ¿Adónde lo llevaba el lobo? ¿A su manada, a algún carroña fragante o a un precipicio?

El lobo se detuvo y dejó que Rik se acercara a unos 25 metros. Corrió y se deslizó por una pendiente. Allí dejaron el camino y se adentraron en el campo. Al pie de la pendiente, tomó su rifle y su cuchillo de caza, preparado para cualquier sorpresa. Después de 200 metros, el lobo se detuvo y se tumbó. Dejó que Rik se acercara a unos 5 metros. Rik nunca había estado tan cerca de un lobo; lo observó y miró a su alrededor. No vio nada interesante. El lobo se levantó lentamente

y volvió a cantar durante unos segundos. Miró a Rik como diciendo: "¿Qué esperas, humano?". Rik aguzó la vista, pero no vio nada. Absolutamente nada.

El lobo era sin duda más listo que él. Sacudió su pelaje y se movió muy lentamente a través de los arbustos, bajando otra pequeña pendiente. Rik se quedó a su lado y podría haberlo acariciado, estaba tan cerca. El lobo se detuvo y lo miró. "Sí, ¿todavía no lo ves, humano?", pareció decir. El lobo rodeó un tronco de árbol caído y se tumbó en el suelo. Rik se acercó a su guía y la vio inmediatamente. El lobo se había tumbado frente al rostro de Lis, lamiéndole la cara y cantando un breve verso. Rik se arrodilló; a primera vista, supo que estaba muerta, una pata atrapada bajo el tronco del árbol. Le tocó las mejillas, el cuello, la cara. Llevaba muerta horas. Rik se sentó a su lado desesperado. La lloró; había sido una buena compañera, una buena compañera de caza y una mujer maravillosa que le había dado muchas horas dulces. Habían vivido juntos como marido y mujer durante más de medio año; El joven de 22 años nunca antes había durado tanto tiempo con una mujer.

Se negó a dejarse vencer por la abrumadora soledad. «Debemos darle un entierro digno, mi gran hombre», le dijo al lobo. No quería frustrar el plan del cazador de osos. Así que, con su cuchillo de caza, taló un árbol del grosor de su brazo y lo cortó a la medida. Esto le sirvió de palanca y, tras varios intentos, logró mover el tronco lo suficiente como para liberar la pierna de Lis. La recostó en el claro y pasó horas apilando rocas y piedras sobre ella. ¡Ni siquiera un oso podría alcanzarla ahora!

No sabía quién era la deidad de Lis, así que clavó tres ramas rectas en las piedras, símbolo de Freya, la diosa del amor. Alzó ambas manos al cielo y cantó sobre su vida: la violación por su propio padre, el sexo humillante en la odisea a Vancouver, la humillación y el sexo engañoso con el agente, su hermoso tiempo con Ragnar y él aquí en el desierto. Cantó con todas sus fuerzas que ella no era responsable de la muerte de Ragnar y que los dioses conocían la verdad. Cantó que se aseguraría de que su madre y el bebé estuvieran bien atendidos. Cantó que esta era la honorable vida de Elizabeth de Luisiana y que el cielo debería registrar esto como un mensaje en el Libro de las

Mujeres Honorables. Cantó alabanzas a Freya por último y finalmente se arrodilló. Miró a su alrededor, pero el lobo había desaparecido.

Sumido en sus pensamientos, regresó a la cabaña, reflexionando sobre cómo Lis se había encontrado con el lobo, cuán dócil había sido el lobo con ella y cómo debía interpretar esta extraña aventura. Sabía con certeza que no había sido un sueño. Rik permaneció en la cabaña hasta el verano, cargando una mochila enorme llena de pieles que le reportaron cuatro sacos de oro. Pasó ocho meses durante el invierno con la madre de Lis y Jean-Pierre, quien ya no pensaba mucho en Lis, pues aún era demasiado joven. La madre lloraba sinceramente la pérdida de su único hijo, pero disfrutaba noche tras noche, teniendo relaciones sexuales con el viril norteño. Rik solía ir a caballo a una reserva indígena vecina porque se había hecho amigo del jefe. Allí se enamoró de una joven indígena tranquila que lo amaba profundamente y se mudó con él a su cabaña en la naturaleza.

Ragnar y Lis estaban sobre una nube, contemplando a sus hijos. Ragnar se alegraba de que Rik hubiera encontrado una buena esposa y tuviera tanto éxito cazando y vendiendo pieles. Pronto dejaría la extenuante caza y compraría una gran casa en Vancouver con su esposa nativa americana y sus tres hijos, amasando una buena fortuna con el comercio de pieles. Cada dos semanas, se sentaba alrededor de la fogata con el jefe, que se había convertido en su mejor amigo, y fumaba en pipa.

Lis vio que la madre cuidaba muy bien de Jean-Pierre y lo enviaba a buenas escuelas. Mantenía relaciones sexuales con él a diario desde los 12 años hasta su muerte, a pesar de haberse casado con un viudo adinerado, un empresario de Vancouver. Cuando él se dormía, ella se colaba en su habitación y se acostaba a su lado. Al principio, solo le hacía sexo oral y poco a poco le enseñó a tener relaciones sexuales. Él aprendió muy rápido y quería tenerlas siempre que tenían un momento libre. Aunque tuvo relaciones sexuales con muchas chicas jóvenes durante su época escolar porque era como un imán para ellas, mantuvo relaciones sexuales con su abuela a diario hasta los 28 años. Ella murió en pleno orgasmo, y Jean-Pierre quedó completamente devastado. Le llevó más de un año recuperarse de la pérdida de su

madre. Siempre la había visto como su madre, aunque en realidad era su abuela.

Jean-Pierre también se convirtió en comerciante y en uno de los hombres más ricos de la zona. Aunque él estaba contento con esto, a Lis le entristecía que siguiera teniendo relaciones sexuales con su abuela a diario hasta su muerte; eso no estaba bien. No se casaría con una mujer joven hasta los 30 años y tendría muchos hijos. Jean-Pierre descubrió su preferencia por las chicas muy jóvenes, y su esposa descubrió sus inclinaciones lésbicas. Complaceron los deseos del otro, y ahora era frecuente que jóvenes yacieran en su lecho conyugal. Él desfloró y tuvo relaciones sexuales con estas jóvenes, quienes luego fueron cuidadas por su esposa. Su matrimonio se benefició de esto y cobró impulso repetidamente. No prestaban atención a los chismes; llevaban una vida familiar plena y enviaban a sus hijos a la escuela. Eso era lo más importante que los padres podían dar a sus hijos, les decía Jean-Pierre.

Tras construir dos grandes almacenes, construyó y administró con éxito cuatro hoteles. Al comienzo de la Fiebre del Oro de Klondike, también construyó dos alojamientos amplios y económicos para los buscadores de oro de paso y gestionó dieciséis casas de cambio para comprar el oro. Cuando murió a finales de siglo, dejó a sus hijos un próspero negocio. En definitiva, Jean-Pierre había vivido una vida buena y honesta, lo que complacía enormemente a Lis. Lis también vio cómo su padre malgastaba parte de su fortuna en bebida y era apuñalado hasta la muerte por un tramposo en las cartas mucho antes de que pudiera arruinar toda la plantación.

En algunas noches de invierno, cuando el viejo Rik se sentaba en su terraza a beber aguardiente y fumar en pipa, a veces contemplaba la hermosa aurora boreal. Era un saludo de Gundi y Lis, a quienes jamás olvidaría ni querría olvidar.

Luego se desató la bufanda y les devolvió el saludo con la mano.

• • •

Andrómeda

von Jack Faber © 2023

Fred estaba de pie frente a los enormes ventanales de su casa, observando al robot de jardín en acción. Era la versión de invierno, equipada con una máquina quitanieves, un pico de hielo y varios cepillos giratorios detrás de la pala. Ya había usado el pico de hielo para despejar los paneles de la cerca bajados, subiendo y bajando cada panel dos veces para comprobar que funcionaran correctamente. Había limpiado todo el patio de nieve y ahora estaba barriendo los senderos con los cepillos giratorios.

Fred observó al robot un rato más y luego se sentó en su puesto de trabajo. Andromeda sabía exactamente lo que quería hacer y levantó la enorme pantalla de su base. Desplegó las dos mitades del teclado de los reposabrazos. La mayoría de sus compañeros solo usaban la entrada de voz, pero él se concentraba mejor tecleando manualmente. Vio tres pequeñas ventanas en la pantalla, que mostraban a sus tres compañeros trabajando. Normalmente programaban un módulo en grupos de tres o cuatro a la vez, pudiendo verse y oírse y trabajar juntos. Eran un equipo excelente, a pesar de vivir a cientos de kilómetros de distancia. Todo esto había sido posible gracias a la astuta venta de su empresa emergente a un gigante tecnológico de Silicon Valley.

Tras tres horas, resolvieron la tarea, realizaron varias pruebas y pusieron el proyecto en marcha. El último paso era dar luz verde para su implementación mediante una actualización asíncrona. «Chicos, ya he tenido suficiente por hoy, me despido. Si queréis, podéis continuar». Apagó el ordenador.

Se quedó en la ducha y, como a veces sucedía, el pasado pasó ante sus ojos. A los siete años, sus padres — su madre, embarazada de nueve meses — murieron en un accidente de coche sin tener culpa alguna, dejándolo solo con su abuela. Era una mujer obsesionada con el sexo, ni guapa ni hermosa, pero llevaba una vida sexual muy activa y se acostaba con una chica diferente cada semana, rara vez con un

hombre. El accidente la afectó muchísimo, pero acogió a Fred bajo su protección; su padre la había nombrado su tutora. Lloró no solo por su hija y su bebé, sino también por su yerno, que no era ajeno a la promiscuidad. Se acostó no solo con su hija, sino también con ella y su madre, que, a los 79 años, estaba bastante ágil y, sorprendentemente, se acostaba con muchos hombres, igual que ella misma. Amélie se había asegurado de que su hija se acostara con muchos hombres y mujeres antes de casarse con el mejor. Y él era claramente el mejor; Durante el compromiso de su hija, ella le permitió acostarse con ella tantas veces que terminó convencida. Bueno, tal vez se lo cuente a Fred algún día, o tal vez no.

El padre de Fred le dejó una considerable fortuna, que ella administró para él. Conmovida por el dolor de Fred, le permitió dormir en su cama. Además, cambió sus relaciones sexuales a las mañanas, mientras él estaba en la escuela.

Su sexualidad despertó más rápido de lo habitual porque dormía desnudo junto a su abuela, también desnuda, y así todo avanzó muy rápidamente. Al principio, jugaba a escondidas con su pene, pero ella lo notó de inmediato y le dijo que era perfectamente natural y que no tenía que retorcerse. Lo descubrió y lo observó con una sonrisa amable. Se sorprendió al eyacular por primera vez. Pero Amélie, su abuela, le explicó todo y le abrió los ojos al niño de 10 años. Ella solía ignorar las convenciones y le decía las cosas tal como las veía.

Cada noche se le permitía mirar y tocar su desnudez para excitarse. Luego se le permitía masturbarse hasta el agotamiento. A veces ella le hacía una paja, lo cual les parecía bien a ambos. Él se acercaba cada vez más a su cuerpo desnudo, frotándose contra ella y eyaculando sobre su piel arrugada. La mayor parte del tiempo se le permitía sentarse sobre su estómago y masturbarse allí, eyaculando sobre sus grandes y pesados senos, que poco a poco perdían firmeza y se caían hacia los lados. Ella le hacía pajas cada vez con más frecuencia, y él jugaba con sus senos y pezones, algo que Amelie también disfrutaba mucho. Ella le dejaba eyacular sobre sus senos y sonreía torcidamente, pero con ánimo. Si su pene aún estaba semierecto, ella lo masturbaba una segunda o incluso una tercera vez. Le dejaba eyacular en su boca. “A la mayoría de los hombres les gusta eso”, dijo, mientras le

lamía el pene después de que él hubiera eyaculado y jugaba con él con la lengua. — Vale, entonces yo también lo quiero — dijo el chico listo, y desde entonces, siempre eyaculaba en su boca. Ella le lamía y le chupaba el pene cuando él se masturbaba con la mitad dentro de su boca o cuando ella se lo frotaba. A él le gustaba mucho, dijo, y ella le lamía y le chupaba el pene en la boca. Él no entendía por qué a ella le gustaba lamerle el pene o que él eyaculara en su boca, pero ella realmente lo excitaba y lo disfrutaba mucho, y lo hacía una y otra vez con una sonrisa cómplice hasta que él ya no podía eyacular más. Cada noche, ella lo esperaba con una almohada gruesa bajo la cabeza para mantenerse a la altura adecuada. Él se sentaba sobre su pecho y se deslizaba hacia adelante hasta que su pene desaparecía en su boca. Dejaba caer ambas manos y le acariciaba los pechos. Al principio, él jugaba suavemente con sus pezones, y ella jugaba con su lengua hasta que estaba completamente erecto. Solo entonces ella agarraba su pene y comenzaba a frotarlo. Cuanto más rápido se frotaba ella, con más intensidad él le apretaba y retorcía los pezones. Así se comunicaban lo cerca que estaban. Cuando él estaba a punto de eyacular, le apretaba los pezones con todas sus fuerzas, y ella se inclinaba hacia adelante, le metía todo el pene en la boca y le dejaba eyacular profundamente dentro. Él se quedaba sentado si quería repetirlo, normalmente tres o cuatro veces seguidas. Durante los descansos, se le permitía practicar masturbándola. Era importante que lo hiciera bien, porque las chicas y las mujeres apreciaban esa habilidad en un chico. Aprendió rápido y hacía que Amelie gritara y chillara de placer durante sus descansos. Día tras día, se acercaba más a ella, y pasó el invierno, llegó la primavera, y Amelie le enseñó a follar. “¿Te refieres a follar de verdad?”, preguntó él, sorprendido, “¿follar dentro de tu coño?”. Ella confirmó: “¡Pero insértalo muy despacio para que mi coño se adapte, porque se ha vuelto muy estrecho con los años!”. Él penetró muy despacio, dándole tiempo a su vagina, que estaba realmente muy estrecha, para adaptarse. — ¿Y de verdad no te vas a quedar embarazada? — preguntó de nuevo, y ella sonrió — . Tengo más de 50, ¡y las mujeres mayores de 40 ya no se quedan embarazadas! Había mentido sobre su edad; en ese momento tenía 57. Era experta en ello; le enseñó todo y le enseñó a contener la eyaculación hasta que su pareja llegara al orgasmo. Él aprendía rápido y practicaba el sexo con mucha dedicación.

Además, era muy aplicado y curioso en la escuela. Sus profesores descubrieron su talento para la informática y aconsejaron a Amélie que lo inscribiera en ese campo. Ella comprendió que tendría que enviarlo a una escuela especializada en dos años, lo cual le pareció bien, pues merecía la mejor educación posible.

A veces hablaban de sexo después de tenerlo, y ella comprendía sus deseos. Él no solo quería acostarse con ella; también quería acostarse con otras. Se acercaba a las chicas del colegio de forma bastante agresiva; algunas accedieron a tener sexo con ellas, mientras que otras lo rechazaban indignadas. Siempre le mostraba a Amélie las fotos de desnudos y los primeros planos que les había tomado a las chicas.

A veces se quejaba cuando una chica tenía la vagina tan estrecha que solo podía penetrarla a la fuerza. Amelie negó con la cabeza y dijo: «En esos casos, tengo que penetrar muy, muy despacio y darle tiempo a la vagina para que se adapte. No hay una sola vagina en todo el mundo que no pueda adaptarse incluso al pene más grueso». Él se tomó en serio su consejo y se lo agradeció, porque tenía toda la razón. Estaba orgulloso de poder aprenderlo todo de ella, porque sospechaba que Amelie ya se había acostado con cientos de chicas y miles de hombres, pero nunca se lo había preguntado.

La administración de la escuela lo amonestó por acosar a las chicas. Amelie se sentó rígida a su lado, tomándole la mano. Le dijo que hablaría con él y que no les daría más motivos para hacerlo.

De hecho, habló con Fred sobre ello. No llamar la atención era una virtud muy importante, dijo Amelie; él solo se acostaría con chicas que estuvieran absolutamente seguras de que seguirían el juego del escondite. Desafortunadamente, no había muchas de esas, se quejó, pero Amelie sabía cómo salir. A partir de entonces, cada noche una mujer o una chica se acostaba con ellos en su gran cama, a veces una mujer madura, a veces una chica joven. Fred vio el amor lésbico por primera vez, y fue mucho más emocionante de lo que había imaginado. No se cansaba de ver a Amelie montar a la otra mujer o dejar que ella lo montara a él. Después de eso, se le permitió acostarse con cualquiera de las amantes de Amelie como quisiera, muy duro. Y por

supuesto, tan a menudo como pudiera hasta que hubiera eyaculado todo su semen. Las mujeres mayores estaban encantadas con eso; participaban muy activamente y estaban gratamente sorprendidas por su habilidad en la cama. Las mujeres más jóvenes naturalmente querían amor lésbico, pero no muchas se dejaban follar voluntariamente. Para Amelie, esto no era un problema; Ella sujetaba a las chicas mucho más débiles con fuerza, como una tenaza, y Fred podía acostarse con ellas aunque no quisieran y se resistieran. Pero eso era precisamente lo que lo excitaba: acostarse con la pobre chica tantas veces como pudiera seguidas. Amelie también fue quien le enseñó a desflorar a las chicas, y él desfloró a muchas. Algunas quedaron embarazadas y acudieron a Amelie, quien las ayudó con consejos y dinero.

— Tengo que preguntarte algo — le dijo Fred a Amelie — . Solo te masturbas muy rara vez, ¿por qué? Amelie hizo una pausa. — Pensé que no te habías dado cuenta porque ya estabas dormida. Fred no dijo nada, sonrió con desdén ante su ingenuidad. — Me encanta sentarme o acostarme junto a una chica, besarnos y presionarnos el uno contra el otro, nuestros pechos juntos, y sentir su brazo trabajando incansablemente, sus dedos llevándome al orgasmo. ¡Eso es lo mío, es cien veces mejor que masturbarme sola! Fred asintió; lo entendió de inmediato. — Una pregunta más. Besas a mujeres y chicas que ni siquiera conoces, y a veces creo que se están devorando. Amelie sonrió en voz baja. — Solo la beso para mí. Primero me hace cosquillas tan excitantemente en la vagina, luego se enciende la llama y luego mi vagina y mi clítoris arden intensamente, ¡y entonces tiene que ser de inmediato! ¡Y no importa en absoluto si la conozco o no! Fred también lo entendió, asintió.

Los dos años pasaron volando. Fred tenía 18 años y se fue a la universidad a cientos de kilómetros de distancia. Le iba bastante bien; era inteligente, talentoso y trabajador. Durante el día, no miraba a izquierda ni a derecha, pero por las noches salía con sus amigos, y cada noche tenían una chica. Si no todos tenían novia, él seguía participando en la diversión, como cualquier otro chico. Los chicos tenían un fuerte sentido de la camaradería; había que reconocerlo. Casi ninguna chica se negaba a participar; eso habría dañado su reputación. Casi todas las noches terminaban en una orgía desenfrenada.

Alastair se convirtió en su mejor amigo; por la noche, compartían a todas las chicas como hermanos. Tomaban pastillas que les mantenían la erección durante horas. Fred no probaba todas las drogas como los demás. Se había convencido de que las pastillas para la erección no tenían efectos secundarios, salvo una resaca por la mañana, como después de una borrachera. Elegían chicas dispuestas a acostarse con ambos. También había algunas chicas muy listas que querían ser vistas después de haber ligado con dos chicos, pero que luego, de vuelta en el apartamento, apretaban las rodillas y se negaban. Solo la primera vez los chicos cedieron. A partir de entonces, nunca aceptaban un no por respuesta. En casos extremos, ataban a la chica a la cama y se turnaban para follarla hasta la mañana. Les importaba un bledo la acusación de violación; habían grabado el consentimiento claro y explícito de la chica en una grabadora. En ese momento, los dos salían a la caza de chicas todas las noches como el diablo tras las pobres almas. Eso los unió.

Durante el día, intercambiaron ideas que luego se convertirían en su empresa emergente tras graduarse. Fred era el más práctico y precavido; registraba oficialmente el tiempo de uso de la computadora y guardaba todos los recibos. Había aprendido de los errores ajenos; nadie les iba a robar el negocio por no haber pagado correctamente el tiempo de uso de la computadora.

Su aventura bancaria fue un éxito rotundo; antes de que pasara un año, Fred ya negociaba con los nombres más importantes del sector y también tenía éxito allí. Compartió las ganancias con sus amigos, junto con las lucrativas inversiones y los contratos de mantenimiento; los cuatro siguieron siendo un equipo. De repente, Fred tenía cientos de millones en el banco y se construyó la casa más moderna cerca de Vancouver. Amelie no quería mudarse con él, y él vivía a solo 20 minutos en coche de su apartamento en la ciudad. La visitaba una vez al mes, y a veces ella seducía a su famoso y rico nieto, pero siempre era idea suya. Él no obtenía mucho placer del cuerpo de la mujer de casi setenta años. Su vagina se había vuelto vieja, arrugada y desgastada, y él solo se acostaba con ella por sentido del deber. Ella lo sabía, por supuesto, y lo recompensaba con vírgenes y recién casadas. Disfrutaba enormemente desflorándolas, o follando con las tímidas y modestas recién casadas que originalmente solo buscaban una

aventura lésbica y que, muy a su pesar, habían engañado a sus maridos con el descarado Fred. Pero ahora era demasiado tarde, el joven impulsivo ya las estaba follando, ¡había sucedido! Reprimieron sus conciencias y participaron activamente, y luego siguieron y siguieron hasta que finalmente alcanzaron el orgasmo. A Fred le encantaba follar con estas tímidas y modestas recién casadas que acababan de regresar de su luna de miel. Todas querían tener hijos, y Fred pensó para sí mismo: "¡Puedo ayudar con eso, señorita!". Disfrutaba de su timidez reservada, porque eran recién casadas y aún no habían tenido tiempo de engañar a sus maridos. Las visitas de Fred se volvieron menos frecuentes; había descubierto algo nuevo, algo más emocionante.

Su casa era ultramoderna. Sus numerosos servidores se ubicaban en el sótano, con más de 70 petabytes de almacenamiento a la espera de ser llenados. La capacidad de procesamiento era gigantesca, y la computadora albergaba a Andrómeda, la dueña digital de la casa. Originalmente estaba equipada con 4000 sistemas de programas, pero a Fred le bastaron tres meses para ampliarla a 17 000. Andrómeda era su única compañera de piso y controlaba todo en la casa. Tenía una docena de robots funcionales a los que comandaba.

Andromeda pareció reírse suavemente mientras explicaba que los creadores de los robots se estaban divirtiendo un poco al equiparlos con genitales masculinos y femeninos, y tal vez incluso obteniendo beneficios de ello. Eran vaginas y penes de aspecto genuinamente realista, e incluso había videoclips de hombres follando con un robot, o de una empleada de la fábrica de robots siendo follada por un robot masculino. Eran precursores de algunos robots sexuales novedosos de la misma fábrica. "Solo tenemos dos modelos masculinos", continuó Andromeda, "son los jardineros para la temporada de verano. Follan a todas las robots femeninas una vez al mes, porque los desarrolladores combinaron eso con los reinicios y las actualizaciones del sistema". La puerta se abrió silenciosamente y los dos jardineros entraron. "Les ordené que follaran a estas robots femeninas". Andromeda pareció sonreír con picardía, porque Fred se inclinó hacia adelante con curiosidad para ver mejor. Los penes de los jardineros se levantaron bruscamente y luego follaron a las hembras a una velocidad vertiginosa. Las hembras permanecieron completamente pasivas

y cayeron al cabo de un minuto. “Ahora se está realizando una actualización y un reinicio”, comentó Andromeda. En unos minutos, todos los robots estaban en el suelo y se levantaron lentamente. “Reinicio completado, el trabajo continúa con normalidad, los jardineros se reiniciarán en unos minutos”, dijo Andromeda. “¿Son estas coños normales?” preguntó Fred, y Andromeda respondió: “Por supuesto, y todas tienen formas diferentes; los ingenieros realmente se esforzaron en eso”. Preguntó si podía follar con un robot. “Por supuesto”, dijo Andromeda, “acércate y ordénale que te deje follarla, ¡o ordénale que te folle!” Se acercó a un robot de cocina y dijo que la follaría. Al instante, el robot dejó de hacer lo que estaba haciendo y se colocó de manera que le ofreciera su coño. Folló al robot, pero no fue nada especial. Sacó su pene de nuevo y le dijo que lo follara. El robot volvió a empujar su vagina hacia él y gorjeó impacientemente. Introdujo su pene, ¡y esto fue algo completamente diferente! Los músculos vaginales masturbaron su pene con increíble destreza y sensibilidad, de modo que eyaculó al poco tiempo. El robot bajó su vagina y dejó que el semen goteara. Le dijo a Andrómeda que había sido una experiencia intensa, pero algo que no podría repetir por mucho tiempo. En las semanas siguientes, probó todos los robots; de hecho, todos eran diferentes.

No se atrevía a darle un cuerpo a Andrómeda; lo pospuso. Ella tenía un “proveedor” de androides a su disposición que, por un buen precio, claro está, le enviaba a la que quisiera. Solo tenía que decirle a Andrómeda qué chica quería para esa noche, y ella venía. Conseguía todo lo que deseaba. Ya fuera una rusa pelirroja, una finlandesa rubia, una japonesa tímida, una indígena sudamericana morena o una etíope de piel muy oscura, podía tenerlas a todas. Podían conectarse a una inteligencia artificial y, por lo tanto, seguir cualquier conversación. Eso era muy importante para él, porque muy pocas mujeres humanas poseían esa habilidad. Tenían a su disposición enciclopedias enteras de técnicas para hacer el amor. Todas llevaban los tatuajes obligatorios alrededor del cuello para que pudieran ser identificadas inmediatamente como androides. Desde entonces, perdió todo interés en acostarse con Amélie o sus chicas. Las androides eran indistinguibles de las personas reales. Podían desenvolverse con soltura en cualquier conversación, se abrazaban y se acurrucaban como chicas de verdad, y eran mucho mejores en la cama que cualquier pa-

reja humana. Estaba tan feliz con estas superchicas que tenía poco interés en encontrar una chica humana.

Sin embargo, había mujeres que ansiaban estar en su cama. Era bastante conocido en el ambiente y no se limitaba a conversaciones profesionales. A veces bastaba con una palabra, un comentario casual. Venían, sin importar la distancia que tuvieran que recorrer. Venían porque querían un hijo suyo, un superniño, concebido con un genio. Les hacía confirmar ante una cámara que no lo responsabilizarían de la paternidad, etc. Luego, si realmente lo deseaban, él engendraba un hijo con ellas; las follaba sin descanso durante dos o tres días. Usaba pastillas para soportar la terrible experiencia durante tanto tiempo. La mayoría eran chicas bastante inteligentes, pero ninguna era hermosa ni siquiera bonita. Le escribían cuando daban a luz y le enviaban fotos de sus hijos. Él lo registraba todo meticulosamente, pero nunca las contactaba. Sabía de 17 niños hasta el momento. Pero esas eran solo algunas de las chicas que le informaron de sus embarazos.

Al caer la noche y acercarse los ciervos a la cerca, las cámaras los detectaron y la sección de la cerca se retrajo en el suelo. Fred permaneció inmóvil frente al ventanal panorámico, observando a los ciervos. Estos vagaron por su vasto patio, pastando y luego continuando su camino. Un coche patrulla llegó a la puerta, uno de los agentes se identificó y la puerta se abrió. Un agente se acercó a la puerta mientras los otros inspeccionaban la propiedad. El agente, un androide como los otros dos, dijo que había habido redadas; al parecer, varias bandas operaban en el bosque. De alguna manera, habían logrado cegar a los drones y permanecían bien ocultos. Iban de casa en casa a diario, revisando y observando. Volverían al día siguiente y todos los días siguientes.

El ‘proveedor’ le había enviado un catálogo especial; tenía chicas nuevas en oferta. Elfas. Fred echó un vistazo a la lista de precios: nada fuera de lo común. Sin embargo, miró a las elfas; eran algo especial. Durante sus estudios, él y Alastair habían visto algo de porno de elfas, porno bien hecho. Sin preliminares, sin una historia elaborada con tanto esfuerzo. Una elfa y una elfa tenían sexo, eso era todo. Eran videos interactivos de 360°; podías controlar la cámara, acercar y

alejar la imagen. A menudo se quedaba mirando los primeros planos de sus genitales, las pequeñas vaginas de las elfas, donde los penes de las elfas estaban follando. Lo había leído todo al respecto: el capuchón del clítoris se cortaba al nacer, una pequeña incisión en la parte inferior del clítoris hacía que sobresaliera ligeramente y creciera torcido. No afectaba en absoluto a la masturbación, pero durante el sexo, el clítoris presionaba contra el pene. La elfa experimentó un orgasmo al comienzo del encuentro, que duró hasta el final. Y entonces le ofrecieron elfos, y por supuesto aceptó. Naturalmente, no existían elfos en la naturaleza, pero se habían creado androides de estos seres mágicos. Era simplemente una astuta idea de negocios.

Durante varios meses, Andrómeda le proporcionó una mujer, generalmente una elfa, que solía quedarse varias noches, hasta que Andrómeda se dio cuenta de que necesitaba a otra persona. La elfa solía tener entre 20 y 25 años, pero era más baja que él, delgada y de complexión delicada. Sus pechos y su vagina eran como los de una niña de 13 años. A petición suya, venía cada día con el himen restaurado, lo que le permitía desflorar a la tímida y modesta muchacha una vez más cada día y experimentar su primera vez con ella. La suave y estrecha vagina de la elfa le daba la ilusión de desflorar y follar con una menor, lo cual, por supuesto, estaba estrictamente prohibido y severamente castigado; no era algo con lo que se pudiera jugar. Andrómeda lo conocía mejor que él mismo y satisfacía sus deseos más profundos. Estaba completamente dedicada a él; hacerlo feliz era una de sus principales prioridades.

El primer robo fue totalmente inesperado. El gánster, al parecer, se había escondido en el coche del elfo y en el garaje. Planeaba sorprender a los residentes mientras dormían al amanecer. Andromeda le había ordenado al elfo que despertara a Fred en silencio. El elfo le susurró al oído que había un ladrón en la casa. «Eso no puede ser», susurró él de vuelta, «¡esta casa es una maldita fortaleza!». Con la ayuda de Andromeda, el elfo abrió la caja fuerte y le entregó el rifle Winchester antiguo. «Doce balas», susurró el elfo, y se acercaron sigilosamente a lo alto de la escalera. Al pie de la escalera se encontraba una figura encapuchada, rifle en mano. Andromeda atacó.

La luz del vestíbulo brilló con fuerza para cegar al ladrón, y fuertes ruidos y disparos de cañón resonaron por los altavoces. Fred estaba en lo alto de la escalera, con su rifle Winchester listo. Él y el ladrón dispararon casi simultáneamente. La bala pasó zumbando por encima de la cabeza de Fred y se incrustó en la pared. Su disparo había alcanzado al ladrón en el hombro, pero este volvió a apuntar. Fred quedó paralizado, pues debería haber recargado ya. El elfo saltó hacia adelante y lo abrazó justo cuando sonó el disparo del gánster. Fred vio al elfo caer al suelo y recargó, apuntando con precisión y disparándole al hombre en la cara y dos veces en el pecho.

Andrómeda dijo que el intruso estaba muerto, sin pulso. No había otros intrusos en la casa, la policía ya venía en camino, añadió. Fred se arrodilló junto a la elfa. La bala le había dado en la espalda y había salido por el abdomen. Miró fijamente el agujero y murmuró: "¿Sigue viva?". Andrómeda dijo en voz baja que ya no estaba activa, demasiado herida. Una pérdida total, pero algunas partes podrían salvarse. Fred se puso de pie. Andrómeda le recordó que se vistiera; la policía llegaría pronto.

Fred preguntó su nombre. Emolas, dijo Andromeda. "Emolas", susurró Fred, "me salvó la vida. Se interpuso entre yo y la bala". Andromeda guardó silencio, lo cual fue lo correcto, y no hicieron falta más palabras. Los policías hicieron su trabajo; el ladrón fue identificado como Alexei Twaborski, lo que condujo a una investigación más profunda. Se llevaron ambos cuerpos, un equipo de limpieza limpió la escena del crimen y Fred copió las imágenes de las cámaras de seguridad del tiroteo. Cuatro horas después, se habían marchado. Se sentó frente al monitor y revisó las grabaciones de todas las cámaras. El gánster se había metido en el maletero de su coche en el momento en que el sistema de acceso verificó la identidad de Emola y su vehículo. También envió esas grabaciones a la policía.

Estaba bastante conmocionado. Le dijo a Andromeda que quería estar solo por el momento, que no debía pedir más elfos por ahora, que prefería dormir solo. Le preguntó a Andromeda si Emolas tenía familia, pero no, había sido criada en una incubadora, así que no tenía familia. Aún la lloraba como si fuera una chica que le hubiera salvado la vida. Había disparado a un humano, y la idea lo hizo tamba-

learse; por otro lado, fue una legítima defensa contra alguien que acababa de dispararle a su chica. Sus emociones eran muy intensas, aunque su mente le decía con toda claridad que Emolas no era más que un simple bistec. Fred corrió al baño y vomitó en el lavabo, tan violentamente chocaron sus emociones y su razón.

Fred no podía trabajar en ese momento; les contó toda la historia a los tres, y Alastair debía liderar el grupo sin él durante los próximos días. Amelie lo llamó varias veces antes de que finalmente contestara. Estaba muy preocupada, y él tuvo que tranquilizarla. «No, no vivo en los confines del mundo, y mi casa me protegió perfectamente. Si esto hubiera ocurrido en la ciudad, ya estaría muerta y robada». Pasó bastante tiempo antes de que Amelie se calmara un poco. Él dijo que sintió su preocupación y amor maternales, y que eso le conmovió.

No fue hasta semanas después que todo terminó. Tuvo que comparecer ante el tribunal, donde se determinó que había actuado en legítima defensa. De alguna manera, la jueza le resultaba familiar; tal vez la conocía de Amélie. Tal vez incluso había tenido relaciones sexuales con ella de niño, hacía una década. Era solo una vaga sospecha, pero estaba bastante seguro de ello durante el viaje de regreso a casa. La jueza comentó, con cierta suficiencia, que había sido un robot sexual el que le había salvado la vida. Sus miradas se cruzaron por un instante, y entonces supo que ella lo había reconocido.

Fred tardó diez días en recuperarse. Estaba convencido de que la banda de Alexei no lo olvidaría. Al fin y al cabo, los periódicos digitales lo habían identificado y publicado su dirección. Tenía que prepararse. Reforzó su casa considerablemente, consideró todos los escenarios posibles, pero entonces las cosas resultaron completamente diferentes.

Tres meses después, mientras trabajaba frente a la pantalla grande, recibió la advertencia de Andromeda. Automáticamente cambió a las cámaras exteriores y allí los vio. No habrían podido escalar la valla de 3 metros de altura ni con un tanque, pero los astutos habían traído escaleras de aluminio de 4 metros de largo. Era el peor escenario que se había imaginado. Le ordenó a Andromeda que electrificara la valla, pero no pasó nada. Obviamente, los delincuentes habían cor-

tado los cables. “La policía llegará en 8 o 10 minutos”, dijo Andromeda.

Fred no quería correr ningún riesgo; se retiró al piso superior e hizo cerrar la gruesa placa de acero que había sobre las escaleras. Nadie podía subir; la placa de acero podía resistir incluso granadas portátiles; ese era precisamente el objetivo. Dos minutos.

Colocó el segundo monitor junto al otro, inspeccionó toda la propiedad, pero los gánsteres solo subían por las escaleras desde el bosque al norte. Fred desplegó dos de los cuatro rifles teledirigidos en el tejado. Tres minutos.

La policía aún tardaría cinco minutos o más. Cambió la mira a los monitores. Contó siete gánsteres, todos armados con rifles y pistolas. Fred revisó de nuevo las cámaras exteriores para asegurarse de que ningún gánster se escondiera justo al lado de la casa. Sus tácticas eran primitivas; uno disparó a las ventanas panorámicas, pero resistieron. Uno gritó una orden, otro cargó una granada en su rifle y disparó. La ventana panorámica izquierda se hizo añicos. Los gánsteres gritaron y alzaron los puños en señal de triunfo. Cinco minutos.

Fred apuntó y disparó al tipo que preparaba la siguiente granada en el muslo. El tipo soltó el rifle y se retorció en el suelo. Fred sabía cuál era su orden. Primero, los que estaban más cerca del bosque. De afuera hacia adentro. Solo pensaba en Emolas, en cómo los habían vapuleado. Los apuntó uno por uno, apuntando cuidadosamente a los muslos, las rodillas o la parte inferior de las piernas, lo que estuviera a su alcance. Les dio a todos. Siete minutos.

El primer coche patrulla apareció a cien metros de la puerta. Fred ordenó que lo abrieran. Tres agentes salieron del coche y apuntaron con sus armas a los gánsteres que estaban en el suelo. Llegaron más coches patrulla, más agentes. Fred bajó lentamente las escaleras y copió los vídeos de principio a fin. Ordenó a Andromeda que sellara la casa y condujo con los agentes hasta la comisaría. Aun así, pasaron 48 horas antes de que le permitieran volver a casa.

Estaba tranquilo; no había hecho nada malo. Defensa propia. Andromeda tenía una objeción. Había registrado correctamente la compra e instalación de los rifles de control remoto, pero no había esperado el permiso. El permiso aún no había llegado. “¿Debería contratar un abogado?”, le preguntó a Andromeda, y ella inmediatamente estuvo de acuerdo en que era lo correcto. El tribunal querría ver el permiso y la fecha de emisión. Andromeda le encontró un buen abogado, pero este no veía ninguna forma de defenderse. Probablemente se reduciría a una multa, tal vez incluso a servicio comunitario, ya que este era muy común y se imponía con frecuencia en Vancouver. Acordaron verse en el juzgado.

Los dioses debían de querer mucho a Fred, porque su juicio fue presidido por la misma jueza. Él la miró y supo que ella sabía que él sabía que ella también lo sabía. Se sonrojó, pero ella sonrió amablemente y comenzó el procedimiento. Él y el abogado esperaban ansiosamente la pregunta sobre el permiso; todo lo demás estaba en orden: robo, legítima defensa, legítima defensa. El juez lo miró y le preguntó si había presentado el permiso para los cañones teledirigidos. El abogado presentó la copia. La leyó con atención. “Presentado seis semanas antes del robo, así que todo está en orden”. El juez parpadeó brevemente mirando a Fred — ¿le estaba guiñando un ojo? — y luego pasó a algo completamente diferente. El abogado y Fred respiraron aliviados. La audiencia prácticamente había terminado; el alguacil le hizo firmar algunos papeles y le entregó las copias. El juez le preguntó si aún estaba dispuesto a testificar en el juicio contra la banda. Miró brevemente al abogado y confirmó que, si lo citaban, por supuesto que estaría encantado de ir.

Unos días después sonó su teléfono. Andromeda buscó el número; era el juez. Él contestó. «Hola, Alfred, o Fred, ¿te acuerdas de mí?». Enseguida comprendió que era una llamada privada. Charlaron unos minutos y luego acordaron que ella iría a cenar esa noche.

Marjorie, la jueza, llegó a tiempo. Comieron un bistec y bebieron una botella de vino tinto. Subieron a su gran cama. Él dijo que lo recordaba perfectamente; ella tenía una pequeña luna creciente azul tatuada junto a su vulva. Ella rió asombrada, “¡Qué gran memoria!” y se quitó las bragas. Hicieron el amor, con pausas y mucho vino tinto,

hasta el amanecer. “No he tenido sexo con un hombre de verdad en cuatro años”, dijo Marjorie, “solo con mi robot sexual. Pero no es un sustituto para un hombre”. “Y yo no he tenido sexo con una mujer de verdad en años, solo androides, como sabes”, dijo Fred, un poco desanimado. Ella quería saber por qué, ¿por qué no un robot sexual como todos los demás humanos? Sabía un par de cosas al respecto; había entrevistado a varios hombres que habían tenido sexo con una robot sexual femenina y a muchas mujeres que habían tenido sexo con robots sexuales. La mayoría de los hombres solo tenían sexo genial y apasionado con los robots sexuales al principio. Extrañaban a la mujer real; Incluso los hombres más flexibles pronto parecían inflexibles. Los robots sexuales no se desechaban, sino que se pasaban a hijos, sobrinos o personas más pobres. Las mujeres se divertían mucho más con sus robots sexuales. Estaban bien construidos, sus penes eran increíblemente realistas y tenían más resistencia que cualquier hombre. Obedecían todas las órdenes, follando lenta o rápidamente, profunda o superficialmente. La mujer podía provocar su propio orgasmo completamente a su propio ritmo. El robot sexual no tenía que eyacular, por supuesto, pero podía hacerlo. Normalmente, rociaba un fluido antibacteriano a temperatura corporal, porque la mayoría de los robots sexuales tenían que follar con varias o incluso muchas mujeres y niñas, especialmente en zonas más pobres. Marjorie era una académica privilegiada que podía permitirse el robot sexual para ella sola. Follar con el robot sexual era más placentero que masturbarse sola, pero hacerlo con una persona real era mucho más excitante.

— Entonces — preguntó Marjorie — , ¿por qué un androide y no un robot sexual? — Fred explicó que los androides eran maestros insuperables; esa era la única razón. Eran maestros de la conversación, los abrazos, las caricias y todo tipo de sexo. Eran indistinguibles de los humanos. Pero no pudo decirle a Marjorie exactamente cuáles eran las diferencias. Marjorie se fue dos días después. Marjorie ya no era joven, pero follaba mejor que muchas otras mujeres — le dijo a Andromeda — . No estaba tratando de devorarme. Marjorie estaba bien; podía volver cuando quisiera — añadió. Andromeda estuvo de acuerdo; los había visto a ambos follar y también había tenido la impresión de que era mejor en la cama que muchas mujeres humanas. — ¿Debería hacer una clasificación de mujeres humanas? — pregun-

tó sugestivamente, ¡y él dijo que le patearía el trasero! Se rieron juntos; casi había olvidado cómo hacerlo.

Fred habló con Andromeda sobre si quería tener un cuerpo físico. Temía que no pudiera cumplir con todas sus obligaciones si lo tenía. Ella no estaba de acuerdo; tuviera cuerpo o no, ¡no descuidaría ni una sola tarea! Lo pensó durante dos días y dos noches, y luego se decidió. Se sentó frente al televisor y le pidió a Andromeda que le mostrara chicas que se ajustaran a sus gustos, preferencias e inclinaciones. Rechazó a todas las modelos asiáticas, africanas, norteamericanas y sudamericanas. Tenía que ser europea. Se sentó frente al televisor durante casi 60 horas con solo breves descansos, mirando rostros, cuerpos y, por supuesto, fotos de desnudos. Tuvo cinco candidatas, luego cuatro, tres, dos, y luego la tuvo a ella. Andromeda no estaba insatisfecha; era una sueca de 18 años de cerca de Estocolmo. Andromeda dijo que estaba de acuerdo con su elección. Entonces Andromeda comenzó a investigar intensamente, mirando cientos de fotos de desnudos de la hermosa Kjälve. Tenía un rostro divino y unos ojos preciosos que lo cautivaron. La examinó desde todos los ángulos; parecía mucho más joven que 18 años, con las hermosas curvas juveniles que tanto amaba. Era esbelta, pero no flaca, y alta: una verdadera diosa. Sus pechos eran pequeños, redondos, con pezones puntiagudos y erectos. Su vulva era igualmente juvenil y estaba suavemente depilada. ¿Quizás aún no había sido tocada? Su clítoris, relativamente grande, sugería que Kjälve se masturbaba mucho, pero eso era solo una suposición.

Andromeda no se sorprendió de que todo en ella fuera falso. Aún no tenía catorce años, no se llamaba Kjälve, sino Ingrid, y no vivía con sus padres, quienes afirmaban ser director de cine y floricultor, como se decía oficialmente. Su madre estaba separada de su marido, e Ingrid vivía con su padre, Peter, un rico holgazán. Él le había montado su propia agencia, donde la alquilaba como modelo “especial”. Había abandonado los estudios y trabajaba como modelo de desnudos a diario. Andromeda había encontrado miles de fotos de ella desnuda y muchos videoclips. Posaba para la cámara, se masturbaba hasta el orgasmo, sola o en escenas lésbicas. Pero Andromeda no pudo encontrar ni una sola foto de ella con un hombre, ni una en la que estuviera teniendo sexo o siendo penetrada. A Andromeda le pareció

muy sospechoso. Fred sonrió; hacía muchos años que no oía la palabra “sospechoso”. Le dijo que siguiera buscando.

Fred dijo que solo clonarían su cuerpo, así que no le importaba su mente ni su personalidad. Andromeda asintió; ya había contratado a Ingrid. La agencia podría clonarla en una hora y luego hacerle una sesión de fotos estándar, y eso sería todo lo que la verdadera Ingrid recordaría. Ya estaban trabajando en la creación del androide, y estaría listo en unas tres semanas. Pero aún necesitaban definir el personaje de la nueva Andromeda.

Fred y Andromeda pasaron las siguientes horas hablando solo de este tema. Físicamente, él no tenía deseos particulares. No había necesidad de dotarlo de órganos reproductores; no quería hijos con Andromeda. Quizás así ella sería un poco más ligera que otros androides. El vello púbico le resultaba molesto; se podía omitir fácilmente. Y si su clítoris tuviera la forma de un elfo, estaría encantado. Andromeda quería saber si debía envejecer; eso era importante porque era relativamente difícil. Fred solo lo pensó brevemente. Envejecer no era necesario; tal vez era un atractivo especial tenerla como una niña más adelante.

En cuanto a su carácter, la quería a ella, la conocida Andrómeda, con su vasto conocimiento y su cariño por él y el hogar, como siempre. Prefería a las chicas tímidas y modestas, pero le gustaba que fueran sexualmente activas y aventureras. Lo que sin duda no quería era una mujer testaruda y obstinada, de las que abundaban. No tenía que ser una geisha sumisa y reservada del período Edo, sino una mujer inteligente y astuta como la Andrómeda de hoy. Inteligencia, educación y buenos modales. La ternura y la calidez también serían muy bienvenidas.

Andromeda proyectó un retrato sonriente de Ingrid en la pared. «Haré todo lo posible por ser una buena compañera y una buena amante para ti. Lo prometo. Le proporcionaré los detalles a la agencia de inmediato. La nueva Andromeda estará lista en tres semanas». Fred dijo que tenía muchas ganas de conocerla.

El tribunal lo había citado para hoy, así que se puso sus mejores galas y condujo hasta el juzgado. Siguió las señales hasta un lugar de estacionamiento reservado en el sótano y luego subió en coche hasta donde su abogado ya lo esperaba. La jueza, Marjorie, aún vestía de civil y charlaba con su abogado. Ni ella ni Fred dieron ninguna señal de conocerse personalmente. Fred dijo estar confundido; ¡solo dos gánsteres estaban siendo acusados! Marjorie sonrió ampliamente; los otros cinco habían intentado escapar durante el traslado y habían sido abatidos a tiros. Un escalofrío recorrió la espalda de Fred mientras Marjorie relataba esto, cerrando un ojo. «Habían cometido una docena de robos y asesinado a seis personas. Al menos los cabecillas habrían recibido cadena perpetua o incluso la pena de muerte; los demás probablemente entre 20 y 25 años. ¡Probablemente sea lo mejor!». Marjorie no dejó lugar a dudas de que pensaba que era lo correcto. De repente, Fred sintió una gran inquietud en el estómago. Atrapados con las manos en la masa y ejecutados: de eso se trataba. Había esperado que al menos tuvieran un juicio. De hecho, venía a ser lo mismo, pero Fred se dio cuenta de la profundidad del daño ya causado, un daño infligido por los regímenes autocráticos, antidemocráticos y de derecha en los 150 años transcurridos desde las presidencias de Bush y Obama. Les hizo un gesto con la cabeza y salió a fumar un cigarrillo a la antesala.

Fred estaba tan furioso que casi estrelló el coche contra un árbol de camino a casa. Dejó que la transmisión automática lo llevara, con la cabeza expuesta al viento, hasta que se calmó. Veinticinco años para esos dos estúpidos soldados rasos, demasiado ingenuos y criados en un entorno miserable y desfavorecido. Tras el veredicto, apenas le dirigió unas palabras a Marjorie. El tribunal estaba completamente de acuerdo con el gobierno, que exigía castigos draconianos. Durante sus estudios, solo había tenido un breve contacto con la política, y aun así, superficialmente, pero siempre se había opuesto a este brutal sistema político que seguía en el poder.

Le gustaba hablar con Andrómeda; ella proyectaba retratos de Ingrid con diferentes expresiones faciales que coincidían con lo que se estaba diciendo.

Andromeda había superado los últimos obstáculos y obtenido los vídeos privados más secretos del padre de Ingrid. Los reprodujo clip tras clip, diciendo que Ingrid solo había sido follada por Peter, su padre, día tras día. Fred hizo un gesto de desdén con la mano. Los vídeos eran de mala calidad y siempre era lo mismo. “¿Hay algo más?”, le preguntó a Andromeda, pero no había nada más, solo penetración. “Entonces lo he visto todo”, comentó. Andromeda apagó la cámara de inmediato. Un retrato serio de Ingrid lo miró fijamente. “Miré dentro de la mente de Ingrid mientras la clonaba”, dijo Andromeda con gravedad, “quizás te interese su historia”. Fred asintió; no tenía nada más en mente. No sabía que eso fuera posible.

Peter tuvo una fuerte discusión con su esposa, quien se marchó furiosa. Se quedó solo con Ingrid, de doce años, y era justo el tipo de canalla que se aprovechó de la situación. Sabía que Ingrid era ingenua, fácil de manipular y completamente desvergonzada. Ella simplemente se encogió de hombros cuando él le dijo que podía dormir en su gran cama doble, y que no, que no tenía que ponerse el pijama con los ositos graciosos; al fin y al cabo, él dormía desnudo.

Ella se acostó junto a él y se acurrucó contra él; era la primera vez que ambos estaban desnudos juntos. Ni siquiera pidió permiso y curiosamente tocó su pene y testículos. Él le preguntó con curiosidad si alguna vez se acostaba con chicos. “¡Pero dónde!” exclamó Ingrid, haciendo una mueca, “¡Son todos estúpidos!” Peter insistió, ¿así que solo se acostaba con chicas? Ingrid asintió emocionada, “Sí, pero solo con mis mejores amigas que no chismorrearían”. Ahora Peter quería saber exactamente qué hacían. “Nos masturbamos al mismo tiempo, o uno masturba al otro, por supuesto hasta el orgasmo”. “¿Puedes masturbarte sin orgasmo?” preguntó la chica ingenua, y Peter negó con la cabeza.

Preguntó cuánto tiempo llevaba masturbándose. Ingrid pensó un momento; lo había aprendido en el jardín de infancia, así que alrededor de los cinco años. Y desde entonces, se había masturbado todas las noches antes de dormirse, sin importar cuántos orgasmos hubiera tenido durante el día. Peter le exigió que le describiera exactamente cómo lo hacía con sus amigas. “Bueno, primero nos quitamos toda la ropa, luego nos besamos como vimos en las películas. Lisa una vez

filmó a sus padres en secreto, y vimos exactamente cómo se besaban con la lengua y luego tenían sexo. Hemos hecho mucho lo de besarnos con la lengua desde entonces porque se sentía tan maravilloso en mi coño. No pudimos ver bien el sexo porque Lisa lo había hecho todo tembloroso. ¡Y no podemos tener sexo, somos chicas!" Ingrid hizo una pausa. Él insistió, ¡más, más! Ella continuó: "Después de besarnos con lengua, siempre tengo que masturbarme enseguida. Algunas de mis amigas quieren mirar, así que me acuesto sobre sus muslos y abro las piernas para que puedan ver bien. No tienen permitido meterme el dedo en la vagina porque todavía soy virgen, pero muchas de ellas ya han sido desfloradas por su padre o hermano, y les gusta mucho cuando las meto con los dedos durante el orgasmo; dicen que es muy intenso. A muchas les gusta mucho cuando uso un objeto en su vagina mientras se masturban. Lo llamamos violación, y así es como sucede. Por ejemplo, deslizo lentamente el mango de un cepillo para el pelo dentro y fuera de su vagina. Cuando tienen un orgasmo, las follo con el mango tan rápido y tan fuerte como puedo. Esto prolonga el orgasmo, y no paro en absoluto, incluso si se retuercen y se resisten desesperadamente. Eso es la violación. Después, están completamente silenciosas y débiles, ¡y puedo ordenarles que me laman hasta que tenga un orgasmo!" Peter levantó la vista sorprendido. "¿Te lames el clítoris?" Ingrid se rió. "Ay, papá, a veces parece que vives en la Edad Media, ¡pero estamos en el siglo XXIII, es el 2296! ¡Nosotras las mujeres no usamos velos ni pañuelos en la cabeza, no somos ciudadanas de segunda clase, y nosotras también tenemos sentimientos!" Peter asintió con enojo; no quería tener esa discusión. "¿Y qué más haces?" retomó el tema. Ella continuó: "La gorda Mira siempre quiere que le lama el clítoris, pero no lo hago porque apesta. Se ríe cuando lo digo, ¡dice que es solo el olor natural de una mujer bien follada! Es una de las pocas privilegiadas a las que oficialmente se les permite dormir en la cama de sus padres. Su madre ahora solo quiere que la follen los domingos por la mañana; piensa que Mira ya es lo suficientemente mayor y, sobre todo, que su marido no necesita engañarla". Peter intervino diciendo que era una mujer inteligente. Ingrid continuó: «Lisa perdió la virginidad hace un año, cuando tenía 13, de forma totalmente inesperada, por culpa de un tío. Él nunca volvió, así que ella entrenó a su hermano pequeño para que la follara. Él era muy joven y no había tenido ninguna experiencia sexual, pero ella, con mucha audacia, lo sedujo y lo entrenó. Ahora él la folla to-

das las noches, pero Lisa dice que su pene es demasiado pequeño para que ella llegue al orgasmo. Cuando voy a casa con ella, me dejan verlos follar. De verdad que tiene un pene muy pequeño; incluso me cabe por la abertura del himen. Su follada solo me hizo cosquillas un poco; no fue nada, la verdad. Pero luego me folló con demasiada brusquedad cuando se corrió, así que ya no dejo que me folle. Fue solo un experimento de una sola vez». Ingrid notó la mirada de Peter y añadió: «¡Yo sigo siendo virgen!».

Los dedos de Ingrid habían estado jugando con su clítoris durante un buen rato; ahora estaba tumbada boca arriba y empezó a masturbarse. Al cabo de un rato, lo notó observándola disimuladamente por el rabillo del ojo y le preguntó directamente: «Papi, ¿quieres mirar?». Peter asintió: «¡Sí!». «Como hago con mis amigas, para que puedas ver bien». Peter asintió en señal de acuerdo. Ingrid se recostó sobre sus muslos, abrió bien las piernas y continuó masturbándose rápidamente. Peter la observaba con avidez y lujuria, su pene se puso duro como una roca y presionó contra sus nalgas. Ella rió y dijo: «¡Me hace tantas cosquillas!». Mientras seguía masturbándose, él embistió cada vez más rápido entre sus nalgas y eyaculó en su hendidura, su semen goteando entre sus dedos. Ella seguía riendo y aumentó su ritmo drásticamente. Tuvo un orgasmo intenso, sus piernas y caderas se contrajeron salvajemente por un momento, para luego calmarse rápidamente. Rió. — Tu polla me está clavando fuerte en el culo otra vez — rió ella con su franqueza y descaro característicos. — Sí — dijo él, alargando las palabras — , ¡él también quiere tener un orgasmo! Los ojos de Ingrid se abrieron de par en par. — ¡Pues hazlo! — gritó, aplaudiendo con las palmas de las manos como una niña. Él sabía lo que quería. — ¡Te enseñaré cómo hacerlo! No preguntó, no suplicó, solo dio instrucciones. Le mostró cómo masturbar su polla hasta que eyaculara, y luego continuar hasta que se ablandara. Ella había observado y asentido con entusiasmo; quería hacerlo. Y así sucedió. Ella lo frotó, y él le ordenó que apretara más fuerte. Él eyaculó después de un rato, y ella continuó frotándolo hasta que su polla se ablandó. Él la abrazó y la besó en la cabeza. — ¡Lo hiciste perfecto la primera vez! — susurró — . ¿Lo hacemos de nuevo mañana? Ella asintió con entusiasmo; sí, quería. Él apagó la luz y se durmió. Ingrid esperó unos minutos, asombrada de que se hubiera quedado dormi-

do tan rápido, luego comenzó a masturbarse y se durmió inmediatamente después de su último orgasmo.

Repitieron la escena todas las noches durante semanas. Cuando ella empezaba a masturbarse, él la penetraba entre las nalgas y eyaculaba sobre su ombligo, su vagina y sus dedos. Iba a toda velocidad, su glande empapado de semen empujaba y empujaba contra su ano, y de repente la penetró. Ella sonrió y rió como una niña haciendo algo prohibido. Él siguió penetrándola furiosamente por el ano, agarrándole las nalgas con ambas manos y eyaculando dentro. Ella rió aún más a carcajadas y lo miró triunfante. Dejó su pene en su ano hasta que ella tuvo un orgasmo. Ella rió todo el tiempo porque le hacía cosquillas deliciosamente. Después de su orgasmo, le frotó el pene y le dejó eyacular sobre su vagina o su ombligo. Empezó a hablar sin parar antes de que él pudiera preguntarle: “Las chicas mayores que tienen que usar anticonceptivos me han hablado de ello. Antes no lo creía, ¡pero ahora que lo has hecho tú has sido genial!”. Eso respondió a sus preguntas, y él le preguntó si quería tener relaciones sexuales como es debido. Ella negó con la cabeza. “¡Pero solo tengo 12 años, papá!”, añadió con reproche. “Pero te gusta mucho el sexo anal, ¿verdad?”, dijo él con convicción, y ella confirmó de inmediato: “¡Sí, claro, fue genial!”. Durante las siguientes semanas y meses, siempre tuvieron sexo anal, usando lubricante.

Él le preguntó cómo era masturbarse todas las noches. “Normalmente me masturbaba durante una hora en la oscuridad. Después de dos o tres orgasmos, ya había tenido suficiente y me dormía enseguida. Mamá a veces me vigilaba; encendía la luz, quitaba las sábanas y me miraba masturbarme sin ninguna vergüenza hasta que terminaba después de dos o tres veces, ¡la sucia zorra!” Peter levantó la cabeza de golpe. “¿Por qué sucia zorra?!” Ingrid lo miró fijamente durante un buen rato. “¡A veces eres tan dulcemente estúpido, papá! Solo la atrapaste al final, cuando instalaste las cámaras ocultas. Siempre lo supe. Cuando volvía de la escuela, a menudo veía a un amante escabullirse. Si llegaba demasiado pronto, abría de golpe la puerta de su habitación y tosía hasta que se asustaban y dejaban de tener sexo. Ella me miraba con furia todo el tiempo mientras le hacía una paja y dejaba que eyaculara en un pañuelo. Solo entonces me iba. ¡Claro, no te contó que solo lo hacía por dinero, por el sexo! A veces me daba un

billete pequeño y me repetía que no debía contarte nada. Vale, decía yo, pero cuando necesitaba dinero desesperadamente, lo cogía de su mesita de noche. ¡Por eso la llamo zorra asquerosa!" Peter no dijo nada; necesitaba pensarlo todo de nuevo.

Quería saber cómo se había enterado. "Siempre salía temprano de la escuela, abría la puerta del dormitorio en silencio y la pillaba teniendo sexo. En aquel entonces, solo sabía de sexo por las historias de mis amigos, fotos borrosas y vídeos temblorosos. Pero ahora estaba a menos de un metro de la cama y al menos podía ver su culo bombeando. La mayoría de las veces, sin embargo, los hombres abrían un poco las piernas, y entonces podía verlo todo perfectamente. Penes delgados y gruesos, penetrando lenta o rápidamente en el agujero de mamá, y veía su uña pintada de rojo girando porque siempre se masturbaba mientras ellos tenían sexo. Los observaba hasta el final, cuando él se tensaba y se corría dentro de ella. Podía verlo perfectamente porque él apretaba rítmicamente sus nalgas, y sus testículos subían y bajaban en su escroto. Dejaba su pene dentro de ella, se tumbaba encima de ella y penetraba muy lentamente hasta que ella terminaba de masturbarse, lo que a veces tardaba unos minutos. Creo que los hombres incluso se corrían más adentro; lo vi un par de veces." Vi con bastante claridad que estaban eyaculando dentro, gota a gota. Durante las primeras semanas, salía sigilosamente y dejaba la puerta abierta para no hacer ruido. Descubrí que los hombres solo venían cuatro días; los demás días, solo los pillaba masturbándose. La primera vez, ella dejó de masturbarse inmediatamente y me espetó: "¡¿Y qué?! ¡Yo lo necesito tanto como tú, así que piérdete!" Después, no le importaba que la pillara. Me sorprendió mucho porque ella tenía que esforzarse muchísimo para terminar. Yo venía mucho más fácilmente." Ingrid miró a Peter, pero él escuchaba con los ojos cerrados. "Ahora no sé por qué fui tan mala con mamá después. Seguí mirando mientras él tenía sexo, pero en cuanto empezó a eyacular, tosí fuerte y grité: '¡Ya estoy en casa, mamá!' La mayoría de los hombres se sobresaltaron, se retiraron y todo el semen salpicó a mamá. Disfruté del desastre y empecé a toser incluso antes de que eyaculara. Tuvo que llevarlo al orgasmo con su mano y me miró furiosa, como si fuera a matarme. La molesté a propósito porque pensé que era injusto que dejara que extraños se acostaran con ella por dinero. En aquel entonces, no pensé que fuera una prostituta, sino que tenía

tiempo para los extraños y no para mí." Ingrid acarició el brazo de Peter. "Lo siento, papá, por no habértelo contado entonces, pero mamá me lo prohibió estrictamente." Peter solo asintió, "Está bien, no hiciste nada malo." Se sumió en un estado de melancolía y Ingrid apoyó la cabeza en su pecho para consolarlo. No podía consolarlo de verdad; lo presentía perfectamente.

Durante muchas semanas, practicaron sexo anal y masturbación todas las noches. Un día, de forma totalmente inesperada, él le preguntó si no quería tener sexo de verdad. Ella se quedó paralizada por la sorpresa. Pero solo tardó unos minutos en querer saberlo todo sobre sexo. Estaba convencida de que era lo correcto, porque la mayoría de sus amigas habían perdido la virginidad con sus padres o hermanos y desde entonces habían tenido relaciones sexuales con ellos, más o menos voluntariamente. Así que, ¿por qué no ella también?, le preguntó a Peter. Ya tenía 13 años y era una mujer de verdad, ¡lo había dicho en serio! Y asintió. Ese era el camino correcto, dijo.

Peter le había descrito la desfloración y el sexo con gran detalle. Mientras no le hubiera bajado la regla, no necesitaban usar anticonceptivos. Ella asintió; lo había aprendido en clase de biología. Él la colocó en posición y puso su pene en la entrada de su vagina. Ella levantó la cabeza; quería verlo todo con claridad. Él asintió y entró con mucho cuidado. En cuanto sintió la resistencia del himen, embistió con un movimiento rápido y potente. Ella no emitió ningún sonido y observó cómo su pene entraba por completo y desaparecía dentro de ella. "¡Entra hasta el fondo, ni siquiera llego al final!", exclamó, y ella le preguntó qué quería decir. "Tu madre tiene una vagina mucho más corta; ¡yo siempre llego al final!". Ella sonrió radiante, porque secretamente despreciaba a su madre, y ahora tenía algo que ella no tenía. Peter preguntó: "¿Puedo ya?", y ella asintió. La folló durante mucho tiempo; su vagina era suave como la seda, pero a la vez estrecha y firme. Eyaculó durante mucho tiempo, luego se dejó caer de lado. Ingrid no había tenido un orgasmo, pero él ya estaba cansado y a punto de dormirse. «De todas formas, lo harás antes de quedarte dormida», balbuceó, y se quedó dormido. Ingrid se sintió un poco decepcionada; no había sido tan emocionante ni increíble como lo había imaginado. Le hubiera gustado hablar con él sobre su primera vez, pero estaba profundamente dormido.

Tenían sexo todas las noches. Él le había explicado que debían mantenerlo en secreto, porque ambos podrían ser chantajeados. Dijo que podrían ganar mucho dinero con fotos desnudos. Él puso límites, porque ella estaba enamorada de él y era completamente sumisa. Fotos desnudos en todas las poses, masturbación frente a la cámara y escenas lésbicas. Ningún hombre presente durante las sesiones, nada de sexo frente a la cámara, ni siquiera insinuado. Tenía que fingir ser virgen ante todos, sin excepción. Esa era su marca personal, la virgen intacta que adoraba ser fotografiada desnuda. "¡No lo arruines, ganamos mucho dinero con esto! Y luego, cuando seas mayor, escenificaremos tu desfloración por mucho dinero, y entonces podrás tener sexo frente a la cámara si quieres. ¿De acuerdo?" Ingrid pendía de sus labios; él le daría muchos regalos, se lo había dicho muchas veces. Sí, quería participar, tal vez incluso convertirse en una modelo famosa. De todas formas, el colegio era horrible, así que lo dejó sin dudarlo.

Andromeda proyectó vídeos y fotos mientras contaba su historia. Fred sudaba ligeramente; la historia era emocionante y fascinante. Andromeda era una gran narradora, pensó. Ella era la indicada para él.

En cierto momento, Andrómeda le contó que había estudiado los sentimientos abstractos de «timidez» y «modestia» en miles de jóvenes. Le sorprendía la cantidad de chicas de unos 13 años que estaban enamoradas de sus padres y que, con el tiempo, los seducían. Andrómeda había omitido a todas aquellas que habían sido forzadas y violadas contra su voluntad, incluso si habían superado el impacto inicial y, con el tiempo, habían llegado a disfrutar de ser violadas por sus padres. Andrómeda había denunciado los casos más extremos a la policía de forma anónima, pero con gran detalle.

No, Andromeda estudió a las demás. Aquellas que, tímidas y avergonzadas, pospusieron la seducción hasta que la presión se volvió insoportable. Solo un puñado de padres pudo resistir la tentación y las astutas maquinaciones de su hija. La mayoría sucumbió de inmediato o poco después. Aunque ellas mismas lo habían provocado activamente y le habían dado la sensación de haber conquistado y seducido a su hija, muchas chicas se retraían hasta el último paso. Aquí, Andromeda pudo estudiar la timidez y la vergüenza de las chicas muy

de cerca. Yacían desnudas y listas ante sus padres, con el corazón latiéndoles con fuerza en la garganta, la respiración superficial y ronca. Tímidas y avergonzadas, sintieron el empuje de su pene, la sensación desconocida, incluso si ya le habían hecho cientos de felaciones a su padre. La vergüenza alcanzó su punto máximo en el momento de la desfloración y luego se desvaneció, reemplazada por el alivio y el triunfo.

La observación de las madres también fue asombrosa. Algunas se dejaron engañar y no notaron nada, pero eran pocas. La mayoría sentía desprecio por su marido y su hija, y este desprecio se intensificaba cuando los dos mantenían relaciones sexuales junto a ellas en el lecho conyugal. La mayoría, sin embargo, suspiraba aliviada; estaban cansadas de la monotonía sexual con sus maridos. Al contrario, alentaban las relaciones sexuales entre las dos mujeres, manteniendo una actitud amistosa o fingiendo deseo, según convenía a la situación. Hubo bastantes que participaron activamente con los dos personajes principales. Andrómeda pudo estudiar los distintos grados de timidez y vergüenza de las madres.

Fred la interrumpió y preguntó: "¿De cuántas estamos hablando?". Andromeda respondió que en el área metropolitana de Vancouver, varios miles de chicas iniciaban relaciones incestuosas cada año, probablemente cerca de diez mil. En toda la provincia de Columbia Británica, la cifra oscilaba entre 80.000 y 100.000 anualmente. En los vecinos Estados Unidos, las cifras eran aproximadamente el doble. Fred se sorprendió mucho; no esperaba tantas. El incesto no se había tolerado durante siglos, ni siquiera hoy, en el siglo XXIII. Si alguien era demasiado ingenuo como para ser descubierto, se enfrentaba a un castigo severo y al ostracismo social. Pero las cifras reales habían aumentado drásticamente en los últimos siglos; ahora, un buen 85% de las chicas y los padres mantenían relaciones incestuosas, muy a menudo simultáneamente con el matrimonio de la hija e incluso después, añadió Andromeda.

Fred se volcó en su trabajo; había perdido mucho tiempo con el tribunal y tenía mucho que recuperar. Alastair había dirigido bien al grupo, pero Fred aún era consciente de que había dejado mucho por hacer. Las tres semanas pasaron rápidamente. Andromeda dijo que

su cuerpo llegaría esa tarde. Esperó en el gran salón. Llegó el coche, entró una niña vestida de Caperucita Roja y le hizo firmar una pila de papeles. Se los llevó al conductor, el coche arrancó y la niña regresó. Se quitó la capucha y Fred dio un respingo de sorpresa.

Era Andrómeda.

Llevaban tres meses juntos. Le sorprendió gratamente lo inteligente e independiente que era. La primera noche, admiró el tatuaje que llevaba en el cuello; era el mismo tatuaje de elfo que él habría elegido. Su primera vez juntos fue una celebración. Inmediatamente le dijo que no se hiciera la reconstrucción del himen; le parecía antinatural. Debía desarrollar su sexualidad según sus propios deseos. Esto no contradecía su anhelo por una joven tímida y modesta. No tenía ningún problema en ser una joven enérgica durante el día y transformarse por la noche, entregándose tímidamente y con modestia al hombre corpulento. Su gran habilidad consistía en desencadenar la transformación de chica tímida a amante ardiente y exigente en el momento preciso. Su clítoris élfico presionaba su punta contra su pene, de modo que experimentaba un orgasmo magnífico, como los elfos, de principio a fin. Fred siempre tomaba una pastilla cuando quería tener sexo toda la noche.

Ella administraba y supervisaba toda la casa, a veces sentándose junto a él frente a la pantalla, aprendiendo cómo pensaba y trabajaba al solucionar problemas o programar. Fred estaba completamente enamorado de Andromeda y pronto la amó con todo su corazón. Ella incluso podía dormir a su lado mientras supervisaba toda la casa. A él le encantaba despertar junto a ella.

Ella se dio cuenta antes que él de que necesitaba un cambio, un cambio. Reservó una androide lesbiana y lo sorprendió con ella. Oficialmente, aún no tenía experiencia lésbica y dejó que la androide la sedujera y le revelara sus secretos. Por supuesto, después él pudo acostarse con la androide. Rugió como un ciervo al eyacular, ¡fue increíble!

Una noche, la androide Andromeda hizo una demostración de sexo clitoriano con clitoriano. Se agachó justo delante del coño de An-

dromeda, que estaba tumbada boca arriba y a punto de ser penetrada por la androide por primera vez. Observó cómo ambas se frotaban los clítoris hasta que se endurecieron. Fred contuvo la respiración mientras la androide se inclinaba ligeramente en diagonal sobre Andromeda y presionaba su clítoris contra el de ella. Solo respiró cuando la mujer mayor empezó a follar a la joven como un hombre. Poco a poco, aumentó el ritmo, y ambas mujeres jadeaban de placer y esfuerzo. Follaron tan rápido que Andromeda, enloquecida de placer, se aferró a la otra mujer y tuvo un orgasmo muy potente. La androide se puso de rodillas con una sonrisa orgullosa y triunfante, echó la cabeza y el torso hacia atrás de forma que su coño y clítoris sobresalieran, y se masturbó en esa posición durante minutos hasta que se acurrucó en un orgasmo poderoso.

Bebieron una copa de vino y Fred fumó un cigarrillo. Andromeda no fingió no entender ese tipo de sexo. Fred se sentó al borde de la cama y observó cómo Andromeda follaba a la androide hasta que esta enloqueció, de modo que se desmayó brevemente tras su orgasmo alucinante. Fred sabía que las androides tenían sentimientos reales, orgasmos reales, y no dudó ni un instante de que la androide se hubiera desmayado de verdad durante unos segundos. Se levantó y los miró a él y a Andromeda, algo avergonzada. Bebieron y follaron hasta la mañana; Fred había follado con ambas tantas veces que estaba agotado. Entonces se quedó dormido.

Marjorie, la jueza, lo llamaba cada pocas semanas. Iba a su casa y jugaba a sus juegos lésbicos con Andromeda, dejando que Fred la follara con fuerza una y otra vez. Por la mañana, le pedía que la llevara a casa. A Fred no le gustaba especialmente Marjorie; tenía más de 50 años y la piel estaba vieja y arrugada. No era capaz de besarla en la boca, y mucho menos con la lengua. Podría haberla rechazado en cualquier momento, pero le halagaba que estuviera tan encaprichada con él. A menudo hablaba de lo torpe y apasionadamente que la había follado cuando tenía 17 años, ¡dejándola sin aliento! Él la corregía cada vez, diciendo que solo tenía 13 años entonces, pero ella siempre lo ignoraba. Era una jueza muy respetada y no se acostaba con menores. Fred mantuvo a Marjorie cerca durante bastante tiempo porque no era ni insistente ni pegajosa. Iba cada pocas semanas, cuando a él le convenía; disfrutaba follando y siendo follada como puro placer fí-

sico y se iba de nuevo, sin incidentes. Cada vez con más frecuencia, Andromeda se unía a Fred y Marjorie, pues era una tercera integrante realmente fantástica del grupo. Sorprendió a Marjorie al despertar gradualmente sus inclinaciones lésbicas, que florecieron inesperadamente.

Fred y Andromeda se amaban con todo su corazón, y si no fuera por el tatuaje en el cuello de ella, habrían sido la pareja envidiada. Vivían tiempos emocionantes y aún no veían las nubes oscuras que se cernían en el horizonte.

Todo comenzó cuando la abuela de Fred, Amelie, falleció un día.

• • •

La pandilla de los cinco

von Jack Faber © 2023

ENTREVISTADOR: Bueno, todo está preparado, como prometí. Sustituiré todos los nombres por seudónimos, así como los lugares y los detalles sobre quién, dónde, cómo y cuándo. Debo advertirte que mi editor podría recortar el texto si te expones demasiado; no podemos publicarlo todo. Ahora, cuenta tu historia, pero desde el principio, en orden, y no omitas nada esencial. ¡Empecemos!

PJOTR: Vivimos en un pequeño pueblo a unas dos horas de la ciudad. Formamos una pandilla, queríamos llamarnos los Cuatro Rojos. Pero entonces se unió el pequeño Dani, Daniel. Era judío, lo vimos enseguida. Era el único de nosotros circuncidado; su prepucio no cubría completamente el glande, pero podía eyacular igual que el resto. Todos habíamos tenido penes de hombre antes, gruesos y robustos. Solo el de Dani todavía parecía el de un niño pequeño, en forma, pero era igual de grande que el nuestro.

ENTREVISTADOR: Entonces, según la transcripción, eran ustedes cinco. ¿Quiénes más estaban allí?

PYOTR: Bueno, éramos yo, Vanya, Maxim, Andrei y Dani. Solíamos encontrarnos en mi casa. Hay un pequeño puente peatonal sobre el arroyo, construido por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Subías los escalones y quedabas a unos dos metros del suelo. Nos quedábamos allí de pie, uno al lado del otro, y todos nos masturbábamos en el arroyo.

ENTREVISTADOR: En lugar de “wixen” escribiremos “masturbate”, ¿de acuerdo?

PJOTR: Da igual, estás escribiendo el artículo de todas formas. Desde ahí, puedes ver directamente la casa de peces de Sascha. Sascha es Alexandra, mi hermana. Es mucho mayor que nosotros, dos años mayor, pronto cumplirá 20. Lleva gafas gruesas, tiene pecas y es muy gorda. Muy gorda. Es increíblemente inteligente, tiene una beca

para la universidad y solo está esperando un hueco libre. Quiere estudiar biología, tal vez biología marina. No tiene amigos ni con quién acostarse. Me enseñó a follar hace nueve años. El tío Vanya la desfloró y la folló todas las noches durante dos semanas, hasta que su ama de llaves lo echó. Volvió con ella y la folló aburridamente como antes, y fue entonces cuando Sascha me explicó lo de follar, y entonces follamos. Desde entonces, esperamos a que nuestros padres se duerman, entonces me escabullo en su cama, y entonces follamos. Sascha dice que no es tan bueno como la masturbación; me lo enseñó antes, pero entonces no se veía nada. Su mano desapareció entre sus michelines, y quince minutos después toda su grasa se había deshecho, y eso fue todo. Durante mucho tiempo, yo fui el único de los cuatro que ya había tenido relaciones sexuales, pero luego llegó Dani, y él también ya las había tenido.

Al principio éramos escépticos; tal vez Dani solo estaba presumiendo. Explicó que le habían permitido dormir en casa de sus padres desde que había estado enfermo hacía años. Aparentemente, a su padre no le importaba que el niño lo viera masturbarse o que su madre lo masturbara después. Sin embargo, su padre le había ordenado que se diera la vuelta cuando su madre lo masturbaba, y entonces, asqueado, tenía que eyacular dentro de ella. Dani seguía observando en secreto. Su madre introducía su pene en su propia vagina y tenía que seguir masturbándolo dentro de ella hasta que finalmente eyaculaba. Ella lo atraía hacia sí por las nalgas y susurraba: "¡Corre bien adentro, papi, bien adentro!". Dani había estado observando en secreto durante años, y le pareció muy extraño que fuera lo mismo todas las noches: él se masturbaba y tenía que eyacular dentro de ella; después, ella lo masturbaba, y él tenía que eyacular dentro de ella de nuevo. Luego se quedaba dormido rápidamente, y ella se masturbaba durante otra hora o más. Nunca la había visto masturbarse, pero lo había sentido y oído mil veces.

La madre tenía poco más de 30 años, era muy delgada a pesar de haber dado a luz a tres hijos, y a Dani no le gustaban sus pechos porque eran muy pequeños. A veces la espiaba mientras se bañaba y estaba enamorado de su cuerpo. A los 17 años, su madre, que amaba el dinero mucho más que a Dios y la religión, la había concertado — o mejor dicho, vendido — a un joven muy rico. Se conocieron; a él le

encantaba lo bien que ella le hacía felaciones, pero le dijo sin rodeos que nunca había tenido relaciones sexuales y que probablemente nunca las tendría. Ella tenía que pensar rápido; seguía siendo virgen y deseaba desesperadamente tener hijos. Así que hicieron un pacto: ella lo masturbaría y él tendría que eyacular dentro de ella al final para que ella tuviera hijos. Ella ya tenía un plan: dejó que su padre la desflorara antes de la boda. Él ya estaba completamente desquiciado y no sabía realmente quién era la chica que estaba tan ansiosa por perder su virginidad. Le preguntó quién era, y ella mintió, diciendo: "Jenny". El viejo la desfloró, la folló y eyaculó felizmente dentro de ella. Ella dejaba que su viejo la follara cada tres días; a veces la follaba una segunda vez, durante varias semanas. Sabía que estaba embarazada de su padre cuando se casó. Llamaría al niño Daniela o Daniel, como su padre, el padre de su hijo. La boda fue lujosa; se cortó el dedo meñique y untó la sangre en la sábana. El orgulloso novio lo mostró por la ventana, y ahí quedó todo. Ella lo masturbó dos veces en su noche de bodas, metiendo su pene en su asqueroso agujero ambas veces, donde continuó masturbándolo hasta que eyaculó dentro de ella. A partir de entonces, esa fue su vida amorosa; era pura superstición. Después de la segunda eyaculación, él se iba a dormir gruñendo, todas las noches. Dani, por supuesto, había estado espiando en secreto, y él quería desesperadamente follarla, a cualquier precio. Él se acostaba en el extremo opuesto, y la madre se acostaba en el medio, de lado, con el culo hacia él. Él levantó sigilosamente las sábanas, subió su camisón para que su trasero quedara expuesto y se masturbó, eyaculando sobre sus nalgas. Ella gruñó y murmuró adormilada: "No me gusta así, es asqueroso". Él esperó un momento, luego se masturbó de nuevo, empujando su pene entre sus nalgas y eyaculando en su hendidura. Ella refunfuñó: "Eso tampoco está bien, es asqueroso". Él estaba desesperado, ¿cómo podía estarlo? Esperó un poco más, luego introdujo su pene profundamente en su coño desde atrás, desde abajo. Ella gruñó de placer: "¡Ahora sí, tienes que eyacular bien adentro al final!" Dani la folló como un reloj y eyaculó profundamente en su agujero. Ella no gruñó; simplemente preguntó por encima del hombro si había terminado. No lo había hecho; tenía que eyacular dos veces más, estaba tan acostumbrado, cinco veces cada noche, susurró. Ella asintió con la cabeza, y él la folló dos veces más y eyaculó cuando el reloj de la iglesia dio la medianoche. Se dio la vuelta después de bajarle el camisón y arroparla bien. Sintió el movi-

miento de su trasero porque ella se estaba masturbando ahora, como hacía todas las noches, pero él nunca lo había visto realmente. Ahora dormía con la espalda de su madre todas las noches, dándose la vuelta y fingiendo estar dormido. El padre estaba satisfecho con esto y dejó que la madre lo masturbara dos veces, obligándolo, contra su voluntad, a eyacular en su horrible y asqueroso agujero con una expresión de asco. Dani se preguntó qué tan rápido terminaba con él. Esperó hasta que su padre roncó como un oso, luego descubrió a su madre, que siempre se acostaba de lado, ofreciéndole voluntariamente su trasero, y la folló, generalmente cuatro o cinco veces, y solo por detrás, porque esa era la única manera en que ella lo quería. Luego se quedó dormido mientras su madre se masturbaba, temblando como gelatina. Esto llevaba ocurriendo un año entero, pero su madre nunca le dijo nada al respecto; era su secreto. Una vez le preguntó si era normal eyacular cinco veces y tardar más de un minuto. Ella no lo miró y siguió jugando con los platos. «Los chicos jóvenes lo necesitan a menudo, algunos incluso diez veces, y si solo tarda un minuto, también está perfectamente bien. Tu padre tiene que hacerlo exactamente dos veces, pero nunca se ha acostado conmigo, así que no te sorprendas. Al final, lo froto en mi ano para que se corra dentro. Siempre es muy rápido. Puedes beberte un vaso de agua de un trago en diez segundos o dártelo lentamente durante diez minutos, da igual».

Se enderezó, abrió la puerta del armario y habló con las tazas de café. “Vuestras hermanitas son demasiado jóvenes para tener sexo”, dijo, y las tazas asintieron. “Cuando tengan 13 o 14 años, me parece bien. Pero decídmelo antes; tengo que estar presente en vuestra primera vez y vigilar. Lissi ya me preguntó cómo puede conseguir que tengáis sexo. Las jovencitas están deseando que las follen, me lo dijeron ellas mismas. ¡Qué pena!” Dani se apresuró a decir: “Lissi ya tiene 13 años, y a veces juegan con... con su cosita, y él siempre tiene permiso para eyacular profundamente dentro de ella, pero ella nunca ha sugerido sexo de verdad. Ella presiona mi polla contra su agujero y me frota, luego empuja mi polla hasta el fondo a través de la amplia abertura de su himen, y tengo permiso para eyacular dentro”. La madre corrió inmediatamente a la habitación de los niños y regresó al cabo de un rato. “Gracias a Dios que Lissi sigue siendo virgen, pero por favor ten cuidado, tu padre quiere casar a sus hijas vírgenes. Por lo visto, su himen no se rompe fácilmente, así que puedes follarla co-

mo quieras, ¡solo ten cuidado!" La madre cerró de golpe la puerta del armario y la conversación terminó. Dani follaba a Lissi con mucho cuidado todos los días cuando volvía del colegio, y una vez se corrió dentro de ella. Guardó el semen para compartirlo con Sascha y mamá. Por la noche, follaba a mamá todas las noches.

ENTREVISTADOR: Pero volviendo al puente, ustedes estaban uno al lado del otro y salpicaban agua en el arroyo.

PJOTR: Sí, exactamente. Una vez, cuando Sascha no estaba con sus peces, nos colamos en su santuario y rociamos agua en el abrevadero de piedra. Los peces se emocionaron y se lo comieron todo. Así que allí estábamos, de pie en el puente, sonriendo mientras rociábamos agua en el arroyo, sabiendo que llegaría a los peces. Sascha había empezado a usar recientemente un delantal de goma que se había comprado para la universidad. Solo llevaba ropa interior debajo, y cuando se tumbaba boca abajo en el abrevadero de piedra para hablar con los peces, darles de comer o acariciarlos, su ropa interior se asomaba de forma bastante impúdica, y teníamos que rociar agua una y otra vez, se veía tan sexy.

Por supuesto, inmediatamente comprobé si la historia de Dani podía ser cierta, y sí, lo era. Me acosté detrás de mi madre con una red de mentiras; mi padre ya estaba profundamente dormido. Mis padres solo tenían sexo los domingos por la mañana hasta el mediodía, y nos mandaron a Sascha y a mí fuera de casa. Giré a mi madre de lado, pero no pareció darse cuenta porque estaba absorta en la masturbación. Efectivamente, pude introducir mi polla en su coño por detrás y por debajo, y la follé muy rápido. Gracias a Sascha, ya tenía bastante práctica. Me corrí mientras su orgasmo se retorcía y me saqué rápidamente durante sus últimos espasmos. Ella no se había dado cuenta de nada y se detuvo, igual que yo. Empezó a masturbarse de nuevo, y la follé como antes, corriendo dentro de ella justo cuando estaba a punto de correrse, e inmediatamente me saqué. Abrió las piernas, y ahora vi cómo se hacía y cómo se corría, igual que Sascha. Se detuvo de nuevo y empezó muy despacio. Ahora yacía de espaldas, sin cubrir, y yo lo observaba todo; era increíblemente excitante. De alguna manera logré penetrarla de lado y desde abajo. Me tomó demasiado tiempo. Ella estuvo cerca, tuvo un orgasmo, y yo aún no ha-

bía terminado. Despertó de su ensoñación y susurró indignada lo que estaba haciendo, pero era solo una pregunta retórica. Me detuve, sobresaltado, pero ella siseó: "¡Date prisa, termina!". Dudé un poco, y ella siseó muy bajito para que finalmente volviera a follarla. La follé increíblemente rápido, me corrí y tuve que recuperar el aliento. Ella susurró impacientemente: "¿Ya terminaste?". Le susurré que normalmente necesitaba volver a hacerlo, y ella susurró con una sonrisa: "¡Sascha ciertamente te entrenó bien!". Me sentí algo ofendido, pero tenía que seguir follando y correr. "Quédate muy callado", susurró, "puedes seguir follando y corriendo si quieres. ¡Pero solo esta vez!". Se ablandó por completo y guió mi pene con su mano. Yo follé rápido, pero ella me ralentizó. "Tómate tu tiempo, ¡disfrutémoslo los dos!" Fui muy despacio, durante lo que pareció una eternidad, pero finalmente, me impulsó, y me corrí con un escalofrío. "Ahora he terminado", susurré. Ella tomó mi cara entre sus manos y susurró que no debería hacer eso, que era incesto. Por supuesto, había oído hablar de ello y asentí con tristeza, "No lo volveré a hacer". Después de un rato, sonrió alentadoramente y rápidamente comenzó a masturbarse, y yo también lo hice después. Ella terminó mucho más rápido que yo y tomó mi pene en su mano, hizo un gran trabajo para mí, y después de un rápido juego de lengua, me dejó correr en su boca. Susurró con urgencia que continuaría, porque lo necesitaba desesperadamente, pero que yo debía irme a la cama; mi padre no debía encontrarme aquí.

Esa es la situación. Un par de veces por semana me cuelo en su cama mientras se masturba y luego tenemos sexo a escondidas, como al principio. Pero ahora, después de que llega al orgasmo, siempre se da cuenta de que estoy ahí. Me deja tener sexo con ella de rodillas un par de veces y espera a masturbarse hasta que vuelvo a mi cama. Su padre no sabe nada, y solo Sascha a veces pregunta dónde he estado; quería tener sexo.

ENTREVISTADOR: Pero la primera víctima de la banda de cinco fue Sascha, así comienza la transcripción.

PJOTR: Sí, así lo ve el juez. Creo que fue Vanya quien sugirió que tuviéramos sexo con Sasha entre los peces. Al principio me opuse porque los peces eran un santuario privado para Sasha. Pero me con-

vencieron. Así que fuimos con Sasha y los peces. Fingimos interés y les preguntamos si los peces tenían sexo igual que los humanos. Ella nos miró a través de sus gruesas gafas y nos preguntó si no estábamos prestando atención en clase. Todos gritamos al unísono: "¡La escuela, ugh!". Negó con la cabeza ante tal estupidez y explicó que los peces en realidad no tenían sexo; rociaban semen sobre los huevos, que yacían en la arena. Vanya, que estaba de pie detrás de ella, le estaba tocando el trasero. Ella preguntó, y él respondió descaradamente que solo quería rociar su semen sobre sus huevos. Lo que ninguno de nosotros esperaba era que Sasha, sin decir palabra, se quitara las bragas y se tumbara en el abrevadero de piedra, con las piernas bien abiertas y el estómago asomando por su gordo trasero. "¡Bueno, rocíalo entonces!" dijo ella con descaro, porque no pensó que él se atrevería delante de sus amigos. Pero lo hizo. Le separó los labios vaginales con los dedos hasta que se vio la carne rosada pálida. Luego le metió su grueso pene en la vagina y empezó a follarla rápido, y creo que era su primera vez. Se corrió muy rápido, y Andrej ya estaba listo detrás de él. Sascha, por supuesto, notó el cambio de conductor, pero sonrió con buen humor y dejó que Andrej la follara hasta que se corriera. Maxim era el más torpe de nosotros; como los demás, nunca había follado antes y le separó los labios vaginales para ver bien el agujero rosado en el que iba a meter su pene. Lo insertó con cuidado y lo empujó hasta el fondo. Eyaculó inmediatamente, sin siquiera follar. Sacó el pene tímidamente y salió corriendo, sin querer oír las burlas. Dani folló rápido y durante un buen rato, susurrándole al oído a Sascha que estaba a punto de correrse. Sascha asintió en silencio, y Dani eyaculó dentro de él. Sacó el pañuelo del bolsillo y se limpió cuidadosamente el pene infantil. No tenía ganas de follar en ese momento, y mis amigos se dispersaron. Me quedé a solas con Sascha. «Así que este es tu grupo de cinco», observó ella, «es la primera vez que me follan varias personas».

Me interrogó de nuevo sobre dónde había estado esa noche, y cedí, probablemente porque no había participado en el sexo grupal. Le conté todo desde el principio, cada detalle. Me preguntó tres veces si Mamá siempre me hacía una paja y una mamada al final. Asentí; así era, pero no me había dado cuenta de inmediato. Tuve que prometerle a Sascha que, sin importar la hora, me metería bajo las sábanas con ella y le contaría todo con detalle. Cuando ya no pude tener sexo,

se lo conté mientras Sascha se masturbaba. Encendió la pequeña luz y abrió bien las piernas porque le resultaba aún más excitante masturbarse cuando la observaba. Tuve que controlar mejor mi semen; evité eyacular desde el puente y dividí mi semen entre Mamá y Sascha. Las cinco venían a casa de Sascha todos los días, y ella dejaba que las cuatro tuvieran sexo con ella con gran placer. Si alguien quería tener sexo una segunda vez, ¡adelante!

ENTREVISTADOR: Los otros tres apenas se mencionan en la transcripción del juicio. ¿Cuáles fueron sus experiencias?

PJOTR: El padre de Vanya hizo que su madre ingresara en rehabilitación y solicitó el divorcio. Aunque tenía más de 50 años, se casó con una joven divorciada de unos 35 que tenía una hija de 17 o 18 años. Ambos eran muy callados, y Vanya se sintió atraído por la niña, especialmente después de descubrir, espiándola, que había estado durmiendo con su padre desde los 12 años, y que esa era la razón del divorcio. Vanya podía oír exactamente cuándo su padre terminaba y comenzaba a roncar. La niña dormía con su madre y, por supuesto, estaba presente durante el acto sexual. Vanya se coló en la habitación de sus padres; estaba completamente a oscuras. Se acostó con cuidado y se deslizó sigilosamente bajo las sábanas. Se pegó a su cuerpo y le acarició las nalgas. Eran las nalgas de una niña pequeña, pero ambos tenían figuras similares, nalgas similares. Volvió a comprobar con la mano que el pliegue de sus nalgas conducía directamente a su lugar más íntimo. Su cuerpo y sus nalgas comenzaron a temblar violentamente mientras él la exploraba. Lenta pero firmemente, penetró en su santuario interior, ¡y estaba bastante apretado! El temblor se intensificó y la estaba follando con fuerza. Tenía el agujero rosado y excitante de Sasha en su mente todo el tiempo; el primero que había visto con tanta claridad y el primero que había follado de verdad. Tenía un pene bastante grueso y robusto, y le habría encantado follar a la chica temblorosa durante mucho más tiempo, pero tenía que correrse. Unos dedos enérgicos sacaron su pene y eyaculó el resto entre sus nalgas. Silencioso como un gato, se escabulló. Estaba casi seguro de que había follado a la hija. Regresó la noche siguiente, pero la chica ya no temblaba. Se asombró cuando una mano apareció entre sus nalgas, guió su pene con precisión hacia su santuario interior y estimuló su nalga con unas cuantas palmadas suaves. Su coño no estaba

tan apretado como ayer, y solo temblaba porque esta chica se estaba masturbando mientras la follaban. No podía ver nada en la oscuridad total, por supuesto, pero sospechaba que era su madrastra. Después de correrse, dejó su polla dentro de ella porque aún no había terminado, y nunca antes había visto a una chica masturbarse. Su orgasmo fue tan intenso que le apretó la polla. Le acarició el culo para despedirse y se escabulló en silencio. Se follaba a una chica diferente cada noche, y una vez, cuando estaba solo en la cocina con su madrastra, reunió todo su valor. Ella sonrió amablemente y se sentó a su lado, respondiendo a todo con honestidad y franqueza. Su padre se follaba a la madre y a la hija alternativamente cada noche, pero no era un amante particularmente bueno, aunque era un gran marido. La que se había follado se quedaba tumbada en el medio. Y ahora, gracias a Dios, venía cada noche a follar a la otra. Ella siempre se masturbaba mientras follaban; la hija solo lo hacía en secreto cuando podía encerrarse en su habitación. Ella tampoco lo había visto nunca, pero sabía con certeza que la hija se masturbaba todos los días, y generalmente también por la noche. Le prometió enseñarle a masturbarse algún día. Wanja se conformaba con un solo orgasmo durante la noche, porque estaba obsesionado con tener relaciones sexuales con Sasha.

Las cosas no le salieron bien a Maxim. Una noche, se coló en casa de su madre. Su amante dormía profundamente, y ella yacía desnuda, extendida en la cama, dormitando, con los dedos sobre el clítoris. Él le tocó el clítoris con el dedo, y ella se sobresaltó, preguntándole enfadada qué quería. Ambos susurraron muy bajo para no despertar al joven amante. Él tartamudeó: “Solo quiero…” “¿Jugar con mi clítoris?” Ella se indignó. “Quería follarte”, susurró él suavemente. “Tu cerebro debe de haber sido quemado por el sol”, dijo ella enfadada. “¿Qué madre deja que su hijo la folle?” Las nombró a todas. “Los otros cuatro de los cinco llevan un tiempo follando con su madre, yo soy el único que…” Ella lo interrumpió. “¡Solo lo dicen por decir!” Pero él negó con la cabeza con firmeza. “¡Nosotros no podemos mentir en la pandilla!” Ella se quedó pensativa.

“Tal vez solo lo hacen con la mano con tus amigos, podría creerlo, algunos lo hacen.” Empujó su erección hacia adelante, justo en su vello púbico recortado. Ella suspiró lastimosamente, “Está bien, de acuerdo, te frotaré con mi mano, ¡cerdo!” Él no estaba emocionado,

por supuesto, y dijo que se refería a follar de verdad. Ella asintió con la barbilla a su amante. Él miró; el chico era más joven que él, tal vez 14 o 15 años, con un pene pequeño de niño. Ella dijo, “Mi agujero es increíblemente estrecho, por eso solo follo con penes de niños pequeños.” Tomó su miembro mucho más grande en su mano. “Podía follar monstruos así bien hasta que naciste, pero no después de que naciste, mi coño se encogió y se volvió totalmente estrecho.” Señaló el pene del chico. “Aún no tiene 14 años, pero mira su pene, todavía no está completamente erecto, pero casi. Apenas cabe, pero en unas semanas tendré que buscar otro, con un pene más pequeño.” Murmuró que lamentaba que se hubiera encogido.

Se inclinó hacia adelante y separó sus labios vaginales. La abertura era realmente diminuta. Palpó su clítoris. “¿Pero aún puedes masturbarte?” Ella sonrió, adoptando un tono un poco más conciliador. “Siempre me masturbo cuando él duerme; no hace ruido”. Ambos se sonrieron. “Mamá, aún quiero intentarlo, con mucho, mucho cuidado. ¡No quiero lastimarte!” Ella negó con la cabeza. “Me dolerá mucho y podría desgarrarme la vagina”.

Max se arrodilló ante ella y colocó sus piernas sobre sus hombros. “Entraré con mucha suavidad, ¡lo prometo!” Ella cerró los ojos. “¡Por favor, no, no me hagas daño!” Él asintió y la besó en la boca, su pene se deslizó hacia adelante, encontrando la abertura de inmediato. Entró con mucha suavidad; no estaba nada apretado. Ella sonrió y sonrió mientras él penetraba suavemente más y más profundo. Su sonrisa se ensanchó aún más cuando él hizo un pequeño movimiento de empuje y se corrió al instante. Ella rió suavemente. “¡Estás en el agujero equivocado, Cristóbal Colón!” Él bajó la mirada, ¡en efecto! “¡Lo siento!” tartamudeó. “Colón también se perdió; en realidad quería ir a la India.”

“¡Estás en el agujero equivocado, Cristóbal Colón!” ¡Él bajó la mirada, en efecto! “¡Lo siento!”, exclamó. Ella sonrió y jugó con su pene, que aún estaba duro, tirando juguetonamente del prepucio sobre el glande. “¡Como tu padre, muy grande!” Vio que su coño estaba muy mojado. “Mamá, ¿estás tan cachonda?”, preguntó. Ella asintió. “¡Tengo que masturbarme ahora mismo, necesito un orgasmo!” Él le acarició la cadera, el trasero. “Por favor, déjame intentarlo de nuevo,

tendré mucho cuidado.” Pasó un rato, luego ella asintió y puso las piernas sobre sus hombros. Mantuvo los ojos cerrados, él bajó la mirada y separó sus labios con los dedos. Empujó el glande hacia adelante suave pero firmemente. Estaba realmente muy apretado, hizo una pausa y sintió cómo su tensión se liberaba y su coño se ajustaba a su tamaño. Ella exhaló bruscamente. “Ya casi está dentro”, susurró sorprendida.

— Sí — susurró alegremente — , ¡entra! Lentamente empujó hacia adelante, hasta el fondo, hasta que todo su pene estuvo dentro de ella. Ella se relajó, aferrándose a él, cerca, fuerte. Él comenzó a follarla, suave y poderosamente, sintiendo cómo su excitación aumentaba con cada embestida. Ella jadeó y respiró hondo, y con un grito ahogado y silencioso, su orgasmo estalló. Él siguió follándola hasta que su ritmo cardíaco disminuyó, y entonces se corrió dentro de ella. Ella bajó las piernas y señaló su clítoris. — ¡Mira qué afilado y rojo se ha puesto! No me habían follado para tener un orgasmo tan bueno en 18 años, desde papi... — dijo, dejando la frase inconclusa. Permanecieron en silencio un rato.

Su pene seguía bastante rígido, y ella jugaba con él. “¿Tienes que volver a hacerlo, no?” “Sí, tengo que correr dos veces más, y luego se ablandará”, dijo él. Dijo que siempre corría cinco veces por noche. Ella asintió; todavía estaba completamente abrumada. Después de tantos años, había follado con un monstruo otra vez. Volvieron a follar después de un rato; él fue muy gentil, y ella tuvo otro orgasmo. Él estaba feliz y se lo dijo. Volvieron a follar, muy, muy suavemente, pero ella no tuvo un orgasmo porque él ya estaba bastante cansado. Ella puso sus piernas sobre sus hombros y se masturbó. Fue bastante rápido; todavía estaba muy caliente por el sexo. Él la dejó deslizarse lentamente. “¿Te masturbas mucho?” preguntó con curiosidad, y ella lo pensó con una sonrisa. “Normalmente siete u ocho veces al día. Nunca he tenido un orgasmo con penes de chicos; siempre espero a que se duerman.” Max se quedó otra media hora; ella se masturbó una vez más, y él se fue a su habitación.

Al día siguiente, el joven enamorado había desaparecido.

¿Y Andrei? Bueno, su padre llevaba mucho tiempo sin acostarse con su madre; estaba agotado del trabajo y la despreciaba porque no tenía un solo amante, sino uno nuevo cada día. Pero al final de la tarde, ella los echaba a todos y, en la cena, fingía ser una familia feliz. Andrei esperó a que su padre se durmiera y luego se acercó sigilosamente. Ella sostenía un pequeño espejo y unas tijeras, recortándose el vello púbico. No se sorprendió, ni dejó que le molestara. Él esperó pacientemente hasta que ella apartó los objetos. Por supuesto, ella había estado observando su pene erecto todo el tiempo, y ahora le preguntó si debía masturbarlo o practicarle sexo oral, o si prefería tener sexo de verdad. Expresó sus dudas sobre si él era capaz de ello todavía. Él se quedó completamente desconcertado y asintió. "¿Entonces, sexo, sexo de verdad?", preguntó innecesariamente, abriendo las piernas para que él pudiera arrodillarse entre sus rodillas. "Pero ¿por qué te hago una pregunta tan estúpida? ¡Tienes justo la edad en la que los chicos quieren follar como locos! ¡Así que vamos!" Ella se quedó medio erguida en los cojines y dejó que la follara sin mucho problema. Después de que él eyaculó, ella apoyó su cara en su pecho. "Te voy a explicar exactamente qué es importante y qué no", dijo sonriendo, y entonces él recibió una lección intensiva sobre cómo follar. Hasta entonces, solo se había follado a Sasha, a su manera y sin ninguna instrucción. El padre estaba dormido en el sofá de la sala, y ella le preguntó a Andrej si alguna vez había visto a una chica masturbarse. Él negó con la cabeza, ¡no, nunca! "Bueno, ¡vamos, puedes mirarme!" dijo y comenzó a masturbarse. Fue realmente muy excitante, y su polla se hinchó considerablemente, lo que ella notó con una sonrisa. Cuando estaba cerca de su clímax, jadeó, "¡Ahora!" Andrej inmediatamente comenzó a follarla como un reloj, eyaculando en el momento en que ella tuvo un orgasmo; fue su orgasmo el que desencadenó su eyaculación. Continuó follando hasta que su pene se ablandó. Ella dijo que parecía haberlo entendido. Él se recostó con la cabeza entre sus pechos, y ella le preguntó sobre sexo por primera vez. Más tarde, volvieron a follar, y él esperó a eyacular hasta que ella terminó de masturbarse. Regresó a su habitación para que su padre no se enterara. Tenía permiso para venir todas las noches, pero sabía que para ella era solo un amante más.

ENTREVISTADOR: Bien. Cuénteme qué pasó después con Sascha, ¿cómo entró en escena su padre?

PJOTR: Sascha fue un gran éxito con nosotros durante seis meses. Como solo se podía ver directamente dentro de la casa de los peces desde el puente, ella generalmente se quitaba toda la ropa y solo se ponía su delantal de goma. La follábamos toda la tarde; de vez en cuando se subía al abrevadero de piedra y se lavaba el coño. Los peces se comían nuestro semen con gusto, decía ella. Solo nos dejaba follarla por detrás, con la parte superior del cuerpo sobre el abrevadero de piedra. Una vez descubrió que los peces le mordisqueaban los pezones, y eso le pareció excitante. Sascha tiene pechos bastante grandes, así que los sumergía en la comida para peces, los sumergía completamente en el agua, y los peces los mordisqueaban con entusiasmo. Ella se reía lujuriosamente porque era sexualmente excitante. Por lo general, dos de nosotros nos poníamos a su izquierda y derecha y le separábamos las gruesas nalgas con ambas manos. De esa manera se podía ver muy bien su carne rosada, su clítoris grande e hinchado y su agujero profundo, y también las puntas de sus dedos cuando se masturbaba. Dani separó sus labios vaginales con los dedos, sacó su pene juvenil por completo y eyaculó directamente en su vagina desde afuera. Roció chorro tras chorro a corta distancia directamente en el orificio aún abierto por la penetración, justo debajo de su dedo, que acariciaba su clítoris rígido y del tamaño de un dedo. Se veía increíblemente excitante.

Ninguno de nosotros se había dado cuenta de que nuestro padre se había quedado sin trabajo. De repente apareció en la puerta de la pescadería. Se rió a carcajadas. “¡Bueno, aquí están todos!” Vanya sacó tímidamente su pene, y allí estábamos, cinco chicos desnudos y Sasha. Podíamos oler su aliento desde lejos. Fue directo a Sasha y la agarró de las caderas desnudas. “De verdad pensé que seguías siendo virgen porque no parecías tener novias ni novios. ¡Pero veo que tienes un montón de amigos y dejas que te follen! ¡Incluso Pyotr está aquí, nunca lo hubiera imaginado!” Empecé a explicarle que nunca me había follado a Sasha en la pescadería, delante de mis amigos, pero no me escuchaba.

Agarró a Sasha con mucha fuerza, muy cerca. “Yo también quiero follarte, ¡siempre he querido! ¿Qué piensas?” La pobre Sasha tartamudeó. “Pero... ¡eres mi padre! Y el tío Vanya, tu hermano...” “Bueno, ¿qué ha hecho ahora?” preguntó, dejando caer sus pantalo-

nes. Definitivamente tenía la polla más grande de todos nosotros, maldita sea. Sasha miró su miembro y tartamudeó: “Fue el tío Vanya, me quitó la virginidad hace años, hace muchos años...” Su voz se apagó. “Te folló, ese tipo”, dijo, con la lengua temblorosa, “¿así que te quitó la virginidad?” Sasha asintió con tristeza. “¿Te violó?” preguntó con dureza, pero ella se resistió. “¡No, no eso! Primero me enseñó a besar con la lengua, y luego me besó y me puso tan cachonda que tuve que follar con él, ¡enseguida!” Sasha miró tristemente al suelo. “Hoy sé lo cruel que fue. Pero entonces, con unos doce años, me quitaba las bragas en un santiamén, abría las piernas todo lo que podía e incluso me metía su pene yo misma.” Su padre la miró con desaprobación. “¡Incluso tuve que ayudarle a perder la virginidad con mi mano porque nunca conseguía una erección de verdad! Siempre tenía que masturbarme delante de él para que se le pusiera un poco duro. Siempre se corría dentro de mí enseguida; lo hizo durante meses hasta que mamá sospechó y lo echó de casa.”

El padre negó con la cabeza de un lado a otro. “¡Qué cabrón! ¡Podría haber dicho algo, y te habría follado mucho antes!” Levantó a Sasha sobre el borde del abrevadero de piedra y le separó las piernas. “¡Oh, qué belleza! ¡Qué cosa tan preciosa! ¡Y qué clítoris tan bien tonificado tienes! ¿Entrenas mucho? ¿Desde cuándo?” Sasha se puso roja como un tomate. “Desde el jardín de infancia, papá, y todas las noches desde entonces. ¡Pero Pjotr nunca se dio cuenta!” Lo miró fijamente. “¿De verdad tienes que follarme, papá? ¿Qué dirá mamá?!” Se encogió de hombros, agarró su polla con la mano y la metió profundamente en el coño de Sasha. Los cinco nos quedamos allí con la boca abierta. Sasha nunca había follado sobre la encimera antes. La folló durante mucho tiempo, y casi se resbala al agua cuando tuvo su primer orgasmo. Él siguió follándola, y ahora ella se estaba masturbando. Él eyaculó cuando ella tuvo su segundo orgasmo. Estaba tan absorta en la excitación que continuó masturbándose incluso después de que él retirara su pene. Terminó rápidamente y se metió en el abrevadero de piedra para lavarse el semen. Él me miró fijamente. “¡Así es como tendrás que follártela cuando seas mayor, Pjotr!”, balbuceó, subiéndose la cremallera del pantalón, y luego se marchó. Dani preguntó, o más bien afirmó: “¿Tu padre?”. Me quedé callada, y Sasha gruñó furiosa: “¡Recién ahora se ha fijado en mí por primera vez en 20 años, el cerdo!”.

ENTREVISTADOR: Ah, ya veo. ¿Así que así fue como te desviaste del buen camino?

PJOTR: asintió. Venía casi todas las tardes a follar a Sascha a fondo. Los cinco ya no follaban a Sascha tan a menudo; oíamos a mi padre quejarse de que no había dinero para comprar licor. Yo robaba licor de las tiendas, y los otros cuatro me ayudaban por amistad. Siempre que podíamos, robábamos dinero de la caja y comprábamos licor descaradamente con el dinero del tendero. Ya no teníamos que robar tan a menudo, puesto que comprábamos el licor a la competencia. Podíamos hacernos los inocentes; al fin y al cabo, pagábamos el licor en efectivo. Papá pasaba tardes enteras en la pescadería, follando a Sascha a fondo, y sus buenos chicos le traían licor sin fin.

Sascha ahora se masturbaba de orgasmo en orgasmo cada vez que su padre la follaba; no lo había hecho con ninguno de nosotros. Max, Wanja, Andrej y yo teníamos penes más largos que Dani. Metíamos nuestros penes en el agua y dejábamos que los peces mordisquearan; al parecer sabían que el nutritivo semen saldría disparado al agua. Los peces luchaban ferozmente entre sí para conseguir su parte de los sabrosos gusanos blancos. Con avidez, lamían nuestros penes hasta dejarlos limpios.

A alguien se le ocurrió la idea de sacar dinero de las gasolineras aisladas. Había 67 gasolineras a las que se podía llegar en bicicleta, y unas 20 estaban bastante apartadas. Observamos desde un escondite seguro, nos pusimos los pasamontañas y entramos en la gasolinera. Ninguna chica se negó cuando cogimos un fajo de billetes; nunca nos llevamos todo. Andrej llevaba una pistola de juguete de aspecto muy realista escondida en la cintura, y eso funcionó.

En la segunda gasolinera, Wanja bajó los pantalones vaqueros y las bragas de la chica aterrorizada y la folló por detrás. Ella levantó las manos y asintió cuando Wanja le preguntó si prefería ser follada o recibir una bala en la cabeza. Asintió, pálida como un fantasma. “Prefiero ser follada, señor”, tartamudeó, “¡Prefiero ser follada, con gusto!” Después de Wanja, fue el turno de Max, y la chica tartamudeó si podía bajar las manos. Le dije que si ponía las manos en el mostrador donde yo pudiera verlas. Se apoyó en sus manos y sacó su

pequeño culo. No pensé que se viera muy sexy, pero Dani gruñó, "¡Un agujero es un agujero!" antes de follar a la pequeña. Mandé a Max a la puerta, pero no pasó ni un solo coche por la autopista. Después de Andrej, la follé al final; ella ya había tenido un orgasmo con Dani y Andrej, y ahora la sentí temblar mientras se corría. Lo encontré muy erótico y sexy; Wanja la había fotografiado y filmado mientras tenía relaciones sexuales con los demás. Tenía la frente apoyada en los brazos; estaba exhausta y completamente agotada.

Nos separamos en bicicleta y nos encontramos en casa de Andrej. Repartimos el botín, pero guardamos la mayor parte para el aguardiente de papá. Nos reímos mientras veíamos los vídeos de Vanya. La madre de Andrej había acompañado a su amante a la puerta y entró desnuda, con un atuendo completamente transparente. Nos quedamos boquiabiertos porque es increíblemente guapa, y yo sabía perfectamente que los demás sentían lo mismo. Ella vio qué vídeo estábamos viendo y nos preguntó si no preferiríamos tener sexo de verdad, pero Andrej, el aguafiestas, echó groseramente a su atractiva madre. «¡Mi madre!», dijo, sin ninguna razón en particular, «¡y ni siquiera deberíamos pensarlo!».

ENTREVISTADOR: ¿Así que así fue como robaste todas las gasolineras?

PJOTR: No, solo cogimos un poco de dinero y dejamos la mayor parte; no queríamos arruinarles la vida a las chicas. Normalmente teníamos mucho tiempo para follar con ellas, porque ninguna quería un tiro en la cabeza. En un año, nos habíamos follado a todas las chicas con fuerza y nos habíamos reído a carcajadas, porque solo entonces la policía empezó a buscar a los cinco hombres. Estaban armados hasta los dientes, negros altísimos o corsos enanos, y salían disparados con neumáticos chirriando en un BMW plateado, rojo, negro o abollado. Siempre era un BMW, al menos eso era muy útil. A las chicas las ataban, las golpeaban, las emborrachaban con alcohol barato y solo muy rara vez las violaban los italianos borrachos. ¡Era exasperante! Dejamos de ir a las gasolineras.

Mi padre tenía algunos contactos en nuestro modesto mundo del hampa. Dani, que diligentemente seguía acostándose con Sascha du-

rante los descansos de mi padre, escuchaba sus llamadas. Así conseguíamos información valiosa sobre qué villas estaban desocupadas y dónde podría valer la pena entrar a robar. Los cinco nos subíamos a nuestras motos — para entonces ya estábamos orgullosos de nuestros BMW — , preparábamos nuestros pasamontañas y cogíamos las herramientas necesarias de papá. Él también nos daba buenos consejos sobre cómo entrar con la mayor discreción posible y cómo estar siempre preparados ante la posibilidad de que hubiera alguien. ¡Y cuánta razón tenía! Siempre encontrábamos residentes, ¡siempre! Parejas casadas, criadas o hombres que podían ser los padres o abuelos de las chicas.

ENTREVISTADOR: Esos fueron los robos, tal como se registran en el informe.

PJOTR: Me sorprendió en el juicio que se denunciaran tan pocos robos, pero claro, nunca hicimos daño a nadie. Entrábamos sigilosamente, como ratones, y primero comprobábamos si había alguien en casa. Siempre había alguien; las pistas del hampa, para ser francos, eran todas inútiles. Primero atábamos al marido o amante, y luego uno de nosotros empezaba a follar a la esposa, hija o criada delante del hombre amordazado. Ninguna quería un tiro en la cabeza; todas accedían a ser folladas. Les decían a sus maridos amordazados que solo lo hacían bajo coacción. Pero casi nunca era cierto; se dejaban follar con avidez y lujuria, suplicando: “¡Otra vez!”. Las demás buscaban dinero y joyas, pero de nuevo, no nos llevábamos todo. Follábamos a la chica o esposa con bastante calma, una tras otra. Por desgracia, algunas de las esposas tenían más de 50 años, pero apretábamos los dientes porque ¿quién no querría participar en la follada? Wanja lo grabó todo con su teléfono móvil, y muchas mujeres actuaron de forma muy frívola y perversa cuando supieron que estaban siendo filmadas.

Andrej, que sabía mucho de informática, nos dijo que no podíamos llevarnos portátiles ni móviles; eran los más fáciles de registrar. Andrej siempre llevaba una docena de memorias USB y revisaba a fondo todos los portátiles y ordenadores. A veces encontraba información bancaria o datos de cuentas, que eran fáciles de vender. Si encontraba fotos o vídeos comprometedores que no fueran de inter-

net, los copiaba. Cuando ya habíamos tenido suficiente, nos marchábamos discretamente. Desmontábamos los móviles y repartíamos las piezas, así que la gente tardaba bastante en llamar a la policía, pero para entonces ya estábamos con Andrej.

El dormitorio era la única habitación donde todos teníamos suficiente espacio. No hicimos la lista del botín hasta el día siguiente; la madre de Andrej no debía enterarse. Andrej le siseó que se pusiera algo de ropa, diciéndole que era una mujer respetable, ¡no una puta! Se puso la ropa transparente, y le importaba un bledo que los cuatro examináramos sus joyas milímetro a milímetro. Andrej nos mostró las fotos y videos robados, y su madre se rió a carcajadas mientras nosotros, criminales depravados, solo sonreíamos con malicia. Pasó un rato antes de que la madre de Andrej sacara nuestros penes y nos hiciera una mamada, uno tras otro. Andrej simplemente fue ignorado cuando ella tomó los penes en su boca y nos hizo correr dentro de ellos. Andrej tuvo que aceptar a regañadientes que su madre simplemente estaba devorando y follando con algunos de ellos. En el segundo mes, los cuatro nos turnamos para follar a la buena mujer; nunca estaba cansada ni perezosa. Andrej no quería tener relaciones sexuales con ella delante de nosotros, pero lo filmó todo, y bastante bien. Cada uno de nosotros recibió una copia, porque las noches podían ser muy largas.

ENTREVISTADOR: ¿Y cómo se produjo el asesinato, o más bien el homicidio involuntario?

PYOTR: Pyotr respiró hondo. Su padre había recibido un soplo infalible. Una casa aislada, el dueño se había ido de fin de semana, la caja fuerte estaba a rebosar, sin cerradura de combinación, y se podía abrir con uno o dos golpes de martillo. Quería hacer este gran golpe él mismo. Me di cuenta de que había bebido bastante para armarse de valor, y le dije que no lo dejaríamos ir solo. Se dejó convencer. Fuimos en bicicleta y comprobamos la situación. Todo parecía bien, las casas estaban oscuras, las farolas eran pésimas, como en todas nuestras ciudades. Buscamos los lugares adecuados para vigilar. Padre entró en la casa, sigilosamente, tal como nos había enseñado.

Pasaron diez minutos, y oímos el breve crujido del martillo en la caja fuerte. Quince minutos después, papá salió tambaleándose de la casa, con el martillo ensangrentado en una mano y un fajo de papeles en la otra. Vanya y yo fuimos con él inmediatamente. "¡Ni un centavo, ni un rublo, ni un dólar! ¡Solo papeles sin valor!" Arrojó los papeles al aire. Vanya los atrapó e intentó descifrarlos. Le pregunté a papá por qué el martillo estaba ensangrentado. Lo miró fijamente, sin comprender. "De repente apareció en la puerta, con un rifle de avancarga de la época zarista en la mano. Solo se oyó un clic, ¡así que le di un buen golpe! ¡En defensa propia!" Aturdido, lo subí al travesaño y corrí a casa con él. Mis compañeros llegaron uno tras otro. Vanya, que había recordado lo que Andrei nos había enseñado, llamó a la ambulancia de forma anónima desde un número oculto. Alguien estaba gravemente herido en esa dirección. Colgó muy rápido. Andrej negó con la cabeza. "¡Si están atentos, descubrirán quién eres, Vanyushka!"

Estábamos devastados; el hombre había muerto camino al hospital. Por lo visto era un notario muy apreciado, y el jefe de policía juró que atraparía al cobarde asesino antes del almuerzo. Padre se emborrachó por la mañana, nosotros, los chicos, follamos a Sasha toda la tarde, y luego nos reunimos en casa de Andrei por la noche y follamos a su madre hasta pasada la medianoche. Todos los días. Follábamos como conejos, con el miedo pisándonos los talones. Pasaron diez días; follamos a la pobre Sasha y a la madre de Andrei a diario, llevados al borde de la muerte por el puro terror. Entonces la policía apareció en casa de Vanya. Ninguno de nosotros le había pedido que guardara silencio; éramos los Cinco y nos mantuvimos unidos. Se llevaron a Padre, luego al resto de nosotros, y finalmente también a Sasha.

ENTREVISTADOR: Quizás deberíamos hablar del tribunal, del juicio. Todos ustedes salieron bien librados, ¿verdad?

PYOTR: Se puede ver así o no. Todos juramos lealtad, y el fiscal, que, como el incompetente jefe de policía, quería vernos ahorcados, como dijo en la entrevista televisiva, arruinó su propio caso al recordarnos nuestro deber de decir la verdad, ahorcándonos. ¡Todo el mundo sabe que la Madre Rusia solo ahorca a espías estadouniden-

ses! Te estrangulan, te apuñalan, te envenenan o te disparan. ¡Pero la horca! ¡Esos dos le recordaban a Waldorf y Statler!

ENTREVISTADOR: ¿Ah, también son gánsteres, o...?

PJOTR: No, esos son los personajes principales de Barrio Sésamo. ¿Entendido? ¡Así que fue un gran error interrogar a la Banda de los Cinco y a Sasha delante de todo el pueblo! No estábamos mintiendo; cada uno de nosotros contó con sinceridad cómo nos turnábamos para acostarnos con nuestras madres. El público pendía de nuestras manos, vitoreando, rugiendo y relinchando sobre cómo seducíamos a las madres. Nuestras madres se pusieron rojas como un tomate, una tras otra, pero cuando el público vitoreó y rugió de alegría porque no habíamos mentido ni hecho trampa bajo juramento, la gente lanzó sus sombreros al aire. Porque, nómbrame una sola familia en el pueblo que no cometiera en secreto los mismos crímenes. Las madres sintieron el viento a favor y sonrieron. El juez gruñón golpeó su mazo hasta que se hizo el silencio. Les preguntó secamente a los fiscales qué tenía que ver esto con el crimen real, y ellos se quejaron de que la intención era exponer el verdadero carácter de la banda de cinco miembros. En cualquier caso, el juez estaba furioso y tomó un antiácido. “Continúen”, ordenó.

En el momento en que Sascha subió al estrado, supe que la fiscalía había perdido. Le había aconsejado que usara su blusa revolucionaria sin sujetador. Apenas podía contener sus enormes pechos; no es casualidad que la blusa revolucionaria lleve el nombre de Marianne, la de pechos desnudos de la Revolución Francesa, tal como aparece en el cuadro de Eugène Delacroix. El público le arrojaba flores, gritando de alegría cada vez que uno u otro pecho los desafiaba. El viejo juez se limpió las gafas por tercera vez; no podía apartar la vista. Sascha era única y elocuente. Relató la seducción del tío Vania, incluyendo su pene perpetuamente semierecto. El público rugió de lujuria. Contó cómo ella y yo habíamos follado noche tras noche desde entonces, cómo se había masturbado en secreto todas las noches desde el jardín de infancia y había soñado con su príncipe. En ese momento, la sala quedó en completo silencio, salvo por la tos del juez, que no tenía hijos. No lograba comprenderlo, pero el fiscal continuó examinando los intestinos de Sascha, o mejor dicho, su vagina.

¿Logró imponerse? ¡No!

Sascha contó con entusiasmo cómo no podía encontrar novio y estaba tan contenta de que los cinco chicos compitieran por su atención, cómo la eyaculación infantil se había convertido en sexo infantil, y cómo les había ofrecido su flor a los cuatro. El quinto, su hermano, no quería follar a su hermana delante de sus amigos y solo lo hacía en casa, por la noche. Describió con detalle cómo su padre, que se había quedado sin trabajo, los había pillado a todos follando y por fin pudo follarla como es debido. Había visto a sus padres follar en secreto y no deseaba nada más que ser follada por él. Ahora estaba sucediendo; ¡la follaba como un hombre de verdad hasta que ella tenía un orgasmo, día tras día! No pudo decir mucho más; la pandilla de cinco la folló hasta que el miedo la volvió loca. ¡El público, que había estado pendiente de cada una de sus palabras, estalló en un aplauso atronador! ¡Viva Alexandra! ¡Viva Sascha! El juez estaba furioso. Llamó al fiscal al estrado del juez y lo insultó, ¡pero lo que realmente había conseguido era nada!

El fiscal echó un vistazo a sus papeles. Cuatro empresarios habían sido citados; la banda de cinco había admitido haberles robado, concretamente licor. Los empresarios negaron rotundamente los cargos. Los cinco jóvenes habían presentado su identificación y pagado el licor en efectivo. Eran buenos clientes; siempre pagaban en efectivo y nunca dejaban una cuenta abierta. El fiscal frunció el ceño. El juez se impacientó.

El fiscal citó a las 20 chicas de las gasolineras, confiado en que podría llevar ante la justicia a la banda de cinco miembros. Las chicas parecían aburridas y coqueteaban con los criminales, la banda de cinco miembros. Llamadas individualmente, negaron todo. Afirmaron haber sido asaltadas o violadas por personas negras, corsarios e italianos. Ninguna de ellas amaba a los tacaños y corruptos dueños de las gasolineras, ninguna dejó escapar que habían disfrutado del robo y se alegraron con la pérdida de dinero de los dueños. El juez las interrogó individualmente sobre si eran las criminales. “¡Por Dios, no, Su Señoría! ¡Son solo niñas!” El juez las dejó ir, cerró el expediente de golpe y llamó al fiscal a su despacho. Un receso de 30 minutos. Las cinco madres fueron rodeadas por madres del público,

quienes les dieron palmaditas en la espalda y les contaron cómo sus hijos habían logrado engañarlas y tener relaciones sexuales con ellas en secreto. La campana sonó estridentemente.

Entonces mi padre subió al estrado. No quiso revelar quién le había dado la información; era una cuestión de honor entre ladrones. El fiscal continuó, nervioso y temeroso, mientras el juez lo ponía en la cuerda floja. En privado, por supuesto. Mi padre describió el robo; los muchachos solo habían estado vigilando. Abrió la caja fuerte y solo encontró papeles sin valor. ¡Ni oro, ni dinero, ni joyas! De repente, el anciano, en camisón, estaba detrás de él, levantó un rifle y se oyó un clic. Estaba aterrorizado; si el anciano lo hubiera amartillado, estaría muerto. No se había dado cuenta de que el rifle era una pieza de museo. Preso del pánico, golpeó al anciano, ¡pero no tenía intención de matarlo! Salió corriendo y los muchachos lo llevaron a casa. Cuando escuchó en la radio que el anciano había muerto, no pudo dormir durante dos semanas hasta que lo arrestaron. Siguió las instrucciones del abogado defensor al pie de la letra, con cuidado de no incriminarse. El juez permitió entonces que los peritos y los científicos forenses hablaran y levantó la sesión. El veredicto se dictaría allí exactamente en 14 días; el padre debía permanecer bajo custodia, mientras que los cinco acusados fueron puestos en libertad bajo palabra. Sascha concedió una entrevista televisiva con la condición de que se mostraran su nombre, dirección y número de teléfono, y, en segundo lugar, que el camarógrafo mostrara la mayor parte de sus pechos y glúteos posible sin censura.

Nosotros, los cinco de la pandilla, sabíamos que podíamos acabar fácilmente en el Gulag durante 20 años. Estábamos aterrorizados y nos acostamos con Sascha esa misma mañana, los cinco, porque yo, como los demás, estaba muerto de miedo. Acostamos a Sascha boca arriba sobre la losa de piedra y nos la follamos como lo hacía su padre. Tenía las manos libres; estiró sus gruesas piernas en el aire y se masturbó el clítoris hasta desgarrarse. Desde que Andrej había mencionado que también podría ir a prisión, se masturbaba día y noche; ¿quién sabe si siquiera podría masturbarse en la cárcel?

Los chicos fueron a casa de Andrej a última hora de la tarde; su madre tuvo que echar a su amante, y los cinco la follaron sin descan-

so hasta bien entrada la noche. Nunca la habían follado tantas veces seguidas; incluso Andrej estaba asustado. La folló como nunca antes; al anochecer estaba completamente agotada y fue a orinar con las piernas arqueadas.

El tío Vanya, el tío de voluntad débil, se acostaba con mamá para apoyarla en su hora de necesidad. Por las mañanas, en el desayuno, ella lo empujaba juguetonamente, casi golpeándolo. Durante tres horas, tenía que frotar su pene y complacerlo en su boca hasta que estuviera medio erecto y pudiera follar y eyacular durante unos minutos. Había prestado mucha atención durante el juicio: obligar a niñas pequeñas a masturbarse, desflorarlas con sus propios dedos y follarlas durante meses mientras eran débiles de voluntad: ¡Tú puedes hacer eso, bocazas, estafador! Lo insultaba a diario, y le importaba un comino que los niños estuvieran sentados allí mismo. Siempre que papá estaba fuera o en la cárcel, venía por la noche y le forzaba su pene. Muchos años atrás, tal vez la habría follado bien, pero ahora nosotros, los niños, oímos que ella ya no lo quería.

ENTREVISTADOR: Sin duda, fue una época llena de miedo e incertidumbre. Pero entonces llegó el día del veredicto.

PJOTR: Sí, exactamente. Sascha se puso otra vez una de sus atrevidas blusas revolucionarias, esta vez la completamente transparente, y por supuesto sin sujetador. El juez le guiñó un ojo como si fuera miope y la dejó ponerse de pie y sentarse en el estrado de los testigos. Las cámaras dispararon, los equipos de filmación la rodearon, porque Sascha era plenamente consciente de que esta era su oportunidad para lucir sus pechos. Yo ya soy inmune, pero el público se quedó mirando sus pechos, hipnotizado como el pueblo judío en la tierra prometida o Novak Djokovic en un Grand Slam.

El juez nos hizo ponernos de pie a los cinco. Allí estábamos, con nuestros trajes de confirmación, el pelo engominado hacia atrás, con el Gulag cerniéndose sobre nosotros. El juez leyó su veredicto, y él y los asesores se pusieron sus sombreros de payaso. Tener relaciones sexuales con nuestras madres estaba de acuerdo con la costumbre local, así que fuimos absueltos. El juez miró al público. «Hace ochenta años, en mi juventud, las cosas eran muy diferentes, por supuesto.

Las familias de clase media como la mía podían permitirse una nodriza para amamantar a los bebés o una niñera. Ellas cuidaban de nuestros penes, nos dejaban eyacular con tranquilidad, y cuando nos convertíamos en jóvenes, nos enseñaban a tener relaciones sexuales. Ninguno de nosotros jamás pensó en tener relaciones sexuales con nuestras propias madres. Los tiempos han cambiado radicalmente. Así que, absolución. ¿Qué opina, señorita Sascha?». Sascha hizo una reverencia que hizo que sus pechos se salieran de sus copas. Se ajustó la blusa con una sonrisa triunfal y dijo: «¡Sí, Su Señoría, absueltos!».

ENTREVISTADOR: ¿Alguien ha averiguado por qué Sascha estaba en el estrado de los testigos?

PJOTR: Ni idea. El juez continuó leyendo. Que los cinco tuvieran sexo con Sascha en la casa de pescado era un asunto privado, ninguno era menor de edad, no se había cometido ningún delito, dijo, mirando con reproche al fiscal abatido. “No tengo idea de por qué esto tuvo que exagerarse, señor fiscal, así que otra absolución, ¿no es así, señorita Sascha?” Sascha hizo su imposible reverencia otra vez, y yo la conocía lo suficientemente bien como para notar por qué era tan torpe y se estaba metiendo los pechos de forma tan extraña en la blusa. “¡Sin duda, una absolución, Su Señoría!” El viejo juez sonrió con picardía; por fin había podido echar un vistazo largo e informativo a los pechos de Sascha.

El juez continuó: En cuanto a los supuestos robos en las tiendas y los asaltos a las 16 gasolineras denunciados por la fiscalía, las violaciones no probadas y las extracciones ilegales de dinero, ¡absolución, absolución, absolución en 16 casos! Ni los dueños de las tiendas confirmaron las acusaciones de la fiscalía, ni las 20 chicas de las gasolineras reconocieron ni acusaron a ninguna de las integrantes de la llamada “Banda de los Cinco”. Así que, absolución en los 16 casos, ¿no es así, señorita Sascha? Ella, radiante y feliz, realizó su reverencia cuidadosamente ensayada, primero ocultando un pecho con cuidado y dejando el otro al descubierto durante un buen rato, para luego ocultar el segundo. “Disculpe, Su Señoría, pero la blusa parece haberse encogido en la lavadora. Respecto a las absoluciones, solo puedo decir: ¡Gracias, Su Señoría, eso es justicia!”.

El juez asintió agradecido, como si necesitara la aprobación de Sasha. Pasó la página. “Ahora, señorita Sasha, a usted y a su padre. Ambos eran mayores de edad, así que no hay delito, aunque el tribunal tiene una ligera duda sobre su paternidad, pero eso es un asunto privado. Sin embargo, en cuanto a ese ominoso tío Vanya, ¡voy a presentar cargos contra él por agresión sexual a una menor de 12 años! Ya está bajo custodia, el juicio es mañana a las 10 en punto, y la cito a usted, señorita Sasha, y a su madre como testigos. ¿Cuál es su comentario, señorita Sasha?” Con la puntualidad de un reloj suizo, Sasha hizo su terrible reverencia y se metió los pechos en su blusa militar aún más rápido que antes. “Su Señoría, mi padre fue el primer hombre de verdad que me hizo el amor como es debido. Ni siquiera me daba cuenta de que éramos mayores de edad por aquel entonces. ¡Pero gracias por la absolución de todos modos! No me gusta hablar del tío Vania a menos que Su Señoría lo ordene.” Hizo una pausa y continuó: “¡Por supuesto que compareceré mañana, igual que mi madre!”

El juez carraspeó. «¡El acusado principal y los cinco jóvenes, por favor, pónganse de pie!». El padre y nosotros cinco nos levantamos, sintiéndonos como plomo. El Gulag se cernía sobre nosotros. El juez, al igual que los dos jueces asociados, se cubrió la cabeza con un sombrero de carnaval. “Deliberamos extensamente y concluimos que este no fue un caso de asesinato premeditado, asesinato u homicidio agravado, sino más bien homicidio en segundo grado, cometido en un repentino ataque de pasión, en este caso, un incidente desafortunado. Los expertos confirmaron que la amenaza inminente era un arma muy vieja y descargada, algo que el acusado no podía saber. Esto condujo a este acto impulsivo. Retiramos los cargos de robo con allanamiento y hurto de valores por valor de millones. Por lo tanto, lo sentenciamos a cuatro años y siete meses de prisión. Y ahora a nuestros jóvenes. Ustedes no estuvieron presentes ni involucrados en el homicidio”, suspiré aliviado, “pero actuaron como vigilantes durante un crimen, y deliberamos largamente sobre si esto debería considerarse complicidad. Dado que los tres no pudimos llegar a una decisión unánime, los sentencio a los cinco a tres meses de arresto domiciliario y dos horas diarias de servicio comunitario en el departamento de parques de la ciudad. Podar árboles, rastrillar hojas, ya saben, ¡No podía creer nuestra suerte! ¡Nada de Gulag! ¡Arresto domicilia-

rio, pff! El juez miró a Sasha. Ella se sintió llamada y obedientemente hizo una reverencia, pero esta vez se sujetó los pechos con ambas manos para que no se salieran. Los pechos en sus manos se veían tan frívolos y obscenos que el público aplaudió espontáneamente. "Su Señoría, mi padre no es un asesino, no, jamás. Sin conocer las complejidades legales, supongo que el homicidio involuntario en segundo grado es menos grave." El juez asintió con la cabeza. "Así que supongo que los cuatro años están justificados. Y que usted muestre clemencia hacia mis cinco hijos es mucho, mucho mejor que el Gulag."

El juez asintió. "Sí, ciertamente lo consideré. No puedo simplemente encerrar a estos novatos en prisión; los reunirán y los enviarán a luchar a Ucrania. — ¡¿Qué?!" El juez le había dado una patada en la espinilla y murmuró: "¡No puedes llamarlo guerra!" El juez inmediatamente se dio cuenta de su lapsus y le espetó al secretario. "Tacha 'guerra', bórralo, o elimínalo si es necesario. Quise decir que los envían a una aventura militar especial, no a una guerra, por supuesto. ¡No hay guerra! ¡Aventura militar, aventura especial!" Miró fijamente a su secretario. "No tomes notas. ¡Estoy haciendo una nota al pie privada y personal, ojo!" Miró directamente a su público.

"Cuando el Sr. Putin se convirtió en presidente hace 20 años, mi primera reacción fue de auténtico horror. Nunca he ocultado mi mala opinión del servicio secreto. Esos tipos que espían y miran por las cerraduras, que violan el secreto postal y abren cartas o intervienen teléfonos, ¡qué asco! Esos que miran debajo de las faldas de las chicas y meten sus dedos sudorosos debajo de sus faldas y en sus bragas, o meten cualquier otra cosa húmeda en las bragas de chicas inocentes, ¡doblemente asqueroso! Pero luego escuché un discurso suyo sobre cómo quería devolver a nuestra Rusia a la verdadera grandeza, a la grandeza de la era zarista. Eso me conmovió, me hizo llorar, porque tuve que pensar en mis queridos padres, que todavía se aferraban al zar y no entendían nada del nuevo comunismo. Entonces, un tierno y cauteloso amor por el presidente Vladimir Vladimirovich se encendió en mi corazón; no me importaba si metía los dedos en las bragas de las chicas o cualquier otra cosa en ellas..." Las bragas estaban atascadas, como todo el mundo Él lo sabe. Lo hace por la grandeza del imperio, aunque ya no se le llame imperio zarista. Entonces, ¿qué dice usted, señorita Sasha?

Sascha se acarició los pechos con un gesto frívolo y obsceno, dejando al público sin aliento. «Su Señoría, si el presidente Putin metiera la mano bajo mi falda y metiera los dedos en mis bragas, ¡adelante! Por supuesto, le pediría inmediatamente que me pusiera algo mejor, ¡sin dudarlo!».

ENTREVISTADOR: ¿Cómo evalúa la nota a pie de página del juez?

PYOTR: Dios mío, ni idea. ¿Qué es el Imperio Zarista? — No importa. Nos abrazamos aliviados y volvimos a casa arrastrando los pies. Llevé a mi madre a su habitación; ¡tenía que follar con alguien inmediatamente por alivio, y de qué manera! Ahora era un asunto de dominio público, fui absuelto, y oficialmente se le permitió follar conmigo sin castigo. Luego arrastré a Sasha a la habitación también; ¡follamos por primera vez en la cama matrimonial! Mi madre acarició los pechos de Sasha mientras follábamos. “Lo de la blusa transparente es genial, póntela otra vez mañana, ¡sumergiremos al limpio tío Vanya hasta el cuello!” Sasha asintió con la cabeza y no dejó de masturbarse ni un momento. “¿No quieres quitártelo, por anticoncepción?” preguntó mi madre. Sasha negó con la cabeza y jadeó mientras se masturbaba, “¡Todavía no me ha bajado la regla, mamá!” y yo añadí, “¡así que no puede quedarse embarazada!” La madre frotó mi polla profundamente en el coño de Sascha mientras yo me corría, porque se había puesto increíblemente cachonda y caliente mientras yo follaba a Sascha. Pero yo estaba demasiado cansado ahora; tenía que tomar un descanso. La madre tocó el clítoris de Sascha. “¡No tenía ni idea de que tuvieras un clítoris tan grande!” Sascha asintió perezosamente, porque yo sabía que le gustaba que le tocaran el clítoris suavemente. “Probablemente sea diez veces más grande que el mío”, continuó la madre. Sascha guardó silencio durante un buen rato, pero luego dijo: “Tal vez sea por masturbarse tanto, ¿verdad?”. Entonces la madre negó con la cabeza con decisión: “No, desde luego que no. Me masturbo al menos tanto como tú, pero el mío es mucho más pequeño, un pequeño bulto, tal vez un cuarto de uña o menos”. Me quedé dormido; mañana tengo cita en el juzgado. Por la mañana, volvimos a follar; eso era más importante para los tres que el desayuno. La madre, sonriendo ampliamente, le prestó a Sascha una blusa muy fina.

La sala del tribunal estaba abarrotada. Fotógrafos y camarógrafos rodeaban a Sascha, la primera en declarar. El asesor leyó varias páginas de detalles sin importancia; yo no prestaba atención, ya que conocía nuestra dirección. Entonces el juez tomó la palabra, comenzando con el tema del deber de decir la verdad. Sascha, que no le tenía miedo al juez, preguntó si realmente tenía que responder a todo lo que la avergonzaba. Él le indicó: «No debes mentir bajo ningún concepto. Puedes decir que te avergüenza la respuesta; el secretario lo registrará meticulosamente, pero también tienes que decir lo que te avergüenza. Puedes decir: "No lo sé, no lo recuerdo", pero solo si es verdad. ¿Entiendes, muchacha?». Inmediatamente noté que se dirigía a Sascha de forma informal, y entonces supe que al tío Vania le esperaba un juicio difícil. Estaba sentado en el estrado, pequeño, pálido y con aspecto culpable. La jueza le pidió a Sascha que contara la historia con sus propias palabras, comenzando por el jardín de infancia.

ENTREVISTADOR: ¿De verdad dijo jardín de infancia?

PYOTR: Sí. Sasha contó que siempre se había masturbado todas las noches, con uno o dos orgasmos. A veces tres. Pero de tal manera que Pyotr, o sea yo, no se daba cuenta de nada. La jueza asintió amablemente. «En aquel entonces, a veces espiaba por la puerta del dormitorio, queriendo saber cómo funcionaba el sexo. Cuando su padre tenía relaciones sexuales con ella, terminaba en un instante, en un minuto; cuando era otro novio, siempre duraba mucho tiempo». La jueza asintió. «¿Pero sabes que espiar es muy indecente?». Sasha asintió. «De niña, solo sabía que estaba estrictamente prohibido, pero tenía mucha curiosidad porque los novios de mi madre hacían todo tipo de cosas indecentes». La jueza siguió siendo amable, pero ahora iba a hablar de Tío Vania.

"Aún no tenía doce años, pero me creía bastante mayor. Me molestaba mucho que todos me trataran como a una niña pequeña. El tío Vanya fue el primero y único que me tomó en serio y me habló como a una adulta de verdad. En aquel momento no me daba cuenta de que lo único que quería saber era cómo, cuándo y con qué frecuencia me masturbaba. Tenía tantas ganas de verlo que se lo enseñé. Me preguntó si sabía besar bien. ¿Con la lengua? No tenía ni idea y le de-

jé que me enseñara, ya que yo le había enseñado a masturbarme. Aprendí a besar muy rápido; me besó durante horas, y mi coño y mi clítoris estaban increíblemente excitados. Dijo que era porque aún no había tenido relaciones sexuales."

No entendía la conexión, pero nos besamos durante un buen rato, y me rompí la cabeza intentando averiguar cómo hacer que me follara. Sabía cómo hacerlo por haberlo espiado. Ahora siempre me quitaba toda la ropa, lista para improvisar. Hice que pusiera su pene delante de mi vagina para ver si entraba. Por supuesto, no entró, y dijo que el himen lo impedía. Pero yo ya estaba decidida, y él dijo que tendríamos que romper el himen con los dedos. Bueno, así que tanteamos un poco, luego metí mi dedo índice con decisión, y eso fue todo. Finalmente me folló. Su pene parecía grande, pero seguía siendo un gusano grueso y semiblando, una manguera de jardín suave que él metía y sacaba con cuidado. Pero no podía ir más rápido, o el gusano saldría disparado. "Estoy a punto de correr", dijo, "¡te voy a dar un bebé!" Le dije que tenía que darme un hijo sí o sí, que podía inyectarme el bebé de una vez, ¡qué cara pondría mi madre! El juez le dio un codazo al tasador, diciéndole que no se riera tan tontamente, ¡queríamos ver la foto tal como es!

Sascha continuó: «Venía todos los días cuando yo estaba sola o cuando solo Petja estaba en casa. No le importaba si Petja se enteraba. Siempre me hacía sentarme primero sobre su pecho y me miraba masturbarme, solo entonces me follaba con la manguera blanda. Me atreví a decirle que debería follarme bien fuerte, pero entonces quiso saber cómo lo sabía. Confesé que lo espiaba, y ahora tenía que contárselo todos los días. Follábamos todos los días en cuanto llegaba a casa del colegio, y él siempre se corría al final. Cumplí doce años y me regaló una fina cadena de plata para la muñeca; ya era casi adulta. Solo llevaba la cadena al colegio para que mamá no me hiciera preguntas. Había pasado más de medio año cuando mamá irrumpió en mi habitación mientras estábamos follando. Le dio una buena paliza, lo echó de casa y le prohibió la entrada al bar del barrio. Ahí se acabó todo».

El juez miró a los dos jueces asociados; no tenían más preguntas. Entonces nuestra madre subió al estrado. Llevaba un vestido que

realzaba sus considerables curvas. El juez la miró dos veces, con los ojos brillantes tras sus gafas. Le pidió que describiera todo con sus propias palabras, citando la obligación de decir la verdad, etc.

ENTREVISTADOR: ¿Su madre eligió este vestido intencionadamente?

PYOTR: Creo que sí, todos tuvimos la impresión de que tuvo un buen efecto en los tres jueces. Era un vestido blanco ajustado, ligeramente transparente. No llevaba ropa interior, ni sujetador ni bragas. No me había fijado mucho en lo bien que se veía nuestra madre entre los 35 y los 40 años, así que aún no hemos celebrado su 40 cumpleaños. El vestido se ceñía a su cuerpo curvilíneo y bien formado como una segunda piel. Sus pezones erectos se marcaban agresivamente, se veía inmediatamente su pequeño vello púbico negro, y si se movía en el ángulo adecuado, se podía ver la hendidura de su pliegue púbico. Simplemente se encogió de hombros con desdén cuando se lo dije antes de irnos. Murmuré: «Eso le va a meter al tío Vania en un buen lío».

ENTREVISTADOR: Bien, continúe.

PJOTR: Ella sonrió a los tres jueces. “Permítanme un comentario más sobre el procedimiento de ayer. Mi esposo no es un asesino; se hundió en su propia miseria porque el desempleo lo dejó sin nada, y se ahogó en alcohol. A menudo lo observaba cuando tenía relaciones sexuales con Sascha en el restaurante de pescado con los chicos. Vi cuánto se esforzaba y cuánto empeño ponía. Fue, hasta donde yo sé, el primer hombre adulto que realmente tuvo relaciones sexuales con Sascha como es debido, según todas las reglas del arte. Quería hacerlo mejor para ella que para mí. Verán, me decepcionó mucho después de la boda. Era el tipo de hombre al que los franceses dirían: ‘¡Adentro, fuera, gracias, señora!’” Pero siempre fue un buen hombre y un buen padre. Me alegré de encontrar un hombre cuando sospeché que estaba embarazada. No era una mujer tan vieja y fea en aquel entonces; era un éxito y tenía diez amantes en mi dedo, algunos de los cuales todavía conservo hoy. Durante los primeros 10 o 15 años de nuestro matrimonio, tuve un amante todos los días porque mi marido es un completo idiota en ese sentido. Me apartó hace solo uno o dos

años; tal vez descubrió a mis amantes, o tal vez de repente se convenció de que no era el padre de Sascha, a quien adoraba. Si me hubiera preguntado, le habría mentido para su tranquilidad porque nunca supe con certeza cuál de los muchos hombres podría ser. Nunca tocó al pequeño antes, lo juro por mi vida. Cuando aprendió en la escuela cómo hacer que los chicos eyacularan, no tenía amigas con las que pudiera hacerlo. Ella vino a nuestra cama matrimonial y lo hizo eyacular, la "Buenísima y dulce gruñona. Le enseñé hasta que lo hizo bien; naturalmente, también exigió aprender a eyacular en la boca. Pero cuando le dije que un padre solo podía follar a la madre, y que el gruñón con su polla gruesa no podía follar el pequeño coño de niñas como ella, se decepcionó mucho, y después de eso, ya no le interesó". El juez asintió. "Tomaremos eso y pondremos una copia en su expediente; podría ayudarlo con una apelación o una petición de clemencia". El juez asintió alentadoramente hacia ella; ahora debía informar sobre Sasha y Vanya.

"Había visto a Sascha masturbándose desde el jardín de infancia, y en mi opinión, eso estaba bien. Se lo ocultó a Petja, su hermano menor, lo cual también me pareció bien, ya que dormían en la misma habitación. Fue solo después de un tiempo que descubrí que Wanja tenía relaciones sexuales con Sascha, y al principio me sentí muy mal. Pero decidí observar un tiempo antes de intervenir."

Lo espiaba todos los días cuando desaparecía en la habitación de los niños. Ambos se desnudaban; ella tenía que sentarse sobre su pecho y masturbarse justo delante de su cara. Podía ver en sus ojos cuánto lo excitaba. Ella tenía las piernas bien abiertas; podía ver su hermosa y rosada vulva, y ya se veía la abertura. En aquel entonces, a los doce años, solo tenía un clítoris diminuto; ahora tiene uno tan largo como su dedo meñique, un monstruo fantástico.

Frente a ellos estaba sentado Petja, de unos 8 o 9 años, masturbándose en completo silencio. Eyaculaba constantemente, observándolos a los dos, y seguía masturbándose. Wanja se tumbó encima de la pequeña Sascha; pude ver con total claridad cómo introducía lentamente su pene gomoso en su coño. La follaba muy despacio porque no se puede follar rápido y fuerte con un pene tan blando. Te cuento esto solo para que te imagines toda la escena.

Quise terminar con todo una y otra vez, pero lo fui posponiendo, y si Sascha sufrió algún daño como resultado, yo también tengo parte de la responsabilidad. Sascha le rogaba a Wanja que la follara como es debido. Él logró que admitiera que a veces me espiaba, algo que a veces sentía que era cierto. Pero en lugar de follarla como es debido, solo quería que le contara cómo me follaban mis amantes. La interrogó con ferocidad; quería saber toda la historia. Pero ya había visto suficiente. Entré furioso en la habitación y eché a golpes al cura cerdo de la casa; nunca más se le permitió acercarse a Sascha. Creo que le di una buena paliza porque nunca más volvió a nuestra casa.

Desde que mi marido entró en prisión, viene a mi casa por las noches a tener sexo, pero es aún más torpe que nunca. Aunque gasta mucho dinero en prostitutas que vienen a su casa. La primera noche, le grité que hasta mi pequeña Petja tiene una polla del doble de tamaño que la suya y folla mil veces mejor. Después me callé y lo eché tras el desayuno; vive en la propiedad vecina. Pero se queda en mi puerta todas las noches y viene a tener sexo. Soy demasiado blanda y lo dejo entrar con un suspiro. No me importa quién me folle, a mí, esta vieja y fea mujer. Lo importante es tener una cama caliente.

Sascha nunca derramó una sola lágrima por su primer amante, y sé por qué. No sé si Sascha ya dejaba que Petja la follara cuando el tío Vanya todavía lo hacía. Pero ahora lo dejó follarla de inmediato; lo vi muchas veces. Él era solo un niño pequeño entonces, con un pene pequeño pero ansioso de niño. Ahora tiene un pene de hombre realmente grande y fuerte, como todos sabemos. Pero follaba a Sascha como es debido, todas las noches. Ella debe estar satisfecha con su forma de follar, porque todavía le permite follarla hasta el día de hoy.

“Su Señoría, le conté todo, no omití nada y no mentí.” Se acercó a mí en la primera fila como una modelo en una pasarela y se sentó entre Sascha y yo.

ENTREVISTADOR: ¿Pero a Vanya se le permitió decir una palabra? Lo pregunto porque en ese momento yo ya no estaba en la sala del tribunal.

PYOTR: Sí, por supuesto. El juez le pidió entonces al tío Vanya que explicara su punto de vista. Vanya se puso de pie, pareciendo más un ratoncito que nunca. “Su Señoría, por muy hirientes y vergonzosas que hayan sido las explicaciones de Sasha y mi cuñada, no pude detectar ni una sola mentira. Contra el consejo de mi abogado defensor, confieso y me declaro culpable. ¿Puedo añadir algo? Me gustaría describir mi situación.” El juez miró brevemente a los jueces asociados, quienes simplemente se encogieron de hombros. El criminal ha confesado; el veredicto será unánime. La última palabra no cambiará nada. El juez asintió. ¡Adelante!

“Incluso de niño, sufrí por tener un pene mucho más pequeño que el de mi hermano. Durante mucho tiempo, se negó a creer que mi miembro simplemente no se ponía duro. Me masturbaba una y otra vez, pero siempre tardaba una eternidad en eyacular. Negaba con la cabeza con incredulidad; mi pene era simplemente gomoso y blando. Durante mis años escolares, él se acostó con cientos de chicas; yo probablemente no me acosté con 20. Solo me acostaba con las extremadamente feas o las que no tenían ni una pizca de autoestima. No me daba vergüenza hacerlo y a menudo me quedaba horas parado frente a una tienda o un supermercado hasta que encontraba una presa segura; solían ser mayores de 50 años, desde niñas de la calle hasta ancianas con bastón.”

En el instituto, él se compadeció mucho de mí; hizo un pacto conmigo. Fingíamos que solo compartíamos habitación. A las chicas no les importaba; querían acostarse con el guapo. Él se acostaba con las chicas en nuestra cama de matrimonio, y yo me sentaba desnudo en una silla y me dejaban mirar. Me masturbaba, y cuando él terminaba o hacía una pausa, me dejaba acostarme con la chica. Solo recuerdo a dos o tres que no me dejaban. Qué bien se sentía acostarse con tantas chicas como él, y todas eran guapas y preciosas. Me miraban mientras me acostaba con ellas y sonreían amablemente mientras me acariciaba lentamente el pene.

Esto duró al menos 10 años; todos teníamos mucho sexo, y yo no era tan infeliz como lo había sido en la escuela primaria. Así fue como conocimos a su futura esposa, mi cuñada. Los tres teníamos sexo como de costumbre. Yo sabía con qué frecuencia ella ya le era infiel

en aquel entonces, pero mi hermano estaba completamente enamorado de ella y no me escuchaba. Se casaron, pero nuestro trío continuó durante otros 20 años de su matrimonio. Yo sabía que sus amantes solo venían al mediodía o por la tarde; yo no iba hasta tarde por la noche, para entonces él ya había tenido sexo y estaba dormido. Ella me dejaba acostarme suavemente con ella y tener sexo con ella a mi manera.

No conté cuántos hombres se acostaban con ella cada día; yo era solo uno de tantos, y con una sola vez me bastaba. Mi hermano no hablaba mucho, y menos conmigo. Solo se acostó con ella un minuto más y la despreció, pero nunca dijo por qué. Entonces un impulso oscuro y poderoso me atrajo hacia la pequeña Sasha, y ya han oído el resto. Gracias, Su Señoría, le ruego una sentencia indulgente. Los jueces alzaron la vista; oían historias tan desgarradoras a diario. Media hora de receso, luego se anunciará el veredicto.

Mamá nos compró una Coca-Cola; estaba rodeada de una multitud de hombres y mujeres. Los hombres fingían preguntar por la tela de su vestido, pero en realidad, la manoseaban todo el tiempo. Las mujeres querían contar sus historias; todas habían tenido experiencias similares. Me quedé un poco aparte con Sascha; todo aquello me repugnaba. Sascha estaba encantada, ya que mamá atraía a los hombres como un imán. Gruñí porque se estaba presentando de forma tan provocativa. Tenía otra cosa en mente. Tomé la cabeza de Sascha entre mis manos y la besé en los labios. “No importa lo que hayamos oído hoy, eres mi hermana, mi queridísima hermana, y siempre quiero acostarme contigo”. Sascha no dijo nada, pero el brillo en sus ojos sonrientes fue respuesta suficiente. El timbre sonó estridentemente.

Sasha se sentó en el centro, a mi lado, y me tomó la mano con fuerza hasta el final. El tío Vanya tuvo que levantarse, los tres jueces se pusieron sus sombreros de carnaval y luego el juez leyó el veredicto. Fue soporífero; solo me interesaba el contrapunto. La pena oscilaba entre 1 y 10 años; Vanya recibió 4 años y 7 meses. El juez levantó la vista brevemente. «Si ambos lo desean, en la misma prisión». Vanya respiró hondo y asintió.

ENTREVISTADOR: El tribunal ha dictado sentencia. Los cinco estarán pronto bajo arresto domiciliario. ¿Qué les depara el futuro?

PJOTR: Es difícil decirlo, hemos aprendido de nuestros errores y nunca volveremos a caer en la trampa.

ENTREVISTADOR: ¿Así que volverás a recaudar fondos?

PJOTR: Ninguno de nosotros lo sabe todavía. Tenemos otras preguntas que resolver ahora mismo.

ENTREVISTADOR: ¿Y cuáles serían?

PJOTR: Bueno, no quiero leer eso en tu entrevista, pero puedo decírtelo extraoficialmente.

ENTREVISTADOR: ¡De acuerdo, trato hecho!

PJOTR: Después de que comenzó el juicio, decidimos follarnos a una de nuestras madres diferente cada día, los cinco.

ENTREVISTADOR: Oh, eso suena emocionante. ¿Cómo lo hiciste?

PJOTR: Empezamos con Vanya. Solo después de que el padre se durmiera, nos colamos en la habitación a oscuras. Vanya le susurró algo a su madrastra, quien se mostró inmediatamente entusiasmada y dispuesta. Luego le susurró algo a su hija, quien dudó un instante y se enfurruñó. Entramos en la antesala y colocamos zapatos y ropa en cinco montones. Después nos acercamos sigilosamente a las mujeres. Nadie sabía quién se las estaba follando, nadie sabía con quién se estaba follando él. Todos se estaban follando a todos; las mujeres, por supuesto, reconocieron el pene de Vanya y se rieron. Evitamos hacer ruido; después de dos horas, estábamos completamente agotados. Nos escabullimos en silencio.

Max manejó la situación muy bien y con astucia. Su madre había mandado a su amante fuera por la noche con un buen pretexto, pero ella seguía haciéndose la Juana de Arco. “¿Cinco pollas, dices, cinco pollas que se supone que debo frotar porque son tus amigos? ¿Cinco?

¿Estás loca? ¡Voy a tener tendinitis, idiota!" Pero entonces todo salió a la perfección. La luz se quedó encendida y sus ojos brillaron al ver todas las magníficas pollas. Solo armó un pequeño escándalo con Dani. "No me acuesto con un judío, no tienen prepucio, ¡y entonces no es divertido!" Max le preguntó si alguna vez se había acostado con un judío. Ella pensó durante un buen rato y luego asintió. "Cuando todavía tenía a papá, porque tenía muchos clientes judíos. Mientras él trabajaba en la parte de atrás del taller, dejaba que todos los clientes me follaran, pero a los judíos solo por detrás; simplemente no quería ver a los circuncidados." Nos los follamos uno tras otro, durante tres horas. Tenía una vagina increíblemente estrecha, y todos tuvimos que penetrarla con mucho cuidado hasta que se acostumbró. Solo Dani tuvo que follársela por la boca durante su primera ronda, como si temiera que pudiera estar envenenada o ser contagiosa. La folló con entusiasmo y se corrió profundamente en su garganta mientras Andrej la follaba. Dani se rió entre dientes: "¡Ahora hay millones de pequeños judíos nadando en tu esófago, Maxi-Mamá, millones de honestos judíos rusos!". A ella no le pareció tan gracioso y se concentró en su orgasmo, porque Andrej estaba a punto de eyacular. La follamos durante tres horas, Dani incluido, hasta que no pudo más. Pero de alguna manera lo había disfrutado, porque preguntó si volveríamos alguna vez.

La madre de Andrej se mostró entusiasmada al instante. Le echó una pastilla para dormir suave en el té y luego nos colamos en su habitación. Tuvimos sexo una y otra vez; su madre era fantástica en la cama y tuvimos que parar después de cuatro horas. ¡Podía con cinco tíos sin problema! Volvimos a casa tambaleándonos en nuestras bicis y nos desplomamos en la cama.

La experiencia de Dani fue dura al principio. Su madre estaba muy excitada; nunca antes había participado en una orgía, pues su marido era demasiado religioso para eso. Le dijo a Dani que ni siquiera le hicieran caso al padre. Pasamos junto a él, tal como Dani había dicho. El padre había estado contando; puso los ojos en blanco con desesperación, luego salió corriendo, se agachó en la sinagoga e intentó rezar en silencio. No regresó hasta después de medianoche, para entonces los cuatro ya nos habíamos ido. Nos habíamos turnado para follar a esa mujer tan buena y atractiva hasta que nos corrimos dentro de

ella. Dani, nuestro quinto hombre, se acostó a su lado, simplemente tomándole la mano o acariciándole los pezones erectos; de todos modos, no había planeado follarla hasta tarde esa noche.

El padre se detuvo un momento en el umbral del dormitorio. Dani estaba a punto de follar con su esposa. Ella le susurró que se acercara, que se lo daría muy, muy bien. Con un profundo suspiro, se acostó junto a ella en la cama. Su esposa le apretó la mano y le palpó el pene. Al principio dudó, porque ella siguió dejándolo follarla, gimiendo mientras lo frotaba y lo llevaba al orgasmo. Dani tuvo que hacer espacio brevemente para que el padre pudiera eyacular dentro de ella, y luego se le permitió seguir follando. El padre estaba de alguna manera agradecido de que Dani follara con su esposa, porque odiaba follar. De verdad que sí. Hasta entonces, solo se había masturbado y había tenido que meter su pene profundamente en su horrible agujero para eyacular. Ella siguió frotándolo dentro de ella hasta que se corrió, y luego siguió frotándolo hasta que terminó. Después de un rato, ella siempre le hacía una segunda mamada, pero él tenía que volver a meter su pene virgen en su asqueroso y repugnante agujero y eyacular dentro de ella mientras ella seguía frotándolo hasta que él se corría. Estaba muy cansado después de eyacular dos veces y se quedaba dormido; ella seguía masturbándose durante una hora o más, pero a él le parecía extremadamente asqueroso. Una vez la había visto masturbarse por curiosidad, pero tuvo que correr al baño y vomitar en el lavabo. Su vida matrimonial había sido bastante tranquila hasta que Dani decidió follarla muy duro. Papá toleraba su follada bastante felizmente porque mamá le hacía las dos mamadas al mismo tiempo.

Había hablado con mi madre y con Sascha sobre la nueva situación. Como era de esperar, ambos sonrieron de oreja a oreja y preguntaron cuándo llegarían los cinco. Desde que mi padre y mi tío estaban encarcelados, yo era el único hombre en la casa; los tres nos acostábamos en la cama grande y follábamos cuando a alguno le apetecía. Los cinco sentían especial curiosidad por mi madre; todos conocían a Sascha. Se abalanzaron sobre ella, quien lo disfrutó muchísimo, y me aseguré de que Sascha también tuviera su turno.

ENTREVISTADOR: Creo que ya tenemos todo listo. Redactaré el artículo, obtendré todas las aprobaciones y lo enviaré por correo electrónico antes de imprimirlo. ¿De acuerdo?

• • •

Chipre vibrante

von Jack Faber © 2023

Valeria, la mujer con las piernas más hermosas del mundo, me tenía en su regazo y llevaba horas hablando por teléfono en un idioma extranjero. Se había retirado del ballet competitivo porque era demasiado mayor, pero aún era demasiado joven para formar a la siguiente generación como maestra de ballet. Una vez me susurró al oído que esto tenía sus ventajas; podía compensar todo el sexo que se había perdido durante su formación. La razón por la que estaba tumbado en su regazo era porque tenía un loft con una cúpula de cristal, con vistas directas a la catedral de San Esteban, y ella podía beber champán y comer fresas porque mi ama de llaves era simplemente buena. Que pudiera comprar con mi tarjeta de crédito era, en su opinión, lo justo, y a cambio, yo podía acostarme con ella cuando quisiera y cuando quisiera. ¡Valeria, eres un bálsamo para mi alma!

Sí, ¿por qué mi alma necesitaba consuelo? Llevaba meses divorciado de la mejor mujer del mundo. Tenía mi lista de VW, con cientos de VW, en el maletero de mi Mercedes. Un punto importante de discusión con Valeria; ella quería un deportivo italiano genial, pero siempre se ofendía cuando le recomendaba un Fiat Topolino. Yo necesitaba un coche fiable, no un deportivo, así que la buena ingeniería alemana era la mejor opción. Además, necesitaba el carné de conducir, que esos tipos tan sobrios me habían quitado sin más. Un vodka de más, o quizás dos. Ah, claro, ¿por qué la lista de VW? Empecé a hacer una lista cuando empecé a beber, explicando por qué mi mujer me había dejado. “Quizás porque…”, empezaba cada frase. La abrevié a VW, … y se me ocurrieron algunos argumentos sensatos y cientos de tonterías. Las mujeres venían de Venus y los hombres de Marte; esa probablemente sería la explicación más precisa. O, como dijo Otto, las mujeres estaban genéticamente más cerca de las gacelas, los hombres de los simios. Todos estos aforismos, justificaciones y argumentos podrían disiparse con un vodka, o incluso con dos.

La primera noche, Valeria dijo que yo era solo el segundo hombre con el que se había acostado. Por supuesto, quise saber más; ¡la chica

era prácticamente una desconocida para ella! Valeria había crecido en condiciones precarias y de hacinamiento. De las dos habitaciones, una era la cocina, la ducha y el inodoro, la otra el dormitorio. La niña no necesitaba su propia cama, decía su padre. Así que Valeria dormía con sus padres. Todas las noches, su padre follaba brutalmente a su madre; Valeria no conocía otra cosa. Constantemente maldecía, diciendo que su madre era mala para follar, y solo se calmaba cuando la niña, Valeria, lo abrazaba por detrás y le agarraba el pene como un palo, un palo que al principio era suave y delicado, pero que volvía a ser salvaje y agresivo en el puño infantil de Valeria. Valeria se lo sabía de memoria: su padre gruñía y follaba a su madre, maldiciendo salvajemente, y luego se dejaba caer de lado para dormirse inmediatamente. Sus gritos se hacían cada vez más fuertes; discutían antes y después del sexo. Él quería una mujer mejor para follar, la madre lloraba y pacientemente le permitía follarla entre lágrimas; ¿qué haría sin su Vanya? Valeria se arrojó entre los dos hombres que peleaban, abrazando a su padre que gritaba furioso. Él la miró asombrado; era tan bonita y le ofreció su vulva. Se calmó y abrazó a su princesa. La desfloró y la folló como un jabalí. La madre estaba furiosa al principio, pero luego se tranquilizó. La niña de 13 años debía follarlo y mantenerlo atado a la casa, para que su Vanyushka no tuviera razón para desviarse o huir. El padre follaba a Valeria una o dos veces cada noche; ya no había gritos, y la madre se masturbaba mientras Valeria y su padre follaban. “Lo necesito”, dijo la madre desafiante, porque Valeria no sabía cómo masturbarse en aquel entonces. El padre miró la apasionada masturbación de su esposa y eyaculó mucho más rápido de lo habitual. Valeria se acurrucó en la axila de su padre y miró con lujuria a su madre, que luchaba por alcanzar el orgasmo. Así aprendió a masturbarse, y lo hacía tan a menudo como podía. Corría cuatro kilómetros de ida y vuelta a la escuela de danza todos los días, impresionando a todos. Todas las chicas querían ver su agujero, donde su padre se desahogaba día tras día. Valeria sabía que era especial en todos los sentidos; la dejaron audicionar para el Ballet Bolshoi, interpretando la escena de locura de Lucia di Lammermoor con Maria Callas en una grabación. Tenía diecinueve años, vivía en el internado del Bolshoi, y bailaba, entrenaba duro y bailaba aún más. Su compañera de cuarto se masturbaba todas las noches con su vibrador, que hacía tiempo que se había quedado sin pilas, y Valeria también se masturbaba, ya que no había ni televisión ni radio. Así que veía a

Ludmilla introducir furiosamente el vibrador en su vagina, y se masturbaba suavemente, excitada por las mismas sensaciones. El padre venía una vez a la semana y la follaba con fuerza. No, Ludmilla no quería que su padre también la follara; no estaba tan loca como para dejar que la embargara con un hijo, aunque a veces cedía y dejaba que el berserker la follara. Pero le sacaba el pene de la vagina cuando él se corría. Valeria había llegado a la cima; entrenaba diligentemente y bailaba maravillosamente. Se masturbaba al mismo tiempo que Ludmilla, y el padre venía todas las semanas y follaba con ambas bailarinas. Luego llegó una nueva maestra de baile; no soportaba a Valeria y la obligó a irse del Bolshoi en su primer año. Años después, Valeria me escribió desde París que la habían examinado a los 19 años; el presidente Yeltsin había ordenado que todas las chicas se sometieran a pruebas de aptitud para el servicio militar. La ginecóloga le hizo dos radiografías adicionales. Negó con la cabeza y estudió las imágenes con mucho cuidado. "¿Todavía no has sangrado, verdad?", preguntó, y Valeria respondió con sinceridad que solo había sangrado cuando perdió la virginidad, a los 13 años. La doctora se mantuvo seria. «Mientras no tengas la regla, no podrás tener hijos», dijo. A Valeria no le importó; así podía tener relaciones sexuales cuando su padre venía. Dejó que su padre tuviera relaciones con ella todas las semanas hasta que tuvo que dejar el Bolshoi a los 28 años y se fue a Viena. Hablaba alemán con fluidez porque su madre era vienesa. Ahora yacía en mis brazos, y yo era solo el segundo hombre con el que había tenido relaciones sexuales.

Valeria nos dio rienda suelta sexualmente; al fin y al cabo, habíamos venido a Occidente para vivir una vida moderna. Ella disfrutaba cada vez menos de mi pene empapado en vodka, y yo también. Mis constantes quejas ahuyentaban incluso a las parejas más dispuestas; ni siquiera se acercaban a mi pene. Valeria probablemente disfrutaba más de su libertad, porque para ella el ballet era un deporte, y los atletas solo bebían champán; no bebían alcohol y eran completamente sobrios cuando se trataba de sexo.

— El próximo fin de semana nos vamos a Chipre — dijo Valeria, de forma totalmente inesperada — . Vienen todas las personas importantes, incluso algunas del Bolshói. Nada de traje ni corbata. Todo es

informal, hablaremos ruso, pero con inglés te las arreglarás. Ya lo tengo todo reservado.

Me pregunté si tenía una cita, pero no, había contratado a un buen gerente y vendido la empresa; ya no tenía citas. “Pero me llevaré mi bolsa de tenis”, dije obstinadamente, aunque hacía siglos que no llevaba mis pesadas raquetas de tenis; eran demasiado pesadas para mí, y como no tenía ninguna raqueta, simplemente miraba a los demás, lo cual también era agradable. “El hotel tiene dos canchas; ¡claro que pensé en eso, Vanyushka!” Mi nombre no es Vanya ni Vanyushka, por supuesto, pero Valeria piensa que Edmund es aburrido y estirado. No me importa; mi perro tampoco nació como Rex, y seguía respondiendo a Rex. “Hay un supermercado al lado del hotel por si quieres comprar una botella”. ¡Oh, Valeria! “¡Gracias, Lera!” la llamé; le gustaba ese apodo cariñoso. Tomamos un taxi al aeropuerto; eso sí lo recuerdo. Probablemente llegamos al hotel en Larnaca, pero he olvidado los detalles, ¿entiendes?

Disfruté relajándome junto a la piscina. Valeria tenía reunión tras reunión, así que me escabullí; el ruso no era mi idioma extranjero preferido. Solo sabía dos o tres palabras. Una chica simpática me rescató dos veces en la piscina cuando, para mi sorpresa, me hundí. Pero logré salvar mi botella, que era lo importante. La chica era de Holanda o de España; daba igual. Mi inglés es comprensible incluso en aguas turbulentas y con la lengua trabada; ella se reía, se reía y se reía sin parar. Como un verdadero caballero, la acompañé hacia los vestuarios, pero ella se abalanzó sobre mí en el pasillo y tuvimos sexo de pie, holandés o español, daba igual.

Me sobrié un poco y estaba algo menos borracho. Vamos a tu habitación, y así lo hicimos, y tuvimos sexo dos veces en su cama. Ella no tenía idea, o tal vez ningún deseo, de llegar al orgasmo. Estaba completamente exhausto y me fui, mi última mirada se posó en su mesita de noche. Su vibrador parecía sonreírme con picardía, y ella se sonrojó intensamente al ver mi mirada. No entendía holandés ni español, y odio el zumbido de esos aparatos. En recepción me enteré de que estaba en el hotel equivocado y me indicaron el correcto. Había perdido mi botella; solo llevaba puesto un bañador, que probablemente no era mío. Fui a mi habitación, la mía de verdad, y me

dormí. Valeria entró muy silenciosamente: “¡Te he estado buscando por todas partes!”. Un comentario que ignoré y volví a dormirme.

Para cenar, después de una ducha y un par de vodkas más tarde, tuvimos una buena comida en el extranjero. No entiendo ruso, ¿no lo mencioné? Bebí solo y brindé con Pyotr, Irina y otros. Valeria susurraba entre copas, explicando quién era quién y lo importantes que eran para el mundo del ballet. Casi todos parecían tener alguna conexión con el Ballet Bolshoi y el Teatro Bolshoi. Yo solo conocía el Bolshoi por fotos; podría estar igual de bien en Josefstadt o cerca de la Volksoper, dos teatros que no eran en absoluto inferiores al Bolshoi. Valeria lo consideraba el Monte Olimpo, así que forcé una sonrisa. ¡Que lo haga!

Un encuentro casual resultó ser una bendición, y además, muy provechoso. Un jefe de la mafia, de hombros anchos, se sentó frente a mí y pidió dos vodkas y dos vasos vacíos. Hablaba inglés tan bien como yo ruso, pero aun así lo entendí. Después de que el camarero se marchara, vertió el contenido de su petaca plateada en los vasos vacíos. Señaló los vasos: «Zyprija» y «Rossija». «¡Salud, camarada!», dije, y él respondió con algo en otro idioma. Entonces bebimos. Señalé «Zyprija» e hice una mueca. Luego señalé «Rossija» y sonreí radiante, como una Filarmónica recién pulida (una moneda de oro, no un violinista, ojo). Se inclinó y me besó en los labios. Me sorprendió; estaba discutiendo con el hombre sentado a su lado, quien se levantó de un salto y regresó cinco minutos después con una bolsa de plástico. El jefe de la mafia sacó una botella y la colocó a su lado. Esa fue la «Rossija» que terminamos juntos. Me puso la bolsa de plástico en la mano, que contenía cuatro botellas. Hizo gestos, “Viena” y “Austria”, y me dijo que llevara las botellas de vuelta a Viena. Le di las gracias en inglés, y me puso su tarjeta de visita en la mano. “Tovarish”, dijo, “¡Tovarishi!”, susurró Valeria, que significa amigo, colega. Repetí su “Tovarish”, y entonces empezamos a hablar en “Rossija”. Hacia el final, su torrente de palabras ya me estaba abrumando, y busqué la mano de Valeria. Ella escuchó y tradujo. Mañana sobre el mediodía, hay una barbacoa en su yate, y las chicas también van a ser asadas. ¡Estamos invitadas, por supuesto! Valeria aceptó.

Levantarse al mediodía es un verdadero desafío. Sentía como si me hubiera atropellado una locomotora, me decía la cabeza. La ducha ayudó, y también un vodka, o dos. Valeria dijo: “Hay algo a la parrilla, vodka y chicas, follando hasta caer rendidas”. Dije: “¡Por Dios, espero que haya suficiente vodka a bordo!” Valeria negó con la cabeza, “¡Hombres! Se follarán a todas, a las bailarinas y a la vieja maestra de baile. Se follarán a la vieja directora del Bolshoi hasta que se desmaye, yo mismo lo vi. Y habrá un montón de prostitutas rusas allí, ¡los hombres rusos lo necesitan!” La miré interrogante. “Todas querrán follarme también, pero solo me follaré a las importantes, ¡no soy tonta!” Asentí con la cabeza, “¡No pierdas de vista tu carrera!” Estábamos de acuerdo en eso. “Solo folla a las menores de 40, es lo seguro”, me recalcó. No es que me hubiera acostado por error encima de la odiada maestra de baile o del viejo director; eso la habría avergonzado. Subimos a bordo.

La comida a la parrilla estaba excelente; solo comí pan blanco con la carne; no necesito ensalada para mantenerme delgada. El yate zarpó y ancló a 300 metros del puerto. Todos se desvistieron, y un segundo yate se acercó y ancló. Eran personas importantes también, susurró Valeria, y traen prostitutas con ellos. Los miré de arriba abajo; chicas sacadas directamente de un catálogo. “Todas rusas, Vanyushka, no tendrás que decirles ni una palabra y aun así lo pasarás genial”, susurró Valeria. “Recuerda, ‘spasibo’ significa gracias, eso es lo que esperan. Dicho una vez, estuvo bien. Dicho tres veces, fue perfecto. Cinco veces significa que es la mejor de toda la ciudad”. Asentí, ¡spasibo, spasibo, spasibo, spasibo, spasibo! “¡Eres la mejor, Valeria, lo sabes!”

Comí carne, bebí vodka y observé a la gente en sus asuntos. Estaban follando tan fuerte que el yate se balanceaba; las chicas desaparecieron dentro durante tres minutos, presumiblemente para lavarse el coño. Regresaron radiantes y desfilaron entre los que follaban, se golpeaban y bebían, hasta que alguien les tomó la mano. No se habló mucho; soy Julia, soy Monique, soy Tanja. Comí un buen filete con pan blanco y un vodka, o dos. Reconocí a las mujeres mayores de las que Valeria me había advertido. Observé atentamente; podía distinguir fácilmente a las prostitutas de las bailarinas. El tono muscular marcaba la diferencia, al igual que la forma en que desfilaban. Me be-

bí un par de copas más y tomé la mano de una bailarina. Parecía un poco sorprendida; siempre la había tenido en la mira, y como la mayoría de las bailarinas, aún no había sido follada. Le acaricié la cara y dije unas palabras en alemán. Ella sonrió y me dio las gracias, diciendo "spasibo" y "dankeschiijn, Herr!". Buscamos un sitio. Ella era muy tímida y vacilante durante el sexo, como Valeria cuando lo hicimos por primera vez. Le di un beso en la mejilla y luego le indiqué con las manos que podía lavarse en el barco. Ella asintió y se dio la vuelta para irse, pero la detuve y le di cinco "spasibos". Volví a la parrilla, primero me tomé dos vodkas y luego una pata de pollo.

El primer paso estaba dado, así que bebí con más determinación y escogí a las bailarinas. Las encontré mucho más naturales que las putas, un prejuicio sin ninguna base estadística. Al anochecer, estaba bastante borracho, ¿o era el yate el que se hundía? No llevé la cuenta, pero creo que probablemente me follé a una docena de bailarinas. Nunca me había follado a tantas antes; estaba en forma olímpica. Valeria seguía viniendo; conocía a todas las bailarinas de antes. Susurró que había elegido muy bien. Me había visto meter mi pobre pene en los agujeros de las bailarinas e incitarlas a masturbarse. Las chicas tenían que hacer la mayor parte del trabajo; mi polla solo entraba en juego justo antes de sus orgasmos. "Me follé y me corrí justo en medio de sus orgasmos", dijo Valeria con una sonrisa torcida. "Eso te ahorra energía; ¡ya te has follado a casi todas las bailarinas, pequeño bribón!" Se había follado a siete peces gordos y ya había tenido suficiente. Me sostuvo mientras me llevaba a la habitación del hotel. Era inteligente y concentrada; Solo había probado un sorbo de la copa de champán y se había acostado únicamente con los seis principales, uno de los cuales resultó ser un asistente sin importancia. Le preguntó dónde podía encontrar a su jefe, y él sonrió ampliamente y dijo: «Abajo, en una de las cabañas donde se acostaba con los demás». Valeria comentó que no había dado con la suya, porque el asistente no era muy bueno en la cama.

Volamos a casa al amanecer. Tres días después, oí a Valeria tragar saliva con dificultad tras una llamada. Tenía que ir a París inmediatamente; ¡quizás encontraría trabajo! Buscamos en las ofertas de empleo, cada una en su ordenador portátil, pero no había ni un solo vuelo a París. Reservó un asiento en el tren y, una hora y media des-

pués, la acompañé hasta la estación. Escupí tres veces por encima de su hombro izquierdo; eso le garantizaba el éxito, me aseguró Valeria. Era una moscovita moderna con un pie en la mano, pero con el otro, profundamente arraigada en la superstición.

Al llegar a casa, vio que le había llegado un correo electrónico y, como estaba marcado como "urgente", apareció en su pantalla. Lo hizo traducir: "Si quieres, te envío mi jet privado". ¡Eso sí que dio en el clavo! Le respondí en inglés que ya estaba en el tren y que llegaría a la Gare de l'Est a las 11:50 de mañana. Dudé en firmarlo. Pero luego escribí "Edmund/Vanjuschka" y envié el correo.

Sabía que no volvería, pero lo hizo. Me folló sin parar durante cuatro días, despidiéndose así de mí. Se convirtió en maestra de baile en París, y nos escribimos correos electrónicos cada dos días durante 15 años. Se preocupaba con ternura por mi deseo sexual reprimido y se aseguraba de que bailarinas de todo el mundo estuvieran en mis brazos casi constantemente. Con gusto complacía mi predilección por estas criaturas tímidas e inexpertas. Incluso había algunas vírgenes entre ellas, delicadas, tímidas y temblando con una mezcla de miedo y deseo. Escribimos páginas y páginas sobre las chicas con las que nos habíamos acostado, aunque con cierto tiempo de diferencia. Valeria escribió que en sus aventuras bisexuales, los hombres eran cada vez menos; no sentía ningún placer con los chicos gays del ballet. Pero se había acostado con todas las chicas, escribió con orgullo; las aventuras a veces duraban meses. Y era feliz con ello.

Las botellas de vodka "Rossija" llegan a intervalos irregulares, las cajas se apilan en la entrada y constantemente recibo visitas que, sospecho, vienen solo por el placer de probar esta exquisita bebida. Cumplí 45 años, un cumpleaños importante, al parecer. He decidido no volver a emborracharme sin sentido. Cada noche tomo dos vodkas con hielo, exactamente dos, ni más ni menos. Me siento renacido y lleno de energía. Todavía tengo mucho dinero y no tendría que volver a trabajar. Pero con la sobriedad llegó la energía.

Me encantan las bailarinas; me hacen sentir como si tuviera 25 años otra vez. El cariño más profundo, la timidez, la modestia, la cu-

riosidad desbordante y el asombro infantil ante el sexo son verdaderamente maravillosos; no me los perdería por nada del mundo.

• • •

Pequeño Lin

von Jack Faber © 2024

Tenía cinco años cuando mi padre me tomó de la mano por última vez al cruzar la calle. Unos caballos que tiraban de un carro se desbocaron, derribándonos a mi padre y a mí, y me pasaron por encima del pecho y las manos. Mi padre murió tres días después y tuvieron que amputarme seis dedos. Conservé el pulgar y el meñique de la mano izquierda, y el pulgar y el índice de la derecha.

Durante tres días permanecí junto a mi padre, mientras mi madre, desnuda, lo calentaba. Hablaban de todo lo que aún le preocupaba. Mi padre, un chino de un metro ochenta de estatura, era el comandante de un ejército de doscientos hombres en Xinjiang, la capital del Reino de Xin. Había capturado a mi madre mongola cuando ella tenía trece años durante una campaña contra los mongoles; se enamoraron y ella me dio a luz cuando tenía diecisiete. Nunca quiso regresar a Mongolia.

Mi padre dijo que ya no estaba capacitado para ser soldado. Mi madre debía educarme en mandarín y tal vez darme una carrera en la administración pública. Debería volver a casarse, insistió mi padre, pero mi madre negó con la cabeza con firmeza. Él le recomendó a sus dos amigos, el armero Weng y su ayudante, el teniente Wang; eran hombres muy confiables. Mi padre cerró los ojos y murió. Mi madre lloró durante horas, luego se recompuso y nos cuidó. Mi padre había dejado una considerable fortuna; nos duraría toda la vida. El emperador Teng hizo que enterraran a mi padre con todos los honores y nos dio una generosa asignación para el funeral, como era costumbre para los oficiales.

Mi madre, que siempre me había hablado en mongol, enseguida me encontró excelentes profesores que me enseñaron mandarín, a hablar, leer y escribir. Aprendí a usar el pulgar y el índice para sujetar el pincel de tinta. Ella aprendió a sujetar mi pene en el orinal de madera para orinar. «Un buen pene de niño», decía a veces mientras lo sacudía para vaciarlo y luego lo frotaba con fuerza para ver si po-

día eyacular. «Un buen pene de hombre grande», dijo años después cuando eyaculé por primera vez. No quería masturbarme, decía con asco.

"De donde yo vengo en Mongolia, los hijos se acuestan con sus madres una vez que tienen edad suficiente para eyacular", dijo. "¡La masturbación no es tan buena como follar!" Así que me llevó a su estera y me enseñó a follar. Fue, en una palabra, ¡increíble! Agarró mi erección y con mucho cuidado la empujó hasta el fondo de su coño. "¡Guau, es grande!" suspiró suavemente y con satisfacción. Me corrí al instante. Inmediatamente sacó mi pene y frotó las últimas gotas con sus dedos. "Eso le pasa a casi todos la primera vez", dijo amablemente, dejándome preguntándome cómo lo sabía. "¡Hagámoslo de nuevo enseguida! Tienes un pene grande, se mantendrá duro durante al menos media hora, incluso después de que te corras, igual que Lin, tu padre". Miró mi pene desde todos los ángulos. "Ha crecido mucho últimamente", murmuró con aprecio, "¡es bonito, grueso y firme! ¡Me vas a dar mucho placer con él!" Sonreí, rebosante de orgullo. Seguimos follando y ella ralentizó mi ritmo. "¡Tranquilo, deja que tu polla explore y disfrute! Tenemos mucho tiempo, ¡y puedes intentar excitarme poco a poco!" Me tomé mi tiempo, dejando que mi polla sintiera y viera todo con mucha atención, y seguí follando muy despacio. Murmuró en voz baja, explicándome todo lo que necesitaba saber. Se excitó un poco, pero se rió: "¡Todavía no estoy lo suficientemente caliente!" La follé durante mucho tiempo y me corrí dentro de ella más tarde. Todavía no había tenido un orgasmo y se masturbó después de follar, algo que había visto mil veces antes. Me dio consejos sobre cómo contener mi eyaculación para que ella pudiera tener un orgasmo primero. Me hizo practicar todas las noches y me felicitó por mi buen progreso.

Mis amigos Weng y Wang se turnaban para venir una vez por semana a follar a mi madre; simplemente se lo debían a mi padre. Mi madre había oído hablar de esta costumbre y solo sollozó brevemente, luego sonrió aliviada mientras tomaba los grandes penes de los hombres en sus manos, uno tras otro. "¡Mis queridos amigos, ante armas tan formidables, solo puedo someterme!", dijo, sonriendo mientras los miraba a ambos. Dejó caer su vestido al suelo y dejó que los dos fuertes amigos la follaran con tanta fuerza, uno tras otro, du-

rante horas y horas que casi se me salen los ojos de las órbitas. ¡Era la primera vez que la veía follar con alguien que no fuera mi padre, y fue magnífico!

¡Fue una batalla larga e intensa! Los dos amigos lo dieron todo, follando a la joven como leones y convenciéndola de que eran buenos en ello. En cuanto uno llegaba al clímax, el otro tomaba el relevo, así que apenas tenía tiempo para respirar entre orgasmos. Me arrodillé junto a sus piernas en la esterilla y no me perdí nada. Cómo se le abría el coño al penetrarla con una polla grande, y cómo jadeaba y resoplaba de placer mientras se acercaba al orgasmo, soltando un pequeño grito. Vi la polla bombear furiosamente mientras eyaculaba dentro. Y entonces llegó el otro y continuó hasta que ambos hombres quedaron exhaustos.

Después, estaba completamente agotada y les dijo a sus amigos: "Solo uno a la semana, y túrnense, caballeros encantadores, ¡si no, me follarán hasta la muerte en tres días!" Los dos se fueron riendo, y mi madre sonrió por primera vez después de la triste semana. "Extraño mucho a tu padre, pequeña Lin, pero estos dos me devuelven un poco de la ausencia de mi esposo. ¡Esto va a ser una follada estupenda, mi pequeña!" Reí con ella y me alegré por ella, aunque a los cinco años entendía muy poco de aquello. Me senté en la habitación de al lado, y mamá cerró la puerta de papel cuando dejaba que los mejores amigos de su padre la follaran una vez a la semana. Pero sin querer dejó la puerta entreabierta, así que siempre podía ver la follada sin que se dieran cuenta.

Cuando era muy pequeño, y el hombre se había ido, ella yacía allí, dormitando, exhausta. Me arrodillé entre sus piernas e introduje mi pequeña erección en su vagina, que aún estaba húmeda con su semen. Ingenuamente, traté de imitarlo follándome. Ella sonrió dulcemente y murmuró: «¡Cuando seas mayor!». Metí y saqué mi pequeño pene, como los adultos, durante unos diez minutos, hasta que se me ablandó de nuevo. Ella sonrió inescrutablemente y murmuró muy amablemente: «¡Cuando seas mayor!». Pronto lo dejé; me pareció aburrido. Tenía solo cinco o seis años.

Más tarde, sin embargo, las cosas cambiaron; yo tenía unos 12 años. Cuando Weng o Wang se iban después de follarla, ella se quedaba allí tumbada con las piernas abiertas, dormitando. Se me ponía dura espiándola a escondidas y sentía un impulso irrefrenable de follarla. Mi polla había crecido cada día; se estaba poniendo realmente grande, pensé, casi tan grande como la del señor Wang. Mi polla era tres veces más larga que mis dedos y tan gruesa como tres dedos. Recordé que, hacía solo unos meses, había sido la polla suave y bonita de un niño. Ahora era larga y ancha, y estaba surcada por venas gruesas y feas: ¡la polla de un hombre de verdad! Bastante grande, pensé, pero mi madre no. Sonrió sutilmente mientras yo la penetraba con fuerza. "No te pongas tan salvaje, grandullón, entra bastante fácil porque todo sigue mojado y estirado por el sexo". Simplemente no se daba cuenta de lo grande que se había vuelto mi polla, de la que estaba tan increíblemente orgulloso. "Vamos, métela bien adentro, y cuando puedas correrte de verdad, tendremos sexo como es debido", murmuró cansada, porque estaba bastante cansada después del sexo y se volvió a quedar dormida mientras la follaba.

Me molestaba que no apreciara mi gran polla. La penetré con fuerza, como un loco; se quedó dormida, pero era obvio que ahora sí que la estaba disfrutando. La follé durante unos diez minutos y sonrió con dulzura. "Tu polla es bastante grande", susurró con los ojos cerrados, "¡De verdad la siento!". Me estremecí y ella dijo que ese era mi orgasmo. Sentí la explosión y pensé que había eyaculado un poco. Ella sonrió y me dijo: "¡Todavía no puedes eyacular bien!", y me acarició el pelo mientras me desplomaba sobre ella después del clímax. Esto continuó durante varias semanas hasta que me frotó de nuevo y descubrió que sí podía eyacular bien. Me dejó eyacular en el urinario y limpió con firmeza las últimas gotas de mi polla con los dedos. "Ahora sí que puedes eyacular bien, grandullón, ¡pero no me gusta hacerlo con el puño, es asqueroso!". Así fue como, a partir de ese día, ella me permitió tener relaciones sexuales como es debido.

El teniente Wang provenía de una familia de comerciantes. Administraba la fortuna familiar junto con mi madre y le enseñó aritmética y a conceder préstamos. Aumentaron nuestra riqueza prestando dinero a deudores solventes con intereses. Mi madre escribía los nombres en el libro de contabilidad en escritura mongola, ya que no

sabía leer caracteres chinos. Pero Wang la ayudó a convertirse en una prestamista reconocida y de confianza, y la apoyaba cuando era necesario cobrar un pago por la fuerza. Todos se agachaban cuando él entraba en la habitación, haciendo sonar sus armas. Aunque vivíamos con bastante comodidad y sin mucha austeridad, su fortuna crecía constantemente.

Weng era incluso mejor en la cama que Wang, así que aprendí de él a contener mi eyaculación hasta que mi madre tuviera el orgasmo. Ella no se masturbaba durante el sexo, como era costumbre entre las mujeres chinas. Si se excitaba durante el sexo pero no llegaba al orgasmo, solo se masturbaba después de que él eyaculara dentro de ella. Había sido infértil desde mi nacimiento, y me permitían tener relaciones sexuales con ella todas las noches desde que tenía 10 años y podía eyacular. Aun así, se masturbaba todas las noches mientras yo me dormía; era una costumbre mongola.

Mis maestros me enseñaron mandarín y etiqueta cortesana; aprendí con rapidez y facilidad. A los 20 años, dominaba otros 70 idiomas chinos, además del mongol y el mandarín. Me resultaba fácil aprender idiomas y pasaba mucho tiempo en la biblioteca real estudiando las costumbres y tradiciones de estos pueblos. Mis habilidades llamaron la atención de la corte y, a los 20 años, me invitaron a ser intérprete de la corte. Mi madre y yo estábamos inmensamente orgullosos de este nombramiento, y le prometí visitarla con regularidad para tener relaciones sexuales. Mi madre no era una mujer promiscua; solo se acostaba con Weng y Wang, y por lo demás, no se involucraba en ninguna aventura, por tentadora que fuera. Era una mujer respetada y casta.

Me asignaron una pequeña celda de seis metros cuadrados en el palacio real y me llamaron inmediatamente ante la Reina. Me sorprendió mucho, porque la Reina Mei era más joven que mi madre, que solo tenía 34 años. Más tarde supe que la Reina tenía solo 28, apenas ocho años mayor que yo. Era la cuarta esposa del Rey, que ya rondaba los 60. Ya tenía cuatro hijas, pero ningún heredero al trono. La Reina me recibió muy amablemente e hizo que el sastre me midiera las manos. Debía recibir guantes especiales, porque el Rey notaría

que me faltaban dedos, y eso no sería bueno. Así que recibí guantes de diez dedos, que tenía que usar en presencia del Rey.

Enseguida me di cuenta de que la reina tenía acento y le dije que también podíamos hablar en Qin. Se sorprendió mucho, ya que nadie en la corte hablaba su lengua materna. Bajó la mirada. “Solo cuando estemos a solas, Maestro Lin, ¡de lo contrario seguiremos hablando en mandarín!”. Asentí, pues no me importaba. Pero esto, por sí solo, contribuyó a que la reina me llamara más a menudo que a otros funcionarios. Tomamos té, y ella se sintió muy aliviada de poder hablar en su lengua materna, y con el tiempo nos hicimos amigos. “¿Por qué te llaman Pequeño Lin?”, preguntó al principio, y respondí: “A mi padre lo llamaban Gran Lin; medía un metro ochenta, como yo, y era media cabeza más alto que los demás. Por eso me llaman Pequeño Lin”. Le conté sobre mi padre y sus hazañas heroicas. Luego le hablé de mi madre, a quien debía mis rasgos mongoles. Llevaba con orgullo mi fino bigote mongol con las puntas bajas. Era medio mongol, y estaba orgulloso de ello.

La reina preguntó por mi madre. Confesé que había estado con ella desde que tenía diez años, como era costumbre entre los mongoles. “¿Así que te dejó masturbarte a su lado?!” Negué levemente con la cabeza, pero no pareció notarlo. Me miró seriamente, pero con curiosidad, e inmediatamente continuó con sus preguntas. “¿Estaban ambos desnudos? Y... ¿eyaculaste sobre su cuerpo, o incluso sobre su vagina? O, por Dios, ¡incluso dentro de su vagina?!” Afortunadamente, me interrogó en su lengua materna, así que los sirvientes no entendieron nada. Bajé la cabeza. “Con tan pocos dedos, masturbarse es bastante difícil, si no imposible, ¡Su Majestad!” dije, y la vi pensar mucho. “¿Así que ella te masturbó, mi pobre amigo? ¡He masturbado a un chico un par de veces, y fue un trabajo duro!” preguntó gravemente. Retiré la cabeza. — ¡Majestad, no me masturbaba a menudo! Dejó de frotarme el pene cuando descubrió que podía eyacular. Dijo: «¡Masturbarse con el puño es asqueroso!» — logré decir, ya que no me sentía muy cómodo con el tema. La reina arqueó las cejas. — ¿Te la follaste, pequeño Lin? — preguntó asombrada, porque en China solo la alta nobleza hacía eso, y yo no era uno de ellos. Asentí con la cabeza.

Abrió los ojos con incredulidad. “¡Desde que tenía 10 años, Su Majestad, a la manera mongola!” Se tapó la boca con la mano, sonrojándose profundamente por sus pensamientos impuros. “¿Y... de verdad la follaste como a una adulta? ¿Y te dejó correrte dentro? ¿Cuántos minutos la follaste, pequeña Lin?!” Respondí a todas las preguntas, mirando su puño, que mantuvo presionado contra su coño por encima de la falda todo el tiempo, intentando ocultar su excitación. Pero eso solo empeoró las cosas. Su puño, sus nudillos, hicieron que su clítoris se desbordara varias veces mientras le contaba los detalles lascivos. Fingí no darme cuenta de que estaba reprimiendo su orgasmo, su cuerpo temblando ligeramente. “Mi madre era infértil desde que estaba embarazada, así que siempre me dejaba eyacular dentro de ella. Normalmente la follo durante media hora o incluso más, hasta que mi polla se vuelve flácida. A veces eyaculo dos veces, ¡y hago todo lo posible para asegurarme de que ella también tenga un orgasmo, Su Majestad!”

Permaneció en silencio durante un largo rato, con el puño inmóvil sobre su regazo. Me di cuenta de que estaba revelando algo íntimo. «El rey, mi querido Lord Feng, ni siquiera me folla durante dos minutos; eyacula rápidamente y se va enseguida. Por desgracia, no folla ni de lejos tan bien como mi padre, la única persona con la que me acosté aparte de Lord Feng en mi juventud». No dije nada; la entendía perfectamente, pero no tenía nada que añadir.

Ahora me hacía describir todo con minucioso detalle: cómo era el cuerpo de mi madre, su coño y su clítoris, y cómo follábamos, exactamente cómo; insistía en oír cada detalle. También le hablé de Weng y Wang. La reina escuchaba con los ojos brillantes, y me di cuenta de lo excitada que se ponía mientras escuchaba. Me quedé mirando su puño, que seguía presionando contra su coño por encima de la falda para ocultar su calor. Pero eso solo empeoraba las cosas; su puño, sus nudillos, hacían que su clítoris se desbordara. Una y otra vez. Fingí no darme cuenta de que estaba reprimiendo su orgasmo y que su cuerpo temblaba ligeramente. «Aún voy a verla dos o tres veces por semana», dije con orgullo, «pero por lo demás, una de tus muchas criadas duerme conmigo». Ella sonrió. «Me lo han dicho, y está bien, pequeña Lin. ¡Tienes los mismos derechos que todas mis sirvientas!».

Más tarde me preguntó si llevaba un cuchillo oculto como los demás hombres del palacio. Asentí. «El maestro Weng, el armero y amigo de mi padre, que visita a mi madre dos veces al mes, me hizo uno especial por mis dedos». Parecía no importarle que Weng estuviera teniendo sexo con mi madre, pero preguntó con curiosidad si podía ver mi cuchillo. Impulsivamente, me aflojé el cinturón, de modo que mi vestido se abrió por delante y mi pene semierecto quedó a la vista. Extendió la mano hacia mi cuchillo, que estaba sujeto al cinturón de armas, y lo sacó, pero siguió mirando mi pene. «Un cuchillo muy interesante», dijo la reina, sopesándolo en su mano. «Ya veo por qué el mango tiene esa forma». Sin dejar de mirar mi pene, guardó el cuchillo en su vaina, rozándolo accidentalmente con el dorso de la mano. Noté su mirada curiosa y lujuriosa sobre mi pene, pero en ese momento no tenía ni idea de que estaba a punto de acostarse conmigo. «Un cuchillo muy grande», dijo para mi asombro, porque mi cuchillo no era para nada grande. Se refería a mi pene, querido amigo, pero en ese momento no lo entendí.

Durante el té, hablamos principalmente de temas sexuales; ambas teníamos muchas cosas íntimas o picantes que contar. Ahora solo usaba vestidos abiertos por delante y sujetos únicamente por un cinturón. Me quedé mirando su puño, que presionaba constantemente contra su vulva a lo largo del dobladillo para ocultar su excitación. Su mano desaparecía discretamente bajo el dobladillo. Pero eso no era todo; su puño, sus nudillos, hacían que su clítoris se desbordara. Una y otra vez. Pero apenas ocultaba el hecho de que estaba teniendo un orgasmo y que su cuerpo temblaba ligeramente. Surgió un acuerdo tácito que ambas ignoramos en silencio. Me alegraba que disfrutara de estas conversaciones atrevidas, de las historias picantes o de nuestros secretos íntimos, y que no tuviera ninguna inhibición conmigo. Solo tenía que tener cuidado por sus doncellas, aunque no entendieran ni una palabra. Pero no se inmutaban cuando la reina se estremecía o temblaba ligeramente. Sospeché de solidaridad femenina.

Solo después de un mes fui convocado ante el rey. Me puse la túnica ceremonial y los guantes bellamente decorados y me arrodillé ante él. Era un hombre pequeño y musculoso de unos sesenta años, y sus ojos delataban una gran inteligencia. Me pidió que me pusiera de pie y me sentara a su lado. Me explicó mi misión. Tenía una delegación

del Reino de Xiulin de visita; no hablaban mandarín. Asentí y dije que hablaba Xiulin. Dijo que no estaba allí solo para interpretar; quería saber todo lo que los delegados susurraban entre ellos. Lo entendí. Un cuarto de hora después, entramos en la sala del trono donde esperaba la delegación. Metí las manos en las mangas, como los demás consejeros del rey.

El líder de la delegación comenzó a hablar, y lo interrumpí airadamente. «¡Salude a mi señor y rey como es debido; es el rey Feng de Xin y merece su respeto!». El líder se sobresaltó visiblemente, y el rey Feng me preguntó qué se había dicho. Me acerqué a su oído y susurré. No se inmutó. Luego traduje en ambos sentidos; básicamente, se trataba de asuntos comerciales. Los delegados pronto se dieron cuenta de que yo estaba traduciendo sus susurros al rey y se pusieron en guardia. Sin embargo, la negociación transcurrió bien y se firmó un tratado. Tras la recepción, el rey me despidió y se marchó con sus consejeros.

Tenía mucho tiempo libre y coqueteaba con las jóvenes sirvientas de la casa real. Me acostaba con una de ellas todos los días, a veces con dos. Cuando venían dos conmigo, las observaba boquiabierto mientras se besaban, se acariciaban y se tocaban el clítoris. No podía quejarme de nada; a las chicas les encantaba mi gran polla y se aseguraban de que todo el mundo lo supiera.

Para evitar malentendidos o la impresión de que el palacio era un gran burdel: había unas 140 sirvientas, pero solo seis o siete me llamaron la atención y me mostraron deseo y disposición. Tuve que ignorar a las esposas, en su mayoría hermosas, de los cortesanos y nobles debido a la diferencia de clases. Seguía visitando a mi madre dos o tres veces por semana, así que, aunque tenía suficiente sexo, no me acostaba con todas las sirvientas.

Había pasado uno o dos meses cuando la reina me sorprendió, con las mejillas sonrojadas, anunciando que finalmente estaba embarazada. Sabía que no se acostaba con nadie más que con el rey, pero aun así me sorprendió porque él solo venía a verla cada dos semanas. Se rió a carcajadas cuando lo mencioné. “Lo hago con mi dedo todas las noches, pequeño Lin, y me basta con que venga a dormir conmigo

solo cada dos semanas. Y no, nunca me he acostado con nadie más que con el rey Feng, aparte de mi padre cuando era muy joven. Estoy segura de que lo sabes". Asentí y le besé las yemas de los dedos. "Perdóname, Su Majestad, por preguntar, pero siempre pensé que debías tener muchos amantes, Su Majestad, ¡siendo tan bella y encantadora como eres!". Negó con la cabeza, sonriendo. "Gracias por el cumplido, amiga mía, pero yo misma rechacé al emperador Teng porque quería serle fiel físicamente a mi esposo y rey, ¡y solo él debería ser el padre del heredero al trono!".

Cambió de tema. Las dos doncellas eran bastante toscas y torpes al depilarle el vello púbico. Su marido las había contratado, y su lealtad era solo hacia él; debían informarle de cualquier transgresión. ¿Acaso no le gustaría depilarle el vello púbico? No tuvo que pensarlo. "Nunca lo he hecho, Su Majestad, y no sé si mis dedos serían lo suficientemente ágiles. ¡Pero déjeme intentarlo!". La reina sonrió con picardía. "¡Estoy segura de que no será tan brusca como mis doncellas, Herr Lin!", susurró, sonriendo de nuevo. "Hablando de mi vulva, me untará con pomada dos veces al día durante mi embarazo, ¿verdad?". Lin asintió con entusiasmo. "He untado a mi madre con aceite a diario después de su baño durante los últimos diez años, así que sé que puedo hacerlo. Ella siempre quiso una piel suave y una vulva bien lubricada".

Lin sonrió cuando la reina le preguntó con qué minuciosidad había lubricado el coño de su madre. "Normalmente lo quería muy a fondo, sabiendo lo sensiblemente que trataba su clítoris". Ella sonrió inescrutablemente. "No necesitas lubricarme tan a fondo, pequeño Lin. Siempre me doy placer a mí misma". Su sonrisa era descarada e insolente. Lin preguntó si no sería mejor enviar a los sirvientes lejos durante ese tiempo. Se sentiría avergonzado si los dos espías estuvieran mirando. La reina rió. "Tendré que preguntarle a mi marido; ¡son sus espías, después de todo!" El rey, sorprendentemente, estuvo de acuerdo; su esposa estaba embarazada, e incluso si dejaba que Lin la follara, él tenía a su heredero.

Lin conoció a las hijas del rey, que tenían entre 16 y 20 años. Y, para su asombro, descubrió que las cuatro eran auténticas diosas del sexo. No había otra forma de decirlo; habían oído de las criadas que

tenía un pene grande y resistente. Se le acercaron directamente y sin rodeos; ¡querían estar con él! Así que las llevó a la fila de criadas y se acostó con ellas una tras otra. Pero tuvo que aprender que eran mucho menos hábiles en la cama que la mayoría de las jóvenes criadas que había elegido. Se lo contó a la reina mucho después; ella escuchó con preocupación, pues tenía una impresión diferente de las chicas. Sin embargo, le exigió que le contara todo con detalle. Lin dijo que la mayor era la peor en la cama; se quedaba tumbada en la estera como una tabla de madera, completamente pasiva y, por supuesto, sin llegar nunca al orgasmo. Era una de las pocas chicas que nunca le permitía eyacular dentro de ella. Pero después de follar con él, ella tomó su pene entero en su boca, lo frotó vigorosamente y se tragó su semen. Ella era una de las pocas chicas que nunca dejaba que nadie eyaculara dentro de ella. Pero después de ser follada, rápidamente tomó su pene en su boca, lo frotó fuerte y se tragó su jugo. Ella frotó su pene y dejó que eyaculara toda su carga en su garganta, luego se la tragó, bebiéndola con una sonrisa traviesa. Ella era verdaderamente maestra en eso; pocas chicas hacían eso con él. En cuanto a la edad, las dos chicas del medio follaron con cierto interés, pero la más joven era realmente buena. Las dos chicas del medio, las gemelas, apretaron sus músculos vaginales demasiado fuerte, suprimiendo sus orgasmos a pesar de que ardían de deseo. Él no podía entender por qué. Siempre venían a follar en parejas y ya habían acordado el orden. Las folló a ambas una tras otra durante una hora entera hasta que su pene se ablandó. La primera vez, una de las jóvenes de 19 años le preguntó tímidamente: "¿Podemos, Maestro Lin? ¡Siempre lo hacemos así!", y él asintió, aunque aún no sabía a qué se refería. No fue nada especial; los dos se besaron con lengua y se masturbaron mutuamente el clítoris. Llegaron al orgasmo casi simultáneamente; ese era todo el secreto. La más joven era la única que se masturbaba durante el sexo, y eso provenía de su adicción a la masturbación, como ella misma admitió, ya que se masturbaba y tenía orgasmos sin parar durante dos horas. Era realmente buena en la cama; le encantaba y dejaba que él la penetrara hasta que su pene se cansara. Le dijo que algún día quería ser la cortesana más solicitada del palacio. Ninguno de los dos pensaba en el matrimonio; su padre los casaría algún día en condiciones favorables para el reino; de eso, nadie dudaba.

Tras recibir la aprobación del rey, la reina Mei liberó a sus dos sirvientes cuando Lin fue a verla. Vestía solo una capa de seda transparente y finísima, y se desabrochó el cinturón después de recostarse en la cama. Él tomó las pinzas entre el pulgar y el índice, le pidió que separara sus labios vaginales con los dedos y, con delicadeza y respeto, le depiló el vello púbico. La reina Mei tenía una vulva muy hermosa y de aspecto juvenil, un monte de Venus bien formado y un clítoris pequeño y bien escondido. Permaneció completamente inmóvil, ya que la depilación no la excitó en absoluto. Él le entregó un espejo de mano, y ella quedó muy complacida con el resultado.

Ahora tenía que aplicarle ungüento para prevenir las estrías. Ella tenía pechos pequeños y dulces, que él frotó con entusiasmo, luego su vientre, que aún era bastante plano. Le frotó el fragante ungüento en la vulva y le pidió que separara sus labios con los dedos. Incluso frotó su pequeña vulva y la abertura vaginal con mucho cuidado. Ella suspiraba continuamente mientras su dedo índice penetraba profundamente en su vulva y aplicaba firmemente el ungüento, tocando finalmente su clítoris. Tuvo que sacarlo de su escondite antes de poder aplicarle el ungüento. Le pidió que también separara sus labios menores, retrajera su prepucio y presionara la carne alrededor de su clítoris para que sobresaliera bien. Ella lo hizo, suspirando y sonrojándose profundamente, porque estaba muy avergonzada de exponer su clítoris para él y presentar vergonzosamente el último trozo de su desnudez. Él ungió suavemente su clítoris hasta que estuvo completamente rígido y duro. Se excitó profundamente, y los párpados de Mei temblaron mientras le suplicaba: «¡Ya basta, amigo mío, ya basta!». Él se deleitó con la tarea y solo a regañadientes soltó su clítoris. Después de vestirse, fue a la puerta y llamó a sus sirvientes. Repitieron la unción dos veces al día, después del almuerzo y después de la cena.

Los pechos de la reina Mei crecieron antes que su vientre. El embarazo avivó sin cesar su deseo sexual; ahora decía que se sentía satisfecha cada vez más tarde. Hasta que dejó de decirlo. Se había acostumbrado a exponer completamente su clítoris ella misma y a entregarlo a su voluntad. Retraía el prepucio con los dedos y presionaba la carne para que su clítoris se elevara expectante. Lin ya no tenía que pedírselo; ella sonreía con placer y lo hacía por voluntad propia

cuando su clítoris estaba listo. Él ungía firmemente su clítoris y la masturbaba con delicadeza. Al principio, durante las primeras veces, era muy tímida cuando tenía un orgasmo y estaba a punto de llorar de vergüenza, ¡pues ningún hombre le había masturbado el clítoris y la había llevado al orgasmo antes! Pero nunca hablaron de ello, y él la masturbaba al mediodía y por la noche, ahora a veces dos o tres veces seguidas. Pero ahora ella chillaba y chillaba de placer, pues la masturbación la relajaba enormemente, y después se sentía verdaderamente suave y alegre. Era una bendición que los sirvientes no se dieran cuenta, aunque a veces asomaban la cabeza inesperadamente. Pero no podían ver más que al Maestro Lin ungiendo a la reina o depilándole el vello púbico. Eso era todo lo que podían informar al rey.

El rey Feng era un gobernante bueno y prudente. Siempre avisaba con antelación cuando necesitaba al maestro Lin como intérprete y estaba muy satisfecho con él. Cada vez con más frecuencia, hablaba con Lin después de las recepciones y lo escuchaba atentamente, pues Lin no solo era elocuente, sino también muy inteligente y astuto; reconocía con precisión las maniobras de su interlocutor.

El rey Feng sonrió con indulgencia al saber que el maestro Lin se acostaba ocasionalmente con sus cuatro hijas. Las había desflorado a los doce años, como era costumbre, y se acostó con ellas durante un tiempo, pero no las encontraba excitantes. Durante un tiempo, le preguntaron si podían acostarse con tal o cual hombre, y él las dejaba acostarse con quien quisieran. Sin embargo, les aconsejó que se acostaran con los nobles en lugar de con los sirvientes, aunque sabía que no le hacían caso. El propio rey Feng, en cambio, sí le hacía caso; prefería acostarse con las esposas tímidas, honorables y castamente reservadas de los cortesanos. No deseaba viudas ni mujeres mayores de treinta, aunque muchas de ellas eran bonitas, deseables, sexys y dispuestas. No, solo las jóvenes, las tímidas y las castas lo atraían, y cuantas más de estas cualidades poseía una mujer, más se despertaba su instinto de cazador. Ninguno de los cortesanos podía hacer nada cuando la mirada del rey se posaba en su joven esposa o hija; Nada ni nadie podía impedir que el rey cazara. El coqueteo y la persecución de la escurridiza presa eran muy emocionantes; su corazón latía con fuerza hasta que lograba seducirla.

Amaba sus lágrimas cuando se rendían y yacían a su lado, sollozando de vergüenza, y amaba su timidez durante el sexo por encima de todo. Él mismo no era particularmente talentoso en esta disciplina, pero la persecución de su presa alimentaba su pasión. Las mujeres se aferraban a su conquistador, llorando, pues muchas nunca habían sido infieles a sus maridos. Por otro lado, él era el rey, y sus súbditos debían someterse a él. Le rogaban que no eyaculara dentro de ellas; ninguna quería quedar embarazada durante este acto humillante y violento. Y cuanto más gemían pidiéndole que no eyaculara dentro de ellas, por favor, por favor, más fuerte apretaba las caderas de las nobles y eyaculaba todo dentro de ellas, ¡la carga real completa! Era increíblemente excitante, y le importaba un comino si engendraba un bastardo.

Lin observó cómo crecía el vientre de la reina, acariciándolo diligentemente dos veces al día hasta la fecha prevista del parto y, por supuesto, masturbándose el clítoris. El destino fue bondadoso con la reina Mei; tuvo un parto sin complicaciones y, de hecho, dio a luz a un heredero al trono, un hijo llamado Xinhua. El rey estaba exultante, besando y abrazando a Mei efusivamente y con gratitud. Organizó un gran banquete para su pueblo y prometió a cada mujer 10 monedas de oro si quedaba embarazada durante las festividades. Hubo banquetes, bebida y sexo; las muchachas y mujeres tuvieron sexo desenfrenado con decenas de hombres en las calles y plazas a la vista de todos, porque todas querían las 10 monedas de oro. Algunas se dejaban penetrar discretamente bajo sus faldas, otras se las subían y otras se quitaban los vestidos y se dejaban penetrar completamente desnudas. Pero todas sonreían ampliamente como las cortesanas más lascivas.

La reina Mei amamantó al príncipe Xinhua personalmente; tenía leche en abundancia. Lin visitaba a la reina Mei a diario, compartiendo su alegría por el dulce niño. Tres meses después, era evidente para todos que el príncipe gozaba de buena salud y no había motivo de preocupación. Lin dormía con las hijas del rey, su madre y las doncellas, pero se mantenía alejado de la reina. Ella estaba completamente absorta en la maternidad y no necesitaba ningún placer adicional en ese momento.

Dos o tres veces al año, Lin acompañaba al rey Feng a Mongolia, a medio día de viaje. La mayoría de las veces se trataba de una visita amistosa sin negociaciones serias. Traducía en ambos sentidos y disfrutaba estando en la tierra natal de su madre. Los mongoles estaban muy orgullosos de él y le llevaban una jovencita a su tienda cada noche. La mayoría eran jóvenes pero experimentadas; tenían relaciones sexuales con desenvoltura y gracia, igual que su madre. La mayoría le permitían eyacular dentro de ellas, mientras que otras le dejaban eyacular en sus bocas. Le gustaba cómo frotaban su pene en sus bocas y eyaculaban profundamente en sus gargantas para poder beber hasta la última gota de su semen. Esto era algo que las jóvenes mongolas dominaban a la perfección. A veces, la chica aún era virgen, y él la desfloraba con mucha ternura y cariño, aunque nunca volviera a verla. A los mongoles les encantaba el sexo, de eso no cabía duda. Siempre recibía una cálida despedida cuando se marchaban.

Lin acompañó al rey Feng a la capital, Guang'an, para reunirse con el emperador Teng, donde permanecieron diez días. El emperador Teng reconoció la habilidad y el talento diplomático de Lin en su primer encuentro, a pesar de que Lin asistía como consejero, no como intérprete. Le envió a su mejor y más inteligente concubina, la señorita Ling, para que pasara esas diez noches con él. La concubina mantuvo relaciones sexuales con Lin hasta la medianoche; ambos eran excelentes amantes, y las noches estaban llenas de lujuria y pasión. Ella poseía una habilidad excepcional: sus músculos vaginales le extraían hasta la última gota de semen al eyacular, algo que Lin disfrutaba enormemente. A menudo yacían uno al lado del otro durante largos periodos, susurrando sobre política, costumbres y otros asuntos extraños, pues ninguno de los dos había conocido jamás a una persona tan inteligente. También mantenían relaciones sexuales por las mañanas y las tardes, cuando no había reuniones oficiales. El emperador Teng sabía que las mejores ideas y sugerencias sobre la señorita Ling provenían del maestro Lin, no del rey, a quien, sin embargo, el emperador valoraba mucho por su fidelidad y lealtad. Lin disfrutó mucho de tener relaciones sexuales con la joven, pero su corazón pertenecía a su reina; eso le quedó más claro que nunca. El emperador habló en privado con Lin varias veces y le comentó al rey lo envidiable que era tener un intérprete tan talentoso para los idiomas y un diplomático tan astuto. El rey Feng sonrió, pero no podía ni

quería dejar ir a Lin. El emperador Teng no dio ninguna señal de sus sentimientos; primero la reina de Xin lo había rechazado, y ahora el rey también había denegado su petición. Lin se sintió muy halagado, pero no quería quedarse en la capital. A las preguntas del rey Feng, respondió que no quería dejar a su madre ni a las cuatro princesas. Se le ruborizaron las mejillas porque mentía; no quería dejar a la reina Mei, de quien se había enamorado durante todos esos meses. Pero el rey Feng, sabiamente, no insistió.

Al regresar a casa, el rey solo tenía ojos para el heredero al trono y sonrió cálidamente cuando la reina abrazó al intérprete. Lin intuyó que ella también lo había extrañado. Tras el nacimiento, la reina no había pedido oro, joyas ni ornamentos; solo había solicitado dos nuevos sirvientes. El rey accedió de inmediato, pues el riesgo de indiscreción había desaparecido. Los dos espías fueron obsequiados a familias nobles, y la reina Mei contrató a sus dos mejores amigas como sirvientas personales. Ella planeó con astucia, y Lin solo alcanzó a ver fragmentos de todo. Valoraba enormemente a las dos recién llegadas; eran muy agradables y hermosas, diez años menores que la reina.

La reina Mei había cumplido con su deber; el príncipe prosperaba y tenía una joven y encantadora esposa, a quien la propia reina había elegido. Ahora podía dar el siguiente paso y tener un amante, pues el rey se retiraba gradualmente de la vida pública y buscaba esposas castas; eso era más que suficiente para sus deseos ya maduros. Él liberó a Mei y sonrió con sorna, diciendo que ya sabía a quién elegiría. La reina Mei se asombró, pues él parecía saberlo incluso antes que ella. En cualquier caso, suspiró aliviada, ahora que tenía su bendición. Y así hizo su elección.

Lin no había tocado su clítoris en seis meses. Solía visitar a su madre por las noches o se acostaba con las princesas y las doncellas; era un tiempo muy agradable, sin ninguna emoción ni sorpresa en particular. Su madre apreciaba especialmente sus visitas. Era tan alto como el Gran Lin, de hombros anchos y musculoso, lo que hacía que el sexo fuera aún más especial. Era mongola de corazón y le acariciaba el bigote, que él llevaba al estilo mongol. Había cumplido 40 años, una mujer honorable y orgullosa que solo había tenido a Weng y

Wang como amantes y que, por lo demás, había llevado una vida casta. Con orgullo le mostró a su hijo los libros de contabilidad, donde su fortuna había aumentado constantemente. Lin se sorprendió al principio de que se desmayara profundamente antes de su orgasmo durante el sexo. Continuó follando a la mujer inconsciente sin inmutarse, y ella solo despertó de nuevo al llegar al orgasmo. Sonrió al reconocerlo. Él preguntó discretamente a los señores Weng y Wang, y ellos lo experimentaron cada vez. Lin aceptó este extraño acontecimiento sin la menor sospecha de que se tratara de los primeros síntomas de su enfermedad mortal.

La reina Mei invitaba a Lin a tomar el té todas las tardes. Decía que echaba de menos conversar en su lengua materna y que quería hablar de temas sexuales con él, pero solo en su idioma. Lin estaba encantado, pues tenía que aceptar que la amaba por encima de todo. Claro que ella era inalcanzable para él; era la reina y él un simple empleado de su marido; no se engañaba a sí mismo. Pero cuando hablaban de temas sexuales, se le ruborizaban las mejillas. Tomaron té durante dos meses hasta que ella, sin rodeos, le pidió que tuvieran relaciones sexuales. Los dos nuevos sirvientes permanecían inmóviles contra la pared, esperando sus órdenes y deseos, pero no entendían ni una palabra de su idioma. No le molestaba que estuvieran allí; siguió a la reina Mei hasta su estera, donde se había acostado con su capa de seda transparente. Abrió la capa y se le presentó desnuda. Él se quitó la túnica y el cinturón y se acostó a su lado, con el corazón latiéndole con fuerza.

No, no era un chico inexperto, sino un hombre experimentado de unos 25 años cuando se acostó por primera vez junto a la reina, con el corazón latiéndole con fuerza. Sonrió a las dos doncellas y se dio cuenta de que le devolvían la sonrisa, casi imperceptiblemente. Acarició el cuerpo de Mei durante un buen rato antes de llegar a su clítoris. Ella ya estaba muy excitada; no podía esperar a follar con él. Cuando sintió que los preliminares habían ido bien, se montó sobre ella. Entró en su vagina, y estaba mucho más estrecha de lo que esperaba. Cuando estuvo dentro de ella, abrazó a su gran amor con todo su corazón y la besó por primera vez con un beso francés. Ella le devolvió el beso, y él la folló. Al principio despacio, hasta que ella igualó su ritmo, y luego más rápido. Ella había practicado el orgasmo desde

muy joven, y se aferró a él, feliz y relajada después. Sonriendo, le dejó que siguiera follándola hasta que él se corrió. Él eyaculó dentro y ella lo permitió. Hicieron que las criadas les llevaran limonada fría al campamento.

Lin acarició los traseros de las chicas guapas mientras traían la limonada. La reina sonrió y dijo: "¡No están fuera de los límites, y tienen la noche libre!". Él sonrió tímidamente porque ella había adivinado sus pensamientos. "Quizás", respondió, "quizás". Finalmente, la situación llegó a este punto: algunas noches, llevaba a las dos chicas a su habitación y se acostaba con ellas, porque ambas eran realmente buenas en ello: apasionadas y gráciles. Un par de veces, se dejó llevar, y luego, por la tarde, las arrastró a ambas sobre la estera donde Mei estaba tumbada y se acostó con las tres por turnos. Mei, que ya había tenido un poco de amor lésbico con las dos chicas antes, sonrió radiante de oreja a oreja porque tenía un amante tan viril. Pero esto no ocurría muy a menudo.

Pero ahora dirigió su atención a su reina. "Llevo enamorado de ti muchos meses, mi querida Mei", dijo, "incluso antes de que me permitieran depilarte el vello púbico". Ella le sonrió. "Te he deseado desde el principio, pequeña Lin, pero esperé a pedirle permiso a mi esposo y rey". Le contó que se masturbaba desde su más tierna infancia y que perdió la virginidad a los 12 años con su padre viudo, quien, a pesar de su edad, tuvo relaciones sexuales con ella casi todas las noches durante 15 años, hasta que el rey se casó con ella. Dijo que el sexo con él le resultaba increíblemente placentero; él le proporcionaba un orgasmo maravilloso casi todas las noches, muy diferente de los orgasmos que tenía al masturbarse. Se aferraba a él durante el orgasmo porque lo amaba profundamente. Le gustaba pensar en su padre, quien le había enseñado todo lo que sabía. Él fue la única persona con la que tuvo relaciones sexuales antes del rey, y él comprendía perfectamente por qué siempre se masturbaba antes de dormirse. Hablaron durante otra hora, y él tuvo que contarle con detalle cómo empezó todo con Weng, Wang y la madre, y Mei, distraídamente, jugaba con su clítoris mientras él contaba la historia. Mei quería oír hablar de aquella primera vez salvaje una y otra vez, porque la excitaba tanto que casi se arrancaba el clítoris. Luego, cómo, siendo un niño pequeño, la había follado torpemente después del hombre, y cómo su

pene creció gradualmente y le permitieron follarla todas las noches. Ella escuchaba y, distraídamente, jugaba con su clítoris, teniendo un pequeño orgasmo tras otro, pero no quería follar de nuevo ese día. Él se marchó con paso ligero; mañana le permitirían follarla de nuevo, dijo Mei.

Tuvieron tres hijos, dos princesas y un príncipe, de quienes el rey Feng reconoció la paternidad. Lin y Mei permanecieron juntos y su romance se mantuvo intacto. Lin continuó acostándose con la madre, las hijas del rey y las jóvenes y bellas doncellas, aunque ahora se lo tomaba con menos seriedad.

Su hija Hue-Lin había cumplido doce años, y el rey ya tenía más de setenta. Llamó a Lin y le dijo que era demasiado viejo para desflorar a su hija. Lin debería hacerlo, dijo con un guiño, ya que, en cierto modo, era el hombre indicado para el trabajo. El pequeño Lin se inclinó hasta el suelo: “¡Como usted ordene, Su Majestad!”.

Por las noches, al irse a la cama, la reina hacía que la princesa Hue-Lin se acostara a su lado. La princesa, por supuesto, sabía lo que venía y estaba muy excitada. Pero su madre la tranquilizó, diciéndole que solo era un pequeño pinchazo y que luego sería una mujer de verdad. Lin excitó a su hija con su dedo índice hasta que la linda niña estuvo muy caliente. Hue-Lin se acostó boca arriba sobre su madre, la reina, cuando Lin, con consideración pero con una embestida firme, le rompió el himen y luego la penetró. La princesa no tuvo un orgasmo, así que después de eyacular, Lin dejó su pene dentro de ella hasta que Mei terminó de masturbarla. La penetró todas las noches durante dos meses en los brazos de la reina, y entonces ella aprendió a tener orgasmos. Más tarde, solo la penetraba cuando ella lo miraba suplicante. Un buen año después, su hermana, Chin-Lin, cumplió doce años, y Lin también la desfloró, sin preguntarle al rey Feng. Se acostó con Chin-Lin durante más de un año porque ella era mucho mejor y más hábil en la cama que su hermana. Además, lo disfrutaba mucho más. Mei siempre se acostaba a su lado cuando él se acostaba con una de sus hijas porque, por un lado, estaba muy orgullosa del pene de Lin, y por otro, así podía hablar de ello con su hija sin complejos y con total libertad.

Cuando su hijo Koh-Lin cumplió doce años, se le permitió dormir con su madre, la reina Mei. Su joven esposa le había contado todo sobre el sexo, se lo había explicado todo e incluso lo había masturbado a él y luego a sí misma, pero debía dejarle el acto sexual propiamente dicho a la reina; esa era la orden. Koh-Lin durmió con su madre por primera vez; su padre, Lin, dormía en su propia habitación contigua. Le cedió su lugar junto a ella a su hijo, ya que cada año había nuevas y jóvenes sirvientas que dormían con él.

La reina solo llamó a su hijo después de que Lin se hubiera retirado a su habitación tras su encuentro sexual. Koh-Lin se sentía muy avergonzado mientras yacía desnudo junto a su madre. Después de todo, hasta entonces había estado desnudo junto a su joven esposa; ella le había mostrado todo sobre el cuerpo femenino, su masturbación y sus orgasmos, pero su corazón aún latía con fuerza. Ahora se le permitía tener relaciones sexuales de verdad. Su madre, incluso después de cuatro partos, era una mujer hermosa, más hermosa que su joven esposa. Y ahora le mostraba cómo tener relaciones sexuales, procediendo con delicadeza y consideración, dejándole dar cada paso.

«¡Qué bien, qué suave, qué placentero!», exclamó su hijo en voz baja, y casi al instante eyaculó. Ella sonrió, le sacó el pene por completo y lo sostuvo en su puño, dándole tiempo para recuperar el aliento. Había heredado el pene grande y resistente de su padre; ella lo descubriría esa noche. Ahora tenía permiso para follar a su madre. Hasta ahora, siempre se había sentado junto a su joven esposa cuando un amante la follaba, porque ella tenía que mostrarle cómo follaba, cómo la follaban todos los días; la reina lo había ordenado. La reina había dado instrucciones muy precisas: si el niño tenía una erección mientras la veía follar, tenía permiso para masturbarse o que ella lo masturbara y eyacular en su coño, ¡pero no penetrarla, jamás!

La niña-mujer era una buena segunda madre para Koh-Lin; él veía a su madre varias veces al día, pero dormía con la niña-mujer por la noche. Sexualmente, era bastante salvaje, razón por la cual la reina la había elegido. Y era muy sensible y lo ayudó a desarrollar su sexualidad. Por supuesto, cuando el niño sintió curiosidad, le preguntó a su

madre si debía enseñarle a masturbarse. Por supuesto, cuando él comenzó a eyacular, ella preguntó si podía masturbarlo correctamente. La reina a veces observaba cuando la niña-mujer lo masturbaba. Ella se acostaba frente al niño, con las piernas bien abiertas, y él miraba fijamente su vagina y se ponía muy duro. Ella insertaba la punta de su glande en su vagina y lo masturbaba. Era infértil y lo dejaba eyacular dentro de ella. Cuando él terminaba, ella lentamente lo dejaba penetrar profundamente en su vagina, donde él podía esperar inmóvil hasta que su pene volviera a ablandarse. La reina estaba bastante contenta con esto, pero seguía diciendo que no debía dejar que él tuviera relaciones sexuales con ella; ¡Eso era algo que se reservaba para sí misma!

Obedecieron la orden de la reina durante mucho tiempo. A veces, la reina veía que él follaba durante un minuto entero mientras eyaculaba, así que repetía su orden. Pero estaba muy complacida con la niña-mujer y más tarde le ordenó que dejara que un hombre la follara todos los días en presencia de Koh-Lin, para que él pudiera aprender. La niña-mujer, que hasta entonces solo había sido follada muy raramente y en completo secreto, suspiró aliviada. Ahora dejaba que un hombre la follara todos los días, y a Koh-Lin se le permitía poner su cara entre sus muslos para verlo de cerca. La niña-mujer follaba con un hombre todos los días, siempre eligiendo uno nuevo, y el chico tenía que mirar. Por supuesto, se le ponía dura cada vez y se masturbaba mientras miraba. Observaba cómo ella agarraba el pene y lo insertaba en su vagina; tenía una vagina grande, suave y ancha, el chico podía verlo con bastante claridad. Se quedó mirando su coño, donde su polla golpeaba y empujaba mientras ella se masturbaba hasta el orgasmo. Cuando el hombre terminó, Koh-Lin se masturbó rápidamente y eyaculó por toda su vagina. Para terminar, se arrodilló detrás del hombre y roció todo sobre sus testículos, su pene y sobre la vagina de la niña-mujer. Ella rió fuerte porque era simplemente excitante. Más tarde, el chico apartó al hombre y roció su carga por toda la vagina de la niña-mujer. Solo mucho después penetró su vagina para eyacular dentro de ella, e incluso entonces, solo rara vez, cuando la reina estaba mirando. El año pasado, eso ya no fue suficiente para el chico; penetró la vagina de la niña-mujer profundamente para eyacular dentro de ella. Ella sintió el frío acero del verdugo en su

cuello, pero ¿qué podía hacer? Él ya estaba muy curioso y ansioso por follar de verdad.

El chico no solo eyaculaba profundamente dentro de su vagina en medio de su relación sexual con el hombre; se masturbaba cinco veces o más al día, y ella tenía que yacer desnuda frente a él mientras lo hacía. Él la miraba fijamente a la vulva abierta, luego la penetraba profundamente para eyacular. Realizaba movimientos de empuje vigorosos mientras se corría, pero ella no podía ni se le permitía permitir más, con el hacha del verdugo acechando. El chico lo entendía y no quería meter a la pobre joven en problemas. Solo la penetraba después de haberse masturbado, follándola con fuerza durante un minuto entero mientras eyaculaba. Ella imaginaba que estaba muy cerca de la muerte durante ese minuto, pero así era. Podía justificarlo más o menos. El chico la follaba durante más tiempo cada vez antes de poder eyacular, cinco veces o más al día. Ahora la follaba durante diez minutos antes de eyacular.

El chico se masturbaba cinco veces al día o más. Penetró a la joven mucho antes de que ella eyaculara y la folló durante diez minutos hasta que él se corrió. Aunque la joven temía el hacha del verdugo como al diablo, cedió. Ya no tenía que masturbarse; se le permitió follarla desde el principio. Después de todo, pronto cumpliría doce años y estaría con su madre, la reina. El chico lo entendió y asintió agradecido. Ahora follaba a su joven, que aún no tenía treinta años, al menos cinco veces al día, pero generalmente mucho más a menudo. Ella seguía buscando a otros hombres para follar, y el chico se masturbaba y eyaculaba como antes, pero una vez que el hombre se había ido, los dos follaban a sus anchas. Él le juró que nunca se lo contaría a la reina, y cumplió fielmente su palabra. Ella sabía que tendría que hablar con la reina al respecto, pero nunca llegó a ese punto.

Pero ahora, por primera vez, tenía permiso oficial para follar con una mujer adulta, y una a la que amaba muchísimo. “¡Vamos, hagámoslo otra vez! Métela hasta el fondo y espera a que esté realmente excitada, ¡y luego fóllame!” Él asintió y la penetró con mucho cuidado, dándole tiempo para que se acostumbrara a su pene. Podía sentir exactamente cómo se frotaba el clítoris, primero despacio y luego ca-

da vez más rápido. También podía sentir cómo toda su vagina trabajaba intensamente mientras se masturbaba. Esperó inmóvil hasta que ella jadeó: "¡Sí, ahora, fóllame!" y se puso manos a la obra. Ella se aferró a él con fuerza mientras su orgasmo estallaba, pero él estaba lejos de terminar y siguió follándola sin inmutarse. Su excitación se mantuvo alta, tuvo orgasmos continuamente, y solo se detuvo cuando él se corrió dos veces dentro de ella y dejó de follarla. Se tumbaron uno al lado del otro, jadeando, hasta que se durmieron abrazados.

Pasaron cuatro años, el reino estaba en paz, y el rey Feng, ya septuagenario, preparaba a su hijo Xinhua para el trono. Era un muchacho brillante e inteligente, y habría sido un buen rey si las Nornas no le hubieran arrebatado la vida. Cayó de su caballo mientras cazaba un jabalí y el animal, enfurecido, lo mató. El corazón de la reina Mei se rompió; era su primogénito. El rey Feng se encerró durante días y lloró como nunca antes. Al quinto día, convocó a la reina Mei y al maestro Lin a sus aposentos privados. Los tres permanecieron en silencio durante minutos hasta que el rey comenzó: «Querida Mei, mi pobre reina, hemos perdido a un hijo, y estoy inconsolable. Pero tenemos otro hijo legítimo, Koh-Lin, tu hijo. Deseo que me suceda». Un profundo silencio se apoderó del lugar. Tanto Mei como Lin sintieron una inmensa gratitud, pues el rey, por supuesto, conocía la paternidad de Lin. Se miraron brevemente, y entonces la reina dijo: «¡Qué sabio y generoso eres, mi señor y amo! Encomendaremos a mi hijo, Koh-Lin, que solo tiene dieciséis años y medio, a los maestros, ya que debe ser capaz de sucederte en un año y medio. Hasta entonces, mi querido y bondadoso esposo, te ruego que te mantengas fuerte y sano, para que no haya ninguna brecha en la línea sucesoria. Y, mi amor, pretendo cuidarte y amarte durante mucho tiempo, ¡como te he amado hasta ahora!». Solo Lin percibió la ambigüedad de su última frase, pero el rey Feng le acarició la mejilla con cariño. «Por supuesto, mi amor, ¡permaneceré contigo durante mucho tiempo!». La miró a ella y luego a Lin. «Estamos de acuerdo, ¿no es así?». Lin asintió. «¡Exactamente como usted ordene, Su Majestad!».

El entrenamiento de Koh-Lin comenzó al día siguiente. Lin apoyó a su hijo lo mejor que pudo; tenía en mente varias obras sobre la realeza y sabía que al rey no le quedaban muchos años de reinado.

Desde ese día, los nobles, los ricos y los poderosos de todo el reino le trajeron a sus hijas jóvenes, e incluso a algunas esposas jóvenes. Lin le explicó a su hijo que esa era la costumbre, aunque la mayoría tenía segundas intenciones. Tenía que acostarse con todas las chicas si no quería provocar un escándalo. Koh-Lin asintió, algo decepcionado, porque se acostaba con la reina todas las noches y prefería hacerlo con ella. La mayoría de las chicas eran guapas y dispuestas, así que se acostaba con ellas una tras otra, pues era un deber placentero y hermoso. Se acostó con muchas chicas antes de acostarse con la reina, y se acostó con cientos en los doce años previos a su matrimonio. La reina permanecía acostada si sentía que no lo molestaría. Examinaba a las chicas con más detenimiento si él tenía relaciones sexuales con ellas una segunda o tercera vez. Pero ella se complacía cuando él follaba con tanto entusiasmo. O ella iba a la habitación de al lado con Lin; no lo molestaba, incluso cuando estaba con una chica. Se excitaba mucho cuando él follaba con las hijas del rey. Tenía que estar de acuerdo con él; la hija menor follaba con mucha pasión y obviamente lo disfrutaba, las otras eran bastante aburridas. Era bastante obvio que la chica era adicta a la masturbación. La reina se maravilló porque era la primera vez que veía a alguien adicto a la masturbación, pero no le pareció malo en absoluto. Algunas de sus doncellas se irritaban un poco cuando su ama se acostaba con ellas. Mei les daba la espalda y se masturbaba discretamente mientras estaba acostada de lado, luego se dormía satisfecha.

La madre de Lin enfermó gravemente y murió pocas semanas después. Lin le ofreció un funeral suntuoso; asistieron cientos de personas, pero Lin apenas conocía a nadie. Solo saludó afectuosamente a los ancianos Weng y Wang; hacía años que no veía a sus dos amigos. Su madre le había contado con una sonrisa que ahora los dos amigos la visitaban juntos todas las noches, ya que Lin rara vez se acostaba con ella. Estaba muy contenta con este nuevo arreglo, porque solían turnarse para tener relaciones sexuales con ella, y así alcanzaba el orgasmo con mucha frecuencia. Contó que ahora se desmayaba cada vez que tenían relaciones sexuales con ella, y que ambos la penetraban como a una muñeca sin vida hasta que despertaba con un orgasmo a gritos. Dijo que estaba tan profundamente inconsciente que no recordaba nada del acto. Al principio, los hombres le tapaban la boca, pero con el tiempo, a ninguno le importaba ya si su grito resonaba

por toda la casa. La madre le acarició la mano y le dijo lo orgullosa que estaba de él; le había dado tres nietos reales, y su hijo Koh-Lin sería incluso el próximo rey. "¡Tu padre seguramente está muy orgulloso de ti, pequeña Lin!" Esa fue su última conversación.

Lin les cedió el negocio de préstamos a sus amigos Weng y Wang, como recompensa por su lealtad. Su madre le había dejado una gran fortuna; él la dividió en cuatro partes, quedándose con una cuarta parte y repartiendo las otras tres a partes iguales entre sus hijos.

Hue-Lin fue la primera en casarse, pero su marido la abandonó antes de cumplir un año juntos. Tenía un amante diferente cada noche, algo que su esposo no podía tolerar. El rey Feng y la reina Mei estaban muy tristes de que Hue-Lin se hubiera convertido tan rápidamente en una prostituta de clase alta en el palacio. El pequeño Lin habló largo y tendido con ella antes de que su marido se marchara, pero ella había elegido esa vida disoluta, y él no podía hacer nada para cambiarlo. La vigilaba de cerca y solo intervenía cuando algún noble se portaba mal. Les dio una buena paliza a muchos nobles; no conocía distinciones de clase. Un miserable merecía una paliza, y así era como se defendía, incluso ante el rey.

Chin-Lin, la menuda belleza, pospuso el matrimonio todo lo que pudo. También tuvo muchos, muchísimos romances y le encantaba el sexo. Pero no se convirtió en una prostituta como su hermana, a quien apodaban "la de las alas de mariposa extendidas" porque esperaba a cada hombre con las piernas abiertas. Chin-Lin se preocupaba mucho más por su reputación y no cambiaba de pareja tan a menudo, y solo lo hacía discretamente. Desde joven, era una masturbadora obsesiva y adicta; ni Mei ni Lin la detuvieron, porque no creían que su adicción a la masturbación fuera algo malo. Quizás incluso fue algo bueno, porque significaba que no corría el peligro de convertirse en una prostituta como su hermana mayor. El dinero de la madre de Lin llegó justo a tiempo para ambas chicas, y en este asunto, fueron sensatas. Su hijo, Koh-Lin, no necesitaba el dinero con tanta urgencia, pero le ayudó a colmar de regalos a las bellas princesas y a las hijas de la nobleza después de haberlas follado como es debido y haberlas enviado a casa. Nadie podría acusarlo de ser tacaño o de que-

rer acostarse con cualquiera gratis. ¡Y el pobre tuvo que acostarse con cientos de chicas guapas antes de casarse!

El rey Feng murió cuatro años después, y Koh-Lin ascendió al trono, bien preparado. Permaneció con la reina hasta que se casó a los 29 años. La corte le había proporcionado repetidamente damas de la nobleza, con las que se acostó un par de veces a modo de prueba, para luego despedirlas. Era de naturaleza fundamentalmente bondadosa y, por lo tanto, no quería ofender a nadie en la corte. Todas las princesas eran hermosas y presentables, y muchas de ellas ya tenían bastante experiencia en la cama. Jamás lo habría admitido, pero anhelaba a cada una de estas bellezas, que podían tener relaciones sexuales con tanta gracia y elegancia. Se acostó con cada una de ellas durante varias noches para experimentarlas plenamente antes de dejarlas ir a regañadientes.

Entonces le trajeron una encantadora princesa de trece años que solo había estado con su padre y ningún otro hombre. Koh-Lin quedó cautivado por esta inusual joven desde el primer momento. Se ganó su corazón al instante; era inteligente, muy hermosa, alegre y podía inseminar como una diosa, a pesar de que solo había estado con su padre durante un año. Él había sido un excelente maestro y le había enseñado cómo inseminar correctamente a un hombre. Solo cuando ella creció y perdió atractivo, el rey Koh-Lin comenzó a buscar otras mujeres y desarrolló una predilección por las vírgenes jóvenes, muy jóvenes, y su esposa le consintió en este vicio.

El pequeño Lin permaneció junto a la reina Mei hasta el final, y su amor fue celebrado a menudo en canciones por la posteridad.

• • •

Pequeño Lodo

von Jack Faber © 2024

Era el año en que Harun al-Rashid ascendió al trono de Bagdad. Bagdad era una gran provincia del Imperio abasí, que se extendía desde Turquía hasta China. Umeya era sirvienta de un rico comerciante; tenía 14 años, era atractiva y de una belleza deslumbrante. El lujurioso comerciante aún no había asimilado por completo las enseñanzas y la sabiduría del Islam. Lo que deseaba era el bien. Bienaventurado era quien se sometía a él. Era increíblemente rico; siempre daba generosas limosnas en la mezquita, y esa era la única razón de su popularidad, la única razón. No maltrataba a sus esclavos, pero les exigía todo.

Sus labios se humedecieron con deseo cuando el comerciante vio por primera vez a la bella Umeya en su granja. Como todas las chicas de su edad, estaba en plena floración, con hermosos y voluptuosos senos, un cuerpo muy esbelto con caderas femeninas, un rostro encantador de aspecto infantil y una espesa cabellera castaña que le caía hasta los hombros. Era hija de una familia numerosa y pobre, y tuvo que empezar a trabajar pronto. El comerciante le pagaba bien, y ella le daba una buena parte de su salario a su madre. Era de naturaleza dulce y sencilla, y lo único que definitivamente le faltaba era experiencia sexual. Claro que a menudo había visto a sus padres teniendo relaciones sexuales, y su madre le había explicado que así era como se hacían los bebés. No necesitaba saber nada más. Sus hermanos le habían enseñado a masturbarse, y ella lo hacía con gusto; sus hermanos la amaban y la besaban con cariño, así que eso era bueno. Por lo demás, no tenía ni idea; a pesar de su edad, era virgen.

El mercader lujurioso se lamió los labios y le ordenó que lo siguiera. Así que, sin sospechar nada, ella lo siguió hasta el dormitorio. Él la desnudó y le dijo lo hermosa que era. Ella asintió con entusiasmo; se lo habían dicho todo el tiempo. El mercader sonrió. “¿Te gusta follar?”, preguntó, y ella dijo que no sabía qué era eso. “¿Nunca has estado con un hombre, un chico?”, preguntó, rebosante de alegría. “Sí”, dijo Umeya, “¡solía estar con todos mis hermanos!”. El mercader

sonrió. “¿Pero nunca has tenido un pene?”, continuó el mercader. “Sí”, respondió Umeya, “aprendí a frotar a mis hermanos hasta que se corrían; ¡todos los chicos necesitan eso antes de dormirse!”. La sonrisa del mercader se amplió; parecía un gato saciado.

“¡Vamos, acostémonos en la cama, vamos a follar!” Umeya asintió obedientemente y se acostó en la cama, con el mercader a su lado. Notó su pene erecto y le preguntó si debía frotarlo para que eyacula-ra. El mercader asintió, y ella lo frotó, igual que sus hermanos. Pero el mercader la interrumpió y la hizo acostarse boca arriba. “¡Así que ahora vamos a follar!”, dijo, y Umeya asintió, sin tener ni idea. La pe-netró, y ella chilló suavemente cuando él le desgarró el himen. “Esa es solo la primera vez”, le aseguró el mercader, “¡no sentirás más do-lor cuando follemos!” Umeya asintió obedientemente, porque ahora la estaba follando como su padre había follado a su madre delante de todos los niños. Pero la folló durante mucho más tiempo que su pa-dre y luego eyaculó toda su carga de semen dentro de ella, y entonces terminó. Su padre siempre sacaba su pene y eyaculaba sobre el estó-mago de su madre.

— ¿Disfrutaste del sexo? — preguntó, y ella asintió con entusias-mo. — ¡Sobre todo la explosión al final, fue genial! — dijo la ingenua Umeya, y añadió que ese era el orgasmo, la máxima satisfacción. ¡De eso se trataba el sexo, del orgasmo! Le sorprendió gratamente lo complaciente que era Umeya, la facilidad con la que alcanzaba el or-gasmo. — Sí — respondió Umeya — , ¡claro que quiero follarte otra vez cuando tengas tiempo! El comerciante ahora ronroneaba como el gato mencionado. La asignó a la jardinería para que siempre estuvie-ra cerca.

Él se acostaba con Umeya todos los días, tan a menudo como po-día. Ella era una bomba en la cama, y si él no hubiera sido un soltero empedernido, quién sabe, tal vez se habría casado con ella. A ella le encantaba el sexo; siempre era un bienvenido descanso de la jardine-ría, y los orgasmos eran maravillosos. Se acostaron sin parar durante tres años, y entonces Umeya quedó embarazada. Estaba completa-mente desconcertada, pero así eran las cosas. Preguntó a algunas mujeres mayores qué podía esperar. El comerciante le dio una gruesa

bolsa llena de monedas de oro y la despidió; no necesitaba niños cerca.

Compró una casita diminuta a la orilla del río, abrió una pequeña tienda frente a ella y vendía todo tipo de artículos para el hogar. Una mujer amable la ayudaba en todo, como una hermana mayor. Nunca volvió a ver al comerciante. Tuvo un hijo pequeño y juró no tener otro, ya que el parto había sido difícil. Llamó a su hijo Muck, derivado del nombre del comerciante desleal. Su casa constaba de una sola habitación. Por la noche, extendía la estera y Muck dormía desnudo a su lado, igual que ella. Era sano y vivaz, pero a los cuatro años dejó de crecer y se le puso jorobado. De niño medía solo 1,10 metros; a los dieciséis, medía 1,45 metros y se mantuvo así durante mucho tiempo. Casi nadie quería jugar con el niño enano y jorobado. No tenía amigos, excepto el amable anciano persa de enfrente, que siempre tenía tiempo para Muck. Al-Mahdi, como se le conocía, era un anciano que pasaba el día leyendo sus libros. Una vez al día, llevaba a Pequeño Muck a pasear por la orilla del río y le enseñaba cómo se movían las estrellas y los planetas, qué sangrientos acontecimientos sacudían el Imperio Persa y cómo funcionaba el imperio de Harún al-Rashid. «Si quieres, te enseñaré a leer», dijo Al-Mahdi, «solo tienes que pedirle a tu madre que se acueste conmigo una vez al mes». Pequeño Muck asintió y preguntó qué era eso. Al-Mahdi se lo explicó al niño de siete años a grandes rasgos. «Entonces, avísame si acepta, ¡y te enseñaré a leer!».

Umeya levantó las manos horrorizada cuando Little Muck le preguntó al respecto aquella noche. Por supuesto, conocía bien a Hern Al-Mahdi. Había sido Gran Visir de un emperador de Persia, un hombre rico con considerable influencia y un gran harén, como era costumbre en aquella época. Seguía el culto de Mitra; no era un verdadero creyente. Cuando el emperador fue envenenado, huyó a Bagdad y vivió solo y modestamente en la gran casa. No tenía esposa ni hija con quien dormir; cada noche se sentaba en el banco de piedra detrás de su casa y se masturbaba a la luz de la luna. Umeya lo había visto muchas veces; no era un rumor. A menudo se escabullía en su jardín cuando él apagaba las luces de la casa. Con frecuencia contemplaba con anhelo su hermoso y gran pene, que él frotaba con placer a la luz de la luna y luego eyaculaba sobre los rosales. Era astrólogo, fi-

lósofo y erudito. ¿Y si pudiera darle a Pequeño Lodo un poco de educación por un precio tan bajo? Ella le dijo a Pequeño Lodo: “Lo pensaré”. Al día siguiente fue a ver al señor Al-Mahdi.

Tomaron un té exquisito de Persia y hablaron de todos los detalles. Ella le contó que no había tenido relaciones sexuales en siete años; no quería volver a quedar embarazada. Él lo entendió perfectamente; la anticoncepción era importante. Se podía calcular, dijo; todas las mujeres de su tierra natal la usaban así. Se podía calcular en función de la menstruación. Umeya miró con incertidumbre al hombre amable y cordial. “No tengo la regla, Su Excelencia”, dijo. “Solo la tuve un par de veces antes de quedar embarazada, y nunca más después de eso, no en los últimos ocho años”. Él sonrió amablemente y le puso una mano en el brazo. “Si una mujer deja de menstruar, es infértil y ya no puede tener hijos. Así son las cosas”. Los ojos de Umeya se abrieron de par en par. “¿Quiere decir que no puedo quedar embarazada si tengo relaciones sexuales con un hombre?”. Él asintió. “Te lo garantizo, hija mía”, dijo el anciano con amabilidad.

Umeya reflexionó un rato, así que le preguntó qué le preocupaba. «He estado pensando», dijo ella, «que podrías acostarte conmigo una vez al mes si le enseñas a leer a mi hijo, ¡Excelencia!». Él sonrió. «Mira, tengo cientos, miles de libros persas sobre todo lo que existe en el mundo». Umeya palideció. «Mi hijo no habla persa, ¿de qué sirve leer?». Después de todo, no es tan tonta, pensó, y sonrió. «Si me pagas con sexo más a menudo, digamos dos veces al mes, entonces mi hijo también aprenderá persa; ¡es el idioma más hermoso del mundo!». Umeya asintió. «Muy bien, dos veces al mes entonces, ¡Excelencia! Estoy lista; ¡mi hijo lo es todo para mí!».

El trato estaba hecho. Al-Mahdi sugirió una primera prueba. Umeya se sonrojó profundamente. “No me he bañado hoy, señor, ¡estoy muy avergonzada!” Él asintió, sabiendo que esto era importante para muchas mujeres. Sonrió. “Acuéstate en el sofá y déjame mirar, ¡y mírame tú también!” Umeya asintió, se acostó en el sofá y se subió el vestido hasta el ombligo. Él silbó entre dientes. “Qué cosa magnífica tienes, hija mía”, dijo, “He visto y follado cientos de vaginas, ¡y la tuya está entre las más hermosas!” Umeya abrió bien las piernas y separó sus labios vaginales con los dedos, tal como él le había dicho.

Entonces sacó su pene. Ella solo había visto los penes de sus hermanos y del comerciante. Pero este era sin duda el más grande y grueso que jamás había visto. Preguntó con incertidumbre si cabría en su pequeña vagina. Dijo que a veces se despertaba por la noche con un orgasmo y entonces metía el dedo índice para empujar, así que sabía lo pequeña y estrecha que era. Él rió con orgullo. "Tu coño se adapta al tamaño, no importa cuán grande sea. Incluso puede soportar el pene de un caballo", dijo, y ella dio un salto. "¿Un caballo? ¿Un caballo de montar, tal vez?" Él sonrió con aire de suficiencia. "Algunas campesinas se dejan follar por un caballo, ¡lo he visto con mis propios ojos, pequeña Umeya!" Ella le pidió que le contara sobre ello y se sonrojó, porque lo que estaba ocurriendo en su mente era a la vez excitante y repugnante.

Se incorporó y extendió la mano hacia su pene. "Es mucho más grande que el del padre de mi Much. ¡Dudo que quepa dentro de mí!" Su Excelencia dijo que tenían que intentarlo de inmediato; ¡no quería que le robaran su salario! Umeya aún tenía en mente la imagen del caballo follando a la malvada campesina, como él lo había descrito en términos obscenos. Asintió con la cabeza y separó sus labios vaginales. Su pene la tocó, e inmediatamente dijo: "¡Es demasiado grueso, Su Excelencia!", pero él continuó. "¡No entrará más, Su Excelencia!", repitió, pero él empujó su pene milímetro a milímetro. Contuvo la respiración porque él estaba entrando, muy, muy despacio. Y entonces, de repente, estaba completamente dentro. Ella lo miró. "¡Ya está completamente dentro, Su Excelencia!", pero él permaneció inmóvil frente a ella con los ojos cerrados. De repente, se dio cuenta de que estaba eyaculando, bombeando su semen dentro de ella. "¡Estás eyaculando, Su Excelencia, estás eyaculando dentro de mí!" Pero él siguió bombeando y bombeando, aparentemente disfrutándolo. Umeya permaneció en silencio y tuvo que esperar mucho tiempo hasta que terminó. Abrió los ojos, brillando intensamente. "¡Aaah, eso fue maravilloso! Ahora sabes que mi pene no es demasiado grande y que aún puedo eyacular. Y sé que puedes pagar la educación de tu hijo. ¿No es bueno para ambos?" Umeya asintió, y Su Excelencia retiró su pene. Ella se bajó la falda y se puso de pie. Acordaron una hora para que ella fuera a verlo, preferiblemente el viernes, cuando los hombres estuvieran en la oración del viernes. Luego ella se fue a casa, sintiéndose ligera de alegría.

El pequeño Muck dio una voltereta de alegría. Era un enano, con una nariz enorme, jorobado y una cola larguísima. ¡Pero era el único de su edad que tenía un tutor particular! No paraba de abrazar a Umeya por el cuello, hasta que de repente se detuvo. «Tienes que pagarle con sexo», dijo. «¿Te parece bien pagar con sexo?», preguntó Umeya, abrazando a su pequeño. «¡Eres mi todo, querido Muck! Haría cualquier cosa por ti. ¡El sexo es un precio pequeño a pagar por aprender un idioma y a leer también!».

Como de costumbre, Muck se pegó a Umeya aquella noche; las noches en Bagdad eran calurosas y la gente dormía desnuda. Estaba casi completamente dormido y murmuró: «¡Gracias, mamá, por acostarte con él!». Umeya sonrió y se durmieron.

Muck iba a casa de Al-Mahdi todos los días y estudiaba con diligencia; era muy talentoso y absorbía cada palabra del viejo maestro como una esponja. El viernes, Umeya fue con él. Se sentó en una silla en un rincón y prometió guardar silencio. Umeya se quitó el vestido y se tumbó desnuda en el sofá, y Al-Mahdi se tumbó desnudo a su lado. Muck miró el pene del anciano y suspiró aliviado; era solo un poco más grande que el suyo. Sabía desde hacía tiempo que tenía un pene muy grande. Cuando se bañaba en el río, podía ver los penes diminutos de los otros chicos, y las chicas reían entre dientes y susurraban, seguramente por su gran pene.

Al-Mahdi estimuló hábilmente el clítoris de Umeya; Muck lo veía por primera vez. Sus ojos se abrieron de par en par cuando el pene de su amo separó sus labios y su abertura se abrió. Muck nunca lo había visto antes; ¡estaba viendo a su madre siendo follada por primera vez! Luego, el anciano folló a la joven, que tenía solo 26 años y suspiró de placer. Muck había visto el acto sexual algunas veces desde la distancia, cuando las parejas follaban en la orilla del río. Pero ahora lo veía de cerca. Umeya tenía una vagina diminuta, y el hombre introdujo su pene suave y lentamente para que su vagina pudiera adaptarse. El anciano no follaba tan rápido como las parejas en la orilla del río, pero Muck vio cómo Umeya se excitaba cada vez más y, después de un cuarto de hora, tuvo un orgasmo estremecedor. Ya estaba familiarizado con los orgasmos de las chicas; las había espiado con bastante frecuencia en la orilla del río.

Unos instantes después, el maestro eyaculó; Muck lo vio de cerca por primera vez. El maestro tuvo que bombear durante mucho tiempo antes de terminar. A Muck le pareció absolutamente maravilloso y excitante; presionó sus dedos contra sus pantalones, donde ocultaba su erección. Pero aún así no podía hacer nada con ella. Umeya se marchó al poco rato y él estudió con su maestro hasta el atardecer.

Umeya floreció. Daud, como debía llamarlo ahora, y ya no Su Excelencia, era mucho mejor en la cama que su mercader, ¡de eso no cabía duda! Cada dos viernes, iba con Muck y se dejaba seducir por él. Amaba los orgasmos por encima de todo, pues hasta entonces solo los había conocido a través del mercader y sus sueños impuros; no sabía nada sobre la masturbación femenina. Daud era muy sensible en el sexo y le daba gran importancia a que Umeya siempre tuviera un orgasmo.

Pasaron los años, Muck estudió con diligencia y pronto habló persa con fluidez, pudiendo leer cualquier libro, incluso aquellos de contenido difícil. Entonces alzaba la vista y preguntaba a su maestro. Su maestro era el hombre más sabio del mundo; lo sabía todo y a veces podía hablar durante horas sobre algo que Muck no había entendido. Muck escuchaba con mucha atención y no se daba cuenta de lo inteligente que se había vuelto.

Muck llegó a una edad en la que su erección lo atormentaba noche tras noche. Recordaba haber visto a los otros chicos frotándose en la orilla del río y eyaculando sobre los cuerpos de las chicas. Así que se frotó de la misma manera y ¡eyaculó por primera vez! ¡Fue el invento más ingenioso desde el Gran Diluvio! Umeya había dudado si debía frotarlo como sus hermanos, pero por alguna razón, decidió no hacerlo. Por lo tanto, las cosas se desarrollaron gradualmente.

Muck se masturbó varias veces seguidas hasta que su pene se ablandó. Presionó su glande contra la nalga de Umeya, que estaba girada hacia un lado. Eyaculó sobre sus nalgas, pero ella no emitió ningún sonido. Solo si se masturbaba más de tres veces seguidas, ella le hablaba. «¡No lo hagas demasiado a menudo, querido hijo, te puedes quedar ciego!», y el pequeño Muck asintió. Ambos conocían al pobre ciego que mendigaba en la esquina de la calle. Umeya a veces se incli-

naba y lo masturbaba suavemente. El ciego estaba agradecido de poder tocar su cuerpo mientras ella lo masturbaba. A ella no le importaban los transeúntes que negaban con la cabeza. Que miraran, idiotas; solo lo hacía para relajar al pobre hombre, igual que a sus hermanos.

Muck le preguntó a Umeya si podía introducir su pene en sus nalgas mientras se masturbaba y eyaculaba. «Por supuesto», respondió ella, recostándose de lado, levantando una pierna y separando sus nalgas con las manos. Muck quedó completamente fascinado con la idea de eyacular en sus nalgas; Umeya suspiró suavemente y lo dejó continuar durante meses. A ambos les parecía bien.

Muchos meses después, accidentalmente eyaculó sobre su vagina. Umeya se giró hacia él y le preguntó si, después de masturbarse en su hendidura anal, preferiría eyacular dentro de su vagina. A ella no le importó, así que él dijo que sí. Durante los siguientes meses, se masturbó en su hendidura anal, luego ella se volteaba boca arriba y levantaba sus piernas abiertas hacia el cielo, abriendo su vagina de par en par. Parecía un melocotón cortado en rodajas, sus piernas arriba, sus nalgas a cada lado y su pequeña vagina en medio. Él buscaba su abertura con la punta de su glande y se le permitía insertar la punta, pero solo unos pocos milímetros, ¡no todo el glande! Solo la punta de su glande con su pequeña abertura para la eyaculación. Luego continuó masturbándose y eyaculó su carga completa dentro. Más tarde, cuando ella ya estaba dormida o dormitando de lado, él le separaba las nalgas con las manos e insertaba la punta de su glande. Luego se masturbaba y eyaculaba dentro de ella. Ella solía estar medio dormida y se reía entre dientes: “¡Qué cosquilleo tan agradable, la eyaculación dentro!”. Hicieron esto durante muchos meses.

Una noche le preguntó muy bajito si no podía follársela bien, ¿en su coño? Umeya pensó un momento. Algunas de sus amigas dejaban que sus hijos mayores las follaran, pero eran criticadas o despreciadas por muchos. Se armó de valor y asintió. “¿Puedes hacerlo de lado?”, preguntó, “porque pesas demasiado para mí”. Muck susurró que sí. Ella levantó una pierna y separó sus labios con los dedos. La polla de Muck era grande, incluso más grande que la de Daud. Agarró su polla y la insertó con cuidado un poco. Daud tenía razón; su

coño se ajustó al tamaño. “¡No tan rápido, grandullón, o me vas a reventar el agujero!” Preguntó él, “¿Está bien?”, pero ella negó con la cabeza, “¡Ve muy despacio y con cuidado!” Lo intentó con fuerza, y después de unos momentos encontró resistencia. “No irá más allá, mamá”, dijo lastimosamente. Ella se encogió de hombros, “Si ya estás tan adentro, no necesitas empujar más, ¡o me vas a reventar el agujero! ¡Ahora sí que puedes follarme!” Muck la folló por detrás al mismo ritmo que el Maestro Daud, mientras ella yacía de lado. La folló bien, y ella tuvo un orgasmo maravilloso, igual que con Daud, con quien ahora follaba todos los viernes. Pero Muck seguía duro y quería seguir follando. Ella tuvo otro orgasmo y jadeó en busca de aire. Él se corrió un total de tres veces dentro de su coño antes de que su polla finalmente se ablandara.

En un mes, se había acostado con todas las chicas de la orilla o del río. Ninguna hacía bromas tontas sobre su enanismo o su joroba; le permitían acostarse con una cada día al mediodía, y eso era todo lo que quería. Los chicos aceptaban que las chicas lo deseaban y eran algo amigables con él. De alguna manera, había encontrado su lugar; se acostaba con una cada día y eyaculaba dentro de ella. Claro que tenía que tener cuidado; no quería hacerles daño a ninguna. Ninguna de las chicas del río era virgen; todas provenían de entornos pobres como él, donde la virginidad no significaba nada.

Siguieron años hermosos y tranquilos. Umeya iba a casa de Daud todos los viernes; Muck la follaba todas las noches y se corría una o dos veces. Hasta entonces, había rechazado todos los coqueteos de los clientes, pero ahora observaba a los hombres con más atención. Rechazaba a los groseros, sucios y prepotentes. A los hombres refinados y limpios, que también pagaban una moneda de oro, los invitaba a su casa y les permitía follar con ella. Todos eran amables y decentes, pero la mayoría tenía penes pequeños o medianos, así que rara vez tenía un orgasmo con estos clientes ocasionales. Pero seguían siendo amables y educados. Esto le reportaba entre cuatro y seis monedas de oro a la semana, más de lo que ganaba con las ventas. Pero no abandonó su tienda. La noticia se corrió y los hombres seguían viniendo, trayendo cada vez una moneda de oro.

Al mediodía, mientras su amo dormía la siesta, Muck caminó la corta distancia hasta el río. Las chicas ya lo esperaban, gritando y chillando de alegría. Las chicas, de entre 11 y 17 años, se exhibieron en sus poses más sensuales y vitorearon ruidosamente cuando él hizo su elección. Solo las mayores ya tenían un delicado vello en sus vulvas, pero las desnudas, con aspecto infantil, eran las que más le atraían. Se metió en el agua hasta las rodillas y comenzó a follar a la chica. Fue muy cuidadoso; no quería dañar sus pequeñas vulvas. La penetró muy suavemente hasta que sintió resistencia. Luego la folló, rodeado por el grupo de las otras chicas. Por lo general, sacaba el pene al eyacular; eso le parecía correcto. Ninguna de esas niñas debía convertirse en madre prematuramente. Dejó que el sol lo secara y regresó con el amo Daud.

Cuando su amo tomaba su siesta del mediodía, Muck solía ir a la orilla del río. A veces se encontraba con alguien que no tenía problema en hablar con un enano. A veces surgía una conversación fascinante, y sus interlocutores quedaban impresionados por la inteligencia de aquel diminuto jorobado. Una vez, paseando por la orilla, vio a una muchacha leyendo un libro; lo reconoció inmediatamente como persa. Se inclinó ante ella y le habló en persa. Ella respondió, sorprendida y cortés, pero él notó enseguida que su persa era deficiente. Cambió al dialecto árabe de Bagdad y le preguntó qué le parecía el texto. Lo había leído hacía tiempo; era una historia de amor con una crítica política velada al emperador. Ella quedó bastante impresionada y señaló la hierba, invitándolo a sentarse a su lado.

— Me llamo Ran, en realidad Ranawarasara, pero es demasiado largo. — Se presentó como Muck, de 21 años, aprendiendo persa con un maestro y estudiando el vasto conocimiento de esa cultura. — Mi padre insiste en que aprenda persa porque estoy prometida a un persa. Pero es demasiado mayor para mí — añadió, pero no respondió a su pregunta sobre su padre. Él sabía que solo las muchachas nobles se comprometían, así que no insistió. Discutieron sobre la obra de Ferdowsi durante aproximadamente una hora, y Ran se asombró de cómo la política se ocultaba en aquella historia de amor. Tenía que marcharse; Al-Mahdi seguramente ya había terminado su siesta. Le preguntó a Ran si podía volver a verla, él, el enano jorobado. Solo ahora, de pie, lo miró con más atención. — Oh, no me había dado

cuenta de nada de esto — mintió Ran — , y por supuesto que podemos volver a vernos. Vengo aquí todos los mediodías a leer en paz. — Así eran las cosas, y él se dirigió al maestro.

El rostro de Ran lo obsesionaba. ¿Se estaba enamorando, tal vez de una chica de una clase social inalcanzable? Era tan bonita, probablemente de 16 o 17 años, de figura esbelta y pechos pequeños y firmes. Sus grandes ojos dorados eran profundos como el océano, su rostro terso y hermoso, aunque nadie la consideraría excepcionalmente bella debido a su nariz grande y aguileña. Pero olía tan bien; aún podía olerla, su perfume, durante horas. Su cabello era pulcro y negro azabache. Soñó con ella mientras se quedaba dormido.

A la mañana siguiente, leyó esta obra del poeta Ferdowsi, esperando impacientemente a que el maestro se acostara. Caminó por la orilla del río; Ran ya estaba allí. Ella le sonrió. «Ayer pensé que todavía eras un niño, pero hoy recordé que eres cuatro años mayor que yo». Diecisiete, pensó. Sonrió cuando ella comentó su aspecto. «Eso es algo que tenemos en común, una nariz grande y bonita», dijo, riendo alegremente. Él se unió a la risa. «¡Sería aún mejor si tuviéramos más en común! ¡Un enano con pechos magníficos y llenos! ¡Eso sería una sensación!». Rieron una y otra vez; él comentó sobre su hermoso cuerpo de una manera casi indecente, y ella rió a su vez, diciendo que no la habrían vendido a un viejo persa asquerosamente rico si hubiera tenido su joroba. Se puso serio. Le había entristecido que la hubieran prometido a un hombre al que no valoraba ni amaba. ¡Eso era injusto! — ¡Un ser humano, una chica, no es un trozo de carne que se vende al mejor postor en el mercado! — dijo con desánimo. La voz de Ran se tornó seria — . Es política, política familiar. Todas las chicas a mi alrededor sufren el mismo destino que yo; ni siquiera les preguntan si quieren a ese hombre. El padre las casa para obtener ganancias. Entonces es una lotería si consigues un hombre que sea digno de amor y al que puedas amar. Pero si tu padre es un califa... — Ran se tapó la boca con la mano horrorizada; no era una actuación. Muck guardó silencio durante unos largos segundos — . ¿Tu padre es un califa? — preguntó en voz baja, estremeciéndose. Ella lo miró extrañada — . ¿Cuántos califas conoces, listillo Muck? — Volvió a guardar silencio durante un largo rato — . Solo uno, el nuestro. Harun al-Rashid. El califa de Bagdad.

Las lágrimas rodaban lentamente por las mejillas de Ran, pero no lloró. «En realidad no quería decirlo, porque toda conversación muere en ese momento, ¡y no quería asustarte, querido Muck!». Muck se había recuperado de la sorpresa inicial. La barrera de clases era impenetrable, lo sabía. Pero estaba enamorado de Ran, no cabía duda. Decidió en un instante ignorar la barrera de clases. De alguna manera. Nunca podría casarse con ella legítimamente. Nadie de las clases altas lo reconocería, ni como novio, ni como amante, ni siquiera como concubina. Solo una amistad platónica parecía factible.

"Nuestra conversación no morirá si la mantenemos viva, querida Ran. Nadie, ni siquiera el Califa, puede prohibirnos una amistad mientras nos comportemos correctamente. Me alegra que seas princesa, porque así puedes llevar una buena vida. ¡Y yo quiero esta amistad, Ran, la inalcanzable hija del Califa!" Ran se secó las lágrimas de las mejillas. El gesto denotaba casi ira. "¿Y quieres esta amistad aunque algún día me case con un rico persa?"

Ella lo miró fijamente, y él le devolvió la mirada con la misma intensidad. — Lo sellaría con un beso — comenzó, pero Ran lo interrumpió — , lo cual, maldita sea, te abstendrás de hacer, ¡porque no sé dónde se esconden mis guardianes y espías! Ella sonrió, y él también. — Qué torpe soy — murmuró para sí mismo — , ¡claro que tengo que preguntarte primero si siquiera puedo besarte! Ran sonrió con su sonrisa felina. — Si no fuera por los guardianes y espías... — dejó la frase inconclusa. Muck, el enano, hizo una reverencia con una sonrisa — . ¡Considera que te he besado, hija del califa! — y ambos rieron. Ran retomó la novela de Firdausi, y pasaron una buena hora analizándola y debatiéndola, luego tuvo que irse.

Por la noche, después de follar, se incorporó y acarició los pechos llenos de Umeya. "Me he enamorado, mamá", dijo, y ella lo miró, completamente despierta. "¡Genial, hijo mío, qué buena noticia! ¿Ya te la has tirado?". Él negó con la cabeza. "No, mamá. Es muy complicado, ¡es la hija del califa!". Umeya se incorporó de golpe, como si la hubiera picado una tarántula. "¡Estás bromeando, Muck!". Cuando se enfadaba, solo decía "Muck", no "querido Muck" ni nada parecido. Sollozó brevemente. "Es la verdad, no estoy bromeando. ¡Y estoy completamente destrozado!".

Umeya no era solo la mujer con la que se acostaba; era una madre para él. Lo abrazó y lo dejó llorar en su hombro. No dijo nada, simplemente lo dejó llorar. Él se había recompuesto y ella había reflexionado. «¡Oh, qué desgracia! Las barreras de clase...» lo interrumpió, «...son insuperables. Lo sé, y ella también lo sabe». Ella le acarició la espalda. «No tengo experiencia en asuntos del corazón, querido hijo. Nunca olvides que es la hija del Califa; podría costarte la vida. ¿Te ha dicho siquiera que te ama?». Él negó con la cabeza. «¡Aún no hemos llegado a ese punto, mamá!», dijo en voz baja. «Pero lo sé, ella lo sabe».

— Así que pregúntale enseguida, si no, solo estarás persiguiendo una quimera. Y si ella te corresponde, se acostará contigo, a pesar de todas las diferencias de clase que os separan. — Asintió — . Tienes toda la razón, mamá, es la única manera. Y ya no me importa si solo soy un romance pasajero. El Fadl y su Fátima fueron solo un romance pasajero toda su vida. — Umeya no sabía quiénes eran, pero entendió lo que quería decir — . A menudo no se tarda mucho, solo mira a tu padre. Me tomó y me masticó, luego tiró el cascarón vacío. Hace mucho que no estoy enfadada con él, pequeña Muck, ¡porque me dio al mejor y más cariñoso hijo del mundo!

Hablaron durante mucho tiempo; él le contó todo con sinceridad, pues no era un mentiroso empedernido. Luego se durmieron; Muck durmió sin soñar.

A Al-Mahdi no le importó que Muck alargara su descanso para almorzar. Ya había visto suficiente de la vida amorosa y sabía cuánto tiempo se necesitaba para ello. Era comprensivo y no interrogó más a Muck. Si aún no quería decir el nombre de la chica, no había problema. “Si puedo aportar algo, o si quieres preguntarme algo, adelante, estoy aquí, ¡soy tu amigo!”. A Muck se le llenaron los ojos de lágrimas; al anciano le caía bien, y no solo porque tuviera una madre joven y atractiva. Y así fue como pudo pasar todos los descansos para almorzar con Ran.

Dejaron de hablar de clases; era inútil. Ran sentía mucha curiosidad por su sexualidad y también era muy abierta sobre sus propios secretos. Seguía siendo virgen, como su padre esperaba. Había

aprendido a masturbarse en su temprana juventud y lo hacía todas las noches antes de dormirse. A menudo espiaba en secreto a dos sirvientes teniendo relaciones sexuales, así que estaba bastante familiarizada con ese tipo de cosas. Una de sus compañeras de juegos había sido lesbiana desde la infancia y quería hacer el amor con ella, pero Ran no se identificaba como lesbiana, así que solo ocasionalmente implicaba estimulación clitoriana mutua, nada más.

Tenía poco que contar. Como enano jorobado, nunca participaba en los juegos sexuales de sus compañeros. Lo único que podía hacer era observar desde lejos. Veía a los chicos masturbarse, veía a las chicas masturbarse, veía a las parejas teniendo sexo desde la distancia. Dormía en casa de Umeya y llevaba unos tres años teniendo relaciones sexuales con ella. Todos los días al mediodía, tenía sexo con una chica de su edad en el río poco profundo; ya había tenido sexo con todas ellas varias veces porque les gustaba su pene grande y resistente. Pero solo era sexo; no tenía ninguna relación romántica con ninguna de ellas.

Muck vaciló, preguntándose si debía contárselo, luego se armó de valor. “Umeya es mi madre, y se acuesta con mi amo una vez por semana para pagar mi aprendizaje”. Ahí estaba, al descubierto, y respiró hondo. Ran lo miró con los ojos muy abiertos. “¿Te acuestas con tu madre, querido Muck?”, dijo, palideciendo. “¡Eso está prohibido, como sabes!”. Se encogió de hombros. “Puede que esté prohibido, pero así son las cosas. Mírame, ¿qué chica se acostaría con un lisiado como yo?”, dijo con terquedad. Ran sonrió de repente. “¡Veo algo con mis ojitos!”, exclamó alegremente. Él siguió su mirada, desconcertado. Entonces ambos rieron al mismo tiempo. Su pene se había puesto erecto, y la cabeza asomó descaradamente por debajo de sus pantalones cortos.

Ran rió y brevemente le pasó un brazo por el hombro, pero inmediatamente lo soltó: ¡los vigilantes! Ella lo miró a los ojos con una sonrisa traviesa. “¡Enséñame el tuyo, y luego te enseño el mío!” Él la miró interrogante. “Bueno, ya he visto parte, ahora enséñamelo entero”, explicó ella. Él no dudó y sacó su pene erecto de sus pantalones. Ella lo miró fijamente y lo agarró brevemente, retrayendo el prepucio todo lo que pudo. Después de unos minutos, lo soltó y él volvió a

guardar su pene en el garaje. Ahora la miró. Ella se había puesto roja como la sangre, pero se subió el vestido, por encima de las rodillas, de modo que su coño quedó expuesto. “Parece muy infantil”, susurró él, “¡completamente sin vello!” Ella susurró que ninguna mujer de su linaje tenía vello púbico. Él la miró expectante. Ran separó sus labios y le mostró su pequeño clítoris, que estaba bien escondido y también erecto. Él lo tocó y retrajo el prepucio. El rostro de Ran se había puesto rojo brillante, pero ella le permitió que lo explorara. Cuando él asintió satisfecho, ella se ajustó la falda. «Espero que nuestros vigilantes estén dormitando», dijo con una sonrisa, «¡si no, esta noche me van a regañar de lo lindo!». Se rieron.

Se veían todos los días. Después de dos semanas, él le dijo que estaba enamorado de ella. Ella leyó dos líneas más de la historia de amor de Firdausi y luego susurró: «¡Yo también te amo, mi Muck, mi tesoro inalcanzable!». Sus dedos se encontraron en las páginas del libro, como tantas veces antes. Esta vez, sin embargo, entrelazaron sus dedos y se abrazaron con fuerza. Ningún vigilante, ningún espía podía verlos. Hablaron durante la siguiente media hora sobre cuánto deseaban ambos acostarse juntos. Querían pensarlo; sin duda sería indecoroso. Y ciertamente lo era.

Se veían todos los días. A Ran le encantaba sostener su pene en su mano; ya no pensaba en los guardias. “Solía ver y tocar los penes de los pajes del palacio. Solo los observaba masturbarse y eyacular; incluso lo hice yo misma un par de veces. Cuando sus penes volvían a estar blandos, eran pequeños y lindos”, dijo Ran. “Pero tu pene es completamente diferente. Para empezar, es mucho más grande que cualquiera que haya visto. También es bastante firme incluso cuando no está erecto. Y cuando deslizo tu prepucio hacia adelante y hacia atrás, se pone muy duro; eso me impresiona”, concluyó Ran. Muck dijo que había dos tipos de penes. “Los penes de carne como el mío se mantienen duros durante media hora o más, incluso después de la eyaculación. Eso es una ventaja al follar; puedo seguir follando hasta que vuelva a estar blando”. Ran le preguntó si hablaría de follar, y él lo hizo sin dudarlo. Ran suspiró: “Te quiero mucho, cariño, y me encantaría acostarme contigo porque siento que te pertenezco”. Hablaron así durante muchos días, y ambos sentían un fuerte deseo sexual el uno por el otro.

Se conocían desde hacía casi tres meses cuando él la llevó a la pequeña arboleda al otro lado del camino que bordeaba el río, a un lugar apartado. «Aquí no nos molestarán», dijo, y se tumbaron en el suelo del bosque. Ran era muy tímida y reservada mientras se desvestían. Se abrazaron inocentemente y se dieron largos y apasionados besos. Ran dijo que había aprendido a besar de su pareja lesbiana. A partir de entonces, iban a ese lugar todos los días, juntaban sus cuerpos desnudos y se besaban. Muck no se dejó llevar; esperar era lo más sensato. Siempre hablaban de sexo, de perder la virginidad y de las consecuencias, ya que estaba prometida a otro hombre.

Después de unos días, Ran dio el primer paso. “Debo desobedecer la orden de mi padre”, dijo. “Quiere conservar mi virginidad para que se la dé a un viejo borracho que ni siquiera conozco. Te amo a ti, no a él. Quiero darte mi virginidad porque mi corazón me lo ordena”. Se secó las lágrimas de la mejilla con desafío. “Realmente no me importa lo que diga mi prometido. ¡Vamos, querido Muck, follemos!”. Él pensó un buen rato y luego asintió. “¡Aunque me cueste la cabeza!”. Ran lo miró fijamente a los ojos. “¡Aunque me cueste la cabeza!”.

Se acostó a su lado y acarició su clítoris hasta que ella se excitó y lo besó apasionadamente. Se colocó entre sus muslos, ella agarró su pene y lo guió hacia su vagina. Estaba increíblemente excitada, pero lo miró fijamente a los ojos y asintió. Él entró con mucho cuidado; ella tenía una vagina muy pequeña y estrecha, y él quería ser delicado. Su himen se estiró y se desgarró. Pudo ver que sus párpados parpadeaban levemente, pero no parecía sentir mucho dolor. Él penetró lentamente hasta que encontró resistencia. Ella cerró los ojos y sonrió mientras él comenzaba a embestir lentamente.

La folló durante mucho tiempo, más de media hora. Ella estaba acostumbrada a los orgasmos por la masturbación nocturna, y resultó ser muy receptiva. Tuvo tres orgasmos durante el acto, sonriendo con lujuria y satisfacción mientras él simplemente continuaba. Él eyaculó en un estado de intensa excitación, disparando su carga dentro de ella, y luego se desplomó sin aliento junto a Ran en el suelo del bosque. Ambos estaban exhaustos y jadeando por aire. “Tenemos que tener cuidado, le preguntaré a mi amo sobre la anticoncepción”. Ran asintió; un embarazo no deseado sería desastroso. Ya podían oír

a lo lejos a uno o dos guardias abriéndose paso ruidosamente y sin miramientos por el bosque. Esquivaron a las mujeres chillonas — de hecho, eran dos — y se sentaron de nuevo en la hierba junto al río, discutiendo el libro Firdausi. En realidad, hablaban de sexo, pero no de Firdausi.

Las dos chaperonas, mujeres mayores, gordas y robustas, salieron del bosque jadeando y con dificultad para respirar. Hablaron brevemente y luego se plantaron frente a la princesa. “¿Dónde has estado?”, gruñó una de ellas. Ran la miró, sonriendo, con una calma imperturbable. “Fui al bosque. El niño conoce bien el lugar y me enseñó muchas cosas interesantes. Todavía puedo hacerlo, ¿no?”. La chaperona se sobresaltó. “¡Claro que sí, princesa! Estábamos preocupadas”. Miró brevemente a Muck, a quien confundió con un niño. Ran aprovechó la oportunidad de inmediato. “Dejaré que el niño me guíe por el bosque todos los días, les guste o no. No me hará daño, ¿verdad?”. Las chaperonas asintieron; no, el niño no le haría daño.

Así fue. Iban al bosque a follar todos los días; el viejo maestro le había enseñado a calcular los días peligrosos. En esos días, solo follaban brevemente, hasta que Ran tenía su primer orgasmo, entonces le tomaba el pene con la boca, lo masturbaba hábilmente y dejaba que eyaculara en su boca. Sonriendo, se tragaba su semen. Fue un momento hermoso y maravilloso para los dos.

Ran le dijo en el último momento que había movido todos los hilos para que Muck entrara oficialmente al palacio. Había logrado infiltrarlo haciéndose pasar por astrónomo; solo tenía que demostrar sus conocimientos de astronomía, que en aquel entonces se consideraba casi exclusivamente astrología en el sentido moderno. La Academia Astronómica enviaría un mensajero al señor Al-Mahdi. Muck se quedó sin palabras, pero supo de inmediato lo que ella tramaba. Sonrió y dijo: «¡Buena chica, no te decepcionaré!».

En efecto, el mensajero se presentó ante el maestro y le indicó el día y la hora en que la Academia Astronómica esperaba a Muck. Tenían tres semanas. El maestro mandó a un sastre que le hiciera a Muck un hermoso vestido. Entonces, el maestro Al-Mahdi sacó todos sus libros de astronomía y astrología, y Muck estudió día y noche,

reuniéndose con Ran únicamente al mediodía para tener relaciones sexuales.

Muck entró al palacio con el corazón latiendo con fuerza. Todo dependía ahora de él, de su futuro y del de Ran. Los astrónomos lo hicieron esperar durante horas, y su ansiedad fue disminuyendo gradualmente. Confiaba en su respuesta, pues había estudiado el tema a fondo, sin importar lo que le preguntaran. Luego llegó el examen. Seis ancianos se sentaron en círculo, y él tuvo que ocupar el asiento del medio. Estaban preparados para su enanismo, pero querían saber su edad. "Veintidós, casi veintitrés", respondió. Le siguieron preguntas sobre su padre, su madre y su maestro. Respondió rápidamente a las dos primeras preguntas, pero cuando mencionó a su maestro, los hombres intercambiaron miradas significativas. Sí, había sido su alumno durante doce años, y los hombres asintieron. Los oyó susurrar entre ellos. ¿No era ese el antiguo Gran Visir del Emperador Persa? ¿El que vino al exilio tras su asesinato, cuyo hijo fue califa de Bagdad durante seis años, el que introdujo tantas innovaciones tecnológicas y el que cayó luchando contra los sahadistas? Los caballeros le dirigieron entonces sus preguntas, principalmente sobre su conocimiento de la luna. Estaba en terreno firme; podría haber dado una conferencia sobre la luna durante horas. Tras tres horas, lo dejaron marchar y se retiraron a deliberar. Un mensajero se presentaría ante su amo en un plazo de diez días para informarle de todos los detalles.

Muck regresó a casa sumido en sus pensamientos. En general, se sentía seguro, pero había cometido algunos errores. ¿Se habrían dado cuenta los caballeros? Les contó a Umeya, al maestro y a Ran sobre la prueba. El maestro escuchó atentamente sus errores. "Son cosas sin importancia, hijo mío", dijo. "Respondiste a las demás preguntas de forma brillante; eso es lo único que importa. Te aceptarán". El maestro asintió. "Te aceptarán, y tendremos que terminar tu entrenamiento una vez que trabajes en el palacio". Muck se entristeció mucho, pero escuchó atentamente al anciano. Conocía a mucha gente en el palacio; incluso conocía personalmente al Califa. Sabía quiénes eran los buenos y quiénes los malos. Muck escuchó con atención y lo recordó todo; era información vital que recibía de primera mano.

Muck se asombró al saber que el califa tenía más de treinta hijos. Al-Mahdi había instruido a sus dos hijos mayores durante varios años; eran jóvenes espléndidos e inteligentes, pero quizás demasiado ansiosos por entrar en el servicio militar, y no había nada que hacer al respecto. El califa era un hombre astuto y sabio, un hombre de equipo por naturaleza. Confiaba en los lazos de sangre, colocando a tíos, primos y sobrinos en puestos de poder, y por supuesto, también a sus hijos. Pero, como buen hombre de su época, sus esposas e hijas pertenecían al harén, no a la política. El maestro tenía en alta estima al califa; era un político astuto y un líder militar victorioso, aunque Al-Mahdi no era precisamente un caudillo militar. Al final, siempre deponían las armas y se iban a negociar, como siempre ocurría. Las guerras eran fundamentalmente inútiles, decía el anciano; lo que realmente importaba eran las negociaciones y la diplomacia. Por desgracia, el maestro no conocía a nadie en la Academia Astronómica, pues consideraba la astrología una completa tontería y el palacio ejercía una clara influencia sobre la astronomía. Siempre le daría buenos consejos a Muck, dijo el anciano, y lo abrazó.

El mensajero llegó con buenas noticias: Muck había sido aceptado y trabajaría como astrónomo para la academia. Se despidió de Umeya, Al-Mahdi y Ran y comenzó su servicio. Recibió el atuendo formal de astrónomo, una habitación muy agradable con sirvientes y un salario que le pareció astronómico, según le contó a su maestro. Con su formación completada, la obligación de Umeya de tener relaciones sexuales con el maestro también quedó anulada. Umeya sonrió tímidamente y le dijo a Daud Al-Mahdi que deseaba continuar la relación, voluntariamente y sin cobrar nada. Muck se alegró mucho, pues Daud era un apoyo constante y una guía para su madre, quien, aunque continuaba con su lucrativo negocio de prostitución, tenía un respaldo confiable en Daud.

Al-Mahdi se acercaba a los 80 y disfrutaba del cuerpo juvenil de Umeya, que solo tenía 36 años y conservaba su belleza, atractivo sexual y pasión por el sexo. A Daud le encantaba que ella bailara desnuda en su habitación mientras la música llegaba de la calle, y luego que lo acompañara a caballo al ritmo de la música; ¡al fin y al cabo, era un hombre mayor! Muck le había hablado a menudo a su madre sobre el señor Daud, y ella le había contado lo feliz que era de tener

relaciones sexuales con él una vez por semana. Era el hombre más sensible y el mejor con el que jamás había estado. ¿Y los clientes ocasionales? Umeya hizo un gesto de desdén. «¡Ninguno que valga la pena mencionar!», exclamó. «Me traen una moneda de oro, ¡pero nada de placer sexual!».

Ran lo había planeado todo y lo había orquestado. Quería tener a su amante cerca, quería que estuviera oficialmente en el palacio, quería darle una carrera respetable y un buen sueldo. Así que no era raro ver a una princesa paseando por el jardín con un funcionario y hablando con él. Cualquier tipo de impureza era imposible en el jardín; incluso el más mínimo beso que no llegara a la punta de sus dedos sería notado y visto. Muck, por supuesto, no podía entrar en los aposentos de las mujeres; solo el Califa y los eunucos tenían acceso. Pero a Ran no le resultaba difícil visitar a Muck en su habitación. Después de tener relaciones sexuales, ella dijo con tristeza que aún se masturbaba antes de dormirse, como si fuera adicta. Muck la besó en la boca. «Es el disfrute de tu cuerpo, no una adicción, ¡y desde luego no hay nada malo en ello! Pienso en ti todas las noches antes de dormirme, y de ahora en adelante, ¡especialmente en tu dulce clítoris!». Se rieron y se abrazaron. Ella venía todos los días para tener relaciones sexuales, salían a pasear por el jardín a diario para hablar de todo. Su trabajo en la academia le dejaba mucho tiempo libre.

Tras unos meses, conocía a todos en la academia y se llevaba bien con todos, excepto con Hassan el Badi, quien llevaba décadas intentando, sin éxito, convertirse en el director. Al fin y al cabo, era nieto de un califa, así que sin duda el puesto le pertenecía. Nadie lo creía salvo él, sobre todo por su carácter oscuro y siniestro. Sus opiniones expertas y horóscopos eran todos sombríos, desoladores y ominosos. Le encantaba recitarlos en voz alta, pero, en su opinión, todo acabaría en caos, asesinatos y destrucción; lo más leve que predecía era una enfermedad mortal para un recién nacido. Casi nadie tomaba en serio a el Badi. Muck continuó escribiendo sus horóscopos sin inmutarse, ateniéndose a hechos calculables, y era evidente en cada uno de ellos que amaba a la gente, les atribuía buenas cualidades y nunca predecía un destino trágico. Al igual que su maestro Daud, consideraba la astrología una tontería, pero se esforzaba por realizar los cálculos correctamente y por ser alegre, seguro y positivo en sus co-

mentarios. Ningún bebé influyó en el momento de su nacimiento, y el hecho de que se convirtiera en santo o en asesino no tenía absolutamente nada que ver con su nacimiento ni con los astros. Se mantuvo fiel a esa idea.

Habían pasado unos seis meses cuando Ran le hizo una seña para que entrara rápidamente al jardín. Inmediatamente soltó su pluma y corrió hacia allí. Las mejillas de Ran estaban rojas como la fiebre. Muck las miró con ansiedad. “Acabo de hablar con mi padre, el Califa. Dijo que tenía una triste noticia que dar”, dijo Ran alegremente. Muck esperó en silencio. “Mi padre estaba muy triste; mi prometido en Persia había muerto. Quizás mi padre notó que mi corazón dio un vuelco de alegría, pero volví a ponerme serio para no demostrarlo. Me miró con desaprobación, así que rápidamente le pregunté de qué había muerto mi amado prometido: ¿en batalla, tal vez? Eso fue demasiado incluso para mi severo padre. Apenas logró contener la risa. “¿Él, en batalla? ¡No, en el vientre de una prostituta de Samarcanda, como anunció mi embajador en su carta! Oficialmente, fue solo un fallo cardíaco; nunca se mencionó el burdel”. Muck no pudo contener la sonrisa. — No es una buena manera de enviudar — dijo, sonriendo. Ran continuó — . Mi padre estaba muy preocupado; no tenía prometido y había que encontrar uno nuevo, lo cual era muy difícil por mi nariz vergonzosamente grande. Muck preguntó asombrado: — ¿Qué nariz?

Ran seguía alegre. “Le dije a mi padre que no perdiera el tiempo; tenía tiempo de sobra para encontrar un prometido. Había muchos hombres buenos y guapos en el palacio; seguro que encontraría uno. Mi padre seguía escéptico. Todos los nobles del palacio estaban casados, así que solo quedaban funcionarios. ¡Debería olvidarme de un sirviente o mozo de cuadra de inmediato! Bajé la mirada, ¡tal como me ordenas, oh califa! ¡Dentro de exactamente un año, te presentaré a mi prometido, querido padre! Murmuró para sí mismo que todo aquello era indecoroso y contrario a la costumbre; el padre de una princesa buscaba un novio del que también esperaba un beneficio por razones de estado. Lo provoqué, sugiriéndole que intentara darle al príncipe a elegir entre su reino y mi bonita nariz aguileña. Gruñó sobre lo impropio que era todo y que no tenía tiempo para eso ahora. Mi padre se recompuso y dijo: ‘Muy bien, ¡dentro de un año a partir

de hoy!'" "¡Y nada de sirvientes subordinados ni mozos de cuadra!" Le di un beso en la mejilla y salí corriendo. ¡Quería decírtelo enseguida!

Muck había tenido tiempo para pensar. La diferencia de clases era superable, pensó, y respiró hondo. Miró a Ran, radiante. "¿Así que puedes buscar trabajo en la administración pública, es cierto?" Ella le sonrió, radiante. "¡Exacto, mi amor! Mi padre quiere casarme; ya tengo más de 19 años, ¿y la gente se preguntaría por qué no lo ha hecho? Bueno, entonces, buscaré trabajo en la administración pública a ver si encuentro un hombrecito muy agradable!" Le tomó la mano y le besó las yemas de los dedos, pues no tenía permitido besarla, y ambos rieron con los ojos brillantes. "¡No puedo besarte aquí, mi amor!", dijo.

Pasaron varios meses y, tras una larga reunión, uno de los sirvientes del califa agarró a Muck por la manga. «¡El califa desea verte, astrónomo, inmediatamente!». Lo condujo escaleras arriba y se detuvo ante una puerta. Llamó y dejó entrar a Muck. Este se arrojó al suelo y saludó al gobernante como es debido. Nunca antes había visto al califa Harún tan de cerca. Ahora parecía mucho más joven; Muck sabía que tenía 51 años. Le dijo que se sentara y negó con la cabeza. Hablaba persa porque había nacido en Persia. «¡Solo puedo ver la parte superior de tu cabeza!», se quejó. Muck se arrodilló en el asiento, quedando a la misma altura. «¿Me has llamado, oh califa?», preguntó Muck en persa fluido. El califa aplaudió y llamó al sirviente: «¡Dos copas de vino!». Luego miró a Muck con más atención. «Antes de hacerte mis preguntas, dime tu nombre y edad, joven». Era sorprendentemente amable, no el caníbal como lo llamaban. «Me llamo Muckinandras, oh califa, pero todos me llaman Muck; mis amigos me llaman Pequeño Muck. Tengo veinticinco años y trabajo para usted como astrónomo». Hizo una profunda reverencia una vez más.

— ¡Bienvenido, pequeño Muck, mi querido amigo! Me sorprendió un poco porque apenas eres más grande que un niño. Ahora, basta de formalidades, quiero hablarte de la conferencia del astrónomo El Badi sobre mi próxima campaña contra los Sahidines. ¿No parecías estar de acuerdo con lo que dijo? — El pequeño Muck se quedó sin palabras. «Oh, califa, mi amistad con el señor el Badi es de sobra cono-

cida, seguramente la habrás oído, y no oculto mi aversión hacia él. Si dependiera de el Badi, reinaría la noche eterna, la gente se pelearía por cada bocado de pan, se matarían entre sí por cada mujer, sería un caos absoluto. ¡Ese no es mi mundo, oh califa! Yo veo el sol cada día y la luna cada noche, la gente nace, trabaja, se casa y tiene hijos, y luego los enterramos. El sol brilla, oh califa, eso es un hecho, las flores florecen con belleza, lo cual también es un hecho, y los pájaros trinan alegremente. ¡Ese es mi mundo!» Muck volvió a inclinarse.

— No te inclines así, pequeño Muck. Te hablo como a un amigo, no como a un califa rígido e inflexible. El estimado El Badi predijo una guerra terrible contra los Sahidines, es cierto. Pero también sugirió que yo podría ganar la batalla. ¿Qué es lo que no te gusta de eso? — Muck dejó de inclinarse — . ¡No soy pesimista, oh califa! Me imagino que con un discurso apasionado inspirarás a tus tropas y derrotarás a los Sahidines. Así es como yo le hablaría a mi gobernante, con optimismo y confianza. Si el gobernante fuera mi amigo, le preguntaría cuál es el sentido de la guerra. Hasta ahora, todas las guerras que no aniquilaron al enemigo por completo terminaron en diplomacia y negociaciones. Era completamente irrelevante quién mató a más gente. Lo sé; he leído diligentemente sobre todas las guerras de los últimos siglos. — Muck guardó silencio y bajó la mirada hacia la mesa.

Harun, el califa, sonrió. — ¿Quién, dijiste, fue tu maestro? — preguntó. Muck respondió: — El honorable Daud Al-Mahdi, antiguo Gran Visir del Imperio Persa. Harun asintió. — Conocí al buen Daud, una mente verdaderamente capaz. Merecía gobernar Persia, y el imperio estaría mejor que ahora. Enseñó a mis dos hijos mayores después de su exilio, y aprendieron mucho de él. Excepto en esgrima; el buen Daud siempre se valió de la diplomacia. Entiendo por qué piensas así. El califa Harun tamborileó con los dedos impacientemente sobre la mesa. — Desafortunadamente, me convertí en gobernante en una encrucijada. Por un lado, la guerra; por otro, la diplomacia, que en verdad tiene la última palabra. Si Daud me lo hubiera dicho antes, no me habría convertido en califa, sino en cantero o orfebre. Pero soy el califa; debo decidir ahora, aquí y hoy. ¿Qué piensas, pequeño Muck?

Muck se sintió brevemente halagado. «Si yo fuera el comandante en esta situación, reuniría a mis tropas y, al mismo tiempo, enviaría a los mejores diplomáticos a los Saedinos con sugerencias ingeniosas y ofertas tentadoras, para que tal vez se pudiera evitar la batalla». El califa Harún sonrió ampliamente. «Ya envié a mis diplomáticos hace dos días, amigo mío. Ahora estoy dejando que lleguen las tropas. ¡Pero gracias por tu franqueza!». El califa se puso de pie y caminó de un lado a otro detrás de su silla. «¡Hay una cosa más que quiero preguntarte, mi querido Muck!».

El califa permaneció inmóvil al hablar; por lo demás, caminaba inquieto. "¿Conoces a mis hijos, pequeño Muck?" Muck se quedó helado; sabía adónde iba a parar aquello. "No conozco a tus hijos, aunque los veo de vez en cuando. Solo conozco a una de tus hijas, oh califa, la magnífica princesa Ranawarasara. Salimos a pasear por el jardín al mediodía algunos días; nos llevamos bien y podemos hablar de cualquier cosa." El califa asintió; ya lo sabía, por supuesto. "¿Cómo la conociste?", preguntó el califa. Muck tragó saliva. "La vi leyendo una obra del poeta persa Ferdowsi a la orilla del río, oh califa, y nos pusimos a hablar de ella. Creo que le gustó cuando le mostré cómo Ferdowsi criticaba sutilmente a su gobernante entre líneas. Era un hombre astuto; ocultó la crítica dentro de una historia de amor. Fue lo suficientemente sabio como para no dejar que su adversario lo decapitara."

El califa rió entre dientes. «Si alguna vez escribes una novela romántica, pequeño Muck, la leeré con mucha atención, prestando especial atención a tus críticas». Muck respondió de inmediato: «Lo que tendría que criticar, oh califa, ya tuve el placer de decírtelo hace un minuto. No soy alguien que entienda ni ame la guerra. No lo oculto». Miró fijamente a los ojos del califa durante un buen rato, hasta que este apartó la mirada, irritado. «¿Así que Ran probablemente te contó que su prometido murió hace unos meses?», preguntó el padre de Ran. «Lo mencionó casualmente, sí, oh califa», respondió Muck sin dudarlo. «¿Y cómo murió, dice ella?», preguntó el padre con severidad. «Estadísticamente hablando, los hombres jóvenes son los que tienen más probabilidades de morir en batalla, oh califa», respondió Muck, y el califa notó su incomodidad. «Cuando doy mi palabra a una persona honorable, cumplo mi promesa, incluso si otra

persona honorable me amenaza con un castigo», continuó. Muck sabía que había respondido a la pregunta del califa sin romper su promesa. El califa asintió pensativo.

«Ran no tenía por qué fingir dolor por esta persona; ninguno de los dos somos tan mezquinos. Pero soy su padre, y me duele mucho tener que buscarle un marido. ¡Con esa nariz tan horrible y aguileña que tiene la pobre muchacha, me resulta muy difícil encontrarle un marido!». Muck permaneció en silencio hasta que el Califa le preguntó a qué se refería.

— Yo mismo tengo una nariz bastante prominente, oh califa, ¡y solo puedo compensarlo con mi magnífica estatura cuando finalmente vaya a buscar esposa! — dijo Muck, riendo. El califa sonrió, pero luego volvió a ponerse serio — . Comprendo su situación, oh califa. Yo mismo me he acostumbrado a su nariz; no fue difícil, porque tras ella se esconde un carácter espléndido, que sin duda le agrada y le llena de orgullo como padre. Y por otro lado, usted es el gobernante, y un gobernante debe aumentar su reino mediante políticas matrimoniales calculadas. Eso es lo que la corte espera de usted, y quizás incluso sus súbditos. No debo ni quiero ofender a ningún príncipe extranjero, ¡pero encontrar un marido honesto y bueno para su hija entre ellos no será nada fácil! — Muck ladeó la cabeza — . ¿Un discurso tan largo para su gobernante?

El califa se detuvo. «Es un alivio que comprendas mi problema con tanta claridad. La corte me expulsaría de Bagdad en desgracia si supiera lo sensible que soy en este asunto, pero no hablaré de eso ahora. El palacio tiene ojos y oídos, como bien sabes». Hizo una breve pausa y reflexionó. «Eres uno de sus amigos; quizás algún día hable de ello. Eso es lo que quería decir. Si te consideras su amigo, espero que solo le des buenos y honorables consejos. Eres el mayor de los dos, presumiblemente con más experiencia en asuntos amorosos que mi hija, y ella te escuchará. Te exijo, de hecho, te ordeno, que la apoyes en estos asuntos con todas tus fuerzas. Quiero que tome una buena decisión, no una insensata. No sería la primera princesa en enamorarse de un mozo de cuadra o un cantero».

Muck bajó la mirada al suelo para que Harun no viera el brillo en su alma. “Tal como ordenas, oh Califa, soy tu fiel servidor y el más fiel amigo de tu magnífica hija!” Casi dijo encantadora en lugar de magnífica. El Califa se detuvo. “A menudo me siento mientras mi Ran está de pie en la bañera y las criadas la lavan. ¡Es de una estatura magnífica, mi niña, una belleza perfectamente femenina! Como sus hermanas, es lampiña, lo que hace que su coño parezca infantil y deseable. En ese momento, me estaba follando a su hermana mayor, Tamina, pero cada vez que veía el lavado y a las desvergonzadas criadas lavando el coño y el clítoris de Ran durante tanto tiempo que las piernas de la pobre niña temblaban, me excitaba tanto que me hubiera encantado follármela allí mismo. Solo el pensamiento de Tamina me detuvo.” El Califa levantó los brazos al cielo. “¡Oh, ojalá un hechizo o una poción mágica embelleciera la nariz de Ran!” Muck no pudo resistirse. — ¡No creo en la magia, oh califa! Solo existe para engañar a la gente primitiva. — Se dio cuenta de que el califa podría ofenderse e inmediatamente añadió — : Estoy seguro de que usted, mi califa, no cree en semejantes tonterías. — El califa lo miró fijamente. Él, un hombre de su época, creía en la magia y los genios como todos en Bagdad en aquel entonces — . ¡Cuidado, señor astrónomo! Sus horóscopos también podrían considerarse una tontería. — Replicó Muck de inmediato — . ¡Lo son, mi gobernante, lo son! El horóscopo nunca se elabora para el niño, sino para los afortunados padres o parientes. Mis horóscopos siempre están escritos de tal manera que los padres se sientan animados a criar a su hijo con mucho amor y atención a esa joya que les presento. — Bajó la cabeza; era su opinión, pero podría interpretarse negativamente. El califa reflexionó durante un largo rato. «Reflexionaré sobre tus palabras, querido Muck. El tiempo se me acaba; debo organizar la guerra contra los Sahidines. Pero estoy decidido a tener una larga conversación contigo sobre estas tonterías después de la guerra. ¡Adiós, amigo mío!». Muck hizo varias reverencias antes de retirarse.

Ran y Muck hablaron de esta conversación con su padre durante un buen rato. Era un buen padre, pero como gobernante, tenía que seguir las reglas. Ran lo abrazó cariñosamente cuando estaban en su habitación, recuperando el aliento. “Solo unos meses más, y luego el año habrá terminado, y te presentaré a mi padre como mi esposo”. Él asintió con gravedad. “¡Solo unos meses más, y luego mi pobre cabe-

za rodará del cadalso!" Ran reaccionó con vehemencia. "¡No se atreverá! Tal vez te rechace, tal vez vuelva a hablar de las princesas que se enamoraron de sus mozos de cuadra, ¡pero no debe matarte!" Estaba realmente indignada. "Si te rechaza, ¡seguiremos siendo amantes en secreto!" Muck no discutió; era inútil. Si el Califa lo rechazaba, tendría que abandonar el reino, lo ordenara el Califa o no. Entonces tendría que ir a Persia, un imperio moribundo que, generaciones atrás, había sido uno de los más brillantes del mundo.

La guerra contra los sahidines terminó tras cuatro semanas. Hubo solo unas pocas escaramuzas insignificantes, apenas muertes y un gran número de heridos. Pero los diplomáticos trabajaron incansablemente y negociaron con ahínco. El califa Harún ni siquiera tuvo que entrar en batalla, aunque, por supuesto, habría liderado a sus tropas como siempre. Los sahidines obtuvieron todo y más, a cambio de lo cual prometieron la paz y un pequeño tributo. El califa entró a caballo en la capital sahidín entre vítores de alegría; los sahidines se sentían vencedores. Solo lo acompañaba su guardia personal y veinte de las doncellas más bellas como obsequio, que estaban casadas con sahidines. Los sahidines ofrecieron un magnífico banquete al califa y colocaron a las muchachas más hermosas en la cama de su huésped de honor derrotado, de modo que al día siguiente, en su viaje de regreso a casa, se quedó dormido en la silla de montar.

Radiante de alegría, Ran entró en las aposentos del califa. "¡El año termina hoy, querido padre, justo hoy!" Harun levantó la vista de su escritorio. "¿Qué año, hijo mío?" preguntó con pesar, habiendo perdido, por supuesto, la noción del tiempo. "¡Se suponía que te presentaría a mi prometido dentro de un año!" Ran le recordó, y el rostro de Harun se suavizó. "Sí, lo sé, lo recuerdo. ¿Y qué?" Ran salió corriendo de la habitación y regresó con Muck. "Mi prometido, querido padre, el señor Muckinandras, ¡y tú, por supuesto, lo conoces!"

El califa no pudo ocultar su sorpresa, pero frunció los labios y acercó dos sillas al escritorio. "¡Siéntense, niños, siéntense!" A pesar de su sorpresa, supo al instante que ella había hecho una buena elección. "Ven aquí, querida hija, dame un beso en la mejilla, ¡porque quiero ser un buen padre para ti! Y tú, amigo mío, puedes inclinarte una vez, pero solo una vez; odio esta humillación como la peste. Des-

pués de eso, mírame a los ojos y dime qué quieres de mí!" Ran le dio el beso, Muck se inclinó una vez y se arrodilló sobre una rodilla. "¡Te ruego que tomes a tu hija por esposa, oh mi califa!" Harún les dijo a los dos que se sentaran.

El califa sonrió y comenzó a pensar en voz alta. ¿Es guapo? Sí, es justo lo que ella busca, y por la edad, hacen buena pareja. Sus narices son idénticas, así que ya no tengo que preocuparme por eso. ¿Es príncipe, noble, líder militar? No, no y otra vez no. Un funcionario real intachable, eso tendrá que bastar. No sería la primera princesa en casarse con un funcionario. Bueno, al menos no es mozo de cuadra. ¿Es rico? ¿Trae una fortuna? ¿Podrá mantener a mi hija? No, no es ni rico ni adinerado, y no heredará mucho de su madre, que está disponible por una miseria. Pero como funcionario, tiene un buen sueldo y no dejará que mi hija pase hambre. No es un guerrero, lo cual lamentaría si no conociera su opinión sobre la guerra. ¿Se opondrá la corte? Por supuesto, pero siempre lo hacen cuando no pueden vender a una princesa por dinero. ¡Qué tacaños! Pero ya me encargaré de eso. ¿Y qué? — preguntó retóricamente, acariciándose la barba pensativamente.

"Ah, sí, solo quedan dos preguntas. ¿Se aman con todo su corazón y el muchacho es bueno en la cama? ¡Deberías responder a eso, mi querida hija!" Miró a Ran expectante. Ella respondió: "Padre, Muck y yo nos amamos con todo nuestro corazón, ¡y sí! ¡Puede follar como un joven dios, querido padre!" "Ah", dijo Harun con una sonrisa, "¿estás segura de eso?" preguntó provocativamente, y Ran cayó en la pequeña trampa, observando a Muck con una sonrisa burlona. "¡Folla como un dios, padre, mejor que todos los demás!" Se sonrojó furiosamente, pues Muck era el único hombre con el que se había acostado. El califa permaneció en silencio; no sabía que su hija se había acostado con tantos hombres como para juzgar tales cosas. En cualquier caso, hablaría seriamente con los chaperones. El califa sonrió. "Y ahora tú, mi querido amigo, ¿la amas?" Muck lo miró directamente a los ojos. «¡Amo a tu hija con todo mi corazón y juro amarla, cuidarla y protegerla como ninguna otra mujer ha sido amada jamás! Y en cuanto a follar, oh Califa, tu hija tiene un don especial para ello, ¡y practicaremos sin descanso para que se convierta en campeona mundial! He estado con mujeres antes que ella, pero tu hija es muy espe-

cial y genial en la cama, si me permites decirlo». Los tres rieron porque lo dijo de una manera tan divertida y fanfarrona.

El califa se puso de pie y estrechó a su hija contra su pecho. «¡Os doy mi bendición, hijos! Si es necesario, discutiré con la corte, pero dejadme eso a mí. Hoy mismo ordenaré a mi mariscal que prepare el banquete de bodas y envíe las invitaciones. Querido Muck, me gustaría que tu madre y tu señor estuvieran presentes; ¿podrías encargarte tú mismo?». Muck hizo una reverencia, pero luego simplemente asintió; ¡por supuesto que sí! Caminaron de la mano, como si flotaran en las nubes.

Harun permaneció sentado, absorto en sus pensamientos, masticando su nuez de betel mientras contemplaba los jardines. Sin duda, se gustaban, y su hija había hecho una buena elección. Alguien que simplemente ignoraba su desafortunada nariz aguileña porque él mismo tenía una nariz larga y no le importaba. Hacían el amor, no para tener un heredero. Aunque había pospuesto repetidamente la conversación más larga con Muck, hacía tiempo que sabía que el muchacho era un buen tipo. Podrían discrepar en algunas cosas, pero era un hombre brillante, culto e inteligente. Harun no le había preguntado al respecto, pero tenía la clara sensación de que Muck no quería una esclava ni un mueble por esposa, sino una persona completa, íntegra, con sus defectos e imperfecciones.

No hay mucho que contar sobre el banquete. Ran y Muck fueron declarados solemnemente marido y mujer, y todos, absolutamente todos, felicitaron a la pareja, de aspecto tan diferente; miles de buenos deseos los acompañaron en su matrimonio. El califa mantuvo una larga y amena conversación con Daud Al-Mahdi, a quien no veía desde hacía años. Le complació mucho poder hablar en su lengua materna con un hombre inteligente y brillante, sumamente bien informado sobre la actualidad política. Daud no era alguien que quisiera destronarlo; no estaba tan seguro de algunos cortesanos. Pero al final del banquete, después de que todos hubieran comido dulces y un rico y dulce vino tinto, hizo que la madre de Muck se sentara a su lado en el sofá. Fue Daud quien le había encargado su sofisticado y seductor vestido; ¡el califa lo conocía bien!

¡La mujer era deslumbrante! El califa atribuyó su coqueteo con la bella joven al fuerte vino tinto, traspasando los límites de la decencia. Envió un mensajero al burdel para decir que había cambiado de opinión; la concubina no debía ir después de todo. Todos se marcharon, y Harún le pidió a Umeya que lo siguiera al dormitorio. Ella no solo se sentía honrada de estar con un verdadero califa; no, él quería, y era, tremendamente bueno en la cama. Hicieron el amor con pocas pausas hasta el amanecer. Sonriendo, le dio una moneda de oro y le preguntó si lo visitaría una vez por semana a cambio de cinco monedas de oro. Ella sonrió y bromeó un poco, preguntándose si realmente podría usar las cinco monedas de oro. ¿O debería pedir más? Pero rió a carcajadas y dijo: "Querido señor Harún, espero poder estar con usted tan a menudo como desee. ¡No solo es un honor, sino también un placer y una buena manera de ganar dinero!". Él la dejó ir con una sonrisa.

El califa visitaba a Daud Al-Mahdi ocasionalmente, pues ahora valoraba mucho la opinión del viejo político. Umayya lo visitó durante varios años y, en cada visita, ganaba con gran placer cinco monedas de oro. Con ello, podía permitirse una casa más grande, algunos lujos y un esclavo, todo ello fruto de su esfuerzo honesto.

Se convirtió en una costumbre para el califa tomar unas copas de vino con Muck en la terraza del palacio ciertas noches de la semana. Muck era un conversador amable e inteligente, y se convirtió en un consejero extraoficial del califa. Este escuchaba atentamente y disfrutaba debatiendo, pero muchas de las ideas de Muck influyeron en su gobierno. Así, el califa se convirtió en el más popular de Bagdad, y sus súbditos hablaron de Harun al-Rashid con la mayor admiración durante siglos.

Cuando las estrellas brillaban en lo alto del cielo y habían vaciado copa tras copa, al califa le encantaba hablar de sus aventuras amorosas. Casi a diario relataba la historia de la novia de la noche anterior; solo muy rara vez se refería a sus dos esposas, con las que hacía tiempo que había tenido suficiente. Tanto los nobles como los plebeyos acostaban a sus hijas con él, pues era de dominio público cuánto disfrutaba el califa desflorando vírgenes. Y él, a su vez, disfrutaba relatando todo esto con gran detalle a su yerno con gran entusiasmo. El

yerno también hablaba de escapadas amorosas pasadas, pero el califa tenía mucho más que contar.

En ese momento, el califa sintió la tentación de acostarse con una de sus hijas, pues su hija favorita, Tamina, con quien había tenido relaciones sexuales durante años, se había casado con Abisinia. El califa era seguidor de Mitra y no un creyente ortodoxo; no sentía culpa alguna al desflorar a sus propias hijas y acostarse con ellas a su antojo. Muck asintió con la cabeza; no le importaban los lazos de sangre. Lo que importaba era tratar a las chicas con ternura y cariño, sin corromperlas ni asustarlas. El califa se alegró de su consentimiento. Y así sucedió que, con el paso de los años, se acostó con todas sus hijas, una tras otra.

A menudo debatían sobre horóscopos y tonterías. Una noche, Muck le pidió a Ran que le diera el día, la hora y el lugar exactos del nacimiento del califa y elaboró un horóscopo, que le leyó en voz alta y le presentó. Había aprendido los datos actuales de Ran a lo largo de los años, así que no tuvo problema en plasmar la juventud y el desarrollo del califa en palabras elogiosas. Que crecería en la corte del rey Barmakid y sería convertido en hombre por la reina a los 12 años, que se acostaría con todas sus hermanas como si fueran sus hermanos. Que se convertiría en califa a los 18 años tras asesinar a su padre. Que tendría tres esposas en su harén y 37 hijos con ellas y otras amantes, y que sería un buen padre. Que sería un general invicto en 5 batallas y un gobernante muy popular. Que moriría en brazos de un pariente cercano a los 71 años. Muck había mentido aquí; Harún moriría diez años antes, en brazos de su sobrina menor, Fátima, pero tuvo que mentir sobre el horóscopo. Quería ver a Harún gobernando activamente hasta el final, no temblando y esperando su muerte. Uno de sus hijos sería su sucesor y el último de los califas abasíes.

Harun devoró el horóscopo. Todo parecía ser como realmente era. Pero sobre todo le preocupaba su muerte. Setenta y un años no le importaba; aún le quedaban muchos años. Que muriera en Persia tampoco le importaba; al fin y al cabo, había nacido allí. Pero lo que más le inquietaba era el familiar cercano en cuyos brazos moriría. Preferiría caer en batalla, dijo Harun; ese sería el honorable logro culminante de su vida. Pero por más que se devanara los sesos, no encon-

traba a ningún familiar joven con quien acostarse. Era cierto que se había acostado con sus hermanas con regularidad en su juventud, pero ahora todas eran viejas, desde luego no jóvenes. Seguía siendo un misterio sin resolver, y Muck guardaba silencio, que sería su sobrina Fátima, de veintidós años.

Muck sonrió a su amigo y suegro. «Todo esto son tonterías, querido señor Harun. Ran me habló de tu juventud a lo largo de los años; esa es la única manera en que supe que te acostabas con tu madre adoptiva y tus hermanas, algo que no es inusual en la clase alta. Lo demás era de dominio público, no cosas místicas escritas en las estrellas. El hecho de que lo exprese todo con frases agradables y fluidas no oculta que todo es una tontería. Pude calcular la hora de tu muerte con matemáticas puras; eso no es clarividencia, sino aritmética. Difícil, pero no imposible para un buen matemático. Sostengo, querido califa, que todo es una tontería agradable. No basaría mis acciones en un horóscopo».

Ran y Muck se amaron toda la vida; ningún coqueteo, por tentador que fuera, iba demasiado lejos. Se fueron fieles el uno al otro sin haber jurado jamás un voto formal de fidelidad. Durante sus embarazos y otras dolencias, Ran llamaba a una criada para que su amado Muck tuviera una chica con quien follar. Estaba inmensamente orgullosa de su Muck y de su magnífico pene mientras él lo introducía en la vagina de la chica que suspiraba. A las chicas les encantaba que su amo las follara, pues tenía un pene espléndido y follaba como nadie. Ran lo amaba; lo amaba muchísimo.

Ran y Muck permanecieron juntos toda su vida. A petición del califa, se quedaron en el palacio y criaron a sus cuatro hijas como pequeñas princesas, a quienes el anciano califa Harun al-Rashid casó ventajosamente con príncipes y comandantes militares de gran prestigio. Ambos vivieron hasta una edad avanzada, y cuando Ran falleció, Muck la siguió apenas un mes después. No podían vivir el uno sin el otro. Punto.

Por supuesto, existe otro cuento de hadas sobre Little Muck y sus zapatillas mágicas, pero yo prefiero mi versión.

Vida hacker

von Jack Faber © 2024

A finales de 2023, los rebeldes hutíes en Yemen comenzaron a amenazar el transporte marítimo en el sur del Mar Rojo, atacando, secuestrando o bombardeando embarcaciones en el estrecho de Bab al-Mandeb. El transporte marítimo internacional se vio presionado, lo que llevó a Estados Unidos, Gran Bretaña y otros países a bombardear y atacar con misiles a los hutíes en enero de 2024. Esto es solo una introducción, ya que debería ser útil para comprender mis declaraciones posteriores. Pero ahora pasemos al protagonista principal de todo este asunto.

Soy un simple comerciante en El Cairo, nada ostentoso, solo yo y mi esposa Jana. Me casé con ella hace cuatro años, aunque me lleva unos 25 años, pero trajo consigo una tienda de 10 metros cuadrados en el Gran Bazar, lo cual es algo. Aún no tiene 50 años, pero su aspecto, la elasticidad de su piel, todo en ella ya roza lo vintage. Todavía me recibe con los brazos abiertos todas las noches, y no hay razón para no follarle su viejo y arrugado agujero. Yo aún no tengo 30; solo necesito un agujero donde pueda eyacular todas las noches. La verdad es que va bastante bien. En los dos primeros meses, renové completamente la tienda. Tiré toda la chatarra china que apenas interesaba a los turistas. Solo ofrecía artesanía egipcia de primera calidad: cobre, cuero y vidrio. Y solo tenía en stock artículos que veía en revistas europeas. No pasó mucho tiempo antes de que la tienda tuviera un éxito excepcional.

Contraté a una empleada doméstica por unos 350 dólares estadounidenses, ya que Jana agradecía la ayuda en casa. Nima, una mujer etíope delgada, de piel morena, de veintitantos años y poco busto, hablaba bien nuestro árabe egipcio y ayudó a Jana desde el primer día; no se quejó. Tuve tres días de fuertes discusiones con Jana porque Nima tenía que dormir sobre unas mantas sucias en el trastero. Al final me salí con la mía y ahora Nima duerme entre Jana y yo en nuestra cama.

En el mercado ilegal de esclavos, había que tener cuidado para no ser estafado. El traficante de esclavos reconoció de inmediato que no era de los que se dejan engañar. “Solo hay dos para ti”, dijo con una mirada cómplice. La primera no era la indicada. Tenía poco más de veinte años, era de Sudán, simpática y tenía un certificado de una escuela de cocina y economía doméstica. Hablaba con un acento terrible y estaba segura de que le encantaría cocinar. Se negaba rotundamente a ir a un burdel, y eso me hizo sospechar. Le quité el vestido y vi el desastre. Había sufrido mutilación genital femenina; le habían cortado los labios mayores, dejándole dos horribles cicatrices. También le habían extirpado la parte visible del clítoris. Rara vez se masturbaba porque le dolía muchísimo. Le puse un billete de cinco libras en la mano y negué con la cabeza; no, ella no era la indicada.

Con un brillo en los ojos, el traficante de esclavos me dijo que podía probar con la otra por 15 libras, pero me negué, por supuesto. La otra, dijo, valía cada centavo, así que costó 500 libras estadounidenses. Era Nima; era delgada y muy hermosa. “No quiero una mutilada”, le recordé. La desnudó; no estaba mutilada, y la observé con mucha atención. Tuve que regatear un rato, pero conseguí a Nima por 350. De camino a casa, me detuve en casa de una conocida en el bazar y compré cuatro camisas y dos galabiyas. Ella quemó los trapos del traficante. Nima me contó su historia: era huérfana y había servido como objeto sexual para los lugareños desde su juventud; ahora el jefe de la aldea la había vendido al traficante.

Nima permaneció en completo silencio y no nos interrumpió mientras teníamos relaciones sexuales; Jana aún no se acostumbraba. Le sorprendía mucho que Nima se masturbara abiertamente y sin pudor antes de dormirse. Jana se había criado como musulmana y había aprendido a masturbarse solo en secreto. Nima era copta, cristiana, y desconocíamos la opinión de la gente de la lejana Etiopía al respecto. Acaricié la piel joven y aterciopelada de Nima mientras se masturbaba. A ella no le importó en absoluto; Jana estaba bastante furiosa al día siguiente. Incluso tuvimos una discusión muy acalorada porque sospechaba que Nima tendría relaciones sexuales con mucha más pasión que ella, la vieja bruja. No la habría provocado tanto si mis pensamientos no hubieran girado constantemente en torno a

tener sexo con Nima. No le había dicho ni una palabra al respecto, ni había hecho nada más que acariciar su delicada y maravillosa piel.

La discusión afectó profundamente a Jana, y por primera vez, pareció querer rechazar el sexo. Por mi culpa. No dije ni una palabra. Puse mi mano sobre la mano de Nima que se estaba masturbando, deteniéndola, y me acosté suavemente sobre ella. Sus ojos sonrieron. Extendió la mano hacia mi pene y lo guió firmemente hacia su vagina. Me sorprendió lo estrecha y firme que era su vagina por dentro; solo conocía la vagina de Jana, era mi primera esposa. Follamos durante un buen rato. Sentí que su excitación aumentaba, y ella se tocó el clítoris. Asentí con la cabeza. “Adelante, Nima, no hay problema”. Experimenté la masturbación “desde dentro” por primera vez; fue excitante. Jana me había dicho que se masturbaba, pero nunca lo hacía en mi presencia. La estaba follando hasta mi clímax cuando sentí que Nima se acercaba rápidamente al orgasmo. La follé con fuerza durante su orgasmo y luego me corrí. Me acosté a su lado, jadeando, sin aliento por el esfuerzo, calmándome poco a poco. Jana nos dio la espalda deliberadamente y apagó la luz. No dijo nada al respecto, ni yo tampoco. Me acostaba con Nima todas las noches, y una vez a la semana también me acostaba con Jana delante de Nima, si ella tomaba la iniciativa. Las dos mujeres se hicieron muy cercanas rápidamente, acariciándose y besándose. No sabía cuán fuertes eran las inclinaciones lésbicas de Jana. Los besos apasionados entre ellas me excitaban; era un buen plan para las tres. Eso es todo, pasemos al tema principal.

Como buen musulmán, no bebí vino, porque así lo indica el Corán. Le pregunté al imán qué decía el Corán sobre el coñac. Se sabía las escrituras de memoria y respondió: «Ni una palabra sobre el coñac». No pregunté más; ya tenía mi respuesta. Después de tres coñacs, se me suelta la lengua y cuento anécdotas y cuentos increíbles. Después de otros tres coñacs, incluso revelo secretos de Estado, que nuestro barbero, por supuesto, conoce. Después de otros tres coñacs más, incluso cuento la historia de cómo mi madre se interpuso desinteresadamente entre mi hermana pequeña y yo porque la amenacé con violarla cuando tenía nueve años.

Mi padre, por supuesto, sabía que me acostaba con su esposa, porque ella se lo había dicho enseguida, pero simplemente negó con la cabeza cuando ella me jaló de la manga hasta su cama y tuvo relaciones sexuales conmigo delante de él. Eso era inaudito en su época. Ni siquiera las sagradas escrituras le servían de consuelo; a menudo hablaban de hombres y mujeres, de lo que se les permitía hacer y lo que no. ¿Pero madre e hijo? Ni una palabra. Yo no lo sabía entonces, siendo niño; disfruté del sexo con gran satisfacción y gratitud. Mi hermana pequeña estaba sentada a mi lado, haciendo pucheros, verde de envidia, y se tocaba el clítoris porque a su hermano mayor ya se le permitía tener sexo y a ella no. Pero, para ser sincero, nunca fue un objeto sexual deseable. Siempre la observaba masturbarse con lujuria, y ella me observaba a mí, y a veces se le permitía frotarme el pene cuando eyaculaba. Una vez probó mi semen con la punta de la lengua: "¡Mmm, qué rico está!". Y a partir de entonces, me masturbó justo delante de sus labios y eyaculó en su boca. Cuanto más crecía, más amplia se volvía su sonrisa mientras tragaba el semen. La pequeña se masturbaba diligentemente mientras nosotros, los hombres adultos, follábamos, pero se giraba deliberadamente hacia la pared y nos daba la espalda cuando terminaba.

Lo había orquestado con astucia, como suelen ser los chicos de 13 años. Le di instrucciones muy precisas a mi hermana pequeña, ella pidió ayuda y yo introduje mi pene profundamente en la vagina de la niña de 9 años, que hacía tiempo que había perdido la virginidad. Ella sonrió porque no le dolió y le hizo cosquillas maravillosamente cuando eyaculé sin siquiera tener sexo; a la niña le encantó. Ayla me dejó meter mi pene dentro de ella y se masturbó salvajemente, y cuando tuvo su orgasmo, instantáneamente desencadenó mi eyaculación, sin ninguna penetración. Llevábamos un tiempo haciendo esto de "eyacular dentro sin penetración" porque a ambos nos gustaba. Pero ahora había tramado un plan, pero Ayla, mi hermana, estaba absolutamente segura de que mi estúpido plan no funcionaría con nuestra madre. Pero Ayla lo aceptó y gritó con una sonrisa en la cara. Mi madre entró corriendo en la habitación de los niños alarmada y me sacó el pene de la niña. Ella apartó a la niña, se tiró sobre la cama y abrió las piernas. "¡Vamos, pervertido!" gritó, riendo, y me permitió follarla allí mismo, y correrme tantas veces como pudiera hasta eyacular. Dijo que no le importaba, ¡pero que no me permitía follar a

la hermana, nunca! Asentí; mi plan estaba funcionando mejor de lo que esperaba. Me permitía follarla todos los días; ya no tenía la regla y no podía tener hijos. Y era solo un entrenamiento, enfatizó enfáticamente, ¡solo follábamos para que yo estuviera preparado para el matrimonio, ¿entiendes?! Asentí; el acuerdo duró 12 años, hasta que Padre pudo casarme con Jana.

Me gradué con honores de la escuela británica; mi padre había invertido bien en mí. Simplemente no encontraba trabajo, así que mi padre tiró la correspondencia a la basura. «¡No te mandé a la mejor escuela del país para que terminaras trabajando de ascensorista!», le gritó a la papelera. Me quedé en casa, leí miles de libros y a veces me acostaba con ella tres veces en una tarde. Mi padre apenas levantaba la vista de sus papeles. Podría haberme visto follar, pero se aburrió al cabo de un rato.

Ella follaba a su manera única. Colocaba los dedos sobre sus labios, ambos pulgares presionando su clítoris desde un lado, frotando firmemente de arriba abajo. Su cuerpo temblaba y se estremecía, tragaba el orgasmo casi como un pensamiento tardío, y solo sus pulgares se detenían un momento antes de continuar. “¡Estoy lista, puedes irte!” susurraba muy suavemente. Antes de correrse, separaba completamente sus labios, abriendo su vagina de par en par. Explicaba que esta era la única manera en que podía disfrutar físicamente de los potentes chorros de eyaculación. Por supuesto, siempre supe que toda esa charla sobre entrenamiento era solo eso, charla.

Ella simplemente amaba follar, y su marido estaba de acuerdo. “No se acuesta con cualquiera del pueblo como una puta, ¿verdad?” El padre sonrió. “Eso está perfectamente bien, no hay problema. Me la follo por las noches cuando me pican los huesos viejos, y no creo que te importe. Estoy feliz de compartirla contigo, hijo mío. Es una maestra estupenda, y puedes aprender mucho de ella. Y por la noche, cuando ambos dormimos, se masturba con avidez como una chica de 14 años, y ninguno de los dos se da cuenta. Puedes tener a mi mujer ahora, pero no recibirás mi fortuna hasta que esté muerto y enterrado.” Le agradecí con una sonrisa porque el trato era muy ventajoso para todos, probablemente para los tres. Podía ver cuánto disfrutaba viniendo a practicar y con qué cuidado comprobaba si estaba listo

para bailar de nuevo, incluso si era el quinto baile de la tarde. La masturbación era para perdedores.

Después de nuestro encuentro sexual vespertino en la cama matrimonial, solía sentarme junto a mi padre en el pequeño banco de madera detrás de su mesa, y ambos la observábamos masturbarse, ya fuera que estuviera en pleno acto o que ya hubiera terminado y estuviera medio dormitando con las piernas abiertas. Casi siempre, él rompía el silencio con las mismas palabras cuando ella terminaba y dormitaba un poco: "¿No es una mujer magnífica, hijo mío?". Yo asentía con la cabeza, pero no decía nada, porque él solía quitarse las gafas, rodearme con un brazo y empezar a hablar de aquellos días, de los viejos tiempos.

"Dormí en la cama de mis padres desde que nací", comenzó mi padre. "Mi padre ya había dejado de tener relaciones sexuales con mi madre durante su embarazo. Era un verdadero jeque y ya era un anciano cuando me engendró. Mi madre era una chica muy devota, fiel y casta por aquel entonces, y nunca la vi hacer otra cosa que masturbar a mi padre y dejar que eyaculara en su boca. En aquel momento, yo pensaba que esa era la 'vida matrimonial normal'. Ella se arrastraba sobre mí hasta mi padre, lo hacía rápidamente con él y luego volvía a arrastrarse sobre mí. Mientras yo no pudiera eyacular, se detenía encima de mí, presionaba su vagina contra mi pene erecto y lo movía un poco. Cuando finalmente pude eyacular, ella siempre se confundía cuando yo llegaba al orgasmo, y después de unas semanas, dejó de hacerme eyacular de esa manera. Cuando estaba segura de que mi padre y yo estábamos dormidos, se masturbaba en secreto y rápidamente todas las noches, ¡porque eso se consideraba tabú!" Incluso con cinco años, sabía exactamente cómo se masturbaba por la noche, pero nunca dije nada. A veces se me ponía dura, y ella me acariciaba el pecho y la cara hasta que la erección desaparecía. Cada vez se acercaba menos a mi padre; él se estaba haciendo mayor. Yo también me estaba haciendo mayor; quería masturbarme, pero ella forcejeaba conmigo con fuerza. A veces yo era más fuerte, y ella me miraba fijamente mientras me masturbaba delante de su cara. Entonces tomaba el control y me dejaba eyacular sobre mi estómago. Me regañaba en voz muy baja para no despertar a mi padre, luego lamía mi semen del estómago y me limpiaba el pene. Si aún estaba duro, lo

frotaba como lo hacía con su padre y le dejaba eyacular en su boca. Cuanto más grande y fuerte me volvía, más a menudo quería que la frotara y eyaculara en su boca.

Debió de haberlo comentado con él en algún momento, porque una noche, después de acostarnos, me dijo con la solemnidad de un jeque que había oído que yo andaba con una pandilla de pilluelos, violando en grupo a mujeres jóvenes. Tuve que confesárselo todo: las jóvenes eran viudas que nos atraían a casa con ojos ardientes y codiciosos y dejaban que toda la pandilla las violara, una tras otra, hasta que no podíamos más. A veces incluso obligábamos a chicas jóvenes a que toda la pandilla las violara, y no nos importaba que lloraran porque las habíamos deshonrado. Solo las violamos, no las deshonramos, le aseguré a mi padre. Se enfadó bastante y dijo que su hijo jamás sería un pilluelo; éramos una familia decente y honorable. Así que decidió que jamás volvería con los niños de la calle, y que si sentía la necesidad o tenía ganas de eyacular, algo perfectamente normal a mi edad, mi madre debería enseñarme a tener relaciones sexuales y practicar hasta casarme. Se giró hacia la pared y se durmió. Ya tenía más de setenta años, y mi madre era más joven, quizás de unos treinta y cinco.

Desde que me concibió, nunca se había acostado con nadie más que con mi padre, nunca, pero sospechaba que lo echaba mucho de menos. Acarició mi pene erecto y susurró: "Te enseñaré a follar, y luego practicaremos hasta que te cases, el jeque lo ha decretado. Y así es como va. Haré que tu pene se ponga completamente rígido con mis labios y mi lengua. Luego lo insertarás muy despacio y suavemente en mi coño, pero solo follarás suavemente y sin empujar. Me daré placer con ambos pulgares, y cuando termine, podrás follarme fuerte y poderosamente. Entonces notaré que quieres correrte, así que abriré bien mis labios y agrandaré mi agujero, para que puedas correrte dentro y yo sienta el excitante chorro de los chorros. ¿De acuerdo?" Mi padre, el jeque, dejó sus gafas y su libro. "¡Oh, ya estás empezando, eso es bueno!" Se giró hacia la pared; desde luego no era un voyeur.

Asentí con la cabeza, porque desde mis días de pilluelo había sido bastante hábil en el sexo, así que lo hice bien desde el principio. Sentí

cómo me lamía y succionaba con delicadeza con sus labios y lengua. Era la primera vez que experimentaba algo así, y fue maravilloso. La penetré muy despacio y con suavidad, observando cómo sus pulgares frotaban mi clítoris de arriba abajo y de lado a lado. Primero suavemente, luego más rápido, y luego con más fuerza. Su respiración se volvió superficial, y contuvo la respiración mientras el orgasmo le cruzaba la cara como un relámpago. Exhaló y susurró: "¡Ya terminé, puedes irte!". La penetré rápido y con fuerza, sonrió y disfrutó de ser penetrada. De repente, separó sus labios vaginales, sus dedos índices enganchados en su coño a cada lado, ensanchando la abertura. Eso desencadenó mi eyaculación; lancé chorro tras chorro con todas mis fuerzas, y una sonrisa radiante se extendió por su rostro. "¡Oh, eso fue increíble!", susurró y se llevó el dedo índice a los labios. "Por favor, no mires, me ha excitado muchísimo y tengo que masturbarme ahora mismo." Asentí y me coloqué de forma que pudiera verlo todo con claridad. A ella le encantaba que la follara, y a menudo la llevaba a la cama durante el día para follarla. El jeque asentía con gran satisfacción cuando follábamos dos o tres veces durante la noche. La madre se llevaba el dedo índice a los labios cuando quería masturbarse después de follar, porque se masturbaba todas las noches antes de dormirse. Me casé con tu madre cuando tenía 28 años, y la follé con su consentimiento durante unos diez años después de nuestra boda. ¡Esa es más o menos mi historia, hijo!

Pasaron varias semanas antes de que me contara la historia de mi madre. Su abuelo, mi bisabuelo, la había desflorado antes de que cumpliera los doce años; no podía esperar. Ella tenía que acostarse con él todas las noches hasta que le dolían las entrañas. Inmediatamente después, la entregaron a su padre, mi abuelo, y también tuvo que acostarse con él todas las noches. Para ella, esto era normal; no sentía ni vergüenza ni remordimiento. Simplemente hacía lo que los hombres sabios y astutos le habían enseñado. Me permitieron casarme con ella cuando tenía diecisiete años porque nuestros padres se conocían del Gran Consejo de Jeques. Así como yo me acostaba con mi madre todos los días, ella se acostaba con su padre hasta que su virilidad disminuía y desaparecía. Cuando uno tenía edad suficiente para acercarse a su hermana pequeña de forma inapropiada, era evidente para ambos que ella tenía que instruirlo en el sexo y mantenerlo alejado de las calles. No fui desagradecido; después de todo, ella es

once años menor que yo y todavía lo necesita desesperadamente, aunque mi fuerza esté disminuyendo. Me alegra que no te acuestes con cualquiera como esos pilluelos sin escrúpulos y que le des tanto placer a mi esposa; ella me lo dice constantemente. Para mí era importante que supieras las razones y la historia detrás de todo esto, porque no solo tienes una libido desbordante, sino también una mente brillante.

Un día le pregunté a mi madre qué pensaba sobre la masturbación. Miró a mi padre, que se había quedado dormido sobre sus libros. "Tenemos que guardar silencio, hijo mío, ¡él no sabe nada de eso!". Poco después de la boda, le conté que después del sexo, mi coño zumbaba como un panal de abejas. Él sonrió y dijo: "¡Necesitas un orgasmo, mi amor!". En aquel entonces no sabía qué era un orgasmo. Me lo explicó. "Cuando tengamos sexo, presionas un dedo muy fuerte contra tu clítoris, y yo te follaré muy fuerte. Sentirás el zumbido de las abejas, y cuando salgan, presiona tu clítoris varias veces y deja que salgan las abejas". Asentí, y entonces hicimos exactamente eso. Tu padre es un buen amante, y me daba uno o dos orgasmos cada semana. Así fue como aprendí qué era un orgasmo.

Mi primera experiencia lésbica fue con Leyla. Le pregunté qué me estaba haciendo y sonrió. "¡Te estoy masturbando hasta que tengas un orgasmo!". ¡Estaba a punto de morir de placer, te lo aseguro! Luego me hizo sexo oral y le pregunté qué estaba haciendo ahora. Se rió. "¡Te estoy lamiendo el clítoris hasta que tengas un orgasmo!". Nunca me habían lamido antes, ¡y estaba a punto de morir de placer, te lo aseguro! Aprendí muy rápido y también la lamí. Fue una de las semanas más increíbles de mi vida.

Empezamos a hablar de masturbación, y ella no podía creer que yo todavía no supiera masturbarme. Leyla dijo que se masturbaba de dos maneras diferentes: durante el sexo y cuando lo hacía sola por la noche. "Te voy a enseñar", dijo, y salió desnuda, trayendo a su hijo de 12 años. Malek tenía un pene pequeño, pero ya tenía permiso para tener sexo con Leyla. Ella me ordenó que le abriera las piernas a Malek y observara atentamente cómo lo hacían. Sentía un nudo en el estómago porque nunca antes había visto a nadie teniendo sexo.

El pequeño pene de Malek empujaba y empujaba, y yo observaba cómo Leyla me masturbaba el clítoris de lado con ambos pulgares. Fue fantástico. Lo hicieron tres veces seguidas, y luego Malek tuvo que irse. A la tarde siguiente, iba a intentarlo yo. Le dije a Malek que no podía follarme de verdad, solo fingir. Apenas podía sentir su pene y me concentré en mis pulgares: ¡funcionó! El orgasmo fue solo uno muy pequeño y suave, pero cuando terminó, noté lo poco que se esforzaba Malek. Lo sentí eyacular y le saqué el pene. "Sigue frotando", ordenó Leyla, y lo froté hasta que terminó.

Leyla me regañó, diciéndome que no debía sacarle el pene con tanta brusquedad, que le dolía. Asentí y practicamos tres o cuatro veces cada tarde. Pronto me volví muy hábil para provocarle el orgasmo con los pulgares, y cuando Malek empezaba a eyacular, le sacaba el pene con delicadeza. «Sácalo más despacio», ordenó Leyla. Le saqué el pene muy despacio y dejé que eyaculara; de todas formas, no importaba.

No estaba del todo satisfecho y la importuné; deseaba desesperadamente saber cómo era el otro tipo de masturbación, la nocturna. Le rogué y la importuné; miró a su padre, pero él estaba dormido. Me miró con ojos felinos y asintió. "Primero tengo que despertar a los abejorros", dijo, "Estoy acariciando su clítoris de abajo hacia arriba, como si le estuviera acariciando el cuello". La observé, y ella dijo: "Ahora los abejorros están zumbando, ¡así que voy a provocarlos hasta que casi se vuelvan locos!" Y frotó y tiró muy fuerte de su clítoris. "¡Y ahora, y ahora, ahora voy a dejarlos volar, a los abejorros!" gritó suavemente, "¡Ahora no debes molestarme más!" ¡Ahora sí que se desató, y de qué manera! Contuve la respiración; ¡trabajó su clítoris como una loca y dejó volar a los abejorros!

Me reí, completamente libre, y la abracé después de mi orgasmo. "¿Por qué te reíste?", preguntó, y le respondí: "Porque lo haces igual que Ayla, solo que no tan rápido". Entonces se incorporó y tuve que confesarlo todo. Cómo tuve que meterle el pene hasta el fondo a Ayla, cómo se masturbaba tan rápido, tan increíblemente rápido, y cómo me corrí dentro de ella sin tener sexo con ella, ¡porque su madre lo había prohibido estrictamente! Sí, lo hicimos durante unas semanas, unos meses.

La madre rió a carcajadas y se tapó la boca con la mano para no despertar al padre. «Esa bestia ya no era virgen», dijo. “La pillé en el jardín dejando que Faruk, que solo tenía 12 años, la follara. Aparté a Faruk de ella, lo puse sobre mis rodillas, le bajé los pantalones del todo y le di una nalgada. Con cada golpe, sentía su erección golpear mi coño, y al final, ¡el estúpido se corrió por todas partes! Estaba indignada, pero los dos ya me estaban provocando al día siguiente. Puse al chico descarado sobre mi regazo, me subí la falda y le di una buena nalgada. Seguía intentando meter su polla en mi agujero con cada golpe, y al final, lo consiguió y se corrió descaradamente dentro. Así siguió día tras día. Yo le pegaba en el culo, y él descaradamente metía su polla en mi agujero y se corría con una sonrisa descarada. Sí, le dejaba penetrarme profundamente, y él sonreía descaradamente y astutamente, y entonces…” Le di una fuerte palmada en el culo con la mano y sentí cada golpe de su polla viajar dentro de mi agujero. Empezó a gemir cuando se corrió y luego cuando terminó. ¡Joder, a los dos nos encantó! Lo terminé cuando Ayla estaba bailando en círculo un día, aplaudiendo: “¡Se corrió dentro, se corrió dentro!”

Bueno, un coñac más, y luego pasaré al tema principal. Claro que tendrás que proponer algo nuevo, porque el proyecto del Canal de Suez ya terminó.

1. Los bancos. Primero, abres cuentas en varios bancos, cada uno reenviando cada pago entrante al siguiente. Del banco egipcio al suizo, al Caribe y de vuelta a Egipto. Probé el proceso varias veces con pequeñas cantidades de alrededor de 100 libras egipcias. Funcionó.

2. Los donantes. Meses atrás, un turista alemán dejó una revista PM en mi tienda. La edición especial era para viajeros a Egipto y también contenía información sobre el Canal de Suez. Usando las direcciones que aparecían allí, seguí una lista de contactos en línea hasta tener unos 40. Entonces me dirigí directamente a ellos; yo era un grupo de empresarios bien informados a los que podía llamar de mi lista, todos con buenas conexiones en Yemen. Con una cantidad decente de dólares, se podía sobornar a los yemeníes para que dejaran de atacar los barcos, incluso bajo la presión estadounidense. Por supuesto, oficialmente seguirían difundiendo propaganda. Investi-

gué en línea cuánto costaba un solo día de cierre del Canal de Suez cuando un carguero taiwanés estuvo atascado en el canal durante semanas. “Comparado con eso, fue una solución muy barata y rápida”, dije enfáticamente. No había tiempo que perder. Guardé registros detallados de mis conversaciones por si surgían preguntas posteriores, pero no las hubo. Confié en que hablaran entre ellos y se enteraran de que a ellos y a todos los demás en el “grupo” se les estaban pidiendo donaciones sustanciales. Todos conocían a una, dos o incluso varias personas que estaban considerando hacer las donaciones. Todo tenía perfecto sentido y era exactamente como se hacían los negocios por aquí.

3. El empujón. Llamé a varias empresas medianas: ¿Dónde estaba el dinero? Los yemeníes y los estadounidenses habían intercambiado más ataques con cohetes, así que pude superar la presión y la sensación de urgencia. Las grandes empresas se enteraron de que algunas ya habían donado. Vi llegar el dinero y llamé a las grandes empresas. ¡Es urgente, el dinero no será suficiente, por favor, aumenten sus donaciones!

4. Fracasos. Descarté a las pequeñas y medianas empresas que no donaron. Porque, sin duda, no hay una tercera oportunidad. En árabe, la segunda oportunidad se llama “insistir”, la tercera “desesperar”. Esto me demostró una vez más la gran habilidad de los comerciantes árabes, quienes ya lo sabían cuando sus cartas aún se transportaban de ciudad en ciudad a lomos de camello.

5. Las investigaciones. Las autoridades egipcias, por supuesto, cuentan con tecnología de punta, pero aún conservan la vieja guardia de la burocracia. Naturalmente, pronto descubrieron que yo había hablado por teléfono con las personas involucradas. Sin embargo, en un momento de previsión, había invitado a cenar dos veces a una pareja francesa que planeaba dar la vuelta al mundo y los bombardeé con preguntas sobre el Canal de Suez que no olvidarían. Quizás debería haberlo mencionado en el punto 1a, pero uno no revela todos sus trucos de golpe. Los investigadores llamaron a la gente del barco, que estaba anclado frente a la península de Gamasa, al norte de Hurghada, y esperaba a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos en Bab Al Mandeb. Pudieron confirmar a los investigadores: dos cenas y

nada más que Suez y el Canal de Suez. Habían recibido mucha información de mí, sí. Los franceses querían saber de qué se trataba todo, pero eso era confidencial. Me excusaron, me exoneraron y soy inocente; ¡lo supe desde el principio!

5a. Secreto bancario. Había asumido, con toda razón, que los bancos suizos no revelarían ningún secreto bancario. Si los estadounidenses llamaban, entonces sí, pero Egipto no estaba ni remotamente cerca de Estados Unidos. Ahí terminaba todo. No sé si era porque todos los altos funcionarios egipcios guardaban su dinero negro en Suiza, y francamente, no me importaba, pero alguien de mayor rango no quería una guerra con los bancos suizos. El hilo se rompió en el primer punto débil; el Caribe era solo un punto débil adicional, por si acaso. Conclusión: el dinero podía rastrearse hasta Suiza, pero ahí terminaba todo. El policía, a quien conocía bien de su boda, me invitó a unas copas en el Sheraton y se lamentó de lo irracionales que eran los suizos.

5b. El tío rico. Ya había pensado qué diría si los detectives me preguntaran algún día de dónde había sacado mi dinero. Esta era la parte más inestable de mi plan, pero mejor que nada. Tenía un tío lejano en el sur, en el pueblo de Sohag. Tuve que llamarlo varias veces antes de que me contestara. Tenía un hermano que había emigrado a Australia 30 años antes y que había estado desaparecido desde entonces. Se suponía que había muerto y me había dejado su fortuna a mí, su sobrino favorito. Le di al tío de Sohag 75.000 dólares estadounidenses, suficiente para que comprara tres casas adosadas. Y la razón por la que no había heredado nada de su hermano era obvia: se habían peleado por una chica. La chica se acostó con los dos y les sacó todo el dinero. Lo llamé varias veces hasta que estuve completamente seguro de que él mismo se creía la historia. Se la contaba a todo el mundo en su mesa habitual del pub, que también era muy bueno. Y la posibilidad de que la policía lo interrogara no le asustaba en lo más mínimo.

6. La regadera. Había abierto una docena de cuentas en bancos de El Cairo a través de testaferros elegidos al azar. Yo figuraba como único titular, el testaferro recibía su dinero y se registraba como si no tuviera ningún derecho sobre él. Este no era un procedimiento

inusual ni especial; todo el mundo tenía una cuenta morganática, una cuenta "para la izquierda", para ocultar su dinero a su esposa o familia. Si las autoridades preguntaban, los programas informáticos buscaban al propietario, por lo que nunca se descubría a nadie. El botín estaba ahora bien escondido. Casi 27 millones de dólares.

7. ¡Dale las gracias a tu esposa! Solo teníamos dos cuentas, la de Jana y la mía. Le transferí 500.000 dólares, la besé en la frente y le dije que los invirtiera con prudencia; era su seguro de vida. Había hecho muy buenos negocios, ella lo sabía. No le sorprendió ni un instante la cantidad. Pero, en realidad, fue un gesto loable darle parte de la herencia a mi esposa, porque ella también sabía de la herencia australiana.

Un día, Jana me sugirió que me casara con Nima como mi segunda esposa, algo que no estaba reconocido legalmente, pero que era aceptado por la sociedad y la comunidad religiosa. Esperé seis meses hasta estar fuera del radar de los investigadores. Me casé con Nima y los tres nos mudamos a un apartamento más grande, donde Jana volvió a tener una ama de llaves que le caía bien, pero a mí no.

Llevaba apenas un año casada con Jana cuando mi hermana Ayla apareció un día en el bazar. Tenía un gran problema, y solo yo podía ayudarla. Tenía 21 años y llevaba dos años casada con un jeque increíblemente rico. Era un buen marido, amable y cariñoso, un abuelo de casi ochenta años. Ayla deseaba desesperadamente tener un hijo, pero lo único que podía hacer era masturbar su viejo y arrugado pene frente a su vagina y dejar que eyaculara dentro de ella, porque el anciano ya no podía tener una erección. Había hablado largo y tendido con su marido; él la comprendía y entendía su deseo de tener un hijo, pero se negaba rotundamente a dejar entrar a un completo desconocido en su vientre. Temía por su reputación, bastante importante. Así que se le ocurrió la idea. Seguí a Ayla hasta su habitación. La mocosa descarada y fea se había transformado en una hermosa joven. "¡Por favor, dame un hijo, por favor, querido hermano!" Por supuesto, lo di todo, y ella me recompensó durante nuestro descanso masturbándose en la habitación de los niños, como antes, y dejándome mirar y excitarme. Follábamos todas las tardes, y eyaculé dentro de ella dos veces al día durante ocho semanas hasta que finalmente quedó emba-

razada. Tuve un hijo guapo y fuerte y fui tan feliz como el jeque, que no hizo preguntas. Ayla, que tenía un cuerpo joven y lujurioso y que compensó con creces el tiempo que pasé follando con mi vieja Jana, me dejaba follarla con fuerza todas las tardes. Después tuvo cuatro hijas más, y yo fui un padre feliz y secreto.

Ayla, que desde que tuvo a su primer hijo había estado contratando constantemente a dulces niñeras europeas de 16 o 17 años, notó, naturalmente, mis miradas lascivas hacia sus escotes y debajo de sus faldas. Sabía exactamente cómo mantenerme atado a ella durante años. Me recibió en su habitación, con la joven desnuda tumbada boca arriba contra su ama también desnuda. La abrazó por detrás con ambos brazos, con suavidad y ternura, y la sujetó con firmeza cada vez que yo aparecía con el pene erecto. Con los talones, separó las piernas de la aterrorizada joven. Ni ella ni yo prestamos atención a las protestas, lágrimas y gemidos de nuestra víctima; ella era capaz de un toque de sadismo, y yo, como un ladrón. Le masturbó el clítoris con maestría; la joven miraba mi pene frente a su vagina como un conejo hipnotizado. Su excitación aumentó rápidamente, ¡así que lo quería de inmediato! Ayla me sonrió, dándome la señal de inicio. Sorprendentemente, muchas de las chicas au pair aún eran vírgenes. Las desfloré con una embestida rápida en medio de su orgasmo y las follé con toda mi fuerza. Después, ya no fue necesario sujetarlas; ellas me dejaron follarlas con gusto. La mayoría no tuvo orgasmos durante el sexo, pero después, estaban tan excitadas que dejaron que Ayla les lamiera el clítoris para llevarlas a un orgasmo liberador. Ayla nunca me dijo dónde había aprendido a hacer el amor lésbico y a lamer el clítoris, pero pude ver lo ansiosa que estaba por ello. Por supuesto, tuvo cuidado de no dejar a la chica embarazada y tenía muy buen ojo para saber cuándo una chica estaba lista para ser desflorada. Ninguna se quejó.

Jana fue perdiendo interés en el sexo, lo cual no me disgustó del todo. Tenía relaciones sexuales con Nima todas las noches, y solíamos verla masturbarse; siempre lo hacía muy excitante. Le enseñé árabe a Nima, además de lectura y escritura. Tenía muy poca educación formal; nos sentábamos juntos a estudiar cuatro días a la semana. Yo trabajaba en el bazar tres días a la semana, Jana también, y cerrábamos los viernes. El negocio iba bien, y tanto Jana como yo es-

tábamos mucho más relajados porque la riqueza que teníamos nos permitía ser más despreocupados.

Nunca consideramos vender la tienda. Era increíblemente tranquilizador no tener que preocuparnos constantemente por los ingresos ni tener que juntar hasta el último centavo. Sin embargo, seguíamos siendo los mismos empresarios de siempre. Admiraba a Jana, que había recibido una formación empresarial mucho más completa en casa. Tenía muchos conocimientos sobre inversiones y acciones, y ahora estaba aumentando sus ahorros para la jubilación de forma hábil y considerable. «¡El dinero que se queda en el banco se oxida y se pudre!», solía decir. Le pedí consejo sobre qué se podía hacer con dinero, mucho dinero. Para ella, era solo un experimento mental; yo estaba aprendiendo y gestionando dinero que ni ella ni Nima conocían. Y si algún día me jubilaba, cada una recibiría una parte igual.

Por primera vez en mi vida, me fui de vacaciones como un turista. Reservé la suite presidencial en un hotel de playa en Hurghada durante cuatro semanas. Jana se quedó felizmente en la tienda. "¡Adelante, jóvenes! ¡Es su luna de miel!", comentó amablemente. En ese momento no necesitaba vacaciones; prefería trabajar a estar tumbada en la playa rascándose la arena. Estoy absolutamente decidido a mostrarle a Nima lo que es la buena vida. Volamos mañana al amanecer.

¡Un coñac más, y a la cama!

• • •

Los rehenes

von Jack Faber © 2024

Ton se despertó sobresaltado. Había oído pasos pesados en las escaleras. Miró a su madre, en cuya cama yacía. Se había rellenado la espalda con una docena de almohadas y se masturbaba con intensa concentración, con la cabeza inclinada hacia adelante de forma convulsa. Su brazo se movía furiosamente de un lado a otro; estaba a punto de alcanzar el clímax. La puerta del dormitorio se abrió de golpe, y una linterna iluminó a la mujer, completamente absorta en sus pensamientos. La mano que sostenía la daga se movió bruscamente hacia adelante, y la daga se clavó en el corazón de su madre. Con un sonido horrible, exhaló su último aliento, y su cabeza cayó sobre su pecho con una expresión de incredulidad, al igual que su brazo, que permaneció apoyado sobre su vulva. Incluso en la muerte, sus dedos se contraían con irritación sobre su clítoris. Esa fue la última imagen que Ton conservó de su madre: sentada muerta en la cama en una posición obscena.

Un brazo lo levantó con fuerza. «¡Ponte algo de ropa, canalla!», le gritó una voz áspera. Se puso rápidamente los pantalones y la camisa, mientras el hombre de la voz áspera gruñía: «¡Idiota! ¡Tendríamos una mejor baza con la marquesa! ¡La marquesa te arrancará la cabeza, puedes estar seguro! ¡Idiota! ¡Idiota! ¡Idiota!». Ton estaba completamente aturdido; dejó que la turba lo metiera a la fuerza en un carruaje, y se lanzaron a una persecución desenfrenada.

El viaje fue largo, una hora en coche por terreno accidentado. Su guardia, un tipo sucio y andrajoso, apuntaba con su pistola a Ton y miraba fijamente por la ventana. El carruaje finalmente se detuvo, y una voz ronca preguntó: “¿Los tienes, a los dos?”. El hombre de voz áspera respondió: “No, solo al muchacho, Anthony d’Aubersville. El idiota apuñaló a la marquesa, más rápido de lo que pude gritar ‘¡Alto!’. ‘Muy bien’, dijo el hombre ronco, ‘¡tráiganlo!’. Sacaron a Ton a rastras; no reconoció aquel castillo. En una celda luminosa en el sótano, los barrotes se cerraron de golpe tras él y lo encerraron. Tuvo que desnudarse por completo; su ropa desapareció. La puerta exte-

rior también estaba cerrada con llave. Era pleno verano; la celda era un poco más fresca que el exterior, de dos metros cuadrados, o menos. En la celda solo había una cama de metal con un colchón sucio, o lo que se podía considerar uno; ni mesa, ni silla, solo la cama, que ocupaba casi toda la habitación. Los barrotes tenían el grosor de dos pulgares, y una ventana, de unos 8 a 10 centímetros de alto y un metro de ancho, daba al bosque. No tenía barrotes; nadie podía pasar. Se sentó; allí estaba, solo él y su amado pene.

Y el tiempo. No quería volver a ver los últimos segundos de la vida de su madre, pero las imágenes estaban grabadas a fuego en su cerebro. Su madre se masturbaba varias veces cada noche, después de que él se cansaba de follar y se quedaba dormido. Desde que nació, dormía en la cama de su madre, y mientras no pudiera eyacular, ella le chupaba y lamía el pene antes de empezar a masturbarse. Le chupaba y lamía el pene mucho después de que él pudiera eyacular. Ella sonreía, "¡Esto es como maná, arcilla!", sonreía una y otra vez. Su padre prácticamente nunca estaba allí; estaba luchando en la vecina Picardía, y su madre no tenía amantes.

Su madre era medio respetable y no tenía amante, y medio depravada porque lamía el pene de su hijo menor y bebía su semen antes de masturbarse durante horas. A los nueve años, Ton la presionó intensamente; suspirando con piedad, se rindió a lo inevitable y dejó que la follara. Tenía que follarla dos o tres veces cada noche; entretanto, ella se masturbaba un poco y lo excitaba con sus labios y lengua. Nunca fue a la iglesia ni se confesó, de lo contrario habría tenido que admitir cuánto disfrutaba de que Ton la follara, experimentando a menudo un breve y pequeño orgasmo durante el sexo. El confesor la habría echado del confesionario.

Ella le había lamido el pene desde que era niño, succionándolo y lamiéndolo en su boca con un ritmo entrecortado hasta que el pequeño gritó que veía las estrellas romperse, y ella sintió con la punta de la lengua cómo su pequeño pene palpitaba y pulsaba en su boca. Entonces quedó satisfecha; el pequeño había experimentado el orgasmo con atención absorta y susurraba sobre ello una y otra vez. Se sintió inmensamente complacida cuando él comenzó a eyacular gradualmente; tenía un pene de niño tan dulce y pequeño, como los puttos

de la pequeña capilla del castillo, e incluso a tan corta edad, podía eyacular chorros espesos y firmes en su boca. La vieja Agnes, que cada mañana llevaba una bandeja con una jarra de vino, agua y fruta a la cabecera de la cama, miró furtivamente al niño, que estaba de pie con las piernas bien abiertas ante su ama. Ella había abierto la boca de par en par, y el niño tiró de su prepucio con fuerza con dos dedos y eyaculó en amplios chorros en la boca de su ama. La vieja Agnes salió y se persignó tres veces. Sintió al diablo entre sus piernas; gimió y se quejó de placer y lujuria mientras bajaba las escaleras. Tenía su rincón secreto en el fondo del patio; se sentó en su banco de piedra y se subió la falda. Nunca había entendido por qué el padre Bernard la regañaba tanto; desde entonces, simplemente dejó de confesarse, así de sencillo.

La vieja Agnes se masturbaba todas las mañanas en el banco de piedra, ya fuera después de ver al pequeño querubín eyacular en su boca o, más tarde, después de verlo follarla. Los niños, por supuesto, sabían lo que pasaba; a todos se les permitía meter sus pequeños penes en el coño de Agnes mientras ella se masturbaba y, naturalmente, eyacular dentro de ella. Ella se daba cuenta, claro, cuando no estaba del todo en su clímax y sonreía. Los niños follaban más rápido que conejos y eyaculaban muy rápido porque el siguiente ya estaba empujando por detrás. Finalmente, el viejo Bello, el perro del castillo, solía venir después de que el último niño hubiera eyaculado dentro de ella y lamía el semen de su coño. Su lengua la excitaba tanto que se masturbaba furiosamente hasta terminar.

La madre nunca permitió que el niño pequeño mirara su vulva, por mucho que lo intentara. Lo único que vio fue su dedo moviéndose en su espeso vello púbico. Ella lo levantó, le dejó succionar y lamer su pezón, lo mantuvo presionado contra su pecho cuando se masturbaba. Más tarde, toleró que explorara y sondeara dentro de su vulva con la mano y los dedos. Sintió la vulva húmeda; estaba mojada y agradablemente cálida. Había una cresta firme y densamente velluda a cada lado, con muchos rizos suaves en medio. Encontró la entrada a una caverna profunda, y por mucho que sondeara con los dedos, no encontró el final. Un agujero profundo, profundo. Pero sí encontró una pequeña cresta rígida y dura que su dedo trabajaba con tanta diligencia. Esa debía ser la parte secreta que quería ocultarle. Era alar-

gada, como un trozo de dedo, y ella solo dejaba que su dedo girara, bailara y rebotara en el extremo, en la cabeza. Y él podía sentir claramente cómo pulsaba y palpitaba cuando ella terminaba y se relajaba. Podía ver claramente que el extraño apéndice parecido a un dedo se suavizaba y se encogía un poco. No tenía ninguna posibilidad de ver su carne húmeda, la abertura profunda y el pequeño apéndice parecido a un dedo; ella era absolutamente reservada al respecto. Dijo que en realidad eso se llamaba clítoris, y que era la parte más sagrada y secreta de una chica y de toda mujer. Cuando estaba en la recta final, le había dicho, él tenía que mantener su dedo perfectamente quieto sobre su clítoris hasta que ella terminara. Presionó su pequeño pene rígido contra su cuerpo, contra su coño. "Corre en mi boca", susurró, se puso de pie con las piernas bien separadas y puso su pene contra sus labios. Ella lo frotó muy suavemente y lo dejó eyacular dentro de ella. "¡Quiero follar!" "¡Quiero follar como el viejo Simon!" graznó Ton, "¡Quiero follar como el viejo Simon!" Sabía que él debía haberlo visto. Durante varios días no cedió; nunca se había planteado follar con Ton. Pero era inevitable; el pequeño gimoteaba y no se rendía. Ella se persignó con un profundo suspiro y separó las rodillas. Tiró del prepucio de Ton, que era inusualmente largo, hasta cubrir el glande y lo estiró con fuerza. Luego guió su pequeño pene hacia su coño. Incluso antes de que empezara a follar como el viejo Simon, el pequeño se corrió. Esto sucedió cada vez que la penetraba por primera vez durante las primeras semanas, pero se detuvo. Ella le explicó cómo follar y lo dejó follar y correrse dentro de ella cinco o diez veces al día. Él sonreía de oreja a oreja; ¡follar era genial! ¡Mucho mejor que correrse en su boca! Le llevó meses hasta que pudo follar realmente bien, y estaba inmensamente orgulloso de ello.

Cada mañana, la madre se levantaba y bajaba a su jardín de hierbas. Solo llevaba una camisa hasta la rodilla para trabajar, nada más. Naturalmente, se fijó en el jardinero, Simon, un hombre muy amable y tranquilo, quizás no muy listo. Un día, decidió seducir al ingenuo. Siempre lo veía, dos o tres veces al día, masturbándose entre las flores. Pero él siempre esperaba a que ella se inclinara completamente, dejando al descubierto su trasero y su coño. Ella se agarraba las nalgas y las separaba, mostrándole su coño abierto y su ansiosa vagina. Ese era el momento en que Simon sacaba su pene, se masturbaba y eyaculaba sobre las flores. Más tarde, la mujer se paraba justo delan-

te de Simon y se inclinaba. Él se masturbaba a medio paso detrás de ella y eyaculaba sobre su coño. Después, colocaba su pene a un centímetro y medio dentro de su vagina y eyaculaba con todas sus fuerzas. Ella sonreía seductoramente y siguió con este juego durante unas semanas.

Pero la codicia de la mujer no se detuvo ni siquiera en ella. "¿No quieres meterla?", le preguntó a Simon. Él se rascó la nuca y preguntó: "¿Como con Agnes los domingos por la noche?". Ella no tenía ni idea de lo que hacía con Agnes. Él respondió a su pregunta: "Tengo que follarme a Agnes tres veces. Solo la segunda y la tercera vez su culo se contrae violentamente y grita: '¡Simon, se ha corrido!'. Siempre asiento, ¡aunque no sé lo que quiere decir!". Simon respiró hondo; nunca antes había pronunciado una frase tan larga. La amante asintió: "Sí, exactamente así, Simon. Cuando me inclino, entonces...". Simon se rascó la cabeza con incertidumbre. "¿Cuál, Ama, la de arriba o la de abajo?". Ella se quedó perpleja y luego se rió. "¡Una es para cagar, la otra para follar!". Simon sabía cuál era: "¡La de mear, entonces!".

Al día siguiente, la ama se inclinó mucho, Simon introdujo su pene en su agujero y no se movió. "¿Qué pasa?", preguntó la ama desde abajo, y Simon dijo: "¡Está a punto de eyacular, señora!". Y, en efecto, eyaculó en ese momento. Sacó su pene y se ocupó de él. Ella se enderezó y preguntó: "¿Así es como lo haces con Agnes?". Él negó con la cabeza. Le permitían sujetar a Agnes por las nalgas y las caderas, y Agnes le había dicho cómo follarla, embistiéndola con fuerza hasta que eyaculara. Tres veces. Ella lo entendió; tenía que decirle exactamente cómo lo quería. "Tienes que sujetarme las nalgas también y follarme muy fuerte, como Agnes", dijo, asintiendo en señal de confirmación. "¿Y eyacular dentro como con Agnes?", quiso saber. "Sí", confirmó ella, "eyacular todo dentro hasta que deje de eyacular". Él asintió pensativo. "¿En el agujero que es para orinar?". preguntó él, y ella asintió. "¡Por supuesto!" Dijo que no siempre era tan claro, porque por la noche tenía que follar al pequeño Bernhard por el otro agujero, el de cagar. Ella le preguntó, bastante asombrada, porque no conocía a ningún Bernhard.

A menudo se sentaban en el banco, y él les contaba en términos sencillos lo que experimentaba durante el sexo. Explicaba que el hombre trabajaba en los establos y exigía que lo follaran por el culo todas las noches porque no quería hacerlo con la mano. “Lo follo por el culo, y su pequeño pene se pone duro lentamente, luego se corre, y sale disparado de su pene como una fuente. Se ve bastante gracioso, y puede parar sin eyacular”. Bernhard trabaja en los establos; tiene que hacer que los sementales eyaculen para que se mantengan en forma cuando no tienen una yegua con la que reproducirse. Bernhard lo había llevado una vez y le había mostrado cómo lo hacía con la mano a los sementales y los hacía eyacular en la paja. Bernhard y el encargado de los establos a veces tenían que ayudar a una anciana cuando el semental la cubría. Simon lo había visto él mismo, y parecía absolutamente hilarante. Ataban a la joven boca abajo al marco de madera, y Bernhard tenía que follarla primero para mojarle el coño. Luego trajeron al semental, que olfateó un trapo empapado con fluido vaginal de yegua e inmediatamente tuvo una erección. Había estado parado justo al lado del semental, ocasionalmente rociando sobre el coño de la anciana, y era muy excitante porque la joven se excitaba cada vez más y gritaba que se estaba corriendo, pero seguía. Trajeron un semental tras otro, olieron el fluido del siguiente semental y la follaron aún más salvajemente, ya que los sementales solo la follaron brevemente, ni siquiera cinco minutos. La joven gritó de placer y lujuria al tercer semental hasta que gritó que ¡era suficiente! Gimió y jadeó cuando el encargado del establo finalmente la folló con fuerza en el marco, y a Simon se le permitió follarla con fuerza justo después de él, y la joven estaba totalmente exhausta después de tanto follar. “Pero Bernhard es un gran tonto”, le había dicho el encargado del establo, “nunca será un semental de cría”. Simon tomó una respiración profunda; No había hablado mucho en todo el año.

Klothilde, la gorda anciana de la cocina, se escabulle al establo todos los días para que el pequeño Bernhard la folle. Estaba totalmente enamorada del niño de diez años, aunque tenía casi 65. Pero a él no le interesaba de verdad. La follaba por el agujero correcto e incluso se corría dentro de ella, pero luego se levantaba de un salto y salía corriendo. Klothilde lloraba cada vez y le hacía señas desesperadamente al encargado del establo todas las noches. “No quiero hacerlo yo

misma, no es muy agradable", sollozaba Klothilde. "¡Por favor, señor encargado del establo, fólleme, vieja bruja!" El encargado del establo la hacía rogar y suplicar durante un buen rato, tirando y desgarrando desesperadamente de su clítoris, porque le encantaba cuando lloraba, suplicaba y rogaba, desgarrándole el clítoris hasta el orgasmo. Así es como el encargado del establo tenía que terminar de follar a la gorda Klothilde hasta que ella gritara que se había corrido. Simon tuvo que presionar su polla firmemente contra la polla del mozo de cuadra y follarla junto con ella, y tan pronto como ella gritó y el mozo de cuadra eyaculó, a Simon se le permitió continuar follando a la anciana inmediatamente y terminar con ella mientras gritaba. — El mozo de cuadra negó con la cabeza; era despreciable que Bernhard solo follara a Clothilde a medias, huyera y no la terminara. Él, Simon, no lo entendía todo exactamente, pero el mozo de cuadra era un hombre inteligente y debería saberlo. Que así sea. A partir de entonces, Simon hizo bien su trabajo. Se aferró a las nalgas de la señora, la folló en el agujero correcto igual que a Agnes, y eyaculó dentro de ella. Ella quedó muy satisfecha con el breve polvo matutino, y llevaban haciendo esto todos los días durante diez años.

Y ahora mamá yacía muerta en su cama, con una daga clavada en el pecho. Tenía unos pechos preciosos, pensó Ton, ¡realmente preciosos! Estaba muerta en la cama, a segundos del orgasmo, en posición de masturbación, con el brazo sin vida y la mano fría sobre su coño densamente velludo. Nunca le había permitido a Ton mirar de cerca "allí abajo", retrayendo el prepucio por completo sobre el glande y guiando su pene hacia el matorral. Siempre daba en el clavo, nunca se desviaba al introducir su pene en su orificio difuso. Incluso muerta, él no pudo vislumbrar su coño expuesto.

¿Cuánto tiempo había pasado, se preguntó, cuando las llaves abrieron con estrépito primero la puerta de hierro y luego la de barrotes? Ton estaba de pie contra la pared de grandes piedras naturales; ¡tendrían que sacarlo a la fuerza! Pero no sucedió nada de eso. Una chica fue empujada a la celda, una voz ronca le ordenó que se desnudara. Una mano con un manojo de llaves tintineante la abofeteó. "¿Ya casi estás?", gruñó la voz, y la mano la abofeteó dos veces más. Ella comenzó a llorar y, avergonzada, se desnudó. Solo le quedaba la camisa como última prenda, y el manojo de llaves la abofeteó

de nuevo. Se quitó la camisa, la arrojó por la puerta y se dio la vuelta hacia ella. Una chica que no estaba acostumbrada a estar desnuda. Los barrotes y la puerta de hierro se cerraron de golpe. Solo entonces la chica miró de reojo y lo vio. "¿Ton?", gritó, y él, "¿Cat?". Su hermana Catherine lo abrazó y apretó su cuerpo contra el de él.

— El marqués de Vallons me secuestró de la casa de la tía Emilie. La violaron delante de mí, los cuatro, y el último le cortó la garganta — sollozó Cat contra su cuello. Ton la abrazó con fuerza; no la había visto en seis meses porque asistía a un colegio de monjas. Y nunca la había visto desnuda. La dejó llorar; era tres o cuatro años mayor, dieciséis o diecisiete. Pero lo único que quería era llorar y sollozar todos los detalles espantosos de las cuatro violaciones contra su cuello. La tía Emilie tenía treinta y tantos años y seguía siendo una virgen casta, santa y pura. Sus amantes solo podían follarla por la boca y el ano, lo cual le encantaba. Cat estaba atada en el suelo, obligada a mirar directamente al coño de su tía desnuda, que había levantado los pies en el aire, esperando ser follada por el ano, como estaba acostumbrada. Cat no podía apartar la mirada de su coño. La sangre brotó de su pequeño y apretado agujero cuando el primer hombre la desfloró. La golpeó tan fuerte que quedó medio inconsciente y la folló sin piedad. La mujer inconsciente tuvo un orgasmo enorme, luego fue el turno del siguiente hombre. Él también folló a la mujer inconsciente sin piedad, y los hombres rugieron cuando ella tuvo otro orgasmo. El tercer hombre llegó demasiado pronto y se fue de inmediato. El último le puso un cuchillo en la garganta porque se había despertado y gritaba y gritaba. La abofeteó en la cara, y ella se quedó en silencio al instante. Sus ojos casi se salieron de sus órbitas de la sorpresa cuando tuvo un orgasmo, pero el tipo con el pene enorme siguió follándola. Empezó a gritar casi en silencio mientras tenía otro orgasmo alucinante. Él llegó justo en medio de su orgasmo y le cortó la garganta. La sangre brotó de su garganta, y su vagina se expandió y contrajo al ritmo de su orgasmo, durante lo que pareció una eternidad. Luego se desplomó. ¿Qué sintió al final, orgasmo o muerte?

Ton la dejó terminar de llorar y se sentó con ella en el colchón. Ella se calmó rápidamente. "¿Qué dirán nuestros padres, que el marqués de Vallons nos ha secuestrado?", exclamó Cat. "¡Papá se enterará pronto y le cortará la cabeza a Vallons!", dijo Ton, y continuó en

voz baja: “Por suerte, nuestra pobre madre no se enterará; ¡está muerta!”. Cat gritó, queriendo entender. Él le contó con voz entrecortada y lenta cómo había muerto y cómo lo habían secuestrado. Cat se aferró a él y sollozó amargamente. “Siempre dormías con ella”, dijo después de que el dolor inicial disminuyera, “¿verdad? ¿Todos…?”. Ton asintió. “Cat, ya tengo más de 13 años, ¡ya no soy un bebé! Ella me quería como yo a ella. Me dejó correrme en su boca cuando era una niña, y durante los últimos cuatro años la he follado dos o tres veces cada noche. ¡Es lo más normal cuando tu padre siempre está fuera en la guerra y Angelique, esa puta fea, le calienta la cama!” Cat sabía de qué hablaba, por supuesto, pero aun así no le parecía muy católico follar con su propio hijo. “¡Bah, católico! ¡Esa palabra nunca fue para mamá, jamás!” Ton maldijo desde lo más profundo de su corazón.

«Angelique puede ser una puta», reflexionó Cat, «¡pero desde luego no es fea! Me permitieron visitar a papá una vez en su tienda y los vi a los dos teniendo sexo desnudos. Papá tiene una polla enorme, ¡y ella chillaba y vitoreaba mientras tenían sexo, te lo aseguro!». El marqués Romuald d’Aubersville, su padre, se quedó completamente atónito cuando un día ella se presentó ante él vestida de hombre y guerrera, deseando luchar con él. No, no se había peleado con la gente de Picardía; solo luchaba por dinero. «De acuerdo», dijo encogiéndose de hombros, «puede venir». Sí, quería vestir ropa de hombre; era más barato luchar así. Examinó su espada española durante un buen rato. Era una hoja de Damasco afiladísima de Toledo, dijo ella, la mejor arma que jamás había tenido. Sí, había aprendido esgrima con su marido; era un maestro de esgrima. Preguntó: «¿Es cierto que lo apuñalaste?». Ella lo miró fijamente a los ojos. ¡Sí, porque jamás aceptaría que me cambiara por alguien más joven! Romuald la fulminó con la mirada. «Prefería a las chicas jóvenes, de 13 o 14 años, como yo lo fui. Pero a los 22, era demasiado mayor para él. Y luego me insultó con palabras viles. Ni siquiera se dio cuenta de lo rápido que su cabeza rodó por el suelo de mármol. Me fui con orgullo; no huí. El virrey podría haberme encarcelado fácilmente, pero no lo hizo. Había demasiados testigos de cómo me insultó, de cómo me habló, ¡de cómo ningún hombre debería hablarle jamás a su esposa!». Romuald asintió; eso era suficiente para él. Si demostraba su valía en combate, podría quedarse.

Sus hombres se quedaron boquiabiertos cuando la recién llegada entró desnuda al río esa mañana y se bañó. ¡¿Una mujer?! Se cambió a ropa de hombre y apenas se distinguía de los demás jóvenes. Luchó su primer combate, y esa noche los hombres no hablaron de otra cosa. A la mañana siguiente, arrastró a uno de ellos al río, le lavó meticulosamente el pene y dejó que la follara en la orilla. Cada pocos días, dejaba que uno u otro hombre la follara, solo por diversión; no tenía relaciones románticas. Manejaba la espada española con maestría; todos quedaron impresionados por su elegante estilo de esgrima, y algunos incluso la dejaban entrenarlos.

Después de seis semanas, Romuald la llamó. Era buena, muy buena de hecho, decían algunos. Podía quedarse con la tropa; él podía pagarle más. Ella hablaba en serio, pero dijo que le parecía perfecto. Le gustaría quedarse hasta fin de año, y luego hablarían más. El trato estaba cerrado. Pasaron meses antes de que se mudara a su tienda, con la condición de que pudiera acostarse con quien quisiera, porque no quería volver a "pertenecer" a un hombre. Al principio, fue muy difícil para Romuald, porque con el tiempo se acostó con todos los guerreros excepto con el cocinero cojo. El hecho de que estuviera casado le era completamente irrelevante. Era prerrogativa de su esposa cortarle la garganta o mantenerlo callado; Angélica se lo había dicho. Pero ahora compartía su cama, así eran las cosas, y no había mucho que discutir. Los guerreros entendieron el arreglo, y cada uno de los cincuenta guerreros habría arriesgado su vida por ella. Romuald comprendió cómo funcionaba su truco.

Cat y Ton se sentaron durante un buen rato, y él acarició su hermoso cuerpo. "Te has vuelto tan hermosa, hermanita", dijo, y ella sonrió. "¡No sabía que tenías una polla tan grande, hermanito!" Se rieron, y ella extendió la mano hacia su polla. "¿Puedo?" preguntó, y él asintió amablemente. Ella retiró suavemente el prepucio, cada vez más, mirando hacia abajo con asombro. "La de Thierry no es ni la mitad de grande y es tan delgada como un lápiz". "¿Thierry? ¿Quién diablos es Thierry?" Tragó saliva con dificultad. "Antes estaba locamente enamorada de él. Nos veíamos en secreto junto al río y nos besábamos y nos acariciábamos. Le dejaba arrodillarse entre mis muslos, luego frotaba su lápiz y eyaculaba en la parte interna de mis muslos. Por supuesto, no tuve sexo con él, sigo siendo virgen. Quería me-

ter su lápiz por el agujero de mi himen, entró muy fácilmente, y siempre le dejaba tener sexo conmigo porque no me rompió el himen. Pero ya no estamos juntos, y esa ha sido toda mi experiencia sexual hasta ahora, aparte de la masturbación, claro." Cat seguía retrayendo su prepucio, "Así es como lo hacía Thierry", susurró, "¿debería?" Ton no dijo nada; de alguna manera, se sentía bien la forma en que ella estaba frotando su pene. Lo frotó muy despacio, retrayendo su largo prepucio por completo y luego hacia adelante de nuevo. — Veo la abertura del glande por primera vez — susurró ella, y él estaba a punto de advertirle, pero ella frotó su pene justo delante de su cara y miró dentro de la abertura. Su semen salió disparado directamente sobre su rostro y luego le corrió por el pecho. — La razón por la que no me gusta que me den de comer a mano es, primero, porque te entra en el ojo, y segundo, porque paras de repente y demasiado pronto. Cat se limpió el semen y sonrió; lo había hecho ella misma por primera vez.

El sol se había puesto y él se estiró en la cama. "Ven, acuéstate a mi lado, ¡necesitamos mantenernos calientes!" Cat supo de inmediato que así tenía que ser si no quería dormir sentada. "Pero no puedes follarme", dijo, "¡Todavía soy virgen!" Ton asintió, ¡era obvio! Ella se acostó a su lado, y él la abrazó fuerte y cálidamente. Se quedaron así un buen rato, luego él se giró y apoyó la parte superior de su cuerpo sobre ella. Su erección cayó por casualidad en su mano. Empezó a follarle la mano, ella agarró su pene, y él la folló hasta que eyaculó en su mano. Ella sonrió, pero no dijeron ni una palabra. "Me masturbo todas las noches, una o dos veces", susurró suavemente. Él asintió y se quedó encima de ella. Ella empezó a masturbarse muy despacio y fue aumentando la intensidad gradualmente. La abrazó con fuerza cuando ella llegó al orgasmo y la sostuvo con ternura hasta que se calmó por completo. Se quedaron en silencio durante una eternidad, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Ella era tan tímida y avergonzada que no se atrevió a decir durante mucho tiempo que su clítoris estaba acostumbrado a ser masturbado dos veces por noche y que ahora estaba dentro de ella. Hubo una feroz batalla entre la lujuria y la vergüenza para Kitzler. "Lo necesito otra vez", susurró con temor en su timidez, y él, "¡Sí, yo también!". Ella comenzó de nuevo muy lentamente, él se tumbó sobre ella, y su pene buscó su abertura. "No, por favor no", dijo ella lastimeramente, y él le aseguró que no la

lastimaría, ciertamente no la desfloraría. Solo cuando se dio cuenta de que su glande simplemente se tambaleaba en su vestíbulo vaginal y que su himen no corría peligro continuó masturbándose. Incluso encontró de alguna manera placentero cómo su glande follaba su vestíbulo vaginal. Llegaron al clímax simultáneamente, sus labios aferrándose a su glande mientras él eyaculaba. Permanecieron entrelazados durante mucho tiempo hasta que se quedaron dormidos.

Se contaron todo el uno al otro. A veces, Cat comenzaba a masturbarse, girando la cabeza y cerrando los ojos. Él le separaba los muslos y las rodillas. Ella se abría completamente y sonreía tímidamente, pero le permitía observarla de cerca. Se frotaba suavemente, dejando que su clítoris creciera, rojo y duro. Ahora las cosas se estaban poniendo intensas. Se frotaba con concentración, su hermoso rostro se contorsionaba mientras el orgasmo se acercaba cada vez más. Se frotaba el clítoris cada vez más rápido, finalmente conteniendo la respiración y masturbándose salvaje y furiosamente. Exhaló bruscamente cuando el orgasmo cruzó su rostro como un breve rayo, y tuvo que presionar su dedo con fuerza contra su clítoris para evitar que explotara. Le sonrió tímidamente, con una extraña tristeza que casi instantáneamente se transformó en un dulce e imperceptible triunfo. Ese fue el momento en que él, espontánea y amorosamente, la atrajo hacia su pecho y la abrazó. “¡Eso fue tan hermoso!”, exclamó.

Cat disfrutaba enormemente de su follada; nunca se había masturbado tan a menudo, susurró. Follaban diez o veinte veces al día porque se excitaban en diferentes momentos. A veces, sin embargo, se excitaba tanto masturbándose que casi se desfloraba. Presionaba su glande firmemente contra la abertura de su himen mientras él eyaculaba y dejaba que el semen entrara con avidez. Él tenía cuidado de asegurarse de que ella tampoco se desflorara. Y follarle el vestíbulo vaginal era mucho más excitante que follarle la mano. Solo los interrumpían cuando les daban agua, un guiso horrible, o cuando vaciaban el urinario. Ton, naturalmente, preguntó cuánto tiempo más la tendrían, pero no obtuvo respuesta. Aparte de esta interrupción, no los molestaban. Cat le mostró felizmente cómo era allí abajo. Todavía no tenía vello púbico, solo una suave pelusa rubia, y no le había bajado la regla, aunque tenía casi diecisiete años. Labios, clítoris, la abertura casi completamente cerrada. No, su pene era definitivamente

demasiado grande. Le tocó el clítoris. “¿Es con eso con lo que se masturban las chicas?”, preguntó con incredulidad. Ella le dijo que mirara con atención; el clítoris podía ponerse tan grande y rígido como un pene. Se tocó el clítoris y lo frotó con mucha suavidad. Efectivamente, creció unos milímetros, se puso de un rojo oscuro y se puso bastante rígido. “¿No vas a continuar?”, preguntó él, pero ella negó con la cabeza; ahora no.

Hablaron durante días, hicieron el amor con cuidado, solo cuando uno de ellos se excitaba, quizás cinco o seis veces al día. Los días transcurrían con lentitud; por la mañana les daban un balde de agua limpia para que se lavaran. Era tal vez el quinto o sexto día cuando sonaron las llaves a una hora inusual. Ambos conocían al hombre que entró, el marqués de Vallons.

El pequeño desgraciado refunfuñó y despotricó. Su padre le había prometido la muerte, ya que sus secuaces habían asesinado a su esposa. Los d’Aubersville y los Vallon llevaban décadas enfrentados. Al menos él, se jactaba Vallon, había exigido un rescate desorbitado. Lanzas y espadas habían sido blandidas amenazadoramente a través del abismo, y se habían intercambiado gritos de muerte y del diablo. Ahora allí estaba él, el marqués de Vallon, y había oído de su padre que ella aún era virgen. ¡Y hoy, sí, hoy tenía antojo de carne virgen! Se quitó el cinturón y se lo entregó. Ton se retiró al otro extremo del colchón, y Cat se acurrucó en el otro. El marqués se bajó los pantalones y agarró las piernas de Cat, tirando de ella hacia sí. Cat gritó con todas sus fuerzas que aún era virgen y que no debía deshonrarla. El marqués rugió que le cortaría la garganta si no se callaba de inmediato. Cat se quedó callada al instante; tenía en mente a la tía Emilie.

El marqués la colocó tranquilamente para el sexo, y Ton pudo ver perfectamente su hendidura temblorosa. El pene rígido del marqués se acercó a su hendidura, sus dedos separando sus labios. Con una rápida embestida, rompió su himen. Cat gritó brevemente y se cubrió la boca con la mano; no quería que le cortaran la garganta. El marqués la folló lo mejor que pudo, pero Ton pudo ver su rostro. No estaba excitada en absoluto; lo miró con desprecio mientras él eyaculaba dentro de ella. Se puso de pie con dificultad e hizo una seña al siguiente hombre. Ton vio el agujero manchado de sangre del que re-

zumaba el semen. El siguiente hombre tenía un pene de tamaño decente. Cat se excitó rápidamente y tuvo un orgasmo maravilloso. El tipo siguió follándola hasta que se corrió, chorro tras chorro. Hizo una seña al siguiente hombre, que tenía un pene aún más grande. La folló con fuerza, y ella tembló en un orgasmo violento y espasmódico. Pero el tipo siguió follando y follando, y Cat tuvo otro orgasmo espasmódico y furioso. El último fue un tipo corpulento con una polla grande y gruesa. Cat aún temblaba en su orgasmo y jadeó cuando el monstruo la penetró. Ton contuvo la respiración; ¡esto debe ser doloroso! El orgasmo de Cat ni siquiera había disminuido cuando fue lanzada inmediatamente al aire, y en segundos, el orgasmo se reflejó en su rostro. Ya no podía sentirlo; se había desmayado. Él folló y folló, el cuerpo de Cat se sacudía de orgasmo en orgasmo. Ton estaba a punto de intervenir; ¡el tipo estaba follando a su hermana hasta la muerte! Pero finalmente el tipo se corrió, el coño de Cat se sacudió con un último orgasmo, y él se escabulló. La puerta se cerró con llave de nuevo, e inmediatamente abrazó a su hermana inconsciente; por suerte, todavía respiraba. La sostuvo en sus brazos hasta que despertó gradualmente.

Tuvo que contarle todo con todo lujo de detalles; ella quería saberlo todo. Se sintió un poco avergonzado porque lo había observado todo con tanta atención, como un voyeur. Ella se acurrucó en sus brazos y le hizo preguntas sobre todo. Él quería saber cómo se sentía. Todavía le dolía un poco, pero no mucho. Por otro lado, sintió una especie de alivio; se había convertido en mujer y ahora podía tener sexo cuando quisiera. “Quizás no hoy”, dijo sonriendo, “¡pero pronto!”. Preguntó si debía masturbarlo. Él movió la cabeza de un lado a otro; prefería eyacular en su boca. A su madre siempre le había encantado hacerlo. Ella nunca quiso masturbarlo; pensaba que era muy vulgar. Nunca antes se lo habían hecho a mano.

Cat asintió; le encantaría, pero nunca lo había hecho antes. “Oh, no hay problema”, dijo Ton, “¡es muy fácil!”. Se lo explicó. Frota el pene frente a tus labios como Thierry frota su lápiz. Tu lengua pasa por la cabeza, de un lado a otro y en círculos. Antes de la eyaculación, abre bien la boca y deja que eyacule dentro, o mejor aún, toma la cabeza en tu boca, o si pudieras abrir la boca lo suficiente como tu madre, toma el pene profundamente en tu boca y deja que eyacule pro-

fundamente en tu garganta. Tu madre dejó que la penetrara profundamente en su garganta y eyaculara; solo tuvo que contener la respiración por un corto tiempo, pero esa también era su forma favorita. Pero realmente deberíamos ir despacio y proceder paso a paso si queremos.

Cat realmente tenía talento para eso. Practicaban día y noche; él probablemente eyaculó en su boca una docena de veces. Después de unos días, Cat dominó el truco de su madre: aguantaba la respiración y dejaba que la follara profundamente en su garganta. "¡Mamá tenía razón, no es solo maná, es maná celestial!", graznó alegremente. Después de unos días más, quería follar con arcilla, follar de verdad. Se rieron como niños cuando ella dijo: "¡Lo haremos católico!" en memoria de Mamá. Follaron tan a menudo como él pudo. El marqués y sus compinches nunca regresaron. Follaron durante una semana, diez semanas, medio año, encerrados con una sola cama. Nunca se aburrieron; seguían cambiando de posición. Nunca descubrieron que los guardias les preparaban el té con hierbas especiales que los ponían increíblemente cachondos. Los guardias nunca se atrevieron a follar a Cat; el marqués les habría cortado la cabeza. Pero observaron el sexo y la garganta eyaculando a través de un agujero oculto y se excitaron.

Cat le contó su mayor secreto. En el convento, las chicas se lamían el clítoris mutuamente hasta alcanzar el orgasmo; ella lo disfrutaba enormemente y lo hacía con gusto. Ahora, después de dejar que él la penetrara por la garganta y eyaculara dentro de ella, quería que le lamiera el clítoris. Él lo intentó de inmediato y rápidamente lo dominó; ella se retorcía de lujuria desenfrenada como una serpiente lujuriosa durante sus orgasmos. Lamer el clítoris se convirtió entonces en la manera perfecta de llenar el tiempo entre actos.

Llevaban diez meses encerrados en su mazmorra cuando oyeron por primera vez los sonidos de la lucha en el castillo. Durante dos semanas oyeron los ruidos de la batalla, que se acercaban cada vez más, mientras sus guardias luchaban con fiereza. Pero un día, a una hora inusual, sonaron las llaves. La puerta se abrió.

Era el padre, cubierto de sangre pero ileso. Sonrió ampliamente y abrazó a sus hijos.

• • •

Libre de la casa

von Jack Faber © 2024

Ria estaba perdidamente enamorada de Sam. El verdadero nombre de Ria era María y el de Sam, Samantha, pero así las llamaban todos. Ria iba a casa de Sam todas las tardes; tenían la casa para ellas solas. Ya estaban tumbadas en la cama de Sam, solo con sus bragas, abrazándose como verdaderas amantes, acurrucándose y revolcándose, besándose apasionadamente. Sam era mayor; Ria apenas había aprendido a besar con lengua gracias a ella. Ria aún no tenía trece años, era pequeña y regordeta, con nariz chata y cara de ratoncita, y cuando se quitó el sujetador por primera vez, se sintió terriblemente avergonzada porque ya tenía pechos grandes y maduros que solo se veían bien y firmes con sujetador. Sam, en cambio, era alta, un año mayor que Ria, y tenía una cara preciosa, uniforme, de modelo, y pechos pequeños y redondos con pezones grandes, que dejaba que Ria chupara y mordisqueara. Se besaron durante horas, y Sam echó la cabeza hacia atrás. “¡Besar me pone increíblemente cachonda y excitada!”, exclamó, y Ria asintió, aunque en realidad no sabía qué significaba estar cachonda.

Los dedos de Sam jugaban con el borde de las bragas de Ria, a veces deslizándose por debajo sin querer y retrocediendo. Todavía no habían llegado; Ria se negaba rotundamente a quitarse las bragas. Sam quería ir más allá, sus dedos seguían jugando con el borde de sus bragas. “Me gustaría mucho masturbarme”, espetó con naturalidad. Ria negó con la cabeza horrorizada. Solo había aprendido lo que significaba la masturbación gracias a Sam; se masturbaba todas las noches hasta quedarse dormida, pero nunca hasta el orgasmo. Sam se masturbaba hasta el orgasmo todas las noches, a veces incluso dos veces, rió. Ria seguía siendo virgen y no tenía experiencia sexual, o casi ninguna. Sam ya no era virgen, y ya le había contado a Ria la triste historia una vez.

Su madrastra, solo unos años mayor que ella, irrumpió una noche mientras se masturbaba y arrastró a la desnuda Sam al dormitorio de sus padres. Arrojó a la niña sobre la cama matrimonial junto a su pa-

dre borracho. “Toma, puedes follarla, cerdo borracho, pero a mí no, ¡yo no follo con borrachas!” El padre parecía desconcertado. No estaba seguro de si su esposa hablaba en serio. Colocó a Sam en posición para tener sexo y esperó con su pene frente a la vagina de Sam. Pero la madrastra estaba furiosa; el tipo se estaba gastando todo su dinero en bebida. Agarró su pene y se lo metió en el agujero de Sam. “En realidad, fue mi madrastra”, susurró Sam con lágrimas en los ojos, “¡en realidad, ella fue quien me quitó la virginidad!” Ria escuchó horrorizada, recordando su única experiencia sexual. Sam solo había gritado brevemente; apenas había sentido que le quitaban la virginidad. Pero el padre ahora estaba completamente desequilibrado.

Su esposa observó con sentimientos encontrados cómo el idiota borracho follaba salvajemente a su propia hija. Tras lo que pareció una eternidad, la miró a los ojos con una expresión avergonzada y eyaculó en el ano de Sam. A partir de entonces, la folló todas las noches; la madrastra durmió en el sofá y solicitó el divorcio. Después de que su padre la follara y se durmiera, Sam se fue a su habitación; no quería masturbarse al lado del desgraciado.

Ria recordó su experiencia, la única. Su padre nunca bebía, pero ahora llegó a casa completamente borracho de la fiesta de la empresa. Muchas compañeras se habían acostado con él y querían un rapidito, pero él pensó en su esposa y se negó a más que unos cuantos toqueteos. Llegó a casa lleno de lujuria y alcohol barato, pero su esposa estaba profundamente dormida. Como siempre, se había masturbado en secreto antes de dormirse y se había tomado una pastilla para dormir. Irrumpió en la habitación de los niños y arrastró a la desnuda Ria tras él hasta la cama matrimonial. “¡Vamos, déjame follarte, por favor!” balbuceó, “¡solo una vez, por favor!” Finalmente, Ria asintió; había visto sexo en internet. Sí, quería follar con su padre; todavía estaba medio dormida y no pensaba en perder la virginidad ni, literalmente, en engañar a su madre a sus espaldas. “¡Sí, papi, ven a follarme!” “¡Sé cómo se hace!” murmuró adormilada. Abrió bien las piernas y el pene de su padre entró automáticamente en su abertura vaginal, pero no más allá. La miró con la vista borrosa e hizo algunos movimientos de empuje sin penetrarla. Su semen salió disparado caliente y rítmicamente hacia su abertura vaginal. Se quedó allí un rato, luego repitió lo mismo. Ria estaba ahora completamente despier-

ta. Sabía perfectamente que no la había penetrado. Bajó la mano, hacia su pene, queriendo corregirlo y empujarlo correctamente. Pero en el momento en que sus dedos agarraron su pene, él eyaculó. No tanto como la primera vez, pero ella pudo sentir el palpitar y pulsar en su pene con los dedos. Cayó de lado y se durmió en cuanto cayó. Ria miró a su madre. En su sueño, se había liberado a patadas, su vulva estaba abierta de par en par, sus dedos se contraían ocasionalmente sobre su clítoris duro y rígido. Ria nunca había visto a su madre desnuda; ahora estaba sentada en la cama matrimonial y observaba cómo los dedos, pequeños dedos autónomos como arañas, acariciaban ocasionalmente su clítoris. Debió de haber estado mirando un rato, porque ahora sentía la humedad helada dentro de su vagina. Cubrió a su padre y a su madre y se fue a su habitación a dormir. Su padre no recordaba nada de aquella noche. Nunca más se volvió a mencionar.

Sam se quitó las bragas con determinación después del beso francés que duró varios minutos. "¡Lo necesito ahora mismo!", dijo sonriendo. "Vamos, acuéstate aquí, ¡me gusta que me mires, cariño!". Ria vio por primera vez el coño desnudo y sin vello de Sam; reconoció la abertura profunda y oscura. Sam se acomodó, los ojos de Ria a solo centímetros de su coño. Sam se masturbó, primero lentamente, luego más rápido. Ria solo llevaba seis meses haciéndolo, cuando una tarde echó un vistazo rápido al dormitorio de sus padres y vio a su madre tumbada estirada, masturbándose durante unos 35 minutos. Ria miró directamente al agujero de su madre, metiendo repetidamente el dedo dentro para humedecerlo. Ria se tocó el clítoris de inmediato; estaba rígido y duro, igual que por la noche cuando se despertó empapada en sudor frío, con el corazón acelerado, y se tocó el clítoris caliente, palpitando y golpeando salvajemente. Gradualmente, hizo la conexión cuando vio a su madre frotándose el clítoris con una sonrisa dichosa en los labios. Su madre tembló por completo y continuó, frotándose el clítoris con el dedo cada vez con más intensidad. Se estremeció, toda la parte inferior de su cuerpo se agitaba y se contraía, y de repente terminó. Desde entonces, lo hacía varias veces cada noche, pero si se volvía demasiado intenso, se detenía de inmediato. Nunca había tenido un orgasmo. Desde entonces, Ria siempre va al dormitorio y mira por la rendija de la puerta. Su madre no la ve, aunque está desnuda en el umbral. La madre está completamente fuera de sí, mirándola fijamente durante 40 minutos, y en

realidad la atraviesa. Es invisible para la madre, como todo a su alrededor. Ria notó que su madre se masturbaba en largas oleadas, construyendo laboriosamente la oleada, un rápido staccato en la cima, y luego descendiendo un poco más lentamente. Rápidamente, introdujo su dedo con firmeza en su coño varias veces hasta que estuvo bien mojado, y luego lo empujó con fuerza hacia arriba. Cuando terminaba, siempre estaba en la parte alta de la última ola. La mayor parte del tiempo, introducía su dedo salvajemente en su coño durante todo el largo orgasmo. Ria observaba el orgasmo con asombro y fascinación; Sid dejó de frotarse el clítoris de inmediato porque no se atrevía a masturbarse hasta el orgasmo. Era hora de escabullirse discretamente, para guardar el secreto de su madre.

Sam ya se estaba frotando muy rápido. Ria quiso incorporarse, porque esta era precisamente la situación en la que siempre tenía que parar. Pero Sam continuó, su rostro contorsionándose gradualmente en una mueca. Enderezó la cabeza, miró fijamente a los ojos de Ria, como si la traspasara. Abrió la boca en un grito silencioso, su cuerpo se estremeció y se agitó durante unos segundos, luego se recostó relajada y jadeó en busca de aire. Le sonrió a Ria.

"¡Y ahora tú, mi querida!", ordenó. Ria negó con la cabeza mientras Sam le bajaba rápidamente las bragas. Se sentía extraña, tan completamente desnuda. Sam le separó las rodillas. "¡Oh, ya tienes un vello oscuro!", exclamó Sam. "Vamos, hazlo, yo acabo de hacerlo, ¡no te avergüences!". Pero fue inútil, Ria negó con la cabeza, ¡absolutamente no! Sam la besó, la acarició y la besó una y otra vez. Le tocó repetidamente el coño a Ria, le susurró dulces palabras al oído, conquistando el territorio milímetro a milímetro. Las defensas de Ria se derrumbaron; enterró su rostro ardiente en las axilas de Sam. Sus rodillas se separaron lentamente, con vacilación, y se llenó de vergüenza mientras los dedos de Sam le masturbaban hábilmente el clítoris. Besó el pecho de Sam, succionó su pezón, pues el fuego familiar ardía en su interior. Sam debería parar ahora, pero Sam no lo hizo; frotó cada vez más rápido. La boca de Ria se abrió lentamente en un grito silencioso, chispas volaron tras sus párpados, pequeñas estrellas estallaron y la parte inferior de su cuerpo se estremeció y se contrajo involuntariamente. Terminó tan rápido como había comenzado. Le dio a Sam un beso francés largo y profundo. Exhaló; estaba relajada.

— ¿Tu primera vez? — preguntó Sam, sorprendida, y Ria asintió con entusiasmo — . ¡Ya era hora, cariño! Durante un tiempo, Sam se masturbó, mientras Ria seguía dejándole que la masturbara y practicaban en casa por la noche. Después de semanas, ambos se masturbaban a sí mismos y el uno al otro. A Sam le encantaba, y ahora estaba sola con su padre; su suegra se había ido. Sam le había robado uno de sus dos grandes penes de goma, y Ria tenía que usarlo con ella mientras se masturbaba. Era un pene increíble, solo semierecto, pero Sam juraba que era mejor que el de verdad de su padre. Él bebía mucho otra vez, y le costaba mucho conseguir una erección. Sam rara vez lo mencionaba; simplemente era un cabrón.

Pasaron los meses y el nuevo año escolar trajo nuevos amigos. Sam estaba ansiosa por llevar a un chico a sus sesiones de amor. Ria sintió una punzada en el corazón, pero aceptó, curiosa y dispuesta. Sam examinó su vagina con mucho cuidado y dijo que su himen era solo una delgada media luna y que un pene cabría fácilmente dentro. Introdujo cuidadosamente el consolador en la vagina de Ria y lo empujó muy, muy profundo. La penetró lentamente, pero luego con mucha fuerza, y la llevó al orgasmo. Triunfalmente, dijo: “¡Ya estás desflorada al 95%, mi dulce niña!”. Ria estaba muy insegura. ¿Su padre ya la había desflorado?

Sam trajo a Luis. El chico era menor que ellas dos y no particularmente inteligente, algo tonto e inmaduro. Pero se desnudó al mismo tiempo que las chicas. Sam lo besó apasionadamente y con insistencia. Ria miró su pene, que se puso rígido lentamente. Sam lentamente le retrajo el prepucio sobre el glande, una y otra vez. Le preguntó a Ria si quería hacerlo, pero la cobarde negó con la cabeza. Sam continuó frotándolo muy lentamente, y de repente su semen salió disparado a chorros fuertes. Ria comprendió al instante cómo funcionaba un pene. Dejó que Luis mirara su coño muy de cerca, pero él no supo qué pensar. Sam lo masturbó por segunda vez y lo dejó eyacular. Luego lo despidió. Ella y Ria hablaron de Luis y su pene un rato más. Ahora Sam traía un chico nuevo casi todos los días y lo masturbaba. Ria tocaba los penes con mucho cuidado; poco a poco aprendió a masturbar a los chicos, ¡lo cual era muy excitante!

Cada vez con más frecuencia, los chicos querían follar. Ria negó con la cabeza; no quería. Sam le dijo que se arrodillara detrás de él y le metiera la polla. Ella agarró la polla de Sam y la metió bien adentro. Se quedó arrodillada y observó el acto desde atrás. Era muy excitante; ella estaba mucho más excitada que Sam. Ninguno de ellos la excitaba tanto como Ria después de que él se corriera con el consolador.

Sam dejó que todos se acostaran con él, y algunos incluso lo hicieron una segunda vez. Ria seguía preguntándose si estaba lista. Sam dijo: "¡Absolutamente!", pero a Ria le tomó algunas semanas más antes de que finalmente lo hiciera. Luego fue Jorge, un joven estudiante de intercambio de España, quien lo hizo. Sam se arrodilló detrás de él, el corazón de Ria latía con fuerza en su pecho, y Sam guió el pequeño pene de Jorge hacia la vagina de Ria. Ella no sintió ningún pinchazo, ninguna desfloración, absolutamente nada. Jorge la penetró durante unos minutos y se retiró al eyacular. Sam examinó su himen más tarde, pero había desaparecido por completo.

Ria suspiró aliviada. Ahora era una de las adultas. De ahora en adelante todo sería fácil; ella y Sam se turnaban para follar con los chicos. Solo un par de veces dos chicos se corrieron a la vez, pero aun así cambiaban de pareja durante la segunda ronda.

Ria sabía que sus padres tenían relaciones sexuales todos los domingos por la mañana, y por supuesto también durante la semana, pero los domingos era simplemente más intenso, más frecuente y con mayor placer. Un domingo, se escabulló a casa de su padre al amanecer; su madre aún dormía. Lo despertó cuando él se despertó. Él se quedó terriblemente confundido cuando ella le susurró que la había desflorado hacía un año. Ella se acostó debajo de él, y él tuvo que tener relaciones sexuales con ella. Una, dos veces. Su madre se despertó y no se sorprendió particularmente. Observó y se giró para masturbarse. Él tuvo que tener relaciones sexuales con Ria una tercera y una cuarta vez, y su madre ya no apartó la mirada; no le importaba si los dos los estaban mirando. Le preguntó a Ria: "¿Por qué?", y Ria le contó todo, cómo la había desflorado cuando estaban borrachos. Se levantó y se fue, girándose una vez más en el umbral.

“¡Ahora estamos a mano!”

• • •

Ataque en el monasterio

by Jack Faber © 2024

El dedo de la hermana Amy se deslizó suavemente sobre su clítoris. Pit dormía a su lado con la boca abierta. Dejó volar su imaginación, recordando todo con asombrosa precisión.

Amy, de ocho años, se metió en la cama con su padre. Él, el duque de d'Alembert, estaba jugando con su pene otra vez, y Amy lo agarró, como siempre. Ya había aprendido a frotar su pene y finalmente dejar que eyaculara en su boca. A él le encantaba que la pequeña atendiera su erección matutina con tanta devoción; ella, a su vez, sabía cuántos elogios y aprecio leía en sus ojos. Su esposa, una joven campesina regordeta, yacía a su lado con las piernas bien abiertas. Como siempre, masticaba sus semillas de amapola obsesivamente; como siempre, estaba completamente absorta en sus pensamientos, masturbándose lenta y reverentemente. Ya no era consciente de lo que sucedía a su alrededor. Su padre dijo: "¡Vamos, quiero follarme a mamá!". Amy sabía que no era su verdadera madre; su madre estaba en el cielo.

Amy se tumbó entre los muslos de su madre, dándole una vista directa del coño de la chica de la granja. Ya lo había visto muchas veces: su padre venía con su pene y lo introducía lentamente en su coño. Amy observaba cómo su pene entraba y salía de su coño. Su padre se reía, mientras la chica de la granja simplemente seguía masturbándose, aparentemente ajena a que la estaban follando. Amy susurró: «Papá, ¿vas a correrte?», pero él gruñó: «¡Todavía no, pequeña diablilla!». Amy siguió mirando las embestidas y el coño, que se ensanchaba al entrar y se contraía al retirarse. La chica de la granja, cuyo gran vientre de embarazada temblaba ligeramente con cada embestida, empezó a temblar violentamente por todo el cuerpo involuntariamente. Su padre susurró: «¡Ahora, Amy, ahora tengo que correrme!». Ella ya lo sabía; él se estaba esforzando mucho. Podía verlo en su pene, cómo se contraía y disparaba su semen dentro de la chica. Tuvo que hacerlo una docena de veces antes de terminar y tumbarse de lado. Ahora era el turno de Amy. Se tumbó boca arriba contra su

pecho y abrió las piernas frente a su cara para que pudiera verlo todo de cerca. Se masturbó mucho más rápido que la hija embarazada del granjero que estaba a su lado, terminó mucho antes y rodeó el cuello de su padre con los pies. Luego vinieron los fuertes temblores y espasmos, y entonces terminó. Su padre le dio un beso ruidoso en la vulva, y Amy sonrió de oreja a oreja. Fue mucho más rápida que la otra, que se masturbó durante más de una hora antes de terminar también.

La chica de la granja había muerto en el parto, igual que el niño. Amy estaba un poco triste, pero solo porque su padre también lo estaba. Por la mañana, volvió a meterse en la cama con él. Estaba muy triste porque no tenía con quién dormir y porque su pene estaba muy hinchado, ya que llevaba tres días sin tener relaciones sexuales. ¡Pobre padre! Amy lo abrazó para consolarlo. Le susurró al oído que, mientras no tuviera con quién dormir, ¡podía dormir con ella! Aún no era una mujer de verdad, susurró, pero había visto cómo funcionaba el sexo mil veces. Y no quería que estuviera tan triste. El padre pensó durante un buen rato. «Duele un poco la primera vez, ¡pero solo la primera vez!», protestó. «¿Como la mordedura de un perro o la picadura de una abeja?», preguntó la niña, que solo conocía esas. «Como la picadura de una abeja», dijo, «o ni siquiera eso». Amy se tumbó en la posición de perra. “¡Entonces fóllame, papi!”, susurró emocionada, con los ojos bien abiertos. “Ni siquiera dolió tanto como una picadura de abeja”, dijo mientras él la follaba. “¡Qué bien me hace cosquillas cuando te corres dentro, papi!”, sonrió. “No dolió mucho”, repitió, y él la folló todas las mañanas hasta que cumplió 18 años.

Cumplió dieciocho años y tenía muchos admiradores a quienes dejaba eyacular en su boca, pues esa era la costumbre en estas tierras si una era una virgen pura, santa e inmaculada como Amy. A algunos admiradores se les permitía follarla por el culo; ella se cubría la vagina con la mano protectoramente. Entonces llegaron los gascones y saquearon el castillo porque el duque estaba ausente. El marqués de Vallons no se conformó con el sexo anal; folló a Amy como solo su padre lo había hecho antes. Así fue como Amy quedó embarazada cuando su padre regresó a casa. Maldijo a los gascones, pero tuvo que enviar a Amy a un convento. Le dio una dote sustancial para que

ella y el niño tuvieran una celda bonita y grande y buena comida todos los días. También pagaba una buena suma cada año para que su hija y su nieto estuvieran bien cuidados.

Que los gascones asaltaran el convento cada año y violaran a todas las monjas parecía un acto divino. El pequeño Pit, como llamaban al hijo de la hermana Amy, que se había abalanzado sobre el gascón armado, fue arrojado a los brazos de la hermana Amy. «No me hará daño, mi pequeño», susurró ella, acariciándole la cabeza, «solo quiere follarme, ¡y eso no duele!». El pequeño Pit asintió y se quedó sentado a su lado en la cama mientras ella se quitaba el hábito y el gascón la violaba con fuerza. Dos más vinieron después; Pit observaba con curiosidad, y la violación parecía complacer tanto a los gascones como a la madre.

Cuando estuvieron solos esa noche, y él esperó pacientemente hasta que ella se masturbó lo suficiente, exclamando repetidamente en voz baja: "¡Oh, mi Jesús!" o "¡Oh, mi Dios!", le preguntó sobre acostarse con los gascones. Pero mamá sonrió y dijo: "Solo cuando seas tan viejo como los gascones, solo entonces podrás acostarte con ellos. Hasta entonces, puedes seguir eyaculando en mi boca, como siempre, ¿no te parece bien?". Sin embargo, había heredado su terquedad del duque, su padre biológico, y rogó hasta que la hermana Amy le permitió meterle el pene en el agujero. Estaba emocionado, pero después de unos minutos ella lo detuvo, y él se quedó de pie frente a ella con las piernas bien abiertas y eyaculó en su boca. Se le había permitido hacerlo desde el principio; ella frotó su pene contra sus labios y finalmente le permitió eyacular en su boca, lamiendo y chupando su pene hasta que terminó. Cuando ella se masturbaba suavemente y con concentración, él la penetraba regularmente con su pequeño pene y eyaculaba dentro de ella. Por lo general, él podía follarla y eyacular dentro de ella tres o cuatro veces hasta que ella gritaba pidiendo a Jesús y venía con un tembloroso "¡Oh, Dios mío!". Ella decía que no estaba bien que él la follara y eyaculara dentro de ella mientras ella se masturbaba, pero él continuó haciéndolo durante años hasta que finalmente ella le prohibió que lo hiciera.

Cada año se regocijaba cuando los gascones invadían el monasterio como una plaga de langostas. Pit, excitado, iba de celda en celda,

inclinándose para observar bien la escena. Los gascones no hacían distinción entre la novicia de quince años y la Madre Superiora de ochenta; se acostaban con todos antes de marcharse a caballo, rugiendo y gritando. Solo se llevaban vino y comida; ya habían robado todo lo demás.

Pit se quedó con su madre hasta que los tres o cuatro gascones terminaron de follarla. Luego vagó de celda en celda y se atrevió a follar a las hermanas que yacían exhaustas en sus camas, recuperándose del acto. Pit pronto descubrió que después de tres o cuatro orgasmos ya no podía eyacular, pero siempre podía seguir follando. Desafortunadamente, ese era el único día del año en que venían los gascones y a Pit se le permitía follar tan a menudo. Solo cuando su madre iba a casa de su padre por una o dos noches, para que pudiera follar como es debido, dormía con otras hermanas. Ellas actuaban muy avergonzadas y clamaban a Jesús a gritos, pero solo fingían, para aparentar, y dejaban que el chico las follara sin quejarse: ¡era una cuestión de honor!

Pit yacía junto a Amy, una mujer hermosa de unos treinta años, sobre todo comparada con sus hermanas. Era, sencillamente, la más bella de todas. Sus dedos descansaban sobre su vulva, como siempre hacía cuando se masturbaba por la noche. Ella susurró sobre haber tenido sexo con su padre; él fue su primer y más importante hombre. Rara vez hablaba de los gascones; al parecer, eran un mal necesario en su vida. Venían una vez al año para tener sexo; no querían nada más de ella. Todavía podía sentir los efectos de haber sido follada durante unos días, pero después de un tiempo, había perdido todo significado para ella.

Durante días después del ataque de Gascon, Pit habló de las novicias y monjas con las que se había acostado. Amy sonrió con indulgencia cuando él se jactó de haberse acostado con todas las monjas excepto la Madre Superiora, quien lo miró con su mirada penetrante, y él retrocedió. Pero las novicias, lloraban cuando las acostaba, sin embargo, lo abrazaban tímidamente y con ternura cuando él se acostaba con las jóvenes, presionándolo contra sus nalgas para que pudiera eyacular profundamente dentro. Sonreían tímidamente y con reserva cuando él se marchaba. Claramente estaban contentas de es-

tar siendo folladas no solo por los viejos guerreros, sino también por un chico mucho más joven que ellas.

Durante semanas, Pit había estado rogando por follar a Amy, follarla como es debido, como los gascones. Pero ella no se lo permitió durante mucho tiempo. Sí, le había permitido follarla un par de veces cuando era pequeño. Pero ella no le había dejado correrse dentro de ella; a veces le tomaba el pene con la boca, lo lamía y lo chupaba, y le dejaba correrse dentro de ella. ¿Ya no le gustaba? Pit lo pensó durante mucho tiempo. Siempre iba primero a las novicias, porque aún podía correrse al principio, y correrse en el agujero de una novicia era mucho más excitante y placentero que correrse en el de una monja mayor. Pensó que correrse en el agujero de Amy podría ser igual de placentero que con las novicias. Aun así, pasaron semanas antes de que ella finalmente cediera.

Amy terminó de masturbarse y lo atrajo hacia ella. "¡Vamos, fóllame, mi grandullón!" susurró. Él la penetró con cuidado. "¡Estás incluso más apretada que las novatas!", exclamó asombrado. "Sí, papá también dice eso siempre. Le preocupaba que su gran polla me estirara demasiado la primera vez que me folló. Solo tenía nueve años, pero mi coño no se estiró; se volvió a apretar mucho después de follar. Creo que le gusta mucho, pero aún no se lo he preguntado". La estaba follando demasiado rápido, dijo ella. "¡Ve más despacio, así yo también lo disfrutaré!". ¿Qué quería decir con disfrutarlo más? "Papá me folla despacio y con deliberación; me da tiempo para correr y solo eyacula después. ¡No solo es mi primer hombre, sino también mi padrino!". Pit decidió firmemente follarla tan bien como papá.

Preguntó por centésima vez si Padre también era su padre, no solo el suyo. — Sí — suspiró Amy — , así es. Es muy extraño, no eres solo mi hijo, sino también mi hermano. Lo he pensado mucho, y Dios, si existe, ¡debe haber tenido una razón para ello! Pit no respondió, porque ya no creía que Dios existiera de verdad. Ya había leído toda la biblioteca, todos los manuscritos y todos los libros nuevos. Había libros donde personas inteligentes reflexionaban sobre la existencia de Dios, y muchos lo dudaban. También había encontrado algunos libros «obscenos», con muchas imágenes imaginativas de sexo o historias muy sucias sobre cómo hombres y mujeres engañaban a sus pa-

rejas con otros. Pit nunca había salido del convento, pero ya sabía bastante sobre el caos que reinaba allí fuera.

A veces, Pit se acercaba sigilosamente a alguna novicia para tener relaciones sexuales con ella. Siempre era toda una aventura llegar hasta una sin ser visto. Tenía que usar todo su poder de persuasión, porque solo las novicias que estaban allí contra su voluntad accedían. Las demás, que querían convertirse en Santas Novias, solo se dejaban seducir durante una incursión gascona, e incluso entonces, muy a regañadientes. No podían resistirse; al fin y al cabo, era una incursión.

Amy notó, por supuesto, cuánto esfuerzo ponía él en el sexo. Cada vez más a menudo susurraba: "¡Dios mío, sí! ¡Sí! ¡Sí!" o "¡Jesucristo!", pero también: "¡Sí, así mismo, cariño!". Le encantaba hacer esas exclamaciones durante el sexo, menos para Pit que para ella misma. Después de seis meses, Pit logró la hazaña de darle un orgasmo hermoso y suave antes de eyacular dentro de ella. A menudo, yacían abrazados después del sexo, y ella le contaba sobre cada encuentro sexual que había tenido. Realmente le encantaba hablar de su vida sexual y de su masturbación adictiva; jugaba casualmente con su clítoris mientras hablaba, solo guardaba silencio brevemente cuando su cuerpo tembloroso explotaba suave y silenciosamente.

Pit acariciaba su clítoris con las yemas de los dedos mientras ella se masturbaba, porque así lo había aprendido de ella, simplemente con el tacto. Explicó que podía dividir a las novicias en dos grupos. Las involuntarias, que estaban felices de ser folladas porque querían quedar embarazadas; luego las enviaban a casa y escapaban de la vida no amada del convento. Amy le dio un pequeño cabezazo, diciendo que eso no estaba bien en absoluto. A partir de entonces, les dio a las chicas embarazadas unas monedas de oro. Dijo que el segundo grupo también era muy interesante, las novias de Cristo. Inicialmente se negaron a ser folladas directamente. Pero la mayoría de ellas sintieron curiosidad porque él afirmaba que podía masturbarlas hasta el mejor orgasmo de sus vidas. Más de la mitad querían saber. Él masturbaba a las chicas hasta el orgasmo; lo había aprendido de Amy, sonrió. Y todas le permitían follarlas en el momento del orgasmo, todas y cada una sin excepción. Solo tenía que captar el momen-

to exacto en que se precipitaban hacia el orgasmo. Ahora podía montarla; Ella, con avidez, se metió su polla en la vagina y, con la conciencia intranquila pero sonriendo ampliamente, se dejó follar como es debido.

Las monjas mayores eran presa fácil, dijo; era un cambio bienvenido de la vida monástica y sin alegría, un respiro de la masturbación solitaria nocturna. Solo las hermanas jóvenes no estaban disponibles; habían hecho sus votos recientemente, y eso tenía peso. Incluso aquellas que se masturbaban como adictas no se dejaban penetrar, ni siquiera en el orgasmo más intenso, aunque sí se dejaban masturbar, lo cual era una pequeña victoria cada vez. Amy le preguntó a su hijo de 15 años con qué hermana nunca se había acostado. Él pensó durante un buen rato: la Madre Superiora y otras tres mujeres muy mayores, dijo. Ella le acarició el cabello a su hijo. "¡Eres un seductor terrible!"

Para cuando los gascones volvieron, ya se había corrido la voz de lo buena que era la hermana Amy en la cama. ¡Vinieron en masa! Amy tuvo que parar después del duodécimo; había tenido docenas de orgasmos y su coño estaba en carne viva y sangrando. Los salvajes lo entendieron. Amy no pudo follar durante una semana; solo volvió a masturbarse después de varios días. No se preocupaba por Pit; él vagaba desnudo de novicia en novicia por la noche, follando todo el tiempo que quería.

Leía aún más libros, tanto serios como subidos de tono. Había folletos, panfletos y periódicos políticos. Esto amplió sus horizontes, y Amy estaba realmente asombrada de lo bien que comprendía el funcionamiento de la sociedad y de los poderosos. Ella sabía bastante porque visitaba a su padre, el duque, todos los meses y aprendía mucho allí. Le alegraba poder hablar con su hijo sobre el mundo exterior. Lo pensó durante mucho tiempo y decidió regresar con su padre. Pit necesitaba profesores competentes, y no había ninguno en el convento. Pit estaba muy emocionado, como es de imaginar.

Los tres dormían en la cama del duque. El duque se acercaba a los sesenta y su virilidad menguaba gradualmente. Tener relaciones sexuales dos veces por semana era más que suficiente para él. Le resul-

taba algo gracioso que su nieto, a los dieciséis, estuviera cerca de su plenitud sexual; él también había estado así alguna vez. Pit tenía relaciones sexuales con Amy cuatro o cinco veces cada noche. Era un arreglo muy bueno para los tres. Pit recibió a los mejores maestros que el duque pudo encontrar. Aprendía como una esponja, absorbiendo el conocimiento como agua.

La vieja Agnes traía cada mañana una bandeja con vino, agua y fruta. Caminaba muy despacio, más despacio de lo necesario. Pero observaba cuando Amy acariciaba la erección matutina del caballero con la punta de la lengua, o cuando el apuesto joven tenía relaciones sexuales con la duquesa. A la vieja Agnes le costaba apartar la vista. Cerró la puerta y se sentó bajo la escalera, donde nadie podía verla. Con una mano bajo la falda, apoyó la cabeza contra el travesaño de la escalera. Tuvo un orgasmo tras otro hasta que las imágenes se desvanecieron.

Unas semanas después, Agnes encontró algo mejor. Fue al establo y dejó que el mozo de cuadra la follara. La vieja Agnes no había tenido una polla joven y fuerte en mucho tiempo. El mozo de cuadra la hizo recostarse sobre el semental y la folló alternativamente por el culo o por la vagina. El semental, por supuesto, entendió que los humanos estaban follando y dejó que su pene creciera. La vieja Agnes señaló la enorme polla y el mozo de cuadra se rió con malicia. La hizo inclinarse hacia adelante y agarrar la polla del semental con ambas manos, luego continuó follando a la anciana. “Tengo miedo de tocarlo”, dijo Agnes entre lágrimas, pues le tenía miedo a los animales grandes. “¡Agárralo como un hombre y luego hazlo como un hombre!”, dijo el mozo de cuadra, “¡tienes que agarrarlo bien fuerte con ambas manos y frotarlo hasta abajo, como un hombre!”. Apretó las nalgas de Agnes y la folló con los ojos brillantes. Ella superó su miedo, frotó su polla con ambas manos y tuvo que esforzarse mucho hasta que finalmente se estremeció y eyaculó. Pasó mucho tiempo, y el semental eyaculó a los pies de Agnes. Ella comprendió de inmediato lo que el mozo de cuadra quería que hiciera; a partir de entonces, frotó su gran pene con ambas manos y dejó que eyaculara en la paja. El mozo de cuadra cumplió su parte del trato y folló a Agnes hasta que ella gritó: «¡Jesús, Jesús, María!» y se estremeció hasta caer de rodi-

llas. Agnes se persignó tres veces y salió del establo con la cabeza gacha.

Dos años pasaron volando. Amy a veces dejaba que su padre la follara por las mañanas, y por las noches su hijo de 19 años, que era un maestro del sexo y siempre esperaba a eyacular hasta que ella hubiera alcanzado el orgasmo y se hubiera calmado, la follaba tres o cuatro veces. Pit se giró como si le hubiera picado una tarántula cuando la daga asesina rebotó en su omóplato y se alojó en el hombro de Amy. ¡Su primer pensamiento fue que ella no moriría por esa puñalada, por profunda que fuera! El odiado marqués de Vallons soltó la daga y clavó su espada en el corazón del duque. Pit vio a dos guardias del palacio heridos caer por la puerta, y a dos de los secuaces del marqués luchar desesperadamente contra los guardias que avanzaban. Pit miró fijamente el rostro triunfante del asesino. Se le había grabado a fuego en la memoria. Pit agarró instintivamente su camisa y sus pantalones antes de tomar la única vía de escape y saltar por la ventana que se hacía añicos, cayendo sobre la nieve fresca.

¡Él perseguiría, perseguiría y mataría al asesino!

• • •

Pequeño guerrero

by Jack Faber © 2024

Aya se quedó sin palabras por un momento. Era la nodriza de Pan; lo había amamantado desde su nacimiento, y él siempre había dormido en su cama. No era una cama en el sentido moderno, por supuesto, sino una cama improvisada en su choza, construida a la altura de la cintura con tierra a ambos lados y cubierta con un techo robusto y denso de ramitas y hojas grandes. Era una cálida noche de primavera; se había masturbado durante quizás una hora, como todas las noches desde la infancia, y estaba cansada, deseando solo dormir. Pan se había sentado a sus pies, como siempre, observándola atentamente mientras se masturbaba, y permanecía completamente quieto, pues el pequeño sabía que no debía molestar a Aya mientras se masturbaba. Ahora que había terminado, él se acurrucó contra su cuerpo desnudo, la abrazó y continuó succionando su pezón hasta que su respiración se calmó, pues a ella le encantaba succionar los pezones, incluso durante el orgasmo.

Aya se quedó sin palabras, porque el niño le había dicho, como ya lo había hecho varias veces, que sus amigos se acostaban con sus nodrizas, que se acostaban con ellas como mujeres adultas se dejaban acostar por hombres adultos. Él también lo quería ahora, exigió su pequeño protegido. No, no quería que simplemente le chupara el pene como antes y luego se lo frotara hasta que se corriera. Ella le sugirió que se corriera de verdad en su boca, y él aceptó. Se corrió con todas sus fuerzas en su garganta, y ella le chupó y lamió el pene hasta que se ablandó un poco. Su pene nunca se encogía; siempre permanecía al menos medio erecto. Le gustó esto durante unos meses, tres o cuatro veces al día, tal vez medio año. Luego volvió a sacar el tema de follar. ¡Ya tenía edad suficiente para follarse a su nodriza como los demás chicos! Aya no había tenido sexo desde su juventud, e incluso entonces solo había conseguido, por increíble suerte, acostarse con un anciano que la desfloró y luego se acostó con ella un poco.

Era anciano y su acto sexual era muy laborioso; apenas lograba una erección parcial. La desfloró con un dedo, pero Aya casi no sintió

nada. Finalmente, dirigió su erección parcial hacia su vagina y la introdujo con dificultad. Permaneció sentado y la penetró lenta y reverentemente, siendo él mismo un marginado al que solo se le permitía tener relaciones sexuales con una mujer ocasionalmente. Le llevó mucho tiempo, y le preguntó a Amy si no quería masturbarse. Ella solo se había masturbado con las otras chicas en la casa de las chicas; no estaba segura de si le estaba permitido masturbarse en presencia del anciano.

Pero la había excitado enormemente la forma en que el anciano se quitó los harapos, se lamió los labios y se retrajo el prepucio varias veces. "¿Te gusta que te folle, mujercita?", preguntó con avidez. "¡Entonces tienes que decirlo, esa es la regla!". Dios mío, Amy no tenía ni idea de las reglas; solo había visto sexo desde lejos, un par de veces, a escondidas. Se recompuso. "Bueno, entonces fóllame ahora mismo, viejo padre, ¡por favor!", susurró, y él asintió. "Nunca lo has hecho antes, ¿verdad?", preguntó, respondiéndose a sí mismo. "Estoy casi ciego y solo puedo verte vagamente", explicó. "Solo me dejaron vivir porque solía ser un gran guerrero".

Aya se tumbó muy cerca de él, se quitó la falda de hierba y le puso la mano en la cadera. "¡Por favor, fóllame, gran guerrero!", susurró, porque sabía que las chicas como ella nunca habían sido folladas ni una sola vez en su vida. Y así sucedió: se masturbó tímidamente y en secreto, y él tuvo que balancearse de un lado a otro sobre las puntas de los pies durante un buen rato, mientras su considerable pene semierecto entraba y salía de su coño. Esto la excitó enormemente, y se masturbó una tercera y una cuarta vez. Hacía rato que había terminado de masturbarse cuando él todavía la estaba follando con su pene semierecto. Dejó de balancearse, su pene se contrajo unas cuantas veces y se corrió dentro de ella. Todo aquello no había durado ni tres horas.

Se marchó inmediatamente y jamás miró atrás, y él fue su primer y único amante. Provenía de la casta más baja del reino femenino; se habría convertido en una simple campesina si no le hubieran crecido unos pechos excepcionalmente grandes tras aquel extraño encuentro, pechos que además producían leche. Una de las mujeres mayores la descubrió e inmediatamente la convirtió en nodriza. Tuvo muchí-

sima suerte; las nodrizas eran muy respetadas, y le dieron su propia cabaña, solo para ella y su bebé. Amamantar era su única tarea.

Las cabañas de las nodrizas estaban muy juntas, y cada día cinco o seis de ellas se reunían para la masturbación comunitaria. Solían durar dos o tres horas hasta que todas quedaban satisfechas. Aya había pasado su infancia y adolescencia en el hogar de niñas; había aprendido rápidamente a masturbar a las demás y a llevarlas al orgasmo mediante sexo oral. Por supuesto, seguía masturbándose todas las noches hasta que se le cerraban los ojos. Ahora, en el círculo de las nodrizas, era una gran ventaja conocer todas las técnicas y trucos de la masturbación y la estimulación del clítoris. Disfrutaba enormemente de estas placenteras sesiones de masturbación siempre que tenía tiempo.

Cada pocos meses tenía un nuevo bebé al que amamantar, casi todas niñas. Solo una le dio un niño. Él era el padre, dijo el orgulloso guerrero, el Primer Guerrero, y eso era inusual, pues normalmente ni el padre ni la madre eran conocidos; así era en el reino de las mujeres. Se pusieron en cuclillas uno frente al otro, e inmediatamente ella colocó al pequeño Pan en su pecho, donde bebió con avidez. El Primer Guerrero se alegró mucho de que el bebé aceptara su pecho y su leche. Luego le dijo que lo amamantara; volvería. Después se marchó.

El Primer Guerrero venía cada pocos meses a ver a su hijo. A veces ella descansaba en su cama, masturbándose durante una o dos horas, y el maestro esperaba pacientemente hasta que terminara. Le preguntó si se masturbaba a menudo. Ella asintió, todos los días, al menos una vez. Parecía conocerla bien y una vez le preguntó si alguna vez había tenido relaciones sexuales, una pregunta perfectamente legítima en aquel entonces. Ella separó sus labios vaginales con los dedos y le mostró su vulva abierta. Le contó con detalle cómo el anciano ciego había tenido relaciones sexuales con ella. El Primer Guerrero escuchó atentamente y le pidió que retuviera a Pan un poco más, tal vez hasta que le permitieran convertirse en guerrero a los doce años. Aya asintió, algo intimidada. “¡Con mucho gusto, mi señor!”. Después de todo, ella sabía cómo hablar con gente importante. “¿Quieres que te envíe un hombre para que tengas relaciones sexua-

les?”, preguntó casualmente, pero ella negó con la cabeza. No había suficiente espacio en la cabaña, dijo, aunque le gustaría mucho tener relaciones sexuales con un hombre. Estaba completamente sordo de ese oído, notó Aya con decepción.

Y ahora Aya se quedó sin palabras. ¿Por qué ya no se conformaba con solo chupar y frotar? Ella no había hecho nada malo. Lo acercó y le preguntó qué sabía sobre follar. Él sabía poco o nada, por supuesto. Ella le explicó cómo follar correctamente. Él asintió; sí, eso era exactamente lo que quería. Ella se colocó y lo puso encima de ella. “Te voy a enseñar todo, no tengas miedo”, dijo, y guió su pequeño pene dentro de ella. Él se corrió inmediatamente. “Pero yo ni siquiera he follado todavía”, dijo Pan con lágrimas en los ojos. “Lo dejaremos dentro, y podrás follarme cuando esté completamente erecto de nuevo, ¿de acuerdo?” Pan asintió.

Minutos después, empezó a follarla; lo había hecho muy bien desde el principio. Ella tenía sueño, pero lo dejó. Él se incorporó un poco y luego se corrió a chorros. Dejó su pene dentro de ella. Unos minutos más tarde, la folló de nuevo y se corrió otra vez, un poco menos. Lo repitió unas cuantas veces más, pero ya no pudo correrse más. Aya lo tomó en sus brazos. “Vamos a dormir; continuaremos mañana”.

Ella estaba amamantando cuando Pan despertó. Él aún no estaba del todo despierto, pero quería follar a Aya. Por supuesto, ella no lo detuvo, su cara justo frente a las nalgas del bebé lactante. “Es una niña, ¿no?” preguntó Pan. “¡Solo se ve un poco diferente a ti ahí abajo!” Aya asintió. “Sí, por supuesto, todavía es un bebé y yo soy una mujer adulta de 24 años.” Él asintió, un poco confundido. “¿Puedo follar al bebé también?” preguntó seriamente, y Aya sonrió. “No, las niñas no pueden follar hasta que tienen 12 años y los Sabios Viejos las han desflorado en la hoguera.” Separó los labios de la bebé. “Mira, todavía es virgen, el himen sella su abertura. Los Sabios Viejos rompen el himen con sus penes, entonces se convierten en mujeres y se les permite pedirle a un hombre que las folle. ¿No recuerdas? ¡Vimos eso en la última hoguera!” Pero Pan negó con la cabeza; Él no lo recordaba.

Aya dejaba que Pan la follara tan a menudo como quisiera y mientras pudiera eyacular, luego tenía que parar hasta el día siguiente. Aya le preguntó a uno de los oficiales si lo estaba haciendo bien. El oficial era muy altivo y arrogante. “Déjalo practicar, no puede estar mal. ¡Quizás se convierta en un buen semental muy solicitado!”. Aya se fue y le preguntó a una chica qué era un semental. “El semental que monta a la yegua, la folla y la hace tener un potrillo”. Aya debió de quedar atónita, porque la chica le gritó que un potrillo era la cría de una yegua. Eso completó la imagen. Aya dejaba que Pan la follara muy a menudo, incluso cuando la despertaba por la noche. Pero él tenía que convertirse sí o sí en un buen semental.

Su padre, el Primer Guerrero, visitó a su hijo. Había traído una cesta de fruta y buenos cortes de carne. Se pusieron en cuclillas uno frente al otro de nuevo, Aya separó las rodillas para mostrarle su coño y su vulva. Le dijo que Pan ya la había follado muy bien y mucho, y que esperaba que se convirtiera en un buen semental. El Primer Guerrero dijo que tenía una vulva muy hermosa y que era bueno que Pan hubiera aprendido a follar bien. Pero sería entrenado como guerrero a los 12 años, tan pronto; él y la madre de Pan lo habían decidido. Aya no dijo nada; simplemente le pareció asombroso que Pan tuviera no solo un padre, sino también una madre. Eso no estaba de acuerdo con las reglas, pero se mantuvo callada. Eso le pareció más sensato que hacer preguntas estúpidas. “Tienes una vulva muy hermosa y apetitosa”, dijo él, sonriendo amablemente. “¡Cuando vuelva, puedes pedirme que te folle!” El corazón de Aya latió con fuerza en su pecho, luego asintió.

Pan no conocía a otra madre que a ella. Estaba muy triste; en unos meses comenzaría su entrenamiento y tendría que dejarla. La abrazaba más a menudo de lo habitual, se aferraba a ella con fuerza durante el sexo y a veces lloraba después de eyacular. El Primer Guerrero había llegado y ella le había rogado ansiosamente que tuviera sexo con ella. Él la folló mucho más brutal y poderosamente que Pan; ella tuvo un orgasmo muy, muy fuerte y se quedó completamente en silencio mientras el hombre fuerte continuaba follándola y eyaculando. Sintió que por primera vez la habían follado como es debido. Él volvió a venir cada pocas semanas; Pan permaneció completamente en silencio mientras los adultos tenían sexo. Aya le dijo después que ese

era su padre, el jefe de los guerreros del reino de las mujeres. Los ojos de Pan se abrieron de par en par, pero no dijo nada.

Pan había sido llevado para ser entrenado por dos guerreros armados. Aya iba a la plaza grande cada dos noches. Allí aprendía mucho sobre su gente, y cada vez los hombres mayores la acosaban. Iba con ellos detrás de una cabaña para tener sexo, porque todos querían acostarse con la joven de pechos enormes. Siempre iba detrás de las cabañas; no quería tener sexo delante de todos, al menos no todavía. El noventa y nueve por ciento de la gente eran mujeres y niñas; no había hombres jóvenes, solo chicos jóvenes o adolescentes, pero ella no tenía sexo con ellos, al menos no todavía. Y había hombres mayores que sí tenían sexo con ella. Pero ella no venía aquí por el sexo, al menos no todavía. Venía a ver a los jóvenes guerreros teniendo sexo alrededor de la fogata. El padre de Pan siempre estaba entre ellos. Había tres docenas de guerreros teniendo sexo con una mujer o niña tras otra, y también había algunos hombres encadenados. Después del sexo público, un narrador actuaba, uno diferente cada noche. Aya aprendió muchísimo sobre su gente.

Su pueblo, el reino de las mujeres, estaba formado por este pequeño pueblo y algunos asentamientos. Había casi 2500 mujeres y niñas, y quizás 200 niños y ancianos. Luego estaba la casta guerrera, unos 50 guerreros y unas pocas docenas de prisioneros; ambos grupos servían únicamente para la reproducción. Solo los guerreros y los prisioneros tenían permitido tener relaciones sexuales, y solo en público alrededor de la fogata; esa era la regla. Ella sabía que algunos no la respetaban estrictamente, porque el padre de Pan había tenido relaciones sexuales con ella docenas de veces en su cabaña, y el único testigo público era Pan, que observaba en silencio.

Si un guerrero o prisionero quedaba paralizado, una tropa de amazonas lo sacaba de la ciudad, lo decapitaba y lo dejaba para que los cuervos lo mataran. Solo había unas pocas excepciones, cuando la reina perdonaba a alguien; estos eran los ancianos que tenían relaciones sexuales con Aya detrás de las chozas. Si ella no quería perderse lo que sucedía alrededor de la fogata, se sentaba en el regazo de un hombre y le permitía tener relaciones sexuales con ella. Un número sorprendentemente grande de personas sentadas alrededor de la

fogata observando a los guerreros tener relaciones sexuales hacía esto. Muchas muchachas y algunas mujeres simplemente se quitaban los harapos y se masturbaban en medio de la multitud si el sexo de los guerreros las excitaba. La fogata siempre era un festín sexual, y las mujeres se relajaban sin inhibiciones. Muchas tenían relaciones sexuales abiertamente con los muchachos y los jóvenes; a nadie le importaba. Al contrario, a algunos de los compañeros sexuales se les animaba con gritos y burlas.

Una vez al año se celebraba un festival especial, que algunos llamaban la Fiesta de las Vírgenes. Cada año, cien o más niñas cumplían doce años. Se reunían desnudas alrededor de la hoguera, y los Sabios Ancianos, que a menudo no eran tan mayores, entraban en medio de ellas y desfloraban a las niñas, una tras otra. Pero los Sabios solo les daban unas pocas embestidas antes de pasar a la siguiente niña, porque cada uno tenía que desflorar a veinte o más niñas. Solo con la última tenían relaciones sexuales de verdad, luego llegaban los guerreros y los prisioneros y tenían relaciones sexuales con las jóvenes. Era realmente asombroso de ver; a las niñas se les permitía tener relaciones sexuales de verdad por primera vez, y cada una intentaba acostarse con tantas como fuera posible. Hasta los doce años, solo se les permitía ser penetradas analmente o oralmente, porque eran castigadas sin piedad si perdían la virginidad antes de tiempo. Tenían que vivir solas en el bosque durante cinco años, lo cual era peligroso y duro.

Las amazonas y sus guerreros salían una vez al año a saquear otras tribus. Sus guerreros y hombres en la flor de la vida eran los más codiciados; los capturaban y los usaban sexualmente hasta su muerte. Así era como el reino de las mujeres aseguraba los embarazos. Era una idea ingeniosa, porque ni sus propios guerreros ni los capturados estaban enfermos o débiles; solo ellos podían dar descendencia sana. La reina amazona solo se dejaba ver durante estas guerras; el resto del año vivía discretamente entre la gente. Aya había sabido por el Primer Guerrero que la anterior reina amazona era la madre de Pan. Él visitaba a Aya aproximadamente una vez al mes y tenía relaciones sexuales con ella toda la noche. De alguna manera, los dos se habían encontrado: él, el jefe de los guerreros, y ella, la muchacha de

la casta más baja de los campesinos. Pero para ambos, era simplemente maravilloso.

Cuatro años después, Aya volvió a ver a Pan por primera vez. Tenía 19 años, era un guerrero alto y musculoso que se acostaba con las chicas alrededor de la fogata todas las noches. Al principio, Aya no podía apartar la vista; su clítoris ardía y palpitaba cada vez que lo veía teniendo sexo con ella. Ahora entendía a las chicas que se excitaban al verlo y se masturbaban en público. Pronto se unió a ellas.

Pero ella reunió valor y bajó a la hoguera, donde estaban las mujeres que rodeaban a Pan. Su mirada se posó en ella, y se hicieron el amor por primera vez en cuatro años. A partir de entonces, ella venía cada noche y se acostaba con Pan. No le importaba que después la violaran uno o dos guerreros. Era maravilloso tener tantos orgasmos por la noche, y no le importaba cuántos hombres la violaran. Cada noche, volvía a su cabaña aturdida y dormía profundamente hasta el amanecer. Eso era lo único que importaba: el sexo con Pan y con su padre.

Los comerciantes llevaron las primeras espadas, dagas y puntas de lanza de bronce al remoto valle. Pronto, todas las amazonas y guerreras poseían tales armas; eran muy superiores a las hachas de piedra y las lanzas de madera dura.

Había comenzado la Edad de Bronce.

• • •

En la mazmorra

by Jack Faber © 2024

Anne despertó con un fuerte dolor de cabeza. Estaba en un sótano con poca luz, rodeada de viejas paredes de ladrillo, en un compartimento con barrotes. Los barrotes eran pesados y yacía en una cama de metal sobre un colchón sucio. Vio a una mujer desnuda en el compartimento contiguo. Anne gritó: «Hola, hola», pero la mujer no se movió. Le pareció que tenía una raya roja alrededor del cuello. La mujer la miró con ojos vacíos. El horror se apoderó de Anne; ¡la mujer estaba obviamente muerta! Anne se estremeció ligeramente y entonces se dio cuenta de que solo llevaba bragas; estaba desnuda. Sintió en su vagina que la habían penetrado recientemente. El horror la abrumó con una fuerza que le quitó el aliento. No recordaba cómo había llegado allí. Tenía un sabor extrañamente dulce en la boca. Cloroformo, pensó, dejándose llevar por la confusión, ¡cloroformo! Perdió el conocimiento.

Habían pasado días, horas, o tal vez solo minutos. Abrió los ojos un poco. El dulce sabor del cloroformo aún persistía en su boca. Un hombre vestido completamente de negro, con una máscara de porcelana blanca, permanecía inmóvil frente a su jaula. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y la miraba fijamente, con la mirada inmutable. Lo único que podía ver eran sus grandes ojos infantiles. El compartimento contiguo y el siguiente estaban vacíos. Anne se incorporó, y el fuerte dolor de cabeza palpitó una vez más, para luego desaparecer casi al instante. «La mujer», dijo con voz ronca, «la mujer...». Su voz se apagó.

Su voz no era desagradable, solo ligeramente amortiguada por la máscara. «No seguía las reglas», dijo lentamente, «prefería morir antes que seguirlas. ¡Qué mujer tan estúpida era, sí!». Anne no percibió emoción alguna en su voz. Reflexionó durante un buen rato. Había sido secuestrada y violada, eso estaba claro. Nadie la echaría de menos; vivía sola, todos sus familiares a cientos de kilómetros de distancia. Llevaba solo unas semanas trabajando como cajera en el supermercado, y sus compañeros recordarían con qué frecuencia había in-

sinuado lo mucho que le disgustaba trabajar allí. Se habrían olvidado de ella en media hora.

"No tengo dinero, nadie pagaría un rescate por mí." Era una afirmación categórica; él simplemente asintió brevemente. "Lo sé todo, he hecho mi tarea. Sé tu nombre, tu dirección, tu lugar de trabajo. Incluso sé tu saldo bancario. Te conozco bastante bien y no me interesan tus pocos dólares. Te elegí porque me caes bien, porque nadie te echará de menos y porque, sorprendentemente, se había vuelto necesario."

Anne estaba completamente despierta y podía pensar con claridad, aunque — entre nosotros — no era una mujer muy inteligente; al contrario, era bastante tonta y primitiva. "¿Puedes decirme algo sobre las reglas?", preguntó, "y ya que sabes mi nombre, ¿cuál es el tuyo?". Podía oír la sonrisa en su voz arrogante. "Llámame Jim, ese no es mi nombre real, por supuesto". Anne se sintió de repente muy expuesta. Se había dado cuenta de que no la había secuestrado para pedir rescate. Jim habló en voz baja. "Quiero que seas mi esclava sexual". Un escalofrío le recorrió la espalda. "No sé qué es una esclava sexual, Jim", dijo en voz baja. Pareció reírse suavemente. "Una esclava sexual hace todo lo que su amo le ordena. Anne hace todo lo que Jim quiere que haga, todo. Si Jim quiere follarte, ¡deja que te folle, Anne! Si te ordena que lo hagas tú misma, ¡mastúrbate con pasión y sinceridad, sin actuar! Si te ordeno que me cuentes sobre tu vida sexual, ¡cuéntamelo todo! Incluso puedes exagerar un poco o inventarte algo si eso hace que tu historia sea más picante. Y si sigues estas tres sencillas reglas, te cuidaré lo mejor que pueda. De lo contrario..." Jim miró la celda vacía, "de lo contrario acabarás como la pobre Julia. Se dejó violar durante meses y no siguió ni una sola regla. Se cortó la garganta; prefería morir antes que seguir siendo violada. ¡Qué estúpida vaca!", despotricó de repente, "daba igual si se acostaba con su marido o conmigo, ¡debería entenderlo!" La conversación se estancó; todos estaban perdidos en sus propios pensamientos.

"Sé por ti que tu padre retiró los cargos contra el tío Karl cuando te violó a los 10 años. A los 16, dejaste la escuela y te casaste con el viejo Jenkins, y te divorciaste un año después. Perdiste tu último trabajo hace un mes porque te pillaron teniendo relaciones sexuales con

una niña de 13 años. Creo que puedes contarme mucho más sobre esto. Regla 3." Jim guardó silencio, luego se levantó. "Piensa en todo. Volveré mañana por la mañana, y si sigues alguna de las reglas, tendrás un buen desayuno." Se fue en silencio; Anne lo oyó cerrar dos puertas con llave.

No pudo conciliar el sueño durante mucho tiempo y rumiaba las reglas. Él podía follarla tan a menudo como quisiera; después del aborto espontáneo del hijo de Jenkins, se había sometido a una cirugía de reasignación de sexo. No quería un hijo, tampoco había querido al viejo Jenkins. Sin dudarlo, se acostaba con cualquiera que quisiera follar al patito feo, al cisne que se había convertido en una niña hermosa, a la chica fea. No tenía amigos en la escuela; los chicos solo eran amables con ella porque estaban desesperados por sexo. Ella siempre lo supo, con cada masturbación, cada felación, cada vez que follaban en la ducha, porque no le importaba que los chicos desnudos estuvieran alrededor. Por un corto tiempo, fue una estrella porque dejaba que cualquiera la follara en la ducha, sin importar cuántos fueran. La fama se desvaneció rápidamente cuando las chicas alfa también comenzaron a dejarse follar por muchos seguidos. Inmediatamente volvió a ser el patito feo.

¿Qué podría decirle a Jim para evitar terminar como la otra chica? Después del divorcio, se había acostado con un camionero un par de veces en su camión, en la gasolinera. Pero los profesionales la habían asustado. Había desarrollado una preferencia por los chicos jóvenes; aún no sabían lo hermosa o fea que podía ser una mujer. No tenían experiencia sexual; se quedaban de pie junto a su cama, mirando su coño expuesto. Con qué inocencia sacaban sus pequeños penes de forma suave y se masturbaban sin vergüenza alguna. Ella les enseñó a cada uno cómo follar, dejándolos follarla y correrse dentro de ella una y otra vez hasta que quedaban completamente agotados. No esperaba que ninguno de ellos la llevara al orgasmo.

Ella tenía orgasmos mediante la masturbación; cuando se sentía sola, a menudo se masturbaba durante horas hasta alcanzar un orgasmo intenso antes de quedarse dormida. Había aprendido a masturbarse observando a su madre, incluso desde pequeña. También la veía tener relaciones sexuales con el tío Karl, quien cruzaba la calle

dos veces por semana y tenía relaciones sexuales con ella por la tarde. En realidad, era la hermana menor del tío Karl, y cuando una vez le preguntó a su madre si los hermanos podían casarse y tener relaciones sexuales, su madre se escandalizó y le dio una respuesta hipócrita.

La esposa del tío Karl había volado la cocina con gas y se había suicidado, pero antes lo había desheredado, y él estaba luchando por la herencia en los tribunales. Se quedó con ellos durante tres meses, en la habitación de los otros niños, a pesar de que ella no tenía hermanos. La sorprendió masturbándose; ella había puesto las piernas sobre su mesita y se estaba masturbando. Solo se dio cuenta de su presencia después de que ella terminó, y ella quería morirse de vergüenza, pero él sonrió dulcemente y la observó masturbarse todos los días desde entonces. También le mostró su pene y le enseñó cómo frotarlo para eyacular. Ella tenía solo nueve años, casi diez, cuando él le enseñó a tener relaciones sexuales. No sintió nada cuando perdió la virginidad, y él tuvo relaciones sexuales con la niña todos los días hasta que terminó la casa. Su padre inicialmente lo denunció a la policía, pero luego retiró los cargos por la madre de ella.

Anne miró su reloj digital barato; era hora de irse a la cama. Se masturbó durante media hora más, preguntándose si debería contárselo al tío Karl al día siguiente para que Jim le preparara el desayuno. Tras el orgasmo, se volvió a poner las bragas y durmió profundamente.

Jim llegó con café, tostadas con jamón frito y dos croissants de chocolate. Dejó la bandeja y se sentó. “Regla 3”, dijo Anne, “y tengo hambre”. La dejó hablar un rato y luego deslizó la bandeja entre los barrotes hasta la mitad. Ella le contó con todo detalle cómo solía acechar a su madre cuando desaparecía en el dormitorio después del almuerzo. Jim pegó su silla a los barrotes y sacó su pene mientras escuchaba atentamente. La niña había visto a su madre completamente desnuda por primera vez, y Anne le describió a Jim con precisión cómo era la vagina de su madre, cómo se masturbaba el clítoris y cómo, durante el orgasmo, se tocaba vigorosamente el coño con los dedos índice y medio. Había encontrado el escondite perfecto cuando tenía cinco o seis años: la cesta de la ropa sucia. Era lo suficientemente

grande, y si ponía un lápiz entre la tapa y el borde, el hueco era perfecto para espiar. Espió todos los días hasta que se fue de casa a los dieciséis años, sin que su madre se enterara jamás. El coño de mamá siempre estaba depilado, suave como el culito de un bebé. Al principio, era muy excitante mirar directamente dentro de su coño, tanto cuando se masturbaba como cuando follaba con el tío Karl. Tenía un coño enorme, y cuando se metía dos dedos durante el orgasmo, o cuando el tío Karl sacaba su polla, el agujero era aún más grande y aterrador. Mamá solía masturbarse durante una hora entera; el tío Karl rara vez la follaba durante más de 10 minutos. Ella nunca follaba con papá; él tenía que follar con la vieja contable de la empresa; lo había gritado una vez durante una discusión.

A veces la madre veía vídeos pornográficos en su teléfono mientras se frotaba suavemente el clítoris y subía el volumen para oír a las chicas gritar a Dios, Jesús o María, y luego gemir, quejarse y hacer sonidos espeluznantes. Anne no tenía teléfono entonces; solo veía vídeos pornográficos con sus compañeras de clase mientras ellas se frotaban el clítoris a escondidas debajo de sus pupitres durante la clase. La madre guardaba el teléfono cuando su clítoris se ponía duro y rígido. Entonces se masturbaba deliberadamente el clítoris, humedeciendo su dedo con saliva de vez en cuando, y continuaba masturbándose. Anne podía ver claramente cuando contorsionaba su rostro en una mueca y su dedo se precipitaba hacia el orgasmo. Separaba más los labios vaginales e introducía sus dedos índice y medio con firmeza y rapidez en su vulva, lo que prolongaba su orgasmo. Abría la boca en un grito silencioso y se tocaba hasta que terminaba el orgasmo. Anne también lo intentaba de noche, por supuesto, pero le dolía terriblemente cuando introducía un dedo en el pequeño orificio de su vagina. Solo después de muchos meses se atrevió a introducir dos dedos en el agujero, pero al principio le dolió mucho; solo gradualmente el agujero se hizo lo suficientemente grande como para acomodar ambos dedos. Pero tuvo que aprender cómo se masturbaba su madre y hacerlo de la misma manera, y aprender a tener un orgasmo igual que ella, aunque al principio fuera difícil y bastante doloroso.

Anne metió la mano entre los barrotes y agarró el pequeño pene de Jim. Parecía igual que los lindos penecitos de los niños, pero claro, era más grande. Anne no pudo leer sus reacciones; su rostro per-

maneció oculto tras su máscara neutra. Jim tardó un buen rato en eyacular. Se limpió los pantalones, cogió la bandeja y se marchó. De nuevo, lo oyó cerrar las dos puertas con llave. «¡Gracias, Anne, gracias!», murmuró. Recordó el cuento de Las mil y una noches; tenía que alargar las historias como aquella princesa. Al final de la tarde, Jim llegó con una comida caliente congelada. Se marchó inmediatamente; obviamente tenía prisa.

Los días siguientes transcurrieron igual; ella lo masturbó a través de los barrotes después del desayuno y siguió hablando de la frecuente masturbación de su madre. Mencionó con qué frecuencia ella misma había intentado masturbarse de niña y solo había alcanzado su primer orgasmo después de semanas. Se dio cuenta de que Jim quería oír más y sacó a relucir la aventura de su madre con el tío Karl. No le mencionó a Jim que eran hermanos, tal vez más tarde. Anne describió con gran detalle cómo su madre tenía que chupar y lamer el pene del tío Karl hasta que estuviera completamente erecto, luego él tenía relaciones sexuales con ella durante unos 10 minutos y eyaculaba dentro de ella. Podía verlo claramente en sus nalgas porque su tío las apretaba rítmica y firmemente al eyacular. Por lo general, solo venía a tener relaciones sexuales con ella dos veces por semana.

Esa mañana, Jim trajo el desayuno y le preguntó si podía acostarse con ella. Ella aceptó de inmediato y, para tranquilizarlo, le dijo que no podía tener más hijos, así que él podía eyacular dentro de ella sin preocupaciones. Él entró, ella tuvo que arrodillarse a cuatro patas sobre el colchón y él la penetró por detrás. La folló con mucha insistencia, pero ella supo desde el principio que no tendría un orgasmo con su forma de follar. La folló todas las mañanas antes del desayuno durante seis semanas; tenía un poco de tiempo y se quedaba hasta que ella terminaba de comer.

Una mañana se dio cuenta de que Jim no era Jim, aunque iba vestido igual y llevaba la misma máscara. Este hacía todo exactamente igual que el primer Jim, pero enseguida vio que tenía un pene completamente diferente, un pene grande y carnoso como el del viejo Jenkins. Tuvo un orgasmo intenso porque no dejaba de pensar en Jenkins. Jim 2 gruñó y siguió follando hasta que se corrió. Se corrió

durante una semana, y luego se corrió el primer Jim de nuevo. Por supuesto, ella le preguntó, pero él no respondió quién era ni por qué.

Jim quería masturbarse con Anne antes del desayuno. Él afuera, ella adentro. A ella no le importó mucho; él no era el primero que quería verla masturbarse. Ella calculó el tiempo para terminar casi al mismo tiempo que él. Después del desayuno, él se acercó y la penetró por detrás, follándola durante un buen rato y eyaculando solo brevemente. Hicieron esto durante las siguientes semanas, y ella solo tuvo un orgasmo justo antes de quedarse dormida. Él le trajo un par de bragas nuevas; ella había dejado de usar las viejas hacía días porque estaban sucias y olían mal.

Anne le contó a Jim cómo el tío Karl hizo que la niña de nueve años lo masturbara, la desfloró sin dolor y tuvo relaciones sexuales con ella durante tres meses. A la pequeña Anne le encantaba que la follaran; casi siempre tenía un orgasmo y le hubiera gustado seguir así para siempre. Para ella, era maravilloso y no tenía nada de malo. Pero un día, su padre irrumpió en la habitación de los niños, se armó una buena pelea y el padre fue inmediatamente a la policía, arrastrando a la niña con él. La llevaron al médico forense, quien la examinó y la interrogó. Pero esa misma noche, la madre le dio una buena paliza al padre. Él fue a la policía con el pene escondido entre las piernas y retiró la denuncia.

Durante los siguientes seis años, Anne se acostó con todos en la escuela. Por las noches, se acostaba con su padre y tenían relaciones sexuales. Él estaba muy enojado con su madre porque ella seguía acostándose con su hermano. La pequeña Anne disfrutaba mucho de tener relaciones sexuales con su padre; tenían una relación muy cercana, y el sexo con él era muy valioso para ella. Durante seis años, dejó que su padre tuviera relaciones sexuales con ella todas las noches, tantas veces como él quisiera. Después de cada orgasmo, le sonreía triunfante a su madre, quien estaba muy enojada y se masturbaba en secreto bajo las sábanas. Los padres se odiaban intensamente; el padre demostraba su superioridad teniendo relaciones sexuales con su propia hija pequeña delante de la madre. La madre lo odiaba aún más porque siempre se excitaba al verlos tener relaciones

sexuales y casi tenía que masturbarse bajo las sábanas en contra de su voluntad.

Entonces la madre inició una verdadera guerra contra el padre. Se divorció de él, obtuvo la custodia exclusiva de Anne, y el padre quedó como el villano. Tuvo que abandonar el pueblo, el distrito, en desgracia; ella nunca más lo volvió a ver. Tenía que escapar de este dragón maligno, y así fue como el viejo Jenkins entró en escena. Logró liberarse de su madre, y Jenkins también era bastante bueno en la cama. Sufrió un aborto espontáneo, se esterilizó y se divorció de Jenkins.

A partir de entonces, vivió sola, trabajó como cajera en varios supermercados y volvió a masturbarse intensamente. Se masturbaba todas las noches, a menudo hasta altas horas de la madrugada, y era genial, aunque a la vez un poco aburrido. Buscaba chicos jóvenes y encontraba uno cada día, después de haber agotado por completo al anterior. Tuvo que cambiar de territorio varias veces, pero solo la atraparon una vez.

Eso fue prácticamente todo.

Pasaron algunas semanas, y Jim 2 volvió. Estaba en silencio, igual que antes, y no respondió a ninguna pregunta. Al día siguiente, llegó otro, Jim 3. Era un poco más bajo que los otros dos, igual de silencioso que Jim 2, y su pene era un poco más corto pero mucho más grueso que el de Jim 2. Era el mejor en la cama de todos; Anne tuvo orgasmo tras orgasmo, perdió la cuenta. Jim 2 y 3 se turnaban cada día; Jim 1 no volvió durante seis semanas. Anne se había memorizado los tatuajes de los hombres. Jim 1 no tenía tatuajes, Jim 2 tenía el antebrazo tatuado con demonios y calaveras hasta los nudillos, y Jim 3 tenía una enorme serpiente que se extendía desde la muñeca hasta los codos, pero ella no podía verla entera. Los tres Jims se turnaban cada día; ella era follada todas las mañanas antes del desayuno. Jim 1 nunca la hacía llegar al orgasmo, Jim 2 solo una vez o nunca, pero Jim 3 la hacía llegar a múltiples orgasmos de forma fiable.

No había pasado ni un año cuando las cosas empezaron a ir mal. Ni siquiera Jim 1, que solía disfrutar hablando con ella, podía explicar por qué a veces había días en que no recibía ni comida ni sexo.

Anne se quejaba de que tenía mucha hambre y sed. Jim 1 empezó a llevarle galletas y agua embotellada con regularidad para que no pasara hambre. Ahora era el único; los otros dos dejaron de venir. Jim siempre parecía tener prisa, o al menos así le parecía a ella.

Una tarde, se paró junto a la puerta, con una pistola en la mano. Abrió la puerta para entrar, pero se quedó afuera, escuchando. Oyó a alguien, alguien disparando para abrir la cerradura. Un policía uniformado entró sigilosamente, agachado. Jim le disparó, hiriéndolo, pero volvió a disparar. La pistola de Jim cayó al suelo. Se abalanzó sobre el policía con un fuerte rugido, y forcejearon por el arma reglamentaria. Anne recogió la pistola de Jim del suelo. Jim le había arrebatado el arma al policía y ya le había disparado en el pecho.

Anne apuntó con la pistola a la espalda de Jim. Dudó en dispararle al hombre con el que llevaba un año acostándose. Jim apuntó con la pistola a la cara del policía, que no llevaba chaleco antibalas. Anne disparó una, dos, cinco veces. Entonces la pistola se quedó sin munición.

Entonces entraron muchos policías por la puerta, uno de ellos le quitó la pistola de la mano a Anne, que estaba desnuda. Alguien la cubrió con una manta. “Quiero ver su cara”, repetía, y se arrodilló junto a Jim. Le quitó la máscara. Dos largas y feas cicatrices cruzaban su rostro sorprendentemente joven. Nunca lo había visto antes. La llevaron a una ambulancia. Un paramédico le puso una inyección. Un detective la interrogó. Había estado encarcelada durante un año. Habían sido tres, dijo, dos de los cuales no habían sido vistos en semanas. Los tres la habían violado. “¿Contra tu voluntad?”, preguntó innecesariamente. Anne no pudo evitar reír. Se rió como una loca. “Me dejé secuestrar y encarcelar durante casi un año entero. ¡Y si no me hubiera dejado violar sin resistirme, estaría muerta como la pobre Julia!”. El detective se animó. “¡Registren todo el recinto en busca de un cadáver femenino!”, gritó por la radio. — ¡Y perros detectores de cadáveres! — ladró. El paramédico se impacientó.

El comisario la acompañó al hospital. Ordenó que un artista la acompañara. La descripción que Anne proporcionó fue escasa. Un hombre era delgado, de 1,80 metros de altura, y el otro quizás de 1,70

a 1,75 metros, ancho y robusto. “Así que, solo 18 millones de hombres”, bromeó el asistente del comisario. El artista, sin embargo, pudo dibujar los tatuajes con gran precisión; Anne quedó satisfecha. “Exactamente así, ambos en el antebrazo izquierdo”, añadió. El artista consultó su obra en una base de datos y encontró a ambos hombres en cinco minutos. Anne nunca había visto sus rostros, pero examinó las fotos de los tatuajes con mucho cuidado. “¡Sí, son ellos, cien por cien!”. El comisario asintió satisfecho y envió al grupo de búsqueda. Llegó el médico. Anne presentaba una leve desnutrición, pero por lo demás estaba sana; sin signos de intoxicación ni consumo de drogas. Sin lesiones externas, sin enfermedades de transmisión sexual. Está perfectamente bien, dijo el médico, sin embargo, se recomienda encarecidamente un procesamiento psicológico de su cautiverio.

El detective entró tras una llamada telefónica en el pasillo. Le susurraba a su asistente, pero Anne podía oírlo todo. Hasta el momento se habían encontrado once cadáveres y la búsqueda continuaba. Anne estaba a punto de preguntar si Julia estaba entre ellos, pero guardó silencio; era una pregunta completamente inútil. El forense identificaría los cuerpos, lo sabía por la televisión.

Anne recibió una pensión transitoria y pudo volver a vivir en su apartamento, aunque con protección personal. Rechazó las visitas de su madre, quien exclamó: «¡Ay, mi pobrecita!». No quería volver a ver a esa vieja, pero su madre seguía dando entrevistas y gritando a las cámaras. Los policías apostados frente a su puerta fueron retirados después de seis meses. El agente que había recibido dos disparos en su chaleco antibalas recibió una medalla del comisario. Acudió a un psicólogo durante todo el año, lo que le ayudó muchísimo. Tuvo que identificar a los dos hombres en el juicio por sus tatuajes, y entonces todo aquel circo llegó a su fin.

Ella escribiría un libro con un periodista sobre sus 341 días de cautiverio; es decir, él escribía y ella aprobaba todo. Para su pesar, tuvo que recortar drásticamente las numerosas escenas de sexo, dejando solo insinuaciones sugerentes. A Anne no le importó; se embolsó la gran suma de dinero y firmó para interpretar el papel principal en una película pornográfica sobre su cautiverio. El productor

quedó satisfecho con docenas de tomas de prueba de ella teniendo sexo con varios actores. El hecho de que se interpretara a sí misma y lo hiciera todo ella misma prometía un gran éxito, justificando la tarifa millonaria.

Anne se subió a su coche nuevo y se dirigió a la casa de su padre.

• • •

drama de rehenes

by Jack Faber © 2024

Jim Carpenter entró en su garaje, pulsó el mando a distancia, la puerta del garaje bajó y se cerró. Cogió su maletín del asiento del copiloto y salió del coche. Solo entonces vio al hombre del rifle.

En realidad era un chico, de no más de 25 años, calculó Jim. Pero se quedó inmóvil en la puerta, apuntándole con el rifle. Sabía, por uno de los seminarios recientes, que su única oportunidad era mantener la calma. Se acercó lentamente al chico, quien le abrió paso y agitó el cañón del rifle, indicándole que entrara. Jim entró, dejó su maletín en el zapatero y se detuvo. El chico del rifle le presionó el cañón contra la espalda y lo empujó hacia la sala.

Con una sola mirada, comprendió la situación. Dos hombres armados estaban apoyados contra las paredes a su izquierda y derecha. Su esposa, Lynn, y su hija, Cary, estaban acurrucadas juntas en un rincón. Ambas tenían los ojos llenos de lágrimas y el maquillaje corrido. Estaban desnudas, excepto por la ropa interior. El mayor de los tres gánsteres sonrió ampliamente. “¡Ah, papá por fin está aquí! ¡Y nos trae la combinación de la caja fuerte! ¡Como Papá Noel! ¡Pase, señor Carter! ¡Y quítese los calzoncillos, no queremos sorpresas!”, ladró, riendo con una risa repugnante.

Jim se quitó lentamente el traje y la camisa, todo excepto los calzoncillos. Enseguida se dio cuenta de que Lynn no había revelado la combinación de la caja fuerte para ganar tiempo, para salvarse a sí misma y a Cary del asesinato. Quizás Lynn también esperaba que Jim pudiera salvarla de alguna manera. El segundo criminal blandió su rifle, y Jim se sentó junto a Lynn y Cary. “¿Están bien?”, susurró. Lynn negó con la cabeza. “Se llevaron todo lo que encontraron. ¡Violaron a Cary!”. Jim miró a Cary a los ojos, horrorizado. Ella lo miró con expresión herida, luego bajó la mirada. “Nos violaron a las dos, a mamá y a mí”. Cary comenzó a llorar en voz baja. “¡Papá, ya no soy virgen!”.

Lynn no miró a Jim. «Me ofrecí a ellos cuando manoseaban a Cary. Aun así, violaron a la niña, los dos». Aunque susurró muy bajo, él percibió su rabia. «¿Jack?», preguntó en silencio. Lynn negó con la cabeza. «El ático». Eso significaba que aún no habían encontrado a Jack, de ocho años; se escondía en el ático. Jim suspiró aliviado; con suerte, Jack se quedaría en su escondite.

Los gánsteres habían esparcido su botín sobre la mesa de centro. Un puñado de billetes de dólar, teléfonos móviles, tarjetas de crédito, baratijas de mujer de sus bolsos. Un montón de joyas, tanto auténticas como baratas, todo amontonado. Una pila de cartas, atadas con una cinta azul. Jim se quedó mirando las cartas. El primer gánster notó su mirada y arrancó la carta superior del paquete. «Sra. Lynn Carter», leyó en voz alta, sacando la carta del sobre. «Querida Lynn», leyó en voz alta y patéticamente, «no tienes ni idea de cómo me quedé sentado en la cama durante otra hora después de la última vez, solo quería olerte, sentir tu cuerpo y abrazarte, y...» se interrumpió, «pura tontería, creo». El gánster sonrió y leyó la última línea. «Tengo muchas ganas de que llegue el jueves y tu clase de yoga, con amor, Larry». Miró de una carta a otra, pero su actuación no recibió aplausos.

Cary miró a sus padres, Lynn tenía la mirada baja y Jim la miraba fijamente, sin palabras. No conocía a ningún Larry, excepto al chico que limpiaba la piscina cada pocas semanas. Susurró sin tono: "¿Larry?", y Lynn no levantó la vista. Simplemente asintió, su mirada se suavizó y luego se endureció de nuevo. "¡Vaya, vaya!", exclamó el gánster, "¡Vaya lío que tenemos aquí! Lynn va a yoga, ¡y Larry está deseando enseñarle todas las mejores posturas! ¡Ay, señor Carter, aprender yoga de esta manera debe doler!". Se rió estridentemente. Jim lo miró a los ojos y escupió. El tipo se rió aún más fuerte. "En realidad, pensaba enseñarle a tu hija cómo sus padres tenían sexo. ¡Pero ahora todo ha cambiado! Él tiene una rabia contenida, y ella está mortificada. Lo haremos de otra manera". Lynn se quitó las bragas y se acercó a Jim, queriendo detenerlo. Pero el tipo lo interrumpió. — ¡Vamos, señor Carter, la hija es suya! — Blandió el cañón del rifle frente a la cara de Cary y luego hacia sus bragas — . ¡Vamos, quítatelas, y rápido! — Cary, asustada, se quitó las bragas. Ahora el ca-

ñón del rifle apuntaba a Jim — . ¡Quítatelas, señor Carter, por favor! — Jim obedeció a regañadientes.

Cary se acercó a su padre por detrás, de lado. Vio la mirada furiosa de su madre, por supuesto, pero la ignoró. Tomó el pene de Jim entre sus dedos, que se endureció al instante al contacto, y le susurró al oído: «Dos completos desconocidos ya me han follado hoy. ¡Pero me alegra pensar que tú me folles, papá! ¡Todas las noches, cuando me masturbo, sueño con eso, sueño contigo! ¡No me importa, papá!». Jim se sentó rígido, sin mirar a Lynn. Miró a los ojos de Cary, a su rostro. Nunca la había tocado antes; había tenido mucho cuidado de evitar cualquier situación incómoda. Ahora sintió el cañón del rifle contra su sien y vio la determinación en los ojos de Cary. Gruñó: «¡Guarda esa pistola!». Lo dijo con tanta firmeza que el hombre bajó el rifle de inmediato. Jim se inclinó hacia adelante y besó la mejilla de Cary. Se inclinó hacia su oído y le susurró: «¡Perdóname, pequeña!», y ella asintió, luego lo jaló al suelo con ella.

Los tres gánsteres sonreían mientras Jim follaba a su hija. No vieron el brillo de placer en el rostro de Cary, ni la expresión tensa y de asco en el de Jim. Estaba a punto de correrse e intentó sacar su pene, pero Cary lo sujetó por la nalga. Sintió los dedos de Cary rozar suavemente su clítoris y sintió con su pene las contracciones rítmicas de sus músculos vaginales. Solo en un rincón oculto de su mente registró su orgasmo. Se quedó encima de ella durante mucho tiempo, luego se puso los calzoncillos y se sentó junto a Lynn, con la cabeza gacha y triste.

— ¡Oye, Shorty, no te has acostado con nadie hoy! — le gritó el líder al chico — . ¿Puedes siquiera, o eres gay? — Shorty se sonrojó — . No soy gay, cerdo, solo que todavía no he tenido ninguna. — El líder se quedó en silencio, atónito — . Pensé que solo la hija era virgen, ¡pero aquí tenemos otra! Tranquilo, Shorty, no te preocupes. ¡Tenemos una profesora de yoga maravillosa que te puede enseñar! — Lynn se estremeció al comprender. Jim llamó al líder, preguntándole si le importaría abrir la caja fuerte. Un dolor punzante atravesó el corazón de Lynn; su marido quería protegerla, evitar que la violaran de nuevo.

Pero el líder permaneció impasible. “¡Yoga primero, luego seguridad!” dijo con firmeza. No necesitó decir más; Shorty se desnudó y se arrodilló ante la desnuda Lynn. “Señora Carter, lo siento, ¡nunca he hecho esto antes!” Lynn sintió que su corazón se ablandaba. Era una situación extraña; la estaban obligando a tener sexo, pero Shorty apenas tenía más de 20 años y tenía un pene de buen tamaño que ya estaba erecto. “Vamos, Shorty, vamos despacio. Te mostraré cómo se hace.” Fue brusco. “¡Ya sé cómo se hace!” dijo con desdén. Ella se colocó, agarró su pene y lo guió rápidamente hacia adentro. Shorty comenzó a follarla, sus amigos sonrieron y Jim cerró los ojos. No quería verlo.

Shorty dejó su polla dentro de la vagina de Lynn después de correrse. “Aún no he terminado, señora Carter”, dijo, y pronto continuó follándola. Lynn tuvo que admitir que la follaba bien y con gran resistencia. Se corrió e inmediatamente comenzó a follarla de nuevo, sin darle a Lynn tiempo para que su excitación disminuyera. Shorty sonrió de oreja a oreja cuando Lynn se corrió breve pero claramente. Ella se relajó de inmediato y dejó que Shorty la terminara de follar sin pensarlo dos veces. Se sentó enseguida y se puso las bragas. Su mirada se encontró con la de Jim; él simplemente asintió cortésmente, no había nada que decir.

El líder siguió a Jim, que caminaba delante en calzoncillos. Sin embargo, se detuvo y agarró el maletín de Jim. “Veamos qué tienes ahí dentro”, dijo, y volvió a la sala. Tiró todo del maletín al suelo, pero luego se detuvo. Un joyero, con una tarjeta de felicitación adjunta. Miró dentro del joyero y silbó entre dientes. “¡Qué bonito!”, exclamó, mostrando a todos el collar. No parecía barato. “¿Y qué dice la tarjeta?”, preguntó el segundo gánster, porque Shorty había vuelto arriba. El líder leyó en voz alta: “Querida Amy, ¡Feliz cumpleaños, Jim! P.D.: Ya hablé con Lynn, ¡nos estamos divorciando!”. El líder se volvió hacia Lynn. “¡Ajá, el divorcio está en marcha, y el señor Carter ya tiene una sustituta!”. Lynn permaneció en silencio; no lo sabía, pero no quería mirar a Jim a los ojos ahora.

Shorty bajó las escaleras arrastrando a Jack por la oreja. “Estaba sentado frente a internet viendo YouTube”, gritó Shorty triunfante. El líder se molestó brevemente, pero Jack le aseguró que había esta-

do viendo un documental de animales con auriculares y que no se había dado cuenta de nada. Cuando le preguntaron qué había estado viendo, Jack dijo que era sobre cómo se reproducían y criaban los animales. “¿Y ya sabes cómo se reproducen los humanos?”, preguntó el gánster, y Jack dudó, muy avergonzado, pero luego asintió. “¡Maldita sea, quiero ver eso!”, gritó el líder con alegría, ¡y le ordenó a Jack que se quitara toda la ropa! Agarró al chico desnudo y lo puso frente a Cary. “Ahora, todos queremos ver cómo se hace”, gritó, y arrojó a Jack hacia Cary. Jim intentó atacar al gánster, pero el líder lo golpeó en la cara con el cañón de su rifle.

Cary rodeó con su brazo los hombros de Jack. “Vamos, esto no es problema para mí, ya lo has visto en internet, ¿verdad?!” Jack asintió, pero estaba muy inseguro y parecía muy disgustado. Cary frotó su pene varias veces y lo guió hacia su vagina. Jack la folló con cuidado y obediencia. Cary le susurró al oído que simplemente empujara correctamente. Él asintió y se corrió después de unos minutos. Dejó su pene dentro de ella y continuó follándola después de un rato. Se corrió de nuevo y susurró que debían seguir follando. Su pene ya estaba bastante flácido, pero intentó seguir follando. Esperó el momento en que los gánsteres apartaran la mirada y le susurró al oído a Cary: “¡Policía! ¡Pronto!” Cary lo miró con duda, pero él asintió con firmeza y metió y sacó su pene flácido de su vagina. “¿Nunca has pensado en eso, cariño?” preguntó Cary, completamente inesperada. “Sí, de hecho, cada vez que te miro”, respondió Jack con simpleza, “hay un agujero debajo de la foto de Lenin”. Cary lo miró con los ojos muy abiertos, “¿y lo viste todo?” Jack asintió, “¡cada pelo púbico, hermanita!” Ella bajó la mano y sostuvo su pequeño pene recto, que seguía entrando y saliendo de su agujero con ahínco.

En ese momento, decenas de sirenas policiales sonaron durante un minuto. Luego, un altavoz crujió: “¡Salgan, manos arriba, ahora! ¡Están rodeados!”. Los tres gánsteres dispararon a través de las ventanas, pero la policía no respondió al fuego. Jim se abalanzó sobre Lynn y los niños, dispuesto a protegerlos con su cuerpo. Jack seguía dentro de la vagina de Cary y continuó eyaculando a pesar de que ya no la estaba follando; siguió eyaculando durante todo el tiroteo, y Cary simplemente lo miró extrañada.

Tras un breve intercambio de disparos, se les acabó la munición. El líder gritó que salieran corriendo y dispararan con más precisión. Los dos corrieron hacia la puerta y continuaron disparando, con Shorty justo detrás, con las manos en alto. Los policías vaciaron sus cargadores, recargaron y abrieron fuego. «¡Alto!», resonó el altavoz, «¡Alto el fuego!». Entonces se hizo el silencio, y los policías entraron con cautela en la casa donde estaban las cuatro personas que habían rescatado.

Todo había cambiado. Lynn y Jim hablaron durante horas, durante días, sobre Larry y Amy. Las cosas se calmaron. Larry y Amy ya no tenían cabida en sus vidas.

Cary pegó un póster de Elvis Presley sobre el de Lenin. Tenía trece años y ya había superado su etapa revolucionaria. ¡Adiós, Lenin! Cada pocas semanas, bajaba sigilosamente al dormitorio de sus padres y le preguntaba a mamá si podía acostarse con Jim. Su madre sonreía con complicidad, apartaba las sábanas de forma seductora y despertaba a Jim.

Cary dejaba entrar a Jack por la noche cuando él rascaba la puerta. Quería sentarse entre sus muslos y observarla masturbarse de cerca. Luego, cuando ella terminara, lo abrazaría y dejaría que la penetrara hasta que quedara completamente exhausto.

Lo hicieron con mucha discreción, pero si los padres lo supieron, nunca dijeron nada.

• • •

El guerrero

by Jack Faber © 2024

El curandero estaba vendando la herida de Mark en la parte superior del brazo cuando su padre, Reik, entró en la tienda. El curandero se apartó y Reik se sentó en el taburete. Vio que la herida estaba bien atendida y no preguntó cómo se sentía Mark. Asintió con la cabeza hacia su hijo y le pidió que le contara lo sucedido. Había oído algunos detalles, pero quería escuchar de su hijo la verdad.

Mark contó que corrió al oír los gritos de su hermanastra Aya. Un chico desconocido estaba violando a la niña de once años. Saltó sobre la espalda del chico y lo apartó de Aya. El hombre agarró su espada, y Mark entró corriendo a la casa, tomó la espada de bronce de su abuelo del cofre y salió corriendo a la plaza. Luchó contra el hombre, quien lo hirió en el brazo, y entonces vio su oportunidad. Le dio un puñetazo en la rodilla, derribándolo al suelo, y luego le cortó la cabeza.

Reik asintió pensativo. «Ya lo has practicado cien veces, y es bueno que recuerdes las lecciones. Iré al Consejo de los Sabios y hablaré por ti; eres mi hijo y mi discípulo». Reik se levantó y se dispuso a marcharse. «No olvides al primero; vendrán muchos más, pues eres un guerrero. Solo tienes catorce años, pero conserva la espada de mi padre; sé que está en buenas manos».

El consejo aceptó la explicación de Reik. El joven fallecido tenía ya 17 años y era responsable de sus actos. El consejo rechazó rotundamente la demanda de indemnización de su familia; había cometido un delito y abusado de una niña de 11 años. Su hermano lo había matado en una pelea justa, lo cual era su derecho. La familia se marchó furiosa, y se oyeron palabras muy duras.

Mark era el único hijo de Reik; los demás eran bastardos criados por sus madres. Reik era el comandante y entrenador de la casta guerrera, que contaba con unos 50 hombres. La tribu tenía casi 400 miembros, y la mayoría de los hombres tenían cuatro o cinco espo-

sas. Reik fortalecía las amistades y alianzas permitiendo ocasionalmente que sus amigos se quedaran a dormir y turnándose para acostarse con una de sus esposas. Esa era la costumbre; así se consolidaban las amistades.

Mark recordó la primera vez que realmente se había acostado con una mujer. Reik y su amigo roncaban junto a la esposa de Reik, y Mark estaba en el otro extremo de la tienda. Había observado a los hombres follar con gran interés, su polla estaba dura como una roca, y estaba acostado detrás de la mujer gorda y embarazada de Reik. Hasta entonces, solo se había acostado con sus compañeras de juegos por el culo; las chicas aún no estaban permitidas para chicos jóvenes como él; eran un tabú. Con vacilación, Mark acarició el redondo trasero de una mujer que estaba acostada de lado, con su gordo culo girado hacia él. Estaba casi completamente oscuro. La mujer tocó su mano y la guió hacia su trasero. Mark apartó su ropa y exploró su culo con los dedos. Ella no ofreció resistencia cuando él introdujo su polla en su hendidura, luego en su ano. Ella la sacó con una risita suave y la palpó. “En realidad era la polla de un niño pequeño”, susurró casi inaudiblemente. “¿Te gusta?”, susurró de nuevo, sin esperar su respuesta. Ella levantó la pierna y presionó su pene contra su agujero. Él inmediatamente comenzó a follarla como había follado a sus amigos. Era tan agradable, cálido y apretado dentro de su coño; contuvo la respiración. Estaba follando a una mujer de verdad por primera vez; ella ya estaba embarazada, y Reik pronto la enviaría a casa con su familia. Mark se corrió dentro de ella y sacó su pene. Después de un rato, ella le susurró si quería follarla de nuevo, y por supuesto que sí. Después de la tercera vez follando y corriendo dentro de ella, se acostó contra su espalda y se durmió, cansado. Se despertó por la mañana rodeado de las mujeres gordas, que dormían acurrucadas como morsas. Mark no habría podido decir a cuál de las mujeres se había follado.

Pero no importaba. Ahora se acostaba con una de las morsas todas las noches; a veces la reconocía, a veces era claramente otra. Reik tenía seis esposas, pero solo se acostaba con una cada noche y se dormía maravillosamente cansado. Ahora le tocaba el turno a Mark. Se acercaba sigilosamente a la morsa más cercana, apartaba sus harapos y se acostaba con la que yacía de lado por detrás. Normalmente se la

follaba dos veces, se corría dos veces dentro de ella, a veces se la follaba tres veces. No le molestaba que la morsa se frotara y se rascara entre sus pelos rizados y se corriera temblando y convulsionando; eso no era asunto suyo. Se acostaba con una de las esposas de Reik todas las noches, y Reik nunca decía una palabra. Mark cumplió 10, 12 y 14 años; seguía acostándose con las esposas de Reik, y por supuesto, cada vez también se acostaba con su propia madre cuando venía de visita y se acostaba con Reik. Después, ella se tumbó entre las morsas gordas y preñadas, y Mark se arrastró detrás de ella y se le permitió follarla por detrás; eso era algo muy especial para él. Ella sonrió después de que él la follara unas cuantas veces y le besó en la coronilla, algo que nadie más hacía. Él la quería un poco, aunque ella ya no vivía en el harén de Reik. Ella tenía una relación especial con Reik, y así fue como Mark se convirtió en su único hijo reconocido, no un bastardo como los demás. Pero en realidad ella vivía en la casa de un amigo de Reik. Ella le había dicho a Mark que Reik no lo soportaba y no le permitía masturbarse mientras tenían sexo. A Aarn, su nuevo marido, tampoco le gustaba mucho, pero no estaba tan en contra como Reik. Mark, sin embargo, quería que ella se acostara con él todas las semanas porque, según él, era la única mujer tan bellamente delgada y elegante, no una morsa como las otras esposas de Reik, y cuyo agujero era tan bellamente estrecho como el de una jovencita. Le gustaba mucho cuando ella se contoneaba delante mientras él la penetraba por detrás, y le excitaba cuando ella temblaba y se estremecía durante un buen rato y luego, de repente, le pellizcaba el pene. Ella sonreía sutilmente y se corría todas las semanas.

Mark y su pandilla sentían un inmenso respeto por el curandero. Él podía curar a los enfermos, y eso lo hacía especial. Pero también era el único que podía invocar al Gran Espíritu en la niebla durante la luna nueva. El curandero encendió una gran hoguera y desapareció entre el humo. Entonces, el Gran Espíritu emergió del humo. Se parecía mucho al curandero, pero hablaba un idioma ininteligible. Todos se arrodillaron, boca abajo en el suelo. El espíritu caminó entre las filas, palpando los cuerpos de las jóvenes. Tomó una decisión, caminó sobre las brasas ardientes y desapareció en el bosque con la muchacha. Ella regresó al amanecer, pero no pudo decir qué le había sucedido al espíritu en el bosque.

Mark y sus amigos superaron su miedo y siguieron sigilosamente al fantasma. Se había transformado de nuevo en el curandero y estaba teniendo sexo con la chica en un claro. La chica yacía completamente inmóvil y le permitía follarla una y otra vez. El curandero hizo señas a los amigos para que se acercaran, y tuvieron que turnarse para follar a la chica hasta que no pudieron más. La chica estaba congelada en el sitio y aparentemente no sentía nada. El curandero ahuyentó a los chicos y siguió follando a la chica hasta el amanecer. El curandero era intocable; vagaba entre las chozas, agarrando a cualquier chica y follándola prácticamente en público. Nadie lo detenía, ni un marido ni una prometida. Era su derecho natural.

Mark no quería ser curandero como algunos de sus amigos. Quería ser guerrero como su padre y comenzó su entrenamiento a los doce años. Dormía con una morsa todas las noches y, por lo tanto, se sentía mucho más mayor que sus amigos. Reik lo había aceptado en su entrenamiento; era inteligente, trabajador y se esforzaba mucho.

Y ahora, con apenas 14 años, había matado a su primer hombre.

Por supuesto, Reik no hacía alarde del orgullo que sentía por su hijo. Le había regalado a Mark la espada de bronce de su padre; se la había ganado. El abuelo de Mark había viajado por todas partes, incluso había matado dragones en costas lejanas, ¡dragones de verdad! Había traído consigo una docena de dientes de dragón, de entre 15 y 20 centímetros de largo, curvos y afilados. Eso le granjeó un gran respeto.

Mark estaba bastante seguro de que Reik sabía que él tenía relaciones sexuales con las morsas y la madre por la noche, pero Reik nunca lo mencionó, ni una palabra. Reik entrenaba a las tropas a conciencia, pero no era un matón. Daba por sentado que el guerrero mismo debía saber lo importante que era el entrenamiento. Entrenaba a los hombres durante seis horas diarias y luego les daba un largo descanso. A menudo les hablaba de otros pueblos.

Los Dogon vivían a tres valles de distancia, al amanecer. Tenían grandes y extensos campos donde cultivaban grano. No eran guerreros, sino cazadores, recolectores y agricultores. Habían entrenado

avestruces para montar, pero solo para la velocidad. El avestruz era fácil de entrenar, pero no tan apto para la lucha como los caballos. Y un huevo de avestruz era tan grande que podía alimentar a una familia. Sus mujeres eran gordas, feas y muy arrogantes. Incluso el marido tenía que colmarlas de regalos y rogarles que le permitieran tener relaciones sexuales con ellas. Años atrás, Reik había guiado a sus jinetes por tierras Dogon. Los hombres eran amigables y entretenían a los guerreros. Las mujeres reían con altivez y descaro cuando los jinetes querían tener relaciones sexuales con ellas. Así que los guerreros las tomaron por la fuerza, y hubo una gran conmoción y gritos, pero las mujeres fueron violadas una tras otra hasta bien entrada la noche, no porque fueran particularmente hermosas, sino porque armaban tanto alboroto por el sexo.

Al norte, a cinco valles de distancia, vivían las amazonas. Ese era el reino de las mujeres; eran unas 800, y mataban a todos los varones recién nacidos. Solo mantenían a una docena de prisioneros de guerra varones, que servían como sementales. No era un destino muy agradable, dijo Reik, mientras sus hombres sonreían con complicidad. Tenían que acostarse con una amazona tras otra, día y noche. Las amazonas les agarraban el pene con bastante brusquedad para comprobar si estaban dispuestos. Los prisioneros solo duraban unos pocos años antes de ser decapitados a las afueras de la ciudad, y sus cuerpos eran abandonados a los cuervos. Había guerra con las amazonas cada pocos años porque necesitaban nuevos sementales.

Pasó casi un año antes de que las amazonas atacaran. Eran quizás 50 o 60 jinetes, y emboscaron a los muchachos que estaban en el río jugando con las chicas. Capturaron a una docena de muchachos de la edad adecuada y huyeron. Reik las persiguió con 30 jinetes. Las amazonas se dividieron; un pequeño grupo se llevó a los prisioneros, mientras que los demás se volvieron y las atacaron. Las amazonas eran guerreras muy valientes, pero Reik había entrenado bien a sus jinetes. Después de tres horas de combate cuerpo a cuerpo, todas las amazonas, excepto tres, habían muerto. Reik tomó sus caballos y armas. Mark había luchado con una muchacha durante media hora y finalmente la dejó inconsciente con la empuñadura de su espada. La ató cuidadosamente y ató a la muchacha inconsciente a su caballo.

Reik se acercó y le dijo que le cortara la cabeza; una amazona capturada traía mala suerte. Pero Mark, como los otros dos vencedores, se negó a escuchar a su padre. “Quiero llevármela para follar”, dijo Mark secamente mientras cabalgaban de regreso a casa. Muchos de los jinetes de Reik estaban heridos, pero ninguno había caído. Reik estaba muy orgulloso de los muchachos y se encogió de hombros. “Como quieras”, gruñó, “pero debes seguir las reglas, porque las amazonas también las seguían. Sin las reglas, saquearían y quemarían nuestra ciudad; no tendríamos ninguna posibilidad. Tienen cinco veces más guerreras”. Mark, reacio a separarse de su cautiva, le preguntó a Reik sobre las reglas.

Las amazonas conservaban a sus sementales de por vida. Si un hombre era incapaz de aparearse o no podía embarazar a una mujer en seis meses, se le daban cinco días de comida y un palo largo para defenderse de las serpientes. Entonces se le permitía marcharse. Las amazonas vivían en territorio de serpientes, adoraban a una diosa serpiente, se introducían una serpiente grande en la vagina mientras se masturbaban y vestían faldas cortas y finísimas hechas de piel de serpiente. Esto, Reik se rió a carcajadas, a menudo cautivaba al oponente con más eficacia que la punta de las lanzas de las amazonas. Mark encogió los hombros, pues así se había quedado, boquiabierto, ante su primera amazona, casi perdiéndose la pelea. Estaba acostumbrado a que las mujeres y las niñas llevaran harapos hasta las rodillas alrededor de las caderas. Pero las amazonas se habían pintado los pechos, o al menos los pezones, de rojo; muchas se habían afeitado completamente el vello púbico y se habían pintado la vulva de un rojo brillante. La fina falda de piel de serpiente no cubría absolutamente nada.

Él, por otro lado, continuó Reik, volviéndose hacia Mark, tenía que follar a la prisionera y dejarla embarazada. Luego tenía que liberarla, con provisiones para cinco días y un bastón para ahuyentar a las serpientes, aunque no había ninguna donde vivían. Si no lograba dejarla embarazada en seis meses, aún así tenía que liberarla. Mark lo pensó. Quería a su propia esposa para follar, aunque solo fuera por seis meses. Le habría examinado el coño detenidamente cuando la ató; ya no era virgen, por supuesto, tenía unos diecisiete o dieciocho años y era muy atractiva. Reik rió fuerte y estruendosamente. “¿Ya te

cansaste de las morsas, eh?" Mark no dijo nada; era la primera vez que Reik sacaba el tema. Reik debía de saberlo todos estos años. Cabalgaron a casa en silencio.

Reik le había asignado una cabaña abandonada justo al lado de la suya. Mark ató a la prisionera a una gruesa estaca de madera, trajo un cubo de agua limpia y la desnudó. Despertó de su inconsciencia cuando él le frotó la pintura roja del pecho. Lo miró con los labios fruncidos, pero no dijo nada y en silencio le permitió lavarla, alimentarla y darle agua. Colocó un orinal junto a ella. Sabía que el idioma de su pueblo y el de las amazonas eran casi idénticos; ella debía entenderlo, aunque permaneciera muda y obstinada. Su nombre era Mark, tenía 20 años y era hijo de Reik, el líder de la caballería. Ella había luchado contra él; había luchado muy bien y lo había arañado varias veces con su espada. Pero él la había derrotado y la había hecho prisionera; ahora le pertenecía y la liberaría después de seis meses; conocía las reglas. Ella lo miró con hostilidad mientras él le desataba una mano y le ataba la otra solo el tiempo suficiente para que pudiera acostarse. La giró boca abajo.

La folló por detrás, pero ella se giró inmediatamente, con los ojos brillantes. "¡Quiero ver tu cara, quiero recordar tu cara, la cara de la guerrera que me dará un hijo!". Él se sorprendió porque ella tenía una voz muy hermosa. Intentó entablar una conversación con ella, pero ella permaneció en silencio y lo miró expectante. Solo había follado a una mujer de frente, cara a cara, a su madre, porque ella le permitía verla masturbarse mientras follaban. La folló de frente; ella abrió la boca de par en par cuando él se corrió dentro de ella. "¡Dame un hijo, mi guerrero!", gritó. La folló toda la tarde y toda la noche hasta el amanecer, y durante los descansos ella se acurrucaba contenta en sus brazos. Dijo que se llamaba Ayla, que tenía 17 años y que era hija de la reina amazona Perea. Dijo que si Perea descubría que era prisionera, vendría y lo destrozaría todo. Ayla se había ido a luchar sin que su madre lo supiera; Perea creía que no había terminado su entrenamiento. Ella haría todo lo posible por liberar a su hija. De hecho, en los meses siguientes apareció un pequeño grupo de amazonas, supuestamente para rescatar a Ayla. No secuestraron niños ni hombres; vagaron sin rumbo por la ciudad y fueron ahuyentadas. Mark le tapó la boca a Ayla para impedir que pidiera ayuda, a pesar

de que Ayla había prometido no hacerlo. Las amazonas no regresaron después del tercer ataque.

Mark y Ayla hacían el amor tan a menudo como él podía. La ataba tan flojamente que ella podía hacerle el amor con pasión. Tenía que admitir que se había enamorado de ella. Reik lo entendía perfectamente, pero Mark tenía que prometer que siempre ataría bien a Ayla cuando se marchara, y Mark se lo prometió a su padre. Pero Ayla también amaba a Mark cada día más. Se sentaba con cierta tristeza junto a ellos cuando la madre de Mark venía a pasar la noche y a hacer el amor. "¿Tu esposa?", preguntó Ayla cuando llegó para hacer el amor. Mark negó con la cabeza. "¡Ella me dio a luz!", dijo, y ella preguntó, bastante asombrada, si los hijos de su tribu hacían el amor con sus madres. Él negó con la cabeza; algunos sí, pero solo unos pocos, no todos. Ayla los observaba haciendo el amor con celos, pero no dijo nada más al respecto.

Ayla estaba embarazada de cuatro meses, pero aún no quería irse. Mark la follaba todos los días y todas las noches. Pero ya habían pasado seis meses, dijo Reik, mirando la barriga de Ayla. "¡Tienes que mandarla a casa, hijo!", insistió. Un día, Reik trajo un saco lleno de provisiones y un palo de un hombre. "¡Sácala del pueblo!", ordenó. Mark cabalgaba a su lado, con la cabeza gacha. El pueblo ya había quedado muy atrás cuando se tumbaron en la hierba. Ambos sabían que tenía que irse, pero él no quería dejarla marchar, no hoy, tal vez mañana.

La dejó montar en su caballo detrás de él, cabalgó cinco valles más y la dejó deslizarse al suelo a la vista de su ciudad. "¡La reina Perea te está esperando, no dejes que tu pobre madre espere tristemente!" dijo, girando su caballo. Cabalgó sin mirar atrás y galopó a casa a un paso rápido. Se sentó en silencio en su cabaña durante días, y Reik tuvo que ordenar a su madre que lo cuidara. Comía y bebía apáticamente y permanecía mudo; no quería charlar. Pero por la noche, ella lo sedujo, y él volvió a ser él mismo durante su apasionado acto sexual y masturbación. Al cuarto día, había superado su desamor y volvió a entrenar. Reik lo miró brevemente y asintió; sabía lo que se sentía al anhelar a una chica. Pero Mark entrenaba como antes. Su madre se quedaba a dormir en su cabaña una vez por semana, y des-

pués de un tiempo, se colaba en la cabaña de Reik por la noche y se acostaba con una morsa u otra. No estaba en ello de corazón; Se acostó con mujeres gordas y obesas hasta dejarlas medio destrozadas para deshacerse de su semen.

Cabalgó bajo el mando de Reik hasta la ciudad Dogon, donde fueron bien recibidos y pagaron a los hombres con herramientas que podían usar. Tuvieron relaciones sexuales con las mujeres, indignadas y gritando, durante todo el día, perdonando solo a las niñas menores de 14 años. Los hombres aplaudían con entusiasmo cada vez que un guerrero eyaculaba con fuerza dentro de ellas. ¡Fue un festín delicioso!

Más tarde, Reik cabalgó hacia el sur con Mark y otros siete; estos bosques oscuros aún estaban en gran parte inexplorados. Al mediodía, asaban un ciervo o un puma desprevenido. Por las noches, se quedaban con los colonos dispersos. Reik talló un mapa en un trozo de corteza de árbol; quería crear el mapa más preciso posible del sur cuando regresara a casa. Se esmeró en marcar con líneas el tiempo de cabalgata entre dos puntos. Les obsequiaron a los colonos cuchillos y lanzas de bronce relucientes, que sin duda podrían usar. Tuvieron relaciones sexuales con todas las campesinas, hijas o sirvientas hasta que quedaron exhaustas. Las mujeres estaban encantadas de tener guerreros robustos entre sus muslos en lugar de los cansados y agotados granjeros o hijos. Reik regresó después de cuatro semanas.

Había pasado más de un año, y la profunda herida en el corazón de Mark sanaba poco a poco. Se había vuelto un poco insensible, aunque su madre lo visitaba cada semana y las morsas seguían tan dispuestas como siempre. Un día, al regresar a su cabaña después de entrenar, Ayla estaba afuera, esperándolo. Corrió al verla. La abrazó durante lo que pareció una eternidad, cubriendo su rostro con mil besos. La soltó y la invitó a entrar. Llevaba su espada corta atada a su falda corta de piel de serpiente, una lanza de batalla en la mano y un bulto a la espalda. Apoyó la lanza y el cinturón de armas contra la pared y se quitó el bulto de la espalda. Los ojos de Mark se abrieron de par en par; el bulto era un niño pequeño de cabello rubio. Ayla le entregó al niño. “¡Tu hijo, guerrero Mark!”, dijo solemnemente, y una cálida y reconfortante sensación inundó su corazón. “¡Hijo mío!”, ex-

clamó varias veces. Luego corrió hacia la cabaña de Reik, agarró un puñado de comida y un odre lleno de vino, y le gritó a Reik, riendo, que lo acompañara. Reik lo siguió.

Los tres se sentaron alrededor de la estera. Ayla tenía mucha hambre, pero les contó todo. Había dado a luz a su hijo y le había rogado a la reina Perea que no lo matara. Iba en contra de las reglas, pero ella suplicó por su vida. La reina la desterró al rincón más alejado del palacio. Pero después de meses, las voces de sus oponentes se hicieron cada vez más fuertes. Le pidió a la reina que la dejara irse con su hijo; ya no quería que se cuestionara la autoridad de la reina amazona. La madre lloró desconsoladamente, pero la reina amazona la desterró para que la paz regresara al reino. Había estado viajando a pie durante ocho días y quería que Mark decidiera su destino. Mark miró brevemente a Reik y luego dijo que debía quedarse con él como su esposa. Ayla se acurrucó contra su brazo.

— ¿Y cómo se llama el pequeño? — preguntó Reik con curiosidad, y Ayla dijo que aún no tenía nombre. No había nombres masculinos en el idioma amazónico; a los sementales los llamaban «¡Oye, tú!» o «¡Tú, ahí!». Se sonrojó; ¡no podía llamar a su hijo Duda! Reik soltó una carcajada. Una Duda era una vagina grande y dilatada en la que se había introducido una serpiente gruesa y gorda demasiadas veces. Reik rió a carcajadas, Ayla sonrió tímidamente porque ella también había introducido una serpiente muchas veces, y Mark sonrió con amargura. — Padre Reik, ¿puedo ponerle el nombre del abuelo, tu padre? Reik se puso serio y asintió. Así que el pequeño se llamó Erik.

No todos en el pueblo estaban contentos de que una amazona viviera ahora entre ellos. Escupieron con desprecio cuando Mark dijo que era una verdadera princesa, hija de la reina amazona. Quizás eso empeoró las cosas. Pero no tenían ni idea de lo testarudo que era Mark. Repartía bofetadas y puñetazos a diestro y siniestro; desde luego, no se contenía. Se adentró en el bosque y mató serpientes para que Ayla pudiera vestirse siempre con la obscena falda de las amazonas; insistía en ello, ¡debía exhibir con orgullo su vagina y sus nalgas! Ayla tardó un año entero en ser aceptada por la comunidad. El pequeño Erik prosperó. Las pijamadas de su madre se hicieron menos frecuentes, aunque Ayla ya no sentía celos y no insistía en que su ma-

dre se quedara a dormir. Sentía perfectamente lo profundo y hermoso que era el vínculo entre ella y Mark. Sabía lo profundamente arraigada que estaba en el corazón de Mark y no necesitaba sentir celos ni por un instante.

Ayla cazaba liebres y ciervos con arco y flecha en el linde del bosque; tenía que proveer de buena comida para Erik y Mark. Su lanza y su espada corta aún estaban apoyadas contra la pared. Erik se convirtió en un hombre magnífico, como Mark; tenía 12 o 13 años. Cuando Ayla y Mark hacían el amor por la noche, Erik se revolvía inquieto. Cuando se masturbó y eyaculó por primera vez, Ayla se sorprendió mucho; no estaba familiarizada con eso. Habló con Mark durante un buen rato. Él dijo que ahora estaba en la edad en que un chico tenía que eyacular. La masturbación era muy poco saludable. Pero como a los chicos no se les permitía tener relaciones sexuales con chicas jóvenes hasta los 16 años, generalmente se les dejaba con las viejas, feas o viudas. Ese habría sido también su destino, si Erik no hubiera pasado por alto generosamente el hecho de que se había acostado con la mujer que lo había dado a luz y con las morsas, una tras otra.

Ayla dijo con voz firme que había dado a luz a Erik. Discutieron durante un buen rato, pero para ella estaba decidido. Erik no debía volver a hacer nada malo; no quería dejar a la perla de sus ojos en manos de la anciana. Mark asintió pensativo; le parecía perfecto. La noche siguiente, después de que él se acostara con Ayla, ella se arrastró hasta Erik. Él se sorprendió mucho, pero también se alegró mucho. Se acostó con Ayla como un profesional en poco tiempo; ella le permitió penetrarla y eyacular dentro de ella tantas veces seguidas hasta que él vació completamente su semen.

Ella le permitió acostarse con ella hasta que cumplió 16 años y luego se le permitió acostarse con las chicas jóvenes, y luego durante muchos años más.

• • •

El pequeño espía

by Jack Faber © 2024

La carrera de espía del pequeño Ben llegó a su fin después de seis meses. Sin embargo, antes de eso, había espiado a su madre durante algunas semanas. Hasta que ella lo descubrió.

Se había escondido en la cesta de la ropa sucia, mirando a través del hueco entre la tapa y el borde, observándola mientras ella se tumbaba en la cama y leía su novela romántica. Ella jugaba con su clítoris mientras leía, a veces dejando la novela a un lado y masturbándose. Él, por supuesto, también estaba allí cuando el tío Charly aparecía una vez a la semana con el dinero de su hermano. Apenas hablaban, no se desnudaban del todo cuando él la follaba. La follaba rápido y con fuerza, se corría dentro de ella y se marchaba rápidamente.

Ella solía quedarse dormida, Ben salía gateando y la follaba muy suavemente sin despertarla. Ella gemía o se quejaba mientras dormía; esa era su única reacción. Después de masturbarse, siempre se quedaba dormida. Doblaba una pierna, de modo que su hendidura y la carne húmeda y suave de su coño quedaban claramente visibles y expuestas a su pequeño pene. Esto le permitía follarla como lo hacía el tío Charly, pero mucho, mucho más despacio. Él deslizaba cuidadosamente su pequeño pene en su coño húmedo y suave. Esto tenía que hacerse con mucho cuidado y lentamente. Normalmente solo dejaba que penetrara una pequeña parte. Sabía que no podía follar tan salvajemente como el tío Charly. Solo pequeños movimientos, apenas unos milímetros dentro y fuera, pero increíblemente despacio. Gracias al entrenamiento con Sara, podía eyacular muy fácilmente; ella hacía ruidos suaves cuando él se corría dentro de ella. A veces tenía que esperar hasta que ella doblara la pierna superior con fuerza, exponiendo completamente su coño. Esto le permitía deslizar cuidadosamente su pequeño pene profundamente dentro de ella y eyacular dentro de ella. Él esperaba unos segundos hasta que ella se calmara de nuevo, y luego continuaba eyaculando. Tardaba bastante en terminar, y entonces retiraba su pene lenta y cuidadosamente. A veces ella se despertaba medio y murmuraba con los ojos cerrados, pregun-

tando qué pasaba. Ben susurraba: "¡Solo un poquito de follada, mamá!", y ella suspiraba: "¡Oh, sí!", y sacaba aún más su coño, sin despertarse, y volvía a dormirse. Esta posición era mucho mejor para penetrarla por detrás. Ella sonreía dormida mientras él ensanchaba cuidadosamente su coño con los dedos y la penetraba con su pene. Ella sonreía y gemía de placer, pero nunca despertaba cuando él la follaba muy cuidadosamente y lentamente por detrás. "¡Solo un poquito de follada, mamá!", susurraba él, y ella seguía durmiendo profundamente. Solo la penetraba profundamente cuando eyaculaba dentro de ella. Él permanecía inmóvil, solo su pene se contraía mientras eyaculaba dentro de ella. Esto sucedía casi a diario, excepto cuando ella seguía masturbándose en lugar de dormirse. Ahora era importante desaparecer en silencio, como un fantasma. Claro que siempre había situaciones en las que tenía que ponerse a salvo rápidamente, porque nunca quería que lo atraparan. A veces se daba palmadas en el trasero, como para espantar una mosca molesta, pero nunca lo entendió. Entonces, un día, se estaba masturbando al borde de la cama, con los pies apoyados en la cesta de la ropa sucia, y mientras se estremecía de orgasmo, movió la tapa. Así fue como Ben quedó al descubierto.

Ella sacó al mocoso por las orejas, con el rostro enrojecido por la vergüenza y la ira. Lo puso sobre sus rodillas y le dio una nalgada. "Y... lo viste todo, ¿verdad?!" susurró con voz ronca. Ben asintió, "¡Sí, mamá! ¡Todo!" Preguntó, "¿Cómo me lo hice a mí mismo?" Ben asintió, aunque eso significaría más golpes. "Sí, mamá, cuando te estabas masturbando tan bien." Presionó su erección contra su muslo y comenzó a follarla. "Y también cuando el tío Charlie te folló, el bribón", respiró, y ella tragó saliva con dificultad. Dejó de golpearlo y solo acarició sus nalgas suavemente. Vio que se le había puesto dura con la nalgada. Con cada golpe, su pene se contraía contra su muslo, golpe tras golpe su pene se contraía y se levantaba, poniéndose rígido, y ahora su semen goteaba en unos pocos hilos largos. Hizo una pausa. Él la estaba follando en el muslo, subiendo cada vez más, su polla golpeando contra su coño, deslizándose de un lado a otro por la hendidura, intentando penetrarla. Había leído en una novela barata que no se debe interrumpir ni molestar a alguien mientras folla o se masturba, ya que podría provocarle un problema mental. Ahora se dio cuenta de que estaba a punto de correrse, y él eyaculó un chorro es-

peso sobre su coño. Ella se negó rotundamente a dejar que la penetrara.

Ella lo levantó, su pene a la altura de los ojos. “Tienes que acariciarlo firmemente de arriba abajo una vez”, murmuró. Ella miró su pene; era un pene de niño recto y hermoso, solo que el glande había salido del prepucio y ahora estaba erecto y listo para eyacular. Ella agarró su pene y lo frotó firmemente de arriba abajo una vez. Después de un breve segundo, el glande se puso erecto y eyaculó en un chorro abundante sobre sus muslos. Ella miró con incredulidad el pene del pequeño, que eyaculó y luego se detuvo. Ella agarró su pene. Él eyaculó de nuevo, porque había aprendido a detenerse si eyaculaba dentro de Sara y ella no debía darse cuenta mientras se masturbaba excitada. “¡Otra vez, por favor, mamá!” susurró. Su madre lo sostuvo y frotó su pene una vez de arriba abajo, y él eyaculó una vez. “¡Otra vez!” gritó el pequeño, y ella lo frotó de nuevo, y él eyaculó un poco más. “¡Otra vez!” El pequeño lloró, y ella lo acarició, haciéndolo eyacular de nuevo. “¿Y... me follaste mientras dormía?”, preguntó, haciendo una pausa. “¡Debes haber aprovechado la oportunidad y follarme, cerdito!”, dijo con voz lastimera. “Estoy segura de que esperaste a que me durmiera y luego la metiste.” Dijo entre lágrimas, “¡y luego me follaste!” Ya había tomado una decisión; no quería oír su respuesta en absoluto. “¡Otra vez!”, gritó, y ella lo acarició, haciéndolo eyacular de nuevo. Ben se preguntó si debía mentir. “Un poquito, mamá, solo un poquito.” Ahora que lo había dicho, ahora seguramente habría un infierno que pagar. Lynn respiró hondo. “Menos mal que solo un poquito”, murmuró, olvidando al instante lo que su respuesta significaba en realidad. En su ingenuidad, inmediatamente reprimió la confesión de Ben. Sonrió y relató su propia experiencia. “Siempre soñé que Dave me follaba por detrás; fue un sueño hermoso.” Ella lo levantó a la altura de sus ojos y le dio un rápido masaje en el pene. Se quedó completamente sorprendida; él eyaculaba obedientemente cada vez que ella le daba un breve masaje. “Sabes, cuando me masturbaba, papá siempre me ponía boca abajo y me follaba por detrás. Sí, le gustaba mucho eso”. No podría haber dicho cuánto tiempo le tomó a Ben terminar. “¿Y... siempre eyaculas así?”, preguntó, y él dijo: “Solo cuando Sara no tiene ganas de masturbarse”. Lynn sintió curiosidad, y mientras lo dejaba eyacular de nuevo, lo bombardeó con preguntas. Él le contó todo, y sus ojos se abrieron de par en

par. “Pero... ustedes dos no tienen sexo, ¿verdad?!” Y Ben dijo que no, Sara aún era virgen. Ella miró su pene; el glande se había deslizado de nuevo bajo el prepucio, y su pene ya no estaba tan firme. Lo soltó, gritándole: “¡Piérdete, cerdito!” Nunca antes había visto una eyaculación tan extraña. Charly eyaculaba de forma completamente diferente cuando ella solía masturbarlo.

Solo una vez, la noche siguiente, volvió a sacar el tema y llamó a Ben a su habitación. Sus ojos brillaban de lujuria; en realidad había querido masturbarse de inmediato, pero lo había llamado primero. Se acostó desnuda en la cama, con la pastilla para dormir y el vaso de agua listos. Le pidió que se acostara a su lado, se quitó el pijama y le tocó el pene juguetonamente. Él tuvo que explicarle exactamente a qué se refería con “solo un poquito”. Pero ella no se detuvo y jugó con su pene, pero sin masturbarlo. Él dudó al principio, pero ella insistió. Le tomó un tiempo hasta que se lo explicó con detalle. “¿Y al final, realmente te corres dentro?” Lynn había soltado su pene y se había acariciado la vulva pensativa durante su confesión. Él la observó jugar con su vulva atentamente y luego lo admitió todo. “Después de follarte solo un poquito, solo milímetros a la vez, lo meteré del todo y dejaré que se corra dentro de mí. ¡Pero siempre tengo mucho cuidado de no despertarte!”, dijo inocentemente. Nunca le había mentido a Lynn, porque solía apretar los labios con fuerza para evitar mentir. “Me alegra que me hayas contado todo con tanta sinceridad. Otros chicos de tu edad me habrían mentido, estoy segura. Eres un buen chico, así que no te guardo rencor por haberme follado a escondidas y haberte corrido dentro de mí. Y por no haberme despertado.” Ella se había excitado aún más durante su confesión y lo mandó de vuelta a la habitación de los niños, con Sara. Lynn tomó la pastilla e inmediatamente comenzó a masturbarse para que hiciera efecto. En cuanto terminara, se quedaría dormida como un tronco. Ben lo sabía, por supuesto. De alguna manera, interpretó su confesión y su reacción sonriente como un permiso para seguir follándola, siempre y cuando se asegurara de no despertarla.

Su hermana Sara había tolerado que él se sentara en la cama y la observara masturbarse. Solo le había permitido sentarse a su lado una vez, cuando robó la carta de despedida de su padre. La leyeron juntos con tristeza y sentimientos encontrados.

“Querida Lynn”, comenzó,

Me voy, aunque te quiero a ti y a los niños más que a nada en el mundo. Sinceramente, intenté durante diez años tener una vida familiar, pero no puedo. Mi lugar está en la carretera, en mi camión; llevo gasolina en las venas. Eres la primera y única a la que amo. Las autoestopistas, las zorras con las que me acuesto, son solo para desahogarme, nada serio. Pero cuando veo a Sara corriendo desnuda por la casa, tengo pensamientos terribles de los que me avergüenzo mucho. No quiero que se convierta en una zorra como las que hay en la calle. Me avergüenza pensar estas cosas; me voy porque tengo miedo de hacerle daño a Sara. Seguiré cuidando de ti y de los niños.

“Adiós, tu Dave.”

Ben y Sara leyeron la carta una docena de veces. Sara entendió perfectamente lo que quería decir. Ben no lo entendió todo, pero intuyó a qué se refería con la Sara desnuda. No había entendido cuando su padre le separó las piernas a Sara y le masturbó el clítoris, ni cuando ella jugó con el prepucio de su padre y lo hizo eyacular en un arco alto. A veces veía a su madre observándolos a escondidas, pero nada de eso tenía sentido para él. Desde ese día, le permitieron sentarse en su muslo cuando Sara se masturbaba. Estiró su pene hacia adelante para que tocara sus dedos mientras se masturbaba. Disfrutaba mucho de que su dedo tocara su pene al mismo tiempo que ella se masturbaba. Eso lo excitaba muchísimo. Tenía que eyacular mucho antes de que ella terminara. Sara le advirtió que no eyaculara directamente dentro de ella; le daba miedo. Pero él siempre intentaba eyacular dentro de ella. Ella toleraba que la observara porque él le contaba todo lo que había visto en la cesta de la ropa sucia. Él le contó todo con sinceridad, porque Sara se masturbaba aún más salvajemente cuando él hablaba de que su madre se masturbaba. Se volvía completamente loca cuando él hablaba del tío Charly, que se acostaba con su madre una vez por semana. Entonces él tenía que describir todo con minucioso detalle: cómo era su pene, cómo se veía cuando la penetraba con fuerza y exactamente cómo se veía cuando eyaculaba. Por supuesto, Sara no le creyó ni una palabra cuando dijo que casi siempre podía acostarse con Lynn con cuidado. Lo juró y perjuró, porque Lynn era la primera mujer con la que Ben se había acostado.

Qué sorprendida estaba Sara cuando Ben la llevó a follar con Lynn. “Charly la follará muy fuerte”, dijo Ben, “y tal vez Lynn tenga un orgasmo. En cualquier caso, se masturba después de follar, siempre lo hace. Está completamente agotada y se queda dormida boca abajo, duerme muy profundamente. ¡Y entonces puedo follarla, ya verás!” Charly se había ido, Lynn se masturbó muy suavemente, y su orgasmo llegó como siempre, solo un leve espasmo, nada más fue visible. Los dos esperaron un minuto, Lynn se tumbó boca abajo, colocó su clítoris en su mano bajo su vientre, y de hecho se quedó dormida. Entraron. Él separó sus labios con sus dedos y la penetró con mucho cuidado. Ella murmuró en sueños, y él la calmó con susurros. “¡Solo un poquito de follada, solo un poquito!” Se quedó en silencio y volvió a dormirse. Los ojos de Sara se abrieron de par en par cuando él eyaculó dentro de ella. En silencio, como fantasmas fugaces, desaparecieron.

En los años siguientes, siempre se escabullían a casa de Lynn después de las sesiones sexuales de Charly. Sara perdió el interés; él iba a verla solo, y ella se despertaba a medias cuando él le susurraba que solo quería tener sexo con ella un ratito. Cada vez con más frecuencia, se despertaba a medias y murmuraba: “¡Hazlo ya!”, y entonces él ya no tenía que ser tan cuidadoso. La follaba con mucha fuerza, y ella temblaba y murmuraba un poco. Ella se frotaba el clítoris con el dedo, y después de que él eyaculara, dejaba su pene dentro de ella hasta que temblaba ligeramente y terminaba. Después de que Charly desflorara a Sara por error, Sara dejó que Ben tuviera sexo con ella, y él dejó de ir a casa de Lynn.

Lynn sabía inconscientemente que era bastante simple, al menos en lo que respecta a asuntos sexuales. Había experimentado sus primeros orgasmos de forma inesperada durante el sexo con Dave; su bajo vientre se contrajo y se agitó como solía hacerlo cuando se despertaba por la noche empapada en sudor. Cuando la virilidad de Dave disminuyó después de unos años, él le enseñó a masturbarse. Disfrutaba masturbándose, suave y tiernamente, y estos orgasmos eran muy suaves y hermosos; su bajo vientre no se contraía con tanta intensidad como durante el sexo, era como una suave ola del Atlántico que retrocedía ligeramente. Más tarde, cuando Dave permitió que Charly tuviera sexo con ella, volvió a tener esos orgasmos intensos y

duros durante el sexo; Charly era bastante bueno en eso. Dave se había ido, pero Charly se quedó y tuvo sexo duro con ella todos los días durante un tiempo. Después de un tiempo, él solo eyaculaba una vez por semana, y ella descubrió a Ben espiándola. Él tuvo una erección cuando ella le dio una nalgada; él la penetró por el muslo, y ella tuvo que frotar su pene brevemente una y otra vez hasta que eyaculó. Esa fue la única forma en que se dio cuenta de que el pequeño ya podía eyacular. Cada semana, después de que Charly se iba tras su encuentro sexual, y ella se masturbaba suavemente y se quedaba dormida, Ben entraba en su cama. Sabía por Dave y Charly que los hombres tenían que follar y eyacular. Ben había sido su bebé hasta ahora, pero ahora era un hombre; tenía que follar y eyacular, eso le quedó claro de repente. ¿Y por qué no iba a follarla, si ella estaba tan dispuesta? Se colocó de manera que él pudiera follarla. Sabía desde el principio que la follaba suavemente, y fingía estar dormida para no asustarlo ni seguirle el juego. Él venía cada semana después de su encuentro sexual con Charly, y ella dejaba que Ben la follara con una sonrisa. Vino durante años, pero se mantuvo alejado cuando Charly, borracho, desfloró a Sara, ¡el idiota! Lynn sospechaba que Ben se acostaba con Sara ahora. Pero mientras Sara no tuviera la regla, no necesitaba intervenir. Ben tenía 17 o 18 años cuando ella los separó y lo obligó a dormir en su casa. Le tomó un tiempo, tal vez una semana, antes de poder tener relaciones sexuales con ella cara a cara. Era muy hábil en la cama, tenía que admitirlo. Así que no le importaba que Charly ya no pudiera acostarse con nadie por culpa de su celosa mujer negra.

Lynn no tenía ni idea de sexo cuando Dave la desvirgó a los 13 años. A los 17, ya había dado a luz a dos hijos, Sara y Ben. Tras el difícil parto de Ben, no pudo tener más hijos. Pero vivieron una vida familiar tranquila y feliz. Dave tenía relaciones sexuales con Lynn noche tras noche; al principio, ella siempre tenía un orgasmo cuando él la penetraba. Pero se fue volviendo cada vez menos frecuente. Dave le enseñó cómo se masturbaban las chicas, y pronto volvió a quedar embarazada. Después del sexo, se masturbaba suavemente, temblando brevemente durante el orgasmo, y Dave la observaba, cansado como estaba.

En cierto momento, trajo a su hermano Charly, que no tenía novia ni con quién acostarse. Ella se negó indignada cuando Charly quiso

tener sexo con ella. Dave sonrió con amargura, pero en realidad tampoco quería compartir a su esposa, con o sin hermano. Encontró un punto intermedio: le enseñó a Lynn cómo frotar el pene de Charly hasta que eyaculara. Ella se asombraba cada vez que el semen salía a chorros del pene de Charly. Nunca lo había visto antes y sus ojos y boca se abrieron de par en par cuando sostuvo el pene de Charly y él eyaculó en un arco alto. Al principio, le resultaba desagradable que Charly le tocara el cuerpo, los pechos y la vagina mientras ella lo masturbaba, volviéndose cada vez más hábil. Incluso cuando Dave, en un momento de borrachera, accedió a que Charly tuviera sexo con ella, ella no lo quería en absoluto.

Dave fue su primer y único amor, así que no quería acostarse con Charly, para nada. Siempre se negaba y lloraba cuando Charly se abría paso a la fuerza. Dave se recostó cansado después de acostarse con ella, dejando que su hermano Charly se acostara con su esposa Lynn. Por un instante, Lynn pensó que Dave la había traicionado hacía mucho tiempo. Charly venía todas las noches durante algunos años, observándolos con avidez mientras se acostaban, esperando impacientemente a que Dave eyaculara. Inmediatamente se abalanzó sobre Lynn; era una mujer increíblemente hermosa con un gran atractivo sexual, ¡así que se lanzó con furia!

Lynn no tuvo tiempo de que su excitación sexual disminuyera; Charly inmediatamente reanudó el acto sexual y la llevó al orgasmo de nuevo en un instante. Ella se recostó, cansada y algo decepcionada, y dejó que el chico continuara. Charly a menudo la penetraba durante tanto tiempo que ella alcanzaba el orgasmo de nuevo. Pero no era suficiente para otro orgasmo; él eyaculaba demasiado pronto, y Lynn inmediatamente reanudaba la masturbación. Esta vez era su orgasmo; se complacía a sí misma con suavidad y cuidado, tal como siempre lo hacía cuando se masturbaba sola. Charly se volvió cada vez más hábil en el sexo; pronto logró penetrarla durante tanto tiempo que ella experimentó un segundo orgasmo durante el acto sexual. Dave era su pareja, pero él ya no podía llevarla al orgasmo, pero Charly era quien se beneficiaba de los preliminares de Dave y la llevaba al orgasmo dos veces. Este sexo con ambos hermanos solo cesó cuando Charly se casó con una viuda anciana y adinerada.

Ahora Lynn tenía a su marido solo para ella, pero él entraba en la habitación de los niños todas las noches y se acostaba con Sara. Lynn a veces los espiaba, pero la mayoría de las veces los dos se acurrucaban juntos. Por supuesto, vio que Dave masturbaba a Sara y le enseñó cómo hacerlo, pero pensó que eso estaba perfectamente bien. También le gustaba cuando la pequeña Sara jugaba con el pene de Dave. Hablaba mucho con Dave sobre su sexo con Sara y le decía que no había nada de malo en que quisiera acostarse con la niña. Había escuchado a escondidas a la niña, y Sara no deseaba nada más que acostarse con papá. Pero para Dave, eso era completamente impensable; le aterraba, y sería lo peor que podría hacerle a su preciosa hija, su angelito inocente. Lynn había leído su carta de despedida y comprendía perfectamente por qué Dave se había marchado.

Dave estaba destrozado por un profundo conflicto interno. Cuando Sara, de nueve y diez años, corría desnuda por la casa, tuvo pensamientos y sentimientos que ningún padre debería tener. Tras acostarse con Lynn, se coló en la habitación de Sara y se tumbó a su lado. Al principio, solo se abrazaban, pero él la masturbaba todas las noches, sentando las bases de su masturbación obsesiva y compulsiva, que la acompañaría el resto de su vida. No pasó mucho tiempo antes de que ella también empezara a jugar y experimentar con su pene. Rápidamente aprendió a frotar su prepucio con tanta destreza que él inevitablemente eyaculaba. Sabía perfectamente adónde lo llevaría todo aquello y decidió abandonar a la familia antes de hacer lo impensable.

Hace muchos meses, Ben vio al tío Charly llegar borracho a casa después de una fiesta y tomar un camino equivocado. Tuvo relaciones sexuales con la aterrorizada Sara, pero de repente se le pasó la borrachera, no eyaculó y se levantó de un salto para correr al dormitorio de su madre y tener relaciones sexuales con ella. Desde ese día, Sara ya no era virgen, y Ben eyaculaba dentro de ella si no tenía cuidado. “Ya no soy virgen”, susurró Sara con tristeza, y a Ben se le permitió introducir su pene en su vagina y eyacular sin tener relaciones sexuales con ella. Simplemente dejaba que fluyera dentro de ella cuando se masturbaba y su dedo, frotando su clítoris, lo llevaba al orgasmo. Ella lo dejaba eyacular dentro de ella durante un buen rato, sonriendo torcidamente mientras lo hacía.

Los meses transcurrieron tranquilamente. Ben eyaculó dentro de Sara y nunca tuvo que masturbarse. A Sara le resultaba increíblemente excitante dejarlo observar y verlo eyacular sin frotarse. El simple roce de su clítoris lo excitaba, y ella sentía un poder inesperado para llevarlo al orgasmo con solo frotarlo. Y entonces, una noche, sus palmas comenzaron a hormiguear, a arder como locas. Se apoyó contra la pared, y esta cedió. De repente, pudo atravesar la pared y se volvió invisible. Estuvo desconcertado solo por un instante, pero existían los superhéroes, los superpoderes. Superman, Iron Man, Capitán América. Sí, de verdad, los había visto en la televisión.

Primero fue a ver a Ruth. Estaba un poco enamorado de la niña de 12 años, pero ella pensaba que todo era un juego. Eso era lo que su padre le había dicho cuando de vez en cuando la follaba y eyaculaba dentro de ella. ¡Era solo un juego! Dejó que Ben le metiera el pene, la follara y eyaculara durante su juego; al fin y al cabo, era solo un juego. Ben se hizo invisible y se acercó a la cama de Ruth. La observó durante un buen rato mientras ella se revolvía y se movía en la cama, increíblemente excitada, pero lo único que hacía era tocarse los labios vaginales. Ben se dio cuenta de que Ruth no sabía masturbarse. Le tocó el clítoris. Ella no podía verlo, así que se quedó allí paralizada. Ben le masturbó el clítoris, y ella se estremeció y tembló en el orgasmo, pero sonrió durante el proceso. Así fue como Ruth aprendió a masturbarse, y desde entonces, lo hizo todas las noches.

Sara, por supuesto, no creía lo que él le contaba. “¡Tienes una imaginación muy vívida y ves demasiadas películas!”, comentó ella sonriendo, pero escuchaba sus relatos de aventuras mientras se masturbaba. Él se colaba en las habitaciones de las chicas y se marchaba inmediatamente si no había sexo. Muchas chicas y mujeres no tenían sexo; muchas simplemente se dormían, y él tenía que seguir adelante, atravesando paredes para encontrar a otra. Se quedaba cuando se masturbaban o tenían sexo, describiendo sus vaginas y clítoris cuando Sara se masturbaba. Se acercaba mucho a las chicas, fijándose en la apariencia de sus vaginas y en la forma en que se masturbaban. Le describía a los hombres a Sara, sus penes y cómo las penetraban y eyaculaban dentro de ellas. Sara conocía a algunas de las chicas y ahora entendía que sus padres o hermanos las violaban en secreto.

Solo duró medio año, tal vez unos meses más. Un día, de repente se hizo visible. Estaba arrodillado frente a la mujer desnuda, mirándola fijamente a la vagina mientras se masturbaba. Ella gritó: "¿Cómo había entrado? ¡Había cerrado la puerta con llave!". Se abalanzó sobre él, lo agarró del pelo y no lo soltó. Tuvo que follar a la fea mujer durante más de una hora, y ella solo lo dejó ir cuando eyaculó todo su semen dentro de ella. Corrió hacia la puerta, la abrió y salió disparado. A partir de entonces, ya no pudo hacerse invisible; podía frotarse las palmas de las manos cuanto quisiera, pero ya no funcionaba. Nunca más.

Ben habló con Sara sobre ello; ella se dio cuenta, por supuesto, de que estaba realmente triste y afectado. Pero de todos modos no le creyó sus historias y no pudo consolarlo. Además, le esperaba otra decepción. Su madre había hablado con Sara; ella y Ben eran demasiado mayores para dormir en la habitación de los niños. Ben tendría que dormir ahora con su madre y ya no con su hermana. Ben aulló y se aferró a Sara, llorando; había dormido con ella toda su vida.

Ben era un oportunista. Le daba igual acostarse con Sara o con mamá. Le manoseó el culo a mamá; ella le había dado la espalda deliberadamente. Ben tenía 17 años y necesitaba correrse; no podía dormirse sin hacerlo. Le subió el camisón; hacía años que no veía su precioso culo. Ella se hizo la muerta, dejándole manosearla y tocarla. Tenía los ojos muy abiertos y llenos de miedo, y esperaba ansiosamente el momento en que él le metiera la polla en la vagina por detrás con todas sus fuerzas, porque era una mujer muy simple, quizás incluso un poco tonta.

Sabía que cuando un hombre manoseaba a una mujer de esa manera, siempre terminaba en sexo. Eso era cierto con Dave, y también con su hermano Charly. Charly le traía el dinero de Dave, quien viajaba por todo el país, ganaba buen dinero en su trabajo y se acostaba con una autoestopista o una prostituta todos los días. Esa era la vida que había elegido, y Charly, cuya esposa ahora estaba completamente demente, iba una vez por semana a tener sexo. Él quería acostarse con una mujer de verdad, y ella lo entendía perfectamente, así que accedió. Antes solo se había acostado con Dave; él era su primer y único hombre. Nunca se había acostado con nadie más. Pero ahora

Dave se había ido, y Charly juraba por todos los santos que Dave le había dado permiso explícito para acostarse con Lynn. Al principio, no lo creyó de inmediato, pero Charly juró y juró hasta que finalmente cedió. Hacía mucho tiempo que no se acostaba con Charly. Se sentía como si fuera virgen otra vez; había abrazado suavemente a Charly y guiado su pene dentro de sí. Las primeras veces, experimentó un orgasmo intenso durante el sexo, pero este disminuyó al poco tiempo, igual que con Dave. Charly solo tenía sexo rápido y breve para liberar su energía reprimida; en ese sentido, era exactamente igual que Dave.

Los hermanos no tenían ni idea de lo que era el romance, algo que ella solo conocía por sus novelas románticas. Y ella se daba orgasmos a sí misma; Charly no estaba ahí para eso. Años atrás, él se había acostado por error con Sara, y ella se lo había reprochado durante unas semanas. Pero él nunca volvió a acostarse con Sara; ella misma se lo había dicho. Y Sara nunca confirmó su sospecha de que Ben se acostaba con ella, pero tampoco lo negó. Durante semanas, se escabullía a la habitación de los niños por la noche y veía a Ben teniendo sexo con Sara. Parecía increíblemente excitante, y de alguna manera se sentía tan orgullosa de ellos dos, que tenían sexo con tanta intimidad y pasión que ni siquiera se daban cuenta de Lynn debajo de la puerta. Por supuesto, entonces no sabía que Sara ya tomaba la píldora. Pero no podía permitir que Sara se quedara embarazada, así que había acogido a Ben. Claro que no había querido acostarse con él desde el principio, pero si tenía que ser así, entonces era mejor que se acostara con ella que con Sara.

Los dedos de Ben recorrieron sus nalgas de arriba abajo. Los ojos de Lynn se abrieron de par en par por la sorpresa cuando el chico le separó las nalgas y exploró su vulva por detrás. Estaba preparada para que la penetrara. Pero no lo hizo. Apenas se estremeció cuando su pene se movió arriba y abajo en su hendidura. Sintió que eyaculó durante un tiempo increíblemente largo. Luego se acurrucó contra su trasero y se durmió. Ahora podía masturbarse; su penetración la había excitado bastante. Permaneció acostada de lado, porque la cabeza de Ben descansaba sobre su nalga mientras se masturbaba. Ben solo se durmió cuando ella terminó.

Esto se repetía noche tras noche. Lynn dejó de usar el camisón; no era necesario. Ben la había estado penetrando entre las nalgas durante días, y volvería a hacerlo después de masturbarla. Ella comprendió, por supuesto, que él quería algo más. Se giró hacia él y se lo preguntó directamente. Él, en silencio, le tomó la mano y la colocó sobre su pene. Siguió un momento muy placentero; ella lo masturbaba todas las noches hasta que él quedaba satisfecho.

Finalmente, él quería más. Pero ella nunca le había practicado sexo oral antes, ni con Dave, ni con Charly, ni ahora con Ben. Ella le había dejado eyacular en sus pechos, dijo, porque estaba orgullosa de ellos. Él negó con la cabeza. Quería que ella continuara con su mano, pero que al final le permitiera eyacular dentro de ella. En su vagina. Ella asintió; eso estaba bien, dijo. Todos los hombres querían eyacular dentro; era perfectamente normal. Ben negó con la cabeza cuando ella le preguntó si quería tener sexo completo antes de eyacular. Tal vez más tarde, murmuró, tal vez más tarde. Ella asintió, un poco decepcionada. Sí, tal vez más tarde. Ella le practicó sexo oral y guió su pene hacia su vagina para que eyaculara. Tuvo que frotarlo dentro de ella durante un rato hasta que eyaculó. Una, dos, rara vez tres veces. Se sentía tan bien, dijo Ben cada vez, y eyaculó dentro de ella.

Probablemente tardó una semana en estar listo. Primero tuvo que superar una inhibición interna, porque nunca antes la había follado cara a cara. Ahora la follaba con devoción; Sara le había enseñado hacía mucho tiempo que tenía que esperar a eyacular hasta que ella tuviera su orgasmo, entonces estaba bien. Ben follaba a Lynn con devoción y esperaba a eyacular hasta que Lynn tuviera un orgasmo. Charly venía todos los martes por la tarde cuando los dos niños estaban en la escuela y se desahogaba. Lynn simplemente lo dejaba pasar; Charly tenía cierto derecho, porque Dave le había dado permiso. Disfrutaba follando con Ben por la noche; era muy excitante llegar al orgasmo. Follar con Charly ya no era realmente emocionante, pero ella hacía el trámite; se lo debía a Dave.

Había sido su primer marido, seguía siendo su marido, y esa era su misión.

Charly había enterrado a su esposa y poco después se casó con una mujer africana menuda y sexy. Ella estaba terriblemente celosa y rápidamente puso fin a sus encuentros sexuales semanales con Lynn. A Lynn no le importaba mucho; hacía tiempo que se había cansado de que Charly se acostara con ella solo para liberar su energía reprimida y eyacular dentro de ella. Prefería acostarse con Ben, quien se había vuelto mucho más hábil en la cama.

Dave regresó a casa. Había provocado un terrible accidente de coche, perdido una pierna y matado a una joven y a sus dos hijos. Sufrió una profunda depresión hasta el final. Lynn lo acogió con cariño, pero Dave, con una sola pierna, ya no podía tener relaciones sexuales como antes. Ella lo intentó una y otra vez, pero él simplemente no podía más. Lynn estaba furiosa con Charly; le había mentido. Dave nunca le había permitido tener relaciones sexuales con Lynn una vez por semana. Ella no volvió a dirigirle la palabra a Charly, el muy canalla.

Sara acogió a Dave; amaba a su padre más que a nada y revivió los sentimientos que había tenido cuando tenía 10 años. Él permitió que Sara lo cuidara y lo amara; ella jugaba soñadoramente con su pene y probablemente lo llevaba al orgasmo 10 veces al día. “Estoy tan contenta, papi, de que me masturbaras entonces y me enseñaras cómo. Lo he hecho todas las noches desde entonces y pienso mucho en ti. Tenía muchas ganas de follar contigo entonces, pero no querías seguirme el juego. Fue tan hermoso y maravilloso cuando, después de mucho tiempo, finalmente me dejaste deslizar mi coño arriba y abajo de tu polla hasta que te corriste. Fue casi como follar de verdad para mí. Solo me di cuenta mucho después de que no querías quitarme la virginidad entonces. Siempre dejaba que Ben mirara; a él le gustaba mucho. Charly, ese cabrón, me quitó la virginidad completamente sin querer, e incluso entonces, solo a medias. Nunca volvió conmigo, así que dejé que Ben me follara, ¡y los dos lo disfrutamos mucho! Mamá tenía miedo de que me quedara embarazada y lo llevó a su cama. En realidad no follaron durante semanas; Ben tuvo que acostumbrarse.” Dave estaba bastante enfadado con Charly; le guardaba rencor por mentirle a Lynn durante años para poder seguir acostándose con ella sin impedimentos.

Dave le contó a Sara cómo habían ido las cosas con Charly en aquel entonces. Dave estaba bastante devastado porque Lynn no podía tener más hijos; su virilidad se vio afectada por ello. Charly era muy torpe con las mujeres; ni siquiera había tenido relaciones sexuales con ninguna. Dave quería darle a Lynn más placer físico, así que llevó a Charly a su cama. Lynn se resistió y al principio solo le hacía una felación a Charly. Nunca lo había hecho antes y estaba visiblemente fascinada por la forma en que el semen salía a chorros del pene de Charly. Solo después de semanas dejó que Charly tuviera relaciones sexuales con ella. Él le había dicho a Charly que tenía que tener relaciones sexuales con Lynn inmediatamente después, y así Lynn finalmente tuvo un orgasmo. Charly hizo muy bien su trabajo y folló a Lynn hasta que ella tuvo un orgasmo y luego continuó durante un buen rato hasta que se corrió. Ella siguió masturbándose suavemente hasta que se durmió. El estado mental de Lynn volvió; le encantaban los orgasmos al ser follada y la suave masturbación posterior. Las cosas habían ido bien durante años, y antes de irse de la familia, le dijo explícitamente a Charly que los buenos tiempos habían terminado. Qué decepcionado se sintió cuando descubrió la verdad.

Se quejó de que ya no podía follar a Lynn con una sola pierna. La enfermera lo había montado un par de veces durante su convalecencia, pero a Lynn no le gustaba nada. Sara, a diferencia de Lynn, no tenía ningún problema en montar a Dave. Nunca lo había hecho antes, pero lo hizo para complacerlo. Lo montó con gran pasión y entusiasmo, porque ser follado tan maravillosamente por ella le producía un gran placer. Por un momento, parecía que Dave se recuperaba gracias a la apasionada monta. Pero fue solo un breve destello.

Una mañana no despertó; sus espíritus oscuros le habían robado el alma, la fuerza vital y la vida durante la noche.

• • •

Interludio coreano

by Jack Faber © 2024

Sian se acomodó, sintiendo cómo la excitación aumentaba en sus caderas. Kim, como siempre, apoyó un muslo sobre el suyo y se acurrucó contra su madre, que se masturbaba, dejando que sus pensamientos vagaran libremente. Kim estaba acostumbrado a acurrucarse junto a su madre mientras dormía, desde que era pequeño. Ella sonrió cuando él se meció suavemente al hacerlo. Era como si el niño disfrutara del movimiento.

Sian provenía de un barrio pobre de Seúl. Desde muy joven, se masturbaba con avidez y adicción, anhelando el sexo. Se masturbaba por las noches hasta quedarse dormida de agotamiento. Era su secreto; nunca se masturbaba con amigos. Tras terminar la escuela, tomó un curso de escritura creativa y recibió algunos encargos. Pasó un año antes de que se reconociera su talento para la escritura. Así conoció a Daewon, su futuro esposo. Él era un cineasta muy exitoso; sus películas, opulentas epopeyas ambientadas en los antiguos reinos de Corea, se vendían bien. Caminaba sobre la cuerda floja para evitar que sus películas fueran catalogadas como pornográficas. Solía editar la versión final, combinando las partes pornográficas en películas de sexo explícito y vendiéndolas a la industria pornográfica. Había comenzado con un puñado de monedas y ahora tenía una cuenta bancaria considerable. Le dijeron que era hora de casarse.

Estaban en el apartamento de una habitación de Daewon en el corazón de Seúl. Tenía techo de cristal y era completamente privado. Estaban tumbados desnudos en el sofá, ella sujetando su pene con el puño, y Daewon masturbaba hábilmente a Sian, pero ella detuvo su mano antes de llegar al orgasmo. Había sido idea suya que ella mantuviera la mano sobre su pene mientras él la masturbaba, y a ella le resultaba bastante excitante. No estaba preparada para la masturbación propiamente dicha. Así que fue aún más desconcertante cuando él continuó presionando su espalda contra su pecho y agarró su pene entre sus piernas abiertas. Nunca antes había visto un pene, ni había visto a un hombre masturbarse. Él frotó su pene muy rápidamente,

presionó la punta contra su vulva y eyaculó. Ella se sintió incómoda, porque evitar su propio orgasmo era fácil: simplemente detuvo su dedo masturbándose. Pero no quería verlo frotándose el pene, hundió la cara en las almohadas, pero no encontró la manera de evitar el chorro o el goteo. Cuando él se dispuso a frotarse el pene, ella enterró la cara en las almohadas; no quería volver a verlo. Cuando terminó, él le tomó la mano, agarró su pene y frotó el prepucio una vez de arriba abajo. Ella sintió que el líquido preseminal salía a chorros, y él usó su mano para retraer el prepucio con fuerza. Después, ella le dijo que no quería masturbarle el pene con el puño, ¡no! Daewon estuvo de acuerdo; ella solo debía retraer el prepucio con firmeza con el puño cuando saliera el líquido preseminal. Ella asintió; estaba bien. Solo retraer el prepucio cuando saliera, ese era el trato. Ahora levantó la vista de las almohadas; su líquido preseminal estaba saliendo, espeso y lento. Tenía que retraer el prepucio con firmeza, dijo él. Ella asintió, pero enterró la cara en las almohadas cada vez que él se frotaba el pene. Solo cuando murmuró que estaba a punto de correrse, ella agarró su pene con el puño y retrajo el prepucio con firmeza, y el líquido preeyaculatorio salió a borbotones, brotando de su puño en un chorro espeso y viscoso. “Me corro”, decía él cada vez, y ella retraía el prepucio con fuerza; eso era lo que él quería. Ella miró fijamente su glande, del cual el líquido preeyaculatorio ahora brotaba en un chorro espeso y viscoso. Él no cumplió el trato ni un solo día. Le agarró la mano, y ella hundió aún más la cara en las almohadas. Tuvo que sujetar su pene con el puño, y él frotó su puño con firmeza de arriba abajo. La siguiente vez, jadeó diciéndole que tenía que continuar sola. Ella miró su puño de reojo y lo frotó con la misma brusquedad que él. La siguiente vez, en lugar de enterrar la cara en las almohadas, se concentró intensamente en su pene. Lo frotó con fuerza, sacudiéndolo hasta que eyaculó. Ella lo observó frotarse el pene con el rabillo del ojo hasta que él jadeó: “¡Ahora!”. Entonces ella agarró su pene con el puño y le tiró del prepucio con fuerza durante minutos, largos minutos. Con brusquedad, justo como a él le gustaba. Cerró los ojos de placer y abrió la boca. Entonces ella lo había hecho; él eyaculó en un arco alto, y ella siguió tirando de su pene porque a él le gustaba que continuara hasta que terminó. Ella le hizo esto durante semanas porque estaba enamorada de él, y en realidad no era tan malo. Él le enseñó algo nuevo, “planear”, que a ella le gustó de inmediato.

Siempre empezaba con ella encima de él, besándolo y acariciándolo hasta que su pene se ponía duro como una roca. Daewon le había enseñado una vez cómo "planearlo". Tenía que sujetar su pene entre sus labios y frotar su coño de un lado a otro. Si quería, podía presionar su clítoris contra su pene; pensaba que eso se sentía increíble. Sus ojos brillaban, "Es casi como follar de verdad", susurró, "¡Puedo sentir tu pene con mi coño!". Él dijo que venía del mundo musulmán, donde se le daba gran importancia al himen; se llamaba "follar a la virgen", y millones de chicas lo hacían. Con movimientos amplios y fluidos, ella acariciaba su pene, y normalmente tardaba 10 minutos hasta que él eyaculaba. Ella solía tener un orgasmo mucho antes que él; temblaba durante minutos, detenía sus caricias, tocándose el clítoris solo tres o cuatro veces para provocar el orgasmo. Dejaba que disminuyera y luego volvía a acariciarlo, ¡a por el segundo orgasmo! Tenía la cabeza apoyada en su estómago, arqueando la espalda como un gato para colocar su boca bien abierta lo más cerca posible de su pene. Observaba su pene y sus labios mientras lo acariciaba y eyaculaba. A veces le salpicaba la cara, pero eso no le molestaba; se lo limpiaba con un dedo y lo lamía con una amplia sonrisa. A menudo dejaba que eyaculara en su cara o directamente en su boca; era divertidísimo. Para ella, se trataba de atrapar su eyaculación con la boca, lo cual, para su disgusto, no siempre funcionaba. De alguna manera, se sentía muy malvada y depravada cuando dejaba que eyaculara en su cara o boca. La mayoría de las veces, él solo eyaculaba en su cara; ella sonreía torcidamente y se lamía el dedo. Realmente le encantaba el roce; sus labios envolvían su pene, deslizaba su vulva de un lado a otro sobre él, presionando su clítoris contra su pene. Solo se detenía cuando él había eyaculado. A él le encantaba que ella le frotara el pene. Si su clítoris ya estaba cerca del orgasmo cuando él eyaculaba, ella seguía deslizándose hasta que lo hacía. Pero después, siempre se sentía culpable, confundiéndolo con la melancolía postcoital perfectamente normal. En realidad, nunca quería tener un orgasmo durante esas sesiones de amor, pero ahora simplemente sucedía. "Todavía tengo que hacerlo", susurraba si aún no había tenido un orgasmo, o no había tenido un segundo, y seguía frotándose hasta entonces, hasta que sus muslos temblaban y minutos después alcanzaba el orgasmo. Lo hicieron así durante muchas semanas; era lo que más les gustaba a ambos.

Contó cómo su madre le había lamido el pene cuando era pequeño y le había permitido eyacular en su boca hasta que le hizo una paja a los 10 años. A los 13, ella le enseñó a follar, y desde entonces él la ha estado follando. Él tenía casi 40 años y ella más de 60; cada vez era más difícil, su vagina se había encogido rápidamente, y para entonces solo era posible con lubricante. La visitaba cada pocos meses; incluso a los 90, ella seguía queriendo que la follaran bien y se masturbara después como siempre, aunque a su avanzada edad tenía que esforzarse durante una hora con su carne vieja y arrugada para alcanzar el orgasmo.

Tras planificarlo, Sian se recostó sobre su pecho, jugando soñadoramente con su pene y escuchándolo mientras él le contaba la historia de su vida, poco a poco. A los siete años, recibió su primera cámara de regalo. Lo primero que filmó fue a su madre teniendo que abrir la boca de par en par para que él pudiera eyacular en ella a chorros. Filmó a sus padres teniendo relaciones sexuales y a su madre masturbándose después. Sian vio cientos de vídeos en su portátil.

Amaba profundamente a su padre y no comprendía cuánto le afectaba la fuerte depresión. Después del sexo, en el que su madre decía que era muy bueno, su padre se agachaba a sus pies, llorando con melancolía postcoital. Su madre, abrumada por la lujuria, se masturbaba inmediatamente después. Las únicas grabaciones que tenía de su padre lo mostraban teniendo relaciones sexuales o llorando, con el brazo de Daewon alrededor de sus hombros. Daewon tenía 12 o 13 años cuando su padre se fue al bosque a llorar, donde lo encontraron seis meses después. Daewon estaba ahora solo con su madre; tenía relaciones sexuales con ella todas las noches hasta que ella se agotaba y la filmaba masturbándose.

A los 18 años, empezó a trabajar para uno de los cineastas más famosos de la vieja escuela, quien pronto se dio cuenta de que no era un buen camarógrafo, sino un editor muy talentoso. Aprendió a editar películas con rapidez e hizo que el maestro se volviera aún más famoso. El viejo se acostaba con todas las actrices antes de filmar. “Aquí hay que saber quién manda”, decía el viejo, que tenía que apretar los dientes por el esfuerzo de tener sexo con ellas, “y, además, las chicas actúan con mucha más pasión cuando han sido folladas”. Ar-

mado con tales enseñanzas dudosas, el joven Daewon lo siguió y se acostó con todas las actrices, famosas y no tan famosas. En esos cuatro años, Daewon se acostó con todas las actrices de la ciudad al menos una vez. El viejo maestro se volvió cada vez más excéntrico y bizarro; hizo películas pornográficas donde niñas menores de edad eran folladas sin piedad. Fue encarcelado por esto y se ahorcó después de 14 días.

Daewon aprovechó los contactos de su amo en la industria pornográfica y vendió cientos de vídeos que había grabado de su madre. Ahorró lo suficiente para rodar su primera película. Era un fastuoso drama de época, que eludió la censura porque mostraba mucha desnudez y solo cortaba cuando las actrices estaban teniendo relaciones sexuales. Vendió lo que tuvo que cortar a la industria pornográfica y se hizo rico. Se acostó con todas las actrices, incluso con las extras, y disfrutó tanto del dinero como del sexo por igual. Conoció a Sian, y su naturalidad lo fascinó desde el primer momento. Quería casarse con Sian cuanto antes, pero ella aún no estaba preparada para tener relaciones sexuales con él.

Sian no tenía mucho que contar. Ella también había crecido en un apartamento diminuto y dormía en una colchoneta con sus padres. Recordaba que sus padres tenían relaciones sexuales todas las noches, y si no estaba completamente oscuro, podía verlos. Su padre era su héroe en aquel entonces; se acostaba sobre el ombligo de su madre y observaba, excitada, cómo su héroe se frotaba su gran pene hasta que se ponía rígido y lo introducía en su vagina. Era fascinante verlo embestir durante diez minutos y luego eyacular dentro de ella al final. A la pequeña le resultaba increíblemente excitante el sexo y se tocaba y se acariciaba la vulva. Pero cuando tenía unos diez años, su padre solía dormir fuera de casa, y su madre se sentía muy dolida porque no podía hacer nada contra las niñas. Fue entonces cuando empezó a masturbarse y a abrazar a su hija. Así fue como Sian también aprendió a masturbarse, y no era ningún secreto entre ella y su madre. Tuvo una educación muy estricta y nunca había experimentado sexualmente con sus novias o novios. Esa era la razón por la que seguía siendo virgen.

— Todavía soy virgen, señor Daewon — dijo ella — . ¡Quiero esperar a casarme para tener relaciones sexuales! Y el señor Daewon quedó impresionado. Así que se casaron primero, y luego ella se entregó a él. Apenas sintió su primera vez; no tuvo un orgasmo la primera vez que tuvieron relaciones. Solo cuando él la puso boca abajo a altas horas de la noche y la penetró por detrás tuvo un orgasmo jubiloso. Eso se mantuvo igual durante todos esos años; tenía un orgasmo cada vez que él la penetraba por detrás. Él fue su primer y único hombre, y disfrutaba teniendo orgasmos estando medio dormida. Siempre esperaba a masturbarse hasta que Daewon se hubiera vuelto a dormir, porque se masturbaba todas las noches de su vida.

Sian se convirtió en una excelente guionista, tras sumergirse en la historia de los primeros reinos de Goryeo. Daewon le mostró los primeros cortes sin editar del metraje. Sin embargo, les permitió continuar filmando las secciones que luego tendría que recortar. Los protagonistas tenían sexo frente a la cámara; por lo general, la actriz era penetrada por tres o cuatro hombres sucesivamente. Solo contrataba actrices que aceptaban ser penetradas durante el rodaje. Rara vez alguien podía permitirse rechazar un papel, pero él prefería perder a la actriz antes que permitir que la penetraran. No se lo ocultó a ninguna de las chicas; una mala reputación era mejor que ninguna. Sian vio el metraje con él, tapándose la boca con la mano porque había sido criada de forma muy convencional y ahora estaba viendo a cientos de mujeres hermosas teniendo sexo.

Ella escribía excelentes guiones para Daewon. Pronto se dio cuenta de que él necesitaba dos: uno que pasara la censura y otro destinado a la industria pornográfica. Era sexualmente inexperta; Daewon fue su primer y único hombre. Pero tenía una imaginación desbordante, vio muchas de sus películas pornográficas y compuso escenas muy intensas que los actores simplemente tenían que recrear. Daewon estaba encantado porque ella le entregaba material verdaderamente inusual y sensual. La audiencia femenina se disparó porque el público podía percibir que sus guiones debían haber sido escritos por una mujer sensible. Ella y Daewon estaban encantados con el aumento de audiencia y las grandes ganancias.

Su hijo Kim era un niño tranquilo y dulce. Desde pequeño, aceptaba tener que esperar horas en la guardería o con una niñera hasta que sus padres volvieran del trabajo. Daewon le había preguntado a Sian, cuando Kim aún era pequeño, por qué no le tomaba el pene en la boca y lo lamía; era una práctica común y supuestamente buena para el niño. Ella había oído hablar de ello durante mucho tiempo; sus amigas les tomaban los penes pequeños en la boca y, por supuesto, los dejaban eyacular dentro hasta que fueran lo suficientemente grandes para una masturbación. Estaba horrorizada, pero todas las que tenían un hijo lo hacían. Así que le tomó el pene al niño en la boca y lo lamió durante un rato. Cuando empezó el colegio y eyaculaba en su boca cada vez, ella dejó de hacerlo gradualmente hacia el final del curso escolar. Kim había disfrutado de tener su pene en la boca desde muy pequeño. Cuando tuvo edad suficiente para eyacular y fue a orinar por la mañana, comprobaba si ella seguía dormida. Se frotaba la erección matutina y eyaculaba en el inodoro. Ella abrazó al niño y le preguntó si le gustaría eyacular en su boca. Él estaba muy inseguro y preguntó si podía, y ella asintió. “Por supuesto que puedes eyacular en mi boca, pequeño, no hay problema y estoy segura de que te sentirás de maravilla”. Dijo que a varios de sus compañeros de clase se les permitía eyacular en la boca de sus madres, y que lo había imaginado cien veces, eyacular en la boca de Sian, pero nunca se había atrevido a mencionárselo. Había visto repetidamente videos de sus compañeros eyaculando en la boca de sus madres, pero generalmente estaba más interesado en ver a las madres desnudas, que casi siempre solo se veían como siluetas. Sian sonrió con ternura mientras su hijo hablaba de ello con tanta franqueza y confianza. Hablaron de cómo ella quería que él eyaculara en su boca. Le encantaría, dijo Sian, tomar su glande entre sus labios y dejar que eyaculara dentro. Ella lo masturbó, luego tomó su glande entre sus labios y lo dejó eyacular dentro. Hicieron esto durante muchos meses. También habían intentado que él se masturbara con la mano y solo al final metiera su pene profundamente en su boca para eyacular dentro, pero eso no le gustó para nada. Así que ella lo masturbó y lo dejó eyacular dentro al final. Pero a ambos les gustaba más cuando él metía su pene completamente en su boca desde el principio y ella lo chupaba y lamía hasta que eyaculaba. Ella continuó chupándolo y lo dejó completamente seco.

Él asintió, con los ojos brillantes. Le permitieron eyacular en su boca, y ella obedientemente tragó su semen. Disfrutaba mucho de que ella lo chupara y lamiera, y su rostro se iluminó al acercarse al clímax. Su pene se contrajo sobre su lengua; eyaculó rítmicamente, esforzándose por meterlo todo en su boca, y ella lamió, chupó y mordisqueó su pene con gran pasión. Ella lo había lamido durante cuatro años y le había permitido eyacular en su boca durante dos, y ahora, al cumplir diez años, habían cambiado a la masturbación manual.

Daewon fue el primer y único marido de Sian; ella era completamente inexperta sexualmente. Pero se dejó convencer por Daewon para que la hiciera de doble de cuerpo. Eran primeros planos de sexo, y a menudo tenía que ser penetrada por ocho o diez hombres seguidos. Al principio, se quedó en shock. Daewon era su marido, el único, ¡y no podía permitir que hombres desconocidos, incluso profesionales, la penetraran así! Pero Daewon lo minimizó; era trabajo, no infidelidad. Él siempre estaba ahí, y su disgusto inicial se desvaneció. Además, porque muy a menudo tenía orgasmos con estos profesionales. De alguna manera era excitante, porque los hombres eran profesionales bien dotados que sabían exactamente cómo hacerla llegar al orgasmo. Tenía que aprender a separar bien los labios vaginales y la vagina después del orgasmo para que el cámara pudiera apuntar lo más profundo posible, asegurándose de que la eyaculación fuera claramente visible y filmada. Siempre miraba las grabaciones con mucha atención, pensando en cómo podría mejorarlas. No funcionaba muy a menudo, y solo cuando el hombre retiraba ligeramente su pene durante la eyaculación. Daewon le aseguró que usaría todas las grabaciones, incluso aquellas que no mostraban bien la eyaculación. La eyaculación siempre era visible porque los penes se contraían y se contraían de forma bastante evidente. Había acordado con los profesionales que sacaría un poco el pene con los dedos durante la eyaculación para que el camarógrafo pudiera obtener una buena toma del chorro. Ahora tenía una cantidad increíble de sexo sin sentirse como una puta, y se dejaba follar durante horas para saborear cada segundo. Daewon, como ahora se daba cuenta, no era un muy buen amante. Solo tenía un orgasmo si él la despertaba de nuevo a altas horas de la noche y la follaba por detrás.

Por la noche, ella le tapaba los ojos al pequeño Kim con la mano para que durmiera y no viera nada. Pero el niño le contaba que su padre siempre se acostaba con la vecina muy rápido cuando venía a recogerlo. La señora Nakamura era una camarera que siempre andaba por el apartamento con un yukata desabrochado, que se abría cada vez que su padre se acostaba con ella. Él siempre tenía que hacerlo muy rápido, pero el pequeño Kim lo veía todo y siempre se lo contaba a Sian. Ella se enfadaba, no por el acto en sí, sino porque Daewon dejaba que el niño lo viera tan despreocupadamente.

Sian se había vuelto bastante experta en alcanzar el orgasmo mediante sexo anal. Después de que cientos de hombres la usaran como doble, cada vez estaba menos dispuesta a tener relaciones sexuales con ellos. Su educación estrictamente convencional y su íntima relación sexual con Kim comenzaban a salir a la luz. Daewon fue lo suficientemente perspicaz como para ayudarla a superarlo gradualmente. Ella se contentaba con tener sexo con Daewon; era un deber conyugal. Por eso, fue aún más sorprendente cuando él solicitó el divorcio. Había tenido tantas aventuras con actrices muy jóvenes que ya no quería someterla a eso. Ella permaneció en el apartamento de una sola habitación, y él venía cada pocas semanas para tener sexo con ella y pasar la noche juntos.

Estaba acostumbrada a tener muchos orgasmos durante el rodaje. Ahora, tras retirarse del cine erótico, se masturbaba con la misma intensidad que cuando era joven. Un orgasmo por noche no le bastaba; interrumpía su trabajo en el portátil para masturbarse. Solo tenía que ser considerada con Kim.

Cuando Daewon iba a tener relaciones sexuales, llevaba a Kim a casa de un vecino y lo recogía enseguida. Sin embargo, por la noche, cuando Daewon la penetraba por detrás hasta que ella llegaba al orgasmo, a menudo era imposible evitar que Kim se despertara y los espiara. Esto la avergonzaba muchísimo, pero no podía evitarlo.

Kim llegó a la edad en que empezó a interesarse por las mujeres. Ella encendió la pequeña luz y le mostró su vulva, explicándole todo con detalle y mostrándole cómo se masturbaban realmente las chicas y las mujeres. Él estaba muy interesado y atento; se había inclinado

mucho para verla masturbarse de cerca. Ella le había explicado el proceso con precisión, y ahora él tiraba y jalaba constantemente de su pequeño pene mientras ella se masturbaba frente a él, sus muslos comenzaban a temblar y ella tenía un orgasmo maravilloso. Quería saber cómo era al final, su orgasmo. Ella le dijo que los hombres también podían tener un orgasmo cuando se masturbaban con la mano. "¿Quieres que te lo muestre, que lo haga por ti? ¿Hacer que eyacules muy bien con mi mano?" Kim asintió con entusiasmo; nunca había eyaculado con la mano antes, solo en la boca de Sian, durante años, y ahora preguntó con curiosidad: "¿De verdad quieres hacerlo?" porque consideraba que la sola idea era mágica. Ella tomó su pene en su mano; era un pene pequeño y hermoso. Ella retrajo el prepucio, pues nunca lo había hecho con la mano; solo lo conocía por videos. El pequeño glande quedó completamente expuesto y ella comenzó a frotarlo. Kim exclamó "¡Ooh!" cuando empezó a eyacular, y Sian continuó frotando hasta que terminó. Él estaba absolutamente encantado con la eyaculación, y ella tenía permiso para masturbarlo y dejarlo eyacular una o dos veces cada noche. Siempre esperaba a que se durmiera exhausto antes de masturbarlo.

Kim se despertaba cada vez que Daewon follaba a Sian por detrás por la noche. A veces él deslizaba su pene en la mano de ella, y ella lo llevaba suavemente al orgasmo mientras él la follaba. Daewon se daba cuenta, por supuesto, pero no le importaba porque era bastante normal y común que una madre masturbara a su hijo. Su madre le había dejado eyacular en su boca desde pequeño y luego lo había masturbado con la mano. No fue hasta que tuvo 13 años que su madre le permitió tener sexo. Al igual que su padre había sido masturbado por su abuela, y tuvo sexo con ella a diario desde los 14 años hasta su matrimonio a los 30. Ahora Sian le hacía a Kim dos o tres mamadas cada noche hasta que estaba exhausto y se dormía. Pero un día, ya no fue suficiente para él.

Kim volteó a la atónita Sian boca abajo. Se arrodilló entre sus muslos, separándolos con las manos. "¡Me gusta follar, mamá!", susurró con voz ronca. "¿Sabes cómo?", preguntó ella por encima del hombro, y él asintió con entusiasmo. "¡He visto a papá follarte muchas veces!". Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendida y completamente desconcertada, al sentir su pene abriéndose paso entre

sus nalgas. “¡Me gusta follar, mamá!”, sonó más como un grito de auxilio. “Sí, adelante, ¡está bien!”, confirmó ella. Bajó la cara entre las manos avergonzada; él ya estaba listo, y la iba a follar, y ella iba a dejar que la follara, tal como algunas de sus amigas habían dejado que sus hijos las follaran. Había oído de algunas amigas que sus hijos las follaban todas las noches hasta que se independizaron de sus madres a mediados o finales de sus veintes y se casaron. Sian había olvidado esas historias susurradas, porque le hacía una mamada a Kim todas las noches y pensaba que eso era suficiente. Ahora ella era una de ellos. Él le separó las nalgas con ambas manos y esperó con incertidumbre. Ella metió la mano debajo, agarró su pene y tiró del prepucio con fuerza. Luego guió su pene hacia su vagina, introduciéndolo por completo. Kim había entrado con cuidado; era la primera vez que metía su pene en la vagina de Sian, en cualquier vagina. Se sentía increíblemente bien. “¿Ya lo has metido del todo?”, preguntó ella suavemente. “No, no del todo.” “¡Entonces mete tu pene tan profundo como puedas!”, ordenó ella. Él lo metió del todo. “¡Hasta ahí llega, mamá!”, susurró. “Cuando lo pusiste en mi boca, lo lamí hasta correr y luego me lo tragué.” Él asintió. “Sí, así fue”, confirmó. “Ahora es diferente. Lo has metido del todo, ¿se siente bien ahí?” De nuevo confirmó: “Sí, mamá, ¡es mucho más excitante que en tu boca!” — lloró en voz baja — . Ahora tienes que meter y sacar, como papá. — Asintió y dudó — . ¡Ahora mismo, mamá, ahora mismo! — Pero luego volvió a sacar su pene, se acostó junto a Sian y susurró lastimosamente — . ¡No puedo, mamá, no puedo!

Ella lo abrazó con ternura. Se sentó con las piernas bien abiertas frente a él y lo atrajo hacia sí. “Solo lo meteremos y no haremos nada más”, dijo con firmeza. Él asintió, sorbiendo por la nariz, y ella guió su pene hacia su vagina. “Empújalo hasta el fondo”, dijo, y lo abrazó. Se quedaron abrazados durante quince minutos, y ella sintió que su pene comenzaba a palpitar y a eyacular. “Ya vino”, susurró él, y ella asintió. Noche tras noche, se sentaban así, abrazados, y ella lo mecía suavemente de un lado a otro hasta que él eyaculaba dentro de ella. Sian sintió que ya no tenía miedo y sugirió que lo intentaran de nuevo. Ella le dijo que prefería que la penetraran por detrás; era su posición favorita. Él asintió, “¡Sí, mamá!”.

Kim había visto a Daewon follar a Sian por detrás suficientes veces. Simplemente tenía que hacerlo de la misma manera, y lo hizo. “¡Mamá, mi polla está palpitando tan fuerte y creo que voy a correr!” gritó desesperadamente, apenas dos o tres veces. “Conténte, tienes que empujar mucho más tiempo antes de correrte”, susurró ella, pero ya podía sentir el primer chorro. Pero se estaba corriendo demasiado rápido, y era demasiado pronto, él mismo lo sabía. Se tumbó junto a su madre, avergonzado. Ella le acarició la cara. “¿Estuvo bien?” susurró, pero él negó con la cabeza. “Fue demasiado rápido”, dijo lastimeramente, “¡demasiado rápido, demasiado pronto!” Ella lo acarició con ternura. “La próxima vez”, lo consoló, “la primera vez siempre es demasiado rápido”. Durante los siguientes días, ella se sentó frente a él de nuevo con las piernas abiertas, comenzó con su puño y guió su pene hacia adentro hasta que eyaculó, luego lo intentaron de nuevo. Ella lo había masturbado antes del coito para que él ya hubiera eyaculado una buena cantidad de semen, y luego lo intentaron de nuevo. Ahora él folló como debía y eyaculó bastante tarde. Sian dijo que eso era normal.

Ella practicaba todas las noches con Kim, quien pronto aprendió a contener su eyaculación por más tiempo. Sin embargo, aún pasaron varias semanas antes de que ella tuviera su primer orgasmo. Ella lo guiaba y dirigía, indicándole exactamente qué puntos de su vagina debía estimular con sus embestidas. Era obvio que solo le permitiría penetrarla por detrás. Solo en esa posición podía tener un orgasmo con Daewon y Kim. Los orgasmos que tenía con los profesionales eran la excepción, pero al fin y al cabo, eran profesionales. Ni Daewon ni Kim eran profesionales. Kim ahora había comprendido lo que era importante. Ella dejaba que Kim la penetrara todas las noches y le permitía observarla masturbarse si él quería; ya no tenía las mismas reservas sexuales hacia él que tenía con Daewon.

Una noche fueron atacados. La mafia coreana, los Jo-Pok, los secuestró y extorsionó a Daewon para pedir un rescate. Los encerraron en un calabozo oscuro durante diez días. Cada pocas horas, uno u otro gánster venía y follaba a Sian con tanta fuerza que la dejaba completamente inconsciente. Kim se sentó en un rincón y se escondió. Podía ver directamente la vagina de Sian y el pene que la penetraba y eyaculaba dentro de ella. Estaba listo para saltar y rescatarla

si alguien intentaba hacerle daño, pero nunca llegó a tanto. A veces venían solo uno o dos, a veces cinco. Kim miraba a la madre siendo follada por los hombres uno tras otro, y se avergonzaba porque a veces parecía realmente excitante. Vio que los muslos de Sian aún temblaban por su orgasmo y que sus dedos exploraban desesperadamente su clítoris. Seguía retrayendo su prepucio y mirando su coño y clítoris hasta que eyaculó. Se secó la mano, la abrazó después de cada violación y la consoló como solo un chico de 14 años podía hacerlo. Permanecieron abrazados durante 10 días, y probablemente fueron unos 50 hombres quienes la violaron. El intercambio de rescate fracasó tres veces y solo tuvo éxito al cuarto intento. Les vendaron los ojos y los dejaron en un muelle del río Han, donde Daewon podía recogerlos. Daewon mandó instalar inmediatamente una pesada puerta de acero.

Durante un tiempo, Sian no pudo tener relaciones sexuales, ni con Daewon, ni con Kim, ni siquiera masturbarse. Las violaciones no eran algo que pudiera superar fácilmente. Sian acudía a una buena terapeuta todos los días, quien la ayudó a liberarse de toda esa suciedad. Se tomó su tiempo, volvió a masturbarse por primera vez en semanas, y una noche permitió que Kim tuviera relaciones sexuales con ella. Todas las noches se acurrucaba en sus brazos, se abrazaba a él y le susurraba que aún no podía. Kim la abrazaba con fuerza; ahora él era el fuerte en quien podía apoyarse.

Después de meses, intentó escribir un guion de nuevo. Veía repetidamente los montajes sin editar de su época como doble de cuerpo para revivir algunas de las sensaciones del pasado. Era mucho más excitante cuando Kim la observaba. Llamó a Daewon; quería volver a trabajar como doble de cuerpo. Por supuesto, él aceptó, y ella volvió a tener sexo con 10 o 12 hombres por la tarde frente a la cámara. Sentía que era su vocación. Daewon pensaba que no debería limitarse a ser una doble de cuerpo en primeros planos; debería aparecer en clips cortos como actriz porno. De hecho, tenía talento para ello, y ocasionalmente filmaba una película porno completa. Pero la mayor parte del tiempo seguía siendo doble de cuerpo, y honestamente, eso era lo que más le gustaba porque podía ser penetrada a fondo por una docena de hombres y muy a menudo tenía un orgasmo con estos profesionales.

Kim estaba progresando espléndidamente; ahora tenía 15 años, aprendía excelentemente en la escuela y por la noche Sian se tumbaba boca abajo, esperándolo somnoliento.

• • •

Noches blancas

von Jack Faber © 2024

Sarah empezó a interesarse por la sexualidad poco antes de cumplir 14 años. Adele era un año mayor, repetía curso y era increíblemente guay. Adele dejaba que los chicos se acostaran con ella, lo cual era genial. Pero seguía siendo virgen, y eso era aún más guay. La virginidad era imprescindible en su comunidad judía, muy estricta; no había escapatoria. Adele se rió. ¿Que no había escapatoria? ¿En serio?

Adele tenía la casa para ella sola, y su familia lo respetaba. Adele había invitado a Sarah a su casa para tener relaciones sexuales. Su pulso se aceleró mientras ella, junto con Adele y Jonas, se desvestían. Sarah examinó el pene con atención. Era el primero que había podido observar con detenimiento.

Adele se tumbó boca arriba, levantó las piernas hacia el cielo y las abrazó. Dejó caer las rodillas a la altura de la cara, ofreciendo su trasero perfectamente redondo tanto el agujero para follar como el ano. Separó las nalgas con las manos y presionó los pulgares contra la vulva. Jonas lubricó su ano. Sarah observó atentamente cómo Jonas penetraba el ano de su alta amiga y la follaba. Miró los pulgares de Adele y poco a poco se dio cuenta de que eran los pulgares de Adele los que le habían hecho llegar al orgasmo el clítoris. Después de eyacular, Jonas retiró su pene y se sentó. Adele se rió. “¡Menuda follada a una virgen!”, exclamó, riendo sin parar y con voz estridente.

Así fue como Sarah aprendió sexo anal virgen. Adele era su mejor amiga, quien le enseñó todo. Los padres de Sarah vivían como si estuvieran separados. Su padre, que rondaba los 70 años, era el mejor sastre del pueblo; trabajaba día y noche hasta la madrugada. Solía disfrutar teniendo relaciones sexuales con su esposa temprano por la mañana, pero estaba envejeciendo rápidamente. La madre de Sarah, a quien llamaban Mame en la familia porque hablaban yiddish y alemán, tenía varios admiradores con quienes desaparecía en el dormitorio por las tardes. Mame era perversa en cierto modo; le encanta-

ban especialmente los chicos jóvenes de entre 12 y 15 años. Solía atraer a dos o tres a su dormitorio y dejar que se turnaran para tener sexo con ella hasta que los pobres chicos ya no podían mantener la erección.

Sarah solo lo entendió cuando fue mayor. Su madre no lo ocultó; era veinte años menor que su marido, con quien mantenía relaciones sexuales como mucho una vez por semana, con gran dificultad. Sarah observaba al anciano teniendo sexo y no le resultaba excitante. Su pene estaba muy arrugado y medio flácido; apenas lograba introducirlo en su vagina con gran dificultad. A Sarah no le excitaba mucho cuando él entraba y salía, sobre todo porque tardaba mucho sin que ella se excitara particularmente. Sabía, por el sexo anal, lo increíblemente excitada que era y cómo bastaba con frotarse un poco el clítoris para alcanzar el orgasmo. Para asombro de la pequeña Sarah, que la espiaba, su madre nunca llegaba al orgasmo mientras tenía relaciones sexuales con su padre, sino que solo se masturbaba después de que él se hubiera dormido. Su madre ponía cara de indiferencia y dejaba que él eyaculara dentro de ella sin pensarlo dos veces. Cuanto más viejo se hacía, más a menudo tenía que sacar su pene, agachándose como un mono jorobado sobre Mame y frotando su pene arrugado con su puño huesudo durante un buen rato hasta que su semen rezumaba laboriosamente. Dejaba que su semen goteara sobre la vulva de Mame y se escabullía abatido bajo las sábanas. Mame se limpiaba, y entonces todo terminaba, y dejaba que sus admiradores la follaran durante el día. Sarah rara vez espiaba, pero enseguida se dio cuenta de cuánto disfrutaba Mame del sexo.

Tenía 18 años cuando sus padres encontraron al hombre perfecto para ella. Ari era un hombre amable y bueno, casi diez años mayor que ella, con 27 años. Trabajaba en el negocio familiar; su padre había fundado una gran empresa de transporte de mercancías con más de cien camiones propios y tres depósitos de carga. El trabajo se prolongaba hasta altas horas de la madrugada. Se enamoró de Ari, hijo de una familia adinerada, y se dejó penetrar analmente con fervor. Acordaron cumplir con las expectativas de sus respectivas familias judías y casarse con Sarah siendo virgen.

Ari le había contado a Sarah que había vivido con su madre desde los 13 años y que aún se acostaba con ella todos los días, hasta su noche de bodas. Era la única mujer con la que se había acostado; había aprendido todo de ella. Cuando era pequeño, ella se masturbaba dos veces al día, por la mañana y por la tarde. Al niño se le permitía acostarse entre sus muslos y observarla masturbarse de cerca. Después de diez años de matrimonio, ella perdió todo interés en el sexo y la masturbación; simplemente lo dejaba pasar. Ari se acostaba con ella todos los días, y ella se masturbaba después porque a Ari le gustaba así. Ari, su esposo y su propio padre, quien se había acostado con ella durante una década, eran las únicas personas con las que se había acostado en toda su vida. Ari dijo que su madre se lo había contado cien veces. Cuando era niña, era perfectamente natural y esperado que su padre se acostara con ella. La madre, que nunca le había permitido follarla desde la primera y única vez, acostó a la fea niña de 13 años junto al padre con una sonrisa maliciosa, porque él simplemente estaba harto de que su madre lo follara con el puño y deseaba desesperadamente follar una vagina. Ella siempre había observado, dijo la niña, cuando su madre lo frotaba con el puño y lo hacía eyacular. “Y también he visto follar muchas veces”, continuó la niña, “¡cuando follaste a Ninni!”. La madre sonrió con descaro: “¡Eso es exactamente lo que no quiero, que te folles a Ninni o a ninguna otra mujer! La niña ya es mayor, puedes follarla tantas veces como quieras, ¡me da igual!”. El padre no se atrevió al principio, pero la madre insistió en que follara a su hija, ¡punto! El padre se acercó con cautela y preguntó, probablemente cien veces, si la niña lo deseaba. Ella asintió con los ojos brillantes; su padre era su gran héroe, y había soñado mil veces mientras se masturbaba que él la follaría. Temblaba de excitación, la penetró con ansiedad y cautela, y la desfloró con delicadeza. A partir de entonces, la folló todas las noches. Ella nunca tuvo un orgasmo, pero se masturbaba como su madre después del sexo. Se acostó con su padre todas las noches hasta que quedó embarazada a los 26 años y tuvo que casarse muy pronto.

Los padres tenían habitaciones separadas debido al horario laboral del padre. Él llegaba todas las mañanas para tener relaciones sexuales con su esposa, y Ari tenía que fingir que dormía. Al padre siempre le daba vergüenza tener relaciones sexuales con su esposa delante de su hijo, pero así eran las cosas. Después del sexo, veían el

pene rígido y erecto del niño palpitando. Ella lo señalaba con la barbilla cada vez, diciendo: "¡Mira cómo palpita y pulsa su pene! ¡Pobre chico, debe estar soñando con sexo! ¿Debería?", y el padre se encogía de hombros. Pensaba que era un gesto completamente inocente cuando su esposa acariciaba el pene del niño y lo frotaba con el puño hasta que eyaculaba mientras dormía. Se consideraba afortunado de tener una esposa tan cachonda. Nunca se enteró de que su hijo tenía relaciones sexuales con su esposa todos los días.

Sarah había escuchado muy atentamente a Ari. Mientras él hablaba, ella jugaba con su gran pene, acariciándolo suavemente, pero no volvió a ponerse erecto; después de todo, acababan de follarla por el culo. Había tocado muchos penes circuncidados antes, pero el suyo era el más hermoso. ¿O acaso veía las cosas de color de rosa porque estaba encaprichada? "¿Debería hacer que se corra con mi puño?", preguntó en voz baja, pero él negó con la cabeza. "¿Me vas a contar exactamente cómo empezó con tu madre?", preguntó porque le había descrito con gran detalle cómo había comenzado el sexo anal con Adele, porque él quería saberlo. Él asintió y comenzó a contar su historia.

Tenía trece años y me masturbaba en cada oportunidad. Una noche, no pude resistir más la tentación. Deseaba desesperadamente que mi madre me masturbara porque algunos de mis compañeros de clase se jactaban descaradamente de ello. Superé mi resistencia interior y entré desnudo en la habitación de mi madre. Ella dormía en camisón, así que me metí en la cama junto a ella y me acurruqué a su lado. Mi pene rozó su costado y se despertó porque me estaba masturbando furiosamente. Se giró hacia mí y me preguntó qué estaba haciendo. No respondí directamente; ya estaba irremediablemente cerca del orgasmo. «¡Por favor, por favor! ¡Hazlo!», grité con desesperación, porque estaba seguro de que estaba a punto de echarme de casa.

Para mi total sorpresa, no lo hizo. Sin decir palabra, agarró mi pene y me atendió, colocándolo contra sus muslos para que eyaculara. Se quitó el camisón y, después de que la contemplara durante un buen rato, apoyé la cabeza en sus pechos. Nos susurramos al oído y me sentí maravillosamente seguro y protegido en su abrazo. Me inte-

rrogó extensamente sobre lo que hacía sexualmente con las otras estudiantes. Le conté todo con sinceridad y se echó a reír a carcajadas porque algunas chicas nos dejaban a los chicos verlas masturbarse. “¡Así son ustedes, los chicos, siempre queriendo ver ese secreto!”. Le dije que ella misma lo hacía; ¡yo mismo lo había visto antes!

Se puso seria de nuevo. “¡Ay, mi pequeña Ari, hace siglos que no lo hago!” Estaba confundida, ¿por qué no? Dijo que un día simplemente había perdido todo deseo sexual, así sin más. Nadie tenía la culpa, simplemente ya no lo quería. No se había masturbado en años, y tampoco quería tener sexo. Su padre entraba en su habitación todas las mañanas después del trabajo para tener sexo con ella; tenía sexo con ella para eyacular. Había dicho años atrás que sentía lástima por ella, pero seguía viniendo todas las mañanas. La bombardeé a preguntas; quería saberlo todo sobre sexo. Me lo contó todo, ¡y me puse roja como un tomate, te lo aseguro! Entonces se le ocurrió un plan.

Debería quedarme con ella, fingir que estaba dormida por la mañana y observarlos a escondidas mientras tenían sexo. Vería por mí misma que ella no lo estaba disfrutando. Asentí con entusiasmo; ¡esto iba a ser emocionante! “Y si tienes una erección, lo haré por ti, pero tienes que fingir que estás dormida, ¿de acuerdo?” Y así sucedió. Papá llegó por la mañana y despertó a mamá. Apenas pegué ojo porque estaba muy excitada y completamente despierta, pero por supuesto, fingí. Papá se molestó y enojó al principio porque yo estaba allí acostada fingiendo dormir, pero ella dijo que el chico seguía profundamente dormido y que no debía enojarse, sino venir; ¡para eso había venido, después de todo! De reojo, lo vi todo. Ella me guiñó un ojo en secreto cuando papá llegó. “¡Sí, vamos, correte dentro!”, le gritó suavemente y lo abrazó mientras él llegaba, ¡porque realmente se amaban!

Papá se tumbó exhausto junto a mamá, y ella le dijo: “El pobre chico debe estar soñando con follar, ¡mira cómo palpita y late su erección!”. Él no abrió los ojos y solo gruñó: “¡Mmm!”. Mamá susurró: “¡Pobre chico, tengo que ayudarlo!”. Él solo gruñó otro cansado “¡Mmm!” y mamá, con mucho cuidado y discreción, me masturbó el pene con el puño, pero ahora abrió los ojos cuando ella le dio dos o tres golpes firmes con el puño y me hizo eyacular.

Ella se limpió los dedos y papá dijo: “¡De verdad que sigue dormido!”. Mamá asintió con aire de suficiencia: “¡Claro! ¡No es la primera vez que se lo hago!”. Ahora tenía que contarle una historia inverosímil, pero él se lo creyó todo y se quedó dormido. Se fue a su habitación después de 20 minutos. Todas las mañanas la veía masturbar a su hijo dormido con el puño después de tener relaciones sexuales. La vi tener sexo así durante años, hasta que él poco a poco empezó a venir con menos frecuencia.

Le susurré durante un buen rato, exigiendo, insistiendo, que quería follarla como lo hacía papá. Al principio se resistió por completo, pero no me di por vencido. “¡Pues bien, en el nombre de Dios!” maldijo, y entonces la follé por primera vez. No estaba nada excitada y me hizo trabajar duro, porque ya me había corrido hacía poco y me llevó mucho tiempo. ¡Guau! ¡Qué maravilloso se sentía dentro de su coño! Se lo dije, y ella sonrió. “¡Ahora fóllame fuerte y salvajemente y lléname por completo, de verdad por completo, porque no quiero follármela una segunda vez!” Al principio solo estaba un poco excitada y me hizo trabajar duro, ya que ya me había corrido hacía poco y me llevó mucho tiempo follármela. ¡Pero fue celestialmente bueno y excitante! Dejé mi polla dentro de su coño y, después de un breve descanso, la follé una y otra vez hasta que no pude más. Se puso muy excitada y respiraba con dificultad, su dedo vibrando en su clítoris. Me miró fijamente a los ojos, y pensé que estaba teniendo orgasmo tras orgasmo con el dedo vibrador, pero no lo demostró en absoluto, ¡ni un poquito! Me miró fijamente a los ojos pero no dijo nada mientras yo seguía eyaculando dentro de ella. Solo retiró el dedo cuando saqué mi pene. Respiré hondo, y cuando pude respirar con calma de nuevo, le dije que lo hiciera como lo hacía consigo misma hace 10 años; me sentaría entre sus piernas y la vería masturbarse.

Tuve que trabajar con ella durante mucho tiempo, pero finalmente cedió porque se había puesto sorprendentemente cachonda por el sexo. Me encanta verla masturbarse. Puede masturbarse bastante rápido y eficazmente, pero me encanta especialmente cuando tiene un orgasmo; siempre es muy intenso y la deja sin aliento, pero también termina muy rápido. Desde entonces, tenemos sexo todos los días, y ya no tengo que forzarla. Se masturba completamente de buena gana después del sexo porque sabe cuánto disfruto viéndola. Llevamos ha-

ciendo esto 14 años. A veces trae a una amiga a tomar café y hacer el amor lésbico: un grupo de viejas lesbianas feas. Me tumbaba junto a ellas y me ponía increíblemente cachonda. Me las follaba a todas sin excepción, y la madre solo miraba con tristeza. Pero me las follaba a todas, siempre con asco por sus coños viejos, arrugados y goteando, pero siempre llena de curiosidad y sobre todo con placer. La mayoría dudó durante bastante tiempo; Incluso obligué a algunos contra su voluntad. Ari terminó de hablar y Sarah se acurrucó junto a él. "Eso fue increíblemente interesante", dijo, besándolo apasionadamente con la lengua. Ari la miró a los ojos. "¿Sigue vigente la idea de que me harás fisting?"

Ari había comprado el apartamento de enfrente del de sus padres, Sarah recibió un piano como regalo esa misma mañana y se le permitió amueblar el apartamento de 200 metros cuadrados con buen gusto y comodidad.

Antes de la boda, según la costumbre, la madre de la novia debía asegurarse de que el novio, en primer lugar, estuviera circuncidado y, en segundo lugar, tuviera una virilidad fuerte. Lo primero se comprobaba con una simple mirada; lo segundo requería más esfuerzo. La mayoría de las madres de la novia le practicaban una felación; parecía la forma más sencilla de asegurar a la comunidad que un novio débil debilitaría su poder. Algunas sentían demasiada vergüenza para hacerlo. Y luego estaban las que aprovechaban la oportunidad para tener relaciones sexuales con un joven. Mame era una de ellas; contradecía a Sarah, quien defendía con vehemencia la felación. Estaba celosa, nada más. Por eso insistió en estar presente durante la prueba.

Mame contó su propia historia. En aquel entonces, todas las madres de la novia se acostaban con el novio; practicar sexo oral se consideraba de cobardes. La madre de Mame llevaba mucho tiempo muerta, así que Mame obligó a su novio a traer a su propia madre. Él estaba terriblemente nervioso y temblaba de miedo porque nunca antes se había acostado con ella. La mujer de 70 años gemía y se quejaba horriblemente porque no había tenido relaciones sexuales en 20 años, y ahora su hijo se acostaba con ella durante horas seguidas, sin descanso. No podía parar hasta que ya no pudo más. Al día siguiente,

envió a su hermana menor, quien disfrutaba enormemente de su tarea. A ella no le importaba que él temblara como una hoja de álamo porque tampoco se había acostado nunca con su tía. Pero él superó sus miedos y se acostó con su tía una y otra vez hasta quedar completamente exhausto. Mame rió suavemente: “Si hubiera escuchado mi voz interior en aquel entonces, cuando lo vi cobarde y temeroso teniendo relaciones sexuales, ¡no estarías aquí, mi querida Sarah!”

Mame se había depilado el vello púbico, se había bañado y se había perfumado cuidadosamente. Sarah nunca la había visto desnuda; ahora contemplaba su cuerpo desnudo. Sus pechos eran lo más llamativo. Solían ser grandes y voluptuosos, pero ahora colgaban como gruesas tortillas de huevo frito a ambos lados. Sarah se quedó mirando la gran vulva abierta de Mame y su clítoris, rígida por la anticipación. «Los hombres podrían perdérselo», murmuró Sarah, molesta por la evidente excitación de Mame.

— ¡Vamos! — le dijo Mame a Ari — . ¿O es que tienes miedo de acostarte con una mujer de 50 años? Ari sonrió dulcemente — . ¡Me he acostado con mujeres mayores toda mi vida, y todas han sido geniales! ¡No, no tengo miedo! Sarah se sentó al borde de la cama, furiosa. Mame abrió los brazos de par en par.

Ari penetró con firmeza y determinación en la vagina de Mame. Ella respiró hondo, porque el pene de Ari era más grande de lo que había pensado. La folló con bastante brusquedad, Mame se elevó como un cohete y se corrió rápidamente. Se aferró a su presa como una tigresa, su vagina empujando con fuerza contra él. Tan rápido como él se corrió, el orgasmo disminuyó. Pero Ari siguió follando sin descanso, y Mame volvió a excitarse. Ari tenía que correrse; se corrió rítmicamente y durante mucho tiempo, luego cayó exhausto en los brazos de Sarah. Mame rápidamente comenzó a masturbarse, pero no funcionó. Sarah y Ari observaban; ninguno de los dos había visto a Mame masturbarse antes. “¿Siempre tarda tanto?”, susurró Ari al oído de Sarah, pero ella negó con la cabeza. “No lo sé”, susurró Sarah, “¡nunca la he visto masturbarse antes!”. Mame luchó ferozmente, con los ojos desorbitados y el rostro contorsionado mientras el orgasmo llegaba después de 20 minutos. El cuerpo de Mame se estremeció y se retorció en espasmos involuntarios, y luego todo terminó de re-

pente. Ari y Sarah se marcharon en silencio, dejando que Mame se durmiera.

Fue una gran boda judía. El patio estaba abarrotado; ambas familias contaban con muchísimos miembros. Había comida y bebida en abundancia, y una banda tocaba música klezmer. Los novios se retiraron para su noche nupcial ritual, la consumación, y los invitados hicieron mucho ruido para ahogar los sonidos. Mame, según la costumbre, se sentó en el dormitorio para presenciar la consumación. Sus ojos brillaban mientras contemplaba al desnudo Ari.

Mame estaba sentada en su silla, con los ojos brillantes al ver la erección de Ari mientras yacía junto a Sarah. Él solo sabía follar a su madre, y le rompió el himen a Sarah con bastante brusquedad. Ella gritó después de que él la penetrara profundamente y se apartara, llorando. Mame se levantó y tomó la sábana ensangrentada de la cama. Abrió la ventana y presentó la prueba de la virginidad de Sarah a los invitados que se burlaban y aplaudían. Se acercó a la llorosa Sarah y la consoló. “Ari, deja a mi pequeña en paz, le dolió”, dijo, desabrochándose el vestido y dejándolo caer al suelo. Sarah miró a su madre desnuda con incredulidad, con los brazos alrededor de las rodillas, llorando en silencio.

Mame yacía de espaldas. “¡Vamos, Ari, ven a mí, fóllame!”, gritó suavemente. Sarah contuvo la respiración mientras Ari, en silencio, se tumbaba encima de Mame. La penetró con fuerza y la folló, exultante y temblorosa. Él eyaculó rápidamente, y Mame se frotó el clítoris con rapidez. Alcanzó el orgasmo al mismo tiempo que él; tenía mucha práctica en esto. Sarah abrazó el cuerpo sudoroso de Ari y lo estrechó contra sí, besándolo y llorando.

Mame se alegró de que el pene de Ari siguiera erecto y lo atrajo hacia ella. Él la penetró durante un buen rato, gimiendo de alivio, y ella lo llevó al orgasmo como antes. Ari se dejó caer exhausto en los brazos de Sarah. Ella acarició su enorme pene, que aún estaba medio erecto. Sarah se sintió muy orgullosa cuando su pene se puso rígido de nuevo. Él se excitó y volvió a tumbar a Mame boca arriba. La penetró por tercera vez y se corrió demasiado rápido. Jadeando, se tumbó junto a Sarah y observaron a Mame masturbarse. Ella se mas-

turbó durante al menos 15 minutos y, con el mayor esfuerzo, alcanzó su tercer y último orgasmo.

Mame se vistió rápidamente y bajó a recibir a los invitados. Los había oído susurrar; Ari le comentaba lo genial y maravillosa que era Mame en la cama. Ambos se vistieron de nuevo y también bajaron a recibir a los invitados.

Durante los primeros años de su matrimonio, se amaban profundamente. Ari solía llegar a casa en los momentos más inoportunos, pero a Sarah le encantaba acostarse con él. Tuvieron tres hijos: Ben (Benjamin), Lily (Lilith) y Miri (Miriam). Sarah descubrió que Ari iba a casa de Mame para tener sexo una o dos veces por semana. Hubo lágrimas, acusaciones y palabras duras, pero Ari finalmente convenció a Sarah. ¿De verdad quería que Mame saliera a la calle como una prostituta barata para un rapidito a su edad? Y había echado mucho de menos el sexo amoroso con su anciana madre, admitió con la cabeza gacha. Ella le había enseñado a disfrutar acostándose con mujeres mayores, y acostarse con ellas le sentaba de maravilla, murmuró. Sarah no podía enfadarse con él, el grandullón estúpido. Mame no era una amenaza; no le quitaría a Ari. Le dio una ligera bofetada y lo besó. “Todo está bien”, susurró con la voz quebrada por las lágrimas.

Se quedó paralizada, como si le hubiera caído un rayo, al entrar en la habitación de las chicas una tarde. Ben, de trece años, Lily, de once, y Miri, de diez, estaban desnudos. Lily estaba sentada con las piernas abiertas, la vulva manchada de semen, frente a Ben, que se estaba masturbando. Miri estaba sentada a su lado, masturbándose con los ojos brillantes y vidriosos. Sarah estaba paralizada por el miedo. Ben levantó la vista solo un instante. “¡No le he roto el himen, no!”, exclamó, y continuó masturbándose con excitación. Sarah estaba paralizada por el horror ante la implacable continuación de los niños. Lily la miró con picardía. “¡Ben siempre tiene que correrse tres veces!”, dijo con complicidad, separando sus labios vaginales con los dedos. El pene de Ben se acercó cada vez más; lo insertó entre sus labios y eyaculó dentro de ella. Miriam había alcanzado el orgasmo en silencio y discretamente y se escondió bajo su manta.

Sarah enderezó la espalda y salió de su trance. Maldijo con furia y gritó que jamás volverían a hacer eso. Ben los supervisaría personalmente; ¡a partir de ahora, tendría que acostarse con ella! Dio un portazo y entró furiosa a la cocina.

Ben se desnudó y obedientemente se acostó junto a Sarah, que dormía con un camisón de seda. Tras dos minutos de silencio, suspiró y comenzó a masturbarse. Sarah, de espaldas a él, extendió la mano hacia atrás y frotó su pene contra el de él. Él eyaculó sobre sus nalgas y permaneció allí tumbado con su pene erecto contra su mejilla. Ella sopesó sus opciones frenéticamente. Entonces tomó una decisión.

Ella guió su pene entre sus nalgas y murmuró que podía follarla allí. No tuvo que explicarle lo que era follar. Él la folló entre sus nalgas apretadas y se corrió en su hendidura anal. Dejó su pene erecto allí y lo movió un poco. Sarah suspiró profunda y resignadamente, relajada, e insertó su pene en su ano. "¡Vamos, fóllame otra vez!", jadeó con claridad, y Ben la folló por el ano por primera vez. Después de correrse, se tumbó de lado y se durmió.

La noche siguiente, se quitó el camisón; era una prenda cara y demasiado valiosa para mancharla de semen. De nuevo, le dio la espalda. Ben le acarició las nalgas, descubriendo su fascinación por su hendidura, explorando su abertura con dedos temblorosos. Ignoró su ano, su polla deslizándose por sus labios, y Sarah suspiró profundamente, conteniendo la respiración mientras su polla se deslizaba en su coño como si fuera lo más natural del mundo, en lo profundo de ella. Por un instante, pensó en Ari, que también había empezado a tener sexo con su aburrida e indiferente madre a los 13 años. Ben la folló rápida y apresuradamente, gimiendo al correrse dentro de ella y simplemente dejó su polla rígida dentro. Ella se dio la vuelta y se tumbó boca arriba con feroz determinación. En silencio, lo tomó entre sus muslos y le metió la polla en el coño. A partir de entonces, Ben la folló todas las noches, y ella estaba asombrada de lo bien que podía excitarla.

Así que Sarah se lo contó a Ari, pero él solo se encogió de hombros y dijo: «Lo mismo digo». Durante la conversación, Sarah se enteró,

casualmente, de que Ari no solo se acostaba con Mame una o dos veces por semana, sino también ocasionalmente con su madre de 70 años. Ella tenía aún menos interés en el sexo que antes, pero desde la muerte de su marido, quería ver a su hijo más a menudo. Se habría conformado con un café y una charla, pero Ari siempre la llevaba primero al dormitorio y se acostaba con ella bruscamente, como siempre. Se había vuelto muy tímida y avergonzada de su cuerpo viejo y arrugado. Solo se masturbaba después del sexo por él; lo había dejado hacía años y solo se masturbaba después del sexo con Ari porque al buen chico siempre le había gustado verla llegar al orgasmo. Lo había aceptado desde el principio, y desde entonces, de alguna manera, se había convertido en parte de sus vidas.

Sarah tampoco le contaba todo a Ari. Se había puesto en contacto con viejos amigos que solían follarla por el culo, y desaparecía con ellos en su habitación durante una o dos horas. Ambos tenían secretos, Ari y ella, pero su amor apasionado se había calmado y los secretos ya no les molestaban. Le había costado un tiempo dominar la técnica de Mame para provocarle el orgasmo con unas pocas caricias en el clítoris justo antes de que Ben eyaculara, de modo que Ben corriera dentro de ella en medio de su orgasmo.

Lily ya salía con chicos, y ella y Ari buscaban un buen marido. Sarah estaba decidida a hacer lo mismo que Mame y dejar que su recién casado esposo la follara con fuerza en la noche de bodas de Lilith.

Sarah era tremendamente decidida.

• • •

El asesino en serie

von Jack Faber © 2024

Flo, como llamaban a Florence, se preparó para su actuación. Ella y algunas otras chicas modelaron lencería atrevida y ropa interior sexy. Era un cine porno muy concurrido, donde se mostraban espectáculos sexuales en vivo, chicas masturbándose y películas porno. Durante los intermedios, había demostraciones de lencería. Flo se afeitaba la zona púbica a diario porque al menos los espectadores de la primera fila querían verlo todo, absolutamente todo. A veces le resultaba bastante excitante mostrar su zona púbica a los hombres babeantes. Después de los espectáculos, subía a su bonito apartamento. Nunca se consideró una prostituta; se llamaba a sí misma bailarina de espectáculos, aunque normalmente alguno de los clientes subía a su habitación para tener sexo y dejaba algunos billetes en la mesita de noche. Nunca lo hacía gratis.

Su hermano Ben le enseñó a masturbarse cuando era muy pequeña, pero ella amaba los orgasmos más que nada. Por supuesto, la niña intentó masturbar a Ben, pero sus muñecas eran demasiado débiles. Espiaban juntos cuando sus padres tenían relaciones sexuales. Flo tenía unos 12 años cuando Ben la desfloró, y tuvieron relaciones sexuales toda la noche y algo más. Cuando tenía 13 años, su padre los sorprendió teniendo relaciones sexuales. Se enfadó y regañó a Ben en voz baja, luego se llevó a Flo a la cama conyugal.

La madre los vigilaba como un halcón y los regañó porque Flo ya no llevaba pijama y se acurrucaba desnuda junto a su padre. La madre de Flo era adicta a la masturbación; empezaba a masturbarse por las noches y terminaba sumergiéndose por completo en sí misma, sin ver ni oír nada más que el roce del clítoris y los orgasmos, una y otra vez, hasta que se quedaba dormida de agotamiento. Durante años, rara vez había permitido que su marido tuviera relaciones sexuales con ella, y normalmente solo lo golpeaba con el puño cuando estaba a punto de eyacular. Ahora su hija yacía desnuda a su lado, y al parecer pensaban que ella no se daría cuenta de sus vergonzosas activida-

des. Por supuesto que lo notó todo; les arrancó la manta protectora y los regañó como un gorrión cuando simplemente continuaron.

El padre era muy torpe y no le frotó el clítoris a Flo como debía. La madre, si no estaba ya absorta en la masturbación, le arrancaba la manta protectora y lo regañaba: "¡Bastardo asqueroso, estás jugando con el clítoris de la pequeña!". Flo se acurrucaba junto a él y se masturbaba a escondidas entre sus cuerpos. Él le sostenía la cabeza y le acariciaba el pelo para que se mantuviera tranquila durante el orgasmo y no le diera a su madre motivos para gritar. Aun así, la madre le arrancaba la manta protectora: "¿Y la dejas frotarse y masturbarse así, a tu propia hija?". Pero observaba a Flo masturbándose con curiosidad y solo la volvía a cubrir después de que la niña hubiera tenido un orgasmo.

Flo jugaba a escondidas con su pene; ¡era enorme! Descubrió que lo que más disfrutaba papá era cuando ella le bajaba el prepucio hasta cubrir el glande y luego lo volvía a subir, masturbándolo lo más rápido que podía; ese era su juego favorito. Y si jugaba con él durante mucho tiempo, ¡él eyaculaba maravillosamente! Cuando eyaculaba, la madre gritaba: "¿Y tú tan tranquilamente dejas que tu propia hija te haga eso?". El padre la miró y le dijo: "¡Cállate la boca, mujer frígida!".

Su segundo juego favorito era cuando Flo se sumergía, le lamía el glande y luego le retraía el prepucio por completo, tirando de él hacia adelante de nuevo, muy rápido y durante tanto tiempo, que eyaculaba en su boca. Su madre lo había observado todo el tiempo: «¡Qué asco y perverso, eyacular en la boca de la pobre niña!». Ella misma, por supuesto, le permitía eyacular en su boca cuando lo masturbaba con el puño, ¡pero hacerlo con un niño, eso sí que era perverso!

El padre giró a Flo de modo que su trasero quedara frente a él, y Flo separó sus nalgas con las manos. Esto le facilitó a papá introducir su pene, colarse en su coño y follarla en secreto. Se movían con mucho cuidado, pero a veces la madre lo oía eyacular y gritaba y regañaba: "¡Y ahora la cerda está chorreando dentro! ¡Sí, dale un hijo!". Pero la madre rara vez se daba cuenta, porque era adicta a la masturbación y se masturbaba toda la noche hasta quedarse dormida, agota-

da. Los dos esperaban para follar hasta que la madre estuviera profundamente absorta en la masturbación. Cuando Flo cumplió 14 años, papá ya no se lo ocultó a su esposa y se encogía de hombros con indiferencia cuando la madre los regañaba por el sexo. "¿Y ahora quieres follar a la pobrecita, como si ya tuviera edad para ello?". El padre la fulminó con la mirada: "¡Cállate la boca, estúpida vaca!".

Ya no era un secreto que él tenía relaciones sexuales con Flo y eyaculaba dentro de ella. Su madre los observaba y, para entonces, ya se había empezado a masturbar. No hizo nada al respecto; estaba ocupada masturbándose ella misma y miraba a Flo teniendo sexo con una sonrisa culpable. Flo también encontraba esta forma de tener sexo mucho más placentera: era tan abierta y desinhibida. No tenía un orgasmo, pero se masturbaba después, igual que su madre, y le gustaba apoyarse en su cuerpo mientras se masturbaba. A su padre le encantaban esos momentos en los que los dos se masturbaban tranquilamente uno al lado del otro.

Flo descubrió cada vez más que el sexo podía servir como moneda de cambio. La consecuencia lógica fue que primero aceptaba pequeñas cosas, luego dinero en efectivo, a cambio de sexo con sus compañeros de clase. Naturalmente, sedujo a todos los profesores excepto al profesor de religión gay y se graduó con las mejores calificaciones. Tenía sexo con su padre todas las noches hasta que su madre le metió la cabeza en el horno y abrió el gas. Empezó la universidad y la financió trabajando como modelo. Posaba desnuda por buen dinero y tenía sexo frente a la cámara. Después de cada sesión, había una fiesta en toda regla y mucho sexo, e incluso los fotógrafos que eran considerados gays participaban obedientemente. Así que una cosa llevó a la otra; entró en el cine porno y al principio tenía sexo frente a cientos de espectadores o se masturbaba fingiendo pasión frente al público. El público estaba principalmente interesado en su orgasmo cuando contorsionaba su hermoso rostro en una mueca horrible. Pero eso no estaba bien; modelaba lencería sexy y llevaba a clientes que pagaban a su habitación. Eso era mejor que trabajar para un proxeneta, eso era lo peor.

Schorsch era un cliente habitual, grosero y desagradable, sobre todo cuando estaba borracho. Estaba obsesionado con Flo, quien, sin

embargo, nunca lo llevó arriba para tener sexo con ella. Solo una vez la sorprendió en el pasillo; se tambaleó borracho hacia ella y le empujó la cara contra la pared. Ella sabía que cualquier resistencia lo enfurecería y que podría abusar de ella. Así que lo dejó pasar; él apartó su camisón y la penetró por detrás. Ella se sorprendió del tamaño de su pene. La penetró profundamente y tuvo que eyacular de inmediato. Nunca llegó a tener sexo con su amada. Ella se alejó con ligereza, maldiciendo blasfemamente porque esto sucedía cada pocas semanas. Él siempre eyaculaba de inmediato, pero no muy a menudo lograba follar bien con Flo. Solo si continuaba follándola después de eyacular podía seguir follándola y finalmente eyacular dentro de ella. El hecho de que a veces la gente pasara a empujones junto a ellos, mirándolos estúpidamente, nunca le molestó al borracho.

El negocio iba bien; tenía un hombre con quien acostarse todos los días y después se masturbaba en la ducha. Algunos días se le unían un segundo e incluso un tercer hombre. Con el tercero tenía un orgasmo increíble, y el dinero también era bienvenido. Entonces, un día llegó Hiro, un euroasiático con un pene extraordinariamente grande. Se enamoró al instante del apuesto hombre. Primero se acostó con los otros clientes, luego se duchó y esperó a Hiro.

Flo no se había enamorado desde la secundaria, pero ahora la emoción la abrumaba. Después de que él se fue, se masturbaba por las noches hasta que se le entumecían las muñecas. Hiro nunca iba a los espectáculos; venía todos los días y disfrutaba siendo el amante favorito de la joven e inexperta prostituta. Ella le daba todo; él podía probar de todo. El dinero no importaba; él nunca pagaba ni recibía dinero de ella. Fueron los mejores meses de la vida de Flo.

Hiro le enseñó el juego de la asfixia. Ella se puso una cuerda delgada alrededor del cuello, él la penetró y lentamente apretó la soga. Ella no podía respirar, y justo antes de perder el conocimiento, tuvo un orgasmo como nunca antes. Él continuó penetrándola inconsciente y eyaculó dentro de ella. Esto se convirtió en su maravilloso ritual diario.

Entonces sobrevino la catástrofe. Schorsch se quedó junto a su cama, gritando que ella le pertenecía solo a él, y golpeó a Hiro hasta

matarlo con su bate de béisbol. Flo gritó furiosa y golpeó repetidamente la pesada lámpara de noche sobre la cabeza de Schorsch hasta que quedó inmóvil en el suelo. Lloró desconsoladamente y llamó a los servicios de emergencia. Decenas de policías irrumpieron en su apartamento, esposaron a Schorsch y lo llevaron al hospital.

Hiro fue identificado por sus huellas dactilares. Era un asesino en serie buscado. Había estrangulado al menos a 14 mujeres y niñas con una soga. Fue capturado, pero escapó de la policía antes de que pudieran condenarlo. Flo negó con la cabeza. No podía ser cierto: "¡Me estranguló cientos de veces, pero no me mató!". Le describió todo al detective con detalle, y su creencia solo se tambaleó gradualmente cuando el detective le mostró todas las pruebas de sus asesinatos anteriores y se lo explicó todo con precisión. Flo estaba destrozada y permaneció en completo silencio durante casi tres meses.

Ben, a quien no había visto en mucho tiempo, volvió a verla después de tres meses. La consoló con cariño y volvieron a tener relaciones sexuales como adultos. Ella se aferró a Ben; se abrazaron y tuvieron sexo durante horas y horas durante semanas hasta que ella se sintió de nuevo enraizada. Regresó al trabajo, modelando lencería sexy y llevando a una docena de clientes a su habitación todos los días. Les permitía tener sexo con ella uno tras otro y tenía un orgasmo a más tardar la segunda o tercera vez, y luego tantos más que dejó de masturbarse por la noche después de tener sexo con Ben. Con su consentimiento, Ben tuvo sexo con todas las mujeres y chicas del cine porno, y fue una época verdaderamente aventurera para él. Ben había perdido su trabajo, y ahora ambos vivían de lo que ella ganaba con el trabajo sexual. Ella tenía sexo más que nunca, y ahora tenía orgasmos en abundancia. Y Ben la amaba con todo su corazón.

Nunca encontró a nadie más que la follara tan bien como Hiro.

• • •

Pero la madre lo hizo.

von Jack Faber © 2024

La madre de Ray siempre lo bañaba dos veces por semana. Desde que empezó a depilarse el vello púbico hacía unas semanas, él había notado su pequeña hendidura infantil mientras se duchaba. Aquella pequeña protuberancia con forma de salchicha, situada entre sus labios menores, era su clítoris. Una compañera de clase le había enseñado a masturbarse, algo que él ya sabía, y le había mostrado su clítoris y se lo había explicado. «El clítoris propiamente dicho está oculto bajo el prepucio», le había dicho.

Cada mañana, después de que papá se iba a trabajar, mamá se acostaba en la cama exactamente a las 7:30 para masturbarse, todos los días excepto los domingos, cuando los padres tenían relaciones sexuales toda la mañana hasta el mediodía. Ray siempre la observaba mientras se masturbaba; después de unos minutos, mamá se sumergía en un éxtasis profundo y se frotaba el clítoris automáticamente. Ese era el momento en que Ray podía abrir la puerta sin peligro para observarla. Sus ojos se nublaban y se quedaban fijos, y miraba extasiada a la distancia. La observaba hasta que se retorcía y temblaba de placer, entonces tenía que retirarse.

Ella lo colmaba de amor, pero siempre ignoraba su erección. Él había tomado su decisión, se acostó desnudo a su lado y esperó hasta que ella terminara de masturbarse. Ella abrió los ojos por un momento. “¡Todavía no, todavía no!” susurró, y los cerró de nuevo. Él sabía que ella aún tenía que continuar como de costumbre. Durante varios largos minutos, su dedo acarició su clítoris con firmeza unas cuantas veces más, y ella se estremeció ligeramente cada vez, pero continuó. Después de muchos minutos, se detuvo. Levantó la vista, aparentemente sin sorpresa. “¿Me estabas mirando?” preguntó, más con amabilidad que con enojo. Él asintió en silencio mientras ella cerraba las piernas. Solo entonces había terminado. Se quedó mirando fijamente durante un largo rato su pene erecto, que él apretaba con fuerza en su puño.

— ¿Qué haces aquí? — preguntó ella.

"¡Lo necesito ahora mismo!", dijo, agarrándose el pene, "¿lo harás por mí, por favor?"

Negó con la cabeza. «¡Hazlo tú misma o no lo hagas!». A pesar de su negativa, sonaba muy amable y muy, muy curiosa. «Nunca lo he visto de cerca», dijo, y sonó como una súplica.

Estaba desesperado y ya había superado la vergüenza. Se masturbó rápida y hábilmente; ella le puso la mano delante del pene y le dejó eyacular sobre él con un fuerte jadeo.

Cuando recuperó la respiración, dijo que muchas madres se lo hacían a sus hijos, sus compañeros de clase. Ella negó con la cabeza; eso era solo un cuento de hadas, no se lo creía ni una palabra.

Él las llamó por su nombre. Ella lo miró extrañada y tomó el teléfono. Ray admiraba su habilidad para interrogar a las madres. A cada una le tomó un tiempo admitirlo más o menos. Solo una resistió su llamada de sirena. Algunas masturbaban a sus hijos mientras se bañaban o duchaban, otras lo hacían en la habitación de los niños. Una lo abrazó, besó y acarició desnudo en la cama matrimonial hasta que se puso completamente erecto, y luego lo hizo. Una dijo que ya no lo hacía, ya que él ya podía tener relaciones sexuales. Sí, ella tenía relaciones sexuales, por supuesto, estaba divorciada, desafortunadamente.

Ella negó con la cabeza; era cierto, pero aun así no lo hizo. Día tras día, él se acostaba a su lado por la mañana, esperando pacientemente hasta que ella terminara de masturbarse, y le suplicaba. Él se masturbaba todas las mañanas, y ella lo observaba con curiosidad; al parecer, le resultaba interesante y excitante porque lo hacía una segunda y una tercera vez seguidas. Se sentía terriblemente culpable por hacerlo trabajar tanto. Tomó su pene en la boca, lo dejó masturbarse allí y eyacular dentro, y se tragó el semen; siempre lo había hecho. Pero Ray no se rindió y siguió suplicando porque podía sentir que ella poco a poco se estaba dando por vencida.

Un día, con timidez, le tocó el pene mientras él eyaculaba al masturbarse. Ella misma se sorprendió la primera vez que usó su puño sobre él. A partir de entonces, se convirtió en algo habitual: terminaba de masturbarse, le agarraba el pene sin decir palabra y lo llevaba al orgasmo con su puño.

Una mañana, papá regresó; tenía que recoger unos documentos de casa. Asomó la cabeza en la habitación de mamá e inmediatamente comprendió la situación. Mamá estaba arrodillada junto a Ray, acariciándole el pene con el puño; ya era la tercera vez esa mañana. Se detuvo al ver a papá.

— Ah, sí — dijo papá con una risita — , ¡la tía Gabi me lo hacía en aquel entonces! — dijo con una sonrisa. Tenía prisa y le hizo un rápido gesto a mamá antes de arrancar de nuevo. Mamá se encogió de hombros porque él nunca le había contado nada de Gabi, y luego empezó de nuevo, porque Ray quería eyacular tres veces cada mañana. Ray estaba muy satisfecho y feliz con la situación. Cada mañana se acostaba a su lado, esperando pacientemente hasta que ella terminaba de masturbarse, y entonces ella sonreía con picardía y le dejaba eyacular tres veces en su boca con el puño.

— Hay noticias del colegio — dijo Ray un año después — . A algunos chicos les permiten acostarse con sus madres, acostarse de verdad como tú te acuestas con tu padre los domingos por la mañana — dijo Ray. Un puño frío le agarró el corazón mientras preguntaba: — ¿Quiénes? Llamó a las madres, una por una lo admitieron, y algunas se rieron entre dientes: — ¿Y qué?

Mamá colgó el teléfono resignada. “¡No, nunca, absolutamente no!”, le dijo a Ray. “¡Nunca le he sido infiel a papá, nos lo prometimos!”. Insistió en que hacerle una paja a Ray ya era suficiente concesión. No importaba cuánto suplicara. Durante muchas semanas se mantuvo firme, solo cuando él quería eyacular en su vulva o dentro de su vagina dudaba. ¿Eyacular dentro de su vagina? ¡No, nunca lo había hecho! Pero dejar que eyaculara en su vulva después de frotarla con el puño, sí, de acuerdo, ¡si era absolutamente necesario!

Durante semanas, ella continuó dándole placer con su puño, luego guió su pene hacia su vulva y le permitió eyacular allí. Su pene se acercaba cada vez más, y un día, al eyacular, tocó su vulva.

Papá asomó la cabeza por la puerta, pero solo dijo "¡Ajá!" mientras Ray, inclinado, rociaba sobre la hendidura de mamá.

Para Ray, ese "¡Ajá!" fue un momento crucial. Introdujo su glande en la hendidura y eyaculó dentro. Mamá protestó débilmente; las cosas se le escapaban de las manos. Ray empujó su pene cada vez más profundo en la hendidura de mamá, sus protestas se volvían cada vez más débiles. Ella frotó su pene con el puño, y cuando él estuvo a punto de eyacular, ella suspiró desesperada, culpable y resignadamente, y lo introdujo en su propia vagina. Después de semanas, finalmente introdujo su pene por completo en su vagina y eyaculó. Papá tenía la cabeza dentro mientras Ray se estremecía y eyaculaba, pero de nuevo solo dijo "¡Ajá!" y se marchó.

— ¡No, por favor, no! — jadeó la madre. Lo detuvo — . ¡No, por favor, no me folles! Pero ya era demasiado tarde. Ray la folló por primera vez, muy brevemente, después de que ella le hubiera metido el puño. Pero fue culpa suya, pensó, porque había metido su pene en su coño demasiado pronto. Simplemente tuvo que follarla unos segundos para poder correrse. Mamá giró la cabeza hacia un lado y lloró. — ¡Qué terrible lo que hiciste! — dijo, sollozando suavemente.

Ray sabía que no estaba bien, pero ella seguía introduciendo su pene en su vagina cada vez más pronto, y él tenía que follarla durante más tiempo para eyacular. Papá metió la cabeza, simplemente dijo "¡Ajá!" y se fue de nuevo. Para Ray, era como su consentimiento. Mamá hacía rato que había dejado de llorar.

Dejó de masturbarlo. Justo después de terminar, se metió su pene dentro, giró la cabeza hacia un lado y se cubrió la cara con el brazo. Dejó que la follara dos o tres veces seguidas, dependiendo de cuánto necesitara correrse. Había aceptado que Ray la follara todas las mañanas. Papá miró dentro. "¡Ajá! ¡Yo también podía follar con la tía Gabi en aquel entonces, eso era genial!" Su comentario pasó desapercibido.

Justo después de que Ray se acostara con ella por primera vez, habló con su padre esa misma noche. Después de cenar, puso dos vasos de chupito en la mesa, junto con una botella. Así él sabía que tenía algo que contarle. La miró expectante. Necesitaba un par de tragos antes de ir al grano.

"En aquel entonces me convencí de que algunas madres de la clase de Ray lo hacían con sus propias manos. Al principio no le creí y me negué durante semanas; me sentía abrumada. Pero luego lo hice, ¡el pobre Ray realmente lo necesitaba!"

Papá asintió: "Lo vi entonces y me pareció perfectamente bien. Supuse que dejaste que eyaculara en tu boca".

— ¡Pero no, nunca! — mintió — . Solo te lo hice antes porque no quería volver a quedar embarazada. — Hizo una breve pausa y dio un trago a aguardiente — . Le hice una paja durante un año entero, pero ya no le bastaba. Algunos de sus amigos se acostaban con sus madres, y él también quería eso. Aunque descubrí que era verdad, no quería. Siempre te fui fiel; ¡nunca hubo nadie más! Acordamos que yo seguiría haciéndole una paja, pero que al final le dejaría correrse en mi hendidura. Le gustaba mucho, a nuestro pequeño bribón.

"Yo también lo he visto un par de veces, era completamente inofensivo, ¿no crees?" Papá la miró, pero ella continuó.

A partir de entonces, todo avanzó rápidamente. Empezó a introducir su pene para eyacular, y cada vez penetraba más y más profundo. Y eso estuvo bien durante semanas, pero esta mañana me folló, me folló de verdad. Solo quería contártelo. Mamá lo miró expectante.

— Igual que con Gabi — dijo, y ahora ella quería saber quién era ese Gabi y qué tenía que decirle; nunca se lo había contado. Se rascó la cabeza, como siempre hacía cuando tenía algo desagradable que decir.

Bueno, lo de Gabi no fue nada especial. Mis padres solían estar en la capital durante semanas, y yo me quedaba con Gabi, la hermana menor de mi padre. Era la hermana favorita porque habían dormido

juntos de jóvenes, y vivía con nosotros. En fin, me dejaban dormir en su gran cama de matrimonio. Descubrió que podía eyacular, y durante años me frotó el pene y me dejó eyacular sobre sus enormes pechos. Me parecía increíble, y un día me preguntó si quería tener sexo. Me enseñó cómo, y tuvimos sexo hasta que me casé contigo. Eso es todo, nada del otro mundo.

Ella le preguntó algunas cosas más sobre Gabi, y él le contó todo lo que sabía. Cuando su madre fue a la capital sola y su padre se quedó en casa con Gabi y él, los dos follaron sin parar, sin prestar atención al niño pequeño que estaba a su lado; era demasiado pequeño para entender. Siempre le asombraba entonces que la gruesa polla de su padre cupiera en el pequeño agujero de Gabi. No entendía por qué follaba a Gabi mucho más a menudo y durante más tiempo que a su madre. En ese momento, sospechaba que era porque su madre tenía un agujero mucho más grande que Gabi. Siempre estaba presente cuando sus padres follaban y se maravillaba del gran coño de su madre. Sin duda, la gruesa polla de su padre cabía fácilmente en su agujero. No me preguntes; no tengo ni idea de si seguían follando entonces. Cuando tuve edad suficiente, Gabi siempre dejaba que la follara por detrás primero y luego por delante la segunda vez. Siempre se masturbaba mientras follaban y siempre tenía un orgasmo, ya que se aseguraba de ello ella misma. Sabía que ella a veces todavía se masturbaba por la noche, pero no conocía más detalles.

Mamá ya había bebido bastante y preguntó cómo debía proceder con Ray.

— Oh, no te preocupes tanto. A él le gusta, y a ti también, ¿verdad? Así que sigue adelante y enséñale todo lo que necesita saber. Creo que hay bastantes chicos, quizás incluso muchos, que aprenden sobre sexo de una hermana, una tía o su madre. En mi opinión, eso está perfectamente bien, porque cuando a nuestros abuelos los mandaban a los burdeles, era una completa estupidez. ¿Entiendes lo que quiero decir? — Mamá asintió — . Quieres que siga adelante y me asegure de que a Ray le enseñen con cariño. — Papá asintió — . ¡Sí, exactamente!

¿Sabe Ray siquiera que te masturbas todas las mañanas? Ella le había dicho desde el principio que se masturbaba todas las mañanas desde que era muy joven. Al principio le había gustado verla, pero pronto se volvió aburrido.

Ella asintió. «Lleva dos años acostado a mi lado todas las mañanas mientras me masturbo. Nunca me molesta y es paciente hasta que le toca a él». La conversación continuó un rato más.

Y así sucedió que, a partir de ese día, ella dejó que Ray la follara. No tuvo que enseñarle nada.

Pero ella misma había cambiado mucho.

Ray notó que se volvía más tonta cada día. Había perdido algo, tal vez su castidad y su modestia.

Ella solo se había acostado con su padre, nunca con nadie más. Pero ahora Ray tenía relaciones sexuales con ella, y su padre no ponía objeciones; era parte de su pubertad. Siempre había sabido que tenía una ligera inclinación lésbica, pero ahora la estaba llevando a cabo. Todos los días, mujeres con la misma inclinación venían a tomar café y luego desaparecían en el dormitorio. Ray las seguía y se acostaba desnudo con ellas.

Se abrazaban, se besaban y se excitaban mutuamente. Él las observaba masturbarse, observaba a las demás masturbarse y frotar sus cuerpos como si estuvieran teniendo sexo. Esto lo enloquecía, y se acostó con todas esas mujeres. Protestaban a medias porque ninguna era una prostituta, pero casi ninguna lo apartó con fuerza. Ray exploraba sus vaginas con curiosidad; no había dos iguales. Y todas tenían sexo de la misma manera, pero a la vez de forma completamente diferente. Mamá se sentaba junto a ellas, observándolas tener sexo; ya estaba harta de las relaciones lésbicas y nunca dejaba que Ray la penetrara delante de las otras mujeres.

Un día, una de las mujeres le enseñó a mamá cómo practicar sexo clitoriano con clitoriano. Mamá se apuntó enseguida; se convirtió en su técnica sexual favorita. La primera vez, Ray se tumbó entre sus

muslos entrelazados y observó sus clítoris mientras una enloquecía de placer a la otra. Comprendió al instante por qué a mamá le encantaba tanto; por primera vez, era capaz de penetrar activamente a otra persona y llevarla al orgasmo.

Mamá ayudaba a Ray cuando era necesario. Convencía a las mujeres inseguras para que tuvieran sexo. Sujetaba a las reacias para que Ray pudiera forzarlas. Decía "¡Shh, shh!" cuando él, inesperadamente, penetraba a una por detrás, justo cuando estaba lamiendo el clítoris de mamá hasta el orgasmo. Eso era lo que hacía con más frecuencia: penetrar por detrás a la que estaba lamiendo; eso era divertido.

Las víctimas de Mamá eran cada vez más jóvenes; ella llevaba a las chicas inexpertas al orgasmo con su clítoris, y Ray inmediatamente se abalanzaba sobre la que acababa de tener un orgasmo y la penetraba sin problemas hasta llevarla a otra. Una vez, fue una virgen muy joven. Ray miró a Mamá con incertidumbre; ella asintió animándolo, diciéndole que tenía que penetrar mucho más fuerte y no dejar que el himen lo detuviera. Por primera vez, desfloró a una chica; la madre abrazó a la chica que lloraba, y Ray la penetró varias veces seguidas, tan excitado lo había puesto.

Ray se acostaba con las amigas lesbianas de su madre siempre que podía. Nunca pensó en la anticoncepción y eyaculaba dentro de ellas siempre que podía. Su madre lo llamaba idiota cada vez que una de ellas quedaba embarazada.

Ray tenía algo en mente. Estaba en su último año de preparatoria, y su mejor amigo Robert aún era virgen; nunca había tenido sexo. Mamá ocultó su horror: ¡no era una puta! Pero Ray insistió hasta que ella accedió a regañadientes. Robert faltó a clases y fue a su casa. Los tres estaban inseguros y nerviosos. Robert solo se relajó después de que Ray tuvo sexo con ella primero. Ella sonrió amablemente, y Robert se acostó encima de ella. Ella guió su pequeño pene hacia su vagina y lo animó a follarla. La primera vez, solo lo logró parcialmente; tuvo que volver al día siguiente, y al otro. Al tercer día, ella dijo que lo había hecho muy bien y que no podía volver.

Mamá mantuvo en secreto su romance con Robert, al igual que sus relaciones lésbicas. Se sentía terriblemente culpable, pero había aprendido a mentir. Poco a poco abandonó el lesbianismo después de que Ray se mudara. Ahora, ocasionalmente tenía un amante por las tardes, porque estaba muy triste.

Ray se había mudado a la capital para estudiar.

• • •

El nuevo mundo de Gabi

von Jack Faber © 2024

Gabi tenía 31 años y había sido contratada como ama de llaves por los padres de Ray. La pareja era profesora universitaria; su apartamento era espacioso y estaba amueblado con buen gusto, y tenían un hijo, Ray. Comparado con su entorno tan estricto, eran relativamente fieles el uno al otro, aunque ambos tenían alguna que otra pequeña aventura.

Gradualmente, Gabi se hizo cargo de algunas de las tareas de su madre. Las dos mujeres entraron al baño desnudas, y durante varias noches, la madre le mostró a Gabi cómo enjabonaba a Ray con jabón líquido todas las noches. Gabi asintió; lo entendió. Cuando la madre le mostró su cuerpo desnudo, su vulva y la entrada de su vagina, riendo y sonriendo mientras separaba sus labios con los dedos para que él pudiera ver su clítoris y su profunda abertura, y él lo miró fijamente durante un buen rato, tuvo una fuerte erección. Finalmente, ella le agarró el pene, diciendo: “¡Pobrecito, lo necesitas tanto!”, y luego lo frotó con cariño y naturalidad hasta que eyaculó. Gabi no dijo nada; lo entendió, pero no lo comprendió. Después, Gabi bañó al pequeño Ray, mostrándole su vagina tal como lo había hecho su madre, y le permitió tocarla con las yemas de los dedos, pero su pene erecto no provocó ninguna reacción en ella. Obedientemente obedeció cuando Ray, después de ducharse, le indicó que continuara lavando y frotando su pene con vigor. — ¿De verdad debería frotarlo? — preguntó inocentemente — . ¡Lo he visto cien veces, pero nunca lo he hecho yo misma! Ray asintió animándolo — . ¡Por favor, frótalo, Gabi! — Y entonces ella apretó su pene con más fuerza y lo frotó con vigor hasta que eyaculó.

Gabi era muy simple y tenía una mente débil, infantil e ingenua. En su último año de escuela, que apenas aprobó, vio a algunos de sus compañeros masturbarse en las duchas después de la clase de gimnasia; se consideraba genial. Por supuesto, ella misma lo intentó por la noche, pero simplemente no funcionó, así que lo dejó. Como las otras chicas, orgullosamente se acostaba con chicos y dejaba que tuvieran

sexo con ella, pero no lo disfrutaba, ni el sexo infantil le producía un orgasmo. El enamoramiento siempre se desvanecía después de un tiempo. También participaba en sexo grupal, aunque ella misma no sentía nada. Pero al menos de esa manera no era una extraña. Por el contrario, a veces le parecía divertido cuando uno tras otro tenían sexo con ella. Los chicos pensaban que era súper genial porque ella era la única que yacía allí como una muñeca sin vida y se dejaba follar como si no tuviera voluntad propia. Casi nadie se daba cuenta, y a nadie parecía molestarle el hecho de que Gabi no sintiera nada durante el sexo; Nunca se excitaba y dejaba que un hombre tras otro se acostara con ella con una amabilidad inquebrantable. Gabi no era atractiva; ocupaba un lugar muy bajo en esa escala. Quizás padecía una forma leve de autismo, pensó Ray más tarde.

Trabajó unos quince años en un comedor social; era trabajadora y obediente, y cuando el cocinero principal quiso acostarse con ella, se encogió de hombros con total indiferencia. Lo siguió en silencio hasta la despensa, se tumbó sobre los sacos y se subió la falda, sin la menor excitación sexual. Pacientemente le permitió acostarse con ella, aunque nunca sintió nada sexualmente. Luego consiguió este trabajo como ama de llaves, y aquí también el empleador abusó sexualmente de ella ocasionalmente. Gabi era verdaderamente indiferente. No sentía nada.

Los padres viajaban a la capital durante semanas para dar clases, dejando a Gabi sola con Ray. Ella lo bañaba o duchaba todas las noches, mirándolo siempre con curiosidad, y él asentía. Luego le enjabonaba el pene y lo masturbaba con el puño.

Ray estaba en una edad crítica. Estaba más interesado en las chicas que nunca. Descubrió cómo colarse sin ser visto por una trampilla en la ducha mientras las chicas se duchaban después de la clase de gimnasia. Se desnudó y se mezcló con ellas. Al principio solo se sorprendieron, pero les gustó cuando el chico las enjabonó y les tocó el cuerpo. Algunas chicas se sentaron en el suelo y se masturbaron bajo el chorro de agua caliente. Cerraron los ojos cuando Ray las observó. Una o dos chicas se atrevieron a agarrar su pene erecto y masturbarlo. Siempre terminaba con gritos desenfrenados cuando una de ellas lo llevaba al orgasmo. No habría podido decir después con cuál de las

chicas tuvo sexo primero bajo la ducha caliente. Las demás se quedaron a su alrededor, asombradas y curiosas, lo que lo excitó sexualmente y lo impulsó aún más. Todas eran chicas que habían sido desfloradas por su hermano o padre y ya habían tenido relaciones sexuales muchas veces. Más tarde entrevistó a las chicas y les pidió que le contaran cómo había sucedido que su padre las desflorara. No, no les había dolido, y la mayoría de las madres participaron activamente en la iniciación sexual, animando a las chicas a tener relaciones con sus padres con regularidad. Al parecer, querían dar mucho placer a sus amados maridos; quizás algunas también estaban cansadas de ser folladas a diario de la misma manera monótona. Ninguna de las chicas se sintió violada ni abusada; al contrario, estaban orgullosas de ser consideradas ahora mujeres de verdad.

Ray pronto se cansó de que Gabi lo masturbara noche tras noche. El hecho de que lo hiciera con tanta indiferencia y no mostrara señales de excitación sexual, a diferencia de su madre, lo inquietaba. Había decidido tener relaciones sexuales con Gabi, pero su indiferencia lo irritaba. Sus padres volvieron a casa durante cuatro días y Gabi se fue a quedarse con unos parientes.

Ahora era su madre quien lo duchaba y lo masturbaba todas las noches. Ella reía y se reía con picardía mientras lo masturbaba y se excitaba muchísimo cuando él casi eyaculaba; al parecer, había bebido demasiado. De repente, él afirmó que siempre le permitían acostarse con Gabi después de ducharse. Su madre aceptó encantada y quiso saber los detalles. Él contó que Gabi se ponía de espaldas a él junto a la bañera, se inclinaba y se apoyaba con ambos brazos contra el mueble bajo, sacando el trasero de forma provocativa.

La madre inmediatamente lo puso en práctica y preguntó con una sonrisa: “¿Algo así, más o menos?” Ray la corrigió, y ella rió mientras él decía, sacando el trasero. “Luego le tocaré el coño”, dijo Ray, y ella rió con lujuria mientras él la tocaba. No dejó de reírse mientras Ray buscaba su clítoris. Contuvo la respiración cuando lo encontró. “Luego la masturbaré un poco”, comentó, frotando el clítoris. Le pareció más grande que el de Gabi. Ella se quedó en silencio, porque Ray aparentemente sabía exactamente cómo masturbar a una chica. “¿Y la harás llegar al orgasmo?” susurró casi inaudiblemente. “Sí, a ve-

ces", dijo Ray, "¡y luego entraré por detrás y follaré a Gabi!" Ella asintió; eso era obvio. Sin embargo, se estremeció violentamente cuando Ray, con el corazón latiendo con fuerza, la penetró por detrás. Quiso protestar de inmediato, por supuesto, pero ahora su pene estaba completamente dentro, y eso era un hecho. Un pensamiento se coló entre la bruma de su mente. Estaba a punto de follarla, ¡de verdad! Nunca la había follado antes, ni siquiera había metido su polla dentro de ella. «¡Ay, vamos!», se dijo a sí misma, «ya está dentro, ¡no puedo parar ahora!». Sabía exactamente lo que tenía que pasar después.

Bajó la cabeza con tristeza y suspiró, porque Ray nunca había hecho esto antes. Le daba un poco de miedo este tipo de sexo en particular, aunque se había acostado con algunos hombres. Lo más atrevido que Ray había hecho era un toque curioso y tentativo de su clítoris por una fracción de segundo, algo que hacía cada vez antes de que ella se duchara. La oyó suspirar y la vio bajar la cabeza. Ya había llegado más lejos que nunca y simplemente tenía que continuar. La estaba follando por primera vez. Ella no se resistió en absoluto mientras él embestía fuerte y profundo, embestida y embestida. Se tocó el clítoris y tuvo un orgasmo justo cuando él eyaculó. Nunca hablaron de ello, ella dejó de masturbarlo y le dejaba follarla cada vez que estaba en casa, y normalmente una segunda vez enseguida si aún podía.

La madre, con cierta timidez, sacó el tema con el padre y suspiró aliviada. Él creía que era aceptable que un hijo — ¡pero desde luego no Ray! — aprendiera sobre sexo de su madre. No lo admitió explícitamente, pero ella tenía la impresión de que él mismo lo había aprendido de esa manera. Solo le preguntó al respecto mucho después, porque no iba a confesarle ahora que había permitido que Ray tuviera relaciones sexuales con ella durante todos esos años.

A papá le resultaba bastante difícil hablar del tema, pero ella lo presionaba. De niño, había espiado a su madre mientras se masturbaba desnuda en la cama matrimonial. Ella descubrió al pequeño voyeur y, sonriendo ampliamente, lo dejó acostarse a su lado. "Vamos, cariño, mírame, ¡me pondré muy cómoda! Y puedes jugar con tu pequeño pene si quieres, ¡e incluso eyacular en mi coño!". A partir de entonces, al pequeño se le permitió verla masturbarse, lo que, por su-

puesto, lo excitaba enormemente. Se arrodillaba frente a su coño, se masturbaba rápidamente y eyaculaba sobre él. Después de un tiempo, ella le preguntó si no preferiría follarla en lugar de masturbarse. Así que ella le enseñó a follar, él aprendió muy rápido y la folló durante años. Cada pocas semanas, una u otra de sus amigas venía a casa, y las mujeres se acostaban desnudas en la cama matrimonial. Él las observaba hacer el amor y siempre se le ponía dura. Se acostó con todas esas mujeres; la mayoría lo deseaban por sí mismas o fueron persuadidas. Así fue como conoció un montón de vaginas, clítoris y aberturas vaginales diferentes, y muchas de ellas follaban de forma distinta a las demás. Siguió follando con su madre con regularidad hasta que Ray tuvo unos seis o siete años y ella, su esposa, sintió el deseo de follar de nuevo. Mamá recordó que lo había abandonado sexualmente por completo en aquel entonces.

Pero Ray no se atrevió a follar con Gabi de inmediato. Primero, solo la hizo ponerse de espaldas como su madre y, con curiosidad, le palpó la vulva. Introdujo su dedo índice en su vagina y así descubrió que la mujer de 31 años ya no era virgen. Pensó que la interrogaría más tarde y exploró su vulva y la abertura minuciosamente con su dedo índice. El clítoris de Gabi era diminuto y estaba oculto, apenas más grande que un guisante. “¡No, nunca!”, respondió ella a su pregunta sobre si se frotaba el clítoris para llegar al orgasmo. Y no sabía lo que era un orgasmo.

Ray frotó suavemente su clítoris y oyó a Gabi suspirar. Ella empujó sus nalgas cada vez más hacia él, “¡Se siente tan bien!”, exclamó Gabi en voz baja. Él sintió que su clítoris se endurecía y continuó; lo había visto cientos de veces antes. Gabi suspiró continuamente, “¡Oh, qué maravilloso!”. Sus piernas y nalgas temblaban cada vez con más intensidad, y Ray supo que se acercaba al clímax. Se estremeció y tembló, apretando rítmicamente sus nalgas. Se apartó de su dedo. “Ese fue el orgasmo”, comentó.

Hablaron largo rato sobre la masturbación y el orgasmo. Ella le contó que había visto a sus compañeras hacerlo varias veces durante su época escolar. Que ella misma lo había intentado varias veces, pero que siempre se había detenido porque la creciente excitación la perturbaba mucho. Él le preguntó y le preguntó, y entonces ella le

contó que todavía se despertaba una o dos veces al mes en mitad de la noche empapada en sudor, con el corazón latiéndole con fuerza, al igual que el clítoris. Había logrado calmar el clítoris acariciándolo suavemente y luego volver a dormirse. Sus ojos se abrieron de asombro cuando Ray le dijo que a eso se le llamaba sueño húmedo y que era el orgasmo lo que la había despertado. Ella no lo sabía.

Ray sabía que era el momento adecuado para preguntarle sobre sexo. Gabi no tenía ningún problema en contarle todo abiertamente y con sinceridad. Había empezado a tener relaciones sexuales en su último año de instituto, cuando tenía 15 y 16 años. Había tenido que esperar mucho tiempo porque era la más fea de todas. Ni siquiera recordaba haber perdido la virginidad; había ocurrido de forma sencilla y sin nada de particular. Al principio, sus relaciones con los chicos eran bastante románticas, aunque ella no sentía realmente ese romanticismo. El sexo era solo una parte, así que lo hacía porque no quería que la consideraran una pervertida. Hacia el final del curso, el sexo en grupo se puso de moda, y ella también participó con entusiasmo. No notaba ninguna diferencia si tenía sexo con una persona o con diez seguidas; simplemente duraba mucho más, se rió Gabi.

Cuando trabajaba en la cocina, no tenía novio ni sexo casual. Solo el jefe de cocina, que se acostaba con una de las jóvenes ayudantes cada día, se acostaba con ella de vez en cuando, y ella simplemente lo dejaba pasar; realmente no le importaba. «Y aquí ahora», dijo Gabi con una mirada tímida de reojo, «aquí tu padre a veces se acuesta conmigo. Lo necesita mucho cuando tu madre no está, y no me importa, así que le doy un gusto». Ray asintió en silencio; lo había sospechado desde hacía mucho tiempo.

Solo una vez papá había entrado al baño en un momento inoportuno, cuando Ray estaba teniendo sexo con mamá. “¡Ajá!”, exclamó, y, con ingenio, dijo: “No quiero molestarlos, solo quería afeitarme un poco”. Se quedó junto al lavabo y se miró en el espejo mientras se enjabonaba y se afeitaba. Le sorprendió lo delgado y estrecho que era el pene de Ray, con un glande grueso en forma de hongo. Ella no había dejado de masturbarse, seguía inclinada, y le dijo impacientemente a Ray que continuara, ¡aún no habían terminado! Papá los observó teniendo sexo en el espejo hasta que Ray se corrió justo en medio de su

orgasmo, entonces terminaron. Mamá se enderezó y miró a papá, quien asintió con una sonrisa amistosa y continuó afeitándose.

Por supuesto, papá intentó observarlos teniendo sexo a partir de entonces. Se paró junto al lavabo y los observó en el espejo. Se masturbó muy despacio y en secreto y eyaculó en el lavabo. Solo una vez la pilló muy pronto. Mamá le dijo a Ray que no tenía permitido eyacular dentro de ella ese día; era un día peligroso. Ray asintió y comenzó, sacando su pene para eyacular y masturbándose, eyaculando en largas rayas blancas por todas sus nalgas. Se frotó el pene muy suavemente hasta que se puso duro de nuevo. Al final de la segunda ronda, ella tuvo que estirar la mano hacia atrás y sacar su pene eyaculando ella misma. La tercera y última ronda requirió un gran esfuerzo por parte de Ray. Ella estaba completamente concentrada en alcanzar su tercer gran orgasmo, Ray apretó los dientes y eyaculó dentro de ella, por supuesto. Ella se incorporó después del orgasmo y dijo cansada: "¡Te corriste dentro, idiota!", pero le dio un beso en la coronilla. Papá pronto dejó de correrse; no era un verdadero voyeur y lo había visto todo.

Ray había crecido considerablemente y ahora tenía novias estables. Antes de enamorarse de una, su principal preocupación era si ella estaba dispuesta a tener relaciones sexuales; ignoraba fríamente a las demás. Él iba a su casa a almorzar, o ella iba a la suya. Le gustaban mucho las chicas jóvenes porque casi todas tenían vaginas mucho más estrechas que Gabi o su madre. Que ellas fueran responsables de su propia anticoncepción era normal en aquella época; tomaban la píldora o la píldora del día después. Ray se involucraba poco personalmente en estas relaciones; para él, todo giraba en torno al sexo y nada más. Se acababa cuando dejaban de tener relaciones sexuales; así de simple era para él. Tenía muy pocas chicas que le permitieran verlas masturbarse; muchas simplemente lo negaban, diciendo que no se masturbaban, punto. Al poco tiempo, unas pocas semanas como máximo, se cansaba de la chica y pasaba a la siguiente.

Gabi no se masturbaba, aunque podía hacerlo. Solía dejar que Ray la masturbara dos veces con el dedo, y cada vez experimentaba un orgasmo hermoso e intenso; y entre los dos orgasmos, él tenía rela-

ciones sexuales con ella. Solía colarse en la habitación de los otros niños donde dormía Gabi. La despertaba abrazándola y se excitaba con besos apasionados, lo cual no la excitaba. Obviamente, lo necesitaba antes del sexo, algo que ella comprendía y aceptaba. Después del sexo, se marchaba; la cama era demasiado pequeña para que durmieran juntos.

Ray ahora tenía novias habituales con las que tener sexo. Así que Gabi fue a casa de su vecino por la tarde para que su hijo de 16 años tuviera sexo con ella durante dos horas. El chico, que tenía un carácter muy alegre pero era tan retrasado mental que no podía ir a la escuela, tenía el pene más grande que Gabi jamás había visto. Para entonces, ya había eyaculado todo su semen dentro de su madre, pero podía volver a tener una erección en pocos minutos y tener sexo, aunque ya no pudiera eyacular. La folló con resistencia durante horas, porque ella también era una inútil.

Desde su más tierna infancia, la consideraban una idiota; su padre, un depravado, la desfloró una noche. Sus padres, por desgracia, eran idiotas de nacimiento, igual que ella. Él se acostaba con su esposa todas las tardes, y su pequeña hija siempre observaba cómo su héroe se acostaba con su madre repetidamente, incluso después de su orgasmo, hasta quedar completamente exhausto. A la niña le encantaba el sexo y abrazaba a su héroe de forma sexual después de que él hubiera llevado a su madre al orgasmo y eyaculado. Incluso de niña, se acurrucaba desnuda con su padre, y juntos observaban a su madre masturbarse hasta que, después de un largo rato, se detenía y se quedaba dormida. Presionaba su cuerpo desnudo contra la desnudez de su héroe, presionaba su pequeña abertura contra sus anchos dedos, y tomaba su gran pene entre sus manos, apretándolo, frotándolo y acariciándolo durante lo que parecía una eternidad. Cuando ella presionó repetidamente su clítoris y vulva contra sus dedos, se excitó y ardió como un horno, así que lo abrazó con cariño y le susurró al oído que estaba tan excitada que tenía que masturbarse de inmediato. Él asintió, sostuvo a la niña en sus brazos, acariciándola, y observó cómo la pequeña imitaba la técnica de masturbación de su madre. Cuando ella llegó al orgasmo, él le dio mil besos y lamió su pequeño clítoris. Ella separó sus labios con los dedos para que él pudiera la-

mer mejor su pequeño clítoris, y tuvo cientos de pequeños y temblorosos orgasmos con sus suaves lamidas.

Acariciaba a su hijita con ternura, pues la quería muchísimo. Desafortunadamente, era demasiado torpe con los dedos y no podía masturbarla, aunque siempre lo intentaba. Jugaba con su vulva y clítoris durante horas mientras veían la televisión. Ella se acurrucó aún más cerca de su héroe y le susurró que tenía que masturbarse, pues él la había excitado mucho. La pequeña le susurró al oído cuánto disfrutaba viéndolos tener relaciones sexuales, mientras se masturbaba con devoción en su cálido abrazo.

Le permitieron jugar con su pene después de que ella terminara de masturbarse y él estuviera completamente erecto. Le permitieron jugar con él, y le encantaba hacerlo, con entusiasmo infantil, probando de todo, pero no pudo hacer que eyaculara. Una vez, él se masturbó el pene durante unos segundos cuando la niña le preguntó cómo lo hacían los hombres. Durante semanas intentó masturbar su pene con una mano, luego con ambas, pero era demasiado débil; sus muñecas eran demasiado débiles.

Semanas después, tuvo una idea, una vaga inspiración repentina. Lo empujó sobre el sofá donde solían forcejear desnudos, abrazarse y acariciarse, presionándolo para que quedara tumbado boca arriba. Su pene estaba erecto, y ella se colocó de manera que sus labios lo rodearan por ambos lados. Entonces empezó a cabalgarlo. Al principio, solo arriba y abajo, pero cuando dobló su pene hacia atrás, quedó plano sobre su estómago como un plátano, como una salchicha gruesa. Le encantaba deslizarse de un lado a otro sobre esa salchicha hasta que la excitaba tanto que tenía que parar inmediatamente y masturbarse. Pero siguió cabalgando sobre su salchicha reclinada durante semanas, una y otra vez, porque él parecía disfrutarlo bastante.

Un día, ella se deslizó de un lado a otro durante un buen rato, él gimió ruidosamente y, con puro placer, se corrió. Ella había encontrado la manera de hacerlo eyacular. Él gruñó satisfecho y giró la cara hacia el televisor, y ella deslizó su coño de un lado a otro sobre su polla, presionándolo tan fuerte que casi tuvo un orgasmo, pero ahora lo hacía todas las noches y lo hacía eyacular. Ella sonrió, con el rostro

contraído por el esfuerzo, y jadeó: “¡Papi, es casi como follar de verdad!”. Él sonrió ante esas palabras y asintió para no estropear su placer.

Cada noche, con determinación infantil, ella decía: “¡Papá, acuéstate para que pueda follarte!”, y él se acostaba para ella, sonriendo obedientemente. Le había dicho que se quedara sentada sobre su pene después de que él eyaculara si quería masturbarse, porque le excitaba sentirlo y verla. Así fue como creció, porque a pesar del vacío espiritual, esta familia estaba llena de amor y afecto sexual. El padre se contuvo durante un tiempo sorprendentemente largo, pero una noche sintió que no había tenido suficiente sexo. Sin embargo, no quería despertar a su esposa, que se había masturbado hasta quedarse dormida.

¿Cuántos años tienes, por cierto? Ella pensó un momento. “Trece o catorce”, dijo, porque nadie lo sabía con certeza. “¿Entonces, ya te gusta tener sexo?”, preguntó él, lamiéndose los labios. Ella asintió con entusiasmo. “¿De verdad duele tanto la primera vez?”, preguntó, y él negó con la cabeza. “Mamá ni se dio cuenta entonces”, dijo, sonriendo. “¡Imagínate, me preguntó después de nuestra primera vez cuando iba a quitarle la virginidad!”. Ella abrazó a su padre con ambos brazos. “Quiero tener sexo contigo como lo hacía mamá, ¡pero por favor no me hagas daño!”. Entonces, sonriendo tontamente, él agarró a su pequeña hija y le quitó la virginidad. Le preguntó si le había dolido mucho, pero ella negó con la cabeza. Tuvo sexo con ella por primera vez, dándole un orgasmo fantástico y eyaculando dentro de ella. Ella había disfrutado mucho su primera vez; el orgasmo fue genial, pero completamente diferente a la masturbación. Ahora lo quería una y otra vez. Durante años, él la follaba todas las noches como segundo hombre, después de follar primero con su esposa. Tenía tiempo de sobra para recuperarse de su primera eyaculación. Su madre estuvo celosa un tiempo, pero él las follaba a ambas con tanta fuerza que ya no podía quejarse. Un día, cuando tenía unos 17 años, el corazón de su madre se detuvo en medio de su orgasmo vespertino. Ambas esperaban que despertara a la mañana siguiente, pero seguía muerta, y fue un momento muy triste.

Durante años, se acostó con su hija todas las noches, hasta que quedó embarazada. Se acostó con ella hasta poco antes del parto y de nuevo poco después. Se suicidó cuando el niño tenía seis años, y ella era demasiado torpe para encontrar un nuevo amante. Desesperada, le enseñó a su hijo a follar como una máquina; él lo entendió sorprendentemente rápido, y ella pudo volver a tener sexo con mucha intensidad, aunque él aún estaba lejos de ser adulto.

Se acostó desnuda junto a ellos dos, lista para volver a meter su polla en la vagina de Gabi cada vez que se le saliera. Curiosamente, imaginaba a Gabi como una hermana pequeña, y animaba a su chico a follarla con amor y vigor, cosa que él hacía con gusto. Ella simplemente observaba cómo follaban, como si fuera un emocionante e importante partido de fútbol. El chico folló a Gabi durante dos horas, y tan bien que ella tuvo su primer orgasmo durante el sexo. Por primera vez, experimentó la sensación de lujuria subiendo por sus caderas; por primera vez, la sintió entrar en su coño, haciendo que su clítoris estallara con una rigidez palpitante. Era igual que cuando Ray la masturbaba, pero ahora no era el dedo de Ray, sino la enorme, gruesa y poderosa polla del chico, que se abría paso en su coño con una risa alegre. Él reía con orgullo mientras Gabi era sacudida y estremecida por el orgasmo. Si se detenía un instante demasiado pronto, a Gabi solo le bastaba con tocarse el clítoris unas cuantas veces para provocar su orgasmo. Él ya sabía cómo hacerlo: llevaba a Gabi al orgasmo, le daba un momento para recuperarse y luego la penetraba con fuerza hasta que volvía a tener un orgasmo. Si el chico necesitaba un breve descanso después del orgasmo, su madre le frotaba el clítoris a Gabi para mantenerla excitada. La madre reía como una niña orgullosa cuando lograba masturbar a Gabi hasta el orgasmo.

Gabi iba a su casa todas las tardes para tener relaciones sexuales. Finalmente, experimentó la increíble oleada de creciente excitación sexual y la dicha celestial de tantos orgasmos liberadores e embriagadores.

• • •

En Himmelbauerhof

von Jack Faber © 2024

La granja Himmelbauerhof se alzaba en lo alto del valle; las cumbres de las montañas del lado opuesto habían pertenecido a Italia durante algunos años. Himmelbauerhof fue construida en 1631 por un antepasado utilizando enormes vigas de madera. Se cree que este antepasado era constructor de barcos, y el hecho de que la casa se hubiera mantenido en su estado original durante 400 años parecía confirmar esta afirmación. La casa parecía surgir de las rocas; tenía cinco habitaciones y una cocina espaciosa. Un pequeño arroyo detrás de la casa servía como lavadero o baño. A izquierda y derecha se extendían grandes campos de cereales, un establo para cuatro vacas, dos docenas de cerdos y una gran cantidad de gallinas camperas. La granja no los hizo ricos, pero les proporcionó una buena vida a sus habitantes. Antes se tardaba unas tres horas en subir a pie desde el valle hasta la granja. Sin embargo, poco antes del estallido de la guerra, el ejército había equipado todas estas granjas de alta montaña con un teleférico, de modo que el trayecto se podía realizar en 15 minutos.

Himmelbauer, su esposa y sus hijos, Lena y Fritz, eran la séptima generación en vivir en la granja. Al estallar la guerra, Himmelbauer había comprado un rifle a un traficante de armas suizo del mercado negro. Era un rifle de repetición estadounidense con un cañón largo, pesado y octogonal de más de 1,60 metros de longitud y una buena mira telescópica. Originalmente había sido diseñado para la caza de osos, y la munición del calibre .44 se guardaba en una gran caja de madera en el sótano. La caja contenía originalmente 2000 cartuchos; se habían usado pocos, ya que Himmelbauer practicaba con diligencia y también lo usaba para cazar. En el cañón estaba grabado “Hawkins US made”, y era un buen rifle. Si Himmelbauer se concentraba y mantenía la puntería firme, siempre daba en el blanco. La guerra nunca llegó a este valle; ningún soldado tuvo que subir en teleférico a las granjas para defender el país o al káiser. El granjero de Himmelbauer colocó el rifle al alcance de la mano en el armario de la antesala cuando la guerra, el país y el emperador ya estaban perdidos.

Cada domingo por la mañana, el granjero de Himmelbauer bajaba en teleférico hasta la posada y no regresaba hasta la tarde para recuperarse de la borrachera. Los domingos por la mañana, a Fritz se le permitía acurrucarse bajo las sábanas con su madre. Desde que tenía memoria, se habían acurrucado desnudos bajo las sábanas, y ella solía leerle un cuento de hadas o una historia. Fritz hacía tiempo que había explorado cada centímetro de su cuerpo; solo la zona alrededor de su vello púbico rizado estaba estrictamente prohibida. A ella le gustaba que él acariciara sus grandes y voluptuosos senos y jugara con sus pezones. Ella, en cambio, prefería jugar con su pene, incluso antes de que pudiera eyacular. Más tarde, ella lo llevaba al orgasmo varias veces; eso era lo que más le gustaba. Los domingos por la mañana estaban reservados para esto, y ella lo dejaba eyacular tan a menudo que duraba toda la semana. El tabú se fue desvaneciendo gradualmente; finalmente se le permitió tocar y explorar su vagina, pero ella solo lo permitía sin explicarle nada.

Durante la semana, dormía en una habitación con Lena. Ella era cuatro años mayor que Fritz, y a él se le permitía meterse bajo sus sábanas antes de dormir, ya que a ella también le encantaba acurrucarse desnuda. Fritz era reservado; nunca mencionó que se acurrucaba con la otra chica. A Lena también le encantaba jugar con su pene; ella también lo frotaba y lo llevaba al orgasmo con regularidad. Él les dijo a ambas, por separado, lo triste que era que no tuvieran un pene con el que frotarse y eyacular. Ambas lo miraron fijamente durante un buen rato y decidieron no contarle nada al chico. Lena se volvió cada vez más hermosa a medida que crecía. Fritz presenció de primera mano cómo los pechos de Lena brotaron repentinamente y crecieron hasta ser tan grandes como los de su madre.

Un domingo, mamá le preguntó si no quería tener sexo de verdad. Fritz se puso rojo como un tomate y no supo qué decir. Su madre se rió y le dijo que le enseñaría si se callaba. Él asintió con un nudo en la garganta, y ella lo guió entre sus muslos. Agarró su pene y lo introdujo en su vagina. “¡Puedes meter el pene hasta el fondo y luego empujar hacia adentro y hacia afuera con todas tus fuerzas!”, dijo sonriendo. Así aprendió a empujar y eyacular dentro de ella. Le dijo a mamá que el sexo le parecía simplemente maravilloso, y tenía sexo con ella todos los domingos, tan a menudo como podía. Su madre le

explicó que debía contener la eyaculación hasta que ella misma tuviera un orgasmo, y solo entonces debía eyacular dentro de ella. Fue muy difícil de aprender, pero estudió y practicó con diligencia y pronto lo dominó.

Por supuesto, no le dijo ni una palabra a Lena al respecto, pero ella se enteró por sí misma. Lena ya no era virgen; iba a todas las ferias de los pueblos y se dejaba follar por unas monedas de plata. Sonreía de oreja a oreja. "¡Nadie lo consigue gratis, todo el mundo tiene que pagar unas monedas de plata!", dijo, "¡Estoy ahorrando para mi dote!". Fritz escuchaba con la boca abierta, porque su hermana era muy pragmática y él la admiraba por eso. Miró debajo de las sábanas con una linterna, y Lena le explicó todo. Se maravilló con todo y preguntó para qué servía el clítoris. Ella dijo que le daba placer, como frotarse el pene, excepto que las mujeres no eyaculan al final. Naturalmente, quiso ver el clítoris frotándose de inmediato, pero Lena lo desanimó. Solo semanas después volvió a sacar el tema. Miró debajo de las sábanas con su linterna y finalmente se le permitió verlo, y por supuesto, más tarde también, cuando ella lo hizo. Lo encontró interesante y para nada aburrido; Él se asombraba cada vez que su cuerpo temblaba y se convulsionaba durante el orgasmo. Le tocaba el clítoris después del orgasmo, y ella se estremecía cada vez.

Mamá también pensaba que Lena ya tenía edad suficiente para ir al pub los viernes o sábados por la noche y conocer chicos, pero Fritz tenía que acompañarla como chaperón. «No soy una señorita», refunfuñó Fritz, y su madre le explicó que su trabajo era asegurarse de que ningún chico tocara la ropa interior de Lena. «No lleva», espetó. Su madre miró desesperada al cielo. «¡Para que los chicos no le metan la mano debajo de la falda ni se acuesten con ella!», exclamó, y él asintió, ¡por supuesto!

Bajaron en teleférico al pueblo, cenaron bien y Fritz se quedó sentado, bebiendo su cerveza, ya que Lena solo pagó una. Tuvo mucho cuidado de que nadie le metiera la mano debajo de la falda a Lena o, peor aún, que se acostara con ella. No tendría que mentirle a su madre, porque ninguna de las dos cosas sucedió. Lena bebió bien, los muchachos la agasajaron y ella desaparecía con uno de ellos durante veinte minutos seguidos. Fritz ni siquiera quería saber qué hacía con

los chicos en la posada; ya lo sabía. Esa misma noche, volvieron a casa en teleférico. Fritz dijo que olía fatal, y Lena hizo sonar las monedas de plata que llevaba atadas en un pañuelo. «¡Las guardo para mi dote; no me voy a casar con un mendigo!». Fritz asintió; era un buen argumento. Ella le dejó meter el pañuelo a escondidas en casa para que su madre no sospechara nada. Por supuesto, Fritz sabía dónde se escondía Lena, pero nunca sacó nada.

Fritz quería follar con Lena. Nunca lo mencionó, porque su aguda intuición le decía que ella podría verlo como un chantaje. Se metió bajo sus sábanas como de costumbre, se arrodilló frente a su coño y empujó su polla dura hacia adelante. Lena no pareció entender y extendió la mano hacia su polla para masturbarlo como solía hacer. Negó con la cabeza, "¡Pero si ya te follas a mamá los domingos!", susurró, frotando su polla. Él nunca había respondido a eso antes. Se deslizó más y más adentro hasta que la punta de su pene tocó su coño. Lena se resistió durante un buen rato y siguió frotándolo, pero él presentía que pronto cedería. Así que empujó más adentro, hasta que Lena tuvo que soltar su polla. La penetró en su coño y más profundamente, hasta que estuvo completamente dentro. Ella lo miró fijamente. "¿De verdad, de verdad quieres follarme?!" Fritz asintió seriamente. "Sí, Lena, de verdad que sí, ¡si me dejas!" Ahora Lena sonrió. "¡Eres increíble! ¡Te acuestas con su hermana en vez de buscarte una novia!" Fritz asintió, algo abatido. "Me gustas mucho, Lena, ¡y no quiero acostarme con nadie más! Te veo acostándote con un montón de tíos en el pub, y ya tengo edad para acostarme contigo, ¡me encantaría!" Ella sonrió y lo acarició. "Vale, yo también quiero acostarme contigo, ¡pero no se lo digas a nadie!" Y así fue como se acostaron en secreto varias veces por semana, incluso varias veces por noche durante su embarazo, hasta su muerte.

Lena estaba embarazada. Antes de acostarse, Fritz le acariciaba la creciente barriga y tenían relaciones sexuales dos o tres veces antes de dormir. Lena siempre estaba cachonda durante su embarazo; tenía sexo constantemente y se masturbaba día y noche. No le dijo a nadie quién era el padre; probablemente ni siquiera ella misma lo sabía. Fritz estaba muy nervioso porque él también podría ser el padre. Lena sonrió y le revolvió el pelo. «¡No te olvides de los del viernes o el sábado; podría ser cualquiera de ellos!». Cuando llegó el momen-

to, el partero gay durmió con mamá y el padre durmió en el trastero. Mamá, por supuesto, no era gay y nunca había tocado la vagina de otra mujer; ninguna otra mujer la había tocado a ella y a su clítoris con tanta pasión. Pero no pudo resistirse, porque la tentación y su creciente lujuria la hicieron aceptar todo de buena gana.

Lena sufrió durante tres días. Fritz permaneció sentado en silencio junto a su padre en el banco frente a la casa, donde no se oían los llantos de Lena. Su madre y la partera hicieron todo lo posible, y Lena dio a luz a una niña. La bebé estaba muy enferma, y su padre la llevaría al hospital de la capital. Lena se encontraba en muy mal estado; sangraba profusamente y al cuarto día murió desangrada. Apenas unas horas después, la bebé dejó de respirar.

Fritz vio llorar a sus padres por primera vez. El capellán llegó en el teleférico y ofició una silenciosa misa de réquiem por la madre y el niño. Su padre había cavado una tumba grande y otra pequeña junto a la casa, y allí los enterraron a ambos. Al principio, solo había dos cruces de madera; más tarde, el cantero trajo una hermosa losa de granito. Fritz, que había madurado y se había vuelto serio de la noche a la mañana, ayudó a su padre. Cuando terminaron ambas tumbas, su padre clavó la pala en la tierra. Señaló con la cabeza las tumbas más antiguas donde yacían sus antepasados. «Ahí no», dijo, «mi lugar debe estar aquí con Lena, y con mamá también. ¡Debemos permanecer juntos para siempre!». Fritz asintió y prometió: «¡Me aseguraré de ello, papá, te lo prometo!».

La granja de los Himmelbauer se había quedado en silencio. Pero ellos seguían con su rutina. Su padre iba a la posada los domingos, y Fritz se acostaba con su madre, aunque ya era adulto. Ella ya no necesitaba leerle cuentos; su padre había envejecido rápidamente y rara vez tenía relaciones sexuales con ella. Fritz sabía cuánto le gustaba a ella el sexo los domingos, aunque también había envejecido. A menudo le contaba lo bien que se sentía al tener relaciones sexuales con él. Le susurraba que tenía que masturbarse durante la semana, lo cual era un placer muy solitario. Fritz solía ir solo a las fiestas del pueblo, y así fue como conoció a Vroni. Era una mujer realmente deslumbrante, y él nunca la habría tenido si ella no se hubiera enamorado de él.

La boda se celebró en el pueblo; la posada estaba abarrotada. Los padres de Fritz habían conseguido la mejor mesa y estaban felices por primera vez desde la muerte de Lena. Su padre estaba un poco ebrio y bailaba con Vroni, dejando que su mano vagara; ¡para eso era bailar, después de todo! Tras unos cuantos bailes, volvió a la mesa y se bebió media jarra de un trago. «Tienes una esposa estupenda, hijo mío», anunció, «¡Veronika tiene un trasero magnífico!». A Fritz se le ruborizaron las orejas, pero sabía que su padre tenía buenas intenciones. Al fin y al cabo, decenas de antiguos amantes de Veronika estaban allí, y sus pensamientos no eran tan inocentes como los de su padre.

Para Vroni, supuso un ascenso social. Se mudaron a la habitación del comandante, como se llamaba al carpintero del barco 400 años antes. Era la habitación más grande y hermosa de la casa; el carpintero incluso había construido un balcón, como los que tenían los capitanes de galeón en aquella época. Las vidrieras del balcón habían sufrido daños durante las tormentas invernales, y Fritz había viajado hasta la capital para restaurarlas.

Vroni trajo alegría y felicidad a la granja Himmelbauer; se llevaba de maravilla con mamá y papá. Estaba acostumbrada a trabajar, la cocina relucía y el establo y los animales lucían limpios y bien cuidados. Incluso venía a ayudar con la siega y la cosecha, tareas tradicionalmente consideradas de hombres. Su padre la elogiaba mucho, aunque tosía con cansancio. La tos empeoraba cada día; su salud se deterioraba día a día, pero se negaba a ver a un médico. Fritz logró convencer al médico para que subiera en el teleférico. Trajo buena medicina y papá mejoró un poco. Ya no podía trabajar y se sentaba con Fritz en el banco por las tardes. Tenía su pipa fría en la boca y a veces daba caladas por costumbre. Murió en paz en el banco, con vistas a las montañas italianas. Fritz lo llevó a la casa, el capellán vino y celebró la misa fúnebre. Fritz enterró a su padre justo al lado de Lena. Abrazó a mamá en silencio; ¿qué más podía decir?

Vroni guardó silencio. Le había tenido mucho cariño al anciano y su muerte repentina la había dejado conmocionada. Durante meses, colocó flores frescas en su tumba y lloró. Había hablado con él a menudo, y era el único a quien le confiaba su profunda tristeza. Anhela-

ba tener hijos con todas sus fuerzas, pero simplemente no sucedía. Tenía relaciones sexuales con Fritz principalmente durante sus días fértiles, no tanto en los demás. Su padre la había abrazado y consolado con cariño, diciéndole que los hijos solo podían concebirse mediante el sexo. Él también había caído en su trampa, dejándose seducir por ella una y otra vez. ¡Quería un hijo, desesperadamente, a toda costa! Pero Veronika simplemente no podía quedar embarazada. Y ahora él estaba muerto.

Fritz dejó de tener relaciones sexuales con su madre los domingos por la mañana. Él también lloraba la muerte de su padre, quien le había enseñado a disparar y cazar con el rifle Hawkins. Cada semana, pasaba medio día en el bosque con el rifle al hombro, cazando algún ciervo o liebre de vez en cuando. Vroni preparaba la caza en silencio, pues era una excelente cocinera. Durante las comidas, su madre recordaba con nostalgia lo maravilloso que era cuando sus dos hombres — Papá y Fritz — volvían a casa con la caza al hombro. Incluso entonces, solo Fritz llevaba el Hawkins y no dejaba que nadie más lo hiciera. Mamá y Fritz recordaban anécdotas, y Vroni se sentaba en silencio a su lado.

Su madre había fallecido mientras dormía, aproximadamente un año después que su padre; tenía tan solo 58 años. Fritz cavó su tumba justo al lado de la de su padre. Llegó el capellán, y Fritz y Veronika permanecieron en silencio junto a la tumba. Ahora solo estaban ellos dos, y el trabajo era casi insoportable. Veronika, que hablaba con sus padres por teléfono todas las semanas, aceptó la sugerencia de llevar a su hermana menor, Lisa, a la granja de los Himmelbauer. La niña era muy trabajadora y podía ayudar mucho. Así fue como Lisa terminó viviendo en la granja.

Veronika era adoptada y no la hermana biológica de Lisa. Lisa era delgada, casi demacrada, pero trabajaba como dos. Fritz se alegró especialmente de que Vroni tuviera ahora con quién hablar, porque desde la muerte de su padre se había vuelto muy callada y tenía poco deseo sexual. Sentía lástima por ella, pero no sabía cómo ayudarla. Desde luego, no con el sexo; tenía que aceptarlo. Pero ahora Lisa estaba allí; quizás ella podría ayudarla.

La enfermedad la atacó de repente y con toda su fuerza. Vroni perdió las ganas de vivir de la noche a la mañana. Dormía hasta la tarde, comía dos o tres veces más de lo habitual, bebía vino y aguardiente como si fuera agua y prácticamente dejó de trabajar. En pocos meses, se había convertido en una mole obesa. La báscula solo marcaba 150 kilos, y sin duda pesaba más. No había dormido con Fritz en seis meses. Prácticamente solo salía de casa para ir a nadar al arroyo cada pocas semanas.

Fritz y Lisa solían cenar solos por las noches y hablar de la situación sin parar. Finalmente, Fritz logró salirse con la suya; Lisa no estaba muy dispuesta a llamar al médico. Fritz habló con el médico por teléfono durante un buen rato y le describió la situación lo mejor que pudo. El médico vino y examinó a Vroni. «Tiene depresión grave», dijo el médico. «Debe tomar la medicación con regularidad y la depresión debería mejorar pronto». Y así fue. Vroni dejó de engordar, comía y cenaba con ellos y se volvió un poco más habladora. Esto duró seis meses. Fritz consiguió la medicación. Entonces llegó la recaída. Vroni dejó de tomar la medicación y pronto las cosas volvieron a estar tan mal como antes.

Fritz y Lisa terminaron el trabajo juntos. Parte del campo de grano había sido arruinado por un desprendimiento de rocas, así que eso significaba menos trabajo. Después de terminar, se tumbaron en la paja y charlaron un rato. Lisa dijo que se había enamorado de él en la boda; por aquel entonces, pensaba en el apuesto novio todos los días, el que satisfacía sus fantasías de masturbación. Él se rió; no lo sabía. Después de todo, ella era solo una niña con trenzas por aquel entonces, alguien en quien no se había fijado antes. Y que se masturbara era la primera vez que oía hablar de ello. Lisa se rió a carcajadas. Había empezado a masturbarse incluso antes del jardín de infancia, dijo, ¡todos los días hasta ahora! Se inclinó sobre él y lo besó en la boca. Él se quedó sorprendido y le devolvió el beso. No podía dejar de besarla apasionadamente; después de un año sin sexo, lo deseaba con todas sus fuerzas.

Lisa ya tenía 22 años y seguía siendo virgen. Susurró que no quería a nadie más, por eso. “Te haré daño si follamos ahora”, dijo Fritz con ansiedad, pero ella sonrió, “Sé lo de la desfloración, ¡no te preo-

cupes!" Él la penetró y le rompió el himen. Ella solo se estremeció brevemente, luego follaron durante mucho tiempo y ella suspiró satisfecha cuando él eyaculó dentro de ella después de su orgasmo. Estaba feliz; había logrado su sueño. A partir de entonces, follaban cada minuto libre, y él dormía en su casa por la noche. A ninguno de los dos les importaba si Vroni se enteraba. Unas semanas después, él estaba trabajando en el granero y se había agachado.

El golpe le dio de forma totalmente inesperada en la nuca. Cayó al suelo y perdió el conocimiento por unos instantes. Despertó porque sentía un dolor insoportable en la nuca. Vroni se había subido encima de él con todo su peso, le había desabrochado los pantalones de cuero y le había sacado el pene. Con una mirada de locura en los ojos, le puso el pene rígido y gritó repetidamente que le pertenecía, ¡solo a ella! Empezó a cabalgarlo como pudo. ¡No paraba de gritar que le pertenecía solo a ella! Estaba a punto de eyacular cuando ella cogió el palo de madera con el que lo había golpeado y gritó que prefería matarlo antes que dejar que nadie más lo tuviera. Su segundo golpe fue débil, y lo alzó de nuevo, con locura e intención asesina en la mirada. Fritz supo que iba a morir y vio de reojo que Lisa levantaba un palo pesado y se lo descargaba con todas sus fuerzas en la cabeza a Vroni. Vroni se desplomó al instante sobre él.

Se agarró la cabeza dolorida, con el pelo ensangrentado. Lisa estaba junto a Vroni, tomándole el pulso. «¡Está muerta!», dijo con voz inexpresiva. Él le tomó la mano a Lisa, y ella lo ayudó a salir de debajo de Vroni. Inmediatamente lo llevó a la cocina, le lavó la sangre y le examinó la cabeza. «No tienes nada roto, solo un pequeño corte. Te pondré una venda y puedes tomar un par de analgésicos». Fritz se sorprendió de la lucidez y la seguridad que Lisa parecía tener.

Con la fuerza de ambos, llevaron el cuerpo de Vroni a la tumba. Él se incorporó. «No podemos enterrarla como a un perro. Llamaré al alcalde». Llamó, y el alcalde insistió en que se examinara el cuerpo. Iría con el médico. El médico examinó el cuello de Vroni; efectivamente, estaba roto. Fritz le mostró al alcalde el lugar donde Vroni había caído por las escaleras y la madera ensangrentada sobre la que había aterrizado. El alcalde redactó un informe, que Fritz y el médico firmaron.

Llegó el capellán, y también los padres de Vroni. Los ancianos no tenían ni idea de la enfermedad de Vroni y lloraron hasta que Fritz terminó de llenar la tumba. Lisa había preparado una buena cena, y luego todos bajaron al valle por separado. Ahora estaban completamente solos.

La coraza interior de Lisa se derrumbó. ¡Había matado a su hermana! Fritz insistió en que fue en defensa propia. Vroni había querido matarlo y no compartirlo con Lisa. Prevenir un asesinato era, sin duda, defensa propia. Lisa asintió, pero le dio vueltas al asunto durante días. Solo recuperó la compostura cuando dijo que no solo había querido salvar a Fritz, sino también a su amante. Eso era lo que Vroni había gritado y vociferado. Lisa había caminado de un lado a otro y de repente se detuvo. “¡Luchamos por ti!”, exclamó, atónita. “¡Luchamos como cavernícolas por el amante!”. Fritz permaneció en silencio; ¿qué podía decir? No veía el aspecto cavernícola, ni un ápice. Lisa lo había salvado; Vroni se había vuelto loca y quería matarlo. Si Vroni hubiera atacado con más fuerza desde el principio, ahora estaría muerto.

Pasaron meses antes de que ambos lo superaran.

• • •

Reina de los 180 días

von Jack Faber © 2024

Anna era una niña alegre. El hecho de no ser muy guapa no le preocupaba; le encantaba jugar y divertirse con los otros niños, especialmente con los juegos eróticos, y más tarde puramente sexuales, con los pajes. Era delgada y huesuda, con un rostro parecido al de su padre, que era su abuelo. Uno de los oscuros secretos de la familia era que su madre mantuvo una relación puramente sexual con su padre durante toda su vida y le dio tres hijas. Tuvo relaciones sexuales con él desde su más tierna infancia hasta su muerte, cuando Anna tenía solo 17 años. La condesa, su madre, se volvió sexualmente distante y estricta después; de repente, dejó de tolerar las aventuras de su marido, el conde hedonista. Le encantaba la comida y la bebida, así como las nalgas voluptuosas de las criadas que le servían. Las criadas se dejaban seducir de buen grado por su amo, pues un bastardo significaba ascenso social y económico. Pero el lujurioso conde no engendró ningún bastardo, ni uno solo.

Aunque la Alemania del siglo XVI era sexualmente restrictiva y puritana, las tres hijas del conde no tuvieron reparos en sumergirse en el desenfreno sexual de la corte de Solingen cuando su sexualidad despertó.

A menudo, el Conde entraba tambaleándose borracho en la habitación de sus hijas temprano por la mañana y se subía a una u otra para follarlas. Estaba demasiado borracho para darse cuenta de que no se estaba follando a sus criadas. En realidad era bastante bueno follando en su estupor de borracho, y si la otra lo invitaba, también la follaba vigorosamente. Las hermanas mayor y menor de Anna siempre se habían follado al Conde y disfrutaban de tener una polla de hombre de verdad en lugar de sus pequeños penes de paje. Las hijas se guiñaban el ojo en secreto, porque el Conde era realmente bueno follando y a menudo se le podía persuadir para que se follara a la otra también. No se folló a Anna hasta muy tarde, ya que era bastante fea con su columna torcida debido a la escoliosis. A los 15 años, yacía desnuda y exigente frente a él. Le manoseó los pechos hinchados y se

excitó al instante, ansioso por follar a la pequeña. Por un momento, se le pasó la borrachera. “¿Anna?” preguntó el borracho. — Sí — dijo ella — , soy yo, ¡Papá! Él estaba completamente desconcertado, completamente cachondo, completamente perplejo. — ¿No pensé que...? Ella lo abrazó suavemente. — Papá, por fin quiero follarte como a las demás — susurró. — Pero... — Pero ella lo interrumpió — . No he sido virgen desde hace siglos y me follo a los botones bastante a menudo. ¡Por fin quiero follarme tu gran polla, Papá! Él asintió como si entendiera. Su gran polla se deslizó hacia adelante, Anna suspiró profundamente, pues nunca antes había tenido la polla de un hombre de verdad en su coño. Susurró lo maravilloso que se sentía, y ahora lo dejó follarla. Él embistió y embistió, pero se corrió demasiado pronto, sin darle tiempo suficiente para alcanzar el orgasmo. Se retiró con el corazón apesadumbrado, su rostro borracho expresando una profunda culpa. Anna también, así, llegó a ser follada por su gran polla, igual que sus hermanas. Durante días después de la primera vez, no pudo mirarla a los ojos, y casi siempre se sentía mal cuando Anna se retorcía en el éxtasis del orgasmo con su columna vertebral deformada.

La condesa supo desde el principio que él se acostaba con sus hijas. A menudo se quedaba en silencio en el umbral y lo observaba tener relaciones sexuales con ellas como un toro. ¿Pero qué podía decir? Ella misma había tenido relaciones sexuales con su padre desde los 11 o 12 años, casi a diario durante los últimos 30 años. Su padre siempre la complacía sexualmente; ella le dio tres hijas y continuó teniendo relaciones sexuales con él sin cesar. Él envejeció muy rápido; ella tenía que tomar su pene en la boca para que se le pusiera erecto, y lo montaba porque él no podía tener relaciones sexuales con ella de otra manera. Desde hacía algún tiempo, ni siquiera podía hacer eso; ella tomaba su pene en la boca y lo dejaba eyacular dentro. Él murió en paz, y un cambio se produjo en su mente, en su espíritu. Ya no podía quedarse de brazos cruzados mientras el conde borracho se acostaba con sus hijas, una tras otra. Simplemente no podía, no quería, aceptarlo más. La condesa a menudo lo apartaba de la chica cuando él se acostaba con una de sus hijas, arruinando su diversión verdaderamente inocente con gritos salvajes.

Anna y sus hermanas mantenían relaciones sexuales con frecuencia en rincones apartados con los pajes de doce y trece años, quienes, a pesar de su discreción, disfrutaban hablando de las damas nobles que secretamente les permitían acostarse con ellos. Anna, con su terquedad característica, insistía en que su paje favorito siguiera siéndolo hasta los catorce años. Él era un hombre dominante que la desnudaba delante de todos y se regodeaba en su vergüenza, pues ella se avergonzaba profundamente de su cuerpo. Sin embargo, sentía un gran afecto por su verdugo, el único que se acostaba con ella en público. Él fue su primer gran amor.

El rey Enrique de Inglaterra había desterrado a sus esposas a Escocia o las había mandado decapitar. Naturalmente, deseaba volver a casarse y envió a sus hombres a buscarlas. Lord Cromwell fue el más exitoso; el soberano del reino había encargado un magnífico retrato al pintor Hans Holbein, que el rey Enrique consideró hermoso. Cromwell recibió una generosa recompensa no solo de su rey, sino también del inmensamente rico padre de Ana. Además, Cromwell contaba con un aliado políticamente importante en el continente: el conde.

Desde que Anna tenía 20 años, su dama de compañía, Gertrudis van Geldern, se acostaba con ella. Era una muy buena amiga, su confidente y muy hábil para conseguirle a la condesa los amantes más lujuriosos. Aunque Gertrudis era una lesbiana convencida, se acostaba con todos a modo de prueba. Anna se acostaba junto a ellos y observaba. Gertrudis alcanzaba el orgasmo con facilidad, pero si alguien no podía hacerla llegar al orgasmo, quedaba fuera. Solo aquellos que podían hacerla llegar al orgasmo tenían permitido quedarse y acostarse encima de Anna. Anna la quería mucho por esto y dejaba que la dama de compañía se acostara con ella. Gertrudis estaba enamorada de Anna y le hacía el amor todas las noches. Aunque Anna no era lesbiana, aceptaba todo lo que su amiga le hacía. Resulta significativo que Cromwell no soportara a Gertrudis desde el primer momento y no la dejara ir a Inglaterra con él.

Anna acababa de cumplir 20 años, y sus dos hermanas estaban en otra habitación con sus prometidos. La condesa llevaba unas semanas acostándose con ellos a modo de prueba y les había dado permi-

so para que se acostaran con sus hijas; los ventajosos contratos matrimoniales ya estaban firmados. Para las hermanas era casi insoportable estar allí tumbadas, observando cómo su madre, llena de lujuria, dejaba que sus prometidos se acostaran con ella noche tras noche. Les permitía turnarse hasta que ambos quedaban completamente exhaustos. La madre llevaba mucho tiempo sin un amante fijo y necesitaba muchos orgasmos. Las hijas estaban bastante molestas porque ya no podían acostarse con los prometidos, que estaban completamente agotados.

Por supuesto, Anna preguntó si alguna vez habían intercambiado a sus prometidos. La hermana mayor le lanzó una mirada desdeñosa a la menor. "¡Si la princesa lo ordena, sí!" Anna no insistió, pero la hermana mayor continuó su historia alegremente. Intercambiaban parejas casi todas las noches después de la primera ronda, y era realmente placentero porque ambos hombres eran buenos en la cama, aunque diferentes. Quería saber cómo era dormir con Gertrudis, ya que ninguna de las dos había estado nunca con una mujer. Anna les contó todo, incluyendo los detalles más picantes. Las hermanas escuchaban con la boca abierta mientras Anna describía el sexo clítoris con clítoris. Intentaban imaginarlo.

Lord Cromwell había venido por diez días para concluir el matrimonio *por poderes* del rey Enrique. El capellán del castillo asintió con entusiasmo; el matrimonio por poderes selló la unión de Ana con el rey inglés. El conde tuvo que abandonar su cama y pasó las siguientes dos semanas con las doncellas, rodeado de cinco o seis muchachas desnudas, una docena de pechos y una sucesión de vaginas listas para la acción. Lord Cromwell se lamió los labios; ¡la condesa no aparentaba tener más de 43 años! El lord, severamente miope, la observó lo mejor que pudo y se disculpó en secreto con su distante esposa antes de acostarse junto a la condesa desnuda. No tenía nada de qué arrepentirse. La condesa suspiró profundamente, pues nunca antes había recibido un pene tan grande y resistente, a pesar de ser una anfitriona experimentada y trabajadora.

En la novena noche, Cromwell le recordó a la Condesa que, para que el matrimonio fuera válido, ¡debía pasar la noche nupcial *por poder* con la joven Anna, de 25 años! La Condesa asintió en silencio,

pues un matrimonio solo se sellaba con el primer acto sexual. Le dio a Anna instrucciones detalladas, y la noche siguiente apareció con su camisón festivo. Se recostó con alegre anticipación en el regazo de su madre, quien ya le había comentado que el Lord estaba enormemente dotado. Como se le había indicado, contrajo los músculos vaginales para dificultarle la penetración al Lord. Solo permitió que su miembro, marcado por las batallas, la penetrara tras un forcejeo. Su madre tenía razón; era un pene enorme, como nunca antes había experimentado en su vagina. «Estás dentro, mi Lord», susurró en un inglés entrecortado, «¡Estás dentro!». Él asintió, convencido de que había desflorado a la muchacha y de que de alguna manera tendría que explicárselo al Rey. Pero por ahora, estaba teniendo relaciones sexuales con Anna, cuya cabeza descansaba en el regazo de la Condesa. Ella sostuvo la cabeza de la niña y se sintió muy orgullosa de ella, pues era muy hábil para alcanzar el orgasmo. El señor estaba demasiado ocupado follando a la virgen como para darse cuenta de lo bien y con qué destreza ya lo hacía. Cuando él eyaculó, ambos necesitaban un descanso. La condesa acarició el cabello de Anna; la niña era realmente buena en eso. El señor simplemente no podía parar; folló a Anna una y otra vez hasta que no pudo más. Se giró hacia la pared y se quedó dormido. La condesa abrazó a Anna, y ambos se durmieron al instante.

El mal tiempo retrasó al Lord Guardián del Sello tres días más. Cromwell complacía a la Condesa con deleite y disfrutaba de la situación. La Condesa le daba todo lo que podía. El futuro, la vida de su hija, estaba en manos de este bruto que no se detendría ante nada si era necesario. Sabía, por supuesto, cuán cruelmente había subyugado a los irlandeses, cuán cruelmente los había tratado. Hasta ahora, había considerado una simple leyenda que cada noche los oprimidos irlandeses le entregaran a una doncella irlandesa. Ahora, sin embargo, ya no estaba tan segura de que fuera solo una leyenda. Cromwell tampoco había dudado en mandar decapitar al rey Carlos. La Condesa trataba al Lord como a su amante favorito, pues él debía proteger a Ana allí, en la lejana Inglaterra.

Por motivos de seguridad, Ana viajó por tierra a Inglaterra para encontrarse con su prometido. El rey Enrique viajó a su encuentro, primero disfrazado y luego con atuendo real. Quedó horrorizado al

verla por primera vez, a quien llamó la “yegua flamenca”. Probablemente fue en ese momento cuando el rey Enrique decidió asesinar a Cromwell.

Ninguno de los dos olvidará jamás su noche de bodas. Anna estaba disgustada porque Heinrich tenía una llaga purulenta y maloliente en una pierna y, como consecuencia, había engordado considerablemente. Heinrich estaba disgustado porque Anna lo esperaba desnuda en la cama; su columna vertebral deformada por la escoliosis, su esqueleto y su rostro huesudo y llamativo la hacían parecer fea. Le impactó que, debido a un trastorno genético heredado de su padre y su abuelo, no tuviera vello axilar ni púbico. Esto también resaltaba su vulva inusualmente grande, que resultaba simplemente repulsiva para el esteta Heinrich. No podía tener sexo con esa mujer tan fea. Ella asintió en silencio y con gesto sombrío cuando él le indicó que lo masturbara. Su entusiasmo era moderado porque, aunque el pene de Heinrich era más grande, parecía infantil, como el de un joven paje. Tuvo que frotarlo durante un buen rato, y él jugó con su clítoris con bastante destreza hasta que finalmente eyaculó. Pero cuando ella comenzó a masturbarse con total naturalidad y sin inhibiciones, él decidió anular el matrimonio cuanto antes. Cromwell se vio atrapado en una situación límite e hizo todo lo posible por lograrlo. Enrique lo obligó a espiarlos durante una semana para que luego pudiera jurar que el matrimonio nunca se había consumado y que nunca habían tenido relaciones sexuales. Anna acarició el pene del rey y lo hizo eyacular, luego se masturbó larga y apasionadamente.

Anna se sintió profundamente herida por el rechazo del rey. Pero no se quedó de brazos cruzados; en cambio, permitió que sus compañeros alemanes la cortejaran y mantenía relaciones sexuales con uno de ellos cada tarde. El rey fue informado de esto, pero no le importó. La había dejado masturbarlo durante una semana y la había observado. Era repugnante, porque todos sabían que solo las mujeres, monjas y viudas completamente inmorales se masturbaban.

Una de las damas de compañía inglesas, Catalina Howard, se había ganado el afecto de los alemanes. A la larga, su objetivo era el rey Enrique, pero lo mantenía en secreto. Catalina creía que el camino hacia él pasaba por la cama de Ana. Ni ella ni Ana eran lesbianas, pe-

ro Catalina pronto se encontró en la cama de Ana, seduciéndola. Las criadas y las damas de compañía se sonrojaban al ver cómo la situación se volvía ruidosa y apasionada en la habitación de Ana. Ana, al menos, estaba satisfecha sexualmente; por las tardes tenía uno u otro amante en el sofá, y por la noche, a la apasionada Catalina. Catalina, a su vez, veía al rey con bastante frecuencia y lo deslumbraba cuando ella dejaba volar su falda. Ana fue la primera en darse cuenta de su juego frívolo. Todavía le guardaba rencor porque él la consideraba abiertamente fea y la había rechazado sexualmente.

Catherine mantenía a Anna al tanto de lo mucho que Cromwell trabajaba en la anulación por orden de Enrique. Catherine y Anna tenían un pacto. Cada vez que el rey entraba en la alcoba de Anna, esta le lamía el clítoris hasta que llegaba al orgasmo. Ambas sabían cuánto le excitaba. Anna se iba al baño de al lado durante una hora y las observaba teniendo sexo a través de una mirilla. El rey, gordo y obeso, follaba a Catherine lo mejor que podía con su pene flácido. Catherine le ofrecía un espectáculo apasionado, como nunca antes se había visto en el reino. Cuando el rey se marchaba, Anna se abalanzaba sobre el coño húmedo y caliente de Catherine y la lamía hasta que enloquecía.

Ana reinó durante seis meses, tras lo cual Cromwell logró anular el matrimonio. El rey pudo entonces casarse con Catalina como su quinta esposa, y Cromwell fue decapitado ese mismo día. Ana recibió el título de “queridísima hermana” y fue instalada en un hermoso castillo con amplios recursos económicos. Es un alivio, pues Ana conservó la cabeza bien puesta. Podría haber regresado a Solingen, pero no quiso. Ahora disfrutaba de una vida maravillosa.

La afluencia de aristócratas ingleses que deseaban acostarse con ella en el castillo de Hever o en el de Richmond era incesante. Los hombres susurraban entre sí que no debían dejarse engañar por su apariencia. «Anna folla mejor que la prostituta más cara de Londres», escribió el conde Tudor a su amigo Robert Dudley, y sin duda había algo de verdad en ello.

Su relación con el rey mejoró considerablemente una vez que Ana aprendió a hablar inglés con fluidez. Incluso le confió a su hija Isabel,

quien más tarde ascendería al trono como la Reina Virgen, durante seis meses. Catalina Parr, en cuya corte vivía Isabel, expulsó a la joven cuando sorprendió a su esposo, Thomas Seymour, teniendo relaciones sexuales con la Virgen Isabel. Enrique confiaba en Ana, y ella cuidó con esmero a la testaruda muchacha.

El remedio multiusos de Anna funcionó de maravilla. Elizabeth nunca había tenido relaciones sexuales con una mujer, pero ahora yacía gimiendo y gritando de placer en la cama de Anna, pasando de un orgasmo a otro. Elizabeth había perdido la virginidad a los 13 años con el chico Bisley, y los dos tenían relaciones sexuales una docena de veces al día durante sus juegos inocentes e infantiles. Ella perdía deliberadamente sus juegos y se tumbaba en el suelo con las piernas abiertas, sonriendo y anunciando que él había ganado y que el premio del ganador era su coño, y por lo tanto Bisley tenía que acostarse con ella. Era un joven de buen carácter y disfrutaba mucho teniendo relaciones sexuales con ella. Dos años después, Elizabeth tenía 15 años, fue seducida a la fuerza por Thomas Seymour, su padre adoptivo, quien violó a la tímida chica durante semanas y meses. Elizabeth, por supuesto, no tenía intención de vivir como una monja. Ya era lo suficientemente mayor, razonó Anna, y de todos modos nunca sería reina, así que no puso ningún obstáculo en el camino de Elizabeth. Elisabeth disfrutaba de la vida al mismo ritmo que Anna: por las tardes tenía relaciones sexuales con un amante, generalmente un caballero honorable, y por las noches con Anna. Elisabeth solía hablar con Anna sobre dos amantes en particular que vislumbraban algo más que placer sexual: Dudley y Seymour. Ninguna de las dos sospechaba lo cerca que estaban de su futuro.

Anna visitaba al rey enfermo casi todos los meses. Solo se quedaba dos o tres horas; conocía la corte como la palma de su mano y escuchaba sus monólogos sobre la corte y sus intrigas. Cada vez, él intentaba que al menos le hiciera una felación. Se quitaba la manta y dejaba al descubierto su pequeño y erecto pene. Ella ni lo soñaba, pues no lo había perdonado por la vil forma en que la había humillado sexualmente. Negó con la cabeza con firmeza y llamó a la criada. Algunas le hacían una felación al rey, pero la mayoría lo montaban, sin importar cuánto tiempo tomara ni lo arduo que fuera. Una y otra vez, la erección del rey disminuía, sin importar lo bien que la criada lo

montara. La criada tenía que desmontar y agarrar su pene. Se había vuelto flácido y desagradable. La criada tenía que frotar el pene del rey varias veces entretanto o endurecerlo con la boca, pues era un anciano enfermo. En esos momentos, Anna se inclinó hacia adelante y frotó el clítoris de la criada para mantenerla excitada. Anna sonrió con picardía mientras la llevaba al orgasmo, algo que le encantaba hacer. Sin embargo, la criada volvió a montar al rey y continuó teniendo relaciones sexuales con él. Las criadas mantuvieron la mirada fija en Anna, pues un bastardo significaba ascenso social y económico. Cuando la criada llevó al rey al orgasmo y este se quedó dormido, exhausto, Anna se marchó en silencio.

Enrique murió enfermo, con un peso de 300 kilos; ocho hombres tuvieron que cargar su pesado ataúd. A Ana se le permitió ocupar el tercer lugar en la línea de sucesión, ya que era su "hermana honoraria". Lo lloró sinceramente, como si fuera un hermano, y nunca habló mal de él. Lo sobrevivió diez años. Tenía 35 años cuando murió y presentía que no le quedaban muchos años de vida. Durante las luchas de poder que siguieron, Isabel huyó a la casa de Ana en el Castillo de Richmond. No se habían visto en años, e Isabel se acostó con Ana como si fuera una nueva amante. Durante este tiempo, Isabel se entregó por completo a sus inclinaciones lésbicas, ya que los hombres competían por su atención. Era solo la cuarta en la línea de sucesión al trono, pero un Seymour o un Dudley soñaban con casarse con ella y convertirse, como su esposo, en un rey sin dignidad real. Quizás esta fue la verdadera razón por la que Isabel nunca se casó.

Anna estaba encantada de tener a Elisabeth de vuelta con ella; había madurado y valía la pena cada pecado en la cama. Anna seguía acostándose con la larga lista de aristócratas que aspiraban al Castillo de Richmond. Tenía 35 años y estaba en la plenitud de su sexualidad. Un amante por la tarde simplemente no era suficiente; ¡tenían que ser dos o tres seguidos! Si lograba llevar a su habitación a varios hombres que se llevaban bien o incluso eran amigos, los dejaba follar con ella por turnos hasta que todos estuvieran exhaustos. Amaba este sexo en grupo por encima de todo.

En los diez años posteriores a la muerte de Heinrich, Anna tuvo mucho tiempo para pensar en él. Podía ser muy impulsivo: se ena-

moraba de una nueva criada en un instante, se acostaba con ella y la dejaba embarazada en ese mismo momento, para luego olvidarla por completo al cabo de una hora.

Podía ser muy exigente, incluso consigo mismo. ¿Cuántas veces forzaba demasiado su pene, follando una y otra vez, aunque ya no pudiera tener una erección y su pareja tuviera que volver a excitarlo con la mano o la boca, una y otra vez?

Podía ser terriblemente resentido e injusto. ¿Acaso su ira lo llevó a condenar y decapitar a Ana Bolena, quien no le había dado hijos y se había vuelto insoportable, bajo acusaciones falsas? ¿O a Catalina Howard, la mejor amiga de Ana, acusada de traición y decapitada por falsas acusaciones de incesto con su hermano Jorge y otros cuatro desafortunados amantes? Ana sabía por la propia Catalina que, en efecto, había tenido relaciones sexuales con su hermano con mucha frecuencia y con muchos más que esas cuatro personas, pero las acusaciones específicas en el tribunal eran todas falsas e inventadas a traición.

Y la había rechazado sexualmente desde el primer minuto. Nunca tuvo relaciones sexuales con ella; ella tenía que hacerle humillantes felaciones, y cuando sentía deseo sexual y se masturbaba, solo veía asco y desprecio en su rostro.

Eran cosas en las que pensaba mucho. Eran cosas que pesaban mucho en un lado de la balanza. Pero en el otro lado estaban los momentos hermosos de la vida de su esposo. Podía besar, reír y sonreír de una manera que te derretía o encendía una llama en tu interior. Podía relatar una aventura amorosa con tanta viveza e intensidad que no solo pasabas por alto la infidelidad, sino que sentías la aventura, el sexo, con tanta intensidad, como si él se hubiera acostado con ella y no con la otra mujer. Había mil otras pequeñas cosas que aligeraban ese lado de la balanza. Le gustaba pensar en particular en un incidente. Fue durante su primera semana juntos, cuando todavía se tomaba muy a pecho su negativa a tener relaciones sexuales.

Era su primer baile en un baile de salón. Se sentía expuesta, pues el vestido francés acentuaba sus caderas y resaltaba su espalda horri-

blemente deformada y torcida. Henry apartó a su pareja y la abrazó por detrás, susurrándole al oído: «¡Esa no es la esencia del baile, mi dulce esposa! El baile, el vaivén del cuerpo y los pasos... ¡todo eso es secundario, querida! Lo importante son las aberturas a los lados de tu falda francesa, ¡en las que te ves tan deslumbrante! Eres demasiado inocente para saberlo, pues toda mujer que apoya la espalda en su pareja de baile le da la oportunidad de alcanzar el paraíso a través de la abertura». La risa de Henry era tan hermosa que Anna sonrió al instante. Le encantaba su picardía. Sin embargo, se sonrojó profundamente al imaginarlo.

"Ven, mi pequeña inocencia, te seguiré abrazando y nos saltaremos el siguiente baile. Mira, allí, el Señor de York, cómo su pareja se apoya en él, ¡cómo su rostro irradia felicidad! Y no verás su mano, es un bailarín experto y la esconde bajo su falda. ¡Mira cómo se mueve la tela de su falda tan rápido, como una comadreja mordisqueando su clítoris!" Anna se apoyó en Henry y suspiró: "Sí, en efecto, ¡ahora lo veo! Siguen bailando un rato, luego se detienen y ¡veo a la comadreja mordisqueando otra vez!"

Anna se giró. "¿Y hacen eso aunque no estén casados?!" Heinrich sonrió y la besó con ternura en la boca. "Sí, exactamente, cariño. Su propio marido siempre puede tocarla así, pero solo en un baile público un completo desconocido o un hombre de su elección puede tocarle discretamente el clítoris. ¡Esa es la naturaleza del baile!" Anna lo besó en la boca. "¿Y eso no te vuelve loco de celos?!" Heinrich sonrió. "Siempre puedo tocarte, y lo sabes; no es nada nuevo ni emocionante después de un año de matrimonio. Pero que un desconocido, o alguien a quien secretamente deseas, te toque con tanta intimidad, y tal vez incluso tener un orgasmo en sus brazos, ¿no te excita?" Después de un rato, Anna asintió; era cierto. "¿Bailamos unas cuantas vueltas, para practicar?" preguntó, y él asintió. Ella apoyó la espalda contra el ancho pecho de Henry y le besó el cuello desde abajo, pues los que estaban alrededor solo podían deducir, por el movimiento de su pecho al subir y bajar o por el temblor de sus piernas, que estaba teniendo un orgasmo en los brazos del rey en la pista de baile.

Esto también influyó. Heinrich le había enseñado algo de lo que él mismo no había sacado provecho. Pronto, ella amó el baile por enci-

ma de todo. Permitía con entusiasmo que extraños o personas inalcanzables la tocaran. No le importaba su apariencia, sino cómo se sentía su clítoris, cómo reaccionaba, con qué rapidez podía alcanzar el orgasmo. Por haberle enseñado estas cosas, amaba a su Heinrich.

Sus 10 años pasaron demasiado rápido en el reloj de arena.

• • •

Nido de serpientes

von Jack Faber © 2024

En pocas palabras, Nuri no estaba en sus cabales. Tenía 38 años, pero no había logrado nada en la vida. Era prácticamente analfabeta, no había aprendido nada y era terriblemente ingenua. Gracias a su ingenuidad, lo único que sabía era cómo tener sexo increíble y hacer felaciones excelentes. Consiguió el trabajo de enfermera nocturna en el centro gracias a una amiga. Su trabajo consistía en supervisar a los chicos por la noche: entre seis y ocho jóvenes problemáticos con un largo historial delictivo.

Había hecho un buen trabajo durante los últimos tres años. Sus superiores estaban satisfechos de que los chicos, al menos por la noche, no causaran problemas, y no querían saber cómo Nuri lo había logrado. Solo les importaba el resultado; no querían saber los detalles. A diferencia de su predecesora, disfrutaba dejando que el presidente tuviera relaciones sexuales con ella cuando la apartaba. Él era el único hombre en el comité, y le gustaba su timidez y su actitud juvenil, lo que la hacía muy feliz de dejar que él tuviera relaciones sexuales con ella. Su predecesora había tenido serios problemas; los chicos la violaban todas las noches, uno tras otro, a la vista de todos, y un día escapó.

Nuri se acostó con varios hombres a lo largo de los años. Estaba el conserje, que disfrutaba genuinamente de acostarse con ella, pero quería mantenerlo en secreto, temiendo, sin fundamento alguno, que le costara su cómodo trabajo. Y luego estaban los dos jardineros, a quienes todos suponían que eran homosexuales. En realidad, eran bisexuales; siempre se acostaban con Nuri juntos. A ella le encantaba cuando ambos la penetraban rápidamente, uno tras otro, porque siempre tenía un orgasmo intenso la segunda vez. Pero cuando uno de ellos penetraba al otro por el ano, siempre se sentía confundida. Le parecía tan irreal y obsceno que le repugnaba. Simplemente así se sentía; no se basaba en prejuicios.

Nuri era muy dulce y terriblemente ingenua, y a los pequeños criminales les gustaba eso. Todavía recordaban vívidamente los castigos por las violaciones y se hacían los inocentes con Nuri. Ella permanecía completamente quieta en el dormitorio, todos dormían plácidamente, y ella acariciaba suavemente su clítoris. No fue hasta la tercera noche que uno de ellos hizo un movimiento. El pequeño Ben, que no haría daño a una mosca, susurró que Nuri tenía que ir con él. Ajena a todo, ella se sentó junto a su cama y le preguntó qué pasaba. Él apartó las sábanas y le mostró su erección. "¿Qué se supone que debo hacer?", balbuceó. Ella examinó su pene con atención y respondió: "¡Tienes que frotarlo y hacer que eyacule!", dijo, y frotó su pene por un segundo. Él asintió y comenzó a frotar. Ella dejó que su mano se deslizara por la parte interna de sus muslos, "¡Sí, eso es, eso es perfecto!" Lo acarició hasta que eyaculó.

Fue la decisión correcta. A partir de entonces, Nuri se sentaba al borde de las camas de los chicos, acariciándoles la parte interna de los muslos y, con algunos, frotándoles el pene ella misma. Iba de cama en cama, llevando a los chicos al orgasmo. Algunos querían eyacular en su boca o en su vagina, pero ella siempre negaba con la cabeza; ambas cosas estaban fuera de toda discusión para ella. Tardaba más de una hora en llevarlos al orgasmo, pero tenía toda la noche por delante si era necesario.

Los superiores asintieron con aprobación; Nuri estaba haciendo un buen trabajo, no había nada de qué quejarse y, sobre todo, no había problemas. Nuri respondió con sinceridad cuando le preguntaron. «Les froto el pene y los hago eyacular», dijo la mujer ingenua, «pero no a todos, ¡algunos prefieren hacerlo ellos mismos!». La que preguntó se sonrojó profundamente y dijo: «¿Los masturbas por la noche?», y Nuri asintió con entusiasmo. «Se duermen enseguida y no hay problemas».

Nuri llevaba tres años haciendo esto. Se excitaba mucho frotándose y eyaculando, y se tocaba el clítoris discretamente. Después de la última vez que se masturbó, no pudo aguantar más. Metió la mano debajo de la falda y se masturbó, sin importarle si los chicos la miraban. Simplemente tenía que hacerlo; no había tiempo que perder. Se sentó en medio del dormitorio, con las piernas bien abiertas, y se

masturbó hasta que se cansó de los orgasmos. Permaneció completamente relajada e incluso se excitó un poco, porque seis pares de ojos estaban fijos en ella y en su masturbación.

Allí estaba Louis, que solo estaba allí por error; siendo mayor de 18 años, debería haber estado en prisión. Era completamente inocente, como todos los demás. Era el ayudante del conserje en el internado de chicas. La directora descubrió con horror que seis de sus alumnas estaban embarazadas. ¡Seis! Llamó al médico del colegio. De las 60 chicas de entre 13 y 16 años, solo cuatro seguían siendo vírgenes. ¡Horrible! Ninguna de las chicas quiso revelar cómo habían perdido la virginidad. Pero una de las cuatro vírgenes se desmayó y lo contó todo. Louis era el afortunado que se colaba en el dormitorio de las chicas todas las noches y tenía sexo con una chica a la vista de todos, a veces incluso con dos. Las chicas se agolpaban alrededor de los hombres que tenían sexo; ninguna quería perderse nada. Cuando llegaba el momento de desflorar a una chica, los espectadores contaban en voz alta, cantando... 5, 4, 3, 2, 1, y entonces Louis la penetraba y la desfloraba. En ese contexto, la chica no pudo llorar desconsoladamente; se recompuso y rió mientras él seguía abusando de ella. Fue una experiencia placentera para todos. Pronto, todas las chicas perdieron la virginidad, y él continuó abusando de ellas cada noche. Louis incluso tuvo que testificar en el juicio, pero debido a la negligencia burocrática, no fue a prisión.

Y luego estaba el pequeño Erich, que ahora tenía unos 16 años. Creció solo con su madre drogadicta, Sylvia. A menudo veía a hombres extraños entrar en el apartamento y tener sexo con Sylvia a cambio de dinero o drogas, y también con las otras chicas adictas, sin pagar. Sylvia no dejaba que ninguno de los hombres eyaculara dentro de ella; tenían que retirarse y eyacular mientras se masturbaban. Normalmente, había otros tres o cuatro drogadictos tumbados en la alfombra de su salón, pero todos eran estúpidos, Erich lo sabía. Observaba a Sylvia y a las otras chicas muy de cerca mientras tenían sexo, porque entendía perfectamente lo que estaba pasando. Observaba cómo Sylvia se excitaba un poco durante el sexo, pero siempre esperaba a que el hombre se fuera y solo entonces se masturbaba apasionadamente, una vez que había alcanzado cierto nivel de excitación. Estudiaba sus técnicas de masturbación con mucho cuidado,

porque no siempre lo hacía de la misma manera. Se tumbaba justo entre sus muslos y la observaba mientras se frotaba el clítoris con el dedo. Encontró sus orgasmos particularmente fascinantes; también eran a veces completamente diferentes. Observó muy de cerca la masturbación de las otras chicas adictas hasta que vio todo lo que hacía cada una. Pronto descubrió cómo desnudarlas y hacer que se masturbaran sin haber tenido relaciones sexuales con ellas primero. Rápidamente descubrió cómo excitarlas tanto que simplemente no podían contenerse y tenían que masturbarse de inmediato. Logró que algunas se masturbaran continuamente y disfrutó de su poder para incitarlas u obligarlas a una masturbación interminable y agonizante. Pasó un año entero apartando las bragas de las chicas mientras dormían bajo los efectos de las drogas y examinando sus aberturas vaginales. Esto le resultaba muy excitante porque las aberturas solían ser diferentes. Algunas eran muy profundas y otras apenas visibles en la densa carne que las rodeaba. Exploró y palpó sus clítoris; también eran bastante diferentes. Practicó constantemente, aprendiendo a masturbar a las chicas dormidas. Al principio, no lo conseguía, pero practicó incansablemente y pronto lo dominó. La mayoría se despertaba justo antes del orgasmo, confundida y excitada. Algunas dormían tan profundamente o estaban tan borrachas que ni siquiera se despertaban durante el orgasmo. Él aún no podía eyacular, pero después se las follaba a todas. Tras masturbarse o ser masturbadas, las chicas querían dormitar o dormir, pero él las montaba e introducía su pene en sus orificios. Muchas seguían dormitando o dormitando, pero él insistía en follarlas lo mejor que podía en ese momento. Hacia finales de año, pudo eyacular, y la mayoría se despertaba completamente despierta, mirándolo con los ojos enrojecidos mientras le permitían eyacular dentro de ellas. Ninguna de estas desafortunadas almas le pidió jamás que no eyaculara dentro de ellas. Aparentemente lo veían como una parte inevitable del sexo, porque el hombre tenía que eyacular, aunque solo fuera un niño. A Erich no le importaba si los demás observaban desde sus coloridos y nebulosos mundos y asentían con la cabeza en señal de acuerdo. Hacia finales de año, pudo eyacular, y eso lo llenó de orgullo. También se sintió muy orgulloso cuando finalmente logró masturbar a Sylvia mientras dormía hasta el orgasmo. Ella despertó completamente desconcertada durante su orgasmo y luego sonrió al darse cuenta de que Erich la había masturbado. Desde entonces, siempre sonreía cuando él la

masturbaba. Su sexualidad despertó con fuerza y decidió tener sexo con Sylvia. Ella sonrió sorprendida y tontamente cuando él le bajó las bragas. Al principio, se rió de él porque no podía eyacular debido a su nerviosismo. Pero cuando finalmente eyaculó dentro de ella, murmuró que no debía eyacular dentro de ella y darle un hijo. Pero eso no le interesó; él eyaculaba profundamente dentro de ella cada vez. "¡Así me darás un bebé!", murmuró indistintamente después de que él terminó. Él no escuchaba razones; algunos días la follaba cuatro o cinco veces, siempre eyaculando profundamente dentro de ella. "¡Me da igual si tienes un bebé!", gritó después de follarla, y ella se encogió porque, en su furia, él inmediatamente continuó follándola y eyaculó dentro de ella otra vez. Cuanto más viejo se hacía, más a menudo tenía que follarla cada día para aliviar el impulso sexual recurrente. Gritó que iba a eyacular dentro de ella ahora y que no le importaba si ella lo quería. Sylvia le tenía miedo y no dijo nada más. Suspiró profunda y tristemente cuando él eyaculó dentro de ella, varias veces al día. Empezó a follar regularmente también con las otras adictas. Iban y venían; cada pocos días llegaba una nueva, inyectándole el veneno en el brazo o esnifando el polvo blanco. Erich sabía que tenía que esperar al menos 10 minutos para que el veneno hiciera efecto y para que las chicas se sumergieran en sus mundos de fantasía. Casi ninguna de ellas se daba cuenta de que Erich las estaba desnudando, examinándolas y luego follándolas. Le importaba un bledo si estaban de acuerdo con que eyaculara dentro de ellas. Lo miraban desde sus mundos de fantasía con ojos vidriosos o nublados y observaban fijamente cómo Erich les metía la polla en la vagina y las follaba con fuerza. Eran impotentes y forajidas, folladas gratis por los clientes de pago de Sylvia porque eran presa fácil, incluso para Erich. No eran tan pragmáticas como Sylvia; se resignaban a su destino y se dejaban follar sin resistencia. Eso era mejor que ser golpeadas por un proxeneta y que encima las follaran. Una adicta había muerto de una sobredosis y apestaba. Los vecinos llamaron a la policía, y así fue como Erich acabó con Nuri. Erich era, sinceramente, completamente inocente, excepto quizás por ser el cabecilla de la violación de la predecesora de Nuri. Dos chicos sujetaron a la mujer pequeña y regordeta mientras Erich y los demás la desnudaban; fue muy vergonzoso y humillante. Era una mujer de 42 años que rara vez tenía sexo rápido; normalmente se masturbaba todas las mañanas después de terminar su turno y acostarse. Sus pechos colgaban tristemente, y su escaso

vello púbico dejaba al descubierto sus labios vaginales, visiblemente enrojecidos por la vigorosa masturbación. Dos chicos le sujetaban las piernas, dos los brazos. Erich separó sus labios vaginales con los dedos y palpó su clítoris irritado. “¿Te masturbas mucho, verdad?”, preguntó, y ella apretó los labios. Jamás lo admitiría, pero Erich les contó a sus chicos que su clítoris estaba muy rojo e irritado por tanta masturbación. Le separó la vagina con los dedos todo lo que pudo y la penetró rápidamente. Lloró desconsoladamente cuando el pene de Erich entró en ella y la folló. Tras diez o más embestidas, dejó de llorar y jadeó, porque se estaba excitando muchísimo. Era el tipo de mujer que llegaba al orgasmo con mucha facilidad. Su respiración se volvió cada vez más superficial, y su orgasmo provocó la eyaculación de Erich. Su orgasmo tuvo lugar completamente dentro de su vagina; los músculos vaginales apretaron su pene y lo contrajeron rítmicamente, obligándolo a eyacular de inmediato. Estaba muy orgullosa de lo rápido que había llegado al orgasmo; sabía que pocas mujeres podían hacerlo. Pensó que todo había terminado, pero solo era un cambio de escenario. Los chicos le separaron las piernas de nuevo, y uno de ellos le abrió la vagina de par en par con los dedos. Esto fue especialmente humillante para ella; estar desnuda ya era bastante humillante, pero ofrecer su vagina como un cáliz era simplemente demasiado. Gritó de desesperación. Se estremeció y volvió a llorar cuando el siguiente empezó a follarla, pero el llanto cesó en cuanto se acercó al orgasmo. Los seis chicos la follaron y la dejaron allí tirada cuando terminaron. Estaba exhausta por los múltiples orgasmos y lloró de humillación. Fue follada por los seis chicos todas las noches durante semanas hasta que un día dejó una carta en el escritorio de la directora y se marchó para siempre. Después del desayuno, la directora hizo que los seis delincuentes se alinearan en su despacho y se desnudaran. Tomó un pene tras otro en su mano y los golpeó con una regla de madera hasta que eyacularon. Lo hizo durante diez días, siempre con una severa reprimenda después. Debían recordar: ¡nunca más violarían a la supervisora! Si sentían impulsos sexuales, debían acudir a ella; se podría encontrar una solución. Hizo una breve pausa porque la anciana imaginó tener relaciones sexuales con los chicos. Los chicos no olvidaron el castigo cuando llegó su sucesora, Nuri. Eran tan dóciles como corderitos.

Durante sus duchas semanales, Nuri estuvo completamente desnuda con los chicos por única vez esa semana. Los enjabonó y lavó, y cuando ellos le acariciaron el cuerpo desnudo, ella simplemente sonrió. No les permitió ir más allá. Si alguno de ellos tenía una erección en la ducha, ella sonreía y les preguntaba si debían frotarlo hasta que eyaculara. La mayoría quería que lo hiciera, y los demás se colocaban en círculo a su alrededor mientras ella le frotaba el pene con vigor. Murmuraban en señal de aprobación o emitían sonidos de satisfacción cuando ella lograba que el chico llegara al orgasmo.

Nuri tenía la sensación de que la observaban. Los chicos la tranquilizaron diciéndole que no había nadie, que solo se lo estaba imaginando. Pero ella seguía inquieta, mirando constantemente por encima del hombro, aunque en realidad no había nadie.

Pero una mañana sucedió.

El pequeño Ben fue encontrado al pie de las escaleras del sótano. Nuri palpó el cuello helado del niño. Estaba muerto. Llamó a la ambulancia, que llegó junto con la policía. El médico forense dijo que Ben había sido violado, golpeado y empujado por las escaleras, rompiéndole el cuello. “¿Violado?”, preguntó el detective, y el forense asintió. “¡Follado por el culo!”, añadió, explicando que ya había comparado el ADN con el de los chicos y todos los empleados varones, pero tenía que ser un desconocido.

El pequeño Ben era uno de los más inocentes. Durante años, se acostó con su madre adoptiva a diario; el niño, obediente y sumiso, se acostaba con su exigente y adicta al sexo madre adoptiva hasta que su marido los pilló en el acto. Ella tuvo que salvar su reputación y le dijo que el niño la había violado. Así fue como el pobre Ben acabó aquí, y ahora estaba muerto.

Durante dos semanas, la casa fue un caos total. Solo gradualmente la situación se calmó, y Nuri volvió a ir de cama en cama, masturbando a sus chicos o viéndolos masturbarse, acariciando sus muslos internos y murmurando palabras de aliento. Había llegado un chico nuevo, Fritz. Era tan inocente como los demás; solo se había acostado con su hermana pequeña y luego la había ahogado en la piscina.

Por lo general, se acostaba con la niña con mucho cuidado y consideración, pero sus gritos, la primera vez que se la había acostado con fuerza, desencadenaron su instinto asesino. La madre adoptiva lo golpeó por ello, pero él estaba furioso y de inmediato se acostó con la vieja zorra que gritaba casi hasta la muerte y la mató con la pala del jardín. Luego se acostó con la hermana muerta de nuevo porque la había amado de verdad. Como aún no tenía 18 años, quedó al cuidado de Nuri. Ella integró al gentil gigante en su grupo. La primera noche, descubrió que Fritz tenía el pene más grande del mundo. Él refunfuñó que preferiría follársela a que se la frotara, pero ella negó con la cabeza, "¡Tal vez más tarde!" y continuó frotando su enorme pene. Él gimió que no quería eyacular en el aire, que era muy humillante. Nuri cedió. Por primera vez en el trabajo, se tumbó boca arriba y dejó que Fritz la follara. Los otros chicos estaban de pie alrededor; nunca habían visto nada igual: el pequeño coño de Nuri, bien abierto, y el enorme pene de Fritz, que Nuri había puesto muy duro frotándolo. Y ahora el enorme pene penetraba su coño, abriéndose paso implacablemente. Ella gritó suavemente cuando el enorme pene entró en su coño, los chicos contuvieron la respiración. Fritz sostuvo a Nuri por las nalgas para que estuviera a la altura correcta. Su pene se hundió en su agujero como si quisiera empalarla. Ella se apoyó contra él y siguió su ritmo, follándolo activamente y con intensa concentración. Los chicos nunca habían visto follar así antes; Los dos follaban salvajemente como depredadores. Fritz mostró los dientes y se lo dio todo, pero pronto ella gritó de placer, porque tuvo un orgasmo poderoso, y luego uno tras otro, hasta que Fritz se levantó y se corrió dentro de ella. Había sacado su polla hasta el fondo, hasta la punta. Los chicos podían ver su polla bombeando rítmicamente, el semen disparando en el agujero de Nuri en chorros espesos y abundantes. Con su primer orgasmo, Nuri echó la cabeza hacia atrás, empujando y empujando su cabeza hacia atrás sobre el colchón con placer, dejando que su orgasmo disminuyera. Fritz empezó a llorar, Nuri se incorporó y lo abrazó. Él se calmó y ella lo dejó hablar. "Así fue exactamente como Heidi se ahogó. Dejó caer su cabeza hacia atrás durante el orgasmo, igual que tú ahora, en la piscina. Perdió el conocimiento durante el orgasmo y se ahogó. No me di cuenta porque estaba en medio de la eyaculación. ¡Pobrecita! Y de repente, la madre adoptiva estaba detrás de mí. Empezó a golpearme con una pala. Agarré a la vieja loca y le arranqué la ropa. Con una mirada salvaje en los ojos, se

abalanzó sobre mí y me agarró el pene con clara intención. Me metió el pene en su horrible y arrugado agujero por primera vez y empezó a follarme de pie, ¡la perra! Estaba completamente desconcertado, y después de unos minutos, la tiré al suelo, y ella se rió como una loca, triunfante. La violé salvajemente porque estaba en un frenesí sanguinario. Me follé a la vieja fea que siempre nos espiaba y nos miraba follar sin pudor hasta que dejó de moverse. Abrió los ojos y gritó." "¡Asesino! ¡Asesino!" No quería oírla gritar más, así que la golpeé con la pala hasta que se calló. Entonces oí a Heidi. Me llamaba suavemente, como siempre que quería jugar y follar. Le saqué la cabeza del agua y la tumbé en la hierba. Sonrió y me besó, "¡Vamos, fóllame, oso grande, fóllame bien fuerte esta vez!" Así que la follé más fuerte que nunca. Pero después de correr, volví en mí y salí corriendo." Fritz se aferró a Nuri y siguió llorando. "Todavía no le he contado esto a nadie", sollozó. "Menos mal que me lo has contado, lo guardaré en mi corazón", dijo Nuri, acariciando el pelo del bebé gigante. De alguna manera se habían hecho amigos.

Nuri negó con la cabeza a cada hombre que quería acostarse con ella. No, solo Fritz tenía permiso; primero se masturbaba con los demás y solo se acostaba con Fritz al final, quien la hacía llegar a orgasmos maravillosos. A ninguno de los dos les importaba que los demás estuvieran mirando. Nuri se levantó, se arregló el vestido y mandó a todos a la cama. Se restableció el orden, todos durmieron plácidamente y Fritz estaba muy contento de que Nuri se dejara follar voluntariamente y sin coacción. A menudo lloraba porque había querido mucho a su hermana de acogida; ella también había disfrutado de ser follada por su gran polla. Ya tenía 11 años cuando fueron a vivir juntos con la familia de acogida, y él pronto la desfloró, con mucho, mucho cuidado. La ayudó a abrir bien las piernas con los dedos, luego la penetró y le rompió el himen. Habían follado todos los días desde entonces, hasta la tragedia. Ahora que estaba muerta, Fritz sollozó y volvió a llorar.

Y de nuevo Nuri tuvo la sensación de que la observaban. Los chicos lo recordaban, pero seguían diciendo que solo estaba imaginando cosas. Solo pasó una semana antes de que volviera a suceder.

El pequeño Karl, o Charly, fue encontrado al pie de las escaleras del sótano. Estaba muerto, completamente muerto. Los paramédicos y la policía llegaron de nuevo. El médico forense confirmó que era la misma escena. Charly había sido violado, golpeado y empujado por las escaleras, rompiéndose el cuello en el proceso. El detective asintió sombríamente cuando el forense dijo que lo habían "sodomizado". El ADN, una vez más, solo coincidía con el del primer asesino; era la misma persona. La policía interrogó a todos tres o cuatro veces, sin éxito. Charly había sido un niño muy rebelde. Había violado a su madre adoptiva durante meses y finalmente la empujó delante de un autobús, del que afortunadamente ella sobrevivió. Había sido arrestado en el hospital por violar a su madre adoptiva, que estaba enyesada. Ese era su camino, y ahora yacía muerto al pie de las escaleras del sótano.

Pasaron otras dos o tres semanas hasta que se restableció el orden, hasta que Nuri volvió a ir de cama en cama, masturbando a los chicos. Finalmente, dejó que Fritz la follara, como antes; lo había echado mucho de menos. Le contó al inspector de policía sin pestañear cómo iba de cama en cama, masturbando a los chicos uno tras otro, y finalmente dejando que Fritz y su enorme polla la follaran; no había nada malo en eso. El inspector sintió mucha curiosidad e hizo que Fritz le mostrara su polla; era realmente enorme. Se sonrojó hasta los pechos cuando él le dijo que la tocara y esperara a que estuviera completamente erecta. La sujetó firmemente en la mano y la frotó un poco; se puso más rígida cuanto más la frotaba, y el glande emergió de debajo del prepucio. La joven negó con la cabeza cuando él le dijo que la frotara. No, no quería ver la inyección, mintió, porque alguien podía entrar en cualquier momento. Lo dejó ir y no volvió a anotar el incidente.

La policía investigó el caso durante meses, pero no encontraron nada, absolutamente nada.

El caso quedó archivado y se cerró.

• • •

El doctor sexy

von Jack Faber © 2024

Tom había tenido tiempo suficiente para reflexionar. En pocas palabras, se había dejado llevar por la corriente, se había lanzado de cabeza a la aventura y había fracasado estrepitosamente. Había abandonado sus estudios, todos sus esfuerzos por convertirse en médico. Seguía siendo médico, seguía teniendo un doctorado, pero ambos le serían arrebatados tras el veredicto judicial. Se apoyó contra la pared de hormigón de la celda y cerró los ojos.

Tom había realizado su última rotación clínica en la clínica de fertilidad; fue la experiencia más emocionante de su vida. Inspeccionaban vaginas, solo vaginas, e interrogaban a mujeres jóvenes sobre sus asuntos más íntimos. No, la ginecología no era lo suyo; mutilaban los genitales femeninos, ¡horrible! La parte teórica del tratamiento de fertilidad era obligatoria, y la aceptó, al igual que el trabajo de laboratorio. Pero entrevistar a las mujeres, el trabajo práctico con sus vaginas, era lo suyo. Daría lo que fuera por eso.

Desde el principio tuvo claro que necesitaba una confidente cercana. Alguien que apoyara su crimen y le siguiera la corriente en todo. Eligió a la hermana Angelika. Al igual que él, ella era secretamente una criminal, y Tom se aprovechó de ello. Angelika era lesbiana y se movía con soltura entre mujeres vulnerables. La invitó a cenar.

No tuvo que explicarle su lesbianismo. Sí, había tenido relaciones sexuales en su juventud; tenía experiencia, aunque solo hubiera sido con un hombre. Su padre la había desflorado a los 13 años y abusó sexualmente de ella a diario hasta que se fue de casa y se convirtió en enfermera. Fue allí donde descubrió que era lesbiana. Tom era muy hábil para conquistarla. Finalmente, accedió a tener relaciones sexuales con él si la aceptaba tal como era: lesbiana.

Él follaba a Angelika todos los días, a veces incluso dos veces. Ella era bonita, con unos pechos pequeños y encantadores, se depilaba el vello púbico, y cuando él le separaba los labios con los dedos, veía su

clítoris, enrojecido por la masturbación frecuente. Ella se encogía de hombros con indiferencia; solo se masturbaba cuando realmente lo necesitaba y no pensaba en si su clítoris estaba rojo después o no. Como habían acordado, ella le dejaba follarla siempre que él la necesitara. Ella apartaba la cabeza y al principio no le dejaba besarla. Admitió que para ella era como si su padre la follara. Tenía una vagina muy agradable y estrecha; con el tiempo, perdió sus inhibiciones, y como se excitaba especialmente mientras la follaban, seguía masturbándose hasta el orgasmo al final del encuentro. Ella le dejaba follarla tan a menudo como él podía, que normalmente era solo una vez cada 24 horas; Tom necesitaba un día para recuperarse. Hacía tiempo que se había resignado al hecho de que solo podía eyacular una vez y que su pene era de tamaño mediano. «Es más grande y firme que el de mi padre», afirmó Angelika con naturalidad, «y me excita mucho más; ¡incluso a veces tengo orgasmos, cosa que nunca me pasaba con él!». A su vez, él le permitía a Angelika tener relaciones sexuales con los pacientes que ella eligiera, siempre y cuando ellos lo desearan. Este acuerdo mutuo llevaba funcionando bien desde hacía un año. Él tenía una mujer con quien acostarse cada día, y con su apoyo, Angelika podía acercarse a las mujeres que le interesaban.

Tom entrevistó a todas las mujeres y descartó a las inalcanzables. Las que le interesaban simplemente tenían que ser ingenuas y fácilmente influenciables, y dispuestas a hacer cualquier cosa para finalmente tener un hijo. Tom había ideado una estrategia astuta. Angelika desnudó a la mujer y separó sus labios y vulva con los dedos. Él tocó y exploró la vulva, el clítoris, casi como un aperitivo. Necesitaba desesperadamente semen fresco del marido. Observaba a la pareja a través de una ventana con espejo. La mayoría de las parejas tenían sexo en la habitación desnuda; ella sostenía el recipiente y dejaba que él eyaculara dentro. El segundo grupo más grande consistía en parejas que se sentaban una frente a la otra y se observaban masturbándose. Solo un pequeño número de mujeres les hacían felaciones a sus maridos. Tom siempre las observaba porque realmente lo excitaba, y Angelika sonreía porque estaba a punto de follarla como un animal salvaje. Era tan fácil de ver a través de él, pensó Angelika.

Angelika, al igual que la paciente, escuchaba atentamente cada palabra que él le explicaba. Un científico francés había descubierto có-

mo, con la ayuda de un asistente, el semen del marido, normalmente lento, podía ser guiado hacia el óvulo. El semen del marido se recubría con una sustancia química protectora, se inyectaba en la mujer y, a continuación, el asistente rociaba su propio semen fresco y joven sobre él. El semen fresco transportaba el semen más antiguo hasta el óvulo. Las secreciones que la mujer liberaba durante el orgasmo, combinadas con la capa protectora, daban al semen más antiguo el impulso necesario para llegar al óvulo. Por lo tanto, era esencial que la paciente experimentara un orgasmo, o mejor aún, varios; esto era absolutamente crucial.

Gracias a las intensas e íntimas entrevistas, supo cuáles de las mujeres se masturbaban. Menos de la mitad, quizás entre el 35 y el 40 por ciento, lo hacían a diario. Un número similar se masturbaba con menos frecuencia, una vez al mes o incluso menos. Y alrededor del 20 por ciento nunca se masturbaba. Esa era su estadística personal, y le resultaba sorprendente. Se suponía que los dos primeros grupos se masturbarían con más frecuencia, al menos una vez al día antes del tratamiento. La mayoría de ellas, y el último grupo, pudieron contar con la ayuda de Angelika; ella sentía un inmenso placer al masturbar a las mujeres.

Tom trató así a cientos de mujeres. Angelika hacía que la mujer se tumbara desnuda en la camilla, abría la abertura con sus dedos enguantados y Tom inyectaba un mililitro de semen. Luego dejaba que varios mililitros de la misteriosa tintura del francés cayeran en la abertura. Ni siquiera Angelika sabía que era solo agua con unas gotas de colorante rojo. Algunas mujeres ya se estaban masturbando, o Angelika se frotaba el clítoris con placer para que fluyera la misteriosa secreción. Ahora venía el acto decisivo.

Tom se bajó los pantalones. La mayoría de las mujeres apartaron la mirada, mirando hacia un lado, pues habían sido fieles a sus maridos y no se habían acostado con nadie más. Algunas, las menos fieles, se masturbaban furiosamente, lamiéndose los labios mientras contemplaban el pene erecto de Tom. Él la penetró suavemente, observando sus rostros. Una lágrima rodó por la mejilla de la mayoría de las esposas fieles; algunas lloraron. Las infieles cerraron los ojos con un suspiro: ¡por fin, otro pene de verdad! La penetró lenta, deli-

beradamente y con puro placer. Observó los rostros contorsionados de las mujeres, quienes, por el placer de hacerlo o simplemente por placer, se frotaban el clítoris con todas sus fuerzas. Asintió animándola a Angelika, diciéndole que frotara al paciente de orgasmo en orgasmo, lo cual ella hizo sin interrupción.

Hizo una breve pausa cuando la mujer tuvo un orgasmo, y luego continuó follándola. Aumentó el ritmo y, al acercarse al clímax, se irguió y eyaculó dentro de ella, sabiendo perfectamente que era fértil. Eyaculó una y otra vez, porque ese era el momento crucial.

Repitió el procedimiento al menos tres veces, generalmente cinco o seis. Pero no sabría hasta diez días después si estaba embarazada. La tasa de éxito del departamento subió al 75 por ciento, una cifra de ensueño. Solo él sabía que toda la farsa era pura charlatanería. Lo único importante era tener relaciones sexuales con las mujeres durante su período crítico; era entonces cuando las probabilidades de éxito eran mayores. La mayoría de las mujeres que acudían a la clínica estaban sanas y podían concebir de forma natural; por lo general, el fracaso era del hombre, a quien, por supuesto, no se le podía responsabilizar. A Tom le daba igual si el esperma era de su marido o suyo. El 25 por ciento de las pacientes que no habían quedado embarazadas siempre volvían.

Tom tenía relaciones sexuales con Angelika cuando ella no tenía cita para tratamiento, y a menudo elogiaba su destreza al masturbar a las pacientes. Ella también estaba bastante satisfecha, porque disfrutaba genuinamente masturbando a otras mujeres y chicas. Al fin y al cabo, no eran viejas brujas, sino chicas jóvenes que se habían confiado en la clínica. El mundo de Tom no conocía mujeres bellas, bonitas ni feas; las reducía a sus vaginas y a los secretos íntimos que compartían con él en las entrevistas. Incluso Angelika, tan emotiva y sensible en sus relaciones lésbicas, reducía a las pacientes a su clítoris. Jamás habría imaginado que solo vería y juzgaría sus clítoris, decidiendo si debían ser masturbados con suavidad, vigor, relajación o pasión.

El boca a boca hizo su trabajo, así que la clínica funcionaba a pleno rendimiento y el pobre Tom ahora tenía que acostarse con dos

chicas al día. Continuó con sus engaños sin inmutarse, acostándose con una tras otra, aunque pronto necesitó cocaína para soportar la tensión.

Llevaba tres años realizando los tratamientos, asistido por Angelika, con quien ya no tenía que acostarse tan a menudo. Había embarazado a cientos de mujeres y no había habido quejas graves. Sí, había bastantes mujeres que simplemente no podían concebir. Ofrecía la tercera ronda de tratamiento gratis, pero no funcionó ni una sola vez.

Había una paciente cuyo marido era increíblemente celoso. Los había visto teniendo relaciones sexuales a través de la ventana con espejo; el hombre era un verdadero cretino. Justo cuando Tom estaba a punto de comenzar el tratamiento, el marido celoso apareció en la sala de tratamiento, declarando que él era el único que podía tener relaciones sexuales con su esposa, nadie más. Y, en efecto, el hombre tuvo relaciones sexuales con su esposa durante tres días, y luego se marcharon. Dos meses después, ella regresó sin que su marido lo supiera. Tom tuvo relaciones sexuales con ella durante diez días; a ella le gustaba el sexo más que a su marido. Quedó embarazada y solicitó el divorcio.

Estaba la paciente adinerada que acudió diez veces antes de quedar embarazada. Con una sonrisa, dijo que Tom era en realidad su amante, porque ya casi no tenía relaciones sexuales con su marido. Antes del tratamiento, dejaba que Angelika la masturbara sin parar, aunque solía hacerlo ella misma. Pero si se lo ofrecían como servicio, ¡aceptaba encantada! Angelika incluso la masturbaba mientras Tom tenía relaciones sexuales con ella. Durante el décimo tratamiento, finalmente quedó embarazada. «Nunca lo hubiera creído», dijo después, «¡Siempre pensé que era un truco de magia!». Estaba muy cerca de la verdad.

El marido de una de sus últimas pacientes lo demandó. La página web del científico francés resultó ser falsa, pero no se pudo probar que Tom la hubiera creado. Y él se había ceñido estrictamente a los textos publicados allí por el francés. El juez ordenó pruebas de paternidad a 10 niños elegidos al azar. Tom era el padre de todos ellos. El

caso estaba casi resuelto cuando la asociación médica y el hospital intervinieron. Ahora Tom estaba siendo acusado de charlatanería y conducta poco ética, porque los médicos no tenían permitido tener relaciones sexuales con pacientes; eso estaba escrito en blanco y negro. Tom tenía solo 27 años, llevaba cuatro años ejerciendo la medicina y estaba a punto de empezar a conducir un taxi. Se cubrió el rostro con las manos, desesperado.

Hasta entonces había estado solo en la celda de dos hombres, pero ahora tenía un compañero. Se hacía llamar Shri Ananda Awperitama; era el fundador y líder de su propia secta. Hablaba con fluidez el dialecto local y ni una palabra de hindi. Eso era bastante extraño. Y solo se comunicaba con su maestro y líder espiritual por correo electrónico. Tobias Niehuber, como se le conocía en la vida civil, era realmente muy peculiar. Durante la primera semana, solo hablaron de cosas superficiales; solo después compartieron sus historias de vida. Tom habló primero, y Shri se dio una palmada en los muslos riendo. Estaba particularmente complacido de que Tom hubiera ganado una pequeña fortuna. "¡El sexo está muy bien, pero ganar dinero con él es divino!", exclamó el hombre santo. Estaba seguro de que Tom saldría impune con solo una reprimenda. Quizás incluso seguiría siendo médico. Tom no compartía su entusiasmo, pero era algo liberador. Luego contó su historia.

Estuve casado con la misma mujer durante casi 20 años. Tuvimos una dulce hijita, Lena, y las fricciones habituales que uno espera después de 20 años. Mi esposa se había alejado de mí; era promiscua y me vigilaba como un halcón para asegurarse de que ni siquiera pensara en engañarla. Hasta ahí todo bien. De todos modos, no tenía tiempo para ser infiel; estaba ocupado luchando por mi trabajo y perdiendo. Estaba desempleado, apenas tenía dinero y una esposa felizmente infiel. Ella sacaba suficiente dinero de sus amantes para mantenernos bien a los tres.

A veces tenía que dejarla dormir cuando invitaba a un tipo particularmente rico para tener sexo. Estaba cansado de ver la fiesta desde la antesala. Subí a la habitación de los niños. Debí parecer un completo idiota. Lena dejó de masturbarse y me siseó: "¡Entra y cierra la puerta!", lo cual hice. Lena quedó satisfecha y continuó mas-

turbándose. Me senté al pie de la cama y la observé. Se masturbó durante mucho tiempo, su dedo en su clítoris cada vez más rápido, y tuvo un buen orgasmo. Se incorporó y me preguntó por qué había venido. Le dije: “Mamá necesita la habitación”. Se rió de forma un tanto torcida. “¡Así que tiene a alguien importante para follar! ¡Tiene que follar con los ricos y famosos de aquí; no puede ir a un hotel con ellos!” Y se rió un poco. Le pregunté cuánto tiempo llevaba masturbándose, ya que solo tenía 14 años, o casi 14. Sonrió como una esfinge. “Tenía 6 o 7 años cuando pillé a mi madre masturbándose. No armó un escándalo, simplemente siguió hasta que terminó. Luego me enseñó cómo podía hacerlo yo también. No era nada malo, dijo, era perfectamente natural. Desde entonces, lo he hecho dos veces cada noche.” Asentí, ¿qué más podía decir? Pregunté: “¿Ya tienes sexo con chicos?” Lena negó con la cabeza, “¡No!” y luego dijo que permitía que sus novios mayores la penetraran hasta el himen. Luego masturbaba al chico hasta que eyaculaba. Y su himen estaba intacto, me aseguró con sinceridad. Les había dicho a los chicos que quien le regalara un iPhone por su cumpleaños número 14 perdería su virginidad, ¿de acuerdo? Me quedé atónita. “Siento lo mismo que mamá”, dijo Lena en voz baja, “estar enamorada puede ser bonito, ¡pero sería estúpido dejar que alguien te folle gratis!” Estaba bastante inquieta y tiró su camisón al suelo. ¡Lo hago dos veces cada noche, papá! Si quieres quedarte sentado, me da igual. La miré fijamente, paralizado. Sonrió y se acomodó. Me giré y la miré directamente a la vagina mientras se masturbaba. Le llevó mucho tiempo otra vez, pero el orgasmo al final fue muy intenso. Inmediatamente se giró de lado y susurró: «¡Buenas noches, papá!». Le acaricié el pelo sudoroso y le besé la frente. ¡Tengo que decir que quiero muchísimo a Lena!

Dos días después, tras cenar, coloqué una caja de regalo delante de Lena. Mi esposa me miró con mucha sospecha, pues no sabía nada al respecto. Lena la abrió; era, por supuesto, un iPhone. Me abrazó con fuerza y me llenó de besos. Me miró fijamente durante un buen rato. “¿Hoy?” Asentí. Instaló el dispositivo enseguida e inmediatamente llamó a sus mejores amigas. No sé si sabían a qué estaba conectado ese iPhone. Después, Lena subió a su habitación y le dije a mi esposa que no tenía que esperarme esa noche; yo dormiría arriba, en la habitación de los niños. No sé si sospechó algo en ese momen-

to; como ya dije, mi esposa y yo no nos llevábamos bien entonces. Subí a ver a Lena.

Yacía desnuda en la cama, perfumada como una prostituta de muelle. Me desvestí y me acosté a su lado. "¿Lo sabes?", pregunté, y ella sonrió, ligeramente ofendida. "Papá, soy una de las últimas vírgenes de la clase. ¡He oído cien veces cómo sucede y cómo se hace!". Nos quedamos tumbados en silencio, uno al lado del otro. "En realidad es extraño. Solo unas pocas perdieron la virginidad con un compañero de clase; la mayoría la perdieron sus padres, como yo. ¡Qué raro!".

La coloqué en posición. Levantó las piernas, las dobló y esperó con una sonrisa. "¡Hazlo rápido, así no dolerá tanto!" Asentí y la penetré rápidamente. Ninguno de los dos sintió la ruptura del himen, y nos miramos sorprendidos. Pero no importaba, follé a Lena como un profesional; llevaba días sin follar con mi esposa y estaba hambriento. Follamos durante horas, me susurró al oído: "Papi, puedes correrte dentro sin preocupaciones, ¡yo me encargaré de ello!" Era tan buena follando con ella, el interior de su coño era suave como la seda, y había entendido intuitivamente cómo acompasar su ritmo al mío. Me llevó al orgasmo con una suave fuerza cuando alcanzó el clímax de su excitación. No, no tuvo un orgasmo durante el sexo; los tuvo como de costumbre antes de quedarse dormida.

Esos fueron los mejores siete años de mi vida. Teníamos sexo veinte días al mes, y los otros diez los pasaba con mi esposa, que no se cansaba de mí. Solo una vez me preguntó: "¿Te acuestas con ella?", pero no le respondí. Al final de los siete años, cuando Lena tenía veintiún años y se fue de casa para ir a la universidad, mi esposa me miró a los ojos. "¡Sé que te has acostado con ella todos estos años, todas las noches!". Se divorció de mí y me quedé solo. Me sumí en la melancolía porque necesitaba dinero desesperadamente.

Así que me reinventé; me convertí en un líder religioso indio. Después de solo dos meses, había encontrado a más de diez mujeres que querían escuchar la palabra de Dios de mí, que rechazaban las estrictas prohibiciones sexuales de los cristianos y que pagaban sus cuotas mensuales. Extraía la palabra de Dios de varios textos bíblicos. Los

estrictos mandamientos sexuales no se aplicaban, les enseñaba. Nos sentábamos en círculo, vestidas solo con una túnica blanca, leíamos la palabra de Dios y nos escuchábamos unas a otras, porque cada mujer tenía algún tipo de problema, pregunta o fantasía sexual que quería compartir. Limitaba el tiempo a tres horas, porque luego venía la Gran Unión. Nos quitábamos las túnicas, tan desnudas como Dios nos había creado. Yo era el único que se acostaba en el círculo y tenía relaciones sexuales con una o más mujeres, dependiendo de mi fuerza. Las que estaban en el círculo podían entonces participar y masturbarse. Diez, veinte, cincuenta, cien mujeres se masturbaban simultáneamente, y yo tenía relaciones sexuales con la elegida en el centro. Como era más agradable a Dios, una mujer masturbaba a otra; solo unas pocas se masturbaban solas. Algunos hombres recibieron una masturbación o una felación, pero pronto dejaron de venir porque no les permití tener relaciones sexuales. Todos ellos infringieron la prohibición; se les permitió tener relaciones sexuales todo el tiempo que quisieran, pero después fueron expulsados.

Siempre elegía a una que me resultara sexualmente atractiva. La edad no era un criterio importante; la atracción sexual sí. Estas mujeres buscaban la unión física con un dios, y yo, como su representante terrenal, les brindaba la unión divina. Eran demasiado mayores para pensar en la anticoncepción. Más tarde, cuando muchas trajeron a sus hijas o nueras, les recordé esta responsabilidad. ¡Era una gran tentación, todas esas jovencitas! Pero siempre intenté mantener el equilibrio y no favorecer a las más jóvenes.

Duró casi 20 años; unas 150 mujeres siguieron mi camino, y algunas aún lo hacen. La Gran Unión se lleva a cabo sin mí; las mujeres leen en voz alta, hablan de temas sexuales, cantan y se quitan las túnicas para darse placer mutuamente. Si fuera una persona religiosa, vería un milagro aquí. Pero, sinceramente, no me creo nada de eso; simplemente conozco muy bien a las mujeres. Quieren escuchar palabras bellas y conmovedoras; quieren hablar de sexualidad, deseos sexuales y fantasías, precisamente porque pueden tartamudear y sonrojarse como niñas al hacerlo. Y las que quieren que las follen no lo hacen por mí, sino porque pueden burlarse de las demás y sacarles la lengua. ¿Y qué mujer de mediana edad no disfruta de que otra persona con ideas afines la masturbe?

Gracias a la cuota de socio, podía vivir como un príncipe. Podía permitirme la mejor comida, los vinos más selectos y todo lo demás. Tengo un pequeño yate amarrado en el puerto donde puedo prepararme para la ceremonia durante el día y dejarme mecer por el mar. Llevo una vida sencilla: ni jet privado, ni Rolls-Royce, ni modelos extravagantemente caros. Nada.

Pero tengo enemigos, a pesar de que predico el amor puro, la palabra de Dios y la unión sexual. No puedo decir quiénes son estos enemigos ni por qué son hostiles. Me llevaron a juicio, acusándome de explotar a las mujeres y de estafarles millones. Mi contadora desapareció sin dejar rastro, y lo que dejó ahora está en manos del tribunal. No encontrarán nada; simplemente me dieron dinero para que la citaran al centro en la próxima reunión. Recibí este dinero porque la buena mujer heredó de su esposo extremadamente rico y no sabía qué hacer con tanto dinero. También recaudé millones en donaciones para niños pobres en África, pero aún no me he ido. Realmente no sé por qué me persiguen así, hablando de robo, malversación y fraude. ¡Agradezco al juez que me permita asistir a la ceremonia un día a la semana porque mis creyentes me necesitan!

Tom interrogó a Shri, pidiéndole que le contara todo sobre la Gran Unión. Shri dijo que nunca les había pedido nada indecente a las mujeres; lo único que quería eran cosas perfectamente normales y corrientes. Cuando estaba a punto de llegar al clímax, gritaba al grupo: "¡Estoy a punto de correr!", y todos se detenían. Empujaba y eyaculaba, empujaba y eyaculaba, hasta terminar. Miraba triunfante al grupo, que murmuraba satisfecho y feliz, y seguía masturbando a sus vecinos.

Los únicos hombres a los que insultaba eran aquellos que recibían sexo oral y luego se abalanzaban sobre las pobres y vulnerables mujeres, follándolas sin piedad como leñadores incultos. ¡No podía permitir que las mujeres, sus mujeres, fueran degradadas y humilladas de esa manera! El asunto se debatió durante semanas, ya que algunas mujeres sí querían tener relaciones sexuales con los hombres, pero fueron silenciadas y no lograron convencerlas.

Tom y Shri fueron liberados uno tras otro. La jueza, que casualmente era una de las seguidoras ilustradas de Shri, los consideró inocentes y no los consideró suficientes como para ser condenados. Les exhortó a seguir viviendo de forma respetuosa de la ley y, posteriormente, les permitió marcharse.

Shri fue recibido con vítores, pisotones y aplausos. Hubo una gran celebración y un banquete sin igual. Lena volvió a vivir con él después del divorcio, pero no participó en todo el alboroto. Ella hacía las tareas de la casa, ya que había dinero de sobra, y él dormía con ella todas las noches. Una dosis de cocaína lo activaba de nuevo por las noches. Ella era la mejor en la cama, repetía él, y cuando lo decía en público, ella se sonrojaba como una niña. Nunca más supieron de mamá; su último trabajo había sido en uno de los burdeles del puerto y había desaparecido un día.

Tom fue directamente de la cárcel a ver a Angelika, que también había perdido su trabajo, y se acostó a su lado. Para Tom, había meses de sexo que recuperar. Angelika no lo necesitaba, pero sentía lástima por su médico y le permitió follarla en silencio y pasivamente hasta el amanecer. El pobre hombre tenía mucho que recuperar, y durante los descansos, idearon juntos un nuevo proyecto.

La nueva clínica de fertilidad abrió sus puertas cuatro meses después.

• • •

Ángeles Negros de la Venganza

von Jack Faber © 2024

Fleur estaba encerrada en la cabaña con las otras cinco, como de costumbre. Rose se había acurrucado junto a ella, y Fleur sintió cómo su excitación sexual se extendía por su vagina. Su clítoris se endureció y se llevó la mano para calmarlo. Pero el clítoris tenía otros planes; se rebeló, porque normalmente Fleur estaría masturbándose furiosamente en ese momento. Rose se apretó aún más, su inesperado abrazo la sorprendió, y Rose la cautivó con un beso francés. Ahora la sorpresa era alarmante; nunca había besado a una chica como una amante, nunca había tocado a una chica sexualmente. Rose encontró su clítoris de inmediato. Fleur suspiró de placer y lujuria, apartando todos sus pensamientos y entregándose a la masturbación de Rose. Fleur sintió como si cien manos la acariciaran y la excitaran, como si cien dedos frotaran su clítoris hasta el frenesí. Las otras chicas las observaban divertidas en la penumbra, y algunas incluso ayudaron a Rose. Cada noche, elegía a una chica, la seducía y la hacía retorcerse de placer hasta alcanzar el orgasmo. Nadie creía que Rose fuera lesbiana; simplemente era muy exuberante en estos asuntos y le encantaba llevar a otras chicas al clímax.

Esa tarde, Rose le susurró al oído a Fleur que Jean-Luc, el hijo mayor del amo, la había follado tan fuerte que casi perdió el conocimiento. El joven de 26 años follaba a Rose casi a diario; le tenía mucho cariño a la joven negra. Fleur le susurró que el propio amo la había llamado esa tarde, como solía hacer. El viejo estaba un poco borracho, pero Fleur aun así tuvo que subirse a su regazo y cabalgarlo. El joven de 17 años odiaba tener que follar al hombre de 60. Se dejaba follar prácticamente en público porque sabía exactamente lo humillante y degradante que era para Fleur cuando otros pasaban y la miraban estúpidamente. Ella sentía mucha vergüenza porque tenía que follar con él en público. La vergüenza se volvía insoportable cuando alguien se detenía y miraba estúpidamente su coño mientras ella tenía que cabalgar y follar con la polla del viejo.

La puerta del castillo se abrió con mucha suavidad. Louis, el hombre negro de gran tamaño, entró deslizándose. Era el cochero de la familia. La cosecha de duraznos había terminado y habían comenzado los tranquilos seis meses.

Normalmente, Luis traía consigo a dos o tres esclavos, pero hoy no, porque estaba introduciendo algo a escondidas. Pero cuando había dos o tres hombres en la cabaña, sus cuerpos se apretaban tanto que no cabía ni una hoja de papel entre ellos. Era una follada desenfrenada al anochecer; a tu alrededor, la gente follaba de pie, empujándose unos a otros, cambiando de pareja sobre la marcha hasta que los hombres quedaban completamente exhaustos. Fleur prefería con mucho esta orgía a montar al viejo.

Fleur recordó lo asustada que había estado la primera vez que Louis tuvo sexo con ella. Eso fue hace años, y Fleur nunca había visto un pene tan grande. Se arrodilló y lo examinó detenidamente. No había tenido sexo muy a menudo en aquel entonces y le aterraba que no cupiera en su pequeño agujero. Miró a Florence y Rose con temor: "¡Es demasiado grande para mi pequeño agujero!", pero ellas solo asintieron tranquilizadoramente. "Ya verás que entra fácilmente, y si te folla el tiempo suficiente, seguro que tendrás un orgasmo". Florence debería saberlo, y cuando lo dijo, lo decía en serio. Fleur tiró suavemente del prepucio de Louis hacia adelante y hacia atrás durante un rato, y él sonrió amablemente. Se puso de pie, abrió bien su abertura con los dedos y guió su pene hacia adentro con la otra mano. Tenía miedo de que su pene le reventara la vagina, pero no lo hizo. La vagina de Fleur se adaptó a su enorme pene, y desde entonces, disfrutaba mucho de que Louis la follara cada vez que su mirada codiciosa se posaba en ella. Louis venía todas las noches a follar, pero solo se acostaba con una de las chicas a la vez. Hoy, sin embargo, era a Lily a quien quería. Rose se interpuso entre Lily y él. «Prometiste traer un cuchillo, ¡solo así podrás follar a esa cosita tan delicada!», dijo Louis con una sonrisa pícara, como siempre. «Claro que te traje el cuchillo, aunque me pregunto si estás planeando un motín». Rose tomó el cuchillo y lo escondió con los otros dos. Se acercó a Lily, con el pene al descubierto.

La cabaña era tan pequeña que los cuerpos desnudos de las jóvenes se tocaban constantemente; solo podían dormir sentadas, apretujadas. Lily nunca se había acostado con Louis; le agarró el pene a la defensiva. «No me hagas daño», le dijo a Louis, «¡es demasiado grande!». Esa tarde, Lily se había visto obligada a dejarse follar por Jean-Pierre; él era el menor, pero según la experiencia de todos, era el mejor. Lily solo tenía 15 años; era pequeña y delgada, y su coño era infantilmente estrecho. A Jean-Pierre le encantaba precisamente eso, porque follar con una niña lo excitaba enormemente. Eso era justo lo que le gustaba.

Lily se echó hacia atrás, pero no pudo esconderse. La chica que estaba a su lado, Florence, levantó la pierna de Lily. La vulva infantil de Lily se abrió como por sí sola. Jadeó cuando el pene de Louis se deslizó lentamente en su pequeño agujero. La folló con evidente placer, y sus poderosas embestidas resonaron entre las otras chicas que sostenían a Lily por todos lados. Todas contuvieron la respiración mientras Louis, con un fuerte gemido, embestía y eyaculaba dentro de Lily, embestía y eyaculaba. Bajó la cabeza sobre el hombro de Lily. "¡Aaah, eso estuvo bien! ¡Volveré mañana, pequeña Lily!" Tan silenciosamente como había venido, Louis se escabulló de nuevo y cerró la cabaña con llave.

Las chicas se sentaron; era hora de ir a la cama. Rose, la única que sabía leer, les contó lo que decía el periódico. La guerra entre el Norte y el orgulloso Sur estaba en pleno apogeo y lejos de terminar. Miles de personas negras escapaban de la esclavitud huyendo hacia el norte. La gente estaba preocupada por si tendrían suficientes esclavos para la cosecha del año siguiente. Rose soltó una risa ronca. «¡Nosotras también partiremos en pleno verano!». Las demás asintieron, aunque sabían perfectamente que el dueño de la plantación, el barón Jean de Belfort, jamás las dejaría ir.

Mamá Belle gritó de parto. A las chicas se les permitía llamarla Mamá Belle, pero en público, por supuesto, solo Lady Belle o Madame. Todas las chicas sabían que el Barón no se había acostado con su esposa en años; había desflorado a su hija mayor, Hortense, años antes, cuando tenía 14 años, y había estado teniendo sexo con ella todas las noches durante años. Ahora Marielle, su hija menor, también es-

taba a punto de cumplir 14 años, y el viejo lujurioso ya la había desflorado también. Marielle había gritado cuando él la desfloró brutalmente, pero desde entonces, le encantaba que su padre se acostara con ella. Él se turnaba para tener sexo con ambas hijas en su cama, y no le importaba que toda la casa susurrara y los observara. Mamá Belle se había enamorado de Jerome, su esclavo personal. Durante años, había masturbado a sus esclavos; era su especialidad hacerlos eyacular. Lo había elegido porque tenía el pene más grande del mundo. Ella era tan dueña de esclavos como su marido, pero discutía ferozmente con él. "Son personas como tú y como yo, pero prisioneras. ¡Tienen sentimientos igual que tú y como yo!", negó vehementemente el Barón. Mamá Belle ya tenía 49 años cuando quedó embarazada. Las chicas siempre la protegían cuando dejaba que Jerome la follara hasta que se desmayaba. Las chicas no se cansaban de ver al gigante sujetar a la mujer blanca entre sus patas y follarla con fuerza. Mamá Belle tenía un orgasmo tras otro mientras la follaban y luego se desmayaba con frecuencia. Jerome sostenía a la mujer inconsciente en sus brazos y seguía follándola hasta que se corría. Si notaba que las chicas miraban, sonreía, sacaba su pene y eyaculaba en su dirección. Jerome, el gigante pacífico con el pene más grande de la plantación, era un mandingo, una mezcla de negro y nativo americano, y de hecho era muy buen follador. Mamá Belle quedó embarazada.

Gritó durante dos días de parto. Luego su corazón dejó de latir. El bebé murió con ella; era completamente negro. El Barón aulló y se enfureció. Mandó atar a Jerome desnudo a la barandilla de la escalera. Todos los esclavos tuvieron que estar allí y mirar mientras azotaba a su rival hasta que sangrara. Al final, le clavó el mango del látigo en el culo a Jerome, de modo que la sangre le corrió por las piernas. "¡Fleur!", gritó el furioso Barón, "¡Fleur!". Temblorosa de miedo, dio dos pasos hacia adelante. "¿Alguna vez te has acostado con ese desgraciado?", rugió el loco, y Fleur negó con la cabeza. "¡No, Barón, nunca!". El Barón mostró los dientes como un perro rabioso. "¡Pues acuéstate con él ahora, te mereces algo bueno por una vez!", chilló su voz, quebrándose de emoción. Le arrancó la falda a Fleur. "¡Ahora vete, acuéstate con él y disfrútalo, maldita sea!". "El loco rugió y empujó a Fleur hacia adelante, de modo que ella cayó encima de Jerome."

Jerome la miró con calma; sabía que iba a morir. “¡Hazlo, pequeña Fleur, antes de que te mate en su furia!” Fleur estaba completamente nerviosa y, casi sonámbula, agarró el pene de Jerome. Tuvo que frotarlo durante mucho tiempo hasta que se puso duro. Miró a los ojos de Jerome con lágrimas en los ojos. “Es demasiado grande”, susurró, sollozando, “¡demasiado grande!” El látigo del Barón azotó el aire y rozó el hombro de Fleur. Todos a su alrededor contuvieron la respiración mientras los dedos de Fleur ensanchaban su agujero y su otra mano guiaba el pene de Jerome hacia adentro. Dejó escapar un pequeño grito, pues el pene de Jerome estiró dolorosamente su abertura. De nuevo el látigo rozó por poco, y ahora tuvo que follar al pobre Jerome. Solo dolió un momento, luego su coño se estiró hasta el punto de desgarrarse. Fleur folló a Jerome lo mejor que pudo en esa posición. Los demás esclavos murmuraron al principio, luego el murmullo se hizo más fuerte, y después aplaudieron rítmicamente, animando a la chica, que jadeaba con fuerza por el esfuerzo. Encontró el ritmo adecuado y pronto estaba follando al hombre encadenado con gran entusiasmo. Él tenía los ojos cerrados, y Fleur lo folló durante casi media hora. Ella presentía mucho antes de que él eyaculara y continuó follándolo con gran energía, sintiendo su eyaculación y follándolo una y otra vez incluso cuando su pene se había ablandado. El barón maldijo blasfemamente cuando se dio cuenta de que era demasiado tarde. Su gran revólver explotó junto a la oreja de Fleur cuando le disparó a Jerome de lleno en la cara.

Fleur permaneció en silencio toda la tarde, y siguió en silencio hasta bien entrada la noche. Las demás chicas estaban casi dormidas cuando gritó con fuerza: «¡Voy a matarlo!». Rose le tapó los labios con la mano. «¡Sí, vamos a matarlo!».

Mamá Belle yacía en capilla ardiente en su habitación; el Barón había enterrado al bastardo negro y a Jerome en el campo. Como si nada hubiera pasado, el Barón y sus hijos, maldiciendo porque Mamá Belle había muerto, violaron a las chicas negras. Nadie tenía la culpa, pero los tres hombres desahogaron su dolor con violencia, salvajemente y maldiciendo. Esa noche, el Barón llamó a sus dos hijas a su habitación y las violó sin piedad. No le importó que las hijas se vieran violadas por primera vez, ni le importó que lloraran por su

madre mientras las violaba. Las violó sin piedad hasta que no pudo más y cayó en un sueño profundo e inconsciente.

Durante dos semanas, las chicas negras y las dos hijas soportaron la follada demencial. Luego fue suficiente. Rose les dijo a los negros de la mansión que estuvieran atentos por la noche. Las seis chicas, armadas con tres cuchillos, se escabulleron en la mansión. Primero, llegaron al dormitorio del Barón. Su hija Hortense estaba encima de él. La dejaron seguir follando con él. Hortense se estremeció cuando él empezó a eyacular y lo montó muy despacio e intensamente; a él le gustaba eso cuando se corría. El culo blanco de Hortense se deslizaba lentamente hacia adelante y hacia atrás, sus nalgas se contraían cada vez que él eyaculaba. Cuatro manos sujetaban al Barón, una mano tapándole la boca. Dejaron que Hortense huyera a un rincón y miraron el pene del Barón, que seguía contrayéndose y escupiendo unas gotas. Rose le cortó la garganta con decisión. Un minuto después, se escabulleron. Hortense se arrojó sobre su padre muerto.

Jean-Luc dormía solo. Lily le puso el cuchillo en la garganta, pero no pudo. Florence se lo arrebató y, con determinación, le cortó la garganta mientras dormía. Florence le clavó el cuchillo en el pecho una docena de veces; él la había violado brutalmente en repetidas ocasiones durante los últimos días. Rose le quitó el cuchillo a Florence. Se escabulleron sigilosamente a la habitación contigua.

Jean-Pierre estaba follando con una chica, y cuando miraron más de cerca, era su hermana menor, Marielle. Se quedó paralizado cuando Rose le puso el cuchillo en la garganta. Rose gruñó amenazadoramente y aflojó el cuchillo. "¡Sigue, cabrón!" Quedó completamente atónito, y Florence siseó furiosa que tenía que seguir follando, o atenerse a las consecuencias. Aterrorizado, continuó follando, su hermanita temblando como una hoja de álamo. Folló durante 20 minutos con el cuchillo en la garganta y luego se incorporó. Se corrió una y otra vez, y cuando terminó, Rose le arrancó el cuchillo de la garganta. Dejó caer el cuerpo sin vida sobre su hermana. Los ojos de Marielle se abrieron de par en par; estaba sexualmente excitada, y su pene aún estaba medio erecto dentro de ella. Entonces empezó a gritar como una loca. Florence los animó; ¡tenían que seguir adelante! Salieron de la mansión y se reunieron afuera. Rose había prendido fuego a

las cortinas del vestíbulo; las llamas se elevaban. Los esclavos que quedaban salieron de la casa con todos los niños y se marcharon, con Luis a la cabeza. De vez en cuando miraban hacia atrás; la mansión estaba en llamas.

Se abrieron paso hacia el norte a través de la espesa maleza. Rodearon a los ejércitos del sur a una gran distancia y llegaron al territorio ocupado por el norte semanas después.

Por las noches, las chicas se sentaban alrededor de la fogata y hablaban de los dueños de la plantación. Estaban completamente de acuerdo en que el viejo merecía morir. Era un tirano estricto y brutal; comer, beber y violar esclavas era toda su vida. Solía dar fiestas ostentosas, pero no desde la guerra. Cada una describió cómo lo había visto por última vez teniendo relaciones sexuales con Hortense. Fleur suspiró; ella jamás habría podido acostarse con el viejo con el mismo fervor y amor que Hortense. A ella la habían obligado, a Hortense no. Y amaba a su padre más que a nada, quizás también porque era su único amante. Florence dijo que Jean-Luc merecía morir tanto como ella; la había violado brutalmente en los últimos días, y no podía perdonarlo por eso. Pero ella lo había matado con sus propias manos; al menos eso era justo. A Lily se le llenaron los ojos de lágrimas cuando hablaron de Jean-Pierre. Era un amante tan excelente como Louis. Ella siempre tenía un orgasmo cuando él la penetraba, y a veces se sumergía en un estado de dicha e inconsciencia; era maravilloso con él. Sin embargo, ella era la única que hablaba bien de él; los demás lo consideraban repulsivo. Rose señaló que no eran malas chicas; dejaban que los hombres las remataran antes de morir. Los seres inhumanos no harían eso. Florence, que llevaba más tiempo en la plantación, lamentaba la pérdida de la hermosa y orgullosa mansión. Hortense y Marielle probablemente habían perecido miserablemente en el incendio, murmuró con tristeza.

El grupo de unas 40 personas negras fue dirigido hacia el norte. El avance se ralentizó considerablemente; Lily y Florence estaban en avanzado estado de gestación. Louis cuidaba con cariño de Lily. Perseveraron con valentía y llegaron a Indianápolis dos semanas después.

Desde allí se dispersaron a los cuatro vientos.

• • •

Vacaciones en el Caribe

von Jack Faber © 2024

La madre de Jack lo había bañado desde que era un bebé, y él se había acostumbrado a su desnudez. Solo en los últimos años se había afeitado el vello púbico; ahora él veía su vulva infantil con otros ojos: ya no era un bebé. Después de ducharse, se quedaba de pie en la bañera y se masturbaba sin eyacular. Ella se sentaba en el borde de la bañera y lo observaba, excitándose cada vez más. Solía masturbarse durante mucho tiempo y con gran pasión porque el pequeño no dejaba de frotarse hasta que ella temblaba y se estremecía de orgasmo.

Sus ojos brillaban y centelleaban cuando él eyaculó por primera vez. La miró con impotencia y confusión mientras chorro tras chorro se dispersaba en el agua. “¡Por fin, ahora sí que eres un hombre de verdad!”, dijo ella, enjabonando cuidadosamente su pene y lavándolo. “¡No tienes por qué oler a semen!”, comentó.

Al día siguiente ya no quería masturbarse. Ella lo miró con curiosidad. “¡Te vi follando con una desconocida anteayer!”, dijo Jack con descaro. Tenía trece años y ya se había acostado con varias compañeras porque habían tenido cuidado de no perder el himen. Su madre pensó en silencio durante un buen rato. “¿Y ahora quieres follarme a mí también?”, murmuró, mientras seguía jugando con su clítoris como siempre. Jack asintió con incertidumbre y miró su clítoris. “Está bien”, suspiró profundamente y con tristeza después de un rato, “¡está bien!”. Se puso de pie, se inclinó y se apoyó en la cajita. Le ofreció el culo y dijo: “¡Está bien! ¡Vamos!”.

Jack separó sus nalgas y la penetró. Ella rió a carcajadas: “¡Estás en el agujero equivocado!” Metiendo la mano entre sus piernas, agarró su pene y lo introdujo en su vagina. Era tan fino, cálido, húmedo y suave como la seda. No estaba tan apretada como él había pensado. Empezó a empujar suavemente. Ella asintió: “Eso es”, y su dedo encontró su clítoris. La folló, pero no por mucho tiempo. “¡Mamá, me voy a correr! ¿Puedo?!” Ella asintió y jadeó: “¡Sí, por supuesto, tendré cuidado!” Jack se corrió demasiado pronto. Esperó inmóvil hasta

que ella terminó de masturbarse; ya estaba familiarizado con la masturbación. Después, ella se sentó a su lado.

"Papá casi nunca duerme conmigo, tal vez una vez al mes. Al principio, pensé que estaba saliendo con otra persona, y me acostaba con otros hombres todos los días, furiosa. Soy demasiado joven para vivir como una monja, ¿entiendes? Pero me equivoqué con él; nunca tuvo a nadie más. Simplemente había perdido el interés, eso es todo. Lo abracé y lo besé porque nos queremos mucho. Ahora solo le soy infiel de vez en cuando, solo cuando la presión se vuelve insoportable." Jack asintió con comprensión, porque ella era una buena madre y él un buen padre.

A partir de entonces, él la follaba cada vez que ella se duchaba. Ella le enseñó a contener la eyaculación hasta que ella llegara al orgasmo. Era mejor cuando llegaban al mismo tiempo. Desde entonces, ella no se ha acostado con ningún otro hombre; Jack lo hizo de maravilla.

Jack tenía ahora 16 años, casi 17. Se acostaba con ella todas las mañanas después de que se duchara, y era muy placentero y satisfactorio para ambos. Entonces su madre ganó un crucero de 10 días por el Caribe y extendió las vacaciones, así que estuvieron fuera tres semanas. Una amiga le prestó a su ama de llaves durante esas tres semanas; ella cuidaría de Jack. Ulrike llegó el día que sus padres se fueron. Jack llevó la maleta de Ulrike al dormitorio de sus padres porque había decidido acostarse con la chica nueva incluso antes de haberla visto.

Ulli, como quería que la llamaran, era una mujer bajita y regordeta, de unos 60 años, con pechos grandes y una sonrisa radiante, amable y cautivadora. Jack se sintió un poco decepcionado por su aspecto, pero se acostaría con ella sin importar qué. Pronto descubrió que la mujer analfabeta nunca había ido a la escuela, apenas sabía escribir una receta médica y sabía contar el cambio al hacer la compra. Era sumamente amable y lo atendía con alegría y cariño; para ella, él era el amo y ella su sirvienta. Era ingenua, simple y muy influenciable. Parecía que no había nada que no hiciera por el joven. En cuanto sus padres se fueron, él le dijo a Ulli que solo debía usar bragas y su-

jetador en casa, y Ulli se desnudó sin rechistar; era más cómodo así, dijo Jack. La miró sin pudor; se veía tan linda y a la vez sexy en ropa interior. ¡Jack estaba ahora aún más decidido a acostarse con la bajita y gorda, sin importar el precio! Estuvo tentado de simplemente ordenarle a la ingenua y estúpida mujer que lo dejara acostarse con ella, pero eso le pareció injusto. Quería divertirse con ella. Ulli preparó una buena cena, luego vieron un poco la televisión y después él dijo que iba a ducharse antes de acostarse. Quería que ella lo enjabonara y lo lavara un poco; su madre lo hacía todas las noches. "¡Sí, con mucho gusto, señor Jack!", dijo Ulli. "Mamá siempre entra al baño desnuda", dijo Jack con la mayor naturalidad posible, "así su ropa no se moja", añadió. Podía ver cómo Ulli empezaba a maquinar. "¿Entonces, desnuda, sin sujetador?", preguntó Ulli, con los ojos muy abiertos por el miedo. "¡Sí, por supuesto, Ulli!", dijo el seductor, "desnuda, viene sin sujetador y sin bragas, ¡completamente desnuda!", continuó, sonriendo amablemente. Ulli tuvo que pensarlo un momento. "Entonces, sin sujetador y sin bragas, estaré completamente desnuda, y la verdad es que no estoy acostumbrada a eso". Reflexionó. — ¿De verdad no te importa si entro desnuda? — preguntó con ansiedad — . Ya tengo 64 años y no soy tan guapa como cuando era modelo.

Jack frunció los labios. "¿Modelo fotográfica?", preguntó, alargando las palabras. Ulli asintió. "Sí, cuando me escapé del orfanato a los 18 años, viví con un fotógrafo casi un año. Me permitieron vivir con él gratis a cambio de que durmiera conmigo y me tomara fotos desnuda. Me tomó muchas fotos desnuda porque era increíblemente linda, según él, y también hacía películas".

Ahora Jack simplemente tenía que hacer más preguntas. "¿Filmaste películas?" Ulli asintió de nuevo en señal de confirmación. "Con hombres extraños." Mantuvo la mirada baja; habían llegado a un punto incómodo. Jack no la presionó. "Debió de ser divertido, tú y los hombres." Levantó la vista brevemente; Jack era un chico tan dulce, simplemente amigable y curioso, no tenía nada de malo. Sí, al principio me filmaba masturbándome sola y fingiendo orgasmos. Solo tenía que deslizar rápidamente el prepucio sobre el clítoris, pero pronto eso no le bastó. Me dio instrucciones muy precisas para que retrajera el prepucio y me frotara el clítoris con la yema del dedo, co-

mo mamá. Iba corriendo a orinar entretanto, pero a él no le importaba. Ahora tenía cientos de orgasmos reales, y eso le gustaba más. Luego hubo un nuevo escenario. Me filmaba siendo follada por un desconocido, luego por otro, y por muchos más. Algunos días filmaba todo el día; me acosté con seis o más hombres y tuve sexo realmente placentero y muchos orgasmos, ¡joder! Y por la noche, ¡Huber también me follaba! Nos filmaba de cerca; teníamos que follar según sus instrucciones y desinhibirnos por completo, ¡eso era muy importante para él! La mayoría de los hombres me follaban muy, muy bien y me llevaban al orgasmo fácilmente, y él tenía que filmarlo en primer plano. En realidad no me importó, solo había textos cortos pero bastante obscenos que recitar, y no tenía que hablar durante el sexo. Jack esperó y luego preguntó qué pasó después.

"Entonces tuve que acostarme con varios hombres, pero no me gustó nada. Mi padre me enseñó a tener sexo, y en aquella época lo tenía con bastante frecuencia, así que ese no era el problema. El problema era que tenían que ser varios hombres a la vez. Me recordaba demasiado al sexo en grupo del orfanato: uno eyaculando en mi ano, otro en mi vagina y otro en mi boca, todo al mismo tiempo. Después de haber tenido sexo con un montón de hombres en una docena de películas, fui a ver al Sr. Huber. El fotógrafo, el Sr. Huber, entendió mi resistencia. Trajo chicas con él y nos filmó besándonos apasionadamente, con la chica masturbándome el clítoris con la mano. Se suponía que debía mostrar abiertamente mi lujuria y gritar cuando tuviera un orgasmo."

Lo hice, aunque ninguna mujer me había besado con la lengua ni me había tocado el clítoris antes. Pero ella me volvía completamente loca, y no tenía que fingir nada; gritaba con todas mis fuerzas cuando me llevaba al orgasmo. No tenía que fingir. Todas esas chicas me masturbaban igual que mamá, y me hacían gritar como loca cuando llegaba al clímax. Pero, en general, me incomodaba; no me parecía bien que me masturbara el clítoris. Después de una docena de chicas, dejé de participar, y fue entonces cuando Huber se enfadó mucho y me fui. Así fue como me convertí en ama de llaves. Ulli miró a Jack con mucha timidez, pero él sonrió. "Entiendo perfectamente que ya no estuvieras contenta con todo aquello y que te fueras", dijo Jack, asintiendo. "¡Huber se estaba pasando de la raya, ese tío!"

Jack trajo dos vasos y una botella. «Te agradezco que me hayas escuchado», dijo Ulli después de brindar por la amistad. «No tengo a nadie más a quien contárselo». Jack sirvió más. «Me gustaría saberlo todo sobre ti, me interesa saber cómo te ha ido la vida. Yo tampoco tengo a nadie más que me lo cuente todo». Bebieron y charlaron, y luego Jack dijo que iba a ducharse.

Ulli entró al baño completamente desnuda. Jack notó que solo le quedaba un escaso vello púbico gris y que sus pechos, del tamaño de melones, colgaban sin sujetador. Se metió en la bañera y ella se puso a su lado, lo enjabonó y lo lavó. Hizo un amplio rodeo alrededor de su pene, pero él no dijo nada. Ulli salió de la bañera y se sentó en el taburete. Se colocó de manera que él pudiera mirar directamente su vulva, algo que ella pareció no notar. Empezó a masturbarse de pie, mirando de vez en cuando la vulva de Ulli, pero ella solo observaba en silencio. La miró mientras eyaculaba en el agua. Ulli se movió inquieta en el taburete y finalmente dijo: «Vi que cuando era pequeña, papá solía eyacular en el lavabo hasta que... hasta que dejó de hacerlo». Jack esperó un momento y preguntó cómo había sucedido. Ulli se lo contó.

Siempre dormía en casa de mis padres; la habitación de los niños era un trastero porque mamá no podía tirar nada. Los veía tener sexo todas las noches; en aquel entonces, era tan normal para ellos como para mí. Papá a veces eyaculaba en el lavabo, lo que también me parecía muy excitante. Pero la situación idílica no duró para siempre. Cada vez con más frecuencia, había gritos cuando mamá pillaba a papá teniendo sexo con niñas muy pequeñas en el salón. Yo no tenía ni idea; estaba arriba en la habitación de los niños jugando con mis muñecas y dejando que cada una tuviera sexo con todas. Mamá ya no le dejaba tener sexo con ella tan a menudo; estaba enfadada con él. Se enfadaba bastante cuando papá me enseñaba a montar, pero ahora tenía que asegurarme de que pudiera eyacular por las noches porque a ella no le gustaba dejarle tener sexo. Él se tumbaba boca arriba, y su pene yacía como una salchicha gruesa sobre su estómago. Tenía que presionar mi vagina contra su pene y balancearme hacia adelante y hacia atrás. “¡Fóllame, princesa, fóllame bien!” Él decía, porque me llamaba Princesa. Tenía que balancearme de un lado a otro y follarlo hasta que se riera y eyaculara. Cuando empujaba mi coño hacia

adelante, parecía que estaba eyaculando. Me encantaba mucho montar así. Mamá siempre estaba enfadada y se ponía de lado y se masturbaba a escondidas. Papá fue a la cárcel y eso me puso muy triste. Se había follado a una niña de 10 años y estaba encerrado. Mamá se masturbaba todas las noches y yo le preguntaba: "¿Qué estás haciendo?" Pero ella maldijo enfadada y respondió: "¡Eso no es asunto tuyo, métete en tus asuntos!" Intenté hacerlo también, pero no funcionó. Tenía que ir a orinar enseguida, así que dejé de intentarlo.

¡Papá regresó, gracias a Dios! La primera noche, volvió a acostarse con mamá, aunque ella lo rechazaba. Eso lo molestó mucho y me agarró. "¿Quieres acostarte conmigo, princesita?" ¡Sí, y cómo lo deseaba! Mamá ya no pudo detenerlo. Rápidamente me desvirgó y luego me folló. Me folló hasta que tuve un orgasmo, solo entonces eyaculó. Ya casi no discutía con mamá.

Si ella no quería tener relaciones sexuales, papá las tenía conmigo. Me sentía muy orgullosa de que él tuviera relaciones conmigo como un adulto, aunque yo solo tenía 13 años. Mamá se giró de lado y se masturbó a escondidas. En ese momento pensé que todo iba bastante bien para los tres. Estaba equivocada.

Un día, mamá dijo que quería hacer algo con el estreñimiento de papá; sufría mucho, pero seguía sin ir al médico. Iba a mezclar un polvo con su papilla de sémola. Ambos lo sentiríamos, pero no tanto como con la diarrea. Estuve de acuerdo, porque sabía cuánto sufría papá por el estreñimiento. Esa noche, antes de subir a la habitación de los niños, miré en la cocina, pero el frasco de polvo seguía allí. Pensé que mamá lo había olvidado y lo había mezclado con la papilla de sémola. Perdí tiempo y llegué tarde a la cena. Mamá y papá estaban tumbados boca abajo en sus platos. Los sacudí a ambos, pero no se movieron. Corrí a casa del vecino, que vino y llamó a una ambulancia, que luego llamó a la policía. Mis padres habían sido envenenados; mamá había dejado una nota de suicidio. Un suicidio conjunto.

Tenía 16 años y terminé en un orfanato. Fue horrible. Todos los días me violaban uno o más internos, aunque casi nunca coqueteaba con nadie. Cuando había una orgía, me sentía muy avergonzada y

humillada porque me violaban en público, delante de todos, uno tras otro. Todos me miraban el coño mientras me violaban. Al final, me escapé, después de uno o dos años. Así fue como terminé con el fotógrafo Huber.

Estuvieron en silencio un buen rato, luego se fueron a la cama. Al día siguiente, Ulli volvió a meterse en la bañera con él y lo lavó. Él tocó su piel; era vieja y arrugada, y se le puso la piel de gallina al tocar sus grandes pechos y pezones. Ella era muy sensible allí; sus piernas temblaron ligeramente, y la piel de gallina se intensificó. Él lo recordó. Ella se sentó en el taburete, pero Jack no se masturbó. Le preguntó si se masturbaba a menudo. Ulli negó con la cabeza; no, nunca desde que era joven. ¿No necesitaba un orgasmo? Pensó un buen rato y decidió responder. "Sí, todas las noches me monto en mi almohada como solía montar el pene de papá cuando era niña, ¡y siempre consigo un orgasmo así!" Respiró con dificultad porque le costaba revelar este secreto. "¿Puedo masturbarte ahora, Ulli?" preguntó Jack, y Ulli jadeó.

— ¿Por qué? — preguntó ella tímidamente. Jack dijo que lo había hecho muchas veces y que se le daba bastante bien. Claro que era una mentira descarada. Le habían permitido observar a su madre y a algunas chicas en el colegio, pero no tocarlas. Su madre no armaba tanto revuelo como las chicas; le dejaba mirar si quería. Siempre había sido así, desde que tenía memoria.

— ¿Como las chicas del fotógrafo, con el dedo? — preguntó Ulli, y él asintió. — ¡Sí! — Ulli pensó un momento — . ¡Pero si ni siquiera estás filmando! — fue el último obstáculo que vio. Jack respondió que no era un canalla como Huber, que no la explotaba ni vendía las películas como ese canalla — . Solo lo hago por mi propio placer, porque realmente me excita — añadió Jack. — ¡Hace siglos que no me excitan! — exclamó Ulli. Volvió a pensar — . ¿Con un orgasmo? — preguntó, porque empezaba a darse cuenta de que así tenía que ser. Jack asintió de nuevo — . Claro, con un orgasmo, ese es el objetivo. — No me han masturbado desde que tenía 19 años. En aquel entonces, tenía orgasmos a gritos. — Ulli se quedó en silencio; no había nada más que decir.

Jack salió de la bañera y se arrodilló frente a ella. Cerró los ojos mientras él le frotaba los pezones hasta que le temblaron las piernas. Le separó las rodillas, apartó el escaso vello púbico gris y examinó su vulva con atención. Tenía una abertura bastante grande, eso fue lo primero que notó. Quizás se debía a que la había excitado mucho. Su clítoris era más largo que el de su madre, fácilmente cuatro centímetros. Ya había empezado a asomar por debajo del prepucio y palpitaba suavemente al ritmo de su pulso. Le frotó el clítoris con mucha suavidad durante más de diez minutos, y solo entonces se dio cuenta por su respiración de que estaba cerca. Aumentó el ritmo y la presión. Ulli abrió los ojos y lo miró horrorizada. No podía impedir que la llevara al orgasmo con tanta facilidad. Echó la cabeza hacia atrás y el orgasmo la inundó, recorriendo sus caderas y su amplio bajo vientre. Entonces terminó.

"¡Este orgasmo es mucho más fuerte que el de montar una almohada!", exclamó. Jack le preguntó si lo había disfrutado, y ella asintió. Él dijo que con gusto se lo haría cada vez que se duchara. Ella no dijo nada, pero lo miró fijamente durante un buen rato. "¡Y ahora quiero follarte!", gritó Jack, poniéndose de pie, con su pene erecto balanceándose. Ulli se rió, "Tengo 64 años, estoy gorda y arrugada, ¿por qué quieres follarme?". Jack dijo, "¡Porque no me gusta frotarme y porque prefiero mucho más follar!". Ulli miró su pene, que se balanceaba justo delante de su cara. Está listo, pensó, ¡tiene que follar ahora! Un último intento. "Tengo 64 años y la última vez que follé fue cuando tenía 19. La última vez fue con Huber, una y otra vez, para poder quedarme unos días más. ¡También lo filmó, tuvo que filmarlo todo!". Jack no esperó más y la dejó levantarse. Jamás besaría esa boca arrugada con dientes feos, pero sin duda se la follaría. Ahora mismo.

La hizo adoptar la misma posición que su madre. Tenía que ponerse de espaldas a él e inclinarse hacia adelante, apoyándose con las manos en la pequeña caja. Le separó las nalgas. Se podían ver sus gruesos labios y la enorme abertura. La penetró en su gran coño, pero parecía ajustarse a su tamaño. Su coño era seco y suave, mucho más ancho que el de su madre. No reaccionó; simplemente se quedó allí con una expresión indiferente. Como una oveja, lo miró a los ojos, con la boca ligeramente abierta. No reaccionó en absoluto, y él

la folló durante muchísimo tiempo. Aunque su coño le había parecido enorme, se sentía igual de bien que el de su madre, cuyo coño le había parecido mucho más pequeño y estrecho. La folló y la folló, y Ulli no emitió ningún sonido. “¿Está bien?”, preguntó varias veces, preocupada, y él asintió cada vez, “¡Sí!”. Sintió que se acercaba, y no tuvo que esperar a que ella llegara al orgasmo. Él eyaculó dentro de ella y eyaculó durante mucho tiempo hasta que terminó. Se incorporaron y él la abrazó con cariño. «Después de la ducha, me acariciarás con los dedos y luego me follarás, ¿eso es todo lo que harás?», preguntó Ulli, y él respondió: «¡Sí, eso es lo que haremos!». Los días pasaron volando.

Los padres estaban de pie frente a la casa. Jack metió la maleta de Ulli en el taxi y la besó en la mejilla. “¡Gracias, Ulli, gracias!”. Retrocedió hasta colocarse junto a su madre. Ella supo al instante que Jack se había acostado con Ulrike.

— ¿Estuvo bien, Jack? — preguntó ella, pasándole un brazo por el hombro.

• • •

Sherezade

von Jack Faber © 2024

La madre de Scheherazade era hija del Maharajá de Jaipur. Vivía en los aposentos de las mujeres del Maharajá; él tenía 420 esposas. Eran su madre, sus hermanas y las hermosas muchachas que había comprado a lo largo de los años. Se acostaba con todas ellas: su madre, sus hermanas y las recién llegadas. Era un gobernante absoluto, y los Maharajás eran todos muy diferentes. Algunos tenían una mujer distinta que les llevaban a su habitación cada noche, mientras que otros pasaban la noche en los aposentos de las mujeres, rodeados de decenas de mujeres que, cansadas del lesbianismo, necesitaban un buen pene.

La Maharani, la esposa principal del Maharaja, era una hechicera blanca, como lo habían sido las Maharanis durante siglos, quizás milenios. Habían jurado usar solo magia buena; de lo contrario, perderían sus poderes y su mano jurada se marchitaría. La Maharani tenía un hijo y tres hijas. La menor era su favorita; solo ella había heredado poderes mágicos. La Maharani se negó a enviar a su hija Kurani a entrenarse en la academia de magia, así que la instruyó ella misma.

Según las costumbres del Reino de Jaipur, Kurani fue desflorada y violada por su padre, el Maharajá, el día de su decimocuarto cumpleaños. Su encanto surtió efecto; el Maharajá, a pesar de tener más de sesenta años, esa noche era tan viril como un joven de veinte. A diferencia de otros, la olvidó de inmediato, y ella se acostaba con un soldado cada noche. Tenía dieciocho años cuando su madre se encontró con la Muerte en la antecámara del Maharajá y logró hechizarlo para que esperara cinco días más. El Maharajá escuchó a la astuta Maharani y resolvió sus asuntos. Casó a su hija Kurani con el rey Buran, gobernante de Corea, feudo del poderoso rey de Persia y uno de sus grandes visires.

Kurani había conocido al rey Buran seis meses antes y se había enamorado del magnífico guerrero. Le agradeció a su padre, quien la había hecho muy feliz. Siguió al rey Buran hasta Korestán, que limi-

taba con Persia. La muerte cumplió su palabra y se llevó al maharajá al sexto día.

Siguiendo la costumbre, las esposas del harén del difunto Maharaja fueron subastadas públicamente en beneficio del nuevo Maharaja. Solo había dos reglas: el pago en efectivo y la firma de un contrato comprometiéndose a tratar bien a la mujer. Las mayores de 40, como estipulaba su testamento, fueron entregadas a burdeles del ejército. De esta forma, el Maharaja se aseguró de que su madre y sus hermanas siguieran teniendo muchas mujeres con las que acostarse. La subasta de sus esposas favoritas fue larga, los precios se dispararon y los postores manoseaban y tocaban la mercancía, aumentando constantemente sus ofertas. Los mejores burdeles del reino ganaron las pujas; sus clientes pagarían una fortuna por acostarse con una de las esposas del Maharaja. Las demás mujeres fueron vendidas en tres días, y el tesorero sonreía de oreja a oreja.

Kurani tuvo una vida muy buena con Buran. Él era un rey bueno y justo; era estricto, pero amaba a su pueblo. Tuvieron dos hijas, Scheherazade y Dinhararade, nacidas con dos años de diferencia. Kurani selló mágicamente su vientre; dos partos le bastaron. Les enseñó magia a ambas, y juraron usarla solo para el bien. El rey Buran adoraba a sus hijas, y recibieron la mejor educación posible. El rey desfloró a sus hijas esa misma noche porque ellas lo deseaban. Scheherazade tenía 14 años, Dinhararade 13, y se turnaban para tener relaciones sexuales con su padre hasta el amanecer. A partir de entonces, con el consentimiento de Kurani, pasaba una noche sí y otra no con sus hijas, turnándose para tener relaciones sexuales con ellas durante los siguientes años. Kurani y sus hijas se aseguraron de que el rey se mantuviera muy potente y las llevaban al orgasmo. Sonreía amablemente y condescendiente cuando su reina, Kurani, o sus dos hijas se dejaban follar vigorosamente por hombres de su ejército de caballería hasta el amanecer. Sonreía porque él tenía que follar a su madre o a una de sus muchas hermanas cada dos días; esa era la costumbre. Fue el primer rey de Korestán que no necesitaba ni tenía un harén.

Scheherazade leyó atentamente las noticias sobre el Gran Rey Shahryar, quien de repente se había convertido en un asesino en ma-

sa. Había interrumpido una cacería de halcones porque su caballo estaba cojo. Incluso en el vestíbulo, oyó gritar a su amada esposa, pero eran gritos de placer. Corrió a su habitación, donde uno de sus guardias negros la estaba volviendo loca. Clavó su daga en el corazón del hombre negro y arrastró a su infiel esposa por el cabello hasta la plaza principal. Allí, la encadenó desnuda y ordenó a todos los hombres que pasaban por la ciudad que la violaran públicamente, una gran humillación para la desdichada. Cuando el sol besó el horizonte esa tarde, tomó la espada del verdugo y la decapitó. «¡No hay esposas fieles!», rugió furioso. Se casaba con una nueva mujer cada noche, la violaba hasta el amanecer y la hacía decapitar al amanecer.

Scheherazade había conocido al rey Shahryar en numerosas ocasiones y estaba enamorada de él. Sabía que simplemente había perdido el rumbo y que ya no era el mismo. Decidió curarlo de su delirio y convertirse en su esposa. Su padre, el rey Buran, Gran Visir del Imperio Persa, desaprobó la relación. Sería decapitada al día siguiente, como las demás. Incluso le escribió directamente al Gran Rey. Este mandó llamar a su Gran Visir, pero este no pudo pronunciar palabra; la lengua le falló. El rey Shahryar intentó disuadirlo, argumentando que no podía enviar a su hija a una muerte segura. El Gran Visir Buran permaneció en silencio, incapaz de hablar, por lo que Shahryar ordenó que llamaran a Scheherazade. Quedó deslumbrado por su belleza e inteligencia. Se casó con ella esa misma noche, como con las demás, y se acostaron. Dinhararade fue su dama de honor y se le permitió yacer con la pareja.

El rey Shahryar jamás había tenido una esposa que follara tan maravillosamente como Scheherazade. De verdad. Dinhararade ayudó a su hermana como estaba previsto. Se arrodilló detrás del rey, murmurando sus encantamientos inaudiblemente y acariciando sus nalgas. Sus dedos se deslizaron por sus nalgas desde atrás y agarraron suavemente sus testículos mientras Scheherazade alcanzaba el orgasmo. Dinhararade acarició sus testículos hasta que él arqueó la espalda, listo para eyacular. Sus dedos se deslizaron más hacia adelante, estimulando la base de su pene hasta que comenzó a eyacular. Sus dedos se deslizaron más hacia adelante, los insertó en su vagina y masturbó su pene durante minutos hasta que el rey terminó.

El rey abrazó a su reina, la besó y dijo que ella lo había follado mejor que nadie antes. Abrazó a Dinhararade de la misma manera y la besó. Nunca antes sus dedos lo habían excitado como los de ella, acariciado sus testículos con tanta delicadeza y masturbado mientras él se corría. Se durmieron. Dinhararade despertó después de tres horas, porque el pene de Shahriar se había puesto duro como una roca. Se sentó en el regazo del rey; para la segunda ronda, él le pertenecía a ella, la dama de honor. Como habían acordado, le pidió a Scheherazade que contara una de sus maravillosas historias. Tomó su pene en su vagina y lo cabalgó, pero en cámara lenta, porque el rey y ella escuchaban atentamente a Scheherazade. Dinhararade cabalgó su pene muy lentamente en movimientos largos y amplios durante casi cuatro horas, porque se suponía que no se correría hasta la madrugada.

El mercader y el genio

Un espíritu temible se alzó ante el mercader cuando su burro se desvió del camino. «¡Mereces morir, pues has invadido mi territorio!», rugió el monstruo y comenzó a estrangular al pobre hombre. El hombre suplicó por su vida. «¡Acabo de liberar a tu hermana, ¿y esta es tu recompensa?!», exclamó el mercader, sin aliento. El gigante lo soltó. «¿Mi hermana? ¡No he oído nada de eso!». Dejó que el mercader contara toda la historia.

El mercader cabalgaba por las montañas cuando oyó a un cordero balar de terror. El pobre animal estaba atrapado entre rocas y sangrando, pues los buitres lo rodeaban, arrancándole trozos de carne con sus picos. Ahuyentó a los buitres, liberó al cordero y vendó sus profundas heridas. Con un brillante estallido de sonido, el cordero se transformó en una joven djinn. «¡Menos mal que me has liberado de la maldición, buen hombre! Un djinn malvado que quería acostarse conmigo me maldijo porque me negué. Me transformó y me arrojó al barranco para que los buitres me devoraran. ¡Gracias por liberarme! ¡Te concederé un deseo, si puedo!». El mercader siempre había anhelado comprender el lenguaje de los animales. La joven chasqueó los dedos y él pudo entender a todos los animales.

Ella conjuró una tienda de campaña, una fogata y una excelente cena. Comieron la magnífica comida y bebieron una o dos copas de vino. Se recostaron sobre las suaves pieles porque ella había dicho que le permitiría follarla. Ella le preguntó en qué forma debía transformarse. Él no dudó ni un segundo. “¡Mi hermanita! Mamá siempre protegía su himen como una furia porque jugábamos a ‘follar’ todas las tardes. Solo me dejaba penetrarla un poquito para no desgarrarle el himen cuando la follara y eyaculara.” Hizo una pausa. “Después, esperaba hasta que yo hubiera follado a mi hermana durante quince minutos, y entonces me dejaba penetrar su coño y eyacular.” El genio sonrió comprensivamente y se transformó en la niña. Ella aún era virgen, y él la desfloró con entusiasmo, luego la folló hasta el amanecer. Permanecieron otra semana en la tienda mágica, y cada noche él deseaba a una mujer inalcanzable diferente, con la que se acostaba

sin esfuerzo hasta la mañana. Después de una semana, la tienda y el genio desaparecieron. Cabalgó a casa y ató al burro testarudo. Oyó al burro quejarse a los otros animales. «¡Ese hombre estúpido siempre me da agua primero, así que me siento lleno después de solo unos bocados! Debería ser al revés; ¡así estaría más satisfecho en el trabajo!». El mercader se lo tomó en serio de inmediato y desde entonces le dio al burro comida primero y agua después. Estaba a punto de salir del establo cuando oyó a la vaca decir: «¡Qué simplón! Apenas sale de casa, su mujer se escapa a casa del vecino y regresa con el mozo de cuadra. Se tumba sobre mi suave piel, ¡y los dos se follan y se follan hasta la cena!». El mercader se entristeció. Entonces el buey levantó la cabeza. «¡Anteayer, se acostó con el mozo de cuadra, y se follaron hasta la cena!». Ahora el mercader se angustió aún más. El camello también tenía algo que decir, pero el viejo balbuceó algunas verdades bastante obscenas. «¡Oh, mozo de cuadra o mozo de cuadra, eso no fue nada! Me trajo al hijo menor del vecino, ¡y era tan pequeño que ni siquiera había tenido relaciones sexuales! Así que se hizo la maestra, se tumbó aquí sobre mi espalda y le enseñó al hombrecito lo que tenía que hacer. ¡Me puse rojo como un tomate porque la gente complica tanto las cosas, los idiotas!» Ahora el comerciante estaba profundamente angustiado y entró en la casa. Cogió el palo de la pared, agarró a su mujer y entró con ella en la habitación. Nunca supimos exactamente qué pasó, pero la regañó severamente. Cuando ella preguntó por qué, él le dijo sin rodeos que se había acostado con el mozo de cuadra y el mozo de cuadra en el establo. Solo dejó de pegarle cuando ella juró solemnemente no volver a hacerlo jamás con el mozo de cuadra ni con el mozo de cuadra.

Viajó de nuevo durante una semana y regresó. Los animales sonrieron cuando entró en el establo. “¡Ahí está nuestro simplón con cuernos!”

Pero en ese momento, la voz del muecín resonó, llamando a los fieles a la oración matutina. Dinhararade fingió decepción y exigió escuchar el final de la historia. El rey Shahryar estaba indeciso; él también quería saber cómo continuaba el relato. Despidió al verdugo, diciendo que escucharía la continuación la noche siguiente. Luego fue a orar y a ocuparse de los asuntos de Estado hasta el anoche-

cer. Scheherazade y Dinhararade, sin embargo, no estaban ociosos. Llamaron a sus cien guardaespaldas de Korestan y declararon que quien pudiera contarles a uno de ellos una historia excitante y obscena tendría permiso para acostarse con uno de ellos. Entonces llegó la noche.

Después de la cena, el rey Shahryar tuvo relaciones sexuales con Scheherazade como antes, y Dinhararade volvió a ayudar con sus hábiles dedos. Él las besó a ambas con gratitud y durmieron unas horas. Dinhararade despertó primero; el pene del rey estaba completamente erecto. Dinhararade volvió a sentarse sobre su regazo y penetró lentamente al rey, ¡porque se suponía que su erección duraría cuatro horas! Ambos escucharon a Scheherazade mientras Dinhararade se movía de un lado a otro sobre el pene del rey.

La historia del genio

El mercader escuchó a los animales. El camello contó que la mujer, en cuanto su marido se marchó, corrió a casa del vecino y trajo al niño. Recordaba bien lo que había aprendido sobre follar y se acostó con la buena mujer con todas sus fuerzas. Folló y se corrió, folló y se corrió hasta la cena. El camello, al menos, se quejó de la frecuencia con la que el pequeño tenía que follar; ¡al fin y al cabo, solo se montaba a la yegua una vez, y con eso bastaba! El buey no tenía opinión propia, pero le pareció muy extraño que al día siguiente ella trajera a tres niños al establo y los dejara follarla en círculo. Como buey, no entendía muy bien todo aquello de follar. La vaca lo hizo callar, diciéndole que no tenía ni idea de lo maravilloso que era follar. Y ahora contó que al día siguiente la mujer apareció con cinco niños y les tocó sus pequeños penes infantiles. Luego los dejó follarla por turnos, uno tras otro, hasta la cena. El mercader ya había oído suficiente. Cogió de nuevo el palo de la pared, agarró a su mujer con brusquedad y la dejó inconsciente a golpes. «¡No se había acostado con el mozo de cuadra ni con el mozo!», gritó la mujer atormentada. Él le dijo con voz sombría: «¡Pero sí con los niños de todo el vecindario, mujer depravada!». La agarró del pelo y la arrastró hasta la plaza principal, la encadenó desnuda a la picota para que todos pudieran abusar de ella. Como comerciante, no tenía permitido decapitarla, así que esa misma noche la persiguió desnuda hasta el desierto, ¡asegurándose de que jamás regresara!

El genio malvado se había reído hasta llorar. «Sí, ahora recuerdo, así que fuiste tú quien salvó a mi pobre hermana. ¡Por eso, te doy las gracias de corazón! No te haré daño. Pero la historia me recordó una experiencia que quiero contarte. Hace siglos, había una mujer en Bagdad que era la esposa de un visir. Pero ella conocía algunos trucos; por ejemplo, podía invocar a un genio, y este tenía que hacer todo lo que ella quisiera. Desmalezar, pelar patatas, etcétera, ¿entiendes?».

Por supuesto que tenía que follármela. Por la mañana. A media mañana. Al mediodía. Por la tarde. Por la noche. Y por supuesto tam-

bién por la noche, aunque el visir ya estuviera profundamente dormido a su lado después de su propio polvo. Por supuesto que ella sabía que los genios no nos cansamos y follamos tan a menudo como queremos. Se había convertido en su costumbre que la follaran siete u ocho veces al día. Florecía como un girasol, y su marido empezaba a sospechar que tenía un amante, pero sus espías no encontraron nada. Entonces, sin embargo...

Scheherazade guardó silencio, pues el muecín estaba cantando para la oración matutina. El rey se levantó. «Volveré esta noche, ¡y quiero saber qué sucede después!». Debería haber estado furioso, ¡pues la mujer solo lo estaba entreteniendo! Pero, por supuesto, quería saber cómo continuaba la historia del genio. Fue a la sala de oración y luego a ver a los consejeros.

Las dos hermanas yacían felices abrazadas. La estrategia era primitiva, pero funcionó. Llegaron los primeros guardaespaldas y les contaron historias de sexo. Ellas rieron y se dejaron follar con entusiasmo. Eran hombres fuertes de las montañas de Corea, y follaban de maravilla. Las hermanas se bañaron y se prepararon para la noche.

El rey se acostaba con Scheherazade todas las noches; su magia le otorgaba gran potencia y resistencia. Dormían unas horas, y luego él pertenecía a Dinhararade. Ella se acostaba con él como siempre, en la posición de sirvienta, a quien solo se le permitía hacerlo tan lentamente que él solo podía eyacular dentro de ella después de tres o cuatro horas, pues solo Scheherazade era su reina. Dinhararade sabía exactamente cuándo cantaba el muecín y siempre hacía que el rey eyaculara dentro de ella en el momento preciso.

Y así sucedió que Scheherazade dio a luz a tres hijos y Dinharade a tres hijas durante esas 1001 noches, pues las hermanas eran muy hábiles en la magia. Eran lo suficientemente astutas como para no desviarse de su rutina. El rey cumplió bien su papel. Gobernó a su pueblo con bondad, justicia y firmeza desde la oración matutina hasta la vespertina. Por la noche, mantenía los aposentos cerrados y solo estaba allí para la reina y su dama de honor. Cuando se levantaba por

la mañana al llamado del muecín a la oración, acudía con una sonrisa a rezar y gobernar. Aprobaba que las dos hermanas invitaran a sus guardaespaldas al burdel para tener sexo por las mañanas y las tardes, dejándose follar hasta la locura. No necesitaba estar hechizado para ver la felicidad en los ojos de las mujeres. Había aprendido mucho de las 1000 historias, sobre sexo y masturbación, por supuesto, pero también sobre la vida de la gente común. Scheherazade y Dinharadade le enseñaron a ser un rey bueno, justo y honorable.

La esposa del panadero engañó a su marido con el pescadero, la esposa del pescadero se acostó con el cazador, la esposa del cazador se acostó con el mercader, y la esposa de este con el hechicero. La hechicera violó a las hijas del zapatero como una furia, la esposa del zapatero iba noche tras noche al burdel del ejército y tenía sexo gratis. El rey se mostró indulgente. Le gustaban especialmente las acusaciones de adulterio. Iba a una habitación privada con la supuesta adúltera durante una hora y luego dictaba sentencia: cinco latigazos para el marido o el amante. El pueblo se divertía y los hombres recibían el látigo.

Transcurrieron catorce maravillosos años, y entonces Dinharadade acostó a su hija mayor en la cama del rey. El rey Shahriar se sorprendió, pero Dinharadade le recordó su deber. Sí, ahora lo recordaba. Se acostó junto a su hija, la desfloró con la mayor delicadeza posible, y su madre y su tía la consolaron, tranquilizándola ante su miedo y dolor. El rey le hizo el amor hasta el amanecer, y ella se regocijó y gritó de placer. En los años siguientes, su segunda y tercera hijas acudieron a su cama, entregándose con alegría y gracia.

Scheherazade enseñó a las hijas de Dinharadade todo lo necesario sobre sexo y anticoncepción, pues no habían heredado el gen mágico. Sin embargo, los hijos de Scheherazade sí lo habían heredado; ella los tomó bajo su protección, les enseñó el arte del sexo y todo sobre magia. Eran buenos y poderosos, y el rey Shahryar tuvo que preocuparse por la sucesión. Pasaba mucho tiempo con sus esposas, hijos y nietos. Este era el retiro más maravilloso que el rey Shahryar podía imaginar.

Se sentó en su terraza, rodeado de sus seres queridos, sonrió y cerró los ojos con una sonrisa.

• • •

Lena está corriendo

von Jack Faber © 2024

Ray — así se hacía llamar, porque Rachmiel era demasiado raro — finalmente había logrado captar la atención de Lena. Ella iba a la escuela de chicas de al lado, era un año mayor que él y hermosa. Se hicieron más cercanos durante los recreos; ella acababa de terminar su segunda relación, él nunca había tenido novia y no sabía nada de sexo. Ella estaba enamorada de él y le enseñó a besar con lengua. Él estaba en las nubes, y después de unas semanas, se encontraron detrás del gimnasio. Él era bueno con la ganzúa, y se tumbaron uno al lado del otro en la habitación contigua, profundamente absortos en un beso francés, y otro, y Lena le preguntó si debía hacerlo eyacular. Él asintió sorprendido y sacó su pene. No era la primera vez de Lena; tenía mucha práctica. Dijo que se lo había hecho a sus dos novios una y otra vez, pero ellos solo querían tener sexo, y ella no, así que ambas veces terminó en desastre. Ray dijo que ni siquiera quería tener relaciones sexuales y que era la primera vez que una chica lo masturbaba y lo dejaba eyacular. El secreto había durado meses.

Lena se quitó las bragas y se lo mostró todo de cerca. Él nunca lo había visto antes y estaba muy excitado. Bajó la mirada, siguiendo con la vista sus dedos mientras ella le mostraba una cosa tras otra. Le impresionó su vulva, aún sellada por el himen. Tenía que tener mucho cuidado con ella, explicó, porque algún día dejaría que el hombre adecuado le quitara la virginidad. Pero no ahora. Se retrajo el prepucio con los dedos y le mostró el clítoris expuesto. Funcionaba como un pene, explicó, era para la masturbación, solo que no eyaculaba, las chicas no eyaculan. Él contempló su clítoris con reverencia; medía al menos tres centímetros. Podía ponerse erecto y crecer otro centímetro al masturbarse. Lo miró y vio cómo se endurecía gradualmente. Podría enseñarle a masturbarse en otra ocasión, dijo Lena, soltando su clítoris, en otra ocasión, tal vez. Era algo muy privado e íntimo, recalcó. Tenía permiso para sumergirse cada día y mirar su coño, pero no para tocarlo. A él le parecía bien; ella no dudó ni un instante en sacarle el pene de los pantalones y dejar que se masturbara y eyaculara. «Algunas chicas lo toman en la boca y dejan que se

corra dentro», dijo en voz baja, «pero a mí me da asco, ¡yo no lo hago!». Ray asintió; él tampoco quería. Era una humillación perversa para la chica, dijo. Iban al pequeño cuarto del gimnasio todos esos meses.

Lena se había masturbado todas las noches desde el jardín de infancia. Antes de acostarse, siempre le permitían meterse desnuda en la cama de su padre y acurrucarse con él. Su madre la abrazaba muy rara vez, pero su padre lo hacía todas las noches. Mamá usaba sus gruesas gafas y leía sus revistas pornográficas. Todas las historias trataban sobre sexo. Mientras leía, mamá jugaba constantemente con su vulva, su vello púbico rizado y tiraba de su clítoris, pero nunca se masturbaba. Si algún punto en particular la excitaba, se introducía un dedo y se tocaba con excitación, pero nunca hasta el orgasmo. De hecho, casi nunca se masturbaba, solo a veces al final del sexo o cuando se despertaba en mitad de la noche empapada en sudor con el corazón latiendo con fuerza. Por lo general, se cubría mientras leía, pero Lena podía asomarse bajo las sábanas y verlo todo con claridad. A veces, la novela de mala calidad era tan excitante que dejaba el libro y las gafas, se destapaba y se tocaba salvajemente hasta el orgasmo. Luego miraba a su alrededor, avergonzada, y simplemente seguía leyendo. Pero eso ocurría muy rara vez.

Lena se acurrucó junto a su papá y apretó su coño contra su polla, porque le encantaba cuando se le ponía dura. Desde que tenía memoria, los dedos de su papá habían jugado con su coño; era tan agradable y excitante. Solo empezó a tocar y estimular su clítoris cuando fue mayor. Mamá levantaba la vista de su libro y decía: “¡Estás arruinando a nuestra pequeña!”, pero seguía leyendo. Ya no era una niña pequeña, y cuando él quería follar con mamá una o dos veces por semana, le susurraba a Lena que fingiera estar dormida.

Mamá apartaba el libro sorprendida cada vez que él se acostaba encima de ella. «¡Ahora no, niño!», decía siempre, «¡Vas a arruinar a mi pequeño!». Pero el pequeño estaba dormido, así que ella abría las piernas y le permitía tener relaciones sexuales con ella. Por lo general, se excitaba mucho durante el sexo, y si seguía muy excitada después de que él eyaculara, se masturbaba hasta el orgasmo en un segundo con el dedo. Luego volvía a leer.

A papá le gustaba jugar con su pene. Lentamente subía y bajaba el prepucio, mucho, mucho más despacio de lo que Lena se frotaba su Fritz y luego su Karl. Papá abrazó a Lena con fuerza para ocultar su pene, y un dedo descansaba sobre el clítoris de la niña. Mamá levantó la vista a través de sus gruesas gafas de lectura y dijo: "¡Vas a arruinar a mi pequeña!" y volvió a leer. A papá siempre le tomaba mucho tiempo eyacular en secreto. Lena sonrió y limpió el semen. Era su secreto que él se frotaba hasta eyacular todas las noches cuando no tenía sexo con mamá. Lena abrazó a su amado héroe después de que él eyaculara y le susurró al oído que deseaba tanto que la follara. Él negó con la cabeza: "Eres demasiado joven, tal vez cuando tengas 13". Ella estaba triste porque lo deseaba desesperadamente.

Mientras tanto, él había intentado frotarle el clítoris. Mamá levantó la vista y, sacudiendo la cabeza, dijo: "¡Vas a arruinar a mi pequeña!" y luego continuó leyendo. Era demasiado torpe, y después de unas semanas, ella lo hizo sola, su cuerpo desnudo presionado contra papá. El trasero de Lena se contrajo en el orgasmo, y ella presionó su vulva contra su cuerpo, contrayéndose rítmicamente. "Vas a arruinar a mi pequeña", murmuró mamá y continuó leyendo. Lena presionó sus labios contra el pecho de papá y le chupó los pezones hasta que el orgasmo disminuyó. Él le acarició el cabello y finalmente la besó en la coronilla. Mamá levantó la vista, pero no había nada de qué quejarse, así que continuó leyendo. Luego Lena fue a su habitación y se masturbó antes de quedarse dormida.

Lena llevaba más de un año molestando a su padre, deseando acostarse con él con muchas ganas, ¡de verdad acostarse con él! Él negó con la cabeza, diciendo que era demasiado joven, aunque ya tenía 13 años. Ella le mostró el suave vello negro que le crecía sobre la vulva. El padre se puso cada vez más inseguro, y Lena susurró que ya era una mujer. Él cedió. Ella se tumbó boca arriba y sonrió de forma seductora. Estaba excitada y se preguntaba ansiosamente si debía hacerlo. El padre se acercó a su vulva con su pene. La madre levantó la vista a través de sus gruesas gafas y murmuró: «Arruinarás a nuestra pequeña», murmuró, esforzándose por ver. Reconoció vagamente las piernas abiertas de la chica y al hombre que se acercaba con la bayoneta calada, pero todo era muy indistinto y borroso. «No te la folles», susurró tímidamente, «¡arruinarás a nuestra pequeña!». Las

dos sombras se fusionaron; ¿había cambiado algo?, pensó, y luego continuó leyendo.

Papá entró en ella muy suavemente, y el himen de Lena se rasgó sin sentir mucho dolor. Ya había dejado que Fritz y Karl la follaran en su vestíbulo, docenas de veces. Había dejado que sus penes penetraran su vestíbulo hasta el himen y los había masturbado durante horas, y cuando eyaculaban, presionaba la punta del glande en la abertura del himen y dejaba que eyaculara dentro, ya que aún no le había bajado la regla. Pero a Papá le había entregado su virginidad, a él le permitía rasgar su himen y ser el primero en penetrarla profundamente. Lena lo rodeó con los brazos y lo abrazó con fuerza. Él la folló despacio y muy suavemente. Mamá volvió a mirar hacia arriba, pero solo pudo distinguir algunas formas. "¡No debes follártela, la arruinarás!", murmuró para sí misma, mirando las sombras borrosas por el rabillo del ojo, mientras su dedo índice la acariciaba excitadamente por dentro. Papá folló a Lena durante mucho tiempo y luego eyaculó rítmicamente dentro de ella.

A diferencia de Lena, Ray había crecido con mucha menos actividad sexual. Su madre siempre entraba desnuda al baño y lo lavaba, pero nunca le tocaba el pene. En cambio, iba a la habitación de al lado y se acostaba en la cama matrimonial. Él se sentaba en la bañera, mirando fijamente su vulva mientras ella estaba allí, y se masturbaba; siempre lo hacía. Ella le mostraba su vulva sin vergüenza alguna cuando lo veía excitado y masturbándose. Se paraba frente a él, abría su vulva con los dedos y acariciaba un poco su clítoris, de modo que él la miraba con la boca abierta, masturbándose apresuradamente como un conejo. Ella se lo había sugerido: le mostraría su vulva de cerca y él debería masturbarse. Solía hacerlo, pero quería que él lo hiciera por sí mismo. Ella le mostraba su vulva de cerca; él miraba profundamente dentro de su vagina y luego miraba su clítoris, que ella acariciaba y estimulaba con un dedo. Se masturbó rápida y apresuradamente como un conejo, tal como ella le había pedido. Ella se marchó en cuanto él eyaculó en el agua. Una vez seco, cruzó rápidamente el dormitorio principal, echándole un vistazo fugaz, pues a ella no le gustaba que la viera masturbarse; se lo había dejado claro hacía años.

Se quedó allí inseguro, con la toalla alrededor de las caderas. Ella se detuvo y lo miró interrogativamente. "¿Bueno, qué pasa?" preguntó, esperando, pero él no dijo nada. Tuvo que ajustarse la toalla para que su pene erecto no se viera. Ella palmeó la sábana. "¡Vamos, acuéstate aquí!" ordenó. Él se acostó a su lado y presionó su pene duro contra su cuerpo. "Vas a correrte, ¿verdad?" preguntó ella, "Vamos, hazlo, no me importa". Él frotó su pene y eyaculó sobre su cuerpo. Sonriendo, ella lo mandó a su habitación. Ahora tenía permitido acostarse a su lado después de cada ducha, presionarse contra su cuerpo y eyacular. Excepto cuando papá estaba con ella y la follaba. El pie de Ray solo vaciló brevemente, luego fue a su habitación a eyacular.

Un día, como de costumbre, ella dobló las piernas para que él pudiera eyacular sobre su vagina y le susurró: "¿No preferirías tener sexo?". Él se detuvo a mitad de la masturbación. ¿Había oído bien? "Ya tienes más de 12 años, casi 14", dijo ella, "así que nosotros, los judíos, te consideramos un hombre. ¿No preferirías tener sexo?". Él asintió con incertidumbre. Lena solo le hacía felaciones, y ni siquiera pensaba en sexo todavía; lo habían hablado muchas veces. Pero, ¿le estaba permitido tener sexo con mamá, tener sexo de verdad?, preguntó en voz baja. Mamá asintió. "Es muy común; a muchos se les permite tener sexo a los 12 años, es perfectamente normal". Él se giró para poder tener sexo con ella. "Nunca he tenido sexo, mamá; ¡solo lo he visto un par de veces cuando papá tuvo sexo contigo!". Estaba muy inseguro. Mamá asintió. "¡Te lo enseñaré todo, no tengas miedo!". Y así fue como Ray aprendió sobre sexo de su madre, no de Lena.

"Humedece un poco la punta de tu pene con saliva, así entrará más fácilmente", dijo con una sonrisa alentadora. Él entró lentamente y se detuvo. Era maravilloso, cálido, húmedo y muy, muy apretado. Ella suspiró profundamente y luego sonrió. "¡Una buena polla, una buena polla dura!" suspiró de nuevo. "Me daré placer a mí misma y tú me follarás con fuerza. Pero tienes que esperar a correrte hasta que yo esté lista, ¿de acuerdo?" Ray asintió y comenzó a embestir. Pensó en Lena, quien hacía un año le había prometido enseñarle cómo se masturbaban las mujeres, y ahora era Rachel, su madrastra. Era hijo de la segunda esposa de su padre, pero ella había muerto cuando él tenía cinco años. Luego su padre se casó con Ra-

chel; ella aún no tenía treinta años, pensó Ray. Observó su rostro. Tenía los ojos cerrados y sonreía mientras se masturbaba. La folló durante mucho tiempo y contuvo su eyaculación, lo cual le resultó muy difícil. Su rostro se contorsionó cada vez más y gritó suavemente: "¡Ahora!" Y entonces la invadió un orgasmo. Él nunca la había visto tener un orgasmo, pero incluso esta vez solo duró un segundo, y luego tuvo que eyacular. Arqueó la espalda y eyaculó rítmicamente dentro de ella. Luego se dejó caer a su lado. Pensó en Lena; de alguna manera se sintió triste porque la estaba engañando. ¿No era así?

Rachel susurró que lo había hecho bien. "Por desgracia, papá no puede contenerse y se corre demasiado pronto, antes de que yo esté lista", susurró. "Si un hombre puede aguantar hasta que yo también esté lista, entonces es lo mejor, llegar al orgasmo juntos". Ray pensó un buen rato. "¿Eres fiel a papá o tienes un amante?", preguntó en voz baja. Ella rió a carcajadas. "Desde que nos casamos, le he sido fiel. Antes tuve docenas de amantes, pero eso no le importaba. Quería una mujer con experiencia, no una virgen inexperta. Su primera esposa murió de cáncer muy joven, y su segunda esposa, tu madre, también murió de cáncer muy joven, por desgracia. Me casé con él cuando tenías 8 o 9 años". La interrumpió: "9, casi 10. Pero fui muy feliz porque fuiste una buena madre desde el primer día". Durante un buen rato, le susurraron que podía acostarse con ella tan a menudo como le apeteciera, y que ella se acordaría de sacarle el pene a tiempo durante sus días fértiles. Dijo que se lo contaría a papá cuando se presentara la oportunidad.

Él se acostaba con Rachel cuatro o cinco veces cada tarde. Ella solía estar en la cocina, tumbada con la parte superior del cuerpo sobre la mesa, porque así le resultaba más fácil masturbarse, con el trasero hacia él. Si no, simplemente se inclinaba y se subía la falda, y él sabía entonces que ella no quería masturbarse y que tendría que correrse muy rápido. Eso era lo habitual, ya que ella normalmente solo se masturbaba la primera vez que tenían relaciones sexuales.

— No te la folles, pequeña — susurraba la madre de Lena cada vez que las figuras se movían — , ¡arruinarás a mi pequeña por completo! Cuando su padre estaba de turno de noche, Lena se acurrucaba con su madre porque le encantaba que sus cuerpos desnudos se rozaran.

Su madre se quitó las gruesas gafas y abrió las piernas con gusto. Lena se acurrucó junto a ella y se frotó contra su cuerpo. La niña frotó su clítoris contra el de Lena hasta que esta tuvo un pequeño y tembloroso orgasmo. Se quedó encima de ella unos minutos, y luego los dedos de Lena exploraron su clítoris. Lena llevaba años haciendo esto, masturbando el clítoris de su madre de un pequeño orgasmo a otro, y a su madre le encantaba. — ¿Pero no dejas que tu padre te folle, pequeña? — preguntó, y Lena negó con la cabeza indignada — . ¡Claro que no, mamá! ¡Froto mi clítoris contra su polla hasta que eyacula, y luego sigo hasta que tengo mi orgasmo! Lena soltó las mentiras sin dudarlo. "¡Cuéntame tu experiencia, mamá!" Mamá cerró los ojos, disfrutando de la masturbación de Lena. "Mi padre me desvirgó cuando tenía 13 años. A mi madre no le importó; al contrario, se sintió aliviada de no tener más sexo con él. Realmente disfruté del sexo con mi padre durante todos esos años. Era muy popular en la escuela; los chicos incluso me votaron como la reina de las felaciones." Lena preguntó si se había tragado el semen. Mamá asintió. "¡Claro que nosotras, las chicas depravadas, bebíamos el jugo! Las chicas judías éramos extremadamente populares porque no éramos tan zorras como las católicas, y nos gustaba que nos follaran. Me gustaban especialmente las llamadas 'noches de caballeros', donde yo era la única chica entre 10 o 12 chicos. Fumábamos y bebíamos, y todos los chicos me follaban en medio del grupo. ¡Eso sí que era algo, te lo aseguro! Al día siguiente tenía los músculos doloridos, como si hubiera escalado el Everest, ¡pero disfrutaba follando en público muchísimo! ¡Imagínate lo genial que era, un tío follándote en medio del grupo, y todos mirando con avidez tu coño!" Más tarde, cuando Lena era un poco mayor, también contó cómo les bajaba lentamente el prepucio a los chicos y les sacaba el pequeño glande redondeado como si lo desenvolvieran. Le gustaban mucho los chicos católicos porque no estaban circuncidados. Los circuncidados no eran ni de lejos tan excitantes. Pero ella no se metía los penes en la boca; le parecía repugnante. Pero follaba con mucha diligencia, le contaba sus mentiras a su madre, y también le encantaba el sexo en grupo, según afirmaba. Su madre sonreía satisfecha y le advertía repetidamente que no dejara que su padre la follara. Ahora, al ver las figuras moviéndose a su lado, se quitó las gafas, se metió el dedo índice en la vagina y se masturbó con excitación, siguiendo las figuras con la mirada. «Solo frótate contra su pene, pequeña», susurró inaudiblemente, «¡haz

que se corra, vamos!». Cerró los ojos con satisfacción y se entregó a su dedo.

Unos meses después, Lena le dijo a Ray que ya era una mujer y que quería acostarse con él. En ese mismo instante. Inmediatamente. Él penetró la vagina de Lena por primera vez. Era tan cálida y húmeda como la de Rachel, pero mucho, mucho más estrecha. Esa estrechez lo enloqueció. Lena no se masturbó durante el acto, pero pronto alcanzó el clímax y tuvo un orgasmo intenso cuando él eyaculó dentro de ella. Se quedaron tumbados en el suelo, respirando con dificultad.

Ray le preguntó cuándo había perdido la virginidad. “¡Fue mi héroe, mi padre! Me desfloró hace unos meses, ¡fue tan considerado y tan dulce! Prácticamente lo obligué a hacerlo.” Le contó todo. Y ahora su padre seguía follando a su madre una o dos veces por semana hasta que ella estaba casi al orgasmo, y ella se frotaba el clítoris un instante después de follarla, apenas un minuto, y eso desencadenaba el orgasmo. Su padre follaba a Lena casi todos los días; su madre levantaba la vista brevemente, pero solo podía verlos vagamente. “¡No debes follarla, o malcriarás a mi niña!” decía la madre de Lena varias veces cada noche.

Y mamá tenía revistas cada vez más excitantes. Todas las noches se masturbaba durante horas con el dedo índice y tenía múltiples orgasmos. Lena y papá observaban a mamá, que se masturbaba como loca mientras leía, deteniéndose durante tres segundos cada vez que tenía un orgasmo. Luego volvía a leer, todavía masturbándose vigorosamente. De esa manera, generalmente se perdía a papá teniendo sexo de verdad con la pequeña. Lena sonrió y dijo que mamá tendría un ataque al corazón si no fuera medio ciega. Ray escuchaba, sonriendo, porque estaba contento de que Lena lo estuviera disfrutando. Le contó todo sobre Rachel. Lena preguntó la edad de sus padres. Su padre tenía 61 años, Rachel 29. “¡Ajá!”, dijo Lena. Ray y Lena solo tenían sexo una vez por semana; simplemente no tenían tiempo para más. Pero él le dijo que llevaban juntos exactamente dos años y que le gustaba la idea de tal vez permanecer juntos por mucho tiempo. “¡Pero todavía no estamos hablando de matrimonio!”, rió Lena.

Una tarde, alguien llamó a la puerta de Ray. Su padre estaba afuera, desnudo. Ray nunca lo había visto completamente desnudo; tenía un pene largo con un glande grande y rojo oscuro que era inmediatamente visible porque era judío circuncidado, como Ray. «Ven conmigo», dijo su padre, «no, no necesitas vestirte». Ray lo siguió desnudo hasta el dormitorio de sus padres. Rachel yacía desnuda en la cama, sonriendo de oreja a oreja. Su padre se acostó y le indicó que se tumbara entre ellos.

— Rachel me dijo hoy que ya tienes 12, casi 16, ni siquiera me había dado cuenta — dijo el padre con seriedad, y Ray se preguntó si estaba bromeando, pero el padre se mantuvo serio — . En mi cultura, nuestra cultura, los niños de 12 años se convierten en hombres, y muchos de ellos duermen con sus madres durante algunos años. ¡Así que estoy muy contento de que Rachel duerma contigo, hijo mío! Ray extendió la mano hacia la de Rachel. El padre le preguntó bruscamente si tenía novia. Ray pensó por un momento; ni siquiera Rachel se lo había preguntado nunca. — Sí, papá, tengo una. Se llama Lena, Magdalena. El padre asintió como lo hacen los hombres sabios. — ¿Y bien? ¿Ya han dormido juntos? Fue un momento incómodo; nunca antes había hablado de nada sexual con su padre. — Sí, papá, tenemos sexo una vez por semana. Ella es judía como nosotros, pero no muy religiosa. Y duerme con su padre todas las noches, lo ha hecho durante mucho tiempo. Pero aún no hablamos de matrimonio, somos demasiado jóvenes, 16 y 17 años. — El padre gimió — . ¡16 y 17! ¡Qué maravilla ser tan joven! Yo ya tengo 60 y pronto dejaré este mundo. — El padre reflexionó en silencio, y Ray no lo corrigió diciéndole que en realidad tenía 61 años. Sintió que Rachel le apretaba la mano. El padre levantó la vista — . No quiero secretos en mi casa. Claro y verdadero, ese sería un buen lema. Me gustaría que durmieras aquí con Rachel y conmigo; puedes estar con Rachel tan a menudo como quieras. Esa sería mi sugerencia, mi deseo. ¿Qué te parece? — Ray no necesitó un segundo para pensar. — Sí, papá, por supuesto. Lo haremos como dijiste. ¡Quiero poder mirarte a los ojos en el futuro también, por supuesto! — El padre miró brevemente a Rachel, quien asintió con la cabeza.

Sin embargo, Ray tuvo que superar una barrera invisible, y afortunadamente fue Rachel quien tomó la iniciativa. Ray se acostó con Ra-

chel, intentando no pensar en que su padre lo había visto todo. Se acostó con Rachel una segunda y una tercera vez, y luego quedó exhausto. Una vez a la semana, el padre se acostaba con Rachel. Ray intentó no mirar la primera vez, pero eso fue infantil. Se acostó con Rachel tres, cuatro o cinco veces cuando le apetecía. Rachel solo se masturbó la primera vez; coordinaron su ritmo para alcanzar el orgasmo rápidamente. Los tres encontraron una buena rutina y disfrutaron del resto del año.

El padre maldijo con tal vehemencia que fue una vergüenza. Ese bocazas, Hitler, se había convertido en canciller. El padre había leído fragmentos de su manifiesto, "Mein Kampf". "¡Nos va a matar a todos, a todos los judíos! Lo ha escrito en blanco y negro, ¡y no creo que este tipo esté bromeando! Nos vamos del país lo más rápido posible. ¡Despídete de tus amigos, yo me encargo de todo!". El padre no bromeaba, al igual que ese Hitler, del que Ray ni siquiera había oído hablar.

Fue difícil contárselo a Lena. Ella y su familia también eran judíos, aunque no religiosos. Ray se esforzó por hacerle entrar en razón. Le horrorizaba que Ray quisiera irse del país. Era inconcebible que alguien pudiera matar a otra persona por el color de su piel o su raza. Ray le recordó que los blancos habían exterminado a los nativos americanos, que los indígenas negros de Sudáfrica no lo habían pasado bien, que los cruzados habían masacrado a los musulmanes, al igual que los europeos en la Guerra de los Treinta Años. La lista era interminable; su padre era ingeniero y se atenía estrictamente a los hechos presentados por la prensa nacional e internacional. No cabía duda de que las hordas bárbaras de Hitler pronto prevalecerían y que el exterminio de los judíos era un asunto grave. Lena no quería creerlo, no podía creerlo. Estaba destrozada porque su amado se marchaba. Dejó de ver a Ray. Él había traicionado su amor, y eso le dolía terriblemente. Su amor se rompió en silencio y sin aspavientos. Así, sin más.

Dos semanas después, Ray iba en tren a Londres con su padre y Rachel. Su padre ya había trasladado su pequeña fortuna a Londres, había hecho algunos contactos profesionales iniciales y había organizado todo para el viaje de vacaciones. Un ingeniero alemán no tenía

problemas para establecerse en Inglaterra. Ray contuvo las lágrimas porque Lena no quería acompañarlo a la estación.

Se quedó mirando, cegado por las lágrimas, por la ventana mientras el tren se alejaba. ¡La bufanda verde de Lena! La bufanda verde que solo ella se atrevía a usar. Ella lo miró fijamente mientras el tren pasaba. Él se levantó de un salto, pero la estúpida ventana no se abría. Ella alzó una mano para saludar. Él le devolvió el saludo con ambas manos y aulló como un sauce llorón.

Nunca volvió a ver a Lena.

• • •

El General Suave

von Jack Faber © 2024

Tito Tácito Teutónico fue probablemente el mejor general del emperador. En Galilea, Samaria y Zafón, defendió los intereses del Imperio Romano con mano de hierro, derrotando a bandidos y rebeldes y ejecutando a sus líderes. Sin duda, tuvo más éxito que Publio, el general incompetente y su más acérrimo adversario, quien fue incapaz de pacificar Judea y Jerusalén. Tito, en cualquier caso, mantuvo sus provincias firmemente bajo su control; los judíos derrotados debían enviar a una de sus esposas o hijas a su tienda cada noche. Por supuesto, también sabía que algunos perdonaban a sus esposas y le enviaban una criada disfrazada. Lo principal era que fuera buena en la cama, pues las mujeres judías eran famosas por ello.

¡Qué asombrado se quedó cuando el Emperador lo convocó a Roma! Aún no había cumplido los 50, la edad en la que un general se retiraba. Partió de inmediato y tomó el primer barco. Al llegar a Roma, encontró su casa de luto. Apenas tuvo tiempo de bañarse y ponerse un uniforme nuevo antes de correr hacia el Emperador.

— Mis más sinceras condolencias por la muerte de su esposa; era una persona bondadosa — lo saludó el Emperador — . ¡Vamos, sentémonos y tomemos una copa de vino! Brindaron por Griseldis, su esposa. — Recuerdo que tenía solo nueve años cuando estuve con su legión en Suetonia, donde la capturaron y se casaron. ¡Lo recuerdo como si fuera ayer! — dijo el Emperador. Pero no tenía tiempo para charlas triviales. «Envié a Flavio Coercito a Galilea como tu sucesor porque sabía que lo tenías en alta estima. Tu esposa falleció y estabas cerca de la jubilación, así que me acordé de ti y de Griseldis. Ambos fueron amables conmigo, un muchacho testarudo y obstinado que ni siquiera era el heredero al trono por aquel entonces. Pero siempre me mostraron el camino correcto; Griseldis incluso me arropó con su manta y me convirtió en un hombre. Te muestro mi gratitud y te retiro de inmediato, ¡mientras aún conservas todos tus huesos intactos, querido confidente! Puedes llorar a tu esposa como es debido, aunque ya esté enterrada. Le di a Griseldis un funeral digno y apropiado,

como si fuera una confidente, una pariente. El tesorero te dará una asignación adecuada; insistí en ello. Aunque tengo consejeros más que suficientes en este momento, no quiero que caigas en el olvido y empañes mi reputación.» «Sígueme. Y ahora vete en paz, viejo amigo, ¡y descansa hasta que te necesite de nuevo!» El emperador se levantó y, aunque no era conocido por ser afectuoso, abrazó a su general y se marchó.

Tito recibió su honorable baja del ejército del tesorero, junto con una carretilla llena de oro y plata y una espada de gala dorada. Esto era considerablemente más de lo habitual. En casa, preguntó por Thusnelda, la criada de Griseldis. La buena anciana llegó y se sentaron con una copa de vino. Le contó lo miserable y lamentable que había sido la muerte de su ama Griseldis a causa de la tuberculosis y el magnífico funeral que el emperador había organizado. El emperador había llegado inesperadamente al amanecer para despedirse de Griseldis. Thusnelda conocía la historia: Griseldis había convertido al emperador en un hombre cuando aún era un niño insignificante. Pero así era Griseldis, sollozó la anciana criada, convirtiendo niños en hombres; eso era lo que hacía día tras día, obsesivamente, toda su vida.

Thusnelda rebuscó en su túnica y le entregó una carta de Griseldis. Lo dejó solo para que la leyera.

“¡Querido Tito, mi querido esposo!”

Te escribo porque pronto moriré y tengo algo que contarte. Eres y siempre has sido mi mejor amo, mi mejor esposo y mi mejor amor. No tuvimos hijos en nuestros diez años juntos; regresaste a la guerra desesperado y no nos vimos durante casi quince años. Te lloré durante quince años; ¡extrañé muchísimo tus fuertes brazos y tu virilidad!

Me voy en paz y mis pensamientos siempre están con ustedes. Tengo una hija de doce años, Julia, a quien quiero confiar a su cuidado. Ella lo es todo para mí, la estrella más brillante que me acompañó y me guió. Les pido que la consideren nuestra hija y que no la abandonen.

Su padre se llamaba Torin, hijo de Gramar, y llegó al Emperador como rehén noble. El Emperador me confió al muchacho, que entonces tenía trece años. Era de mi linaje, y nos alegraba poder conversar en nuestro idioma; el Emperador lo sabía, por supuesto. Torin vivía en nuestra casa, en mi cama. ¡Lo amaba tanto como a ti, mi amor! Era bueno de corazón, y era bueno en mi cama, ¡y siempre te tuvo en alta estima, muchacho! Creció espléndidamente; le di la mejor educación. Pero tuvo que lidiar solo con las locuras de la juventud. Ni siquiera tenía diecinueve años cuando se vio envuelto en una pelea de taberna y fue asesinado. El Emperador quedó devastado. Envió el cuerpo de Torin, doce lingotes de oro como compensación por la sangre y al miserable asesino encadenado a su padre.

Te ruego, mi querido Tito, que aceptes a Julia como tu hija y la trates con amor. Ella es lo único que me queda de mí, al igual que el amor que te di durante toda mi vida. Griseldis.

Tito leyó la carta dos veces más y luego la guardó. Llamó a Julia. Thusnelda la trajo. «¡Su hija Julia, señor!», dijo Thusnelda, «Julia, su padre Tito Tácito Teutónico, general al servicio del emperador».

Él contempló a Julia. Era esbelta y alta como su madre, con el cabello rubio y rizado que le llegaba hasta la cintura. Su rostro reflejaba el de Griseldis, con la nariz y la barbilla aristocráticas de la princesa suetonia con la que se había casado treinta años antes. Aún no tenía pechos y sus caderas eran suavemente curvadas. Bajo su fina túnica blanca, podía ver su marcada hendidura y su pubis lampiño. Le recordaba a las mujeres judías más bellas que habían yacido a su lado, orgullosas y pecaminosamente seductoras, haciéndole sentir que, aunque era vencedor, ahora también estaba vencido. Julia aún no poseía esa aura seductora. Titus la abrazó espontáneamente y se puso de puntillas para besarle la coronilla. «¡Saludos, Julia, hija mía!». Con eso, había cumplido la última petición de Griseldis.

Tito pasó el resto del día con Thusnelda y Julia. Ella era culta, hablaba griego a la perfección y había leído autores romanos y griegos. Él estaba encantado, pues era deslumbrante. En un momento dado, Thusnelda señaló que Julia era virgen y no había tenido relaciones inapropiadas con chicos. Julia bajó la cabeza, y Tito, experto en inte-

rrogatorios, supo que eso no era todo, pero sonrió y asintió cortésmente; eso era tema para otro día.

Tito los mandó a bañarse y vestirse elegantemente. Dormirían en su casa después de cenar. Thusnelda quiso decir algo, pero él los apartó a ambos. Pasó dos horas con el mayordomo, el jefe de la casa, y se puso al día. La casa estaba en orden; Griseldis se había encargado de ello. Los tres cenaron, bebieron un poco de vino y lo pasaron de maravilla.

Los tres entraron en la habitación de Tito. Él les dijo a ambas mujeres que se acostaran desnudas a su lado. Primero abrazó a Julia, le puso la mano en el pecho y le dijo: «Conoce a tu padre y su cuerpo con esta mano, no tengas vergüenza». Julia dijo que ya había visto un pene y también cómo hacerlo eyacular. A menudo había visto a un chico masturbarse y eyacular en el suelo. Ya había frotado un pene tres o cuatro veces y lo había llevado al orgasmo; eso era muy excitante. Julia evitó su mirada. Él dijo que ya lo sospechaba, pero que ella no necesitaba hacerlo eyacular; simplemente debía conocer cada fibra de su ser, como debe hacerlo una hija. Se volvió hacia Thusnelda y también la abrazó.

Ella sabía lo que tenía que seguir. “Señor, no he tenido relaciones sexuales desde que Griseldis me fue confiada hace 30 años.” Titus le acarició la cabeza. “Eres el alma más fiel que conozco. Te sentaste junto a nuestra cama mil veces, velando por Griseldis. Estaba tan enamorado de ella que nunca te noté, aunque eras una mujer hermosa entonces, y debería haber tenido relaciones contigo. ¡Pero estaba cegado por el amor, perdóname! ¡De ahora en adelante, tendré relaciones contigo cada año en el aniversario de su muerte, también para honrar su memoria!” Thusnelda no estuvo de acuerdo. “Señor, no he tenido relaciones sexuales en 30 años, soy vieja y arrugada. No soy la mujer que un hombre como usted desea. Déjelo estar, señor, tiene docenas de jóvenes esclavas a su disposición.”

“Mira, Thusnelda, mi hija descubrió mi polla y se puso dura, ¡no nos vamos a perder esto!” Acostó a Thusnelda, que forcejeaba, boca arriba, le levantó las rodillas y se las separó. Thusnelda suspiró: “¡Dios mío!” Julia se sentó al pie de la cama; estaba a punto de ver al-

go extraordinario. Titus penetró lentamente el coño de Thusnelda; era muy suave y nada apretado. Abrió la boca en un grito silencioso mientras Titus la follaba. Debió de contener su eyaculación durante unos quince minutos hasta que la anciana se aferró a él en el orgasmo. Se corrió cuando el orgasmo de ella disminuyó. Se dejó caer en medio de la cama e hizo un gesto a Julia para que se acostara a su lado otra vez. Julia acarició su cara y la de Thusnelda. "Os he estado observando a los dos con mucha atención", susurró. "¿Tienes permiso para follar con todas las mujeres de tu casa?", preguntó. Él asintió; ya estaba muy cansado. "Solo que no con las feas", dijo y se quedó dormido.

Thusnelda permaneció en silencio todo el día, pero esa noche le preguntó a Titus en privado si hablaba en serio sobre tener relaciones sexuales con ella en el aniversario de la muerte de Griseldis. Él le preguntó si eso no estaba bien. Ella bajó la mirada. "¡Como usted ordene, señor!". Él le preguntó a cuál de las esclavas debía evitar. Ella lo pensó durante un buen rato. Había dos en las que no confiaba, solo esas dos. Memorizó sus nombres y luego habló con el mayordomo para venderlas a ambas de inmediato. Después de cenar, dejó ir a Thusnelda y se fue a la cama con Julia. Ella se acurrucó contra él, sintiendo que se formaba un fuerte vínculo. Él era el único y primer padre que había conocido. Se había ganado su corazón desde el primer momento, podía sentirlo. Lo abrazó con fuerza, el deseo sexual creciendo en su vagina. "Tengo 13 años, papá", le susurró al oído, frotando su clítoris contra su cadera. "Tu polla ya está dura como una roca, papi", susurró, "¿quieres follarme o debería meterte el puño?". Titus sintió su delicada mano acariciando su pene. "En mi opinión, todavía eres demasiado joven para follar, ¡mi hermosa hija! Pronto encontrarás un tesoro, seguro que te desflorará y te follará, ¡te mereces algo mejor que un soldado de 50 años!" Permanecieron en silencio durante un largo rato. "En cuanto me encuentres lo suficientemente mayor, quiero que me desflores y me folles. ¡Tú, y nadie más!" ¿Acaso escuchó a Griseldis decir algo, dar una orden y no desviarse de ella ni un ápice? Se rió entre dientes. Luego le preguntó a Julia cuál de las esclavas le traería hoy. Ella sonrió y se levantó, "¡Déjate sorprender, papi!" y regresó unos minutos después con una esclava de una belleza deslumbrante. Se sentó al pie de la cama como lo había hecho ayer.

— Me llamo Despina y vengo de Grecia, de Zakynthos. Un incendio forestal arrasó nuestra granja, los campos, el ganado y a mi padre. Mi madre tuvo que vendernos, a sus hijos. ¡Y quiero pedirte perdón desde el principio! — preguntó él — . ¿Perdonarme por qué? — Despina sonrió misteriosamente — . Algunos me llaman gata salvaje, y pronto descubrirás por qué. — Titus rió entre dientes — . ¡Pues averigüémoslo!

Despina no lo había mencionado; realmente era salvaje y depravada. El viejo soldado estaba saciéndonos. No dejaba de mirar a Julia, que observaba la salvaje follada y se frotaba el clítoris, completamente inocente y sin vergüenza alguna. Le fascinaba la forma distraída en que Julia se masturbaba. Su clítoris, normalmente apenas visible, se erguía rígido, rojo y descarado, mientras su dedo atormentaba vigorosa y furiosamente a la pobre criatura. No era la primera vez. Estaba completamente absorto en Despina y vio que Julia tenía un orgasmo y se calmaba de nuevo. Él también terminó con la fiera y la besó en la mejilla, luego la dejó ir. Hizo una seña a Julia, y ella se acurrucó contra él. “¡Hiciste una buena elección, Julia!”, dijo, “¡Despina va directa al primer puesto de nuestra lista!” y se quedó dormido en los brazos de Julia.

Envió a algunos agentes a buscarle un nuevo hogar. Roma ya no era la ciudad encantadora donde había crecido. Se había convertido en una vieja y enferma prostituta; la escoria había salido de sus agujeros e incluso se había presentado ante el palacio imperial. Había tugurios inmundos como nunca había visto. Un burdel tras otro, mendigos por doquier, y la guardia de la ciudad recogiendo cadáveres cada mañana. Eran muertos, víctimas de enfermedades, indigentes, y tantas víctimas de asesinato que las piras funerarias ardían día y noche.

Julia continuó sus estudios con una nueva tutora bajo la tutela de Thusnelda. No necesitaría todo ese conocimiento una vez casada, pero una vez le había dicho a Tito que ya era hora de que hubiera una senadora. Tito se quedó sin palabras al principio, pero claro, ella tenía razón, ¿y por qué no ella? Sus abuelos habían llegado a Roma siendo pobres, procedentes del caído Imperio Teutónico, y se llamaban Teutónicos, pero él era ciudadano romano, un general distingui-

do y no carecía de recursos. Estaba de acuerdo en que el aprendizaje y el conocimiento eran buenos e importantes. Julia le conseguía una esclava cada noche, y la lista y el orden crecían. Ya había tenido a todas las esclavas y empezó de nuevo desde el principio, solo para quedarse dormido después en los brazos de Julia.

El emperador lo había convocado solo una vez, en el año 70 d. C. Generales en activo y retirados debían informarle sobre la situación en el Cercano Oriente. El general Flavio Dracio, el carnicero de Alejandría, había arrasado Jerusalén y cometido un crimen de guerra al ordenar la destrucción del Templo judío. Lo que Flavio desestimó con indiferencia sacudió los cimientos del Imperio romano. Ninguno de los pueblos subyugados podía aceptar que los romanos destruyeran un lugar de culto. Ningún mortal se había atrevido jamás a destruir el Templo de Isis en Éfeso, el Templo de Apolo en Delfos o el Templo de Zeus en el Partenón. El sacrilegio de Aquiles aún estaba muy presente en la memoria de todos; el primer día de la guerra de Troya, había profanado con sus propias manos el Templo de Apolo, la estatua sagrada de Apolo, perdiendo así la protección y el favor de los dioses. Flavio, el destructor, había atraído la ira de los dioses sobre el emperador y sobre el imperio.

Los generales no estaban familiarizados con los dioses, pero sabían perfectamente qué hacer con los oficiales que se habían vuelto locos. También era evidente que el emperador se encontraba en un aprieto. ¿Acaso el comandante supremo no debería agradecer a su mariscal de campo el éxito de la campaña?

Tito tomó la palabra. Creía que Roma había cruzado una línea roja para siempre, independientemente de si se trataba de sentimientos o superstición. Roma debía prepararse para el hecho de que las naciones ya no la admirarían. La confianza forjada durante siglos se había destruido ese día. Punto.

— ¿Y qué hay de Flavio? — interrumpió un general. — Los judíos tienen una leyenda apropiada para eso — dijo Tito — . El rey David envió a su rival, el general Urías, al frente de batalla, y el problema se resolvió; el rey era completamente inocente. Los generales sonrieron. — ¿Y qué hay del triunfo? — añadió uno de ellos. — ¿Qué triunfo? —

preguntó Tito con frialdad — . ¿Hay algo de qué enorgullecerse? Se sentó y notó el gesto amistoso del emperador en su dirección. La conversación se prolongó hasta altas horas de la noche porque los esclavos no dejaban de rellenar las copas con vino.

Tras varias semanas, Tito encontró el hogar perfecto. Se ubicaba en las colinas sobre la ciudad de Barium, ahora llamada Bari. A dos días de viaje de Roma, y desde el puerto, el mundo entero estaba a su alcance. Bari era una ciudad próspera y limpia, y allí se encontraba el palacio de verano de un antiguo emperador. El alcalde se encargó de las reformas y la mudanza, y después de meses, pudieron instalarse en el palacio. Tito se ocupó personalmente de varios asuntos. Necesitaba tres escribas; el papeleo lo abrumaba. Y necesitaba su guardia personal. De los 35 tracios que le habían servido en Galilea y que funcionaban como un equipo de fútbol perfectamente coordinado, quedaban 22, y los puso a todos bajo el mando del mismo comandante, Phyllis Thraco. Los tracios eran invencibles; podían detener incluso a un ejército de 500 hombres.

Los primeros días fueron caóticos, pero luego todo funcionó sin problemas. Unas 120 personas se encargaban del palacio. Incluso tuvo que contratar a seis mozos de cuadra, que antes no necesitaba, pero ahora tenía que cuidar de 60 caballos. Dos sementales, hermanos, se peleaban a muerte por una yegua. Fue entonces cuando su hermandad se rompió, y los mozos de cuadra tuvieron que hacerlos entrar en razón a latigazos. Uno a uno, se les permitió montar la yegua, y entonces se restableció la paz. El encargado de las caballerizas sugirió la cría de caballos; se podía ganar mucho dinero de esa manera. Titus asintió; la cría de caballos no era su especialidad. Pero el encargado de las caballerizas tendría razón; en pocos años, se convirtió en un negocio lucrativo. Sin embargo, Titus no necesitaba el dinero con urgencia; aún tenía una docena de cofres llenos de oro en la bodega.

Julia había cumplido quince años; era una belleza deslumbrante con una apariencia verdaderamente majestuosa. Titus no se había fijado en ella en absoluto; de día dictaba cientos de cartas a los escribanos, de noche se acostaba con una esclava y se dormía en los brazos de Julia. Disfrutaba viendo a Julia acostarse con la esclava o después masturbándose. Julia se masturbaba con creciente intensidad y

pasión, sumergiéndose profundamente en sí misma; solo el orgasmo la devolvía a la realidad.

Se carteaba con todas las personas importantes del Mediterráneo oriental. Los conocía a todos: prefectos, gobernadores, alcaldes y oficiales militares. Mantenía un contacto especial con la gente de Galilea y Samaria a quienes conocía de antes. Cada cinco semanas, escribía un extenso informe al propio emperador. En aquel entonces, probablemente era el mejor espía del emperador; sabía exactamente qué era importante. El emperador le agradecía y le pagaba con lingotes de monedas de oro. El hecho de que ambos hubieran estado acostados con Griseldis durante años los unía de una manera mágica. Ella dormía con ambos: con el muchacho por la mañana, al mediodía y por la tarde, y con su soldado por la noche.

Tito notó de repente lo hermosa que se había vuelto Julia. Sus pechos no eran más pequeños que los de Griseldis, ¡y eso ya era mucho decir! Sus caderas se habían vuelto muy femeninas y estaban esperando una mano que las acariciara. Siempre vestía túnicas transparentes que no ocultaban ni cubrían su hendidura y su hermoso monte de Venus, cubierto de vello rubio rojizo. Cualquier hombre se habría vuelto loco ante tal espectáculo, pero él era el único hombre en kilómetros a la redonda. Tito ahuyentó a los escribas, diciendo que hoy no habría dictado nada, y les dio el día libre. Se sentó con Julia en la terraza y contempló la ciudad de Barium y el mar. “Te has vuelto muy hermosa, Julia”, comenzó, “¿tienes muchos admiradores?” Ella lo miró sin comprender. “¿Admiradores? ¿Quiénes? ¿El cocinero afeminado o el lujurioso mozo de cuadra? ¿A cuál te refieres?” Se dio cuenta de que estaba montando un burro cojo. “¿Cuántos años tienes ahora, mi hermosa y espinosa hija?” Ella volvió a sonreír; Estaba tan absorto en su trabajo de correspondencia internacional que ya no veía las pequeñas cosas de la vida. “Celebramos mi decimoquinto cumpleaños hace seis meses. Me regalaste un hermoso collar de coral rojo, ¿no te acuerdas?” Elevó una silenciosa plegaria a los dioses: ¡Dios mío, la buena Thusnelda se había acordado! Se recompuso. “¿Así que nada de pretendientes, nada de amantes?!” Ella sonrió dulcemente. “Papá, hemos hablado de esto. Vas a ser mi primer marido, no un pretendiente ni un payaso. Tú, y nadie más. Dijiste que cuando tuviera la edad suficiente, entonces. Solo estoy esperando tu señal;

puedo esperar. Me ves masturbándome todas las noches; ahí es cuando tengo mi orgasmo, mi liberación. Y todas las noches te veo tan feliz en el regazo de las esclavas." Permanecieron en silencio durante mucho tiempo; no pudo encontrar las palabras adecuadas para dictar un nuevo párrafo. ¡Al diablo con todo!

"¡Te has convertido en una mujer muy hermosa y deseable, Julia! ¡Hasta yo, un viejo, caería rendido a tus pies, porque ya tienes edad para follar!" No con elegancia, pero la flecha le dio justo en el corazón. "¡Oh, papá, me harás feliz!" Lo abrazó por el cuello y lo cubrió de besos. Era como si hubieran pasado 40 años; era tan hermosa y deseable como Griseldis lo había sido entonces. Bailó en círculo. "¿Cuándo?", gritó, y él dijo: "Hoy". Ella se detuvo. "¡Oh, ya hoy, qué maravilla!" Recordó que Thusnelda había estado allí cuando desfloró a Griseldis. "¿Debería estar Thusnelda allí?", preguntó, y ella asintió. "Por supuesto, ella también estaba allí, como mamá... como Griseldis..." Él asintió. "Bajen y hablen con ella. Deben bañarse y ponerse hermosas, y decirle al cocinero que debe preparar una cena festiva para los tres esta noche". Julia se fue volando, su túnica ondeando tras ella, revelando su desnudez.

Permaneció sentado en la terraza, pensando en la princesa prisionera que se había enamorado de su enemigo. Pensó en la bella Thusnelda, que se había sentado desnuda junto a ellos en su noche de bodas. Claro que había mirado mil veces el coño entreabierto de Thusnelda mientras follaba a Griseldis; cada noche contemplaba el coño de la sirvienta sin pensar jamás en follar él mismo a la bella muchacha. Todavía era joven, demasiado joven para ver más allá de una vid, se reprochó ahora. Qué sola debía de sentirse Thusnelda, teniendo solo su dedo como amante y protegiendo a su ama mientras la follaban. Debería haber pensado en eso antes. Pensó en la interminable sucesión de muchachas y mujeres que había tomado como vencedor de los vencidos. Ninguna había encontrado un lugar en su corazón, ni reina ni campesina. Eran kilómetros vacíos que había desperdiciado, ciego y sordo, a lomos del burro cojo. Le iría mejor con Julia y Thusnelda.

El cocinero era un artista; había preparado una cena magnífica. Bebieron un poco más de vino y fueron a su habitación. Le preguntó

a Thusnelda si lo recordaba. «¡Claro que sí, señor, como si hubiera sido hace unos minutos!». Le dijo que se sentara como antes, con las piernas cruzadas, y que recostara la cabeza de Julia en su regazo. Thusnelda acarició la cabeza de Julia, y él le dijo a Julia que debía introducir su pene en la entrada de su vagina con su propia mano, como señal a los dioses de que lo hacía voluntariamente y no por la fuerza.

Fue una sensación increíblemente maravillosa cuando su pene tocó la vagina virgen de Julia. La penetró con decisión, rompiendo el himen, y Thusnelda besó a Julia en los labios para ahogar su llanto. Permaneció dentro de Julia y le dio un beso largo y apasionado. "¡Ahora eres una mujer, mi querida hija!". Ella asintió, y él la penetró larga y fuertemente. Retuvo su eyaculación hasta que Julia llegó al orgasmo, y luego eyaculó inmediatamente dentro de ella en chorros espesos y firmes. Esta vez, Julia se durmió en sus brazos.

Él contempló a Thusnelda durante un largo rato; era más joven que él, su figura se había recuperado de las comidas de los sirvientes y estaba bastante delgada de nuevo. Solo sus grandes pechos delataban que había amamantado a Julia durante años después de que Griseldi dejara de producir leche. La tomó de la mano y la acostó junto a la dormida Julia. La miró a los ojos y le separó los muslos. La penetró durante un largo rato; ella tuvo un orgasmo muy pronto, pero él aún no había terminado. Tras eyacular, le dio un beso largo y apasionado. «¡Gracias por estar con nosotros como Griseldi lo estuvo entonces!», susurró suavemente. Ella sonrió y se durmió en sus brazos por primera vez en tantos años.

Julia dejaba que Papá la follara todas las noches, y se alegraba por Thusnelda, que a veces también se dejaba follar por él. Era la sirvienta y confidente de Julia. Tito alzó la vista asombrado cuando Despina se paró frente a él. Tenía la mirada baja y le preguntó en voz baja por qué ya no llamaba a las esclavas. "¿Hemos hecho algo mal?" Se quedó sin palabras. Entonces le dijo que siguiera adelante; iba a entrar en el dormitorio de las chicas. Ella corrió delante, gritando: "¡Chicas, atención! ¡El amo viene!" Él entró con calma y la saludó. «¡Queridas muchachas, queridas mujeres! Sé que están preocupadas, y les aseguro que no han hecho nada malo. Simplemente necesito un respiro,

un tiempo para reflexionar. Mi hija virgen Julia duerme conmigo bajo mi cuidado y el de Thusnelda; así deben ser las cosas. Pero entiendo perfectamente que ustedes también tienen necesidades y deseos sexuales, lo cual es muy bueno y digno de elogio, como saben. Así que decreto que, a partir de mañana, podrán tener relaciones sexuales con los hombres de mi guardia personal, los apuestos tracios, como les plazca, ¡siempre y cuando no descuiden sus deberes! El vicegeneral, Phyllis Thracus, les consultará sobre cómo hacerlo, ¡y ustedes seguirán sus instrucciones! Sin embargo, quien no quiera tener relaciones sexuales, simplemente diga que no. ¡Que tengan un buen día!» Se marchó, dejando atrás a las muchachas que parloteaban y gritaban de lujuria.

Se encontró con Phyllis en los establos donde entrenaba con sus hombres. Llevó aparte a su viejo compañero de armas. “Phyllis, viejo amigo, ¡nos hemos hecho bastante mayores!” Phyllis permaneció impasible; no era de los que se andaban con rodeos, así que esperó. “Tengo buenas y malas noticias para ti, y luego una misión. ¿Qué prefieres primero, las buenas o las malas?” Phyllis no se inmutó. “Primero las malas”, dijo secamente. “¡Pues resulta que algunas chicas están insatisfechas!” dijo Titus alegremente. Phyllis seguía impasible, pero se preguntó si el general había estado bebiendo. “General, ¿qué opina?” preguntó concisamente. “Phyllis, vieja amiga, es un cálculo sencillo. Por un lado, tengo a 22 tracios robustos y valientes, tus hombres. Y por otro lado, tengo a unas 25 esclavas ninfómanas, y cuando comparo los números, hay más chicas que tracios.” Ahora Phyllis lo miró fijamente. “¿De qué estás hablando, general?” Titus se dio una palmada en los muslos, riendo. “Ahora la buena noticia, amiga mía. ¡Acabo de darles permiso a mis esclavas para que se acuesten con los 22 valientes tracios cuando les dé la gana!” Phyllis lo miró de nuevo. “¿Y esa es la buena noticia, general?” Esperó, pero Titus solo lo miró, divertido. “Tus hombres son los mejores que he conocido. Sería bueno que también se divirtieran un poco. ¡Ya sé, ya sé lo que vas a decir, amigo mío! Y ahora, tu tarea. Organiza el deber y el placer como mejor te parezca, haz un horario para que las torres de vigilancia estén ocupadas y los hombres estén listos en cualquier momento cuando suene la corneta. Las chicas no descuidarán sus deberes. Ese es tu trabajo, encontrar un horario.” Entonces algo se agitó en el rostro de Phyllis. Se rió a carcajadas, y Titus no recordaba haber

visto reír a Phyllis nunca. Esperó pacientemente hasta que Phyllis se puso serio de nuevo. Puso una mano sobre el hombro del tracio. “¡Les dije a las chicas que tenían que seguir tus órdenes, mi vicegeneral! ¡Pero no te creas eso, no te ascenderán tan fácilmente! ¡Ahora dime por qué te reías!” Phyllis cambió de un pie al otro y sonrió. — Siempre me he asegurado de que mis hombres cumplieran con su deber, como bien sabe, General. Pero hice la vista gorda cuando uno o dos de ellos tuvieron una cita con una muchacha. Y ahora me presento ante las tropas para anunciar que el general fue besado en la frente por una elfa, o cegado por la flecha de Cupido, o simplemente hizo el ridículo, y ahora, oficialmente, con permiso oficial, pueden acostarse con las muchachas. Esta, General, es una orden de mierda, pero la cumpliré con esmero. — Titus estaba atónito, y se notaba; miraba fijamente, como un ciervo paralizado por las luces. Entonces Phyllis le puso una mano en el hombro. — Y fue precisamente por la expresión que tiene que me reí. Perdóname, General, por permitirme esa broma. — Ahora ambos rieron, los soldados de pelo canoso.

Phyllis volvió a ponerse seria. «¡Los hombres te lo agradecerán! Es bueno para todos tener de nuevo muslos femeninos firmes entre nuestras piernas. Ya no dormiré con un ojo abierto porque mis hombres se reúnen en secreto con las chicas. Ya tengo algunas ideas sobre la mejor manera de lograrlo. Y gracias, general, sus hombres lo apreciarán. ¡Puede estar seguro de que cumpliremos con nuestros deberes como antes!». Phyllis estaba a punto de irse, pero Titus lo detuvo. «Hablé de 22 tracios, así que llévate una chica para ti. Y no empieces ahora...». Phyllis lo interrumpió. «Mi esposa e hijos llevan muertos siglos, víctimas de los tracios. Pero también me buscaré una anciana para que me caliente la manta. Entiendo que me concederás este favor también, ¡muchas gracias!». Entonces Titus estalló en cólera. — ¡Eres mucho más joven que yo, amigo! Y además, me acuesto con chicas que podrían ser mis nietas; ¡funciona de maravilla, créeme! No quiero oír más sobre lo viejo que te sientes, ¿o debería preocuparme? — Se miraron fijamente a los ojos. Entonces Phyllis sonrió — . Sí, señor, me encontraré a una jovencita, ¡como me ordenó! — Titus sonrió, le dio una palmada cariñosa en el hombro y lo dejó ir. Entró en su estudio y leyó algunas cartas que pensaba responder al día siguiente.

En efecto, Phyllis había ideado un buen plan; los tracios estaban en las torres de vigilancia cada vez que él levantaba la vista. Las esclavas realizaban su trabajo como siempre; todo transcurría con normalidad y tranquilidad. Eran buenos meses; él dictaba a los escribas y leía sus escritos. Escribía al emperador con regularidad y apreciaba sus preguntas y reflexiones perspicaces. El emperador no lo tenía fácil; se había propuesto limpiar la ciudad. Escribió, como era cierto, que tenía que solucionar el problema. La tasa de homicidios disminuyó notablemente cuando envió legionarios de patrulla, escribió el emperador.

Julia se convirtió en una magnífica joven. Él disfrutaba observándola; había aprendido mucho de las técnicas sexuales de Thusnelda. No se acostaba con Thusnelda muy a menudo; podía saber por sus ojos cuándo estaba de humor. El encargado de los establos informó cuántos caballos había vendido la yeguada y qué ganancias había obtenido. Titus escuchó atentamente, aunque todavía no era un gran aficionado a los caballos. Pensó que construir un abrevadero era una buena idea; los caballos se bañarían más a menudo, y eso era importante para su salud.

Todavía estaba absorto en sus pensamientos cuando la señal de la trompeta lo sacó de su ensimismamiento. La señal fue clara y contundente: «¡Estamos bajo ataque!». Saltó de su asiento y agarró una espada del cofre. Era la espada de gala dorada que el emperador le había dado. No importaba, era una buena espada. Se abrochó el cinturón y corrió hacia la puerta. El primer grupo de tracios estaba frente a la puerta, desnudos o con sus camisas, todos armados. Habían practicado tales alarmas miles de veces. El segundo grupo había corrido a la armería y se estaba armando. Relevaron al primer grupo, que se armó con la rapidez del rayo. Cinco minutos después, los 22 tracios estaban con armadura completa frente a la puerta. Tito había hecho cerrar la puerta desde adentro.

Los mozos de cuadra trajeron cuatro caballos al trote. Antes de montar, Tito echó un vistazo a sus tracios. Todos portaban las lanzas de cuatro metros de largo con las que Alejandro Magno había conquistado medio mundo, con las que Leónidas el espartano había repelido a los 250.000 hombres de Jerjes. Hizo un gesto a Phyllis, y

montaron, seguidos por dos tracios. Cabalgaron hacia el grupo y se detuvieron en el medio. «Cuento 38, mal armados y claramente cansados. El de pelo gris del extremo izquierdo es probablemente el líder». Al breve informe de Phyllis, uno de los tracios añadió que no eran un ejército, sino más bien bandoleros demacrados. Tito asintió en silencio, admirando la mirada penetrante de los hombres.

El líder se acercó a caballo. Un hombre musculoso de pecho ancho. Detuvo su caballo unos pasos delante de Tito. Antes de que Tito pudiera decir nada, Phyllis gritó: «¡Este es el general Tito Tácito Teutónico, general del Imperio Romano!». El líder inclinó la cabeza en señal de saludo. «Soy Yannis. Somos un grupo de antiguos esclavos que nos dirigimos a la ciudad de Barium. No somos salteadores de caminos, simplemente estamos cansados y hambrientos. Buscamos un lugar donde pasar la noche y lo pedimos. No hemos descansado en días y mis hombres no han comido. Tenemos la intención de mendigar provisiones en Barium». Yannis alzó la vista y miró a Tito directamente a los ojos.

Tito sonrió. "¿Antiguos esclavos? ¡Esclavos fugitivos!", exclamó. Yannis sonrió. "¡Los esclavos fugitivos también son antiguos esclavos!". Tito rió entre dientes y asintió a Yannis. "De acuerdo. No huyeron de mí, así que no me importa. Les ofrezco lo siguiente: pueden acampar aquí en el huerto esta noche. A la izquierda de mi casa hay un pequeño arroyo de agua limpia; pueden beber, lavarse y dar de beber a los caballos. Haré traer provisiones de la cocina para 38 hombres. Sus hombres no tienen permitido entrar en mi casa. Mañana por la mañana les daré provisiones para 38 hombres antes de que continúen su camino hacia la ciudad". Yannis dijo: «Somos cuarenta y dos. Tengo cuatro hombres detrás de la colina para cubrir nuestra retaguardia. Muchas gracias por su generosa oferta; es mucho más de lo que esperaba. Como bien sospecha, huimos, pero no somos salteadores de caminos ni asesinos. No hemos herido a nadie. Sin embargo, maté a dos de mis hombres; eran unos viles belicistas y alborotadores». Yannis giró su caballo y Tito lo llamó. «Yannis, ven a cenar a mi casa esta noche, ven solo y desarmado». Yannis le dio las gracias y cabalgó hacia sus hombres.

Tito lo organizó todo. Los esclavos acamparon bajo los árboles frutales y llevaron sus caballos al arroyo. El encargado de los establos les dio forraje, la cocina trajo cestas llenas de provisiones y unos cuantos galones de vino local diluido. Yannis entró en la casa recién bañado, y Tito le dio una túnica limpia. Los cinco — Julia, Thusnelda, Phyllis y Yannis — comieron juntos. Yannis comió con apetito; claramente lo necesitaba. Después de la cena, Tito mandó rellenar las copas y animó a Yannis a contar su historia. Lo escucharon con atención.

Nací en Gran Bretaña; por aquel entonces me llamaba John Longbow. Era herrero como mi padre, y no nos faltaba nada; teníamos trabajo y comida de sobra. Perdóname si no hablo muy bien de los romanos — y veo que tú también lo eres — . Pero un día, los soldados romanos llegaron de la costa, asaltaron nuestra aldea sin previo aviso y mataron a todos los habitantes sin excepción. Mi padre y yo fuimos los únicos capaces de luchar.

Mi padre mató a muchos romanos con la espada a medio terminar en la que trabajaba. Yo agarré una barra de hierro y aplasté las cabezas de los romanos uno por uno, haciendo que sus sesos salieran disparados. Mi padre fue alcanzado por una flecha y murió al instante. En un arrebato de furia, reuní fuerzas, pasé por encima de los cadáveres romanos, los atropellé y los maté uno por uno, gritando hasta quedarme ronco. Paulino Quinto, el general, envió compañía tras compañía; mis brazos se cansaron de matar, y entonces me hicieron prisionero.

Me encadenaron con cadenas mal forjadas que fácilmente podría haber roto, pero ¿adónde iría entonces? Nuestro país se ahogaba en el ejército romano. Descubrí unas cadenas excepcionalmente bien hechas y pregunté para quién eran. Paulino se rió: «¡Son para el rey británico!». Me reí de él. «¡No hay rey, solo tenemos reinas guerreras, solo mujeres!». Paulino guardó silencio y me interrogó.

Solo había visto a una como ella, llamada Vrnica. Sus hombres temblaban ante ella; luchaba como una fiera, tan fuerte como cinco hombres, según me contaron. Se quedó en nuestra aldea una semana, hasta que se les acabaron las provisiones. Cada noche, Vrnica se

tumbaba junto al fuego de nuestra chimenea y dejaba que cuatro guerreros la violaran, sin pudor alguno y en público. Quería que todos a su alrededor vieran el acto sexual de cerca; era tan obscena y depravada como sus guerreros. «Eso mantiene la moral alta», me dijo uno de sus guerreros. «Todos podían violarla y marcharían al infierno por ella». Paulino me escuchó, pero pensó que solo eran chismes de mujeres.

Me llevaron a Roma y me vendieron a una escuela de gladiadores, donde me pusieron el nombre de Yannis. El ianista, el instructor, me examinó de pies a cabeza como a un toro que pretendía comprar en el mercado de ganado. Al segundo día, me hizo ponerme una armadura y me dio una espada ridícula, diciéndome que luchara contra sus hombres a modo de prueba. Tiré la armadura y la espada al suelo; luchar con semejante juguete sería una deshonra. Cogí una barra de hierro de la obra para hacerme una nueva jaula. Entonces luchamos. Dejé inconscientes a sus hombres uno por uno, sin querer matarlos. Cuando siete ya estaban inconscientes en el suelo, el ianista gritó que ya era suficiente. Intentó explicarme que los espectadores necesitaban un espectáculo más largo y dramático. Pero yo, el estúpido británico, simplemente los derribé sin ninguna gracia. Le dije que no podía hacer eso. Puedo dejar inconsciente a alguien con un golpe ligero o matarlo con uno sólido. Eso era todo lo que podía hacer. Lo intentó durante unos días más, desesperado, y finalmente me vendió a un romano rico que quedó impresionado por mis primitivas habilidades de lucha. Así comenzó mi desgracia.

El patricio Tunculus Severius me nombró guardaespaldas de su hija Emilia, que por aquel entonces tendría unos 18 o 19 años. Rechacé obstinadamente todas las armas que me ofrecieron; eran solo juguetes. Quería una barra de hierro sin tratar, a la altura del pecho; esa sería mi arma. El mayordomo se quejó del testarudo buey británico, pero luego sonrió y me asignó como compañera de celda a una gata montesa egipcia igualmente testaruda. «Araña y muerde como es debido, tú, burro británico testarudo. Ha mordido la cola de todos o les ha arañado la cara. Nadie ha conseguido violar a la gata montesa, y mucho menos acostarse con ella. Simplemente no era una esclava dispuesta, completamente inútil. Diviértete, buey; tengo muchísi-

ma curiosidad por ver cuál de los dos sigue vivo mañana por la mañana». Nos encerró a los dos en una celda, sonriendo.

En un momento te contaré sobre mi trabajo como guardaespaldas de Emilia; primero, déjame contarte sobre mi compañera de celda. Era una chica egipcia pequeña, delicada y fuerte, de no más de 13 o 14 años. Inmediatamente gritó: "Me llamo Men-Har-Ref, soy de Egipto y no soy tu juguete sexual, ¡quítate esa idea de la cabeza ahora mismo!". Asentí; su romano era tan malo como el mío en ese momento. "Soy Yannis de Gran Bretaña, ¡y no necesito un juguete sexual! Solo tenemos una cama estrecha y una manta. Podemos mantenernos calientes y hacer las paces si quieres, de lo contrario te dejaré inconsciente y me quedaré con la cama". Sus ojos negros brillaron con fuego mortal, pero luego sonrió. "¿Haremos las paces y no me tocarás?". Asentí y nos acurrucamos juntos en la cama. Ella agarró mi pene al instante. "Así siempre sé dónde está", dijo con firmeza. Asentí, "¡Me parece bien!". Mi pene creció naturalmente y eyaculó en su firme agarre sin que ella hiciera nada. Eyaculé dos veces más, luego me cansé y me quedé dormido. Esto continuó durante semanas; mantuvimos la boca cerrada sobre la eyaculación, ella no quería hablar de ello. Ella lo sabía y lo aceptaba, lo cual me venía bien. Men-Har-Ref era mucho más baja que yo; apenas alcanzaba mis pezones. Era muy delgada y fibrosa, con pechos pequeños y puntiagudos, y su piel era casi blanca. No era una egipcia de pura raza, cuya vulva es completamente negra por dentro. Tenía un delicado tono rosado en sus labios menores y clítoris, que colgaba como la trompa de un pequeño elefante rosa. Cuando se ponía duro mientras se masturbaba, era tan largo como su dedo meñique. La observé masturbarse desde el primer día; se masturbaba todas las noches. Le acaricié los hombros con timidez, su cuerpo juvenil, y ella me lo permitió. Puse mi mano sobre su vulva cuando eyaculé, y ella también lo permitió. Ella solo se masturbaba en secreto después de que yo hubiera terminado.

Gradualmente se volvió hacia mí; solo comenzamos a hablar después de semanas de silencio. Tiró su túnica al suelo y hicimos el amor desnudos. Dijo que deberíamos masturbarnos mutuamente, y lo hicimos, aunque yo era un novato y ella tenía mucha más experiencia. Durante semanas se quejó de que no podíamos tener sexo porque era virgen, prometida a la diosa Isis. Yo no conocía a su diosa

Isis y dije que aun así me gustaría tener sexo con ella porque era una chica muy dulce y me gustaba mucho. Me interrogó, y confesé que solo había tenido sexo con unas pocas mujeres, allá en Gran Bretaña. Fue mi madre quien me enseñó cómo tener sexo, y tuve que practicar con ella durante muchos años hasta que estuvo satisfecha conmigo. Tenía quizás 18 años cuando me dejó ir, y seduje a su hermana menor, que ni siquiera tenía 12 años en ese momento. Una virgen dulce y tímida a la que le gustaba acostarse conmigo. La follé muy a menudo, aprendió a amar el sexo, y se acostó conmigo durante diez años hasta que los romanos la asesinaron. Tuve que contarle a Men-Har-Ref durante muchos días sobre el sexo con las dos hermanas, y la sentí volverse cada vez más suave. Ya habíamos estado encerrados juntos durante varios meses cuando, tímidamente y llena de vergüenza, se dejó desflorar. Era cálida, húmeda y suave, y también mucho más estrecha que mi esposa británica, y después de ser desflorada, su amor por el sexo y los orgasmos estalló en ella como un volcán. Follábamos todas las noches hasta que yo estaba exhausto, pero veía la felicidad brillar en los ojos de Men-Har-Ref. Quedó embarazada después de dos años, y el mayordomo tuvo que despedirla como muy tarde después del parto. Pero aún no hemos llegado a ese punto.

Fui guardaespaldas de Emilia durante dos años, siguiéndola a todas partes y protegiéndola. Pero nadie quería hacerle daño. Era una chica disoluta pero muy guapa. Coqueteaba descaradamente con sus profesores, permitiéndoles al principio manosearla y, finalmente, tener relaciones sexuales con ella con regularidad. Yo era solo un títere, un simple espectador. Cambiaba de profesor como un caballo; era una mocosa malcriada e inmoral. Se acostaba con todos ellos con la misma facilidad con la que se toma una copa de vino.

No sé por qué, pero un día me descubrió, a mí, el mueble. Desde entonces, tuve que follarla todos los días. No le había prometido nada a Men-Har-Ref, pero la amaba mucho, como si fuera mi esposa. Me parecía perverso follar a mi protegida durante el día y a mi esposa egipcia, a quien amaba por encima de todo, por la noche. No conozco muy bien a los dioses, pero un día una diosa decidió destruirme. Ciertamente no era Isis, la diosa de Men-Har-Ref, porque ella era, entre otras cosas, la diosa del amor, tanto sexual como espiritual. Emilia dio a luz a un hermoso niño, rubio y de brillantes ojos

azules. Estaba convencido de que era mi hijo, pero Emilia entregó a nuestro niño a una pareja patricia sin hijos. Al menos allí está bien cuidado, me tranquilicé a mí mismo.

Emilia siempre se dejaba follar en un círculo de sus criadas. Formaban un semicírculo para ocultar lo indecente, lo indecoroso, de las miradas del mundo con sus cuerpos. Quince pares de ojos se fijaban en mi polla cada día mientras araba el jardín de Emilia. Era una sensación perversa y excitante follar a su ama delante de quince chicas guapas. A Emilia le debió gustar, de lo contrario no lo habría hecho con su protector durante más de un año. En mis pensamientos, siempre estaba solo con Men-Har-Ref, pensando en su coño suave y apretado y en su manera de follar, juvenil, tímida y hermosa.

La diosa debió de estar furiosa, pues un día las sirvientas se dispersaron como moscas. Tunculus Severius permanecía allí temblando de rabia, con dos hombres armados detrás, como de costumbre. Mi barra de hierro yacía junto a mi túnica, fuera de mi alcance. El padre de Emilia gritó, fuera de sí por la furia: "¿Qué está pasando aquí?". Me hubiera gustado rugirle que su fiel sirviente tenía que follar a su hija, esa mierda, como se le había ordenado. Pero un buen espíritu me hizo callar. Emilia reaccionó como era de esperar. "¡Me acaba de atacar, el pederasta!", gritó, y ahora lágrimas de verdad corrían por sus mejillas, sudorosas por el acto sexual. El buen Tunculus, naturalmente, quería creer a su hija, pero cuando la miró más de cerca, todo se le aclaró. "¡Tu hijito también tiene rizos rubios y ojos azules como este!", tronó, sin sorprenderse de que ella permaneciera obstinadamente callada y evitara su mirada. Estaba terriblemente enojado y furioso. "¡Yannis, termina lo que empezaste!" Me gritó, haciéndome señas con su bastón para que continuara follando. "¿Terminar lo que ordenó?", le gruñí desafiante, y él asintió, temblando de ira. "¡Pero no me voy a correr dentro, hoy es un día extremadamente peligroso!", dije, mirándolo fijamente. Emilia me había contado una vez que su padre solía verla masturbarse de niña, frotándose el pene hasta correrse, pero ya no. Su padre miró con incertidumbre su coño, pero luego, con feroz determinación, se arrodilló a mi lado. Su enorme pene se puso erecto al instante mientras miraba, hipnotizado, su coño. La estaba viendo ser follada por primera vez. Follé a Emilia salvajemente, con rabia y con absoluto desprecio; en un segundo, me

había dado el regalo de la muerte. El padre frotó su pene frente al agujero de Emilia, en el que miraba fijamente, con el rostro expresando tanto asco como lujuria. Continué follando a Emilia, pero él me apartó antes de correrse, le metió el pene en la vagina y la folló y eyaculó hasta terminar. Me dejó seguir follándolo y se masturbó justo delante de su agujero. Cuando estaba a punto de eyacular, me apartó, le metió el pene en el agujero y la folló y eyaculó hasta terminar. Esto sucedió cinco veces, y luego no pudo continuar. Me sorprendió mucho porque sin duda la había dejado embarazada, pero era su culpa. La follé tan fuerte, brutal y furiosamente que casi se ahogó en su orgasmo, pero la follé sin piedad. Se quedó atrapada en el orgasmo y estaba tan sacudida por los orgasmos continuos que finalmente se desmayó. La dejé caer sobre la alfombra como una muñeca sin vida y me negué a eyacular dentro de ella. Me levanté y me fui; nadie me detuvo.

Men-Har-Ref gritó; sabía tan bien como yo que me cortarían la cabeza al amanecer del día siguiente. Lloramos abrazados, hicimos el amor una y otra vez por última vez. Se incorporó. “¡No dejaré que se lleven a mi marido y al padre de mi hijo!”, gritó de repente furiosa. “Que esa mujer, esa miserable perra, te haya profanado día tras día siempre me ha ofendido y herido profundamente. ¡Pero que deje que te corten la cabeza, eso no lo permitiré!” Hicimos un plan. El embarazo ya estaba muy avanzado; ella ya no podía viajar. El mayordomo tendría que enviarla lejos después del parto. Pero yo tenía que irme inmediatamente, hacia el sur y en barco a Egipto. Nos esperaríamos en casa de su padre. ¡Me fui enseguida, y ahora estoy aquí!” Yannis bebió una copa de vino de un trago.

Tito rompió el silencio. «John Longbow, Yannis, eso fue muy conmovedor. Soy un hombre de decisiones rápidas, y les hago dos ofertas que deben aceptar de inmediato, porque no esperaré. Mi primera oferta es que se queden aquí una semana, y yo proveeré para sus hombres. A cambio, trabajarán desde el amanecer hasta el anochecer en la nueva cerca junto a los establos bajo la dirección del encargado de los establos. Mi segunda oferta es que les conseguiré un pasaje gratuito a Egipto, a Alejandría, por ejemplo, durante esta semana. También podrían tener que trabajar en el barco. Ahora, ¿qué dicen?». Ante estas palabras, Yannis se puso de pie de un salto y se

arrodilló ante Tito. «¡Sí y sí, mi general!», exclamó. «¡Ambas aceptadas! ¡Pero estoy muy conmovido por su amabilidad, que no me he ganado!». Besó la mano de Tito. Julia, sorprendida, se inclinó hacia adelante.

«¡Padre, gracias! Acabo de aprender algo muy importante que también me guiará en mi carrera política. Quienes tienen, deben dar. La vida real no es un paseo por el parque con balanza en mano, donde se da algo a cambio de otra cosa; somos más que simples comerciantes, eso es lo que nos hace humanos. Damos cuando nuestros recursos son suficientes y no exigimos una contraprestación exacta como hacen los comerciantes». Julia guardó silencio.

Thusnelda, que había permanecido en silencio toda la noche, habló en el silencio. «Es cierto, querida Julia, que las diosas nos acompañan en nuestro camino. Pero nosotras mismas decidimos adónde daremos el siguiente paso. Esto me quedó claro en el momento en que tu padre me tomó de la mano por primera vez. Podría haberlo hecho mil veces antes, pero hace treinta años sus pasos lo llevaron en una dirección completamente distinta. Durante los primeros quince años, le indiqué cada día cuánto lo deseaba, al esposo de mi amante, y con cuánta voluntad y alegría habría estado a su lado. Pero sus pasos lo alejaron de mí. Ahora nuestros pasos nos guían hacia adelante, y solo recorremos el camino que la diosa nos deparó desde el principio. Reconocer que incluso el amor no correspondido puede encontrar su plenitud algún día lejano es simplemente una perspectiva puramente humana sobre los secretos designios de las diosas». Thusnelda guardó silencio; sus palabras iban dirigidas principalmente a Julia y Titus.

Yannis corrió al huerto e informó a sus hombres, luego fue al encargado de los establos, quien estaba eufórico. Phyllis informó a sus hombres. Julia y Thusnelda se acostaron junto a Titus. Julia estaba extasiada y rápidamente alcanzó el orgasmo. Inmediatamente colocó a Titus sobre Thusnelda, incluso antes de que él eyaculara. Se arrodilló detrás de él, sus dedos acariciando sus nalgas, trazando la hendidura de sus nalgas, y acarició sus testículos y pene desde atrás mientras él follaba a Thusnelda durante lo que pareció una eternidad. Las palabras sinceras de Thusnelda conmovieron su corazón; la llevó al

orgasmo y continuó follándola con ternura. Solo eyaculó cuando Thusnelda ya había provocado su segundo orgasmo con su dedo y estaba usando sus dedos para llevarlo a un tercero. Julia acarició sus testículos y pene hasta que terminó de eyacular. Julia había estado haciendo esto desde el día en que él se lo contó por primera vez. Era una joven reina de Galilea que no había sido follada por su anciano rey en mucho tiempo. Venía semana tras semana con su criada favorita para ser follada por el vencedor, pues esa era la ley de la guerra. La hermosa criada siempre se arrodillaba detrás de él, acariciando sus testículos y su pene hasta que eyaculaba. Al final, él también se follaba a la criada, que lo hacía incluso con más energía y gracia que la ama, y le dijo a Julia en ese momento que las mujeres judías estaban entre las mejores del mundo. Tito se tumbó entre Julia y Thusnelda, con las manos apoyadas sobre sus coños calientes y humeantes. Las dos se durmieron, él solo cabeceó, con los pensamientos acelerados en su cabeza.

Su madre se acostó junto a él en la cama por primera vez. Sus dedos agarraron el pene del pequeño. Le preguntó con lujuria si ya podía eyacular. Él no sabía a qué se refería. Se dio cuenta con confusión de que ella estaba lujuriosa y masajeando su pene; nunca lo había hecho antes. “¡Bueno, folla y luego eyacula dentro!”, susurró ella, y él susurró que nunca había follado y eyaculado dentro. “¿Eso es malo?”, susurró, porque obviamente se había perdido algo. Ella negó con la cabeza. “Nada malo, pequeño Titi”, dijo amablemente, “¡solo estoy comprobando si ya puedes eyacular!”. Se sumergió y tomó su pene en la boca. Era tan sensible que se puso duro de inmediato. Lo frotó brevemente, y él eyaculó en su boca. Se limpió los labios con el dorso de la mano y sonrió. “¡Claro que ya puedes eyacular, en chorros gruesos y fuertes como un hombre adulto, ya tienes 12 años!”. Ella se recostó y le explicó todo en un suave susurro. “Puede que seamos romanos, pero en realidad somos teutones de Germania. Según nuestras costumbres, a los 12 años eres un hombre, y como tu madre, tengo que enseñarte a follar. ¿Entendido?” Titus asintió con un nudo en la garganta. “Pero ya sé cómo se hace, los he visto a ti y a papá follar mil veces”, dijo Titus, porque era cierto. “Está bien”, dijo ella en voz baja, “entonces follaremos ahora, los dos, tú y yo. ¡Igual que con papá!” Se tumbó boca arriba y dobló las piernas. Era una noche de luna llena brillante, y él podía verlo todo: su coño brillante y húmedo y su agu-

jero grande y profundo. Ella lo hizo arrodillarse, y él la penetró. Era sorprendentemente cálido, húmedo y suave. Él no se movió; era tan bellamente intenso. Ella le dio tiempo para que se orientara. Luego susurró: "¡Vamos, Titi!" y él comenzó a follarla. No duró mucho y tuvo que eyacular. Ella lo consoló: "Todos nos sentimos tristes después de follar; es perfectamente normal".

Ella venía a su cama todas las noches para tener sexo. Papá debió haberlo sabido de alguna manera, pero nunca lo mencionó; eso era asunto de mujeres. Ella le mostró cómo se masturbaba y tenía un orgasmo. "¡Esto es importante, Titi!", le reprendió. Un hombre tiene que aprender a contener su eyaculación hasta que la mujer tenga su orgasmo, porque las mujeres tardan más que los hombres. Ella lo hizo practicar hasta que pudo hacerlo. Ella venía a él todas las noches para tener sexo, durante cuatro años, hasta que tuvo que unirse al ejército. Probablemente se haya acostado con mil mujeres desde entonces. Pero nunca olvidó lo emocionantes que habían sido esos cuatro años. Tenía un deseo sexual muy fuerte y seducía a su madre para que se acostara con él tres o cuatro veces al día para tener sexo. Ella sonreía y felizmente le permitía tener sexo con ella tan a menudo como él quisiera. Por la mañana, a menudo estaba agotada por los cuatro a seis orgasmos del día anterior.

Titus pensó durante mucho tiempo en el excitante encuentro sexual con su madre, hasta que poco a poco se quedó dormido.

• • •